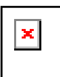


Traducción
de
RAMÓN GARCÍA COTARELO

NORBERT ELIAS

El proceso de la civilización

Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

ÍNDICE GENERAL

Los cambios de conducta en las clases altas del mundo occidental

CAPÍTULO PRIMERO
Sociogénesis de los conceptos «civilización» y «cultura»

PRIMERA PARTE: ***Sociogénesis de la oposición entre «cultura» y «civilización» en Alemania.***

SEGUNDA PARTE: ***Sociogénesis del concepto de «civilisation» en Francia.***

CAPÍTULO SEGUNDO
La «civilización» como transformación específica del comportamiento humano

Las transformaciones de la sociedad

CAPÍTULO TERCERO

Sociogénesis de la Civilización Occidental

RESUMEN

Bosquejo de una teoría de la civilización



INTRODUCCIÓN

I

Cuando hoy día reflexionamos sobre la estructura de las emociones humanas y de su control, y cuando tratamos de elaborar teorías acerca de ellas, solemos creer que las observaciones sobre los seres humanos contemporáneos en las sociedades desarrolladas constituyen un material empírico suficiente. Esto es, partimos descuidadamente del supuesto de que resulta posible construir teorías generales sobre las estructuras emotivas y de control del hombre en cualquier sociedad, tomando como fundamento investigaciones sobre las estructuras emotivas y de control de seres humanos en una fase específica del desarrollo social, de seres humanos de nuestra propia sociedad como se nos presentan aquí y ahora. Sin embargo, existen observaciones en abundancia, relativamente fáciles de comprobar, que muestran que el modelo y las pautas de control de emociones pueden ser distintos según las clases sociales de que se trate en una sola sociedad. Tanto si nos ocupamos del problema del desarrollo secular de los países europeos o del de los llamados «países subdesarrollados» en otras partes del planeta, encontramos siempre este tipo de observaciones. La cuestión que éstas plantean entre otras es la de saber cómo y por qué en el curso de tales transformaciones generales a largo plazo y en una dirección (para las que hemos aceptado el concepto de «evolución» como término técnico) ha cambiado en un sentido determinado la emotividad del comportamiento y de la experiencia de los seres humanos, la regulación de las emociones individuales por medio de coerciones internas o externas y, con ellas, en cierta medida también la estructura de todas las manifestaciones humanas. Estos son los cambios a los que nos referimos en el habla cotidiana cuando afirmamos que los hombres de nuestras sociedades son hoy «más civilizados» que ayer o que los de otras sociedades son «menos civilizados», quizá incluso más «bárbaros», que los de la propia. El matiz valorativo de tales enunciados es claro; los hechos a los que se remiten no lo son. Esto depende, en parte, de la circunstancia de que las investigaciones sociológicas empíricas sobre transformaciones a largo plazo de las estructuras de la personalidad, y en especial de las regulaciones emotivas de los seres humanos, todavía tropiezan con graves dificultades en el estadio actual de los estudios sociológicos. El interés de la sociología actual se concentra sobre procesos a plazo relativamente corto y, fundamentalmente, sobre problemas que se refieren a una circunstancia concreta de las sociedades. Las transformaciones de larga duración de las estructuras sociales, así como de las estructuras de personalidad, han desaparecido por completo del horizonte actual de la investigación.

El presente estudio trata de tales procesos de larga duración. Si resumimos brevemente los distintos tipos de procesos facilitaremos su comprensión. En un primer momento podemos distinguir dos direcciones principales en los cambios de la estructura social: cambios estructurales en la dirección de una diferenciación e integración crecientes y cambios estructurales en la dirección de una diferenciación e integración decrecientes. Además de éstos, se da un tercer tipo de procesos sociales en cuyo decurso cambia la estructura de una sociedad o de sus aspectos parciales, pero no en la dirección de una diferenciación e integración crecientes o decrecientes. Por último, hay numerosísimos cambios en las sociedades que no van acompañados por transformaciones de su estructura. Con esto no se hace justicia por entero a la complejidad de tales cambios, puesto que hay toda clase de tipos intermedios y de mezclas y, a menudo, puede observarse al mismo tiempo y en una misma sociedad diversos tipos de cambios y hasta cambios en direcciones opuestas. No obstante, sirva de momento este breve resumen de los tipos de cambio para mostrar los problemas con los que se enfrentan las investigaciones que a continuación van a exponerse. Los dos primeros Capítulos tratan de la cuestión de si es posible corroborar de modo fehaciente y dar por objetiva la suposición, basada en observaciones dispersas, de que hay cambios de larga duración de las estructuras emotivas y de control de los seres humanos que mantienen una única dirección a lo largo de una serie de generaciones. En ellos se contiene, asimismo, una presentación de métodos y resultados de investigación cuya contrapartida más conocida en las ciencias físico-naturales son los experimentos y los resultados; es decir, sirve para descubrir y clarificar lo que sucede en el campo de referencia todavía por investigar, para descubrir y determinar las relaciones objetivas.

La comprobación de que hay cambios en las estructuras emotivas y de control de los seres humanos que mantienen la misma orientación a lo largo de toda una serie de generaciones, concretamente (para decirlo en una palabra), la dirección de una rigidez y diferenciación crecientes de los controles, plantea una segunda pregunta: ¿Será posible relacionar este cambio de larga duración de las estructuras de personalidad con los cambios estructurales a largo plazo del conjunto de la sociedad que también tienen una dirección determinada, esto es, la dirección de un aumento en el grado de diferenciación e integración; el Capítulo Tercero y el Resumen tratan de este problema.

Resulta que también faltan pruebas empíricas que demuestren la existencia de estos cambios sociales estructurales de larga duración en un único sentido. Fue necesario, por lo tanto, dedicar una parte importante de estas investigaciones al descubrimiento y clarificación de relaciones objetivas de este otro tipo. La cuestión era si puede demostrarse la existencia de un cambio estructural del conjunto de la sociedad en la dirección de un grado superior de diferenciación e integración, valiéndose de un material empírico indiscutible. Resultó que puede demostrarse: el proceso de construcción del Estado, que se trata en el Capítulo Tercero, es un ejemplo de un cambio estructural de este tipo.

Por último, el bosquejo provisional de una teoría de la civilización comprende igualmente un modelo de las relaciones posibles entre el cambio a largo plazo de las estructuras individuales de los hombres (en la dirección de la consolidación y diferenciación de los controles emotivos) y el cambio a largo plazo de las composiciones que construyen los hombres en la dirección de un grado superior de diferenciación e integración; esto es, por ejemplo, en el sentido de una diferenciación y prolongación de las líneas de interdependencia y de una consolidación de los «controles estatales».

II

Puede verse fácilmente que con este planteamiento, interesado en el descubrimiento de relaciones objetivas y en su clarificación, esto es, un planteamiento empírico-teórico que se concentra en los cambios estructurales específicos de larga duración, en «evoluciones», nos diferenciamos claramente de la idea metafísica que vincula el concepto de evolución bien con la idea de una necesidad mecánica, bien con la de una finalidad teleológica. El propio concepto de civilización se utilizó en el pasado frecuentemente en un sentido semi-metafísico, como se demuestra en el primer capítulo de este libro, y todavía hoy sigue teniendo contornos difusos. Aquí se trata, como ya he dicho, de elaborar el núcleo objetivo al que se refiere la noción precientífica vulgar del proceso civilizatorio, esto es, sobre todo, al cambio estructural de los seres humanos en la dirección de una mayor consolidación y diferenciación de sus controles emotivos y, con ello, también, de sus experiencias (por ejemplo, en el retroceso de los límites de la vergüenza o del pudor) y de su comportamiento (por ejemplo, en las comidas o en los modos de diferenciar la cubertería). La tarea siguiente que presentaba al investigador el descubrimiento de un cambio tal a lo largo de muchas generaciones, era la cuestión de la explicación. Como se ha dicho, puede encontrarse una propuesta de explicación en el Resumen.

Pero, con la ayuda de esta investigación, también nos diferenciamos del tipo de teoría que, con el paso del tiempo, ha venido a dominar los estudios sociológicos, substituyendo al antiguo tipo de teoría todavía centrado en el concepto semimetafísico de evolución; esto es, nos diferenciamos de las teorías del cambio social, hoy dominantes. Por lo que sabemos estas teorías no han conseguido distinguir hasta hoy de modo inequívoco entre los diversos tipos de cambio social que se han mencionado brevemente más arriba. En especial se advierte la falta de otras teorías, apoyadas en material empírico del tipo de los cambios sociales de larga duración que tengan la forma de un proceso y, sobre todo, de una evolución.

Mientras trabajaba en este libro, se me ocurrió de modo muy claro que, con él, se estaban poniendo los cimientos para una teoría sociológica no dogmática, empírica, de los procesos sociales en general y de la evolución social en concreto. Creía entonces que es muy claro que la investigación y el modelo comprensivo del proceso a largo plazo de la construcción del Estado, como se encuentran en el Capítulo Tercero de este trabajo, también po-

día servir como modelo de la dinámica a largo plazo de las sociedades en la dirección a la que se refiere el concepto de la evolución social. No creí, por lo tanto, que fuera necesario advertir que no se trata de una investigación sobre una «evolución» en el sentido del siglo XIX, en el sentido de un progreso automático, ni tampoco de una investigación sobre un «cambio social» no específico en el sentido del siglo xx. Para mí estaba esto tan claro entonces que no creí necesario referirme expresamente a tales implicaciones teóricas. Ahora veo que me equivoqué y la introducción a la segunda edición me ofrece la posibilidad de subsanar ese error.

III

La evolución social general de la que aquí tomamos una de sus manifestaciones centrales, una ola secular de integración progresiva, un proceso de construcción del Estado, con el proceso complementario de una diferenciación también progresiva, es un cambio de composición que, considerado a largo plazo, en su ir y venir, en sus movimientos progresivos y regresivos, mantiene siempre una única dirección a lo largo de muchas generaciones. Este cambio estructural orientado puede demostrarse como tal hecho que es, con independencia de la valoración que se le dé. De lo que se trata aquí es de esa demostración del hecho. El concepto de cambio social, como instrumento de investigación no es suficiente para dar cuenta de tales fenómenos. El mero cambio puede ser del tipo que es frecuente observar en las nubes y en los penachos de humo: tan pronto componen una figura como otra. Un concepto de cambio social que no distinga claramente entre cambios que se refieren a la estructura de una sociedad y cambios que no afectan a tal estructura y que tampoco distinga entre cambios estructurales sin una dirección determinada y cambios estructurales que a lo largo de muchas generaciones mantienen una dirección determinada, ya sea la del aumento o la disminución de la complejidad, es un instrumento muy insatisfactorio de la investigación sociológica.

Lo mismo sucede con toda una serie de problemas que aquí se trata. Cuando, tras algunos trabajos preparatorios (orientados tanto a la preparación de documentos y material empírico como a la elaboración de los problemas teóricos que iban aclarándose paulatinamente) pude ver con mayor nitidez el camino de la posible solución de aquellos, fui consciente de que este trabajo ayuda a resolver asimismo el endiablado problema de la conexión entre las estructuras psicológicas individuales, esto es, de las llamadas estructuras de personalidad, y las composiciones que constituyen muchos individuos interdependientes, esto es, las estructuras sociales. Ello es posible porque aquí no se considera a estos dos tipos de estructuras como inmutables, cual sucede a menudo, sino, más bien, como estructuras mutables, como aspectos interdependientes del mismo desarrollo a largo plazo.

IV

Si las diversas disciplinas académicas, especialmente la sociología, a cuyos ámbitos de estudio afecta esta investigación, hubieran alcanzado ya la fase de la madurez científica en la que se encuentran en la actualidad muchas de las disciplinas científico-naturales, hubiera cabido esperar una comprobación y discusión minuciosas, así como una criba de todo lo que es inútil o refutable en una investigación documentada de procesos a largo plazo, como el de la civilización o el de la construcción del Estado, así como un examen de la propuesta teórica que de ella se deriva con el fin de incorporarla total o parcialmente al fondo teórico-empírico común de la disciplina. Hubiera cabido esperar que el progreso del trabajo científico, en buena medida, descansase sobre el intercambio y la fructificación mutua de los trabajos de muchos colegas, así como en el desarrollo posterior del fondo común del conocimiento. Hubiera cabido esperar que, treinta años más tarde, estas investigaciones pertenecieran al saber convencional de la disciplina, o bien que, gracias a los trabajos de otros especialistas, hubieran sido superadas y más o menos olvidadas.

En lugar de esto me encuentro con que, una generación más tarde, esta investigación sigue teniendo el carácter de adelantada en un campo en el que hoy, al igual que hace treinta años, es imprescindible la investigación combinada en la esfera empírica y en la teórica. Ha aumentado la conciencia de que es urgente dar tratamiento a estos problemas. Hoy día pueden observarse por doquier intentos orientados en la dirección en que se tratan aquí las cuestiones. Tampoco escasean intentos posteriores de resolver problemas a cuya solución ya trataba de aportar algo la documentación empírica de estos dos volúmenes así como el bosquejo adicional de una teoría de la civilización; no creo, sin embargo, que se hayan visto coronadas por el éxito.

Como ejemplo, baste mencionar brevemente la forma y la manera en que Talcott Parsons, que pasa por ser hoy día el teórico más destacado de la sociología, trata de plantear y de resolver algunos de los problemas que aquí se estudian. Lo característico de la posición teórica de Parsons, es el intento, como él mismo dice[1], de desmembrar analíticamente en sus partes componentes elementales desde su campo de observación los distintos tipos de sociedades. Un tipo concreto de estas partes componentes elementales *(elementary components)* es lo que él llama *«pattern variables».* A estas *pattern variables* pertenece la dicotomía «emotividad-neutralidad emotiva». Es fácil hacerse cargo de su idea si se piensa que considera a cada sociedad como una mano de cartas en la de un jugador concreto: cada tipo de sociedad, parece pensar Parsons, supone una mezcla distinta de las cartas. Pero las cartas son siempre las mismas y su número reducido por muy variadas que puedan ser sus combinaciones. Una de las cartas con las que se juega es la polaridad entre emotividad y neutralidad emotiva. Como él mismo dice, Parsons obtuvo esta idea originariamente de la descomposición entre los dos tipos sociales de *Tönnies,* de «comunidad» y «asociación». El tipo de la «comunidad», así al parecer lo cree Parsons, se caracteriza por la «emo-

tividad»; el de la «asociación» por la «neutralidad emotiva». Pero, al igual que hace con las otras *pattern variables* en el juego de cartas, también a ésta le atribuye una significación universal para la determinación de las diferencias entre los distintos tipos sociales así como de las diferencias entre los distintos tipos de relación en una única sociedad. En este mismo contexto, Parsons se enfrenta al problema de la relación entre la estructura social y la personalidad [2]. Señala Parsons que antes los había considerado como «sistemas de acción humana», estrechamente vinculados e interactivos, pero que ahora puede declarar con seguridad que, en un sentido teórico, son fases o aspectos distintos de un único sistema fundamental de acción, e ilustra esta cuestión, entre otros modos, por medio de un ejemplo, declarando que lo que puede considerarse en la esfera sociológica como una institucionalización de la «neutralidad emotiva», en lo esencial, es igual a lo que, en la esfera de la personalidad, puede considerarse como la «imposición de la renuncia a la satisfacción inmediata en interés de la organización disciplinada y de los motivos a largo plazo de la personalidad».

Quizá no sea inútil para la comprensión de las investigaciones que siguen comparar este esfuerzo por resolver tales problemas con los esfuerzos anteriores que aquí se presentan en una edición nueva. La diferencia decisiva en cuanto al procedimiento científico y la idea que se tiene de las tareas de una teoría social aparece claramente incluso en este breve ejemplo del tratamiento que Parsons da a problemas relacionados con los nuestros. Con ayuda de una documentación empírica exhaustiva, *El proceso de la civilización* muestra exactamente eso, un proceso que, posteriormente, Parsons, valiéndose de construcciones conceptuales estáticas, ha reducido a la condición de situaciones de un modo completamente innecesario a mi parecer. En lugar de un proceso relativamente complicado, en cuyo decurso el conjunto de emociones de los seres humanos va cambiando lentamente en la dirección de un control emotivo más fuerte y más proporcionado (aunque, por supuesto, no en el sentido de la situación de una neutralidad emotiva total), aparece en Parsons una contraposición simple entre dos categorías de situaciones, de las cuales viene a suponerse que son implícitas en grados distintos a diversos tipos sociales, al igual que las substancias químicas en las distintas mezclas. Con este reduccionismo conceptual en dos situaciones de lo que en el presente trabajo se muestra empíricamente como un proceso, y también como proceso se elabora teóricamente, Parsons, se arrebata a sí mismo la posibilidad de averiguar cómo es posible explicar las distintas peculiaridades de las diversas sociedades a las que se refiere. Por lo que sabemos, Parsons ni siquiera plantea la cuestión de la necesidad de una explicación. Parece como si las diversas situaciones a las que se refieren los pares de contraposiciones de las *pattern variables* estuvieran dadas de antemano. Con este tipo de construcción teórica desaparece la riqueza de matices y la transformación estructural en la dirección de un control emotivo mayor y más proporcionado, como el que puede observarse en la realidad. La descomposición de unos fenómenos sociales que, de hecho sólo pueden considerarse como algo en perpetuo flujo, valiéndose para ello de parejas de conceptos que limitan el análisis a dos situaciones opuestas, implica

un empobrecimiento innecesario de la percepción sociológica, tanto para el trabajo teórico como para el empírico.

Sin duda que la tarea de toda teoría sociológica es explicar las peculiaridades que son comunes a todas las posibles sociedades humanas. El concepto del proceso social y muchos otros conceptos que se utilizan en estas investigaciones, pertenecen a las categorías que tienen esta función. Pero las categorías fundamentales elegidas por Parsons me parecen extraordinariamente arbitrarias. Tras ellas se encuentra, tácita y falta de comprobación, la idea, que a menudo se presenta como indiscutible, de que la tarea de toda teoría científica es reducir conceptualmente todo lo mutable a algo inmutable y simplificar todas las manifestaciones complejas por medio de la descomposición en sus partes componentes.

El ejemplo de la construcción teórica parsoniana suscita la sospecha de que la reducción conceptual sistemática de procesos a situaciones sociales y de fenómenos complejos y compuestos a componentes más simples, aparentemente no complejos, en lugar de simplificar la construcción teórica en el contexto sociológico, la hace más complicada. Este reduccionismo, este tipo de abstracción como método de la construcción teórica podría justificarse, en todo caso, si condujera de modo inequívoco a una aclaración y profundización de la comprensión que los seres humanos tienen de sí mismos como sociedades y como individuos. En lugar de esto nos encontramos con que las teorías que se construyen con ayuda de estos métodos conceptuales, como la teoría de los epiciclos de Ptolomeo, precisan de construcciones auxiliares complicadas e innecesarias a fin de ponerlas en consonancia con los hechos demostrables empíricamente. Parecen más bien como un cielo encapotado que, de vez en cuando, ilumina la tierra con algún relámpago.

V

Un buen ejemplo de la cuestión que más abajo trataremos con mayor detenimiento es el intento parsoniano de elaborar un modelo teórico de la relación entre las estructuras de la personalidad y las estructuras sociales. A este respecto encontramos en Parsons dos ideas mezcladas que no son fácilmente conciliables: una, la idea de que individuo y sociedad —«ego» y «sistema» — son dos datos que existen con independencia el uno del otro y de los que el primero, el ser humano aislado, ha de considerarse como la auténtica realidad, mientras que el segundo no es más que un epifenómeno; la segunda, la idea de que ambas esferas son inseparables en el *universum* construido por los seres humanos. Por lo demás, los conceptos de «ego» y «sistema», y todos los relacionados con ellos, que se refieren a los seres humanos como individuos y a los seres humanos como sociedades, aparecen utilizados de tal modo por Parsons (excepción hecha de cuando se vale de categorías psicoanalíticas) que parece como si su situación normal fuera la de inmutabilidad. Las investigaciones que siguen no son comprensibles si compartimos estas ideas y permitimos que se nos oculte lo que de hecho es observable en el comportamiento de los seres humanos; no son com-

prensibles cuando se pierde de vista el hecho de que conceptos como «individuo» y «sociedad» no se remiten a dos objetos con existencia separada, sino a aspectos distintos, pero inseparables, de los mismos seres humanos y que ambos aspectos, los seres humanos en general, en situación de normalidad, sólo pueden comprenderse inmersos en un cambio estructural. Ambos conceptos tienen el carácter de procesos y no es posible en absoluto hacer abstracción de este carácter de proceso en una construcción teórica que se remita a los seres humanos. Por el contrario, resulta imprescindible incluir este carácter procesal en la teoría sociológica y en las otras que se refieran a los seres humanos. Como se muestra en las investigaciones que siguen, el problema de las relaciones entre estructuras individuales y estructuras sociales comienza a aclararse en la medida en que se investigan ambas como algo mutable, como algo que está en flujo continuo. Sólo en este caso se da la posibilidad, como se verá en los estudios que siguen, de elaborar modelos de sus relaciones que sean medianamente congruentes con los hechos empíricamente demostrables. Puede decirse con seguridad que no será comprensible la relación entre los conceptos a los que llamamos «individuo» y «sociedad» mientras continuemos manejándolos como si se tratase de dos cuerpos con existencias separadas y, además, como dos cuerpos cuyo estado normal fuera el reposo y que, por así decirlo, sólo entrasen en relación *a posteriori.* Aunque no lo digan de modo claro y rotundo, no hay duda de que Parsons y todos los sociólogos hijos del mismo espíritu, piensan en algún tipo de existencia separada de los conceptos de «individuo» y «sociedad». Así, por ejemplo, Parsons —para no introducir aquí más que un único ejemplo como ilustración de este pensamiento— recoge la idea, ya desarrollada por Durkheim, de que en la relación entre «individuo» y «sociedad», se trata de una «imbricación recíproca», de una «interpenetración» entre individuo y sistema social. Cualquiera que sea el significado de una tal «imbricación recíproca», ¿qué otra cosa puede significar esta metáfora sino que se trata de dos cosas distintas que empiezan existiendo por separado y que, luego, en cierto modo, «se interpenetran» *a posteriori?* [3]

Puede verse la diferencia en el planteamiento del problema sociológico en uno y otro caso. Las investigaciones que siguen abren la posibilidad de elaborar con mayor intensidad las relaciones entre estructuras individuales y estructuras sociales precisamente porque no se hizo abstracción del cambio de ambas estructuras, del proceso de sus respectivas evoluciones, como si fueran algo ajeno a la estructura, algo «meramente histórico». Puesto que el devenir de las estructuras de la personalidad y de las estructuras sociales, se realiza en una relación inseparable de la una con la otra. Nunca podrá decirse con la suficiente certidumbre que los miembros de una sociedad se hayan hecho más civilizados; pero, siempre que se realicen investigaciones sistemáticas, con referencia a pruebas empíricamente verificables, podrá decirse de algunos grupos de hombres, y con mayor certidumbre, que se han hecho más civilizados, sin unir con ello necesariamente la idea de que hacerse más civilizado sea mejor o peor o tenga un valor positi vo o negativo. Un cambio tal de las estructuras de la personalidad, sin embargo, puede considerarse, con razón, como un aspecto específico del deve-

nir de las estructuras sociales. Esto es lo que va a intentarse en estas investigaciones.

No resulta esencialmente extraño que tanto en Parsons como en muchos otros teóricos contemporáneos de la sociología, aparezca la tendencia a la reducción a situaciones incluso cuando se preocupan expresamente del problema del cambio social. De acuerdo con la tendencia dominante en la sociología, Parsons parte de la hipótesis de que, normalmente, cada sociedad se encuentra en una situación de equilibrio invariable y asegurado de modo homeostático. La sociedad cambia, supone Parsons [4], cuando esta situación de normalidad del equilibrio social aparece alterada debido a un quebranto de las obligaciones reguladas socialmente, debido a una ruptura del conformismo. El cambio social, en consecuencia, aparece como una manifestación de perturbación casual, proveniente del exterior, en un sistema social que, por lo general, está bien equilibrado. Por lo demás, la sociedad así perturbada aspira a recuperar la situación de reposo, según el punto de vista de Parsons. Más pronto o más tarde se establece otro «sistema» con otro equilibrio que, a pesar de todas las oscilaciones, se mantiene de modo más o menos automático en la situación posterior. En una palabra, el concepto del cambio social se remite aquí a una transición entre dos situaciones normales de inmutabilidad, transición ocasionada por diversas perturbaciones. También en lo relativo a esta contraposición aparece aquí con toda claridad la diferencia entre la actitud teórica representada por estas investigaciones y la actitud teórica defendida por Parsons y sus discípulos. Estas investigaciones se sirven de gran cantidad de material empírico para probar la idea de que los cambios constituyen rasgos inherentes a la sociedad. La secuencia estructural de un cambio continuo sirvió aquí como marco de referencia para la investigación de situaciones que se pueden fijar en un determinado momento. Por el contrario, en la opinión sociológica dominante, los datos sociales (elaborados conceptualmente como si normalmente se encontraran en situación de reposo) sirven como marcos de referencia para todos los cambios. Así resulta posible imaginarse a una sociedad como si fuera un «sistema social» y un «sistema social» como un «sistema en situación de reposo». Incluso cuando se trata de una sociedad relativamente diferenciada y «muy desarrollada», suele entendérsela muy a menudo como algo autosuficiente y en situación de reposo. No se considera que sea parte integral de las tareas de investigación inquirir cómo y por qué esa sociedad muy desarrollada ha llegado a tal estadio de diferenciación. Correspondientemente con el marco de referencia estático de las teorías de sistemas dominantes, los cambios sociales, los procesos sociales y los desarrollos sociales, entre los que se cuentan, por supuesto, el desarrollo de un Estado o el proceso civilizatorio, se consideran como algo accidental, como una mera «introducción histórica», de cuya investigación y explicación puede prescindirse a los efectos de la comprensión del «sistema social», de su «estructura», de sus «conexiones funcionales», tal y como pueden observarse con una perspectiva a corto plazo, aquí y ahora. Hasta las mismas herramientas conceptuales muestran el sello de esta actitud intelectual específica de la reducción a situaciones, esto es, los conceptos como «estructura»

y «función» en la medida en que sirven como escudos de la escuela sociológica actual de los *structural funcionalists.* Por supuesto, ni siquiera sus fundadores pueden negar por entero la idea de que las «estructuras» y «funciones» de la «totalidad» social o sus «partes» (concebidas como situaciones en reposo) se mueven y cambian. Pero los problemas que, de esta manera, aparecen en el campo de visión se hacen compatibles con el estilo intelectual estático en la medida en que se relegan a un capítulo especial bajo el titulo del «cambio social», como si fuera algo que se da por añadidura, por encima de los problemas de unos sistemas que, normalmente, están en situación de reposo: de este modo es claro que el mismo «cambio social» se trata conceptualmente como un atributo de una situación de reposo. Con otras palabras, la posición de principios fundamentada en la consideración de las situaciones, se concilia con las observaciones empíricas sobre cambios sociales en la medida en que, en el museo teórico de figuras de cera se introducen algunas figuras extraordinarias e inmutables más, con unos carteles donde ponga: «cambio social» o «proceso social». De esta manera se congelan los problemas que plantean las transformaciones sociales y, además, se convierten en algo inocuo desde el punto de vista de la sociología de las situaciones. Así resulta también que el concepto de «evolución social» prácticamente ha desaparecido hoy del ámbito de estudio de los teóricos actuales de la sociología; paradójicamente ello sucede en una época de la evolución social en que los hombres se ocupan de modo más intensivo y consciente de los problemas de esta evolución social, tanto en la praxis de la vida social, como en la investigación sociológica empírica.

VI

Cuando acomete uno la tarea de escribir una introducción para un libro que, tanto histórica como empíricamente, se encuentra en manifiesta oposición con las tendencias más difundidas de la sociología contemporánea, tiene uno, en cierto modo, la obligación de decir al lector de un modo claro e inteligible, cómo y por qué los problemas que aquí se presentan y los pasos que para su solución se dan, se diferencian del tipo dominante hoy en la sociología, especialmente de los de la sociología teórica. Si se quiere cumplir con esta obligación, no se puede evitar la pregunta acerca de cómo es posible que la sociología, cuyos representantes más notorios en el siglo xix, pusieron los problemas del proceso social a largo plazo en el primer plano de los intereses de la investigación, en el siglo xx se haya convertido en una sociología de la situación, de cuyos afanes investigatorios prácticamente ha desaparecido toda aclaración de procesos sociales a largo plazo. En el marco de esta introducción no me es posible comprometerme a tratar con la minuciosidad que merece esta transferencia del interés central de la investigación sociológica y, con ello el cambio radical correspondiente de toda la mentalidad sociológica. Este problema sin embargo es muy importante para la comprensión de nuestras investigaciones y, también, para el desarrollo posterior de la sociología por lo que no se le puede dejar de lado. Me

limitaré, por lo tanto, a tratar solamente algunas de las condiciones que son responsables de esta involución del aparato conceptual sociológico y de la restricción correspondiente del ámbito de estudio.

La razón más evidente de que entre los sociólogos se haya perdido por completo la comprensión de la importancia de los problemas de la evolución social, de la génesis social, del desarrollo de las formaciones sociales de todo tipo y la razón, asimismo, de que hasta el concepto de la evolución haya caído en descrédito entre esos mismos sociólogos reside en la reacción de muchos de ellos, especialmente de los teóricos más relevantes del siglo xx contra ciertos aspectos de las teorías sociológicas fundamentales del siglo xix. Se ha podido comprobar que los modelos teóricos del desarrollo social a largo plazo, tales como los que elaboraron en el siglo xix hombres como Comte, Spencer, Marx, Hobhouse y muchos otros, en parte descansaban sobre hipótesis que venían determinadas fundamentalmente por los ideales políticos de los autores y, en segundo lugar, por la adecuación de los propios modelos a la realidad objetiva. Las generaciones posteriores tenían a su disposición un material empírico mucho mayor y continuamente creciente. La verificación de las teorías de la evolución del siglo xix, a la luz de las experiencias más amplias de las generaciones siguientes, hizo que toda una serie de aspectos de los antiguos modelos de procesos aparecieran como inciertos o, cuando menos, como necesitados de revisión. Muchos de los artículos de fe, indubitables para los adelantados de la sociología en el siglo XIX ya no resultaban aceptables para los representantes de la misma disciplina en el siglo xx. Entre estos se cuenta la creencia de que la evolución de la sociedad ha de ser, necesariamente, una evolución hacia lo mejor, una transformación en la dirección del progreso. Esta creencia es la que rechazaron decididamente muchos sociólogos posteriores, a tenor de su propia experiencia social. En un examen retrospectivo pudo verse con mayor claridad que los viejos modelos del desarrollo eran una mezcla de enunciados objetivos y de construcciones ideológicas.

En el empeño por conseguir una ciencia más madura cabría pensar que los autores se hubieran puesto a trabajar afanosamente con el fin de revisar y corregir los antiguos modelos del desarrollo. Cabría suponer que por fin iba a determinarse clara y rotundamente qué aspectos de las viejas teorías de la evolución sirven todavía como resultados de la investigación a la luz de los conocimientos actuales más amplios y sobre los cuales es posible seguir construyendo, y qué aspectos son expresión de prejuicios políticos condicionados por la época, y por lo tanto, deben ir a buscar su sitio al cementerio de las doctrinas muertas, provistos de su correspondiente epitafio.

En lugar de esto, hoy domina por doquier una reacción aguda contra aquellas teorías sociológicas que se ocupan de procesos sociales a largo plazo. Los autores se niegan por entero a ocuparse del desarrollo a largo plazo de la sociedad y el centro del interés sociológico (en reacción radical contra el antiguo tipo de teoría) se ha transferido a la investigación de datos sociales a los que se imagina como en situación normal de reposo y de equilibrio continuo. Paralelamente a esto se ha ido consolidando una serie de argu-

mentos convencionales y estereotipados en contra de las teorías sociológicas del viejo tipo y en especial en contra del concepto de evolución social. Como quiera que nadie se tomó el trabajo de diferenciar entre el pensamiento objetivo y el pensamiento ideológico en cuanto al concepto de evolución, se asoció sin más toda la esfera de problemas de los procesos sociales a largo plazo (en especial los procesos evolutivos) con uno u otro de los sistemas de creencias del siglo xix, en especial con la idea de que, tanto si es lineal sin conflictos como si es dialéctica con conflictos, la evolución social es siempre, de modo automático, una transformación en dirección de lo mejor, un cambio en la dirección del progreso. En la actualidad casi parece que ocuparse del ámbito de estudio de la evolución social es algo pasado de moda. De vez en cuando se oye decir que en la planificación de la estrategia de guerras nuevas, los generales se sirven como modelo de la estrategia de guerras pasadas. Actuaremos de igual modo si suponemos que conceptos como «evolución social» o «proceso social» incluyen las antiguas ideas de progreso de un modo inevitable.

Nos encontramos, pues, en el marco de la sociología, con una evolución conceptual que, de una oscilación del péndulo, excesivamente acentuada en una sola dirección intelectual, conduce a la contraria, con una dirección intelectual no menos unilateral. A una fase en la que los teóricos de la sociología se ocupaban fundamentalmente del modelo de la evolución social a largo plazo, sigue otra en la que se ocupan, más que nada, de los modelos de las sociedades en situación de reposo y de inmutabilidad. Si antaño se trataba de una especie de actitud básica heracliteana (todo fluye), con la diferencia de que el flujo, se da por supuesto, va en la dirección mejor, en la que cada momento puede desearse, ahora se trata de una actitud eleática. Según se dice, los eleatas se figuraban la trayectoria de una flecha como una serie de situaciones de reposo; en realidad, pensaban, la flecha no se mueve en absoluto, puesto que, en cada momento dado se encuentra en una posición asimismo dada. La suposición de muchos teóricos actuales de la sociología de que, habitualmente, las sociedades se encuentran en una posición de equilibrio, de forma que la evolución social a más largo plazo, aparece como una cadena de tipos sociales estáticos, recuerda mucho a la concepción eleática de la trayectoria de la flecha. ¿Cómo podemos explicarnos esta oscilación del péndulo desde un extremo al otro en el desarrollo de la sociología?

A primera vista parece como si la razón decisiva para la reorientación del interés teórico en la sociología fuese una reacción de los científicos, que protestasen contra la intromisión de ideales políticos en la construcción teórica de sus especialidades, en nombre del carácter científico de su trabajo de investigación. Los representantes de las teorías sociológicas de la situación, en la actualidad, tienden frecuentemente a dar este tipo de explicaciones, aunque si se la considera con mayor detenimiento puede verse que es insuficiente. La reacción frente a la sociología evolucionista predominante en el siglo XIX no se orientaba solamente contra el predominio de los ideales, contra le hegemonía de credos sociales preconcebidos en nombre de la objetividad científica. No se trataba tan sólo de la expresión de un esfuerzo

por penetrar a través del velo de las ideas del momento acerca de lo que debía ser una sociedad, para alcanzar las conexiones, los procesos y los funcionamientos de las mismas sociedades. Se trataba, en último término, de la reacción contra el predominio de determinados ideales en la construcción teórica de la sociología en nombre de otros ideales, parcialmente contrarios a éstos. Si, en el siglo xix, las ideas específicas respecto a lo que debía ser y a lo que se deseaba —esto es, representaciones ideológicas específicas— conducían al punto central del interés: al proceso y a la evolución de la sociedad, en el siglo XX otras ideas respecto a lo que debe ser y a lo que se desea —esto es, otras representaciones ideológicas— explican el gran interés de los teóricos más destacados de la sociología por el ser concreto y la situación en que se encuentra la sociedad, y explican también su olvido del problema del proceso de las formaciones sociales, su desinterés por las cuestiones de procesos a largo plazo y por todas las posibilidades explicativas que abre la investigación de estas cuestiones.

Esta inversión de sentido en el carácter de los ideales sociales, que encontramos en la evolución de la sociología, no es una manifestación aislada, sino que es más bien sintomática de un cambio de rumbo más general de los ideales dominantes en los países en los que se concentra el trabajo principal de la sociología. A su vez, tal inversión de sentido remite a un cambio de composición que han sufrido las relaciones intraestatales e interestatales de los países industriales más antiguos a lo largo de todo el siglo XIX y el XX. Bástenos aquí con precisar a grandes rasgos la línea de este cambio de composición a título de resumen de una investigación más detallada. Así facilitaremos la comprensión de las investigaciones sociológicas que, como sucede con éstas, entienden que el núcleo de la tarea sociológica es la explicación de procesos a largo plazo; y no para utilizar tales investigaciones como una porra con cuya ayuda uno trata de aplastar otros ideales en nombre de los propios, sino en función del esfuerzo por una mejor comprensión de la estructura de tales procesos, para conseguir la emancipación del predominio de los ideales y credos sociológicos en la tarea de la investigación sociológica. Puesto que únicamente podremos sacar a la luz conocimientos sociológicos que sean lo bastante objetivos para servir a la solución de los agudos problemas sociales cuando, en planteamiento y solución, cesemos de supeditar la investigación de lo que es en realidad a las ideas preconcebidas respecto a cómo la solución de dichos problemas puede acomodarse a los deseos propios.

VII

En los países industrializados del siglo xix, en los que se escribieron las primeras obras de los padres de la sociología, las voces que, en el coro del siglo, acabaron por imponerse fueron las que expresaban las creencias, ideales, objetivos a largo plazo y esperanzas sociales de las clases industriales ascendentes, frente a aquellas otras voces que se orientaban hacia el mantenimiento y conservación del orden social pre-existente en el sentido de una élite del poder de carácter dinástico-cortesano, aristocrático o patricio. Consecuentemente con su posición como clases ascendentes, las primeras eran las que tenían mayores esperanzas en un futuro mejor. Y como quiera que su ideal no residía en el presente, sino en el futuro, estaban especialmente interesados en el proceso social y en la evolución de la sociedad. En conexión con la una o la otra de las clases industriales, los sociólogos de la época trataban de conseguir la certidumbre en el sentido de que la evolución de la sociedad iría en la dirección de sus deseos y esperanzas; y buscaron asimismo la confirmación de sus deseos y esperanzas profundizando en la dirección de las fuerzas impulsoras de la evolución social que se habían dado hasta aquella fecha. En consecuencia, fomentaron mucho el conocimiento objetivo de los problemas de la evolución social. En una consideración retrospectiva, resulta hoy muy difícil prescindir de las opiniones del momento, de los ideales de la época, para dejar libres a aquellos modelos teóricos que, liberados de tales ideales pueden continuar teniendo algún significado dentro de contextos objetivos y verificables.

Por otro lado, también en el siglo xix, podía escucharse en el coro de la época la voz de quienes, por una u otra razón, se oponían a la transformación de sus sociedades en el proceso de la industrialización, cuyas creencias sociales se orientaban al mantenimiento de lo existente, a la conservación de lo tradicional, y que oponían un pretérito idealizado a un presente que cada vez empeoraba más. Estas voces representaban no solamente a las élites preindustriales del poder en los Estados dinásticos, sino también a aquellos amplios grupos profesionales, especialmente a partes de la población campesina y artesanal, cuyas formas vitales sociales y profesionales estaban quedando arrinconadas en el proceso de la industrialización. Estos sectores eran enemigos de los que hablaban desde la perspectiva de las dos clases ascendentes industriales, esto es, de la burguesía comercial e industrial y de la clase obrera industrial y que, consecuentemente con su situación ascendente obtenían su inspiración de la creencia en un futuro mejor y en el progreso de la humanidad. Durante el siglo xix, por lo tanto, el coro general de la época estaba compuesto por el semicoro de los que alababan un pasado mejor y el semicoro de los que alababan un futuro mejor.

Como es sabido, entre los sociólogos cuyo ideal social se orientaba hacia el progreso y el futuro mejor nos encontramos con portavoces de las dos clases industriales. Nos encontramos con hombres como Marx y Engels, que se identificaban con la clase obrera industrial; y nos encontramos también con sociólogos burgueses, como Comte, a comienzos del siglo XIX, o Hobhouse al final de este siglo y a comienzos del siglo XX. Los portavoces

en ambas clases en ascenso depositaban su confianza en la idea de una mejora futura de la condición humana, por más que, según fuera su situación de clase, les pareciera distinto lo que entendían por mejora y por progreso. No es una trivialidad hacerse una idea de la intensidad con que el siglo xix mostró su interés en los problemas de la evolución social; ello nos sirve para preguntarnos qué era lo que subyacía a ese interés cuando se quiere entender por qué palideció la fe en el progreso en el siglo XX y por qué, también, perdió importancia entre los sociólogos el interés por los problemas de la evolución social a largo plazo.

Ahora bien, para entender esta inversión de intereses no basta, como ya se ha señalado, con tomar en consideración las composiciones de clase o las relaciones intraestatales. El ascenso de las clases industriales dentro de los Estados en proceso de industrialización en Europa en el siglo XIX corría paralelo con el correspondiente ascenso de estas mismas naciones. Las naciones europeas en proceso de industrialización entraron en una rivalidad mutua creciente en el siglo xix e incrementaron más que nunca la expansión de su poderío a costa de los pueblos menos desarrollados de la tierra. Es decir, que no solamente se trataba de clases ascendentes, sino que las sociedades en su totalidad eran formaciones sociales en expansión, ascendentes.

Podríamos sentirnos inclinados a atribuir la fe en el progreso de la sociología europea a la fe de los siglos anteriores al xx, especialmente a la fe en los progresos de la ciencia y de la técnica. Pero ésta es una explicación insuficiente. La verdad es que la experiencia del progreso científico y técnico no da motivo alguno para proceder a su idealización, para sostener la creencia de que habrá una mejora continuada de la condición humana, como podemos ver hoy claramente en el siglo xx. La velocidad y la dimensión reales del progreso de la ciencia y de la técnica en nuestro siglo superan considerablemente la velocidad y la dimensión del progreso en los siglos anteriores. Asimismo, el nivel de vida de las masas de la población en los países de la primera oleada industrializadora, es muy superior en el siglo xx al de los siglos anteriores. La salud pública ha mejorado y la esperanza de vida se ha prolongado. Pero en el coro general de la época se han debilitado considerablemente, por relación a los siglos anteriores, las voces de quienes afirman el progreso como algo valioso, de quienes ven el núcleo de su ideal social en la mejora de la condición de los hombres y de los que esperan confiados en un futuro mejor de la humanidad. Asciende en cambio, y acabará siendo predominante, el otro medio coro, el de las voces de quienes dudan del valor de esta evolución, de quienes no tienen una confianza especial en el futuro mejor de la humanidad o en el de la propia nación y cuya fe social central, por el contrario, se concentra en el presente, en la conservación y mantenimiento de la propia nación, en la idealización de su forma social existente o, también, de su pasado, de sus tradiciones y del orden que le ha venido dado a lo largo de la historia. En los siglos anteriores en los que los progresos reales eran claramente visibles, aunque todavía fueran lentos y relativos, la idea de un progreso posterior, futuro, tenía el carácter de un ideal por el que luchaban sus partidarios y que, como ideal,

poseía un gran valor para ellos. En el siglo xx, en cambio, en el que el progreso real en las ciencias, en la técnica, en la salud pública, en el nivel de vida y, no menos importante, en la disminución de las desigualdades entre los seres humanos ha superado en velocidad y alcance en las antiguas naciones industrializadas al progreso de los siglos anteriores, este progreso es, sin duda, un hecho pero, para muchas personas ha dejado de ser un ideal. Aumenta la cantidad de voces que dudan del valor de todos estos progresos reales.

Las razones que justifican esta inversión de sentido son muchas y no es preciso que consideremos todas. La permanencia de las guerras, el peligro perpetuo de conflicto bélico, la amenaza de las armas atómicas y de las nuevas armas científicas, contribuyen, sin duda, a mantener esa coincidencia entre el aumento de velocidad del progreso especialmente en la esfera cientifica y técnica, y la disminución de confianza en el progreso en general.

No obstante, los graves trastornos producidos por las guerras y otros fenómenos similares no son suficientes para explicar el desprecio con el que el hombre del siglo xx habla de la «fe simple en el progreso» de los siglos anteriores o de su idea de un desarrollo progresivo de la sociedad humana y tampoco explica la ceguera de los científicos sociales con relación a los problemas de los procesos sociales a largo plazo, o la casi completa desaparición del concepto de evolución social de los manuales de sociología. Es decir, no pueden explicar estos y otros síntomas de las oscilaciones del péndulo intelectual. Para hacerlo hay que recurrir, al mismo tiempo, a los cambios específicos en la estructura general nacional y a la posición internacional de las grandes naciones industriales de los siglos xix y xx.

Dentro de estas naciones acaban por establecerse en el siglo xx como los grupos dominantes en el Estado los representantes de las dos clases industriales, la burguesía industrial y el antiguo o nuevo proletariado, frente a las élites anteriores de carácter dinástico-aristocrático-militar. Las dos clases industriales se mantienen en un equilibrio a menudo precario y frágil, con el proletariado en la posición más débil, fortaleciéndose lentamente. De las clases en ascenso del siglo xix que aún tenían que luchar en sus Estados por el triunfo frente a las élites tradicionales del poder y para las cuales la evolución, el progreso y el futuro mejor no solamente eran un hecho, sino también un ideal de gran valor emocional, surgieron en el siglo xx, las clases industriales más o menos predominantes, cuyos representantes se encuentran establecidos institucionalmente como grupos dominadores o codominadores. Ya como socios, ya como contrarios, lo cierto es que los representantes de la burguesía industrial y del proletariado establecido constituyen las élites primarias del poder en las naciones de la primera ola de la industrialización. En consonancia con esto, cada vez tiene mayor importancia en las dos clases industriales (primeramente en la burguesía industrial y, luego, en medida creciente en la clase obrera industrial) la conciencia de clase y, en parte, como disfraz, la conciencia nacional; junto a los ideales de clase, la propia nación como ideal y valor supremo.

Sin embargo, considerada como un ideal, la Nación orienta la mirada hacia lo que es, hacia lo existente. Desde un punto de vista sentimental e

ideológico la Nación, organizada como Estado, como es en la actualidad, se presenta como el valor supremo debido a que los representantes de las dos clases más poderosas y numerosas tienen acceso a las posiciones de poder del Estado. Siempre desde el punto de vista sentimental e ideológico, la nación aparece como eterna, como inmutable en cuanto a sus rasgos esenciales de carácter. Los cambios históricos afectan únicamente a lo exterior; el pueblo, la nación, en cambio parece que no cambiase. La nación inglesa, la alemana, la francesa, la americana o la italiana y todas las demás son imperecederas a juicio de los responsables de su invención. Consideradas en su «esencia», son siempre lo mismo, ya se trate del siglo x o del siglo xx.

Por lo demás, en el curso del siglo XX ambas clases industriales dentro de las antiguas naciones industriales terminan por convertirse en clases más o menos dominantes y, además, el proceso expansionista de las naciones europeas y de sus descendientes en otras partes del mundo alcanza lentamente un punto de reposo. Al principio, su ventaja real frente a los pueblos no europeos era bastante grande y, durante una época siguió aumentando. Pero el proceso real del desarrollo destruye la convicción que se había originado y consolidado en la época del rápido aumento de poderío de las naciones europeas; la convicción, propia de todos los grupos poderosos y dominantes del mundo, de que el poder que ejercían sobre los otros pueblos era la expresión de una misión eterna predeterminada por Dios, por la naturaleza o por una necesidad histórica, la manifestación de una superioridad esencial sobre los menos poderosos, la expresión de un valor propio superior evidente, todo lo cual constituyó la autoimagen y el ideal colectivo más acendrados en las naciones industriales. El contraste con la realidad que supuso la disparidad entre esta imagen nacional ideal y la realidad social fue elaborado de modo distinto por las diversas naciones de acuerdo con su desarrollo propio y con el carácter específico de su ideal colectivo en cada caso. En Alemania, el duro choque de las derrotas militares sirvió para disfrazar la gran importancia de este contraste en un primer momento. Sin embargo resulta revelador, tanto de la solidez de los antiguos ideales nacionales como de la arbitrariedad relativa del desarrollo en general, el hecho de que hasta en los países victoriosos de la Segunda Guerra Mundial, inmediatamente después de su triunfo, solamente algunas personas intuyeron la rapidez y la eficacia con que el enfrentamiento entre dos grupos de países desarrollados ocasionaría la reducción del poder de los otros frente a los subdesarrollados que ya venían preparándose para ello desde mucho antes. Como suele suceder, esta disminución de poder cogió desprevenidos a los grupos que hasta entonces habían sido más poderosos.

Las posibilidades reales de progreso y de un futuro mejor son hoy mayores que nunca incluso en el caso de las naciones industriales más antiguas, abstracción hecha de la probabilidad regresiva de una guerra. No obstante, el futuro es decepcionante desde el punto de vista de la autoimagen nacional tradicional, del ideal colectivo en el que cristaliza habitualmente la idea de la civilización y la cultura propias como valores supremos de la humanidad. La idea de la esencia y valor peculiarísimos de la propia nación sirve a menudo como legitimización de las pretensiones hegemónicas

de la nación propia sobre el conjunto de los pueblos. Esta autoimagen, esta pretensión hegemónica de las naciones industriales más antiguas es la que ha empezado a desmoronarse en la segunda mitad del siglo XX gracias a un crecimiento del poder (aunque todavía limitado) de las sociedades preindustriales más pobres, anteriormente dependientes y parcialmente dominadas en otras partes del planeta [5].

En otras palabras, este choque con la realidad, en la medida en que se trata del valor emotivo de la situación actual de la Nación en relación con las posibilidades del futuro, fortalece una tendencia que siempre ha estado presente en el sentimiento nacional. La nación y su herencia inmutable, como ya se ha dicho, en el sentido de la autolegitimación y como expresión del orden axiológico nacional y del ideal nacional tiene un valor emotivo muy superior a cualquier promesa y cualquier ideal que haya que ir a buscar en el futuro. La «idea nacional» obliga a desviar la atención desde aquello que es mudable a lo que es permanente e inmutable.

A este aspecto del cambio, que se opera en los Estados europeos y en sus parientes extraeuropeos más cercanos, se corresponden transformaciones en el mundo de las representaciones y en la mentalidad de los intelectuales. En los siglos xviii y xix, los filósofos y sociólogos que hablaban de la «sociedad», pensaban habitualmente en la «sociedad burguesa», esto es, en aspectos de la convivencia social de hombres que parecían haber superado los aspectos estatales-dinásticos y militares. Consecuentemente con su posición y sus ideales como portavoces de grupos que carecían de acceso a las posiciones centrales del Estado en su conjunto, estos hombres, al hablar de la sociedad, solían pensar en una sociedad humana que trascendía todas las fronteras estatales. Con el acceso al poder político en sentido amplio de los representantes de ambas clases industriales y con el desarrollo correspondiente de los ideales nacionales en estas dos clases, especialmente en sus élites del poder, también se cambió la idea que la sociología tenía de la sociedad.

En el conjunto de la sociedad, los ideales sociales de cada una de las clases industriales se mezclan e interpenetran en creciente medida con los ideales nacionales. Por supuesto, los ideales nacionales conservadores o liberales muestran una perspectiva del nacionalismo distinta a la de los ideales socialistas o comunistas. Pero, en el mejor de los casos, estas perspectivas influyen en cuanto que diferencias de grado en la gran línea de transformación que se produjo en la posición de las clases industriales establecidas, junto con sus portavoces políticos e intelectuales, en lo relativo al Estado y a la Nación, desde el momento en que estas clases pasaron de ser grupos excluidos del poder estatal central a ser grupos que constituían la Nación en sentido estricto y cuyos representantes ostentaban y ejercían el poder estatal. Esta evolución se corresponde con el hecho de que muchos sociólogos del siglo xx, al hablar de la «sociedad» ya no se refieren, como sus predecesores, a una «sociedad burguesa» o a una «sociedad humana», más allá del Estado, sino que cada vez se refieren más a la limitada imagen ideal de un Estado nacional. En el contexto de esta representación general de la sociedad como algo abstraído de la realidad del Estado nacional encontramos

de nuevo las perspectivas político-ideológicas más arriba citadas. También entre los teóricos principales de la sociología del siglo XX encontramos perspectivas conservadoras y liberales así como socialistas y comunistas de la sociedad. En el curso del siglo xx la sociología americana ha ejercido durante una época una función preponderante en el desarrollo posterior de la sociología teórica. Como quiera, por otro lado, que el carácter específico del ideal nacional americano dominante es no distinguir claramente entre los rasgos liberales y los conservadores y no considerarlos tampoco como contrapuestos, cual sucede en muchos Estados nacionales europeos, especialmente en Alemania [6], esta misma es también la tendencia en el tipo dominante de teoría sociológica de nuestra época.

En los debates sociológicos y filosóficos suele presentarse el rechazo de ciertos aspectos de las teorías sociológicas del siglo xix, en especial el de su interés por la evolución social y el de su creencia en el progreso como si fuera un rechazo basado únicamente en la insuficiencia científica de estas teorías. La ojeada rápida que hemos presentado aquí sobre una de las líneas centrales-estructurales del desarrollo intraestatal e interestatal de las naciones industriales más antiguas permite observar con mayor claridad ciertos aspectos ideológicos del citado rechazo. En correspondencia con el concepto de ideología, acuñado por la tradición marxista, podría entenderse que los aspectos ideológicos del rechazo de la evolución social y la tendencia hacia la reducción situacional, que domina la idea de sociedad de las nuevas teorías sociológicas, han de remitirse a los ideales de las clases cuyas esperanzas, deseos e ideales no se refieren al futuro, sino al mantenimiento de lo existente, a la conservación de la sociedad como es. Pero una tal subordinación de las creencias e ideales sociales a los intereses de clase en la construcción teórica de la sociología, ya no es aceptable en el siglo xx. En esta época resulta ya necesario tomar en consideración el desarrollo del conjunto de la sociedad y los ideales nacionales con el fin de comprender los aspectos ideológicos de las teorías sociológicas. La integración de las dos clases industriales en el entramado estatal, hasta ahora dominado por minorías muy reducidas de tipo preindustrial, el ascenso de ambas clases a una posición en la que sus representantes cumplen una función más o menos predominante en estos Estados, los cuales no se pueden gobernar ya sin el acuerdo en última instancia de un proletariado industrial que aún es socialmente débil y, finalmente, la mayor identificación de las dos clases con la Nación, todo esto, como ya hemos señalado, da un impulso especial a la fe en la propia Nación en cuanto que uno de los valores supremos en la perspectiva social de la época. La prolongación y condensación crecientes de los vínculos de interdependencia interestatales y el aumento de tensiones y conflictos interestatales específicos, que dependen de lo anteriormente señalado, así como las guerras nacionales y la amenaza perpetua de guerra, contribuyen notablemente a aumentar la orientación intelectual naciocéntrica.

La conjunción de estas dos líneas de desarrollo, la infraestatal y la interestatal es la que arrebata su impulso en las naciones industriales más antiguas al ideal del progreso y a la organización de la fe y de la esperanza

en un futuro mejor y con ello también a la imagen del pasado como evolución. Consideradas por separado, las dos líneas de desarrollo substituyen los viejos tipos ideales por otros ideales orientados al mantenimiento y la defensa de lo existente. Estos ideales se orientan hacia algo que se considera como inmutable y como realizado en el presente, esto es, hacia la Nación eterna. En lugar de las voces que proclaman la fe en un futuro mejor y en el progreso de la humanidad como ideal, adquieren predominio en el coro mezclado de la época las voces de aquellos que dan preeminencia a la fe en el valor de lo existente y, especialmente, en el valor intemporal de la propia Nación, por la que muchos hombres dieron su vida en la sucesión de guerras grandes y pequeñas. A grandes rasgos, ésta es la línea estructural social general que también se refleja, entre otras cosas, en la línea de desarrollo de las teorías sociales. En lugar de las teorías sociales en las que cristalizan los ideales de clases ascendentes de sociedades industriales en plena expansión, se elaboran hoy teorías sociales dominadas por los ideales de capas sociales elevadas y más o menos establecidas en sociedades industriales muy avanzadas, que están alcanzando o ya han alcanzado el punto culminante de su evolución.

Baste con recoger un solo concepto como ejemplo de este tipo de teoría sociológica, el concepto del «sistema social», tal cual aparece utilizado por Parsons aunque no solamente por él. Este concepto expresa de modo muy claro lo que tales autores creen que es la «sociedad». Un «sistema social» es una sociedad en equilibrio. De vez en cuando se producen pequeñas oscilaciones de este equilibrio; pero, normalmente, la sociedad se encuentra en estado de reposo. Todas sus partes, según suponen estos autores, se acoplan armónicamente en situación de normalidad. Todos los individuos pertenecientes a la sociedad también se acoplan normalmente al mismo tipo de normas por medio de un mismo proceso de socialización. Habitualmente, todos los individuos están bien integrados, siguen los mismos valores en sus actuaciones, cumplen las mismas funciones sin dificultades, no tienen por qué entrar en conflictos mutuos en situación normal. Las manifestaciones de perturbación son como cambios del sistema. En resumen: la imagen de la sociedad, que encuentra una expresión teórica representativa en este concepto del sistema social, resulta ser, vista más de cerca, la imagen ideal de una nación, ya que todos los individuos que a ella pertenecen han tenido la misma socialización, siguen las mismas normas, aspiran a los mismos valores y, en consecuencia, en situación de normalidad, conviven en perfecta integración y armonía. En la idea del «sistema social» con la que aquí nos encontramos lo que se perfila, en otras palabras, es la imagen de una nación como comunidad. Implícitamente se da aquí por supuesto que dentro de este «sistema», existe un nivel relativamente elevado de igualdad entre los hombres, puesto que la integración descansa sobre la misma socialización de los individuos, sobre la unidad de sus normas y valores en la totalidad del sistema. En este «sistema», por lo tanto, se trata de una construcción que puede entenderse en abstracto como un Estado nacional organizado democráticamente. Como quiera que se mire, sin embargo, en esta construcción desaparece la diferencia entre lo que una nación es y lo que

debe ser. Así como en los modelos sociológicos evolutivos del siglo XIX, los deseos, esto es, el desarrollo hacia lo mejor, el progreso social en el sentido de los respectivos ideales sociales, se presentaban como hechos objetivos, mezclados con observaciones científicas, también en el siglo xx, los modelos sociológicos de un «sistema social» normalmente invariable, los deseos, esto es, el ideal de una integración armónica de todas las partes de la nación, se presenta como una realidad, como un hecho objetivo mezclado con observaciones científicas. En el primer caso, lo que se idealiza es el futuro; en el segundo, el presente, el ordenamiento nacional-estatal existente aquí y ahora.

Lo que se nos presenta, pues, como meollo de una teoría científica de las sociedades de todos los tiempos y lugares no es más que una mezcla de ser y deber ser, de análisis objetivos y de postulados normativos que se remiten de un modo primario a una sociedad de un tipo muy concreto y a un Estado nacional presuntamente igualitario. Para hacerse cargo de las insuficiencias de una teoría general de la sociedad elaborada desde la perspectiva provinciana de la situación actual de la propia sociedad basta con plantearse la cuestión de en qué medida estas teorías sociológicas, que dependen de las sociedades actuales y de unos estados nacionales más o menos democráticos, que presuponen como evidente y deseable un alto grado de integración de los individuos en el «sistema social» y que dan por sentado un grado relativamente avanzado de democratización social, pueden aplicarse a sociedades en otros niveles de desarrollo y que están menos centralizadas y menos democratizadas. Comprobando en qué escasa medida estos modelos de un «sistema social» son adecuados como instrumentos teóricos para la investigación científica de sociedades con un alto porcentaje de esclavos y personas no-libres o para el estudio de Estados feudales y Estados estamentales, esto es, sociedades en las que no rigen las mismas leyes para todos y mucho menos las mismas normas y valores, podremos reconocer que tales modelos sistémicos orientados hacia la sociología de las situaciones están, en realidad, concentrados en el presente.

Lo que se ha expuesto aquí en relación con la noción sistémica de la sociología del siglo xx también podría predicarse sin dificultades de otras orientaciones del tipo dominante en la sociología contemporánea. Conceptos como «estructura», «función», «norma», «integración», «rol», todos ellos, en su forma actual, implican una transformación intelectual de aspectos de las sociedades humanas con abstracción de su evolución, de su génesis, de su carácter procesal, de su desarrollo. El rechazo de la versión ideológica dominante en el siglo XIX de este aspecto dinámico de las sociedades, rechazo que se ha producido en el siglo xx es, como se ha visto, no solamente la expresión de una crítica de estos aspectos ideológicos en nombre de un esfuerzo científico por aclarar las relaciones reales, sino sobre todo, la expresión de la crítica de ideales anteriores que ya no se corresponden con la situación y la experiencia de la sociedad propia y frente a los que nos distanciamos, en función de otros ideales propios posteriores. Esta substitución de una ideología por otra [7] es la que explica que, en el siglo XX no solamente se cuestionen los elementos ideológicos del concepto sociológi-

co de evolución del siglo xix, sino el concepto mismo de evolución y el hecho de ocuparse de problemas evolutivo-sociales a largo plazo, de la sociogénesis y la psicogénesis en general. En una palabra, que se arroja al niño con el agua sucia.

Es evidente que puede entenderse mejor este trabajo sobre procesos sociales, cuando se toma en consideración esta línea de desarrollo de la sociología teórica. La tendencia a condenar los tipos sociales ideales dominantes en el siglo xix desde la perspectiva de los del siglo XX, evidentemente, bloquea la posibilidad de aceptar que uno pueda tomar los procesos a largo plazo como objeto de investigación sin que la razón motivadora para ello sea de carácter ideológico, esto es, sin que el autor, asegurando que habla de lo que es o de lo que era, en realidad esté hablando de lo que cree o desea que sea. Si estas investigaciones tienen algún sentido se debe, en primerísimo lugar, al hecho de que se evita esta mezcla entre lo que es y lo que debe ser, entre el análisis científico objetivo y su contrapartida ideal. Estas investigaciones apuntan a la posibilidad de liberar el estudio de la sociedad de la esclavitud de las ideologías sociales. Con ello no se está diciendo que toda investigación de los problemas sociales que excluya el predominio de los ideales político-ideológicos tenga que renunciar a la posibilidad de influir en la marcha de los acontecimientos políticos por medio de los resultados de la investigación sociológica. Todo lo contrario: la utilidad del trabajo de investigación sociológica como instrumento de la praxis social queda fortalecida siempre que no nos engañemos proyectando en la investigación de lo que es y de lo que fue aquello que deseamos o que pensamos que debe ser.

VIII

Pero, para entender el bloqueo a que la orientación intelectual y emotiva dominante tiene sometida a la investigación de cambios estructurales sociales e individuales a largo plazo (y, con ello, a la comprensión de este libro) no basta con seguir la línea de evolución de la imagen de los individuos como sociedades, de la imagen de las sociedades; es preciso no perder de vista, al mismo tiempo, la línea de evolución de la imagen de los seres humanos como individuos, de la imagen de la personalidad. Como ya se ha dicho, entre las peculiaridades de la imagen tradicional del ser humano, cuenta el hecho de que los seres humanos, considerados en sí mismos, como individuos y como sociedades, se tratan, tanto en el lenguaje como en el pensamiento, como si fuesen dos manifestaciones con existencia separada, de las cuales la una suele considerarse como «real» y la otra como «irreal», en lugar de entender que son dos perspectivas distintas de los mismos seres humanos.

Tan extraño desvarío del pensamiento humano no puede entenderse si no se echa una ojeada a los contenidos ideológicos que configuran esta idea. La escisión de la imagen del ser humano en una imagen de los hombres como individuos y otra de los hombres como sociedades tiene una raigambre

muy extendida. Una de sus ramificaciones es una escisión muy característica entre actitudes valorativas e ideales, que un examen detallado nos muestra en todos los Estados nacionales más desarrollados y que quizá se encuentra de modo más agudo en las naciones que tienen una poderosa tradición liberal. En el desarrollo de todos los sistemas valorativos de estos Estados naciones nos encontramos, por un lado, con una corriente que considera al conjunto social, a la nación, como el valor supremo; y, por otro lado, nos encontramos con otra corriente que considera que el valor supremo es el ser humano aislado, autónomo, la «personalidad cerrada», el individuo libre. No suele ser fácil conciliar estos dos «valores supremos». Hay situaciones en que los dos ideales son absolutamente incompatibles. Pero, no siempre se ve este problema con claridad. A menudo se habla con gran entusiasmo de la libertad y la independencia del individuo, al tiempo que se habla con el mismo entusiasmo de la libertad y la independencia de la propia nación. El primer ideal alimenta la esperanza de que el ciudadano aislado de una sociedad estatal-nacional dependa de sí mismo y pueda tomar decisiones sin consideración a los demás, a pesar de la comunidad y la interdependencia con ellos; el segundo ideal alimenta la esperanza, especialmente en tiempos de guerra, pero también durante la paz, de que el individuo sea capaz de sacrificarlo todo, incluso su vida a la supervivencia de la «totalidad social».

Esta ambivalencia de los ideales, las contradicciones internas del *ethos* con el que los seres humanos se educan, encuentra su expresión en diversos ámbitos y también en las teorías sociológicas. Muchas de estas teorías arrancan del individuo independiente, autónomo, mientras que otras arrancan de la totalidad social independiente como la «realidad auténtica» y, en consecuencia, como el objeto auténtico de la ciencia social. Otras teorías, por lo demás intentan conciliar estas dos ideas, generalmente sin explicar cómo es posible unificar la idea de un ser humano libre, absolutamente independiente, con la idea de una «totalidad social» igualmente libre e independiente y, a menudo, sin ver el problema con claridad. Podemos encontrar el eco de la ambivalencia interna irresuelta entre ambos ideales especialmente en las teorías de sociólogos con una perspectiva conservadora-liberal del ideal nacional. Ejemplos de ellos son el pensamiento teórico de Max Weber —aunque no, por supuesto, sus investigaciones empíricas— y su prolongación en las teorías de Talcott Parsons.

Como ilustración basta con volver sobre lo que ya hemos dicho acerca de la idea parsoniana de la relación entre individuo y sociedad, de la relación entre el «actor aislado» y el «sistema social». Una de las descripciones de esta relación se contiene en la metáfora de la «interpenetración mutua» de ambos, «interpenetración» que muestra muy a las claras en qué medida opera aquí la idea de una existencia separada de las dos perspectivas humanas. La reificación del ideal encuentra su expresión, pues, en esta articulación intelectual, no solamente en la versión conceptual del sistema social como la imagen ideal especial de una nación, sino también en la imagen del actor aislado, del «ego» como imagen ideal de un individuo libre e independiente de todos los demás. En los dos casos la imagen ideal del

teórico se convierte inadvertidamente en un hecho, en algo que existe realmente. También en el caso de la imagen del hombre aislado, lo que el teórico cree que debe ser, es decir, la imagen del hombre aislado independiente, con libertad de decisión, se convierte en imagen de aquello que el hombre aislado es en la realidad.

Ciertamente, no es éste el lugar para ir hasta el fondo de esta ambivalencia tan difundida en el pensamiento sobre el hombre. No obstante, mientras pretendamos enfrentarnos a los problemas del proceso de la civilización con la idea ya mencionada del hombre individual, no entenderemos el sentido de estas investigaciones. En el curso del proceso civilizatorio se cambian las estructuras de los individuos en un sentido concreto. Esto es lo que quiere decir en realidad el concepto de «civilización» en el sentido fáctico en que es utilizado en este trabajo. La idea, hoy tan difundida, del individuo como un ser absolutamente independiente y extraño a todos los otros en último término, es muy difícil de conciliar con los hechos que emergen en nuestras investigaciones. Esta idea bloquea la comprensión de procesos a largo plazo que sufren los seres humanos simultáneamente en la esfera individual y en la social. Para ilustrar su imagen de la personalidad, Parsons utiliza a veces la vieja metáfora de la *black box* [8]; esto es, una caja negra y cerrada en cuyo «interior» se producen ciertos procesos individuales. La metáfora procede del instrumental conceptual de la psicología y viene a decir que, en el fondo, todo lo que puede observarse científicamente en un ser humano es su comportamiento. Puede observarse lo que hace la caja negra. Pero lo que sucede en el interior de la caja, esto es, lo que suele denominarse «alma» o «espíritu», o el *«ghost in the machine»,* como lo llamó un filósofo inglés [9], no puede ser objeto de investigación científica. En este contexto no queda otro remedio que precisar con mayor detalle la imagen del ser humano aislado que hoy tiene tanta importancia en las ciencias humanas y que, en consecuencia, ha contribuido a restringir la de los cambios de los hombres en el proceso de la evolución social como objeto de investigación.

La imagen del ser humano aislado, como un ser completamente libre y completamente independiente, como una «personalidad cerrada», que depende de sí mismo en su «interior» y que está separado de los demás individuos, tiene una larga tradición en la historia de las sociedades europeas. En la filosofía clásica, esta figura se manifiesta como el sujeto del conocimiento teórico. En su función de *homo philosophicus,* el individuo aislado consigue conocimientos sobre el mundo «fuera de él mismo» y por sus propios medios. No necesita aprender de los demás. En esta imagen del ser humano se olvida el hecho de que éste llega al mundo como niño y de que tiene un proceso de desarrollo hasta alcanzar la edad adulta y a lo largo de esta edad adulta. En la evolución de la humanidad hubieron de pasar muchos miles de años antes de que los hombres aprendieran a reconocer las relaciones del acontecer natural, el curso de los astros, la lluvia y el sol, el trueno y el rayo, como manifestaciones de una relación causal ciega, impersonal, completamente mecánica y regular. Pero la «personalidad cerrada» del *homo philosophicus* percibe cuando adulto la cadena causal mecánica y regular, sin que tenga que aprenderla de los demás, de modo comple-

tamente independiente del nivel de conocimientos alcanzado en su sociedad, gracias, aparentemente, a que tiene los ojos abiertos. Este proceso — del ser humano individual como proceso de crecimiento, del conjunto de los hombres como proceso de la evolución de la humanidad— queda reducido conceptualmente a la categoría de situación. El ser humano aislado, en su condición de adulto, se limita a abrir los ojos y es capaz de reconocer por sí solo, sin ayuda ajena, no solamente lo que son todos esos objetos que percibe, no solamente lo que es animado e inanimado, lo que ha de clasificar como piedra, planta o animal, sino que, además, reconoce de inmediato que estos elementos están relacionados entre sí de modo causal y natural. La pregunta de los filósofos, en último término, viene a ser si el ser humano obtiene de su propia experiencia el conocimiento de este vínculo causal; con otras palabras, si este vínculo causal es una peculiaridad de los hechos observables «fuera de él mismo» o bien si se trata de un accesorio de la «interioridad» humana, dado por la peculiaridad de la razón humana, accesorio de aquello que, proveniente de «fuera» penetra en la «interioridad» por medio de los sentidos. Esta imagen del ser humano, del *homo philosophicus,* que nunca fue niño y que llegó al mundo hecho ya un adulto no ofrece ninguna solución al callejón sin salida cognoscitivo. El pensamiento oscila sin remedio entre la Escila de cualquier positivismo y el Caribdis de cualquier apriorismo, precisamente porque aquello que puede observarse como un proceso de hecho, como una evolución del macrocosmos multihumano y del microcosmos uni-individual en el interior del primero, queda reducido a una situación: a un solo acto cognoscitivo que se realiza aquí y ahora. Aquí tenemos un ejemplo de qué estrecha relación se da entre los procesos sociales a largo plazo, esto es, entre los cambios estructurados de las composiciones que constituyen muchos seres humanos interdependientes así como los individuos que las integran, con un cierto tipo de imagen de los individuos y de las experiencias propias. Para aquellos seres humanos para los que resulta absolutamente obvia la idea de que su propia persona, su «ego», su «yo» o cualquiera que sea el nombre que se le dé, se encuentra encerrado en su «interior» frente a los otros seres humanos y cosas, existiendo por sí mismo frente a lo que hay fuera, resulta muy arduo admitir la importancia de los hechos que demuestran que, desde pequeños, los individuos viven en interdependencia. Para estas personas resulta muy difícil imaginarse a los seres humanos como individuos relativamente independientes, susceptibles de entrar en composiciones mudables mutuas, y no como individuos autónomos y absolutamente independientes. Como quiera que esta autoexperiencia actúa de un modo inmediatamente revelador, no es fácil apoyarse en ella para dar cuenta de los fenómenos que muestran que este tipo de experiencias, a su vez, están limitados a determinadas sociedades y que son posibles, por lo tanto, con ciertos tipos de interdependencias y con cierta clase de interrelaciones sociales, constituidas por los hombres; en resumen, que se trata de una clase de experiencia que pertenece al campo de las peculiaridades estructurales de una cierta etapa en el desarrollo de la civilización, a una diferenciación e individualización específicas de las asociaciones humanas. Cuando uno crece dentro de una de estas asociacio-

nes, no es posible imaginarse cómo puede haber seres humanos que no se experimenten a sí mismos de este modo, como individuos completamente autónomos, absolutamente aislados en su interior frente a los demás seres y cosas. En este caso, la experiencia propia aparece como algo absolutamente evidente, como síntoma de una situación humana eterna, como la experiencia propia por antonomasia, normal, natural y común de todos los seres humanos. La idea del individuo aislado de que es un *homo clausus,* un mundo cerrrado en sí mismo que en último término existe en completa independencia del ancho mundo exterior, determina la imagen del hombre en general. Todos los demás individuos se nos presentan también como *homo clausus* y su núcleo, su esencia, su auténtico yo se manifiesta, en todo caso, como algo que está encerrado en su interior, aislado del mundo exterior y de los demás seres humanos por medio de un muro invisible.

Sin embargo, casi nunca se menciona el carácter de este muro y, desde luego, jamás se da una explicación de él. ¿Es el cuerpo un recipiente en cuyo interior se encuentra encerrado el auténtico yo? ¿Es la piel la línea fronteriza entre el «interior» y el «exterior»? ¿Qué es la cápsula en el ser humano y qué lo encapsulado? La experiencia del «interior» y el «exterior» actúa de un modo tan inmediatamente revelador que apenas sí se plantean estas cuestiones, ya que no parecen merecedoras de investigación ninguna. Nos damos por satisfechos con las metáforas locativas acerca del «interior» y del «exterior», pero no hacemos intento alguno por determinar en serio el «interior». Y, por más que esta renuncia a la investigación de la validez de los propios presupuestos no se ajusta claramente a los procedimientos científicos, la imagen preconcebida del *homo clausus,* no sólo domina en el campo de la sociedad en general, sino, también, cada vez en mayor medida, en el de las ciencias humanas. Entre sus variedades no hay que limitarse a contar con el *homo philosophicus* tradicional, esto es, con la imagen humana de la teoría clásica del conocimiento, sino también con el *homo economicus,* el *homo psichologicus,* el *homo historicus* y la versión moderna del *homo sociologicus.* Las imágenes de un ser humano aislado, de Descartes, Max Weber o Parsons están talladas todas en la misma madera. Al igual que antaño lo hacían los filósofos, también hoy muchos teóricos de la sociología aceptan esta autoexperiencia y la imagen del hombre que a ella corresponde, como fundamento incuestionado de sus teorías. Estos autores no se distancian frente a sus ideas, no se las extraen de la conciencia, por así decirlo, para encararse con ellas y preguntarse por su adecuación. En consecuencia, suele pasar que nos encontremos con autoexperiencias e imágenes del ser humano como individuo aislado junto a propuestas de superar el reduccionismo situacional. Así sucede con Parsons, en quien convive una imagen estática del ego, del individuo aislado actuante, de un adulto (de cuyo proceso de maduración se ha hecho abstracción), junto al patrimonio conceptual del psicoanálisis, que Parsons ha incorporado a su teoría y que, en realidad, se remite no al hecho de ser adulto, sino al de convertirse en adulto entendiendo, además, al individuo como un proceso abierto en interdependencia inseparable con los otros individuos. Por todo esto, las ideas de los teóricos de la sociedad acaban siempre atascadas en un callejón del que,

al parecer, no existe salida. El individuo o, dicho con mayor exactitud, aquello a lo que se refiere el concepto actual de individuo, sigue entendiéndose como algo que existe «fuera» de la sociedad. A su vez, aquello a lo que se refiere el concepto de sociedad se muestra como algo que existe fuera y más allá del individuo. Parece como si únicamente pudiéramos elegir entre enunciados teóricos para los cuales el individuo aislado más allá de la sociedad es lo auténticamente existente, lo único real (mientras que la sociedad se ha de entender como una abstracción, como lo que no existe auténticamente) y otros enunciados teóricos que interpretara la sociedad como «un sistema», como un «hecho social *sui generis»,* como una realidad de tipo peculiar más allá de los individuos. En todo caso, lo que puede hacerse (como viene intentándose últimamente, a modo de solución al callejón sin salida) es poner, sin más, juntas a ambas concepciones, la del hombre aislado como *homo clausus,* como ego, como individuo más allá de la sociedad, y la sociedad como un sistema fuera y más allá del individuo. Pero con esto no se consigue eliminar la irreconciliabilidad de ambas representaciones. Para encontrar una solución a este callejón sin salida de la sociología y de todas las ciencias humanas es necesario poner igualmente de manifiesto la insuficiencia de ambas representaciones, la representación de un individuo fuera de la sociedad y la de la sociedad fuera de los individuos. Esto es difícil mientras el sentimiento del encapsulamiento del yo en el propio interior siga sirviendo como fundamento de la imagen del hombre individual y mientras, en consecuencia con ésto, se entiendan los conceptos de «individuo» y «sociedad» como si se tratara de dos situaciones inalterables.

Esta trampa, en la que siempre se cae, de la acepción estática de los dos conceptos de «individuo» y «sociedad» únicamente puede quebrarse cuando, como hacemos aquí, se desarrollan ambos conceptos sobre una base empírica, de tal modo que los dos se manifiestan como procesos. Pero esta ampliación de los conceptos aparece bloqueada por el enorme poder de convicción que, desde el Renacimiento, posee en la sociedad occidental la autoexperiencia del ser humano como ser aislado y encerrado en su propio «interior» frente a todo aquello que está «fuera». En Descartes, la experiencia del aislamiento del individuo —que, como yo pensante se ve enfrentado al resto del mundo en el interior de su mente—, aparece algo dulcificada gracias a la noción de Dios. En la sociología contemporánea encontramos una experiencia igual en el enunciado teórico del yo actuante que se encuentra situado frente a los seres humanos de «fuera», concebidos como los «otros». Al margen de la monadología leibniziana, en esta tradición filosófico-sociológica apenas hay problema planteado que se pretenda resolver partiendo del supuesto de una multiplicidad de seres humanos interdependientes. Leibniz, que es el único que hizo esto, no supo conseguirlo más que poniendo en conexión su versión del *homo clausus,* de la «mónada sin ventanas», con una construcción metafísica. En cualquier caso, la monadología representa un paso primero en la dirección de los problemas y del tipo de construcción de modelos que todavía hoy están muy necesitados de elaboración urgente. El paso decisivo que Leibniz dio fue situarse a una cierta distancia que, en esta situación, le permitió jugar con la idea de que no sólo

podemos experimentarnos como un «yo» frente a los demás seres humanos y cosas, sino como un ser entre los otros. Lo característico de la autoexperiencia de todo este período era el hecho de que se substituía la cosmovisión geocéntrica de los antepasados en el ámbito de la naturaleza inanimada por otra cosmovisión que exigía una mayor capacidad de autodistanciamiento, de «desplazarse-del-centro», por parte de los seres humanos. En el pensamiento humano, la cosmovisión geocéntrica se disolvió en otra egocéntrica. De ahora en adelanté, en el centro del universo humano, se encuentra cada persona sola, concebida como un individuo que, en último término, es absolutamente independiente de los demás.

Nada más característico de la convicción con que hoy pensamos en los seres humanos partiendo del ser humano aislado que el hecho de que, cuando manejamos la imagen del hombre en las ciencias sociales, no hablamos de *«homines sociologiae»* o *«economiae»,* sino del *«homo sociologicus»* o *«económicus»,* lo que manifiesta la imagen del ser humano aislado que está anclada en estas disciplinas. Desde esta perspectiva intelectual la sociedad se concibe, a fin de cuentas, como un montón de individuos aislados, absolutamente independientes los unos de los otros, cuya verdadera esencia yace escondida en su interior y que, en consecuencia, sólo comunican entre ellos de un modo externo y superficial. Es necesario recurrir a una solución metafísica, como hizo Leibniz, si queremos justificar el supuesto de que hay una interdependencia, una comunicación, incluso un reconocimiento entre los hombres, cuando se parte de unas mónadas ciegas, cerradas, humanas y no humanas. Tanto si se trata de hombres en calidad de «sujetos» frente al «objeto» o en su calidad de «individuo» frente a la «sociedad», el problema se plantea como si el marco de referencia fuese un hombre adulto independiente y autónomo, esto es, una forma que refleja la autoexperiencia de muchos hombres contemporáneos cristalizada en un concepto objetivado. Lo que se cuestiona es la relación de este hombre con un algo «fuera» de sí mismo que, al igual que el hombre aislado, es concebido como una situación, ya sea en relación con la «naturaleza» o con la «sociedad». ¿ Existe ese algo o es solamente un producto de una operación intelectual, algo que se fundamenta primariamente en una operación mental?

IX

Vamos a intentar explicar cuál es el problema que, en definitiva, nos planteamos aquí. No se trata de poner en duda la autenticidad de la autoexperiencia que encuentra su manifestación en la idea del hombre como *homo clausus* en sus múltiples variantes. La cuestión es si esta autoexperiencia, así como la idea del hombre en que cristaliza de modo espontáneo e impremeditado, puede servir como punto de arranque fidedigno para la tarea de conseguir una comprensión objetiva de los hombres —y, con ella, de uno mismo—, es decir, si se trata de una tarea filosófica o sociológica. La pregunta es si resulta posible utilizar como fundamento indiscutible e incuestionable de las teorías filosófico-epistemológicas y científicas así como de

las sociológicas la marcada línea de separación entre el «interior» humano y el «mundo exterior» de los hombres, que aparece a primera vista como inmediatamente dado en la autoexperiencia y que, además, tiene profundas raíces en la tradición intelectual y lingüística europea, sin una comprobación crítica y sistemática de su objetividad.

Durante un cierto período en la evolución de la humanidad, esta idea ha demostrado tener una solidez extraordinaria. La idea aparece en la obra escrita de todos aquellos grupos cuya capacidad reflexiva y cuya autoconciencia han alcanzado el estadio en el que los hombres ya están en situación no sólo de pensar, sino de ser conscientes de sí mismos como seres pensantes y de pensar en sí mismos como seres pensantes. La idea se encuentra ya en la filosofía platónica y en algunas otras escuelas filosóficas de la Antigüedad. Como ya se ha dicho, es posible encontrar esta idea del «yo en su casa» como uno de los *leit-motive* de la filosofía moderna: está en el yo pensante de Descartes, la mónada ciega de Leibniz, el sujeto del conocimiento kantiano, quien es incapaz de salir de su casa apriorística para alcanzar la «cosa en sí». Se encuentra también en la nueva difusión de la idea básica de los hombres aislados autónomos, a través de la cosificación de su capacidad mental y perceptiva bajo la forma de «comprensión» y «razón» y su reducción a su «ser», a su «existencia» en las distintas variantes de la filosofía existencialista. Igualmente se encuentra en el concepto de la acción, que sirve de punto de arranque para la teoría social de Max Weber quien, en el sentido de la ambivalencia mencionada más arriba, hizo el intento, no muy afortunado, de distinguir entre la «acción social» del hombre aislado y la «acción no-social» (esto es, probablemente la «acción puramente individual») de ese mismo hombre aislado.

Sin embargo, nos haríamos una idea completamente errónea del carácter de esta autoexperiencia y de esta imagen del hombre si la entendiéramos únicamente como una idea expuesta en los escritos eruditos. La falta de ventanas de las mónadas, la problemática del *homo clausus* que un hombre como Leibniz trataba de hacer más soportable dándole una salida especulativa, la de la posibilidad de las relaciones entre mónadas, no es aceptada en la actualidad solamente por los estudiosos como una cosa evidente. Cabe encontrar expresiones de esta autoexperiencia de una forma menos reflexiva en la literatura; por ejemplo, en las afirmaciones de Virginia Woolf, quien se queja de la incomunicabilidad de las experiencias de la vida, considerándola como la causa de la soledad humana. La expresión de esto se encuentra en el concepto de la «alienación» que cada vez se utiliza de modo más frecuente tanto en los escritos teóricos como fuera de éstos en los últimos decenios. Tendría cierto interés valerse de investigaciones sistemáticas para averiguar en qué medida hay graduaciones y variaciones de este tipo de autoexperiencia en los distintos grupos elitistas y en las más diversas y amplias capas de la población en las sociedades más desarrolladas. No obstante, los ejemplos aducidos son suficientes para mostrar la persistencia y la seguridad con que las sociedades europeas modernas sostienen una imagen del hombre en la que su propio «yo», su auténtico «yo», es algo encerrado en el «interior», separado de todos los demás hombres y cosas,

por más que, como ya se ha dicho, nadie encuentra una tarea fácil en determinar con claridad y nitidez las paredes o los muros reales y palpables que contienen a ese interior, como un recipiente a su contenido, y que le separan de aquello que está «fuera». ¿Se trata aquí de una experiencia fundamental de todos los hombres, no precisada de explicación posterior, como parece a menudo? ¿O bien se trata de un tipo de autoexperiencia característica de un cierto estadio de la evolución de las composiciones realizadas por los hombres y de los hombres constituidos por estas composiciones?

En el contexto de este libro, la discusión de tal problema tiene una importancia doble: de un lado, es imposible comprender el proceso civilizatorio mientras no se consiga relativizar este tipo de autoexperiencia y cuestionar la imagen del hombre como *homo clausus* con el fin de hacerlos accesibles a la discusión. De otro lado, la teoría de la civilización, tal como la exponemos aquí, contiene una posibilidad de solución de estos problemas. De tal manera, el estudio de esta imagen del hombre sirve, en primer lugar, para entender mejor nuestras investigaciones acerca del proceso de la civilización. Pero también es posible que se consiga una mejor comprensión de estas observaciones introductorias tras haber llegado al final del libro, esto es, después de haber conseguido una imagen más amplia del proceso civilizatorio. Baste aquí con señalar las relaciones que existen entre la problemática del *homo clausus* y la del proceso civilizatorio.

Cabe entender esta correspondencia de un modo relativamente simple si se retrocede a los cambios habidos en la autoexperiencia de los hombres, que se produjo con el abandono de la cosmovisión geocéntrica. Frecuentemente se interpreta esta transición como una simple revisión y aumento de los conocimientos acerca del movimiento de los astros. Pero resulta evidente que el cambio de las ideas que los hombres tenían acerca de la composición de los espacidos estelares no hubiera sido posible si antes no hubiera habido un fuerte estremecimiento de la imagen predominante que el hombre tenía de sí mismo, es decir, sin la capacidad que el hombre posee de verse desde una perspectiva distinta a la de antes. En principio, la experiencia común a todos los hombres es aquella que les hace verse en el centro del acontecer mundial y no solamente como individuos, sino también como grupos. La cosmovisión geocéntrica es la expresión de este autocentramiento espontáneo e irreflexivo que todavía hoy encontramos de modo bastante claro en el pensamiento de los hombres al margen del ámbito natural, esto es, tanto en el pensamiento naciocéntrico como en el sociológico centrado en el individuo aislado.

La experiencia geocéntrica es hoy accesible a todo el mundo como un orden de experiencia posible; sólo que, en el campo del pensamiento oficial, no representa ya el orden dominante de la experiencia. Cuando decimos y, en efecto, cuando «vemos» que el sol sale por el Este y se pone por el Oeste nos experimentamos a nosotros mismos y a la Tierra en la que vivimos de un modo espontáneo, como el ombligo del mundo y el marco de referencia para el movimiento de los astros. Para conseguir la transición desde una cosmovisión geocéntrica a otra heliocéntrica no bastaba solamente con realizar nuevos descubrimientos o con un acopio acumulativo del saber sobre

los objetos de la reflexión humana; se necesitaba sobre todo, también, un aumento de la capacidad de los hombres para distanciarse de sí mismos y de los demás en su actividad mental. No es posible desarrollar formas científicas de pensar, ni convenirlas en un bien común, si no se consigue que los hombres se liberen de la seguridad primaria con la que tratan siempre de comprender en un principio, de modo irreflexivo y espontáneo, todo lo experimentado en función de su objetivo y sentido. Considerada desde otro punto de vista, la evolución que llevó a un conocimiento objetivo y a un control creciente sobre los procesos naturales por parte del hombre, también fue una evolución hacia el autocontrol de los seres humanos.

No es posible aquí estudiar más en detalle las relaciones entre la evolución del tipo científico de conocimiento de objetos de un lado, y la evolución de las nuevas actitudes del hombre hacia sí mismo por el otro, de nuevas estructuras de personalidad y, especialmente, de nuevos impulsos en la dirección de un control mayor de las emociones y de un distanciamiento mayor. Quizá nos ayude a comprender este problema el recuerdo de la espontaneidad e irreflexión del autocentramiento mental que podemos observar siempre en los niños de nuestra propia sociedad. Para substituir una cosmovisión en cuyo punto central estaba la tierra con los hombres que en ella vivían, por otra como la heliocéntrica, que casaba mejor con los hechos observables, pero que era mucho menos gratificante desde un punto de vista emotivo, se hacía necesario un aumento de control emocional desarrollado en la sociedad, aprendido individualmente y, también, una capacidad superior de tal autocontrol, ya que el cambio en la cosmovisión alteró la posición de los hombres que pasaron de ser el centro del universo a habitar en uno de los planetas que giran en torno a ese centro. La transición desde un conocimiento de la naturaleza geocéntrico, basado en creencias tradicionales, a otro legitimado por la investigación científica, y el impulso que se experimentó en la dirección de mayores controles emocionales, planteó un aspecto del proceso civilizatorio que se ha de estudiar en esta obra desde otra perspectiva.

Aparentemente, dado el estadio que por entonces se había alcanzado en el desarrollo de unos instrumentos conceptuales (más apropiados para el análisis de la realidad objetiva que para el estudio de los hombres) aún no era posible incluir en la investigación de los problemas cognoscitivos y convertir en objeto de la reflexión este impulso civilizatorio ni los cambios en el sentido de autocontroles más fuertes o más «interiorizados», esto es, los autocontroles de los propios hombres. La evolución de estos controles en el curso del aumento del conocimiento sobre la naturaleza, siguió siendo inalcanzable para el conocimiento científico de los seres humanos. Resulta asimismo característico de este escalón de la autoconciencia el hecho de que en las teorías clásicas del conocimiento el hombre se ocupara más del problema del objeto cognoscitivo que del sujeto de la teoría del conocimiento, esto es, más del conocimiento objetivo que del conocimiento subjetivo. Y, sin embargo, cuando no se incluye este conocimiento en el planteamiento del problema, éste conduce a un callejón sin salida de alternativas igualmente insatisfactorias.

El desarrollo de la idea de una rotación puramente mecánica y natural de la tierra en torno al sol, esto es, de una rotación que no está determinada por el hombre merced a finalidad ninguna y que, en consecuencia, ya no posee significado emocional alguno para los seres humanos presuponía y exigía, al mismo tiempo, el desarrollo de los seres humanos mismos en dirección a un control emocional superior, a una contención más intensa de ese sentimiento espontáneo suyo de que todo cuanto experimentan y, especialmente, todo cuanto les afecta, tiene una razón de ser y es expresión de una intencionalidad, de una determinación, de un objetivo, todos los cuales se remiten a ellos, a los hombres que lo experimentan y lo sufren. Así resulta que en esa época a la que llamamos «Edad Moderna», los seres humanos alcanzan una etapa de autodistanciamiento que les permite comprender el acontecer natural como una correlación con leyes propias que se cumple sin objetivo, sin intención y sin determinación, de un modo completamente mecánico o causal; interrelación que sólo tendrá un sentido y un objetivo para él (para el hombre) cuando éste gracias a su conocimiento objetivo, esté en situación de controlarlo y de darle un sentido y una finalidad. Pero, en este primer momento, los seres humanos no pueden distanciarse suficientemente de sí mismos para convertir en objeto de investigación y de conocimiento su propio autodistanciamiento, su propia contención afectiva, en una palabra, las condiciones de su función como sujeto del conocimiento científico de la naturaleza.

Aquí reside una de las claves de la cuestión de por qué el problema del conocimiento científico tomó la forma, hoy muy conocida, de la teoría europea clásica del conocimiento. Al reflexionar sobre ello en aquella época, la distancia del pensador frente a su objeto en el acto del pensamiento cognoscitivo y la contención afectiva que requería, no se presentaba en principio como un acto de distanciamiento, sino como una distancia real, como la condición eterna de la separación espacial entre un aparato de pensamiento, aparentemente encerrado en el «interior» del ser humano, un «entendimiento», una «razón», separados de los objetos «exteriores» mediante un muro invisible.

Si antes vimos cómo los ideales, al pensar en ellos, venían a convertirse en algo realmente existente, cómo el deber ser se transforma en ser, aquí nos encontramos con una cosificación de otro tipo. El acto del distanciamiento espiritual frente al objeto del conocimiento, que implica toda reflexión en la que haya un elevado grado de control afectivo, lo cual es exigido en especial por el pensamiento y la observación científicas (que son posibles gracias a él), se presenta ante la experiencia en este nivel como una distancia realmente existente entre el pensador y el objeto de su pensamiento. La intensa contención de los impulsos afectivos frente al objeto del pensamiento y de la observación, que suele acompañar paso a paso al aumento de distanciamiento espiritual, se presenta a la experiencia de los seres humanos como una jaula realmente existente que excluye al «yo», al «uno mismo» o, incluso, a la «razón» y la «existencia» del mundo «exterior» al individuo.

En las investigaciones que siguen se estudia de modo minucioso y se ex-

plica parcialmente la causa del hecho de que, a partir de la baja Edad Media y del Renacimiento temprano se dé un aumento especialmente fuerte del autocontrol individual, especialmente de este mecanismo automático, independiente del control externo al que nos referimos hoy día con conceptos como «interiorizado» o «internalizado». Este proceso de cambio, cada vez más acelerado, de la coacción externa interhumana en una autocoacción individual hace que muchos impulsos afectivos no puedan encontrar canal de expresión. Tales autocontroles individuales y automáticos, que se originan en la vida en común, por ejemplo, el «pensamiento racional» o la «conciencia moral» se intercalan de modo más fuerte y más firme que nunca entre los impulsos pasionales y afectivos de un lado y los músculos del otro e impiden con su mayor fuerza que los primeros orienten a los segundos, esto es, a la acción, sin un permiso de los aparatos de control.

Este es el núcleo del cambio estructural y de las peculiaridades estructurales que, desde el Renacimiento, encuentra su expresión, en el campo de la experiencia reflexiva, en la idea del «yo» singular en el recinto cerrado, del «yo mismo», separado por un muro invisible de lo que sucede «fuera». Son estos autocontroles civilizatorios que, en parte, funcionan de modo automático los que se experimentan individualmente como un muro ya entre el «sujeto» y el «objeto», ya entre el propio «yo» y los otros individuos, la «sociedad».

El avance que se da en la dirección de una individualización mayor en el Renacimiento es bastante conocida; es el que nos ofrece una imagen suficientemente detallada de este desarrollo de las estructuras de la personalidad. Imagen que, al propio tiempo, remite a interrelaciones que todavía no están suficientemente claras. La transición a la experiencia de la naturaleza como un paisaje desde el punto de vista del observador, la transición a la experiencia de la naturaleza como objeto del conocimiento separado del sujeto del conocimiento como por una pared invisible, la transición a la autoexperiencia intensificada del ser humano aislado como un individuo reducido a sus propias fuerzas, independiente y ajeno a los otros individuos y cosas, todas estas y otras manifestaciones evolutivas de la época manifiestan los rasgos estructurales del mismo avance civilizatorio. Todas ellas muestran los rasgos de la transición a un escalón superior de la autoconciencia en la que el control de los afectos, constituido como autocoacción, es más fuerte, mayor la distancia reflexiva, menor la espontaneidad de los asuntos afectivos y en el cual, por lo demás, los hombres intuyen estas peculiaridades, pero sin tomar distancia frente a ellas y, por lo tanto, sin convertirlas, a su vez, en objeto de una investigación.

Con esto nos acercamos algo más al núcleo de las peculiaridades estructurales individuales que son responsables de la autoexperiencia de los seres humanos como *homo clausus.* Cuando preguntamos de nuevo qué es lo que da origen a esta idea de un «interior» de los seres humanos individualizados, interior que está aislado de todo lo que hay fuera, y qué es lo aislante y qué lo aislado en los hombres, vemos ya la dirección en la que hay que buscar la respuesta. Lo aislante, que aparece como un muro invisible, que separa el «mundo interior» del individuo del «mundo exterior» o al sujeto

del conocimiento del objeto, al «ego» de los «otros», al «individuo» de la «sociedad», es la contención más firme, más universal y más regular de los afectos; característica de este avance de la civilización, son las autocoacciones fortalecidas que impiden a todos los impulsos espontáneos expresarse de modo directo en acciones, sin la interposición de aparatos de control; y lo aislado son los impulsos pasionales y afectivos de los hombres, contenidos, refrenados y sin posibilidad de acceso a los aparatos motores. Estos impulsos se aparecen a la autoexperiencia como lo que está oculto ante todo lo demás y, a menudo, como el yo auténtico, como el núcleo de la individualidad. La expresión «la interioridad del ser humano» es una metáfora cómoda pero una metáfora que induce a error.

Resulta razonable decir que el cerebro del hombre se encuentra en el interior de su caja craneana y, su corazón, en el interior de la torácica. En estos casos podemos señalar de modo claro y preciso qué es el contenedor y qué lo contenido, qué es lo que hay dentro de las paredes y qué fuera, y en qué consisten estas paredes. Pero si se aplican expresiones similares a las estructuras de la personalidad, no resultan apropiadas. La relación entre controles e impulsos pasionales, por no mencionar más que un ejemplo, no es una relación espacial. Los primeros no tienen la forma de un recipiente que pudiera contener a los segundos. Entre los seres humanos se dan corrientes de pensamiento que valoran más los aparatos de control, por ejemplo, la conciencia o la razón, mientras que hay otras que valoran más los movimientos pasionales o sentimentales. Pero si no queremos discutir sobre los valores y si queremos limitarnos a la investigación de la realidad resultará que no es posible encontrar ninguna peculiaridad estructural de los hombres que justifique la afirmación de que, de un lado tenemos el núcleo del hombre y del otro, la cascara. Si se consideran con detalle, todos estos ejes de tensión, como sentimiento y pensamiento, conducta pasional y conducta controlada son, en realidad, actividades de los seres humanos. Cuando, en lugar de los conceptos substanciales, como «sentimiento» y «comprensión», por ejemplo, utilizamos conceptos de actividad, puede entenderse con facilidad que la imagen de lo «exterior» y lo «interior», que recuerda la de la fachada de una casa que contiene algo en su interior, puede emplearse para el aspecto físico parcial de un individuo, como ya se ha mencionado más arriba, pero no a la estructura de la personalidad, al ser humano vivo como totalidad. En este terreno no hay nada que se parezca a un contenedor, nada que permita justificar metáforas como la de la «interioridad» del ser humano. El sentimiento de que hay un muro que separa algo en el «interior» del hombre frente al «mundo exterior», que puede ser muy auténtico como tal sentimiento, no se corresponde con nada que haya en los hombres y que tenga el carácter de un muro verdadero. Recuérdese que Goethe expresó en cierta ocasión la idea de que la naturaleza no tiene núcleo ni cascara y que no hay en ella interioridad ni exterioridad. Esto es válido asimismo para los seres humanos.

Por un lado, la teoría de la civilización, de cuyo desarrollo se ocupa este trabajo, sirve para poner en cuestión y distanciarse de la imagen errónea del hombre, característica de esa época a la que llamamos Edad Moderna,

de modo tal que el trabajo pueda iniciarse a partir de una imagen del hombre que no se oriente hacia los propios sentimientos y hacia las valoraciones, sino que se le considere como objeto del propio pensamiento y de la propia observación. Por otro lado es imprescindible una crítica de la imagen moderna del hombre para comprender el proceso civilizatorio; puesto que la estructura de los hombres concretos se transforma en el curso de este proceso, los hombres se hacen «más civilizados». Y mientras sigamos imaginando a los hombres como unos contenedores cerrados por naturaleza, con una cascara externa y un núcleo escondido en su interior, seguiremos sin entender cómo es posible un proceso civilizatorio que abarca a muchas generaciones de seres humanos, en cuyo curso cambia la estructura de la personalidad de los hombres, sin que cambie su naturaleza.

Con esto habrá de ser suficiente en un principio para reorientar la autoconciencia individual y para iniciar el desarrollo posterior correspondiente de la imagen del hombre, sin la cual queda bloqueada la posibilidad de imaginarse un proceso civilizatorio sin un proceso a largo plazo de estructuras sociales y de personalidad. Mientras el concepto del individuo siga unido a la autoexperiencia del «yo» en un ámbito cerrado, en el fondo no es posible entender por «sociedad» algo distinto a un montón de mónadas ciegas. En el mejor de los casos, entonces, conceptos como «estructura social», «procesos sociales» o «desarrollo social» pueden manifestarse como productos artificiales de los sociólogos, como construcciones de «tipos ideales» que utiliza el investigador para poner algo de orden imaginario en lo que, en la realidad, no es más que un amontonamiento desordenado y sin estructura de individuos que actúan de un modo independiente.

Como puede verse, la cuestión es justamente la contraria; la idea de unos seres humanos aislados que deciden, actúan y «existen» en absoluta independencia mutua es una creación artificial de los seres humanos que resulta característica de una cierta etapa en el desarrollo de su autoexperiencia. Esta creación descansa, en parte, en una confusión entre el ideal y la realidad y, en parte también, en una cosificación de los aparatos individuales de autocontrol y en la exclusión de los impulsos afectivos individuales del aparato motor, de la dirección inmediata de los movimientos corporales, de las acciones.

Esta autoexperiencia del aislamiento propio, del muro invisible, que separa a la propia «interioridad» de todos los hombres y cosas «fuera», propia de la Edad Moderna, adquiere la misma fuerza de convicción para una gran cantidad de personas que durante la Edad Media poseía la idea del movimiento del sol en torno a la tierra como centro del universo. La imagen egocéntrica del universo social es superada por una imagen objetiva aunque menos llamativa desde un punto de vista sentimental, igual que fue superada en su día la imagen geocéntrica del universo físico. El sentimiento puede permanecer o no; la cuestión es en qué medida el sentimiento de aislamiento y alienación se debe a incapacidad e inconsciencia en el desarrollo de los autocontroles individuales y en qué medida se debe a las peculiaridades estructurales de las sociedades desarrolladas. Al igual que la implantación generalizada de imágenes no geocéntricas del universo físico (que

emocionalmente eran poco llamativas) no consiguió excluir la experiencia privada y egocéntrica de la rotación del sol en torno a la tierra, tampoco la difusión de una imagen humana más objetiva en la conciencia pública consigue extinguir necesariamente la experiencia privada y egocéntrica de un muro invisible, que separa al «mundo interior» del mundo exterior. Sin embargo, no es imposible eliminar esta experiencia, así como la imagen correspondiente del hombre, del campo de la investigación en las ciencias humanas. Tanto en estas páginas como en las que siguen, pueden verse, al menos, los bosquejos de una imagen del hombre que tiene mayor coincidencia con las más acertadas observaciones sobre los seres humanos y que, de este modo, facilita el acceso a problemas como el del proceso civilizatorio o el proceso de constitución del Estado, ambos más o menos inabordables desde el punto de vista de la antigua imagen del hombre; facilita igualmente el acceso a otros problemas como el de la relación entre el individuo y la sociedad que, siempre desde ese punto de vista, conduce a intentos de solución innecesariamente complicados y que nunca han sido convincentes.

En lugar de la imagen del ser humano como una «personalidad cerrada» —y, a pesar de su significado ligeramente cambiante, la expresión es ilustrativa— aparece la imagen del ser humano como una «personalidad abierta» que, en sus relaciones con los otros seres humanos, posee un grado superior o inferior de autonomía relativa, pero que nunca tiene una autonomía total y absoluta y que, de hecho, desde el principio hasta el final de su vida, se remite y se orienta a otros seres humanos y depende de ellos. El entramado de la remisión mutua entre los seres humanos, sus interdependencias, son las que vinculan a unos con otros, son el núcleo de lo que aquí llamamos composición, composición de unos seres humanos orientados recíprocamente y mutuamente dependientes. Como quiera que los seres humanos tienen un mayor o menor grado de dependencia recíproca, primero por naturaleza y luego por el aprendizaje social, por la educación y por la socialización a través de necesidades de origen social, estos seres humanos únicamente se manifiestan como pluralidades; si se permite la expresión, como composiciones. Tal es la razón por la que no es fructífero, como se dijo antes, interpretar que el contenido de una imagen del hombre es una imagen de un hombre aislado. Resulta más adecuado interpretar que la imagen del ser humano es la imagen de muchos seres humanos interdependientes, que constituyen conjuntamente composiciones, esto es, grupos o sociedades de tipo diverso. Desde este punto de vista desaparece la dualidad de las imágenes tradicionales del ser humano, la separación entre imágenes de seres humanos aislados, de individuos, que a menudo dan a entender que pudieran existir individuos sin sociedades, y las imágenes de sociedades que a menudo dan a entender que pudieran existir sociedades sin individuos. Precisamente hemos introducido el concepto de composición porque expresa de modo más claro e inequívoco que los instrumentos conceptuales existentes de la sociología, el hecho de que aquello a lo que llamamos «sociedad» no es una abstracción de las peculiaridades de unos individuos sin sociedad, ni un «sistema» o una «totalidad» más allá de los individuos, sino que es, más bien, el mismo entramado de interdependencias cons-

tituido por los individuos. Ciertamente, resulta muy razonable hablar de un sistema social constituido por individuos, pero el significado que la sociología contemporánea da al concepto del sistema social hace que esta forma de expresarse resulte inadecuada. Además de esto, el concepto de sistema está demasiado vinculado a la idea de la inmutabilidad.

El concepto de la composición puede ilustrarse fácilmente con una referencia a los bailes en sociedad; éstos son, de hecho, el ejemplo más simple que cabe poner para hacerse una idea de lo que se entiende por una composición. Piénsese en una mazurca, en un minueto, en una polonesa, en un tango, en un *rock & roll.* La imagen de las composiciones de seres humanos en interdependencia en la danza puede facilitarnos la representación como composiciones de los Estados, las ciudades, las familias o, incluso, de los sistemas capitalista, comunista o feudal. Como vemos, en esa concepción desaparece la oposición que, en último término, descansa sobre diversos valores e ideales y que está hoy subyacente siempre que se habla de «individuo» y de «sociedad». Ciertamente, se puede hablar de un baile en general, pero nadie se imaginará un baile como una construcción al margen de los individuos o como una mera abstracción. Por supuesto, distintos individuos pueden realizar la misma composición de baile, pero sin una pluralidad de individuos compenetrados e interdependientes, no cabe hablar de baile. Como cualquier otra composición social, la composición de baile es relativamente independiente de los individuos concretos que la constituyen aquí y ahora, pero no es independiente de todos los individuos. Sería un disparate asegurar que los bailes son entes imaginarios que pueden abstraerse en función de observaciones de individuos aislados, considerados en sí mismos. Lo mismo cabe decir de las demás composiciones. Igual que cambian esas pequeñas composiciones que son los bailes —a veces más lentamente, a veces con mayor rapidez—, también cambian —más lentamente o más rápidamente— esas composiciones mayores a las que llamamos sociedades. Esta investigación se ocupa de tales cambios. De este modo, el punto de arranque desde el que aquí se investiga el proceso de constitución del Estado, es una composición constituida por muchas pequeñas unidades sociales que se encuentran en libre concurrencia. La investigación muestra cómo cambia esta composición y por qué lo hace; al propio tiempo demuestra que hay explicaciones que no tienen el carácter de una explicación causal, puesto que el cambio de la composición se explica, parcialmente, por la dinámica endógena de la misma composición, por su tendencia inmanente a construir un monopolio con las unidades libremente competitivas. La investigación muestra igualmente cómo la composición originaria se convierte en otra en el curso de los siglos, en la cual una sola posición social, la del rey, conlleva tales posibilidades de poder que ningún otro poseedor de una posición social dentro del entramado de interdependencia puede competir con él. La investigación muestra, finalmente, cómo cambian las estructuras de personalidad de los seres humanos en el curso de tal transformación de las composiciones.

Es menester hacer a un lado muchas cuestiones cuyo examen hubiera sido conveniente en la Introducción, pues se corre el riesgo de que ésta lle-

gue a alcanzar las proporciones de un volumen por sí misma. A pesar de sus limitaciones, estas reflexiones pueden ayudar a comprender que las investigaciones que siguen exigen una reorientación importante del pensamiento y de la imaginación sociológicos. Liberarse de la idea de uno mismo y del ser humano aislado como un *homo clausus* no es una tarea fácil en absoluto. Pero sin liberarse de esta idea no es posible comprender qué se quiere decir cuando se caracteriza al proceso civilizatorio como un cambio en las estructuras individuales. Tampoco resulta fácil desarrollar la imaginación propia hasta el extremo de pensar en términos de composiciones y, además, de composiciones una de cuyas características normales es la de cambiar muchas veces, incluso en una dirección determinada.

En esta Introducción me he esforzado por examinar algunos de los problemas cuyo estudio era necesario para la comprensión de este libro. No todos los pensamientos son sencillos, pero he intentado expresarlos del modo más sencillo de que soy capaz. Espero que faciliten y profundicen la comprensión de este libro y aumenten el entretenimiento que pueda producir.

Leicester, julio de 1968

N.E.

PROLOGO

El objeto de esta investigación son formas de comportamiento que se consideran típicas del hombre civilizado occidental. La cuestión que tales formas de comportamiento plantean es bastante simple: los hombres de Occidente no se han comportado siempre del modo que hoy acostumbramos a considerar como típico suyo y como propio de los hombres «civilizados». Si uno de nuestros contemporáneos occidentales civilizados pudiera regresar a un período pasado de su propia sociedad, por ejemplo, el período feudal-medieval, encontraría en él mucho de lo que está acostumbrado a considerar como «incivilizado» hoy en otras sociedades. Su reacción apenas se diferenciaría de la que hoy le producen las formas de comportamiento de los hombres de sociedades feudales fuera del ámbito occidental. Según fueran su situación y sus inclinaciones, nuestro contemporáneo se sentiría, a veces, atraído por la vida salvaje, sin trabas, aventurera, de las clases altas en esa sociedad y, a veces, repelido por las costumbres «bárbaras», por la suciedad y la rudeza con que tropezaría; y, cualquiera que sea su concepto de la «civilización», sentiría inequívocamente que, en este período pretérito de la historia de Occidente, no se encuentra con una sociedad a la que pueda llamarse «civilizada» en el sentido de la sociedad occidental actual.

Hoy día es posible que, para muchas personas, todo esto sea evidente y que resulte innecesario hablar de ello una vez más; sin embargo, se plantea aquí un problema del que no cabe decir que esté claro y nítido en la conciencia de las generaciones de hoy, por más que no carece de importancia para la comprensión de nosotros mismos: ¿Cómo se produjo en realidad este cambio, esta «civilización» en Occidente? ¿En qué consistió? ¿Y cuáles fueron sus impulsos, sus causas y sus motores?

Tales son las cuestiones principales a las que este trabajo trata de dar respuesta.

Con el fin de allanar el camino para su comprensión y, en cierto modo, también, con el fin de que sirva de introducción al planteamiento del problema, ha parecido necesario averiguar el distinto significado y valoración que tiene el concepto de «civilización» en Alemania y en Francia. Sobre esto versa el Capítulo Primero. También puede ser de ayuda el intento de flexibilizar y cuestionar la oposición rígida entre «cultura» y «civilización». Al mismo tiempo, puede resultar útil facilitar a los alemanes una comprensión histórica del comportamiento de los franceses y de los ingleses, así como aclarar a los franceses e ingleses el comportamiento de los alemanes. Todo ello servirá, finalmente, para ilustrar ciertas figuras típicas del propio proceso civilizatorio.

Con el fin de acercarnos algo más a las cuestiones, principales, se hizo preciso conseguir una imagen más clara de cómo cambian los comporta-

mientos y la estructura afectiva del hombre occidental desde la Edad Media en adelante. A esto se dedica el Capítulo Segundo, que trata de mostrar del modo más simple y plástico posible, el camino hacia la comprensión del proceso psíquico de la civilización. Es posible que, en la situación actual de los conocimientos históricos, la idea de un proceso psíquico, que se extiende a lo largo de muchas generaciones, resulte excesivamente osada y problemática. Lo que no puede decidirse de un modo exclusivamente teórico o especulativo es si los cambios de los hábitos psíquicos que pueden observarse en el curso de la historia occidental tienen un orden o una dirección determinadas; lo único que puede darnos una idea correcta de esto es el examen del material empírico-histórico. Por esta razón, dado que no puede presuponerse el conocimiento del material documental, no cabe adelantar en forma resumida la estructura y las líneas maestras de todo el trabajo; éstas fueron tomando forma paulatinamente a través de una observación continua de los hechos históricos, de un control y comparación permanente de lo que podía preverse, por un lado, con lo que luego se manifestó a la observación. Por ello es bastante posible que algunas partes de este trabajo, así como su construcción y modelo solamente sean comprensibles una vez que puedan examinarse como un todo. Para facilitar la comprensión del lector bastará con que hagamos referencia aquí a algunos problemas.

En el Capítulo Segundo hallaremos una serie de ejemplos que cumplen una misión catalizadora y que permiten observar en unas pocas páginas cómo, a lo largo de los siglos, siempre que se han dado las mismas circunstancias, ha ido cambiando la pauta del comportamiento humano en una dirección determinada. Considérese el comportamiento de los hombres en la mesa, en el dormitorio o en el combate entre enemigos. En éstas y en otras ocupaciones elementales va cambiando poco a poco la forma en que el individuo se comporta y reacciona; cambio que se produce en el sentido de una «civilización» paulatina. Pero solamente la experiencia histórica aclara lo que significa en realidad esta palabra. La palabra muestra, por ejemplo, la función decisiva que cabe a un cambio específico del sentimiento de la vergüenza y de los escrúpulos en este proceso de la «civilización». Cambian las pautas de las exigencias y las prohibiciones sociales y, en correspondencia con ello, se alteran los límites del desagrado y el temor socialmente producidos, con lo cual la cuestión de la sociogénesis de los temores humanos se convierte en uno de los problemas cardinales del proceso civilizatorio.

Hay otro orden de cuestiones que se encuentra en la más estrecha relación con todo esto. En el curso del proceso civilizatorio aumenta la distancia entre el comportamiento y la constitución psíquica de los niños y de los adultos. Es posible que ésta sea la clave que nos explique por qué muchos pueblos o grupos de pueblos nos parecen «jóvenes» o, incluso, infantiles, mientras que otros, en cambio, se nos antojan «mayores» o «más adultos». Lo que tratamos de expresar de este modo son las diferencias en la forma y en las etapas del proceso civilizatorio que estas sociedades han recorrido. Ésta es una cuestión que había que plantear en el contexto del trabajo. La serie de ejemplos y las aclaraciones del Capítulo Segundo nos muestran con la mayor transparencia el hecho de que el proceso específico del «crecimien-

to» psíquico en las sociedades occidentales, que suele preocupar hoy a los psicólogos y a los pedagogos, es idéntico al proceso civilizatorio individual al que se ve sometido todo adolescente desde pequeño con mayor o menor éxito, en las sociedades civilizadas, como consecuencia del proceso civilizatorio social a lo largo de los siglos. No es posible entender la psicogénesis de los hábitos de los adultos en la sociedad civilizada, si se considera independientemente de la sociogénesis de nuestra «civilización». Según una especie de «ley fundamental de la sociogénesis»*, durante su vida, el individuo vuelve a recorrer los procesos que ha recorrido su sociedad a lo largo de la suya.

El Capítulo Tercero intenta hacer comprensibles ciertos procesos de esa gran historia de la sociedad. Este capítulo trata de aclarar, en algunos ámbitos exactamente delimitados, cómo y por qué cambia continuamente la estructura de la sociedad occidental en el curso de su historia y, al propio tiempo, muestra el camino para responder a la pregunta de por qué cambian las pautas de comportamiento y los hábitos psíquicos de los hombres occidentales.

Considérese, por ejemplo, el panorama social de la Alta Edad Media: hay una multiplicidad de grandes y pequeños burgueses; hasta los asentamientos urbanos de antaño se han feudalizado y el núcleo central está ocupado por los burgos y las propiedades de los señores de una casta guerrera. La pregunta que hay que hacerse aquí es qué entramados sociales han provocado en último término la constitución de eso que llamamos «sistema feudal». Seguidamente tratamos de mostrar algunos de estos «mecanismos de feudalización». A continuación podemos ver cómo va surgiendo sobre la base de los burgos, lentamente, una serie de cortes feudales mayores y más ricas, conjuntamente con unos asentamientos urbanos compuestos fundamentalmente por artesanos y comerciantes; dentro de la casta guerrera va configurándose cada vez más claramente una especie de capa superior y sus lugares de residencia son los centros verdaderos de la lírica de los *Minne-*

*No debe interpretarse incorrectamente esta expresión en el sentido de que la historia del individuo «civilizado» reprodujese todas y cada una de las fases de la historia social. Nada podría ser más disparatado que tratar de encontrar una «época feudal de economía natural» o un «Renacimiento» o un «período cortesano-absolutista» en la vida del individuo. Todos los conceptos de este tipo se refieren a la estructura de grupos sociales completos.

Lo que hay que subrayar aquí es el hecho simple de que en la sociedad civilizada, ningún ser humano viene civilizado al mundo y que el proceso civilizatorio individual que se le impone es una función del proceso civilizatorio social general. Ciertamente, la estructura afectiva y mental del niño tiene un cierto parentesco con la de los pueblos «incivilizados» y lo mismo sucede con esa capa en la conciencia de los adultos que, con el avance de la civilización está sometida a una forma más o menos intensa de censura y que se manifiesta en los sueños, por ejemplo. Como quiera, sin embargo, que, en nuestra sociedad, todo ser humano, desde el primer momento de su existencia, está sometido a las influencias y a la intervención modeladora de los adultos «más civilizados», aquél se ve obligado a añadir un nuevo proceso civilizatorio a la etapa ya alcanzada por la sociedad en el curso de su historia, pero no está obligado en modo alguno a recorrer todos los pasos históricos por separado del proceso civilizatorio general.

sänger y trovadores por un lado, así como de las formas de trato y comportamiento «cortesanas», del otro. Si antes situamos la pauta de comportamiento «cortés» en el punto de origen de una serie de ejemplos que podían darnos una imagen del cambio de los hábitos psíquicos aquí encontramos la explicación de la sociogénesis de estos comportamientos «corteses».

O considérese, por ejemplo, con qué lentitud se fue constituyendo la primera forma de eso que llamamos un «Estado». Antes se ha mostrado que, en la época del «absolutismo», y bajo la denominación de *«civilité»,* se designa un comportamiento que ha variado de modo especialmente notorio en la dirección de esa pauta a la que, con un derivado del término *civilité* llamamos hoy «comportamiento civilizado»; para la ilustración de este proceso civilizatorio pareció particularmente necesario conseguir una idea clara de cómo se llegó a la constitución de tal régimen absolutista y, con ello, del Estado absolutista. Tal era el camino que mostraba la consideración del pasado e, igualmente, una serie de consideraciones actuales permite pensar que la constitución del comportamiento «civilizado» depende de modo muy directo de la organización de las sociedades occidentales bajo la forma de «Estados». En otros términos, la cuestión era la de averiguar cómo había sido posible que, de aquella sociedad grandemente descentralizada de la primera Edad Media, en la que los guerreros grandes y pequeños son los verdaderos señores de los territorios occidentales, surgiera otra sociedad más o menos pacificada hacia el interior y armada hacia el exterior, a la que llamamos «Estado». ¿Qué entramados sociales son los que presionan aquí para conseguir la integración de territorios cada vez más extensos bajo un aparato de dominación relativamente estable y centralizado?

A primera vista puede parecer que preguntar siempre por la génesis de toda construcción histórica es una complicación inútil. Pero, como sea que toda manifestación histórica, tanto las actitudes humanas como las instituciones sociales, han «sido» de hecho, ¿cómo pueden pretender ser simples y satisfactorias interpretaciones que, mediante una especie de abstracción artificial, extraen a todas estas manifestaciones de su decurso natural e histórico, que les arrebatan su carácter de movimiento y de proceso y que tratan de comprenderlas como construcciones estáticas, independientes del camino en el que se han originado y en el que se transforman? No es ningún prejuicio teórico, sino simplemente la experiencia, la que nos obliga a buscar interpretaciones y caminos que orienten a nuestra conciencia entre la Escila de este «estatismo», que trata de expresar todo lo histórico como inmóvil y no motivado, y el Caribdis de ese «relativismo histórico» que solamente ve en la historia un cambio continuo, sin penetrar en la ordenación de ese cambio y en la regularidad de las formaciones históricas. Esto es precisamente lo que se intenta aquí. La investigación sociogenética y psicogenética trata de descubrir el orden de los cambios históricos, su mecánica y sus mecanismos concretos y, con ello, parece que se pueden encontrar respuestas relativamente sencillas y precisas para toda una serie de problemas que hoy se presentan como muy complicados o como insolubles a la reflexión.

En este sentido preguntamos por la sociogénesis de «Estado». Aparece

aquí el problema del monopolio de la violencia cuando nos enfrentamos con un aspecto de su historia constitutiva y estructural. Ya Max Weber ha señalado, de modo definitorio que, entre las instituciones constitutivas de la organización social a la que llamamos «Estado» se cuenta un monopolio del ejercicio físico de la violencia. Aquí tratamos de hacer visible algo de los procesos históricos concretos que condujeron paulatinamente desde aquella época en la que el ejercicio de la violencia era privilegio de una serie de guerreros rivales libres hasta una tal centralización y monopolio del ejercicio físico de la violencia y de sus instrumentos. Puede comprobarse que la tendencia a tal constitución del monopolio en esta época pasada de nuestra historia no es ni más fácil ni más difícil de comprender que la fuerte tendencia a la constitución de monopolios en nuestra propia época. Finalmente tampoco es difícil de comprender que, con este monopolio de la violencia corporal, como una especie de nudo en el que confluye toda una serie de influencias sociales, se cambia fundamentalmente toda la configuración del individuo, la forma en que le influyen las exigencias y prohibiciones sociales, que modelan el hábito social en cada persona y, en especial, también el tipo de angustias que tienen una función en la vida del individuo.

Finalmente, el Resumen, «Bosquejo de una teoría de la civilización», subraya una vez más las interrelaciones entre estos cambios en la constitución de la sociedad y los cambios en la constitución del comportamiento y de los hábitos psíquicos. En tal resumen se examinan muchos de los temas que únicamente pudieron apuntarse antes en la exposición de los procesos históricos concretos. Se puede encontrar, por ejemplo, una exposición muy breve sobre la estructura de los temores producidos por la vergüenza y el pudor, como una especie de suma total teórica de aquello que había ido considerándose previamente de modo detallado en la exposición de los materiales históricos; se encuentra asimismo una explicación de por qué precisamente estos temores cumplen una función importante en los progresos del proceso civilizatorio. Asimismo se aclara parcialmente la constitución del «Super-yo» y la relación entre movimientos conscientes e inconscientes en el espíritu del hombre «civilizado». Encuentra aquí respuesta el problema de los procesos históricos al plantear la cuestión de cómo es posible que todos estos procesos que no consisten en otra cosa sino en acciones de los seres humanos aislados, den origen a instituciones y formaciones cuya configuración final nadie había querido ni había planeado. Finalmente, en un «repaso», se intenta hacer una sola imagen entre estas perspectivas del pasado y las experiencias del presente.

Este trabajo, por lo tanto, plantea y desarrolla un problema de mucha envergadura y no pretende haberlo resuelto. Su misión es abrir un campo de estudio al que hasta ahora se ha dedicado poca atención, y dar los primeros pasos para su observación. Otros tendrán que continuar la tarea.

No he profundizado en muchas cuestiones y aspectos que han ido surgiendo a lo largo de la investigación. Lo que me interesaba no era construir una teoría general de la civilización en el aire para comprobar después si se acomodaba a los hechos, sino que mi primera tarea me parecía ser recu-

perar la perspectiva perdida del proceso y del cambio real del comportamiento humano en un ámbito delimitado, tratar de encontrar luego las razones de sus causas y reunir, finalmente, todos los puntos de vista teóricos que pudieran extraerse por este procedimiento. Si he conseguido echar un fundamento relativamente seguro para la reflexión y la investigación posteriores en este campo, este libro habrá cumplido su propósito. Para dar respuesta a los problemas que han ido apareciendo a lo largo de la investigación, será necesaria la reflexión de muchas personas y la cooperación de diversas ramas del saber que hoy se encuentran separadas por barreras artificiales; entre estas deben contarse la psicología, la filología, la etnología o la antropología, no menos que la sociología o las distintas ramas especializadas de la investigación histórica.

El propio planteamiento del problema no procede tanto de la tradición científica en sentido estricto del término como de las experiencias bajo las que vivimos todos, las experiencias de la crisis y la reorientación de lo que hasta ahora ha sido la civilización occidental, así como de la simple necesidad de comprender qué es en realidad esta «civilización». No obstante, durante la investigación no me he dejado guiar por la idea de que nuestra forma civilizada de comportarnos sea la más adelantada de todas las posibles formas humanas de conducta, ni tampoco por la opinión de que la «civilización» sea la forma vital más deleznable y esté condenada al hundimiento. Todo lo que podemos observar hoy es que, con el paulatino proceso de la civilización aparece una serie de carencias civilizatorias específicas; pero no podemos asegurar con certidumbre que comprendamos por qué nos atormentamos en realidad. Tenemos la impresión de que, a causa de la civilización, estamos atrapados en una red tupida que los seres humanos menos civilizados no conocen; pero también sabemos que esos seres humanos menos «civilizados», a su vez, suelen verse acosados por miserias y angustias que a nosotros ya no nos atormentan o, en todo caso, no nos atormentan de igual modo que a ellos. Quizá pueda verse todo esto con mayor claridad si se comprende cómo se desarrollan tales procesos civilizatorios; en todo caso, tal era uno de los deseos que me animaban cuando inicié este trabajo. Bien pudiera ser que, en el futuro consiguiéramos una comprensión más clara que nos ayudase a orientar estos procesos que hoy se desarrollan en nosotros y en torno a nosotros de un modo no muy distinto al de los fenómenos de la naturaleza y frente a los cuales nos encontramos en la misma situación que los hombres medievales frente a las fuerzas naturales.

Yo mismo he tenido que aprender a pensar de otro modo en una serie de aspectos durante la investigación y tampoco he podido evitar que el lector haya de enfrentarse con una serie de aspectos y expresiones insólitos. Lo más importante de todo es que ahora tengo más clara la esencia de los procesos históricos, la «mecánica de desarrollo de la historia», si se me permite llamarla así, al igual que su relación con los procesos espirituales. Los que marcan la pauta son los conceptos de sociogénesis y psicogénesis, economía afectiva *(Affekthaushalt)* y modelación de impulsos *(Triebmodellierung),* coacciones externas *(Fremdzwänge)* y coacciones internas *(Selbstzwänge),* límite de escrúpulos *(Peinlichkeitsschwelle)* y fuerza social, mecanismo

de monopolio y algunos otros. En cambio, he hecho el uso más restringido posible de la necesidad de expresar con términos nuevos también lo que aparecía de nuevo a la vista.

Hasta aquí lo referente al trabajo.

Tanto para esta investigación como para una serie de trabajos previos necesarios he recibido consejo y apoyo de diversa procedencia. Constituye un derecho y un deber por mi parte expresar mi agradecimiento a cuantas personas e instituciones me han ayudado.

Gracias al apoyo del Steun-Fond, de Amsterdam, pude terminar mi trabajo de habilitación, una investigación mayor que ésta acerca de la nobleza, la monarquía y la sociedad cortesana de Francia, que ha servido como base para el trabajo actual. El Steun-Fond, al igual que los profesores Frijda, de Amsterdam, y Bouglé, de París, son igualmente merecedores de mi gratitud por las constantes pruebas de amistad e interés que me dieron durante mi estancia en París.

En la época de mi trabajo en Londres recibí la ayuda generosa de la Woburn-House; con ella, y con los profesores Ginsberg, de Londres, H. Loewe, de Cambridge, y A. Makover, M. A., de Londres, tengo una deuda profunda de gratitud, pues, sin su ayuda, este trabajo no se hubiera realizado. Agradezco al profesor K. Mannheim, de Londres, la ayuda y los consejos que me dio continuamente. Y por último debo mencionar a mis amigos Giséle Freund, Dr. phil., París, M. Braun, Dr. phil, Ph. D., Cambridge, A. Glücksmann, Dr. med., Cambridge, H. Rosenhaupt, Dr. phil., Chicago, y R. Bonwit, Londres, a quienes agradezco su ayuda así como las frecuentes conversaciones, en el curso de las cuales he aclarado tantas ideas.

NORBERT ELIAS
Septiembre de 1936.



Los cambios de conducta en las clases altas del mundo occidental

CAPÍTULO PRIMERO

Sociogénesis de los conceptos «civilización» y «cultura»



PRIMERA PARTE

Sociogénesis de la oposición entre «cultura» y «civilización» en Alemania

I. INTRODUCCIÓN

1. El concepto de «civilización» se refiere a hechos muy diversos: tanto al grado alcanzado por la técnica, como al tipo de modales reinantes, al desarrollo del conocimiento científico, a las ideas religiosas y a las costumbres. El concepto puede referirse a la forma de las viviendas o a la forma de la convivencia entre hombre y mujer, al tipo de las penas judiciales o a los modos de preparar los alimentos. Para ser exactos, no hay nada que no pueda hacerse de una forma «civilizada» y de una forma «incivilizada», con lo que siempre resulta algo difícil tratar de resumir en unas cuantas palabras todo aquello que el término «civilización» comprende.

Pero si se trata de comprobar cuál es, en realidad, la función general que cumple el concepto de «civilización» y cuál es la generalidad que se pretende designar con estas acciones y actitudes humanas al agruparlas bajo el término de «civilizadas», llegamos a una conclusión muy simple: este concepto expresa la autoconciencia de Occidente. También podría denominarse «conciencia nacional». El concepto resume todo aquello que la sociedad occidental de los últimos dos o tres siglos cree llevar de ventaja a las sociedades anteriores o a las contemporáneas «más primitivas». Con el término de «civilización» trata la sociedad occidental de caracterizar aquello que expresa su peculiaridad y de lo que se siente orgullosa: el grado alcanzado por su técnica, sus modales, el desarrollo de sus conocimientos científicos, su concepción del mundo y muchas otras cosas.

2. Pero «civilización» no significa lo mismo en distintos países de Occidente. En especial, hay una gran diferencia entre el uso francés e inglés de la palabra por un lado y, por otro, el que de ella hacen los alemanes. En Inglaterra y en Francia, el concepto resume el orgullo que inspira la importancia que tiene la nación propia en el conjunto del progreso de Occidente y de la humanidad en general. En el ámbito germano-hablante, «civilización» significa algo muy útil, pero con un valor de segundo grado, esto es, algo que afecta únicamente a la exterioridad de los seres humanos, solamente a la superficie de la existencia humana. La palabra con la que los alemanes se interpretan a sí mismos, la palabra con la que se expresa el orgullo por la contribución propia y por la propia esencia es «cultura».

3. Cosa curiosa: ciertas palabras, como la francesa e inglesa «civilización» o la alemana «cultura», resultan transparentes en el uso interno de la sociedad a la que pertenecen. Sin embargo, todo lo que comprenden, esto es, su forma de resumir una parte del mundo, la naturalidad con que deli-

mitan ciertos ámbitos y excluyen otros, las valoraciones secretas que conllevan de modo implícito resultan difícilmente comprensibles para quien no forma parte de las sociedades en cuestión.

El concepto francés e inglés de «civilización» puede referirse a hechos políticos o económicos, religiosos o técnicos, morales o sociales, mientras que el concepto alemán de «cultura» se remite substancialmente a hechos espirituales, artísticos y religiosos, y muestra una tendencia manifiesta a trazar una clara línea divisoria entre los hechos de este tipo y los de carácter político, económico y social. El concepto francés e inglés de «civilización» puede referirse a las realizaciones, a los logros, pero también se refiere a la actitud, a la *«behaviour»* de los seres humanos, con independencia de si han realizado algo o no. Por el contrario, en el concepto alemán de «cultura» prácticamente ha desaparecido la referencia a la *«behaviour»,* esto es, a los valores que pueda tener un ser humano, por su mero existir y su mero comportarse, con independencia de sus realizaciones; el significado específicamente alemán del concepto de «cultura» se revela en toda su pureza en su derivado, el calificativo «cultural», que no designa el valor del ser de un hombre, sino el valor y el carácter de ciertos productos humanos. Esta palabra, sin embargo, el concepto de «cultural», no es traducible sin más al francés o al inglés.

La palabra «cultivado» es muy próxima al concepto occidental de civilización y, en cierto modo, representa la forma más elevada del «ser civilizado». Hay seres humanos, y hasta familias, que pueden ser «cultivados» sin que hayan «realizado» nada desde un punto de vista «cultural». Al igual que el término «civilizado», «cultivado» se refiere en primer término a la forma de comportarse o de presentarse de los seres humanos. El concepto designa una cualidad social de los seres humanos, su vivienda, sus maneras, su lenguaje, su vestimenta, a diferencia del término «cultural», que no se refiere de modo inmediato a los hombres, sino exclusivamente a ciertas realizaciones humanas.

4. En relación con éstas, encontramos otra diferencia entre los dos conceptos. «Civilización» se refiere a un proceso o, cuando menos, al resultado de un proceso; se refiere a algo que está siempre en movimiento, a algo que se mueve de continuo hacia «delante». En su utilización actual, el concepto alemán de «cultura» tiene otra dirección de movimiento: se refiere a productos del hombre dotados de realidad, como las «flores en los campos»[1], a obras de arte, a libros, a sistemas religiosos o filosóficos en los cuales se expresa la peculiaridad de un pueblo. El concepto de «cultura» tiene un carácter diferenciador.

El concepto de civilización atenúa hasta cierto punto las diferencias nacionales entre los pueblos y acentúa lo que es común a todos los seres humanos o debiera de serlo desde el punto de vista de quienes hacen uso del concepto. En él se expresa la conciencia de sí mismos que tienen pueblos cuyas fronteras y peculiaridades nacionales hace siglos que están fuera de discusión porque están consolidadas, de pueblos que hace mucho tiempo que han desbordado sus fronteras y que han realizado una labor colonizadora más allá de ellas.

Por el contrario, el concepto alemán de cultura pone especialmente de manifiesto las diferencias nacionales y las peculiaridades de los grupos. Y gracias a esta función que cumple, ha conseguido una gran significación, por ejemplo, en el campo de investigación de la etnología y de la antropología, muy por encima del ámbito germano-hablante y de su situación de origen. Su situación de origen es la de un pueblo que, en comparación con los otros pueblos occidentales alcanzó tardíamente una unidad y consolidación políticas y en cuyas fronteras desde hace siglos, y hasta ahora mismo, ha habido comarcas que se han estado separando o amenazando con separarse. En lugar de cumplir la función del concepto de civilización, que es la de expresar una tendencia continua a la expansión de grupos y naciones colonizadoras, en el concepto de cultura se refleja la conciencia de sí misma que tiene una nación que ha de preguntarse siempre: «¿En qué consiste en realidad nuestra peculiaridad?», y que siempre hubo de buscar de nuevo en todas partes sus fronteras en sentido político y espiritual, con la necesidad de mantenerlas, además. Este proceso histórico se corresponde con la orientación del concepto alemán de cultura, con la tendencia a la delimitación así como a poner de manifiesto y elaborar las diferencias de grupo. Las preguntas de «¿Qué es lo francés?, ¿Qué es lo inglés?» hace mucho tiempo que desaparecieron del ámbito de discusión de la conciencia propia de los franceses y de los ingleses. La pregunta de «¿Qué es lo alemán?» no ha dejado de plantearse desde hace siglos. En un momento determinado, el concepto de «cultura» proporciona una de las varias respuestas posibles a esta pregunta.

5.La constitución de la autoconciencia nacional que se representa con los conceptos de «cultura» o de «civilización» es también muy diversa. Pero cualquiera que sea la diversidad de esta autoconciencia, el alemán que habla con orgullo de su «cultura», igual que el francés y el inglés que piensan con orgullo también en su «civilización», consideran como algo completamente normal el hecho de que éste es el modo en que el mundo humano ha de considerarse y valorarse como una totalidad. El alemán puede intentar aclarar al francés y al inglés lo que quiere decir con el término de «cultura»; pero no puede trasmitir casi nada de la tradición de experiencias específicamente nacionales, así como del valor sentimental perfectamente natural que tiene para él la palabra.

El francés y el inglés también pueden, a su vez, explicar al alemán qué contenido tiene para ellos el concepto de «civilización», como compendio de la autoconciencia nacional, pero, por muy racional que a ellos les parezca el concepto, éste se origina en una serie específica de situaciones históricas y está rodeado de una atmósfera emocional y tradicional que resulta difícil de definir y que, sin embargo, es un elemento integral de su significado. Y es aquí donde la discusión se pierde en el vacío, cuando el alemán quiere explicar al inglés y al francés por qué para él el concepto de «civilización» es un valor, pero un valor de segundo grado.

6.Estos dos conceptos son como esas palabras que, a veces se utilizan en algún grupo, en una familia o una secta, en una clase o en una «liga» y que, si tienen mucho significado para los iniciados, tienen muy poco para

los profanos. Son términos que se acuñan sobre la base de vivencias comunes y crecen y cambian con el propio grupo del que son expresión. Reflejan la situación y la historia del grupo. En cambio resultan descoloridos y no alcanzan todo su significado para otras personas que no comparten estas experiencias y no se han formado en la misma tradición y en la misma situación.

Es cierto que las sociedades que han acuñado las palabras «cultura» y «civilización» no son sectas ni familias, sino pueblos enteros o, quizá, solamente ciertos sectores de esos pueblos; pero cabe decir de ellas lo mismo que de las palabras específicas de grupos más pequeños, esto es, que forman parte de un lenguaje de seres humanos dirigido a seres humanos con una misma tradición y en una misma situación.

Los conceptos matemáticos se pueden aislar de los colectivos que los emplean. Los triángulos son explicables sin necesidad de remitirse a situaciones históricas; los conceptos de «civilización» y «cultura», no lo son. Es muy posible que sean individuos aislados los que los han acuñado recurriendo al vocabulario de su grupo o que, por lo menos, les hayan dado un significado nuevo; en todo caso, se han aceptado y se han impuesto. Otros individuos los han aceptado luego en su nuevo significado y en su nueva forma elaborándolos y perfeccionándolos en el lenguaje hablado o en el escrito. Unos los han legado a los otros, hasta que se han convertido en instrumentos utilizables para expresar las experiencias comunes y para tratar de entenderse. Así se convirtieron en palabras de moda, en conceptos corrientes del lenguaje cotidiano de una sociedad determinada, con lo cual no sólo acabaron respondiendo a la necesidad de expresión del individuo, sino también de un colectivo cuya historia ha cristalizado en ellos y en ellos sigue resonando. El individuo encuentra esta historia cristalizada como una posibilidad de utilización, aunque no sepa con exactitud por qué las palabras aparecen unidas a esa significación y diferenciación concretas y por qué es posible extraer de ellas tales matices y tal posibilidad nueva. El individuo se sirve de estos términos porque le parecen absolutamente evidentes y porque, desde pequeño, ha aprendido a ver el mundo a través de estos anteojos conceptuales. El proceso de la génesis social de estas palabras puede haberse olvidado desde hace mucho tiempo; una generación las trasmite a la siguiente sin tener conciencia del proceso de cambio en su totalidad y aquellas sobreviven en tanto la cristalización de las experiencias y situaciones pasadas conservan un valor de actualidad y una función en la existencia real de la sociedad; es decir, en tanto las generaciones sucesivas creen encontrar en ellas el eco de sus propias experiencias. Estas palabras comienzan a morir paulatinamente cuando ya no realizan función alguna en la vida social real y cuando dejan de trasmitir experiencias. A veces quedan en estado letárgico total o parcialmente y alcanzan un nuevo valor de actualidad gracias a una situación social nueva. Permanecen en el recuerdo porque hay algo de la situación actual de la sociedad que encuentra expresión en las palabras que conservan cristalizado el pasado.

II. EL DESARROLLO DE LA OPOSICIÓN ENTRE «CIVILIZACIÓN» Y «CULTURA» [2]

7. Es evidente que, en los años inmediatamente anteriores a 1919 revivió la función que cumplía el concepto alemán de «cultura» (la de oponerse al de «civilización») debido a que la guerra contra Alemania se hizo en nombre de la «civilización» y debido también al hecho de que la conciencia que de sí mismos tenían los alemanes había de encontrar acomodo en la nueva situación creada con el tratado de paz.

Pero es evidente, asimismo, y conviene reseñarlo, que, con esta situación histórica de la Alemania de la postguerra, se dio nuevo impulso a una antítesis que había venido expresándose con estos dos conceptos ya desde el siglo xviii.

Parece que fue Kant quien formuló por primera vez en conceptos emparentados una cierta experiencia y antítesis de su sociedad. En sus *Ideen zu einer allgemeinen Geschichte in weltbürgerlicher Absicht,* de 1784, dice: «Estamos cultivados en sumo grado por el arte y por la ciencia, estamos exageradamente civilizados por todo tipo de deferencias y de buenas maneras sociales».

«La idea de la moralidad», sigue diciendo, «pertenece a la cultura. Sin embargo, la utilización que se hace de esta idea en la civilización se reduce exclusivamente al cultivo del pundonor y de las buenas maneras externas, que sólo tienen un parecido externo con la moral.»

Aunque la formulación de esta antítesis, ya en el momento de su génesis, parece ser muy similar a la nuestra, su punto de arranque concreto, las experiencias y la situación a que se refiere a finales del siglo XVIII son muy distintas, por más que haya una cierta relación histórica con las experiencias en que se fundamenta la utilización actual.

Los portavoces de la burguesía alemana en formación, la intelectualidad alemana de clase media [3] que aún habla en gran medida desde una «perspectiva cosmopolita» *(weltbürgerlicher Absicht)* refiere esta oposición de modo vago y en segundo término a una oposición de carácter nacional. En primer plano, y como experiencia fundamentadora, se encuentra una oposición social interna que, en realidad, revela de forma curiosa el meollo de la peculiaridad nacional: la oposición que se da entre una nobleza cortesana fundamentalmente francoparlante y «civilizada» según pautas francesas por un lado y, del otro, una capa intelectual germanoparlante de clase media, que se recluta básicamente en el círculo de los «servidores reales» o de los funcionarios en el sentido más amplio, y que ocasionalmente incluye a algunos elementos de la nobleza rural.

Nos encontramos aquí, por lo tanto, con una clase social excluida en general de toda participación política, que apenas piensa en categorías políticas y sólo de un modo tímido en categorías nacionales y cuya legitimación reside fundamentalmente en sus realizaciones espirituales, científicas o artísticas. Frente a ella se encuentra una clase alta que, desde el punto de vista de la otra, no «rinde» nada y para la cual el comportamiento distinguido y distintivo constituye el punto central de su autoconciencia y de su auto-

justificación. Y esta es la clase en la que piensa Kant cuando habla de que «estamos exageradamente civilizados por todo tipo de deferencias y de buenas maneras sociales» y del «pundonor (...) que sólo tienen un parecido externo con la moral». Es la polémica entre el sector intelectual alemán de clase media y los buenos modales de la clase alta cortesana dominante; polémica responsable de la antítesis conceptual entre cultura y civilización en Alemania que es más antigua y más amplia de lo que traslucen estos dos conceptos.

8. Ya mucho antes de mediados del siglo xviii se plantea la discusión, aunque sólo de modo subyacente a la manifestación de las ideas y con menos agudeza que en el período posterior a la mitad del siglo xviii. El artículo sobre «Corte, cortesía y cortesano» *(Hof, Höflichkeit, Hofmann)* del *Léxico Universal de Zedler*[4], en 1736 —demasiado extenso para poder reproducirlo aquí— nos da una idea bastante ajustada.

«La cortesía», se dice en él, «deriva su nombre, sin duda, de la corte y la vida cortesana. Las cortes de los grandes señores son como escenarios en los que cada uno trata de labrar su fortuna. Esto no puede conseguirse más que alcanzando el favor del príncipe y de los nobles más importantes en la corte, por lo que hay que esforzarse todo lo posible por hacerse bienquisto. Lo mejor para ello es hacer creer al otro que se está dispuesto a servirle en todo momento y con todas las fuerzas, aunque muchas veces no tengamos tal inclinación o no queramos por muy buenas razones. Para esto está la cortesía, que nos hace reflejar tal determinación en nuestra compostura que el otro queda convencido de nuestra voluntad de servicio; ello nos hace acreedores de su confianza que va generando en él un amor hacia nosotros por el cual se siente inclinado a concedernos sus favores. Este es el resultado más habitual de la cortesía, que concede una gran ventaja a quien la practica. En realidad, habrían de ser la habilidad y la virtud las que nos ganasen la estima de los hombres, pero ¡cuan pocos son quienes esto reconocen! Y todavía son menos quienes las tienen en algún aprecio. Sólo lo que es perceptible por los sentidos es lo que llama la atención de los hombres superficiales, en especial cuando se dan unas circunstancias que afectan de modo especial a su voluntad. Esto es exactamente lo que sucede con el cortesano.»

De modo simple, sin interpretación filosófica y claramente referida a ciertas formaciones sociales, nos encontramos aquí con la misma antítesis que en Kant desemboca de modo refinado y profundo en la contraposición entre «cultura» y «civilización»; la «cortesía» engañosa y superficial y la verdadera «virtud». El autor habla de esta última de pasada y con un suspiro de resignación. A partir de mediados de siglo, sin embargo, el tono cambia; la autolegitimación de las capas medias por medio de la virtud y de la educación se hace más precisa y más acentuada al tiempo que se agudiza la polémica contra los comportamientos exteriores y superficiales que se dan en las cortes.

III. Ejemplos de las actitudes cortesanas en Alemania

9. No resulta fácil hablar de Alemania en general, pues en cada uno de los múltiples Estados de la época se dan peculiaridades, aunque solamente algunas de ellas son determinantes del desarrollo, mientras que las otras son consecuencias de éstas. También se dan ciertas manifestaciones generales que se encuentran por doquier de modo más o menos extendido.

En primer lugar, hay que referirse a la despoblación y al tremendo agotamiento económico del país tras la Guerra de los Treinta Años. En comparación con Francia y con Inglaterra, Alemania y, sobre todo, la burguesía alemana, es pobre en el siglo xvii y también en el siglo xviii. El comercio, especialmente el comercio a larga distancia que aún estaba muy desarrollado en el siglo xvi en algunas zonas de Alemania, se encuentra en decadencia; han desaparecido las grandes fortunas de las casas comerciales, en parte a causa del cambio de los caminos comerciales como resultado de los descubrimientos ultramarinos, en parte como consecuencia inmediata de las largas guerras. Lo que queda es una burguesía de pequeñas ciudades con escasos horizontes y que, en lo fundamental, vive de atender a las necesidades locales.

No hay mucho dinero para emplearlo en actividades de lujo, como la literatura o el arte. En las cortes en las que se tiene dinero para ello, se imita con medios insuficientes la vida cortesana de Luis XIV y se habla francés. El alemán, la lengua de las capas bajas y medias es torpe y desmañado. Leibniz, el único filósofo cortesano de Alemania, el único gran alemán de la época, cuyo nombre tiene fama en la más amplia sociedad cortesana, habla y escribe francés o latín y poco alemán; y el problema lingüístico, el problema de qué puede hacerse con esa lengua alemana tan falta de gracia, le preocupa como preocupa a muchos otros.

El francés se difunde desde las cortes en la capa superior de la burguesía. Todas las *«honettes gens»,* todas las gentes de *«considération»* lo hablan. Hablar francés es el rasgo estamental de todas las capas superiores de la sociedad.

«No hay nada más plebeyo que escribir cartas en alemán», escribe en 1730 la novia de Gottsched a su prometido [5].

Si se habla alemán, pasa por ser de buen gusto intercalar tantas palabras francesas como sea posible. «No hace muchos años todavía», dice en 1740 E. de Mauvillon en sus *Lettres Françoises et Germaniques* «que no se decían cuatro palabras en alemán sin intercalar dos en francés. Tal era el buen tono» [6]. Y a continuación se explaya sobre la barbarie del idioma alemán. «Es por naturaleza», dice, «rudo y bárbaro» [7]. Vienen luego los sajones, que afirman «que se habla mejor el alemán en Sajonia que en cualquier otro lugar del Imperio». Lo mismo dicen de sí mismos los austríacos; lo mismo los bávaros, los brandenburgueses o los suizos. Algunos estudiosos, sigue diciendo Mauvillon, quieren establecer reglas de pronunciación, pero «es difícil que una nación que contiene en su seno tantos pueblos independientes unos de otros se someta a las decisiones de un pequeño número de sabios».

Sucede aquí como en otros campos: las tareas que, en Francia y en Inglaterra realizan generalmente la corte y la capa superior de la aristocracia, corresponden en Alemania a los grupos de una pequeña intelectualidad impotente de clase media. Los eruditos y los «servidores reales» de la clase media son los primeros que, valiéndose de una cierta capa espiritual, intentan crear los modelos de lo que ha de darse por alemán, con el fin de establecer una cierta unidad alemana por lo menos en esta esfera espiritual, ya que en la política no parecía realizable por entonces. El concepto de cultura tiene la misma función.

En principio, sin embargo, al civilizado observador francés Mauvillon le parece que la mayor parte de lo que ve en Alemania es rudo y atrasado. Y lo que dice no se refiere solamente al lenguaje, sino, también a la literatura: «Milton, Boileau, Pope, Racine, Tasso, Moliere, casi todos los poetas de primera fila se han traducido a la mayor parte de las lenguas de Europa; en la mayoría de los casos, vuestros poetas no son más que los traductores».

«Os desafío a que me nombréis», sigue diciendo, «un espíritu creado en vuestro Parnaso; a que me nombréis un poeta alemán que haya extraído de su propio fondo una obra de alguna reputación.» [8]

10. Podría decirse que ésta es la opinión no representativa de un francés mal orientado. No obstante, en el año de 1780, cuarenta años después de la obra de Mauvillon y nueve años antes de la Revolución Francesa, cuando ya Francia e Inglaterra han dejado atrás fases decisivas de su evolución cultural y nacional y cuando la lengua de los dos países occidentales ya hacía tiempo que había encontrado su forma fija y clásica, Federico II «el Grande» de Prusia publica una obra, *De la littérature Allemande* [9], en la que se queja del desarrollo escaso e insuficiente de la literatura alemana, en la que viene a decir lo mismo que Mauvillon sobre la lengua alemana y en la que expone cómo puede ponerse remedio a esta situación a juicio suyo.

«Encuentro», decía refiriéndose al idioma alemán, «una lengua medio bárbara, dividida en tantos dialectos diferentes como provincias tiene Alemania y cada zona persuadida de que su dialecto es el mejor.» El Rey describe la penosa situación de la literatura alemana, se queja de la pedantería de los eruditos alemanes y del escaso desarrollo de la ciencia alemana; aunque también ve las razones de esta situación y habla del empobrecimiento de Alemania a consecuencia de las guerras continuas, así como del desarrollo insuficiente del comercio y de la burguesía.

«Por lo tanto», dice, «no hay que culpar al espíritu o al genio de la nación de la cortedad de nuestros progresos, sino a una serie de coincidencias lamentables, a un encadenamiento de guerras que nos ha empobrecido tanto de hombres como de dinero.»

Habla el Rey del comienzo lento de la recuperación del bienestar: «El Tercer Estado ya no languidece en un envilecimiento vergonzoso. Los padres sufragan los estudios de los hijos sin arruinarse. Tales son las primicias ya conseguidas de la feliz revolución que todos esperamos». Y profetiza que, con el crecimiento del bienestar también ha de producirse un florecimiento del arte y la ciencia alemanas, una civilización de los alemanes, que podrá equipararse a la de las otras naciones —tal es la feliz revolución

de la que habla— y se compara a sí mismo con Moisés, quien ve acercarse el nuevo florecimiento de su pueblo sin llegar a experimentarlo.

11. ¿Estaba en lo cierto el Rey?

Un año después de la publicación de su escrito, en el año de 1781, aparecieron *Los bandidos,* de Schiller y la *Crítica de la razón pura,* de Kant; en 1787, el *Don Carlos,* de Schiller y la *Ifigenia,* de Goethe. A continuación vino el gran florecimiento de la literatura y la filosofía alemanas que es de todos conocido, lo cual parece confirmar la previsión real.

Pero este nuevo florecimiento había venido preparándose desde hacía mucho tiempo. El idioma alemán no consiguió su nueva fuerza expresiva en un plazo de dos o tres años. En el año de 1780, en que apareció el escrito *De la litterature Allemande,* hacía mucho ya que el alemán no era ese *patois* medio bárbaro del que habla Federico «el Grande». Ya había aparecido toda una serie de obras a las que hoy atribuimos retrospectivamente una importancia considerable. Siete años antes se había representado el *Götz von Berlichingen,* de Goethe y éste había acabado el *Werther;* Lessing había publicado ya la mayor parte de su obra dramática y teórica, entre ésta el *Laocoonte* en 1766 y *Die Hamburgische Dramaturgie* en 1767. Federico «el Grande» murió en 1781, un año después de haber publicado su escrito y hacía ya mucho que había visto la luz la producción de Klopstock, cuyo *Mesías* apareció en 1748; por no hablar de las piezas del *Sturm und Drang,* de Herder y de toda una serie de novelas, que encontraron una amplia difusión. Un buen ejemplo es *Das Fräulein von Sternheim,* de Sophie de la Roche. Hacía ya tiempo que había surgido en Alemania una clase de consumidores, un público burgués que se interesaba por tales obras aun cuando todavía era relativamente poco numeroso. Las olas de un intenso movimiento espiritual habían inundado a Alemania y se habían expresado bajo la forma de escritos, artículos, libros y dramas. El idioma alemán se había hecho más rico y ágil.

Federico «el Grande» no habla de nada de esto en su escrito, bien porque no lo vea, bien porque no le conceda importancia; sólo menciona una obra de la generación más joven, la obra suprema del *Sturm und Drang* y de la época de la admiración por Shakespeare, esto es, el *Götz von Berlichingen; y,* de modo característico, lo menciona en relación con la educación y los modos de divertirse de las *basses classes,* de las clases bajas del pueblo: «Para convenceros del mal gusto que, hasta la fecha, reina en Alemania, basta con que vayáis a un espectáculo público. Allí veréis representar las piezas abominables de Shakespeare traducidas a nuestra lengua, al tiempo que todo el auditorio se pasma de placer viendo esas farsas ridiculas, dignas de los salvajes del Canadá. Las llamo farsas porque atentan contra todas la reglas del teatro, que no tienen nada de arbitrarias.

»Vemos aparecer en ellas a ganapanes y sepultureros que mantienen diálogos dignos de su condición; enseguida aparecen príncipes y reinas. ¿Cómo es posible que conmueva y complazca esta mezcla extraña de bajeza y grandeza, de bufonería y tragedia?

»Podemos perdonar a Shakespeare estos extravíos extraños, pues el nacimiento de las artes no coincide nunca con la época de su madurez. Pero

hete aquí que aparece en escena un *Götz von Berlichingen,* imitación detestable de esas malas piezas inglesas y el patio aplaude y pide con entusiasmo la repetición de estupideces tan repulsivas.»

Y prosigue: « ...tras haberos hablado de las clases bajas es preciso que lo haga con la misma franqueza respecto a las universidades».

12. El hombre que así habla es el que, en aquella época, más hizo por el desarrollo político y económico de Prusia y, quizá también, de modo indirecto por el desarrollo político de toda Alemania. Pero la tradición espiritual en la que ha crecido y que habla a través de él es la tradición general de la «buena sociedad» de Europa, la tradición aristocrática de la sociedad prenacional y cortesana. Su lengua lo dice todo: el francés. Mide la vida espiritual alemana con arreglo a las pautas del gusto francés y son los modelos franceses los que determinan su juicio. De modo parecido a él hace mucho tiempo que hablan sobre Shakespeare otras personas de la misma sociedad. Voltaire, por ejemplo, en su *Discours sur la Tragédie,* introducción a la tragedia *Brutus,* ya había expresado en 1730 ideas muy parecidas: «Ciertamente, no pretendo justificar las irregularidades bárbaras de la que está plagada (la tragedia de Shakespeare, *Julio César).* Lo asombroso es que no haya aún más en una obra compuesta en un siglo de ignorancia, por un hombre que no sabía latín y que no tuvo otro maestro que su genio».

La opinión de Federico «el Grande» sobre Shakespeare es, por cierto, una opinión modélica y generalizada entre las clases superiores francoparlantes en Europa. El Rey no «copia» nada, no «plagia» a nadie, por ejemplo a Voltaire, sino que lo que expresa es su convicción personal y auténtica; no encuentra ninguna diversión en las bromas «rudas» e incivilizadas de los sepultureros y gentes similares y mucho menos cuando se inmiscuyen en los sentimientos grandes y trágicos de los príncipes y los reyes. Todo esto carece de una forma clara y concisa para su sensibilidad; son «diversiones de las clases bajas». En este sentido es como hay que entender sus manifestaciones, que son tan individuales y tan poco individuales, al mismo tiempo, como su lengua francesa. Estas manifestaciones eran testimonios de su pertenencia a una cierta sociedad. Y la paradoja que aquí pueda encontrarse (pues su política es prusiana y su tradición, de sensibilidad francesa o, mejor dicho, absolutista-cortesana) es menos importante de lo que pueden hacer pensar los puntos de vista vigentes sobre las individualidades nacionales. La paradoja se explica por la estructura peculiar de esta sociedad cortesana, cuya configuración política e intereses divididos y cuyo gusto, estilo, lengua, eran los mismos a lo largo y a lo ancho de Europa.

La peculiaridad de esta situación provocó de vez en cuando algunos conflictos en la juventud de Federico «el Grande», cuando éste fue dándose cuenta poco a poco, de que no siempre podían ponerse en armonía los intereses del Rey de Prusia con la veneración por Francia y el vínculo con las buenas maneras cortesanas[10]; lo cual provocó, durante toda su vida, una cierta incoherencia entre lo que hacía como rey y lo que escribía como ser humano y como filósofo.

También los sentimientos de la intelectualidad alemana y burguesa eran contradictorios en relación con el monarca: sus éxitos bélicos y políticos

fortalecían una autoconciencia alemana de la que aquella intelectualidad había carecido y, para muchos intelectuales, el Rey se convirtió en un héroe nacional. Pero, por otro lado, su actitud con relación a las cuestiones del idioma y del gusto, como se expresaban en su escrito sobre la literatura alemana, aunque no solamente en éste, eran precisamente aquello que la intelectualidad alemana combatía en su condición de intelectualidad alemana.

En casi todos los Estados alemanes, grandes y pequeños, la situación de esta intelectualidad era muy similar. Casi por doquier había en la cúspide personas o grupos de personas que hablaban francés y que determinaban la política en Alemania. Por el otro lado, había una sociedad de clase media, una clase intelectual germano-parlante que, en su conjunto, carecía de influencia sobre el desarrollo político. De esta clase es de donde han surgido en lo esencial los hombres gracias a los cuales se conoce a Alemania como el país de los poetas y de los pensadores. Esta es la clase que dio a los conceptos como «educación» y «cultura» su sentido y su intención típicamente alemanas.

IV. La clase media y la nobleza cortesana en Alemania

13. Tarea distinta —y, por cierto, de las más atractivas— sería la de mostrar cómo la tragedia clásica francesa, aquella que Federico «el Grande» contraponía como modelo a las de Shakespeare y al *Götz* de hecho expresaba la situación espiritual y los ideales específicos de una sociedad cortesano-absolutista. La tragedia clásica expresa del modo más nítido la importancia de las buenas formas, signo distintivo de toda *society* auténtica; la moderación de las pasiones individuales mediante la razón, cuestión vital para cada cortesano; el comedimiento en la conducta y la exclusión de toda expresión vulgar, símbolos específicos de una cierta fase en el camino hacia la «civilización». Todo lo que hay que ocultar en la vida de la corte, todos los sentimientos y actitudes vulgares, todo aquello de lo que no «se» habla, tampoco aparece en la tragedia. Las personas de baja extracción (lo que, para esta clase significa, asimismo, baja mentalidad) no tienen nada que hacer en la tragedia. La forma de ésta es clara, transparente, estrictamente regulada, como la etiqueta y todo lo demás en la vida de la corte[11]; muestra a los cortesanos como estos quisieran ser y, al mismo tiempo, como el príncipe absoluto quisiera verlos. Y quien quiera vivir en la estela de esta situación social, ya sea inglés, prusiano o francés, ha de orientar su gusto siempre en el mismo sentido. También Dryden, quien, junto a Pope, es el poeta cortesano más conocido de Inglaterra, opina de modo muy similar a Federico «el Grande» y Voltaire sobre el drama inglés antiguo en su epílogo a *La conquista de Granada:* «Una época tan refinada y educada, cuyos modelos son un rey galante y una corte tan brillante e ingeniosa, ya no puede admirar sin reservas la cruda aspereza de los antiguos autores trágicos ingleses».

En este juicio sobre el gusto resulta especialmente visible la correspon-

dencia con la situación social. También Federico «el Grande» se opone a la falta de gusto que supone mezclar en escena la *«grandeur tragique des Princes et Reines»* con la *«bassesse des crocheteurs et des fossoyeurs»*. Era, pues, imposible que comprendiera y apreciara una producción literaria cuyo meollo era, precisamente, la lucha contra las diferencias estamentales, una producción que trataba de mostrar que también los sufrimientos de las gentes de extracción humilde tienen su grandeza y su tragedia y no solamente los de los príncipes y los reyes, los de la aristocracia cortesana.

Los círculos burgueses van enriqueciéndose poco a poco en Alemania. El rey de Prusia constata este enriquecimiento y se promete a su cuenta un despertar de las artes y de las ciencias, una «revolución feliz». Pero esta burguesía habla un lenguaje distinto al del Rey. Los ideales y el gusto de la juventud burguesa, así como los modelos que siguen en su comportamiento son casi los contrarios a los del monarca.

«Estábamos en Estrasburgo», escribe Goethe en *Dichtung und Wahrheit* (libro 9º), «en la frontera francesa, liberados de la influencia directa del espíritu francés. Nos parecía que su forma era demasiado rígida y aristocrática; su poesía, fría; su crítica, destructiva; su filosofía, abstrusa e insuficiente.»

En este ánimo escribió Goethe el *Götz.* ¿Cómo hubiera podido comprenderle Federico «el Grande», el hombre del absolutismo ilustrado y racional, del gusto aristocrático-cortesano? ¿Cómo hubiera podido el Rey aprobar los dramas y teorías de Lessing quien alaba en Shakespeare precisamente lo que él le reprocha: que expresa mucho más que los clásicos franceses el gusto del pueblo?

«Si nos hubieran traducido las obras maestras de Shakespeare, de seguro que los alemanes hubieran obtenido mayor provecho que del conocimiento de Corneille y Racine. Desde luego, el pueblo habría encontrado en las primeras mucho más gusto del que puede encontrar en los segundos.»

Esto era lo que escribía Lessing en 1759 en sus *Briefen die neueste Literatur betreffend (Cartas sobre la literatura más reciente)* (Parte I, carta 17ª) y, consecuentemente con el reciente despertar de una autoconciencia de las clases burguesas reclama y escribe dramas burgueses, ya que los cortesanos no son los únicos que tienen el privilegio de ser grandes. «La naturaleza», dice, «no conoce esas divisiones odiosas que establecen los seres humanos entre ellos y reparte las buenas cualidades del alma sin dar un trato de favor a los nobles o a los ricos»[12].

Todo el movimiento literario de la segunda mitad del siglo xviii está animado por una clase social y, en consecuencia, por unos ideales de buen gusto contrapuestos a la disposición social y a las reglas del buen gusto de Federico «el Grande». Por este motivo, el movimiento no le dice nada, ignora todas las fuerzas vivas que han comenzado a alentar en torno suyo y condena aquello que no puede ignorar, como el *Götz.*

Este movimiento literario alemán no es un movimiento político. Sus representantes más característicos son Klopstock, Herder, Lessing, los poetas del *Sturm und Drang,* de la escuela de la sensibilidad, de la liga de los bosques, el joven Goethe, el joven Schiller y muchos otros. Descontando al-

gunas raras excepciones, hasta 1789 no se encuentra en Alemania idea alguna de una acción política concreta; nada que pueda recordar a un partido político o a un programa político. Todo lo que se encuentra, en la administración pública prusiana son propuestas de reformas y hasta comienzos de éstas, en el sentido del absolutismo ilustrado. En algunos filósofos, como Kant, aparecen formulaciones de principios generales que están en contradicción completa con las circunstancias reinantes. En los escritos de la joven generación de la liga de los bosques *(Hainbund)* se encuentran manifestaciones de un odio salvaje contra los príncipes, las cortes, los aristócratas, contra los afrancesados, la inmoralidad cortesana y la frialdad egoísta del cálculo. Por doquier se manifiestan sueños vagos de una Alemania unificada y de una vida natural entre la juventud de la clase media; vida «natural» por contraposición a la «artificialidad» de la vida social cortesana. Común es también la alegría irresistible que produce la propia exaltación sentimental.

Ideas, sentimientos, nada que pudiera conducir en ningún sentido a una acción política concreta. La constitución de los pequeños estados absolutistas de aquella sociedad no ofrecía oportunidad alguna para tal actividad política. Los elementos burgueses adquirían cada vez una mayor conciencia; sin embargo, la red de los Estados absolutos no se conmovía. Los elementos burgueses estaban excluidos de la participación política; todo lo más que podían hacer de modo autónomo era «pensar y escribir poesía», pero no actuar. En esta situación, la actividad literaria venía a ser una especie de substitutivo de la acción política. En ella se expresan de modo más o menos oculto los nuevos sentimientos, así como el descontento con la situación existente. En este ámbito que, hasta cierto punto, dejaba en libertad al Estado absoluto, la nueva generación de clase media, provista de sus nuevos sueños y de sus ideales opositores, se enfrentó a los ideales cortesanos, y lo hizo en idioma alemán.

El movimiento literario de la segunda mitad del siglo xviii no es, repetimos, un movimiento político, pero es la expresión de un movimiento social y de una transformación de la sociedad en el sentido más eminente del término. En este movimiento, por supuesto, todavía no se expresaba la burguesía como una totalidad, sino que, en un principio, sólo se expresaba una especie de vanguardia burguesa, es decir, lo que aquí hemos llamado la intelectualidad de la clase media, una multitud de individuos diseminados por todo el país, que se encontraban en una situación igual y tenían una extracción social parecida; individuos que se entendían entre sí precisamente porque estaban en la misma situación. Sólo de modo ocasional se reúnen, por un período mayor o menor, algunos individuos de esta vanguardia, para formar un círculo. A menudo viven aislados y solos, constituyendo una *élite* a los ojos del pueblo y unos seres humanos de segunda categoría a los de la aristocracia cortesana.

La correspondencia entre esta situación social y los ideales de que hablan (el amor a la naturaleza y a la libertad, el éxtasis solitario, la entrega al enardecimiento del propio espíritu sin el obstáculo de la «fría razón») se manifiesta siempre en las obras de esta generación. Por lo demás, esto

es lo que se afirma de modo perfectamente rotundo en el *Werther,* cuyo éxito muestra qué propia de esta generación era una tal sensibilidad.

En la fecha del 24 de diciembre de 1771 leemos en *Werther.* «La miseria brillante que veo, el tedio que reina entre esta gente tosca, esa manía de clases que les hace acechar y espiar la ocasión de elevarse unos sobre otros, fútiles y menguadas pasiones que se presentan al desnudo».

El 8 de enero: «¡Qué pobres hombres son los que dedican toda su alma a los cumplimientos, y cuya única ambición es ocupar la silla más visible de la mesa!».

El 15 de marzo de 1772: «Estoy furioso... El Conde de C. me aprecia (...). Ayer comí en su casa (...) y después de comer estuve paseándome y charlando con el conde en el gran salón (...) y, por fin, insensiblemente, sonó la hora de la tertulia. ¡Bien sabe Dios que no pensaba en ello!». Werther se queda y la sociedad nobiliaria llega. Las mujeres murmuran; la noticia circula entre los hombres. Finalmente, el conde, algo apurado, le ruega que se retire. La sociedad aristocrática se siente herida de encontrar un burgués en su compañía.

«He observado», dice el conde, «que la tertulia en masa está descontenta de veros aquí (...). Me escurrí pausadamente y, fuera ya de la augusta asamblea, subí a mi birlocho y fui a M. para ver desde la colina la puesta de sol, leyendo el magnífico canto en que refiere Homero cómo Ulises fue hospedado por uno que guardaba puercos.»

De un lado la superficialidad, la ceremonia, la conversación banal y, del otro, la interioridad, la profundidad de los sentimientos, la absorción en la lectura, la educación de la propia personalidad; es la misma oposición que se expresa en Kant en la antítesis entre cultura y civilización, pero referida a una situación social muy determinada.

Y, al propio tiempo, Goethe muestra en *Werther* de modo especialmente claro, los dos frentes en los que vive esta clase: «Lo que más me irrita», leemos el 24 de diciembre de 1771, «son las miserables distinciones sociales. Sé como cualquiera cuan necesaria es la diferencia de clases, y conozco sus ventajas, de las que yo mismo me aprovecho, pero no quisiera que viniesen a estorbarme el paso...».

Nada es más característico de la conciencia de la clase media que esta afirmación: las puertas de abajo tienen que seguir cerradas. Las puertas de arriba han de abrirse. Y, al igual que todas las clases medias, también ésta se encontraba apresada en una curiosa paradoja: no se atrevía a derrumbar los muros que cerraban el camino hacia arriba, por miedo a que, en la conmoción, también cayeran los muros que la separaban del pueblo.

Todo esto fue un movimiento de elementos ascensionales: el bisabuelo de Goethe fue herrero[13]; su abuelo fue sastre y, luego, hospedero, con una clientela cortesana y de trato burgués con un título, mientras que la madre es la hija de una familia patricia de Frankfurt.

El padre de Shiller fue cirujano y, luego, comandante médico mal pagado, mientras que su abuelo, bisabuelo y tatarabuelo fueron panaderos. De similar extracción social, a veces más alta, a veces más baja, pero siempre en torno a la artesanía y al funcionariado medio, procedían Schubart, Bür-

ger, Winkelmann, Herder, Kant, Friedrich August Wolff, Fichte y muchos otros miembros de este movimiento.

14. En Francia se produjo un movimiento similar. También allí surgió toda una serie de hombres importantes, procedentes de un cambio social similar en los círculos de la clase media. Voltaire y Diderot se cuentan entre ellos. Pero, en Francia, estos talentos fueron recibidos y asimilados sin problemas por la amplia sociedad cortesana, por la *Society* parisina. En Alemania, por el contrario, los hijos de la clase media ascendente, dotados de talento y de ingenio, quedaron excluidos, en su mayoría, de la vida cortesana aristocrática. Algunos de ellos, como Goethe, consiguieron una especie de reconocimiento en este círculo cortesano. Pero, dejando al margen el hecho de que la corte de Sajonia-Weimar era pequeña y relativamente pobre, Goethe se cuenta entre las excepciones. En su conjunto y comparados con los de los otros países occidentales, los muros que separaban a la intelectualidad de la clase media de la clase superior aristocrática, siguieron siendo muy altos. En 1740 observa el francés Mauvillon, en relación con las circunstancias alemanas [14]: «En el hidalgo alemán pueden observarse esos aires altaneros y orgullosos, que llegan hasta la brusquedad. Engreídos de su alcurnia, que están siempre dispuestos a probar, desprecian todo cuanto no tiene la misma condición». «Raramente», prosigue, «realizan matrimonios desiguales, pero aún es más raro verlos tratar simple y llanamente con los burgueses. E, igual que rechazan el *connibium* con estos burgueses, tampoco hacen nada por buscar su compañía, sean cuales sean los merecimientos de estos últimos.»

La distancia social especialmente pronunciada entre la nobleza y la burguesía, documentada con innúmeros testimonios estaba condicionada, sin duda alguna, por las relativas estrecheces y el escaso bienestar de ambos sectores. Estas circunstancias son las que explican que la nobleza recurriera a una actitud pronunciadamente excluyente y a las pruebas de pureza de linaje como los instrumentos más importantes para el mantenimiento de su existencia social privilegiada; al propio tiempo, también bloquearon a la burguesía alemana el camino principal por el que en los otros países occidentales se produjo el ascenso de los elementos burgueses, el *connibium* y la recepción por la aristocracia, esto es, el camino del dinero.

Cualesquiera que sean las razones, sin duda muy complicadas, para esta separación especialmente acusada, la escasa mezcla de los modelos cortesano-aristocráticos y de los «valores del ser» con los modelos burgueses y los valores del rendimiento, producida por esta separación, ha determinado decisivamente durante largos períodos ese fenómeno que suele aceptarse como carácter nacional de los alemanes. A esto se debe el hecho de que la corriente principal del idioma alemán, el alemán culto, así como casi toda la nueva tradición espiritual, cristalizada en la literatura, recibiera el impulso decisivo y el carácter de un sector intelectual de clase media que era más puro y'más específicamente de clase media que la capa intelectual francesa correspondiente e, incluso, que la inglesa que, en cierto modo, ocupa una posición intermedia entre las otras dos.

Los signos de la exclusividad, la acentuación de lo específico y de lo di-

ferenciador, que ya se mostraron en la comparación entre el concepto alemán de cultura y el occidental de civilización se encuentran aquí de nuevo, como carácter propio del desarrollo alemán.

Comparada con Alemania, Francia tuvo una expansión y una política colonizadora exterior relativamente tempranas. Pero también hacia el interior pueden observarse movimientos similares en el curso de la Edad Moderna. Especialmente importante en este contexto es el movimiento de difusión de los buenos modales cortesanos-aristocráticos y la tendencia de la aristocracia cortesana a asimilarse elementos de otras clases, esto es, por decirlo así, a colonizarlos. El orgullo estamental de la aristocracia francesa sigue siendo considerable y también continúa acentuando las diferencias estamentales. Pero los muros de los que se rodea tienen más puertas de acceso que en Alemania y este acceso, así como la asimilación de otros grupos también tienen mayor importancia.

Por el contrario, la expansión mayor del Imperio alemán se produce en la Edad Media. Desde esta época, lo único que hace el Imperio es disminuir paulatinamente de extensión. Ya antes de la Guerra de los Treinta Años y mucho más pronunciadamente después, los territorios alemanes disminuyen por doquier y casi todas las fronteras han de soportar fuertes presiones. En consecuencia con esto en el interior del país la lucha entre los distintos grupos sociales para conseguir las escasas oportunidades que hay y para autoafirmarse es más fuerte que en los otros Estados occidentales en proceso de expansión y también más fuerte la tendencia a diferenciarse y a excluirse mutuamente. La desmembración del territorio alemán en una serie de Estados soberanos, al igual que la exclusión relativamente pronunciada de las capas medias alemanas por parte de la mayoría de la nobleza son los fenómenos que han impedido la constitución de una *Society* unitaria, modélica y central que, en los otros países ha tenido gran importancia, al menos como estación intermedia en el proceso de la construcción nacional *(Nationsbildung),* habiendo influido de modo determinante en varias etapas en el lenguaje, en las artes, en la constitución afectiva y en los modales.

V. EJEMPLOS LITERARIOS DE LAS RELACIONES ENTRE LA INTELECTUALIDAD ALEMANA DE CLASE MEDIA Y LOS CORTESANOS

15. Los libros de las clases medias que alcanzan mayor éxito de público a partir de mediados del siglo xviii, esto es, a partir de la época en que estas clases aumentan su bienestar y su conciencia de sí mismas, señalan claramente con qué intensidad se percibía la diferencia con las otras clases. Al propio tiempo demuestran que las diferencias estructurales y vitales entre las clases medias de un lado y la clase alta cortesana del otro, eran diferencias en la estructura del comportamiento de la vida sentimental, de los deseos y de la moral. Estos libros muestran, de modo necesariamente unilateral, por supuesto, cómo se veían estas diferencias desde el punto de vista de la clase media.

Un buen ejemplo de todo ello nos lo ofrece la conocida novela de Sophie

de la Roche, *Das Fräulein von Sternheim* [15], que convirtió a su autora en una de las mujeres más célebres de su época. «Constituye todo mi ideal de lo que debe ser una mujer», escribe Caroline Flachsland a Herder, tras haber leído *Das Fräulein von Sternheim,* «delicada, dulce, bondadosa, orgullosa, virtuosa y engañada. He pasado horas deliciosas leyéndola. ¡Ah! Cuan alejada estoy todavía de mi ideal, de mí misma» [16].

Lo paradójico en todo esto es el hecho de que Caroline Flaschsland, como muchas otras mujeres de su condición social, ame su propio dolor, esto es, que entre los rasgos de la heroína ideal a la que pretenden parecerse, junto a la bondad, al orgullo y la virtud, cuente la condición de engañada; lo cual no es escasamente significativo en cuanto a la situación sentimental de la intelectualidad de clase media, especialmente de sus mujeres en la edad de la mayor sensibilidad. La heroína de clase media es engañada por el cortesano aristócrata. La prevención, el miedo ante el «seductor» socialmente superior, con el que la muchacha no puede casarse debido a la distancia social que entre ellos media; el deseo secreto de que el seductor se acerque; la tentación que se muestra en la idea de que es posible acceder a un círculo cerrado y peligroso; finalmente, la compasión identificadora con la engañada, todo ello nos proporciona un ejemplo de la ambivalencia específica en la que está aprisionada la vida sentimental de la clase media —y no sólo de sus mujeres— con relación a la aristocracia. A este respecto, *Das Fräulein von Sternheim* constituye, en cierto modo, la contrapartida femenina del *Werther;* ambos describen vínculos específicos de su clase que se expresan en sentimentalismo, sensibilidad y matices afectivos similares.

He aquí la trama de la novela: una hermosa doncella procedente de la pequeña nobleza rural, de una familia burguesa encumbrada, llega a la corte. El príncipe, su pariente materno de más alcurnia, pretende convertirla en amante suya. Acorralada, la muchacha busca refugio en el «malo» de la novela, un Lord inglés que vive en la corte y que en todo momento se expresa justamente como los círculos de clase media se han imaginado siempre al «seductor aristócrata», al «infame malvado» y quien resulta tan cómico precisamente porque expresa como pensamientos propios los reproches de la clase media contra su clase. También frente a él conserva la doncella su virtud, su superioridad moral, en compensación por su inferioridad estamental, y muere.

Así es como habla la heroína, la señorita de Sternheim, la hija de un coronel ennoblecido [17]: «El tono de la corte y el espíritu de la moda reprimen los movimientos más nobles de un corazón dotado de bondad natural; el hecho de que, para evitar los murmullos de los señores y damas de la elegancia, haya que reír con ellos y estar de acuerdo con ellos, no despierta en mí más que desprecio y compasión. El ansia de placeres, de nuevos ornamentos, de nuevos vestidos, muebles o un manjar dañino para la salud. ¡Oh, Emilia mía! la angustia y la inquietud invaden mi alma... Y no quiero hablar de esa falsa ambición que alienta tantas bajas intrigas, que se arrastra ante el vicio reinante en todo su esplendor, que mira con desprecio la virtud y los merecimientos y que genera la desgracia sin reparo alguno.»

«Estoy convencida, querida tía», dice, tras haber pasado algunos días

en la corte [18], «de que la vida cortesana no es adecuada para mí. Mis gustos, mis inclinaciones son absolutamente distintos. Y os confieso que me iría de aquí con mayor alegría que vine.»

«Queridísima Sophie», le contesta la tía, «realmente eres una de las muchachas más encantadoras que hay, pero el viejo párroco te ha inculcado una gran cantidad de ideas pedantes. Trata de olvidarlas de vez en cuando.»

Y, en otro lugar escribe Sophie: «Hace poco me vi envuelta en una conversación debido a mi amor por Alemania, en la que yo trataba de defender los merecimientos de mi patria y lo hice con verdadero celo y, después, mi tía me dijo que había dado buena prueba de ser la nieta de un profesor. Este reproche me irritó; era una ofensa a la memoria de mi padre y de mi abuelo.»

El párroco y el profesor son, de hecho, los dos representantes más claros de esta intelectualidad de funcionarios de clase media; dos figuras sociales que han tenido la participación más decisiva en la difusión y en la formación del nuevo idiomo culto. En el ejemplo anterior puede verse cómo el sentimiento nacional, vago, espiritualizado y apolítico de estos círculos le resultaba burgués a la aristocracia pequeño-cortesana. Al propio tiempo, tanto el cura como el profesor remiten a la Universidad como lugar social que constituía el centro de formación y difusión más importante de la cultura alemana de clase media. Generaciones enteras de estudiantes universitarios, convertidos en maestros, párrocos y funcionarios medios, difundieron la imagen de un cierto mundo ideal y de unos ideales determinados. En cierto modo, la Universidad alemana era la contrapartida de la clase media frente a la corte.

En la imaginación de la clase media, el malvado cortesano [19] se expresa con las palabras con las que el párroco le combate desde el pulpito: «Sabes que nunca he permitido que el amor reine en otro lugar que en mis sentidos, de los que constituye el gozo más refinado y más vivo... He gozado de todos los tipos de belleza... Me he saciado de ellas... Que los moralistas... pongan en evidencia las finas redes y lazos en los que he atrapado la virtud y el orgullo, la sabiduría y el frío cálculo, la coquetería y hasta la piedad del mundo femenino... Amor se ha reído de mi vanidad. Le ha bastado con sacar del último rincón del campo a la hija de un coronel, cuyo tipo, ingenio y carácter son tan excitantes que...».

Venticinco años después son unas antítesis similares y unos ideales y problemas parecidos los que aseguran el éxito de un libro. En 1796 apareció en las *Horen (Horas)* de Schiller, *Agnes von Lilien* [20] de Carolina von Wolzogen. En ella dice la madre noble, que por razones misteriosas ha de educar a su hija fuera del círculo de la corte: «Creo que debo estar agradecida a la previsión que me obligó a alejarte de los círculos en los que yo fui desgraciada. Rara vez puede conseguirse una formación espiritual seria y sólida en los círculos del gran mundo. Te hubieran convertido en una marioneta sometida a los caprichos cambiantes de la opinión».

Y la propia heroína dice de sí misma [21]: «Yo sabía poco de la vida de convenciones y del lenguaje de la gente de mundo. La simplicidad de mis

principios me hacía ver paradojas en aquello con lo que los espíritus, doblegados por la costumbre, se reconcilian con facilidad. Tan natural como que la noche sigue al día era para mí que hay que compadecer al engañado y odiar al engañador y que hay que anteponer la virtud a la honra y la honra al provecho propio. Todos estos conceptos aparecían invertidos en el juicio de esta sociedad».

La heroína describe luego al príncipe afrancesado [22]: «El príncipe tenía entre sesenta y setenta años y se fastidiaba y fastidiaba a los demás con la rígida etiqueta francesa antigua que los príncipes herederos alemanes suelen aprender en la corte del rey francés y que luego trasplantan a su propio país, si bien en una dimensión algo más reducida. La edad y la costumbre habían acabado por conseguir que el príncipe pudiera parecer natural al moverse bajo la pesada armadura del ceremonial. En relación con las mujeres mantenía la refinada y estricta cortesía de la época caballeresca, de modo que su presencia no resultaba desagradable a aquéllas; pero en ningún momento deponía los modales corteses con el fin de hacerse algo más amable. Sus hijos... sólo encontraban en él al déspota.

«Estas caricaturas de cortesanos se me antojaban, a veces, ridiculas y, a veces, deplorables: la veneración que, al aparecer su señor, conseguían trasmitir desde sus corazones a sus manos y pies; la expresión de gracia o de enojo que recorría su semblante como una chispa eléctrica...; la sumisión inmediata de su parecer apenas escuchada la última manifestación de los labios principescos; todo esto se me hacía inconcebible. Me parecía estar ante un teatro de marionetas.»

De un lado, pues, la cortesía, el tacto, los buenos modales y, de otro, la sólida formación, la preferencia de la virtud sobre los honores; la literatura alemana de la segunda mitad del siglo xviii está llena de estas contraposiciones. Todavía el 23 de octubre de 1828 dice Eckermann a Goethe: «Una formación tan sólida como la que parece haber tenido el Gran Duque es poco frecuente entre la gente principesca». «Muy poco frecuente», contestaba Goethe, «hay muchos, incluso, que son capaces de charlar con fortuna sobre todos los temas posibles, pero no tienen nada en su interior y únicamente arañan en la superficie. Lo cual no es de extrañar cuando se recuerdan la pérdida de tiempo y la dispersión de esfuerzos que suelen acompañar a la vida de la corte.»

De vez en cuando, Goethe utiliza expresamente en este respecto el concepto de cultura.

«La gente que me rodeaba», dice [23], «no tenía ni idea de ciencia. Eran cortesanos alemanes y esta clase carecía por entonces de la cultura más elemental.»

Y Knigge confirma en cierta ocasión: «No hay lugar en el que el cuerpo de cortesanos constituya una especie propia como lo hace aquí (en Alemania)».

16. En todas estas manifestaciones se dibuja una situación social muy determinada. Es la misma contraposición que se observa por detrás de la que hace Kant entre cultura y civilización. Pero también con independencia de estas nociones, esta fase y las experiencias originadas en ella se han

inscrito de modo profundo en la tradición alemana. Lo que se expresa en ese concepto de cultura, en la antítesis entre profundidad y superficialidad, así como en muchas otras nociones parecidas, es la autoconciencia de una intelectualidad de clase media. Se trata de un sector relativamente poco numeroso muy esparcido por todo el territorio que, en consecuencia, está muy individualizado y, además, de una forma peculiar; no constituye un círculo cerrado de relaciones, una *Society,* como la sociedad cortesana; se compone fundamentalmente de funcionarios y de servidores del Estado en el sentido más amplio de la palabra, esto es, de personas que, de modo directo o indirecto, obtienen sus ingresos de la corte sin pertenecer —salvo raras excepciones— a la «buena sociedad cortesana», a la clase alta aristocrática. Es una clase intelectual que carece de un *hinterland* burgués amplio. La burguesía de comerciantes profesionales, que podría servir como público a los escritos de la intelectualidad, todavía está poco desarrollada en la mayor parte de los Estados de Alemania en el siglo XVIII. Precisamente es en esta época cuando comienza el ascenso a una situación de bienestar. En cierto modo, la intelectualidad alemana, los escritores, flotaban en el vacío. Las cuestiones del espíritu constituyen su refugio y su campo reservado; mientras que el rendimiento en la ciencia y en el arte es su orgullo. Este sector apenas tiene espacio para la actividad política y para los objetivos políticos. Consecuentemente con la forma de vida y la estructura de su sociedad, las cuestiones comerciales y los problemas económicos son solamente problemas marginales para la intelectualidad. El comercio, el intercambio y la industria todavía están relativamente subdesarrollados y, en gran medida, necesitan de la protección y el fomento de una política real mercantilista, antes que la liberación de sus impedimentos. La legitimización de esta intelectualidad de clase media del siglo xviii era su autoconciencia y su orgullo residía allende la economía y la política en eso que, probablemente por este motivo, se llama en alemán, «lo puramente espiritual» *(Das rein Geistige),* en la esfera de los libros, en la ciencia, la religión, el arte, la filosofía y en el enriquecimiento interior, en la «formación» del individuo, principalmente a través del libro, en la personalidad. Coherentemente con todo ello, el hecho de que las consignas en las que se expresa esta autoconciencia de la intelectualidad alemana, consignas como «educación» o «cultura», muestren una tendencia tan pronunciada a trazar una clara línea divisoria entre las realizaciones en las esferas mencionadas, en lo puramente espiritual como lo único que es realmente valioso y las de las esferas políticas, económicas y sociales, muy al contrario de las consignas de la burguesía ascendente en Inglaterra y Francia. El destino peculiar de la burguesía alemana, su prolongada impotencia política, la tardía unificación nacional, todo ello ha venido a dar nuevos impulsos en la misma dirección y a fortalecer las naciones y los ideales en este sentido. Y lo primero que se produjo en esta evolución fue esta intelectualidad alemana tan peculiar, carente de una base social suficientemente sólida y que, como primera formación burguesa en Alemania, desarrolló una autoconciencia burguesa extraordinariamente nítida, unos ideales específicos de clase media y un arsenal conceptual muy eficaz, especialmente dirigido en contra de la clase alta cortesana.

En correspondencia con su situación, podemos ver lo que esta intelectualidad consideraba como lo más rechazable y como lo contrario de la educación y de la cultura en la clase superior. Los ataques raras veces se dirigen contra los privilegios políticos o sociales de la aristocracia cortesana; y cuando lo hacen, de modo pusilánime y resignado a su inutilidad. Los ataques se dirigen principalmente contra el comportamiento humano de la aristocracia.

La descripción más significativa de las diferencias entre la estructura de la intelectualidad alemana y de la francesa se encuentra en las conversaciones de Goethe con Eckermann: Ampére había llegado a Weimar; Goethe no le conocía personalmente, pero le había glorificado muy a menudo a los ojos de Eckermann. Para asombro general, resulta que el conocido señor Ampére es un «jovencito vivaz de unos veinte años». Eckermann expresa su asombro y Goethe le contesta (jueves, 3 de mayo de 1827): «A vos os ha resultado difícil formaros en el campo y todos los demás, en Alemania Central, hemos tenido que trabajar mucho para acumular la escasa sabiduría que tenemos. Pues, en el fondo, llevamos una vida aislada y pobre. Encontramos muy poca cultura en el pueblo y todos nuestros talentos y buenas cabezas están repartidos por toda Alemania. El uno reside en Viena, el otro en Berlín, otro en Könisberg, otro en Bonn o en Düsseldorf, todos ellos separados entre sí por 50 ó 100 millas, de forma que rara es la vez en que se produce un contacto personal o un intercambio personal de ideas. Imaginémonos lo que sería, pongo por caso, si por aquí pasaran hombres como Alejandro von Humboldt que, en un solo día me ayudaría a avanzar en aquello que busco y que preciso encontrar más de lo que yo habría conseguido en un año a lo largo de mi camino solitario.

«Imaginaos ahora una ciudad como París, donde se reúnen todos los hombres más eminentes de un Estado para enseñarse mutuamente y elevar su espíritu en un intercambio, lucha y emulación cotidianos y donde se abre a la luz pública diaria lo mejor de las ciencias de la naturaleza y del arte, lo mejor que hay en todo el mundo. Pensad en esa ciudad universal en la que el paso por cada puente o por cada plaza nos recuerda un pasado glorioso. Añadid a todo esto que no se trata del París de una época sórdida y carente de ingenio, sino del París del siglo xix, en el que, hace ya tres generaciones hombres como Moliere, Voltaire, Diderot y otros parecidos, han elevado a una altura tal el cultivo del espíritu que ningún otro lugar del mundo puede comparársele. Podréis comprender, pues, que en este florecimiento haya podido aparecer una gran cabeza como la de Ampére y que, a sus 24 años, ésta ya haya podido ser alguien.»

Y un poco más adelante, añade Goethe en relación con Merimée: «En Alemania es imposible que alguien tan joven pueda producir una obra tan madura. No es culpable de esto el individuo, sino la situación cultural de la nación, así como la gran dificultad que todos experimentamos en salir adelante por nuestras propias fuerzas».

Con estas manifestaciones, que constituyen prueba y referencia suficientes en estas consideraciones introductorias, podrá ver el observador con toda claridad la correlación que existe entre el desmembramiento político de Ale-

mania y una estructura específica de la intelectualidad alemana, así como una estructura también específica de su comportamiento humano y de su configuración espiritual. En Francia, toda la intelectualidad se reúne en un lugar, donde mantiene su cohesión en el trato continuo con una buena sociedad más o menos centralizada; en Alemania, en cambio, con sus múltiples pequeñas capitales, no hay ninguna buena sociedad central y unificada, sino que la intelectualidad se encuentra diseminada a lo largo de todo el país. Allí, uno de los medios de comunicación más importantes es la conversación, convertida, además, en un arte desde hacía siglos; aquí, en cambio, el medio de comunicación más importante es el libro y lo que desarrolla la intelectualidad alemana es más un lenguaje escrito unitario que un lenguaje hablado unitario. Allí, el joven se encuentra inmerso desde el principio en un medio de rica y estimulante espiritualidad; aquí, en cambio, el joven de clase media tiene que educarse relativamente solo y aislado. Los mecanismos ascensionales también son distintos en Francia y en Alemania. Y, por último, la manifestación de Goethe muestra claramente cuál es el problema: una intelectualidad de clase media sin base social. Más arriba hemos citado un pasaje suyo según el cual los comerciantes tienen poca cultura. Lo mismo piensa del pueblo. La cultura y la educación son consignas y características de una delgada capa en el medio, que se eleva por encima del pueblo. Los esfuerzos de la propia élite tropiezan no solamente con la indiferencia del pequeño sector cortesano que tiene arriba, sino, también con la escasa comprensión de las amplias capas de abajo.

Sin embargo, es precisamente este escaso desarrollo de los sectores profesionales burgueses el que constituye uno de los motivos por los que la lucha de la vanguardia de clase media, de la intelectualidad burguesa contra la clase superior cortesana se realiza casi de modo completo al margen de la esfera política y por lo que el ataque se hace predominantemente contra el comportamiento humano de la clase superior, contra rasgos humanos generales, como la «superficialidad», los «convencionalismos externos», la «insinceridad» y otros similares. Las escasas citas que se han reproducido aquí muestran con toda claridad esta interrelación. En todo caso, raramente se condensa el ataque sobre conceptos antagónicos específicos y concretos de aquellos otros que sirven a la autolegitimación de la intelectualidad alemana, como la educación y la cultura; y cuando lo hacen, sin gran intensidad. Uno de los escasos conceptos antagónicos específicos que pueden encontrarse es el de «civilización» *(Zivilisiertheit)* en el sentido de Kant.

VI. RETROCESO DE LA OPOSICIÓN SOCIAL E INTENSIFICACIÓN DE LA NACIONAL EN LA CONTRAPOSICIÓN ENTRE «CULTURA» Y «CIVILIZACIÓN.»

17. Con independencia de si la antítesis se manifiesta en éstas o en otras nociones, algo está claro: la contraposición de ciertos caracteres humanos que, más tarde, servirán fundamentalmente como expresión de una contradicción social. La experiencia que marca la pauta para la formación de estas dualidades contradictorias que constituyen una correlación vivencial,

como «profundidad» y «superficialidad», «sinceridad» y «falsedad», «convencionalismos externos» y «virtud auténtica» (de los que, posteriormente surge también la contraposición entre civilización y cultura) se da en una cierta fase del desarrollo alemán, la fase de la tensión entre la intelectualidad de clase media y la aristocracia cortesana. Ciertamente, no faltaba por entonces una muy clara conciencia de que lo cortesano y lo francés eran cosas relacionadas. G.C.H. Lichtenberg lo expresa de modo muy claro en sus aforismos, cuando habla de las diferencias entre la *promesse* francesa y la *Versprechung* alemana (Cuaderno III, 1775-1779)[24]. «La última», dice, «se cumple y la primera, no. La utilidad de las palabras francesas en alemán. Me extraña que nadie haya observado esto. La palabra francesa traduce la idea alemana añadiéndole una ráfaga de viento o de aire cortesano... Una *Erfindung* es algo nuevo y una *decouverte,* algo viejo con un nombre nuevo. Colón ha descubierto *(entdeckt)* América y Américo Vespucio la ha descubierto *(decouvriert).* Incluso *goût* y *Geschmack* (gusto) suelen ser opuestos y es raro que la gente de *goût* tenga mucho *Geschmack».*

Tras la Revolución Francesa, el concepto de «civilización» y las otras nociones similares dejan de remitir claramente a la aristocracia cortesana alemana para comenzar a referirse cada vez más a Francia y a las potencias occidentales en general.

Veamos un ejemplo entre los muchos que pueden ponerse: en el año de 1797 apareció un librito de un emigrante francés, Menuret, titulado *Essay sur la ville d'Hambourg.* Un hamburgués, el canónigo Meyer, hacía el comentario siguiente sobre el libro en sus *Skizzen* (bosquejos):

«Hamburgo está todavía muy atrasada. No obstante, ha hecho progresos (¿de verdad?) a partir de una época muy famosa (suficientemente famosa, hasta el punto de que han acudido los enjambres de emigrantes a vivir entre nosotros) para aumentar y para completar, no digo yo su felicidad (así es como habla su dios), sino su civilización, sus adelantos en la carrera de las ciencias y de las artes (en cuyo terreno, como ya sabéis, todavía estamos en la luna) y en la del lujo, las comodidades, las frivolidades (¡ahí, ahí le duele!); todavía han de pasar algunos años o se precisan acontecimientos que le atraigan nuevos enjambres de extranjeros (por favor, no más enjambres de sus civilizados compatriotas) y un aumento de la opulencia.»

Aquí aparecen por tanto, las nociones de «civilizado» y «civilización» claramente unidas a la imagen del francés.

Con el paulatino ascenso de la burguesía alemana de ser una clase de segúndo grado a ser clase portadora de la conciencia nacional alemana y finalmente (tardía y condicionadamente) a ser clase dominante; con su cambio de ser una clase que se veía y se legitimaba en su sublevación contra la cúspide aristocrático-cortesana a encontrar su legitimación en la diferenciación frente a las otras naciones, también se cambió la antítesis de «cultura» y «civilización», con todo su significado y su función: de una antítesis fundamentalmente social pasó a ser una antítesis nacional.

De modo muy similar se da el proceso de desarrollo de lo que se considera especialmente alemán: mucho de lo que, originariamente, se consideraba como carácter social peculiar de la clase media, impuesto a los seres

humanos a causa de su situación social, pasó a ser parte del carácter nacional. La integridad y la franqueza, por ejemplo, pasan ahora como características específicamente alemanas frente a la doblez de la cortesía. Pero la integridad, al menos tal como se la entiende aquí aparece originariamente como un rasgo específico del individuo de clase media en comparación con el comportamiento del hombre de mundo o del cortesano. También esto se manifiesta en cierta ocasión en una conversación de Eckermann con Goethe.

«Habitualmente», dice Eckermann el 2 de mayo de 1824, «transfiero a la sociedad mis inclinaciones y aversiones personales, así como una cierta necesidad de amar y de ser amado. Busco una personalidad que se adapte a mi propio carácter y a la que me gustaría entregarme por entero, mientras que prefiero ignorar a los demás.»

«Vuestra tendencia natural», le contesta Goethe, «no tiene un gran carácter social. ¿Qué sería de la educación si no tratáramos de vencer a nuestras inclinaciones naturales? Es una gran necedad exigir que las personas armonicen con nosotros; yo no lo he hecho nunca. De este modo he conseguido poder tratar con todos los seres humanos y también de este modo, surge el conocimiento de los caracteres humanos, así como la necesaria flexibilidad en la vida. Porque es precisamente en los caracteres que nos rechazan en los que precisamos concentrarnos para entendernos con ellos. Así tendríais que hacerlo vos. Tomadlo como queráis, tendréis que entrar en el gran mundo y vuestra actitud no os ayuda en esta tarea.»

En conjunto, la sociogénesis y psicogénesis de las formas humanas de comportamiento nos son desconocidas. La propia cuestión puede parecernos extraña. En todo caso, resulta evidente que los individuos procedentes de unidades sociales distintas se comportan de modo completamente distinto. Estamos acostumbrados a hablar de ello como si fuera algo perfectamente lógico. Hablamos del campesino o del cortesano, del inglés o del alemán, del hombre medieval o del hombre del siglo XX y damos por supuesto que los hombres procedentes de las unidades sociales a que nos referimos con estas nociones, por encima de todas las particularidades individuales, se comportan de un modo unitario que contrasta con la conducta de los individuos de los grupos que se les contraponen: el campesino se comporta en cierto modo de forma distinta al cortesano; el inglés o el francés en forma distinta al alemán; el hombre medieval en forma distinta al hombre del siglo xx, por ejemplo; y todo ello con independencia de lo que puedan tener de común como seres humanos.

En la citada conversación de Eckermann con Goethe se muestran distintos comportamientos en este sentido. No hay duda de que Goethe es un ser humano muy individualizado; en él se mezclan formas de comportamiento de distintas procedencias sociales, para constituir una unidad específica, coherente con su destino social. Su persona, sus opiniones y su conducta no son absolutamente típicas de unos u otros grupos o situaciones con los que mantuvo relaciones. En esta conversación habla, sin embargo, como hombre de mundo, como cortesano poseedor de unas experiencias que forzosamente son ajenas a Eckermann. Como tal ve claramente la necesi-

dad de contener los propios impulsos, la necesidad de reprimir las simpatías y antipatías que suele producir el trato en el *«monde»,* en la gran sociedad, todo lo cual es lo que personas procedentes de otra situación social y, por lo tanto, con otro sistema de afectos, consideran como falsedad o como falta de integridad. Y, con su conciencia de estar situándose relativamente al margen de todos los grupos sociales, Goethe trata de subrayar los aspectos más favorables, los más humanos en la moderación de los afectos individuales. Su observación pertenece a los pocos testimonios alemanes de la época en los que se traduce algo del sentido social de la «cortesía» y en los que se dice algo positivo sobre la conveniencia del trato humano. En Francia y también en Inglaterra, donde el «gran mundo», la *Society,* han cumplido una función mucho mayor para el conjunto del desarrollo nacional, también las tendencias de comportamiento de que habla Goethe, tienen una gran importancia, si bien de una forma más automática que en su concepción. Pensamientos de este tipo, esto es, que las personas deben tratar de armonizar y de tomarse en consideración recíprocamente, que el individuo no siempre puede ceder a sus inclinaciones, suelen aparecer por ejemplo en la literatura cortesana francesa e, incluso, con el mismo significado social que tienen en Goethe. Como reflexión, estos pensamientos eran patrimonio individual de Goethe; pero unas situaciones sociales parecidas, producidas por la vida en el *«monde»* han llevado en toda Europa a parecidas prescripciones de comportamiento y similares formas de conducta.

Lo mismo puede decirse de lo que caracteriza al comportamiento de Eckermann. Éste deja ver de inmediato su origen de clase media de la pequeña ciudad de provincias de la época, en comparación con aquel otro mundano, hecho de impasibilidad y amabilidad, a veces en contra de los sentimientos más íntimos, comportamiento manifiesto principalmente en el mundo cortesano-aristocrático. Este comportamiento burgués no se evidencia tan sólo en Alemania; pero es aquí donde éste y sus actitudes próximas adquieren mayor relevancia en la literatura debido a la defensa que de las actitudes de la clase media hace la intelectualidad. Por lo demás, a causa de la estricta separación que se da entre los círculos cortesanos y los de la clase media, estos comportamientos se incorporan en una forma relativamente pura al comportamiento nacional de los alemanes.

Las unidades sociales a las que llamamos naciones se distinguen unas de otras en gran medida en función de su forma de organizar su economía afectiva, esto es, según los esquemas por los cuales se modela la vida afectiva del individuo a través de una tradición que se ha hecho institucional, así como a través de la situación actual. Lo típico del comportamiento que describe Eckermann, es una forma especial de modelar los afectos, una entrega total a las inclinaciones individuales, todo lo cual es lo que Goethe considera como asocial e inapropiado para los esquemas necesarios de configuración de los afectos en el «gran mundo».

Muchos decenios después, Nietzsche considerará que esta actitud ha sido siempre la típica actitud nacional de los alemanes; aunque, por supuesto, con el paso de la historia ha sufrido modificaciones y ya no tiene el mismo sentido social que en los tiempos de Eckermann. Nietzsche se burla: «El

alemán», dice en *Más allá del bien y del mal* (párrafo 244), «ama la franqueza y la lealtad. ¡Qué cómodo es ser franco y leal! Quizá sea hoy el disfraz más peligroso y más feliz del que se sirve el alemán: esa honradez conveniente, provechosa, trasparente. El alemán se abandona, mira con esos ojos alemanes fieles, azules y vacíos y acaba confundiendo al extranjero con su pijama». Con independencia de su valoración unilateral, ésta es una de las advertencias de cómo, con el lento ascenso de las clases medias, sus rasgos sociales específicos se van convirtiendo poco a poco en rasgos nacionales.

Lo mismo se deduce claramente del juicio siguiente que hace Fontane sobre Inglaterra, en *Ein Sommer in London (Un verano en Londres)* (Dessau) 1852:

«Inglaterra y Alemania se comportan recíprocamente como la forma y el contenido, como el parecer y el ser. Aunque en Inglaterra hay cosas cuya esencia depende fundamentalmente de la pureza de su contenido, más que en cualquier otro país, allí lo decisivo para los hombres es la pura forma, las apariencias más externas. No es preciso que seas un *gentleman,* basta con que tengas los medios necesarios para parecerlo y lo serás. No es preciso que tengas derecho, basta con que te muevas dentro de las formas legales y tendrás derecho... Por todas partes la apariencia. En ningún otro lugar se encuentra gente tan propensa a entregarse al brillo y a la pompa de un nombre.

»E1 alemán vive para vivir; el inglés vive para representar. El alemán vive para sí; el inglés vive para los demás.»

Quizá sea necesario observar en qué medida coincide este último pensamiento con la antítesis entre Eckermann y Goethe: «Yo expreso abiertamente mis inclinaciones y aversiones personales», dice Eckermann. «Es preciso tratar de armonizar con los demás, incluso aunque a uno no le guste», opina Goethe.

«El inglés», dice Fontane, «tiene mil comodidades, pero no está cómodo. En lugar de la comodidad aparece aquí la ambición. El inglés está siempre dispuesto a recibir, a conceder audiencia... cambia de traje tres veces al día y observa ciertas reglas de la elegancia en la mesa, tanto en la *sitting* como en la *drawingroom;* es un hombre refinado, una figura que nos impresiona, un maestro con el que vamos a la escuela. Pero, en mitad de nuestro asombro se manifiesta una nostalgia infinita por nuestra Alemania pequeñoburguesa, donde uno nunca trata de representar nada, pero donde sabemos vivir de un modo tan excelente, tan cómodo y tan agradable.»

Aquí no se menciona el concepto de «civilización» y el pensamiento de la cultura alemana sólo se evidencia lejanamente en esta descripción. Pero en ésta, como en todas las reflexiones parecidas se ve claramente que la antítesis alemana entre «civilización» y «cultura» no se agota en sí misma, sino que forma parte de un ámbito más amplio. Es la expresión de la conciencia nacional alemana. Esta antítesis remite, en principio, a las diferencias en la autolegitimación, en el carácter y en el conjunto del comportamiento fundamentalmente (aunque no exclusivamente) entre ciertas clases sociales alemanas y, en segundo lugar, entre la nación alemana y las otras naciones.

SEGUNDA PARTE

Sociogénesis del concepto de «civilisation» *en Francia*

I. GÉNESIS SOCIAL DEL CONCEPTO FRANCÉS DE «CIVILIZACIÓN»

1. El hecho de que, en la contraposición alemana entre la auténtica educación y la cultura de un lado y la mera civilización externa del otro, la antítesis social haya pasado a segundo plano, ascendiendo al primero la contradicción nacional, no sería comprensible si el desarrollo de la burguesía francesa en ciertos aspectos no hubiera sido exactamente el contrario del de la burguesía alemana.

En Francia la intelectualidad burguesa y los grupos superiores de la clase media se incorporaron con relativa rapidez al círculo de la sociedad cortesana. El antiguo medio de distinción de la nobleza alemana, la prueba de linaje que, transformada después en sentido burgués, revivió en la legislación racista, no desapareció por completo de la tradición francesa pero sí dejó de tener una importancia considerable como barrera entre las clases a partir, sobre todo, de la implantación y consolidación de la monarquía absoluta. La impregnación de los círculos burgueses con el patrimonio tradicional de la aristocracia, muy pronunciada en Francia, sólo se produjo en Alemania en serio, aunque no muy intensivamente, en esferas muy concretas, como la militar, a causa de la pronunciada separación entre las clases. Ya en el siglo XVIII apenas había diferencias notables en Francia entre los grupos superiores de la burguesía y la aristocracia cortesana en cuanto a las formas de vida. Y, cuando, a mediados del siglo xviii, comenzaron a cambiar los comportamientos y las formas de vida debido al mayor empuje de los círculos de la clase media o, dicho de otro modo, con la expansión de la sociedad cortesana producida al integrarse en ella los sectores principales de la clase media, este cambio se produjo sin que hubiera una ruptura inmediata con la tradición cortesano-aristocrática del siglo xvii. Tanto la burguesía cortesana como la aristocracia cortesana hablaban el mismo lenguaje, leían los mismos libros y, con la correspondiente jerarquía, tenían los mismos modales; y, cuando las desigualdades sociales y económicas hicieron saltar el marco institucional del *ancien régime,* esto es, cuando la burguesía se convirtió en nación, el carácter nacional se constituyó con mucho de lo que había empezado siendo específicamente cortesano y, en cierto modo, rasgo social distintivo de la aristocracia cortesana pero que luego, había sido patrimonio también de los grupos burgueses cortesanos en un movimiento de difusión muy intensivo: las convenciones del estilo, las reglas del trato, la modelación de los afectos, la valoración de la cortesía, la importancia del bien hablar y de la conversación, las matizaciones

del lenguaje y muchas otras cosas, todo lo cual empieza a generarse en Francia dentro de la sociedad cortesana y, merced a un movimiento continuo de difusión, se va convirtiendo lentamente en carácter social y nacional.

Nietzsche ha visto la diferencia también en este caso: «Allí donde hubo una corte», dice en *Más allá del bien* y *del mal* (párrafo 101), «se ha dado la ley del bien hablar y las reglas del estilo para todos los que escribían. Pero el lenguaje de la corte es el lenguaje del cortesano, que carece de especialización y que, en las conversaciones sobre asuntos científicos, elimina todas las expresiones técnicas más cómodas, porque recuerdan a la especialización. Por este motivo, las expresiones técnicas y todo aquello que delata al especialista resulta ser una mácula del estilo en los países de cultura cortesana. Hoy, cuando todas las cortes se han convertido... en caricaturas resulta asombroso que, en este campo, hasta un Voltaire resulta seco y penoso. Nosotros nos hemos emancipado del gusto cortesano, mientras que Voltaire era su culminación.»

La intelectualidad ascendente de clase media en Alemania, en el siglo XVIII configuró su propia expresión y su cultura por medio de los estudios universitarios especializados tanto en las artes como en las ciencias. En Francia, sin embargo, la burguesía ya se había desarrollado y había alcanzado el bienestar en un grado muy distinto. La intelectualidad ascendente contaba con un amplio auditorio burgués, además del aristocrático. Esta intelectualidad, al igual que otros sectores de la clase media, se había integrado en los círculos cortesanos. De este modo, las clases medias alemanas, al ir convirtiéndose poco a poco en la propia nación, encontraron que las formas de comportamiento que habían observado en las cortes de su país, considerándolas de segunda categoría o rechazándolas en la medida en que se oponían a su estructura afectiva, eran las que constituían el carácter nacional del Estado vecino, pareciéndoles también más o menos reprobables.

2. La paradoja aparente en todo esto es que, por un lado, en Alemania, donde el muro social que separaba a la clase media de la aristocracia era más alto, los contactos sociales más raros y las diferencias de costumbres más pronunciadas, la distancia y la tensión en las clases tardó mucho en encontrar una formulación política; por otro lado, en cambio, en Francia, donde las barreras clasistas eran más bajas, los contactos sociales interclasistas mucho más frecuentes y la actividad política de la burguesía muy desarrollada, la tensión entre las clases produjo frutos políticos muy tempranos.

Pero se trata solamente de una paradoja aparente: la prolongada exclusión de la actividad política de la nobleza francesa a causa de la política real, la participación de los elementos burgueses en el gobierno y en la administración, así como su acceso a las más elevadas funciones gubernativas y su influencia y ascendiente en la Corte produjeron dos consecuencias: de un lado un contacto social estrecho y duradero entre elementos de distinta extracción social y, de otro, posibilidades de actividad política para los elementos burgueses, a medida que maduraba la situación social y, por supuesto, una educación política más intensa y la posibilidad de pensar en categorías políticas. En los Estados alemanes, la evolución en su conjunto

fue justamente la inversa. A diferencia de lo que sucedía en Francia, en Alemania la nobleza tenía una importancia decisiva en la alta administración de los Estados; en ningún lado se había llegado a quebrar su poderío de un modo tan eficaz como en Francia. Frente a esto, la fuerza de la burguesía alemana, tanto en lo económico como en lo político o en lo social fue relativamente pequeña hasta bien entrado el siglo xix. Los elementos de la clase media alemana estaban más excluidos que los franceses del contacto social con la aristocracia cortesana, lo cual es coherente con su debilidad económica y con su exclusión de la mayoría de los puestos claves del Estado.

3. La estructura social de Francia hizo posible el hecho de que la oposición moderada, que comenzó a crecer a partir de la mitad del siglo XVIII, pudiera encontrar una relativa representación en los círculos cortesanos más íntimos. Sus representantes todavía no constituían partido ninguno, pues eran otras las formas de lucha política que correspondían a la estructura institucional del *ancien régime;* constituían más bien un grupo en la Corte, sin una organización sólida, pero que se apoyaba en otros individuos y grupos de la sociedad cortesana más amplia y del propio país. La diversidad de los intereses sociales se manifestaba en las luchas de tales grupos de la Corte; cierto que de una forma algo difusa y muy mezclada con cuestiones personales de la más variada índole, pero, en todo caso, se expresaba y actuaba.

El concepto francés de civilización, exactamente igual que el alemán de cultura, se constituyó en este movimiento de oposición de la segunda mitad del siglo xviii. El proceso de su constitución, su función y su significado son tan diferentes de los del concepto, alemán como la situación y el comportamiento de unas y otras clases medias.

Es interesante constatar que el concepto de civilización, cuando comienza a aparecer en la literatura francesa es idéntico a la noción a la que Kant contrapone muchos años después su concepto de cultura. Según los datos actuales[25], la primera prueba literaria de la evolución del verbo *civiliser* para dar la noción de *civilisation* se encuentra en Mirabeau padre, en el primer decenio después de mediado el siglo.

«Es de admirar», dice el autor[26], «cómo de todas nuestras investigaciones falsas sobre los más diversos aspectos, una de las más notables es lo que entendemos por civilización. Si preguntásemos a la mayor parte de la gente en qué consiste, según ella, la civilización, se nos respondería que la civilización de un pueblo es la suavización de sus costumbres, la urbanidad, la educación y el amplio conocimiento de los buenos modales, el respeto generalizado de las reglas de la conveniencia; todo ello no nos muestra más que la máscara de la virtud y no su rostro; y la civilización no hará nada por la sociedad si no le da el fondo y la forma de la virtud.» Esto suena de modo parecido a lo que se decía en Alemania contra las costumbres de la Corte. También aquí lo que entiende la mayoría de la gente por civilización, es decir, la cortesía y los buenos modales, como en el caso de Mirabeau se contrapone a aquel otro ideal en cuyo nombre las clases medias de toda Europa hicieron un frente común contra la clase superior cortesano-aristocrática y por el cual conseguía legitimarse en nombre de la virtud.

También aquí el concepto de civilización se vincula lógicamente con los rasgos específicos de la aristocracia cortesana, como sucede en Kant, puesto que, por *homme civilisé* no se entendía otra cosa que una forma algo más generalizada de aquel tipo humano que constituía el ideal definitivo de la sociedad cortesana, el ideal del *honnêt homme.*

Civilisé, era uno de los muchos conceptos, como *cultivé, poli* o *policé,* a menudo utilizados como sinónimos con los que los cortesanos trataban de caracterizar la especifidad de su comportamiento ya en sentido amplio, ya en sentido estricto y con los cuales, asimismo, trataban de subrayar lo elevado de sus costumbres sociales, de su *standard,* frente a las costumbres de otros tipos de personas más simples y de más modesta extracción social.

Antes de la formación e imposición del término *civilisation,* los conceptos de *civilité* o de *politesse* cumplían las funciones de aquél, esto es, expresar la autoconciencia de la clase superior europea frente a otras clases consideradas como más simples o más primitivas y, al mismo tiempo, caracterizar el tipo específico de comportamiento por medio del cual la clase alta creía distinguirse de todas las personas más primitivas y más sencillas. La opinión de Mirabeau expresa con gran claridad en qué medida la noción de civilización prolonga las otras encarnaciones conceptuales de la autoconciencia cortesana. «Si preguntásemos a la mayor parte de la gente en qué consiste la civilización», dice, «la contestación sería *adoucissement des moeurs, politesse* y cosas similares. Y, al igual que en el caso de Rousseau, aunque con mayor moderación, también en el de Mirabeu hay una inversión de los valores dominantes: vosotros y vuestra civilización, dice, todo eso de lo que tan orgullosos os sentís y por lo que os creéis tan por encima de las personas sencillas, no vale nada[27]: en todas las lenguas y en todas las épocas la imagen del amor de los pastores por sus rebaños y por sus canes nos toca el corazón, por muy embotado que esté a causa de la búsqueda del lujo y de una civilización falsa.»

La actitud respecto al «hombre sencillo» y, en especial, respecto al «hombre sencillo» en su manifestación más rotunda, como «salvaje», es un símbolo de la posición del hombre en los conflictos internos a la sociedad por doquier en la segunda mitad del siglo xviii. Rousseau atacó del modo más radical el orden de valores dominante en su época y precisamente por ello su influencia inmediata en el movimiento reformista cortesano y de la clase media de la intelectualidad francesa fue mucho menor de lo que puede suponerse a juzgar por el eco que despertó en la intelectualidad alemana que, aun siendo apolítica, era más radical en asuntos de ideas. Pero, a pesar del radicalismo de su crítica social, Rousseau no acuñó ningún concepto unitario y sintético, con el que pudiera resumir el conjunto de sus reproches. Mirabeau, en cambio, sí lo acuña o, al menos, lo utiliza el primero en sus escritos, aunque quizá fuera ya del dominio común en las conversaciones. Para él, el *homme civilisé* remite al rasgo general de la sociedad, la civilización. Pero su crítica social es moderada, como la de los otros fisiócratas y se mantiene dentro de los límites del sistema social imperante. En realidad se trata de la crítica de los reformistas. Mientras que la intelectualidad alemana de clase media acuña conceptos muy distintos de los modelos

de la clase alta, por lo menos en las ideas y en las ensoñaciones de sus libros, y con los cuales da todas las batallas en un terreno apolítico, para las que carece de instrumentos e, incluso, de asideros en el terreno real, político y social, de las instituciones y relaciones de poder; mientras que esta intelectualidad contrapone en sus libros sus nuevos ideales y modelos de comportamiento al tipo humano de la clase alta, a su civilización, la intelectualidad cortesana reformista de Francia se mantiene durante bastante tiempo en el marco de la tradición de la Corte. Esta intelectualidad trata de mejorar las cosas, de modificarlas y de transformarlas. Con excepción de algunos marginados, como Rousseau, no contrapone ningún ideal o modelo radicalmente nuevos al dominante, sino que se limita a proponer un ideal y un modelo de reforma. En la formulación *fausse civilisation* se hace ya perceptible toda la diferencia con el movimiento alemán, puesto que encierra el supuesto de que es necesario substituir la civilización falsa por la verdadera. No contrapone un modelo radicalmente distinto al del *homme civilisé,* como hace la intelectualidad alemana burguesa, con su ideal de «hombre educado» o con la idea de la «personalidad», sino que recoge el modelo cortesano para elaborarlo y transformarlo. Esta actitud remite a una intelectualidad crítica que escribe y lucha, de un modo mediato o inmediato, en el marco del amplio sistema de comunicaciones de la sociedad cortesana.

II. GÉNESIS SOCIAL DE LA FISIOCRACIA Y DEL MOVIMIENTO REFORMISTA FRANCÉS

4. Recordemos la situación de Francia en la segunda mitad del siglo xviii.

Los principios por los que Francia se gobernaba y que inspiraban la legislación fiscal y aduanera seguían siendo los mismos que en los tiempos de Colbert en lo fundamental. Pero las relaciones de poder y de interés, así como la estructura social de Francia, habían cambiado substancialmente. El proteccionismo estricto, esto es, la protección de la actividad manufacturera y comercial de la nación frente a la competencia externa habían coadyuvado decisivamente al desarrollo de la economía francesa y, con ello, a la expansión de lo que más importaba al rey y a sus representantes: la base impositiva del país. Los límites impuesto al comercio de granos, el sistema de monopolio y de acumulación de graneros, las barreras aduaneras entre las provincias habían protegido a una parte de los intereses locales, pero, sobre todo, habían resguardado de los efectos de las malas cosechas y de la carestía, del hambre y de las sublevaciones a París, que era la zona más importante desde el punto de vista político para el rey y, seguramente, para toda Francia.

Desde entonces, sin embargo, habían aumentado tanto las reservas de capital del país como la población. En comparación con la época de Colbert la red comercial se había hecho mucho más densa y amplia, la actividad industrial era más viva, las rutas de comunicación eran mejores, el entramado económico y la interdependencia de las distintas regiones de Francia se habían hecho más intensos. Diversos sectores de la burguesía comenza-

ron a pensar que los sistemas fiscal v aduanero tradicionales, bajo cuya protección habían prosperado, constituían un obstáculo absurdo. La nobleza rural y los terratenientes progresistas, como Mirabeau, consideraban que los impedimentos mercantilistas al comercio del grano eran más un quebranto que un fomento de la producción agrícola y aprovechaban las enseñanzas que el sistema mercantil inglés, más libre, ofrecía al observador. Lo que es más importante, también un sector de los funcionarios superiores reconocía los perjuicios causados por el sistema existente. Se trataba del tipo más progresivo de funcionarios públicos, los intendentes provinciales, representantes de la forma moderna de funcionariado que creó el *ancien régime,* la única función burocrática que no era venal, como las otras y, por lo tanto, hereditaria. Estos elementos progresistas de la administración constituyeron uno de los puentes más importantes entre las exigencias de reformas que se hacían visibles en las zonas rurales y la Corte. Tuvieron, además, una importancia considerable en la lucha directa o indirecta de camarillas cortesanas, esto es, en la lucha por la ocupación de puestos, de posiciones políticas claves y, especialmente, de los ministerios.

Ya se ha señalado que tales luchas no eran, todavía, esos enfrentamientos relativamente impersonales y políticos que se han dado posteriormente, cuando los distintos sectores de interés se han visto representados por partidos políticos en el seno de parlamentos. Pero los grupos cortesanos, que luchaban unos con otros por los motivos más dispares, por conseguir mayor influencia en la Corte y por ocupar los puestos de poder, constituían, al propio tiempo, núcleos de formaciones sociales a través de los cuales podían encontrar expresión e impacto en el centro del país los intereses de grupos y clases sociales más amplios. De este modo, también las tendencias reformistas se encontraban representadas en la Corte.

En la segunda mitad del siglo xviii, los reyes ya no eran monarcas arbitrarios, sino que, en mucha mayor medida que Luis XIV, eran prisioneros de los procesos sociales y dependientes de esas capillas cortesanas, de esas fracciones que, en parte, prolongaban sus raíces por todo el país y las hundían muy profundamente en los círculos de la clase media.

La fisiocracia es una de las manifestaciones teóricas de estas luchas fracciónales. No se trata solamente de un sistema de reforma económica, sino, más bien, de un grandioso sistema de reforma política y social. Contiene en una formulación nítida, abstracta y dogmática, precisamente aquellas ideas que, de modo menos teórico, menos dogmático y con una forma más consecuente, como exigencias prácticas de reforma, fueron características de todo aquel movimiento y cuyo exponente máximo, a la cabeza de las finanzas nacionales, fue Turgot. Si hubiera que dar un nombre a lo que, por sí, carecía de nombre unitario y de única estructura orgánica, podría llamársele la tendencia de los funcionarios reformistas. Pero estos funcionarios reformistas, sin duda, representaban también a un sector de la intelectualidad y también de la burguesía comercial.

Por lo demás, entre aquellos que eran partidarios de la reforma y la reclamaban se daban diferencias notables de opinión en cuanto al tipo de la propia reforma. Había quienes deseaban una reforma decidida del sistema

fiscal y del aparato del Estado pero que, por otro lado, continuaban siendo mucho más partidarios del proteccionismo que lo eran, por ejemplo, los fisiócratas. Forbonnais es uno de los ejemplos más característicos de esta tendencia; y no es posible comprender su actitud, ni la de quienes coincidían con él si, a causa de su posición acentuadamente proteccionista, se les cuenta, sin más, entre los «mercantilistas». En el debate entre Forbonnais y los fisiócratas, alcanza temprana manifestación la diferencia que se dará dentro de la sociedad industrial a partir de entonces y que conducirá siempre a un fuerte enfrentamiento entre los grupos de intereses pronunciadamente librecambistas y los pronunciadamente proteccionistas. Las dos corrientes pertenecen al movimiento reformista de clase media.

Por otro lado, no se trata de afirmar que toda la burguesía fuera siempre partidaria del movimiento reformista y la aristocracia su exclusiva enemiga. Por el contrario, había toda una serie de grupos de clase media y de fácil identificación, que oponían la mayor resistencia a todo intento de reforma serio y cuya supervivencia, en realidad, aparecía ligada a la conservación del *ancien régime* en su forma prístina. Entre estos grupos se contaba, sobre todo, la mayor parte del alto funcionariado, la *noblesse de robe,* cuyos cargos eran propiedad familiar justo en el mismo sentido en que hoy constituyen propiedad legable una fábrica o cualquier otro negocio. A este grupo había que añadir, también, el artesanado gremial y una gran parte de los recaudadores arrendatarios de impuestos, los *financiers.* La resistencia opuesta por estos grupos de clase media a los intentos de reforma es responsable, en gran medida, del fracaso de ésta en Francia y del hecho de que las desigualdades sociales, finalmente, derribaran de modo violento la estructura institucional del *ancien régime.*

Esta panorámica general nos muestra algo con toda claridad: el hecho de que, en esta época, las clases burguesas tenían ya una importancia política de la que, en cambio, carecían en Alemania. En Alemania, la intelectualidad se limita a la esfera del espíritu y de las ideas, mientras que, en Francia, la reflexión de la intelectualidad cortesano-burguesa se abre a las cuestiones sociales, económicas, administrativas y políticas, además de todos los problemas humanos en general. Los sistemas alemanes de ideas constituyen, en gran medida, pura investigación y su centro social es la Universidad. Mientras que el centro social del que emana la fisiocracia es la Corte y la sociedad cortesana, cuyas tareas intelectuales concretas consistían en ejercer una influencia directa, en influir al rey, por ejemplo, o a su amante.

5. Las ideas fundamentales de Quesnay y de los fisiócratas son suficientemente conocidas. En su *Tableau économique,* Quesnay representa la vida económica de la sociedad como un proceso más o menos automático, como un círculo cerrado de producción, circulación y reproducción de bienes. Quesnay habla de las leyes naturales de la convivencia en armonía con la razón y, en función de este criterio, Quesnay se opone a que los gobernantes intervengan de modo arbitrario en la circulación económica. Los gobernantes, según él, deben conocer las leyes que rigen esa circulación, pero no deben tratar de regularla mediante decretos sin tener idea de ella. Quesnay reclama libertad de comercio, especialmente de comercio de granos porque,

en sú opinión, la regulación automática, el libre juego de las fuerzas, darán origen a un orden más beneficioso para los consumidores y los productores que el que crean las regulaciones tradicionales desde arriba y las innumerables barreras aduaneras entre las provincias y entre los Estados.

Pero Quesnay es también decidido partidario de la opinión de que un funcionariado ilustrado puede conocer esos procesos automáticos y que merced a ese conocimiento, puede orientarlos. Aquí es donde reside la diferencia entre el modo que tienen los reformadores ingleses de entender la experiencia de la regulación automática de la vida económica por relación al modo que tienen los franceses. Quesnay y sus seguidores se mantienen dentro del marco del sistema monárquico imperante, sin tocar para nada los elementos fundamentales del *ancien régime* y su entramado institucional. Esto es válido también para aquella parte del funcionariado y de la intelectualidad próximos a Quesnay y que llegan a iguales resultados que los fisiócratas aunque con planteamientos menos abstractos, menos radicales y más orientados hacia objetivos prácticos. En el fondo, la experiencia y el proceso intelectual comunes a todos ellos son muy sencillos y pueden formularse del modo siguiente: no es exacto que los gobernantes sean todopoderosos y que puedan regular todas las circunstancias humanas a su libre albedrío. La sociedad y la economía tienen sus leyes propias y se resisten a aceptar las intervenciones irracionales del gobierno y del poder. En consecuencia, es preciso crear una administración ilustrada y racional que administre y gobierne en consonancia con las «leyes naturales» de los procesos sociales, esto es, en consonancia con la razón.

6. Una de las expresiones y reflejo fiel, al mismo tiempo, de estas ideas reformistas es el concepto de *civilisation* desde el momento de su aparición. La idea del *homme civilisé* lleva a acuñar un concepto que retrata a la totalidad de las costumbres y de las circunstancias sociales dominantes, lo cual es, a su vez, expresión de clarividencia específica de los hombres de la oposición, de los críticos sociales.

A ello hay que añadir la convicción de que el gobierno no puede dictar normas a su libre albedrío, puesto que las fuerzas sociales anónimas opondrán resistencia en el caso de que las normas no estén orientadas por un conocimiento exacto de estas fuerzas y de las leyes que las regulan. Es la convicción de que el gobierno más absoluto es impotente frente al dinamismo del desarrollo social y de que las medidas gubernamentales arbitrarias, «antinaturales» e «irracionales» solamente consiguen sembrar la desgracia, el desconcierto más evidente, la miseria y la necesidad. Como se ha dicho, esta convicción encuentra su formulación en la idea fisiocrática de que los procesos sociales, como los fenómenos de la naturaleza, siguen un curso regular. Esta es la convicción que toma cuerpo en la transformación del antiguo término *civilisé* en el substantivo *civilisation* y que hace que su empleo trascienda el uso puramente individual.

Los trastornos que acarreó la Revolución Industrial, la cual ya no podía concebirse como el resultado de un plan predeterminado enseñaron a los hombres en muy poco tiempo y por primera vez a verse y considerarse a sí mismos y a su ser social como un proceso. Si investigamos la utilización

que hace Mirabeau del término *civilisation* vemos claramente cómo esta convicción, según él, mostraba la totalidad del espíritu de su época bajo una nueva luz. Mirabeau entiende que este espíritu, este «ser civilizado», es también manifestación de un proceso, por lo que espera que los gobernantes sepan ver sus regularidades y puedan aprovecharse de ellas. Tal es el significado del concepto de «civilización» en este primer estadio de su empleo.

En su *Ami des hommes,* Mirabeau [28] habla de cómo el exceso de dinero hace disminuir la población y precisamente en la misma medida en que aumenta el gasto de cada individuo. En su opinión, este exceso de dinero «destierra a la industria y a las artes y, en consecuencia, sume a los Estados en la pobreza y en la despoblación» cuando llega a ser excesivo. Y prosigue: «Aquí podrá verse cómo un ministro hábil y atento puede evitar el círculo que lleva de la barbarie a la decadencia a través de la civilización y de la riqueza y puede, asimismo, reparar la máquina antes de que sea demasiado tarde y haya llegado a su fin».

En este pasaje se encuentra prácticamente todo lo que, en líneas generales, es significativo en la posición fundamental de los fisiócratas: la convicción absoluta con la que se considera que los procesos de la economía, de la población y del conjunto de la sociedad han de verse integrados en un gran conjunto; la consecuencia que se extrae es que todo esto ha de verse como una regularidad, como un proceso con altos y bajos continuos; y la tendencia política, la voluntad reformista en función de la cual este conocimiento, en último término, está pensado para que hagan uso de él los gobernantes de forma que, al comprender mejor las regularidades generales, estén en condiciones de normativizar y dirigir mejor, de forma más ilustrada y más racional los procesos sociales.

En la dedicatoria que hace Mirabeau al rey de su *Théorie de l'impôt,* en el año de 1760 y, mediante la cual recomienda al monarca el proyecto fisiocrático de reforma fiscal volvemos a encontrar el mismo pensamiento: «El ejemplo de todos los imperios que han precedido al Vuestro y que han recorrido el proceso de la civilización, es una prueba concreta de lo que acabo de asegurar».

La posición crítica que adopta Mirabeau, noble rural, con relación a la riqueza, al lujo y al conjunto de costumbres dominantes presta a su concepción un tono especial. La verdadera civilización, sostiene, surge en el proceso, desde la barbarie a la civilización falsa y «decadente», que se origina en virtud de un exceso de dinero. La tarea de un gobierno ilustrado es orientar de tal modo ese mecanismo automático que la sociedad pueda prosperar en el término medio entre la barbarie y la decadencia. Ya en el mismo instante del surgimiento del concepto puede apreciarse toda la problemática propia de la «civilización». Ya entonces se mezcla con el concepto la idea de la decadencia o del «hundimiento» que, desde esta época viene apareciendo siempre, de forma latente o manifiesta en el ritmo de los ciclos de las crisis. Pero, al mismo tiempo, puede verse con toda claridad cómo la voluntad de reforma se mantiene dentro del marco de lo existente, del sistema social manipulado desde el poder, y no se empeña en contraponer una imagen o un concepto nuevos a aquello que le parece criticable en las cos-

tumbres actuales. El reformismo aparece vinculado a lo existente y trata de mejorarlo, de forma que las medidas adecuadas e ilustradas del gobierno han de convertir la «civilización falsa» de nuevo en una «buena y verdadera civilización».

7. Es posible que este concepto de *civilisation* tenga muchos matices individuales; pero también contiene elementos que se corresponden con las necesidades y experiencias generales de los círculos reformistas y progresivos de la sociedad parisina. Y este concepto se utiliza tanto más en estos círculos cuanto mayor es el empuje del movimiento reformista en el curso de la comercialización y la industrialización crecientes.

Los últimos años de Luis XV son una época de debilidades y desórdenes manifiestos del antiguo sistema. Crecen las tensiones internas y externas y se acumulan las señales premonitorias de la transformación social.

En 1773 se arrojan cajas de té al mar en Boston y en 1775 se produce la Declaración de Independencia de la colonia inglesa: el gobierno, se dice en ella, existe para garantizar la felicidad del pueblo. Si no realiza este objetivo, la mayoría del pueblo tiene el derecho a deponerlo.

Los círculos reformistas de clase media en Francia observan con atención y simpatía los acontecimientos del otro lado del océano; atención y simpatía en las que sus tendencias reformistas se mezclan con la creciente enemistad nacional hacia Inglaterra, si bien sus cabezas dirigentes no piensan ni en sueños en una destrucción de la Monarquía.

Al mismo tiempo, en 1774, se fortalece visiblemente la opinión de que habrá que llegar a un enfrentamiento con Inglaterra y de que es preciso prepararse para la guerra. En ese año de 1774 muere Luis XV. Y bajo el nuevo rey da comienzo con renovadas fuerzas la lucha por la reforma del sistema administrativo y fiscal tanto en los círculos más restringidos de la Corte como en los más amplios. Como resultado de estas luchas se nombra a Turgot en ese año *Contrôleur général des finances;* nombramiento que los elementos reformistas y progresivos del país saludan con alborozo.

«Ha llegado por fin la hora tardía de la justicia», escribe el fisiócrata Baudeau con motivo del nombramiento de Turgot. Si ahora, dice d'Alembert con igual motivo, «no se hace el bien, es que el bien es imposible». Y Voltaire lamenta encontrarse a las puertas de la muerte, ahora que puede constatar «en su sitio la virtud y la razón» [29].

Por estos años aparece por primera vez el concepto de *civilisation* como una noción muy común y con un significado relativamente concreto en la expresión de muchos de los que lo usan. En la primera edición de la *Histoire philosophique et politique des établissements et de commerce des Européens dans les deux Indes,* del año de 1770 no aparece la palabra ni una sola vez; en la segunda, del año de 1774, en cambio, «se utiliza a menudo y sin ninguna ambigüedad en su significado, como un término de uso generalizado e imprescindible» [30].

En el *Systéme de la nature,* de Holbach, publicado en el año de 1770 aún no aparece la palabra civilización. En su *Systéme sociale,* del año de 1774, *civilisation* es una palabra de uso frecuente.

Nada hay, dice este autor [31], «que ponga más obstáculos a la felicidad

pública, a los progresos de la razón humana y a la civilización completa de los hombres, que las guerras continuas en las que los príncipes desconsiderados se dejan arrastrar en todo momento».

Y, en otro pasaje: «Todavía no se ha ejercido suficientemente la razón humana; aún no se ha terminado la civilización de los pueblos; hay obstáculos sin cuento que hasta ahora se han opuesto a los progresos de los conocimientos útiles que son los únicos que pueden contribuir a perfeccionar nuestros gobiernos, nuestras leyes, nuestra educación, nuestras instituciones y nuestras costumbres»[32].

La concepción fundamental de este movimiento reformista de crítica social ilustrada es siempre la misma: la mejora de las instituciones, de la educación y de las leyes ha de conseguirse gracias al progreso del conocimiento (y no de la «ciencia» en el sentido alemán del siglo xvíii, pues no son universitarios los que hablan en Francia, sino escritores libres, funcionarios, intelectuales, burgueses cortesanos de la más variada índole, todos ellos relacionados a través de la buena sociedad de los salones) y, en primer lugar, gracias a la persuasión de los reyes, gracias a la ilustración de los gobernantes en el sentido de la «razón» o, lo que es lo mismo, en el sentido de la «naturaleza» y gracias a la ocupación de los puestos directivos con personas ilustradas, esto es, partidarias de las reformas. Para uno de los aspectos de todo este proceso progresivo de reformas es para lo que se acuñó el término de *civilisation* en el contexto de las relaciones sociales. Lo que ya era visible en la versión individual, todavía no socializada, del concepto de Mirabeau, lo que es característico para todo el movimiento reformista, se encuentra también aquí: la semiafirmación y la seminegación de lo existente. La opinión general es que la sociedad ha alcanzado ya un cierto grado de desarrollo en el camino de la *civilisation.* Pero es insuficiente y no debemos detenernos en él. El proceso *avanza* y hay que hacerlo adelantar más: «Aún no se ha terminado la civilización de los pueblos».

Son dos las ideas que se mezclan en el concepto de *civilisation:* de un lado sirve para acuñar un concepto *a contrario,* con el que oponerse a otra situación de la sociedad, a la situación de la «barbarie». Esta es la opinión que mantuvo durante largo tiempo la sociedad cortesana y que había encontrado su expresión cortesano-aristocrática en términos como *politesse* o *civilité.*

Por otro lado, sin embargo, los pueblos todavía no están suficientemente civilizados, aseguran los hombres del movimiento reformista cortesano de clase media. El ser civilizado no es una situación, sino que es un proceso en el que hay que seguir avanzando. Tal es la novedad que se manifiesta en el concepto de *civilisation.* El concepto incorpora una gran parte de lo que, hasta entonces, había dado a la sociedad cortesana la impresión de ser una sociedad de un tipo superior en comparación con otras más simples, más incivilizadas o de vida más bárbara; esto es, la idea de la altura de las *moeurs* o de las costumbres, la idea de los modales, del tacto social, de la consideración que unos deben a los otros y de muchas otras actitudes relacionadas con éstas. Pero en la concepción de la clase media ascendente, en la opinión del movimiento reformista se amplían los supuestos de lo que

es necesario para convertir en civilizada a una sociedad no civilizada. La civilización del Estado, de la Constitución, de la educación y, con ello, de amplias capas del pueblo, la liberación frente a todo lo que aún sigue siendo bárbaro o irracional en las circunstancias existentes (ya sean las penas judiciales, los obstáculos estamentales de la burguesía o las barreras que impiden un libre desarrollo del comercio), toda esta obra de civilización ha de ser la consecuencia del refinamiento de las costumbres y la pacificación interna del país merced a la obra de los reyes.

Voltaire señala, con relación a la época de Luis XIV[33] que «el Rey consiguió convertir una nación turbulenta hasta entonces, en un pueblo apacible que no fue peligroso más que para los enemigos... Las costumbres se dulcificaron...». Todavía hemos de mostrar con exactitud qué enorme importancia tuvo esta pacificación interior para el proceso de la civilización. No obstante, Condorcet, reformista de la joven generación, en una actitud de oposición mucho más decidida que la de Voltaire, señala lo siguiente en relación con estas ideas del filósofo francés:

«A pesar del carácter bárbaro de una parte de las leyes, a pesar de los vicios de los principios de la administración, del aumento de los impuestos, de su forma onerosa, de la dureza de las leyes fiscales, a pesar de las malas máximas que orientaron la legislación gubernativa en materia de comercio y de manufacturas y, finalmente, a pesar de las persecuciones contra los protestantes, puede observarse que los pueblos del interior del reino han vivido en paz y al abrigo de las leyes.»

Esta enumeración, en la que se deja oir un acento de defensa de lo existente nos da una imagen de todo lo que se consideraba necesitado de reforma. Con independencia de si se emplea expresamente o no el concepto de *civilisation,* se utiliza en referencia a todo esto, todo lo que se sigue considerando como «bárbaro».

Resulta muy clara aquí la diferencia con el proceso de desarrollo de Alemania y, más que nada la diferencia con el aparato conceptual alemán: puede verse cómo la intelectualidad francesa ascendente de clase media pertenece a los círculos cortesanos y, en consecuencia, se inscribe dentro de la tradición cortesano-aristocrática. Esta intelectualidad habla el lenguaje de este círculo y, además, lo cultiva. Su comportamiento y sus afectos se modelan dentro de esta tradición, aunque con ciertas variantes; sus conceptos e ideas no son exclusivamente conceptos acuñados en lucha contra la aristocracia cortesana. A consecuencia de su posición social en los círculos cortesanos y de su empleo de los conceptos cortesano-aristocráticos, como la idea del «ser civilizado», la intelectualidad francesa hace cristalizar otras concepciones de la esfera de sus reclamaciones políticas y económicas, concepciones que son extrañas a la intelectualidad alemana, en función de su muy distinta situación social y de su diferente ámbito de experiencia y que, en todo caso no tienen el mismo valor de actualidad para la una que para la otra.

La burguesía francesa, que era activa políticamente, así como reformista en algunos de sus sectores y, finalmente, hasta revolucionaria por un corto período, en realidad, estuvo siempre muy vinculada —y siguió estándolo—

a la tradición cortesana tanto en su comportamiento como en la modelación de sus afectos. Esta vinculación se mantuvo incluso después de que se hubiera hundido el antiguo régimen porque, a causa de los contactos estrechos entre los círculos aristocráticos y los de la clase media, una gran parte de las costumbres aristocráticas habían pasado a ser costumbres de las clases medias desde mucho antes de la Revolución. Esto explica por qué la Revolución Francesa destruyó el antiguo entramado político, pero no la unidad de la tradición en las costumbres.

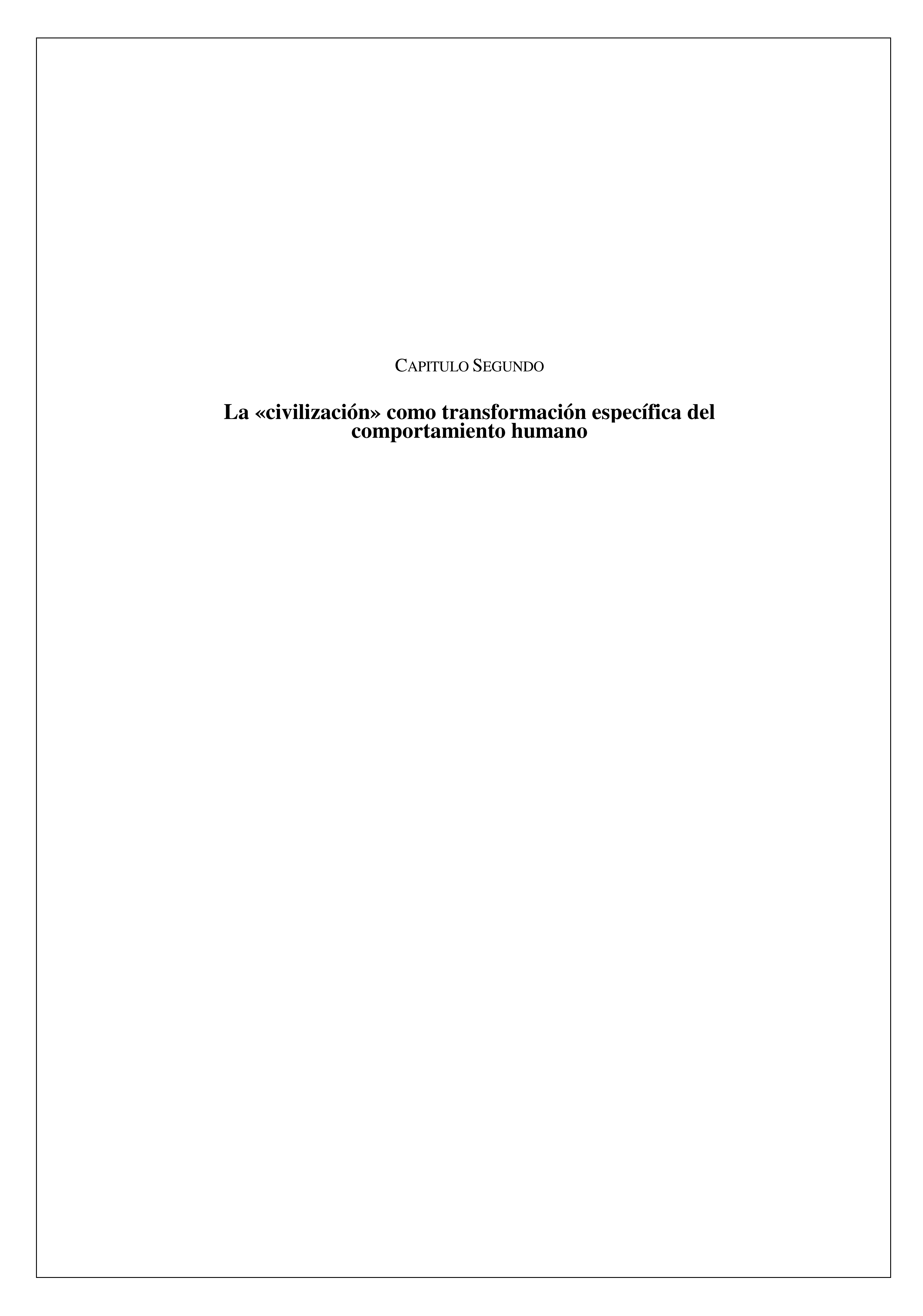
La intelectualidad alemana de clase media, completamente impotente en lo político, pero radical en el campo de las ideas, constituyó el núcleo principal de una tradición burguesa pura, muy distinta de la tradición cortesano-aristocrática y de sus modelos. Y si bien es cierto que no faltó una porción de ennoblecimiento burgués en aquello que fue manifestándose lentamente a lo largo del siglo XIX como el carácter nacional alemán, los rasgos específicos de clase media siguieron siendo dominantes en un amplio ámbito de la tradición cultural alemana. Con todo esto, todavía mucho después del siglo xviii seguía la separación burguesa entre los círculos burgueses y los aristocráticos y, con ella, un fraccionamiento relativamente importante del conjunto de las costumbres alemanas.

El concepto francés de *civilisation* refleja el destino social específico de la burguesía francesa en idéntica medida a como el concepto de «cultura» refleja el de la alemana. También el concepto de *civilisation,* como el de «cultura», constituye, en un principio, un instrumento de los círculos de oposición de la clase media, especialmente en el enfrentamiento social interno. Con el ascenso de la burguesía, este concepto de *civilisation* se convierte en la quintaesencia de la nación, en la expresión de la autoconciencia nacional. El concepto de *civilisation* que, en lo esencial, remite a un proceso paulatino, a una evolución y que no niega su carácter originario de consigna reformista, no tuvo una importancia considerable entre las consignas de la Revolución. A medida que la Revolución va moderándose, poco antes de fin de siglo, el término comienza a dar la vuelta al mundo como consigna. Ya en esta época cumple su función como concepto justificatorio de los impulsos nacionales franceses de expansión y de colonización. Ya cuando Napoleón se pone en marcha en 1798 hacia Egipto arenga a sus soldados: «Soldados: iniciáis ahora una conquista cuyas consecuencias son incalculables para la civilización». A diferencia del momento inicial en la acuñación del concepto, de ahora en adelante, los pueblos creen que el proceso de civilización dentro de las propias sociedades se ha terminado ya; se consideran a sí mismos, en lo esencial, como transmisores a otros de una civilización existente o acabada, como abanderados de la civilización. En su conciencia no se encuentra ahora más que un vago eco de todo el proceso anterior a la civilización. El resultado de la civilización se les antoja simplemente como una expresión de sus mejores y más elevadas dotes; la cuestión de cómo se ha llegado, a través de los siglos, a un comportamiento civilizado, y el hecho de que se haya llegado a él, ya no interesa. La conciencia de la propia superioridad, la conciencia de esta «civilización» sirve como justificación de la dominación que ahora van a ejercer cuando menos aquellas na-

ciones que se han convertido en conquistadores-colonizadores y, con ello, en una especie de clase alta para una parte considerable del mundo extraeuropeo. Igual que los antecedentes del concepto de civilización, la *politesse* y la *civilité* sirvieron para justificar la dominación de la clase superior cortesano-aristocrática.

En realidad, en esta época se cierra una fase esencial del proceso civilizatorio en el que la conciencia de la civilización, la conciencia de la superioridad del comportamiento propio y sus materializaciones en la ciencia, en la técnica o en el arte, comienza a difundirse por todas las naciones de Occidente.

En los capítulos que siguen vamos a tratar del proceso civilizatorio, de la fase en que apenas comienza a despuntar la conciencia del proceso y el concepto de civilización.



CAPITULO SEGUNDO

La «civilización» como transformación específica del comportamiento humano



I. HISTORIA DEL CONCEPTO DE «*CIVILITÉ*»

1. La antítesis decisiva en la que se expresa la autoconciencia occidental durante la Edad Media es la antítesis entre cristianismo y paganismo o, dicho con mayor exactitud, la antítesis entre el cristianismo romano-latino de una parte y el paganismo y la herejía de la otra (comprendiendo aquí a la cristiandad griega-oriental)[1].

La sociedad europea occidental llevó a cabo sus guerras coloniales y expansivas en nombre de la cruz durante la Edad Media, como más tarde lo haría en nombre de la civilización. Y, a pesar de toda la secularización, en esa consigna de la civilización resuena un eco de aquella idea latina de la cristiandad y de las cruzadas caballeresco-feudales. No se ha desvanecido el recuerdo de que la caballería y la fe romano-latina son testimonios de una cierta etapa de la sociedad occidental, una etapa que todos los grandes pueblos del Occidente han recorrido por igual.

El concepto de *civilité* alcanzó su significado para la sociedad occidental en aquella época en que se rompió la sociedad caballeresca y la unidad de la Iglesia católica. El término es encarnación de una sociedad que, en su calidad de etapa en la evolución, en su calidad de matriz para la configuración específica de las costumbres occidentales o de la «civilización» fue tan importante como antes lo había sido la sociedad feudal. También el concepto de *civilité* es expresión y símbolo de una formación social que abarca a las más diversas nacionalidades y en el que se habla un lenguaje común, como en la Iglesia, primeramente el italiano y, luego, el francés. Estas lenguas realizan la función que hasta entonces había realizado el latín; en ellas se manifiesta la unidad de Europa sobre una nueva base social y, al propio tiempo, la nueva configuración social de la sociedad cortesana que, en cierto modo constituye su espina dorsal. La situación, la autoconciencia y los rasgos característicos de esta sociedad son los que se manifiestan en el concepto de *civilité*.

2. El concepto de *civilité* consiguió su sentido y función específicos, a los que aquí nos referimos, en el segundo cuarto del siglo xvi. Su punto de partida individual puede determinarse con exactitud. El concepto recibe el significado especial, con el que lo asimiló la sociedad de la época, a partir de una obrita de Erasmo de Rotterdam, *De civilitate morum puerilium* que, evidentemente, trataba de un tema que estaba de moda, pues tuvo una muy amplia difusión en ediciones sucesivas. Hasta la muerte de Erasmo, es decir, en los seis años siguientes a su aparición, la obra se editó más de treinta veces[2]. En conjunto, ha habido más de 130 ediciones, según nuestros datos, y, de ellas, 13 todavía en el siglo xviii. A su vez, la serie de traducciones, imitaciones y añadiduras constituyen legión. Dos años después de la aparición del escrito, se hizo la primera traducción inglesa. Cuatro años después de la primera edición, apareció en forma de catecismo y, por esa épo-

ca, empezó a implantarse ya como libro de escuela para los niños; siguieron una traducción alemana y otra checa y, en 1537, 1559, 1569 y 1613 aparecieron versiones francesas nuevas.

Según un trabajo de Mathurin Cordier, en el que se estudian las doctrinas de Erasmo paralelamente con las de otro humanista, Johannes Sulpicius, había un tipo especial de letra de imprenta en el siglo XVI, que recibía el nombre de *civilité.* Con este tipo de letra *civilité* se imprimió todo aquel género de libros que, de modo directo o indirecto, mostraban la influencia del de Erasmo y recibían títulos como *civilité* o *civilité puerile* [3].

3. Como suele suceder en la historia de las palabras, y como pasó, también, con la transformación del concepto de *civilité* en el de *civilisation,* también aquí el impulso primitivo partió de un individuo. Con su obra, Erasmo dio nuevo filo y nuevo impulso a la palabra *civilitas,* conocida desde antiguo y utilizada con mucha frecuencia. Pero, tanto si Erasmo era consciente de ello como si no, lo cierto es que, evidentemente, estaba haciendo una formulación que correspondía a una necesidad social de la época. El concepto de *civilitas* se afianza a partir de entonces en la conciencia de las personas precisamente en aquel sentido especial que había recibido merced al contenido de la obra erasmiana. Se acuñaron, así, las palabras de moda correspondientes en los diversos idiomas nacionales, la francesa *civilité,* la inglesa *civility,* el italiano *civiltá* y también el alemán *Zivilität,* si bien ésta no arraigó con tanta fuerza como los términos correspondientes en las otras grandes culturas.

Un florecimiento tal, más o menos repentino, de palabras dentro de una lengua indica casi siempre transformaciones en la propia vida de los seres humanos, especialmente cuando se trata de conceptos que están destinados a permanecer en el centro de la actividad humana y a tener una vida tan larga como el que nos ocupa.

Seguramente que el propio Erasmo no concedió demasiada importancia en el conjunto de su obra a su breve escrito *De civilitate morum puerilium.* En la introducción asegura que el arte de formar a los jóvenes tiene diversas disciplinas, que la *civilitas morum* es solamente una de ellas y que no niega que sea *crassissima philosophiae pars* (la parte más grosera de la filosofía). La gran importancia que tiene esta obra no reside en que es un fenómeno aislado o un trabajo individual, sino que constituye un síntoma de una transformación y una materialización de unos procesos sociales. Lo que llama la atención de este escrito es su resonancia y la elevación de la palabra da su título a la condición de reflejo interpretativo de la sociedad europea.

4. ¿De qué trata la obra?

La consideración de su tema ha de hacernos comprender para qué se utilizaba el nuevo concepto y en qué sentido se hacía, puesto que tendrá que contener pistas de los procesos y transformaciones sociales que lo elevaron a la categoría de palabra de moda.

El libro de Erasmo trata de algo muy simple: de la conducta de las personas en la sociedad, especialmente (aunque no tan sólo) del *externum corporis decorum* (decoro externo del cuerpo). Está dedicado a un muchacho

noble, a un hijo de un príncipe, para su adoctrinamiento. Contiene pensamientos muy simples, expresados con gran seriedad y, al mismo tiempo, con bromas e ironía, en un lenguaje claro y preciso y con una envidiable exactitud. Puede decirse que ninguna de sus imitaciones ha alcanzado la fuerza, la claridad y el estilo peculiar de esta obra erasmiana. Cuando se la considera con atención puede verse tras ella un mundo y un tipo de vida que están muy cerca de los nuestros, sin duda, pero que, por otro lado, nos resultan completamente extraños, puesto que se refiere a actitudes que ya se han perdido y que muchos de nosotros seguramente consideraríamos «bárbaras» o, quizá, «incivilizadas». Gran parte del contenido del libro es hoy ya indecible, mientras que otra parte se ha convertido en algo perfectamente natural[4].

Erasmo habla, por ejemplo, de la apariencia de las personas y da consejos para que otros aprendan; pero también son testimonios de la observación humana, inmediata y viva, que él mismo acostumbraba a practicar.

«Siní oculi placidi, verecundi, compositi», dice, *«non torvi, quodest truculentiae... non vagi ac volubiles, quod, est insaniae, non lim quod est suspiciosorum et insidias molientium...* »

Resulta difícil respetar el sentido de este pasaje en la traducción: los ojos muy abiertos son un signo de estupidez; la mirada fija es un símbolo de indolencia; la mirada muy penetrante indica una propensión a la ira; los desvergonzados tienen una mirada muy viva y muy elocuente; lo mejor es que la mirada muestre un ánimo reposado y una amistad respetuosa. No en balde decían los clásicos que los ojos son las ventanas del alma. *Animi sedem esse in oculis*.*

La actitud corporal, los ademanes, la vestimenta, la expresión del gesto, todo ello es el comportamiento «externo» del que habla el escrito, expresión de la interioridad o de la totalidad del ser humano. Erasmo así lo cree y, de vez en cuando lo dice expresamente; *«Quamquam autem extemum illud corporis decorum ab animo bene composito proficiscitur, lamen incuria praeceptorum nonnunquam fieri videmus, ut hanc interim gratiam in probis et eruditis hominibus desideremus»**.*

En las ventanas de la nariz no debe haber mucosidad alguna, continúa algo más adelante. El aldeano se suena con el gorro o con el faldón de la camisa; el salchichero, con el brazo o el codo. Tampoco es más correcto valerse de la mano y limpiarla luego en el traje. Lo más decente es recoger el moco en un pañuelo, a ser posible, haciéndose a un lado: *«Strophiolis accipere narium recrementa, decorum».* Si, al sonarse con dos dedos, algo cayese al suelo, hay que eliminarlo con el pie de inmediato: *«Si quid in solum dejectum est emuncto duobus digitis naso, mox pede proterrendum est».* Lo mismo cabe decir de los esputos: *«Aversus expuito, ne quen conspuas asper-*

* La sede del alma está en los ojos.

** Aunque el comportamiento externo procede de un ánimo bien compuesto, suele suceder que, a causa de la falta de instrucción, lamentemos la ausencia completa de esta gracia en hombres honrados y cultos.

*gasve. Si quid purulentius in terram rejectum erit, pede proteratur, ne cui nauseam moveat. Id si non licet linteolo excipito».**

Con la misma minuciosidad infinita y con la misma naturalidad con las que se habla de estas cosas, cuya mera mención resulta chocante a los hombres «civilizados» posteriores, a causa de la distinta configuración afectiva de estos, se describe cómo hay que sentarse, cómo es preciso saludar; igualmente se habla de actitudes que nos resultan extrañas, como, por ejemplo, la de mantenerse sobre una sola pierna. Es imaginable, también, que muchos de los gestos extraños al caminar o al bailar que pueden observarse en las imágenes o estatuas medievales no solamente son atribuibles a la «manera» del pintor o del escultor en cuestión, sino que, en realidad, reflejan actitudes y ademanes que ahora nos resultan extraños pero que constituyen la materialización de una situación espiritual y emotiva distinta.

Cuanto más se profundiza en esta obrita de Erasmo, más claro va haciéndose el cuadro de una sociedad con formas de comportamiento que, en gran parte nos resultan próximas y en gran parte, también, nos son ajenas.

Veamos cómo deben sentarse las personas a la mesa: *«A dextris sitpoculum, et cultellus escarias rite purgatus, ad laevam panis»,* dice Erasmo. La copa y el cuchillo bien limpio a mano derecha y, a la izquierda, el pan. Tal es la manera de disponer los cubiertos. La mayoría de los comensales suele llevar cuchillo, de ahí el precepto de que esté limpio. Apenas si hay tenedores o, en todo caso, solamente para servirse la carne de la bandeja. Los cuchillos y las cucharas suelen utilizarse conjuntamente muy a menudo. No siempre se dispone de un cubierto especial para cada comensal: si alguien te ofrece algo líquido, dice Erasmo, cátalo y devuelve la cuchara tras haberla secado.

Cuando la carne se presenta en bandejas cada uno suele cortarse un trozo, tomarlo con la mano y depositarlo en su plato, si es que hay platos, si no se deposita sobre una gruesa rebanada de pan. La expresión *quadra* de que se vale Erasmo tanto puede referirse a una pieza de metal como a una rebanada de pan.

«Quídam ubi vix bene consederint mox manus in epulas concijiunt». Hay quienes meten la mano en la bandeja apenas se han sentado, dice Erasmo. Los lobos y los glotones hacen lo mismo. No te abalances el primero sobre la bandeja de la que se esté sirviendo. Sólo los campesinos meten los dedos en la salsa. No andes rebuscando en la bandeja; toma el trozo que tengas más a mano. Igual que es una falta de educación rebuscar en la fuente con la mano —*«in omnes patinae plagas manum mittere»*— tampoco es muy correcto dar la vuelta a la fuente para que te corresponda un trozo mejor.

«Quod digitis excipi non potest, quadra excipiendum est». Lo que no puedas tener en la mano depositalo en tu *quadra.* Si alguien te ofrece un trozo de dulce o de pastel de carne con la cuchara, tómalo bien con tu *quadra* o bien coge la cuchara que se te ofrece, deposita el bocado sobre la *quadra*

* Escupe haciéndote a un lado para no ensuciar o rociar a nadie. Si cayera al suelo algo purulento, hay que eliminarlo con el pie, para que nadie sienta repugnancia. Si ello no fuera posible, sírvete de un pañuelo.

y devuelve la cuchara: *«Si quis e placenta vel artocrea porrexerit aliquid cochleari, aut quadra excipe, aut cochleare porrectum accipe, et inverso in quadram cibo, cochleare reddito».*

Como ya hemos dicho, tampoco los platos abundan. Las pinturas con escena de mesa de ésta o de épocas anteriores ofrecen siempre el mismo aspecto, algo insólito para nosotros y al que se refiere la obra de Erasmo; la mesa puede estar cubierta con ricos paños o no, pero siempre hay pocas cosas sobre ella: recipientes para beber, salero, cuchillos, cucharas, y eso es todo. A veces aparecen las rebanadas de pan y las *quadrae,* que en francés se llaman *tranchoir* o también *tailloir.* Todo el mundo come con la mano, desde el rey y la reina hasta el campesino y su mujer. Entre la clase alta, sin embargo, hay formas más refinadas. Debemos lavarnos las manos antes de las comidas, dice Erasmo. Pero apenas si hay jabón para este menester. En la mayoría de los casos, el comensal extiende las manos y un paje vierte algo de agua sobre ellas. A veces se mezcla el agua con manzanilla o romero para que sea aromática [5]. En la buena sociedad no se meten las dos manos en la fuente, sino que lo más elegante es utilizar solamente tres dedos. Este es uno de los rasgos diferenciadores entre la clase alta y baja.

Los dedos se llenan de grasa. *«Dígitos uncios vel ore praelingere vel ad tunicam extergere... incivile est»,* dice Erasmo. No es correcto chuparse los dedos o secárselos en la ropa.

A menudo se ofrece a los demás el vaso propio para que beban o beben todos de una jarra común. Erasmo recomienda: «Limpíate antes la boca». Pero también es frecuente que alguien muestre su aprecio hacia otro ofreciéndole de la carne que está comiendo en ese momento. «Es mejor no hacerlo», dice Erasmo, «no es muy correcto ofrecer a otro lo que uno tiene ya medio comido». Y, más adelante, añade: «Volver a mojar en la salsa un trozo de pan del que ya se ha mordido es de aldeanos y todavía es menos elegante sacarse de la boca los trozos masticados y depositarlos de nuevo sobre la *quadra.* Si no puedes tragar algo, vuélvete disimuladamente y échalo en alguna otra parte».

Más adelante sigue diciendo Erasmo: «Es conveniente que se hagan pausas durante la comida por medio de una conversación interesante. Algunos comen y beben sin parar, no porque tengan hambre y sed, sino porque no saben dominarse de otro modo y tienen que estar rascándose la cabeza, hurgándose entre los dientes, gesticulando con las manos o jugando con el cuchillo; o bien tosiendo, resoplando o escupiendo. En realidad, todo esto muestra la incomodidad que siente el aldeano y da la impresión de tratarse de una especie de locura».

Erasmo también considera necesario y conveniente referirse a otros temas: no te desnudes si no hay necesidad. *«Membra quibus natura pudorem addidit, retegere citra necessitatem, procul abesse debet ab índole liberali. Quin, ubi necessitas hoc cogit, lamen id quoque decente verecundia faciendum est.»* *

* Descubrir sin necesidad los miembros velados naturalmente por el pudor debe ser contrario al buen carácter. Y, si la necesidad obliga a ello, hay que hacerlo con sumo recato.

Algunos recomiendan, dice Erasmo, que el muchacho *«compressis natibus venáis flatum retineat»*;* pero esto puede dar origen a enfermedades.

Y, en otro pasaje: *«Reprimere sonitum, quem natura fert, ineptorum est, qui plus tribuunt civilitati, quam saluti»***. Vomita tranquilamente, siempre que tengas necesidad de ello: « *Vomiturus secede nam vomere turpe non est, sed ingluvie vomilum accersisse, deforme est»****.

5. Con mucho detalle considera Erasmo en su obra el conjunto del comportamiento humano, especialmente los puntos álgidos de la vida social. Erasmo habla de las cosas más elementales con la misma naturalidad que utiliza en lo relativo a las cuestiones más sutiles del trato humano. En el primer capítulo habla de *decente ac indecente totius corporis habitu;* en el segundo, *de cultu corpori;* en el tercero *de moribus in templo;* en el cuarto *de conviviis;* en el quinto *de congressibus;* y en el sexto *de cubículo*****.

Tal es el conjunto de cuestiones con cuyo trato Erasmo dio nuevo impulso al concepto de *civilitas.*

No siempre nos resulta fácil retrotraernos a esta etapa anterior de nuestra propia historia. Hemos perdido la franca naturalidad con la que Erasmo y la gente de su tiempo acostumbraba a hablar de todos los aspectos del comportamiento humano; y, en muchos casos Erasmo tansgrede los límites impuestos por nuestro pudor.

Pero precisamente ésta es una de las cuestiones que aquí tenemos que examinar. Al seguir el curso de los cambios de los conceptos con los que las distintas sociedades han tratado de expresarse y al remontarnos desde el concepto de «civilización» a su antepasado, el concepto de *civilité,* venimos a dar directamente sobre la pista del proceso civilizatorio, sobre la pista del cambio real de comportamiento que se ha operado en Occidente. El hecho de que hablar o, incluso, oír que se habla de gran parte de lo que Erasmo trata con tanta naturalidad, produzca en nosotros una sensación de incomodidad es uno de los síntomas del proceso de la civilización. El malestar mayor o menor que producen en nosotros las personas que mencionan o que hablan abiertamente de sus funciones corporales o que ocultan o reprimen menos que nosotros tales funciones es una de las sensaciones dominantes que se expresan en los juicios de «bárbaro» o «incivilizado». Tal es, por lo tanto, el «malestar de la barbarie» o, por decirlo de un modo algo más neutral, el malestar que produce aquella otra constitución emotiva, aquella otra pauta de pudor que aún hoy se encuentra en muchas sociedades a las que llamamos «incivilizadas»; el malestar que produce aquella otra pauta de pudor que precedió a la nuestra y que es su presupuesto. La cuestión que se plantea es averiguar cómo y por qué pasó la sociedad occidental

* Contenga los gases apretando las nalgas.

** Retener un pedo producido por la naturaleza es cosa de necios, que conceden mayor importancia a la educación que a la salud.

*** Cuando hayas de vomitar, apártate, que no esta feo vomitar, pero si forzarse el vómito.

****De la actitud decente o indecente de todo el cuerpo; de las costumbres en el templo; de los banquetes; de las reuniones; del dormitorio.

de una pauta a la otra, es decir, cómo se «civilizó». Al estudiar este proceso civilizatorio no resulta posible evitar el malestar y, a veces, una cierta sensación de repugnancia. Es conveniente ser consciente de ello. Y también es recomendable tratar de excluir del estudio todos aquellos sentimientos de repugnancia y de superioridad, todos los valores y censuras que normalmente se vinculan al concepto de «civilización» o al de «incivilizado». Nuestra forma de comportamiento es una consecuencia de esa otra forma a la que llamamos «incivilizada». Pero los conceptos nos dan un reflejo excesivamente estático y carente de matices de la transformación real. Al hacer la contraposición entre lo «civilizado» y lo «incivilizado», no se trata de presentar una oposición del tipo de la antítesis entre el «bien» y el «mal», sino que, evidentemente, aquí hemos de habérnoslas con las etapas de una evolución y, además, con una evolución que continúa su marcha. Es posible que nuestra etapa de la civilización, nuestros comportamientos despierten en la posterioridad sentimientos de repugnancia similares a los que, a veces, despiertan en nosotros los de aquellos cuya posterioridad somos. Las manifestaciones emotivas y los comportamientos en la sociedad parten de una etapa a la que no cabe considerar como un comienzo, como algo que quepa caracterizar como «incivilizado» en un sentido absoluto y sin matices, en contraposición a nuestra etapa a la que caracterizamos con el término de «civilizada». Para comprender esta etapa nuestra es necesario retroceder en la memoria histórica hasta aquella otra de la que ha surgido la nuestra. La «civilización», a la que solemos considerar como una posesión, que se nos ofrece ya lista, como se nos aparece en principio, sin que tengamos que preguntarnos cómo hemos llegado hasta ella en realidad, es un proceso, o parte de un proceso en el que nos hallamos inmersos nosotros mismos. Todas aquellas particularidades que atribuimos a la civilización, esto es, máquinas, descubrimientos científicos, formas estatales, etc., etc., son testimonios de una cierta estructura de las relaciones humanas, de la sociedad y de un cierto modo de organizar los comportamientos humanos. Lo que queda es preguntarse si la conciencia que reflexiona *a posteriori* puede acceder con alguna precisión al conocimiento de estas transformaciones del comportamiento y del proceso social de la «civilización» de los hombres, al menos para etapas concretas y en sus caracteres más esenciales.

II. LOS MODALES MEDIEVALES

1. En la obra de Erasmo de Rotterdam *De civilitate morum puerilium* se describe un cierto tipo de comportamiento social que no es posible resumir con la contraposición simple entre lo «civilizado» y lo «incivilizado».

¿Qué precedentes tiene esta obra? ¿O fue la primera que se ocupó de estos temas?

De ningún modo. Cuestiones similares habían preocupado ya a los hombres de la Edad Media así como a los de la Antigüedad greco-romana y seguramente también a los pertenecientes a civilizaciones anteriores relacionadas con aquella.

No es posible retrotraernos infinitamente en un proceso que carece de comienzo. Dondequiera que empecemos encontramos movimiento, encontramos algo que ha constituido un precedente. La investigación retrospectiva tiene que fijarse unos límites, a ser posible límites que se correspondan con fases del proceso real. A nuestros efectos puede ser suficiente que comencemos con la etapa medieval —sin examinarla detenidamente, a su vez— con el fin de investigar el movimiento y la curva de desarrollo que lleva desde ese comienzo hasta la Edad Contemporánea.

La Edad Media nos ha legado toda una serie de observaciones sobre lo que entonces se consideraba que era un comportamiento social adecuado. También aquí tenían una gran importancia las reglas acerca del comportamiento en la mesa. En la Edad Media, el comer y el beber tenían mucha más importancia social que hoy, cuando a menudo (aunque no siempre) constituyen más el contexto y la introducción a la conversación y a la convivencia social que antaño.

Los clérigos ilustrados escribieron de vez en cuando en latín libros sobre las normas de comportamiento en la mesa que constituyen testimonios sobre las pautas reinantes en su época. Hugo de San Víctor († 1141) se ocupa de estas cuestiones, entre otras, en su obra *De institutione novitiarum.* También a comienzos del siglo XII, el judío español converso Petrus Alphonsi trata de lo mismo en su *Disciplina clericalis* y entre los 662 versos latinos de Johannes de Garland sobre la *Morale scolarium,* del año de 1241 hay algunos sobre modales, especialmente acerca de las buenas formas en la mesa.

Al lado de estas normas de conducta, escritas en latín por los círculos clericales se dan, también, los testimonios correspondientes en las diversas lenguas profanas a partir del siglo xiii, procedentes, al comienzo sobre todo, del círculo de la sociedad caballeresco-cortesana.

Las más antiguas descripciones de los buenos modales habituales de la clase alta secular proceden de la Provenza y de la vecina Italia con la que la primera tenía muchos vínculos culturales. El más antiguo escrito de *courteoisie* alemán es el escrito por un «ítalo-francés», Thomasin de Zirklaria y se llama *Der wälsche Gast (El huésped extranjero)* (traducción al alemán de Rückert). Otro escrito de *courtoisie,* de Thomasin de Zirklaria, también escrito en idioma «italo-francés» introduce en alemán ya una forma primitiva del concepto de *Höflichkeit* (cortesía). El autor menciona este libro, que hoy se ha perdido, como un *«buoch von der hüfscheit»* (libro de cortesía).

De este mismo ámbito caballeresco-cortesano proceden las 50 «cortesías» de Bonvicino de la Riva y la *Hofzucht* (educación cortesana), atribuida a Tannhäuser. También en los grandes poemas de la sociedad caballeresco-cortesana se encuentran de vez en cuando estos tipos de prescripciones, por ejemplo, en el *Román de la Rose* [6]*,* del siglo XIV. El *Book of Nurture (Libro de la buena crianza),de* John Russel, probablemente del siglo XV, contiene todo un compendio de versos ingleses del comportamiento de los jóvenes nobles al servicio de un gran señor; lo mismo hace, aunque en forma más abreviada, *The Babees Book* [7].

Junto a esto, también había una serie de recordatorios poéticos en re-

dacción de los siglos XIV o XV (aunque, en realidad, probablemente son más antiguos), esto es, de *Tischzuchten* (los buenos modales en la mesa) en los más variados idiomas. En la Edad Media, cuando los libros eran pocos y muy caros, el aprendizaje de memoria, como medio educativo y condicionante, tenía una importancia muy distinta a la que tiene hoy entre nosotros. Estas reglas rimadas constituían uno de los medios por los que se trataba de influir en la memoria de las personas para que aprendieran lo que podían y no podían hacer cuando estaban en sociedad, especialmente cuando se sentaban a la mesa.

2. Estas *Tischzuchten,* como los escritos no anónimos sobre buenos modales en la Edad Media, no son en absoluto productos individuales en el sentido moderno del término, esto es, escritos que contengan opiniones personales de individuos aislados en una sociedad muy individualizada. Lo que ha llegado hasta nosotros en forma escrita son fragmentos de una gran tradición oral, un reflejo de lo que era costumbre real en aquella sociedad y, precisamente por ello, también era significativo, puesto que no se trataba de transmitir lo magno o lo extraordinario de una sociedad, sino justamente lo tipico de ella. Incluso los poemas concretos que nos han llegado bajo un nombre determinado, como el *Hofzucht* de Tannhäuser, o el *Book of Nurture,* de John Russel, no son otra cosa que redacciones individuales de una de las varias corrientes de tradición que atravesaban aquella sociedad, de acuerdo con sus distintas clases sociales. Los que los escribían no eran legisladores o creadores de estas prescripciones, sino coleccionistas, ordenadores de los mandatos y tabús sociales habituales. Por este motivo, en casi todos estos escritos, tanto si tienen forma literaria como si no la tienen se repiten normas parecidas, reflejos de las mismas costumbres, testimonios de una cierta pauta de comportamiento y de afectos en la vida de la sociedad.

En una investigación más detallada, resulta posible mostrar ciertas diferencias en las costumbres de las tradiciones nacionales concretas y, dentro de éstas, en la medida en que el material lo permite, también es posible mostrar las diferencias de clase; o bien ciertos cambios dentro de la misma línea de tradición. Parece, por ejemplo, que el tono general de la vida y, quizá también, los usos de los siglos xiv y xv, experimentaron ciertos cambios con el ascenso de los elementos burgueses gremiales, al igual que en la Edad Moderna, cuando los modelos de comportamiento cortesano-aristocráticos se impusieron en los círculos burgueses.

Estas modificaciones del comportamiento medieval habrán de ser investigadas algún día. Aquí ha de bastarnos con mencionarlas y con recordar que esta pauta medieval no es algo inmóvil y, desde luego, no constituye un «comienzo» o el «escalón más bajo» del proceso civilizatorio y, por supuesto, mucho menos, la «etapa de la barbarie» o del «primitivismo», como a veces se asegura.

Las pautas de la Edad Media eran distintas a las nuestras y no vamos a entrar aquí en la discusión de si eran mejores o peores. Cuando la «búsqueda del tiempo perdido» nos lleve, paso a paso, del siglo xviii al xvi y del xvi al XII, y al xiii, recorreremos el camino, como ya se ha dicho, creyendo, no que vayamos a encontrar el «comienzo» de la civilización, sino entendien-

do que seguir el proceso civilizatorio desde la Edad Media hasta la Edad Moderna temprana (tratando de comprender qué ha sucedido con el hombre en ese período) ofrece materia suficiente de reflexión, aunque sea de carácter limitado.

3. Como en todas las otras épocas, las pautas del «buen comportamiento» en la Edad Media están condensadas en un concepto muy concreto; concepto por el que la clase alta secular de la Edad Media o, cuando menos, algunos de sus grupos en la cúspide expresaban su autoconciencia, aquello que las distinguía a los ojos de sí mismas. Esta quintaesencia de la conciencia de sí mismas y del comportamiento «socialmente aceptable» se llamó en francés *courtoisie,* en inglés *courtesy,* en italiano *cortezia* (junto a otros términos parecidos, con algunos matices diferenciadores a veces) y en Alemania recibió también distintas acepciones, por ejemplo, *hövescheit,* o *hübescheit,* o, incluso, *zuht.* Todos estos conceptos remiten de un modo más claro e inmediato al punto social de su origen que aquellos otros que vinieron después a cumplir idéntica función. Lo que estos dicen es: éste es el modo de comportarse en la corte. Son los conceptos de los que se valen, al principio, los grupos superiores de la clase alta secular, no solamente la caballería como tal, sino, en primerísimo lugar, los círculos caballerescos-cortesanos en torno a los grandes señores feudales. Por medio de estos conceptos, los grupos mencionados señalan lo que, a su juicio, es privativo suyo, los mandatos y prohibiciones específicos que, en principio, se han desarrollado en las grandes cortes feudales y que luego se han difundido entre los sectores sociales más amplios. Pero, de momento, podemos olvidarnos de estas distinciones. En comparación con las edades posteriores, lo primero que se percibe es una gran unidad de las buenas y las malas costumbres de que se habla en estas obras y que constituyen lo que se llama una «pauta de comportamiento».

¿De qué tipo son estas pautas? ¿Cuál es el comportamiento típico, los rasgos más comunes de estas prescripciones?

En primer lugar, algo que, comparado con las épocas posteriores, podemos llamar su ingenuidad y su candidez. Como en todas las sociedades donde los sentimientos se manifiestan de modo brusco y directo, hay escasos matices psicológicos y poco refinamiento en la expresión de las ideas. Estamos en el terreno del amigo-enemigo, alegría-dolor, personas buenas y personas malas.

«Den vrumen soltu volgen,
dem boesen wis erbolgen.»*

se dice en una de las traducciones alemanas de los *Disticha Catonis* [8], esto es, las reglas de buenas costumbres que, atribuidas a Catón, se leyeron a lo largo de toda la Edad Media. Y, en otro pasaje:

«Svenne din gesinde dich
erzürne, lieber sun, sô sich

* Debes seguir al hombre honrado/ y rechazar al malvado.

daz dir werde iht sô gach

daz dich geriuve dar nach.» [9]*

Todo es más simple; los impulsos y las inclinaciones tienen más vía libre de lo que tendrán después, incluso en las comidas:

«Kein edeler man selbander sol
mit einem leffel sufen niht;
daz zimet hübschen liuten wol,
den dicke unedellich geschiht.»**

se dice en el *Hojzuch* de Tannhäuser [10]. *Hübsche Leute* (la gente bien) son los nobles, los cortesanos. Las reglas de la educación cortesana se dirigen expresamente a la clase alta, procedente de los ambientes caballerescos-cortesanos. La conducta educada, *hoveliche,* aparece siempre contrapuesta a las *geburischen siten,* a los usos de los aldeanos.

«Sümliche bizent ab der sniten
und stozents in die schüzzel wider
nach geburischen siten;
sühl unzuht legent diu hübschen nider.»*** [11]

Una vez que has mordido un trozo de pan, no vuelvas a meterlo en la fuente común, que es cosa de aldeanos, pero no de «gente bien».

«Etlicher ist also gemuot,
swenn er daz bein genagen hat,
daz erz wider in die schüzzel tuot;
daz habet gar für missetat.»**** [12]

No se echan a la fuente común los huesos roídos. Por lo que se prescribe en otros lugares nos enteramos, en cambio, de que era costumbre arrojar los huesos al suelo.

«Der riuspet, swenne er ezzen sol,
und in daz tischlach sniuzet sich,
diu beide ziment niht gar wol,
als ich des kan versehen mich.****** [13]

dice una de las reglas. Y otra añade:

«Swer ob tem tische sniuzet sich,
ob er ez ribet an die hant,

* Si tus criados te disgustan,/hijo querido, fíjate bien,/no te dejes llevar por la cólera/ y luego hayas de lamentarlo.

** Dos hombres nobles/no deben utilizar una sola cuchara,/cuando la situación les obliga a ello/ les pasa algo grave.

*** Muchos, tras haber mordido el pan,/vuelven a mojarlo en la fuente/al uso de los campesinos;/ las gentes bien no hacen tales cosas.

**** otros sienten la necesidad,/tras haber roído un hueso,/de devolverlo a la fuente,/lo cual es una costumbre muy fea.

***** El que carraspea cuando va a comer/y se suena la nariz con el mantel/hace cosas que no están bien,/a lo que yo entiendo.

der ist ein gouch, versihe ich mich,
dem ist niht besser zuht bekannt.»*[14]

Servirse de la mano para sonarse la nariz era algo perfectamente natural. Aún no había pañuelos. Pero en la mesa debía observarse una cierta compostura y no sonarse en el mantel.

No chasquees la lengua y no resoples al comer, se dice más adelante:

«Swer snudet ais ein wazzerdahs,
so er izzet, ais etlicher phliget,
und smatzet ais ein Beiersahs,
wie gar der sich der zuht verwiget.»**[15]

Cuando tengas que rascarte, no lo hagas con la mano; sírvete para ello de tu vestido:

«Ir sült díe kel ouch jucken niht,
so ir ezrt, mit blozer hant;
ob ez aber also geschiht,
so nemet hovelich daz gewant.»***[16]

Todos se servían de la mano para tomar la comida de la fuente común; por esta razón no estaba bien tocarse las orejas, la nariz o los ojos:

«In diu oren grifen niht enzimt
und ougen, ais etlicher tuot,
swer den unflat von der nasen nimt,
so er izzet, diu driu sint niht guot.»****[17]

Hay que lavarse las manos antes de la comida:

«Ich hoere von sümlichen sagen
(ist daz war, daz zimet übel)
daz si ezzen ungetwagen;
den selben müezen erlamen die knübel.»*[18]

Y en otro *Tischzucht,* que tiene mucho parecido con el *Hofzucht* de Tannhäuser, de forma que, en gran parte, muchas cosas son idénticas, «ein *spruch der ze tische kêrt»*** [19], se recomienda que se coma solamente con una mano; y, si hubiera que comer del mismo plato o de la misma bandeja que otro, lo cual sucedía frecuentemente, había que servirse de la mano más alejada:

* Quien se suena estando en la mesa/ y se limpia luego en el mantel/ es un necio que, en mi opinión,/ no conoce mejor educación.

** Quien resopla como una foca/ cuando come, como hacen muchos,/ y quien chasquea la lengua como el badajo de una campana/ no ha tenido ninguna educación.

*** No debéis rascaros el cuello/ con la mano mientras coméis;/ si ha de ser así,/ servios educadamente de vuestra ropa.

*** No es correcto tocarse las orejas/ o los ojos, como hacen muchos,/ ni quitarse el moco de la nariz/ mientras se come; las tres cosas están mal.

* He oido decir que algunos/ (y si es cierto, está muy mal)/comen sin haberse lavado./¡Ojala se les paralicen los dedos!

** Máximas sobre el comportamiento en la mesa.

«Man sol ouch ezzen alie frist
mit der hant diu engegen ist;
sitzt der gesell ze der rehten hant,
mit der tenken iz zehant;
man sol sich geren wenden
daz man ezz mit beiden henden.»* [20]

En el mismo lugar se dice que si no se dispone de servilleta, no se sequen las manos en el vestido, sino que hay que dejarlas secarse solas [21]. Y también se dice:

«Schaffe vor, swaz dir si nôt,
daz du iht sitzest schamerôt.»** [22]

Tampoco está bien aflojarse el cinturón durante la comida [23]

Todo lo anterior son recomendaciones hechas a los mayores y no solamente a los niños. Desde nuestro punto de vista, estas normas que aquí se dan para comportamiento de las personas de la clase alta, son muy elementales, mucho más elementales que las que hoy rigen como uso y costumbre en los ambientes campesinos en la etapa actual de evolución de la conducta humana. Con ciertas variaciones, estas mismas pautas son las que se reflejan en los escritos de cortesía en otros idiomas.

4. Existe una recopilación de los preceptos y prohibiciones que aparecen en todas las variantes o en la mayoría de ellas y que corresponden a una de las diversas corrientes tradicionales que, a partir del latín, dio lugar a textos sobre la compostura en la mesa principalmente franceses, también algunos italianos y uno provenzal[24]. En líneas generales se trata de las mismas normas que las de los textos alemanes correspondientes. En primer lugar aparece el precepto de bendecir la mesa, que también se encuentra en Tannhäuser. Siempre se menciona la regla de sentarse en el lugar que a cada uno corresponda y de no tocarse la nariz o las orejas durante la comida. A menudo se dice que no se pongan los codos sobre la mesa; que se observe un gesto apacible; que no se hable demasiado. Asimismo se recuerda frecuentemente que no está bien rascarse ni abalanzarse sobre la comida. Tampoco se debe dejar sobre la fuente común el trozo que se ha tenido en la boca; recomendación que se repite con frecuencia. No menos habitual es la advertencia de que deben lavarse las manos antes de comer y de que no hay que mojar en la salsera el bocado que va a llevarse a la boca. Igualmente se dice siempre: no te limpies los dientes con el cuchillo; no escupas sobre la mesa o por encima de ella; no pidas que te sirvan más de la fuente que ya se ha retirado. A menudo se recuerda que no está bien hacer las necesidades en la mesa. Limpíate los labios antes de beber. No digas inconveniencias sobre los platos que te sirven, ni ninguna otra cosa que pueda irri-

*También es necesario siempre/comer con la mano opuesta;/si el vecino se sienta a la derecha,/ hay que comer con la izquierda;/ hay que rechazar la costumbre de comer/ con las dos manos a la vez.

** Procúrate antes lo que necesites/no tengas que enrojecer de vergüenza.

tar a los demás comensales. Si has mojado pan en tu copa de vino, termina de beberlo o tíralo. No te limpies los dientes con el mantel. No ofrezcas a los demás los restos de tu sopa, ni tampoco el pan del que ya has comido; no te suenes de modo excesivamente ruidoso. No te duermas en la mesa. Y otras recomendaciones de este tipo.

Encontramos también normas y advertencias correspondientes a un grado similar de desarrollo de las costumbres en otra serie de versos instructivos sobre los buenos modales que están, a su vez, relacionados entre sí en corrientes tradicionales que no tienen que ver directamente con la ya conocida serie francesa. En todos ellos se contienen testimonios de unas ciertas pautas de las relaciones entre los hombres y testimonios, también, de la estructura de la sociedad medieval y de los «espíritus» medievales. El parentesco que hay entre ellos es de carácter sociogenético y no psicogenético. Es decir, puede que entre todas estas prescripciones reguladoras de la conducta, francesas, inglesas, italianas, alemanas y latinas haya algún tipo de parentesco literario; pero no es preciso que sea así. Las diferencias que hay entre ellas son mucho menos importantes que las similitudes que expresan la unidad del comportamiento real de la clase alta medieval, al menos en comparación con la de la Edad Moderna.

Las cortesías de Bonvicino de la Riva, que son uno de los modales de mesa más personales y más «progresivos» en relación con el desarrollo de Italia en la época, contiene, junto a muchas de las normas ya mencionadas en la serie francesa, las recomendaciones de volverse en el momento de toser y de estornudar en la mesa, y la de no chuparse los dedos. No hay que servirse los mejores trozos de la fuente. Es menester cortar el pan con delicadeza. No se debe coger con los dedos el borde del vaso común y el vaso debe sostenerse con las dos manos. Pero el carácter general de esta *courtoisie,* las pautas que contiene y las costumbres que dibuja, son las mismas que hemos venido viendo. Y no deja de tener interés que, tres siglos más tarde, un adaptador de las cortesías de Bonvicino de la Riva, sólo considere necesario cambiar dos —y no muy esenciales— de las que da Riva ofrece [25]. Este autor recomienda coger el vaso con las dos manos solamente cuando no está muy lleno; y cuando varias personas beben del mismo vaso, hay que evitar en absoluto mojar pan en él, mientras que da Riva solamente recomendaba beberse el pan mojado o tirarlo en otra parte.

Lo mismo puede verse en la tradición alemana. Los libros alemanes de buenos modales en la mesa de los que poseemos ejemplares del siglo xv, quizá sean algo más rudos en la forma que *El huésped extranjero,* de Thomasin de Zirklaria, o que el *Hofzucht* de Tannhäuser, del siglo xiii, pero el tipo de costumbres no parece haberse transformado en nada esencial. Incidentalmente conviene señalar que en uno de los textos posteriores, que tiene mucho en común con los anteriores, ya mencionados, aparece, como novedad, la advertencia de que no se debe escupir sobre la mesa, sino debajo de ella y contra la pared. Pero es más que dudoso que en los siglos previos se haya recomendado algo diferente, sobre todo si se tiene en cuenta que se encuentran normas similares en textos anteriores, en especial de la tradición francesa. Y lo que puede concluirse a la vista de las pruebas docu-

mentales, lo confirma la pintura. También en este campo se precisan investigaciones más profundas; pero, si se comparan con una época posterior, los cuadros de gente comiendo muestran, hasta bien entrado el siglo xv, poca cubertería, aunque es posible detectar muchas diferencias en los casos concretos. En las casas de los ricos, las fuentes proceden de la mesa de servicio, a menudo sin un orden determinado. Cada comensal coge —o se hace traer— aquello que le apetece en cada momento. Cada uno se sirve de la bandeja común. Los trozos sólidos, especialmente carne, se cogen con la mano; los líquidos, con cucharones o con cucharas. Pero muy a menudo se beben las sopas y las salsas directamente de los platos o de la fuente. Durante mucho tiempo se careció de cubiertos separados para las distintas comidas y los comensales se servían del mismo cuchillo y de la misma cuchara; incluso se bebía de los mismos vasos y no era raro ver a dos personas sirviéndose de los mismos cubiertos.

Tal es el grado de desarrollo alcanzado por la técnica del comer, si se permite la expresión, durante la Edad Media y que se corresponde con un nivel determinado de las relaciones humanas y de la configuración de las emociones.

Dentro de estas pautas generales, como se ha dicho, existe una serie de modificaciones y diferencias. Cuando comen juntas personas de distinto rango, suele darse preferencia por ejemplo a los superiores ya al lavarse las manos, ya al coger la comida de la fuente. La forma de los utensilios cambia considerablemente a lo largo del tiempo. Hay modas y también una «tendencia de desarrollo» concreta que impregna todas las oscilaciones de la moda. La clase alta ostenta, en parte, un gran lujo en la mesa. No es la pobreza de medios la que determina estos usos, sino el simple hecho de que no se siente la necesidad de nada nuevo. Comer de este modo es algo completamente natural; algo que es coherente con este tipo de personas. Pero también es propio de ellas hacer ostensible su riqueza y su rango por medio de la variedad de los utensilios de mesa y por la ornamentación que la cubre. En las mesas de los ricos del siglo xiii, las cucharas suelen ser de oro, de cristal, de coral o de serpentina. A veces se menciona el hecho de que, en la Cuaresma, se usan cuchillos con mango de ébano; en Pascua con mango de marfil y en Pentecostés, cuchillos con incrustaciones. En un principio, las cucharas son redondeadas y bastante planas, lo que obliga a la gente a abrir mucho la boca para servirse de ellas. A partir del siglo xiv, la cuchara ya adquiere la forma ovalada.

A fines de la Edad Media aparece el tenedor como instrumento para tomar los trozos de comida de la fuente común. Entre los objetos de gran valor de Carlos V se cuenta una docena de tenedores; y el inventario de Carlos de Saboya, muy abundante en cubertería fastuosa, cuenta con un solo tenedor [26].

5. Cuando se considera lo que acabamos de ver, algunos dicen: «¡Cuánto hemos progresado en comparación con esos niveles de desarrollo!» sin que quede claro quién es ese nosotros con el que se identifica quien así habla, como si le correspondiera parte del mérito en tal progreso.

Pero también es posible el juicio contrario: «¿Qué ha cambiado en reali-

dad? Algunas costumbres y nada más». Y a muchos observadores les parece más atinado juzgar estas costumbres como hoy juzgaríamos las de los niños: «Si hubiera habido una persona razonable que les hubiera dicho que sus costumbres eran de mal gusto y antihigiénicas, que les hubiera enseñado a comer con cuchillo y tenedor, tales malos usos habrían desaparecido rápidamente».

Pero las formas de conducta en la mesa no son algo aislado, sino que forman parte muy característica de la totalidad de los modos de comportamiento transmitidos por la sociedad, cuyo grado de desarrollo se corresponde con una estructura social absolutamente determinada. Queda por estudiar esta estructura, pero no hay duda de que las formas medievales de comportamiento estaban vinculadas a las formas vitales generales y a la estructura total del ser del hombre medieval, como hoy día lo están nuestro comportamiento y nuestras reglas sociales a nuestra forma de vida y a la estructura de nuestra sociedad.

Entretanto, una pequeña anécdota puede aclararnos algo la solidez de estas costumbres y ayudarnos a comprender que no se pueden considerar tan sólo como algo «negativo», como una «falta de civilización» o, incluso, como una «falta de conocimientos», cual a veces nos parece un poco superficialmente, sino que se trataba de costumbres que respondían a las necesidades de estos hombres y que, en consecuencia, les parecían razonables y necesarias precisamente en aquella forma.

En el siglo xi, un dogo veneciano se casó con una princesa bizantina en cuya corte, evidentemente, se utilizaba el tenedor, puesto que, en todo caso, se nos dice que llevaba los alimentos a la boca «por medio de unas horquillas de dos dientes» [27].

Esto produjo un gran escándalo en Venecia: «Tal novedad se consideró un signo de refinamiento tan excesivo que la dogaresa fue censurada severamente por los eclesiásticos, quienes atrajeron sobre ella la ira divina. Poco después, la princesa cogió una enfermedad repugnante y San Buenaventura no dudó en declarar que era un castigo de Dios».

Todavía hubieron de pasar cinco siglos para que la estructura de las relaciones humanas cambiase de modo tal que la utilización de este instrumento respondiera a una necesidad general. A partir del siglo xvi, el tenedor, procedente de Italia, llega a Francia y, luego, a Inglaterra y a Alemania y comienza a utilizarse como instrumento de mesa al menos por la clase alta, tras haber servido aún algún tiempo sólo para acarrear los trozos de comida desde la fuente común al plato. Enrique III fue quien lo introdujo en Francia, probablemente procedente de Venecia. La gente se reía de sus cortesanos a causa de su manera tan «afectada» de comer y éstos no tenían aún plena soltura en el manejo del instrumento; al menos se cuenta que, en el camino desde el plato a la boca, el tenedor solía perder la mitad de su carga. Lo que a nosotros se nos antoja la cosa más natural del mundo, porque desde pequeños nos hemos integrado en este tipo de sociedad que, a su vez, nos ha condicionado, es algo que tuvo que aprender toda la sociedad en su día, lenta y penosamente. Y este proceso afecta a las cosas menudas y aparentemente insignificantes, como el tenedor, al igual que a otras

formas de comportamiento que nos parecen más importantes y esenciales [28].

Todavía en el siglo XVII, el tenedor seguía siendo un objeto de lujo de la clase alta, generalmente hecho de oro o de plata.

La actitud que hemos registrado con relación a esta «novedad», sin embargo, nos muestra un aspecto importante con toda claridad: las personas que acostumbraban a comer como lo hacen los hombres medievales, es decir, que cogen la carne con los dedos de una bandeja común, que beben vino de una misma copa y sopa del mismo tazón o del mismo plato, con todas sus otras peculiaridades, de las que ya hemos hablado y seguiremos hablando, estas personas tenían unas relaciones comunes distintas de las que tenemos nosotros; y no solamente porque tuvieran una conciencia clara y precisa de ello, sino porque, evidentemente, su vida emocional tenía una estructura y un carácter distintos de la nuestra. Su afectividad estaba condicionada por formas de relación y de comportamiento que, en relación con los condicionamientos de nuestro mundo, hoy nos parecen lamentables o, cuando menos, poco atractivos. Lo que faltaba en aquel mundo cortés o, en todo caso, no tenía la fortaleza suficiente, era ese muro que hoy parece levantarse, para contener y para separar, entre los cuerpos de las gentes; el muro que se hace visible sólo con acercarnos a algo que ha estado en contacto con la boca y las manos de otro, y que se manifiesta asimismo como un sentimiento de vergüenza cuando son las propias necesidades corporales las que se ofrecen a la vista de los demás y no solamente en esta ocasión.

III. EL PROBLEMA DEL CAMBIO DEL COMPORTAMIENTO EN EL RENACIMIENTO

1. Cabe plantearse la pregunta de si el límite del pudor y la frontera de la vergüenza avanzaron en la época de Erasmo. Igualmente es posible preguntarse si la obrita de éste muestra que haya aumentado la sensibilidad de las personas y la contención que unos esperan de los otros. Puede pensarse que, en efecto, fue así. Los escritos de los humanistas sobre buenos modales constituyen, en cierto modo, la transición entre los de la Edad Media y los nuestros. También el escrito de Erasmo, que constituye un momento culminante en este tipo de obras de los humanistas, muestra una doble vertiente. De un lado, se encuentra en gran medida inmerso en la tradición medieval, puesto que hay en él una buena parte de reglas y mandatos procedentes de la tradición de los escritos medievales de cortesía. De otro lado, sin embargo, contiene atisbos muy claros de nuevas formas de comportamiento, lo cual va a permitir la aparición de nuevas nociones que han de sepultar el concepto de cortesía mantenido hasta entonces por los círculos caballeresco-feudales. En el siglo XVI va desapareciendo lentamente el empleo del término *courtoisie* entre la clase alta, mientras que el concepto de *civilité* va haciéndose más frecuente y, por último, acaba predominando en el siglo xvii, al menos en Francia. Ello constituye un signo de un cambio de comportamiento de magnitud considerable y que, además, no se pro-

dujo a través de una substitución repentina de un ideal del buen comportamiento por otro radicalmente opuesto al primero. Por el contrario, como ya se ha dicho, la *Civilitas morum puerilium* de Erasmo, para seguir con esta obra, se mantiene en gran parte dentro de la tradición medieval. Casi todas las reglas de la sociedad cortés reaparecen en ella. Todavía se come la carne con las manos, aunque Erasmo señala que debe cogerse con tres dedos y no con toda la mano. Reaparece la norma de no abalanzarse sobre la comida como un glotón; también el mandato de lavarse las manos antes de comer, así como las normas sobre los esputos, sobre la forma de sonarse la nariz, sobre el empleo del cuchillo y muchas otras. Es posible que Erasmo haya leído alguno de los libros sobre compostura en la mesa o bien alguno de los escritos de los clérigos en los que se trataban tales problemas. No hay duda de que una gran parte de estos escritos conoció una difusión suficiente y es improbable que Erasmo pudiera ignorarlos. Mucho más fácil de documentar, en cambio, es su relación con el legado de la Antigüedad, incluso está ya hecho parcialmente en este escrito por los comentadores contemporáneos de Erasmo. Lo que queda por determinar es el lugar que le corresponde, dentro de la profusa discusión humanista sobre las cuestiones de la formación de los hombres y de la decencia.[29] Pero, cualesquiera que sean las influencias literarias en este texto, lo que nos interesa, a nuestros efectos, es su origen social. No hay duda de que Erasmo no compiló este libro valiéndose de otros anteriores, sino que, como todos los que han reflexionado sobre cuestiones semejantes también él tenía ante los ojos, de modo inmediato, un cierto orden social y unas pautas determinadas de lo que son buenas y malas costumbres. Su escrito sobre buenos modales es una recopilación de observaciones sobre la vida de su propia sociedad. Es, como se ha dicho después, «un poco el trabajo de todo el mundo». Y, sin necesidad de servirnos de otros indicadores, su éxito, su rápida difusión y su función como libro de texto para la educación de los chicos, nos muestran que respondía en efecto a una necesidad social y que contenía precisamente aquellos modelos de comportamiento que eran propios de la época y que reclamaba la sociedad en general o, mejor dicho, en principio, la clase alta de la misma.

2. Como la sociedad estaba en «transición», también lo estaban las obras sobre buenos modales. En el tono general de estos escritos, así como en los puntos de vista que adoptaban, se observa que, a pesar de todas sus vinculaciones con la Edad Media, está produciéndose algo nuevo. Ha desaparecido ya aquel rasgo que nos parecía excesivamente «simple», esto es, la cruda contraposición entre «bueno» y «malo», entre «piadoso» y «malvado». La gente tiene puntos de vista más matizados, es decir, caracterizados por una reserva mayor de las emociones propias.

Lo que diferencia a un grupo de escritos humanistas muy parecidos entre sí (y especialmente al de Erasmo) con relación a los códigos corteses no son tanto las reglas que enuncian o las costumbres y vicios a que se refieren, o, por lo menos, no son estos exclusivamente. Lo que les distingue, ante todo, es el tono general en que están escritos, así como el punto de vista que adoptan. Las mismas reglas de juego social que, en la Edad Media, se

transmitían oralmente como si fueran un bien común, son las que ahora se enuncian, pero de una forma nueva y dotadas de un nuevo acento, que parece estar diciendo: el que aquí habla no se limita a transmitir la tradición, a pesar de haber estudiado muchos escritos medievales y, sobre todo, antiguos, sino que ha observado todo personalmente y confía al papel sus experiencias.

Por si esto no estuviera claro en *De civilitate morum puerilium,* resulta mucho más evidente en los escritos anteriores de Erasmo, en los que se manifiesta de modo más nítido y más inmediato esa imbricación de la tradición antigua y medieval con la experiencia personal. Ya en sus *Colloquia* que, en parte se remiten a modelos antiguos, muy especialmente a Luciano, y, concretamente, en el diálogo *Diversoria* (Basilea, 1523) Erasmo ha descrito de modo directo algunas de las experiencias que, posteriormente, profundizaría en la *civilitas morum.*

Las *Diversoria* tratan de las diferencias que hay entre las fondas alemanas y las francesas. Erasmo describe, por ejemplo, el comedor de una fonda alemana: de 80 a 90 personas se sientan juntas y no sólo el pueblo bajo, como subraya el autor, sino también los ricos, los nobles, los hombres, las mujeres, los niños, todos mezclados. Y cada uno hace lo que le parece necesario en ese momento. Uno lava sus vestimentas y cuelga los trapos húmedos cerca de la estufa. Otro se lava las manos; pero el barreño está tan sucio que sería preciso un segundo barreño para limpiarse a su vez del agua del primero. Todo huele a ajo o a otras cosas desagradables. Cada cual escupe donde le parece. Uno se limpia las botas en la mesa. Entonces se sirve la mesa. Todos mojan su pan en la fuente común, lo muerden y vuelven a mojarlo. Los platos están sucios, el vino es malo y, si alguien quiere conseguir uno mejor, el ventero le dice: «He hospedado ya a suficientes nobles y condes. Si este lugar no os place, búscaos otro». El extranjero encuentra dificultades especiales. Para empezar, los otros le miran de modo fijo e ininterrumpido, como si fuera algún animal fabuloso de África. Por lo demás, esta gente no cree que haya más seres humanos que los nobles de su propia tierra.

En el local hace demasiado calor. Todo el mundo suda y transpira y se seca el sudor con la mano. Seguramente hay varias personas que tienen alguna enfermedad oculta. «Probablemente», dice un interlocutor, «la mayoría tiene sífilis, lo cual es más temible que la lepra».

«Brava gente» dice el otro, «se ríen de ello y no les importa en absoluto.»

«Pero esa bravura ya ha costado la vida a muchos.»

«¿Y qué van a hacerle? Están acostumbrados a ello y, además los hombres íntegros no alteran sus costumbres.»

3. Puede verse, por tanto, cómo Erasmo, al igual que los otros que, antes o después de él, han escrito sobre el comportamiento y el tipo de trato convencional, es un recopilador de las costumbres buenas y malas que encuentra realmente en su sociedad. Tales costumbres son las que explican la coincidencia así como las discrepancias entre estos escritos. Lo que les da su especial importancia en tanto que fuentes documentales sobre los procesos sociales, es el hecho de que, a diferencia de otros que estamos acos-

tumbrados a leer, estos escritos no contienen una exposición de las grandes ideas de una persona extraordinaria, sino que están obligados a ceñirse a la realidad social.

Pero las observaciones de Erasmo sobre este tema, junto con las de algunos otros autores de la misma época, se cuentan, sin embargo, entre esos fenómenos nuevos de transformación en la serie tradicional de los escritos sobre buenos modales. En estos escritos, la descripción de unas normas y mandatos que, parcialmente, son muy antiguos aparece impregnada, además, por los rasgos de una personalidad muy fuerte. Y precisamente esto es lo que, a su vez, vuelve a ser un «síntoma del tiempo», una expresión de la transformación social que se estaba produciendo, un símbolo de eso que ha venido en llamarse, no muy acertadamente, el proceso de «individualización». Este dato remite igualmente a otro aspecto importante: el problema del comportamiento en la sociedad había llegado a ser tan importante en aquella época que hasta los hombres muy dotados y de gran prestigio no desdeñaban ocuparse de él. En la época posterior, esta tarea pasa a ser competencia, en general, de los espíritus de segunda y tercera categoría, quienes reescriben, prosiguen y amplían lo anterior, con lo que vuelve a constituirse una tradición impersonal de libros sobre buenos modales, aunque no tan fuerte como en la Edad Media.

Más adelante hablaremos con mayor detalle de los movimientos sociales que están relacionados con los cambios del comportamiento, de las formas de trato convencional y de la sensibilidad. Aquí nos limitaremos a adelantar una referencia que es necesaria para la mejor comprensión de la posición de Erasmo y de su forma especial de tratar el tema de las formas de trato convencional.

El escrito de Erasmo aparece en una época de transformación social. Es la expresión de aquella época fructífera de transición, tras el relajamiento de la jerarquía social feudal y antes de la estabilización de la de la Edad Moderna. Pertenece a la fase en la cual la antigua clase nobiliaria caballeresco-feudal se halla en decadencia mientras que la nueva cortesano-absolutista aún se está gestando. Entre otras cosas, esta situación ofreció a los representantes de una pequeña clase secular-burguesa, a los humanistas, a Erasmo, tanto posibilidades de ascenso social y de conseguir prestigio y poder social como una valentía, un distanciamiento que no fueron posibles ni antes ni después de esta época. Tal posibilidad especial de distanciamiento, que permitió a los representantes de la ciase intelectual no tener que identificarse completa e incondicionalmente con ninguno de los grupos sociales de su época (aunque, por supuesto, se encontraban más cerca del círculo cortesano-principesco que de los otros) encuentra su expresión también en el escrito *De civilitate morum puerilium.* Erasmo no ignora ni oculta las diferencias sociales, sino que ve con toda exactitud que el caldo de cultivo auténtico de lo que en su tiempo pasa por ser buenas maneras son las cortes de los príncipes. Erasmo le dice al joven príncipe al que dedica la *civititas morum:* «Si hablo a tu Juventud de las costumbres de los muchachos, no es porque tengas necesidad de estas reglas. Por el contrario, desde pequeño te han educado entre cortesanos y has tenido tempranamen-

te a tu lado a un gran pedagogo... Tampoco te hablo porque lo que en esta obra se dice se refiera a ti, puesto que tú procedes de Príncipes y has nacido para reinar».

Pero Erasmo muestra siempre, también, y de forma muy acusada, la conciencia característica del intelectual, de la persona que se ha elevado por medio del espíritu, del conocimiento y de la escritura y que se ha legitimado por medio de los libros; esto es, muestra la conciencia de una persona perteneciente a la clase intelectual de los humanistas, quien consigue mantener las distancias frente a las clases y opiniones dominantes, por muy vinculado que esté a ellas. *«In primis pueros decet omnis modestia»,* dice al final de la dedicatoria al joven Príncipe, *«et in his praecipue nobiles. Pro nobilibus autem habendi sunt omnes qui studiis liberalibus excolunt animum. Pingant alii in clypeis suis leones, aquilas, lauros et leopardos: plus habent verae nobilitatis, qui pro insignibus suis tot possunt imagines depingere, quot perdidicerunt artes liberales.»**

Tal es el lenguaje y la autoconciencia típicos de los intelectuales en la fase señalada de evolución de la sociedad. La similitud sociogenética y psicogenética de estas ideas con las de la clase intelectual alemana en el siglo xviii y con su autolegitimación por medio de conceptos como *Kultur* y *Bildung* (educación) es trasparente. Pero en la época inmediatamente posterior a la de Erasmo muy poca gente tenía el coraje necesario o, incluso, la posibilidad social de expresar estas ideas de modo claro y directo en la dedicatoria a un noble. Con la estabilización creciente de la jerarquía social, esta actitud iba a considerarse progresivamente como una falta de tacto, cuando no como un insulto sin más. La necesidad de observar del modo más estricto las diferencias de rango en el comportamiento, se convierte a partir de ahora en la quintaesencia de la cortesía, en la exigencia fundamental de la *civilité,* al menos en Francia. La aristocracia y la intelectualidad burguesa mantienen relaciones, pero el tacto exige que se observen las diferencias estamentales y se les dé expresión inequívoca en el propio trato. En Alemania, por el contrario, hay una clase intelectual burguesa que, desde la época de los humanistas, vive más o menos separada de la sociedad cortesano-aristocrática (con algunas excepciones); una clase intelectual con un carácter específico de clase media.

4. La evolución de los escritos alemanes sobre buenos modales y su diferencia con los franceses, ofrece pruebas suficientes de lo que venimos diciendo. Analizar estas diferencias con más detalle nos alejaría demasiado de nuestro tema principal, pero podremos percibir su importancia si pensamos en una obra como el *Grobianus* de Dedekind[30] y en su influyente y muy difundida traducción alemana, obra de Conradt Scheidt. Todas las obras «grobianistas», en las que, entre burlas e ironías, se expresa una necesidad

* La modestia es apropiada, ante todo, a los muchachos, especialmente a los nobles. Pero también son considerados nobles todos aquellos que cultivan su espíritu con estudios liberales. Los demás pueden pintar en sus escudos leones, águilas, toros y leopardos. Tienen mayor nobleza verdadera aquellos que en sus escudos pueden pintar las imágenes que se han labrado con las artes liberales.

muy profunda de «suavización de las costumbres», muestran del modo más inequívoco y más puro que las otras tradiciones nacionales, este carácter específicamente burgués y de clase media de los autores que, en parte, eran párrocos y maestros. Y lo mismo viene a suceder con la mayoría de los textos que sobre «modales» y «forma de trato convencional», se escribieron posteriormente en Alemania. Ciertamente también en este caso las cortes serán los caldos de cultivo primarios de estos temas. Pero como quiera que en Alemania las barreras sociales entre la burguesía y la nobleza cortesana son relativamente elevadas, la mayoría de los autores burgueses de libros de buenos modales hablan de su tema, generalmente, como de una cosa ajena que es preciso aprender porque es costumbre en las cortes. A pesar de la familiaridad que puedan tener, estos autores hablan como espectadores y, muy a menudo muestran una torpeza notable. Se trata de una clase intelectual relativamente reducida, regional, estamental y que vive con apuros económicos. Esta es la clase que escribe en Alemania, especialmente después de la Guerra de los Treinta Años. Solamente a partir de la segunda mitad del siglo xviii, una vez que la intelectualidad burguesa alemana, constituida en vanguardia de la burguesía comercial, ha conseguido nuevas posibilidades de ascenso y mayor libertad de movimientos, es cuando vuelve a oirse un lenguaje y unas expresiones de una autoconciencia que es análoga a la de los humanistas, especialmente a la de Erasmo, si bien es cierto que ahora apenas es posible decirle a la nobleza: vuestos animales nobiliarios son menos valiosos que el cultivo de las artes liberales, que el rendimiento en el arte y en la ciencia. Aunque, en el fondo, esta burguesía lo piensa. Lo que señalábamos más arriba, a título introductorio, en cuanto al movimiento de fines del siglo xviii, se remonta a una tradición mucho más antigua, a una especie de ley estructural de la sociedad alemana, desde la expansión, especialmente fuerte y poderosa de la burguesía germana y de las ciudades alemanas a fines de la Edad Media. En Francia, hay un sector de los escritores burgueses que se siente en su lugar en los círculos cortesanos; lo mismo sucede en Italia e Inglaterra en algunos períodos de la historia de estos dos países. En Alemania, en cambio, esto no se produce. En los demás países, los escritores burgueses escriben en buena medida no solamente para los círculos cortesano-aristocráticos, sino que, además, se identifican con sus costumbres, usos y puntos de vista. En Alemania, en cambio, esta identificación de la intelectualidad con la clase alta cortesana es mucho más débil, menos natural y más infrecuente. La posición ambigua y una cierta desconfianza frente a aquellos que se legitiman, principalmente, por medio de sus formas de trato, de su cortesía y modales, de la destreza y soltura de su comportamiento, se remonta a una larga tradición; especialmente debido al hecho de que los «valores del ser» de la aristocracia cortesana alemana, dividida en una multiplicidad de círculos grandes y pequeños, que no pudieron constituir una sola *Society* grande, centralizada y burocratizada tempranamente, no pudo alcanzar un punto de perfección, como fue el caso de los otros países occidentales. En lugar de esto, lo que se constituye aquí con más vigor que en los otros países occidentales, es la dualidad que se manifiesta, de un lado, en la tradición funcionarial, uni-

versitaria y cultural de la clase media por un lado y, por el otro, en la tradición funcionarial y militar de la aristocracia.

5. La obra de Erasmo sobre buenos modales influyó tanto en Alemania como en Inglaterra, en Francia y en Italia. Y lo que le une con la intelectualidad alemana posterior es el hecho de no haberse identificado con la clase alta cortesana, así como su observación de que el tratamiento de la «civilidad» es, sin duda, la *crassissima philosophiae pars,* lo cual remite a una escala axiológica que no carece de cierta relación con la valoración posterior de la «civilización» y la «cultura» en la tradición alemana.

En consecuencia con todo ello, tampoco Erasmo considera que su escrito sobre las buenas costumbres esté destinado a una clase en concreto. El autor hace especial hincapié en las distinciones sociales, si nos olvidamos de algunos distanciamientos ocasionales que afectan a los campesinos y a los pequeños comerciantes. Precisamente el hecho de que estas reglas no sé atribuyan a una clase social concreta, así como el de que se conciban como normas humanas universales, es lo que distingue a este escrito de Erasmo de sus seguidores tanto en la tradición italiana como en la francesa.

Erasmo dice simplemente: *«Incessus nec fractus sit, nec praeceps».* El paso no debe ser muy precipitado ni muy lento. Algo después, el italiano Della Casa dice lo mismo en su *Galateo* (Cap. VI, 5, parte III), pero, en este caso, esta misma norma adquiere de modo inmediato y natural el carácter de un medio de distinción social: *Non dee l'huomo nobile correre per via, ne troppo affrettarsi, che cio conviene a palafreniere e non a gentilhuomo. Ne percio si dee andare si lento, ne si contegnoso come femmina o come sposa.»** Lo verdaderamente significativo y que, además, coincide con todas las otras observaciones, es que la traducción alemana del *Galateo* —de una edición en cinco lenguas del año de 1609 (Ginebra)— al igual que la latina, trata de difuminar sistemáticamente de nuevo las diferencias sociales del original, en contraposición a los textos de las otras traducciones. Así, por ejemplo, el pasaje citado (p. 562) se traduce de la manera siguiente: «Igualmente, tampoco debe correr por la calle el noble o, en general, el hombre honesto, ni tampoco debe apresurarse como conviene a los lacayos y no al gentilhombre... Por el contrario, tampoco se debe caminar con tanta lentitud como una grave matrona o una recién desposada».

El «hombre honesto» aparece aquí, probablemente por referencia a los consejeros burgueses; y cosas parecidas se encuentran en muchos otros pasajes. Cuando en italiano se dice simplemente *gentilhuomo* y en francés *gentilhomme,* en alemán se traduce por «persona decente, honrada» y en latín por *homo honestus et bene moratus.* Y todavía podrían añadirse muchos otros ejemplos.

Erasmo actúa de un modo parecido. A consecuencia de ello, sus reglas de buenos modales que, en el original, carecían de caracteres sociales, aparecen luego en la tradición francesa e italiana muy restringidos a la clase

* El hombre noble no debe correr por la calle, ni tampoco apresurarse, que esto conviene a los lacayos y no a los gentilhombres. Tampoco debe andar con tanta lentitud y gravedad como una mujer o una novia.

alta, mientras que en alemán, al menos, se mantiene viva la tendencia a difuminar los caracteres sociales, si bien es cierto que aún había de pasar bastante tiempo hasta que algún autor alcanzase el grado de distanciamiento social que caracterizaba a Erasmo. En la galería de autores que han escrito sobre este tema, corresponde a Erasmo una posición única, que se debe, por otro lado, a las peculiaridades de su carácter, aunque también remite a esa corta fase de debilitamiento entre dos épocas caracterizadas por jerarquías sociales muy sólidas.

En el modo que tiene Erasmo de observar a los seres humanos se refleja el carácter fructífero de esa situación flexible de transición. Esto es lo que permite a Erasmo criticar de un lado lo «aldeano», lo «vulgar», lo «rudo», sin tener que aceptar de modo incondicional, como hicieron muchos de sus seguidores, la conducta de los grandes señores cortesanos, cuyas cortes, sin embargo, como reconoce él mismo, son los caldos de cultivo de las formas refinadas de comportamiento. Erasmo ve también todo lo que hay de exagerado y de forzado en muchas costumbres cortesanas y no se recata de decirlo. Cuando habla de los labios, por ejemplo, dice: «Todavía es más feo fruncir los labios, como si se estuviese silbando; tal cosa puede dejarse a los grandes señores, cuando van paseando entre la muchedumbre». Asimismo añade: «Deja que algunos cortesanos cojan el pan con la mano y lo partan con los dedos; tú hazlo decentemente con un cuchillo».

6. También aquí puede verse con toda claridad la diferencia entre esta forma de dar consejos sobre los buenos modales y la forma medieval de hacerlo. Para citar un ejemplo, antes se decía simplemente: *The breade cut fayre and do not breake*[31] (corta el pan con educación y no lo rompas). A partir de Erasmo, los mandatos y prohibiciones se incrustan de modo inmediato en la experiencia y en la observación de los seres humanos. En función de estas observaciones cobran nueva vida las normas tradicionales, que eran como espejos de unos usos sempiternos y casi petrificados. Una antigua regla decía: «No te abalances sobre la comida como si fueras un tragaldabas»[32].

«Ne mangue mie je te commande,
avant que on server de viande,
car il sembleroit que tu feusses
trop glout, ou que trop fain eüsses.

Vuiddier et essever memoire
aies ta bouche, quant veulz boire.»*

Erasmo da los mismos consejos, pero describe de modo inmediato a las personas: muchos, dice, en vez de comer, devoran, como si fueran gente a punto de entrar en la cárcel o como ladrones que se reparten el botín. Otros se llenan tanto la boca que ésta se hincha, como si de un fuelle se tratara.

* No comas ni una miga/ antes de que sirvan la carne/ pues parecería que fueras/ un glotón o que demasiada hambre tuvieras/ ...Recuerda que debes/ tener la boca vacía cuando vayas a beber.

Otros abren tanto la boca al masticar que emiten un ruido similar al de los cerdos. Y luego viene la regla general que siempre se enunciaba y que, evidentemente, siempre era necesario enunciar: *Ore pleno vel bibere vel loqui, nec honestum, nect tutum* *

En todas estas observaciones se conjugan la tradición medieval y la herencia de la Antigüedad. Gracias a sus lecturas, Erasmo ha aprendido a ver y, con su sentido de la observación, enriquece sus escritos.

Ocasionalmente se afirma que la vestimenta es el cuerpo del cuerpo y, a la vista de ella, puede deducirse la situación de ánimo de quien la lleva. A continuación, Erasmo ofrece algunos ejemplos de qué forma de vestirse tienen unas y otras situaciones de ánimo. Se trata aquí de los comienzos de ese método de observación que, posteriormente, habría de conocerse con el nombre de «psicológico». La nueva etapa de la cortesía y su representación, condensada en el concepto de *civilidad,* está muy unida a este psicologismo y cada vez va estándolo más. Si realmente se pretende ser «cortés» en el sentido de la *civilité,* es preciso saber observar, hay que mirar en torno de uno mismo, hay que tomar en consideración a las otras personas y a los motivos de sus actos. Aquí se enuncia ya una relación nueva entre los seres humanos, esto es, una nueva forma de integración.

Todavía no habían pasado 150 años, cuando ya la *civilité* constituía una forma fija y estable del comportamiento en la clase alta de Francia, en el *«monde»,* cuando uno de sus partidarios comienza su descripción sobre la *science du monde* con las palabras siguientes[33]: «Me parece que, para adquirir eso que se llama la ciencia del mundo es preciso tratar de conocer a los hombres como son en general, para pasar a continuación a un conocimiento particular de aquellos con los que queremos vivir, esto es, de sus inclinaciones y de sus opiniones, buenas y malas, de sus virtudes y de sus defectos».

Lo que aquí se dice con toda precisión y claridad es lo que ya se anuncia en Erasmo. Y esta tendencia fortalecida de la sociedad y también de los autores, a la observación y a la vinculación de lo particular con lo general de la observación con la lectura, no solamente se encuentra en Erasmo, sino que también aparece en los otros libros de buenos modales del Renacimiento y, desde luego, no solamente en los libros sobre buenos modales.

7. Es decir, si lo que queremos es averiguar algo acerca de las tendencias[34] que se manifiestan en la forma que tiene Erasmo de observar el comportamiento de los seres humanos, aquí nos encontramos con una de ellas. Cierto que en ese proceso de cambio y reconstrucción al que llamamos Renacimiento, ha cambiado incluso aquello que en el trato entre los hombres se caracterizaba como «adecuado» o «inadecuado». Pero no se da con esto una ruptura en la que, de golpe, los modos nuevos de comportamiento se opongan a los más antiguos. La sociedad que utiliza el concepto de *civilitas* para designar el «buen comportamiento» social, recoge y prosigue la tradición de la *courtoisie.*

* Hablar o beber con la boca llena no es honesto ni prudente.

La mayor tendencia de los seres humanos a observarse a sí mismos y a los demás es uno de los signos de cómo toda la cuestión del comportamiento adquiere un cariz muy distinto: los seres humanos se configuran a sí mismos y a los demás con una conciencia más clara que en la Edad Media.

En la Edad Media se decía: haz esto y no hagas lo otro, pero, en líneas generales, había bastante flexibilidad. Durante siglos estuvieron repitiéndose las mismas normas y prohibiciones elementales que ya hemos visto, evidentemente sin que esta repetición condujera a la constitución de costumbres sólidas. Posteriormente cambian las circunstancias. La presión que unos hombres ejercen sobre otros se hace más intensa y la exigencia de «buen comportamiento» también se hace más apremiante; todo el problema relativo al comportamiento aumenta en importancia. Las reglas de comportamiento que Erasmo compila en prosa sólo podían encontrarse con anterioridad bajo la forma de poemas instructivos, de pequeñas poesías o diseminadas en tratados acerca de otros temas, siendo ésta la primera vez, según lo que sabemos, que se dedica una obra completa al problema del comportamiento en la mesa; lo cual, añadido al éxito que alcanzó, es una prueba muy clara del interés creciente que estas cuestiones despertaban [35]. La aparición de escritos similares, como *El Cortesano,* de Castiglione o el *Galateo,* de Della Casa, por no citar más que a los más conocidos, apunta en la misma dirección. Ya hemos hecho mención de los procesos sociales que discurren por debajo de estos fenómenos y todavía habremos de analizarlos con más detalle: las antiguas relaciones sociales se han debilitado considerablemente —si es que no se han quebrado completamente— y se encuentran en un proceso de transición. Ahora se establecen relaciones entre individuos de distintas extracciones sociales y la circulación social, con sus procesos ascendentes y descendentes, es más rápida.

En el curso del siglo xvi comienza a establecerse una jerarquía social fija, más o menos rápidamente según los lugares y con bastantes altibajos en todas partes hasta bien entrado el siglo xvii, cuando ya se configura una nueva clase alta, una nueva aristocracia con elementos procedentes de las más diversas extracciones sociales. Precisamente por esto se agudiza más la cuestión de la unidad de los buenos modales en especial a causa de que, dada la estructura cambiante de la nueva clase alta, todos y cada uno de sus miembros se encuentran sometidos a la presión de los demás, así como a los controles sociales, en una medida desconocida hasta la fecha. Tal es el contexto en el que están escritos los libros de buenas maneras de Erasmo, de Castiglione y Della Casa. Obligados a vivir en circunstancias nuevas, los hombres adquieren una sensibilidad más agudizada ante los estímulos de la actuación de los demás. Sin saltos bruscos y de un modo paulatino va haciéndose más estricto el código de reglas de comportamiento y también va haciéndose mayor la consideración que cada uno espera que los demás le tributen. Cada vez se hace más matizada la sensibilidad respecto a lo que está y no está permitido para no molestar y no sobresaltar a los otros: cada vez es más rígido el mandato social de no herir a los demás en el contexto del nuevo marco de dominación.

En las reglas de la *courtoisie* también se dice: «No digas nada que pueda incitar a la discusión o que pueda irritar a los demás»:

«Non dicas verbum
cuiquam quod ei sit acerbum»[36]*

«Sé un buen comensal»:

«Awayte my envide, ye be have you manerly
Whan at your mete ye sitte at the table
In every prees and in every company
Dispose you to be so compenable
That men may of you reporte for commendable
For thrusteth wel upon your berynge
Men wil you blame or gyue preysynge... »**

Se dice en un *Book of Curtesye* [37] inglés. Muchas de las observaciones que hace Erasmo apuntan en la misma dirección que estos hechos. Pero lo que es inconfundible es el cambio en el tono general, el aumento de la sensibilidad, la profundización de la observación humana y la mayor comprensión de los puntos de vista del otro. Esto resulta especialmente claro en una observación al final de su escrito, y en la cual Erasmo rompe con el esquematismo de los «bueno modales» y con la actitud orgullosa de los que dicen tenerlos, para vincular las reglas de conducta a una concepción humanitaria más amplia: «Perdona sus faltas a los demás. Esta es la virtud principal de la *civilitas,* de la cortesía. No tengas en menos a un compañero por el hecho de que no sea refinado. Hay gente que se hace perdonar la rudeza de su comportamiento con otras dotes».

Y más adelante se dice: «Cuando uno de tus amigos comete una falta... díselo a solas y con delicadeza. Esto es la civilidad».

Esta sensibilidad y estos gestos expresan meramente el hecho de que, aunque estuviera cercano a la corte, Erasmo no se identificaba con la clase alta de su tiempo y, además, guardaba una reserva interna frente al código de comportamiento de esta clase.

El *Galateo* debe su nombre a un acontecimiento en el que se realiza esta última recomendación de Erasmo («díselo a solas y con delicadeza») puesto que trata de un caso en el que se corrige una falta por este procedimiento. Pero también aquí se subraya el carácter cortesano de estas costumbres de un modo muy distinto al que tienen en Erasmo.

En el *Galateo* se cuenta que, un día [38], llega al palacio del obispo de Verona, como huésped, el Conde Ricardo. El obispo y su corte consideran que es *«gentilissime cavaliere e di bellissime maniere».* Sólo un defecto descu-

* No digas nada/ que pueda resultar desagradable a mío.
** Ten cuidado, hijo mío, en comportarte siempre correctamente/ cuando te sientes a la mesa/ cualquiera que sea tu compañía/ guarda la compostura de tal manera/ que las gentes puedan considerarte con aprecio/ porque de tu actitud depende que te critiquen o que te alaben.

bre el anfitrión en el conde; pero no le dice nada. Simplemente, al llegar la despedida, hace que le acompañe su confidente Galateo, un hombre de la corte del Obispo, de maneras muy refinadas, aprendidas en las cortes de los grandes: *«Molto havea de suoi di usato alle corti de gran Signori»** se dice expresamente.

Este Galateo, por lo tanto, acompaña al conde un trecho de su camino de regreso y, antes de despedirle, le dice lo siguiente: «Su Señoría, el Obispo quiere hacerle un regalo al Conde. El Obispo no ha visto jamás un noble con mejores modales que el Conde. Sólo le ha descubierto un defecto; que hace mucho ruido con la boca al comer y resulta desagradable a los demás. El regalo del obispo consiste en comunicarle esta observación que el Obispo ruega al Conde no tome a mal».

La regla de no chasquear la lengua durante las comidas aparece con frecuencia en los escritos medievales. Pero esta circunstancia al comienzo del *Galateo* permite ver claramente qué es lo que ha cambiado, puesto que no solamente muestra la importancia que empieza a atribuirse a los «buenos modales», sino también cómo se ha intensificado la presión que unas personas ejercen sobre otras en la dirección del refinamiento. Este caso es trasparente: esta forma de corregir, cortesana, superficialmente suave y comparativamente considerada es mucho más coercitiva como medio de control social, en especial cuando la practica un superior social; es infinitamente más eficaz para el establecimiento de costumbres duraderas que los insultos, las burlas o cualquier amenaza con castigos físicos.

Es este un proceso en el que las sociedades van pacificándose y en que el antiguo código de comportamiento va cambiando lentamente. Pero el control social, en cambio, se va haciendo más estricto. En especial va cambiando lentamente el tipo y el mecanismo de la configuración de las emociones por medio de la sociedad. A pesar de todas las diferencias regionales y sociales, en el curso de la Edad Media no cambiaron básicamente las pautas de las costumbres, puesto que, a través de los siglos, siguen mencionándose las mismas buenas y malas costumbres. El código social de comportamiento no alcanza más que un grado relativo de solidez entre las costumbres fijas de la gente. Ahora, sin embargo, con la trasformación de la sociedad y con una nueva estructura de las relaciones humanas, va imponiéndose un cambio paulatino: crece la presión para conseguir el autocontrol y, en consecuencia, comienza a modificarse la pauta de comportamiento. Ya en el *Book of Curtesye,* de Caxton, escrito probablemente a fines del siglo XV, se expresa de modo inequívoco este sentimiento de que las costumbres, los usos y las reglas de comportamiento han comenzado a modificarse [39]:

«Thingis whilom used ben novv leyd a syde
And newe feetis, dayly ben contreuide
Mennys actes can in no plyte abyde

* En su juventud había pasado mucho tiempo en las cortes de los grandes señores.

They be changeable ande ofte meuide
Thingis somtyme alowed is now repreuid
And after this shal thinges up aryse
That men set now but at lytyl pryse.»*

Esto podría servir de lema para todo el movimiento que se avecina: «Las cosas antaño permitidas están hoy prohibidas». El siglo xvi aún se encuentra en plena transición. Erasmo y sus contemporáneos todavía pueden hablar de cosas, de actos y de comportamientos que uno o dos siglos después serán reprimidos con sentimientos de vergüenza y de escrúpulos; de cosas cuya exhibición, incluso cuya mención en sociedad, es motivo de irrisión. Con la misma simplicidad y claridad con que tanto Erasmo como Della Casa tratan cuestiones del más exquisito tacto y de la decencia, comenta también el primero de los dos autores: «No te balancees en tu silla. Quien hace eso da la impresión de soltar pedos o de intentarlo». Encontramos aquí la soltura en el tratamiento de las necesidades corporales que también era característica de los hombres medievales, pero enriquecida con las observaciones y con la referencia a «lo que los otros puedan pensar». Las expresiones de este tipo son frecuentes.

La consideración del comportamiento y del código de comportamiento del hombre del siglo xvi produce alternativamente en el observador tanto la impresión que se resume en el comentario de «eso es aún completamente medieval» como la de «eso ya pertenece por entero a nuestra forma de ser». Precisamente, esta contradicción aparente es la que corresponde a la realidad. Los hombres de esta época tienen dos vertientes y se encuentran en mitad del puente de la transición. El comportamiento y el código de comportamiento han comenzado a moverse, pero el movimiento es aún muy lento. En la observación de los distintos momentos de esta evolución nos falta la medida exacta que nos permita distinguir el cambio real de lo que es una mera oscilación casual; que nos permita saber cuándo y cómo se avanza, cuándo algo va quedándose atrás. Nos falta una pauta que nos permita saber si se trata verdaderamente de un cambio en un sentido determinado; que nos permita saber si, en verdad, la sociedad europea, impregnada del concepto de *civilité,* va acercándose lentamente a aquel tipo de comportamiento moral, a aquella pauta de conducta, de las costumbres y de la configuración emocional que es característica de la sociedad «civilizada» desde el punto de vista de la «civilización» occidental.

8. No es nada fácil hacer claramente visible este movimiento, precisamente porque se produce de un modo tan lento e igual, paso a paso, y porque, además, presenta numerosas oscilaciones, con curvas grandes y pequeñas. Evidentemente, no será suficiente considerar por separado cada esca-

* Las cosas que antes se hacían ya no se hacen/ y cada día se inventan cosas nuevas Muchos no arraigan/ sino que son cambiantes y a menudo se transforman en cosas del hombre/las cosas antaño permitidas están hoy prohibidas;/Y después de esto se verá cómo se imponen las cosas/ a las que los hombres no conceden hoy ningún valor.

lón en el que dispongamos de un documento que sea testimonio del grado de desarrollo de las costumbres y de los modales. Por el contrario, es preciso tratar de examinar el conjunto del movimiento o, por lo menos, una parte considerable del mismo, como si dispusiéramos de un catalizador. Es preciso juntar unas imágenes con otras para poder ver en su conjunto el proceso desde una perspectiva determinada, con el cambio paulatino de las formas de comportamiento, de la afectividad y con el avance de los límites de lo que se considera tolerable.

Los libros sobre buenos modales nos dan esta posibilidad. Estos libros nos ofrecen testimonios detallados del comportamiento humano especialmente en las costumbres de la mesa, testimonios siempre sobre la misma vertiente de la vida social y que han llegado hasta nosotros con escasas lagunas prácticamente desde el siglo xiii hasta el siglo xix ó xx, aunque sus fechas carecen de toda regularidad. De este modo es posible juntar imagen con imagen y también pueden hacerse visibles trozos enteros del proceso. Y quizá sea una ventaja antes que un inconveniente el hecho de que, en estos libros, se ofrezcan a la observación formas de comportamiento relativamente simples y elementales, en las cuales el margen individual de acción es relativamente reducido en comparación con las pautas sociales.

Estos libros sobre la compostura en la mesa y las buenas maneras constituyen una tradición literaria de un tipo especial.

Si sometemos la herencia escrita del pasado a la crítica, en especial bajo el punto de vista de lo que hoy llamamos «significación literaria», resulta que la mayoría de estas obras carece de valor.

Pero si lo que queremos es comprobar las formas de comportamiento que una sociedad esperaba de sus miembros y a las que los individuos trataban de ajustarse, si lo que queremos es observar los cambios de las costumbres, de las normas y de los tabúes sociales, entonces estos libros de consejos (que quizá carecen de todo valor literario) alcanzan una importancia especial, puesto que nos aclaran procesos en la evolución de la sociedad de los que no tenemos muchos testimonios directos precisamente por tratarse del pasado. Estos libros nos muestran lo que buscamos, esto es, a qué grado de usos y comportamientos trataba cada sociedad de acostumbrar a sus miembros en épocas concretas. Estas poesías y escritos son instrumentos directos del «condicionamiento» o «configuración» [40], de la integración del individuo en aquellas formas de comportamiento que hacen necesarios la estructura y la situación de su sociedad, y, al mismo tiempo, a través de lo que reprochan y de lo que alaban, muestran la distancia que media en cada caso, entre las buenas y malas costumbres desde un punto de vista social.

IV. LA COMPOSTURA EN LA MESA

PARTE 1: TEXTOS

a) Textos que reflejan de modo relativamente puro el comportamiento de la respectiva clase alta.

Siglo xiii

A

Daz ist des tanhausers getiht und ist
guod hofzuht[41] *
1 Er dünket mich ein zühtic man,
der alle zuht erkennen kan,
der keine unzuht me gewan
und im der zühte me zeran
2 Der zühte der ist also vil
und sint ze manegen dingen guot;
nu wizzent, der in volgen wil,
dar er vil selten missetuot.**
....
25 Swenne ir ezzt, so sit gemant
daz ir vergezzt der armen niht;
so wert ir gote vil wol erkant,
ist daz den wol von íu geschiht.
33 Kem edeler man selbander sol
mit einem leffel sufen niht;
daz zimet hübschen liuten wol,
den dicke unedellich geschiht.
37 Mit schüzzeln sufen niemen zimt,
swie des unfuor doch maneger lobe,
der si frevellichen nimt
und in sich giuzet, als er tobe.***

Parecido al verso 25, encontramos la primera regla de Bonvicino de la Riva:

La primera è questa:
che quando tu è mensa,
del povero bexognoxo
imprimamente ínpensa.*

Y de Ein spruch der ze tische kêrt[42]:

mit der schüzzel man niht sufen sol,
mit einem ietel, daz stât wol.**
Swer sich über die schüzzel habt,
und unsûberhchen snabt
mit dem munde, als era swin,
der sol bi anderm vihe sin.
swer sniubet als ein lahs,
unde smatzet als ein dhas,
und rüsset so er ezzen sol,
diu driu dinc ziment niemer wol.***

* Este es el poema de Tannháuser y es de buena educación.
**Me parece un hombre educado/ conocedor de todas buenas maneras/ que nunca aprendió nada inconveniente/ y que no ha olvidado la educación./ Muchas son las buenas maneras/ y provechosas en muchas cosas/ sabed que quien las practique/ hará muchas menos faltas.
*** Cuando vayáis a comer, pensad/ en no olvidar a los pobres;/ cuanto mayor sea el bien que les hagáis/ mayor será el bien que recibiréis.
Dos hombres nobles/ no deben utilizar una sola cuchara;/ cuando la situación les obliga a ello/ les pasa algo grave.
Nadie debe beber de la sopera,/ aunque haya quienes alaben/ la facilidad con que algunos la manejan/ y se tragan su contenido como si bromearan.

---

* La primera es ésta:/ cuando te sientes a la mesa/ en el pobre necesitado/ primera mente piensa.
* No se debe beber de la sopera,/ es mejor hacerlo con una cuchara.
*** Quien se abalanza sobre la fuente/ y la babea suciamente/ con la boca, como un cerdo,/ debiera ir a comer con el ganado.
El que sopla como un salmón/ y hace ruidos con la boca como una foca/ y tose al sentarse a la mesa/ hace tres cosas que están mal.

41 Un der sich über die schüzzel
habet so er izzet, als ein swin,
und gar unsuberliche snabet
und smatzet mit dem munde sin...
45 Sümliche bizent ab der sniten
und stozents in die schüzzel wider
nach geburischen siten;
sülh unzuht legent die hübschen
nider.*
49 Etlicher ist also gemuot,
swenn er daz bein genagen hat,
daz erz wider in die schüzzel tuot;
daz habet gar für missetat.
53 Die senf und salsen ezzent
gern,die sulen des vil flizic sin,
daz si den unflat verbern
und stozen niht die vinger drin.**

O bien en las *Cortesías* de Bonvicino da Riva:

La sedexena apresso con veritae: No sorbilar dra bocha quando tu mangi con cugial; Quello fa sicom bastia, chi con cugial sorbilia. Chi doncha a questa usanza, ben fa s'el se dispolia.*

O bien en *The Booke of nurture and school of good manners* [43];

And suppe not lowde of thy Pottage no tyme in all thy lyfe.**

En relación con el verso 45, vid. *Ein spruch der ze tische kêrt,*

swer diu bein benagen hât, und wider in die schüzzel tuot, dâ sin die hövesechen vor behuot.***

O bien en *Quisquís es in mensa* [44],

in disco tacta no sit bucella redacta.****

* Y el que se abalanza sobre la fuente/ y come como un cerdo/ y babea suciamente/ y chasquea la boca...
Muchos, tras haber mordido el pan,/ vuelven a mojarlo en la fuente/ al uso de los campesinos/ las gentes bien no hacen tales cosas.
** Otras sienten la necesidad/ tras haber roído un hueso/ de debolverlo a la fuente/ lo cual es una costumbre muy fea.
A quienes les gusta la mostaza y la salsa/ deben poner mucha atención/ en evitar la porquería/ de meter los dedos en ellas.

* En verdad, la decimosexta es la siguiente:/ no sorbas con la boca cuando comas con cuchara/ que quien sorbe con la cuchara es como una bestia/ quien tiene esa costumbre debiera abandonarla.
** Y no hagas ruido al sorber la sopa/ en todos los días de tu vida.
*** Roer un hueso/ y ponerlo luego sobre la mesa/ es algo que las personas educadas se guardarán de hacer.
**** No se debe poner sobre el plato algo que ya se ha tenido en la boca.

57 Der riuspet, swenne er ezzen sol, und in daz tischlach sniuzet sich, diu beide ziment niht gar wol, ais ich des kan versehen mich.
65 Der beide reden und ezzen wil, diu zwei werc mit einander tuon, und in dem slaf wil reden vil, der kan vil selten wol geruon.
69 Ob dem tische lat daz brehten sin, so ir ezzet, daz sümliche tuont, dar an gedenkent, friunde min, daz nie kein site so übele stuont.*

81 Ez dünket mich groz missetat, an sweme ich die unzuht sihe, der daz ezzen in dem munde hat und die wile trinket ais ein vihe.
85 ir sült iht blasen in den tranc, des spulgen sümeliche gern; daz ist ein ungewizzen danc, der unzuht solté man enbern.
94 E daz ir trinkt, so wischt den munt, daz ir besmalzet niht den tranc; diu hovezuht wol zimt alie stunt und ist ein hovelich gedanc.**

En relación con el verso 65, en *Stans puer in mensam* [45] leemos:

nunquam ridebids nec faberis ore repleto.*

En relación con el verso 81, *vid.* también en *Quisquís es in mensa:*

qui vult potare debet prius os vacuare.**

O bien, en *The Babees Book:*

And white fulle mouthe drynke in no wyse.***

En relación con el verso 85, *vid.* también *The Boke of Curtasye* [46]:

Ne blow on thy drinke ne mete
Nether for colde, nether for hete.****

En relación con el verso 94, *vid.* *The Babees Book:*

whanne ye shalle drynke, your mouthe clence withe a clothe.*****

O bien de una *Contenance de table* [47],

ne boy pas la bouche baveuse,
car la coustme en est honteuse.******

* El que carraspea cuando va a comer/ y se suena la nariz con el mantel/ hace dos cosas que no están bien,/ a lo que yo entiendo.
El que quiere hablar y comer/ hacer las dos cosas al mismo tiempo/ y quier hablar en sueños/ raramente conseguirá descansar.
En la mesa no alborotéis/ mientras coméis, como hacen algunos,/ pensad, amigos míos,/ que nunca hubo costumbre más desagradable.
** Me parece que es una gran grosería/ cuando veo la falta de educación/de quien, teniendo la comida en la boca/ bebe mientras tanto como una bestia.
No debéis soplar en vuestra bebida/ como les gusta hacer a muchos/ es un hábito grosero/ del que debes deshaceros.
Antes de beber, limpiaos la boca/ para no manchar la copa/ todos debieran seguir esta buena costumbre/ porque es una idea cortés.

* No reirás ni hablarás con la boca llena.
** El que quiere beber debe vaciarse antes la boca.
*** Jamás se beberá con la boca llena.
* * * * No soples jamás en tu bebida ni comida/ porque esté caliente ni porque esté fría.
***** Cuando bebas/ limpíate la boca con una servilleta.
**** No bebas con la boca llena de saliva/ que es costumbre vergonzosa.

105 Und die sich uf den tisch legent, so si ezzent, daz enstet niht wol; wie selten die die helme wegent, da man frouwen dienen sol.
109 Ir sült die kel ouch jucken niht, so ir ezzt, mit blozer hant; ob ez aber also

geschiht, so nemet hovelich daz gewant.

113 Und jucket da mit, daz zimt baz, denn iu diu hant unsuber wirt; die zuokapher merkent daz, swer sülhe unzuht niht verbirt*.

117 Ir sült die zende stüren niht mit mezzern, ais etlicher tuot, und ais mit manegem noch geschiht; swer des phliget, daz ist niht guot.

125 Swer ob dem tisch des wenet sich, daz er die gürtel witer lat, so wartent sicherliche uf mich, er ist niht visch biz an den grat.

129 Swer ob dem tische sniuzet sich, ob er ez ribet an die hant, der ist ein gouch, versihe ich mich, dem ist niht bezzer zuht bekant.

141 Ich hoere von sümlichen sagen (ist daz war, daz zimet übel), daz si ezzen ungetwagen; den selben müezen erlamen die knübel!**

En relación con el verso 105, igualmente en *The Babees Book,*

Nor on the borde lenynge be yee nar sene.*

En relación con el verso 117 *vid.* entre otros, *Stans puer in mensam*[48]

Mensa cultello, dentes mundare caveto.**

En relación con el verso 141 *vid.* también, *Stans puer in mensam*

Illotis manibus escás ne sumpseris unquam.***

* Y aquéllos que se echan sobre la mesa/ cuando van a comer, no hacen bien/ al igual que poco mueven el yelmo/ quienes sirven a las mujeres.

No debéis rascaros el cuello/ con la mano mientras coméis/ si ha de ser así/ servios educadamente de vuestra ropa.

Rascaos con la ropa, pues eso es mejor/ que ensuciarse las manos/ pues los otros lo perciben/ no perdonan tal falta de educación.

** No debéis limpiaros los dientes/ con los cuchillos, como muchos hacían/ y otros siguen haciendo./ Quien tiene esa costumbre, hace mal.

Quien, al sentarse a la mesa/ se afloja el cinturón/... (?)

Quien se suena estando a la mesa/ y se limpia luego con el mantel/ es un necio que, en mi opinión/ no conce mejor educación.

He oído decir de algunos/ (y, si es cierto, está muy mal)/ que comen sin haberse lavado. ¡Ojalá se les paralicen los dedos.

* No soples en lo que hayas de beber o comer.

** No te limpies los dientes en la mesa con el cuchillo.

*** No cojas nunca los alimentos con las manos sucias.

157 In diu oren grifen niht enzimt und ougen, ais etlicher tuot, swer den unflat von der nasen nimt, so er izzet, diu driu sint niht guot.*

En relación con el verso 157, *vid.,* entre otros, *Quisquís es in mensa,*

Non tangas aures nudis digitis ñeque

Esta pequeña selección de paralelismos se ha compilado en una rápida ojeada a las distintas obras sobre compostura en la mesa y buenos modales en general y no es exhaustiva en absoluto. Lo más que se pretende con ello es dar una impresión de los parecidos que hay entre el tono general y el contenido de las normas y prohibiciones, en las distintas series de tradiciones y también a lo largo de los siglos de la Edad Media.

* No es correcto tocarse las orejas/ o los ojos, como hacen muchos/ o sacarse los mocos de la nariz/ cuando se está comiendo; son tres cosas que no deben hacerse.

* No te toques los ojos o la nariz con los dedos descubiertos.

¿Siglo xv?

B

Siguen *Les contenances de la table*[49] *(La compostura en la mesa)* (Selección)

I

Enfant qui veult estre courtoys	Niño que quieres ser cortés
Et á toutes gens agreable	y a todo el mundo agradable.
Et principalement a table	En la mesa principalmente
Garde ces rigles en françois.	observa estas reglas en francés.

II

Enfant soit de copper soigneux	Niño cuida de cortarte las uñas,
Ses ongles, et oster lordure	y de tirar la suciedad.
Car se l'ordure il y endure	Pues si la suciedad se queda
Quant ilz se grate yert roingneux.	al rascarte tendrás sarna.

III

Enfant dhonneur, lave tes mains	Niño, pajecillo, lávate las manos
A ton lever, á ton disner,	al levantarte, al comer
Et puis au supper sans finer	y al cenar antes de terminar.
Ce sont trois foys a tous le moins.	Estas son tres veces por lo menos.

XII

Enfant, se tu es bien sçavant,	Niño, si eres experimentado
Ne mes pas ta main le premier	no seas el primero en coger de la fuente.
Au plat, mais laisse y toucher	Antes deja que lo haga
Le maistre de lhostel avant.	el dueño de la casa.

XIII

Enfant, gardez que le morseau	Niño, procura que el trozo
Que tu auras mis en ta bouche	que hayas llevado a la boca
Par une fois, jamáis natouche,	una vez, no toque más
Ne soit remise en ton vaisseau.	ni vuelva a tu plato.

XIV

Enfant, ayes en toy remors	Niño, si has faltado
De t'en garder, se y as failly,	ten remordimientos.
Et ne presentes á nulluy	Y no ofrezcas a nadie
Le morseau que tu auras mors.	El trozo que hayas mordido.

XV

Enfant, garde toy de maschier	Niño, guárdate de masticar
En ta bouche pain ou viande,	en tu boca pan o carne
Oultre que ton cuer ne demande,	más del que tengas necesidad
Et puis apres le recrascher.	y de devolverlo después.

XVII

Enfant, garde quen la saliere Tu ne mettes point tes morseaulx Pour les saler, ou tu deffaulx, Car cest deshonneste maniere.

Niño, guárdate de meter en el salero los trozos de comida para salarlos. Sería una falta pues es costumbre incorrecta.

XXIV

Enlant, soyes tousjours paisible, Doulx, courtois, bening, amiable, Entre ceulx qui sierront á lable Et te gardes destre noysibles.

Niño, sé siempre apacible, suave, cortés, moderado, amable con los que se sienten a la mesa. Y guárdate de molestar.

XXVI

Enfant, se tu faiz en ton verre Souppes de vin aucunement, Boy tout le vin entierement, ou autrement le gecte a terre.

Niño, si no haces sopas de vino en tu vaso bébetelo entero o bien tíralo al suelo.

XXXI

Enfant, se tu veulx en ta pence Trop excessivement bouter Tu seras constraint á rupter Et perdre toute contenance.

Niño, si quieres tu panza en exceso llenar tendrás que eructar y perder la compostura.

XXXIV

Enfant garde toy de frotter Ensamble tes mains, ne tes bras Ne á la nappe, ne aux draps A table on ne se doit grater.

Niño, cuídate de no frotarle las manos o los brazos con el mantel o las servilletas. En la mesa no hay que rascarse.

1530

C

De *De civilitate morum puerilium* (Cap. IV), de Erasmo de Rotterdam.

Mantile si datur, aut humero sinistro aut bracchio laevo imponito. (Si te dan una servilleta, póntela sobre el hombro o sobre el brazo izquierdo.)

Cum honoratioribus accubiturus, capite prexo, pileum relinquito. (Si te sientas a la mesa con personas importantes, quítate el sombrero, pero procura estar peinado.)

A dextris sit poculum et cultellus escarius rite purgatus, ad laevam pañis. (A la derecha, la copa y el cuchillo; a la izquierda, el pan.)

Quidam ubi vix bene consederint, mox manus in epulas conjiciunt. Id luporum est... (Algunos echan mano a la fuente apenas se han sentado. Esto es lo que hacen los lobos...)

Primus cibum appositum ne attingito, non tantum ob id quod arguit avidum, sed quod interdum cum periculo conjunctum est, dum qui f'ervidum inexploratum recipit in os, aut expuere cogitur, aut si deglutiat, adurere gulam, utroque ridiculus aeque ac miser. (No te abalances el primero sobre la fuente que se acaba

de servir, no solamente porque pasarás por un glotón, sino porque puede acarrearte algún peligro, puesto que, quien inadvertidamente, se mete algo muy caliente en la boca, sin haberlo probado o bien tiene que escupirlo de nuevo o bien quemarse el paladar si lo llegara a tragar y en ambos casos resulta por igual ridículo y penoso.)

Aliquantisper morandum, ut puer assuescat affectui temperare (Es bueno esperar un poco para que el muchacho aprenda a dominar sus impulsos.)

Dígitos in jusculenta immergere, agrestium est: sed cultello fuscinave tollat quod vult, nec id ex toto eligat disco, quod solent liguritores, sed quod forte ante ipsum jacet, sumat. (Meter los dedos en la salsa es de aldeanos: cójase lo que se quiera con el cuchillo y con el tenedor, sin andar rebuscando en la fuente, como hacen los golosos; antes bien, tómese lo primero que se encuentre a mano.)

Quod digitis excipi non potest, quadra excipiendum est. (Lo que no se pueda tomar con los dedos, tómese en el plato.)

Si quis e placenta vel artorcrea porrexit aliquid, cochleari aut quadra excipe, aut cochleare porrectum accipe, et inverso in quadram cibo cochleare reddito. (Si alguien te ofrece un trozo de torta o de pastel de carne con la cuchara, tómalo con tu *quadra* y devuelve la cuchara.)

Si liquidius est quod datur, gustandum sumito et cochleare reddito,, sed ad mantile extersum. (Si lo que se te ofrece es un líquido, cátalo y devuelve la cuchara, pero antes limpíala con la servilleta.)

Dígitos unctos vel ore praelingere, vel ad tunicam extergere, pariter incivile est: id mappa potius aut mantili faciendum. (No es correcto chuparse los dedos o secárselos en la ropa. Lo mejor es servirse del vestido o de la servilleta.)

1558

D

Selección del *Galateo,* de Giovanni della Casa, arzobispo de Benevento, citado por la edición pentalingüe, Ginebra, 1609 (pág. 68).

Qué creéis que hubieran dicho el obispo y su noble compañía (il *Vescovo e la sua nobile brigata)* a estos que vemos ahora comportarse como cerdos, con el hocico metido en la sopa; que no levantan la cara, ni la mirada, ni mucho menos separan las manos de la comida; que inflan las dos mejillas como si fueran a tocar la trompeta o quisieran animar un fuego; que no comen, sino que devoran y que engullen glotonamente los manjares; que se ensucian las manos casi hasta los codos y dejan luego tales servilletas que, a su lado, los trapos de cocina y los de fregar parecen mucho más limpios.

Y, con todo, estos cochinos no se avergüenzan de secarse sin descanso con tales servilletas el sudor (que, a causa de su glotonería sin pausa ni medida, les baja desde la cabeza, por la frente y la cara, hasta el cuello) y, además, se suenan en ellas las narices siempre que les viene en gana.

1560

E

Selección de una *Civilité* de C. Calviac [50],

(Ha tomado mucho de Erasmo, pero también contiene observaciones propias).

Una vez que el niño se haya sentado, si tiene una servilleta ante él, sobre su plato, la cogerá y la pondrá sobre el brazo o sobre el hombro izquierdo; luego, pondrá el pan del lado izquierdo, el cuchillo del derecho, al igual que el vaso, si es que quiere dejarlo sobre la mesa, para tenerlo a mano sin molestar a nadie. Porque podría pasar que no se pudiera tener el vaso sobre la mesa o en el lado derecho, sin molestar de este modo a alguien.

Es necesario que el niño tenga la discreción de conocer las circunstancias del lugar en el que se encuentre.

Al comer... habrá de tomar lo primero que le venga a mano en su plato.

Si hubiere salsas, el niño podrá mojar en ellas decentemente un trozo de pan... sin volverlo del otro lado, una vez que lo haya mojado del uno...

Es muy necesario que, desde su infancia, el niño aprenda a despiezar una pierna, una perdiz, un conejo y cosas similares.

Resulta excesivamente ordinario que el niño ofrezca algo tras haberlo mordido o cuando no quiera comerlo, si no es a su criado.

Tampoco es más decente sacarse de la boca una cosa que ya se hubiera masticado y ponerla sobre el plato; a no ser que esté sorbiendo el tuétano de algún hueso pequeño, a modo de entretenimiento, mientras llega el postre, pues, tras haberlo sorbido, deberá ponerlo sobre su plato, al igual que los huesos de cerezas y de ciruelas, ya que no es bueno tragarlos ni tirarlos al suelo.

El niño no debe roer los huesos en demasía, como hacen los perros.

Si el niño quisiera sal, la tomará con la punta de su cuchillo y no con tres dedos.

El niño debe cortar su carne en trozos pequeños sobre su plato... y no debe llevársela luego a la boca con las dos manos indistintamente, como hacen los pequeños que empiezan a comer, sino que tiene que hacerlo siempre con la mano derecha, cogiendo con decencia el pan o la carne solamente con tres dedos.

En cuanto a la manera de masticar, es distinta según los lugares o países en que se está; puesto que los alemanes mastican con la boca cerrada y les parece feo hacerlo de otro modo. Los franceses, por el contrario, abren la boca a medias y el procedimiento alemán les parece un poco ordinario. Los italianos lo hacen con mucha suavidad y los franceses con más rapidez, por lo que la manera de los italianos se les antoja demasiado delicada y preciosista.

Así, cada nación tiene algo peculiar y diferente de las otras; razón por la que el niño podrá proceder según las leyes y costumbres del lugar en que se encuentre.

Por lo demás, los alemanes utilizan cucharas para comer la sopa y todas las cosas líquidas, mientras que los italianos utilizan tenedores. Los franceses se sirven de lo uno o de lo otro, según les parece más cómodo en cada caso. Los italianos no le dan importancia al hecho de que cada comensal tenga su cuchillo; en cambio, los alemanes son muy puntillosos en esto, de forma que se les produce un gran disgusto cuando se les pide o se usa su cuchillo. En el caso de los franceses sucede al contrario: toda la mesa, llena de personas, se servirá de dos o tres cuchillos, sin tener inconveniente en cogerlos, pedirlos o pasarlos si se les solicita. Por lo cual, si alguien pide su cuchillo al niño, éste debe entregarlo tras haberlo limpiado con una servilleta, sosteniéndolo por la hoja y presentando el mango al que lo pide, pues no sería decente hacerlo de otro modo.

Entre 1640 y 1680

Selección de una canción del Marqués de Coulanges [51]

Jadis le potage on mangeoit
Dans le plat, sans cérémonie,
Et sa cuillier on essuyoit
Souvent sur la poule bouillie.
Dans la fricassée autrefois
On saussait son pain et ses doigts

Chacun mange présentement
Son potage sur son assiette;

Il faut se servir poliment

Et de cuillier et de fourchette,

Et de temps en temps qu'un
valet Les aille laver au buffet

Antaño se comía la sopa
en la fuente común, sin
ceremonias.
Y se secaba la cuchara
a menudo en el pollo cocido.
Otras veces en el guiso de ave
se mojaba en la salsa el pan y
los dedos.

Hoy día cada uno come
su sopa en su plato.
Es preciso servirse con
corrección
de la cuchara y del tenedor.
Y que, de vez en cuando, un
criado
vaya a lavarlos a la antecocina.

1672

Selección del *Nouveau traite de Civilité,* de Antoine de Courtin, p. 127.

Cuando hay que comer de una fuente común, es preciso guardarse de hacerlo el primero, antes de que los superiores lo hayan hecho; y guardarse también de hacerlo en un lugar de la fuente que no sea el que tenemos frente a nosotros; todavía más hay que guardarse de coger los trozos mejores, incluso aunque se sea el último en coger.

Es preciso recordar que hay que limpiar siempre la cuchara cuando, tras haberos servido de ella, queréis coger algo en otra fuente, siempre que haya gentes tan delicadas que no querrán comer sopa en el lugar en el que hayáis metido vuestras cucharas, tras haberlas llevado a la boca.

E, incluso, cuando se está en la mesa de gentes muy finas, no basta con limpiar la cuchara; hay que pedir otra. Así, hay ya muchos sitios en los que, con las fuentes, se sirven cucharas cuya única misión es coger sopa o salsa.

No se debe comer la sopa de la fuente común, sino poner una porción en el plato propio. Si estuviere demasiado caliente, no es correcto soplar en cada cucharada; hay que esperar a que se enfríe.

Si, por desgracia, uno se hubiera quemado, es preciso sufrirlo pacientemente y sin manifestarlo; pero si la quemadura es demasiado insoportable, como sucede a veces, es necesario coger el plato y llevarlo contra la boca, con rapidez y sin que los demás lo perciban y, cubriéndose con la otra mano, depositar sobre el plato lo que se tiene en la boca y dárselo por detrás a un lacayo. La civilidad exige la cortesía, pero no exige que seamos unos suicidas. Es muy incorrecto tocar las cosas con los dedos, ya sean grasas, salsas o jugos, puesto que ello os obligará a realizar, además, otras dos o tres incorrecciones, como la de limpiaros frecuentemente los dedos en la servilleta, ensuciándola como un trapo de cocina, de modo que produce repugnancia a los demás cuando os ven llevárosla a la boca para secaros; la segunda es la de limpiaros en el pan, lo que es

muy grosero y la tercera es la de chuparos los dedos, lo cual es el colmo de la grosería.

P. 273

Al igual que muchos (i.e., usos) han cambiado ya, no hay duda que hay muchos otros que cambiarán en el futuro.

Antaño, se podía mojar el pan en la salsa; bastaba con que no se le hubiera mordido antes. Hoy, tal cosa se consideraría como una especie de rusticidad.

Antaño podía uno sacarse de la boca lo que no podía comer, para tirarlo al suelo, siempre que ello se hiciera con habilidad. Hoy día, tal cosa sería una gran suciedad.

H

1717

Selección de *De la Science du Monde et des Connoissances utiles a la Conduite de la vie,* de François de Calliéres.

En Alemania y en los reinos del Norte se entiende que es cortés y decoroso que un príncipe beba el primero a la salud de aquel o de aquellos con quienes se encuentra y de hacerles ofrecer a continuación el mismo vaso, o la misma copa, con el mismo vino, generalmente. Entre ellos, beber de la misma copa no revela una falta de educación, sino un rasgo de franqueza y de amistad. Las mujeres beben las primeras y, en seguida dan, o hacen dar su vaso, con el mismo vino del que ellas han bebido a la salud de su interlocutor, sin que esto se considere un favor especialmente particular, como entre nosotros...

Yo no puedo aprobar, contesta una Señora (p. 101) esta manera de beber en el mismo vaso, ni aun a riesgo de disgustar a los señores del Norte, y menos aún la de beber el resto de lo que las damas han dejado; me parece una grosería que me haría desear que testimoniasen su sinceridad por otros procedimientos.

b) *Textos de libros que representan la difusión de las costumbres y modelos entre las clases burguesas amplias, como en el caso de* Les règles de la bienséance et de la civilité Chrétienne, *de La Salle o bien que muestran de modo bastante puro las pautas de educación burguesas y probablemente de la burguesía provinciana, como en el caso del texto I.*

En el texto I, aproximadamente del año de 1714, todavía se come de una fuente común. No se prohibe que se tome la carne del plato propio con las manos. Hasta las costumbres «malas» de que se habla en el texto, han desaparecido en buena medida entre la clase alta.

La *Civilité* de 1780 citada es un folleto de 48 páginas, impreso en Caen con un mal tipo de letra *civilité,* sin año de edición. El Catálogo del British Museum le asigna el año de 1780, con un signo de interrogación. En cualquier caso, este cuaderno es un buen ejemplo de la enorme cantidad de li-

bros o folletos de *civilité* que se difundieron por toda Francia. A juzgar por su tono general, esta *Civilité* estaba manifiestamente destinada a capas populares urbanas de provincias. En ningún otro escrito de *civilité* del siglo XVIII, de los que aquí se citan, se habla de un modo tan directo de las necesidades corporales como en él. La pauta que marca este escrito recuerda en muchos aspectos la pauta que marcaba a la clase alta la *civilité* de Erasmo. En ésta todavía es perfectamente natural tomar la comida con las manos. Este texto parece aquí especialmente conveniente como complemento de las otras citas y, en especial, como recordatorio de que se trata de ver el movimiento, en toda su multiplicidad polífona, es decir no solamente como una línea, sino como yuxtaposición de motivos similares, al igual que en la fuga musical; motivos similares de clases sociales distintas en este caso.

El texto de 1786 revela de modo directo todo el movimiento de difusión de arriba abajo. Es un texto especialmente significativo porque en él aparecen claramente como específicas de la clase alta cortesana (y ajenas todavía a los burgueses), costumbres que, entre tanto, se han generalizado como «costumbres de la sociedad civilizada». Muchas de las que hoy consideramos como «costumbres civilizadas», siguen teniendo la misma forma que cuando eran solamente usos cortesanos.

La cita del año de 1859 sirve para recordarnos que en el siglo XIX ya se había olvidado por completo todo el movimiento de difusión y que, al igual que hoy, la pauta de «civilización» que hacía poco se había alcanzado, se daba ya por supuesta, apareciendo, en cambio, como cosas de «bárbaros» los modos y maneras de las épocas anteriores.

I

1714

Selección de una *Civilité françoise* anónima (Lieja, 1714 [?]),p. 48.

No es correcto sorber la sopa de la escudilla, a no ser que se esté en familia y que ya se haya comido la mayor parte con la cuchara.

Si se sirve la sopa en una sopera común, meted la cuchara cuando os corresponda, sin precipitaros.

No tengáis siempre el cuchillo en la mano, como hacen los aldeanos; basta con que lo cojáis cada vez que os sea necesario.

Cuando os sirvan carne, no es educado cogerla con la mano; es preciso alargar el plato con la mano izquierda, teniendo el cuchillo y el tenedor con la derecha.

No es correcto dar a oler la carne a los demás y, desde luego, hay que guardarse mucho de depositarla de nuevo en la fuente una vez que se la ha olido. Si cogéis la comida de una fuente común, no elijáis los trozos mejores. Cortad con el cuchillo tras haber pinchado con el tenedor la carne que hay sobre la fuente y servios de éste para llevar al plato lo que hayáis cortado; no cojáis la carne con la mano...

No se deben arrojar al suelo huesos, cascara de huevos o pieles de frutas. Lo mismo puede decirse de las pepitas; es más educado sacarlas de la boca con dos dedos que escupirlas en la mano.

J

1729

Selección de *Les Règles de la Bienséance el de la Civilité Chrétienne* (Rouen, 1729), de De La Salle.

De las cosas de que debe uno servirse cuando está uno a la mesa (p. 87).

En la mesa, debe uno servirse de una servilleta, de un plato, de un cuchillo, de una cuchara y de un tenedor: sería muy indecente prestarse cualquiera de estas cosas mientras se esté comiendo.

Corresponde a la persona de mayor rango desplegar la primera la servilleta y los demás deben esperar para desplegar la suya a su vez. Cuando las personas son, poco más o menos, de igual rango social, todos las despliegan al mismo tiempo, sin mayor ceremonia. (N.B. Con la «democratización» de la sociedad y de la familia, esto se convirtió en regla generalizada.) La estructura social (que aquí sigue siendo aún jerárquico-aristocrática), se refleja todavía en las costumbres más elementales de las personas.

No es honesto servirse de la servilleta para secarse el rostro; aún lo es menos utilizarla para frotarse los dientes y constituiría una de las faltas más groseras contra la civilidad utilizarla para sonarse la nariz... El uso que puede y debe hacerse de la servilleta cuando se está en la mesa consiste en servirse de ella para limpiarse la boca, los labios y los dedos, si están grasientos, para desengrasar el cuchillo antes de cortar el pan y para limpiar la cuchara y el tenedor cuando uno los haya usado. (N.B. Este es uno de los numerosísimos ejemplos de la regulación estricta a que tenemos sometidas nuestras comidas. La utilización de cada utensilio de mesa está determinada y configurada por una serie de normas y prohibiciones muy precisas. Ninguna es completamente natural, a pesar de lo que crean las generaciones posteriores. Los usos se perfilan lentamente en correspondencia con la estructura y los cambios de las relaciones humanas.)

Cuando se tienen los dedos muy grasientos, conviene desengrasarlos primeramente con un trozo de pan que hay que dejar de inmediato sobre el plato, antes de limpiarse con la servilleta, con el fin de no cubrirla de grasa y ensuciarla demasiado.

Cuando la cuchara, el tenedor o el cuchillo estén sucios o grasientos, resulta muy inconveniente chuparlos y no está nada bien secarlos, o lo que sea, con el mantel. En estas ocasiones y otras similares conviene servirse de la servilleta y, por lo que hace al mantel, es preciso procurar tenerlo siempre muy limpio y no dejar caer en él agua, vino ni nada que pueda ensuciarle.

. Cuando el plato está sucio, hay que guardarse de rastrillarlo con la cuchara o con el tenedor para limpiarlo, o bien de limpiar el fondo del plato o de cualquier fuente, con los dedos; todo esto es muy poco decente. Lo que hay que hacer es no tocarlo y, si se puede, hacer que se lo lleven y traigan uno nuevo.

Cuando se está a la mesa, no es preciso tener siempre el cuchillo en la mano; basta con tomarlo cuando sea necesario.

Es muy incivil llevarse un trozo de pan a la boca cuando se tiene un cuchillo en la mano; y todavía lo es más llevarlo con la punta del cuchillo. La misma regla debe observarse en el caso de que se coman manzanas, peras u otros frutos (N.B. Estos son ejemplos para el tabú de los cuchillos.)
Es contrario a las buenas maneras coger el cuchillo o el tenedor con toda

la mano, como quien sostiene un bastón. Antes bien, hay que cogerlos con los dedos.

No hay que servirse del tenedor para llevarse a la boca las cosas líquidas... es la cuchara la que sirve para estos menesteres.

La decencia manda servirse siempre del tenedor para llevarse la carne a la boca, pues la educación no permite tocar con los dedos las cosas grasientas, las salsas y los jugos; y, si alguien lo hace, no evitará cometer a continuación algunas otras faltas, como limpiarse a menudo los dedos en la servilleta, lo que la ensuciaría mucho, o limpiárselos en el pan, lo que sería muy incivil, o chupárselos, cosa que no se puede permitir a ninguna persona bien nacida y bien educada. (Todo este pasaje corno muchos otros, está tomado del *Nouveau Traité,* de Courtin, 1672, texto G, pp. 159-160. Aparece asimismo en otros escritos de *civilité* del siglo XVIII. La justificación de la prohibición de comer con las manos es especialmente instructiva y también en Courtin se refiere exclusivamente a que no se deben tocar con las manos las comidas grasientas, especialmente las que tienen salsa, porque ello obliga a una serie de actos posteriores «repugnantes» de ver. En De La Salle esta norma no se aplica al pie de la letra, puesto que, en otro lugar dice: cuando tengas los dedos grasientos..., etc. La prohibición no es, ni con mucho, algo tan absolutamente evidente como hoy se supone. Puede verse con qué lentitud ha ido convirtiéndose en una costumbre interiorizada, en una «autocoacción».)

K

1774

Selección de *Les Règles de la Bienséance et de la Civilité Chrétienne,* de De La Salle, edición de 1774, p. 45 y ss.

(N.B. En la época crítica de fines del reinado de Luis XV, en la que como se ha señalado más arriba, la intensificación de las presiones a favor de la Reforma, muestra a las claras los cambios sociales, y en la que se impone definitivamente el concepto de *civilisation,* entre otros, también se reedita con modificaciones la *Civilité* de De La Salle que, hasta entonces, había venido reimprimiéndose inalterado. Los cambios en las pautas de comportamiento que se introducen en la nueva edición son muy ilustrativos y, en muchos casos, son bastante considerables. El cambio es parcialmente perceptible, sobre todo, en aquellas cosas que ya no es necesario mencionar. Muchos capítulos son más breves que antes y bastantes «malas costumbres» que antes se exponían con toda minuciosidad, ahora sólo se mencionan rápidamente y de pasada. Lo mismo cabe decir de muchas necesidades corporales que anteriormente se exponían con todo detalle y por separado. El tono general es infinitamente menos cauteloso y, a menudo, mucho más directo que en las otras ediciones.)

Como quiera que la servilleta está destinada a proteger la vestimenta de las manchas u otras suciedades, inseparables de la comida, es preciso extenderla de tal modo que cubra la delantera del cuerpo hasta las rodillas desde debajo del cuello, pero sin introducirla dentro del propio cuello. La cuchara, el tenedor y el cuchillo deben colocarse siempre a la derecha.

La cuchara debe utilizarse para los líquidos y el tenedor para los manjares de alguna consistencia.

Cuando la una o el otro están sucios, puede limpiárselos con la servilleta, si es que no es posible procurarse otra cosa. Es preciso evitar limpiarlos con el mantel, puesto que ello constituye una falta de corrección imperdonable.

Cuando el plato esté sucio hay que pedir otro. Sería una grosería repugnante ponerse a limpiarlo con los dedos, con la cuchara, con el tenedor o con el cuchillo.

En las buenas casas, los criados atentos cambian los platos sin que sea necesario indicárselo.

Nada más repugnante que chuparse los dedos, tocar los manjares y llevárselos a la boca con la mano, remover las salsas con el dedo y mojar en ellas el pan con un tenedor para chuparlo luego.

Jamás debe cogerse la sal con los dedos. En los niños hace muy feo que amontonen los trozos, que se saquen de la boca lo que han tenido en ella y han masticado ya o que se empujen la comida con los dedos. (Todo lo que antes se mencionaba como una «mala costumbre» de los niños. Los adultos ya no hacen tal cosa.) Nada más indecente que esto... oler los manjares, o husmearlos o dárselos a otro a husmear son faltas de educación que ofenden al dueño de la casa. Y si se encontrara algo inconveniente en los alimentos, preciso es retirarlos sin mostrarlo.

L

1780 (?)

Selección de un escrito anónimo: *La Civilité honete pour les Enfants.* Caen, s.d. (p. 35) *(vid.* las observaciones introductorias a este grupo de textos).

... Después extenderá su servilleta, pondrá el pan a la izquierda y el cuchillo a la derecha, para cortar la carne sin romperla. (La sucesión de formas que aquí se perfila puede documentarse ampliamente. La forma más elemental, que antaño era también costumbre en la clase alta, era la de despedazar la carne con las manos; aquí se describe el paso siguiente, que es el de cortar la carne con el cuchillo. Aún no se menciona el uso del cuchillo. Despedazar los trozos de carne pasa aquí por ser un signo de rusticidad mientras que cortarlos se tiene como señal de comportamiento urbano.) Procurará no llevarse el cuchillo a la boca. Tampoco debe poner las manos sobre el plato... y no debe acodarse sobre la mesa pues es cosa de enfermos o de ancianos.
En presencia de superiores, el niño educado será el último en servirse...

...después, si se ha servido carne, la cortará adecuadamente con el cuchillo y la comerá con el pan.

Sacarse de la boca la carne que ya se ha masticado para ponerla en el plato es una rusticidad y una cosa muy sucia. Tampoco debe volver a ponerse en la fuente lo que ya se haya quitado de ella.

M

1786

Selección de un diálogo entre el poeta Delille y el abate Cosson[52].

Finalmente, el abate Cosson, profesor de letras en el colegio Mazarino, me habló de una cena en la que, varios días antes, habíase encontrado con algunos cortesanos... en Versalles.

—Apuesto —le dije yo—, a que habéis cometido muchas inconveniencias.
-¡Cómo! —respondió rápidamente el abate Cosson, muy intranquilo—. Me parece haber hecho lo que todo el mundo hacía.
-¡Qué presuntuoso! Estoy seguro de que no habéis hecho nada al igual que los demás. Veamos, me limitaré a la cena. En primer lugar, ¿qué hicisteis con la servilleta al sentaros en la mesa?

—¿Con mi servilleta? Lo que todo el mundo: la desplegué, la extendí sobre mí y la sujeté por una esquina al ojal.

—Querido amigo, habéis sido el único en hacer tal cosa: uno no despliega la servilleta, sino que la deja sobre las rodillas. ¿Y cómo comisteis la sopa?

—Como todo el mundo, creo: cogí la cuchara con una mano y el tenedor con la otra...

—¡El tenedor, vaya por Dios! Nadie coge el tenedor para comer sopa... Pero explicadme cómo os las arreglasteis para comer el pan.
—Desde luego, como todo el mundo: lo corté educadamente con el cuchillo.

—¡Ah! El pan no se corta; se coge un pedazo con la mano... Sigamos, ¿cómo tomasteis el café?

—Ciertamente como todo el mundo... Quemaba, de forma que lo fui echando poco a poco de mi taza en el platillo.

—Bueno, sin duda hicisteis lo que no hizo nadie: todo el mundo bebe el café en su taza y nunca en el platillo.

N

1859

Selección de *The habits of Good Society,* Londres, 1859 (segunda edición sin modificaciones, 1889), p. 257.

No hay duda de que los tenedores fueron una invención posterior a los dedos, pero, como resulta que no somos caníbales, creo que fueron una buena invención.

PARTE II
OBSERVACIONES SOBRE LOS TEXTOS ACERCA DE LAS COSTUMBRES EN LA MESA

Grupo 1
Ojeada sobre las sociedades a las que se refieren los escritos citados

1. Las citas que aquí se han reunido sirven como ilustración de un proceso real, de una transformación en el comportamiento de los propios individuos y se han escogido precisamente aquellas que se pueden considerar como típicas, cuando menos, de ciertos grupos o clases sociales. Ninguna persona aislada, ni siquiera una individualidad tan original como Erasmo, ha inventado los «buenos modales» de su época.

Esta selección de textos nos permite escuchar a personas de épocas distintas hablando sobre el mismo objeto, poco más o menos. Los cambios se hacen así más claros que si se los describiera con palabras propias. A par-

tir del siglo xvi, como muy tarde, puede decirse que se encuentra en movimiento el conjunto de preceptos y prohibiciones con el que se busca configurar a los individuos, de acuerdo con las pautas imperantes en la sociedad. Ciertamente, este movimiento no es rectilíneo en absoluto, pero, a pesar de todas las oscilaciones y curvas parciales, puede reconocerse una «tendencia» muy concreta, una dirección determinada de desarrollo, si se presta atención al conjunto del coro a lo largo de los siglos.

Los escritos sobre buenos modales del siglo XVI son manifestaciones de la nueva aristocracia cortesana que va formándose lentamente, con elementos de diversa procedencia social. Y con ella crece el código diferenciador de costumbres.

En la segunda mitad del siglo xvii, De Courtin habla en nombre de una sociedad cortesana que está ya muy establecida, la de Luis XIV. Habla además, a personas de categoría que, aunque no viven en la corte, pretenden familiarizarse con los usos y costumbres de la corte.

En su «Advertencia» dice Courtin:

«No escribí este tratado para la imprenta, sino solamente para satisfacer a un gentilhombre de provincias, quien me había rogado, en su condición de amigo mío, que diera algunos preceptos de civilidad a su hijo, a quien él pensaba enviar a la corte, una vez que hubiera terminado sus estudios y sus prácticas.

«... (el autor) ha escrito este trabajo pensando solamente en las gentes decentes, que es a las que se dirige y, en especial, a aquella juventud que puede encontrar alguna utilidad a estos pequeños consejos, puesto que no todos tienen facilidad para desplazarse hasta París, a aprender en la corte el objeto de la cortesía.»

Las personas que viven en el círculo que marca la pauta no precisan de libro alguno para saber cómo «hay» que comportarse. Esto está claro en principio, por lo cual es importante asegurarse previamente de qué intención y en qué dirección se orienta la recopilación de algo que, en un primer momento, es un secreto diferenciador de un reducido círculo aristocrático-cortesano.

El sentido del movimiento de difusión está muy claro. Precisamente lo que se subraya es que esta recopilación está destinada a las *honnêtes gens,* esto es, en conjunto a las personas de la clase alta. El escrito busca, en primer lugar, satisfacer las necesidades de la aristocracia provinciana de estar enterada de las formas de comportamiento de la corte. Satisface, igualmente, la demanda de muchas personas distinguidas, ajenas a la nobleza. Pero hay que suponer asimismo que el éxito considerable de este libro, entre otras razones, también se debe al interés demostrado por las capas superiores de la burguesía. Hay una multiplicidad de ejemplos que demuestran que, en esa época, penetraron en las clases medias superiores los usos, las formas de comportamiento y las modas de la corte; al imitarlos, las clases medias, además, los cambiaron, como era de esperar dadas las diferencias existentes en lo relativo a las relaciones sociales. Con esto, además, también pierden, hasta cierto punto, su carácter de medio de diferenciación de la clase alta. Se desvalorizan parcialmente. Esto, a su vez, impulsa en la clase

alta un refinamiento y una elaboración posteriores de los comportamientos. El movimiento continuo de las formas de comportamiento en la clase superior recibe una parte de su impulso de este mecanismo que, simplificadamente, funciona del modo siguiente: desarrollo de las costumbres con expansión hacia abajo, leve deformación social, devaluación como rasgo distintivo. Lo importante aquí es que, en este cambio, en lo que aparentemente son cambios irregulares y debidos al azar o simples modas de las formas cortesanas de comportamiento, pueden observarse ciertas orientaciones, ciertas líneas de evolución que, según los casos, pueden denominarse avances de los grados de tolerancia en lo relativo al pudor o de los límites de la vergüenza, o bien como «refinamiento», como «civilización». Un dinamismo concreto, de carácter social, pone en marcha otro de carácter espiritual, que obedece a sus propias leyes.

2. En el siglo xviii aumenta la riqueza social y, con ella, también la fuerza de las clases burguesas. Además de los elementos aristocráticos, se incorpora de modo inmediato al círculo aristocrático una cantidad mayor de elementos burgueses que en el siglo anterior sin que, sin embargo, se difuminen las diferencias de rango social. Es más, poco antes de la revolución aún se fortalecen las tendencias excluyentes de una aristocracia que cada vez va debilitándose más desde un punto de vista social.

En cualquier caso, hay que considerar que esta sociedad cortesana ampliada, en la que se tratan los elementos aristocrático-cortesanos y los cortesano-burgueses y que carece de clara frontera hacia abajo, es una totalidad en sí misma. La sociedad refleja la composición elitista jerárquica del país. A medida que aumentan las interrelaciones sociales y el bienestar de clases cada vez más amplias, aumenta la presión para ingresar en ellas o, por lo menos, para imitar su comportamiento. En especial son los círculos eclesiásticos, entre otros, los que se convierten en vulgarizadores de las costumbres cortesanas. Ciertas tradiciones de comportamiento eclesiástico corren paralelas a la coacción moderada y la represión emotiva, a la regulación y configuración del conjunto del comportamiento que más arriba hemos visto tomar forma como *civilité,* en cuanto que manifestación puramente social-secular y a consecuencia de un cierto tipo de convivencia social. La *civilité* tiene unos cimientos religiosos cristianos. Como en tantas ocasiones, la Iglesia resulta ser uno de los órganos más importantes de la transferencia de modelos hacia abajo.

«Es sorprendente», dice el venerable Padre La Salle al comienzo del prólogo a sus reglas de la *civilité* cristiana, «que la mayoría de los cristianos no consideran a la educación y a la urbanidad más que como una cualidad puramente humana y mundana; no piensa en que elevará un poco más su espíritu, si las consideran como virtudes que se relaciona con Dios, con el prójimo y con nosotros mismos. Esto nos permite ver qué poco cristianismo hay en el mundo.» Y como quiera que en manos de las corporaciones eclesiásticas se encontraba una buena parte de la educación y de la enseñanza en Francia, a partir de entonces, a través de la Iglesia (aunque no exclusivamente por su mediación) un diluvio de escritos sobre la *civilité* inundó el país. Estos escritos se convirtieron en material auxiliar para las cla-

ses elementales de los niños en la escuela y, a menudo, solían incluir también las primeras indicaciones para aprender a leer y escribir.

A pesar de todo, el concepto de *civilité* sigue desvalorizándose progresivamente a los ojos de la élite social. Con él comienza a producirse un proceso similar al que se produjo antaño con el de *courtoisie.*

Digresión sobre el ascenso y el descenso de los conceptos de «courtoisie» y «civilité»

3. Entendíase originariamente por *courteoisie,* como ya se ha dicho, la forma de comportamiento que iba imponiéndose en las cortes de los grandes señores feudales caballerescos. Ya en el curso de la Edad Media el significado de la palabra fue perdiendo gran parte de su restricción originaria a la *cour,* a la Corte. Empezó a utilizarse, también, en los círculos burgueses. Con la lenta agonía de la nobleza guerrera caballeresco-feudal y la constitución de una nueva aristocracia cortesano-absolutista en el curso de los siglos XVI y XVII, va imponiéndose lentamente el concepto de *civilité* como expresión del comportamiento social adecuado. Los dos conceptos de *courtoisie y civilité* conviven en la sociedad francesa de transición del siglo XVI con sus caracteres medio caballeresco-feudal y medio cortesano-absolutista. En el curso del siglo XVII pasa lentamente de moda el concepto de *courtoisie* en Francia.

«Las palabras cortés y cortesía», dice un escritor francés en el año de 1676 [53], «comienzan a envejecer y ya no son de buen tono. Ahora decimos civil, honesto y civismo, honestidad.»

Es más, en esta época, la palabra *courtoisie* suena como un término burgués:

«Mi vecino el burgués..., siguiendo el lenguaje de la burguesía de París», se dice en un diálogo que lleva el título *Du bon el du mauvais usage dans les manieres de s'exprimer. Des façons de parler bourgeoises,* de F. de Cailliéres, del año de 1694 (pp. 110 y ss.), «dice... afable y cortés... y no se expresa educadamente, ya que los términos de cortés y de afable no son frecuentes en el trato de las gentes de mundo y las palabras de civil y honesto han ocupado su lugar, al igual que los de civismo y honestidad han ocupado el de cortesía y afabilidad.»

Igualmente, en el curso del siglo XVIII, el concepto de *civilité* va perdiendo lentamente importancia entre la clase alta cortesano-absolutista. Por su parte, esta clase sufre también un proceso muy lento de transformación, un proceso de aburguesamiento que, por lo menos hasta el año de 1750 se vincula con un proceso paralelo de acortesanamiento de los elementos burgueses. El problema que aquí se manifiesta se entrevé, por ejemplo, cuando, en 1745, el abate Gedoyn, en un trabajo *De l'urbanité Romaine (Oeuvres Diverses,* p. 173) examina la cuestión de por qué en su propia sociedad, la expresión *urbanité,* aunque designa algo muy bello, no se utiliza de un modo tan generalizado como las de *civilité, humanité, politesse* o *galanterie* y se contesta del modo siguiente: « *Urbanitas* significaba esa educación del lenguaje, de espíritu y de modales, particularmente vinculado a la ciudad de

Roma que se llamaba la *Urbs* por excelencia, la Ciudad; mientras que, en nuestro caso, como este refinamiento no es privilegio de ninguna ciudad en concreto, ni siquiera de la capital, sino solamente de la corte, el término de urbanidad... es una palabra... de la que podemos prescindir».

Cuando se recuerda que la «ciudad», en esta época, era un término que designaba más o menos a la «buena sociedad burguesa», a diferencia de la cortesana, más restringida, puede reconocerse con facilidad el valor de actualidad de esta cuestión.

En la mayoría de las manifestaciones de esta época, como sucede aquí, el uso del término *civilité* cede el terreno al de *politesse* y aumenta la identificación de todo el conjunto conceptual con la *humanité.*

Voltaire ha expresado de modo muy claro estas tendencias en la dedicatoria de 1773 de su *Zaïre* a un burgués, A.M. Faulkner, comerciante inglés:

«Después de la regencia de Ana de Austria (los franceses) se han convertido en el pueblo más sociable y más educado de la tierra... y esta educación no es en absoluto una cosa arbitraria, como eso que se llama la civilidad, sino que es una ley de la naturaleza que los franceses han cultivado felizmente más que los otros pueblos.»

Como el término *courtoisie* antaño, también el término de *civilité* va olvidándose lentamente. Poco tiempo después, su contenido, así como el de los términos con él emparentados, se recoge y se reelabora en un nuevo concepto, expresión de una nueva forma de autoconciencia, en el concepto de *civilisation. Courtoisie, civilité, civilisation* señalan tres etapas de una evolución social; señalan de qué sociedad se está hablando y a qué sociedad se está hablando. Sin embargo, el cambio real del comportamiento de las clases altas, la constitución auténtica de los modelos de aquellos comportamientos que ahora van a llamarse «civilizados» se produce en la fase intermedia —al menos en lo que es visible en las esferas de que aquí se trata—. En el uso que de él se hace en el siglo XIX, el concepto de «civilización» muestra bien a las claras que el proceso de la civilización se ha completado y se ha olvidado, o, por lo menos, una fase de este proceso; lo que se quisiera ahora sería proseguir durante una temporada este proceso entre otros pueblos o, incluso, entre las clases bajas de la propia sociedad. Entre las clases alta y media de la propia sociedad, la *civilización* parece como una posesión segura. Lo que se busca a continuación, es difundirla y, en todo caso, continuar profundizándola en el marco de las pautas ya establecidas.

Los textos citados expresan de un modo bastante claro el movimiento para alcanzar esta pauta en la fase anterior cortesano-absolutista.

Ojeada sobre la curva de la «civilización» en la mesa

4. A fines del siglo xviii, poco antes de la Revolución, la clase alta francesa prácticamente ha alcanzado aquella pauta de comportamiento en la mesa (y no solamente de comportamiento en la mesa) que, posteriormente acaba dándose por supuesta en el conjunto de la sociedad «civilizada». El texto M, del año de 1786, es bastante ilustrativo, puesto que muestra como costumbre exclusivamente cortesana, precisamente ese uso de la servilleta que,

entretando, se ha convertido en costumbre de toda la sociedad burguesa civilizada. El texto muestra también la prohibición de comer la sopa con el tenedor, prohibición, por supuesto, que solamente se hace comprensible cuando se recuerda que, antaño, la sopa solía contener (como aún sucede a veces en Francia) más trozos sólidos que en la actualidad. Vemos asimismo el precepto (democratizado con posterioridad) de no cortar el pan en la mesa, sino de romperlo con la mano como si fuera un precepto cortesano. Y lo mismo sucede con la forma de beber el café.

Estos son algunos ejemplos que nos permiten ver en qué medida se ha ido configurando el ritual de nuestra vida cotidiana. Si prosiguiéramos la serie de imágenes hasta la actualidad podría mostrarse que, sin duda, varían algunas particularidades, se añaden nuevos preceptos y los anteriores se debilitan; aparece una serie de variaciones nacionales y sociales en las costumbres de la mesa; a su vez, también es distinto el grado de implantación que en las masas populares, en las clases medias, en el proletariado y en el campesinado tiene el ritual uniforme de la civilización y la regulación emotiva a que obliga. Lo que permanece inconmovible es la piedra fundamental de lo que se permite o se prohibe en la sociedad civilizada y en el trato entre las personas, esto es, las pautas en el modo de comer, la forma en que han de usarse el cuchillo, el tenedor, la cuchara, los platos, la servilleta y los otros utensilios de la mesa. Incluso el desarrollo de la técnica en todos los ámbitos —también el de la técnica culinaria— por medio de la aplicación de nuevas fuentes energéticas, ha dejado intacta, en lo esencial, la técnica del comer y las otras reglas de buenos modales. Únicamente cuando se considera con atención suficiente pueden verse los síntomas de una línea de desarrollo que continúa evolucionando.

Lo que ahora se transforma es, ante todo, la técnica de la producción. Las que desarrollaron la técnica del consumo y la mantuvieron en movimiento, fueron capas sociales que alcanzaron niveles de consumo jamás vistos con anterioridad. Con la decadencia social de estas clases, se reduce la velocidad con la que se configura la vida privada de las personas, por oposición a su vida profesional; esto es, desciende el ritmo de cambio y transformación en estas esferas, que en la fase cortesana aún era relativamente elevado.

Hasta la forma de los utensilios de mesa, los platos, las fuentes, los cuchillos, los tenedores o las cucharas, no son, en realidad, otra cosa que variaciones sobre temas del «dieciocho» y de los siglos anteriores. Ciertamente que todavía se implantan muchas transformaciones específicas. Un ejemplo de ello es el nivel de la diferenciación de los utensilios de mesa. En muchas ocasiones, no solamente se cambian los platos sino, con ellos también los cubiertos. Ya no basta con emplear el cuchillo, el tenedor y la cuchara en lugar de las manos, sino que, en la clase alta, para cada tipo de comida se emplea un cubierto distinto: a un lado del plato aparecen ahora cucharas soperas, cuchillos de pescado, de carne y, a otro, tenedores para los entremeses, para el pescado y para la carne; delante del plato se hallan tenedores, cuchara o cuchillo —según las costumbres del país— para los manjares dulces; finalmente, suele haber también cubiertos especiales para los

postres y las frutas. Todos estos utensilios tienen una forma y un uso muy distintos: unas veces son mayores, otras menores; algunos son redondeados, otros puntiagudos. Pero, considerados con detenimiento, tampoco constituyen nada nuevo; son variaciones sobre un mismo tema, diferentes interpretaciones de la misma pauta. Únicamente en algunos puntos, en especial en el uso del cuchillo, aparecen movimientos lentos que sobrepasan las pautas establecidas. Sobre lo uno y lo otro volveremos a hablar con mayor detenimiento.

5. Lo mismo cabe decir, en cierto sentido, para la época que va hasta el siglo XV. Debido a otras razones muy distintas, también hasta aquí permanecen relativamente inmóviles la pauta de las técnicas de mesa, el fundamento del conjunto de preceptos y prohibiciones; aunque tampoco falta un cierto movimiento paulatino en la orientación de las modas, oscilaciones y variaciones regionales y sociales.

Tampoco pueden determinarse con exactitud los límites de la transición de una época a la otra. La aceleración del movimiento se impone antes en unos lugares que en otros y por doquier pueden apreciarse pequeños pasos preparatorios. En conjunto, sin embargo, la configuración de toda la curva es, por lo general, la misma: en primer lugar, la fase medieval, que alcanza su punto culminante en la época del florecimiento caballeresco-cortesano, determinado por el hecho de que se come con las manos. Luego viene una fase de cambio y transformación relativamente rápidos, que abarca, aproximadamente, los siglos XVI, XVII y XVIII, en la que las presiones para conseguir una configuración nueva de las costumbres de la mesa se hacen de modo permanente en una dirección que corresponda a un nuevo nivel de las formas de trato y de los preceptos y prohibiciones relativas a los buenos modales en la mesa.

A partir de aquí se inaugura de nuevo una fase que se mantiene en el marco de la pauta ya alcanzada y que, en todo caso, sólo tiene un movimiento muy lento y en una dirección perfectamente definida. En el curso de este movimiento, la configuración del comportamiento cotidiano no pierde por entero su significado en cuanto que instrumento de diferenciación social, pero ya no cumple exactamente la misma función excluyente que en las épocas anteriores, puesto que el fundamento de las diferencias sociales pasa a ser el dinero y los comportamientos objetivados de los hombres, su rendimiento y su producción, son más importantes que su comportamiento.

6.En los textos citados puede verse con claridad cómo avanza este movimiento.

Los preceptos de la sociedad medieval, incluso los de la sociedad cortesano-caballeresca, no imponen límites importantes al juego de los afectos y de las emociones. Comparado con lo que llegaría más tarde, los controles sociales son relativamente suaves. También en comparación con lo posterior, los modales son mucho más libres en el sentido más amplio del término. No se debe chasquear la lengua ni resoplar durante las comidas. No se debe escupir por encima de la mesa, ni sonarse la nariz en el mantel, que también sirve para limpiarse los dedos. Tampoco hay que sonarse con los dedos con los que luego se coge la comida de la fuente común. Es natu-

ral el hecho de comer de una fuente común o del mismo plato que otro. Lo que no hay que hacer es abalanzarse sobre la fuente común, como un cerdo, ni tampoco volver a meter en la salsera los trozos ya mordidos.

Muchas de estas costumbres aparecen mencionadas por Erasmo y también por Calviac, aunque ya en un proceso de cambio. Si se considera la totalidad del movimiento, puede verse cómo avanza el movimiento en el dibujo de las costumbres contemporáneas con más claridad que si se considerara con mayor detalle. El número de cubiertos sigue siendo limitado: a la izquierda el pan y a la derecha el vaso y el cuchillo; eso es todo. Aparece mencionado el tenedor, aunque con una función reducida, como útil para recoger la comida de la fuente común. Y, al igual que el pañuelo, también aparece ahora la servilleta, aunque, como símbolo de la transición, ambos se consideran como utensilios posibles y no necesarios: es mejor valerse de un pañuelo, se dice, que utilizar los dedos para sonarse la nariz. Si te dan una servilleta, ponla en el hombro izquierdo. Ciento cincuenta años más tarde, ambas cosas, la servilleta y el pañuelo, así como el tenedor, son utensilios más o menos imprescindibles en la clase cortesana.

La curva de movimiento de las otras costumbres y usos es similar.

En principio se bebe la sopa, ya sea de la sopera común directamente o de un cucharón. En los escritos de cortesía se ordena servirse de la cuchara. En principio, también tales cucharas han servido a varias personas al mismo tiempo. El texto de Calviac, del año de 1560 muestra un paso más en esta dirección; en él se menciona que es costumbre entre los alemanes dejar a los demás comensales la cuchara propia. El paso siguiente es el de la información de Courtin del año de 1672: ya no se come la sopa de la sopera común, sino que cada uno se vierte un poco en su propio plato y, además, con la propia cuchara. Pero hay gente tan delicada, se dice en el texto de Courtin, que no quiere comer de una sopera en la que los demás ya han sumergido cucharas usadas. Por este motivo, es necesario limpiar con la servilleta la cuchara antes de sumergirla en la sopera. Y a mucha gente ya no le resulta esto suficiente garantía pues, en estos casos, ya no se puede volver a sumergir la cuchara usada bajo ningún concepto en la sopera común, sino que hay que pedir una nueva.

Las informaciones de este tipo no solamente muestran cómo se mueve todo el ritual de la convivencia sino, también, al mismo tiempo, cómo los hombres adquieren conciencia de ese movimiento.

Aquí vemos configurarse, paso a paso, esa forma de comer la sopa que luego se ha hecho absolutamente evidente para nosotros: cada uno tiene su plato y su cuchara y la propia sopa se sirve, además, en un receptáculo especial. El comer se hace ahora de acuerdo con un estilo nuevo, que se corresponde con las necesidades también nuevas de la convivencia.

Nada es absolutamente natural en las formas de comportamiento en la mesa, o producto de un escrúpulo «natural». Las cucharas, los tenedores y las servilletas no son inventos hechos por un particular un buen día, como si fueran utensilios técnicos, con un objetivo claramente reconocible e instrucciones sencillas de manejo. Por el contrario, son objetos que van delimitando su función y consolidando su forma a través de los siglos de un

modo inmediato en el trato y el uso sociales. Todas las costumbres, por pequeñas que sean, de un ritual cambiante, van implantándose de un modo infinitamente lento, incluso formas de comportamiento que se nos aparecen como absolutamente elementales o «razonables», por ejemplo, la costumbre de tomar los líquidos con la cuchara; la manera de utilizar el cuchillo, la cuchara o el tenedor va regularizándose poco a poco. Igualmente, el mecanismo social de esta regulación se va dibujando a grandes rasgos si se considera la serie de imágenes en su conjunto: hay un círculo cortesano más o menos reducido que acuña los modelos que sirven, evidentemente, sólo para las necesidades de la propia situación social y que corresponden a los rasgos espirituales de estos círculos sociales. Ciertamente, la estructura y el grado de desarrollo del conjunto de la sociedad francesa, hacen que sectores sociales cada vez más amplios estén dispuestos y deseosos de imitar tales modelos, por lo cual estos se difunden en todo caso muy lentamente por el conjunto de la sociedad; por supuesto, no sin cambiar en el curso del proceso.

Esta apropiación, este cambio de los modelos de unos grupos sociales a otros se cuentan entre los movimientos individuales más importantes del proceso general de la civilización; se trata de movimientos que tanto pueden ser desde el centro de la sociedad a su periferia (por ejemplo, desde la corte de París a las demás cortes) o de movimientos dentro de la propia unidad social y política, de arriba abajo o de abajo arriba, como en Francia o en Sajonia. Lo que se trasluce de todo esto en los textos citados no es más que un aspecto muy limitado. En Francia se modela del mismo modo no solamente la forma de sentarse a la mesa sino, también, los modos de pensar y de hablar, aunque en los casos concretos pueda variar el tiempo y la estructura de las curvas del movimiento. La constitución de un cierto ritual de las relaciones humanas en el cambio de la situación social y espiritual no es algo que pueda aislarse tan fácilmente, aunque aquí no tengamos otro remedio que concentrarnos en esta línea de investigación. Un ejemplo breve, extraído del proceso de la «civilización» del lenguaje nos hará recordar que la observación de las formas de trato y de su cambio, únicamente nos revela los aspectos más simples y accesibles de una transformación más amplia en el comportamiento de esta sociedad.

Digresión sobre la modelación cortesana del lenguaje

7. También en lo relativo al lenguaje establecen los círculos escogidos unas ciertas pautas.

Al igual que en Alemania, aunque, desde luego, no en una medida similar, en Francia la sociedad cortesana habla un lenguaje distinto al de la burguesía.

«Sabéis», se dice en una pequeña obra muy leída en su época, en la *Mots á la mode,* de Cailliéres, en la edición de 1693 (p. 46), «que los burgueses hablan de un modo muy distinto al nuestro.»

Cuando se considera el asunto con mayor detenimiento, qué se entiende por «burgués» y qué es expresión de la clase alta cortesana, se tropieza con

el mismo fenómeno que puede observarse en los textos sobre las costumbres de la mesa y los modales en general: mucho de lo que en el siglo XVII y, en parte, también en el siglo xviii es forma de expresión y lenguaje excluyentes de la sociedad cortesana, va convirtiéndose lentamente en lengua nacional francesa.

Veamos al joven Monsieur Thibault, hijo de un burgués, de visita en una pequeña ciudad aristocrática. La dueña de la casa le pregunta por su padre:

«Es vuestro servidor más humilde, señora», contesta el joven. «Sigue malo, como bien sabéis, puesto que habéis tenido la gentileza de preguntar muchas veces por su estado de salud.»

La situación es clara: existe una cierta interrelación entre el círculo aristocrático y la familia burguesa, cosa que ha mencionado antes la señora de la casa. La misma asegura que el padre de Thibault es una persona muy agradable, no sin añadir que este trato ocasional es muy útil para la aristocracia porque esta gente, al fin y al cabo, tiene dinero [54]. Recuérdese a este respecto la estructura, completamente distinta, de la sociedad alemana.

Pero, excepción hecha de los intelectuales, el trato entre las clases, evidentemente, no es tan intenso que hayan llegado a igualarse las diferencias lingüísticas entre ellas. Una de cada dos palabras pronunciadas por el joven Thibault es inadecuada, tosca, en el sentido de la sociedad cortesana y, además, huele intensamente «a burgués», como se dice. En la sociedad cortesana no se dice «como bien sabéis», o «muchas veces» o «malo». Tampoco se dice, como hace Monsieur Thibault en la continuación de la conversación, «os pido excusas», sino que, en la sociedad cortesana de entonces, como en la burguesa de hoy, se dice «os pido perdón».

El señor Thibault dice: «Un mi amigo, un mi pariente, un mi primo» en lugar de la fórmula cortesana de «uno de mis amigos, uno de mis parientes» (p. 20). Dice asimismo, «mi padre difunto, el pobre difunto» y se le explica que éstas no son expresiones que haya introducido la *civilité* entre las gentes que hablan bien (p. 22). Las gentes de mundo no dicen que «un hombres está difunto», cuando quieren decir que está muerto. En todo caso, puede emplearse el término en una ocasión, cuando lo que se quiere es decir: «Es preciso rogar a Dios por el alma del difunto... Pero quienes hablan bien suelen decir: mi padre, q.e.p.d. *(feu mon pere);* el Sr. tal, q.e.p.d. o el Duque, q.e.p.d. *(feu Mr. un tel, feu le Duc)*». Finalmente se deja constancia de que «por el pobre difunto es una manera muy burguesa de hablar».

8.También aquí, al igual que en las formas de trato social, se da un movimiento doble: acortesanamiento de las personas burguesas y aburguesamiento de las personas de la corte. O, para decirlo con mayor exactitud, los burgueses influyen en el comportamiento de los cortesanos y los cortesanos influyen en el comportamiento de los burgueses. La influencia de abajo arriba, por supuesto, es en Francia mucho más débil en el curso del siglo XVII que en el siglo xviii, pero no es absolutamente inexistente: el palacio del intendente de finanzas, el burgués Nicolás Fouquet, Vaux-le-Vicomte, está más adelantado que el real de Versalles y, en muchas cosas, le sirve de modelo. Éste es un ejemplo muy claro. La riqueza de los círculos bur-

gueses más elevados obliga a hacer la competencia con los de arriba. Y el aflujo incesante de personas burguesas en el círculo cortesano también origina un movimiento específico en el proceso de la lengua hablada, puesto que, con el nuevo material humano, incluyen un material lingüístico en el círculo cortesano, esto es, el *slang* de la burguesía. Los elementos de este *slang* se elaboran, se desbastan, se refinan y se transforman en la lengua cortesana; esto es, en una palabra, se hacen «cortesanos», se integran en la pauta de sensibilidad o de emotividad de los círculos cortesanos y, con esto, actúan como un medio de diferenciación de las *gens de la Cour* frente a la burguesía, quizá para penetrar de nuevo en la burguesía, al cabo de un cierto tiempo, debidamente refinados y elaborados, y transformarse de nuevo en algo «específicamente burgués».

En uno de los diálogos citados de Caillières *(Du bon et du mauvais usage,* p. 98) dice el Duque que existe una forma de hablar «muy ordinaria entre los burgueses de París e, incluso, entre algunos cortesanos que se han educado en la burguesía. Estos son los que dicen "vamos a ver", en lugar de decir "vamos" y de eliminar la palabra "ver", que es absolutamente inútil y desagradable en ese lugar».

«Pero hace poco que se ha impuesto otra mala expresión», sigue el Duque, «que comenzó entre el pueblo más bajo y que hizo fortuna en la corte, al igual que aquellos favoritos sin méritos que antaño se criaban en la corte. Es "sabe un rato largo" (*il en sçait bien long)* para decir de alguien que es fino y habilidoso. Las mujeres de la corte comienzan también a utilizar esta expresión.»

Y así, en otros casos. Los burgueses e, incluso, algunas gentes en la corte dicen «es preciso que haríamos esto»(*il faut que nous faisions cela),* en lugar de «es preciso que hagamos esto»(*il faut que nous fassions cela).* Muchos dicen *lon za y lon zest,* en lugar del más cortesano *lon a y lon est.* Y también dicen *je le lai,* en lugar de *je lai.*

En casi todos estos casos, de hecho, la forma lingüística que aparece aquí como cortesana es la que luego se ha convertido en forma nacional de hablar. Pero también se dan casos en los que las formas lingüísticas de la corte se consideran como «demasiado refinadas» o «afectadas» y van haciéndose a un lado lentamente.

9. Todo lo anterior nos ofrece un ejemplo de lo que, más arriba, hemos llamado las diferencias sociogenéticas entre el carácter nacional alemán y el francés. El lenguaje es una de las manifestaciones más accesibles de eso que consideramos el «carácter nacional». Aquí podemos ver, con ayuda de un ejemplo singular y concreto, cómo van surgiendo estos rasgos peculiares y típicos en relación con ciertos grupos sociales muy determinados. Un ámbito decisivo de acuñación del lenguaje francés fue la corte y la sociedad cortesana. En Alemania, la Cámara y la Cancillería imperiales han tenido una importancia similar durante una época, si bien no han tenido, con mucho, la misma fuerza, como cuño, que la corte francesa. Todavía en 1643, alguien se vanagloria de que su lenguaje es modélico, «puesto que se orienta según las reglas de la escritura emanadas de la Cámara de Spier» [55]. Fueron luego las universidades las que tuvieron en Alemania una importancia

similar a la de la corte en Francia en materia de educación y lengua alemanas. Pero estas dos instituciones, socialmente similares, de la Cancillería y la Universidad, influyeron menos en el lenguaje hablado que en el escrito, puesto que contribuyeron a configurar la lengua alemana escrita a través de actas, cartas y libros y no a través de la conversación. Y cuando Nietzsche señala, a veces, que hasta las canciones báquicas alemanas son cultas, o cuando compara la ausencia de términos técnicos en el Voltaire cortesano con la utilización continua de los mismos por parte de los alemanes, está constatando de modo muy claro los resultados de esta historia de desarrollos diferentes.

10. Cuando en Francia las *gens de la cour* dicen: «Eso está bien dicho y eso está mal dicho», se plantea una cuestión que abre un campo nuevo a quien reflexiona sobre ello y que aquí debe mencionarse cuando menos. ¿Qué es lo que les permite juzgar en realidad lo que está bien y lo que está mal en una lengua? ¿Cuáles son los puntos de vista que les permiten hacer la selección lingüística y que les permite pulir y transformar las expresiones?

Ocasionalmente, son estas mismas clases las que han reflexionado sobre el tema y lo que acerca de ello tienen que decir resulta sorprendente y es significativo, incluso en un terreno extralingüístico: las locuciones, las palabras y los matices están bien porque es ella misma, la élite social, la que se sirve de ellas o están mal porque las usan quienes se encuentran más abajo en la escala social.

En el diálogo citado más arriba, el señor Thibault se defiende a veces frente a la acusación de que una u otra locución sea incorrecta: «Os estoy muy agradecido, Señora», dice, «por la molestia que os tomáis en instruirme *(Du bon et du mauvais usage,* p. 23); sin embargo, me parece que el término difunto es una palabra muy común, de la que se sirve una gran cantidad de gentes honestas».

«Es muy posible», contesta la Dama, «que haya gran cantidad de gentes honestas que no conocen suficientemente la delicadeza de nuestra lengua... delicadeza que no es conocida más que por un escaso número de personas que habla bien, de acuerdo con lo cual no se dice que un hombre está difunto cuando se quiere decir que está muerto.»

Hay un círculo reducido de gentes que conocen las delicadezas del lenguaje. El lenguaje que emplea esta gente es el lenguaje correcto. Lo que dicen los demás, no vale. Los juicios son apodícticos. No se conoce —ni se precisa— una justificación distinta a la que se argumenta del modo siguiente: «Nosotros, la élite, hablamos así y solamente nosotros tenemos sensibilidad para hablar bien». «Con relación a las faltas que se cometen al hablar», se dice en otro pasaje de esta obra, expresamente «como no hay reglas determinadas, todo depende del acuerdo de un cierto número de personas educadas, cuyos oídos están acostumbrados a ciertas formas de hablar y a preferir unas a las otras» (p. 98). Luego se enumeran las palabras que es preciso evitar.

Las palabras anticuadas no son apropiadas para la conversación habitual y seria. Las palabras muy nuevas, en cambio, suscitan la sospecha de

que quienes las emplean, son personas afectadas y remilgadas, nosotros diríamos, *snobs.* Las palabras cultas, que huelen a latín y a griego han de ser sospechosas a todas las *gens du monde,* puesto que crean en torno a los que las utilizan una atmósfera de pedantería sobre todo si hay otras palabras más a mano que se conocen y significan lo mismo.

Las palabras vulgares, que utiliza el pueblo, deben evitarse cuidadosamente, puesto que las gentes que las utilizan, muestran que han tenido una «baja educación», esto es, una «educación de clase baja». «De estas palabras», esto es, de las palabras vulgares, dice el interlocutor cortesano, «es de las que hablamos en este momento»; aquí se refiere a la contraposición entre lenguaje cortesano y lenguaje burgués.

La justificación que se da para la eliminación de lo «feo» del lenguaje, es la «sensibilidad», esto es, aquel refinamiento de las emociones que tiene tanta importancia en el conjunto del proceso de la civilización. Pero este refinamiento es propiedad de un grupo relativamente pequeño. La actitud del cortesano viene a ser muy simple: o se posee esta sensibilidad o no se posee. Las personas que tienen esta delicadeza, un círculo muy pequeño, establecen de común acuerdo lo que está bien y lo que está mal.

Desde luego, por encima de lo que pueda decirse sobre la justificación racional lo más importante es la justificación social, en otras palabras, la justificación de que algo es mejor porque es costumbre de la clase alta o, incluso, de una élite en la clase alta.

«Las palabras anticuadas», esto es, palabras que han pasado de moda, son las que emplea la generación anterior o aquella otra que no participa de modo duradero e inmediato en la vida de la corte, es decir, los marginados. «Palabras demasiado nuevas» son las que usan los grupos de jóvenes, que tratan de ascender en la escala social y que hablan su *slang* particular, del que una parte quizá sea moda el día de mañana. «Las palabras cultas», en Alemania, las utilizan sobre todo los educados en la Universidad, especialmente los juristas, los altos funcionarios; en Francia, en cambio, la *noblesse de robe.* «Expresiones vulgares» son todas aquellas palabras que se utilizan desde la burguesía hacia abajo, hasta el *populace;* la polémica lingüística se corresponde con una estratificación social muy determinada; es una polémica que muestra los límites del grupo social que en ese momento precisamente ejerce el dominio sobre el lenguaje. En el sentido amplio se trata de las *gens de la cour;* en un sentido estricto se trata de un pequeño círculo aristocrático de personas que en ese instante tienen influencia sobre la corte, que pretenden distinguirse cuidadosamente frente a los de reciente ascensión, frente a los cortesanos de origen burgués, frente a los «anticuados», a los «jóvenes», a los *«snobs»* y frente a todos los demás competidores de la generación joven y finalmente, también pretenden diferenciarse de los funcionarios de carrera, procedentes de las universidades. Este círculo es el que, en esta época, constituye el centro principal de acuñación de la moda lingüística. La forma que tienen de hablar estos círculos, tanto el amplio como el estricto, es la «forma en que hay que hablar»; así es *comme il faut.* Aquí es donde se constituyen los modelos de la lengua que luego se difunden en ondas más o menos amplias. La forma en que se desarrolla

y se acuña el lenguaje corresponde con un tipo concreto de estructura social. En consonancia con esto, desde mediados del siglo XVIII van haciéndose más fuertes las influencias burguesas en el idioma francés. Pero ese largo período de permanencia en una fase cortesana todavía puede percibirse én el francés, como puede percibirse, en el caso del alemán, su permanencia en una fase erudita, característica de una intelectualidad de clase media. Y siempre que, después, hayan de constituirse élites o pseudo-élites en Francia, éstas enlazan con aquellas antiguas tendencias de diferenciación y distinción lingüísticas.

El problema de los criterios empleados para determinar si un comportamiento es «malo», «bueno» o «mejor que otro»

11. El lenguaje es una de las manifestaciones de la vida social y psíquica. Muchos de los rasgos que pueden observarse en la forma en que se articula el lenguaje se muestran igualmente en la investigación de otras materializaciones de la sociedad. La razón por la que la gente justifica que un comportamiento determinado en la mesa es mejor que otro, apenas se diferencia de las razones que se aducen para justificar que una expresión lingüística es mejor que otra.

Esto no se corresponde por entero con las expectativas que pueda alimentar un observador del siglo XX; éste espera, por ejemplo, que se han de aducir «razones higiénicas» para justificar la prohibición de «comer con las manos», la implantación del tenedor, de la vajilla y la cubertería individual, así como todos los demás rituales a los que está acostumbrado. Tal es, precisamente, el modo en que el hombre del siglo XX explica en general estas costumbres. Sin embargo, hasta la segunda mitad del siglo xviii no se encuentra nada similar a este razonamiento para la justificación de la mayor moderación que los hombres se imponen. Comparadas con las otras, las llamadas «justificaciones racionales» parecen ser secundarias.

En las épocas primeras suele decirse, en la mayoría de los casos, para justificar el aumento de represión: no hagas esto o lo otro porque no es «cortés», no es «elegante», un hombre «decente» no hace eso. En el mejor de los casos, se justifica un mandato o una prohibición con la remisión al sentimiento de repugancia que puede despertar en los demás, por ejemplo, en el *Hofzucht* de Tannhäuser, cuando se dice: «No te toques o te rasques con la mano —con la cual también se agarra la fuente común— pues los otros comensales podrían notarlo; utiliza tu vestimenta para rascarte» (texto A, verso 113). Evidentemente, los límites de repugnancia son aquí distintos de lo que serán en las épocas posteriores.

Más tarde, seguirá diciéndose como justificación de todo: no hagas tal cosa, pues no es «civil» o «decente». O bien como justificación se menciona el respeto que se le debe siempre al superior socialmente.

Al igual que en el caso de la modelación del lenguaje, también en lo relativo a los otros comportamientos sociales lo determinante son las motivaciones sociales y la orientación del comportamiento propio según los modelos de los círculos que marcan la pauta. Hasta las expresiones que se uti-

lizan para fomentar el «buen comportamiento» en la comida suelen ser los mismos que se utilizan para determinar el «bien hablar».

En *Du bon et du mauvais usage dans les manieres de s'exprimer,* de Calliéres, se habla, por ejemplo, de aquellas expresiones... «que la civilidad ha introducido entre las gentes que hablan bien» (p. 22).

Precisamente el mismo concepto de *civilité* es el que utilizan Courtin o La Salle siempre para expresar lo que está bien y lo que está mal en las formas de trato social. Precisamente lo que dice Calliéres de las gentes «que hablan bien» es lo que dice Courtin (final del texto G): antes «podía» hacerse esto o lo otro; hoy ya no «puede» hacerse. En 1694 dice Calliéres sobre el lenguaje: hay una gran cantidad de gente que no conoce suficientemente la «delicadeza» de nuestro lenguaje: «Es una delicadeza que solamente conoce un número reducido de personas».

Courtin se sirve de la misma expresión cuando dice en 1672: es necesario limpiar la cuchara antes de meterla de nuevo en la fuente común si ya se la ha utilizado antes «siempre que haya gentes tan delicadas que no querrán comer sopa en el lugar en el que hayáis metido vuestras cucharas, tras haberlas llevado a la boca» (texto G).

En un primer momento, esta «delicadeza», esta sensibilidad y el sentimiento de repugnancia especialmente desarrollado, constituyen un rasgo diferenciador de los pequeños círculos cortesanos y, posteriormente, se hacen extensivos a toda la sociedad de la corte. Lo mismo que con las costumbres de la mesa sucede con el lenguaje. Lo que no se cuestiona y lo que no se explica es en qué se basan sus reglas y por qué la «delicadeza» ordena hacer unas cosas y prohibe hacer otras. Todo lo que puede verse es, simplemente, que la «delicadeza» —o, dicho de otro modo—, los límites de los escrúpulos han avanzado. La sensibilidad y la estructura emotiva de la clase alta cambia en correspondencia con una situación social muy concreta y, posteriormente, la estructura social general permite que ese grado de emotividad se difunda por toda la sociedad. Nada nos permite afirmar que la estructura emotiva se haya cambiado por razones que podemos caracterizar como «motivos claros y racionales» o por una comprensión de las relaciones causales. Courtin no dice, como se argumentará más tarde, que algunas personas consideran que es «antihigiénico» y «peligroso para la salud» comer la sopa con otros de una sopera común. Sin duda, sin embargo, bajo la presión de los círculos cortesanos van intensificándose los sentimientos de repugnancia en el sentido de prohibir este tipo de costumbres; prohibiciones que posteriormente se han justificado, en parte, con investigaciones científicas, si bien es cierto que una gran parte de los tabús que los hombres se imponen en sus relaciones con los demás, una parte mayor de lo que habitualmente se piensa, no tiene nada que ver con la «higiene», sino, más bien, con los «escrúpulos». En todo caso, el proceso sigue exactamente el curso contrario al que hoy se supone que siguió, al menos en bastantes aspectos: en primer lugar avanzó el límite de los escrúpulos durante un largo período, en correspondencia con un cierto cambio de las relaciones humanas o de la sociedad. En consecuencia, cambian también la estructura afectiva, la sensibilidad y el comportamiento de la gente siempre en una di-

rección determinada, aunque con una gran cantidad de oscilaciones. Posteriormente se considera, en algún punto del proceso, que este comportamiento es «higiénicamente correcto», se justifica con una comprensión más nítida de las relaciones causales y se consolida y se desarrolla, siempre en el mismo sentido. El avance de los escrúpulos puede corresponderse, en ciertos puntos, con unas experiencias más o menos determinadas y más o menos racionales acerca del carácter contagioso de determinadas enfermeddes o, dicho de otro modo, puede corresponderse con temores y miedos indeterminados e irracionales que apunten de modo confuso en la dirección del avance de tales escrúpulos. Pero, desde luego la «convicción racional» no es, en absoluto, el motor de la «civilización» en la comida o en otras formas de comportamiento.

Precisamente los paralelismos entre la «civilización» de la comida y la del lenguaje es, en este sentido, muy ilustrativa puesto que pone de manifiesto cómo el cambio del comportamiento en la comida es parte de una transformación muy amplia de la sensibilidad y de las actitudes humanas. Al propio tiempo se pone de manifiesto en qué medida los impulsos de este desarrollo provienen de la estructura social y de las formas de integración y de relación entre los hombres. Puede verse claramente, de esta manera, cómo unos círculos relativamente pequeños en un principio, constituyen el centro del movimiento y cómo luego, el proceso va afectando lentamente a otras clases sociales más amplias. Pero, a su vez, esta expansión presupone contactos muy determinados y también una estructura muy determinada de la sociedad. Este proceso no hubiera podido cumplirse si, igual que sucedió con la clase que determinaba el modelo, a su vez otras clases sociales más amplias no hubieran estado sometidas a condiciones vitales o, dicho de otro modo, a una situación social que hiciera posible y recomendable una transformación paulatina de las emociones y de los modos de comportamiento, esto es, un avance de los límites de los escrúpulos.

El proceso que aquí se dibuja se parece en la forma (que no en la substancia) a aquellos procesos químicos en los cuales, por ejemplo, en un líquido que se encuentra en proceso de cristalización, lo primero que se transforma es un pequeño núcleo, que toma forma cristalina, mientras que el resto del líquido va cristalizando poco a poco en torno al núcleo. Nada sería más falso que confundir el núcleo de cristalización con la causa principal de la transformación.

El hecho de que a una clase social determinada, en uno u otro momento del desarrollo de la sociedad, le corresponda ser el centro de un proceso y la posibilidad de construir modelos; el hecho también de que estos modelos se difundan entre otras clases de la sociedad y en ellas se integren, presupone una determinada situación y estructura del conjunto de la sociedad en virtud de las cuales a un círculo corresponde la función de crear modelos y a los otros, la de difundirlos y perfeccionarlos. Más adelante nos referiremos con mayor detalle a las transformaciones de la integración social que generan, a su vez, estas transformaciones del comportamiento de los hombres.

Grupo 2

El consumo de carnes

1. Opinemos lo que opinemos sobre las manifestaciones, actitudes, deseos o configuraciones humanas, con independencia de la vida social de los hombres, todo ello es, por razón de su esencia, materialización de las relaciones y los comportamientos humanos; esto es, materialización de elementos sociales y psíquicos. Esta afirmacion es válida en lo relativo a la «lengua» que no es otra cosa que relaciones humanas en voz alta; es válida, asimismo, para el arte, la ciencia, la economía, la política, esto es, para manifestaciones que son de alto rango, de acuerdo con nuestra escala de valores, al igual que para manifestaciones que son insignificantes y carecen de importancia, también desde el punto de vista de nuestra escala valorativa.

Pero son precisamente estas manifestaciones, aparentemente insignificantes, las que a menudo nos revelan aspectos de la estructura social y de la evolución espiritual que aquellas otras manifestaciones, en cambio, no nos permiten ver con claridad.

Por ejemplo, las relaciones que tienen los hombres con los alimentos de carne, son, en cierto modo, muy significativas para considerar la dinámica de las relaciones humanas y de las estructuras psíquicas.

En la Edad Media había, por lo menos, tres modos distintos de relacionarse con los alimentos de carne. En este campo, al igual que en otros cien aspectos, se muestra la desigualdad extrema del comportamiento que es característica de la sociedad medieval, en comparación con la sociedad moderna. La sociedad medieval está construida de tal manera que, en gran medida, un comportamiento modélico ostentado por un centro social, puede ir penetrando lentamente en el conjunto de la sociedad. En cada clase social dominan a veces unos modos de comportamiento muy determinados que, a menudo, son los mismos en todo Occidente, mientras que en otra clase social, en otro estamento, el comportamiento es muy distinto. En consecuencia, las diferencias de comportamiento entre diversos estamentos de la misma región suelen ser, a menudo, mayores que las que hay entre representantes del mismo estamento o clase social que vivían en regiones distintas. Y si las formas de comportamiento de una clase social se transfieren a la otra, lo cual sucede ciertamente con mucha frecuencia, también cambian radicalmente de aspecto en consonancia con la mayor o menor comunicación entre los estamentos.

La relación con el consumo de carne en la Edad Media se mueve entre los dos polos siguientes: en la clase alta secular el consumo de carne es inmenso, en comparación con el nivel de consumo de nuestra propia época. En aquella época había una tendencia a consumir cantidades tales de carne que a nosotros nos parecen fantásticas ahora.

En los monasterios reina, parcialmente, una renuncia absoluta a los alimentos de carne, esto es, renuncia por presión más o menos autoimpuesta y no por carencia, así como una infravaloración radical o una limitación también radical de la comida. Estos círculos monacales son los que condenan con mayor virulencia la «glotonería» de la clase alta secular.

También el consumo de carne de la clase baja, de los campesinos, suele ser muy limitado, pero no en función de una necesidad espiritual, de una renuncia relacionada con Dios y con el más allá, sino a causa de la miseria. El ganado es muy valioso y, en consecuencia, está reservado desde siempre a la mesa del señor. «Cuando el campesino criaba ganado», se ha dicho[56], «era, en gran medida, destinado a los privilegiados, a la nobleza y a la burguesía», sin olvidarnos del clero que, desde aquel polo ascético que hemos señalado, ocupaba asimismo diversas gradaciones en un acercamiento progresivo a la clase alta secular. Los datos fidedignos sobre el consumo de carne entre la clase alta en la Edad Media y a comienzos de la Edad Moderna son escasos. También aquí se han dado, ciertamente, grandes diferencias entre los pequeños hidalgos pobres y los grandes señores feudales. No hay duda de que, en cuanto a nivel de vida, los hidalgos pobres están muy próximos a los campesinos.

Un cálculo hecho sobre el consumo de carne de una corte del norte de Alemania [57], de una época relativamente tardía, en el siglo xvii, nos da un consumo de dos libras diarias por cabeza; a esto hay que añadir, sin embargo, gran cantidad de caza, volatería y pescado. Las especias tienen una gran importancia en los platos de carne, mientras que las legumbres la tienen más bien escasa. Las otras noticias de que disponemos señalan en la misma dirección con una cierta coincidencia. Sólo quedarían por comprobar los detalles particulares.

2. Todavía resta por documentar otro tipo de transformación con mayor exactitud: la forma en que se sirve la carne cambia notablemente desde la Edad Media hasta la Moderna. La curva descrita por esta transformación es muy ilustrativa: en la clase alta de la sociedad medieval es frecuente que llegue a la mesa el animal muerto entero, o grandes pedazos del mismo. No solamente se sirven pescados enteros, sino también aves, parcialmente con plumas y todo, liebres enteras, corderos completos, cuartos de ternero, por no mencionar las aves mayores de caza así como los cerdos y los bueyes ensartados en el asador [58].

La costumbre es despedazar al animal en la mesa. En consecuencia, en los libros sobre buenos modales del siglo xvii y, de vez en cuando, también en los del siglo xviii, aparecen consejos acerca de lo importante que es que un hombre bien educado sepa despedazar correctamente los animales.

«Discenda a primis statim annis secandi ratio...» (Hay que aprender de los mayores la forma de trinchar), dice Erasmo en 1530.

«Si es uno mismo quien sirve», dice Courtin en 1672, «hay que ofrecer siempre los trozos mejores y guardar los menores; no debe tocarse nada sino es con el tenedor. Además, si alguna persona de superior rango os pide algo que tengáis delante, es importante que sepáis cortar las carnes con propiedad y método y que conozcáis también los pedazos mejores, para poder servirlos con educación.»

«No indicamos aquí el modo de trinchar, pues se han escrito libros exclusivamente sobre este tema, en los que, incluso, aparecen las piezas dibujadas para mostrar por dónde debe sujetarse la carne con el tenedor para cortarla ya que, como acabamos de decir, jamás debe tocarse la carne con

la mano, ni siquiera cuando se está comiendo. Muestran igualmente por donde se ha de hincar el cuchillo para cortarla y qué es lo que hay que servir en primer lugar..., cuál es el mejor trozo, el trozo de honor que hay que ofrecer a la persona más importante. Aprender a cortar la carne es tarea fácil una vez que se ha comido tres o cuatro veces es una buena mesa; por lo demás, no debe dar reparo excusarse por ignorancia y remitirse a otro, cuando no se sabe.»

En cuanto al paralelismo alemán:

Un New *vermehrtes Trincier-Büchlein,* impreso en Rintelen, en 1650, dice: «Como quiera que la función de trinchar las carnes en las cortes principescas no debe contarse entre los cometidos serviles, sino que es función sumamente noble, ha de ser ejercida por un noble o un señor de alcurnia, de buena planta y proporción, con brazo fuerte y mano ligera. El trinchador evitará los movimientos ampulosos al cortar, así como las ceremonias inútiles y necias y, además, mantendrá el dominio sobre sí mismo, ya que se cubriría de vergüenza si temblara de manos a pies, cosa sumamente inconveniente en la mesa de un príncipe».

Ambas cosas, el despedazamiento y la distribución en la mesa constituyen un honor especial que, generalmente, es reservado al anfitrión o a un huésped de especial prestigio al que el primero se lo pide... «Los jóvenes y gentes de menor importancia no deben meterse a servir, sino que han de limitarse a tomar lo que les corresponda» dice la *Civilité Françoise* anónima de 1715.

Lentamente, a lo largo del siglo xvii, el despedazamiento de animales en la mesa va dejando de ser una de las habilidades del hombre de mundo de la clase alta en Francia, como podían serlo la caza, la esgrima o la danza. Los párrafos citados de Courtin lo prueban.

3.El hecho de que, consecuentemente, vaya cayendo en desuso la costumbre de servir trozos enteros de animales en la mesa y partirlos sobre ella, depende, sin duda, de una serie de factores. Uno de los primeros bien pudiera ser la evolución paulatina del tamaño de los hogares[59] en el curso de la evolución de las unidades mayores a las más pequeñas, así como el alejamiento de las tareas de producción y elaboración (relacionadas con los telares, los usos, los útiles de matanza) de los hogares y su transferencia lenta a los especialistas, a los artesanos, comerciantes y fabricantes quienes las realizan por razones profesionales, mientras que los hogares quedan reducidos a la condición de unidades de consumo.

En todo caso, también aquí el gran proceso social refleja los rasgos del proceso psíquico de evolución: hoy día, mucha gente tendría un sentimiento de incomodidad si ella misma, o algún otro, hubiera de despedazar en la mesa medias terneras o cerdos, o tuviera que cortar la carne de un faisán adornado con plumas.

Hay *de gens si délicats* —para emplear esta expresión de Courtin, pues se trata de un proceso similar—, a las que resulta penosa la visión de escaparate de una carnicería con los cuerpos de los animales muertos, mientras que otros rechazan por completo el consumo de carne en función de sentimientos de repugnancia más o menos racionalmente disfrazados. Es-

tos son, sin embargo, «avances» de los límites del sentimiento de repugnancia que trascienden los de la sociedad civilizada del siglo xx y que, en consecuencia, se consideran como algo «anormal». En cualquier caso, no hay que olvidar que fueron los impulsos de este tipo los que, en el pasado, condujeron a cambios de pautas cuando se integraron en el curso del desarrollo social general y que el sentimiento de desagrado de que hemos hablado más arriba, en realidad prosigue el movimiento actual.

Esta orientación está muy clara: desde aquel grado de desarrollo de la sensibilidad en el que la visión del animal muerto sobre la mesa y su despedazamiento se experimentaban como algo alegre y, en todo caso, no como algo desagradable, la evolución ha conducido a otro grado de desarrollo de la sensibilidad en el que se trata de evitar, en la medida de lo posible, toda relación entre un plato de carne y el recuerdo de un animal muerto. En una gran cantidad de platos de carne, la forma animal está tan disfrazada y tan cambiada merced al arte de la preparación y al descuartizamiento, que al comerlos, apenas si cabe recordar su origen animal.

Todavía hemos de mostrar cómo, en el curso del movimiento civilizatorio, los seres humanos tratan de reprimir todo aquello que encuentran en sí mismos como «caracteres animales». De igual modo tratan de reprimirlo en sus alimentos.

Por supuesto, en este ámbito la evolución no sigue por doquier la misma pauta. En Inglaterra, por ejemplo, donde, en muchos campos, se han integrado y preservado más usos antiguos en los modernos que en el Continente, en la costumbre del *joint* se ha conservado el uso de servir trozos grandes de carne, conjuntamente con la tarea del cabeza de familia de partirlos y distribuirlos, de modo más claro que en las clases urbanas de Alemania y de Francia. Pero, al margen del hecho de que el *joint* actual ya constituye una forma más moderada de la costumbre de servir grandes trozos de carne, tampoco faltan reacciones en contra, que muestran cómo van avanzando los límites de los sentimientos de repugnancia. La recepción del «sistema ruso» entre las costumbres de mesa de mediados del siglo xix operaba en este sentido. «El mayor agradecimiento que debemos al sistema nuevo», dice un libro inglés de buenos modales, *The Habits of Good Society,* de 1859, «es por el hecho de haber desterrado aquella pesada barbarie del *joint.* Nada puede hacer que un *joint* tenga un aspecto agradable, hace desaparecer al dueño de la casa y le condena a la tarea de tener que trincharlo... La verdad es que, salvo que nuestro apetito sea colosal, la visión de tanta carne humeando en su salsa es suficiente para destruirlo por entero y un gran *joint,* en especial, parece algo expresamente pensado para revolver el estómago a un gastrónomo. Supuesto que haya que comer *joints,* es preciso ponerlos en una mesa lateral, de forma que desaparezcan de la vista» (p. 314).

Este propósito, cada vez más pronunciado, de eliminar los espectáculos desagradables de la vista pública se aplica asimismo, con escasas excepciones, al descuartizamiento del animal entero.

Como muestran los textos citados, el descuartizamiento formaba parte antaño de modo inmediato de la vida social de la clase alta. Poco a poco

va sintiéndose que la visión de este descuartizamiento es algo desagradable. El propio descuartizamiento no desaparece, puesto que, evidentemente, si se quiere comer el animal, preciso es descuartizarlo previamente. Lo que sucede es que lo que se ha hecho desagradable de ver, se realiza ahora entre los bastidores de la vida social. Los especialistas se cuidarán de ello ahora én la tienda o en la cocina. Esta figura de la separación, de la « relegación entre bastidores» de aquello que se ha hecho desagradable es absolutamente característica para la totalidad del proceso al que llamamos «civilización», como podrá verse repetidas veces en esta obra. La curva que va desde el descuartizamiento de grandes partes de los animales o de los animales enteros, pasando por el avance del límite de repugnancia a la vista de los animales muertos, hasta la relegación del descuartizamiento en enclaves especializados entre bastidores, es una curva civilizatoria típica.

Nos queda por averiguar en qué medida se dan procesos similares en otras sociedades en que también se producen manifestaciones similares. Especialmente en la muy antigua «civilización» china, la relegación del descuartizamiento detrás de bastidores se hizo muy anteriormente y mucho más radicalmente que en Occidente. En China el proceso está tan adelantado que la carne se trincha y trocea por entero entre bastidores y los cuchillos han desaparecido absolutamente de la mesa.

La utilización del cuchillo en las comidas

4. Según la forma de su utilización social, también el cuchillo es una encarnación del «espíritu» social, del cambio en los impulsos y deseos; es materialización de situaciones sociales y de leyes estructurales de la sociedad.

Un dato es característico del empleo del cuchillo como utensilio para comer en la sociedad occidental contemporánea: la enorme cantidad de prohibiciones y tabúes de que está rodeado.

Sin duda que el cuchillo es un instrumento peligroso en un sentido que podemos llamar racional: es un arma ofensiva; produce heridas y despedaza a los animales muertos.

Pero esa peligrosidad evidente está rodeada de emociones. El cuchillo se convierte en el símbolo de las más diversas sensaciones que dependen de su objetivo y de su configuración, pero que no dimanan de forma racional de ese objetivo. El miedo que el cuchillo suscita supera al temor racionalmente justificado y es mayor que el peligro verosímil y «calculable». Y lo mismo cabe decir de la alegría que despierta su presencia y su uso, si bien hoy día este aspecto se manifiesta poco. En correspondencia con la estructura de nuestra sociedad, hoy día el ritual social de su utilización está más determinado por el desagrado y el miedo que le rodean que por la alegría. Consecuentemente, hasta su utilización durante las comidas está rodeada de una serie de prohibiciones. Como ya se ha dicho, estas prohibiciones trascienden en gran medida la «pura racionalidad objetiva», aunque para cada una de ellas todo el mundo suele tener una explicación racional generalmente difusa y de difícil comprobación. Cínicamente cuando se consideran con mayor detenimiento estos tabúes es cuando surge la suposición de

que el comportamiento social en relación con el cuchillo, su utilización en las comidas y, en especial, los tabúes que le rodean tienen un carácter fundamentalmente emotivo. El miedo, la repugnancia, la culpa, las asociaciones y emociones de todo tipo superan con mucho el peligro verosímil. Esto es precisamente lo que da a estas prohibiciones su especial solidez psíquica; esto es lo que les da su carácter de tabú.

5. En la Edad Media, con su clase alta de guerreros y el ánimo belicoso continuo de los hombres, con un grado relativamente bajo de dominio de las pasiones y la vinculación o regulación también escasas a que se somete a los impulsos, es lógico que haya muy pocas prohibiciones en relación con el cuchillo. «No te limpies los dientes con el cuchillo», suele leerse. Tal es la prohibición principal, aunque ya apunta en la dirección de las demás prohibiciones en torno al cuchillo. Por lo demás, el cuchillo es, con mucho, el instrumento más importante de la mesa, y se considera perfectamente natural que la gente se lo lleve a la boca.

Ocasionalmente en la Baja Edad Media (y, desde luego, de modo más claro que en épocas posteriores) se explica que la precaución que requiere el uso del cuchillo no solamente está en función de un argumento racional, en el sentido de que uno pueda cortarse o hacerse daño, sino en función también de la emoción que despierta la vista o la representación del cuchillo apuntando al propio rostro.

«Bere not your knyf to warde your visage

for therin ís parelle and mykyl drede»*

se dice en el *Book of Curtesye* (verso 28), de Caxton. Aquí encontramos, como sucederá también más tarde, de hecho, una parte de peligro racional y calculable al que se remite la advertencia; pero lo que conduce a la limitación y, finalmente, a la exclusión de su uso en las comidas, es, más bien, el recuerdo y la asociación generales a la muerte y al peligro, es el valor simbólico del instrumento en relación con la pacificación progresiva de las sociedades y la generalización de la impresión de desagrado antes que de agrado que su vista acaba produciendo. La vista de un cuchillo apuntando a la cara suscita temor: «No dirijas el cuchillo contra el rostro, que eso produce mucho miedo». Aparece aquí la base emocional de aquel estricto tabú que, más tarde, afectó a la costumbre de llevarse cosas a la boca con ayuda del cuchillo.

Lo mismo sucede con aquella prohibición que, en la serie de textos, aparece mencionada por primera vez por Calviac, en 1560 (al final del texto E): «Si alguien pide un cuchillo al niño, éste debe entregarlo... sosteniéndolo por la hoja y presentando el mango al que lo pide, pues no sería decente hacerlo de otro modo».

Como sucede muy a menudo, hasta que se llega a aquella época posterior en la que se ofrece al niño una explicación «racional» para cada prohibición, en este caso no se da más explicación del ritual social que «no sería

* No te lleves el cuchillo al rostro/ que es un hecho peligroso y temible.

decente hacerlo de otro modo». Sin embargo, no es difícil ver cuál es el sentido emocional de este mandato: no hay que mover el cuchillo como si fuera un ataque, con la punta vuelta hacia alguien. El mero valor simbólico de esta acción, el recuerdo de la amenaza guerrera son ya desagradables. También aquí tiene un aspecto racional el ritual del cuchillo: alguien podría utilizar la excusa de alcanzar un cuchillo para, en efecto, hincárselo a otro. Pero el ritual social que se constituye en función de este peligro, deriva del hecho de que el gesto peligroso, en cuanto que suscita desagrado, en cuanto que es un símbolo de muerte y de peligro, se consolida en la sensibilidad de los individuos. La sociedad que, por esas épocas, comienza a limitar cada vez más las amenazas reales entre los hombres y, en consecuencia, a conformar de modo distinto la afectividad de los individuos, también rodea cada vez más de una cerca aislante los símbolos, los gestos y los instrumentos amenazadores.

Aumentan de este modo las limitaciones y las prohibiciones en relación con el uso del cuchillo, así como las coacciones que se imponen a los individuos que lo utilizan.

6. Si pasamos por encima de las peculiaridades del desarrollo y observamos solamente el resultado de éste, así como la situación actual del ritual del cuchillo, nos encontramos, de hecho, con una cantidad asombrosa de tabúes grandes y pequeños. La norma de no llevarse jamás el cuchillo a la boca se cuenta entre las más estrictas y las más conocidas. No es preciso señalar que se trata de una norma que supera en mucho el peligro real y el verosímil, puesto que las clases sociales que están acostumbradas a manejar cuchillos raramente se hieren de gravedad en la boca. La prohibición se ha convertido en un medio de distinción social y en el sentimiento de desagrado que nos invade cuando observamos a una persona que se lleva el cuchillo a la boca se encuentra presente todo cuanto hemos mencionado: el miedo general que despierta el símbolo peligroso y el temor social, especialmente el temor ante la degradación social que los padres y los educadores despertaron tempranamente frente a esta costumbre con un «eso no se hace». Pero hay otras prohibiciones relativas al cuchillo que no tienen nada que ver directamente, o, si acaso, tienen muy poco que ver, con un peligro corporal y que, en parte, parecen remitir a otros valores simbólicos del cuchillo que no son los guerreros. La prohibición relativamente estricta de comer pescado con el cuchillo —hoy día reformada y modificada, gracias a la aparición de un cuchillo especial para el pescado— es relativamente opaca en cuanto a su sentido emocional, incluso aunque la teoría psicoanalítica ofrece algunos indicios para su desvelamiento posible. También se conoce la norma de no coger con toda la mano los instrumentos de la mesa, especialmente el cuchillo, «como si se tuviera un bastón», dice De La Salle en principio en relación con el tenedor y la cuchara (texto J). También se da una tendencia relativamente generalizada a tratar de evitar o, por lo menos, limitar el contacto entre el cuchillo y las cosas redondas o con forma de huevo. El ejemplo más conocido —que conlleva la norma también más estricta en este campo— es la prohibición de cortar patatas cocidas con el cuchillo. En la misma dirección se orienta también la prohibí-

ción, algo menos estricta, de cortar albóndigas con el cuchillo, o la prohibición de servirse de éste para reventar los huevos. En algunas capas sociales especialmente sensibles se encuentra incluso la tendencia a evitar el uso del cuchillo para cortar manzanas o incluso naranjas. «Permítaseme señalar que ningún gastrónomo cortó jamás una manzana con un cuchillo y que la naranja debe pelarse con una cuchara», se dice en *The Habits of Good Society,* de 1859 y 1890.

7. Pero todas estas prohibiciones singulares más o menos estrictas, cuya serie aún podría completarse son, en cierto modo, ejemplos de una línea de evolución en cuanto a la utilización del cuchillo que, por otro lado, puede seguirse de modo relativamente claro. En la sociedad civilizada se da una tendencia fuerte, impuesta de arriba a abajo, a limitar en la medida de lo posible, la utilización del cuchillo en el conjunto de los instrumentos de mesa y, allí donde esto es posible, incluso a suprimir su utilización por completo.

Esta tendencia se anuncia en unos preceptos aparentemente naturales e irrelevantes como los contenidos en el texto I: «No tengáis siempre el cuchillo en la mano, como hacen los aldeanos; basta con que lo cojáis cada vez que os sea necesario». La tendencia es muy pronunciada a mediados del pasado siglo, cuando el libro inglés de buenos modales ya citado, *The Habits of Good Society,* dice: «Permíteme darte una regla: todo lo que puedas cortar sin el cuchillo, córtalo con el tenedor». Basta con observar las costumbres actuales para ver cómo esta tendencia se ha confirmado. En este caso se encuentra uno de los pocos comienzos más claramente perceptibles de un desarrollo de la técnica y del ritual de las comidas capaz de trascender la pauta marcada por la sociedad cortesana. Por descontado, con ello no se pretende decir en absoluto que la «civilización» de Occidente haya de seguir discurriendo necesariamente en esta dirección. Se trata de un comienzo, de una posibilidad, de las que hay muchas en cada sociedad. En todo caso, no es disparatado pensar que la preparación de las comidas en las cocinas aún ha de evolucionar en una dirección que todavía limitará más el uso del cuchillo en la mesa de buena sociedad y también lo relegará a enclaves especiales «entre bastidores».

Ciertamente, cabe pensar que hay fuertes movimientos de retroceso. Es suficientemente conocido, por ejemplo, que las formas vitales de la última guerra condujeron automáticamente a un quebrantamiento de los tabúes grandes y pequeños de la civilización en tiempos de paz. En las trincheras, los oficiales y los soldados volvieron a comer con cuchillos y con las manos cuando hubo necesidad de ello. Los límites de los escrúpulos volvieron a desplazarse relativamente rápido bajo la presión de unas circunstancias inevitables.

Con independencia de estas alteraciones ocasionales, que siempre son posibles y que también pueden llevar a la consolidación de normas nuevas, la línea que traza la evolución en el uso del cuchillo está muy clara[60].

La regulación y la contención de la afectividad se agudizan. Las normas y prohibiciones que rodean a tan peligroso instrumento se acumulan. Finalmente, termina por restringirse en la medida de lo posible el uso del amenazador símbolo.

En lo relativo a esta curva de la civilización es imposible resisitir a la tentación de comparar su dirección con otra que muestra una costumbre ya tradicional en China. Como se ha dicho, en China hace ya muchos siglos que ha desaparecido de hecho el cuchillo de la mesa. Para la sensibilidad de muchos chinos, la forma que tienen los europeos de comer es «civilizada». «Los europeos», dicen los chinos, «son bárbaros que comen con espadas». Probablemente, la razón de esto es que en China hace ya muchos años que la clase que marca la pauta y el modelo no es una clase de guerreros, sino una clase pacificada en una gran medida, una casta de funcionarios eruditos.

La utilización del tenedor en las comidas

8. ¿Para qué sirve en realidad un tenedor? Sirve para llevarse a la boca la comida partida en pequeños trozos. ¿Por qué necesitamos un tenedor para esto? ¿Por qué no nos servimos con los dedos? Porque servirse de los dedos es un signo de canibalismo, como dice en 1859 el «hombre en la ventana del Club», el anónimo autor de los *Habits of Good Society.* ¿Por qué es signo de canibalismo comer con los dedos? Esta es una pregunta tonta: es evidentemente caníbal, bárbaro, incivilizado y lo que se quiera.

Pero, precisamente, esta es la cuestión: ¿por qué es más civilizado comer con el tenedor?

Porque es antihigiénico servirse de los dedos para comer. Esta afirmación parece convincente. Desde nuestro punto de vista es antihigiénico que varias personas se sirvan al mismo tiempo con los dedos de una fuente común porque hay un cierto peligro de contagio de enfermedades. Cada uno de nosotros parece temer que los otros estén enfermos.

Pero hay algo que no está claro en esta explicación. Hoy ya no comemos de fuentes comunes. Cada comensal se lleva los alimentos desde el plato propio a la boca. Coger los alimentos con la mano no puede ser más antihigiénico, por lo tanto, que coger los dulces, el pan, el chocolate y cualesquiera otras cosas que se comen con la mano.

¿Para qué necesitamos en realidad un tenedor? ¿Por qué es «bárbaro» e «incivilizado» comer con la mano del plato propio?

Porque es desagradable ensuciarse los dedos o, cuando menos, mostrarse en público con los dedos sucios y grasientos. La prohibición de comer alimentos con la mano del plato propio tiene muy poco que ver con los peligros de enfermedad, es decir, con los llamados «motivos racionales». Al observar nuestra reacción en relación con el ritual del tenedor se muestra con una claridad especial que la instancia primaria en lo relativo a nuestra decisión entre el comportamiento «civilizado» y el «incivilizado» en la mesa es el sentimiento de desagrado. El tenedor no es otra cosa que la materialización de una cierta pauta de emociones y de escrúpulos. En el trasfondo del cambio que se opera en la técnica de la mesa desde la Edad Media a la Moderna aparece la misma manifestación que también apareció en las otras materializaciones de este tipo: un cambio en la regulación de los impulsos y de las emociones.

Las formas de comportamiento que en la Edad Media no se consideraban como desagradables en absoluto pasan a ser consideradas como repugnantes. La pauta de escrúpulos se manifiesta en las correspondientes prohibiciones sociales. Estos tabúes no son otra cosa que el sentimiento de desagrado, de escrúpulo, de repugnancia, de miedo o de vergüenza, convertidos en ritual e institución, socialmente establecidos en función de circunstancias muy concretas y que luego se reproducen de continuo precisamente porque se han consolidado institucionalmente en un cierto ritual y en unas formas determinadas de trato social convencional.

La recopilación de los textos —aunque se trata de una cantidad reducida de estos y de manifestaciones individuales relativamente ocasionales— muestra cómo, en una fase del desarrollo en que el uso del tenedor aún no se daba por supuesta, fue difundiéndose lentamente la pauta dominante de escrúpulos que, en principio, se había originado en un círculo reducido. «Es muy incorrecto», dice Courtin en 1672 (texto G), «tocar las cosas con los dedos, ya sean grasas, salsas o jugos, puesto que ello os obligará a realizar, además, otras dos o tres incorrecciones, como la de tener que limpiaros frecuentemente los dedos en la servilleta, ensuciándola como un trapo de cocina, de modo que produce repugnancia a los demás, cuando os ven llevárosla a la boca para secaros; la segunda es la de limpiaros en el pan, lo cual es muy grosero y la tercera es la de chuparos los dedos, lo cual es el colmo de la grosería.»

La *Civilité,* de De La Salle, del año de 1729 (texto J), que se encarga de explicar el comportamiento de la clase alta en círculos más amplios, dice, por un lado: «Cuando se tienen los dedos muy grasientos, conviene desengrasarlos primeramente con un trozo de pan...»; lo cual muestra cuan poco generalizada estaba en aquella época la pauta de escrúpulos que representaba Courtin ya algunos decenios antes.

Por otro lado La Salle toma casi al pie de la letra la advertencia de Courtin: «... la educación no permite tocar con los dedos las cosas grasientas, las salsas y los jugos». Y junto a las *incivilités* a las que esto obliga, menciona, al igual que Courtin, el hecho de ensuciar la servilleta, el de limpiarse los dedos en el pan y el de chuparse los dedos.

Puede verse, pues, cómo está todo aquí en proceso, cómo la pauta nueva aún no está presente. Ciertas formas de comportamiento quedan prohibidas, no porque sean insanas, sino porque producen una imagen desagradable y conducen a asociaciones también desagradables. A través de una multiplicidad de instancias e instituciones, los círculos que sirven de modelo difunden entre otros más amplios de modo paulatino la idea de que ofrecer estos espectáculos y provocar estas asociaciones produce vergüenza. Una vez que se ha despertado este sentimiento y se ha consolidado por medio de ciertos rituales, como el ritual del tenedor, siguen reproduciéndose de modo autónomo en tanto y en cuanto la estructura de las relaciones humanas no se transforme de modo fundamental. Cada generación adulta, para la que esta pauta de comportamiento se ha hecho perfectamente natural, presiona a sus hijos, con mayor o menor intensidad, a dominarse en función de dicha pauta y a reprimir sus impulsos y sus inclinaciones. Cuando

un niño quiere coger con los dedos algo pegajoso, húmedo o grasiendo, se dice: «No debes hacerlo; eso no se hace». Y el desagrado que los adultos consiguen provocar en relación con este comportamiento acaba imponiéndose por la fuerza de la costumbre, sin que nadie pueda eliminarlo después.

No obstante, el comportamiento y la emotividad de los niños se conforman y educan en su mayor parte sin palabras, siempre que la sociedad de los adultos se haya impuesto por completo un cierto uso del cuchillo y del tenedor; es decir, los niños se educan gracias al ejemplo que reciben del mundo circundante. Como quiera que, a la presión y coacción que ejercen los individuos aislados se añaden la presión y el ejemplo del medio circundante, la mayoría de los adultos olvida o reprime tempranamente el hecho de que sus sentimientos de vergüenza y de desagrado, de placer y de disgusto fueron modelados y regulados a través de la presión y la coacción externas. Todo esto se les antoja como algo muy personal, como algo «interno», como algo que les ha sido dado por naturaleza.

En las recomendaciones de Courtin y De La Salle se hace visible de inmediato el hecho de que los adultos no quieren comer con los dedos en función de los reparos mutuos, de la «cortesía», del deseo de ahorrar a los demás un espectáculo desagradable y de ahorrarse a sí mismos la vergüenza de que les vean con las manos «ensalsadas». Posteriormente será cada vez más un automatismo interno, la impronta que deja la sociedad en el fuero interior del individuo, el super-yo, el que prohibe al individuo comer con algo que no sea el tenedor. La pauta social a la que se ha adaptado el individuo en principio por presión externa, por coacción exterior, se reproduce en él de un modo más o menos automático a través de una autocoacción que, hasta cierto punto funciona aunque el propio individuo no sea consciente de ello.

De este modo, en cada individuo se produce de nuevo en forma resumida un proceso histórico-social de siglos en cuyo curso va adelantándose lentamente la pauta que marca los sentimientos de vergüenza y desagrado. Si hubiéramos de considerar que los procesos recurrentes son leyes, podríamos hablar de una constitución sociogenética y psicogenética, paralelas a la constitución biogenética.

V. CAMBIOS EN LAS ACTITUDES FRENTE A LAS NECESIDADES NATURALES

PARTE I: TEXTOS

Siglo XV (?)

A

Selección de *Sensuivent les contenances de la table*

VIII

Enfant, prends de regarder peine	Niño, cuida siempre de mirar
Sur le siege oú tu te sierras	que en el asiento que cojas
Se aucune chose y verra	nunca haya ninguna cosa
Qui soit deshonneste ou vilaine	indecente o vulgar

B

Selección de *Ein Spruch der ze tische kert*[61].

329 Grif ouch niht mit blôzer hant

Dir selben under din gewant*.

C

1530

Selección de *De Civilitate Morum Puerilium,* de Erasmo de Rotterdam.

(Los escolios se toman de una edición de Colonia, del año de 1530 que, probablemente, estaba destinada a fines pedagógicos. El título lleva como añadido: *Ab autore recognitus, et novis scholis ilustratus, per Gisbertum Longolium Ultratraiectinum, Coloniae An XXX***. El hecho de que en un libro escolar se examinaran tales cuestiones del modo en que aquí se hace pone de manifiesto la diferencia con las actitudes posteriores.)

Incívile est eum salutare, qui reddit urinam aut alvum exonerat...***.

Membra quibus natura pudorem addidit retegere citra necessitatem procul abesse debet ab indole liberalid. Quin ubi necessitas huc cogit, tamen id quoque decente verecundia faciendum est, etiam si nemo testis adsit. Nunquam enim no adsunt angelí, quibus in pueris gratissimus est pudicitiae comes cuestos que pudor. (Un hombre bien educado no debe nunca descubrir los miembros que la naturaleza cubrió con el velo del pudor; si las circunstancias le obligaran a ello, debe hacerlo con decencia y recato, incluso aunque no haya testigos. Puesto que los ángeles están siempre presentes y nada les agrada más que en un muchacho que el pudor, compañero y guardián del comportamiento decente). Quorum autem conspectum oculis subducere pudicum est, ea multo minus oportet alieno praebere contactui. (Si el pudor impide ya mostrarlo a otro, mucho más impide dejarlos tocar por otro).

Lotium remorari valetudini perniciosum, secreto reddere verecundum. Sunt qui praecipiant ut puer compressis natibus ventris flatum retineat. Atqui civile non est, dum urbanus videri studes morbum accersere. Si licet secedere, solus id haciat. Sin minus, iuxta vetustissimum proverbium: Tussi crepitum dissimulet. Alioqui cur non eadem opera praecipiunt ne aluum deijciant, quum remforari flatum periculosius sit, quam alvum stringere. (Es malo para la salud retener la orina; lo honesto es orinar en secreto. Algunos recomiendan a los niños que reniegan los ruidos aprentando las nalgas. Pues bies, está mal coger una enfermedad por querer ser educado. Si se puede salir, hágase aparte; si no, sígase el viejo proverbio: disimúlese el ruido con una tos. Por lo demás, por qué los mismos libros no aconsejan que no se defeque, puesto que es más peligroso retener un viento que los escrementos.)

* No te toques con la mano desnuda / lo que tienes debajo del vestido.

** Revisado por el autor, ilustrado con nuevos escolios por Gilberto Longolio de Utrech, Colonia, año XXX.

*** No es correcto saludar a quien orina y defeca...

A este respecto, el escolio (p. 33) precisa lo siguiente entre otras cosas: Morbum accersere: Audi Coi senis de crepitu sententiam... Si flatus sine crepitu sonituque excernitur optimus. Melius tamen est, ut erumpat cum sonitu quam si condatur retineaturque. Atqui adeo utili hic fuerit devorare poudorem, ut corpus redimas, ut consilio omnium medicorum sic nates comprimas, quiemadmodum apud epigrammatarium Aethon, qui quamvis in sacro sibi caverit crepando, tamen compressis natibus Iovem salutat. Parasítica, et illorum qui ad supercilium stant, vox est: Didici commprimere nates. (Coger una enfermedad: Escucha el consejo del anciano de Cos [Hipócrates]... Si el viento sale sin ruido está muy bien. No obstante es mejor que salga con ruido a que se le retenga. Por lo demás, es útil olvidarse del pudor aquí con el fin de aliviar el cuerpo, siguiendo el consejo de todos los médicos, pues apretar las nalgas sería hacer como Aetón en casa del epigramático, que procuraba no tirarse pedos en el templo y saludaba a Júpiter apretando las nalgas. Son los parásitos y los que se creen superiores los que dicen: he aprendido a apretar las nalgas.)

Tussi crepitum dissimulare: Tussire se simulant, qui pudoris ngratia nolunt crepitum audiri. Lege Chiliades: Tussis pro crepitu. (Esconder el ruido con una tos: los que no quieren que se oiga un ruido hacer como que tosen. Leed a Quiliades: una tos por un pedo.)

Quum remorari flatum perniciosus sit: Extant Nicarchi versus epigrammatum libro secundo..., quibus pestiferam retenti crepitus vim describir, sed quia omnium manibus teruntur no duxi adscribendos. (Que es pernicioso retener un ruido: consultad los versos de Nicarnos en el libro segundo de los epigramas, en los que describe el efecto fatal de los pedos contenidos.)

(N.B. La minuciosidad, la seriedad extraordinaria y la naturalidad completa con que se examinan aquí abiertamente unas cuestiones que, en tiempos posteriores se convirtieron en asunto privado, y quedaron excluidas de la conversación en la vida social muestran de un modo especialmente manifiesto los cambios de la frontera de la vergüenza y los avances de ésta en una dirección determinada. El hecho de que, en el examen de estas cuestiones, el autor se refiere expresamente y muy a menudo a los sentimientos de pudor subraya especialmente la pauta de la vergüenza.)

D

1558

Selección del *Calateo,* de Giovanni della Casa, Arzobispo de Benevento. La cita proviene de la edición pentalingüe, Ginebra, 1609 (p. 32)

Igualmente, no es decoroso que un hombre decente y honesto *(Símilmente non si conviene a Gentilhuomo costumate apparechiari alle necessiitá naturali...)* se prepare para realizar sus necesidades naturales en presencia de otras personas o que, una vez las ha realizado, vuelva a abrocharse y a vestirse también en su presencia. Y, cuando regrese de aquellos lugares secretos, no debe lavarse las manos en presencia de una compañía honorable, puesto que la causa por la que se lava sugiere de inmediato el pensamiento de una cochinada. Por idéntica razón tampoco es una costumbre fina la de volverse hacia los acompañantes para mostrarles alguna suciedad que se ha encontrado en el camino (cosa que sucede de vez en cuando).

Multo minus decebit alteri re foetidam, ut olfaciat prorrigere, quod nonnunquam faceré aliqui solent atque adeo urgere, quum etiam naribus aliorum rem illam grave olentem admovent et inquiunt: Odorare amabo quan topere hoec foeteat; quum potius dicendum esset: Quia foetet, noli odorari. (Mucho menos se debe mostrar a otros cosas fétidas para que las huelan, como suelen hacer algunos con gran inoportunidad, que se las acercan a la nariz y dicen: oled, por favor, qué fétido es esto, cuando podrían decir: no lo oláis que hiede).

E

1570

Selección de la *Wernigerodischen Hofordnung* (reglas cortesanas de Wer-nigerod), de 1750[62]

Nadie debe realizar sus necesidades naturales de un modo poco caballeresco, esto es, desvergonzado y sin recato, al igual que el aldeano que jamás ha vivido en la corte o ha conocido a gentes honorables o educadas y menos ante las habitaciones de las mujeres, las de los señores, otros aposentos, o ante las puertas y ventanas. Todos han de dar prueba en cualquier momento de razón, educación y honorabilidad y comportarse con arreglo a estas circunstancias.

F

1589

Selección de la *Braunschweigi schen Hofordnung* (reglas de la Corte de Braunschweig), de 1598 [62].

Que nadie, sea quien sea, ensucie con orina u otras porquerías las escalinatas, las escaleras, los pasilos y los aposentos antes, durante o después de las comidas. Por el contrario lo que tiene que hacer para satisfacer las necesidades naturales, es ir a los lugares habituales y apropiados.

G

Hacia 1619

Richard Weste, *The Booke of Demeanor and the Allowance and Disallowance of Certaine Misdemeanors in Companie* [63]

Let not thy privy members be
layd open to be view'd,
it is most shamefull and abhord,
detestable and rude.
Retaine not urine nor the winde
which doth thy body vex
so it be done with secressie
let that not thee perplex*.

* No permitas que tus partes íntimas/ queden al descubierto,/ pues es costumbre mu\ vergonzosa y aborrecible,/ detestable y ruda.
No retengas la orina ni los vientos,/ pues ambas cosas dañan tu salud;/ si se hace en secreto/ no debes preocuparte de ello.

H

1694

Selección de la correspondencia de la Duquesa de Orleans (9 de octubre de 1694; según otros datos, 25 de agosto de 1718).

El olor del cieno es horrible. París es un lugar espantoso; sus calles huelen tan mal que no se puede pasear por ellas. A causa del mucho olor tan detestable que no se puede soportar.

I

1729

Selección de *Les Regles de la Bienséance et de la Civilité Chrétienne* de De La Salle, (Rouen, 1729, pp. 45ss.)

La decencia y el pudor ordenan cubrir todas las partes del cuerpo a excepción de la cabeza y de las manos. Debe evitarse con cuidado, en la medida que se pueda, tocar con la mano desnuda aquellas partes del cuerpo que no están descubiertas de ordinario; y si resulta obligado a tocarlas, que sean con mucha precaución. Es conveniente acostumbrarse a sufrir las incomodidades pequeñas sin revolverse, frotarse o rascarse...

Mucho más contrario a la decencia y a la honestidad es tocar o ver a otra persona, en especial si es del sexo contrario, lo que Dios prohibe que uno mire incluso en uno mismo. Cuando se tiene necesidad de orinar, es necesario retirarse siempre a un lugar apartado; y, en el caso de cualesquiera otras necesidades naturales que puedan sentirse, la decencia manda (incluso los niños) que no se hagan más que en lugares en los que no se pueda ser visto.

Revela gran falta de educación dar salida a los vientos del cuerpo, ya sea por arriba o por abajo, aunque no se haga ruido alguno, cuando se está en compañía (este precepto, coherente con las nuevas costumbres, ordena precisamente lo contrario de lo que se manda en los ejemplos C y G) y es una gran vergüenza e indecencia hacerlo de manera que los demás puedan escucharlo.

No es nunca decoroso hablar de las partes del cuerpo que deben estar escondidas ni de ciertas necesidades del cuerpo a las que nos ha sometido la naturaleza, ni siquiera nombrarlas.

J

1731

Selección de *Die Galanthe Ethica, in welcher gezeiget wird, wie sich ein junger Mensch bey der galanten Welt sowohl durch manierliche Werke als complaisante Worte recommandiren soll. Allen Liebhabern der heutigen Politesse zu sonderbarem Nutzen und Vergnügen ans Licht gestellet* (Dresde y Leipzig, 1731, 4.ª Ed., p. 288) (La ética galante, en la que se muestra cómo puede un joven hacerse valer en el mundo galante gracias a sus buenos modales y sus palabras agradables. Sale a la luz para provecho y entretenimiento de todos los amantes de la cortesía actual).

(La evolución alemana fue algo más lenta que la francesa. En esta selección encontramos un precepto de cortesía que revela, en la primera mitad

del siglo xviii la misma pauta que en el precepto de Erasmo que se ha citado más arriba: *Incivile est eum salutare,* etc.)

Si uno acierta a pasar al lado de una persona que está aliviándose, lo mejor es hacer como si no la viese y, desde luego, es contrario a la cortesía saludarla.

K

1774

Selección de *Des Regles de la Bienséance et de la Civilité Chretienne,* de De La Salle (ed. de 1774, p. 24).

(N.B. El capítulo «De las partes del cuerpo que deben ocultarse y de las necesidades naturales» ocupa en la primera edición más de dos páginas y media; en la de 1774, en cambio, escasamente una página y media. La sección «Debe evitarse con cuidado» falta por completo. Ya no se habla de muchas cosas que antes se examinaban con detenimiento.)

La decencia y el pudor ordenan cubrir todas las partes del cuerpo a excepción de la cabeza y de las manos. En el caso de las necesidades naturales, la decencia manda (incluidos los niños) que no se las satisfaga mas que en los lugares en que no se pueda ser visto.

No es nunca decoroso hablar de las partes del cuerpo que deben estar escondidas, ni de ciertas necesidades del cuerpo a las que nos ha sometido la naturaleza, ni siquiera nombrarlas.

L

1768

Selección de la carta de Madame du Deffand a Madame de Choiseul, de 9 de mayo de 1768[64]

Querida abuela: quisiera poder describiros a Vos y al abad la sorpresa que me llevé cuando ayer por la mañana me trajeron a la cama una gran bolsa de vuestra parte. Me apresuro a abrirla, meto la mano y encuentro guisantes... y luego un recipiente...; lo saco deprisa: es un orinal, pero de tal belleza y magnitud que toda mi gente de servicio coincide en que habría que convertirlo en salsera. El orinal estuvo en exhibición toda la tarde de ayer y constituyó la admiración de todo el mundo. Los guisantes... nos los comimos sin dejar ni uno.

PARTE II

OBSERVACIONES SOBRE LOS TEXTOS Y SOBRE LOS CAMBIOS QUE REFLEJAN EN GENERAL

1. La poesía cortesana no suele tratar estos temas. Los preceptos y prohibiciones sociales que se refieren a estos ámbitos de la vida son relativamente escasos. También aquí las cuestiones se tratan con la mayor naturalidad, al menos en la sociedad secularizada. A diferencia de lo que sucederá más tarde aún no se han interiorizado o privatizado las necesidades corporales ni la referencia a las mismas, ni las asociaciones de ideas que provocan, ni tampoco aparecen rodeadas por los sentimientos de vergüenza o de desagradado.

También en esta esfera representa el escrito de Erasmo un punto en la curva civilizatoria que, por un lado, supone un avance notable de los límites de la vergüenza, en comparación con la época anterior, mientras que, comparado con la época posterior, muestra un desenfado en el trato de las necesidades naturales, una tal «falta de vergüenza» que puede parecer incomprensible a los hombres de nuestro tiempo e, incluso, hasta «desagradable».

Pero, al mismo tiempo, es absolutamente claro que esta obra cumple la función de fomentar los sentimientos de pudor. La idea de invocar la ubicuidad de los ángeles para justificar la continencia en la expresión de los impulsos que quiere imponerse a los niños, es muy característica. A su vez, la justificación del miedo que se despierta en los adolescentes para obligarles a la represión de sus manifestaciones de placer, de acuerdo con las pautas de comportamiento socialmente admitidas, cambia en el curso de los siglos. En esta época, el miedo a los impulsos y la renuncia a tales impulsos se explica y se ejemplifica (tanto para uno mismo como para los demás) como un miedo producido por espíritus externos. Algo más tarde, la coacción y la continencia a las que hay que someterse, así como el miedo, la vergüenza y el disgusto que producen las infracciones, aparecen muy claramente, al menos en la clase alta y en los círculos cortesano-aristocráticos, como una coacción social, como vergüenza y miedo producidos por la presencia de otras personas. En todo caso, en las otras capas de la población sigue utilizándose durante bastante tiempo la referencia al ángel de la guarda como un medio para el condicionamiento de los niños. El recurso a este medio, sin embago, se reduce un poco, al ganar en importancia la referencia al posible perjuicio de la salud, a los «motivos higiénicos», que buscan alcanzar un cierto grado de renuncia de los impulsos y una determinada modelación de las emociones; esto es, cuando se imponen aquellas razones que tienen tanta importancia en la idea que los adultos se hacen de la «civilización» sin que, por otro lado, se perciba la relación entre éstas y el arsenal del condicionamiento de los niños. La conciencia de esta relación es la que nos permitiría comprobar lo que hay en ella de racional y de pseudo-racional, es decir, lo que se basa, más que nada, en los sentimientos de escrúpulo y de pudor de los mayores.

2. Como se ha dicho, la obra de Erasmo se cuenta, de un lado entre las que preparan el camino a una nueva pauta de pudor y de escrúpulos que empieza a imponerse lentamente sobre todo entre la clase alta secular. De otro lado, sin embargo, habla con naturalidad completa sobre cosas cuya mención se ha convertido después en algo desagradable. Erasmo, que da pruebas patentes en su tratado de delicadeza y de sensibilidad, no tiene reparos en llamar por su nombre a funciones corporales que, en nuestro grado de dominio de las emociones, ya no pueden nombrarse y ni siquiera pueden mencionarse, mucho menos en libros sobre buenos modales. Tampoco hay contradicción ninguna entre la delicadeza por una parte y el desenfado por otra, ya que Erasmo se encuentra en otro grado distinto del dominio y la represión emocionales.

La otra pauta de comportamiento social en la época de Erasmo resulta comprensible cuando leemos que es natural encontrarse a alguien *«qui urinam reddit aut alvum exonerat».*El mayor desenfado con que, evidentemente, en esta época la gente hace sus necesidades y habla de ellas ante los demás recuerda formas de comportamiento que hoy aún pueden observarse en algunos países orientales. Pero la delicadeza manda no saludar a quien se encuentra en tal situación.

La otra pauta resulta visible cuando Erasmo dice que no es civil exigir del joven que *«ventris flatum retineat»* ya que puede coger una enfermedad por guardar las formas de la urbanidad. Y lo mismo dice de los estornudos y otros ruidos similares.

No se encuentran muchas justificaciones por razón de la salud en esta obra erasmiana y cuando se encuentran son, precisamente, para evitar las coacciones y las exigencias de represión, mientras que, más tarde, en el siglo xix sirven casi siempre para conseguir la moderación y la renuncia a los impulsos. De nuevo en el siglo xx aparece aquí un ligero cambio.

3.Los textos de De La Salle habrán de ser suficientes para apuntar en qué medida avanzan los sentimientos de pudor.

De nuevo es muy significativa la diferencia entre la edición de 1729 y la de 1774. Por supuesto, la edición primitiva ya deja traslucir una pauta de pudor completamente distinta a la de la obra de Erasmo. Se subraya el precepto de hacer las necesidades naturales a escondidas de los demás, si bien es cierto que, precisamente el hecho de que esto se mencione es prueba de que todavía no se corresponde con el comportamiento real de las personas, que no refleja el comportamiento de los adultos y mucho menos el de los niños. Aunque el propio La Salle dice en su obra que no es muy decente hablar de estas necesidades o de las partes del cuerpo a que se refieren, lo cierto es que él lo hace y, además, con una minuciosidad chocante desde nuestro punto de vista. La Salle llama a las cosas por su nombre, mientras que en la *Civilité* de Courtin, del año de 1672, destinada a la clase alta, ya faltan tanto un capítulo de este tipo como las expresiones correspondientes.

En la edición posterior de La Salle se evitan todas las indicaciones detalladas. Poco a poco va alcanzando a la mención de estas necesidades el «anatema del silencio». El mero recuerdo de que tienen que realizar tales fun-

ciones naturales resulta desagradable a las personas que se encuentran en presencia de otras con las que no tienen una relación íntima; y, en sociedad, se evita hacer mención a cualquier cosa que tenga algo que ver, aunque sea lejanamente, con tales necesidades naturales.

Al propio tiempo, los textos nos permiten ver con cuánta lentitud se produce el proceso real de exclusión de estas funciones corporales en la vida social.

Precisamente el hecho de que antes no existiera este «anatema de silencio» (o, de exisitir, no fuera muy estricto) explica que ahora podamos disponer de suficiente manterial[65] de investigación. Lo que falta, en cambio, en la mayoría de los casos, es la convicción de que los datos de este tipo tienen algo más que un valor de curiosidad y de que, por lo tanto, la visión de conjunto de los mismos y su resumen nos puede dar una imagen unitaria de un movimiento más o menos orientado. Si se adopta este punto de vista, sin embargo, también puede observarse aquí una típica curva de civilización.

4. En un primer momento, tanto la satisfacción de estas necesidades como el hecho de que sea pública, no está afectada por sentimientos de pudor o de escrúpulos y, en consecuencia, no es obligatorio reprimirlas o hacerlas en soledad. Por el contrario, resultan algo tan natural como el peinarse o el ponerse los zapatos. Esta es, asimismo, la situación con arreglo a la cual se condiciona a los niños.

«Cuéntame», dice el maestro a sus alumnos en un libro escolar de 1568 escrito por Mathurin Cordier[66], «con exactitud todo lo que hayas hecho desde que te has levantado hasta la hora del desayuno. Escuchad atentamente, muchachos, para que podáis imitar a vuestro compañero: *Experrectus surrexi e lecto»,* dice el colegial, *«indui tunicam cum thorace... deinde egressus cubículo, descendí infra, urinam in área reddidi ad parieíem, accepi frigidam aquam e situla, manus et faciem lavi,* etc. (Me he despertado y me he levantado de la cama; me he puesto la camisa y la chaqueta..., después he salido del dormitorio, he bajado las escaleras, he orinado contra la pared del patio, he cogido agua fresca del cubo, me he lavado las manos y la cara, etc.).»

En épocas posteriores no se mencionaría la realización de esta necesidad en el patio, por considerarla «sin importancia» y más en un libro destinado a la enseñanza y a la educación. En este caso no tiene mayor o menor «importancia», sino que se considera algo tan natural como todo lo demás.

El colegial que hoy tuviera que informar de esta necesidad, solamente lo haría por gastar una especie de chiste, como si hubiera entendido al profesor demasiado «al pie de la letra» o bien se expresaría por medio de circunloquios y, probablemente, trataría de ocultar su desconcierto con una sonrisa, a la que contestaría una sonrisa «comprensiva» de los demás con lo cual se compensaría una infracción más o menos grave del tabú.

El comportamiento de los adultos se corresponde con estos tipos distintos de condicionamiento. Durante mucho tiempo, tanto la calle como cualquier otro lugar en que uno se encontrara en un momento determinado, estuvieron sirviendo para fines iguales o parecidos a los que cumplía la pa-

red en el ejemplo citado más arriba. Ni siquiera era insólito que uno hiciera sus necesidades en la escalera, en los rincones de las habitaciones o en los tapices de las paredes de un castillo, como se deduce de los textos E y F. Pero estos textos muestran, al mismo tiempo, cómo esta convivencia específica y duradera de muchas personas interdependientes en la corte hace que se intensifique la presión que se ejerce desde arriba para que haya una regulación más estricta de los impulsos naturales, así como una mayor represión de estos.

En principio, son las personas situadas más alto en la jerarquía social las que, de una u otra forma, exigen una regulación más exacta de los impulsos, así como la represión de éstos y la continencia en los afectos. Se lo exigen a sus inferiores y, desde luego, a sus iguales sociales. Sólo bastante más tarde, cuando las clases burguesas (que, en comparación con la época anterior, son clases masivas con una gran cantidad de iguales suyos desde un punto de vista social) se convirtieron en clase alta, en clase dominante, pasó la familia a ser el centro único o, mejor dicho, el centro primario y dominante de la represión de los impulsos. Únicamente a partir de este momento la dependencia social del niño con respecto a los padres pasó a convertirse en una fuerza especialmente importante e intensiva de la regulación y la modelación emotivas socialmente necesarias.

En el caso de la clase alta en la fase caballeresco-cortesana y, desde luego, en la absolutista-cortesana era la corte la que cumplía esta función, es decir, el trato social inmediato. En esta fase todavía no se genera mucho de lo que, para nosotros, se ha convertido en una especie de «segunda naturaleza»; esto es, no equivale a una autocoacción que funcione automáticamente, a un hábito que, hasta cierto punto, opere incluso cuando el individuo se encuentra solo; antes al contrario, esta forma de comportamiento se remite siempre a las demás personas porque es más consciente de los motivos sociales de la represión de los impulsos y de la continencia. El tipo y la intensidad de la continencia, en cada caso, guardan una correspondencia con la posición social del que se la impone y también con la posición social de aquellos otros frente a los cuales se le impone. Esta situación va cambiando lentamente, en la medida en que van perdiendo nitidez y agudeza el escalonamiento de las relaciones de dependencia, así como el carácter jerárquico de la sociedad. Al aumentar la división del trabajo se hace más intensa la interdependencia de los individuos y todos dependen más unos de otros, incluidos los superiores de los inferiores y de los más débiles. Los más débiles se igualan a los poderosos en la medida en que éstos sienten pudor ante aquéllos, por decirlo de un modo contundente. Este es el proceso por el que se consigue encauzar la vida de los impulsos de un modo tal que, lentamente, va resultando comprensible y natural para un individuo de la sociedad democrática industrial.

Tomemos uno entre los muchos ejemplos posibles, que señala con claridad el contraste y que, además, si se considera con detenimiento ilustra la totalidad del proceso:

Della Casa enumera en su *Calateo* en una ocasión una serie de malos hábitos que han de evitarse. En sociedad no debe uno dormirse, dice el autor;

tampoco debe uno sacar una carta y ponerse a leerla; tampoco debe uno cortarse o limpiarse las uñas cuando está en sociedad. «Además», continúa (p. 92), «no debe uno sentarse de forma tal que le vuelva a otro la espalda o levantar tanto el muslo que se descubran y se vean los miembros del cuerpo humano que deban estar cubiertos con vestimentas; puesto que estas cosas y otras similares no está bien que se hagan si no es entre personas ante las cuales no tiene uno por qué avergonzarse *(se non tra quelle persone, che l'huom non riverisce).* A no ser que esto lo hiciera un gran señor en presencia de alguno de sus criados o de un amigo de rango inferior, pues con ello no estaría demostrando su orgullo, sino por el contrario, una atención y una amistad especial para con ellos.»

Hay personas ante las que uno se avergüenza y otras ante las que uno no se avergüenza. El sentimiento de vergüenza constituye aquí claramente una función social y, en consecuencia, modela la estructura social. Quizá no suela decirse así de claro, pero, en todo caso, tenemos testimonios suficientes del comportamiento en cuestión. Todavía en el siglo xvii, los reyes y los grandes señores franceses [67] recibían a los inferiores a los que pretendían distinguir en circunstancias en las que, más tarde, solía decirse en Alemania, a título de refrán, que hasta el emperador tenía que estar solo. Durante toda una época fue una costumbre perfectamente natural recibir a los inferiores cuando uno se levantaba de la cama o cuando uno se vestía e, incluso, cuando uno iba a acostarse. La misma pauta en los sentimientos de pudor se trasluce en el momento en que la amiga de Voltaire, la Marquesa de Chatelet, al ir a bañarse, se muestra desnuda ante su ayuda de cámara, sumiéndole en la confusión mientras le reprende con una indiferencia total por no verter correctamente el agua caliente[68].

Las formas de comportamiento que en la sociedad democrática muy industrializada aparecen cargadas de todo tipo de tabúes y de diversos grados de sentimientos de vergüenza y de escrúpulos, en esta época, en cambio, sólo aparecen de modo parcial; sólo se las omite en el trato con los que son superiores o iguales desde el punto de vista social. A este respecto, los individuos admiten la coacción y la represión según el mismo esquema que más arriba podíamos ver en la consideración de las costumbres de la mesa: «Tampoco creo», se dice en el G*alateo* en una ocasión, «que esté bien que alguien ofrezca algo a otro de la fuente común y a disposición de todos, a no ser que quien lo haga sea de rango social superior al otro al que, de este modo, se le hace un honor. Pues si esto sucede entre personas iguales da la impresión de que quien lo hace, distingue especialmente a una de ellas entre las otras».

En esta sociedad tan jerarquizada, todo acto de convivencia entre los hombres recibía el significado de un valor de prestigio. Incluso la represión emocional, a la que nosotros llamamos «cortesía», tenía entonces un cariz distinto al de las épocas posteriores, cuando las diferencias sociales externas fueron nivelándose. Lo que aquí se menciona como caso especial en el trato entre iguales para que nadie ofrezca de comer a otro, se convierte posteriormente en un hábito generalizado: en sociedad cada cual coge su parte y todos comienzan a comer al mismo tiempo.

Lo mismo sucede con la desnudez. En un principio resultaba penoso mostrarse total o parcialmente desnudo ante los superiores o los iguales sociales; en el trato con los inferiores, en cambio, podía ser hasta un signo de benevolencia. Luego, cuando todos son socialmente iguales, la desnudez en público pasa a convertirse lentamente en una infracción generalizada. El condicionamiento social de los sentimientos de pudor y de desagrado va desapareciendo poco a poco de la conciencia. Precisamente porque el precepto social de no mostrarse desnudo o en el cumplimiento de las necesidades naturales se aplica a todos los seres humanos y se inculca en los niños en esta forma, los adultos lo consideran como un precepto que se origina en su propia intimidad y que toma el aspecto de una autocoacción que actúa de un modo más o menos total y automático.

5.Pero esta exclusión de las necesidades corporales de la vida pública, así como la regulación y modelación correspondientes de la vida impulsiva fueron posibles únicamente porque, a la par con la sensibilidad creciente se inventó un utensilio técnico que resolvió de algún modo este problema de la exclusión de tales funciones de la vida social y su reclusión en otros lugares. En este caso se siguieron pasos parecidos a los de las técnicas de la mesa. El proceso del cambio psicológico, el avance de los límites del pudor y del desagrado no se pueden explicar desde un sólo punto de vista en función únicamente del desarrollo de la técnica y de los descubrimientos científicos. Por el contrario, no resultaría nada difícil mostrar la sociogénesis y la psicogénesis de estos descubrimientos.

Pero, una vez que, al transformarse generalmente las relaciones humanas, se inició un cambio en las necesidades de los hombres, el desarrollo de unos aparatos adecuados a las pautas en evolución supuso una consolidación extraordinaria de las costumbres cambiantes. El conjunto de estos aparatos técnicos sirvió al mismo tiempo para la reproducción continua de las pautas sociales y para su difusión.

No carece de interés observar que, una vez se ha consolidado esta pauta de comportamiento, que ya se da por descontada, hoy aparece una cierta apertura en relación con el siglo xix, al menos en lo que respecta a la posibilidad de hablar de las necesidades corporales. La libertad y el desenfado con los que hoy se dice lo que hay que decir y, además, sin desconcierto, sin la sonrisa reprimida y las risitas de la infracción del tabú, resultan evidentes en la postguerra. Pero, al igual que en las costumbres de baño y de danza de la época contemporánea, todo esto es posible porque, en líneas generales, se ha asegurado la pauta de las costumbres, las autocoacciones técnico-institucionales, así como el grado de represión de la propia vida impulsiva y del propio comportamiento. Se trata, por tanto, de una abertura en el marco de una pauta de comportamiento ya establecida.

6.La pauta de comportamiento que se ha establecido en nuestra fase de la civilización se caracteriza por incluir una enorme distancia entre el comportamiento de los llamados «adultos» y el de los niños. En unos pocos años, los niños están obligados a alcanzar la pauta muy avanzada de sentimientos de pudor y de escrúpulo que ha ido constituyéndose a lo largo de los siglos. Sus impulsos infantiles tienen que someterse rápidamente a aquella

modelación específica que es característica de nuestra sociedad, que se ha ido desarrollando lentamente en nuestra evolución histórica. Los padres no son otra cosa que los instrumentos —a menudo insuficientes—, los ejecutores primarios del condicionamiento; pero ya sea a través de ellos o a través de otros mil instrumentos, acaba siendo siempre la sociedad como un todo, el entramado total de los seres humanos los que ejercen la presión sobre los niños y los que, en definitiva, los configuran de un modo completo o incompleto.

También en la Edad Media era la sociedad como un todo la encargada de modelar a los individuos, aunque —aún hemos de mostrarlo— los mecanismos de la modelación, como los órganos de la ejecución y del condicionamiento, eran en gran parte distintos a los actuales, al menos en la clase alta. Lo más significativo es que la regulación y la represión a las que se sometía la vida impulsiva de los adultos eran notablemente menos estrictas que en la fase siguiente de la civilización y, a consecuencia de ello, también era menor la diferencia entre el comportamiento de los adultos y el de los niños.

Las inclinaciones y las tendencias que tratan de combatir los libros medievales de buenos modales suelen ser las mismas que todavía hoy se dan entre los niños. En todo caso, hoy día se les combate tan tempranamente en la vida de los individuos que ciertos «malos hábitos» que eran muy comunes en la Edad Media apenas aparecen ya en la vida social.

También hoy se inculca a los niños que no tienen que abalanzarse a coger lo que hay en la mesa, que no tienen que rascarse y que no han de tocarse la nariz, las orejas, los ojos u otras partes del cuerpo cuando están en la mesa. Igualmente se les enseña que no han de hablar o beber con la boca llena, que no está bien «repantigarse» en la mesa y cosas similares. Gran cantidad de estos preceptos se encuentran ya en el *Hofzucht* de Tannhäuser, auque no dirigidos tan sólo a los niños, sino inequívocamente a los adultos, lo cual resulta comprensible cuando se recuerda cómo realizaban sus necesidades naturales los adultos antaño. Los ejemplos muestran que muy a menudo las realizaban de un modo tal que hoy sólo perdonaríamos en el caso de tratarse de niños. Las personas solían aliviarse allí donde les venía la necesidad. El grado de contención y regulación de los impulsos que unos adultos esperaban de otros no era mucho más grande que la que se imponía a los niños. La distancia que separaba a los adultos de los niños, en comparación con la de hoy, no era muy grande.

Hoy es tan fuerte el círculo de preceptos y regulaciones en torno a los seres humanos, es tan fuerte la censura y la presión de la vida social que forman sus hábitos, que los niños no tienen más que una alternativa: o bien se someten a la conformación socialmente exigida del comportamiento, o bien quedan excluidos de la vida en la sociedad «moralizada». El niño que no consigue alcanzar el grado de configuración emocional socialmente exigida es considerado como «enfermo», «anormal», «criminal» o simplemente «imposible» en distintas gradaciones y siempre desde el punto de vista de una casta o clase determinadas de cuya vida, en consecuencia, queda excluido. Es más, los propios términos de enfermo —desde el punto de vista

psíquico—, anormal, criminal e «imposible» no tienen otro significado, hasta cierto punto, que éste precisamente: lo que se entiende por cada uno de ellos en las diferentes situaciones, depende de unos modelos que cambian históricamente.

En cierto sentido, es muy ilustrativo aquí el final del texto D: «Mucho menos se debe mostrar a otros cosas fétidas para que las huelan, como suelen hacer algunos con gran inoportunidad, etc.». Un carácter y un comportamiento de este tipo, en la pauta actual de los sentimientos de pudor y de escrúpulos y de acuerdo con el esquema de dominio de las emociones que hoy impera calificaría a una persona, sin más, como «enferma», «patológica», «perversa» y, además, la excluiría del trato con los demás. Cuando la inclinación a este tipo de comportamiento comenzara a hacerse pública, quien la tuviera sería recluido en el interior de la casa o bien encerrado en un sanatorio. Si este carácter solamente se manifestara «entre bastidores» de la vida social, recaería sobre el alienista la labor de corregir el mal condicionamiento de esta persona. Por regla general, los impulsos de este tipo han desaparecido de la conciencia cotidiana de los adultos bajo la presión del condicionamiento social. Tan solo el psicoanálisis es capaz de descubrirlos bajo la forma de inclinaciones irrealizadas e irrealizables, a las que suele designarse como subconsciente o elemento onírico. Realmente, en nuestra sociedad, estas inclinaciones tienen el carácter de unos residuos «infantiles», debido a que la pauta social de comportamiento de los adultos hace indispensable una represión y una reconstrucción completas de estos impulsos, de modo que, cuando se manifiestan entre los adultos, aparecen como residuos de la época infantil.

El nivel de escrúpulos que representa el *Galateo* exige igualmente una independencia de estos impulsos. Pero, en aquella época, la presión que ejercía la sociedad sobre el individuo para transformar tales inclinaciones, era mínima en comparación con la que ejerce en la actualidad. El sentimiento de asco, de escrúpulo o de repugnancia que tal comportamiento despertaba en aquella sociedad resulta mucho más débil que entre nosotros. En consecuencia, también es mucho más suave la prohibición social que pesa sobre esta manifestación de las emociones y su correspondiente forma de comportamiento. Nadie considera esta conducta como una «anomalía enfermiza» o una «perversión», sino, más bien, como un atentado contra el tacto, la cortesía o las buenas formas.

Della Casa habla de este «mal hábito» sin darle mayor importancia de la que damos nosotros al hecho de que alguien se muerda las uñas en público. Precisamente que Della Casa hable de algo así muestra que antaño este mal hábito parecía algo inofensivo.

Con todo, este texto supone, en cierto modo, un viraje en la evolución. Cabe suponer que, en la época anterior no habían faltado manifestaciones emotivas de este tipo, aunque sólo entonces se comenzó a prestarles atención. La sociedad comienza a reprimir los elementos de placer en ciertas funciones por medio del temor; o, mejor dicho, comienza a privatizar tales funciones, a recluirlas en la «intimidad», en el «secreto» de la vida de los individuos, haciendo que los únicos sentimientos sociales frente a ellas sean

los de carga negativa, el disgusto, el asco, la repugnancia. Pero precisamente con esta proscripción social más intensa de muchas manifestaciones de los impulsos y con su «exclusión» de la superficie, tanto de la vida social como de la conciencia, lo que se consigue es que crezca a su vez la distancia entre la estructura psíquica y el comportamiento de los adultos de un lado y de los niños del otro.

VI. Sobre el modo de sonarse

PARTE I: TEXTOS

A

Siglo xiii

Selección de *De le zinquanta cortexie da tavola (De las cincuenta cortesías de la mesa),* de Bonvesin de la Riva (Bonvexino da Riva).

a) Preceptos para señores.

La desetena apresso si é: quando tu stranude,
Over ch el te prende la tosse, guarda con tu lávori
In oltra parte te volze, ed é cortexia inpensa,
Azó che dra sariva no zesse sor la mensa.*

b) Preceptos para pajes o sirvientes.

Pox la trentena é questa: zasehun córtese donzello
Che se vore monda lo naxo, con li drapi se faza bello;
Chi mangia, over chi menestra, no de sofiá con le die;
Con li drapi da pey se monda vostra cortexia.**

El pasaje b) no es muy claro. Es evidente que se dirije a personas que servían la mesa. Un comentarista, Uguccione Pasano, dice: *«Donnizelli et Domicellae dicuntur quando pulchri juvenes magnatum sunt sicut servientes...-».* Estos donceles no tenían permiso para sentarse a la misma mesa que los caballeros y, cuando les estaba permitido, tenían que sentarse en una silla más baja. Con especial referencia a ellos y, en general, a todos los socialmente inferiores se decía la 31 cortesía es ésta: todo doncel cortés que quiere sonarse la nariz tiene que hacerse con un pañuelo y cuando come o cuando sirve no tiene por qué sonarse con los dedos. Es mucho más cortés servirse para esto de las polainas.

* La décimo séptima es la siguiente: cuando estornudes / o cuando vayas a toser, ten cuidado, / vuélvete a otra parte, en la cortesía piensa / para que no caiga saliva en la mesa.

** Luego, la trigésima es: todo doncel cortés / que quiere limpiarse la nariz lo haga con la servilleta; / el que come o sirve a la mesa no debe sonarse con los dedos, / con los trapos de limpiarse los zapatos mostráis vuestra cortesía.

B

¿Siglo xv?

Selección de *Aus ein spruch der ze tische kêrt.*

323 Swer in daz tischlach sniuzet sich,
daz stât niht wol, sicherlich.*

Selección de *S'ensuivent les contenances de la table.*

XXXIII

Enfant se ton nez est morveux,	Niño, si tienes mocos en la nariz
Ne le torche de la main nue,	no te limpies con la mano
De quoy ta viande est tenue.	con la cual coges la carne
Le fait est vilain et honteux	sería vulgar y vergonzoso.

Según la nota del editor del *Babees Book* (tomo 2, p. 14) la cortesía consistía en sonarse con los dedos de la mano izquierda, mientras se comía con la derecha y se cogía la carne de la fuente común.

Selección de *Moeurs intimes du passé,* Primera serie, París, 1910, p. 101 Aug. Cabanés.

En el siglo xv todavía la gente se sonaba con los dedos y los escultores no han vacilado en reproducir este gesto bastante realista, en sus monumentos.

Entre los caballeros que hay en la tumba de Felipe «el Astuto», en Dijon, es decir, entre los «plañideros» puede verse a uno que se suena en su manto y a otro que se suena con los dedos.

Siglo XVI **F**

1530

Selección de *De Civilitate Morum Puerilium,* de Erasmo de Rotterdam, (Capítulo I).

Pileo aut veste emungi, rusticanum, bracchio cubitove, salsamentariorium, nec multo civilius id manu fieri, si mox pituitam vesti illinas. Strophiolis exci-

* Quien se suena en el mantel, sin duda no hace bien.

pere narium recrementa, decorum; idque pauliser averso corpore, si qui adsint honoratiores.

Si quid in solum dejectum est emuncto duobus digitis naso, mox pede prote-rendum est.

Selección de los escolia a estos textos:

Inter mucum et pituitam parum differentiae est, nisi quod mucum crassiores, pituitam fluidas magis sordes interpretantur. Strophium et strophiolum, sudarium et sudariolum, linteum et linteolum confundunt passim Latini scriptores.*

G

1558

Selección del *Galateo,* de Giovanni della Casa, Arzobispo de Benevento. Citado de la edición pentalingüe, Ginebra, 1609.

P. 72: No debes ofrecer tu pañuelo a nadie, a no ser que esté recién lavado *(non offerirai il suo moccichino...*).

P. 44: Tampoco está nada bien que, una vez que te has sonado la nariz, despliegues de nuevo el pañuelo y mires en su interior, como si te hubieran caído perlas y rubíes de la cabeza.

P. 618... ¿Y qué tendré que decir de aquellos que llevan en la boca su pañuelo?

H

Selección de *Moeurs intimes du passé,* Primera serie, París, 1910 Aug. Cabanés.

a) Prestigio del pañuelo (al igual que el tenedor, la silla retrete, etc., el pañuelo era, en sus principios, un instrumento de lujo sumamente costoso).

P. 103: *Les Arrêts d'Amour* de Martial d'Auvergne:

... con el fin de que ella le recordara, pensó hacerle uno de los pañuelos más ricos y bellos, en el que se viera su nombre en letras bordadas, del modo más elegante del mundo, pues iba prendido a un bello corazón de oro con franjas de pequeños pensamientos.

(La costumbre mandaba que la Dama llevara este pañuelo prendido en el cinturón, al lado de las llaves.)

* Sonarse en el gorro o en la chaqueta es cosa de rústicos; hacerlo en el brazo o en el codo, es cosa de pescadores. No es más educado sonarse con la mano si el moco cae en la chaqueta. Hay que recoger la suciedad de la nariz con un pañuelo, como manda el decoro, al tiempo que se vuelve uno, especialmente si hay superiores.

Si, al sonarse con los dedos, cayera algo al suelo, hay que pisarlo de inmediato.

Los escolios:

Entre la mucosidad y el moco apenas hay diferencia, a no ser porque la primera es más espesa y el segundo más líquido.

b) P. 168: en 1594, Enrique IV preguntaba a su ayuda de cámara cuántas camisas tenía y éste respondía: una docena, Señor, y además hay algunas rotas.¿Y pañuelos? Tengo ocho ¿verdad? Ya no quedan más que cinco, respondió el criado (*Journal d'Henri IV,* de Lestoil).

En 1599, al hacer el inventario de las propiedades de la amante de Enrique IV, tras de su muerte, se encontraron «cinco pañuelos bordados en oro, plata y seda; poned cien escudos».

c)P. 102: En el siglo XVI, dice Monteil, en Francia, como en todas partes, el pueblo bajo se sonaba sin pañuelo, pero, entre la burguesía la educación manda que se haga en la manga. En cuanto a la gente rica, llevaba un pañuelo en el bolsillo. Así, cuando quiere decirse de una persona que tiene fortuna,se dice que no se suena con la manga.

Fines del siglo XVII

El colmo del refinamiento. Primer punto culminante de la transformación y de las prohibiciones

I

1672

Selección del *Nouveau Traite de Civilité,* de Antoine de Courtin.

P. 134 (relativo a la mesa): Sonarse a pañuelo descubierto, sin cubrirse con la servilleta, secarse el sudor del rostro... son porquerías que repugnan a cualquiera.

No hay que bostezar, sonarse o escupir. Si, a pesar de todo, tiene uno que hacerlo en lugares que están limpios, es preciso utilizar el pañuelo, cubriéndose con la mano izquierda y no mirar después de nuevo en el pañuelo.

J

1694

Selección del *Dictionnaire étymologique de la langue française,* de Ménage.

Pañuelo para sonarse.

Como esta palabra de sonarse *(moucher)* produce mala impresión, las señoras debieran llamar a este pañuelo más bien pañuelo de bolsillo, al igual que se dice pañuelo para el cuello, y no pañuelo para sonarse.

(Mouchoir de poche, pañuelo de bolsillo como expresión más decente; se reprime la palabra para funciones corporales que se han convertido (en algo desagradable).

Siglo xviii

K

1714

De una *Civilité francaise* anónima (Lieja, 1714).

Distancia creciente entre los adultos y los niños. Únicamente los niños pueden comportarse como los adultos durante la Edad Media, al menos entre las clases medias.

P. 41: Guardaos bien de sonaros con los dedos o con la manga, como los niños; antes bien, servios de vuestro pañuelo y no miréis en él tras haberos sonado.

L

1729

Les Regles de la Bienséance et de la Civilité Chretienne, de De La Salle (Rouen, 1729).

De la nariz y del modo de sonarse y de estornudar (p. 23).

Resulta indecente estar hurgándose incesantemente la nariz con el dedo y todavía es mas insoportable llevarse enseguida a la boca lo que se ha sacado de ella...

Es una cosa sucia sonarse en la mano, en la manga o en el vestido. Muy contrario a la decencia es sonarse con dos dedos, tirar la suciedad al suelo y secarse luego los dedos en el vestido. Resulta muy feo ver tales suciedades en los vestidos, que deben estar siempre muy limpios, por pobres que sean.

Hay algunos que se tapan una ventana de la nariz y, soplando con la otra, lanzan al suelo la suciedad que hay en ella; quienes esto hacen no tienen noción de lo que es la decencia.

Para sonarse hay que servirse siempre del pañuelo y nunca de otra cosa y, al hacerlo, hay que cubrirse el rostro con el sombrero. (Ejemplo especialmente claro de la difusión de los hábitos cortesanos merced a esta obra.)

Al sonarse, hay que evitar hacer ruido con la nariz... Antes de sonarse es una indecencia tardar mucho en sacar el pañuelo: constituye una falta de respeto en relación con las personas con las que se está, pasarse luego un rato desplegando el pañuelo para ver en qué lugar va a sonarse uno. Es preciso sacar con rapidez el pañuelo del bolsillo y sonarse con prontitud, de forma que los otros apenas se den cuenta de lo que ha pasado.

Una vez que uno se ha sonado hay que guardarse mucho de mirar en el pañuelo; lo apropiado es doblarlo de inmediato y volver a meterlo en el bolsillo.

M

1774

Selección de *Les Regles de la Bienséance et de la Civilité Chretienne,* de De La Salle (Ed. de 1774, pp. 14 *ss.)*

El capítulo ya sólo se llama: «De la nariz». Y, además, está resumido:

Todo manejo voluntario de la nariz, bien con la mano, bien con otra cosa,

es indecente y pueril. Llevarse los dedos a la nariz es una suciedad repugnante y si se la toca muy a menudo, se forman en ella molestias que después duran mucho tiempo.

(Esta justificación, que falta en la edición anterior, muestra claramente cómo en esta época comienza a aparecer lentamente la referencia a los perjuicios para la salud como instrumento de condicionamiento, muy a menudo en lugar de la referencia al respeto que se debe a los de rango social superior.) Los niños suelen incurrir en este defecto; los padres deben corregirles con cuidado.

Al sonarse es necesario observar todas las reglas de la honestidad y de la limpieza.

(Se evitan todos los detalles. El «anatema del silencio» se extiende y se da por supuesto que los adultos conocen todos estos detalles —lo cual no podía darse por supuesto en la época de la primera edición— y que se regulan en la intimidad de la familia.)

N

1797

Le voyageur de París, de De la Mésangére, 1797, tomo II, p. 95. (Pensado para la juventud de la «buena sociedad» con más claridad que los textos anteriores citados del siglo xviii).

Hace algunos años sonarse la nariz se había convertido en un verdadero arte. Uno imitaba el sonido de la trompeta, otro el maullido del gato; la perfección consistía en no hacer demasiado ruido ni muy poco.

PARTE II

OBSERVACIONES ACERCA DE LOS TEXTOS SOBRE EL MODO DE SONARSE

1. En la sociedad medieval la gente se sonaba con las manos, y también comía con las manos, lo cual hacía que fueran necesarios los preceptos acerca del modo de sonarse la nariz en la mesa. La cortesía ordenaba que uno se sonara con la izquierda cuando cogía la carne con la derecha. No obstante, éste era un precepto que, de hecho, se limitaba al comportamiento en la mesa y su única justificación era la de la consideración que es preciso tener con los demás. El sentimiento de desagrado que hoy evoca el mero pensamiento de que uno pueda ensuciarse los dedos de este modo, faltaba entonces por completo.

Los textos vuelven a mostrarnos de modo muy claro con qué lentitud han ido desarrollándose los instrumentos de la civilización que aparentemente eran más simples. Muestran, asimismo, hasta un cierto punto, los presupuestos sociales y psíquicos especiales que fueron necesarios para generalizar la necesidad de un instrumento tan simple como el pañuelo, así como su uso. Al igual que en el caso del tenedor, la utilización del pañuelo se impuso primeramente en Italia y luego se difundió acompañado de su

prestigio. Las mujeres se colgaban del cinturón unos pañuelos lujosos y ricamente bordados. Los jóvenes *snobs* del Renacimiento se lo ofrecían unos a otros o los llevaban en la boca. Y, como al principio eran relativamente lujosos y muy caros, había pocos, incluso entre la clase alta. Como hemos visto (texto H, b), a fines del siglo xvi, Enrique IV tenía cinco pañuelos de bolsillo. En general se considera que es un signo de riqueza el no sonarse en la mano o en la manga y hacerlo en cambio en un pañuelo de bolsillo (ejemplo H, c). Únicamente Luis XIV tiene una rica colección de pañuelos de bolsillo y, en su reinado, se generalizó el uso del pañuelo, al menos entre la sociedad cortesana.

2. En este caso, como en las demás circunstancias encontramos en Erasmo dibujada con toda claridad la situación de transición. En realidad, dice, es más educado utilizar un pañuelo de bolsillo; y cuando está uno en presencia de gente de rango superior, conviene apartarse un poco para sonarse. Pero también dice, al mismo tiempo: si te suenas con dos dedos y cae algo al suelo, písalo. Ya se conoce la utilidad del pañuelo, pero éste está poco extendido, incluso entre la clase alta, para la que, en lo esencial, escribe Erasmo.

Dos siglos después se muestra casi la situación inversa. El uso del pañuelo se ha generalizado, al menos entre la gente que pasa por «bien educada». Pero la costumbre de sonarse con las manos aún no ha desaparecido del todo. Desde el punto de vista de la clase alta se ha convertido en una «mala costumbre» o, en todo caso, en algo ordinario o vulgar. Uno lee con verdadero regocijo la gradación que introduce La Salle entre «vulgar» para ciertos tipos muy groseros de sonarse la nariz con la mano y «muy contrario a la decencia» para la forma algo mejor de sonarse con dos dedos (textos I, K, L, M).

Una vez que se ha impuesto el uso del pañuelo aparece con frecuencia otra prohibición ligada a un nuevo «mal hábito»: la prohibición de mirar en el pañuelo una vez que uno se ha sonado (textos G, I, K, L, M). Casi parecería como si ciertas inclinaciones, que comienzan a someterse a regulación y a represión con el uso del pañuelo, escontraran una nueva vía de salida de esta forma. En todo caso, aparecen aquí de nuevo impulsos que muestran interés en las secreciones corporales; impulsos que antaño eran más claros y más transparentes y que hoy se manifiestan, en el mejor de los casos, en el subconsciente, en los sueños, en la esfera de lo secreto y, caso de ser consciente, «entre bastidores» y, desde luego, solamente resulta visible en condiciones de «normalidad», entre los niños.

Al igual que sucede en otros casos, en la edición posterior de La Salle, desaparecen la mayor parte de los preceptos más minuciosos de la anterior. La utilización del pañuelo para sonarse la nariz se ha hecho más general y más natural y ya no es necesario, por tanto, ser tan minucioso. Por lo demás, los autores cada vez se abstienen más de examinar todos estos detalles que La Salle trataba con toda naturalidad y con toda sencillez. Se acentúa en cambio, el precepto que trata de reprimir la mala costumbre de los niños de hurgarse la nariz. Y, al igual que sucede con las otras costumbres infantiles, también aquí, junto a las justificaciones sociales, o en lugar de

ellas, encontramos un aviso relativo a la salud como medio del condicionamiento, esto es, la referencia al perjuicio que uno se causa cuando se hace «esto» con frecuencia. Esta es una manifestación más de un cambio en el tipo de condicionamiento que ya se ha considerado desde un punto de vista distinto. Hasta esta época las costumbres se enjuician, casi siempre, en función de su relación con los demás y se prohiben cuando resultan desagradables y penosas a los otros o cuando delatan una «falta de respeto»; al menos, tal es el procedimiento entre la clase alta. En la época posterior, las costumbres se condenan por sí mismas y no solamente por la relación del que las practica con los demás. De esta manera se reprimen más radicalmente los impulsos e inclinaciones socialmente indeseables; éstos aparecen conectados con sentimientos de desagrado, de miedo, de vergüenza y de culpabilidad, que operan incluso cuando el individuo está solo. Mucho de lo que nosotros llamamos «moral» o «razones morales» como medio de condicionamiento de los niños en una cierta pauta social, tiene la misma función que la «higiene» y las «razones higiénicas»: la modelación de los individuos por estos mecanismos trata de convertir el comportamiento socialmente deseado en un automatismo, en una autocoacción, para hacerlo aparecer como un comportamiento deseado en la conciencia del individuo, como algo que tiene su origen en un impulso propio, en pro de su propia salud o de su dignidad humana. Esta forma de consolidar costumbres, este tipo de condicionamientos, se hace dominante al acceder al poder las clases medias burguesas. Gracias a él los conflictos entre los impulsos y las inclinaciones socialmente inaceptables, de un lado, y las exigencias sociales ancladas en el individuo, del otro, adquieren aquella configuración específica que constituye el centro de atención de las teorías psíquicas de la época contemporánea, especialmente del psicoanálisis. Es muy posible que siempre haya habido «neurosis»; pero eso que nosotros vemos en torno nuestro y llamamos «neurosis», es una forma concreta e histórica del conflicto psíquico, que requiere algún tipo de explicación psicogenética y sociogenética.

3. Ya en los dos versos citados de Bonvicino da Riva (texto A) encontramos una referencia a los mecanismos de la represión. La diferencia entre lo que se espera de los caballeros y de los señores y lo que se exige a los *Donizelli,* a los pajes o servidores, hace pensar en un fenómeno social del que se encuentran muchos ejemplos: a los señores les resulta desagradable la contemplación de las funciones corporales de la servidumbre y exigen de la que tienen más próxima un dominio y una represión que ellos no están dispuestos a aceptar para sí. En el verso que se refiere a los señores se dice simplemente: cuando te suenes, vuélvete, para que no caiga nada en la mesa. No se hace mención del uso de un pañuelo. ¿Habremos de creer que el uso de pañuelos en esta sociedad es algo tan evidente que ya no se considera necesario mencionarlos en los escritos sobre buenos modales? Esto es muy improbable. A los sirvientes, en cambio, se les exige expresamente que si tienen que sonarse, no usen los dedos, sino un pañuelo. La interpretación de estos versos no pueda darse por enteramente asegurada, pero, desde luego, es posible encontrar pruebas suficientes de que, en general, suelen considerarse como desagradables e irrespetuosas entre los so-

cialmente inferiores necesidades corporales de las que, en cambio, nadie se avergüenza entre las personas de rango superior. Este hecho adquiere un significado especial cuando, con la transformación de la sociedad en el sentido del absolutismo, esto es, en las cortes absolutistas, la clase alta, la aristocracia en su conjunto, guardando su jerarquía, pasa a ser una clase servidora y socialmente dependiente. Más adelante volveremos a hablar de este fenómeno aparentemente paradójico de una clase alta muy dependiente. Aquí bastará con que recordemos que la dependencia y la estructura social son de una importancia decisiva para la estructura y el esquema de las restricciones emotivas. Los textos contienen muchas referencias al hecho de que, al aumentar la dependencia social de la clase alta, también se fortalecen las represiones. No es casual el hecho de que la primera «culminación del refinamiento» o de la «delicadeza» en la forma de sonarse —y no sólo en cuanto a la forma de sonarse— se dé en aquella fase en la que la dependencia y la subordinación de la clase alta aristocrática son más pronunciadas, esto es, en el período de Luis XIV (textos I y J).

Este hecho de la clase alta dependiente explica, al mismo tiempo, la doble faceta que las formas de comportamiento y los instrumentos de la civilización tienen, al menos en la fase de su ascenso: son instrumentos y formas de comportamiento que expresan una cierta coacción y exigen la renuncia, pero, al mismo tiempo, tienen también el sentido de un arma social contra los inferiores sociales, es decir, el sentido de un medio de diferenciación. El pañuelo, el tenedor, los platos y todos los objetos emparentados con éstos comienzan siendo de lujo, dotados de un cierto prestigio social (texto H).

La dependencia social bajo la que vive la siguiente clase alta, la burguesía, es, sin duda, de distinto tipo a la de la aristocracia cortesana pero, al mismo tiempo, es más intensa y más coactiva.

Hoy día apenas si somos conscientes del carácter peculiar y asombroso que supone una clase alta «trabajadora». ¿Por qué trabaja? ¿Por qué se somete a esta coacción, aunque, como se dice a veces, es una clase que «domina» y, por lo tanto, ningún superior se lo ordena?

Esta cuestión requiere un examen mucho más minucioso del que puede hacerse en este contexto. Es suficientemente claro el paralelismo con lo que, más arriba, se dijo sobre el cambio de los instrumentos y formas de condicionamiento. En la fase cortesano-aristocrática, se justificaba la represión que se imponía a las inclinaciones y a las emociones con la consideración y el respeto que se debe a los demás, especialmente a los que son de rango superior. En la fase siguiente, la renuncia a la satisfacción de los impulsos, la regulación y la represión de estos, tiene menos que ver con las personas; para decirlo de modo provisional y algo indiferenciado, lo que obliga a la represión y a la regulación de las emociones y de los impulsos son las coacciones (mucho menos visibles y más impersonales) del entramado social, de la división del trabajo del mercado y de la competencia. Estas son las que corresponden al tipo de justificación y condicionamiento mencionado más arriba que implica una «modelación», que pretende presentar el comportamiento socialmente impuesto como si fuera un comportamiento deseado por

el individuo, en función de sus impulsos personales. Esto es cierto también de la regulación y la represión de impulsos que son necesarios para la realización del «trabajo»; es decir, es cierto para el esquema general de la modelación de impulsos en la sociedad burguesa-industrial. El esquema de la dominación emotiva, o sea, de aquello que es preciso y no es preciso reprimir, regular y transformar en esta época, no es el mismo que en la época aristocrático-cortesana anterior. En la sociedad burguesa, debido a una dependencia distinta, determinadas represiones, propias de ciertos impulsos, se hacen más intensas, mientras que, en otros casos son las propias represiones aristocráticas las que se perfeccionan y se transforman en función del cambio de la situación social. Así, de los distintos elementos se construyen, con intensidad diferente, distintos esquemas nacionales de dominación de las emociones. Sin embargo, en la sociedad aristocrático-cortesana, así como en las sociedades burguesas de los siglos xix y xx, nos encontramos ante unas clases altas especialmente subordinadas desde un punto de vista social. Todavía hemos de mostrar la función capital que cumple esta subordinación creciente de las clases altas en general como motor de la civilización.

VII. Sobre el modo de escupir

PARTE I: TEXTOS

Edad Media

A

Selección de un libro sobre modales en la mesa, en latín, *Stans puer ad mensam. (The Babees Book,* tomo 2, p. 32.)

27 Nec ultra mensam spueris nec desuper unquami	No escupas jamás por encima de la mesa ni en la mesa,
nec carnem propiam verres dígito neque scalpes.	No te toques el cuerpo ni te rasques,
37. Si sapis extra vas expues quando lavas.	Cuando estés lavándote, escupe fuera de la palangana.

B

Selección de una *Contenence de table* francesa. *The Babees Book,* tomo 2, p. 7.

29 Ne craiche par dessus la table.	No escupas por encima de la mesa,
Car c'est chose desconvenable.	no es cosa correcta.
51 Cellui qui courtoisie a chier	El que aprecia la cortesía
Ne doit pas ou bacin crachier.	no debe escupir en la palangana.
Fors quant sa bouche et ses mains leve,	Cuando se lava la boca y las manos
Ains mette hors, quaucun ne greve.	antes escupa fuera, para que nadie le reprenda.

C

Selección de *The Boke of Curtasye. The Babees Book,* pp. 3015S.

85 if thou spitt over the borde, or elles opon,	Si escupes encima de la mesa o en otro sitio más allá de ésta
thou schalle be holden an uncurtaysé mon;	pasarás por ser un hombre sin cortesía.
133 After mete when thoushall wasshe, spitt not in basyn,	Después de comer, cuando vayas a lavarte,
ne water thou dasshe	no escupas en el lavabo ni salpiques agua.

D

Selección de *Der Deutsche Cato.* Zarncke, *cit.,* p. 137 a partir del 276 en adelante.

Wirft nit nauch pürschem sin	No salpiques por doquier
Die spaichel über den tisch hin.	tu saliva por encima de la mesa.

1530

E

Selección de *De Civilitate morum puerilium,* de Erasmo de Rotterdam.

Aversus expuito, ne quem conspuas aspergasve. Si quid purulentius in terram rejectum erit, pede, ut dixi, proteratur, ne cui nauseam moveat. Id si non licet, linteolo sputum excipito. Resorberé salivam, inurbanum est, quemadmo-dum et illud quod quosdam videmus non ex necessitate, sed ex usu, ad tertium quodque verbum expuere»*.

1558

F

Selección del *Galateo,* de Giovanni della Casa, Arzobispo de Benevento, citado de la edición pentalingüe, Ginebra 1609.

P. 570: También resulta feo que quien está sentado a la mesa, se rasque. Es más, en esa circunstancia y en ese momento es preciso abstenerse de escupir en la medida de lo posible y, si no puede apartarse, habrá de hacerlo de un modo cortés y sin que se note.

He oído decir con frecuencia que, en ciertas épocas hubo pueblos tan morigerados y con tanta honestidad que jamás escupían. ¿Acaso no nos será posible

* Escupe haciéndote a un lado, para no ensuciar o rociar a nadie. Si cayese al suelo algo purulento, hay que eliminarlo con el pie, como se ha dicho, para que nadie sienta repugnancia. Si ello no fuera posible, sírvete de un pañuelo. Es una falta de educación reabsorber la saliva, así como lo que vemos hacer a algunos, que escupen cada tres palabras, no por necesidad, sino por costumbre.

a nosotros abstenernos de lo mismo durante un momento muy breve? (Se refiere al momento de la comida, puesto que sólo a esta ocasión se refiere la limitación de esta costumbre.)

1672

G

Selección del *Nouveau traite de Civilité,* de Antoine de Courtin.

P. 273: ... Esta costumbre de la que acabamos de hablar no nos autoriza a suponer que la mayoría de las leyes sea inmutable. Y como quiera que una gran cantidad de éstas ha cambiado, no hay duda de que todavía quedan muchas otras que han de cambiar en el futuro.

Antaño, por ejemplo, estaba permitido escupir sobre el suelo ante personas de rango social superior; bastaba con pisarlo luego. Hoy eso sería una indecencia.

Antaño se podía bostezar, siempre que no se hablara al mismo tiempo. Hoy día, una persona educada encontraría sorprendente esta práctica.

1714

H

Selección de una *Civilité française* anónima (Lieja, 1714).

P. 67: Escupir frecuentemente es algo desagradable y cuando uno tiene necesidad de ello, hay que hacerlo del modo menos visible que se pueda, de forma que no se salpique a las personas, ni a la vestimenta de éstas, ni siquiera a los tizones que están en el fuego. Y se escupa donde se escupa, hay que poner el pie sobre el esputo.

Los señores escupen en sus pañuelos.

P. 41: Es una falta de educación escupir por la ventana a la calle o en el fuego.

No escupáis tan lejos que sea luego necesario ir a buscar el esputo para ponerle el pie encima.

1729

I

Les Regles de la Bienséance el de la civilité Chrétienne (Rouen, 1729), de De La Salle.

P. 35: No hay que abstenerse de escupir y es una indecencia tragarse lo que se ha de escupir, puesto que ello puede parecer repugnante a los demás.

Sin embargo, tampoco hay por qué acostumbrarse a escupir con demasiada frecuencia, pues esto no solamente es indecente, sino que desagrada e incomoda a todo el mundo. Cuando uno se encuentra en compañía de personas educadas y en lugares limpios, la honestidad manda que se escupa en el pañuelo, haciéndose ligeramente a un lado.

Al mismo tiempo, la decencia también exige que todos se acostumbren a escupir en un pañuelo cuando se encuentran en la casa de señores o en todos aquellos lugares que estén encerados o entarimados. Aún es más necesario acostum-

brarse a utilizar el pañuelo en la iglesia; a veces no hay suelo de cocina o de establo más sucios que el de la iglesia.

Tras haber escupido en el pañuelo, es preciso doblarlo de inmediato sin mirarlo y metérselo en el bolsillo. Hay que tener mucho cuidado para no escupir jamás sobre las vestimentas propias o sobre las de los demás... Cuando vea uno en el suelo un gran esputo, es preciso taparlo de inmediato con el pie. Si se observa un esputo sobre el vestido de alguien no es educado decírselo, sino que hay que advertir a algún criado para que vaya a quitarlo o, incluso, debe quitarlo uno mismo, sin que nadie lo note, puesto que la honestidad manda que no se haga nada que pueda poner en apuros o confundir a otro.

1774

J

Selección de *Les Regles de la Bien-Séance et de la civilité Chrétienne,* de De La Salle (Ed. de 1774).

(En esta edición, el capítulo «Del bostezo, del esputo y de la tos», que en las ediciones anteriores tenía cuatro páginas, ha quedado reducido a una.)

P. 20: En la Iglesia, en casa de los señores y en todos los lugares en los que reina la limpieza, es preciso escupir en el pañuelo. Es una grosería imperdonable la costumbre que tienen los niños de escupir en el rostro de sus compañeros: no existen castigos suficientemente severos para estas faltas de educación. Tampoco tienen excusa los que escupen por las ventanas, sobre las paredes y en los muebles...»

1859

K

Selección de *The Habits of Good Society* (Londres, 1859).

P. 256: Escupir es siempre una costumbre desagradable, por lo que no necesito decir mas que lo siguiente: no caigas jamás en ella. Además de ser ordinaria y horrible, es muy perjudicial para la salud.

1910

L

Selección de *Moeurs intimes du passé,* de Augustin Cabanés (Primera serie, París, 1910).

P. 264: ¿Habéis observado que, hoy día, relegamos en el rincón más discreto lo que nuestros padres no dudaban en exponer a plena luz del día?

Así, por ejemplo, cierto adminículo íntimo, que ocupaba un lugar de honor... y nadie pensaba en quitarlo de la vista.

Lo mismo sucedía con otro mueble, que ya no forma parte del mobiliario moderno y cuya desaparición lamentarán algunos en estos tiempos de «bacilofobia»; me refiero a la escupidera.

PARTE II

OBSERVACIONES ACERCA DE LOS TEXTOS SOBRE EL MODO DE ESCUPIR

1. Al igual que en el caso de las otras series de textos, en ésta se muestra claramente el cambio de comportamiento a partir de la Edad Media y, además, un cambio en una dirección concreta. El movimiento en la dirección que nosotros llamamos «progreso» es aquí inconfundible. La costumbre de ver escupir continuamente se cuenta entre las experiencias que aún hoy muchos europeos, al viajar por África y por Asia, consideran especialmente desagradables, junto a la de «falta de limpieza» o bien, que les parece decepcionante, en el caso de que se hubieran hecho ilusiones y que, además, consolida en ellos la creencia en el «progreso» de la civilización occidental. Hace cuatro siglos, sin embargo, esta costumbre era igualmente común y natural en Occidente, como demuestran los textos. Vistos en su conjunto, estos textos muestran de modo especialmente visible cómo ha ido desarrollándose la civilización del comportamiento.

2. Los ejemplos citados permiten ver que la evolución se ha dado en varias etapas: los libros de buenos modales latinos, como los ingleses, los franceses o los alemanes muestran que, en la Edad Media, el hecho de escupir con frecuencia no solamente era una costumbre sino, también, una necesidad generalizada sentida por igual por la clase alta caballeresco-cortesana. La limitación principal que se impone es la de que no se escupa sobre la mesa o por encima de ella, sino debajo. También se dice que no se escupa en la palangana donde se lava uno las manos o la boca sino, al lado a ser posible. Estas prohibiciones se repiten de un modo tan uniforme en las recomendaciones de los libros de buenas maneras que ello nos da una idea de la frecuencia de tales «malos hábitos». Pero la presión de la sociedad medieval en contra de estos «malos hábitos» no fue nunca tan fuerte ni el tipo de condicionamiento fue jamás tan intenso que llegaran a desaparecer por completo de la vida social. Aquí se muestra, una vez más, la diferencia entre los controles sociales en la Edad Media y en la fase posterior.

En el siglo XVI se intensifica la presión social: en esta época ya se ordena pisar el esputo, desde luego, siempre que, como dice Erasmo (que como siempre, refleja la situación de transición) *«si quid purulentius in terram rejectum erit»*. El empleo de un pañuelo se presenta aquí como una posibilidad y no como una necesidad, para combatir una costumbre que comienza a hacerse cada vez más desagradable.

La observación de Courtin, en 1672, muestra claramente el paso siguiente: «Antaño, por ejemplo, estaba permitido escupir sobre el suelo ante personas de rango social superior; bastaba con pisarlo luego. Hoy eso sería una indecencia».

Consecuentemente con esto se dice en la *Cívilité* de 1714, destinada a un público más amplio: «... hay que hacerlo del modo menos visible que se pueda, de forma que no se salpique a las personas, ni a la vestimenta de éstas... Los señores escupen en sus pañuelos».

La Salle, en 1729 amplía este mismo precepto a todos los «lugares limpios» y añade que, hasta cuando se está en la Iglesia, es preciso acostumbrarse a no escupir en el suelo, sino a usar el pañuelo para ello.

En 1774 la costumbre e, incluso, la referencia a ella se han hecho mucho más desagradables. En 1859, «escupir es siempre una costumbre repugnante ». Por lo demás, la escupidera, como instrumento para combatir el hábito tiene aún una gran importancia en el siglo XIX en el interior de las casas, en correspondencia con el avance de los límites de la repugnancia. En 1910, Cabanés recuerda que la escupidera ha pasado de ser un utensilio para la ostentación, a ser uno íntimo (ver texto L).

Poco a poco se ha podido ir prescindiendo de ese instrumento. La necesidad de escupir de vez en cuando parece haber desaparecido por completo en una gran parte de la sociedad occidental. Se ha alcanzado, en principio, una situación similar a aquélla que Della Casa deducía de la lectura de los escritores clásicos, esto es: « ...pueblos tan morigerados y con tanta honestidad que jamás escupían» (texto F).

3. Los tabúes y las restricciones del tipo más diverso regulan la expulsión de la saliva, al igual que otras secreciones naturales, en muchas sociedades, tanto antiguas como modernas. Lo que distingue a las prohibiciones en las antiguas de las prohibiciones en las modernas es el hecho de que, en aquéllas, las prohibiciones se justifican con la presencia de seres exteriores, aunque sean imaginarios, es decir, por medio de la coacción externa, mientras que, en las modernas, las coacciones externas se convierten, de modo más o menos completo, en autocoacciones. Los deseos reprimidos, esto es, por ejemplo, el deseo de escupir, desaparecen de la conciencia a causa de la presión que ejerce esta autocoacción, o, lo que equivale a lo mismo, bajo la presión del «super-yo» y de las costumbres arraigadas. Lo que permanece en la conciencia como motivación del temor es algún tipo de razonamiento a largo plazo. Así, en nuestra época, el temor a escupir, la vergüenza y los sentimientos de desagrado en los que ese temor se manifiesta, ya no se concentra en la imagen de influencias mágicas, de dioses, espíritus o demonios, sino en la imagen mucho más limitada y clara, desde el punto de vista de sus leyes, de una enfermedad y de sus agentes trasmisores. Pero la serie de textos muestra también muy claramente que la concepción racional del origen de ciertas enfermedades y del peligro de los esputos como vectores de los agentes patógenos no es la causa primaria de los sentimientos de temor y de repugnancia, ni tampoco de los impulsos para el cambio del comportamiento en relación con la costumbre de escupir.

En principio, y durante mucho tiempo, seguirá diciéndose: no retengas la saliva. *«Resorbere salivam, inurbanum est»,* dice Erasmo (texto E). Y todavía en 1729 dice Lasalle: «No hay que abstenerse de escupir». Esto es, no se debe reprimir la saliva (texto I). A lo largo de los siglos no encontramos ni la más ligera mención a las «razones higiénicas» que justifiquen los mandatos y las prohibiciones con las que se domeña esta manifestación impulsiva. La convicción racional de la peligrosidad de los esputos se impone a los hombres en una fase muy tardía del cambio de los comportamientos, es decir, casi con posterioridad, en el curso del siglo xix. E, incluso enton-

ces, al lado de los escrúpulos y la repugnancia que produce este comportamiento, también se hace referencia a sus consecuencias dañinas para la salud: «Además de ser ordinaria y horrible, es muy perjudicial para la salud», se dice en el texto K sobre el modo de escupir.

Conviene dejar sentado de una vez que algo que, según sabemos, es perjudicial para la salud, no tiene por qué despertar necesariamente sentimientos de desagrado o de vergüenza; y, por el contrario, algo que produce sentimientos de desagrado y de vergüenza no tiene por qué ser necesariamente perjudicial para la salud. Quien haga ruido mientras come o quien come con las manos suscita, de inmediato, una reacción de desagrado sin que haya que esperar de ello el menor perjuicio para la salud. Por otro lado, la idea de alguien leyendo con poca luz o la de gases venenosos, no despiertan en absoluto sentimientos de desagrado o vergüenza, aunque, evidentemente, de ambas cosas se derivan consecuencias malas para la salud. Así, también se fortalecen los sentimientos de desagrado y de repugnancia que suscita la expulsión del esputo, al igual que los tabúes que los rodean, incluso antes de que se tenga una idea clara de la trasmisión de los gérmenes patógenos por medio del esputo. Lo que suscita e intensifica los sentimientos de desagrado y, por lo tanto, las restricciones es una transformación de las relaciones e interdependencias humanas. «Antaño se podía bostezar, siempre que no se hablara al mismo tiempo. Hoy día, una persona educada encontraría sorprendente esta práctica» (texto G). Este es el tipo de justificación que comienzan por dar los hombres con el fin de exigir una mayor represión. La motivación por razones sociales es muy anterior a la motivación fundamentada en los conocimientos científico-naturales. El rey exige esa continencia como una *marque de respect* de parte de los cortesanos. A su vez, en la sociedad cortesana, este signo de dependencia, es decir, la presión creciente que obliga a la continencia y al autodominio se convierte en una *marque de distinction,* que encuentra imitadores en las clases inferiores y que, con el ascenso de las nuevas, se difunde rápidamente. En este caso, al igual que en las curvas de civilización anteriores, la advertencia de «eso no se hace», con la que se pretende inculcar la continencia, el miedo, la vergüenza y el desagrado se remite a una teoría científica válida para todos los seres humanos, con independencia de su rango y situación sociales; es decir, se produce una cierta «democratización» en este campo. El primer empuje en lo que ha de ser el lento camino de la supresión de una inclinación que antaño era fuerte y muy extendida, ya no procede de una concepción racional del origen de las enfermedades sino —como se verá con más detalle— de los cambios en la forma en que los hombres organizan su convivencia; esto es, de los cambios en la estructura de la sociedad.

4. La transformación de la costumbre de escupir y, en último término la desaparición más o menos completa de la necesidad de hacerlo, constituyen un buen ejemplo de la maleabilidad del espíritu humano. Es posible que hayamos substituido esta necesidad por alguna otra, como la de fumar, o que haya desaparecido a consecuencia de los cambios en nuestra dieta. Lo más seguro es que el grado de represión de los impulsos que fue posible en este caso, no lo era en relación con los demás impulsos. La tendencia

a escupir, como la otra, a observar el esputo, que se mencionan en los ejemplos, es substituible y, en todo caso, se manifiesta de modo muy claro aún entre los niños y en las interpretaciones de los sueños, así como también se revela su represión en la risa que nos conmueve cuando se habla abiertamente de «tales cosas». Otras necesidades no son tan substituibles ni tan transformables. Aquí se plantea la pregunta por los límites de la variabilidad del espíritu humano. No hay duda de que el espíritu humano tiene unas leyes propias a las que cabe considerar como «naturales» y en el marco de las cuales se da el proceso histórico, al que aquéllas abren el campo e imponen límites. A su vez, la tarea consiste en determinar con mayor exactitud la variabilidad de la vida y el comportamiento humanos por medio de los procesos históricos. En todo caso, resulta visible cómo los procesos natural e histórico actúan inseparablemente el uno del otro. En la constitución de sentimientos de vergüenza y de desagrado, así como en el avance de los límites del desagrado, intervienen elementos naturales e históricos al mismo tiempo. Estas formas de la sensibilidad son, hasta cierto punto, configuraciones de la naturaleza humana en condiciones sociales de cierto tipo y, a su vez, influyen como un elemento más en el proceso socio-histórico. Es difícil averiguar si la contraposición radical entre «civilización» y «naturaleza» es algo más que una forma de expresar el «atenazamiento» de la propia alma civilizada; esto es, si es algo más que una forma de expresar una cierta desproporción del espíritu humano, que se ha manifestado en la nueva fase de la civilización occidental. En cualquier caso, también el espíritu de los «primitivos» es histórico, es decir, socialmente determinado, al igual que el de los «civilizados», aunque aquéllos no conozcan su propia historia. No existe el punto cero de la historicidad, así como tampoco hay punto cero de la sociabilidad, de la vinculación social de los seres humanos. Existen las prohibiciones y restricciones de origen social, al igual que también existe su substrato espiritual, esto es, los miedos, los placeres, los disgustos, el desagrado y el entusiasmo también sociales. Por lo tanto, no está del todo claro lo que quiere decirse cuando se designa como «natural» por antonomasia aquel grado de desarrollo de los llamados primitivos y se le contrapone al social-histórico, al que se llama «civilizado». Por lo que se refiere a las funciones psíquicas de los seres humanos, es indudable que los procesos naturales y los históricos actúan inseparablemente.

VIII. EL COMPORTAMIENTO EN EL DORMITORIO

PARTE I: TEXTOS

Siglo xv **A**

Selección de *Stans puer ad mensam.* Libro inglés de modales en la mesa, de época comprendida entre 1463 y 1483.
A Book of Precedence, Londres, 1869, p. 63.

215 And if that it forten so by nyght or Any tyme	Y si viene a pasar durante la noche o en otro momento,
That you sehall lye with Any manque that is better than you	has de acostarte con alguna persona de rango superior,
Spyre hym what syde of the bedd that most best will pies him	pregúntale qué lado de la cama le gusta más.
And lye you in thi tother syde for that is thi prow	Y acuéstate tú en el otro lado; que darás prueba de educación.
Ne go you not to bede before bot thi better cause the	No vayas a acostarte antes de que te lo diga tu superior.
For that is no curtasy, thus seys doctour Paler	Pues tal cosa no es cortesía, dice el doctor Paler
223 And when you arte in thi bed, this is curtasy.	Y cuando estés en la cama, estas son las reglas de la cortesía.
Stryght down that you lye with fote and hond.	Estírate y mantente recto con pies y manos.
When ze haue talkyd what ze wyll, byd hym gode nyght in hye.	Y cuando hayáis hablado lo que quisierais, deséale buenas noches prestamente.
For that is gret curtasy so sehall you understand.	Pues esto es gran cortesía y así has de entenderlo.

1530

B

Selección de *De civilitate morum puerilium* (Cap. **XII.** de cubículo) de Erasmo de Rotterdam.

Sive cum exuis te, sive cum surgis, memor verecundiae, cave ne quid nudes aliorum oculis quod mos et natura tectum esse voluit.

Si cum sodali lectum habeas communem, quietus jaceto, ñeque corporis jactatione vel te ipsum nudes, vel sodali detracti palliis sis molestus*.

* Cuando te desnudas y cuando te acuestas, acuérdate del pudor y cuida de no ofrecer a miradas ajenas lo que la costumbre y la naturaleza han querido que esté oculto.

Si compartes el lecho con un compañero, yace quietamente, no des vueltas para no desnudarte y no molestes a tus compañeros tirando de las mantas.

1555

C

Selección de *Des bonnes moeurs et honnestes contenances,* de Pierre Broe, Lyon, 1555.

Et quand viendra que tu seras au lit. Aprés soupper pour prende le délit d'humain repos aucques plaisant some si auprés de toi est couché quelque home. Tien doucement tous tes memores á droyt Alongé toy, et garde a son endroyt de le facher alors aucunement pour te mouvoyr ou tourner rudement par toy ne soyent ees membres descouvers te remuant ou faisant tours divers: Et si tu sens quil soit ja someillé fay que par toy il ne soyt esueillé.*

1729

D

Selección de De La Salle, *Les Regles de la Bienséance et de la Civilité Chré-tienne,* Rouen, 1729.

P. 55: No debemos... desnudarnos ni acostarnos ante persona alguna; y, desde luego, a menos que estemos casados, no debemos acostarnos ante persona alguna del sexo contrario.

Todavía está menos permitido que dos personas de sexo distinto se acuesten juntas, a no ser que se trate de niños de muy corta edad.

Cuando, a causa de una necesidad de fuerza mayor, estemos obligados a acostarnos en un viaje junto a otra persona del mismo sexo, no es conveniente acercarse tanto que lleguemos a incomodar al otro, e, incluso, a tocarle. Y todavía es peor meter las piernas entre las de la otra persona...

También es muy indecente y muy poco honesto divertirse charlando y bromeando...

Cuando nos levantemos de la cama, no hay que dejarla deshecha, ni poner la camisa de noche en cualquier lugar en el que los demás puedan verla.

* Y cuando suceda que estés en la cama,/ después de la cena, para saborear la delicia/ del reposo humano y del agradable sueño/ si cerca de ti está acostada una persona/ estira bien todos tus miembros/ mantente recto y cuídate/ de incomodarle en modo alguno/ moviéndote o dando vueltas bruscas./ Y si notas que ya se ha dormido/ procura que no se despierte por causa tuya.

1774

E

Selección de *Les Regles de la Bienséance et de la Civilité Chretienne,* (Ed. de 1774, p. 31.)

Es una falta gravísima hacer que dos personas de sexos diferentes se acuesten en la misma habitación; y si la necesidad obliga a ello, es preciso que las dos camas estén separadas y que el pudor no sufra en absoluto con esta mezcla. Solamente una gran pobreza puede disculpar esta costumbre.

Cuando nos veamos obligados a acostarnos con otra persona del mismo sexo, cosa que sucede raramente, es preciso comportarse con una modestia severa y vigilante...

Tras haber descansado suficientemente, una vez nos hayamos despertado, es preciso salir de la cama con la modestia más conveniente y no quedarnos en ella a charlar o entretenernos en otros asuntos... pues nada muestra de modo más claro nuestra pereza y nuestra ligereza. La cama sirve para el reposo del cuerpo y para nada más.

PARTE II

OBSERVACIONES SOBRE LOS TEXTOS

1. El dormitorio se ha convertido en uno de los ámbitos más «privados» y más «íntimos» de la vida humana. Al igual que la mayor parte de las funciones corporales, también el «dormir» es algo que se ha ido relegando cada vez más, a la trastienda del trato social. La familia nuclear es el último enclave legítimo socialmente sancionado que ha quedado de estas funciones, al igual que ha sucedido con muchas otras funciones sociales. Sus muros visibles e invisibles arrebatan a la mirada de los otros seres humanos los aspectos más «privados», más «íntimos» de los otros, esto es, la parte irreprimiblemente «animal» de estos.

En la sociedad medieval esta función todavía no se había privatizado tanto, ni se había excluido de la vida social. Lo normal era recibir visitas en las habitaciones en las que había camas y, las camas, a su vez, según su tipo, tenían una función social de ostentación. Era muy frecuente que muchas personas pasaran la noche en la misma habitación; en la clase alta lo hacía el señor con sus criados y la señora con su doncella o con sus doncellas; en las otras clases solían dormir en la misma habitación hombres y mujeres juntos[69] y hasta también los huéspedes que allí pernoctaran[70].

2. Quien no dormía con toda su ropa, se desnudaba por completo. Por regla general, entre personas seglares la gente solía dormir desnuda y en las órdenes monásticas, según la rigidez de la regla, lo hacían completamente desnudos o completamente vestidos. La regla de San Benito ordenaba a los monjes conservar su vestimenta y hasta el cinturón[71], por lo menos a par-

tir del siglo vi en adelante. La regla de los cluniacenses, al hacerse la orden más rica y más poderosa y al debilitarse el ascetismo a partir del siglo XII, permitía que los monjes durmieran desnudos. En sus esfuerzos por la reforma, los cistercienses volvieron a la antigua regla benedictina. En ninguna parte encontramos que se haga mención a una vestimenta nocturna especial en las reglas de las distintas órdenes; tampoco hay testimonio de ella en los poemas e ilustraciones que nos ha legado la sociedad secular. Lo mismo cabe decir de las mujeres. Por el contrario, resultará relativamente sorprendente que alguien conservara la camisa de día al ir a dormir por la noche; esta práctica despertaba la sospecha de que el interesado o la interesada podían padecer alguna enfermedad o defecto corporal, pues ¿por qué otro motivo tendría alguien interés en ocultar su cuerpo?; y, de hecho, ésta era la razón en la mayoría de los casos. Por ejemplo, en *Román de la Violette* leemos que la criada pregunta asombrada a su señora por qué va a la cama con la camisa y ésta le contesta que es a causa de una señal corporal que tiene[72].

Por lo demás, esta mayor naturalidad en cuanto a la exhibición del cuerpo desnudo, así como en relación con el límite correspondiente de la vergüenza, se manifiesta con especial claridad en las costumbres en el baño. A menudo se ha observado posteriormente con cierto asombro que los caballeros se hacían servir por mujeres en el baño y que igualmente se hacían llevar a la cama la bebida nocturna también por mujeres. Parece ser que la gente se desnudaba en la casa, antes de acudir a la de baños, al menos según la costumbre de las ciudades. «Cuántas veces», dice un observador, «atraviesa los callejones corriendo el padre desnudo, provisto de unos calzoncillos tan sólo, acompañado por su esposa desnuda y sus desnudos hijos, camino de la casa de baños. Cuántas veces he visto a las jóvenes desnudas y solas, o vestidas con una camisilla raída y un albornoz hecho jirones o bien con ese trapo que las cubre sólo por delante y por detrás y que la gente llama aquí *Badehr.* Éste se abre sobre los pies y las jóvenes se lo aprietan decentemente por detrás mientras van corriendo desde su casa a mediodía por los largos callejones, hasta la casa de baños. Al lado de ellas suelen correr los chicos desnudos de diez, doce, catorce y dieciseis años de edad»[73].

Esta naturalidad va desapareciendo lentamente en el siglo XVI y, de modo más decidido en los siglos xvii, xviii y xix; primeramente en la clase alta y, luego, en todas las demás de la sociedad. Hasta ese momento, el estilo general de vida y la distancia menor entre los individuos hacen que la visión del cuerpo humano desnudo, al menos en los lugares más apropiados, sea incomparablemente más natural que en la primera fase de la Edad Contemporánea. Así, se ha podido decir, al menos con referencia a Alemania, que «tenemos el resultado sorprendente de que la visión de la desnudez completa era algo cotidiano hasta el siglo XVI. Todo el mundo se desnudaba por completo al ir a dormir y, además no había ningún tipo de tapujos en los baños calientes.»[74] Y esto no solamente era válido para Alemania. Los seres humanos tenían una relación mucho más natural con su cuerpo igual que con muchas de sus funciones corporales; incluso cabe decir que tenían

una relación infantil. Así lo muestran las costumbres y los hábitos en los baños.

3.La vestimenta nocturna especial comenzó a utilizarse aproximadamente en la misma época que el tenedor y el pañuelo de nariz. Al igual que los otros «utensilios» de la civilización, éste también hizo su camino lentamente a través de toda Europa. Y también es un símbolo del cambio decisivo que se dio entre los hombres en aquella época. Crecía la sensibilidad de los seres humanos en relación con todo aquello que entraba en contacto con su cuerpo. El sentimiento de vergüenza se adhería a modos de comportamiento que, hasta entonces no tuvieron nada que ver con tal sentimiento. También aquí se repite, como suele suceder en el curso de la historia, aquel proceso psíquico que ya aparece en la Biblia («y vieron que estaban desnudos y se avergonzaron») como un avance que es de los límites de la vergüenza, como un adelanto en la represión de los impulsos. Desaparece, por lo tanto, la naturalidad con que la gente se muestra desnuda, como también desaparece la naturalidad con que hace sus necesidades en público. A consecuencia de ese cambio generalizado en la apreciación social de la desnudez, también la representación del cuerpo desnudo en el arte alcanza un significado nuevo: pasa a convertirse en ilusión y realización de un deseo. Para *utilizar la expresión de Schiller, a diferencia de las formas naifs* de la época anterior, ahora el arte se hace «sentimental».

En la sociedad cortesana francesa, en la que el levantarse y el acostarse de los grandes señores y señoras son actos inmediatamente relacionados con la vida social, también la camisa de noche, como cualquiera otra prenda que aparece en el trato entre los hombres, está hecha de modo ostentoso. Esto cambia poco a poco, a medida que, con el ascenso de otras clases sociales, el levantarse y el acostarse van convirtiéndose en actos más íntimos, excluidos del trato social de los seres humanos y recluidos en la intimidad de las familias.

Las generaciones de la postguerra y, en consecuencia, también los libros de buenos modales de la postguerra, miran con cierta ironía —y no sin algún estremecimiento que otro— a esta época pasada en la que se llevaba muy estrictamente la exclusión de la vida social de estas funciones naturales, como el dormir, el vestirse y el desvestirse y en la que, incluso hablar de estos temas, estaba sometido a prohibiciones relativamente estrictas..Un libro inglés de buenos modales de 1936[75] dice, quizá con cierta exageración, aunque, sin duda, con toda razón: «Durante la agradable época de la preguerra, hablar de las acampadas era el único medio por el que los escritores respetables podían abordar el tema de los héroes durmiendo. En aquellos tiempos, las señoras y los caballeros no iban a la cama por la noche, sino que se retiraban. Y cómo lo hacían no era asunto que interesase a nadie. El autor que pensara de otro modo, se hubiera encontrado excluido de las bibliotecas ambulantes». También aquí, durante la postguerra, se ha dado un movimiento en sentido contrario, así como una cierta flexibilidad de costumbres que, evidentemente, está relacionado con el aumento de movilidad social, con la difusión de los deportes, de las excursiones, de los viajes y también con el abandono, relativamente temprano, del hogar paterno por

parte de los jóvenes. La transición del camisón al pijama, esto es, a una vestimenta nocturna socialmente «más aceptable» es un síntoma de este cambio. Por supuesto, aquí no se trata de un movimiento en sentido inverso, como suele suponerse a menudo, esto es, como un retroceso de los sentimientos de vergüenza y de repugnancia, o bien de una liberación o ausencia de regulación de los impulsos, sino que se trata de constituir una síntesis social aceptable que dé cuenta al mismo tiempo del avance actual de las pautas de vergüenza, y de las situaciones específicas en las que sitúa al individuo la vida social de la actualidad. El hecho de dormir ya no es algo tan íntimo y tan rodeado de muros como en la fase anterior. Hoy se da un número mayor de situaciones en las que los hombres se exponen a la vista de los demás en el acto de dormir, de vestirse o de desvestirse. A consecuencia de esto, la vestimenta nocturna, al igual que la ropa interior, están hechas y cortadas de tal modo, que sus propietarios no hayan de «avergonzarse» cuando sean vistos por los demás en tales condiciones. La vestimenta nocturna de la fase anterior debía su falta de contorno y de elegancia a los sentimientos de vergüenza y de desagrado que provocaba, puesto que, en principio, sólo estaba destinada a que la viese el círculo familiar más estricto. La camisa de noche del siglo xix es característica de una época en la que los sentimientos de vergüenza y desagrado que suscitaba la visión del propio cuerpo desnudo eran tan fuertes y estaban tan interiorizados, que era preciso esconder las formas corporales, incluso cuando uno estaba solo o en el círculo familiar más íntimo. Por otro lado, esta camisa de noche era el requisito más significativo de una época en la que lo «íntimo» y lo «privado», precisamente por estar muy separado de la vida social, también estaba muy poco configurado. Esta unión peculiar de un sentimiento de desagrado muy fuerte, convertido en una autocoacción o moralidad, junto a una «falta de configuración de la intimidad» es característica tanto de la sociedad del siglo XIX como de la nuestra[76].

4. Los textos ofrecen una impresión aproximada de cómo va avanzando lentamente el intimismo y la privatización del acto de dormir así como su exclusión del trato social habitual y de cómo los preceptos de comportamiento que se dictan para los jóvenes adquieren su tono específicamente moral con estos avances de los sentimientos de vergüenza. En el caso del ejemplo medieval (texto A), la continencia que se exige al joven, pretende justificarse esencialmente con el respeto a los demás, con la consideración que se debe al «mejor», al hombre que se encuentra en superior rango social: «Y si viene a pasar, durante la noche o en otro momento, que has de acostarte con alguna persona de rango superior, pregúntale qué lado de la cama le gusta más y acuéstate tú en el otro, que darás prueba de educación», igualmente, en la versión francesa de la obra de Johannes Sulpicius, realizada por Pierre Broë (texto C), se adopta la misma actitud: «...cuídate de incomodarle en modo alguno (a la persona que está acostada junto a ti)...procura que no se despierte por causa tuya, etc». En Erasmo ya resuena la exigencia moral; esto es, la exigencia de que se adopte un comportamiento determinado, no por respeto a otras personas, sino en virtud del propio comportamiento: «Cuando te desnudas y cuando te acuestas, acuérdate del pú-

dor». No obstante, sigue siendo dominante la referencia a la moral social convencional, a la consideración que debemos a los demás. El contraste con las épocas posteriores resulta especialmente evidente cuando se recuerda que todos estos preceptos, incluso los del doctor Paler (texto A), evidentemente se dirigían a personas que entraban desnudas en la cama. El hecho de que gentes extrañas, sin ningún tipo de relación de vivienda o de familia, durmieran en el mismo lecho parece ser perfectamente natural aún en tiempos de Erasmo, a juzgar por el modo en que se trata la cuestión y, desde luego, no resulta desagradable.

Los textos del siglo xviii no reflejan una evolución rectilínea por la sencilla razón de que ya no se dirigen mayoritariamente a la clase alta. Pero, entre tanto, se ha hecho mucho menos natural que un joven comparta su cama con otras personas: «Cuando a causa de una necesidad de fuerza mayor estemos obligados a acostarnos en un viaje junto a otra persona del mismo sexo, no es conveniente acercarse tanto que lleguemos a incomodar al otro e, incluso, a tocarle», se dice en el texto de La Salle (texto D). Y «no debemos... desnudarnos ni acostarnos ante persona alguna».

En la edición de 1774 vuelven a evitarse todos los detalles en la medida de lo posible; además, el tono se ha endurecido considerablemente: «Cuando nos veamos obligados a acostarnos con otra persona del mismo sexo, cosa que sucede raramente, es preciso comportarse con una modestia severa y vigilante...» (texto E). En realidad, este es el tono subyacente en todo precepto moral. Hasta mencionar las justificaciones resulta ahora desagradable a los adultos. Lo único que se hace es valerse del tono amenazador para inculcar a los niños la idea de que esa situación conlleva peligros. Cuanto más claro les parece a los adultos que sus pautas de pudor y de vergüenza son «naturales» y que la represión civilizada de los impulsos es algo «evidente», menos comprenden, en un cierto momento del desarrollo, que los niños no tengan «por naturaleza» ese sentido del pudor y esa vergüenza. Es lógico, por tanto, que inevitablemente, los niños estén siempre rozando los límites del pudor de los adultos; inevitablemente, los niños transgreden los tabúes de la sociedad —lo que no es de extrañar, ya que primeramente han de socializarse—, superan los límites de pudor de los adultos y, en sus manifestaciones emotivas, incurren involuntariamente en la zona de peligro que los adultos han conseguido dominar laboriosamente. En esta situación, el adulto no explica la razón por la que exige del niño un comportamiento determinado; no podría hacerlo de un modo satisfactorio, por lo demás, puesto que está condicionado de modo tal que se adapta a las pautas sociales convencionales de una forma más o menos automática. Cualquier otro tipo de comportamiento, todo quebrantamiento de las prohibiciones o de la represión en la propia sociedad implica un peligro y una desvaloración de la represión a que él mismo se ha sometido. El acento emocional peculiar que tan a menudo suele unirse a la exigencia moral, la intensidad agresiva y amenazante con la que, a menudo, suele defenderse esta exigencia moral son reflejos del peligro en que el quebrantamiento de las prohibiciones pone al equilibrio inestable de todos aquellos para quienes la pauta de comportamiento de la sociedad ha llegado a convertirse, po-

co más o menos, en una segunda naturaleza; son los síntomas del miedo que les invade en cuanto haya una amenaza, por lejana que sea, para la estructura de su vida impulsiva y, con ello, para su existencia social y el orden en que se manifiesta su propia vida en sociedad.

En esta situación se explica toda una serie de conflictos específicos entre los adultos; especialmente también los conflictos entre unos padres generalmente poco preparados para realizar la labor de condicionantes y los niños, conflictos que se producen con el avance de los límites del pudor y con la distancia creciente entre mayores y pequeños y que, en gran medida, se fundamentan en la estructura de la sociedad civilizada. Esta situación se manifiesta relativamente tarde y sólo a través de una reflexión nueva de la sociedad, en especial por parte de círculos sociales restringidos, concretamente de educadores profesionales, y solamente en esta época, a la que se ha llamado el «siglo de los niños», va penetrando en los círculos familiares —acompañada de todo género de consejos y preceptos educativos— la convicción de que los niños no pueden comportarse como adultos; convicción ésta acorde con el aumento de distancia entre los mayores y los pequeños. Para todo el largo período anterior la actitud dominante es una más estricta, que exige de los niños un comportamiento moral y un respeto absoluto a los tabúes sociales. Tampoco podemos decir que esta actitud haya desaparecido por entero en la época actual.

Los textos sobre el comportamiento en el dormitorio nos ofrecen una impresión del retraso con que ha alcanzado su culminación la tendencia a esta actitud en la educación secular, por lo menos en ámbitos parciales.

Apenas si es necesario detenerse a considerar la línea de esta evolución. Al igual de lo que sucede con las comidas, también aquí va creciendo de continuo el muro que se eleva entre los seres humanos, los escrúpulos, la línea afectiva divisoria entre los cuerpos, que se traza por medio de los procesos de condicionamiento. Cada vez resulta más desagradable compartir la cama con personas ajenas al círculo familiar, esto es, con personas extrañas. En los ambientes que no son muy míseros va implantándose poco a poco la costumbre, incluso dentro de las familias, de que cada uno tenga, incluso, su dormitorio. Los niños se educan tempranamente en este alejamiento de los demás, en este aislamiento con todo lo que supone de costumbres y de experiencias. Solamente cuando se ve que en la Edad Media parecía natural que los adultos y los niños o, incluso, los adultos extraños compartieran la cama, podemos calibrar el cambio profundo de las relaciones y formas de comportamiento interhumanas en nuestro orden de vida. También podemos entender que, en el fondo, no es nada evidente que la cama y el cuerpo constituyan zonas de peligro psíquico de un grado tan elevado como se supone en la etapa más moderna de la civilización.

IX. CAMBIOS EN LA ACTITUD FRENTE A LAS RELACIONES ENTRE HOMBRES Y MUJERES

1. Los sentimientos de pudor que rodean a las relaciones sexuales entre las personas han ido intensificándose y cambiando considerablemente con el proceso civilizatorio[77]. Esto se muestra claramente en la dificultad con que tropiezan los adultos de las últimas fases de la civilización cuando tienen que hablar con sus hijos de tales relaciones. Pero esa dificultad se nos antoja hoy algo natural. Hoy pensamos que, por razones biológicas, el niño no puede saber nada de las relaciones entre los sexos y que constituye una cuestión extraordinariamente delicada y difícil ilustrar a los adolescentes sobre sí mismos y sobre lo que pasa en torno suyo. En realidad, esta situación no tiene nada de natural; antes bien, es el resultado del proceso civilizatorio, como puede comprobarse en cuanto se observa el comportamiento correspondiente de los seres humanos en otra fase del proceso. El destino que sufrieron los famosos coloquios de Erasmo de Rotterdam nos ofrece un buen ejemplo de lo que estamos diciendo.

Erasmo se había enterado de que se había editado sin su permiso uno de sus trabajos juveniles, considerablemente alterado con añadidos de pluma ajena y escrito en un mal estilo, por lo cual decidió revisar él mismo la obra en cuestión y reeditarla en 1522 con un título nuevo: *Familiarum Colloquiorum Formulae non tantum ad linguam puerilem expoliandam, verum etiam ad vitam instituendam* (Diálogos familiares destinados no solamente a mejorar el lenguaje de los niños sino, también a iniciarles en la vida).

Erasmo trabajó en esta obra, la aumentó y la mejoró hasta poco tiempo antes de su muerte y acabó consiguiendo que fuera lo que él había deseado: un libro en el que los muchachos no solamente pudieran aprender un buen estilo latino, no solamente pudieran mejorar su lenguaje, sino que también sirviera para introducirles en la vida. Los *Diálogos* se convirtieron en uno de los libros más famosos y más difundidos de su época, que, al igual que más tarde sucediera con *De Civilitate morum pueriliam* alcanzó un gran número de ediciones y de traduciones. Los *Diálogos,* como *De Civilitate,* se convirtieron en un libro escolar, en un manual del que se servían los pedagogos para educar a los niños.

No hay nada que haga tan visible el cambio de la sociedad occidental en el camino hacia la civilización que la crítica que, en el siglo xix, se hizo a esta obra por parte de aquellos que, en razón de su profesión, estaban obligados a ocuparse de ella. Uno de los pedagogos alemanes más importantes, von Raumer, por ejemplo, dice en su historia de la pedagogía, publicada en Stuttgart (parte I, p. 110), lo siguiente sobre el libro de Erasmo:

«¿Cómo fue posible que se impusiera tal libro en incontables escuelas? ¿Qué significado tienen las sátiras para los muchachos? Las reformas son solamente asunto de los hombres maduros. ¿Qué aprenderán con unos diálogos sobre tantas cosas de las que no comprenden nada; con diálogos en los que se hace burla de los maestros; con conversaciones de dos comadres sobre sus maridos, de un pretendiente con la muchacha que pretende y, por

supuesto, con el coloquio *Adolescentis et Scorti* (El adolescente y la cortesana)? Este último diálogo recuerda el dístico de Schiller que éste titula *Kunstgriff* (Artimaña):

«¿Queréis complacer al mismo tiempo a los hombres del siglo y a los piadosos? Pintad la voluptuosidad y añadirle el diablo.»

»Erasmo pinta aquí a la voluptuosidad del modo más repugnante y luego añade algo que pretende ser constructivo. Tal es el libro que el Doctor en Teología recomienda al niño de ocho años para que mejore con su lectura.»

De hecho, la obra está dedicada al hijo mejor del editor de Erasmo y no parece que el padre tuviera escrúpulos a la hora de imprimirla.

2. Desde el mismo momento de su aparición, este libro recibió críticas muy duras, pero que no se dirigían tanto a las cualidades morales de la obra como, en primer lugar, al intelectual, al hombre que no era ni un protestante ortodoxo ni un católico ortodoxo. La Iglesia católica, en particular, luchó intensamente contra los *Colloquia* que, por otro lado, contenía también duros ataques a las órdenes y a las instituciones eclesiásticas. Finalmente, el libro fue incluido en el índice.

Frente a esto, hay que recordar el gran éxito de los coloquios y el hecho de que se los aceptara como libro en las escuelas.

«De 1526 en adelante», dice Huizinga en su *Erasmus* (Londres, 1924, p. 199) acerca de los coloquios, «y a lo largo de dos siglos, hubo una corriente casi ininterrumpida de ediciones y de traducciones.»

Durante esta época el libro de Erasmo cumplió la función de obra de consulta para una gran cantidad de personas. ¿Cómo hemos de entender la diferencia entre la concepción de Erasmo y la de sus críticos en el siglo XIX?

En esta obra, Erasmo habla de muchas cosas que, con el avance de la civilización, van saliendo poco a poco de los círculos estrictamente infantiles, cosas que, en el siglo XIX, bajo ningún concepto se hubieran recomendado como lecturas de niños, como era el deseo de Erasmo y además lo demostró fehacientemente al dedicar el libro a su ahijado de seis u ocho años. Como subraya su crítico del siglo XIX, Erasmo sigue en estos diálogos los pasos de un joven que pretende a una muchacha. Muestra también a una mujer que se queja del mal comportamiento de su marido. E, incluso, hay un diálogo entre un joven y una prostituta.

No obstante, estos diálogos, al igual que *De Civilitate morum,* dan prueba de la fina sensibilidad de Erasmo en todas las cuestiones relativas a la represión de los impulsos, si bien es cierto que no se corresponde con las pautas que nos son habituales. Sin embargo, comparados con las pautas de la sociedad secular medieval o, incluso, con la sociedad secular de su propia época, los diálogos erasmianos muestran un avance decisivo en la dirección de aquel tipo de represión de los impulsos que posteriormente justificó el siglo xix bajo la forma de la moral.

Ciertamente, el joven que en el diálogo *Proci et puellae* (El pretendiente y la doncella), pretende a la muchacha, dice muy claramente lo que quiere de ella: le habla de su amor. Como ella se resiste, le dice que le ha arrebatado los sentidos; que tener niños es bueno y está permitido. Le hace ver que

será hermoso cuando puedan reinar sobre sus hijos y sirvientes, y esta imagen manifiesta de modo muy claro que la escasa distancia psíquica que se da entre los adultos y los niños, suele ir acompañada de una distancia social mucho mayor. Finalmente, la muchacha accede a la pretensión y consiente en convertirse en su esposa. Pero, dice, piensa conservar intacta su virginidad. Asegura que quiere conservarla para él. Incluso no le permite besarla. Y como él no cesa de pedirle un beso, le dice riendo que si es cierto que casi le ha arrebatado los sentidos, de modo tal que está medio muerto, ahora teme arrancarle el resto de los sentidos con un beso y matarle del todo.

3. Como se ha dicho, ya en tiempos del propio Erasmo, sus *Colloquia* sufrieron el reproche de «inmoralidad» por parte de la Iglesia. Pero con esto no hay que extraer conclusiones falsas con relación a la pauta real de comportamiento en especial en la sociedad secular de la época. Una réplica a los *Colloquia* de Erasmo, escrita por un católico también de la época, y de la cual aún hemos de hablar más adelante, no se diferencia en absoluto de la obra de Erasmo en cuanto a la naturalidad en el tratamiento de los asuntos sexuales. Su autor también era un humanista. Esta es precisamente la novedad que aportan las obras de los humanistas: el hecho de que no están escritas desde el punto de vista de la sociedad eclesiástica del tiempo, sino que están escritas desde el punto de vista de la sociedad secular y a favor de ella.

Los humanistas eran representantes de un movimiento que trataba de liberar la lengua latina de su aislamiento y de su reclusión en la tradición y en los círculos eclesiásticos, para convertirlo en una lengua de la sociedad secular; cuando menos, de la clase alta secular. Precisamente el hecho de que las partes seculares de la sociedad sintieran ahora la necesidad de una literatura erudita y mundana es uno de los síntomas más característicos de los cambios en la estructura de la sociedad occidental que se han ido mostrando tan a menudo, aunque desde otro punto de vista, a lo largo de esta investigación. Los humanistas son los ejecutores de esta transformación, los funcionarios de esta necesidad de la clase alta secular. En sus escritos, el contenido vuelve a acercarse a la vida social secular; las experiencias de esta vida encuentran inclusión y tratamiento de modo inmediato en las obras eruditas. Esta es, también, otra línea de dirección en el gran movimiento general de la «civilización». Aquí es donde puede encontrarse una clave explicativa del nuevo significado y de la «resurrección» de la Antigüedad.

Erasmo expresó este proceso de un modo muy acertado precisamente para usarlo en la defensa de sus *Colloquia: «Sócrates Philosophian e coelo deduxit in terras; ego Philosophiam etiam in lusus, confabulationes el compotationes deduxi»,* dice en las observaciones «De utilitate colloquiorum», que imprimió como anexo a los *Colloquia* (ed. de 1655, p. 688): «Al igual que Sócrates trajo la filosofía del cielo a la tierra, yo he metido la filosofía hasta en el juego y en los banquetes».

Precisamente por ello, esta obra escrita, considerada correctamente, sirve como testimonio de las pautas de comportamiento social secular, por más que, en los casos particulares, las exigencias de represión de los impulsos

y de moderación del comportamiento que contiene, superaban a dichas pautas y se pueden reconocer, en realidad, como una imagen deseable que, en parte, se adelanta al futuro.

« *Ultinam omnes proci tales essent qualem heic fingo, nec aliis colloquiis coirent matrimonia.»*

«Me gustaría», dice Erasmo en *De utilitate colloquiorum, en* relación con la cita de más arriba, «que todos los pretendientes fueran como el que yo he dibujado y que ningún otro tipo de diálogos condujera al matrimonio.»

Precisamente lo que el crítico del siglo XIX considera como pintar «la voluptuosidad del modo más repugnante» y lo que, según las pautas actuales del pudor ha de cubrirse con el «anatema del silencio», especialmente en relación con los niños, es lo que para Erasmo y sus coetáneos, que ayudaron a difundir su obra, era un diálogo modelo, sumamente indicado para convertirse en arquetipo a ojos de los adolescentes, y que, en relación con la realidad de la época, era una imagen arquetípica[78].

4. Algo similar sucede con los otros diálogos, que menciona von Raumer en su ataque. A la mujer que se queja del comportamiento de su marido se le muestra que ha de empezar por cambiar su propio comportamiento y, de ese modo, conseguirá cambiar el de su marido. Y el diálogo entre el joven y la prostituta termina con el abandono por parte de ésta de su vida de pecado.

Es preciso leerlo directamente si se quiere comprender lo que Erasmo pretende presentar como modelo ante los ojos de los adolescentes: la joven Lucrecia hace mucho tiempo que no ha visto al joven Sofronio y, de hecho, le apremia claramente para que haga lo que ha venido a hacer con ella. Pero él pregunta si está segura de que no han de ser vistos y si no tendrá una habitación más obscura. Y cuando ella le lleva a una habitación más obscura, Sofronio vuelve a poner reparos: si está verdaderamente segura de que nadie puede verlos:

SOFRONIO- Todavía no me parece que sea un lugar suficientemente secreto.
LUCRECIA- ¿De dónde te viene este nuevo pudor? Es el cuarto en el que guardo las joyas [79] y está tan obscuro que difícilmente podremos vernos el uno al otro.
SOFRONIO- Mira bien por todas las rendijas.
LUCRECIA- NO hay rendija ninguna.
SOFRONIO- ¿NO hay nadie cerca que pueda escucharnos?
LUCRECIA- Ni una mosca, mi cielo, ¿por qué vacilas?
SOFRONIO- ¿Podremos sustraernos a los ojos de Dios?
LUCRECIA- De ningún modo; El lo ve todo.
SOFRONIO- ¿Y a los de los ángeles?

Nadie puede vemos u oírnos, dice la muchacha, ni una mosca. ¿Por qué vacilas?

Pero el joven pregunta: ¿Y Dios? ¿Y los ángeles? Y luego comienza a convencerla empleando todas las artes de la dialéctica: ¿acaso no tiene muchos enemigos? le pregunta; ¿acaso no le gustaría irritar a sus enemigos? ¿No

irritaría a sus enemigos si abandonase aquella vida y se convirtiese en una mujer honrada? Y, finalmente, la convence. Encuentra un pretexto para que Lucrecia pueda abandonar la casa, le busca una habitación en la de una mujer de reputación y, después, se ocupa de atender a sus necesidades.

Aunque pueda parecer una situación muy inmoral al observador de una época posterior, en especial cuando éste recuerda que se trata de un libro para niños, no es difícil comprender que, desde el punto de vista de otra pauta de comportamiento social y de otra configuración de la vida emocional, el relato tenía que aparecer como muy «moral» y arquetípico.

Otros muchos ejemplos nos permitirían documentar suficientemente la misma línea de evolución y la misma diferencia en cuanto a las pautas sociales. El observador del siglo xix y, en parte también, el del siglo xx, sienten una cierta perplejidad frente a estos modelos y preceptos de condicionamiento del pasado. Y, desde luego, mientras no seamos capaces de entender que nuestros límites de pudor y nuestra modelación afectiva son resultado de un proceso de conformación y mientras no admitamos que, además, siguen evolucionando en una dirección muy concreta, seremos incapaces de comprender (desde el punto de vista de las pautas actuales de la sociedad) que se pudieran incluir tales diálogos en los libros escolares y que, además, se hiciera conscientemente como lectura adecuada para los niños. Pero, precisamente por esto, de lo que se trata es de comprender que las pautas sociales propias están en evolución, incluido el comportamiento en relación con los niños.

Personas aún más ortodoxas que Erasmo, hicieron lo mismo que éste. Con el fin de sustituir a los *Colloquia,* sospechosos de herejía, como ya se ha dicho, aparecieron otros diálogos, escritos por un autor estrictamente católico y que llevan el título de *Yohanis Morisoti medici colloquiorum libri quatour, ad Constantinum fillium* (Basilea, 1549). Estos diálogos también están dedicados a la educación de los niños, y son un libro escolar, ya que, como dice su autor, Morisotus, al leer a Erasmo, uno no sabe si está escuchando a un cristiano o a un hereje. Precisamente en el juicio que merece un escrito de réplica de contenido estrictamente cristiano, se manifiesta el mismo fenómeno ya señalado en el caso de Erasmo[80]. Bastará con comentar esta obra en el espejo de una valoración del año de 1911 [81]. «En Morisotus», leemos, «las muchachas, las doncellas y las mujeres tienen todavía mayor importancia que en los escritos de Erasmo. En un gran número de diálogos las mujeres llevan la voz cantante, y sus coloquios, que en los libros primero y segundo, desde luego, no tienen nada de inofensivos, en los dos últimos libros[82], tratan de cosas tan capciosas que nos vemos obligados a preguntarnos: ¿ha escrito esto para su hijo el estricto Morisotus?; ¿acaso estaba él verdaderamente seguro de que su hijo leería los libros de esta obra y los estudiaría cuando tuviera la edad necesaria para la que estaban destinados? Conviene no olvidar aquí que el siglo XVI no era un siglo mojigato, y que con frecuencia aparecían frases y conceptos en los libros escolares que suscitarían los reparos de nuestros pedagogos.

«Pero todavía hay algo más. ¿Cómo pensaba Morisotus que podían utilizarse estos diálogos en la práctica? Evidentemente los muchachos, los jó-

venes, los hombres y los ancianos, jamás podrían utilizar un coloquio como modelo de lengua latina en el que únicamente hablaban mujeres. Es decir que también aquí Morisotus ha olvidado el objetivo didáctico del libro como lo había hecho el denostado Erasmo. El problema no es difícil de resolver.»

5. Erasmo, en realidad nunca perdió de vista su objetivo didáctico, como lo demuestra claramente su comentario *De utilitate Colloquiorum.* En él expone Erasmo con toda claridad el objetivo didáctico que perseguían los *colloquio,* o, dicho con mayor exactitud, qué modelo quería poner ante los ojos de los jóvenes. Con relación al diálogo entre el joven y la prostituta, dice Erasmo, por ejemplo: *«Quid autem dici potuit efficacius, vel ad inserendam adolescentum animis cudicitiae curam, vel ad revocandas ad instituto nom minus auerumnoso cuam turpi puellas ad quauestium expósitas?»* («¿Acaso hubiera podido decir yo algo más eficaz para inculcar a los jóvenes el espíritu del pudor, y para apartar a las muchachas de esas casas tan peligrosas y pecadoras?»). No, Erasmo no ha perdido jamás el objetivo didáctico de vista; lo que sucede en realidad, es que las pautas sociales de escrúpulos son distintas. Erasmo pretende mostrar el mundo al joven como en un espejo; quiere enseñarle aquello de lo que hay que huir y cuáles son las ventajas de una vida tranquila: *«In senile colloquio quam multa velut in especulo exhibentur quae vel fugienda sunt in vita, vel vitam reddunt tranquillam».* («En estos coloquios, ¡cuántas cosas se reflejan; aquello de lo que hay que huir en la vida y aquello que hace la vida tranquila!»).

No hay duda, por otro lado, de que ésta es también la intención de los diálogos de Morisotus; la misma actitud se muestra en muchos escritos de la época. Todos ellos querrían «introducir a los muchachos en la vida»[83], como lo expresa Erasmo. Pero lo que aquí se entendía por vida de un modo inmediato, era precisamente la vida de los adultos. En las épocas posteriores se desarrolló cada vez más la tendencia a decir y mostrar a los niños, cómo debían comportarse y cómo no debían hacerlo. En la época de Erasmo, en cambio, con el fin de introducir a los niños en la vida, se les mostraba cómo debían comportarse los adultos y cómo no debían hacerlo. Precisamente en esto reside la diferencia, y esta diferencia, desde luego no tenía razones teóricas. Para Erasmo, como para sus coetáneos, era perfectamente natural hablar de este modo a los niños; los muchachos compartían muy tempranamente el mismo espacio social que los adultos, ya fuera como servidores, ya como personas socialmente dependientes de aquellos. Por otro lado, los adultos no se reprimían ni en acto ni en palabra en relación a la vida sexual como se reprimieron en épocas posteriores. En correspondencia con las distintas pautas de represión emotiva, con el grado de desarrollo y la estructura de las relaciones interhumanas en las que habitaban los individuos, a los adultos les resultaba absolutamente extraña la idea del secreto, de la intimidad, y de la exclusión completa de sus impulsos en relación los unos con los otros, así como en relación con los niños. Desde un principio todo esto hizo que también fuera menor la distancia entre las pautas de comportamiento y las pautas emotivas de los adultos y de los niños. Siempre que este problema se plantea, se muestra que es absolutamente

capital para entender nuestra propia constitución psíquica en los primeros años; es decir, que es preciso considerar con detenimiento el crecimiento de esa distancia, la construcción paulatina de ese ámbito especial y propio en el que poco a poco van pasando los primeros 12, 15, y hasta casi 20 años de su vida los seres humanos. Ciertamente el desarrollo biológico de los hombres no era distinto en épocas anteriores de lo que es ahora. Sólo en conexión con este cambio social podemos llegar a entender todos los problemas de la «adolescencia» como hoy se plantean y los problemas específicos de los «residuos infantiles» en la estructura psíquica de los adultos. La gran diferencia que se da hoy día entre la vestimenta de los niños y la de los adultos, no es sino una manifestación especialmente visible de esta evolución; en la época de Erasmo esta diferencia de la vestimenta todavía era mínima.

6. Al observador de la época contemporánea le resulta extraño que en sus diálogos, Erasmo hable a los niños de las prostitutas y de las casas en las que éstas viven. A los hombres de nuestra etapa de la civilización les parece inmoral mencionar tales instituciones en un libro para niños. Cierto que estas instituciones existen como enclaves también en la sociedad del siglo XIX y del siglo xx, pero resulta que el miedo púdico con el que se ha cubierto la totalidad del ámbito de los impulsos de los seres humanos desde pequeños, así como «el anatema del silencio» que ha recaído sobre estos temas en el trato social, son absolutos. La mera mención de estas opiniones y de tales instituciones en el trato con los niños es un delito, una corrupción del espíritu infantil; v, por lo menos, una falta de condicionamiento del peor tipo.

En tiempos de Erasmo era perfectamente natural que los niños supieran de la existencia de estas instituciones. Nadie trataba de ocultárselas. En todo caso se les avisaba del peligro que suponían; precisamente lo que hace Erasmo. Si nos limitamos a leer únicamente los libros pedagógicos de la época, entonces, en efecto, parece como si la mención de estas instituciones sociales fuera solamente una ocurrencia de algún autor aislado. Pero cuando recordamos cómo los niños vivían con los adultos; cuando vemos que delgado era el muro de intimidad que separaba a unos adultos de otros y también, a los adultos de los niños, entendemos que estas conversaciones, como las de Erasmo y las de Morisotus, en realidad se remitían de modo inmediato a las pautas sociales dominantes en su época. Los autores tenían que partir del hecho de que los niños lo sabían todo; esto era algo natural; la tarea del educador consistía en mostrarles cómo tenían que comportarse frente a estas instituciones sociales.

Tampoco resulta muy significativo el hecho de que en las universidades se hablara abiertamente de estas casas; al fin v al cabo, los estudiantes, en su conjunto, eran mucho más jóvenes que hoy. En todo caso el hecho de que las prostitutas sirvieran de tema en los discursos jocosos que se pronunciaban en ciertas ocasiones en la Universidad; ilustra, en alguna medida, todo este capítulo. En el año de 1500 un licenciado de Heidelberg pronuncio una de estas platicas jocosas titulada: *De file meretricum in suos amatoris,* otro habló de *de fide concubinarum,* un tercero habló sobre «el monopolio de los cerdos », y otro de *generibus ebriosorum et ebrietate vitanda*[84]. Exacta-

mente el mismo fenómeno se muestra en muchos sermones de la época. Nada prueba que los niños fueran excluidos de ellos. Tanto en los círculos eclesiásticos como en muchos seculares se criticaba y se condenaba, ciertamente, esta forma de relación extramatrimonial. Pero la prohibición social en relación con el individuo todavía no había tomado la forma de una autocoacción; de forma que aún no resultaba penoso o repugnante hablar de estas relaciones en público. Todavía no estaba prohibida estrictamente toda mención de estos asuntos que demostrara que algo se sabía de ellos.

Esta diferencia se hace aún más visible cuando se considera la posición que tenían las mujeres públicas en las ciudades medievales. Al igual que sucede hoy en muchas sociedades extraeuropeas, en la ciudad medieval estas mujeres tenían un lugar específicamente asignado. En algunas ciudades incluso se celebraban carreras para ellas los días de fiesta[85]. A menudo se las empleaba para que hicieran compañía a los huéspedes de alto rango. En el año de 1438 puede leerse, por ejemplo, en el libro de cuentas de la ciudad de Viena: «Para el vino de las mujeres públicas, 12 ochavos. Igual para las mujeres que se han entregado al rey, también 12 ochavos de vino»[86]. Otras veces es el propio alcalde y todo el Concejo municipal los que pagan los gastos de los huéspedes de alto rango en la casa de mujeres públicas. El emperador Segismundo agradece públicamente en el año de 1434 al alcalde de Verna el hecho de que se haya puesto a disposición suya y de su séquito gratuitamente la casa de mujeres públicas durante tres días seguidos[87]. Evidentemente esto era parte de los agasajos con que se recibía a los huéspedes de alto rango, como podía serlo un banquete.

Las mujeres públicas, o, como se las solía llamar en Alemania, las «mujeres bellas», las «bonitas», constituyen una corporación con derechos y deberes determinados dentro de la ciudad al igual que cualquiera otra profesión. Y, ocasionalmente se revelan contra la competencia desleal como cualquier grupo profesional. En el año 1500, por ejemplo, algunas de estas mujeres en una ciudad alemana recurren al alcalde con la queja de que en otra casa están realizándose de modo secreto las actividades para las cuales la suya es la única que tiene un derecho público. El alcalde les concede permiso para entrar en esa casa; y las mujeres destruyen todo lo que encuentran y apalean a la patrona. En otra ocasión obligan a abandonar su propia casa a una mujer de la competencia y a vivir en la suya.

En una palabra la posición social de las prostitutas, como la de los verdugos era baja y despreciable, pero, desde luego, pública y nada rodeada de misterio; al propio tiempo tampoco las relaciones extramatrimoniales se habían excluido de la luz pública de la sociedad.

7. Hasta cierto punto lo mismo cabe decir de la relación sexual en general, incluso de la matrimonial. Podemos hacernos una idea de ello considerando las costumbres de la noche de bodas. Al hacer su entrada en la cámara nupcial, la comitiva iba precedida por los mozos de honor. La doncella de honor, a su vez, desnudaba a la novia, quien tenía que despojarse de todas sus joyas. Para que el matrimonio fuera válido era necesario que los novios entraran en el lecho en presencia de testigos. Esto es, «se les acostaba juntos» [88]. «Cuando en el lecho se ha entrado, el derecho se ha conquis-

tado», se decía en la época. En la Baja Edad Media fue cambiando paulatinamente esta costumbre de modo que los novios podían echarse en la cama vestidos. Por supuesto estas costumbres cambiaban en función de las clases sociales y también en función de los distintos países. No obstante sabemos que en algunos casos, como en Lübeck, por ejemplo, este uso antiguo se mantuvo en vigor hasta los comienzos del siglo xvii[89]. Todavía en la sociedad cortesano-absolutista de Francia se mantenía el uso de que los testigos acompañaran al novio y a la novia hasta el lecho nupcial donde éstos se desnudaban y recibían el camisón de manos de aquéllos. Todo esto constituye un síntoma del cambio de pautas en los sentimientos de pudor suscitados por las relaciones sexuales. A lo largo de estos ejemplos podemos ver con bastante claridad el carácter específico de aquellas pautas de sentimientos de pudor que posteriormente acabarán siendo dominantes a lo largo de los siglos XIX y XX. En esta época son los propios adultos, los que en gran medida ocultan todo lo relativo a la vida sexual y la excluyen del trato social convencional; por esta razón resulta posible, y hasta necesario, esconder con mayor o menor habilidad esta parte de la vida durante el mayor tiempo posible a los ojos de los niños. En las épocas anteriores las relaciones sexuales así como las instituciones que las regulan están mucho mas claramente incorporadas a la vida pública; en consecuencia resulta más comprensible que los niños adquieran conocimiento de esta parte de la vida desde pequeños. Ni siquiera para asegurar su condicionamiento (esto es para hacerles alcanzar las pautas de comportamiento de los adultos) existe necesidad alguna de presentar esta esfera de la vida a los niños cargada con la misma cantidad de tabúes y de secretos con que hubo de hacerse en una fase posterior de la civilización, en correspondencia con el cambio en las pautas de comportamiento.

En la sociedad cortesano-aristocrática, ciertamente, la vida sexual aparecía mucho más oculta que en la sociedad medieval. Lo que el observador de la sociedad industrial burguesa considera a menudo como «la frivolidad» de lo cortesano, no es otra cosa que los primeros pasos en el camino de esa ocultación. Ahora bien, esta ocultación, esta subsunción de la sexualidad tanto en el trato social convencional, como en la conciencia individual durante esta época del absolutismo, eran relativamente reducidos por comparación a las pautas de regulación de los impulsos característicos de la sociedad burguesa. También aquí el juicio emitido por las épocas posteriores suele ser erróneo, porque lo que se hace es considerar que las pautas propias de comportamiento al igual que las de la sociedad cortesano-aristocrática, constituyen algo absoluto, en lugar de considerarlas como fases de un sólo movimiento y porque, además, se toman las propias pautas de comportamiento como modelo al que han de ajustarse todas las demás. La relativa falta de disimulo con la cual se hablaba entre adultos sobre las funciones naturales corresponde a una mayor naturalidad del lenguaje y también de la actuación en relación con los niños. Disponemos de una gran cantidad de ejemplos que ilustran esta posición. Veamos uno especialmente ilustrativo: en el siglo xvii vivía en la corte una señorita de Bouillon, de 6 años de edad. Las damas solían venir a charlar con ella, y un día, le gastan una

broma: tratan de convencer a la niña de que está embarazada. La pequeña lo niega, se defiende. Tal cosa, dice, no es posible en absoluto. Los presentes discuten y opinan a favor y en contra. Pero un buen día, al despertarse, la niña encuentra en la cama un recién nacido. En su asombro y en su inocencia comenta: «Esto sólo nos ha pasado a la virgen María y a mí, puesto que no he sentido dolor ninguno». La noticia se difunde y el asunto se convierte en un pasatiempo para toda la Corte. La niña recibe numerosas visitas, como suele suceder en estos casos. Hasta la propia Reina acude a verla, para confortarla y para ofrecerse como madrina del recién nacido. Al propio tiempo el juego continúa, la gente pregunta, quiere saber, y discute con la niña quién puede ser el padre de su hijo. Finalmente, tras un esfuerzo de concentración y de reflexión, la pequeña llega a una conclusión: únicamente pueden ser, dice, el Rey o el Conde de Guiche, puesto que son los únicos hombres que le han dado un beso [90]. Nadie encuentra reparos que hacer a esta broma que, por lo demás, se mantiene dentro de los límites de las pautas admitidas. Nadie ve en el juego un peligro para la integración de la niña en dichas pautas, para su pureza espiritual, y, desde luego, nadie cree, evidentemente, que constituya una contradicción en su educación religiosa.

8. Sólo de un modo muy paulatino va extendiéndose homogéneamente por toda la sociedad un sentimiento más intenso de pudor y de vergüenza en relación con la sexualidad, así como la correspondiente reflexión de los impulsos sexuales. Y únicamente a partir de este momento, cuando aumenta considerablemente la distancia entre los adultos y los niños, se convierte en «problema candente» lo que solemos llamar «ilustración sexual».

Más arriba hemos citado la crítica que hacía el conocido pedagogo Raumer a los coloquios de Erasmo. La línea que sigue la curva evolutiva se nos manifiesta de un modo mucho más claro cuando observamos cómo se planteaba para Raumer el problema de la educación sexual, esto es, de la integración del niño en las pautas de comportamiento de su sociedad. Raumer editó en el año de 1857 una obrita titulada *La educación de las muchachas.* Por supuesto lo que el autor considera que es un comportamiento modelo de los adultos en relación con la cuestión sexual de los niños, no era en absoluto la única forma posible de comportamiento en su tiempo; pero sí es extraordinariamente significativo en relación con las pautas de comportamiento del siglo xix, y no solamente en relación con la educación de las muchachas, sino también en relación con la educación de los muchachos.

«Muchas madres», se dice en esta obra (p. 72), «son de la opinión, a mi juicio errónea, de que es necesario informar a las hijas de todas las relaciones de la familia, incluso de las relaciones sexuales, con el fin de ponerlas al corriente de ciertas cosas, que alguna vez han de encontrar, en el caso de que hayan de contraer matrimonio. Esta opinión, muy influida por Rousseau, se convirtió en la caricatura más repugnante y más grosera en el instituto de filantropía de Desau. Por el contrario, otras madres exageran en el sentido opuesto y cuentan a las niñas una serie de disparates sobre aquellas relaciones que estas acabarán descubriendo como tales cuando crezcan. Tal proceder es condenable, como ya se ha dicho, en todos los casos, especialmente en éste. Todos estos temas no deben mencionarse en absolu-

to en presencia de los niños, y mucho menos de forma misteriosa, la cual es, precisamente, la más adecuada para despertar la curiosidad. Permítase que los niños crean cuanto más tiempo mejor, que un ángel trae los recién nacidos a la madre. Esta leyenda, común en bastantes regiones, es mucho mejor que la otra de la cigüeña. Rara vez harán los niños preguntas indiscretas sobre este tema, especialmente cuando crecen de verdad bajo los ojos de la propia madre... Incluso aunque la madre no pueda tenerlos cerca debido a un parto. Si las niñas preguntan después de dónde vienen los niños, habrá de respondérseles: los niños son un regalo de Dios. Cada niño tiene un ángel de la guarda en el Cielo, que es el que se ocupa sin que le veamos de darnos la gran alegría de tener al niño con nosotros. Cómo hace Dios para regalarnos los niños, es cosa que no precisas saber y que además, no podrías comprender. Este tipo de respuestas habrá de ser suficiente para todas las niñas y la tarea de la madre es ocupar los pensamientos de sus hijas de modo tan incansable con lo bueno y con lo bello, que no les quede tiempo ninguno para cavilar sobre las otras cosas. Será suficiente con que una madre diga una sola vez en serio: no está bien que tengas conocimiento de estos temas; por el contrario debes negarte a escuchar algo sobre ellos. Una niña bien educada sentirá vergüenza, de ahora en adelante, cada vez que oiga hablar de tales cosas.»

Entre el modo que tiene de hablar acerca de las relaciones sexuales Erasmo y el que tiene Raumer se dibuja una curva civilizatoria similar a la que hemos podido ver, con más detalle, en las otras manifestaciones de los instintos humanos. En el proceso civilizatorio, la sexualidad también queda progresivamente relegada a la trastienda de la vida social y, en cierto modo, constreñida en un enclave determinado: el de la familia nuclear. Paralelamente, también la conciencia que de estas relaciones sexuales se tiene se muestra constreñida, reducida, y relegada a la «trastienda». Esta esfera de la vida humana aparece rodeada de un aura de escrúpulos que es expresión de un miedo sociogenético. Hasta los adultos, cuando han de hablar en público de estas relaciones lo hacen con una cierta cautela y utilizando una serie de circunloquios. Desde luego, en la medida que ello es posible, jamás se habla de estos temas con los niños, especialmente con las niñas. Raumer no da ninguna explicación de por qué no pueda hablarse de estos temas con ellos; aunque hubiera podido decir que es conveniente salvaguardar la pureza espiritual de las niñas tanto tiempo como sea posible. Esta justificación es una manifestación más de la medida en que, en esta época, las emociones sexuales estaban dominadas por los sentimientos de vergüenza y de pudor. En la época de Erasmo era perfectamente natural no hablar de ellas. Esta diferencia se hace mucho más patente cuando se recuerda que los dos testigos de su época, a los que aquí nos hemos referido, esto es, tanto Erasmo como Raumer eran hombres sinceramente creyentes, invadidos del temor de Dios.

Evidentemente las razones que subyacen al modelo de Raumer no son motivos «racionales». Desde el punto de vista racional, el problema que Raumer estudia no queda resuelto, y lo que dice es contradictorio. Raumer no aclara en ningún momento cómo y cuándo es preciso explicar a la joven lo

que le está sucediendo y lo que va a sucederle. La preocupación fundamental de Raumer es inculcar la «repugnancia ante estas cosas», esto es, inculcar sentimientos de vergüenza, miedo, pudor, y culpabilidad o, con mayor exactitud, inculcar una forma de comportamiento acorde con las pautas sociales admitidas. Al leerle se tiene la impresión de que al propio educador le resultaba muy difícil dominar los sentimientos de vergüenza y de pudor que todas estas cuestiones le producían. Se intuye asimismo algo de la profunda perplejidad en que esta evolución social dejaba al individuo; el único consejo que el educador sabe darle a la madre es el de no mencionar estos temas en la medida de lo posible. Lo que aquí se manifiesta, no es la falta de comprensión o la insensibilidad de una persona concreta; no se trata de un problema social. Sólo de un modo muy lento y a través de muchos esfuerzos y muchas reflexiones se consiguió dar con métodos mejores para adaptar al niño al alto grado de represión sexual, de regulación, de modificación y reducción de estos impulsos que resultaba imprescindible para llevar una vida normal.

El propio Raumer considera, acertadamente, que no deben presentarse estas zonas de la existencia de un modo velado a los niños, puesto que ello acaba «despertando la curiosidad». Pero como quiera que en su sociedad estos aspectos se han convertido en algo «misterioso», los preceptos de Raumer no pueden evadir este condicionamiento: «Será suficiente con que una madre diga una vez en serio: no está bien que tengas conocimiento de estos asuntos...». Los determinantes primarios de esta actitud, evidentemente, no son motivos racionales, no son razones de oportunidad, sino que es el propio pudor de los adultos convertido en autocoacción. Lo que cierra la boca a los adultos, son las prohibiciones y las resistencias sociales en su propio fuero interno; en su propio «super-yo».

Como se ha visto, para Erasmo y sus coetáneos, el problema no consistía en absoluto en ilustrar al niño sobre las relaciones sexuales, puesto que aquél ya sabe lo suficiente acerca de ellas, debido al tipo de instituciones sociales y de relaciones humanas en cuyo marco ha crecido. La continencia de los adultos no es tan grande como lo será en épocas posteriores, como tampoco lo es el muro del secreto ni la discordancia entre lo que está permitido en público y lo que sólo cabe hacer entre bastidores. La tarea esencial del educador en este caso consiste en dar por supuesto el marco natural de la sociedad para dirigir al niño en la dirección correcta, o, dicho con mayor exactitud, en la dirección deseada por el educador. Precisamente esto es lo que trata de hacer Erasmo por medio de los diálogos, como el de la joven con su pretendiente, o el del joven con la prostituta. El éxito del libro es buena prueba de que Erasmo supo acertar con el tono adecuado para la sensibilidad de sus contemporáneos.

A medida que avanzaba el proceso civilizatorio y el impulso sexual, al igual que otros muchos, había de someterse a una regulación y a una modificación mas estricta: el problema se planteaba en términos distintos. Poco a poco va erigiéndose un muro relativamente espeso de secreto en torno a los adolescentes constituido por la coacción a la que se someten los adultos con el fin de relegar a la esfera íntima todos los impulsos, especialmen-

te los sexuales; constituido asimismo por el «anatema del silencio», por las limitaciones sociogenéticas del lenguaje, y por la estigmatización de la mayoría de las palabras que se refieran a la vida de los impulsos. Lo que hace tan difícil la destrucción de ese muro, destrucción que algún día habrá de ser necesaria, es decir, en una palabra, lo que hace tan difícil la ilustración sexual, no es solamente la necesidad de incorporar a los adolescentes a las mismas pautas de regulación y represión de los impulsos que tienen los adultos. La dificultad reside, sobre todo, en la estructura psíquica de los propios adultos, a quienes resulta difícil hablar de estas cosas secretas. A meundo, les falta el tono adecuado y hasta las palabras. Las palabras groseras que conocen no se pueden utilizar; los términos médicos son desconocidos para muchos; las reflexiones teóricas casi no sirven para nada. Son las represiones sociogenéticas las que les impiden mencionar estos temas. De ahí el consejo que les da Raumer de no hablar de ellos en la medida de lo posible. Esta situación, además, se agrava por el hecho de que la tarea del condicionamiento, de la regulación de los impulsos, esto es, de la «ilustración», coincide con la práctica de excluir del trato social convencional toda manifestación de los impulsos así como toda conversación sobre los mismos, y además, corresponde exclusivamente a los padres. La multiplicidad de relaciones afectivas entre la madre, el padre y el hijo suelen aumentar la resistencia a hablar sobre estas cuestiones (no siempre, pero sí muy a menudo), y no solamente desde el punto de vista del niño, sino también desde el del padre o del de la madre.

De este modo parece resultar bastante claro cómo se plantea la cuestión en el caso del niño: es imposible comprender los problemas psíquicos de los adolescentes si nos empeñamos en creer que cada individuo tiene el mismo tipo de evolución en todos los tiempos. El problema de la conciencia y de la emotividad infantiles se configura de modo distinto y cambia según el tipo de relaciones entre el niño y los adultos. Ahora bien, estas relaciones tienen una forma específica en cada sociedad en correspondencia con el carácter particular de cada estructura social; en la sociedad caballeresca son distintas a las de la sociedad ciudadana-burguesa; en la sociedad secular de la Edad Media son distintas a las de la sociedad de la Edad Moderna. Solamente es posible comprender los problemas que se derivan de la integración y de la modelación de los adolescentes en relación con las pautas de los adultos (esto es, por ejemplo los problemas específicos de la pubertad en nuestra sociedad civilizada) cuando se toma en consideración la parte histórica y, también, la estructura de la totalidad social, que es la que fomenta y sostiene esta pauta del comportamiento de los adultos y esta configuración especial de las relaciones entre los adultos y los niños.

9. Es posible dibujar una curva civilizatoria análoga a la de la «ilustración sexual» en lo referente a la evolución del matrimonio en Occidente. No hay duda de que, en líneas generales, el matrimonio monogámico como institución para la regulación de las relaciones sexuales en Occidente, es la institución dominante. No obstante, la regulación y modelación reales de las relaciones sexuales cambia considerablemente a lo largo de la historia occidental. Desde luego, la Iglesia luchó siempre en favor del matrimonio mo-

nogámico; pero la fortaleza de éste, su carácter obligatorio para ambos sexos como institución social, es algo que se impuso mucho más tarde, en el curso de una progresiva regulación de los impulsos cada vez más estricta. Solamente entonces, se comenzaron a considerar como socialmente condenables o, por lo menos, a relegar al más absoluto secreto las relaciones extramatrimoniales del hombre. En las épocas anteriores, y según las relaciones de fuerza de los sexos, se consideraban las relaciones extramatrimoniales del hombre y, en ocasiones también las de la mujer, como algo más o menos natural, por lo menos desde el punto de vista de la sociedad secular. Sabemos que, hasta bien entrado el siglo XVI, era muy frecuente que en las familias burguesas más honorables los hijos legítimos y los ilegítimos del marido se educaran conjuntamente y nadie pretendía ocultar esta diferencia a los niños. El marido no tenía por qué avergonzarse de sus relaciones extramatrimoniales. A pesar de todas las tendencias en contra que, por supuesto ya se daban, todavía resultaba perfectamente natural el hecho de que los hijos bastardos pertenecían a la familia: el padre se preocupaba por su futuro, y cuando se trataba de hijas les preparaba una boda con todos los honores. Pero, ciertamente, también se daban muchos «errores»[91] entre los matrimonios.

A lo largo de toda la Edad Media cambió considerablemente la posición social de los hijos ilegítimos. No obstante, durante mucho tiempo estuvo ausente la tendencia a ocultar esta situación, tendencia que posteriormente sería dominante en la sociedad burguesa en consonancia con una limitación más estricta de la sexualidad en las relaciones entre el marido y la mujer, una regulación más intensa de los impulsos, y una tensión más fuerte de las prohibiciones sociales. Tampoco aquí cabe tomar los preceptos eclesiásticos como modelo para la pauta real de la sociedad secular. De hecho, ya que no siempre de derecho, la diferencia entre la posición de los hijos ilegítimos y la de los legítimos en la familia, solamente se distinguía por cuanto los hijos ilegítimos no heredaban el *status* del padre y habitualmente tampoco su patrimonio o, en todo caso, no heredaban la misma parte del patrimonio que los hijos legítimos. Es suficientemente conocido el hecho de que en la clase alta era frecuente que el término de «bastardo» fuera un timbre de honor[92].

El matrimonio en la sociedad cortesano-absolutista en los siglos XVII y XVIII se caracteriza especialmente por el hecho de que, dada la estructura de esta sociedad, por primera vez queda quebrantada de modo absoluto la dominación del hombre sobre la mujer. La fuerza social de la mujer es aquí aproximadamente la misma que la del hombre; las mujeres determinan en gran medida la opinión pública y si, hasta ahora, la sociedad únicamente aceptaba como legítimas las relaciones extramatrimoniales del hombre al tiempo que consideraba más o menos condenables las del «sexo débil», a partir de ahora, y coherentemente con la transformación de las relaciones sociales de fuerza entre los sexos, también las relaciones extramatrimoniales de la mujer, dentro de cierto límite, se consideran como socialmente legítimas.

Todavía queda por demostrar que el reforzamiento de la posición social

de la mujer o, si se quiere, la primera emancipación de ésta en la sociedad cortesano-absolutista, haya tenido una influencia decisiva en el movimiento civilizatorio, en el avance de los límites del pudor y de la vergüenza, en la intensificación de los controles sociales sobre el individuo. Al igual que el fortalecimiento y el ascenso social de otros grupos de la sociedad, hicieron necesaria una nueva regulación de los impulsos y un fortalecimiento de la continencia de todos, a lo largo de una línea media que se trazaba entre quienes anteriormente eran los dominadores y quienes eran los dominados, así también, el fortalecimiento de la posición social de las mujeres supuso, hablando esquemáticamente, una disminución de las restricciones de los instintos de las mujeres y un aumento de las restricciones impulsivas de los hombres. Por supuesto también significó en ambos casos un aumento de la presión para que los dos sexos disciplinaran los afectos en el trato mutuo.

En su famosa novela *LA princesa de Cléves,* Madame de La Fayette hace decir lo siguiente al esposo de la princesa, quien sabe que su mujer está enamorada del Duque de Nemours: «Yo tengo plena confianza en vos; es el camino que el corazón y la razón me aconsejan seguir. Dada vuestra disposición de ánimo sólo dejándoos en completa libertad, es como os sujetaré a los límites más estrechos que pudiera prescribiros».

Este es un ejemplo de la peculiar obligación de autodisciplina que, en función de la nueva situación social, recae sobre los sexos. El marido sabe que no puede retener por la violencia a su mujer. En consecuencia no hace una escena, no grita, por el hecho de que su mujer ame a otro y no recurre tampoco a su derecho conyugal; la opinión pública no apoyaría ninguna de estas actitudes; el marido se contiene: te dejo en libertad le dice a su mujer, pero sé que, con esto, te impongo límites más estrictos que cualesquiera prohibiciones o prescripciones. En otros términos, el marido espera de la mujer la misma autolimitación, la misma disciplina a las que él se somete. Se trata de un ejemplo sumamente ilustrativo de la nueva correlación de tuerzas que surge con esta equiparación social entre los sexos. Desde luego, en el fondo, no es el marido aislado el que concede esta libertad a su esposa; la libertad reside en la propia estructura de la sociedad. Pero esta sociedad exige un nuevo tipo de comportamiento y origina conflictos muv específicos; en cualquier caso, en esta sociedad hay suficiente numero de mujeres que utilizan tal libertad. Existe una multitud de manifestaciones que demuestran que en esta aristocracia cortesana, la limitación de las relaciones sexuales al matrimonio suele considerarse muy a menudo como algo burgués y no conforme a su rango. No obstante, todo ello viene a darnos al mismo tiempo una idea de la correspondencia inmediata que se establece entre un tipo específico y un grado concreto de la vinculación humana y social y una cierta forma de la libertad.

La forma lingüística escasamente dinámica a la que todavía hoy seguímos atados, contrapone la libertad y la sujeción, o la coacción al igual que lo hace con el cielo y el infierno. No hay duda de que expresarse en forma de antítesis absolutas suele contener un grado bastante elevado de acierto, al menos desde un punto de vista de la realidad más inmediata. Para quien

se encuentra en la cárcel el mundo de fuera es un mundo de libertad. Visto con mayor exactitud, en esa contraposición hay tan poca libertad en sentido estricto, como en cualquier otra contraposición, siempre que por libertad haya de entenderse una situación de falta de sujeción social y de independencia absolutas. Lo que hay es liberaciones de una forma de la sujeción que oprime de un modo intenso o insoportable para pasar a otras que se consideran como menos opresivas. El propio proceso civilizatorio, la modificación y, en cierto sentido, el progreso de los vínculos a los que está sometida la vida afectiva de los seres humanos, corren paralelamente con las liberaciones del tipo más diverso. Uno de los muchos ejemplos de esto lo constituye la vida conyugal en las cortes absolutistas, simbolizada por el hecho de que la sala de estar y el dormitorio del marido y de la mujer, en los castillos de la aristocracia cortesana tuvieran la misma disposición. La mujer era más libre de restricciones externas que en la sociedad caballeresca. Pero también había crecido en relación con la sociedad caballeresca la coacción interna, la autocoacción a la que tanto el hombre como la mujer tenían que someterse en consonancia con la nueva forma de integración y con el código de comportamiento de la sociedad cortesana; obligación que también surgía de las peculiaridades estructurales de esta sociedad, así como de la «liberación» que posibilita.

Lo mismo cabe decir si comparamos las formas matrimoniales burguesas del siglo XIX con las cortesano-aristocráticas de los siglos xvii y xviii.

En el siglo XIX, la burguesía en su conjunto se ha liberado ya de la presión de las relaciones sociales absolutistas-corporativistas. Tanto el hombre como la mujer burgueses quedan eximidos de las coacciones externas a las que estaban sometidos en la sociedad estamental en su condición de seres humanos de segunda categoría. Han crecido los vínculos comerciales y financieros cuyo progreso había dado el primer impulso social para la liberación de la burguesía. En este sentido la sujeción social del individuo todavía es más intensa que antes. El esquema de las coacciones externas que se imponen al individuo de la sociedad burguesa en relación con su trabajo profesional es, en muchos aspectos, distinto al esquema que regula las funciones de los impulsos en la sociedad cortesana. En diversas facetas de la vida emotiva, sin embargo, la coacción externa a la que han de someterse las funciones burguesas, especialmente las que comentan y producen la vida de los negocios, todavía son más intensas que las exigidas por las funciones cortesanas. Especial importancia tiene aquí la pregunta de por qué el desarrollo social o, dicho con mayor exactitud, por qué el trabajo profesional, hacía necesaria precisamente una disciplina especialmente estricta de la sexualidad. No podemos entrar en el análisis de las líneas de relación entre la modelación específica de los impulsos y la estructura social del siglo xix. En todo caso desde el punto de vista de las pautas de la sociedad burguesa la regulación de la sexualidad y del matrimonio practicada en la sociedad cortesana aparecía como algo enormemente laxo. En el siglo XIX la opinión social condena de modo absolutamente estricto toda relación extramatrimonial. Por supuesto, a diferencia de la sociedad cortesana, de nuevo la posición social del marido es más fuerte que la de la mujer, y la violación

del tabú de las relaciones extramatrimoniales por parte del hombre es considerada socialmente con mayor tolerancia que el comportamiento similar por parte de la mujer. Ambas transgresiones, por lo demás, quedan ahora completamente excluidas de la vida social oficial; a diferencia de lo que sucedía en la sociedad cortesana, estos comportamientos se relegan de modo estricto a la trastienda de la sociedad, a la esfera de lo secreto. Ciertamente, éste es uno de los muchos ejemplos del fortalecimiento de la represión, de la autocoacción, a las que ahora tiene que someterse el individuo.

10. El proceso civilizatorio jamás se da de modo rectilíneo. En principio, podemos deducir una orientación general de los cambios, como hemos hecho aquí; en los casos concretos, vemos que la trayectoria de la civilización presenta las oscilaciones más acentuadas. Son los avances en una u otra dirección. Si observamos el movimiento a lo largo de períodos más amplios, podemos ver con suficiente claridad, cómo las coacciones, que surgían de modo inmediato de la amenaza con las armas, con la fuerza corporal y guerrera, van reduciéndose paulatinamente, al tiempo que se fortalecen las formas de la dependencia y de la vinculación que conducen a una regulación o administración de la vida afectiva bajo la forma de la autoeducación, del *self control,* en una sola palabra, bajo la forma de la autocoacción. Esta transformación se nos muestra del modo más claro cuando observamos a los pertenecientes a cada una de las clases dominantes, esto es de la clase que primeramente estuvo compuesta por guerreros o, como solemos llamarles por caballeros, luego por cortesanos y, finalmente, por burgueses profesionales. Si observamos la totalidad del entramado múltiple del acontecer histórico, podemos ver que, en realidad, el movimiento es infinitamente más complicado. En cada fase se dan oscilaciones de todo tipo. Es posible encontrar avances o retrocesos de los vínculos internos y externos. Y la observación de estas oscilaciones especialmente desde el punto de vista de nuestra época, obscurece ligeramente el horizonte de la línea general del desarrollo. Todo el mundo recuerda este tipo de oscilación de los vínculos a los que están sometidos la vida impulsiva del individuo e incluso las relaciones del hombre con la mujer; por ejemplo, todos tenemos la convicción de que, en comparación con la época anterior a la guerra, la posterior a la misma trajo lo que se llama una «flexibilidad de las costumbres». Hay una serie de restricciones, que se habían impuesto al comportamiento antes de la guerra y que después de ésta se han debilitado, o, incluso han desaparecido por completo. Muchas cosas que antaño estaban prohibidas, están hoy permitidas. Visto de cerca, el conjunto del movimiento parece orientarse en una dirección contraria a la que aquí se ha mostrado; parece orientarse en el sentido de una remisión de las coacciones a que la vida social somete al individuo.

Pero, si se considera con mayor detenimiento, no es difícil reconocer que se trata de un retroceso accidental, de uno de esos pequeños contramovimientos que surgen de continuo de la multiplicidad de los movimientos históricos dentro de cada escalón del proceso general.

Tomemos las costumbres en el baño, por no mencionar más que un ejemplo; desde luego resulta impensable que, en el siglo XIX, una mujer se atre-

viera a llevar en público uno de estos trajes de baño que hoy son corrientes, sin incurrir en peligro de difamación. Pero este cambio, la difusión de la práctica de los deportes por parte de los hombres, y de las mujeres, tiene como requisito previo el haber alcanzado un grado elevado de represión de los impulsos. Costumbres de baño, deportes de este tipo y tal libertad (en comparación con las fases anteriores) solamente son posibles en una sociedad en la que se da por supuesto un elevado grado de represión y en la que tanto las mujeres como los hombres están absolutamente seguros de que una autocoacción intensa y unas reglas de etiqueta muy estrictas mantienen a cada uno en su sitio. Se trata de una debilitación de la rigidez anterior que se mantiene por completo en el contexto de unas pautas de comportamiento «civilizadas», esto es, en el contexto de una restricción y modificación en alto grado de las emociones de carácter automático y considerada como hábito.

Pero, a su vez, también se muestran en nuestra época los primeros síntomas de un avance en la creación de restricciones emotivas nuevas, y más intensas. En algunas sociedades encontramos intentos de alcanzar una regulación y administración sociales de las emociones de una intensidad y de una conciencia que parecen superar con mucho las pautas existentes hasta ahora, y que, precisamente en virtud del tipo de modelación que conllevan, imponen al individuo renuncias y transformaciones emotivas de un alcance cuyas consecuencias todavía son imprevisibles en lo relativo a la configuración de los hábitos humanos.

11. De todas formas la dirección del movimiento en general en la medida en que éste es observable, sigue siendo la misma, cualquiera que sea la manifestación instintiva que se considere, y con independencia de cómo se realicen estos vaivenes, estos avances y retrocesos, estas restricciones y estas liberalizaciones. La curva civilizatoria del instinto sexual discurre, *grosso modo,* en una dirección paralela a las curvas que trazan otras manifestaciones instintivas, por muchas diferencias sociogenéticas que haya siempre en los casos concretos. También aquí puede observarse que la regulación es cada vez más estricta por lo menos en lo que respecta a los modales de la clase alta. Este impulso se excluye paulatinamente de la vida social pública. Incluso aumenta la reserva que se practica al hablar sobre estos temas[94], al propio tiempo cada vez es menos necesaria la violencia física e inmediata para obligar a esta reserva como a cualquier otra. El aumento en la represión de estos instintos se inculca al individuo desde pequeño como si fuera una autocoacción, una costumbre que actuara de modo automático, en virtud de la propia estructura de la vida social, de la presión de las instituciones sociales en general y, en particular, de la de ciertos órganos ejecutivos de la sociedad, especialmente de la familia. En consecuencia las normas y las prohibiciones sociales cada vez se convierten de un modo más claro en una parte de uno mismo, en un «super yo» estrictamente regulado.

Al igual que muchas otras manifestaciones instintivas, también la sexualidad queda confinada de un modo cada vez más exclusivo en un enclave social determinado, esto es en el matrimonio socialmente legitimado; y ello

no solamente en lo que respecta a la mujer sino también al marido. La legitimación total o parcial que pudiera prestar antaño la opinión social para las relaciones extraconyugales, tanto del marido como de la mujer, tiende a desaparecer, aunque a veces se den movimientos en sentido contrario. El quebrantamiento de esta prohibición, con todo lo que ello conlleva, se incluye en consecuencia en la esfera de lo secreto, de aquello de lo que no se puede hablar y de lo que no se debe hablar sin correr peligro de perder prestigio o incluso de perder la posición social.

Una vez que la familia nuclear ha ido convirtiéndose paulatinamente en el único y exclusivo enclave legítimo de la sexualidad y de las funciones íntimas en general, tanto para el hombre como para la mujer, pasa después a difundirse por toda la sociedad con el mismo carácter de exclusividad, como el órgano primario de que se vale la sociedad para inculcar las costumbres instintivas y los modos de comportamientos admitidos en los adolescentes. En las épocas en las que el grado de represión y de privatización no eran tan elevados ni tan estrictos, la exclusión de la vida instintiva del trato social, la tarea de conseguir el primer condicionamiento social de los niños no recaía de modo tan completo sobre el padre y sobre la madre; en la realización de esta tarea colaboraban todas las personas con las cuales el niño entraba en contacto, personas que en sociedades en las que la privatización no estaba tan avanzada, en las cuales la intimidad de los hogares no estaba tan cerrada, suelen ser una muchedumbre; por no mencionar el hecho de que antaño tanto la familia como la servidumbre (al menos en las clases superiores de la sociedad) eran, generalmente más numerosas. La gente solía hablar con menos misterio de los distintos aspectos de la vida instintiva y, habitualmente, solían manifestarse de modo más abierto las emociones tanto al hablar como al actuar. El sentimiento de vergüenza, incluso el producido por la sexualidad no era tan intenso como lo fue posteriormente. Esto es precisamente lo que los pedagogos de épocas posteriores no consiguen entender en el escrito de Erasmo que comentábamos más arriba.

De este modo también la reproducción de las costumbres sociales en el niño, el condicionamiento de éste, no se realizan tan sólo en un ámbito excluyente, ni tampoco a puerta cerrada, sino de un modo mucho más inmediato al trato social de la gente. Considérese un ejemplo nada atípico de este cambio en la forma de condicionamiento de la clase alta: el diario del médico Jean Héroard, en el que se describe día a día, y casi hora a hora, el crecimiento del niño Luis XIII, todo lo que hacía, y todo lo que decía.

Casi parece una paradoja el hecho de que cuanto mayor es la transformación, la regulación, la represión y la ocultación de la vida instintiva, que la sociedad exige al individuo, y cuanto más difícil es el acondicionamiento del adolescente, tanto más se concentra la tarea de inculcar estos primeros hábitos instintivos socialmente necesarios en el círculo más íntimo de la familia nuclear, esto es, en el padre y la madre. Por supuesto, este condicionamiento, en el tondo no se lleva a cabo de un modo muy distinto a como se realizaba antaño, al menos por lo que respecta a su mecanismo; esto es, no se realiza a través de una consideración del alcance de la tarea y una

planificación consciente que tenga en cuenta las condiciones especiales del niño y de su situación, sino que se realiza, predominantemente, de un modo automático y, hasta cierto punto, por medio de reflejos: las manifestaciones instintivas y las costumbres de los padres, todas de origen sociogenético, provocan manifestaciones instintivas y costumbres en el niño que, según los casos, se orientan o no se orientan en la dirección que los padres desean o preveen, en función del condicionamiento que están realizando. La imbricación de las costumbres de los padres y de los niños, en la cual se modela la emotividad de éstos, así como su carácter, no tiene nada que ver con la «racionalidad». Las formas de comportamiento y las palabras que, para los padres están cargadas de sentimientos de vergüenza y de repulsión reciben, además, la carga adicional de las manifestaciones de desagrado de aquellos; tales manifestaciones acaban por dejar algún tipo de huella superficial o profunda en los niños, y de esta manera, se reproduce lentamente la pauta social de los sentimientos de vergüenza y de pudor en los niños. Pero una pauta de este tipo constituye al mismo tiempo el fundamento y el contexto de las más diversas configuraciones instintivas individuales. Por supuesto esta imbricación social ininterrumpida de las emociones, costumbres y reacciones paternas e infantiles, configura la vida instintiva de cada adolescente en particular, aunque lo hace, en una gran medida, sin que los propios padres puedan preveerla o calcularla.

12. La orientación del movimiento civilizatorio en el sentido de una privatización cada vez más intensa y más completa de todas las funciones corporales, el confinamiento de éstas en enclaves determinados, su reclusión tras la «puerta cerrada de la sociedad», tienen consecuencias del tipo más diverso. Una de las más importantes, que ya se había manifestado en el caso de otras formas instintivas, se muestra de modo especialmente claro en la curva civilizatoria de la sexualidad: se trata de la peculiar dualidad de los hombres, que se hace más patente cuanto más pronunciado es el corte entre las dos caras de la vida; la parte que puede ser pública, que puede ser visible en el trato de los seres humanos, y aquella otra que no puede serlo y que ha de mantenerse en la «intimidad» o en el «secreto». La sexualidad, al igual que todas las otras funciones naturales del hombre, es una de las manifestaciones que todo el mundo conoce y que pertenecen a la vida de todas las personas. Hemos visto cómo estas funciones van cargándose poco a poco de sentimientos de vergüenza y de pudor de carácter sociogenético que incluso acaban restringiendo de la forma más rígida a través de una serie de regulaciones y de prohibiciones incluso la mera mención de las mismas. Los seres humanos acaban ocultándose los unos a los otros estas funciones y hasta el recuerdo de las mismas. Y donde esto no es posible —piénsese por ejemplo en el caso del matrimonio, de la noche de bodas— la vergüenza, el pudor, el miedo y todas las demás reacciones vinculadas con estas fuerzas instintivas de la vida humana, aparecen reguladas por un ritual social estrictamente elaborado y por unas formas lingüísticas determinadas que sirven para ocultar, y al mismo tiempo, para salvaguardar las pautas de pudor. En otras palabras, a medida que avanza la civilización, cada vez se diferencian de forma más clara en la vida de los hombres, una

esfera íntima o secreta y otra pública, un comportamiento secreto y otro público. Y esta escisión acaba siendo tan evidente para los hombres, les resulta una costumbre hasta tal punto dominante, que ni siquiera son conscientes de ella.

En consonancia con esta división creciente del comportamiento, el uno permitido en público y el otro no permitido en público, también se transforma la condición psíquica del ser humano. Las prohibiciones generadas por las sanciones sociales se inculcan en el individuo como si fueran autocoacciones. La fuerza que tiene la represión de las manifestaciones instintivas, el pudor sociogenético que las rodea, se convierten, de tal manera, en una costumbre para el individuo que ni siquiera éste puede resistirse cuando se encuentra solo en el ámbito de lo íntimo y privado. El propio individuo se convierte en campo de lucha entre las agradables manifestaciones instintivas de un lado y las desagradables limitaciones y prohibiciones, los sentimientos sociogenéticos de vergüenza y pudor de otro. Como ya se ha dicho, tal es, evidentemente, la situación que Freud trata de describir por medio de conceptos como «super yo» o «inconsciente», o por medio del que el vulgo llama, no sin razón, «subconsciente». Pero, cualquiera que sea su expresión, el código social de comportamiento impregna de tal modo a los seres humanos, en uno u otro sentido, que, hasta cierto punto, acaba constituyéndose en un elemento esencial de lo individual. Y este elemento, el «super yo», al igual que el entramado psíquico y «yo» individual como una totalidad, cambia de modo necesario en correspondencia continua con el código de comportamiento social y con la estructura de la propia sociedad. El grado relativamente elevado de dualidad del «yo», o de la conciencia que es característica de los seres humanos en esta fase de la civilización y que se manifiesta en conceptos tales como «super yo» y «subconsciente», se corresponde con la dualidad específica del comportamiento a la que obliga la vida en esta sociedad civilizada. Esa dualidad corresponde con el grado de regulación y reclusión a que están sometidas las manifestaciones instintivas en el trato social de los seres humanos. Esta escisión comienza a constituirse siempre en la vida social de los hombres y en todas sus formas, incluso en aquellas a las que llamamos primitivas. La fortaleza que alcanza aquí esta diferenciación, la forma en que se presenta, son reflejos de un desarrollo social determinado, resultado de un proceso civilizatorio.

Éste es el fenómeno al que nos referimos, cuando hablamos de la correspondencia continuada de la estructura social con la estructura del «yo» individual.

X. LAS TRANSFORMACIONES DE LA AGRESIVIDAD

Nota introductoria

El entramado emotivo de los seres humanos constituye una totalidad. En verdad podemos designar con nombres distintos a cada una de las manifestaciones instintivas según sus direcciones y sus diversas funciones; podre-

mos hablar del hambre y de la necesidad de escupir, del instinto sexual y del instinto agresivo; en la realidad de la vida sin embargo, estas distintas manifestaciones instintivas, son tan difíciles de separar unas de otras como imposible de separar es el corazón del estómago o la sangre que riega el cerebro de la sangre que riega el aparato genital. Estos impulsos se complementan y parcialmente se sustituyen unos a los otros; se transforman dentro de ciertos límites, y se neutralizan; el trastorno que se produce en un punto, se manifiesta en otro; en resumen estos impulsos constituyen una especie de circuito cerrado de la persona, una totalidad parcial dentro de la totalidad del organismo, cuya estructura todavía es bastante opaca en muchos aspectos, pero cuya forma, cuya presentación social, es de una importancia decisiva tanto para la evolución de una sociedad concreta como de cada persona individual.

La forma en que hoy acostumbra a hablarse de los impulsos o de las manifestaciones emotivas, sugiere, a veces, la idea de que albergamos un conjunto de instintos diferenciados. Hablamos, por ejemplo, de un «instinto de la muerte», o de un afán de «notoriedad», como podemos hablar de las diversas sustancias químicas. Por supuesto que las observaciones que se hagan sobre las distintas manifestaciones instintivas por separado pueden ser muy fructíferas y concluyentes en determinadas circunstancias. No obstante, los conceptos en los que han de plasmarse tales observaciones, habrán de ser impotentes frente al objeto vivo de las mismas, cuando no consigan expresar de modo satisfactorio la unidad y la totalidad de la vida instintiva, así como la pertenencia de cada dirección instintiva a dicha totalidad. En consecuencia, tampoco la agresividad de la que hablaremos en las observaciones siguientes, constituye una especie separable del conjunto de la vida instintiva. En el mejor de los casos podemos hablar del instinto de agresión, siempre que seamos conscientes de que al hacerlo se trata de una cierta función instintiva del conjunto del organismo, y de que los cambios en esta función muestran, en realidad, los cambios del conjunto.

1. Las pautas de la belicosidad, su carácter y su fortaleza, no son completamente iguales en la actualidad, en las distintas naciones de Occidente. Pero esta diferencia que, considerada con mayor detalle, puede parecer muy relevante, desaparece de la vista, y se convierte en algo completamente irrelevante cuando se contrapone la belicosidad de los pueblos «civilizados» con la belicosidad de sociedades que se encuentran en otro grado de desarrollo de la dominación emotiva. En comparación con el furor bélico del guerrero abisinio —por supuesto impotente frente al aparato técnico del ejército civilizado— o con el furor de las diversas tribus de la época de las emigraciones bárbaras, la belicosidad de las naciones más guerreras del mundo civilizado se nos antoja apagada; al igual que todas las demás manifestaciones instintivas, la agresividad aparece hoy limitada de modo inmediato en la acción guerrera por medio del avance en la división de funciones, del aumento de la interacción entre los individuos, y de su mayor interdependencia entre los propios individuos y entre los individuos y el aparato técnico. La agresividad se ve hoy restringida y sujeta, gracias a una serie considerable de reglas y de convicciones que han acabado por convertirse en

autocoacciones. La agresividad se ha transformado, «refinado», «civilizado», como todas las demás formas de placer y únicamente se manifiesta algo de su fuerza inmediata e irreprimible bien sea en los sueños bien en explosiones aisladas que solemos tratar como manifestaciones patológicas.

En este campo de acción de las emociones, en la esfera del choque frontal entre hombres que son enemigos, se produce la misma transformación histórica que en todos los demás. Con independencia del grado de desarrollo que se hubiere alcanzado durante la Edad Media a lo largo de esta evolución, aquí bastará con observar las pautas alcanzadas por la clase alta secular, por el estamento guerrero, para hacernos una idea general de dicha evolución. Probablemente la descarga de emociones durante la guerra, en la Edad Media, no era tan ilimitada como en la época anterior de las emigraciones de los bárbaros, aunque, desde luego, era suficientemente abierta e ilimitada en comparación con las pautas de la Edad Contemporánea. En esta época posterior un control social más intenso, anclado en la organización estatal, domina sobre las manifestaciones de la crueldad, la alegría producida por la destrucción y los sufrimientos ajenos, así como la afirmación de la superioridad física. Todas estas formas del placer se ven limitadas por las amenazas del desagrado, por lo que se van «refinando» poco a poco a través de una serie de mecanismos laterales. Únicamente en las épocas de trastorno social, o bien en las zonas coloniales, en las cuales el control social es más limitado, se manifiestan estos instintos de forma más directa, menos apagada y sin sufrir represión ninguna por las pautas de vergüenza y de pudor.

2. La vida en la sociedad medieval se orientaba en la dirección opuesta. La rapiña, la lucha, la caza al hombre y a la bestia, pertenecían de modo inmediato a las necesidades vitales que, a menudo, se manifestaban en consonancia con la estructura de la propia sociedad. Para los poderosos y los fuertes se trataba de manifestaciones que podían contarse entre las alegrías de la vida.

«Os aseguro», se dice en un himno de guerra atribuido al trovador Vertrán de Born [95],«que no tengo ganas de comer, de beber o de dormir, mientras no oigo gritar: ¡A ellos! desde los dos lados y mientras no oigo relinchar a los caballos sin caballeros bajo los árboles, y mientras no oigo gritar: ¡Auxilio! ¡Auxilio!; mientras no veo caer a los fosos a los grandes y a los pequeños rodando sobre la hierba, y mientras no veo a los muertos atravesados por la madera de las lanzas adornadas con banderolas.»

Únicamente sienten la alegría de vivir, el deseo de comer, beber, y dormir, quienes se encuentran en mitad del fragor de las armas. Quienes ven a los muertos abiertos por las lanzas mortíferas; quienes escuchan relinchos de los caballos que han perdido a sus jinetes; los gritos de «¡Adelante! » y los gritos de auxilio de los vencidos. Incluso en su manifestación literaria, todo esto nos produce una fuerte impresión del salvajismo originario de los sentimientos.

Y en otro lugar, leemos en Bertrán de Born: «He aquí que vuelve la estación agradable, en que nuestros navios atacarán, en que vendrá el Rey Ricardo, gallardo y valiente como nunca. Ahora debemos derrochar el oro y

la plata; debemos partir a las catapultas recientemente construidas. Veremos cómo se abaten los muros, cómo se hunden y derrumban las torres; y veremos a los enemigos en prisión y encadenados. Me gusta la mezcolanza de escudos pintados de azul y de bermellón, las banderas y los gallardetes de colores variados, las tiendas, y los ricos pabellones extendidos sobre la paradera, las lanzas que se quiebran, los escudos que se agujerean, los yelmos brillantes que se hienden, los golpes que se dan y que se reciben».

Según lo explica una de las canciones de gesta, la guerra significa prevalecer sobre el enemigo, desmochar sus viñedos, arrancar sus árboles, arrasar su tierra, tomar al asalto sus pueblos, cegar sus fuentes, y apresar y matar a sus gentes...

Resulta especialmente agradable mutilar a los prisioneros: «A fe mía», dice el Rey en esta misma canción de gesta, «no me importa nada lo que decís, me río de vuestras amenazas porque me importan un comino. Deshonraré a todos los caballeros que aprese y les cortaré la nariz o las orejas. Y si se trata de sargentos o de mercaderes les cortaré un pie o un brazo»[96].

Esto no es algo que solamente se diga en las canciones. Los poemas encuentran su lugar de modo inmediato en la vida social. Y, desde luego, expresan los sentimientos de sus auditorios, para los que estaban escritas de un modo más directo que una gran parte de nuestra literatura. Es posible que en algunos casos se den exageraciones. Ya en la época caballeresca, cumplía el dinero su función apaciguadora y trasformadora de las emociones. Habitualmente se mutilaba solamente a los más pobres o a los inferiores por los cuales no se esperaba ninguna cantidad apreciable en concepto de rescate, y se eximía, en cambio, a los caballeros, por quienes sí se esperaba un rescate considerable. También las crónicas y los documentos reales que reflejan la vida social están llenos de testimonios similares.

Generalmente están escritos por clérigos, y las valoraciones que contienen suelen ser, en la mayoría de los casos, los puntos de vista de los más débiles y de los amenazados por la casta guerrera.

Pero, con todo, la imagen que nos trasmiten es absolutamente verdadera.

Así, por ejemplo, en uno de estos documentos, se dice de un caballero[97]; «Se pasa la vida dedicado al pillaje, a asaltar peregrinos, a oprimir a viudas y a huérfanos. Disfruta mutilando a los inocentes. En un sólo Monasterio, el de los Monjes Negros de Charlat, se encuentran 150 hombres y mujeres a los que o bien les ha cortado las manos, o bien les ha sacado los ojos. Y su esposa es tan cruel como él. Le ayuda en las ejecuciones y disfruta especialmente martirizando a las pobres mujeres; les hace arrancar los pechos o las uñas de forma que las incapacita para trabajar».

En fases posteriores de desarrollo social, estas maneras de dar rienda suelta a los sentimientos pueden parecemos manifestaciones excepcionales o degradaciones «enfermizas». No existía aquí ninguna fuerza social de carácter penalizador. La única amenaza, el único peligro que pudiera suscitar temor era el de verse vencido en la lucha por un contrincante más fuerte. Como señala Luchaire, el historiador de la sociedad francesa del siglo xiii, con excepción de una élite reducida, el robo, el expolio y el asesinato eran pautas normales de comportamiento de la sociedad guerrera de la época

y, desde luego, apenas hay base para afirmar que fuera de otra manera en otros países o en los siglos siguientes. Las manifestaciones de la crueldad no quedaban excluidas del trato social. No eran socialmente condenables. La alegría producida por la tortura y el asesinato de los otros era muy grande; era una alegría socialmente permitida. Hasta cierto punto la estructura social operaba en ese sentido y hacía que este tipo de comportamiento fuera necesario y razonable.

Por ejemplo, ¿qué se podía hacer con los prisioneros? En esta sociedad había poco dinero. Podía tratarse bien a los cautivos capaces de pagar un rescate y a los que eran del mismo estamento que los apresores. Pero ¿y los otros? Conservarlos equivalía a alimentarlos. Devolverlos significaba fortalecer el poder bélico y la riqueza del enemigo; puesto que las personas subordinadas, los trabajadores, los siervos y los soldados, eran una parte de la riqueza de la clase alta de la época, en consecuencia podía matárseles, devolverles mutilados de tal manera que fueran inútiles para el servicio militar y para el trabajo. La costumbre de arrasar los campos, cegar las fuentes y talar los árboles, obedecía al mismo criterio. En una sociedad predominantemente agraria en la que la propiedad inmueble constituía la parte esencial de la riqueza, estas actividades contribuían también a debilitar al enemigo. La mayor intensidad de la emotividad del comportamiento era necesaria socialmente hasta un cierto grado. Las personas se comportaban de acuerdo con las exigencias sociales, pareciéndoles ello suficientemente gratificador. Y una de las muestras más evidentes de la escasa regulación social y represión de la vida emotiva, era el hecho de que esta alegría producida por la destrucción solía transformarse en la commiseración más extrema debido a una identificación repentina con los torturados y, ciertamente, a causa de los sentimientos de temor y de culpabilidad que se producían en el curso de la vida sometida perpetuamente a las amenazas. Quien hoy vencía, podía verse mañana vencido, prisionero y en gran peligro. En medio de estos vaivenes continuos, de esta alternancia entre la caza de los hombres —es decir, las épocas de guerra— y la caza de los animales o los torneos era poco previsible la alegría que pudieran producir las «épocas de paz»; el futuro era siempre inseguro, incluso para aquellos que habían huido «del mundo»; lo único firme que había eran Dios y la lealtad de algunas personas que se mantenían unidas. El miedo reinaba por doquier; lo único que podía hacerse era aprovechar el modo presente. La alegría se transformaba de modo inmediato en miedo, como sucedía con el destino verdadero, y el miedo, a su vez solía disolverse de modo inmediato en la alegría.

La gran mayoría de la clase alta secular de la Edad Media se dedicaba al bandolerismo. De bandoleros eran sus gustos y sus costumbres. Los informes que nos han llegado de esa sociedad, ofrecen, en conjunto, una imagen similar a la que ofrecen los informes de las sociedades feudales de nuestra época, y también muestran unas pautas de comportamiento relativamente parecidas. Únicamente una reducida élite de la que todavía tendremos ocasión de hablar, consiguió destacar.

No es solamente que al guerrero de la Edad Media le gustara el combate; es que vivía de él; pasaba su juventud preparándose para la lucha y cuando

era maduro se le armaba caballero y pasaba tanto tiempo de su vida combatiendo, como se lo permitieran sus fuerzas hasta bien entrada la vejez. Su vida no tenía ninguna otra función; su vivienda era un puesto de guardia, una fortaleza, un arma de ataque y de defensa al mismo tiempo. Y, cuando por casualidad o por excepción, el caballero se veía obligado a vivir en paz, por lo menos necesitaba la ilusión de la guerra. Se batía entonces en torneos y estos torneos a menudo se diferenciaban muy poco de las luchas reales[98].

«Para la sociedad de antaño la guerra era el estado normal», dice Luchaire del siglo XIII:

Y Huizinga añade, con relación a los siglos xiv y xv[99]: «El carácter crónico que solía tener la guerra, los asaltos continuos a la ciudad y al campo realizados por la más peligrosa canalla, la amenaza perpetua de una jurisdicción dura e imprevisible... producían un sentimiento de inseguridad generalizada».

Todavía en el siglo xv, el caballero manifiesta su alegría por el combate aunque de un modo más reprimido y más moderado de lo que hacía antaño, en los siglos ix o xiii:

«La guerra es una cosa alegre..., en la guerra uno ama a los demás. Cuando uno ve que su partido lleva las de ganar y su gente combate bien, se le llenan a uno los ojos de lágrimas... »[100]. Quien esto dice es Jean de Bueil, que ha caído en desgracia ante el rey. Jean de Bueil dicta a su criado la historia de su vida en el año de 1465. Aquí ya no habla el caballero libre y autónomo, el reyezuelo en sus dominios; se trata de alguien que, incluso, se encuentra al servicio de otro: «La guerra es una cosa alegre. En la guerra ama uno a los demás. Cuando vemos que nuestra causa vence y que los nuestros combaten bien, se nos llenan los ojos de lágrimas. Una dulce alegría y emoción inundan el corazón al ver la valentía y la lealtad con que unos ayudan a los otros. Y cuando uno ve al amigo exponerse bravamente al peligro con el fin de cumplir y realizar el mandato de nuestro Creador, entonces formula uno el propósito de ayudarle y de morir o vivir con él y no abandonarle a causa de ningún amor. Es tal la alegre serenidad que nos invade que quien no la haya experimentado, no es ser humano capaz de describirla. ¿Creéis, acaso, que quien esto hace, teme a la muerte? ¡En absoluto! Quien esto hace se encuentra tan fortalecido, tan entusiasmado que ni siquiera sabe dónde está y, realmente no teme nada en el mundo.»

Ciertamente, se trata de una alegría guerrera, pero ya no es la alegría inmediata producida por la caza del hombre, por el ruido de las espadas, el piafar de los corceles, y el miedo de los enemigos (es hermoso escuchar los gritos de «¡Auxilio, auxilio!») o la muerte de éstos (es hermoso ver los cadáveres yacentes de los enemigos destripados)[101], sino que ahora se trata de la relación especialmente estrecha con el amigo, el entusiasmo de luchar por una causa justa y, además, se manifiesta con mayor intensidad que antes el hecho de que la alegría producida por la guerra es como una especie de éxtasis que ayuda a vencer el miedo.

Lo que aquí se expresa son sentimientos simples e intensos. La gente mata, se entrega por completo a la guerra, observa cómo el amigo lucha; lucha

a su lado; olvida dónde se encuentra; olvida a la misma muerte. Es algo hermoso, ¿qué más puede pedirse?

3.Existe toda una serie de testimonios que permiten sospechar que la actitud de la clase alta secular de la Edad Media con relación a la vida y a la muerte, no siempre coincidía en absoluto con la actitud dominante que se desprende de los libros de la clase alta espiritual y que generalmente, consideramos como «típica» de la Edad Media. Para la clase alta espiritual, al menos para sus portavoces, la vida está predeterminada en su configuración por la idea de la muerte y la vida de ultratumba.

Este no es el caso, en absoluto, para la clase alta secular. Aunque en la vida de cualquier caballero puedan encontrarse estados de ánimo y fases de este tipo, también podremos hallar de continuo testimonios que indican una actitud contraria. Es muy frecuente escuchar una advertencia que no es estrictamente coincidente con la idea convencional que hoy tenemos de la Edad Media: no dejes que la idea de la muerte determine tu vida. Ama las alegrías de la vida.

«Ninguna persona educada debe maldecir de la alegría; sino amar siempre a la alegría» [102]. Este es un mandato de cortesía de una novela de principios del siglo xiii. Con relación a una época relativamente posterior, leemos: «El joven debe de ser alegre y llevar una vida alegre. No está bien que el joven esté triste y pensativo» [103]. Sin duda se contraponen aquí los rasgos del hombre caballeresco que no tenía por qué ser «pensativo», y los del clérigo, quien mucho más a menudo, estaba «triste» y «pensativo».

Esta actitud vitalista en relación con la muerte, adquiere toda su intensidad y toda su fuerza en algunos versos de las reglas de Catón, que se transmitieron de generación en generación, durante toda la Edad Media. La inseguridad de la vida es uno de los motivos fundamentales que se repiten siempre en estos versos [104]:

Sint uns allen isi gegeben
ein harte ungewissez leben*.

se dice allí. Sin embargo, no se llega a la conclusión: piensa en la muerte y en lo que viene detrás de ella, sino que se dice:

Wildu vührten den tot,
su muostu leben mitnot**.

O bien en otro pasaje de especial claridad y belleza[105]:

Man weiz wol daz der tot geschilht,
man wiz ab siner zuokunt niht
er kumt geslichen als ein diep
und scheidet leide unde liep.
Doch habe du guote zuoversih
vürhte den tot ze sere niht.

*Como quiera que todos hemos de padecer/ una vida dura e insegura.
** Si temes a la muerte/vivirás desgraciadamente.

vürhtestu in ze sêre
du gewinnest vreude nie mêre*.

Nada se dice del más allá. Quien dedica todo su tiempo a pensar en la muerte, no consigue gozar de la vida. Por supuesto los caballeros se sentían como verdaderos cristianos, y su vida estaba determinada por las ideas y los rituales de la tradición cristiana; pero en correspondencia con su situación psíquica, el cristianismo, para ellos, se conciliaba parcialmente con una escala de valores muy distinta de la que profesaban los clérigos que sabían leer y escribir libros. La fe de los caballeros tenía un carácter y una tonalidad muy distintos a la de éstos; no les impedía disfrutar de las alegrías del mundo, y tampoco los impedía matar y saquear. Estas actividades se contaban entre sus funciones sociales, eran parte de su calidad estamental, de la que se sentían muy orgullosos. La primera necesidad vital del caballero era no temer a la muerte. El caballero tenía que luchar y esto era una ley absolutamente inevitable para el individuo, dada la estructura y las contradicciones de esta sociedad.

4. Sin embargo, esta disposición permanente al combate con las armas en la mano no constituía una necesidad vital en la sociedad medieval, solamente en los guerreros o en la clase alta caballeresca. También la vida de los burgueses en las Ciudades estaba determinada por una serie de contiendas mayores o menores aunque, en un grado muy distinto de lo que sería en las épocas posteriores. También en las ciudades se manifestaban la agresividad, el odio y la alegría por los sufrimientos ajenos, de un modo más libre que en las épocas siguientes.

Con el ascenso paulatino de un tercer estado, aumentaron las tensiones en la sociedad medieval. La burguesía no se sirvió solamente del arma del dinero para garantizar los ascensos sociales, sino que el robo, la lucha, el pillaje, las riñas entre familias tuvieron, en general, una importancia tan grande en la vida de la población urbana como en la de la casta guerrera.

Por no mencionar más que un ejemplo, tenemos el caso de Mathieu d'Escouchy. Se trata de un natural de la Picardía, uno de aquellos hombres tan numerosos en el siglo XV que escribieron una «crónica»[106]. Al leer esta «crónica» obtenemos la imagen de un honrado escritor que dedicó sus dotes intelectuales a realizar un trabajo histórico de carácter minucioso. Pero si acudimos a las fuentes en busca de alguna mayor información sobre su vida, obtendremos una imagen completamente distinta[107].

«Mathieu d'Escouchy comienza su carrera en la Magistratura como consejero, regidor, jurado y preboste, de la ciudad de Peronne entre 1440 y 1450. Desde el comienzo le encontramos inmerso en una especie de riña con la familia del procurador de aquella ciudad, Jean Froment; una riña que se materializa en una serie de litigios. Unas veces es el procurador quien demanda a d'Escouchy bajo la acusación de una falsificación de documentos

* Sabemos que la muerte vendrá/ pero no sabemos cuándo. Viene sigilosamente, como el ladrón,/ a separar el cuerpo del alma. Pero ten cuidado,/ no temas demasiado a la muerte;/ si la temes demasiado, nunca conocerás la alegría.

y asesinato o de exceso e intemperancia. Por su parte, el preboste, amenaza a la viuda de su enemigo con someterla a un proceso por brujería. La mujer consigue hacerse con un mandamiento judicial, en virtud del cual d'Escouchy tiene que poner su investigación en manos de la justicia. El asunto llega hasta el parlamento de París y d'Escouchy acaba por primera vez en la cárcel. Todavía hemos de encontrarle seis veces más en la cárcel como acusado y, una de ellas en prisiones militares. Se trata siempre de asuntos criminales graves y más de una vez le encontramos aherrojado. La pugna de acusaciones mutuas entre la familia Froment y d'Escouchy se interrumpe a causa de una refriega importante en la cual el hijo de Froment hiere a d'Eschouchy. Ambas partes contratan asesinos a sueldo. Y cuando llegamos a perder de vista este prolongado conflicto, surgen nuevos avatares. En otra ocasión, es un monje el que hiere al preboste. Nuevas acusaciones y, en 1461, se produce el traslado de d'Escouchy a Neslé bajo sospecha de nuevos delitos, a lo que parece. Todo esto sin embargo, no le impide hacer carrera; llega a ser preboste de Ribemont, procurador del rey en San Quintín e, incluso, es ennoblecido. Tras sufrir nuevas heridas, encarcelamientos y condenas nos lo encontramos en el servicio militar. Le apresa el enemigo y regresa mutilado de una campaña posterior. Entonces, contrae matrimonio; pero esto no significa para él el comienzo de una vida tranquila. Volvemos a encontrarle preso bajo la acusación de falsificación de sellos, y trasladado a París *comme larron et murdrier.* Aparece de nuevo en lucha con un magistrado en Compiégne; torturado hasta confesar su culpabilidad, no se le permite la apelación; condenado, rehabilitado, vuelto a condenar, hasta que perdemos toda huella de su existencia en los documentos historiográficos.»

En este un ejemplo entre otros muchos. Recordemos, por mencionar otro cualquiera, las conocidas miniaturas del libro de horas del Duque de Berry [108]. «Durante mucho tiempo se ha creído», dice el editor «y todavía hay una serie de gente que está convencida de ello, que las miniaturas del siglo XV son obra de graves monjes o piadosas monjas que trabajaban en la paz de sus conventos. Esto puede haber sido verdad en algunos casos; pero considerada en general, la realidad era completamente distinta; se trataba, más bien, de hombres del siglo, de maestros artesanos que realizaban tan bellas labores; y la vida de estos artistas seculares estaba muy lejos de ser edificante.» Entre estos artistas encontramos de continuo actos que, de acuerdo con las pautas actuales, se considerarían como delitos y resultarían socialmente «imposibles». Los pintores se acusan mutuamente de ser unos ladrones; entonces uno de ellos, con ayuda de su familia apuñala al otro en plena calle. Y como quiera que el Duque de Berry precisa de los servicios del asesino, tiene que solicitar para él una amnistía, una *«letlre de remission».* Otro rapta a una niña de ocho años con el fin de casarse con ella, naturalmente contra la voluntad de sus padres. Estas « *lettres de remission»* nos muestran todo tipo de «riñas sangrientas», que a menudo se alargan durante años y que, a veces, terminan en auténticas y brutales batallas, en lugares públicos o en el campo, afectando por igual a los caballeros, a los comerciantes, y a los artesanos. Como en cualquier otro país de

hoy con una estructura social similar, como Abisinia o Afganistán, por ejemplo, el noble tenía bandas armadas que le seguían por doquier y que estaban dispuestas a todo. El noble estaba acompañado a todas horas del día por servidores y gentes armadas preparados para entrar en combate en cualquier momento... Los *«roturiers»,* los burgueses, no pueden permitirse tales lujos, pero tienen «parientes y amigos», que, a menudo vienen en su ayuda en gran número, provistos con todo tipo de armas posibles y contundentes, que en vano se esfuerzan por prohibir las *coutumes* locales y las «ordenanzas» urbanas; por otro lado, cuando tienen algo de que vengarse estos mismos burgueses se convierten en gentes de «guerra», esto es: en personas en estado de combate [109].

Las autoridades ciudadanas trataban inútilmente de pacificar estas riñas familiares. Los regidores obligaban a comparecer a la gente, ofrecían la paz civil, dictaban órdenes y decretos. Durante una temporada todo volvía a la calma; entonces estallaba una nueva riña, o resucitaba una vieja; a veces eran dos socios que se enfrentaban por un asunto de negocios; el enfrentamiento se convertía en riña; la riña en pelea; un día coincidían en un lugar público y uno mataba al otro [110]. Un hotelero acusa a otro de robarle los clientes: su enemistad es a vida o muerte. Una persona habla mal de otra y el asunto llega a convertirse en una guerra entre familias.

Por lo demás las venganzas familiares, las riñas privadas, las *vendettas* no son asuntos particulares de los nobles, sino que las ciudades del siglo xv están también llenas de estas guerras entre familias y entre pandillas. Al igual que los nobles, los burgueses, la gente menuda, los gorreros, los sastres, los pastores, echan mano rápidamente al cuchillo[111].

«Sabemos que, en el siglo XV las costumbres eran violentas, que las pasiones se saciaban con brutalidad, a pesar del miedo al infierno, a pesar del freno que suponían las distinciones de clase y el sentimiento del honor caballeresco, a pesar de la afabilidad y de la alegría en las relaciones sociales.»

No es que los hombres anduvieran siempre con rostros sombríos, el ceño fruncido y el porte marcial, como símbolos externos de sus capacidades bélicas; por el contrario, las cosas solían comenzar en broma, de las bromas pasaban a las burlas, una palabra traía a la otra, y en un instante habían pasado de las bromas a la más feroz de las riñas. Mucho de lo que a nosotros nos parece una contradicción, la intensidad de sus sentimientos piadosos, de su miedo al infierno, sus sentimientos de culpabilidad y su expiación, las irrupciones inmensas de alegría y de placer, la explosión repentina y la fuerza irrefrenable de su odio y su agresividad, así como el salto repentino de un estado de ánimo a otro, son, en realidad, síntomas de una y la misma configuración de la vida emocional. Los impulsos, las emociones, se manifestaban de un modo más libre, más inmediato y más abierto que en las épocas posteriores. Únicamente nosotros que tenemos un sentido mayor de la contención, de la moderación y del cálculo y que hemos interiorizado en nuestra vida emotiva los tabúes sociales como si fueran autocoacciones, consideramos que pueda haber una contradicción entre la fuerza desnuda de esta piedad y la intensidad de la agresividad o de la crueldad.

La religión, la conciencia de la omnipotencia divina que premia o que castiga, nunca puede actuar, por si misma, como algo «civilizador» o capaz de contener las emociones. Por el contrario: cada religión alcanza el mismo grado de «civilización» que la propia sociedad en la que se da o que la clase social que la practica. Y como quiera que aquí nos encontramos con unas emociones que se manifiestan de una forma tal que, en nuestro mundo, solamente se pueden observar entre los niños, consideramos que estas manifestaciones y estas configuraciones son «infantiles».

El estudio de las fuentes historiográficas de esta época muestra siempre el mismo fenómeno: una vida caracterizada por un sistema emocional distinto del nuestro; una existencia de inseguridad y no basada exclusivamente en el cálculo del futuro. Aquel que en esta sociedad no era capaz de amar o de odiar con todas sus fuerzas, quien no conseguía participar en el juego de las pasiones, podía recluirse en un monasterio, porque en la vida secular estaba tan perdido como aquel que en la sociedad posterior y, especialmente en la corte, no conseguía dominar sus pasiones, ni ocultar o «civilizar» sus afectos.

5. Tanto en esta sociedad como en la otra es la estructura social la que exige y fomenta unas pautas determinadas y un dominio de las emociones: «Nosotros», dice Luchaire [112], «apenas podemos hacernos una idea de lo que era aquella sociedad, debido al carácter pacífico de nuestros usos y de nuestras costumbres así como a la protección generalizada que el Estado moderno garantiza a cada individuo tanto en su propiedad como en su persona.»

Antaño el país estaba dividido en provincias y los habitantes de cada provincia constituían, en cierto modo, una pequeña nación que despreciaba a todas las demás. Por su lado estas provincias estaban divididas, a su vez, en una serie de señoríos o de feudos, cuyos propietarios jamás cesaban de luchar los unos contra los otros. Tanto los grandes señores, los barones, como los pequeños castellanos, vivían en un aislamiento salvaje y se encontraban ininterrumpidamente impulsados a guerrear contra sus «soberanos», contra sus iguales o contra sus vasallos. Además se daba una rivalidad entre las ciudades, entre las aldeas, entre los valles, así como una guerra ininterrumpida entre los vecinos, guerra que parecía producirse de un modo natural en razón de la multiplicidad de estas unidades territoriales. Este cuadro nos permite ver de forma gráfica lo que ya hemos afirmado muy a menudo, con caracteres generales, esto es, la correspondencia que existe entre la estructura social y la estructura emotiva. En esta sociedad no hay ningún poder central que sea suficientemente fuerte para obligar a los seres humanos a contenerse. Y cuando, en una y otra zona, crece la fuerza de un poder central; cuando se obliga a los seres humanos a convivir en paz en un territorio más o menos amplio, entonces va cambiando de modo paulatino la configuración de las emociones y las pautas de los afectos. Entonces aumenta de modo paulatino la contención y la «consideración de unos individuos hacia los otros» en la vida cotidiana, en la vida social normal; en las páginas siguientes hablaremos sobre esto con más detenimiento. La descarga emotiva producida por el ataque corporal se limita a ciertos en-

claves temporales y especiales. Una vez que el monopolio de la violencia física se ha transferido a los poderes centrales, no todo el mundo puede procurarse el placer de la agresión corporal, sino solamente algunas instancias legitimadas por los poderes centrales, por ejemplo el policía en relación con el delincuente; o masas mayores, solamente en épocas de excepción de choques guerreros o revolucionarios, en una lucha socialmente legitimada contra los enemigos externos o internos.

Pero hasta estos enclaves temporales y espaciales en la sociedad civilizada, en los cuales se concede un mayor ámbito de juego a la agresividad, especialmente las guerras entre las naciones, se han convertido en algo impersonal, y ya no producen las descargas emotivas con la inmediatez y la intensidad de la fase medieval. La contención y la transformación de la agresividad propias en la vida cotidiana, en la vida civilizada son ya difíciles de ignorar hasta en esos enclaves excepcionales. En todo caso, esa agresividad se manifestaría de un modo más intenso de lo que podemos suponer, sino fuera porque el asalto cuerpo a cuerpo del soldado contra su enemigo odiado, se ha convertido en una lucha maquinizada que requiere una estricta regulación de las emociones. El hombre del mundo civilizado no puede dar rienda suelta a su sentimiento de placer ni siquiera en la guerra, instigado por la vista del enemigo, sino que, con independencia de su estado de ánimo, tiene que obedecer al mando de una dirección invisible o, sólo parcialmente visible, y luchar contra un enemigo que a menudo es invisible o parcialmente visible. Se precisa una gran turbulencia y miseria sociales y, sobre todo, una propaganda conscientemente dirigida, para despertar de nuevo entre las grandes masas y legitimar ante ellas las manifestaciones emotivas excluidas de la vida civilizada y socialmente condenadas, la alegría que produce la muerte y la destrucción.

6. En cualquier caso, estas emociones, en su forma refinada y racional, también tienen un lugar legítimo y específico en la vida cotidiana de la sociedad civilizada. Esta forma es absolutamente significativa en cuanto al tipo de transformación de la estructura emotiva que se da en la civilización. La combatividad y la agresividad, por ejemplo, encuentran una manifestación socialmente aceptada en la competencia deportiva. Y esto se evidencia, sobre todo, en el «espectáculo», por ejemplo, en la contemplación de los combates de boxeo y en la identificación ilusoria con unos pocos elegidos a quienes se les permite un ámbito moderado y estrictamente regulado para descargar tales emociones. Esta capacidad para experimentar emociones con la mera contemplación o, incluso con la mera audición, por ejemplo en el caso del informe de radio, es un rasgo especialmente característico de la sociedad civilizada; es determinante para la evolución del libro y del teatro y decisivo para la función que cubre el cine en nuestro mundo. Ya en la educación, en los preceptos de condicionamiento de los jóvenes, se acomete la transformación de lo que originariamente se da como una manifestación activa del placer agresivo en un placer pasivo acostumbrado a la contemplación, esto es, en un mero placer ocular.

En la edición de la *Civilité* de La Salle, del año de 1774, se dice, por ejemplo (p. 231): «A los niños les gusta tocar con la mano los vestidos y otras

cosas que les atraen; es necesario corregirles este exceso y enseñarles a no tocar más que con los ojos todo aquello que ven».

Desde entonces esto se ha convertido casi en un precepto de condicionamiento absolutamente evidente. Lo más característico del hombre civilizado es que, debido a una autocoacción sociogenética, se le prohibe tratar de agarrar de modo espontáneo lo que desea, lo que ama o lo que odia. A pesar de todas las diferencias individuales que se dan en el esquema de esta modelación en las distintas naciones de Occidente, lo cierto es que la configuración de los gestos está determinada de modo decisivo por esta prohibición.

En otro pasaje hemos mostrado cómo, en el proceso de la civilización, va restringiéndose el olfato como si fuera algo animal e igual sucede con la tendencia a olfatear las comidas u otras cosas. Se muestra aquí una de esas interacciones por la cual otro sentido, la visión, alcanza una significación absolutamente específica en la sociedad civilizada. El ojo se convierte en un trasmisor de placer similar o, incluso, superior al oído, precisamente porque las satisfacciones inmediatas de la necesidad del placer en la sociedad civilizada están restringidas por una gran cantidad de prohibiciones y de limitaciones.

Pero también dentro de esa transferencia de las manifestaciones impulsivas de la acción inmediata a la contemplación, se da una curva clara de moderación y de transformación humanizadora de los afectos. Por ejemplo el boxeo, en comparación con el placer ocular de épocas anteriores, no es más que la encarnación moderada de unas inclinaciones a la agresividad y a la crueldad, que ya se han transformado.

Un ejemplo tomado del siglo xvi puede ilustrar lo que estamos diciendo. Lo traemos aquí a colación porque muestra una manifestación de esa crueldad satisfecha con la contemplación, en la cual el placer producido por la tortura aparece de modo especialmente puro, esto es, sin ningún tipo de justificación racional o de justificación en nombre de la pena o del correctivo.

En el París del siglo xvi se acostumbraba a festejar el día de San Juan quemando una o dos docenas de gatos vivos. Esta fiesta era muy famosa. La muchedumbre se reunía; se tocaba una música festiva. Bajo una especie de armazón de madera se construía una hoguera y, del armazón se colgaba un saco o un capacho con los gatos; el saco o el capacho comenzaban a arder; los gatos caían en la hoguera y se abrasaban, mientras que la muchedumbre disfrutaba con sus gritos y sus maullidos. Habitualmente el rey y la corte presenciaban el espectáculo. A veces se concedía al rey o al delfín el honor de prender la hoguera. Sabemos que, en cierta ocasión, debido a un deseo especial del rey Carlos IX, se quemó también un zorro [113]

Por supuesto, en el fondo, esto no es un espectáculo peor que la quema de brujas, las torturas y las ejecuciones públicas del más diverso tipo. Como hemos dicho, solamente parece peor debido a que, en este caso, el placer producido por la tortura del ser vivo se manifiesta de un modo tan desnudo, sin tapujos, gratuito, esto es sin ningún tipo de justificación racional. La repugnancia que producen estas diversiones y que se despierta en nosotros al escuchar estos informes, y que pasa por algo «normal» en las pautas actuales de regulación emotiva, demuestra de nuevo la transformación his-

tórica de la emotividad. Esta repugnancia, sobre todo, nos permite ver especialmente clara una parte de la transformación: mucho de lo que antaño producía placer, produce hoy desagrado. Por supuesto, hoy como ayer, no se trata solamente de sentimientos individuales. La quema de gatos en la fiesta de San Juan era una institución social, al igual que el boxeo o las carreras de caballos en la sociedad actual. Y en este caso como en aquél, las diversiones que la sociedad se procura, son encarnaciones de una pauta emotiva social en cuyo marco se contienen las configuraciones emotivas individuales por muy distintas que sean. Quien se sale del marco de las pautas emotivas sociales, pasa por «anormal». Así, por ejemplo, pasaría por «anormal» hoy quien pretendiera satisfacer su placer del modo en que se hacía en el siglo XVI, esto es, quemando gatos; precisamente porque el condicionamiento normal de los hombres en nuestra fase de la civilización impide que pueda manifestarse el placer en una acción tal, debido al miedo que aparece producido por una autocoacción. Resulta claro que éste es el simple mecanismo psíquico en función del cual se produce la transformación histórica de la vida emotiva: las manifestaciones impulsivas y de placer socialmente indeseadas aparecen reprimidas y castigadas por medidas que producen desagrado. Es el eterno retorno del desagrado suscitado por la pena que conlleva cualquier amenaza, y en la costumbre que acaba produciendo esta relación, la dominante de castigo acaba siempre unida a aquel comportamiento que, en su origen, podía haber sido placentero. El desagrado y el miedo suscitados socialmente (hoy día representados por los padres, aunque no siempre haya sido así y hoy no estén solamente representados por éstos) luchan con un sentimiento de placer proscrito. La conexión con este mecanismo es lo que puede haber puesto en marcha lo que aquí hemos venido llamando el avance en los límites del pudor, de los escrúpulos, y la transformación de las pautas sociales.

Nos queda ahora por considerar con más detalle cuál fue la transformación de estructura social que desencadenó estos mecanismos psíquicos; cuál fue el cambio, qué coacciones externas pusieron en marcha esta «civilización» de las manifestaciones afectivas y del comportamiento.

XI. OJEADA A LA VIDA DE UN CABALLERO

En el fondo, la cuestión de por qué se transforma el comportamiento y la emotividad de los seres humanos, es la misma de por qué cambian las formas vitales de los hombres. En la sociedad medieval ciertas formas vitales tenían el carácter de modelo y los individuos estaban obligados a vivir entre tales formas, por ejemplo, como caballeros, como artesanos gremiales o como siervos; en la sociedad moderna los individuos ya tenían otras posibilidades y otras formas vitales a las que podían adaptarse. Y, por ejemplo, si pertenecían a la nobleza podían llevar la vida de un cortesano; lo que ya no podían hacer —aunque muchos estarían deseándolo— era llevar la vida

libre del caballero. A partir de cierta época, esta función, esta forma vital, ya no estaba disponible en el contexto de la vida social. Otras funciones, como por ejemplo, la del artesano manual o la del sacerdote, que, en la fase medieval tenía una importancia extraordinaria, perdieron más o menos prestigio en el contexto general de las relaciones sociales. ¿Por qué se cambian en el curso de la Historia las funciones y las formas vitales en las que tiene que integrarse el individuo, al igual que en un habitáculo modelado de un modo más o menos firme? Como se ha dicho, en el fondo ésta es la misma cuestión que la de averiguar las razones por las que cambian tanto la vida emotiva como la modelación de los afectos y todo aquello que depende de éstas.

Hemos hablado suficientemente de las pautas emotivas de las clases altas medievales. Con el fin de completar lo que ya se ha dicho y, al mismo tiempo, para que sirva de transición hacia la cuestión de las pautas de estos cambios, vamos a hacer una consideración breve sobre el modo en que vivían los caballeros, esto es, sobre el espacio vital que la sociedad abría a los que habían nacido nobles y sobre el modo en que los integraba. Inmediatamente después de lo que se ha dado en llamar la «decadencia» de la caballería, la imagen del caballero empezó a tomar contornos ficticios. Según cuáles hayan sido las valoraciones y los anhelos dominantes en la época del observador, éste quiere trasmitir una imagen contradictoria del espacio vital de esta clase, ya sea porque solamente se veía al «noble caballero» en los guerreros medievales y, en consecuencia, únicamente se consideraba la grandeza, la belleza, las aventuras y el carácter patético de estas vidas, ya sea porque sólo se veía el aspecto del «señor feudal» en el guerrero medieval y, en consecuencia, únicamente se conservaba la imagen del verdugo del campesino, con todo el salvajismo, la crueldad, y la barbarie de esta vida. Algunos lujos, o dicho con mayor exactitud, algunas descripciones pueden ayudarnos a revivificar esta imagen. Además de los escritos aislados, la herencia dejada por los escritores y por los pintores de la época permite percibir la peculiaridad de la atmósfera o, dicho con otras palabras, permite observar la modelación emotiva y la diferencia con la sensibilidad propia, aunque muy pocas de las obras legadas realmente reflejan la vida de los caballeros. Uno de los escasos libros ilustrados de este tipo, aunque pertenece a una época relativamente tardía, la que va de 1475 a 1480, es el que contiene la serie de dibujos que se conocen con el nombre, no muy adecuado, de *Libro del hogar medieval.* El nombre del maestro que lo compuso es desconocido, pero tiene que haberse tratado de un hombre que estaba muy familiarizado con la vida caballeresca de su tiempo, y que, a diferencia de muchos de sus contemporáneos artesanos, veía el mundo con los ojos del caballero y, en gran medida, se identificaba con sus valores sociales. En este sentido, encontramos una indicación bastante importante en el hecho de que entre todos los artesanos dibujados en una hoja, solamente el de su propio gremio está vestido con traje cortesano, al igual que la doncella que está tras de él, que le pone el brazo sobre el hombro, y a la que declara abiertamente sus sentimientos. Seguramente se trata de un autorretrato [114].

Como ya se ha dicho, los dibujos proceden de la última época de la caballería, de la época de Carlos «el Calvo» y de Maximiliano, de la de la decadencia de la caballería. Incluso, cabe pensar que en algunos de los dibujos aparecen estos dos a juzgar por las armas dibujadas en los escudos. «No hay ninguna duda», se ha dicho [115],«de que estamos ante Carlos «el Calvo» o ante algún caballero borgoñón de su época.» Hasta es posible que, en algunos de los dibujos de torneos, se hayan representado las peripecias del combate de Neuse (1475) con ocasión del desposorio entre Maximiliano y la hija de Carlos «el Calvo», María de Borgoña. En todo caso los hombres que vemos aquí, son ya hombres de una época de transición en la que, poco a poco, va apareciendo una aristocracia cortesana en lugar de la caballeresca. Y mucho de lo que se muestra en estas imágenes, recuerda la esencia del cortesano. En conjunto, sin embargo, nos permiten hacernos una buena idea del ámbito vital, específicamente caballeresco, de las costumbres y del ambiente diario de los caballeros. Y también nos hacemos una idea de cómo éstos se veían a sí mismos.

Y ¿qué es lo que observamos?

Casi siempre, el campo abierto, casi nunca un paisaje urbano. Pequeñas aldeas, sembrados, árboles, prados, colinas, riachuelos, y a menudo, el castillo. Pero en estas imágenes no aparece nada de aquel ánimo nostálgico, de aquella posición «sentimental» con relación a la «naturaleza» que, poco después sería frecuente encontrar cuando la parte más destacada de la nobleza, hubo de ir renunciando paulatinamente a su vida libre y a sus posesiones de origen en el campo, por vincularse cada vez más fuertemente a una corte semiurbana, en dependencia de los reyes o de los príncipes. Esta es una de las diferencias más esenciales en el aspecto sentimental que permiten percibir estas imágenes. En la época posterior se intensifica considerablemente la conciencia de la representación artística, y ésta se convierte en un medio específico de expresar de un modo inmediato el gusto o, dicho con mayor exactitud, la configuración emotiva del artista. La «naturaleza», el campo abierto que, en principio, casi siempre sirvió como escenario para los seres humanos, recibe una especie de resplandor nostálgico en la representación, cuando avanza la urbanización o el acortesanamiento de la clase superior y la separación entre la vida urbana y la vida campesina se hace más sensible; o bien adquiere un carácter solemne, representativo, como el de los seres humanos a los que rodea. En todo caso, se transforma el sentido de la selección, distinguiéndose en la naturaleza aquello que corresponde a un sentimiento de agrado y lo que se concibe como algo desagradable o molesto; y lo mismo cabe decir de los seres humanos representados. Cuando el público es absolutista-cortesano, el arte ya no representa muchas cosas que se encuentran en el campo, en la «naturaleza». Se pinta la colina, pero ya no el patíbulo montado en la cima, y mucho menos, al ajusticiado que pende de él. Se pinta el sembrado, pero ya no a los campesinos harapientos que tiran cansadamente de sus caballos. Al igual que lo «ordinario» y lo «vulgar» desaparecen del lenguaje cortesano, también desaparece de los cuadros y de los dibujos que están destinados a la clase alta cortesana.

En los dibujos del *Libro del hogar,* que nos da una idea de la situación

sentimental de la clase alta de la última Edad Media, todo esto es diferente. En este libro se ve todo lo que se ve en la vida, patíbulos, criados harapientos, campesinos que trabajan agotadoramente y no al modo en que se haría en una época posterior, en el sentido de una protesta; sino como algo perfectamente natural, algo que se ve cotidianamente como un nido de cigüeñas, o como una torre de una iglesia. Lo uno es tan poco penoso en la vida como lo otro, y en consecuencia, tampoco es penosa su representación. Por el contrario, a lo largo de toda la Edad Media, pertenece a la esencia del rico y del noble el hecho de que por doquier se hallen mendigos y tullidos que piden limosnas, campesinos y artesanos que trabajan para él; ello no comporta ninguna amenaza; el rico y el noble no tienen por qué identificarse con ellos en absoluto; el espectáculo no suscita en ellos sentimiento ninguno de desagrado. Y a menudo la rusticidad de los campesinos sirve para hacer chistes.

Y así son estas imágenes. En primer lugar aparece una serie de dibujos que representan a los seres humanos bajo una determinada constelación. No se agrupan directamente en torno al caballero, pero queda bastante claro qué es lo que ve éste a su alrededor, y cómo lo ve. Viene después una serie de hojas que muestran, de una manera inmediata, en qué pasaba el tiempo un caballero, cuáles eran sus ocupaciones y sus diversiones. En comparación con una época posterior, todas estas imágenes muestran la misma pauta de desagrado y la misma actitud social.

Por ejemplo, al comienzo vemos gente que ha nacido bajo el signo de Saturno. En primer término, hay un pobre tipejo ocupado en destripar un caballo caído, o, quizá en cortarle la carne que todavía puede utilizarse. Al inclinarse se le han resbalado los calzones y tiene las nalgas al aire en las que olisquea una cerda. Una frágil anciana, medio harapienta, pasa de largo cojeando, apoyada en una muleta. En una covacha al borde del camino, se encuentra un desgraciado con las manos y los pies en el cepo, y a su lado, una mujer tiene una mano en el cepo y la otra en grillos. Un mozo de labranza abre un pozo junto a un regato que se pierde entre árboles y colinas. A lo lejos vemos al campesino con su hijo pequeño, arando trabajosamente en un campo de cultivo montañoso. Todavía más lejos, vemos cómo llevan al cadalso a un hombre en andrajos acompañado por otro armado y orgulloso de su pluma en el gorro; al otro lado le acompaña un monje sosteniendo una gran cruz, y por detrás cabalga el caballero con dos de sus gentes. En lo alto de la colina se encuentra el cadalso, con un ahorcado, y una rueda con un cadáver. En torno vemos unos buitres volando y uno picotea ya el cadáver.

El cadalso no tiene una relevancia especial en el conjunto de la imagen. Por el contrario, es algo que pertenece a la escena cotidiana, al igual que el arroyo o el árbol; por lo cual también lo vemos, incluso cuando el caballero va de caza. La buena sociedad pasa de largo con el señor y la señora cabalgando a veces en el mismo caballo. La pieza de caza se oculta en un bosquecillo. Un ciervo parece herido. Al fondo puede verse una pequeña aldea o quizá una granja con fuentes, la rueda del molino, un molino de viento, y un par de edificios; puede verse también a los campesinos arando la

tierra; uno de ellos mira al animal porque parece que va a atravesar corriendo por su campo. En una de las dos alturas que se dibujan en el horizonte, se ve el Castillo; en la otra, más pequeña, se ve la rueda y el patíbulo con un ahorcado y las aves volando alrededor.

El patíbulo, símbolo del señorío jurisdisccional del caballero, pertenece a la normalidad de la vida. Puede que no sea nada especialmente importante pero, en todo caso, tampoco es nada especialmente desagradable. La condena, la ejecución, la muerte, todo está mucho más presente en esta vida; aún no se ha relegado a la parte no visible de la vida social.

Y lo mismo cabe decir de los pobres y de los trabajadores. «¿Quién habría de cultivar los campos si todos fuerais señores?», dice en el siglo xiii Berthold von Regensburg [116] en una de sus homilías. A veces, incluso, el mismo predicador llega a ser más claro: Quiero explicaros a vosotros, cristianos, cómo ha ordenado el Todopoderoso la Santa Cristiandad en diez especies de personas, *«unde welicher leie dienste die nidern den obern schuldic und untertaenic sint. Die ersten drier daz sint die hoehsten unde die hersten, die der almehtige got selbe dar zuo erwelt unde geordnet hat, daz. in die andern siben alle untertaenic wesen sul und dienen suln»** [117]. El mismo sentimiento vital se encuentra todavía en estas imágenes del siglo XV. El hecho de que los guerreros lleven una vida de ocio y que se diviertan mientras los demás trabajan para ellos no es nada penoso, sino que corresponde al orden natural y evidente del mundo. Falta la identificación entre los hombres. Ni siquiera se da en el horizonte de esta vida la idea de que todos los hombres son «iguales». Pero, quizá precisamente por ello, el espectáculo del hombre trabajador no tiene nada de vergonzoso o de desagradable.

En las propiedades de los señores podemos ver las diversiones de éstos: una doncella noble corona con flores a un amigo, mientras éste la atrae hacia sí. Otra pareja va de paseo estrechamente abrazada. La vieja sirvienta pone mala cara ante los juegos amorosos de los jóvenes. Al lado trabajan los siervos. Uno barre el patio, otro almohaza al caballo, un tercero da la comida a los patos, pero la doncella le hace un guiño desde la ventana; él se vuelve hacia ella y pronto desaparecerá dentro de la casa. De un lado damas nobles que juegan; de otro juegos de campesinos. Sobre el tejado castañetea la cigüeña.

Después, vemos un pequeño jardín en el lago. Sobre el puente se encuentra el noble con su mujer. Ambos se inclinan sobre la barandilla para mirar cómo los siervos cogen peces y patos del agua. Tres muchachas van en barca. Juncos, matorrales, y en la lejanía los muros de una pequeña ciudad.

En otro lugar vemos a los obreros construir una casa al pie de una colina boscosa. El castellano y su mujer los observan. Se han excavado unas galerías en la colina para conseguir piedra, y podemos ver a los obreros picando la piedra mientras otros la acarrean. Más adelante hay otros que se afanan en la construcción ya medio terminada. En un primer plano riñen

* Y cuáles son los trabajos que los de abajo están obligados a prestar a los de arriba. Los tres primeros son los más altos entre todos, a quienes el Dios Todopoderoso mismo ha puesto en ese lugar preeminente para que los otros siete sean sus vasallos y le sirvan.

unos obreros; y están a punto de acuchillarse y de matarse. El castellano no se encuentra lejos de ellos; señala a su mujer el espectáculo de los que riñen. La tranquilidad absoluta del señor y de la señora, muestran el contraste más intenso con los gestos excitados de los obreros que pelean. El populacho se acuchilla. El señor nada tiene que yer con ello, puesto que vive en una esfera completamente distinta.

Lo que subraya las diferencias con las pautas afectivas de hoy día, no son los acontecimientos en sí, que, en parte, siguen siendo hoy los mismos, sino el hecho de su representación, así como la forma de representarlos. Las clases altas de épocas posteriores no tolerarían imágenes parecidas. Tales representaciones no se corresponderían con sus pautas afectivas. No se considerarían «bellas»; no se consideraría que tuvieran algo que ver con el «arte». En todo caso, los holandeses que pintan clases medias y muy poco cortesanas, por ejemplo Brueghel, continúan manifestando, en una época posterior, una pauta de escrúpulos que les permiten incluir en sus cuadros tullidos, campesinos, cadalsos o personas haciendo sus necesidades. Pero en este caso, tales imágenes corresponden a unos sentimientos sociales muy distintos de los que caracterizan a la clase alta de la Edad Media tardía.

Por supuesto, también encontramos representadas en estas imágenes las otras clases trabajadoras, incluso cabe decir que pertenecen al escenario inevitable de la vida caballeresca. El señor vive entre ellas; y no le extraña nada ver al criado trabajar a su lado, como tampoco le extraña que se divierta a su manera. Por el contrario, resulta un elemento integral de su conciencia de sí mismo el hecho de ver moverse en torno suyo a otras personas, y que él no es como ellas, puesto que es su señor. Este sentimiento se manifiesta de continuo en todos los dibujos. Apenas hay uno sólo en el que no se contrapongan las ocupaciones y los gestos corteses, con los más vulgares de la clase baja. Cabalgar, cazar, amar o bailar, todo lo que el señor hace es noble y cortés; lo que hacen el siervo y el campesino es grosero y tosco. Los sentimientos de escrúpulos de la clase alta medieval, todavía no exigen que toda la vulgaridad desaparezca de la parte visible de la vida, y por consiguiente, también de los cuadros. Sus sentimientos quedan satisfechos sólo con saberse distintos de los demás. El espectáculo de los contrastes aumenta la alegría de vivir y debe recordarse que de una forma algo dulcificada, encontramos esta alegría, producida por los contrastes, también en las obras de Shakespeare. Por doquiera que observemos la herencia dejada por la clase alta medieval, encontraremos manifiesta esta misma actitud. Cuanto más avanza la interdependencia y la división del trabajo en la sociedad, tanto más dependen las clases altas de las otras clases de hecho y, en consecuencia, tanto más aumenta la fuerza social de estas clases, al menos potencialmente. Incluso donde la clase alta es, ante todo, una clase de guerreros que mantiene en la sujeción a las otras clases por medio de la espada y el monopolio de las armas, tampoco desaparece por entero la idea de la dependencia frente a estas otras clases sociales. Pero se trata de una dependencia muy poco intensa; y poco intensa es, en consecuencia, la presión que las clases inferiores pueden hacer sobre las superiores, como todavía tendremos ocasión de ver. A tenor de todo ello, el sentimiento seño-

rial de la clase alta, el menosprecio de las otras clases es mucho más descarado que en las épocas posteriores, como también es mucho menor la presión para conseguir la moderación y la represión de la vida impulsiva.

En pocos lugares aparece de un modo tan evidente esta conciencia señorial, así como este desprecio seguro y patriarcal de los otros, como en los dibujos que estamos comentando. Esto no sólo se manifiesta en el gesto con el que el noble muestra a su mujer los trabajadores que están peleándose o a unos obreros que se tapan la nariz para no respirar los fétidos olores que se elevan de una especie de fundición; tampoco se manifiesta solamente en el modo en que el señor contempla la pesca realizada por los siervos, o en la representación repetida del patíbulo con los ahorcados, sino que se manifiesta, ante todo, en la forma natural y simple con que el artista suele representar los gestos nobles de los caballeros, al lado de la brutalidad del pueblo.

Consideremos un torneo. Los músicos tocan sus instrumentos. Los bufones se divierten. Los espectadores nobles conversan entre sí, montados a caballo, a menudo señor y señora sobre la misma cabalgadura. Los campesinos, los ciudadanos, el médico —al que puede reconocerse por su atavío— observan. En el medio esperan los dos caballeros relativamente impotentes dentro de sus pesadas armaduras. Algunos amigos les dan consejos. Precisamente uno de ellos está recibiendo en este momento la lanza. Suena la trompa del heraldo. Los dos caballeros se acometen mutuamente con las lanzas prestas. En un segundo plano, y a diferencia de la ocupación cortés de los señores, podemos observar la vulgar del pueblo. Una carrera de caballos con todo tipo de disparates. Un hombre se aferra a la cola de una de las monturas cuyo jinete está furioso. Los otros azotan a dos caballos y corren de un lado para otro, de un modo grotesco.

Veamos ahora un campamento militar. Los carros de los cañones forman una barrera en cuyo interior se encuentran las lujosas tiendas de campaña con sus armas y banderas, entre ellas el estandarte imperial. En el centro de todo, rodeado por sus caballeros, vemos al rey o, incluso, al propio emperador. Un mensajero a caballo acaba de traerle una noticia. Pero a la puerta del campamento podemos ver a las pordioseras con sus hijos, retorciéndose las manos mientras que un caballero con su armadura acaba de traer, precisamente, a un prisionero encadenado. Más lejos vemos al campesino trabajando su tierra. Más allá de los muros del campamento, encontramos huesos esparcidos, osamentas de animales, un caballo reventado, y una corneja y un perro salvaje que se alimentan de él. Al lado de una de las carretas, un criado en cuclillas hace sus necesidades.

En otro lugar, bajo el signo de Marte, vemos cómo los caballeros asaltan la aldea. En primer plano uno de los siervos acuchilla a un campesino yacente; a la derecha, en una capilla, muere otro hombre por la espada, mientras le roban sus pertenencias. En el tejado, las cigüeñas no se inmutan. Un poco más allá otro campesino trata de escapar saltando la cerca, pero uno de los caballeros, jinete sobre un caballo, le retiene sujetándole por un cabo de la camisa. Una campesina grita y se retuerce las manos. Un campesino encadenado, de aspecto miserable y desamparado, recibe un golpe so-

bre la cabeza de uno de los caballeros. Más allá, gentes armadas prenden fuego a una casa, mientras uno de ellos arrea el ganado y golpea a una campesina que pretende impedirlo. Un poco más arriba, en la torrecilla de la iglesia del lugar, se apretujan los campesinos mientras miran por la ventana, con rostros atemorizados. En la lejanía, sobre una pequeña colina, se encuentra un monasterio fortificado; tras sus elevados muros puede verse el tejado de la iglesia con una cruz. Todavía más arriba, sobre otra pequeña colina, se ve un castillo u otra parte del monasterio. Esta es, pues, la imagen que sugiere al artista el dios de la guerra. El cuadro es extraordinariamente vivo. Al igual que con la serie de las otras hojas, se tiene la impresión inmediata de encontrarnos ante algo que se ha vivido verdaderamente. Esta impresión se debe al hecho de que estas imágenes no son «sentimentales» puesto que todavía no reflejan esa fuerte represión que, de ahora en adelante será típica exclusivamente de la representación artística de la clase alta, cuyas imágenes ideales estéticas suponían, al mismo tiempo, la represión de todo aquello que contradecía las nuevas pautas de escrúpulos sociales. En este ejemplo nuestro, se cuenta simplemente cómo veía y sentía el caballero el mundo. El tamiz a que después se somete al sentimiento, la selección de las emociones, que permite integrar en la representación lo que es alegre, y reprime lo que es desagradable, vergonzoso, o penoso, consigue que no se noten muchos factores que posteriormente, solamente se incorporarán cuando se trate de formular una protesta consciente o insconsciente contra la censura emotiva de la clase alta, adquiriendo, en este caso, un acento y un contenido nuevos. El campesino no es aquí digno de compasión ni representante de la virtud. Tampoco es representante del vicio más odioso. No es más que un ser miserable y algo ridículo, precisamente como le ve el caballero. El mundo gira en torno al caballero. Los perros hambrientos, los caballos putrefactos, las mujeres pordioseras, los siervos haciendo sus necesidades contra las paredes, las aldeas asaltadas, los campesinos robados y asesinados, todo ello pertenece al paisaje de estos espíritus, al igual que los torneos y la caza. Dios ha hecho así al mundo: los unos son señores, los otros siervos. No hay nada lamentable en este estado de cosas.

La misma diferencia en cuanto a la pauta emotiva se da en los aspectos amatorios entre esta sociedad caballeresca tardía, y la nueva sociedad absolutista-cortesana. Vemos a los seres humanos bajo el signo de Venus. De nuevo se nos ofrece un panorama de campo abierto; hay pequeñas colinas, los meandros de un río, algunos matorrales y un bosquecillo. En primer plano pasean dos o tres parejas de jóvenes nobles, siempre un joven con una doncella. Describen un círculo a los sones de una música festiva y elegante, todos ellos calzados con unos zapatos puntiagudos de moda. Sus movimientos son comedidos y sosegados; uno de ellos lleva una gran pluma sobre el sombrero; los otros llevan coronas de flores sobre el cabello. Quizá estemos observando una especie de danza lenta. Tras ellos hay tres muchachos que interpretan la música; un aparador con frutas y bebidas sobre el que se apoya un joven servidor.

En el lado contrario observamos un pequeño jardín cerrado por un muro y una puerta. Al lado, algunos árboles configuran una especie de cena-

dor en el cual se encuentra una bañera oval en la que está sumergido un joven desnudo que trata de agarrar a una joven desnuda que precisamente está metiéndose en el baño. Al igual que vimos más arriba una vieja sirvienta, que trae bebidas y frutas, pone mala cara al observar el juego amoroso de los dos jóvenes. Y si en el primer plano se divierten los señores, en un segúndo lo hacen los siervos. Uno de ellos se abalanza sobre una muchacha que ya le está esperando en el suelo con las faldas levantadas. Simplemente mira a su alrededor para cerciorarse de que no hay nadie en las inmediaciones. En otro lugar dos muchachos del pueblo bailan con gestos groseros, similares a los de una danza morisca, mientras un tercero interpreta la música.

También podemos ver igualmente, en un paisaje abierto, una casita de baño hecha de piedra ante la que hay un pequeño jardín con un muro también de piedra. La mirada del espectador pasa por encima de estas construcciones hasta un camino semidibujado entre la maleza; una serie de árboles conduce a la lejanía. En el jardín hay unas cuantas parejas jóvenes sentadas o paseando. Una de ellas contempla la nueva fuente; otras conversan; uno de los jóvenes tiene un halcón en la mano; perros, un monito, y muchas macetas.

Puede observarse el interior de la casita de baño a través de una gran ojiva. Dos jóvenes y una muchacha están desnudos en el agua, y conversan entre sí. Una segunda muchacha, ya desvestida, está abriendo la puerta para ir a hacerles compañía en el agua. En el gran arco de la ojiva de la casa de baño, se sienta un chico que toca una melodía con la guitarra. El agua sale del grifo que se encuentra debajo del arco de la ojiva. Delante de la casita hay un pequeño cubo que contiene bebidas. En una mesa lateral, hay frutas y copas, y a su lado, un joven noble con una corona sobre el cabello que apoya elegantemente la cabeza sobre la mano. Más arriba, desde el segundo piso de la casita de baño, la criada y el criado contemplan cómo se divierten los señores.

Como puede verse, por tanto, también se representan aquí las relaciones eróticas entre el hombre y la mujer de un modo mucho más abierto de lo que será común en una fase posterior, en la cual, estas relaciones se dan por descontadas pero solamente se permite atisbarlas tanto en el trato social de los hombres como en las representaciones artísticas. La desnudez todavía no despierta tales sentimientos de vergüenza que el artista se vea obligado a recurrir al artificio de la vestimenta de los griegos y de los romanos para representarla sin incurrir en las coacciones internas y externas de la sociedad.

Pero el cuerpo desnudo todavía no se representa aquí como se hará ocasionalmente, en una época posterior, en «dibujos privados», que pasan de mano en mano secretamente. Estas escenas de amor, no tienen nada de «obsceno». El amor se representa aquí, como cualquier otra cosa en la vida de los caballeros, como los torneos, la caza, las expediciones guerreras o el pillaje. Las escenas no están acentuadas; en la representación no descubrimos nada de esa intensidad, de esa tendencia a la excitación o a la sustitución de los deseos frustrados en la vida normal, que son características de

todo lo «obsceno». Esta representación no procede de un alma reprimida; no descubre nada «secreto» por medio del quebrantamiento de algún tabú. Se trata de una escena perfectamente natural; en ella el maestro muestra lo que él mismo ha vivido, o ha visto con harta frecuencia. A causa de esta naturalidad, de esta simplicidad, con las que se tratan las relaciones sexuales, en comparación con nuestras pautas de pudor y de escrúpulos, conocemos este comportamiento con el nombre de *«naif»* En el caso de este *Libro del Hogar,* encontramos, incluso, algunas bromas relativamente fuertes hasta para nuestra sensibilidad; al igual que sucede con otros maestros de esta época, por ejemplo, el maestro E.S., que, a su vez, parece haberlas copiado del popular maestro «De la Banderola» [118]. La admisión de estos motivos por parte de los copistas popularizadores, que posiblemente hasta eran monjes, muestra hasta qué punto habían cambiado las pautas sociales del sentimiento del pudor. Estas cuestiones se representaban de un modo tan natural, como cualesquiera peculiaridades de la vestimenta. Se trata de una broma bastante grosera, si se quiere, pero, en el caso de los campesinos sometidos a pillaje y a persecución, se deja colgando un cabo de la camisa, por el cual el caballero agarra a uno para que no huya, o el caso de la vieja sirvienta, que observa el juego amoroso de los dos jóvenes, y se la pinta con una mueca, como si fuera una burla por el hecho de que ya es demasiado anciana para tales entretenimientos.

Todo esto son indicativos del espíritu de una sociedad en la que las personas cedían de un modo mucho más fácil, rápido, espontáneo y abierto a los impulsos y a los sentimientos que en las épocas posteriores; una sociedad en la que los sentimientos actuaban de una forma más libre y, por lo tanto también, de una forma más anárquica y más intensa, con oscilaciones muy extremas. Dentro de esta pauta de la regulación emotiva característica para toda la sociedad secular de la Edad Media, tanto para los campesinos como para los caballeros, por supuesto se daban diferencias considerables. Si bien los hombres de esta época conocían una serie de restricciones emotivas, eran restricciones orientadas en otra dirección, que no tenían la misma intensidad que en la época posterior y que, además, no tenían la forma de una autocoacción continua, regular, y casi automática. La forma de la integración y de la dependencia en las cuales convivían estos seres humanos, no les obligaban a reprimir sus funciones corporales o a frenar su agresividad de la misma manera que fue necesario en épocas posteriores. Esto operaba como una norma general; pero entre los campesinos, sin embargo, el campo de actividad de la agresividad era mucho más limitado que entre los caballeros; esto es, limitado a sus iguales. Por el contrario, entre los caballeros la manifestación de este impulso agresivo estaba mucho menos limitada cuando se manifestaba fuera de su propia clase; puesto que en la lucha con sus iguales, este impulso aparecía regulado a través del código caballeresco. En tales circunstancias, el campesino estaba sometido a una renuncia de carácter sociogenético derivada del hecho simple de que, generalmente, no tenía bastante para comer. Y esta es, ciertamente, una restricción impulsiva de la mayor intensidad que suele manifestarse en el conjunto del comportamiento del ser humano. Pero nadie se preocu-

paba de los campesinos y su situación apenas hacía necesario, por otro lado, que se sometieran a ciertas represiones cuando se sonaban la nariz, escupían, o tomaban los alimentos en la mesa. En ese sentido, precisamente las coacciones en la clase caballeresca eran mucho más intensas. Así, por lo tanto, a pesar de que en comparación con la evolución emotiva de las épocas posteriores, las pautas de represión impulsiva de la Edad Media aparecen como una unidad, dentro de ella se dan diferencias considerables que todavía están por estudiar, en función de la distinta posición dentro de la sociedad secular, por no hablar de la espiritual. Tales diferencias son las que se aprecian ya en estas imágenes cuando se comparan los movimientos moderados y, a veces, refinados, de los nobles, con los gestos exagerados y groseros de los siervos y de los campesinos.

Las manifestaciones de los hombres medievales son, en conjunto, más espontáneas y más libres que las de los hombres de las épocas posteriores. Pero de ningún modo son libres y carentes de regulación social en un sentido absoluto. No existe el punto cero desde la perspectiva de la regulación social. El ser humano sin restricciones es un fantasma. Influyen mucho el tipo, la intensidad y la forma de las renuncias y de las coacciones, así como de las dependencias; y con ellas cambian las tensiones y los equilibrios de las manifestaciones afectivas, así como el grado y la forma de satisfacción de las mismas que buscan los individuos.

Considerados en su conjunto, todos estos dibujos nos ofrecen una cierta impresión de qué tipo de satisfacción buscaba y encontraba el caballero. Es posible que éste viviera ahora más a menudo en la corte que antes. Pero el escenario de su vida sigue estando compuesto fundamentalmente, y del modo más natural del mundo, por el castillo y el señorío, las colinas, el arroyo, el sembrado y las aldeas, los árboles y el bosque. En este ambiente se encuentra el caballero en su casa, porque aquí él es el señor. En lo esencial, divide su tiempo entre las expediciones guerreras, el torneo, la caza y los juegos amorosos.

Pero esto empieza a cambiar en el siglo xv, y lo hace de un modo ya decisivo en el siglo xvi. En las cortes urbanas principescas, comienza a constituirse una nueva aristocracia compuesta, parcialmente, de elementos de la antigua nobleza y, parcialmente, de gentes de nueva extracción; una nueva aristocracia que tiene, también, un nuevo espacio vital, funciones nuevas y, en consecuencia, una modelación distinta de la vida afectiva.

Los hombres de la época perciben esta diferencia y la hacen manifiesta. En 1562, un hombre llamado Jean du Peyrat, traduce al francés el libro de buenos modales de Della Casa. El título que le da es *Galatée ou la maniere et fasson comme le gentilhomme se doit gouverner en toute compagnie.* En el propio título se manifiesta ya la coacción más intensa a la que ahora se ve obligado a someterse el noble. Pero Peyrat todavía subraya más en su introducción la diferencia que hay entre las exigencias que la vida imponía al caballero antes, y las que ahora impone la vida cortesana al noble:

«La verdadera virtud y perfección del gentilhombre, Señor, no consiste en espolear bien un caballo, en manejar la lanza, en mantenerse correctamente sobre la silla de montar, en valerse de todas las armas, en compor-

tarse con modestia entre las señoras o en saber hacer la corte; porque todo esto no es más que uno de los ejercicios que debe realizar el gentilhombre; todavía hay otros: el servicio de la mesa ante los reyes y los príncipes, el modo de adecuar su lenguaje de acuerdo con sus interlocutores según alcurnia y calidad, la manera de mirar, los gestos y hasta el menor signo o guiño del ojo que sepa hacer.»

Lo que aquí aparece como el ámbito de la virtud y de la realización del noble en el pasado es, precisamente, lo que vemos en los dibujos del *Libro del Hogar,* las obras de la guerra y del amor. Frente a éstas se contraponen ahora las realizaciones posteriores y, al mismo tiempo, el nuevo ámbito vital del noble en el servicio principesco.

Ahora se exige del noble que se someta a una coacción nueva, unas normas también nuevas y más estrictas, así como una modelación del comportamiento que la vida caballeresca no consideraba necesaria ni posible. Son las consecuencias de la nueva y más intensa dependencia en la que ahora ha incurrido el noble, quien ya no es el hombre relativamente libre, el señor en su castillo, cuyo castillo era su hogar. El noble vive ahora en la corte, sirve a los príncipes, incluso les pone la mesa. Y en la corte tiene que convivir con muchas otras personas. En la convivencia ha de orientar su comportamiento según el grado y la posición social de cada uno. Tiene que aprender a adecuar sus gestos de forma exacta al distinto rango y posición de las personas en la corte; a medir su lenguaje e, incluso, a controlar su mirada. Se trata de una autodisciplina nueva, de una represión incomparablemente más intensa, a la que se someten las personas debido al nuevo ámbito vital y a la nueva forma de integración.

Esta actitud cuya forma ideal se expresa por medio del concepto *«courtoisie»,* va transformándose lentamente en otra que se manifiesta con el concepto también nuevo de *«civilité».*

La traducción del *Galateo* realizada por Jean du Peyrat, representa también esta época de transición, incluso desde un punto de vista lingüístico. Hasta los años de 1530 ó 1535, el concepto de *courtoisie* era el predominante en Francia. Hacia fines de siglo, en cambio, va ganando carácter hegemónico el concepto de *civilité,* sin que el otro pierda importancia. En esta traducción, en torno al año de 1562, ambos conceptos aparecen utilizados sin que ninguno tenga, aparentemente, un carácter hegemónico.

En su dedicatoria, dice Peyrat: «Dedico este libro sobre la institución del joven cortesano y gentilhombre a aquél que es como parangón y espejo de los otros, en punto de cortesía, civilidad, buenos modales y costumbres loables».

El hombre a quien se dirigen estas palabras es, precisamente, aquel Enrique de Borbón, príncipe de Navarra que constituye la transición entre el hombre caballeresco y el hombre cortesano del modo más visible; aquel Enrique que se convierte en realizador inmediato de ese cambio en Francia con el nombre de Enrique IV; monarca que, con frecuencia se ve obligado a forzar o, incluso a matar a las personas que no comprenden la transición y que se resisten a la necesidad de convertirse de señores y caballeros libres que eran, en servidores dependientes del rey[119].



Las transformaciones de la sociedad

CAPITULO TERCERO

Sociogénesis de la civilización Occidental



I. Ojeada sobre la sociedad cortesana

1. El elemento determinante de toda la Edad Media, son las luchas entre la nobleza, la Iglesia y los príncipes por su respectiva participación en el poder y en la renta de la tierra. A lo largo de los siglos XII y XIII, aparece un grupo nuevo partícipe en esta relación de fuerzas: los habitantes privilegiados de las ciudades, la «burguesía».

La imagen que ofrecen estas luchas continuas y las relaciones de fuerza entre los combatientes son distintas según los diversos países. El resultado de las luchas, es casi siempre el mismo en función de sus planteamientos: en todos los grandes países del continente, y también en Inglaterra en cierto momento el Rey o sus representantes acaban concentrando en sus manos un poder frente al que no pueden resistir los demás estamentos. Disminuye la autarquía de los diversos sectores sociales, la participación en el poder de los estamentos y acaba imponiéndose, por un tiempo mayor o menor, el poder dictatorial o «absoluto» de uno solo en la cúspide; en Francia, Inglaterra y los países de los Habsburgos, es el poder del Rey; en las zonas alemanas e italianas es el poder de los señores territoriales.

2. Disponemos de una gran cantidad de documentos acerca de cómo los reyes franceses fueron incrementando su poder desde Felipe Augusto hasta Francisco I y Enrique IV, acerca también de cómo el elector de Brandemburgo, Federico Guillermo, fue reduciendo a los estamentos del país al igual que lo hicieron los Médicis en Florencia con los patricios y con el Consejo Ciudadano o los Tudor, en Inglaterra, con la nobleza y el Parlamento. En todos los casos lo que vemos son los resultados de las acciones de individuos aislados y los que se nos presenta son sus debilidades y dotes personales. No hay duda de que este método es fructífero y es imprescindible considerar la historia bajo esta dimensión, como un mosaico de acciones singulares de individuos aislados.

Pero desde luego, nuestro interés es algo distinto a la mera aparición casual de una serie de grandes reyes y de las victorias accidentales de señores territoriales o de reyes concretos sobre los estamentos aislados que se dieron en la misma época. No carece de justificación el hecho de que hablemos de una época de absolutismo. Lo que se expresa con esta transformación de la forma de dominación política es un cambio estructural de la totalidad de la sociedad occidental. No es solamente que los reyes aislados consiguieran un poder mayor, sino que, evidentemente, la institución social de la Monarquía o del Principado adquirió un peso nuevo y mayor poderío con la transformación paulatina de la totalidad de la sociedad; peso y poderío que ponían oportunidades nuevas en manos de los titulares del poder o de sus representantes y servidores.

En primer lugar cabe preguntar cómo consiguió el poder este o aquel

individuo, y cómo lo aumentaron o lo perdieron él o sus herederos «absolutistas».

En segundo lugar cabe preguntar qué transformaciones propiciaron que la institución medieval del Rey o de los príncipes adquiriera un carácter nuevo y un aumento de poderío a lo largo de estos siglos a los que llamamos de «absolutismo» o de «poder ilimitado»; también cabe preguntar por la estructura social y la evolución de las relaciones humanas que hicieron posible que el absolutismo pudiera mantenerse bajo esta forma durante más o menos tiempo.

Estos dos planteamientos utilizan en su trabajo aproximadamente el mismo material histórico; pero solamente el segundo afecta a aquel ámbito de la realidad histórica en el que tiene lugar el proceso civilizatorio.

No es una mera coincidencia temporal, el hecho de que en los siglos en los que se configura de manera absolutista la función del rey y de los príncipes, también se hace más intensa aquella forma de comportamiento emocional y de moderación de la que hablábamos en páginas anteriores, aquella «civilización» del comportamiento. En la serie de textos recogida en el capítulo anterior, que constituye un testimonio de esta modificación del comportamiento, se manifiesta de forma palpable la estrecha relación que existe entre tal transformación y el establecimiento de un orden social jerárquico cuya culminación es el señor absoluto, y en un sentido más amplio, su corte.

3. La Corte, en cuanto lugar de residencia del señor, fue ganando un prestigio nuevo y una nueva importancia en aquel movimiento que se extendió paulatinamente por toda Europa para acabar estabilizándose antes o después según los países, y al que llamamos «Renacimiento».

En los flujos y reflujos de esta época, las cortes acaban convirtiéndose en los centros reales de determinación del estilo de vida en Occidente. En la fase anterior, las cortes hubieron de supeditarse a otros centros en la realización de estas funciones o bien tuvieron que compartirlas con la Iglesia, con las ciudades, con las cortes provinciales de los grandes vasallos y de los caballeros según fueran las relaciones sociales de fuerza. A partir de esta época, por lo menos en Alemania y en especial en su zona protestante las cortes solamente comparten su poder central y sus funciones con la Universidad, con los centros de formación de los funcionarios cortesanos; mientras que en los países de tradición romana, y quizá en todos los de tradición católica (lo cual está por demostrar) la importancia de las cortes reales y de la sociedad cortesana como instancia de control social y órgano de moderación del comportamiento humano, supera a la de la Universidad y a la de las otras formaciones sociales de la época. El primitivo renacimiento florentino, al que dan su carácter hombres como Masaccio, Ghiberti, Brunelleschi y Donatello, es ya un estilo cortesano. Mucho más claramente lo es el estilo italiano del alto Renacimiento, y desde luego el Barroco, el Rococó, los estilos Luis XV y Luis XVI, y por último, decididamente, la transición de Luis XVI al estilo «imperio» caracterizado ya por rasgos burgues-industriales.

En estos casos, en la Corte va cristalizando poco a poco una forma de

sociedad, un modo de integración de los seres humanos, para los que no existen designación específica e inequívoca en alemán, evidentemente porque en Alemania jamás consiguió alcanzar una importancia decisiva esta forma de organización, como no fuera en la última etapa y en la época de transición de Weimar. El concepto alemán de «la buena sociedad» o, más simplemente, de la «sociedad» en el sentido de *monde,* al igual que la figura social a la que se refiere, carece de perfiles nítidos como los que tienen las designaciones francesa e inglesa. Los franceses hablan de la *société polie.* Y el concepto francés de *bonne compagnie,* y el de las *gens de la cour,* así como el inglés de *Society* apuntan en la misma dirección.

4. La sociedad cortesana que marca la pauta, se constituyó primeramente, como sabemos, en Francia. París exportó durante más o menos tiempo a todas las otras cortes europeas unas mismas costumbres y modales, el mismo gusto y el mismo lenguaje. Esta difusión no solamente tuvo lugar por que Francia era el país más poderoso de la época, sino que fue posible bajo esta forma, debido a que, en el curso de una transformación general de las sociedades europeas, aparecieron por doquier formaciones sociales similares, el mismo tipo social y relaciones humanas análogas. La aristocracia absolutista cortesana de los países, copió del país más rico, más poderoso y más centralizado de la época aquello que respondía a sus propias necesidades sociales: unas costumbres refinadas y un lenguaje que las diferenciaba, que las dintinguía de las clases no aristocráticas. Estas clases veían que en Francia se habían desarrollado al máximo unas formas de comportamiento que correspondían con sus propios ideales en razón de su situación social similar. Personas que sabían aparentar y que dominaban el arte de marcar las diferencias frente a los de arriba y frente a los de abajo por medio de matices, de las formas de trato y del modo de saludar, así como de la elección de las expresiones lingüísticas; seres humanos de *distinción* y «civilizados». Al recibir la etiqueta francesa y el ceremonial parisino, los diversos señores se proveían de los instrumentos necesarios para expresar su dignidad, hacer visible la jerarquía de la sociedad a todos los demás, y especial mente, para hacer bien ostentible su situación de pertenencia a la nobleza cortesana.

5. Tampoco aquí es suficiente con observar y describir los fenómenos aislados en los diversos países. Por el contrario, obtendremos una imagen nueva y posibilitaremos una nueva comprensión si consideramos a las múltiples cortes aisladas de Occidente con sus costumbres relativamente unitarias, como vasos comunicantes, componente del conjunto de la sociedad europea. Lo que comienza a tomar forma a partir del final de la Edad Media, no es una sociedad cortesana aquí y otra sociedad cortesana allí, sino que es una aristocracia cortesana que abarca a todo el Occidente, cuyo centro está en París y cuyas dependencias se encuentran en todas las demás cortes que, a su vez, tienen vastagos en los otros círculos que aspiran a pertenecer al «mundo», a la «sociedad», sobre todo en los sectores superiores de la burguesía, y también en amplias capas de la clase media.

Los pertenecientes a esta sociedad tan escalonada hablan en toda Europa la misma lengua, primeramente italiano y después francés, leen los mis-

mos libros, tienen el mismo gusto, los mismos modales y —con diferencias de grado— también el mismo estilo de vida. Todos ellos han tomado como modelo, durante más o menos tiempo, el centro parisino, con independencia de las diferencias políticas que les separan e, incluso, de las guerras que les enfrentan. La comunicación social de corte a corte, esto es, dentro de la sociedad cortesano-aristocrática, llega a ser, durante mucho tiempo, más frecuente que la comunicación y los contactos entre la sociedad cortesana y las otras clases del mismo país, lo cual es evidente en el hecho de que hablan el mismo lenguaje. Más tarde, a partir de mediados del siglo xviii, en unos países antes y en otros depués, van espaciándose paulatinamente los contactos entre las sociedades cortesano-aristocráticas de las distintas naciones e, incluso, desapareciendo por completo, en un proceso que coincide con el ascenso continuado de las clases medias, con la transferencia constante del punto de gravedad social y político de las cortes a las diversas sociedades burguesas nacionales. El idioma francés, cede el terreno, no sin una furiosa resistencia, a las lenguas burguesas y nacionales, incluso en el seno de la clase alta. También las sociedades cortesanas van diferenciándose progresivamente a la manera de las sociedades burguesas debido a que, a causa de la Revolución Francesa, la sociedad aristocrática termina perdiendo definitivamente su centro de referencia.

La forma nacional de integración acaba ganando la primacía sobre la estamental.

6. Si se pretenden estudiar las diversas tradiciones sociales, de las que proceden los rasgos generales comunes, la unidad profunda de las diversas tradiciones nacionales de Occidente, no basta con recordar a la Iglesia cristiana y a la común herencia romano-latina, sino que hay que tener en cuenta también la imagen de estas grandes formaciones sociales prenacionales que van surgiendo a la sombra de la diferenciación nacional occidental, merced al ascenso de las clases bajas y medias que hablan la lengua vernácula. Aquí es donde se establecen los modelos de la transición pacífica, que hacen más o menos imperativa para todas las clases sociales la transformación de la sociedad europea a partir de fines de la Edad Media; aquí es donde se «dulcifican», «pulen» y «civilizan» las costumbres groseras y rudas y los hábitos irreprimidos de la sociedad medieval y de su clase guerrera alta, que son la consecuencia necesaria de un vida permanentemente amenazada e insegura. La presión de la vida cortesana, la competencia por conseguir el favor del príncipe o de los «grandes» y, en general, la necesidad de diferenciarse de los demás y de luchar por mayores oportunidades con medios relativamente pacíficos por medio de las intrigas y de la diplomacia, impusieron una contención de las emociones, una autodisciplina o *self-control,* una racionalidad cortesana peculiar que hacían que el cortesano de la época representara la quintaesencia del hombre racional a los ojos de la burguesía opositora del siglo XVIII.

Aquí, en esta sociedad prenacional, cortesano-aristocrática, es donde se acuñó, o por lo menos, comenzó a configurarse una parte de aquellos mandatos y prohibiciones que todavía son identificables como algo común a todo el Occidente, a pesar de las diversidades nacionales, y que concede a to-

dos los pueblos occidentales un rasgo inconfundible a pesar de las diferencias: el rasgo de una civilización específica.

En las páginas anteriores de esta obra nos hemos servido del análisis del material empírico para demostrar que, con la constitución paulatina de esta sociedad absolutista y cortesana, se da una transformación de la organización de los impulsos y del comportamiento de la clase alta, en el sentido de la «civilización». También hemos podido ver cómo este carácter más estricto y esta regulación de la vida afectiva, se correspondía con una dependencia social más intensa y con una independencia creciente de la nobleza con relación al gobierno central, reyes o príncipes.

¿Cómo se produjeron esta regulación y dependencia más intensas? ¿Por qué una clase alta de guerreros o caballeros relativamente independientes dio lugar a un clase alta más o menos pacificada de cortesanos? ¿Por qué se fue restringiendo paulatinamente el derecho de codeterminación de las formaciones estamentales en el curso de la Edad Media, y en el comienzo de la Edad Moderna, y por qué se fue imponiendo en todos los países de Europa, antes o después, el poder dictatorial, «absoluto» de un solo gobernante en la cúspide, y con él, la coacción de la etiqueta cortesana, la pacificación de zonas más o menos amplias dominadas por un solo centro territorial? De hecho, la génesis social del absolutismo tiene una posición clave en el conjunto del proceso civilizatorio: es imposible entender la civilización del comportamiento y el cambio correspondiente de la conciencia y de la organización de los impulsos de los seres humanos sin estudiar el proceso de la constitución del Estado y la centralización progresiva de la sociedad, que alcanzan por primera vez su manifestación más completa en la forma absolutista de gobierno.

II. BREVE REPASO DE LA GÉNESIS SOCIAL DEL ABSOLUTISMO

1. Para comenzar podemos describir en breves palabras algunos de los mecanismos más importantes que fueron dando cada vez mayores oportunidades a los gobiernos centrales de territorios al final de la Edad Media. Estos mecanismos son más o menos los mismos en todos los grandes países de Occidente y aparecen de modo especialmente claro e inequívoco en el desarrollo de la monarquía francesa.

El aumento paulatino del sector monetario de la economía a costa del de la economía natural en ciertas zonas durante la Edad Media, tuvo consecuencias muy distintas para el conjunto de la nobleza guerrera de un lado y para el rey o los príncipes de estas zonas por el otro. Cuanto más dinero había en circulación, más rápidamente subían los precios. Todas las clases sociales cuya renta no aumentaba de modo proporcional, esto es, todas las personas que contaban con un ingreso fijo, resultaban perjudicados, en especial los señores feudales que percibían rentas fijas de sus posesiones territoriales.

Veíanse favorecidas en cambio aquellas funciones sociales cuyos ingresos aumentaban en correspondencia con las nuevas oportunidades de be-

neficio. En esta situación se encontraban ciertos grupos de la burguesía y, sobre todo el Rey, el gobierno central, puesto que a través del sistema fiscal éste participaba en el aumento de la riqueza. Podía detraer una parte para sí de todos los beneficios que se obtenían en su territorio con lo que sus ingresos aumentaban extraordinariamente, a medida que lo hacía la circulación monetaria.

2. Proporcionalmente a las oportunidades financieras de que disponía el poder central, crecieron también los militares. Quien disponía de los impuestos de todo un país, estaba en situación de alquilar más guerreros que cualquier otro. Al propio tiempo era relativamente independiente de los servicios de guerra a los que estaba obligado el vasallo medieval en razón del enfeudamiento del suelo.

Es éste un proceso que, como todos los otros, se inicia tempranamente y conduce poco a poco a la creación de instituciones sólidas. Ya cuando Guillermo el Conquistador pone pie en Inglaterra, su ejército se compone en parte de vasallos y, en parte, de caballeros a sueldo. Desde este momento hasta la constitución de ejércitos permanentes por parte de los poderes centrales, habían de pasar siglos. El presupuesto de esos ejércitos era una productividad creciente de los impuestos y, también, un exceso de oferta de fuerza de trabajo; precisamente esta desproporción entre el número de trabajadores y la cantidad y productividad de los *jobs* en una sociedad determinada es lo que hoy conocemos con el nombre de «paro». Las zonas que tenían sobrantes de este tipo, por ejemplo Suiza y parte de Alemania, suministraban mercenarios a quienes podían pagarlos. Posteriormente, la táctica publicitaria de Federico el Grande, seguirá mostrando lo que tiene que hacer un príncipe cuando en sus territorios hay menos hombres disponibles de los que necesita para sus fines militares. En cualquier caso, la superioridad militar, que corría paralela con la financiera, constituye el segundo presupuesto decisivo por el cual el poder central de un territorio adquirió el carácter de «ilimitado».

A su vez, el cambio en la técnica guerrera fue consecuencia de este proceso y contribuyó a acelerarlo. Gracias al lento desarrollo de las armas de fuego, la masa de plebeyos que luchaba a pie acabó imponiéndose sobre el número reducido de nobles que luchaba a caballo. Esto tuvo asimismo una influencia favorable para el poder central.

Por ejemplo, el rey, que en la Francia de los primeros Capetos no era mucho más que un barón, un señor rural entre otros iguales y, a veces, más débil que los otros, aumentó sus ingresos y, con ellos, su superioridad militar sobre todas las otras fuerzas del país. Por lo demás, el hecho de que una u otra casa nobiliaria se hiciera con la corona real y, consiguientemente con estas nuevas oportunidades, dependía de una serie de factores entre los cuales, sin duda, se contaban las cualidades personales de los individuos y, también, la fortuna. El crecimiento de las posibilidades financieras y militares a disposición de la función real, era independiente de la voluntad o de las características de los individuos. Tal crecimiento se correspondía con una regularidad estricta que se encuentra por doquier cuando se observan los procesos sociales.

Asimismo el aumento de posibilidades del poder central, constituía también el presupuesto de la pacificación desde un centro de un determinado territorio más o menos extenso.

3. Las dos líneas de desarrollo que evolucionaron en un sentido favorable a un poder central fuerte, tuvieron, a su vez, un resultado desfavorable para el antiguo estamento guerrero medieval. Estos guerreros carecían de relaciones directas con el sector pujante de la economía monetaria. Apenas si podían beneficiarse de las nuevas posibilidades de beneficio que se ofrecían. Para ellos la realidad era la devaluación de la moneda y el incremento continuo de los precios.

Se ha calculado que una propiedad con un valor de 22.000 francos hacia el año de. 1200, valía 16.000 francos el año de 1300, 7.500 en el de 1400 y 6.500 francos en el de 1500. En el siglo xvi, se aceleró todavía más este proceso; el valor de aquella propiedad descendió hasta los 2.500 francos. Y lo que se observa en este siglo en Francia es tónica general en toda Europa [1].

Este movimiento, que se inició muy tempranamente en la Edad Media, experimentó una aceleración extraordinaria en el siglo XVI. Desde la época del reinado de Francisco I hasta el año de 1610, la libra francesa se devaluó aproximadamente en una relación de 100 a 19,67. La importancia de esta curva de desarrollo para el cambio de la sociedad era mucho mayor de lo que puede decirse en pocas palabras. Mientras que por un lado aumentaba la circulación monetaria, se desarrollaba la actividad comercial, y se incrementaban los ingresos de las clases burguesas y del poder central, disminuían los del conjunto de la nobleza restante. Una parte de los caballeros se vio condenada a una vida de miseria; otra se dedicó a conseguir por el robo y por la violencia, lo que ya no obtenía por vía pacífica; otra pudo mantenerse a flote, en la medida de lo posible, mediante la venta paulatina de sus bienes y, finalmente una gran parte de la nobleza, obligada por las circunstancias, incitada por las nuevas oportunidades, se puso al servicio de los reyes o de los príncipes, que podían pagar. Tales eran las posibilidades que se ofrecían a una clase de guerreros medievales que no estaba directamente interesada en la expansión de la circulación monetaria y del comercio.

4. Ya hemos explicado el modo en que el desarrollo de la técnica bélica actuó en su desfavor: la infantería, el despreciable pueblo a pie, resultó ser más importante en el combate que la caballería. De este modo no solamente se puso fin a la superioridad guerrera del estamento de guerreros medievales, sino también al monopolio de las armas que tenían. Así pues, la situación en la cual los nobles y los aristócratas eran los únicos guerreros o, ex presado a la inversa, en que todos los guerreros eran nobleza y aristócratas, comenzó a transformarse en aquella otra situación en la cual los aristócratas, en el mejor de los casos, eran oficiales de una tropa plebeya a la que había que pagar. El monopolio sobre las armas y el poder militar se escapó de las manos de todo el estamento nobiliario para ir a concentrarse en las de uno solo de sus miembros, del príncipe o del Rey que, apoyándose en los ingresos fiscales de la totalidad del territorio, podía permitirse pagar a la mayor cantidad de tropas en tal territorio. De este modo la gran mayo-

ría de la nobleza, guerreros o caballeros libres, pasó a convertirse en guerreros pagados u oficiales al servicio del poder central.

Estas son algunas de las líneas estructurales más importantes de este cambio.

5. Aún hay que añadir otras. Al crecer el sector de la economía monetaria en la sociedad, la nobleza perdió poder mientras que fue ganándolo la clase burguesa. Pero, en general, ninguno de los dos estamentos resultó ser suficientemente fuerte para mantener la supremacía sobre el otro durante mucho tiempo. Las tensiones eran continuas y, de vez en cuando, estallaban en luchas. En los casos concretos, los frentes eran cambiantes y muy complicados. A veces había alianzas ocasionales entre sectores concretos de la nobleza y sectores concretos de la burguesía. También se daban formas de transición e incluso de fusión de algunos grupos parciales de los dos estamentos. Pero, cualquiera que fuera el resultado, el ascenso, el poderío y el carácter absoluto de la institución del poder central dependió siempre del hecho de que se mantuviera aquella tensión entre la nobleza y la burguesía. Entre los presupuestos estructurales del Rey o del Príncipe absoluto se contaba la necesidad de que ninguno de los dos estamentos y ningún grupo dentro de dichos estamentos consiguiera la supremacía. Los representantes del poder central absoluto tenían la tarea de vigilar de continuo para que se mantuviera este equilibrio inestable entre los estamentos y las clases en el territorio. Siempre que se alteraba este equilibrio, siempre que un grupo o clase se fortalecía en exceso o se establecía una alianza, aunque fuera temporal, entre los grupos aristocráticos y las élites burguesas, surgía una amenaza grave para el carácter absoluto del poder central o, como en el caso de Inglaterra, se producía su derrota. Por esta razón, cuando observamos a una serie de reyes absolutos, podemos ver a uno proteger y fomentar a la burguesía porque la nobleza le parece demasiado fuerte y, por lo tanto, peligrosa; otro, en cambio, se inclina más hacia la nobleza, porque ésta le parece demasiado débil o la burguesía demasiado fuerte e insubordinada sin que, desde luego, olvide el otro platillo de la balanza. Tanto si eran conscientes de ello como si no lo eran, los monarcas absolutos tenían que actuar en un contexto social que no habían creado. Su existencia social dependía del mantenimiento y del funcionamiento de dicho contexto. Estos monarcas estaban sometidos a las leyes sociales «bajo las cuales existían». Tales leyes sociales, así como la estructura social correspondiente, modificadas en repetidas ocasiones, acabaron imponiéndose en casi todos los países de Occidente. Pero sus dimensiones concretas se hacen comprensibles cuando estudiamos el proceso de su constitución sobre la base de un ejemplo. El que podemos tomar aquí es el de aquel país occidental en el que este proceso se ha dado con mayor claridad a partir de cierto momento: el desarrollo de Francia.

III. LA MECÁNICA DE DESARROLLO DE LA SOCIEDAD EN LA EDAD MEDIA

PARTE PRIMERA

Mecanismos de la feudalización

1. *INTRODUCCIÓN*

1. Si se compara la fortaleza respectiva del poder central en Francia, Inglaterra y el Imperio alemán hacia mediados del siglo xvii, resulta que el Rey de Francia es especialmente poderoso en comparación con el de Inglaterra y, desde luego, con el Emperador alemán. Pero esta relación de fuerzas es consecuencia de un largo proceso.

A fines de la época carolingia y comienzos de la de los Capetos, la relación es casi la inversa. Entonces el poder central del Emperador alemán era fuerte en comparación con el de los reyes franceses; en Inglaterra aún estaba por producirse la unificación y reordenación decisiva que trajeron los normandos.

A partir de esta época va desmoronándose de modo continuo el poder central en el Imperio alemán, aunque el proceso tiene altibajos.

En Inglaterra, a partir de la época normanda, alternan períodos de un fuerte poderío real con otros de hegemonía estamental o parlamentaria.

En Francia, en cambio, a partir del siglo XII va aumentando paulatinamente el poder real, aunque este proceso también tiene altibajos. Hay una línea ininterrumpida que lleva desde los Capetos hasta los Borbones pasando por los Valois.

No hay razón alguna que obligue a creer que tales diferencias hayan de ser fatales. Poco a poco van interrelacionándose las distintas regiones de estos países hasta constituir unidades nacionales. En un principio, en tanto sigue siendo muy débil la integración y la interdependencia de aquellas zonas que, posteriormente, habrían de ser «Francia», «Alemania», «Italia» e «Inglaterra», su composición, su peso específico como organización social son todavía de poca importancia en el conjunto de las fuerzas históricas. Igualmente en esta época, las grandes curvas de desarrollo en la historia de estas naciones se encuentran muy determinadas por la felicidad o infelicidad de los individuos, por las capacidades personales, por las simpatías y antipatías o por las «casualidades»; mucho más condicionadas de lo que estarán después cuando «Inglaterra», «Alemania», o «Francia», como entramados sociales de una estructura completamente determinada, hayan conseguido un peso propio y sigan unas leyes también propias. En un principio, las líneas históricas están condicionadas fuertemente por factores a los que no cabe atribuir necesidad alguna, considerados desde el punto de vista de la totalidad posterior [2]. Posteriormente, con la imbricación creciente de territorios más amplios y de mayores masas humanas, van perfilándose pau-

latinamente ciertas leyes que ponen límites u ofrecen oportunidades, según los casos, a la arbitrariedad, a las inclinaciones o a los intereses de los poderosos e, incluso, de los grupos. Es entonces cuando las leyes del desarrollo eliminan toda casualidad de estas unidades sociales o, por lo menos, les imponen su sello.

2. No hay nada que justifique la creencia previa en la existencia de una fatalidad por la cual precisamente el ducado de Francia, *la Isle de France,* había de convertirse en el punto de cristalización de una Nación. Desde un punto de vista cultural y político, los territorios de Francia meridional estaban más unidos con los de España del norte y con las zonas limítrofes italianas que con los de París. Siempre fue muy considerable la diferencia entre las zonas más fuertemente celtorrománicas del «provenzal», de la lengua d'oc, y la de los países de la lengua d'oil, esto es de las zonas con una influencia franca más fuerte, especialmente los territorios al norte del Loire, entre ellos Poitou, Berry, Bourgogne, Saintonge y el Franco Condado[3].

De igual modo, las fronteras establecidas por el Tratado de Verdún (843) y, posteriormente por el Tratado de Meerssen (870) para el Imperio Franco-Oriental en el este eran muy diferentes de las fronteras entre lo que paulatinamente fue constituyéndose como «Francia» y «Alemania» o «Italia».

El Tratado de Meerssen convirtió en frontera meridional entre el Impe-Franco-Occidental una línea que iba desde el actual golfo de Lyon en el sur, pasando al oeste del Ródano, siguiendo un curso casi vertical hasta alcanzar la zona de Gante. Lotaringia y Borgoña —con excepción del ducado al oeste del Saonne— esto es, Arles, Lyon, Treveris, y Metz, quedaban fuera de las fronteras del Imperio Franco-Occidental, mientras que en el sur, el Condado de Barcelona estaba comprendido en ellas [4].

El tratado de Meerssen convirtió en frontera meridional entre el Imperio Franco-Oriental y el Franco-Occidental el curso del Ródano; seguía luego la frontera a lo largo del Isére y, más hacia el norte, a lo largo del Mosela. De este modo, Treveris y Metz se convirtieron en ciudades fronterizas, igual que, un poco más al norte, lo era Meerssen, el lugar que dio nombre al tratado. La frontera terminaba finalmente al norte de la desembocadura del Rin en la zona de la Frisia meridional.

Pero lo que tales fronteras separaban no eran estados, pueblos ni naciones, si por tales conceptos hemos de entender unas construcciones sociales unitarias, cerradas y estables. En todo caso eran estados, pueblos y naciones en proceso de creación. Lo que salta primeramente a la vista en los grandes señoríos de esta época es la escasa estabilidad de su entramado, la intensidad de las fuerzas centrífugas que impulsaban hacia la desintegración.

¿De qué tipo son estas fuerzas centrífugas? ¿Qué peculiaridad en la construcción de estas formas de dominación presta su especial intensidad a tales fuerzas? ¿Y qué cambio en la constitución de la sociedad acaba por dar, finalmente, en los siglos xv, xvi y xvii a los poderes centrales una supremacía sobre todas las fuerzas centrífugas y una mayor estabilidad a los señoríos territoriales?

2. *FUERZAS CENTRALIZADORAS Y DESCENTRALIZADORAS EN LA ORGANIZACIÓN MEDIEVAL DE LA DOMINACIÓN*

3. Carlomagno había constituido su gigantesco Imperio por medio de la conquista. Es cierto que la función fundamental, aunque no fuera la única, tanto de Carlomagno como de sus antecesores inmediatos, era la de un caudillo militar victorioso, conquistador y defensor. Esta función constituía el fundamento de su poder real, de su prestigio y de su fuerza social.

En su condición de caudillo militar, Carlomagno disponía de la tierra conquistada y defendida. En su condición de príncipe victorioso, premiaba mediante la entrega de tierras a los guerreros que le habían seguido. Y gracias a esta autoridad los mantuvo unidos incluso aunque estuvieran desparramados por todo el país señoreando sus posesiones.

El Emperador y Rey no podía vigilar todo el Imperio por sí solo por lo cual enviaba a sus hombres de confianza y servidores a los territorios con el fin de administrar la justicia en su nombre, de cuidarse de la recaudación de tributos, de la prestación de servicios obligatorios y de penar toda resistencia. El Emperador no pagaba estos servicios con dinero que, si en esta fase no faltaba por completo, tenía muy escasa circulación. La mayor parte de las necesidades se cubría mal que bien con los productos del suelo, de los bosques, de los cultivos, del ganado y por medio de los productos domésticos y de la corte. También los condes palatinos, los duques o como quiera que se llamasen los emisarios del poder central, obtenían su sustento y el de sus seguidores de la tierra que ocupaban, del suelo con el que ese poder central les había recompensado. En consonancia con la estructura económica la organización del poder en esta etapa de la sociedad tenía un carácter distinto al que alcanzó luego cuando surgieron los «estados» en el sentido estricto del término. En la inmensa mayoría de los casos, los «funcionarios», se ha dicho de esta época [5],«eran campesinos que únicamente tenían que prestar servicios en determinados plazos y cuando se produjeran acontecimientos imprevistos, de modo similar al señor feudal que tiene poderes de policía y facultades jurisdiccionales». A estas funciones policiales y jurisdiccionales se añadían las militares; eran soldados, comandantes de mesnadas guerreras y, ante todo, propietarios de tierra que el Rey les había donado para la defensa en caso de amenaza por parte de un enemigo exterior. En una palabra, estos funcionarios concentraban en su mano todas las funciones del poder.

Pero esta organización peculiar de la dominación —ilustrativa del grado alcanzado por la división del trabajo y la diferenciación en esta fase del desarrollo social— condujo cada vez más a tensiones muy características que subyacían en dicha forma de organización. Esta generó determinados procesos típicos que se repitieron de continuo con ciertas variaciones.

Quienes habían recibido por delegación del poder central las funciones del gobierno sobre un territorio determinado, y quienes, en consecuencia dominaban sobre tal territorio en calidad de señores, apenas dependían ya del poder central para alimentar y protegerse a sí mismos y los suyos, al menos en tanto no amenazara un enemigo más poderoso, proveniente del exte-

rior o de la vecindad. Era natural, por ello, que tanto estos señores como sus descendientes trataran de hacer valer claramente su derecho señorial, su facultad de gobierno sobre el territorio concedido y de demostrar su independencia frente al poder central apenas éste diera el menor signo de debilidad.

A lo largo de los siglos van repitiéndose de continuo las mismas tendencias y las mismas figuras en esta organización del poder: los señores que dominaban una parte del territorio del poder central, los jefes y caudillos locales suponen un peligro para este poder central. Los príncipes y reyes conquistadores, que se han fortalecido como jefes militares y protectores contra los enemigos exteriores tratan de eliminar este peligro en el interior, consiguiéndolo en un primer momento. En la medida de lo posible sustituyen a los jefes locales por sus propios validos, parientes o servidores en condición de representantes del poder con dominio sobre una parte de su imperio. Esta situación se repite en un plazo relativamente corto, a menudo en el curso de una sola generación. Los antiguos representantes del poder central, tratan de escamotearle en la medida de lo posible los territorios que se les habían encomendado en su condición de delegados y servidores, con el fin de disponer de ellos como si se tratara de una propiedad hereditaria o de un señorío de familia.

4. Se trata de los *comes palatii,* que pretenden convertirse en señores independientes sobre un territorio, esto es, los condes palatinos. El término apenas permite ya recordarnos que se trata de los antiguos inspectores del Palacio Real. Se trata también de los marqueses, los duques, los condes, los barones o los menestrales del Rey. Una y otra vez envían los reyes conquistadores y guerreros a sus validos, parientes, servidores y delegados, y una y otra vez luchan los delegados de antaño o sus descendientes, convertidos ahora en príncipes hereditarios o en señores territoriales, contra el poder central, para conseguir la heredabilidad y la independencia fáctica de su territorio que, originariamente, era una especie de feudo.

Por un lado los reyes estaban obligados a delegar en otros el poder de disposición sobre parte de su territorio. El grado de desarrollo de la organización bélica, económica y de transporte no les permitía otra opción. La sociedad no les ofrecía fuente alguna de financiación de importancia suficiente para mantener un ejército mercenario o someter a su dependencia a los funcionarios delegados en los territorios más alejados por medio de un salario. Lo único que podían darles como retribución, remuneración o enfeudación, eran tierras; y éstas habían de ser suficientes para que, en su condición de representantes del poder central en su territorio fueran, de hecho, más poderosos que los demás guerreros o señores feudales de la zona.

Por otro lado, ningún juramento o lealtad vasalláticos contenía a los señores enfeudados, a los representantes del poder central, ante la lucha por la independencia del territorio sobre el que disponían, cuando la interdependencia mutua entre el poder central y sus antiguos delegados, se inclinaba a favor de éstos. Los señores territoriales o los príncipes hereditarios poseen de hecho la tierra sobre la cual disponía antaño el Rey a su libre

albedrío. Con excepción de ciertos casos de amenaza exterior, ya no precisan del Rey; en consecuencia se sustraen a su jurisdicción. Cuando le necesitan, cuando vuelve a manifestarse la función del Rey como señor de la guerra, el movimiento describe la curva inversa, y, en ciertas condiciones, el juego comienza de nuevo, siempre dando por supuesto, naturalmente, que el poder central tenga éxito en la guerra. En este caso, gracias al poder y a la amenaza que emana de su espada, el Rey vuelve a conseguir la disposición eficaz sobre todas las zonas de su territorio y puede proceder a una redistribución de éste. Se trata de una de las figuras o procesos permanentes en el mecanismo de desarrollo de la sociedad occidental durante la Alta Edad Media y, con ciertas variantes, también ocasionalmente en épocas posteriores.

5. Ejemplos de estos procesos se encuentran todavía hoy fuera de Europa en zonas con una estructura social similar. El desarrollo de Abisinia mostraba una multitud de estos aspectos, si bien en los últimos tiempos, ha venido modificándose algo en función de la entrada de dinero y de otras instituciones procedentes de Europa. Pero el encumbramiento de Ras Taffari como señor central o emperador de todo el territorio únicamente fue posible gracias a la derrota militar de los señores territoriales más fuertes. Y el hundimiento inesperadamente rápido de la resistencia contra Italia, se explica, en gran medida, por el hecho de que también en esta zona feudal y de economía predominantemente natural, las tendencias centrífugas de los territorios aislados se fortalecen con gran rapidez en cuanto el poder central no está en situación de cumplir de inmediato su tarea más importante que es la de contener al enemigo exterior, y, en consecuencia, se manifiesta «débil».

En la sociedad occidental, encontramos ya los primeros signos de este mecanismo en la época merovingia. En esta época se dan «los comienzos de un desarrollo que transforma a los funcionarios imperiales más elevados en señores hereditarios» [6]. En esta época es ya válida la afirmación siguiente: «Cuanto mayor es el poder fáctico y la fortaleza económica y social de los delegados menos podía atreverse el Rey a la muerte de éstos a conceder el cargo a una persona que no fuera de su familia»[7]. En otros términos, cada vez más claramente grandes porciones de territorio fueron pasando de la jurisdicción del poder central a la de los señores territoriales.

Los procesos de este tipo se manifiestan de modo más claro en la época carolingia. Al igual que el emperador de Abisinia, Carlomagno derrota a los antiguos caudillos locales y en su lugar nombra a sus propios «funcionarios», los condes. A medida que va haciéndose más patente la arbitrariedad de estos condes, y su dominio fáctico sobre el territorio que se les ha concedido, incluso durante su mandato, el Emperador envía una nueva serie de personas de su entorno en condición de emisarios del Rey, como *missi dominici,* con la tarea de vigilarlos. Bajo Luis el Piadoso, la función condal comienza a hacerse hereditaria. Los sucesores de Carlomagno «no pueden evitar el reconocimiento de hecho de la heredabilidad» [8]. De este modo pierde su sentido el instrumento del emisario real. El propio Luis el Piadoso se ve en la obligación de destituir a los *missi dominici* de aquellas zonas

que debieran vigilar. Bajo su reinado, que no está aureolado con el prestigio guerrero de Carlomagno, se hace ya patente la fortaleza de las tendencias centrífugas en el contexto de esa organización imperial y social. Tales tendencias alcanzan su punto culminante con Carlos III quien, en el año de 887 ya no puede mantener alejados de París a los enemigos externos, a los normandos daneses, por medio de la espada ni por medio del dinero. Resulta característico que al final de la rama de los carolingios directos, la corona recaiga en un primer momento en Arnulfo von Kärnten, hijo bastardo de Carlomagno, sobrino de Carlos el Gordo. Arnulfo se había revelado como un caudillo guerrero en las luchas fronterizas contra los pueblos invasores. Al ponerse a la cabeza de los bávaros, y al atacar el poder central debilitado consiguió rápidamente el reconocimiento de otros pueblos: de los francos orientales, de los turingios, de los sajones y de los suavos. En su condición de caudillo militar en sentido estricto, consigue que la nobleza guerrera de las tribus alemanas le reconozca como rey[9]. Vemos aquí, una vez más, cuál es la base del poder y de la legitimidad de la función real en esta sociedad. Arnulfo consigue derrotar definitivamente a los normandos en el año de 891 en Löwen, sobre el Dyle; pero cuando, ante una nueva amenaza, titubea a la hora de encabezar la lucha, aparece la reacción; de inmediato alcanzan la hegemonía las fuerzas centrífugas en aquel territorio tan laxamente organizado: *«Ile diu morante, multi reguli in Europa vel regno Karoli sui patruelis excrevere»* dice un escritor de la época [10]. Esta indecisión de Arnulfo permitió que surgieran reyezuelos por doquier en Europa. Tales son, resumidas gráficamente en una sola frase, las leyes sociales que caracterizan el proceso del desarrollo de la sociedad europea en esta época.

El movimiento vuelve a seguir un curso inverso bajo los primeros emperadores sajones. El hecho de que fueran los sajones quienes alcanzaran el poder sobre la totalidad del Imperio muestra de nuevo de forma clara cuál era la función más importante del poder central en esta sociedad. Los sajones estaban sometidos de modo muy especial a la presión de las tribus no germánicas procedentes del este. La tarea principal de sus jefes era defender y proteger el territorio de su pueblo. Pero con esto, también defendían el territorio de otros pueblos alemanes. En el año de 924 Enrique I consiguió, por lo menos, establecer una tregua con los húngaros invasores; en el año de 928 avanzó hasta Brandenburgo; en el de 929, fundó la plaza fronteriza de Misnia; en el de 933 derrotó a los húngaros en Riade sin aniquilarlos y sin eliminar definitivamente el peligro; en el de 934 consiguió restablecer la frontera septentrional y la marca de Schleswig, frente a los invasores daneses[11]. Se trata de realizaciones de un caudillo sajón. Son victorias de los sajones sobre pueblos que gravitan sobre sus fronteras y amenazan con invadir su territorio. Pero, en la medida en que los jefes sajones luchan en la frontera, vencen y conquistan, adquieren el poder guerrero y el prestigio militar necesarios para contrarrestar las tendencias centrifugas en el interior. Las victorias contra los enemigos exteriores echan las bases para el fortalecimiento del poder central en el interior.

En lo esencial, Enrique I consiguió sostener y consolidar las fronteras,

por lo menos, en la parte septentrional. Inmediatamente después de su muerte, los vendos declaran la guerra a los sajones, y el hijo de Enrique I, Otón, les derrota. En los años siguientes, de 937 y 938, hay nuevas invasiones de los húngaros que también son derrotados. Entonces comienza una expansión más intensa; en el año de 940 se amplía el territorio alemán hasta la zona del Oder y, como sucede siempre, aún hoy día, a la conquista de nuevas tierras sigue la organización eclesiástica que —antaño más claramente que hoy— sirve para asegurar la dominación de las nuevas tierras.

Lo mismo sucede en el sudeste. En el año de 955, y siempre sobre suelo alemán, los húngaros son derrotados en Lechfeld, cerca de Ausburgo y definitivamente expulsados. Con el fin de protegerse contra los húngaros se crea la Marca Oriental, núcleo de lo que posteriormente será Austria, cuya frontera se encuentra en la zona de Presburgo. Más hacia el este, en el curso medio del Don, acaban asentándose lentamente los húngaros.

Estos éxitos de Otón como caudillo militar afianzan su poder en el interior de su imperio. Allí donde le es posible trata de situar a sus parientes y validos en lugar de los delegados de los emperadores anteriores o, mejor dicho, de los sucesores de éstos, que ahora se le enfrentan como caudillos rivales y señores territoriales. Entrega Suavia a su hijo Ludolfo, Baviera a su hermano Enrique, Lotaringia a su yerno Conrado cuyo hijo Otón recibe Suavia cuando Ludolfo se subleva.

Al propio tiempo y a lo que parece de modo más consciente que sus antecesores, Otón trata de contrarrestar los mecanismos que siguen debilitando al poder central y destruyen el centralismo de la organización del poder. Tal es su intención al reducir el ámbito del señorío de aquellos a quienes encomienda territorios y al limitarles sus funciones. Tanto Otón como sus descendientes, y éstos de modo más decidido, intentan también contrarrestar tales mecanismos otorgando facultades señoriales sobre territorios a los clérigos. Los obispos reciben también condados seculares. Merced a estas encomiendas, concedidas al alto clero sin herederos, pretendíase acabar de una vez por todas con la transformación de los funcionarios del poder central en una «aristocracia hereditaria y terrateniente» con intensas proclividades independentistas.

En realidad, sin embargo, a la larga estas medidas, que habían de contrarrestar las fuerzas descentralizadoras, acabaron fortaleciéndolas.

La nueva ordenación convirtió a las antiguas diócesis en principados, en señoríos seculares. De este modo volvió a manifestarse el predominio de las tendencias centrífugas sobre las centrípetas que subyacían en la estructura de esta sociedad. Los dignatarios eclesiásticos no mostraron un celo menor al de los seculares en la conservación de su poder autónomo sobre el territorio que se les había confiado. Al igual que los señores seculares, estaban interesados en que no se fortaleciera el poder central. Esta homologación de los intereses de los altos dignatarios eclesiásticos y seglares ha contribuido en gran medida al hecho de que, en el imperio alemán, el poder central real fuera débil durante siglos mientras que el poder y la independencia de los señores territoriales se consolidaba, en tanto que Francia muestra la imagen inversa. En Francia apenas hubo altos clérigos que

fueran grandes señores territoriales seculares. Los obispos, cuyas propiedades estaban parcialmente distribuidas entre las posesiones de los diversos señores territoriales, estuvieron siempre interesados en un poder central fuerte que les garantizara protección. Y esta coincidencia de intereses de la Iglesia y de la Monarquía, que duró largo tiempo, fue uno de los factores que explican por qué en Francia el poder central acabó consiguiendo relativamente temprano el predominio sobre las tendencias centrífugas. En cualquier caso, y siguiendo esta ley enunciada, la desintegración del Imperio Franco-Occidental fue más rápida y más radical que la del Imperio Franco-Oriental.

6.Se ha dicho[12] que los últimos carolingios franco-occidentales eran hombres audaces y preclaros desde el punto de vista personal, dotados de algunas grandes cualidades. Pero se encontraban en una situación que ofrecía pocas oportunidades al poder central y que muestra claramente con qué facilidad en aquella estructura social perdía la hegemonía ese poder central.

Si se hace abstracción de su poderío como caudillo militar, como conquistador y como distribuidor de nuevas tierras, el fundamento de la fortaleza social del señor central residía en las propiedades de su familia, en la tierra de la que disponía de un modo inmediato y de la que tenía que alimentar también a sus servidores, a su corte y a su gente de armas. Desde este punto de vista el gobernante central no tenía mejor posición que cualquier otro señor territorial. Pero la propiedad territorial de los carolingios franco-occidentales, su propio *«territorium»,* había ido desapareciendo, entregado como recompensa en los servicios prestados durante las prolongadas guerras. Con el fin de conseguir y de premiar las ayudas recibidas, los padres habían tenido que enfeudar las tierras. Cada enfeudación de tierras sin que hubiera una nueva conquista, reducía las propiedades de la familia. El proceso hacía cada vez más menesterosos a los hijos y a cada nueva ayuda, nueva donación. Finalmente no quedó a los herederos más tierra por conceder. Cada vez era más reducido el número de personas de su séquito al que podían alimentar y recompensar. A veces vemos a algunos de los últimos carolingios franco-occidentales en una situación desesperada. Cierto que los vasallos estaban obligados a prestar apoyo militar, pero cuando la expedición no suponía ningún interés personal para ellos, solamente la presión abierta e implícita de un señor feudal más poderoso podía obligarles a cumplir con este deber. A medida que se reducía el número de vasallos que seguía al rey, se hacía menos amenazador su poder y, en consecuencia, menos vasallos prestaban su acatamiento. Al igual de lo que sucedía con la tierra, también desde el punto de vista de la fortaleza militar, estos mecanismos sociales acabaron por producir el hundimiento del imperio carolingio.

Aunque personalmente luchaba de un modo valiente y desesperado, Luis IV es conocido en realidad como *«le roy de Monloon»,* el rey de Laon. De todas las posesiones de los carolingios, únicamente le había quedado Laon. Muchas veces, los últimos representantes de la dinastía apenas tenían tropas suficientes para defender su causa, al igual que tampoco disponían de

tierras para alimentar y recompensar a sus seguidores. «Llegó por fin un día en el que el descendiente de Carlomagno, rodeado de propietarios, que eran los amos en sus señoríos, no encontró otro medio de conservar hombres a su servicio que el de distribuirles las tierras de fisco con concesiones de inmunidad, es decir, ir haciéndoles cada vez más independientes con el fin de conservar su lealtad e ir abdicando progresivamente con el fin de poder reinar» [13]. La función real se hunde irremisiblemente, y todo lo que pueden hacer los titulares de la monarquía para fortalecer su causa, acaba volviéndose contra ellos.

7. El antiguo territorio de soberanía de los carolingios franco-occidentales, que constituía el núcleo de lo que había de ser Francia, se había disgregado de hecho en diversos territorios también soberanos. Tras una larga serie de guerras con muy distinto resultado, había acabado estableciéndose una especie de equilibrio en este territorio entre varios soberanos con un poder más o menos igual. Al desaparecer la línea directa de los carolingios, los jefes de tribu o los señores territoriales elegían rey a aquel de entre ellos cuya familia se hubiera destacado más en la defensa contra los normandos extranjeros y que, por la misma razón, venía siendo el competidor más fuerte de la debilitada realeza. Lo mismo que había sucedido en los territorios de los francos orientales cuando, a la desaparición de los carolingios, se elevó a la condición real a aquellos príncipes locales que habían tenido mayor éxito en la defensa del territorio contra los pueblos invasores del este y del norte, los eslavos, los húngaros y los daneses, esto es a los jefes sajones.

Hacía ya largo tiempo que se había producido una lucha entre la casa de Francia y los últimos carolingios franco-occidentales.

La corona recayó en la casa de Francia, en la persona de Hugo Capeto, en una época en la que ya había comenzado a debilitarse la dinastía por las mismas razones que contribuyeron al hundimiento de los carolingios. También los duques de Francia habían tenido que sellar alianzas y recabar servicios, viéndose obligados a pagarlos mediante la concesión de tierras y de derechos. Entre tanto se habían asentado los duques normandos haciéndose cristianos y sus territorios de soberanía, como los de los duques de Aquitania y de Borgoña, los condes de Anjou, de Flandes, Vermandois y de Campaña, no solamente no eran menores, sino que, en parte, incluso eran más importantes que el poder y las posesiones de la nueva casa real de los duques de Francia. El poder y la tierra eran precisamente los factores que contaban. El poder que las posesiones familiares atribuían al Rey constituía la base verdadera del de la corona. Si las posesiones familiares de la casa real no eran mayores que las de los otros señores territoriales tampoco lo era su poder. Las posesiones familiares y sus territorios eran la fuente de los ingresos regulares. A ello sólo cabía añadir las contribuciones eclesiásticas procedentes de otros territorios. Los ingresos que recibían en su condición estricta de «reyes» eran una cantidad mínima. Sin embargo aquella función que en los territorios alemanes daba a la monarquía centralizadora una hegemonía progresiva sobre las tendencias centrífugas de los señores territoriales, esto es la función de caudillo militar en la guerra contra

enemigos exteriores y en la conquista de nuevos territorios, desapareció relativamente pronto en los territorios franco-occidentales, lo cual es una de las causas decisivas que explican el carácter prematuro y radical de la disgregación del territorio real en señoríos territoriales. Las zonas franco-orientales pasaron más tiempo sometidas a las invasiones y a las amenazas de pueblos extranjeros. Por esta razón los reyes no solamente aparecían de continuo como caudillos en las batallas que varios pueblos acometían al tiempo para garantizar la protección de su territorio, sino que, además, alcanzaban así la posibilidad de invadir nuevos territorios, conquistar nuevas tierras de las que podían disponer y que repartían a un número relativamente grande de servidores y vasallos, con el fin de asegurarse su lealtad.

A partir del asentamiento de los normandos, sin embargo, la zona franco-occidental dejó de estar sometida a la amenaza de pueblos extranjeros. Al propio tiempo y a diferencia de la zona franco-oriental, no disponía de territorio libre al otro lado de sus fronteras, ni de la posibilidad de conquistar nuevas tierras. Por esta razón se aceleró su disgregación. Faltaban los factores esenciales que garantizan la supremacía del Rey sobre las fuerzas centrífugas, esto es, las funciones de defensa y de conquista. Como quiera que en esta estructura social no había cosa alguna distinta que pudiera asegurar la sujección de los distintos territorios al señor central, a éste no le quedó más que la posibilidad de disponer sobre su propio territorio.

«Este pretendido soberano es un mero barón que posee algunos condados a las orillas del Sena y del Loire, que apenas se corresponden con cuatro o cinco de los departamentos actuales. A duras penas cabe hablar de la majestad de las posesiones reales. Estas no se cuentan entre los más grandes o los más ricos señoríos territoriales cuyo conjunto es lo que hoy constituye Francia. El Rey es menos poderoso que algunos de sus vasallos principales, y, como éstos, vive de los ingresos de sus propiedades, de los tributos de los campesinos, de los trabajos de los siervos y de los "donativos voluntarios" de las abadías y de los obispados de su territorio»[14].

El proceso de debilitación, no solamente de los reyes individualmente considerados, sino de la función real en su conjunto, y el proceso de desintegración del territorio de soberanía, vuelve a iniciarse de modo paulatino y continuo inmediatamente después de la coronación de Hugo Capeto. Los primeros Capetos, todavía viajan por todo el país acompañados de su Corte. Los lugares en que aparecen fechados los documentos reales, nos dan una cierta idea de estos viajes. Los reyes y su Corte todavía constituyen tribunales en las posesiones de los otros feudatarios. Incluso ejercen una cierta influencia tradicional en el sur de Francia.

A comienzos del siglo XII, es ya un hecho consumado la heredabilidad y la independencia totales de los diversos señoríos territoriales comprendidos en las antiguas zonas de vasallaje del Rey. El quinto Capeto, Luis el Gordo (1108-1137), que no era precisamente un apocado, sino un señor audaz y belicoso, tiene ya poco que decir fuera de su territorio. Los documentos reales de la época nos muestran que apenas si se aventura más allá de los límites de su propio ducado[15]. Por el contrario, vive reducido a sus dominios y ya no establece la corte en los de sus vasallos. Estos apenas hacen acto

de presencia en la corte real. Las visitas recíprocas van espaciándose, la correspondencia se hace más ocasional, especialmente con la parte septentrional del reino. A comienzos del siglo XII, Francia es, en el mejor de los casos, una unión de señoríos territoriales, una laxa alianza compuesta por zonas de soberanía mayores o menores, entre las cuales acaba estableciéndose una especie de equilibrio.

8.En lo relativo al Imperio Alemán, tras un siglo de guerras entre los titulares de la corona real e imperial y las familias ducales más poderosas, una de éstas, la casa ducal de Suavia, consigue ganar la primacía sobre las demás en el siglo XII y, en consecuencia, restablecer el poder central con todas sus facultades.

A finales del siglo XII, también en Alemania, la primacía social acaba pasando de un modo claro e irremisible a los señoríos territoriales. Pero mientras que en los inmensos territorios del *«Imperium Romanum»* alemán o del *«Sacro Imperium»,* como más tarde se llamaría, los señoríos territoriales van consolidándose de forma tal que, de ahora en adelante y a lo largo de siglos, conseguirán evitar la constitución de un poder central fuerte y, con ello, de una mayor integración de todo el territorio, en los espacios más reducidos de Francia a partir de finales del siglo XII, la evolución sigue un sentido inverso; de la desintegración más completa se pasa de modo lento y, a veces con retrocesos, a un nuevo fortalecimiento del poder central, y a una reintegración paulatina de territorios a un solo centro.

La imagen de esta desintegración absoluta, constituye en cierto modo el punto de arranque que es preciso tomar en consideración cuando se quiere comprender de qué modo se unificaron los territorios más pequeños en una unidad sólida y por medio de qué procesos fueron constituyéndose en la sociedad aquellos órganos centrales que dominaron sobre amplios territorios para los que empleamos el concepto de «absolutismo», así como aquel aparato de dominación que constituye la columna vertebral de los estados modernos. La estabilidad del poder y de los órganos centrales en la fase que solemos llamar «la época del absolutismo» contrasta intensamente con la inestabilidad del poder central de la fase «feudal» anterior.

¿Cuáles eran los factores propios de la estructura social que favorecieron en un lugar la centralización y en otro la descentralización?

Esta cuestión toca de lleno el engranaje de los procesos sociales y las transformaciones de las interrelaciones y dependencias de los hombres con las cuales también se cambian los comportamientos y los impulsos en el sentido de las «civilizaciones».

9.No es difícil ver qué factores contribuyeron a dar preeminencia a las fuerzas descentralizadoras sobre las centralizadoras en la sociedad medieval, especialmente en la primera Edad Media; los historiadores los han puesto de relieve repetidas veces. «La feudalización de los estados», dice, por ejemplo, Hampe, al hablar de la Edad Media occidental [16], «obliga de continuo a los señores a recompensar con tierras a sus jefes militares y a sus funcionarios. En consecuencia, si no querían caer en la miseria y, al mismo tiempo, aprovecharse de las capacidades militares de sus vasallos, estaban obligados a emprender continuas aventuras de expansión militar que, casi de

modo fatal, se orientaban hacia los territorios de la vecindad, que carecían de soberano. La ausencia de las condiciones económicas adecuadas impedía que se pudiera superar esta dependencia mediante la constitución de un funcionariado moderno.»

Esta cita condensa a la perfección todo lo que de esencial puede decirse sobre la fatalidad de las fuerzas centrífugas y, al mismo tiempo, sobre los mecanismos que prevalecían en la monarquía en aquella sociedad, siempre que no se incurra en el error de creer que la «feudalización» era la «causa» externa de todas estas transformaciones, de todo este entramado: la retribución obligada de los guerreros y de los funcionarios con tierras, la necesaria reducción de las propiedades reales en tanto no tuvieran lugar nuevas expediciones de conquista, las tendencias a la debilitación del poder central en las épocas de paz, constituyen procesos parciales dentro del general de la «feudalización». Al propio tiempo, la cita muestra también en qué medida esta forma específica de dominación y su aparato de poder estaban inextricablemente unidos con una forma de organización económica.

Para decirlo en términos más claros: mientras dominaran las relaciones de economía natural en la sociedad, apenas sería posible la constitución de un funcionariado estrictamente centralizado capaz de trabajar de modo estable y predominantemente con medios pacíficos, dirigido por un aparato central de poder. Los mecanismos automáticos descritos, esto es, el Rey conquistador, el envío de delegados del poder central para la administración del territorio, la independización de los delegados o de sus descendientes hasta convertirse en señores territoriales y su lucha contra el poder central, se corresponden con una cierta forma de relaciones económicas. Mientras en una sociedad los productos de las propiedades territoriales mayores o menores fueran suficientes para satisfacer las necesidades cotidianas esenciales de los seres humanos, desde la vestimenta hasta la nutrición y el mantenimiento del hogar, mientras la división del trabajo y el intercambio de productos entre grandes distancias estuviera escasamente desarrollado, mientras los caminos fueran malos y los medios de transporte primitivos (y todas éstas no son sino distintas facetas de la misma forma de integración), también sería escasa la interdependencia entre los distintos territorios. Únicamente cuando esta interdependencia aumenta considerablemente pueden establecerse instituciones centrales con competencias para ámbitos más amplios. En un principio, la estructura social, simplemente, no ofrece ninguna oportunidad de establecer tales instituciones.

«Apenas podemos hacernos una idea», dice un historiador de la época [17], «de las dificultades con que tropezaba el gobierno y la administración de un territorio en las circunstancias medievales.»

Hasta el propio Carlomagno alimentaba su Corte asimismo de los productos de sus antiguas posesiones familiares que estaban distribuidas entre el Rin, el Maas y el Mosela. Cada *«palatium»,* cada castillo —según una descripción ilustrativa de Dopsch [18]— señoreaba sobre una serie de granjas o aldeas más o menos cercanas; el Emperador y el Rey se movían dentro de este ámbito relativamente estrecho de palacio en palacio, alimentándose ellos y los suyos de los productos de las granjas y las aldeas circundan-

tes. No es que en esta época faltara por completo el comercio de larga distancia; pero se trataba, en lo esencial, de un comercio de artículos de lujo, y en ningún caso de artículos de uso cotidiano: ni siquiera el vino solía transportarse a grandes distancias. Quien quería beber vino tenía que hacerlo plantar en su propio territorio y, en el mejor de los casos, cambiaba el excedente con los vecinos. Por esta razón se daban viñedos en la Edad Media en zonas en que hoy no se practica el cultivo vinícola, bien porque las viñas sean demasiado amargas o porque no resulten «rentables», como por ejemplo, en Flandes o en Normandía. Por otro lado, también había ciertas zonas, como Borgoña, a la que acostumbramos a considerar como propiamente vinícola, que todavía no se habían especializado tanto en el cultivo de viñedos. También en estos casos, cada campesino y cada finca tenían que ser «autárquicos» hasta un cierto punto. Hasta el siglo xvii, hubo en Borgoña once municipios en los que todos los habitantes eran viticultores [19]. De este modo van unificándose poco a poco los distintos territorios, haciéndose más estrecha la comunicación, intensificándose la división de trabajo y la integración de amplias zonas y de masas humanas y, en consecuencia, también aumentan las necesidades de medios de cambio y unidades de cálculo que tengan el mismo valor en todas las zonas, esto es, la necesidad del dinero.

Es de una importancia excepcional para la comprensión del proceso de la civilización, hacerse una idea suficientemente acertada de aquellos procesos sociales a los que llamamos «economía natural o doméstica», «economía monetaria», «interacción de amplias masas humanas», «cambio en la dependencia social del individuo», «división funcional creciente», y otros similares. Es muy fácil que estos conceptos se conviertan en fetiches nominales carentes de toda capacidad de descripción y de toda claridad. De este modo podemos hacernos una idea —breve como resulta inevitable en este estudio— acerca de las condiciones sociales a las que en principio se refiere el concepto de «economía natural». Este concepto refleja una forma específica de vinculación, de interdependencia entre los seres humanos. Es un concepto que remite a una sociedad en la cual la transferencia de bienes entre aquellos que los extraen del suelo, que se los arrebatan a la Naturaleza, y aquellos que los utilizan, se produce de modo inmediato, sin que haya intermediarios o habiendo muy pocos de éstos, al tiempo que la elaboración del producto puede realizarla tanto el uno como el otro. El proceso va diferenciándose poco a poco. Cada vez se intercalan más personas en calidad de responsables de la elaboración y de la distribución en el proceso de transferencia de los bienes, desde el primer productor hasta el último consumidor. Todavía está por averiguar cómo sucede esto y, sobre todo, por qué sucede; esto es, qué es lo que produce la prolongación de las cadenas de transferencia. En todo caso el dinero no es otra cosa que un instrumento que se utiliza, que se inventa la sociedad cuando aquellas cadenas se prolongan cuando el trabajo y la distribución se diferencian mutuamente y, como tal instrumento tiende a consolidar estas diferencias en ciertas circunstancias. Cuando se emplean los conceptos de «economía natural» y «economía monetaria», puede parecer a primera vista que entre las dos «formas

económicas» existe una contradicción absoluta y la idea de este tipo de contradicción ha dado origen a muchos debates. En cuanto al proceso social concreto, las cadenas que median entre la producción y el consumo, van prolongándose y diferenciándose lentamente, con independencia de que en ciertos sectores de la sociedad occidental nunca haya desaparecido una cierta comunicación económica entre zonas muy alejadas y, en consecuencia, tampoco la utilización del dinero. Poco a poco, va aumentando en la sociedad occidental el sector de la economía monetaria, la diferenciación de las funciones sociales, la interrelación entre las diversas zonas territoriales, la interdependencia entre masas humanas cada vez más grandes, todo lo cual son aspectos distintos del mismo proceso social. A su vez el cambio en la forma de dominación y en el aparato de dominación de que hablábamos no es más que otra cara de este mismo proceso. La estructura de los órganos centrales de gobierno guarda correspondencia con el aumento en la división e interdependencia de las funciones. Asimismo la fuerza de las tendencias centrífugas fundamentales en la autarquía local y política, en el contexto de una sociedad de economía predominantemente natural, guarda correspondencia con el grado alcanzado por la autarquía local económica.

10. En la evolución de estas sociedades guerreras de economía predominantemente natural, cabe distinguir, en líneas generales, dos fases que suelen darse una o más veces: la fase de los señores centrales belicosos, expansivos y conquistadores, y la fase de los señores conservadores que no añaden ningún territorio nuevo a lo que ya había antes.

En la primera parte el poder central es fuerte, puesto que en ella se manifiesta la función primaria del señor central en esta sociedad, que es la del caudillo de los ejércitos. En cambio, allí donde la casa real ya no cumple esta función guerrera, donde no es preciso el caudillo de los ejércitos, o donde los señores fracasan en su condición de jefes militares, también pierden las funciones secundarias que acompañan a aquélla, por ejemplo, la de juez arbitral supremo o la de señor jurisdiccional sobre todo el territorio y, por último, el señor únicamente aventaja a los otros nobles terratenientes en el título.

En la otra fase, en la que ningún enemigo amenaza las fronteras y en la que por uno u otro motivo no está expedito el camino para la conquista de nuevos territorios, también acaban ganando fatalmente la hegemonía las fuerzas centrífugas. Si el Rey conquistador pudo disponer de hecho sobre todo el territorio, esta disposición escapa de las manos de su familia progresivamente en las épocas de relativa tranquilidad. Todo aquel que dispone de un trozo de tierra se considera a sí mismo, en principio, como señor en su propia casa; lo cual se corresponde por entero con su dependencia efectiva del poder central que es mínima en las épocas de paz.

Cuando no se da la interdependencia entre grandes territorios o, en todo caso, está en proceso de constitución, aparece una forma de integración distinta de la económica, y más poderosa que ésta: la integración militar, la alianza para defenderse contra el enemigo común. Junto a un sentimiento comunitario tradicional cuyo pilar más poderoso es el credo común, cuyos defensores más notorios son los clérigos, sentimiento que, sin embar-

go, nunca ha podido evitar la disolución y que, por si sólo, no está en situación de fomentar una alianza nueva sino, todo lo más, de fortalecerla y de orientarla en cierta dirección, el anhelo de conquista y la necesidad de defensa son los vínculos esenciales que unen a seres humanos residentes en zonas relativamente apartadas. Precisamente por tal razón tal tipo de alianzas en estas sociedades resultan tan inestables frente a la hegemonía de las fuerzas descentralizadoras, en comparación con las épocas posteriores.

Las dos fases de una sociedad con una economía predominantemente natural de la que hablábamos antes, la fase del señor conquistador, y la fase del señor conservador o, si se quiere, los avances en uno o en otro sentido, pueden anularse mutuamente como ya se ha dicho, lo cual se ha dado de hecho en la historia de los países occidentales. Pero los ejemplos de la evolución en Alemania y en Francia muestran claramente que también en estos casos y a pesar de que hay retrocesos en las épocas de los señores conquistadores, avanza de continuo en todas las épocas la tendencia a la desintegración de los grandes territorios señoriales, la tendencia a la transferencia del suelo del poder del señor central al poder de los que antaño fueron sus vasallos.

¿Por qué? ¿Acaso había remitido la amenaza exterior que pesaba sobre los reinos postcarolingios y que, en el fondo, representaban entonces a Occidente? ¿Se produjeron todavía otras causas que explican la descentralización paulatina del imperio carolingio?

La pregunta por el impulso motor de este proceso puede ganar en significado cuando se la vincula a un concepto conocido. Esta descentralización paulatina de la dominación y del suelo, esta transferencia de la tierra del poder de disposición del señor conquistador central al poder de disposición de una casta guerrera en su conjunto, no es otra cosa que el proceso que conocemos bajo el nombre de «feudalización».

3. *EL AUMENTO DEMOGRÁFICO TRAS LA EMIGRACIÓN DE LOS PUEBLOS*

11. El problema de la feudalización está sometido a un cambio decisivo en su concepción desde hace ya bastante tiempo, cambio que merece una atención especial. La historiografía anterior no consiguió abordar de modo correcto el proceso de feudalización de Occidente, como tampoco lo hizo con otros procesos históricos en general. La inclinación a pensar en función de fundadores individuales, el hábito mental de preguntar por los responsables concretos de las transformaciones sociales o, en todo caso de enfrentarse a estas transformaciones buscando únicamente las instituciones jurídicas o los modelos que sirvieron para originarlas hace que los procesos y las instituciones sean tan incomprensibles para la conciencia posterior como antaño lo fueron los procesos naturales para los pensadores escolásticos.

En la Edad Contemporánea los historiadores han conseguido abrir el camino para plantear finalmente problemas nuevos. Los investigadores que

se ocupan del surgimiento del feudalismo acentúan de modo cada vez más decidido, que en la aparición de este fenómeno no se trató de una labor consciente de creación de individuos e instituciones aisladas que podría explicarse simplemente por remisión a otras instituciones más antiguas. «Se trata aquí», dice Dopsch[20], de la feudalización, por ejemplo, «de instituciones que no se pusieron en funcionamiento de un modo planificado, o con una intencionalidad consciente, por parte de los estados o de los titulares del poder estatal para poder realizar determinados objetivos políticos.»

Y Calmette[21] formula de un modo aún más claro la cuestión de los procesos sociales de la historia: «Por muy distinto», dice,«que sea el sistema feudal del anterior, procede directamente de éste. No lo ha creado ninguna revolución ni ninguna voluntad individual. Surge a lo largo de una evolución lenta. La feudalidad pertenece a aquellas categorías a las que cabe calificar de "suceder natural" o "hechos" naturales en la Historia. Su formación aparece condicionada, en cierto modo, por fuerzas mecánicas *(des forces pour ainsi dire mecaniques)* y procede paso a paso.»

Y en otro lugar de su extenso trabajo *La société féodale*[22]*,* se dice: «Sin duda que en la historia el conocimiento de los antecedentes, esto es de los fenómenos análogos que preceden a otro, es interesante, ilustrativo y no olvidaremos volver sobre ello. Pero estos "antecedentes" no son los únicos factores y quizá no sean los más importantes. De lo que se trata fundamentalmente no es de saber de dónde procede el *"élément féodal",* de si sus orígenes deben buscarse en Roma o en los germanos, sino que se trata de saber por qué ese elemento ha tomado el carácter feudal. Si estos fundamentos han acabado siendo lo que fueron, se lo debemos a una evolución cuyo secreto no es posible extraer de los romanos ni de los germanos... Su formación es el resultado de fuerzas que únicamente pueden compararse con fuerzas geológicas.»

La utilización de imágenes procedentes del ámbito de la naturaleza o de la técnica es inevitable en la medida en que nuestra lengua no ha elaborado todavía un vocabulario propio, claro y específico para los procesos históricos sociales. Es fácil comprender por qué se recurre en principio precisamente a imágenes de estos ámbitos: en primer lugar expresan de modo suficiente el carácter forzoso de los procesos sociales en la historia. A pesar de que, de este modo, se corre el peligro de incurrir en el equívoco de creer que los procesos sociales y su necesidad originados en la imbricación entre los seres humanos, son también realmente, por razón de su esencia, de la misma naturaleza que, por ejemplo, la trayectoria de la Tierra alrededor del Sol o la del motor dentro de la maquinaria, en estas formulaciones se manifiesta de modo absolutamente evidente el esfuerzo por conseguir un planteamiento histórico-estructural nuevo. Siempre será importante la cuestión de qué instituciones análogas de la época anterior podrían encontrarse en relación con una institución posterior. Pero el problema decisivo, histórico, aquí es por qué se transforman las instituciones o, incluso, el comportamiento y las situaciones afectivas y por qué se transforman precisamente de un modo determinado. La cuestión plantea el problema del orden estricto de las transformaciones histórico-sociales. Y hoy sigue siendo difícil ad-

mitir que estas transformaciones no pueden explicarse como producto de algo invariable y todavía es más difícil admitir que, a lo largo de la historia, ningún hecho aislado haya actuado como elemento configurador o modificador sino siempre en relación con otros.

Todas estas transformaciones son inexplicables en tanto tratemos de entenderlas limitándonos a las ideas de los individuos plasmadas en los libros. Cuando se plantea la pregunta por los procesos sociales hay que acudir de modo inmediato a la red de las relaciones humanas en la sociedad para buscar las coacciones que mantienen en movimiento a aquellas relaciones y que les dan su configuración y dirección concretas. Lo anterior es válido tanto para el proceso de feudalización como para el proceso de la división creciente del trabajo; es válido también para la enorme cantidad de los procesos aislados que solemos designar dentro de nuestro aparato conceptual con términos que carecen de carácter procesal, que subrayan la importancia de ciertas instituciones constituidas a lo largo del proceso, con conceptos como «absolutismo», «capitalismo», «economía monetaria», y otras. Todos estos términos remiten a transformaciones en el contexto de las relaciones humanas que, evidentemente, no están planificadas por individuos, pero a las que los individuos tienen que someterse tanto si les gusta como si no. Y, finalmente, también es válido para las transformaciones de las costumbres humanas mismas, para el proceso de la civilización.

12. Uno de los motores principales de la transformación de las relaciones humanas y de las instituciones correspondientes es el aumento o la disminución de la población, oscilación que tampoco puede entenderse con independencia del conjunto de la maquinaria de las relaciones humanas. Las variaciones demográficas no constituyen en modo alguno la «causa primera» del movimiento histórico-social, como pretenden hacernos creer las ideas dominantes. Pero, dentro del juego recíproco de los factores cambiantes, constituyen un elemento importante que no puede olvidarse. Al propio tiempo, demuestra de modo especialmente claro el carácter necesario de estas fuerzas sociales. Todavía está por averiguar qué función cumplen los factores de este tipo en la fase que estamos estudiando. Para ello podrá ayudarnos un breve repaso de los últimos movimientos de la época de la emigración de los pueblos.

Hasta bien entrados los siglos viii y ix, van penetrando en los antiguos lugares de asentamiento de Europa, en nuevas oleadas, pueblos emigrantes procedentes de Oriente, del norte y del sur. Se trata de la oleada última y más fuerte de un movimiento que duró mucho tiempo. Lo que estamos acostumbrados a ver en este movimiento son momentos aislados: la invasión de los «bárbaros» ítalos en la península occidental vecina y las penetraciones de los «bárbaros» celtas contra la zona de los anteriores que, ahora, por su lado, se habían convertido en pueblos «civilizados» y sus países en «países de vieja civilización» y, finalmente, el asentamiento de estas tribus celtas al Occidente y, en parte, al norte de aquéllos.

Por último las tribus germánicas inundan una gran parte de la zona ocupada por los anteriores que, entretanto, en su conjunto, se ha convertido en un «país de vieja civilización». A su vez, los germanos defienden este «país

de civilización antigua» que han conquistado contra las nuevas oleadas de pueblos que presionan por todas partes.

Poco después de la muerte de Mahoma en el año 632, se ponen en marcha los árabes [23]. En el año 713, han conquistado toda España con excepción de los montes de Asturias. Hacia mediados del siglo viii esta oleada queda detenida en la frontera meridional de Francia como antaño quedaron detenidas las oleadas celtas a las puertas de Roma.

Procedentes de Oriente presionan sobre Francia las tribus eslavas. A fines del siglo VIII se encuentran ya en el Elba.

«Si en el año 800 un profeta político hubiera dispuesto de un mapa de Europa como los que nosotros dibujamos hoy, se hubiera dejado tentar por la profecía de decir que toda la mitad oriental de la tierra, desde la península danesa hasta el Peloponeso, estaba destinada a constituir un imperio eslavo o, cuando menos, un grupo fuerte de países eslavos. Desde la desembocadura del Elba hasta el mar Jónico corría una linea ininterrumpida de pueblos eslavos... Esta línea parecía determinar la frontera del mundo germánico»[24].

El movimiento de los eslavos también queda detenido algo más tarde como quedó el de los árabes. Durante bastante tiempo después, la situación es indecisa. La frontera entre las tribus germánicas y las tribus eslavas sufre alteraciones continuas. En líneas generales la oleada de los pueblos eslavos se mantiene firme aproximadamente desde el año 800 en el Elba.

Lo que podemos llamar la «antigua zona de asentamiento» de Occidente, estuvo bajo dominación y dirección de las tribus germánicas que, en conjunto, consiguieron mantener la frontera contra el ímpetu de las tribus migratorias. Esto es, los pertenecientes a las primeras oleadas migratorias defienden las fronteras contra las subsiguientes que inundan Europa. Estas últimas, que no pueden seguir avanzando, acaban asentándose lentamente en las fronteras del Imperio Franco. De esta manera va constituyéndose en torno a este imperio una corona de zonas de asentamiento incluso en los grandes espacios interiores de Europa. Las antiguas tribus nómadas se quedan como propietarias de la tierra. Los grandes movimientos se estabilizan y las nuevas invasiones de pueblos nómadas, que aún se producen de tiempo en tiempo, como la de los húngaros y, por último, la de los turcos, fracasan ante la mejor técnica de defensa y la fortaleza de los pueblos que ya están asentados.

13. Se había originado una situación nueva. No quedaba en Europa más espacio libre. No quedaba o, en todo caso, quedaba muy poca, tierra utilizable —utilizable de acuerdo con el grado de desarrollo de la técnica agrícola— que no estuviera ya en propiedad privada. El poblamiento de Europa, especialmente de sus grandes espacios interiores, considerado en su conjunto, fue mucho más completo que en cualquier época anterior, si bien es cierto que, comparativamente, tuvo menos densidad que la que se daría en los siglos posteriores. Y todos los signos apuntan a la conclusión de que, en la medida en que se apaciguaban las oleadas de los grandes movimientos migratorios, la población comenzaba a crecer. De este modo se transformó to-

do el sistema de relaciones entre los diversos pueblos y dentro de éstos.

En la Antigüedad tardía, la población del «país de civilización antigua» desciende de modo más o menos rápido. Con esta disminución desaparecen también las instituciones sociales que se corresponden con una densidad de población relativamente alta. La utilización del dinero en el interior de una sociedad, por ejemplo, está vinculada a cierto grado de densidad de población. Se trata de uno de los presupuestos inexcusables para la diferenciación del trabajo y la constitución de los mercados. Si, por las razones que sean, se reduce la población por debajo de cierta cifra, entonces se vacían automáticamente los mercados; se acortan las cadenas que se establecen entre quienes obtienen un bien de la naturaleza y quienes lo utilizan. El instrumento del dinero pierde su sentido. Este es el sentido en que se mueve la evolución a finales de la Antigüedad. El sector urbano de la sociedad se hace cada vez más pequeño. El carácter agrario de la sociedad aumenta. Este tipo de evolución pudo producirse de modo tanto más simple cuanto que la división del trabajo en la Antigüedad jamás fue tan compleja como en nuestra propia sociedad. Un porcentaje de los hogares urbanos se aprovisionaba directamente de las grandes posesiones esclavistas prescindiendo de los intermediarios autónomos del comercio o de la elaboración de los productos. Y como quiera que el transporte de bienes en largas distancias fue siempre muy dificultoso, dado el nivel de la técnica antigua, el comercio de larga distancia se mantuvo siempre limitado al transporte marítimo. En lo principal, los grandes mercados, las grandes ciudades, y el tráfico monetario más vivo, se daban casi siempre en zonas fluviales o marítimas. Las zonas de tierra adentro mantuvieron siempre un carácter de economía autárquica; el abastecimiento procedente de las propias posesiones nunca llegó a perder tan completamente su importancia para las capas urbanas como sucedería posteriormente en la sociedad occidental contemporánea. Con el descenso de la población, adquirió nueva importancia este aspecto de la estructura social de la Antigüedad.

Con la disminución de las emigraciones de los pueblos nómadas, se inició un movimiento en sentido inverso. Las invasiones y, finalmente, los asentamientos de tantas tribus nuevas, crearon la base para un nuevo poblamiento más extenso de todo el ámbito europeo. En la época carolingia, este poblamiento tenía casi por completo un carácter de economía hogareña en mayor medida incluso que en la época merovingia [25]; quizá sea expresión de ello el hecho de que el centro político —debido a las dificultades del transporte de tierra— aún se desplazará más al interior a un lugar en que, con excepción del imperio hitita, jamás llegó a encontrarse en ninguna de las unidades de dominación anteriores en la historia de Occidente. Puede suponerse que en este período la población comenzó a crecer de modo lento. En él empezamos a oír hablar ocasionalmente de roturaciones, lo cual es siempre un síntoma de que la tierra empieza a escasear y la densidad de la población a aumentar. Por supuesto se trata solamente de los inicios. Todavía no se han sedimentado los movimientos nómadas. Solamente a partir del siglo ix, comienzan a multiplicarse los signos de que la población crece con rapidez. Y poco después empiezan a aparecer síntomas ocasionales de

que en las zonas de los descendientes de los carolingios hay un proceso de superpoblación.

Disminución de la población al final de la Antigüedad, nuevo crecimiento lento en las condiciones modificadas de la época que sigue a las migraciones de los pueblos, un repaso sucinto será suficiente para recordarnos la curva del movimiento.

14. En la historia de los pueblos europeos se alternan las fases de un ex ceso de población manifiesto con las de una presión interior disminuida. Pero es preciso explicar lo que ha de entenderse por exceso de población. En una sociedad con elevado grado de industrialización, con una agricultura relativamente extensiva, con un comercio a larga distancia muy desarrollado y una forma de dominación que favorezca con su política aduanera al sector industrial en relación con el agrario, puede haber una cantidad de personas que vivan de modo relativamente cómodo, cantidad que supondría un exceso de población con todos los síntomas típicos de la situación en una sociedad de una economía natural con métodos agrarios extensivos y un comercio poco desarrollado. Por lo tanto, en principio llamamos «ex ceso de población» a un crecimiento tal de la población de una zona determinada que, con la estructura social existente, cada vez haga menos posible satisfacer las necesidades mínimas de los seres humanos. Por la experiencia que hasta ahora hemos tenido, únicamente cabe hablar de «exceso de población» en relación con determinadas formas sociales y con un determinado grado de necesidades, esto es, de exceso de población social.

En líneas generales, los síntomas de este exceso de población son siempre los mismos en las distintas sociedades: aumento de las tensiones en el interior de la sociedad, separación creciente entre aquellos que «tienen», esto es, en el caso de una sociedad con una economía predominantemente natural, que «tienen tierra», frente a aquellos que «no tienen» o, en todo caso, no tienen suficiente para alimentarse de acuerdo con sus necesidades y, dentro de los propios *«haves»,* una separación creciente entre los que tienen más y los que tienen menos. Alianza más intensa y más clara de los individuos que están en la misma posición social para defenderse de los que pretenden penetrar desde el exterior o, a la inversa, para conquistar las oportunidades que monopolizan los otros grupos. Además una presión creciente sobre las zonas vecinas que están menos pobladas o menos defendidas y por último incremento en las tendencias nómadas, impulso hacia la conquista o por lo menos hacia el poblamiento de nuevas tierras.

Es difícil afirmar que las fuentes de que disponemos sean suficientes para darnos una imagen adecuada del crecimiento demográfico de Europa en los siglos de los asentamientos y, sobre todo, de las diferencias de densidad demográfica de las distintas zonas.

Pero una cosa sí es cierta: al ir sosegándose lentamente los movimientos migratorios al terminarse las grandes luchas y debido a los cambios de propiedad entre los diversos pueblos, aparecen uno a uno todos los síntomas de este «exceso de población social», de un crecimiento rápido de la población con el cual también se trasforman las instituciones sociales.

15.Los síntomas de la presión demográfica creciente, se muestran pri-

meramente de forma especialmente clara en la zona del Imperio Franco-Occidental.

Aproximadamente en el siglo IX, y a diferencia del Imperio Franco-Oriental, va disminuyendo lentamente la amenaza que suponen las tribus extranjeras. Los normandos acaban pacificándose finalmente en la zona del imperio que recibe su nombre. Gracias sobre todo a la ayuda de la Iglesia Franco-Occidental, acaban empapándose rápidamente de la lengua y de la tradición general de su entorno y en las que se mezclan los elementos galorromanos con los francos. Además introducen factores nuevos en esa tradición. Sobre todo experimenta un gran impulso la organización administrativa en el marco de la dominación territorial. En todo caso, los normandos acaban cumpliendo su función como uno de los pueblos dentro de la alianza de la dominación territorial franco-occidental, especialmente la función decisiva de ser uno de los pueblos dirigentes en el desarrollo del conjunto de este Imperio.

Los árabes, los sarracenos, siguen provocando aún disturbios en las costas del Mediterráneo, pero, en líneas generales, a partir del siglo IX, apenas representan ya una amenaza para la subsistencia del Imperio.

En la zona occidental de Francia se encuentra el territorio del Imperio Alemán que, bajo los emperadores sajones, vuelve a ser poderoso. La frontera entre este Imperio y el franco-occidental apenas sufre modificación alguna, salvo escasas excepciones, desde el siglo X hasta el primer cuarto del siglo XIII[26]. En el año de 925 el Imperio reconquista Lotaringia, y en el de 1034, Borgoña. Por lo demás, la tensión no es especialmente fuerte a lo largo de esta línea hasta el año de 1226. Las tendencias expansionistas del Imperio se orientan en lo fundamental hacia el este.

En consecuencia, la amenaza exterior a que está sometido el Imperio Franco-Occidental es relativamente reducida. Pero también son reducidas las posibilidades de seguir una expansión más allá de las fronteras existentes. En especial, el este se encuentra cerrado al Imperio Franco-Occidental, a los efectos de conquistar nuevas tierras, ya sea debido a su densidad demográfica, ya a la fortaleza militar del Imperio.

Pero como quiera que desciende la amenaza del exterior, en el interior de esta zona comienza a aumentar notablemente la población. En los siglos posteriores al ix, la población aumenta de tal manera que probablemente es tan numerosa a comienzos del siglo ix como lo sería después a comienzos del xviii[27].

Es seguro que este movimiento no se produjo de modo lineal, pero, en líneas generales, la población creció de modo continuo, como lo muestra una serie de manifestaciones concretas que deben verse en su interrelación con el fin de entender la fuerza del movimiento en su conjunto y el sentido de las manifestaciones concretas.

Desde fines del siglo x y, más notablemente, desde el siglo XI, se hace evidente en el territorio franco-oriental el aumento de la presión para conseguir más espacio, la necesidad de nuevas tierras y de una mayor rentabilidad de las existentes.

Como se ha dicho, ya en la época carolingia se roturaron tierras de mo-

do ocasional y, sin duda, también en fechas anteriores. Pero, en el siglo XI, se acelera el ritmo y la cantidad de roturaciones. Se deforestan bosques enteros y, en la medida en que la técnica de la época lo permite, zonas pantanosas se convierten en zonas de cultivo. Aproximadamente desde el año 1050 hasta el de 1300, es la gran época de roturaciones en Francia[28], la conquista de nuevas tierras en el interior. Hacia 1300 este movimiento vuelve a hacerse más lento.

4. *ALGUNAS NOTAS SOBRE LA GÉNESIS SOCIAL DE LAS CRUZADAS*

16. La gran invasión procedente del exterior ha cesado. La tierra es fecunda. La población crece. El suelo, el medio de producción más importante, quintaesencia de la idea de propiedad y de riqueza en esta sociedad, se hace escasa. Las roturaciones, la explotación de nuevas tierras en el interior ya no alcanzan para remediar la escasez. Es necesario lanzarse a la busca de nuevas tierras más allá de las fronteras. Paralelamente a la colonización interna, se produce la externa, la conquista de nuevo suelo en otras zonas. Ya a comienzos del siglo XI, algunos caballeros normandos se trasladan al sur de Italia y alquilan allí sus servicios a los príncipes [29]. En 1029 se premia a uno de ellos por sus servicios con un pequeño pedazo de tierra en la frontera septentrional del condado de Ñapóles. Otros siguen este ejemplo, entre ellos algunos hijos de un pequeño señor normando, Tancredo de Hauteville. Este tiene doce hijos, ¿cómo podrían alimentarse todos del suelo paterno de acuerdo con el nivel de vida a que están acostumbrados? Ocho de ellos, pues, marchan a Italia meridional y acaban consiguiendo allí lo que no han de conseguir en la patria: el dominio de un trozo de tierra. Uno de los hermanos, Robert Guiscard, alcanza poco a poco la condición de jefe reconocido de los guerreros normandos en la lucha. Unifica los bienes o señoríos diseminados que los guerreros han ido consiguiendo. En el año de 1060 bajo su dirección, comienzan a pasar a Sicilia. En el de 1085, el año de la muerte de Robert Guiscard, los sarracenos han quedado arrinconados en el trozo suboccidental de la isla. Todo lo demás se encuentra bajo propiedad normanda y constituye un nuevo imperio normando feudal.

Este proceso no fue planeado de antemano. Al comienzo del mismo, no hay más que presión e inexistencia de oportunidades en la patria, la emigración de algunos individuos llamados por el éxito conseguido por otros. Al final surge un imperio.

Algo similar sucede en España.

Ya en el siglo X llegan a España caballeros franceses para ayudar a los príncipes españoles en su lucha contra los árabes.

Como ya se ha dicho, la zona franco-occidental, a diferencia de la franco-oriental, no limita con una amplia zona de colonización habitada por pueblos más o menos unificados. En la parte oriental, el Imperio impide una posterior expansión. El único camino inmediato está constituido por la península Ibérica. Hasta mediados del siglo XI, son individuos aislados o pequeños grupos de individuos los únicos que se atreven a cruzar los Pirineos;

poco a poco acaban siendo ejércitos. Los árabes, divididos en el interior, sólo pueden oponer una resistencia escasa. En 1085 se conquista Toledo; en 1094, bajo la dirección del Cid, Valencia, que poco después vuelve a perderse. La lucha tiene altibajos. En el año de 1095 un conde francés adquiere como leudo la zona reconquistada de Portugal. Pero sólo en 1147, con la ayuda de los cruzados de la segunda Cruzada, consigue su hijo tomar finalmente Lisboa v estabilizar allí, de algún modo, su dominio como Rev feudal.

Además de España, en la cercanía de Francia solamente existe una posibilidad de conquistar nuevas tierras al otro lado del canal. También en esa dirección marchan algunos caballeros normandos aislados, ya antes de la mitad del siglo XI. En 1066, el duque normando, con un ejército de caballeros normandos y franceses, invade la isla, la conquista y reparte de nuevo la tierra. Las posibilidades de expansión, las perspectivas de tierras nuevas en la cercanía de Francia, van haciéndose cada vez más restringidas. La mirada se dirige hacia la lejanía.

En 1095, antes de que los mayores señores feudales se pongan en marcha, una tropa al mando del caballero Walter Habenichts o Gautier Senzavoir, se pone en camino hacia Jerusalén, y es destruida en Asia Menor. En 1097, un poderoso ejército bajo la dirección de señores normandos y franceses, avanza hacia Tierra Santa. Los cruzados consiguen primeramente, que el emperador romano oriental les conceda las tierras que han de conquistar, a título de feudo y, después, siguen avanzando, conquistan Jerusalén y fundan nuevos señoríos territoriales feudales.

Nada permite suponer que esta expansión se hubiera orientado de modo inmediato hacia Tierra Santa de no haber sido por la influencia de la Iglesia y por la vinculación de la fe con los lugares sagrados. Pero tampoco es probable que hubieran llegado a producirse las Cruzadas de no haber sido por la presión interior de la zona franco-occidental, y por la presión que se padecía en todas las zonas de la Cristiandad latina.

Las tensiones en el interior de esta sociedad no solamente se manifestaban como una exigencia de tierra y de pan. En cuanto presión espiritual afectaban a la totalidad del ser humano. La presión social proporcionó la fuerza impulsora, igual que un motor proporciona la energía. Esta presión puso en marcha a los seres humanos. La Iglesia orientó una fuerza que ya existía de antemano; entendió la necesidad y le dio una esperanza y un objetivo fuera de Francia. La Iglesia dio a la lucha por conquistar nuevas tierras un sentido más amplio y una justificación. La convirtió en una lucha por la fe.

17. Las Cruzadas son una forma específica del primer gran movimiento de expansión y colonización de la Cristiandad occidental. En el período de las grandes migraciones a lo largo de los siglos, los pueblos del este y del noreste penetraron en las zonas occidentales y suroccidentales poblando densamente todas las tierras útiles de Europa hasta las fronteras más alejadas, las Islas Británicas. Finalmente la situación se estabilizó. El clima moderado, el suelo fecundo, y las fuerzas liberadas provocaron un crecimiento rápido de la población. El espacio se hízo demasiado reducido. En cierto modo, las oleadas de los pueblos se habían encontrado en un callejón sin

salida, y quienes en él estaban encerrados, trataban de regresar hacia el este, tanto en las Cruzadas, como en la propia Europa, en la cual fue ampliándose la zona de asentamiento alemán a lo largo de duras batallas siempre hacia Oriente, más allá del Elba, pasado el Oder, después hasta la desembocadura del Weichsel, hasta Prusia y, por último, hasta las tierras bálticas si bien es cierto que aquí sólo llegó la ola invasora de los caballeros alemanes pero no, en cambio, la de los campesinos.

Pero, precisamente este último fenómeno muestra con especial claridad las peculiaridades que conjuntamente con otras, distinguen a esta primera fase del exceso de población y expansión sociales respecto a las siguientes. A medida que avanza el proceso civilizatorio y, con él, la vinculación y regulación de los impulsos —y por razones de las que todavía hemos de hablar, avanza a mayor velocidad en las clases superiores que en las inferiores— disminuye lentamente la natalidad y, por regla general, más en las clases bajas que en las altas. Esta diferencia en el número medio de hijos de las clases altas y de las bajas es, generalmente, de una enorme importancia para el mantenimiento del nivel de vida de las primeras.

Aquella primera fase del crecimiento demográfico rápido en el Occidente cristiano, se diferencia de las fases subsiguientes por el hecho de que la clase dominante, el estamento guerrero o nobiliario, casi aumentaba al mismo ritmo que la clase de los siervos, de los vasallos, de los campesinos, esto es, de aquellos que trabajaban directamente la tierra. Es posible que la lucha por las oportunidades existentes (que, con el crecimiento de la población, habían de ser necesariamente menores para cada individuo), las peleas interminables que estas tensiones originaban, el elevado índice de mortalidad infantil, las enfermedades y las pestes, eliminaran de nuevo a una parte del exceso de población. Es posible, también, que la clase de los campesinos, relativamente desprotegida, se viera más afectada que la de los guerreros: además la libertad de movimientos de aquéllos era tan limitada y, sobre todo, tan difícil la comunicación y el intercambio entre las distintas zonas, que no había manera de que el exceso de mano de obra pudiera repartirse uniformemente de modo rápido y homogéneo en todo el país; por esta razón, mientras que en una zona se daba falta de mano de obra a consecuencia de los combates y la desolación de las pestes, del cultivo de nueva tierra o de la huida de los siervos, en otra zona había exceso de ella. De hecho poseemos documentos inequívocos de la misma época que hablan tanto de un exceso de vasallos en una zona como de los esfuerzos que hacían los señores en otra para conseguir vasallos libres, trabajadores, *hospites,* que trabajaran sus tierras [30], esto es, mano de obra a la que se ofrecían mejores condiciones.

Como quiera que sea, el rasgo decisivo de los procesos que se producen en esta época es que, en esta sociedad, no solamente había un exceso, un «ejército de reserva» de las personas trabajadoras libres o semi-libres, sino que también había un «ejército de reserva» de la clase alta, caballeros sin propiedad o sin la propiedad suficiente para mantener su nivel de vida. Solamente de esta manera es posible comprender la esencia de este primer movimiento de difusión occidental y de su expansionismo. No hay duda de

que los campesinos y los hijos de los siervos participaban de una u otra forma en las luchas de colonización, pero el aliento principal procedía del ansia de tierra de los caballeros. Las tierras nuevas sólo podían conquistarse por el uso directo de las armas. Los caballeros abrían camino con la espada, llevaban la dirección y constituían la parte mayor de los ejércitos. El exceso de individuos de la clase alta, de la nobleza, es el que dio su carácter especial a este primer período de expansión y colonización.

La fisura entre aquellos que, de algún modo poseían tierras y aquellos que no las poseían o no poseían suficientes, atraviesa toda esta sociedad. De un lado se encuentran los monopolistas del suelo, las familias guerreras, esto es, las casas de la nobleza, los señores territoriales en primer lugar y también los campesinos, siervos, personas semilibres, *hospites* que — con mayores o menores esfuerzos— están enraizados en un trozo de tierra que les alimenta. Del otro lado se encuentran las personas que han sido excluidas del disfrute del suelo, ya sean de la primera o de la segunda clase. Los excluidos del suelo pertenecientes a la segunda clase, esto es, a la clase de los no nobles — excluidos por la escasez de oportunidades o por la opresión de los señores— participan en los movimientos de emigración o de colonización, pero sobre todo constituyen el material humano de las comunas urbanas en proceso de surgimiento. Los excluidos de la otra clase, de la clase guerrera o, dicho más vulgarmente, los «segundones», aquéllos cuya herencia es demasiado pequeña, ya con relación a sus aspiraciones, ya para poder alimentarse, esto es, los «desposeídos» entre los caballeros, aparecen bajo las más diversas máscaras sociales a lo largo del siglo: como caballeros cruzados, como jefes de bandas, como soldados mercenarios al servicio de señores más importantes y también constituyen el material para las primeras formas del ejército permanente.

18. La frase tan conocida y tan citada de «no hay tierra sin señor», no es solamente un principio jurídico; es, también, una consigna social del estamento guerrero. Expresa la necesidad de los caballeros de tomar posesión de toda la tierra disponible. Tal fue el caso, antes o después, en todas las zonas de la Cristiandad latina. Todo trozo aprovechable de tierra, acaba siendo propiedad privada. Pero la demanda de tierra se mantiene o, incluso, crece; disminuyen, en cambio, las oportunidades de satisfacerla. Crece la fuerza expansiva al igual que la tensión en el interior de la sociedad. Pero la dinámica específica que caracteriza así a esta sociedad, no solamente moviliza a quienes no tienen lo suficiente, sino que también se comunica de modo forzoso a aquellos que disponen de suelo, que son ricos en tierra. La presión social se manifiesta en el caso de los caballeros empobrecidos, endeudados y fracasados, como un simple anhelo de conseguir un trozo de suelo así como la mano de obra necesaria que les alimente, de acuerdo con su nivel social. En el caso de los guerreros más ricos, de los grandes señores latifundistas y territoriales también se manifiesta como un ansia por conseguir nuevas tierras. Lo que en el sector inferior no es más que un sencillo anhelo de conseguir medios de subsistencia de acuerdo con el nivel social, se convierte en el sector superior en una necesidad de ampliar el dominio, en una necesidad de «más» tierra, y con ello, al mismo tiempo, más po-

der o más fuerza social. A su vez, esta necesidad de aumentar su propiedad que experimentan los señores territoriales más ricos y, sobre todo, los escalones más elevados de condes, duques y reyes, no se debe exclusivamente a un orgullo personal del individuo. Con anterioridad hemos mostrado en el caso de los carolingios franco-occidentales, y también de los Capetos, que en el marco de un proceso de socialización centrado en la propiedad del suelo y en la donación de tierra, también las casas reales se hundían irremediablemente cuando carecían de la posibilidad de conquistar más espacio. Y, cuando a lo largo de toda esta fase de la expansión externa e interna, vemos cómo los caballeros más pobres, y muchos otros ricos tratan de conseguir continuamente nuevas tierras y de aumentar el poderío de su casa, ello es expresión de la intensidad con que la estructura y situación de esta sociedad obliga a todos los sectores de la población a procurarse tierras, ya sea conquistando alguna en el caso de los que carecen de ellas, ya consiguiendo «más» en el caso de los más ricos.

Se ha dicho que este anhelo de poseer «más» propiedades, este anhelo de posesión es un rasgo específico del «capitalismo» y con ello de la época contemporánea. Por el contrario, la sociedad de la Edad Media se caracterizaría por contentarse con garantizar un ingreso justo de acuerdo con la condición social de cada uno.

Sin duda esto es cierto, dentro de ciertos límites, siempre y cuando se entienda que el deseo de conseguir «más» solamente se refiere al anhelo de conseguir más dinero. Pero, durante una buena parte de la Edad Media, la forma esencial de la propiedad no es la propiedad del dinero, sino la propiedad del suelo. El anhelo de posesión por conservar esta forma de expresión, tiene una forma y una dirección distintas; requiere formas de comportamiento diferentes a las necesarias en una sociedad con una economía monetaria y de mercado más o menos desarrollada. Posiblemente sea cierto que en la Edad Contemporánea aparezca por primera vez una clase social especializada en el comercio y cuyo afán se orienta a conseguir más dinero merced a un trabajo incansable. Las estructuras de la sociedad, que en el sector de economía predominantemente natural de la Edad Media se orientaban continuamente a la consecución de más medios de producción —aunque aquí y allí se den peculiaridades sociales estructurales— se pierden fácilmente de vista, porque ahora el afán no se orienta directamente a la consecución de más dinero, sino a la consecución de más tierra. A esto hay que añadir que, en aquella época, las funciones políticas y militares aún no se habían diferenciado de las funciones económicas en la medida en que lo harían luego paulatinamente en la sociedad moderna. La actividad militar, los afanes políticos y económicos, son en gran medida coincidentes y el anhelo de conseguir una riqueza mayor bajo la forma de la propiedad territorial es idéntico al anhelo de aumentar la esfera de poder señorial, de la soberanía y al intento de aumentar el poderío militar. El más rico en una determinada región, esto es, quien posee mayor cantidad de tierras, es también de modo inmediato el más poderoso desde el punto de vista militar, el que tiene mayor número de gente a su servicio; y es, al mismo tiempo, jefe militar y señor.

Precisamente porque en esta sociedad el propietario de un señorío territorial se encontraba en cierto modo enfrentado a los otros como un estado lo está hoy a los demás, la consecución de nuevas tierras por parte de un vecino, implicaba un peligro inmediato o mediato para los otros. Esto suponía, al igual que hoy, una alteración del equilibrio en un sistema de dominación que, por lo general, era muy inestable, en el que todos eran al mismo tiempo aliados y enemigos potenciales. Tal es, pues, el mecanismo sencillo que en esta fase de la expansión exterior e interior, mantenía en movimiento tanto a los caballeros más ricos y poderosos como a los más pobres; movimiento que se orientaba a evitar el engrandecimiento de los otros y a buscar continuamente el engrandecimiento del territorio propio. Cuando una sociedad se pone en movimiento de esta manera en una circunstancia en la que se da escasez de nuevas tierras y presión demográfica, aquel que no lucha mientras los demás lo hacen, que se limita a salvaguardar sus posesiones mientras los demás buscan su engrandecimiento, necesariamente perderá importancia, se hará más débil que los demás, y estará en peligro continuamente creciente de sucumbir ante ellos a la primera ocasión. Los caballeros y señores territoriales ricos de esta época no consideraban todo esto de un modo teórico y abstracto como estamos considerándolo aquí; antes bien, veían de modo muy concreto hasta dónde alcanzaba su impotencia cuando se asentaban en su vecindad otros más ricos en tierras y en poder, o cuando estos otros conquistaban nuevas tierras y nuevas esferas de poder en su vecindad. Ello puede verse de modo más detallado en el caso de los jefes de las Cruzadas como, por ejemplo, en el de Godofredo de Bouillon, quien vende y empeña su propiedad en su patria para buscar una nueva y mayor en otra parte y, efectivamente, acaba encontrando un reino. Lo mismo cabe demostrar, en una época posterior, en el ejemplo de los Habsburgos que, en su condición de emperadores, estaban poseídos por la idea del engrandecimiento del «poder de su casa» pero que, también en su condición de emperadores, eran absolutamente impotentes si no contaban con el resultado del poder propio. Precisamente a causa de su pobreza y de su impotencia fue elegido el primer Emperador de esta casa por los señores territoriales fuertes y celosos que, ante todo, tenían en cuenta su propio poderío. Igualmente cabe ejemplificar lo anterior de forma adecuada teniendo en cuenta la significación que la conquista de Inglaterra por el duque normando tuvo para el desarrollo del Imperio Franco-Occidental. De hecho, este crecimiento de poder de un señor territorial, supuso una alteración radical del equilibrio dentro de la alianza de señoríos territoriales que constituían este Imperio. El duque normando, que no estaba menos amenazado por las fuerzas centrífugas en su propio territorio, Normandía, que cualesquiera otros señores territoriales, conquistó Inglaterra, no para el conjunto de los normandos, sino, claramente para aumentar el poderío de su propia casa. Y el nuevo reparto del suelo inglés entre los guerreros que le acompañaron estaba destinado de modo explícito a poner fin al resultado de las fuerzas centrífugas en el nuevo ámbito de dominación, así como a impedir la constitución de grandes señoríos territoriales en suelo inglés. El reparto de tierras entre sus caballeros era algo absolutamente evidente y obligado

por las necesidades de la forma de dominación y de administración; pero el duque evitó ante todo entregar a individuo ninguno una zona de dominación cerrada y grande. Lo que hizo fue entregar a los sectores superiores, que podían reclamar superficies territoriales mayores para subvenir a sus necesidades, trozos de territorio más o menos dispersos por todo el país [31].

Al propio tiempo, con la conquista de Inglaterra, se había convertido automáticamente en el señor territorial más poderoso del Imperio Franco-Occidental. Tarde o temprano tendría que producirse una lucha entre su casa y la casa de los duques de Francia, los titulares de la Monarquía, una lucha por la supremacía en el Imperio y por la propia corona real. Sabido es en qué medida esta lucha entre los duques de Francia y de Normandía determinó el desarrollo de los siglos posteriores, cómo los señores de la *Isle de France,* por su lado, consiguieron restablecer lentamente el equilibrio por medio de la anexión de nuevas regiones y cómo finalmente, a lo largo de estas luchas, surgieron dos ámbitos de dominación a ambos lados del canal y dos naciones distintas. Pero, por supuesto, éste es sólo uno de los muchos ejemplos del automatismo de esta fase fuertemente dinámica de la Edad Media, que impulsaron a la consecución de tierras tanto a los caballeros más ricos como a los más pobres.

5. *EXPANSIÓN INTERNA DE LA SOCIEDAD: CONSTITUCIÓN DE NUEVOS ÓRGANOS E INSTRUMENTOS*

19. Los motores de esta expansión social, constituidos por la desproporción entre una cantidad creciente de individuos y un suelo que ya estaba todo repartido, impulsaban a la mayor parte de la clase dominante a emprender el camino de la conquista de nuevo suelo, camino que estaba cerrado en buena medida para los individuos de la clase dominada, para los trabajadores. Las fuerzas que, en este caso, apartaban a la gente del suelo, apuntaban, en gran medida, en otra dirección: la diferenciación del trabajo. Como ya se ha dicho las personas no libres que estaban excluidas de la propiedad del suelo, constituyeron el material fundamental para los primeros asentamientos de artesanos, que fueron cristalizando lentamente en torno a los señoríos con buen emplazamiento y que constituyeron los elementos originarios de las primeras ciudades.

Es cierto que ya había grandes aglomeraciones de personas —la palabra «ciudad» quizá dé una idea falsa— en la sociedad de la economía natural del siglo ix. Pero no se trataba de comunas que «vivían más de la artesanía y del comercio que del trabajo de la tierra o que tuvieran algún tipo de privilegios de instituciones peculiares[32]». Se trataba de burgos fortificados y, al mismo tiempo, de centros de administración agrícola de los grandes señores. Las ciudades de entonces habían perdido su unidad. Se trataba de piezas superpuestas, de grupos que, muy a menudo, obedecían a se-

ñores diversos y, por lo tanto, también a diversos señoríos en parte seculares, en parte espirituales, que dirigían sus respectivas actividades económicas. La economía señorial, el señorío, constituía el único marco de toda actividad económica. En lo esencial se producía y se consumía todo en el mismo lugar [33].

Pero en el siglo XI comenzaron a proliferar tales centros. Al igual que en el caso de la mayoría de las expansiones caballerescas los primeros que acudieron a estos centros rurales procedían de las clases sociales de las personas no libres, y eran, en su mayoría, desempleados, esto es, el exceso de la fuerza de trabajo. Por lo demás la actitud de los señores con relación a los recién llegados que, en cualquier caso, tenían que haber abandonado otro señorío con anterioridad, no siempre era la misma [34]. A veces les daban cierto margen de libertad; en la inmensa mayoría de los casos, sin embargo, esperaban y exigían de ellos los mismos servicios y prestaciones que exigían de sus siervos y vasallos. Pero las grandes aglomeraciones de estas existencias humanas acabaron transformando la relación de fuerzas entre el señor y las personas de clase inferior. Los recién llegados se fortalecieron aliándose, y consiguieron nuevos derechos en luchas muy cruentas y a menudo muy prolongadas. Las primeras estallaron en Italia. Poco después en Flandes; 1030 en Cremona, 1057 en Milán, 1069 en Mans, 1077 en Cambrai, 1080 en St. Quintín, 1099 en Beauvais, 1108-1109 en Noyon, 1112 en Laon, 1127 en St. Omer. Estas fechas, conjuntamente con las de la expansión caballeresca, dan una idea general, por lo menos, de las tensiones internas que, en esta fase pusieron en movimiento a la sociedad. Se trata de las primeras luchas de liberación de los trabajadores y de los burgueses. El hecho de que, después de muchas derrotas en las más diversas partes de Europa, éstos alcanzaran sus propios derechos y cierto grado de libertad, primero pequeño y luego más grande, en lucha contra el estamento guerrero, muestra la importancia de las oportunidades que les ofrecía el desarrollo social. Esta manifestación peculiar, esta consecución paulatina de las capas inferiores, trabajadoras y urbanas de la autonomía política y, finalmente —al principio bajo forma de una burguesía profesional—, de la dirección política, contienen la clave de casi todas las peculiaridades sociales que distinguen a las sociedades occidentales de las orientales y que dan a aquéllas sus rasgos específicos.

A comienzos del siglo XI, en lo esencial, no hay más que dos clases de personas libres, los guerreros o nobles y los clérigos; por debajo de éstos únicamente existen siervos, personas no libres, personas semilibres; hay *ceux qui prient, ceux qui combattent et ceux qui travaillent*[35].

Hacia 1200, esto es, en el curso de dos siglos o, dicho con mayor exactitud, sólo de un siglo y medio, puesto que este movimiento, al igual que las roturaciones y la expansión colonizadora, se fortalece y acelera especialmente a partir del año de 1050, hay una serie de asentamientos artesanos y de comunas urbanas que han conseguido sus propios derechos, su jurisdicción, sus privilegios y su autonomía. Aparece, pues, un tercer estamento de personas libres junto a los dos anteriores. Bajo la presión de la escasez del suelo y del crecimiento de la población, la sociedad se expande no sola-

mente en la superficie, sino en cierto modo también en el interior; se diferencia, crea nuevas células, y constituye nuevos órganos: las ciudades.

20. Pero con la creciente diferenciación del trabajo, con la constitución de nuevos y mayores mercados, con el lento intercambio en distancias cada vez mayores, crece también la necesidad de medios de intercambio móviles y unitarios.

Cuando el siervo o el vasallo aporta al señor sus impuestos, cuando la cadena que se establece entre los productores y los consumidores es corta y carece de eslabones intermedios, la sociedad no precisa unidad de cálculo alguno, no precisa de medio de intercambio al que hayan de remitirse todos los demás objetos intercambiados como si fuera una pauta común. Ahora bien, con el distanciamiento paulatino entre las personas que elaboran los productos y la unidad económica del señorío, con la formación de un artesanado económicamente independiente, y con el intercambio de productos entre varias instancias a lo largo de cadenas más prolongadas, se complica la red de actos de intercambio. Es necesaria, entonces, una medida única, móvil, un objeto de intercambio, al que quepa referir todos los demás. Cuando la división del trabajo y el intercambio se hacen más complicados y más intensos es necesario más dinero. El dinero es, de hecho, al mismo tiempo, una encarnación del entramado social y un símbolo de la interrelación de los actos de intercambio y de las cadenas humanas, a lo largo de las cuales un bien pierde su condición natural para alcanzar el estadio de consumo. El dinero es necesario cuando, dentro de una sociedad de intercambio, se constituyen cadenas más largas, esto es, cuando se da una cierta densidad de población, una imbricación social mayor y mayor diferenciación.

Por razones de espacio no podemos estudiar aquí más de cerca la cuestión de la desaparición paulatina de las relaciones económicas monetarias en muchas zonas de la Antigüedad tardía y su reaparición en el siglo xi aproximadamente, pero es necesaria una observación, por lo menos, acerca de este tema en relación con lo que hemos venido diciendo.

Resulta inexcusable señalar que, en realidad, el dinero jamás desapareció por entero en las más antiguas zonas de asentamiento de Europa. Durante toda la época hubo enclaves de economía monetaria en medio de la economía natural y, además, fuera del territorio carolingio, quedaron grandes zonas del antiguo Imperio Romano en las que la circulación monetaria nunca desapareció, como lo hizo en el imperio carolingio. En consecuencia siempre es posible preguntar, con razón, por los «antecedentes» de la economía monetaria en el Occidente cristiano, por los enclaves en los que esta economía nunca desapareció; cabe preguntar: ¿De dónde procedía la economía monetaria? ¿Cuáles fueron sus orígenes? ¿Y dónde aprendió la gente de nuevo el uso del dinero? Este planteamiento, esta orientación de la investigación tiene cierta importancia puesto que, de hecho, es difícil pensar que este instrumento hubiera entrado en uso de nuevo de modo tan rápido si no hubiera conocido un gran desarrollo en otras civilizaciones anteriores o vecinas, esto es, si no se le hubiera conocido en absoluto.

Pero de esta forma no aclaramos el aspecto más importante del proble-

ma de la reaparición de la circulación monetaria en Occidente. Queda por averiguar por qué la sociedad occidental utilizó relativamente poco dinero durante un largo período de su desarrollo, y por qué, posteriormente, fue creciendo poco a poco la necesidad y el uso del dinero con todas sus consecuencias modificadoras de la sociedad. Es preciso considerar los factores movilizadores y modificadores, y esta cuestión no se explica si se estudian solamente los antecedentes de la economía monetaria, esto es, si se examina el origen del dinero o de la economía monetaria. Sólo se explica si se investigan los procesos sociales reales que, tras la paulatina desaparición de la circulación monetaria en la decadencia del mundo antiguo, crearon nuevas relaciones humanas, formas de integración e imbricación que suscitaron una nueva necesidad de dinero: la estructura del tejido social se hacía más diferenciada. Una expresión de este proceso fue el resurgir del uso del dinero. Resulta absolutamente evidente que en ello cumplieron una función esencial no solamente la expansión interna de la sociedad, sino también los movimientos de emigración y colonización, que implicaron la movilización de la propiedad, y la aparición de nuevas necesidades por medio del establecimiento de relaciones comerciales a larga distancia. Todo movimiento aislado en el conjunto de los procesos influye sobre los otros alentándolos o restringiéndolos, y el entramado de los movimientos y tensiones comienza a complicarse notablemente con el aumento de la diferenciación social. No es posible aislar de modo absoluto los factores concretos; pero sin la diferenciación en el interior de la sociedad, sin la privatización de la tierra, sin un aumento intenso de la población, sin la constitución de comunas urbanas de comerciantes y artesanos autónomos, la necesidad de dinero en la sociedad, no hubiera aumentado de modo tan rápido, y el sector de las relaciones económicas monetarias no se hubiera podido incrementar a tanta velocidad. No es posible entender el dinero, la disminución o el aumento de su uso en sí mismos, sino que solamente puede entenderse todo ello desde el punto de vista de los seres humanos y de la estructura de las relaciones humanas. Las fuerzas primarias de esta transformación han de ir a buscarse en las modificaciones de la integración humana; no hay duda de que una vez que empezó a aumentar el uso del dinero, dio lugar a todo este movimiento, al aumento de la población, de la diferenciación, del crecimiento de las ciudades, hasta un punto de saturación.

«Los comienzos del siglo xi, todavía se caracterizan por la ausencia de grandes transacciones monetarias. En cierto modo la riqueza sigue siendo riqueza inmóvil en manos de la Iglesia y de los señores territoriales seculares»[36].

Luego crece paulatinamente la necesidad de medios de cambio móviles. El dinero acuñado de que se dispone ya no es suficiente. En un principio se acude a medios auxiliares, se hacen transacciones con ayuda de utensilios y de piezas de joyería, de metales nobles que se pesan con el fin de conseguir una unidad de medida; también los caballos cumplen una función como medidas de valor. Aparece nuevo dinero acuñado como respuesta a la necesidad creciente, esto es, piezas de metales nobles acuñados por las autoridades y de determinado peso. Es probable que, con la creciente nece-

sidad de medios móviles de intercambio, el proceso haya venido repitiéndose en diversos escalones; es posible que el intercambio con ayuda de medios auxiliares naturales o semi-naturales haya ganado terreno de vez en cuando siempre que la masa monetaria no fuera suficiente para satisfacer las necesidades crecientes. El aumento de la diferenciación y la interdependencia entre las relaciones humanas ha incrementado el volumen del comercio y de intercambio, el volumen monetario, y éste a su vez a aquél. Entre ambos procesos se dan continuas desproporciones.

En la segunda mitad del siglo xiii, por lo menos en Flandes y, en otras zonas algo antes o después, la riqueza tuvo que ser muy considerable y circular con bastante velocidad [37] «gracias a una serie de instrumentos que entre tanto se habían creado»: monedas de oro acuñadas —hasta entonces en Francia, al igual que hasta ahora en Abisinia, no se había acuñado dinero alguno; el que se utilizaba, que se encontraba en las tesorerías, eran monedas bizantinas de oro— y además dinero de cambio, letras de cambio y pagarés, todo lo cual son muestras de cómo iba condensándose la red invisible de cadenas de intercambio.

21. Pero ¿cómo podían establecerse relaciones de intercambio entre diversos lugares y regiones, así como una división del trabajo más allá de la esfera puramente local, cuando los medios de transporte eran insuficientes y cuando la sociedad era incapaz de transportar mercancías voluminosas a larga distancia?

Los ejemplos de la época carolingia ya nos mostraron cómo el Rey tenía que viajar de palacio en palacio acompañado de su corte con el fin de consumir sobre el lugar los productos de sus propiedades. A pesar de que estas cortes eran diminutas en comparación con las de la fase absolutista temprana, era tan difícil transportar las provisiones que necesitaban las personas para su sustento, que la costumbre era que las propias personas se trasladaran hacia las provisiones.

Sin embargo, en la misma época en que comenzaron a crecer de modo notable la población, las ciudades, las interrelaciones y los instrumentos de éstos, se desarrollaron también los medios de transporte.

En el mundo antiguo, los arneses de los caballos, al igual que los de todos los animales de carga y de tiro, eran poco adecuados para el transporte de pesos a larga distancia. Habría que preguntarse qué pesos y a qué distancias podían trasladarse, pero es evidente que esta forma de transporte era suficiente para la estructura y las necesidades de la economía antigua en el interior. Durante toda la Antigüedad, el transporte por tierra fue extraordinariamente caro [38], lento y penoso comparado con el transporte por agua. Prácticamente todos los grandes centros comerciales estaban emplazados en las costas o en ríos navegables. Y esta concentración del tráfico principal en las vías hidráulicas, resulta característica de la estructura de la sociedad antigua. En estos puntos, en las vías acuáticas y, sobre todo, en las costas, surgieron centros urbanos ricos y parcialmente muy poblados, cuyas necesidades de alimentos y artículos de lujo, solían satisfacerse con los productos procedentes de zonas muy distantes, y centros que también constituían puntos nodales, eslabones en cadenas diversificadas de un

transporte comercial de largo alcance. En las extensas zonas del interior que solamente estaban abiertas, en lo esencial, al tránsito de tierra, esto es, en la mayor parte del Imperio Romano, la población satisfacía sus necesidades primarias de modo inmediato con los productos del entorno. Dominaban aquí cadenas de intercambio muy cortas, esto es, lo que designamos de modo algo indiferenciado como «relaciones de economía natural»; el dinero era de uso relativamente poco frecuente y, en relación con los artículos de lujo, la capacidad adquisitiva de este sector de la economía natural de la Antigüedad era excesivamente baja. Por lo tanto, el contraste entre el pequeño sector urbano y las inmensas regiones del interior, era muy considerable. Como si fueran pequeños centros neurálgicos los grandes asentamientos urbanos se situaban a lo largo de las vías fluviales que atravesaban grandes masas de tierra y absorbían la fuerza de trabajo y los productos de éstas, hasta que, por último, con el hundimiento del aparato central de dominación y en parte debido a la lucha activa de los elementos rurales contra los señores urbanos, el sector agrario se liberó de nuevo del predominio de las ciudades, consiguiendo que al final se hundiera este sector urbano, pequeño, altamente diferenciado, con sus intensas interrelaciones y, de forma algo distinta, las relaciones de intercambio limitadas, regionales y las instituciones de la economía natural acabaron imponiéndose. Evidentemente, en este sector urbano de la sociedad antigua, no se sentía necesidad alguna de desarrollar más el transporte territorial; todo lo que su propia tierra no podía proporcionarle o sólo podía proporcionarle con costos de transporte muy elevados, llegaba de modo más cómodo por el agua.

Pero en la época carolingia, nos encontramos con una gran comunidad humana, a la que debido a la expansión árabe, se le cerraban las principales arterias comerciales del mundo antiguo en el Mediterráneo. Con esta exclusión del Mediterráneo, el transporte por tierra, el desarrollo de las redes de tráfico interior, alcanzaron una importancia que no tuvieron hasta entonces. El crecimiento de la red interior, abocó al desarrollo de los medios de transporte terrestre, con los cuales a su vez aumentó mucho esa red y el intercambio en el interior. Y si bien es cierto que, así como en la Antigüedad, los vínculos ultramarinos, esto es, el tráfico entre Venecia y Bizancio, entre las ciudades flamencas e Inglaterra volvieron a tener en seguida una importancia capital para el desarrollo de Occidente, el carácter específico de este desarrollo quedó ya decididamente determinado por el hecho de que la red de vínculos ultramarinos coincidía con una red cada vez más espesa de vínculos territoriales, y que también en el interior iban desarrollándose paulatinamente grandes centros comerciales y mercados. La mejora de los transportes terrestres, en comparación con la situación en la Antigüedad, es una muestra especialmente clara de esta diferenciación e interrelación crecientes de la sociedad en los espacios del interior europeo.

Como ya se ha dicho, en el mundo romano se había utilizado poco el caballo como animal de tiro. El tiro abrazaba el cuello del animal[39], lo cual quizá fuera muy útil para el jinete, con el fin de dominar a su montura y de dirigirla con facilidad. La cabeza alta, la postura «orgullosa» del caballo que solemos encontrar en los relieves de la Antigüedad, depende de esta for-

ma de colocar el arnés. Pero este método hacía que el caballo o, incluso, el mulo fueran relativamente inútiles como animales de tiro, especialmente para pesos muy pesados, que necesariamente tendrían que ahogarles.

Algo similar cabe decir de la forma del herraje. En la Antigüedad no se conocía la herradura de hierro, que da resistencia a la pezuña del caballo y permite el completo aprovechamiento de su fuerza al tirar.

Ambas cosas van cambiando lentamente a partir del siglo x. En la misma fase en la que se acelera paulatinamente el ritmo de las roturaciones, en la que la sociedad se diferencia y se constituyen mercados urbanos, en la que el dinero vuelve a estar en circulación como un símbolo del aumento de las interrelaciones, también hacen grandes progresos los medios de transporte por tierra, especialmente los aparejos para el aprovechamiento de la fuerza animal de tiro. Y esta mejora, por poco importante que pueda parecemos hoy, tuvo un significado en aquella época no menor al del desarrollo de la técnica de la maquinaria en la época posterior.

«En un celo constructivo intenso», como se ha dicho [40], va aumentando lentamente en el curso de los siglos XI y XII, el aprovechamiento del trabajo animal. El punto principal de apoyo para el tiro en la carga, pasa del cuello al pecho. Aparece la herradura de hierro y en el siglo XIII se crea la moderna técnica de tiro para el caballo y para los bueyes. Se han echado los cimientos para construir un transporte por superficie de pesos pesados a largas distancias. En esta misma época aparece el carro de ruedas y también se inicia el empedrado de los caminos. Con el desarrollo de la técnica del transporte, el molino de agua alcanza una importancia que nunca tuvo en la Antigüedad. Comienza a merecer la pena transportar el grano a mayores distancias [41]. También esto fue un paso en el camino de la diferenciación y de la interrelación, de la distinción de funciones dentro del ámbito cerrado del señorío agrícola.

6. *ALGUNOS ELEMENTOS NUEVOS DE LA ESTRUCTURA DE LA SOCIEDAD FEUDAL EN COMPARACIÓN CON LA ANTIGUA*

22. El cambio de comportamiento y de vida afectiva al que llamamos «civilización», depende de la interrelación intensa de los seres humanos y de su creciente interdependencia. En cierto modo hemos podido ver la formación de esta interrelación en los escasos ejemplos que hemos podido aducir. Y ya en esta fase relativamente temprana, el tipo de interrelación social de Occidente es distinto en ciertos puntos al de la Antigüedad. El tejido de la sociedad comenzó a diferenciarse de nuevo, utilizando las instituciones que habían quedado a su alcance, procedentes de la época anterior, que conoció una diferenciación mayor. Pero las condiciones en las cuales se produjo esta nueva diferenciación, así como la forma y orientación de la propia diferenciación, se distinguían en muchos aspectos de la de la fase anterior.

Se ha hablado de un «renacimiento del comercio» en los siglos XI o XII.

Si este renacimiento supone una resurrección de ciertas instituciones de la Antigüedad, no hay duda de que esta opinión es correcta. Sin la herencia de la Antigüedad no se hubiera conseguido identificar y dar solución a los problemas con que se enfrentaba la sociedad en el curso de este desarrollo. En cierto sentido se trata de una construcción elevada sobre cimientos antiguos. Pero el motor del movimiento no residía en el «aprendizaje» de la Antigüedad; residía en el propio interior de esta sociedad, en sus automatismos, en las condiciones bajo las cuales tenían que vivir los seres humanos. Y, desde luego, estos automatismos, estas condiciones, no eran las mismas que en la Antigüedad. Está muy extendida la idea de que sólo con el Renacimiento consiguió Occidente alcanzar el nivel de la Antigüedad, para «superarlo» después. Pero, ya se trate de una «superación», de un «progreso», o no, las leyes de la construcción y las líneas del desarrollo, que se diferencian de las existentes en la Antigüedad, no empiezan a perfilarse en el Renacimiento sino, con una cierta claridad, ya en la fase primitiva de la expansión y del crecimiento de la que hemos venido hablando aquí.

Vamos a detenernos en dos diferencias estructurales: en la sociedad de Occidente se carecía de la fuerza de trabajo barata que suponían los prisioneros de guerra, los esclavos o, cuando se contaba con esta fuerza de trabajo —y nunca llegó a faltar del todo— ya no tenía función importante alguna en el conjunto de la estructura de la sociedad. Esta carencia imprimió, desde el comienzo, una dirección distinta al desarrollo social.

No menor importancia tuvo otra circunstancia que ya se ha mencionado. El repoblamiento no se produjo, como antaño, en torno a un mar, ni tampoco exclusivamente a lo largo de los cauces fluviales, sino, en gran medida, tierra adentro y siguiendo las vías de transporte terrestre. Estos dos fenómenos que se encuentran muy a menudo en interrelación directa, confrontaban a los miembros de la sociedad occidental desde el principio con problemas que la sociedad antigua no había necesitado resolver, y cuya influencia orientó por cauces nuevos el desarrollo social. El hecho de que los esclavos tuvieran escasa importancia en el cultivo de las propiedades agrarias, puede deberse bien a la ausencia de grandes reservas de esclavos, bien al hecho de que la cantidad de siervos autóctonos fuera suficiente para satisfacer las necesidades de la clase de los guerreros. Como quiera que sea, en conexión con la escasa significación del trabajo de los esclavos, faltan también las leyes sociales típicas de una economía esclavista. Sobre el telón de fondo de estas leyes sociales distintas obtenemos la perspectiva adecuada de la peculiaridad de la sociedad occidental. No solamente la división del trabajo, sino también la interrelación de los individuos, la interdependencia entre las clases superiores e inferiores y, con esta la condición emocional de las dos se desarrollan de un modo distinto en una sociedad con esclavos que en una sociedad en la que se da en mayor o menor medida el trabajo libre. Tampoco las tensiones sociales e, incluso, las funciones del dinero son idénticas en una u otra sociedad, por no hablar ya de la importancia que tiene el trabajo libre para el desarrollo de la organización laboral.

Bastará aquí con contraponer los procesos que dan su aspecto específi-

co a la civilización occidental con un resumen sucinto de los otros procesos que se producen en una sociedad que tiene mercados de esclavos desarrollados. En esta sociedad esclavista los procesos son tan objetivos como en la primera. A título de resumen de la investigación actual, se ha hecho el siguiente esquema de los mecanismos de una sociedad que se fundamenta en el trabajo esclavo [42]:

«...El trabajo esclavo afecta a la fuerza productiva del trabajo libre de tres maneras: es causa de que una serie de trabajadores se retire de la producción para dedicarse a la supervisión y a la defensa nacional; contribuye a difundir una animadversión general hacia el trabajo manual y hacia cualquier forma de actividad concreta. Y, más en especial, expulsa a los trabajadores libres de las ocupaciones que se destinan a los esclavos. Al igual que, de acuerdo con la ley de Gresham, la mala moneda expulsa a la buena, la experiencia ha demostrado que en cualquier tipo de ocupación o serie de ocupaciones, el trabajo esclavo expulsa al libre, de forma tal que hasta es difícil encontrar trabajadores para los grados más elevados de una actividad siempre que resulte necesario hacer el aprendizaje en los escalones más bajos, junto a los esclavos.

»Lo anterior produce graves consecuencias, por cuanto que los hombres expulsados de estas ocupaciones no son lo suficientemente ricos para vivir del trabajo de los esclavos. En consecuencia, tienden a formar una clase ociosa intermedia que se busca la vida como puede, la clase que los economistas modernos llaman "blancos pobres" o "basura blanca" y que los estudiosos de la historia romana conocen con el nombre de "clientes" o *faex romuli*. Esta clase pone especialmente de manifiesto la intraquilidad social y el carácter militar y agresivo del estado esclavista...

»Una sociedad de esclavos es, por lo tanto, una sociedad dividida tajantemente en tres clases: amos, blancos pobres y esclavos. Y la clase media es una clase ociosa que vive de la comunidad, de la guerra o de la clase superior.

«Pero todavía hay otro resultado. La animadversión general hacia el trabajo productivo conduce a un estado en el que los esclavos tienden a ser los únicos productores y las ocupaciones a las que se dedican, las únicas industrias del país. En otros términos, para asegurar su riqueza la comunidad descansará en ocupaciones que, a su vez, no admiten cambio o adaptación alguna a las circunstancias y que, a menos que suplan las deficiencias del trabajo por medio de la reproducción biológica se encuentran en una necesidad perpetua de capital. Pero este capital no se puede encontrar en ninguna otra parte de la comunidad. En consecuencia hay que ir a buscarlo fuera, y una comunidad de esclavos tendrá una tendencia a realizar guerras agresivas o a convertirse en deudora de capital de los vecinos que tienen un sistema de trabajo libre...»

La ocupación de esclavos expulsa antes o después a los trabajadores libres en la medida en que se considera que la actividad es indigna. Junto a la clase superior no trabajadora de propietarios de esclavos se constituye una clase media ociosa. A causa del trabajo de los esclavos, la sociedad depende de una forma de organización del trabajo simple, de una organiza-

ción técnica manejada por los esclavos y que, precisamente por ello, no es susceptible de transformaciones, de mejoras y de adaptación a situaciones nuevas. La reproducción del capital depende de la reproducción de los esclavos, esto es, de modo directo, o indirecto, del éxito de las expediciones guerreras, de la fertilidad de las reservas de esclavos y, además, nunca es calculable en la medida en que lo es en una sociedad en que no se compran seres humanos completos para toda la vida, sino solamente prestaciones laborales individualizadas de seres humanos que son más o menos libres desde un punto de vista social.

Desde esta perspectiva resulta comprensible la importancia que tuvo para todo el desarrollo de la sociedad occidental, el hecho de que, aun aumentando la población en la Alta Edad Media, faltaran los esclavos o, por lo menos, no tuvieran una importancia relevante. Desde el principio, la sociedad se puso en marcha en un sendero distinto al de la Antigüedad romana [43]. Las leyes que la regulaban eran muy diferentes. Uno de los primeros síntomas de ello fueron las revoluciones urbanas de los siglos XI y XII, la liberación paulatina de los trabajadores, de quienes huían de la vinculación a la gleba, de los burgueses, frente al poder de los señores feudales caballerescos. De este punto parte una línea continua que conduce a la transformación de Occidente en una sociedad caracterizada por el hecho de ser una colectividad de trabajadores. La inexistencia de esclavos importados y de trabajo esclavo, otorga a los trabajadores, aun considerados como una clase inferior, un peso social muy considerable. A medida que aumenta la interdependencia de los seres humanos, y que van haciéndose objeto de comercio el suelo y los productos del suelo, sujetos ahora también a las leyes que regulan el dinero, las clases dominantes no trabajadoras, los guerreros o nobles, incurren en dependencia de las clases bajas o medias de trabajadores, esto es, va incrementándose el poderío social de éstas. El ascenso de las clases burguesas hasta convertirse en clases dominantes es otra expresión de estas leyes. Y, exactamente al contrario de lo que sucedía en la sociedad esclavista de la Antigüedad, en la que las personas libres de la sociedad, al menos en parte considerable, eran excluidas del trabajo, en la sociedad occidental y como consecuencia del trabajo de las personas libres, aumentó la interdependencia generalizada, de forma que incluso los pertenecientes a las antiguas clases dominantes y ociosas, se sumaban progresivamente al círculo de la división del trabajo. Igualmente el desarrollo técnico de Occidente, el desarrollo del dinero hasta convertirse en una forma específica del «capital», característica de Occidente, tuvo como presupuesto la ausencia de trabajo esclavo y el desarrollo del trabajo libre.

23. Tal es, a grandes rasgos, uno de los ejemplos de las líneas de desarrollo específicamente occidentales que van desde la Edad Media hasta la Edad Contemporánea.

Una importancia similar tuvo el hecho de que el asentamiento en la Edad Media no se produjera en torno al mar. Como hemos dicho, las primeras oleadas de pueblos nómadas, al llegar a tierras de Europa, se habían dedicado a una interacción comercial intensa y a la integración de grandes unidades territoriales solamente en las zonas costeras y, muy especialmente

en las zonas costeras del mar Mediterráneo. Así fue en el caso de Grecia y, sobre todo, en el de Roma. La dominación romana fue extendiéndose lentamente por toda la cuenca del gran mar interior y acabó abarcándolo por entero. «Sus fronteras exteriores, en el Rin, en el Don, en el Eufrates y en el Sahara, constituían un enorme círculo defensivo que impedía el acceso al cinturón costero. No hay duda alguna de que el mar constituye el fundamento de la unidad política y económica del Imperio Romano» [44].

También los pueblos germánicos comenzaron a presionar en un principio en dirección al mar Mediterráneo y, desde los comienzos, fundaron sus reinos por doquier en la zona del antiguo Imperio que rodeaba al mar, al que los romanos habían llamado *Mare nostrum* [45]. Los francos no pudieron avanzar más porque encontraron ocupadas todas las regiones costeras. Intentaron penetrar por la violencia y todos estos cambios y luchas probablemente trastornaron y destruyeron las comunicaciones en el ámbito del Mediterráneo. Desde luego, con la irrupción de los árabes, desapareció definitivamente la importancia que antiguamente tuvo el Mediterráneo como vía comercial, como medio de relación, fundamento y centro de aquel gran desarrollo cultural del territorio europeo. Con esta invasión desaparecieron por entero unos vínculos que ya estaban muy desgastados. El mar romano se convierte, en buena medida, en un mar árabe. «Se rompe el vínculo que unía a Europa oriental con Europa occidental, al imperio bizantino con el imperio germánico en el Occidente. La invasión del Islam... en efecto tuvo como consecuencia que aquellos vínculos retrocedieran a la situación en que se encontraban en los primeros tiempos de la historia» [46]. Expresado en otros términos: con excepción de algunos grandes valles fluviales, y de algunas calzadas militares, jamás hasta entonces se había producido en las tierras del interior de Europa una sociedad tan compleja y, con ellas un modo de producción tan diferenciado.

Todavía resulta difícil decidir si, en realidad, fue la irrupción árabe la principal responsable de que se iniciara un desarrollo social centrado fundamentalmente en el interior del continente. El poblamiento de los espacios europeos por las tribus de las emigraciones bárbaras, puede haber contribuido a ello considerablemente. Pero, desde luego, lo que tuvo una importancia decisiva para la orientación del desarrollo de la sociedad europea occidental y central, fue el estrangulamiento temporal de las principales arterias comerciales de la época.

Por primera vez en la historia en la época carolingia, una extensión de territorio bastante grande se agrupaba en torno a un centro situado en una zona muy alejada tierra adentro. La sociedad tenía que acometer la tarea de desarrollar con más intensidad las comunicaciones con el interior. Cuando por fin lo consiguió en el curso de los siglos, también aquí la herencia de la Antigüedad se enfrentó a condiciones nuevas. Este desarrollo fue el origen de formaciones que la Antigüedad no había conocido. En función de ello pueden entenderse ciertas diferencias entre las unidades de integración de la Antigüedad y aquellas otras que iban produciéndose paulatinamente: estados, naciones, como quiera que llamemos a estas unidades; se trata, en gran medida, de pueblos que se agrupan en torno a centros o capitales tie-

rra adentro y que se mantienen en relación por medio de caminos del interior.

Si, más tarde, los centros occidentales no intentaron y desarrollaron una colonización costera o a lo largo del curso de los grandes ríos, sino una colonización de las grandes zonas del interior, y si de hecho, Occidente ocupó y pobló posteriormente otras partes de la tierra, los presupuestos de esta dinámica se encuentran en la constitución de formas de comunicación del interior del territorio que no dependían del trabajo esclavo, realizadas en la propia metrópoli. También los comienzos de este desarrollo se originan en la Edad Media.

Aquí se encuentran igualmente los primeros impulsos para un desarrollo en el que el sector rural del interior de la sociedad se encuentra en una situación de interdependencia desconocida hasta la fecha con la división diferenciada del trabajo y las amplias redes de interrelaciones de intercambio.

Nadie puede afirmar hoy que una vez iniciado este camino, la sociedad occidental tuviera que seguir por él de un modo fatal. Hay todo un conjunto de mecanismos, que hoy no son visibles en absoluto, y que actuaban para mantenerla y estabilizarla en tal sentido. Pero es importante observar que esta sociedad, en una época tan temprana, inició un camino en el que había de mantenerse durante la época posterior. Resulta fácil imaginarse que, visto desde la perspectiva del desarrollo de la sociedad secular, todo este período, la Edad Media y la Edad Moderna, puede considerarse como una sola época, como una gran «Edad Media». Y también es muy importante ver que la Edad Media, en el sentido estricto de la palabra, no es aquel «bosque petrificado», de que se habla a menudo, sino que se daban en ella fases y sectores llenos de movimiento, precisamente en aquella dirección en la que había de seguir el movimiento posteriormente, en la Edad Moderna, fases de expansión, división progresiva del trabajo, transformaciones y revoluciones sociales, mejora de los instrumentos de trabajo. Asimismo había, por supuesto, sectores y fases en los que las instituciones y las ideas eran más firmes y, en cierto modo, «petrificadas». Pero también este intercambio entre las fases y los sectores en plena expansión, y otras fases y otros sectores en los que se luchaba más por la supervivencia que por el desarrollo, y en que las instituciones sociales eran más estáticas, es propio de la época moderna, cuando el ritmo del desarrollo social e incluso de este cambio fue mucho más rápido que en la Edad Media.

7. *GÉNESIS SOCIAL DEL FEUDALISMO*

24. Los procesos de expansión social, tienen límites. Tarde o temprano se agotan. También el movimiento de expansión que comenzó, aproximadamente, en el siglo XI, acabó deteniéndose poco a poco. Cada vez resultaba más

difícil a los caballeros franco-occidentales hacerse con nuevas tierras mediante las roturaciones. Prácticamente no quedaban tierras allende las fronteras o sólo cabía conseguirlas mediante luchas muy intensas. Tras los primeros asentamientos quedó también paralizada la colonización en las zonas costeras del Mediterráneo oriental. Sin embargo la población guerrera siguió creciendo. Los sentimientos, los impulsos de esta clase señorial, estaban menos sometidos a las dependencias sociales y a los procesos civilizatorios que los de las clases altas posteriores. El predominio de los hombres sobre las mujeres seguía siendo algo indiscutible. «En cada página de crónicas de esta época se habla de caballeros, barones, grandes señores, que tienen ocho, diez, doce niños varones e incluso más» [47]. El llamado sistema «feudal» que aparece claramente en el siglo XII y, en cierto modo, se estabiliza en el xiii, no es otra cosa que la forma definitiva que toma este movimiento de expansión en el sector agrario de la sociedad. En el sector urbano el movimiento se mantuvo aún durante algún tiempo bajo otra forma, hasta que también encontró su culminación en el sistema cerrado de gremios. Cada vez resulta más difícil hacerse con tierra a todos los guerreros de esta sociedad que no disponen cuando menos de un pedazo, que no disponen de propiedades. Igualmente cada vez resulta más difícil conseguir nueva tierra, y aumentar sus propiedades a las familias que sólo poseen una propiedad muy reducida. Las relaciones de propiedad se anquilosan. El ascenso social se dificulta progresivamente. Y, en consecuencia, se anquilosan también las diferencias estamentales entre los guerreros. Cada vez se afirma más la jerarquía de la clase nobiliaria, que se corresponde con las diversas magnitudes de la propiedad territorial. Los diferentes títulos que antaño designaban el grado en el servicio o, como diríamos hoy la «posición funcionarial» van consolidándose poco a poco y adquiriendo un sentido nuevo: se vinculan con el nombre de una familia determinada como expresión de la extensión de su propiedad territorial y, al mismo tiempo, de su poderío militar. Las familias ducales son los descendientes de aquellos servidores del Rey que antaño habían sido representantes de éste en un territorio determinado; poco a poco acaban convirtiéndose en señores feudales más o menos independientes sobre la totalidad del territorio y, dentro de él, en propietarios de bienes más o menos extensos no enfeudados. Algo similar sucede con los condes o *comtes.* Los *vicomtes* son los descendientes de un hombre al que el conde ha nombrado en su lugar como vizconde sobre una pequeña región y que, ahora dispone de esta pequeña región como propiedad hereditaria. Los *seigneurs* o *sires* son descendientes de un hombre a quien el conde empleó en la administración de uno de sus burgos fortificados o castillos o que, incluso, se ha construido un castillo él mismo en la pequeña región que administraba[48]. Posteriormente, el castillo y la tierra que le rodea se convierten en propiedad hereditaria de su familia. Todo el mundo conserva lo que tiene. Nadie se deja arrebatar nada desde arriba. Y desde abajo nadie puede ascender. La tierra se ha repartido por entero. Una sociedad que se expandía hacia dentro y hacia fuera, y en la que no era muy difícil a cualquier guerrero ascender, conseguir tierra o aumentar la que tenía, esto es, una sociedad con unas oportunidades o posiciones relati-

vamente abiertas, se convierte en una sociedad con posiciones más o menos cerradas en el curso de algunas generaciones.

25. En la historia suelen darse procesos que implican transiciones desde las fases con grandes posibilidades de ascenso y de expansión a otras en las que se reducen las posibilidades de satisfacer las necesidades de prestigio social y de ascenso, fases que suponen una consolidación de las posiciones propias y una interrelación más intensa entre quienes se encuentran en la misma posición. Nosotros mismos nos encontramos inmersos en una transformación de este tipo modificada por la elasticidad especial de la sociedad industrial, por la posibilidad que tenemos de abrirnos nuevas oportunidades en un sector cuando otro se cierra y por el diferente grado de desarrollo de las zonas interdependientes. Pero, con una visión de conjunto, no todas las crisis implican un impulso en una dirección determinada ni toda coyuntura un impulso en otra, sino que la tendencia general de la sociedad señala, en un principio, cada vez más claramente en la dirección de un sistema de posiciones cerradas.

Es posible reconocer fácilmente estos períodos debido a cierto agostamiento de los espíritus, al menos entre los menos favorecidos, a un endurecimiento y una fosilización de las formas sociales, a los intentos de rebelión desde abajo y, como se ha dicho, a la mayor cohesión de quienes están en posición similar dentro del orden jerárquico.

Tomados uno a uno, los procesos que se dan en una sociedad de economía predominantemente natural discurren por cauces distintos a los que se dan en una sociedad de economía monetaria, aunque no de modo menos riguroso. Lo que puede parecer especialmente incomprensible a primera vista al observador posterior en el proceso de feudalización, es el hecho de que ni los reyes, ni los duques, ni los escalones jerárquicos inferiores pudieran evitar la transformación de sus vasallos en propietarios de feudos más o menos independientes. Pero precisamente la generalización de este fenómeno es la que muestra la fortaleza de los automatismos sociales que actuaban en la época. Más arriba hemos bosquejado las leyes que regían aquella sociedad guerrera de economía natural y que producían el lento hundimiento de la casa real cuando el titular de la corona no conseguía expandirse, esto es, no conseguía conquistar nuevas tierras. Procesos análogos produjeron en toda sociedad guerrera la reducción de la posibilidad de expansión y de la amenaza exterior. Se trata de las leyes típicas de una sociedad basada en la propiedad de la tierra, en la que las interrelaciones comerciales no tenían gran importancia y en la que toda propiedad territorial era más o menos autárquica, mientras que la alianza militar defensiva u ofensiva, constituía la forma primaria de integración de grandes extensiones.

Los guerreros viven en la alianza tribal, reunidos en grupos, con una relativa dependencia. Más tarde se extienden por todo el país. Al aumentar en cantidad, pero al abarcar un territorio más amplio se pierde también la protección que antaño facilitaba la tribu o el grupo al individuo. Las familias aisladas que viven de sus propiedades en los castillos, separadas unas de otras por grandes distancias, los guerreros individuales, señores de estas familias y, señores al mismo tiempo sobre una cantidad mayor o menor

de siervos, vasallos y personas semilibres de diferentes categorías, se encuentran ahora más aislados que antes en una zona muy extensa. Poco a poco, van estableciéndose en todo el territorio nuevas formas de relaciones entre los guerreros, en relación con el aumento de su cantidad y de las distancias de las que vienen, del mayor aislamiento del individuo y de las leyes que rigen la propiedad territorial.

Con la disolución paulatina de la tribu y con la mezcla entre guerreros germánicos y personas pertenecientes a la clase alta galorromana, con la difusión de los guerreros en una amplia zona, el individuo ya no tiene otra posibilidad de protegerse frente al socialmente superior, que ponerse bajo la protección de otro más poderoso. A su vez, estos poderosos no tienen más posibilidad de protegerse frente a quienes tienen igual poder, frente a los que disponen de una propiedad territorial similar y, por lo tanto, de un poderío militar análogo, que valerse de guerreros que ponen a su disposición sus servicios militares, sus armas, y a quienes, en consecuencia, hay que dar tierra, o protegerles la tierra que ya tienen.

Se establecen así vínculos personales. El guerrero aislado jura una alianza con otro. Quien ostenta la posición superior en el ejército y dispone de la mayor propiedad territorial —y lo uno condiciona a lo otro de tal modo que un cambio en uno de los aspectos supone tarde o temprano un cambio en el otro— es «señor feudal», el socialmente débil es el «vasallo» quien, en ciertas circunstancias, también puede tomar bajo su protección, a cambio de sus servicios, a otros guerreros que todavía disponen de menos tierra y que por tanto son más débiles en medios de producción y en capacidad militar. La realización de tales alianzas individuales es, en principio, lo único que asegura a los hombres protección frente a los hombres.

El «sistema feudal» contrasta de modo especial con el sistema tribal. Con la disolución de éste, aparecen nuevas integraciones y nuevas formas de agrupación. El individualismo experimenta un gran impulso, fortalecido por la movilidad y la tendencia expansionista de la sociedad. Se trata de un individualismo frente a la organización tribal y, parcialmente también, frente a la organización familiar, al igual que, más tarde, habrá un nuevo avance del individualismo frente a la organización feudal, a la organización gremial, a la organización estamental y, nuevamente, frente a la organización familiar. El juramento de vasallaje no es otra cosa que la confirmación de la alianza de protección entre guerreros individuales, la consagración ceremonial de la relación individual entre un guerrero que proporciona tierra y protege y otro guerrero que presta servicios. En la primera fase de este movimiento, el Rey es siempre una de las partes en este juramento. En su condición de Rey conquistador dispone prácticamente de todo el suelo y no presta servicio alguno; se limita a conceder tierra. El siervo se encuentra en el otro extremo de la pirámide. No dispone de suelo alguno, y únicamente presta servicios o, dicho de igual modo, realiza prestaciones. Todos los escalones entre estos dos extremos tienen, en principio, una doble faz. De arriba a abajo otorgan tierra y protección y de abajo a arriba prestan servicios. Pero esta red de dependencias, según la cual los de arriba dependían de los servicios, en especial de los servicios guerreros, mientras que los de

abajo dependían de la concesión de tierras o de protección, alimentaba tensiones que abocaban a dislocaciones muy concretas. El proceso de la feudalización no es otra cosa que una de estas dislocaciones necesarias dentro de la red de dependencias. En un momento determinado, en todo Occidente resulta que la necesidad de servicios que tienen los señores es mayor que la necesidad de protección que tienen los respectivos vasallos siempre que éstos dispongan de un pedazo de tierra. Esta situación alienta a las fuerzas centrílugas en una sociedad en la cual cada trozo de tierra alimenta a su señor. Tales son las leyes simples que rigen estos procesos en cuyo decurso a lo largo de toda la escala jerárquica de la sociedad guerrera los servidores de antaño se convierten en propietarios autónomos de sus feudos, mientras que los títulos de los servicios se transforman en indicadores del rango social, en concordancia con el tamaño de la propiedad y del poderío militar.

26. Estas dislocaciones y sus mecanismos no son difíciles de comprender en sí mismas siempre que el observador posterior no se empeñe en aplicar a las relaciones entre los guerreros de la sociedad feudal las ideas procedentes de lo que él denomina «derecho». Los hábitos mentales de la propia sociedad son algo tan poderoso que el observador posterior se ve casi obligado de modo inconsciente a preguntar: ¿Por qué permitieron los reyes, los duques, los condes, que se les arrebatara el poder sobre el suelo que ostentaban desde el principio? ¿Por qué no hicieron valer «su derecho»?

Pero aquí no se trata de lo que en una sociedad más diferenciada podemos llamar «cuestiones jurídicas». Precisamente, el requisito para la comprensión de la sociedad feudal es que no se consideren las «formas jurídicas» propias como si fueran el derecho por antonomasia. Las formas jurídicas corresponden en cada época a la estructura de la sociedad. La elaboración de normas jurídicas universales y escritas que corresponden a las formas de propiedad de la sociedad industrial presuponen un grado elevado de interdependencia social así como la existencia de instituciones centrales que, en el ámbito de su jurisdicción aseguran la vigencia de un derecho igual y que tienen fuerza suficiente para garantizar el cumplimiento de los contratos escritos, de la ley escrita y de las decisiones de sus representantes autorizados, incluso cuando alguien se opone a ello. El poder que en la Edad Contemporánea respalda los derechos y las pretensiones de propiedad, no es visible inmediatamente. Este poder es tan inmenso en relación con los individuos, tan evidente la certidumbre de su existencia y la amenaza que de él emana, que sólo en raras ocasiones tiene necesidad de enzarzarse en una lucha violenta para probar su existencia. De aquí procede la inclinación a considerar este derecho como si fuera vigente por sí mismo, como si hubiera caído del cielo, como si fuera «el derecho» por antonomasia, que estaría en vigor aunque el aparato del poder no le sostuviera o, incluso aunque el aparato del poder tuviera otra estructura.

Las líneas de mediación entre el aparato jurídico y el aparato del poder, son hoy mucho más largas en consonancia con la diferenciación social más rica. Y como quiera que la maquinaria jurídica trabaja muy a menudo con independencia de la maquinaria del poder, aunque no siempre y no comple-

lamente, resulta fácil olvidarse de que el derecho en nuestra sociedad, como en cualquier otra, es una función de la estructura social, una expresión de las relaciones sociales de fuerza, un símbolo del grado de dependencia y vinculación de los diversos grupos sociales o —lo que viene a ser lo mismo— un símbolo de las relaciones sociales de fuerza [49].

En la sociedad feudal esta situación era más evidente. La interdependencia de los seres humanos y de las regiones era menor. No existía maquinaria del poder estable que dominara la totalidad del territorio. Las relaciones de propiedad se regulaban de modo inmediato según el grado de la dependencia recíproca y de la fuerza social real*. En la sociedad industrial

* Observación sobre el concepto de la fuerza social. «La fuerza social» de un individuo o de un grupo es un fenómeno complejo. En relación con el individuo aislado, esta fuerza no es nunca idéntica con su fuerza individual o corporal y, en relación con todo un grupo no es idéntica a la suma de las fuerzas de los individuos. Pero, en ciertas condiciones, la fuerza y la destreza físicas pueden constituir elementos esenciales de la fuerza social. La parte que corresponda a la fuerza física en el contexto de lo social dependerá de la estructura general de la sociedad, y de la posición del individuo en ella. Por su estructura y por su constitución, la fuerza social es tan distinta como la estructura y la composición de las propias sociedades. En la sociedad industrial, por ejemplo, una gran fuerza social, puede acompañar a un escaso vigor físico de un individuo, aunque haya habido fases en el desarrollo de esta sociedad en la que el vigor corporal era de gran importancia para alcanzar la fuerza social.

En las sociedades de guerreros feudales, la fortaleza física era un elemento inexcusable de la fuerza social, pero aquélla por sí sola, no era determinante de ésta. De modo relativamente simplificado cabe decir: la fuerza social de un hombre en la sociedad guerrera viene a ser igual a la extensión y la fertilidad de la tierra de que dispone. Su vigor físico constituye sin duda alguna un elemento esencial de este poder; quien no sabe luchar como un guerrero, ni utilizar su propio cuerpo para la defensa y el ataque, apenas tiene oportunidad de conseguir propiedad en esta sociedad a largo plazo. Pero quien consigue disponer de una cantidad grande de tierra se convierte en monopolista de uno de los medios de producción más importantes y, en consecuencia, posee la fuerza social, esto es, las oportunidades de trascender su propio vigor individual. Puede ceder algo de tierra a otros que dependan de ella, y asegurarse de este modo sus servicios. El hecho de que su fuerza social sea tan grande como la superficie y la fertilidad del suelo sobre el que dispone de hecho, indica al mismo tiempo que es tan grande como su comitiva, su ejército, y su poderío militar.

Pero al mismo tiempo está también claro que este señor depende de los servicios para mantener y defender su tierra. Esta necesidad de servidores, es un elemento importante en la fuerza social. Cuando crece esta dependencia de los servicios, disminuye la fuerza social. En cambio, si crece la necesidad y la demanda de tierra por parte de los desposeídos aumenta la fuerza social de quienes disponen del suelo. La fuerza social de un ser humano o de un grupo, sólo puede expresarse completamente por medio de proporciones y éste es un ejemplo simple de tal proporción.

En realidad, una investigación más detallada sobre la fuerza social requeriría otro volumen. No es preciso insistir en la importancia que tiene esta fuerza para la comprensión de los procesos sociales del pasado y del presente. El «poder político» no es otra cosa que una forma determinada de la fuerza social. En consecuencia, no se puede comprender el comportamiento ni los destinos de los hombres, de los grupos, de las clases sociales, de los estados, si no se toma en consideración su fuerza social

hay una especie de relación que, en cierto modo, cabe comparar con la relación entre los guerreros o señores territoriales en la sociedad feudal y a la luz de la cual pueden hacerse comprensibles las leyes de dicha relación. Se trata de la relación entre los estados. En estas relaciones, el factor declaradamente decisivo es la fuerza social, en la que es absolutamente determinante el poderío militar junto a la interrelación e interdependencia recíprocas originadas en la complejidad económica de la sociedad. Por supuesto este potencial militar, a su vez, al igual que en la sociedad guerrera, está determinado de modo esencial por la magnitud de la fertilidad del territorio, por la cantidad y potencia de la mano de obra que de él se alimentan.

Las relaciones entre los estados no están sometidas a ningún derecho del tipo del ordenamiento jurídico que tiene vigencia dentro de ellos. Falta una maquinaria adecuada de poder que pueda respaldar a un derecho interestatal de esta naturaleza. La existencia de un derecho internacional sin aparato de poder no elimina la circunstancia de que, a largo plazo, las relaciones entre los pueblos se regulan de modo exclusivo según las relaciones de fuerza, y que, todo cambio en esas relaciones de fuerza, todo engrandecimiento de un país dentro de los diversos sistemas de equilibrio de la tierra —teniendo en cuenta, además, que se da una interdependencia creciente—, tiene que implicar necesariamente una debilitación automática del poder de los demás países.

También aquí se fortalece la tensión entre los *haves* y los *have not,* entre aquellos que tienen demasiado poco según sus aspiraciones y su tren de vida y aquellos que tienen suficiente tierra y medios de producción para sus aspiraciones. Y estas tensiones se agravan de modo automático a medida que la sociedad burguesa se acerca en este campo a la situación de un «sistema de sociedad cerrada».

Hay algo más que una analogía accidental entre las circunstancias de los señores nobles aislados en la sociedad feudal y los estados en la sociedad industrial. La similitud tiene su razón de ser en la curva de desarrollo de la propia sociedad occidental. A lo largo de este desarrollo y de la interdependencia creciente que va generando se establecen relaciones análogas, entre ellas formas jurídicas vigentes en principio, en pequeñas unidades territoriales que luego abarcan a formas territoriales de integración en escalones superiores en un orden más elevado, si bien es cierto que, con la transición a otros órdenes, también se produce cierta modificación cualitativa.

Vamos a tratar de mostrar la importancia que para la transformación del comportamiento y de la vida emotiva, para el proceso civilizatorio, tiene este otro proceso cuya imagen comienza a dibujarse ahora, esto es, la constitución de unidades de integración cada vez mayores, relativamente

real, con independencia de lo que los mismos interesados dicen y creen. El propio juego político perdería gran parte de su carácter azaroso y misterioso, si se pudiera analizar la red de relaciones sociales de fuerza de todos los países. La elaboración de métodos exactos con esta finalidad constituye una de las muchas tareas de la sociología en el futuro.

pacificadas en el interior y permanentemente dispuestas a la guerra exterior.

De hecho, las relaciones entre los distintos señores feudales, se parecen a las de los estados en la actualidad. Desde luego, la interdependencia económica, el sistema de intercambio, la división del trabajo, entre los distintos señoríos territoriales en los siglos X y xi, eran incomparablemente más reducidos que entre los estados, como también era más reducida la dependencia económica de los guerreros entre sí. De importancia decisiva para la relación entre los señores aislados eran su respectivo potencial bélico, la cantidad de sus seguidores y la extensión de las tierras de las que disponían realmente. Es un hecho comprobado que, en esta sociedad ningún juramento de fidelidad, ningún contrato podía resistir frente a las modificaciones de la fuerza social; algo similar a lo que sucede hoy en las relaciones entre los estados. La lealtad vasallática, se regulaba en último término y de modo muy estricto, según el grado real de dependencia entre los aliados, según la relación entre la oferta y la demanda, entre aquellos que proporcionaban tierra y protección de un lado, y precisaban servicios en el sentido más amplio del otro, y aquellos que, de un lado, prestaban los servicios y, de otro, necesitaban la tierra y la protección. A medida que fueron haciéndose más difíciles la expansión, la conquista o la anexión de nuevas tierras, quedaron en posición ventajosa quienes prestaban servicios y recibían tierra; este es el marco dentro del cual se produjeron las dislocaciones que tuvieron lugar en esta sociedad y abocaron a la independencia de los servidores.

En esta sociedad la tierra es siempre «propiedad» de aquel que dispone sobre ella de modo eficaz, de aquel que ejerce realmente los derechos de propiedad y tiene la fuerza suficiente para defender lo que posee. Por consiguiente, quien tiene que enfeudar la tierra con el fin de conseguir servicios, se encuentra siempre en desventaja frente al que recibe, frente al que presta los servicios, frente al feudatario. Desde luego, el «señor feudal» tiene «derecho» sobre la tierra enfeudada, pero es el feudatario quien dispone de ella de modo eficaz. Lo único que todavía une al feudatario con el señor feudal, una vez que aquél ha recibido la tierra, es la protección de todo tipo que obtiene. No obstante, la protección no es siempre necesaria. Los reyes de la sociedad feudal son fuertes cuando los feudatarios precisan de su protección, de su dirección, para hacer frente a la amenaza de enemigos exteriores y, desde luego, cuando conquistan nuevas tierras y tienen más propiedades que repartir, mientras que son débiles cuando sus feudatarios no se ven amenazados y ya no queda más tierra por repartir. Por un proceso análogo, los señores feudales de cualquier rango ven mermado su poder cuando carecen de tierra que repartir, y los feudatarios no necesitan de su protección.

El señor feudal en cualquier grado de jerarquía puede utilizar la violencia contra unos u otros de sus feudatarios para obligarles a mantener sus promesas, e incluso puede emplear la violencia para expulsarles de sus tierras; pero no puede hacerlo con todos ni siquiera con muchos de ellos, puesto que el señor siempre necesita los servicios de un guerrero —ya que nadie

piensa en armar a los siervos— para expulsar a otro, o bien necesita tierras nuevas para retribuir nuevos servicios. Ahora bien, para llevar a cabo la conquista, necesita asimismo de nuevos servicios. Esta es la vía que, de hecho, siguió el Imperio Franco-Occidental a lo largo de los siglos x y XI, hasta quedar dividido en una serie de señoríos territoriales cada vez más pequeños. Cada barón, cada vizconde, cada señor, dispone de su castillo o de sus castillos sin límite alguno, como un gobernante sobre el Estado. El poder de los señores feudales nominales, de las autoridades centrales, es escaso. Es el resultado de los mecanismos activos que operan entre la oferta y la demanda, que hacen que el feudatario que dispone realmente de la tierra, no precise tanto la protección del señor feudal como éste, en cambio, precisa los servicios que aquél presta. Con ello llega a su culminación la disgregación de la propiedad, la transferencia del suelo del dominio de los reyes al poder secundario de la sociedad guerrera en su conjunto; esto, y no otra cosa, es la «feudalización». Pero el sistema de tensiones sociales que se origina en esta fuerte desintegración contiene, asimismo, el impulso de una nueva dirección hacia una centralización nueva.

8. *GÉNESIS SOCIAL DE LOS TROVADORES Y DE LOS MODALES CORTESANOS*

27. En el proceso de feudalización cabe distinguir dos fases: una fase de desintegración extrema, de la que acabamos de hablar, y una fase en la que el movimiento comienza a tener sentido contrario y en la que aparecen las primeras formas de una nueva reintegración. Tomando como punto de partida esta situación de desintegración extrema, comienza un largo proceso histórico en cuyo decurso extensiones de terreno y masas humanas cada vez mayores, van interrelacionándose hasta que, finalmente, se convierten en unidades organizadas de integración.

«En los siglos X y XI, aumenta la desintegración. Parece como si nadie fuera capaz de conservar una fracción de poder lo suficientemente grande para ejercer una acción de cierta importancia. Los feudos, las posibilidades de dominación, los derechos, se fragmentan más y más... De arriba a abajo, a lo largo de toda la escala jerárquica, la autoridad se encuentra en proceso de desintegración total.

«Posteriormente, ya en el siglo XI y, muy en especial, en el XII, se produce una reacción. Aparece un fenómeno que se ha repetido bastantes veces en la historia bajo formas diversas. Los señores territoriales que están mejor situados y tienen mayores oportunidades, se apropian de todo el movimiento de feudalización; dan una nueva orientación al derecho feudal que comienza a cristalizar; lo fijan en perjuicio de sus vasallos. Sus propósitos se benefician de ciertas grandes correspondencias de carácter histórico... Y esta reacción se manifiesta, en primer lugar, en el sentido de una consolidación de la posición conquistada de antemano»[50] .

Después de la transición paulatina que sufre la sociedad de guerreros desde una fase móvil con unas posibilidades individuales relativamente ele-

vadas de ascenso y expansión, a una fase de posiciones cada vez más cerradas en la que cada uno trata de mantener y consolidar lo que tiene, el centro de gravedad vuelve a desplazarse entre los guerreros que se encuentran repartidos por todo el país como *reguli,* como reyezuelos en sus castillos; los escasos señores feudales ricos y poderosos ganan aún más fuerza social en detrimento de los muchos señores menores.

En las páginas que siguen se expondrá con mayor detenimiento el mecanismo monopolístico que comienza a funcionar en este momento. Por ahora nos limitaremos a mencionar un factor en esta maquinaria que cada vez actúa más decididamente en beneficio de los pocos grandes, y en perjuicio de los muchos pequeños: se trata de la importancia que adquiere la comercialización progresiva. La red de interdependencias, el juego de oferta y demanda de tierras, de protección y servicios en la sociedad escasamente diferenciada del siglo X y del siglo XI, tiene una estructura muy simple. Este entramado comienza a complicarse lentamente en el siglo XI, y con mayor intensidad y rapidez en el XII. Con los medios de que hoy disponemos es muy difícil determinar con exactitud el crecimiento del tráfico comercial y de los valores monetarios que entran en circulación en la época. Únicamente esta investigación nos daría la posibilidad de estudiar verdaderamente las transformaciones en las relaciones sociales de fuerza. Conviene recordar, cuando menos, que la diferenciación del trabajo, del sector del tráfico mercantil y monetario en la sociedad, crecen de continuo, si bien es cierto que, durante mucho tiempo, la forma natural de la economía continúa siendo predominante. Este crecimiento del tráfico mercantil y monetario, es mucho más favorable a los intereses de los pocos señores ricos que a los de la gran cantidad de los señores pobres. Estos siguen viviendo, en líneas generales, en sus propiedades, igual que lo habían hecho hasta entonces. Siguen consumiendo de modo directo lo que producen estas propiedades y su relación con la red de relaciones comerciales y de intercambio es mínima. Aquéllos, en cambio, gracias a los excedentes de producción de sus propiedades, entraban en la red de las relaciones comerciales. Además, los asentamientos de artesanos y comerciantes, las ciudades, se situaban cada vez en número mayor al amparo de las fortalezas y de los centros administrativos de los grandes señoríos territoriales; y por muy oscilantes que hayan sido las relaciones entre los grandes señores y las comunas situadas en sus territorios, por mucho que se hayan movido entre la desconfianza, la enemistad, la lucha abierta y los tratados de paz, en último término, aquellas comunas fortalecían a los grandes señores como también lo hacían los impuestos que pagaban; además ofrecían la posibilidad de escaparse del círculo eterno de la enfeudación del suelo a cambio de servicios y de la apropiación de lo enfeudado por parte de los feudatarios, posibilidades que contrarrestaban a las fuerzas centrífugas. Debido a la participación directa o indirecta de los grandes señores en la red comercial, ya comercializando productos naturales u operando con metales nobles acuñados o sin acuñar, en estas cortes acabó acumulándose una riqueza que no existía en las de los pequeños señores. Estas oportunidades se enfrentan a una demanda creciente de oportunidades, a una oferta también creciente por parte de gue-

rreros poco afortunados o de otras personas excluidas de la propiedad del suelo. Cuanto más reducidas sean las posibilidades de expansión, más unmeroso es el ejército de reserva de todas las clases, incluida la clase alta. En esta clase hay muchos que se dan por contentos cuando, a cambio de cualquier servicio en las cortes de los grandes señores, encuentran alguna forma de acomodo, vestimenta y manutención. Y a veces, en casos muy extraordinarios y por una gracia especial de algún gran señor, reciben un trozo de tierra, un feudo. La suerte corrida por Walter de Vogelweide, muy conocida en Alemania, es absolutamente representativa a este respecto de las vidas de muchos hombres en Francia. En el contexto de estos procesos sociales puede intuirse, en cierto modo, qué cantidad de humillaciones, amarguras inútiles y desengaños se esconden bajo la exclamación de Walter: «¡Tengo un feudo!».

Gracias al aumento de posibilidades, las cortes de los grandes señores feudales, de los reyes, de los duques, de los condes, de los grandes barones o, por emplear una expresión más general, de los señores territoriales, absorben una cantidad mayor de seres humanos de su entorno. Procesos muy análogos se producirán unos cien años después en las cortes de los príncipes y reyes absolutos, si bien a un nivel de integración superior. En esta segunda época, la interrelación de la sociedad, el desarrollo del tráfico comercial y monetario son ya tan grandes, que el señor dispone de un ingreso fiscal regular procedente de todo el territorio y de un ejército de hijos de campesinos y de burgueses, mantenido con estos ingresos fiscales, al mando de oficiales nobles y que puede contrarrestar en todo el país las fuerzas centrífugas y los anhelos de autonomía de los señores territoriales nobles. En el siglo XII, en cambio, la integración, la interdependencia del tráfico y del comercio, todavía no están tan adelantados. En zonas de la extensión de una monarquía, todavía es completamente imposible hacer frente a la larga a las fuerzas centrífugas. Incluso en territorios del tamaño de un ducado o de un condado sigue siendo difícil doblegar a los vasallos que pretenden arrebatar sus tierras a la dominación del señor feudal y, en la mayoría de los casos, sólo se consigue tras luchas muy prolongadas. El aumento de la fuerza social de los grandes señores feudales, se debe, ante todo al tamaño de su propiedad, a su posesión no enfeudada; los propios titulares de la corona no se diferencian a este respecto en absoluto de los otros grandes señores feudales. Los beneficios que, gracias al tamaño de su propiedad territorial, pueden conseguir todos ellos del comercio y del tráfico monetario, les dan el predominio, incluso la superioridad militar sobre los caballeros menores, autónomos, especialmente en cuanto al alcance de su territorio. Las malas condiciones de los caminos y de los transportes de la época resta casi toda la eficacia a la acción del poder central, todo lo cual es coherente y explica por qué, en esta etapa del desarrollo, los señores poseedores de una propiedad territorial de tamaño medio, menor que la de un rey o «Estado» en el sentido posterior de este término, pero mayor que las demás posesiones de los otros caballeros, tuvieron una función social especial.

Con esto no estamos sosteniendo, sin embargo, que en esta fase del des-

arrollo la mera extensión territorial hubiera podido constituir una maquinaria de dominación y administración realmente estable. La interdependencia de las regiones y la penetración del dinero en los países todavía no estaban tan adelantadas que permitieran a los principales señores feudales de una zona constituir un cuerpo de funcionarios pagados exclusiva o predominantemente con dinero que posibilitara una centralización estricta. Todavía fue necesario reñir muchas e interminables batallas hasta que los duques, los reyes, los condes pudieran imponer su fuerza social dentro de su propio territorio; y cualquiera que fuera el resultado de estas batallas, los vasallos, los caballeros menores y medianos, seguían conservando sus derechos y sus funciones señoriales en sus respectivas posesiones, donde continuaban actuando como reyezuelos. Pero mientras que las cortes de los grandes señores feudales se poblaban, mientras que sus tesoros se llenaban, y los bienes entraban y salían, la gran mayoría de los caballeros bajos continuaban llevando una vida autárquica y a menudo miserable; estos caballeros extraían de los campesinos lo que cabía extraer de ellos, alimentaban mal que bien a algunos servidores y a sus numerosos hijos e hijas y se enzarzaban en continuas peleas. El único modo en que estos caballeros menores podían aumentar el producto de sus campos era el saqueo de los ajenos, sobre todo el pillaje en las zonas de las abadías y de los monasterios y, poco a poco, a medida que el tráfico monetario y la necesidad de dinero fueron aumentando, el asalto a las ciudades y a los transportes de mercancías y las ganancias que se derivaban de los rescates de prisioneros. La guerra, el robo, el asalto y el pillaje constituían una vía regular de ingresos de los guerreros que se encontraban en economías naturales y, además, la única que les era accesible. Y cuanto mayores eran sus estrecheces, más obligados estaban a llevar esta forma de vida.

La comercialización y monetarización paulatinamente crecientes, beneficiaban, pues, a los pocos señores territoriales ricos en perjuicio de la masa de caballeros menores. Pero la supremacía de los reyes, duques y condes no era, en modo alguno, tan grande como lo sería después, en la época del absolutismo.

28. Como ya se ha dicho, es frecuente encontrar en la Historia otros cambios de orientación similares. Las grandes diferencias, entre la gran burguesía y la pequeña burguesía resultarán familiares al observador del siglo XX. También aquí, después de una fase de libre competencia, con oportunidades de ascenso y posibilidades de enriquecimiento relativamente altas, tanto para los propietarios pequeños como para los medianos el péndulo ha oscilado de nuevo en perjuicio de los más débiles desde el punto de vista económico y en beneficio de los grupos económicamente fuertes. Quien sólo tiene una propiedad pequeña o mediana, tiene muy escasas posibilidades de hacerse con un patrimonio mayor, con exclusión de algunos sectores de reciente implantación. Aumenta la dependencia de los pequeños y medianos en relación con los grandes. Y mientras las oportunidades de los primeros se reducen, aumentan de continuo las de los segundos.

Algo análogo se produjo en la sociedad caballeresca franco-occidental de últimos del siglo XI y comienzos del XII. Se habían agotado las posibili-

dades de expansión del sector agrario de la sociedad, que era fundamentalmente de economía natural. A pesar de sus muchas dificultades la división del trabajo, el sector comercial, se encontraban en proceso de expansión y de crecimiento. La gran mayoría de los señores territoriales caballerescos extraía escaso provecho de esta expansión. En cambio los grandes señores territoriales, los más ricos, obtenían ventajas de este proceso y se beneficiaban de él. De esta manera se produjo en la propia sociedad caballeresca feudal una diferenciación cargada de consecuencias para la actitud vital y la forma de vida.

«La sociedad feudal como un todo», dice Luchaire en su insuperable descripción de la sociedad en el tiempo de Felipe Augusto[51], «con exclusión de una élite... apenas había cambiado sus costumbres desde el siglo IX. Prácticamente por doquier, el señor feudal sigue siendo un espadón brutal y ladrón; acude a la guerra, se pelea en los torneos, pasa la época de paz dedicado a la caza, se arruina por sus despilfarros, oprime a los campesinos, agobia a los vecinos y saquea las posesiones de la Iglesia.»

Las clases sociales que siguen el sendero de la creciente división del trabajo y de la monetarización son dinámicas; las otras se estancan y solamente con muchas resistencias y de modo pasivo, se integran en la corriente de las fuerzas cambiantes. Sin duda no es enteramente correcta la afirmación de que esta o aquella clase «carece de historia»; pero lo que sí puede decirse es lo siguiente: las condiciones vitales de los señores o de los caballeros menores, cambian con mucha lentitud. No toman parte inmediata ni activa en el intercambio, en la corriente monetaria, en el rápido movimiento con que se desplaza la sociedad. Y cuando, finalmente, les llegan los golpes y sacudidas de los movimientos sociales, tienen siempre consecuencias desagradables. Se trata de trastornos que los señores y los campesinos no comprenden en la mayoría de los casos y a menudo odian; a no ser que, con la reducción del fundamento autárquico, sean absorbidos más o menos rápidamente por las clases que se mueven a mayor velocidad. Estos señores se alimentan de lo que producen sus tierras, sus establos y el trabajo de sus siervos. En este sentido no se produce cambio alguno. Si hay escasez y se desea mayor cantidad de producto, se consigue mediante la violencia, mediante expediciones de robo y de saqueo. Es un modo de vida sencillo, fácil de comprender e independiente; los señores y, más larde también los campesinos son (y en cierto modo siguen siendo) los dueños de su tierra. Los impuestos, el comercio, el dinero, los aumentos o descensos de los precios del mercado son manifestaciones externas y a menudo hostiles, procedentes de otro mundo.

El sector de economía natural de la sociedad que, durante la Edad Media y bastante tiempo después, incluía a la mayor parte de los hombres que vivían en sociedad no permanece inmutable en esta época temprana ante los cambios histórico-sociales. Pero al margen de diversas alteraciones, el ritmo de las transformaciones sustanciales en este sector de la economía es muy pequeño, comparado con las modificaciones en otros sectores. No se trata de un sector «sin historia», pero lo cierto es que para una gran cantidad de seres humanos en la Edad Media y, para un número algo menor

después, en la Edad Moderna, hay una perpetuación de las mismas condiciones vitales. Se produce y se consume año tras año fundamentalmente en el lugar y en el marco de la misma unidad económica; sólo más tarde se hará visible una interdependencia mayor, capaz de trascender los límites de la localidad, con otros sectores de la sociedad. La división y la técnica del trabajo, que avanzan tan rápidamente en el sector comercializado, se transforman aquí de modo muy lento.

Y también posteriormente se imponen aquí las coacciones peculiares, las regulaciones y represiones estrictas del espíritu que configuran a los seres humanos en el entramado monetario. Y en el de la mayor división de funciones, con su número creciente de interdependencias visibles e invisibles. En este sector la vida impulsiva y el comportamiento se adaptan de modo lento y renuente al avance de la civilización.

Como ya se ha dicho, en la Edad Media y bastante después este sector agrario, de economía natural, con su elemental división del trabajo, su escasa interdependencia más allá de los límites locales y su fuerza inercial, abarca a la mayor parte de la población. Para comprender realmente el proceso civilizatorio, es necesario no perder de vista esta polifonía de la historia, el ritmo lento en el cambio de unas clases, el más rápido en la transformación de otras y la proporción que se da entre ambos. Los señores que dominan este gran sector agrario del mundo medieval, que se mueve tan lentamente, los caballeros, en su mayor parte apenas están condicionados en sus comportamientos y en sus impulsos por las relaciones monetarias; en su gran mayoría no conocen otro instrumento para conseguir su sustento —y, en consecuencia, ninguna otra dependencia inmediata que la espada—. Lo único que puede obligarles a contenerse es el peligro de la derrota física; el riesgo de guerra con un enemigo evidentemente superior, esto es, la coacción directa y física procedente del exterior. Por lo demás dan rienda suelta a sus sentimientos en todas las penas y alegrías de la vida. Su tiempo —y el tiempo es, como el dinero, una función de la interdependencia social— no está condicionado por dependencia o interrelación algunas y, por lo tanto, no está sometido a una división o regulación continuada. Lo mismo puede decirse de los impulsos. Son salvajes, crueles, propensos a los arrebatos y se entregan por entero a la alegría del momento. Pueden ser de este modo ya que, en su situación, hay muy poco que les obligue a contenerse. Y muy poco en su condicionamiento que les obligue a constituir lo que podríamos llamar un Super-Yo riguroso y estable, en función de una coacción exterior y una dependencia externa convertida en auto-coacción.

Hacia fines de la Edad Media ya hay una cantidad apreciable de caballeros que se han integrado en la esfera de influencia de las grandes cortes caballerescas feudales y los ejemplos citados más arriba, con una serie de imágenes para ilustrar la vida de un caballero *supra,* pp. 242 *ss,* proceden de esta época. Pero la gran mayoría de los caballeros continuaba viviendo en esta época de modo muy parecido a como vivían en el siglo IX o en siglo X. Es más, un número progresivamente menor de señores territoriales siguió llevando la misma vida incluso después de la Edad Media. Y, si hemos de dar crédito a una poetisa como George Sand —ella misma garantiza ex-

presamente la autenticidad del hecho—, todavía se daban tales vidas aisladas, libres, feudales, en los rincones de las provincias francesas poco antes de la Revolución. Existencias doblemente salvajes, angustiadas y crueles debido a su situación marginal. En su cuento *Mauprat* describe la vida en uno de estos últimos castillos que tienen el carácter de una cueva de bandidos, no porque ellos hayan cambiado, sino porque lo ha hecho la sociedad del entorno:

«Mi abuelo», dice el héroe de la narración, «con sus ocho hijos era, desde luego, el último resto que había conservado nuestra provincia de esa raza de pequeños tiranos feudales que cubrió e infestó a Francia durante siglos. La civilización, que marchaba rápidamente hacia la gran convulsión revolucionaria, eliminaba cada vez más estas formas de exacciones y estas banderías organizadas. Las luces de la educación, una especie de buen gusto, reflejo lejano de una corte elegante y, quizá, el presentimiento de un despertar próximo y terrible del pueblo, penetraban en los castillos y hasta en las residencias semirústicas de los hidalgüelos.»

Habría que citar trozos enteros de esta descripción, para mostrar cómo las formas de comportamiento características de gran parte de la clase alta en los siglos X, XI y XII, solamente pueden encontrarse posteriormente entre algunos marginados. Sigue dándose la falta de regulación y de contención de los impulsos. Falta todavía la transformación de estos impulsos en los muchos tipos de alegría refinada que ya conoce la sociedad del entorno. Subsiste la desconfianza frente a las mujeres que en lo esencial son un objeto de satisfacción pecaminosa; la alegría que producen el saqueo y la violación, el deseo de no reconocer a nadie como señor de uno, la supeditación de los campesinos de los que se vive y, tras todo ello, las necesidades a las que no cabe hacer frente con las armas, con la fuerza física: el endeudamiento, la estrechez y la miseria de la vida, en contraste agudo con la grandeza de las aspiraciones y la desconfianza frente al dinero, entre los señores y entre los campesinos:

«Mauprat no pedía dinero. Los valores monetarios son lo que los campesinos de estos lugares manejan con mayor disgusto y de lo que se deshacen con mayor repugnancia. "El dinero es caro", es uno de sus proverbios, porque el dinero representa para ellos algo distinto a un trabajo físico. Es un comercio con las cosas y los hombres de fuera, un esfuerzo de previsión o de circunspección, un mercadeo, una especie de lucha intelectual que le extrae de su hábito de incuria, en una palabra, un trabajo del espíritu. Y, para él, es el más penoso y el más inquietante.»

Siguen predominando los enclaves de la economía natural, mezclados con las relaciones comerciales y la división del trabajo. Realmente ya no es posible sustraerse a la fuerza de absorción de la corriente monetaria. En esta dirección empujan ante todo los impuestos, pero también la necesidad de comprarse todas las cosas que uno no produce y que necesita. Mas la regulación y previsión peculiarmente invisibles, la contención de las inclinaciones más allá del trabajo corporal y necesario, todo aquello que supone para los seres humanos la integración en las cadenas monetarias es, y

sigue siendo, en estos sectores, una forma de coacción odiosa y, en el fondo, incomprensible.

Esta cita se refiere a los señores y a los campesinos de fines del siglo XVIII. Será suficiente para ilustrar una vez más la lentitud del ritmo de cambio de este sector social así como la actitud de los seres humanos que lo componen.

29. Dentro del amplio horizonte de la economía natural, con su infinidad de castillos, su multiplicidad de señoríos pequeños y grandes, van surgiendo en Francia, al principio lentamente en el siglo XI, y después con mayor rapidez a lo largo del XII, dos formas nuevas de órganos sociales, dos nuevas formas de asentamiento o integración, que determinan el crecimiento de la división del trabajo y de la interdependencia de los seres humanos: las cortes de los grandes señores feudales y los asentamientos urbanos. En razón de su génesis social, las dos instituciones se encuentran en la más estrecha relación por mucha que sea la desconfianza y la enemistad con que a veces los individuos que las componen se consideran recíprocamente.

Es importante no incurrir en errores. La aparición de un sector diferenciado, de formas de asentamiento en las que de modo directo o indirecto se puede alimentar a mayores masas humanas por medio del intercambio y de la división del trabajo, no surge de golpe frente al sector indiferenciado de la economía natural. En el camino recorrido por las mercancías de su estadio natural hasta el consumo, van estableciéndose lentamente estaciones económicas independientes. Y así, paso a paso, crecen también las ciudades y las grandes cortes feudales a partir de aquellas organizaciones económicas que se basaban en la producción de pequeñas mercancías. Pero ni los asentamientos urbanos, ni las grandes cortes feudales están tan alejadas de los sectores de la economía natural en el siglo XII y en los posteriores como lo estarían más tarde, en el siglo xix, las ciudades en relación con la agricultura. Antes al contrario, la producción urbana y la agrícola mantienen la más estrecha relación. Las escasas grandes cortes feudales, están vinculadas a la red comercial y al tráfico mercantil por medio de los ingresos en excedente y de los impuestos que ingresan en sus arcas así como por medio del comercio de artículos de lujo, pero la mayor parte de sus necesidades cotidianas sigue cubriéndose en gran parte de modo inmediato con los productos de los bienes domaniales, y en ese sentido siguen siendo predominantemente cortes de economía natural. Por supuesto, dada la extensión de las posesiones domaniales, estas cortes tienen que diferenciar necesariamente el trabajo en su interior. Estas grandes posesiones feudales son parecidas a las posesiones esclavistas de la Antigüedad que, en parte, trabajaban para el mercado y, en parte, para la satisfacción de las necesidades inmediatas de la casa señorial (y, en este sentido, representaban una forma mixta de economía sin mercado y de empresa). Así sucede, cuando menos con los trabajos más simples dentro de estas posesiones; y desde luego sucede con la organización general de la economía. La posesión domanial de los grandes señores feudales jamás constituyó un complejo único, poderoso, agrario y cerrado. Las propiedades se concentran en una sola mano de modos muy distintos: por medio de conquistas, de herencias, de regalos o de

matrimonios. La mayoría de las veces, se encuentran dispersas en distintas regiones y, en consecuencia, no son tan fáciles de supervisar como una propiedad pequeña. Es necesaria una maquinaria centralizada, compuesta por personas que sean capaces de vigilar la entrada y salida de las mercancías, que lleven la contabilidad por sencilla que pueda parecer en un principio, esto es, personas capaces de fiscalizar los ingresos de las prestaciones y que, al propio tiempo, se ocupen de la administración de las tierras. «La pequeña corte feudal era un órgano rudimentario desde un punto de vista intelectual especialmente allí donde el propio señor no sabía leer ni escribir» [52]. Las cortes de los grandes señores feudales ricos, comienzan por contratar cuadros de clérigos educados con fines administrativos. Pero, como ya se ha dicho, a causa de las múltiples posibilidades que tienen, estos grandes señores feudales son los hombres más ricos y poderosos de su región, y con las posibilidades crece también la exigencia de dar a esta posición todo el brillo y el resplandor de una corte. No solamente son más ricos que cualquier ciudadano. Por esta razón las grandes cortes feudales tienen en esta época una importancia cultural más grande que las ciudades. En el marco de la lucha de competencia de señores territoriales, estas cortes se convierten en centro de representación del poder y de la riqueza de su región. Los señores no solamente contratan con fines administrativos a hombres que sepan escribir sino también a historiadores que den constancia de sus hechos y de sus vidas. Se muestran generosos con los juglares que cantan sus alabanzas y las de sus damas. Las grandes cortes se convierten en «centros potenciales de mecenazgo literario», y en «centros potenciales de la historiografía[53]». Aún no existe un mercado para libros y, en el marco de la sociedad secular, la persona especializada en escribir y en hacer poesía y que debe vivir de ello, ya sea clérigo o profano, precisa del mecenazgo cortesano, que es la única forma de encontrar el sustento[54].

Como pasa siempre en la historia, en este caso se desarrollan formas elevadas y refinadas de la poesía a partir de otras más simples a medida que va diferenciándose la sociedad y van constituyéndose círculos sociales más ricos y más refinados. El poeta aún no crea a partir de sí mismo, como individuo aislado, para un público anónimo del que únicamente conoce algunos representantes. Crea y habla de modo inmediato para seres humanos a los que conoce y a los que trata diariamente, y en sus palabras se refleja el espíritu, las relaciones, los modales y la atmósfera de este círculo social, al igual que su propia situación dentro de él.

Los juglares van de castillo en castillo. Se trata de cantores, muy a menudo de bufones y de payasos en el sentido más simple del término. Como tales los encontramos en los castillos de los caballeros más modestos y de menos importancia. Pero a estos lugares acuden solamente las visitas ocasionales, pues no suele haber en ellos espacio ni interés y, a menudo, ni siquiera hay medios para alimentar y recompensar de modo duradero a un juglar. Espacio, medios e interés por mantener duraderamente a los juglares, sólo se encuentran en las escasas cortes feudales grandes. Y dentro del concepto de juglares es precisó comprender una amplia gama de personas que va desde los simples bufones y payasos hasta los cantores y los trova-

dores. La función se diferencia en relación con el público. Los señores más poderosos y más ricos —lo cual implica, al mismo tiempo, los que se encuentran en la cúspide de la escala feudal—, tenían la oportunidad de atraer a sus cortes a los hombres más famosos. En estas cortes se reunía un número mayor de personas; entre ellas se daba la posibilidad de una compañía y una conversación más cultas; en ellas se refinaba, en consecuencia, el tono de la poesía. En aquella época solía decirse con frecuencia que «cuanto más elevado es el señor y la señora, más elevado y mejor es el cantor» [55]. El cantor era algo natural en aquella corte. Y, muy a menudo, en una sola corte feudal grande vivían no solamente uno sino varios cantores. «Cuanto más elevadas eran las circunstancias personales y el rango de una princesa, cuanto más brillante era su corte, más poetas se reunían a su servicio»[56]. La lucha por el poder entre los grandes señores feudales se correspondía con una continua lucha por el prestigio. El poeta, al igual que el historiador, se contaba entre los instrumentos de esta lucha. En consecuencia, cuando un cantor cambiaba el servicio de un señor por el de otro, ello suponía, al mismo tiempo, un cambio completo de las convicciones políticas que manifestaba [57]. Se ha dicho acertadamente de la poesía trovadoresca que «por razón del sentido y del objetivo es un panegírico político bajo la forma de una alabanza personal» [58].

30.A los ojos de los observadores posteriores, la poesía trovadoresca aparece como una forma de expresión de la sociedad caballeresca por antonomasia. Y la costumbre de verla así, ha venido apoyada y favorecida por el hecho de que, con la desaparición de las funciones caballerescas, con el aumento de la vinculación de la clase noble alta al ascenso del absolutismo, aquella poesía rodeó la imagen de la sociedad caballeresca libre e independiente de una aureola de nostalgia, presentándola de tal modo a las generaciones posteriores. Es difícil admitir que la poesía trovadoresca, especialmente en sus tonos más dulces —y no siempre fue dulce— podía originarse en la misma vida que las formas de comportamiento brutales y rudas, propias de la inmensa mayoría de los caballeros en aquella situación social. También se ha dicho que, en realidad, la poesía trovadoresca «contradice en gran medida al espíritu caballeresco»[59]. Es preciso tener presente todo el panorama con su diferenciación incipiente para resolver la contradicción y para comprender la actitud humana que se manifiesta en la poesía trovadoresca.

Hay tres tipos de vidas caballerescas que se contraponen en los siglos XI y XII, con formas intermedias. En primer lugar contamos con los caballeros menores, señores de algunas posesiones no muy amplias; en segundo lugar son los caballeros más poderosos y más ricos, en cantidad escasa en comparación con los primeros y, finalmente, los caballeros sin posesiones o que disponen de muy poca tierra, que se encuentran al servicio y bajo la dependencia de los caballeros más importantes. Los trovadores caballerescos y nobles proceden principalmente, aunque no exclusivamente, de este tercer grupo. La confección de canciones y de poesías a la mayor gloria de un gran señor y de una noble señora es uno de los caminos que se abren a las personas de clase alta despojadas de tierras o a las de clase baja urbana. Los re-

presentantes de ambas clases ejercen de trovadores en las grandes cortes feúdales. Y aunque, a veces, algunos grandes señores feudales participan en la elaboración de estas canciones y poesías, lo cierto es que la lírica trovadoresca refleja los rasgos de esas relaciones de hombres dependientes en el contexto de una convivencia cortesana que va configurándose poco a poco. Las relaciones y coacciones humanas que se instituyen en este ambiente no tienen un carácter tan permanente, estricto e inevitable como el que alcanzarán posteriormente en las cortes absolutistas, más intensamente determinadas por las relaciones monetarias, pero ya actúan en el sentido de una regulación más rigurosa de los impulsos. La presencia de la señora impone el carácter pacífico de los modales dentro del ámbito reducido de la corte. Sin embargo, no debemos llegar a conclusiones exageradas: la pacificación de los ánimos no alcanza los extremos a que llegará posteriormente, cuando el Rey absoluto prohiba hasta los duelos; en estas cortes sigue utilizándose la espada y se suele recurrir a la guerra y al combate. No obstante es ya inconfundible e inevitable la contención de los arrebatos y la sublimación de los afectos. Los cantores caballerescos, al igual que los burgueses, llevan una vida de supeditación social y la base social de su actividad, su actitud, sus impulsos y emociones están caracterizados por la relación de servicio.

«Cuando el cantor cortesano quería asegurarse el prestigio y la consideración tanto para su arte como para su persona, cuando quería distinguirse claramente del juglar errante tenía que contratarse al servicio del príncipe o de la princesa. Las trovas que dedica a la señora lejana a la que aún no ha visitado no tienen otro objetivo que expresar el deseo y la disposición de entrar al servicio de aquella. Tal era, y siguió siendo durante mucho tiempo, el objetivo real de todos aquellos que tenían que vivir de su arte, tanto para las personas de origen humilde como para los hijos segundones de las casas nobles...»

«... Gracias a las claras observaciones de Konrad Burdachs, disponemos hoy de un ejemplo típico de lo anterior al obervar lo que le sucedió a Walther von der Vogelweide. El Rey Felipe había "contratado" a Walther, esto es, el poeta había sido admitido en la familia: se trataba de la expresión habitual para el ingreso en la menestralía. Se trataba de un servicio sin *beneficium* y que solía durar de cuatro semanas a un año. Cuando pasaba el plazo, el empleado podía buscarse un nuevo señor con el permiso del anterior. Walther no recibió feudo alguno de Felipe, ni de Dietrich V. Meissen, ni de Otón IV o de Hermann von Thuringen, a cuya servidumbre perteneció en su día. También su relación con el obispo Wolfgar von Ellenbrechtskirchen fue de corta duración. Hasta que, por último, Federico II, un amante del arte y poeta al propio tiempo le concedió un *beneficium* que le garantizaba el sustento. En la época feudal de economía natural, la honra mayor que cabía alcanzar, el más alto premio por los servicios prestados era un *honos,* un feudo, un cargo y, posteriormente, una renta monetaria. Rara vez lo alcanzaban los cantores cortesanos en Francia o en Alemania; en la mayoría de los casos tenían que darse por contentos con el puesto de poeta de la corte para la diversión de la sociedad, recibiendo a cambio alojamien-

to y manutención y, como recompensa especial... la vestimenta que precisaban para el servicio en la corte» [60].

31. La articulación emotiva que se expresa en la poesía trovadoresca es inseparable de esta posición social de los trovadores. Los caballeros de los siglos ix y x y, posteriormente, la mayoría de los caballeros en general, no solían tratar con especial delicadeza a sus mujeres ni tampoco a las socialmente inferiores. En los castillos, las mujeres estaban permanentemente expuestas al avasallamiento de los hombres más fuertes; podían defenderse por medio de astucias y engaños, pero el hombre era el dominador. Al igual que en la sociedad guerrera con una dominación masculina más o menos evidente, las relaciones entre los sexos se regulaban según las fuerzas respectivas, en luchas en las que cada uno combatía con sus propias armas.

Ocasionalmente oímos referencias a mujeres que se diferencian poco de los hombres en cuanto al temperamento y a las inclinaciones. En este caso, la castellana es un «virago», con un temperamento ardiente, con pasiones vivas, acostumbrada desde joven a todos los ejercicios físicos y que participa en todas las diversiones y peligros de los caballeros [61]. Pero, por otro lado, en muchas ocasiones tenemos noticias de que un guerrero, un Rey o un señor simplemente, pega a su mujer. Aparece casi como una costumbre permanente: el caballero se enfurece y golpea a su mujer con el puño en la nariz, brota la sangre:

«Oyéndolo el Rey, la cólera se le dibuja en el rostro; levanta el puño y la golpea en la nariz, de la que manan cuatro gotas de sangre. Y la señora dice: Muchas gracias. Podéis golpear de nuevo si os place.»

«Podríamos», dice Luchaire[62], «citar otras escenas de este tipo: siempre se da el puñetazo en la nariz.» Por lo demás, con mucha frecuencia se reprocha expresamente al caballero que acepte consejos de las mujeres.

«Señora», dice un caballero, «retiraos a la sombra de vuestros aposentos pintados y ornamentados; id con vuestro séquito a beber y a comer y ocupaos de teñir la seda, que es vuestro cometido. El mío es blandir la espada de acero.»

«Cabe llegar a la conclusión», siempre siguiendo a Luchaire, «de que todavía en la época de Felipe Augusto, la actitud cortés y considerada hacia las mujeres era excepcional en los círculos feudales. En la gran mayoría de los círculos castellanos seguía reinando, como siempre, la antigua tendencia brutal e irrespetuosa, heredada y expresada (a veces con exageración en las *chansons de geste.* No debemos hacernos ilusiones en función de algunas teorías amorosas de los trovadores provenzales y de algunos *trouvéres* de Flandes y de Campagne: en nuestra opinión, los sentimientos que éstos expresan son los de una élite, los de una minoría muy reducida... » [63]

Como puede verse, la diferencia que se da entre la mayoría de las cortes caballerescas medianas y pequeñas de un lado y las grandes del otro, más estrechamente vinculadas a la red creciente de interdependencias comerciales y monetaristas, implica igualmente una diferencia del comportamiento social. Sin duda que las discrepancias en las actitudes no son tan agudas como puede parecer posteriormente. También aquí debe de haberse producido una serie de formas intermedias y de influencias recíprocas. Pero, en

lineas generales, cabe decir que solamente en estas grandes cortes caballerescas se produjo una convivencia social pacífica en torno a la señora de la corte; solamente en esta corte tenía posibilidad el cantor de encontrar un empleo más o menos duradero y solamente aquí se producía aquella posición especial del servidor por relación a la señora que luego se expresa en la poesía trovadoresca.

La diferencia entre la actitud y los sentimientos que se expresan en la poesía trovadoresca y los otros, más brutales, que predominan en las *chansons de geste* y acerca de las cuales poseemos suficientes testimonios históricos, remite a dos tipos distintos de relación entre el hombre y la mujer, que se corresponden con dos clases diferentes en la sociedad feudal y que se manifiestan con el cambio en el centro de gravedad de dicha sociedad, acerca del que hemos hablado más arriba.

En una sociedad de gentes del campo, que viven bastante diseminadas en sus castillos y posesiones, por regla general, hay muchas posibilidades de que se dé un predominio del hombre sobre la mujer y una dominación masculina más o menos evidente. Y donde una casta guerrera o una clase de propietarios agrícolas han influido de modo determinante en el comportamiento general de una sociedad, se encuentran siempre de modo más o menos claro en la tradición los rasgos de la dominación masculina, las formas de una masculinidad pura, con su erotismo especial y cierta marginación de la mujer.

Una relación de este tipo era la que existía en la sociedad guerrera medieval, cuyo rasgo determinante es una forma de desconfianza mutua entre los sexos, manifestación de la gran diferencia de las formas o de los espacios vitales en los que se mueven los sexos, así como del mutuo alejamiento espiritual que de ello surje. Al igual que habrá de suceder posteriormente, en la medida en que la mujer aparece excluida de la vida profesional, los hombres pasan la mayor parte de su vida en un círculo cerrado, puesto que las mujeres no tienen acceso al núcleo de la vida masculina y a la actividad guerrera. A esta superioridad corresponde un desprecio más o menos acusado que el hombre profesa hacia la mujer: «Id a vuestros aposentos lujosamente adornados, señora; lo nuestro es la guerra.» Esta afirmación es absolutamente típica. La mujer debe quedarse en el gineceo. Y también aquí se mantiene durante mucho tiempo esta actitud, la estructura vital y la base social que la producen. Sus huellas se encuentran en la literatura francesa del siglo xvi y se mantiene todo el tiempo en que la clase alta fue, predominantemente, una clase de guerreros y de nobles terratenientes [64]; posteriormente desaparece esta actitud de la literatura que, de entonces en adelante, en Francia pasó a estar controlada y modelada por cortesanos con carácter exclusivo; pero no desaparece de la vida de la propia nobleza terrateniente.

En la historia europea, las grandes cortes absolutistas son los lugares en que se produjo la igualdad más completa hasta entonces en la esfera vital central y, por lo tanto, en las formas de comportamiento de los hombres y de las mujeres. No es éste el lugar apropiado para mostrar por qué eran, precisamente, las cortes feudales y, en segundo lugar, de un modo innega-

blemente más claro, las cortes absolutistas, las que ofrecieron a las mujeres ocasiones especiales para superar la dominación masculina y para establecer la igualdad entre los sexos. Entre otras cosas, se ha señalado que, en el sur de Francia, la mujer empezó pronto a ser señora feudal, a poseer una propiedad y a cumplir una función política y se ha expresado la suposición de que este hecho es el que favoreció el desarrollo de la poesía trovadoresca [65]. Asimismo se ha dicho, a fin de matizar lo anterior, que «la sucesión en el trono por parte de las hijas sólo era posible cuando los parientes masculinos, el señor feudal y los vecinos permitían que la heredera accediera a su propiedad sin problema alguno [66]. De hecho, siempre fue visible la superioridad de los hombres sobre las mujeres dentro de la reducida casta de los grandes señores feudales, superioridad que se originaba en las funciones militares que cumplían los hombres. No obstante, en el ámbito vital de las grandes cortes feudales hasta cierto punto se reducía la función guerrera cumplida por los hombres. Por primera vez se congregaba en estas cortes de la sociedad mundana una gran cantidad de personas, y también de hombres, que mantenían un orden jerárquico y una interdependencia continua y muy estrecha, bajo la vigilancia de una persona que estaba en el centro de todo ello, del señor territorial. El hecho de que se diera esta situación obligaba a todas las personas dependientes a mantener cierta reserva. En estas cortes había gran cantidad de trabajo administrativo de papeleo que era preciso realizar, lo cual daba lugar a un clima ligeramente más pacífico. Al igual que sucede siempre que se obliga a los hombres a renunciar a la fuerza física, aumentó el peso social de las mujeres. En estas grandes cortes feudales, por lo tanto, en el espacio común que procuraban, fue tomando cuerpo una nueva convivencia entre hombres y mujeres.

Por supuesto, en estas cortes feudales jamás se quebrantó la dominación masculina, como llegaría a suceder ocasionalmente en las cortes absolutistas. Desde el punto de vista de los señores de estas cortes, sus funciones como caballeros y como dirigentes militares seguían prevaleciendo sobre todas las demás, su formación era la de un guerrero, concentrada en el servicio de las armas. Precisamente por este motivo, la mujer le superaba en el ámbito de la sociabilidad pacífica. Como suele suceder a menudo en la historia de Occidente, no era el hombre, sino la mujer de la clase alta quien tenía tiempo libre para la educación espiritual y para la lectura. Los medios de que disponía en las grandes cortes feudales permitían a la mujer ocupar su tiempo libre y dedicarse a la satisfacción de tales necesidades de lujo; podía atraer a la corte a poetas, cantores y clérigos eruditos, todos los cuales fueron configurando en torno a las mujeres unos círculos de actividad espiritual pacífica. «En los círculos elegantes del siglo xii, la educación de la mujer era, por lo regular, más refinada que la del hombre» [67]. No hay duda de que esta afirmación se refiere únicamente al hombre que está al mismo nivel que la mujer, esto es, al marido. Las relaciones con este último, con el marido, no eran tan distintas de las habituales en la sociedad guerrera. Quizá fueran algo más moderadas y refinadas que entre los caballeros menores, pero la contención a que se sometía el hombre en relación

con su propia mujer no era excesivamente grande. También en este caso, no había duda alguna de que la figura dominante era la del hombre.

32. El tema que subyace en la poesía trovadoresca y cortesana no es el de la relación entre el esposo y la esposa, sino el de la relación entre el hombre en inferior posición social y la mujer, de condición social superior. La poesía trovadoresca sólo surge en las cortes y clases sociales que tenían la riqueza y el poder suficientes para permitir y cultivar este tipo de relaciones. Ahora bien, esta clase es, en realidad una clase minoritaria, una élite en comparación con la totalidad de la clase caballeresca.

Aparece aquí claramente de manifiesto la correspondencia que se da entre la estructura de las relaciones sociales y la de los impulsos. En la sociedad feudal, en la que generalmente el hombre es el dominador y en la que la dependencia de la mujer es evidente y casi ilimitada, no hay nada que obligue al hombre a frenar y a moderar sus impulsos. En esta sociedad de guerreros se habla poco de «amor» y se tiene la impresión de que, a los ojos de estos belicosos caballeros el «enamorado» tenía que parecer como algo irrisorio. Por lo general, para los hombres, la mujer es un ser inferior. Hay de sobra y sirven para la satisfacción de los instintos más simples. Las mujeres sirven a los hombres *«pour sa nécessité et délectation».* Así se ha expresado en una época posterior, aunque la expresión corresponde con exactitud al comportamiento del guerrero en las anteriores. Lo que el hombre busca en la mujer es satisfacción corporal; por lo demás *«il n'est guére hommes qui pour avoir patience, endurent leurs femmes»* [68].

Las restricciones que siempre se han impuesto a los impulsos de las mujeres han sido muy superiores a las de los hombres de igual condición social en la sociedad occidental, a excepción de las grandes cortes absolutistas. El hecho de que la mujer de posición elevada en esta sociedad de guerreros, esto es, la que goza de cierto grado de libertad consiga dominar, refinar y transformar los sentimientos con mayor eficacia que el hombre de igual rango, puede ser expresión de este hábito y del condicionamiento temprano en este sentido. En comparación con el hombre que, aparentemente, está en igualdad de condiciones, la mujer es un ser dependiente, socialmente inferior.

Lo anterior es concordante con el hecho de que, en la sociedad guerrera, la relación del hombre socialmente inferior y dependiente con la mujer socialmente superior, obliga al primero a una moderación, a una renuncia, a la restricción de los impulsos y, en consecuencia, a la transformación de su persona. No es casualidad que sea esta la situación humana en la que se da el fenómeno social (y no sólo individual) al que llamamos «lírica» y también se produce —igualmente desde un punto de vista social— la modificación del placer, la modelación del sentimiento, la sublimación y refinamiento de los afectos a los que llamamos «amor». Surgen en este contexto contactos entre el hombre y la mujer —y no sólo excepcionales, sino socialmente institucionalizados— que imposibilitan al hombre fuerte tomar a la mujer sin más cuando le apetece, que convierten a la mujer en algo inalcanzable para el hombre o, cuando menos, difícilmente alcanzable y que, al mismo tiempo, debido a la superioridad de ésta, la hacen quizá singularmente

deseable. Tal es la condición y los rasgos sentimentales de la poesía trovadoresca en la que los amantes siguen reconociendo sus propios sentimientos a través de los siglos.

Sin duda una gran cantidad de poesía trovadoresca no es otra cosa que expresión de una convención cortesano-feudal, un ornamento de la convivencia y un medio de relación social. Probablemente, son muy pocos los trovadores que mantuvieron relaciones íntimas con las señoras y casi todos se daban por contentos con otras mujeres más accesibles. No obstante, la convención y su manifestación no hubieran podido producirse de no haberse dado las experiencias y los sentimientos de este tipo, que tienen una base de autenticidad y de vivencia real. No es fácil inventarse o dar por casualidad con los acentos de esta poesía. Algunos poetas han amado y han tenido la grandeza y la fuerza necesarias para expresar su amor en palabras. Tampoco es difícil distinguir las poesías en las que el sentimiento y la vivencia son auténticos de aquellas otras en las que son más o menos convencionales. Algunos tenían que encontrar las palabras y los acentos para que otros pudieran utilizarlos después y para que, de este modo, se originara una convención. «Es evidente que los buenos poetas han dado autenticidad a esta poesía de la ilusión amorosa: la materia de sus canciones surge de la plenitud de sus vidas»[69].

33. Con mucha frecuencia se ha preguntado por las fuentes y los modelos literarios de la poesía trovadoresca, habiéndose señalado, seguramente con acierto, su parentesco con la lírica religiosa y con la poesía estudiantil en latín [70].

Pero el surgimiento de la poesía trovadoresca no puede entenderse exclusivamente o fundamentalmente en función de sus antecedentes literarios. La poesía estudiantil y la lírica mariana contenían muchas posibilidades de desarrollo diverso. ¿Por qué cambió el modo en que los hombres trataban de expresarse? ¿Por qué no mantuvieron su hegemonía la lírica mariana y la poesía estudiantil, por plantear la cuestión en términos muy sencillos? ¿Por qué se tomó de aquellas manifestaciones sólo los elementos formales y sentimentales, y se construyó con ellos algo nuevo? ¿Por qué lo nuevo recibió precisamente esa forma a la que llamamos «poesía trovadoresca»? La historia no se interrumpe: las generaciones posteriores enlazan consciente o inconscientemente con lo anterior y lo prosiguen. Pero ¿cuál es la dinámica del movimiento, cuáles son las fuerzas configuradoras de los cambios históricos? Esta es la cuestión. El estudio de las fuentes, la investigación de antecedentes tienen, sin duda, bastante importancia para la comprensión de la poesía trovadoresca, pero si no se complementan con investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas, jamás estarán claros el origen y las conexiones de aquella poesía. Es imposible entender la poesía trovadoresca como fenómeno supraindividual o en su función social, esto es, en su función en el contexto del conjunto de la sociedad feudal, como también es imposible entenderla en la especificidad de su forma, en lo típico de sus contenidos, si no se conoce la forma concreta de las relaciones y la situación real de los seres humanos que en ella se expresan, así como la génesis de tal situación. Para emprender el estudio de este problema especial se preci-

sa un espacio mayor del que aquí disponemos y que sólo nos permite ocuparnos de las grandes líneas de conexión del movimiento. A estos efectos habrá de ser suficiente con precisar las cuestiones fundamentales de un fenómeno concreto como la poesía trovadoresca y determinar los rasgos generales de su constitución sociogenética y psicogenética.

34. Las grandes transformaciones históricas siguen unas leyes estrictas. Los estudios actuales suelen dar la impresión de que la sucesión de las formas sociales concretas, cuya historia es la Historia, es algo arbitrario, de modo análogo a las formas que toma la nube en la imaginación de Peer Gynt: tan pronto parece un caballo como un oso; igualmente, la sociedad puede ser románica, gótica o barroca.

Ya hemos expuesto algunas de las líneas fundamentales de funcionamiento de los procesos sociales que condujeron a la configuración de la sociedad como un «sistema feudal» así como a aquel tipo de relaciones que se reflejan en la poesía trovadoresca. Entre tales razones se cuenta el rápido crecimiento de la población tras la época de las grandes migraciones de los pueblos, en correspondencia con la consolidación de las relaciones de propiedad, la aparición de un excedente humano, tanto en la nobleza como entre los siervos y las personas semilibres y la necesidad en que se encontraban los emancipados de encontrar algún tipo de ocupación.

En consonancia con lo anterior, van interpolándose poco a poco estaciones intermedias en el trayecto que siguen las mercancías; desde su producción hasta su consumo, crece la demanda de medios de cambio unitarios y móviles; se desplaza el centro de gravedad dentro de la sociedad feudal, en beneficio de los pocos grandes y en perjuicio de los muchos pequeños; se constituyen grandes cortes feudales caballerescas en el centro de extensos territorios, cortes en las que los rasgos caballeresco-feudales forman una unidad peculiar con los puramente cortesanos, análoga a la que forman en el conjunto de la sociedad las relaciones de economía natural con las de economía monetaria.

Aparece, igualmente, la necesidad de prestigio y ostentación de estos grandes señores feudales, evidente en sus luchas competitivas recíprocas, cruentas o incruentas, y la voluntad de distanciarse de los caballeros menores. Y, como manifestación de todo ello, pasan a convertirse en auténticas instituciones sociales más o menos sólidas los poetas y los cantores, que alaban al señor y a la señora y que ponen en palabras los intereses y opiniones políticas de los señores, así como el buen gusto y la belleza de las señoras.

Asimismo se da exclusivamente en el seno muy restringido de esta clase alta de la sociedad caballeresca una primera forma de la emancipación, de la mayor libertad de movimientos de la mujer —sin duda muy reducida, si se la compara con la libertad de movimientos de la mujer en las grandes cortes absolutistas—; se dan contactos permanentes entre la señora de esta corte, la mujer socialmente superior y el trovador, el hombre socialmente inferior, sea o no caballero; se da el carácter inalcanzable o de muy difícil acceso dé la mujer deseada, la obligación de moderación del hombre dependiente, una cierta regulación y transformación —aún muy moderadas— de

la vida afectiva y, por último, la expresión de tales deseos, difícilmente realizables, en el lenguaje de la ensoñación: en la poesía.

La belleza de una poesía concreta, el vacío convencionalismo de otra, la grandeza de un trovador y la mediocridad de otro son hechos aislados. No obstante, la poesía trovadoresca en cuanto que institución social, en cuyo arco se manifiesta el individuo —esta poesía sólo habla de individuos— constituye de modo inmediato un entramado de procesos sociales.

35. En esta situación, es decir, en las grandes cortes feudales caballerescas, se constituye al mismo tiempo una convención sólida de los modales sociales, cierta moderación de los afectos y una regulación de las formas de trato. Esta pauta de los modales, esta convención en el trato, este refinamiento de la conducta es lo que la propia sociedad designa con el nombre de *«courtoisie»*. La imagen acaba de perfilarse una vez que se relaciona lo que se vio en el capítulo anterior acerca del comportamiento cortés con lo que se ha dicho en éste sobre el sentido y caracteres de las cortes feudales.

Al comienzo de esta obra se han mostrado los preceptos de la sociedad cortés mediante una serie de ejemplos que ilustran el proceso de la civilización del comportamiento. La génesis social de las grandes cortes feudales caballerescas es, al propio tiempo, la génesis social del comportamiento cortés. La *courtoisie* es una forma de comportamiento que comenzó a articularse en primer lugar entre los círculos socialmente dependientes de esta clase alta cortesano-caballeresca[71]. Pero sea como sea, algo queda claro desde el principio: esta pauta de comportamiento cortés no es en modo alguno un comienzo; tampoco es un ejemplo acerca de cómo se configura el comportamiento cuando los afectos actúan de modo «natural» o no vinculados socialmente, es decir, no determinados por las relaciones recíprocas de los hombres. Tal situación de libertad completa de los impulsos o de «comienzo», no se da jamás. La libertad relativamente amplia en las manifestaciones afectivas de la clase alta cortesana, que era muy grande en comparación con las clases altas seculares posteriores en Occidente, se corresponde exactamente con la forma de integración, la medida y el tipo de la dependencia recíproca en que viven los seres humanos.

En esta época, la división del trabajo era menor que la que se daría posteriormente en la fase posterior, en que se constituyó la rígida organización política absolutista. También son menores las interdependencias comerciales así como la cantidad de personas que es posible alimentar en cada lugar. Y como quiera que se configure cada relación de dependencia en concreto, la red social de las dependencias, en la que se encuentran los individuos, tiene una malla mucho menos tupida y menos amplia que en sociedades con mayor división del trabajo, en las cuales las personas conviven con muchas otras en el marco de un orden estricto. Al propio tiempo, también es menos rigurosa, menos continua y más equilibrada la regulación y la coacción a que está sometida la vida del individuo; y, no obstante, en estas grandes cortes feudales, tal regulación y coacción es mucho mayor que en las pequeñas y que en el grueso de la sociedad guerrera, en la cual la interdependencia de las personas es menos amplia y diferenciada, el entramado que forman

los individuos mucho más flexible y en las que apenas existe otro mecanismo de interdependencia funcional que la guerra y la fuerza. En comparación con el comportamiento y las emociones de esta sociedad, la *courtoisie* supone un refinamiento y un rasgo de distinción. Y la polémica que se refleja de modo permanente en los libros medievales de buenos modales —haz esto; no hagas aquello— emite de un modo más o menos inmediato a este comportamiento del conjunto de la sociedad caballeresca que, desde los siglos ix o x hasta aproximadamente el xvi, fue modificándose de modo tan lento e inadvertido como las mismas condiciones de vida.

36. En el estadio actual de desarrollo aún carecemos de un aparato lingüístico que sea adecuado a la evolución paulatina de todos estos procesos. Solamente podemos valemos de medios imprecisos y transitorios como, por ejemplo, cuando decimos: aumentó la contención de los individuos y de sus manifestaciones instintivas, la integración se hizo «más estrecha», la interdependencia «más intensa». Igualmente, tampoco nos ajustamos por entero a la realidad histórico-social cuando decimos: esto corresponde a una «economía natural», aquello a una «monetaria» o, para repetir la expresión que ya hemos utilizado: «creció el sector de las relaciones de la economía monetaria». ¿Cuánto creció este sector, paso a paso? ¿De qué modo «aumentó» la contención, fue «más estrecha» la integración, «más intensa» la interdependencia? Nuestros conceptos son demasiado indiferenciados; están demasiado determinados por las realidades materiales. En todos estos casos no se trata solamente de transformaciones graduales, de un «más» o de un «menos». Todo proceso de «fortalecimiento» de los vínculos y de las interdependencias es un signo de que los vínculos entre los seres humanos, sus interrelaciones y sus interdependencias están transformándose cualitativamente. Esto es lo que pretende expresarse cuando se habla de la diferenciación de la estructura social. Y, con la imbricación dinámica de interrelaciones e interdependencias, en la que se encuentra tejida la vida de los hombres, también los impulsos y las formas de comportamiento se modifican; esto es lo que pretende expresarse cuando se habla de la diferenciación en la estructura espiritual o en las pautas de comportamiento. Es bastante cierto que pese a todas las oscilaciones tales modificaciones cualitativas suponen transformaciones a largo plazo en una misma dirección, procesos con una orientación constante, y no solamente cambios irregulares, todo lo cual permite hablar en términos comparativos cuando se trata de contrastar las diversas fases. Con ello no está afirmándose que la dirección en que se mueven estos procesos sea una dirección en el sentido de lo mejor, un «progreso», o una dirección en el sentido de lo peor, un «retroceso». Pero tampoco está afirmándose que se trate tan sólo de cambios cuantitativos. En este terreno, como suele pasar en la historia, los cambios estructurales parecen determinarse de modo más fácil, más visible y, también, más superficial, desde el punto de vista de las modificaciones cuantitativas.

Considérese el movimiento de que hablamos: en primer lugar se da la lucha de castillo contra castillo; luego, de territorio contra territorio; después, de estado contra estado y hoy aparecen ya en el horizonte de la Historia los primeros signos de una lucha por la integración de masas territoria-

les y humanas de una magnitud superior. Cabe imaginar un posible proceso de pacificación del mundo entero del modo siguiente: la interdependencia continuamente creciente va produciendo poco a poco nuevas unidades de integración dentro de un orden superior, cohesionadas por un aparato de dominación estable y pacificadas en el interior; a su vez, estas unidades de integración se enfrentan en combate con otras masas humanas integradas de la misma magnitud hasta que, con el posterior aumento de la interdependencia, vuelven a reducirse las distancias y la tierra acaba por pacificarse. Puede que este proceso dure siglos o milenios pero, sea como sea, el crecimiento de las unidades de integración y de dominación, hasta convertirse en unidades territoriales todavía mayores es, al propio tiempo, una expresión de las transformaciones estructurales de la sociedad y de las relaciones humanas. Siempre que el centro de gravedad dentro de la sociedad se orienta hacia una nueva unidad de integración (como fue el caso, respectivamente, en el cambio del centro de gravedad primero, a favor de los grandes señores feudales, en perjuicio de los pequeños y medianos y, segundo, a favor de los reyes, en perjuicio de los grandes señores feudales o territoriales), siempre que se produce este cambio, es seguro que las funciones sociales se han modificado y se han diferenciado considerablemente, que las cadenas de acción de la organización social —tanto de la organización militar como de la económica— cuentan con mayor número de eslabones y se hacen más prolongadas. Siempre que se da tal cambio, ello implica que el entramado de interrelaciones e interdependencias en que están comprendidos los individuos se ha hecho mayor, y que se ha transformado en su estructura. Igualmente, en correspondencia con este cambio de la estructura de las interdependencias, también se transforma la modelación del comportamiento y de toda la vida emocional, la configuración de la estructura espiritual. Desde el punto de vista del comportamiento y de la vida afectiva, el proceso de la «civilización» es el mismo que desde el punto de vista de las relaciones humanas, esto es, el proceso de la interdependencia creciente, la intensificación de la diferenciación de las funciones sociales y, congruentemente, el establecimiento de vínculos cada vez más amplios, de unidades de integración cada vez mayores, de cuyo surgimiento y dinámica depende la vida del individuo, tanto si éste lo sabe como si no lo sabe.

Lo que aquí se ha intentado ha sido acotar algunos de los hechos más visibles para una perspectiva general en la etapa más primitiva y sencilla del desarrollo. A continuación hablaremos de la prosecución de este movimiento, de los mecanismos que lo impulsan. Hemos visto anteriormente cómo y por qué resultaba escasamente viable la integración y el establecimiento de aparatos duraderos de dominación para territorios extensos durante la etapa primera de la historia de Occidente, de economía predominantemente natural. Los reyes conquistadores pueden unificar grandes extensiones de tierra por medio de la guerra y mantenerlas merced al prestigio de sus armas durante una temporada; pero la estructura de la sociedad todavía no permite crear una organización estable de dominación que garantice la continuidad y la cohesión con medios pacíficos en los territorios conquistados. Queda por mostrar ahora cuáles son los procesos sociales que posibili-

tan la constitución de una tal organización duradera de dominación y, al propio tiempo, una vinculación muy distinta de los individuos entre sí.

Hemos visto cómo la disminución de la amenaza exterior, al menos en la zona franco-occidental, y la correspondiente reducción del entramado económico provocan, en los siglos IX y X un grado muy elevado de desintegración de las funciones políticas. Toda posesión, por pequeña que sea, es un ámbito de gobierno, un «Estado» en sí; cada caballero, por poca importancia que tenga, es un señor y propietario independiente. El panorama social de la época sólo nos muestra una multiplicidad de unidades políticas y económicas mezcladas, cada una de las cuales es autárquica en lo esencial, independiente de las demás, con excepción de algunos enclaves de comerciantes extranjeros, de monasterios o de abadías que a veces establecen una conexión más amplia, que supera los límites de la localidad. En la clase señorial secular, la forma principal de interrelación es la integración por medio de la lucha de ataque o de defensa. No hay razón para que los señores seculares acepten una moderación regulada y continua de sentimientos. Es esta una «sociedad» en el sentido amplio del término, con que solemos designar toda posible forma de integración humana; no es, en cambio, una «sociedad» en ese sentido más estricto de la palabra, que hace referencia a una forma de integración permanente, relativamente estrecha, y equilibrada en la que los individuos están sometidos a una coacción mayor o menor para que repriman las manifestaciones de violencia, al menos en el interior de la sociedad. La forma primitiva de esta «sociedad», en el sentido estricto del término, va generándose lentamente en las cortes feudales de los grandes caballeros. En estas cortes afluyen mayores cantidades de mercancías, a causa del volumen de producción y de la conexión con las redes comerciales; acude, igualmente, una cantidad mayor de individuos que buscan empleo y refugio, por todo lo cual hay una cantidad superior de personas obligadas a mantener relaciones de carácter pacífico. También la presencia de damas de alta posición obliga a una cierta regulación y represión del comportamiento, a una modelación algo más precisa de las manifestaciones afectivas y de las formas de trato social.

37. Es posible que esta contención no haya sido nunca tan intensa como sugieren las convenciones de la poesía trovadoresca en lo relativo a las relaciones entre el trovador y la señora. Los preceptos de buenos modales nos dan una idea más exacta de las pautas cotidianas de comportamiento que exigía la época. Esta documentación también es relativamente reveladora en cuanto al trato entre caballeros y damas, aunque no se concentre exclusivamente en la relación entre el trovador y la señora.

Así, por ejemplo, se dice en un *spruch von den mannen*[72]*:*

«Vor allen Dingen hüete dich

daz du mit frowen zühtelich

schallest, daz stât dir wol

…………………………

ist aber daz ez kóme dar zuo

daz dich ir einiu sitzen tuo

zuo ir, des bis gemant
und sitz ir niht üf ir gewant
ouch niht ze nách, daz rát ich dir
wiltu iht (je) reden heimlich zir,
begrif síe mit den armen niht
swaz dir ze reden mit ir geschiht.»

Este grado de reserva en relación con las mujeres tiene que haber supuesto, a su vez, un gran esfuerzo desde el punto de vista de las costumbres de los caballeros menores. Sin embargo, al igual que sucede con otros preceptos de cortesía es un esfuerzo pequeño, comparado con el grado de reserva que se impone como costumbre al cortesano en la corte de Luis XIV, lo cual, a su vez, ofrece una idea del diverso grado de interdependencia, de las diferencias que se daban en las relaciones de vinculación mutua que se convertían en costumbre tanto en una sociedad como en la otra. Pero también muestra que, de hecho, la cortesía es, al mismo tiempo, un paso en el camino que lleva finalmente a nuestra forma de modelar los impulsos, es decir, un paso en el camino hacia la «civilización»

Por un lado, la clase alta secular de guerreros, escasamente integrada, así como su símbolo, el castillo enclavado en la propiedad autárquica y, por otro lado, la clase alta secular de cortesanos, estrechamente integrada, comprimida en la corte absolutista, órgano central de un reino son, en cierto modo, los dos polos del campo de observación que hemos acotado aquí a partir de un movimiento más largo y amplio, con el fin de abrir el acceso a la sociogénesis del cambio civilizatorio.

Desde diversos ángulos se ha mostrado ya cómo en un panorama de castillos van destacándose las cortes feudales, los centros de la cortesía. Quedan todavía por mostrar los rasgos básicos de funcionamiento de los procesos, gracias a los cuales, uno de los grandes señores feudales o territoriales, el Rey, acabó adquiriendo la supremacía sobre los demás, consiguiendo la posibilidad de convertir en «Estado» a una organización estable de dominación sobre una zona que abarcaba a varios territorios. Tal es, al propio tiempo, el camino que lleva desde el comportamiento de la *courtoisie* al de la *civilité.*

SEGUNDA PARTE

La génesis social del Estado

1. *EL PRIMER ESTADIO DE LA CASA REAL ASCENDENTE: COMPETENCIA Y CONSTITUCIÓN DEL MONOPOLIO EN EL MARCO DE UN TERRITORIO*

1. En las distintas fases del desarrollo social, la corona real tiene significados distintos, si bien todos sus titulares poseen ciertas funciones comunes, de carácter formal o real, especialmente de acaudillar las guerras contra el enemigo exterior.

A comienzos del siglo xii, como quiera que el antiguo Imperio de los francos occidentales apenas sufre ya la amenaza de enemigos exteriores de alguna consideración, acaba por disgregarse en una serie de diversas unidades políticas[73]:

«El vínculo que antaño unía a las "provincias" y a las dinastías feudales con el "Jefe" de la Monarquía está prácticamente deshecho. Han desaparecido hasta las últimas huellas de la subordinación fáctica que todavía permitía a Hugo Capeto y a su hijo aparecer de vez en cuando, ya que no actuar en los grandes feudos. Las agrupaciones feudales mayores tienen la condición de estados independientes, cerrados a toda influencia del Rey y, por supuesto, a sus actos. Las relaciones entre los grandes señores feudales y los titulares de la corona, quedan reducidas a lo mínimo. Y la transformación se refleja ya en los títulos y fórmulas oficiales. Los príncipes feudales del siglo xii dejan de llamarse *comtes du roi* o *comtes du royaume.*»

En esta situación, el «Rey» hace lo que hacen los demás señores feudales: se concentra en la consolidación de sus posesiones, en el aumento de su poder en aquella zona, que es la única que todavía se encuentra a su alcance, esto es, en el ducado de Francia.

Luis VI, rey desde 1108 a 1137 se pasó toda la vida ocupado en la realización de dos tareas: de un lado, aumentar sus posesiones directas en el ducado de Francia, las tierras y los castillos que no se habían enfeudado o que se habían repartido en trozos pequeños, esto es, los bienes domaniales y de su familia; de otro lado, y siempre dentro del ducado de Francia, en derrotar a todos sus posibles competidores, es decir, a todos los guerreros que pudieran medirse con él. Una tarea es complementaria de la otra: arrebata sus propiedades —o trozos de éstas— a los señores feudales a los que ha sometido o derrotado, sin volver a enfeudarlas. De esta manera va aumentando poco a poco sus bienes de familia y consolidando el fundamento económico y militar de su poder.

2. En principio el titular de la corona real no es más que un gran señor feudal. Los medios materiales de que dispone son tan escasos que los señores feudales medianos y hasta los menores, cuando se alian y son muchos, pueden hacerle frente con éxito. No se trata solamente de que al desapare-

cer la función de caudillaje militar y la feudalización progresiva, desaparece la posición de predominio de la casa real, sino de que tampoco son claros su predominio y su monopolio en los territorios que, originalmente, eran de su propiedad; otros señores territoriales o familias de guerreros compiten con ella y le niegan sus derechos. Luis VI, de la dinastía de los Capetos combate contra las familias de los Montmorency, Beaumont, Rochefort, Montlhéry, Ferté-Alais, Puiset y muchas otras [74], al igual que, siglos después, el Gran Elector de la casa de Hohenzollern lucha contra los Quitzows y los Rochows. La diferencia es que las oportunidades de los Capetos eran mucho menores. La desigualdad de medios militares y económicos entre los Capetos y sus enemigos eran menores, desde el punto de vista monetario, fiscal y de la técnica militar que las que mediaban entre los Hohenzollern y los suyos. El Gran Elector disfrutaba ya de una especie de poder de disposición monopólica sobre los medios materiales de su territorio, en tanto que si no se cuentan las aportaciones eclesiásticas Luis VI no era mas que un gran señor territorial, propietario de gran cantidad de bienes domaniales, que tenía que habérselas con señores que disponían de algunas posesiones menos y, en consecuencia, de un poder militar algo inferior. Únicamente el vencedor en esta lucha podría alcanzar una posición de monopolio sobre el territorio que trascendiera el ámbito de competencia de las otras familias.

Solamente la lectura de los informes de los contemporáneos puede darnos una idea de la escasa superioridad de los medios militares y económicos de que disponía la dinastía de los Capetos en la época, en comparación con los medios materiales de otras familias feudales del ducado de Francia; sólo esos informes nos permiten entender las dificultades que entrañaba la lucha por la hegemonía real incluso en una zona tan reducida del país, a causa del escaso desarrollo de las relaciones económicas, de los medios de transporte y de comunicación y de las condiciones impuestas por la organización feudal del ejército y de la defensa y sitio de plazas fuertes.

Tenemos, por ejemplo, la fortaleza de la familia Montlhéry, que domina el camino entre las dos partes más importantes de los dominios de los Capetos, esto es, la línea de comunicación entre París y Orleans. El rey Capeto Roberto había entregado esta posesión en 1015 a uno de sus servidores o funcionarios, al *gran forestier,* permitiéndole construir un castillo. Gracias a tal fortaleza, el nieto del *grand forestier* dominaba la región circundante como si se tratase de un señor independiente. Se trata de uno de esos movimientos centrífugos típico, como los que se producían en la época [75]. Finalmente, el padre de Luis VI consigue llegar a una especie de acuerdo con la casa de Montlhéry, tras muchos esfuerzos y luchas: mediante el matrimonio de un hijo bastardo suyo de diez años de edad con una heredera de Montlhéry reintegra la fortaleza a las posesiones de su familia.

«Vamos, Luis, hijo», dice[76] poco antes de su muerte a su primogénito y heredero Luis VI, «guarda bien esa torre de Montlhéry que, al haberme producido tantos tormentos, me ha hecho envejecer antes de tiempo y por cuya causa jamás he podido disfrutar de una paz duradera ni de un descanso auténtico... Era el refugio de todas las personas pérfidas de aquí o de allí y no había disturbio que no procediera de ella o en ella no encontrara

su auxilio... Puesto que... al encontrarse Monthléry entre Corbeil de una parte y Cháteaufort de la otra, cuando se producía un conflicto, París estaba estrangulado, de modo que se cortaba toda comunicación posible entre París y Orleans a no ser mediante una tropa armada.»

Los problemas de comunicación, que siguen teniendo cierta importancia actualmente en las relaciones entre los estados, no son menos importantes en aquel estadio del desarrollo social y tampoco menos complicados, aunque sea a otra escala: son importantes en las relaciones entre un señor feudal (aunque lleve el título de rey) y otro en lo relativo a la distancia microscópica que hay de París a Orleans; Montlhéry está a 24 kilómetros de París.

De hecho, gran parte del reinado de Luis VI se va en luchas por esta fortaleza hasta que, finalmente, consigue convertir en propiedad de la familia de los Capetos lo que, hasta entonces, fuera de la de Montlhéry; lo cual supuso, como siempre sucedía en tales casos, al propio tiempo, un fortalecimiento militar y un enriquecimiento económico de la casa victoriosa. El señorío de Montlhéry supuso ingresos por valor de 200 *livres,* una suma considerable para la época. Con el señorío vinieron 13 feudos directos y 20 indirectos, dependientes de los anteriores, o subfeudos[77] cuyos beneficiarios pasaron a aumentar el poderío militar de los Capetos.

No menos prolongadas y difíciles fueron las otras luchas que Luis VI hubo de librar. Nada menos que tres expediciones guerreras, en 1111, en 1112 y en 1118 fueron necesarias para quebrantar el predominio de una sola familia de caballeros en la zona de Orleans[78]. También le costó 20 años terminar con las casas de Rochefort, Ferté-Alais y Puiset e incorporar sus posesiones a las de su familia. Por último, las posesiones señoriales de los Capetos se agrandaron tanto que, gracias a las oportunidades económicas y militares que les concedía un señorío de tales dimensiones, sus propietarios no tenían nada que temer de la posible competencia de los otros guerreros del ducado de Francia y, además, disfrutaban de una especie de posición de monopolio en el país.

Cuatro o cinco siglos después se configura la función real en Francia, cuyo titular monopoliza gigantescos recursos militares y económicos procedentes de todos los confines del reino. Las luchas que llevará a cabo Luis VI con los otros señores feudales en el marco del propio territorio son los primeros pasos en el camino hacia aquella posición de monopolio posterior de la casa real. En un primer momento, esta casa de reyes nominales apenas es superior a los señores feudales del entorno en cuanto a propiedad del suelo y a fortaleza militar y económica. La diferencia entre las posesiones es relativamente escasa y, en consecuencia, también es relativamente escasa la diferencia social de los guerreros, cualesquiera sean los títulos con los que se adornan. Posteriormente, una de estas casas acumula más tierra que los otros por medio de matrimonios, compras o conquistas, y consigue una posición de predominio entre los vecinos. El hecho de que sea precisamente la antigua casa real la que alcanza finalmente la posición de predominio en el ducado de Francia, depende, sin duda, de las cualidades personales de sus representantes, del apoyo que obtiene de la Iglesia y de una

especie de prestigio tradicional, y ello sin tomar en consideración sus muy considerables propiedades territoriales, que le permitieron un buen punto de partida. Pero, como se ha dicho, la misma diferenciación de la propiedad entre los guerreros se produce en otras partes en la misma época. Se trata de aquella traslación del centro de gravedad en la sociedad guerrera a favor de los pocos grandes y en desventaja de las familias de caballeros pequeños y medianos, traslación de la que ya se ha hablado más arriba. Tarde o temprano, en cada territorio una familia guerrera consigue alcanzar una posición de hegemonía o de monopolio en relación con las demás, gracias a la acumulación de posesiones territoriales. El hecho de que el propio titular de la corona, Luis el Gordo, proceda de esta manera da la impresión de tratarse de una renuncia a la función real; pero la verdad es que no le queda otro remedio, a la vista de la distribución de los recursos sociales. Dada la estructura de aquella sociedad las propiedades familiares y los señoríos en el propio territorio de origen constituyen el fundamento militar y económico más importante del poder, incluido el poder real. Al concentrar sus fuerzas en el espacio reducido de Francia, gracias a la consecución de una posición hegemónica y de monopolio en el espacio limitado de un territorio, Luis VI echa las bases para la expansión posterior de su dinastía. Con ello crea un centro potencial de cristalización para la zona más amplia de Francia, aunque no por ello es cuestión de pensar que se haya adelantado al futuro con su visión profética. Luis VI actúa bajo la presión inmediata de su situación real; tiene que conseguir Montlhéry, si no quiere perder la comunicación entre dos partes de su propio territorio. Tiene que derrotar a la familia más poderosa de Orleans, si no quiere que desaparezca su propia presencia en la zona. Si los Capetos no hubieran conseguido una posición de predominio en Francia, esta posición hubiera recaído, tarde o temprano, sobre alguna otra familia, como sucedió, de hecho, en las demás partes de Francia.

El mecanismo de consecución del predominio es siempre el mismo. De modo análogo —gracias a la acumulación de la propiedad— en la Edad Contemporánea, ciertas empresas superan a las demás por medio de la competencia y luchan luego entre ellas, hasta que, por último, una o dos acaban controlando y dominando de modo monopólico una rama de la economía. También de modo análogo —por acumulación de propiedad de la tierra y por lo tanto mediante el aumento del poderío militar y económico— en la Edad Contemporánea luchan los estados por conseguir el predominio sobre una parte del planeta. Pero este proceso de consecución del poderío económico y militar, que se da de modo diferenciado en una sociedad como la nuestra, con una división tan clara de funciones, se produce de modo indiferenciado en la sociedad de Luis VI, cuya economía es de carácter predominantemente natural. La familia que ostenta el señorío sobre un territorio es, al propio tiempo, la familia más rica de ese territorio, la familia que dispone de la mayor propiedad patrimonial del territorio. Su predominio desaparece cuando deja de ser superior a todas las demás familias guerreras de la zona, a causa de la cuantía de sus ingresos patrimoniales y de la fuerza de sus vasallos y seguidores.

Una vez relativamente asegurado el predominio de una familia de guerreros, se impone la lucha por la hegemonía en una zona más amplia, esto es, la lucha entre los escasos grandes señores territoriales por conseguir el predominio dentro del reino. Tal es la tarea que se asignan los descendientes de Luis VI, las generaciones siguientes de la casa de los Capetos.

2. *DIGRESIÓN SOBRE ALGUNAS DIFERENCIAS EN EL PROCESO DE DESARROLLO EN INGLA TERRA, FRANCIA Y ALEMANIA.*

1. La tarea que la lucha por la supremacía, la lucha por la centralización y el señorío, imponía a los participantes, era muy diferente en Inglaterra y Francia que en la zona del Imperio Romano-germánico por razones muy sencillas: el Imperio era una unidad de magnitud muy distinta a la de los otros dos países; sus diferencias geográficas y discrepancias sociales eran mucho mayores, lo cual prestaba un gran ímpetu a las fuerzas localistas y centrífugas. Todo ello hizo que resultara mucho más difícil la constitución de una supremacía territorial sobre todas las demás con un grado de centralización. Como fuerza impulsora de la casa señorial hubiera sido necesario un poder territorial y familiar mucho mayor que el de Francia o Inglaterra, con el fin de domeñar a las fuerzas centrífugas del Imperio Romano-germánico y de conjugarlo todo en una sola unidad. Hay bastantes razones que permiten suponer que, con el estadio de división del trabajo de la época, de las relaciones económicas, de desarrollo de la técnica militar, de comunicaciones y de administración, apenas podía realizarse la tarea de contener de continuo a las tendencias centrífugas en una zona tan inmensa.

2. El tamaño de los ámbitos en que se producen procesos sociales constituye un elemento de importancia nada desdeñable aunque, desde luego, no debemos exagerarla. Cuando nos preguntamos por qué el proceso de centralización e integración territorial se dio en Francia y en Inglaterra antes y de modo más completo que en Alemania, no debemos olvidar este aspecto. La línea de desarrollo de las tres zonas es muy dispar.

Al recaer sobre la dinastía Capeto la corona real de la zona de los francos occidentales el ámbito de poder real de esta familia abarca desde París hasta Senlis en el norte y hasta Orleans en el sur. Veinticinco años antes, en Roma, Otón I había sido coronado emperador. Otón había derrotado cruentamente los intentos de resistencia opuestos por los otros jefes valiéndose, sobre todo, de su propia capacidad guerrera. En aquella época, el imperio de Otón alcanzaba desde Amberes y Cambrai en el oeste, cuando menos hasta el Elba; más al sur, hasta Brün y más allá de Olmütz en el este (sin contar los marquesados del Elba oriental); al norte se extendía hasta Schleswig y, al sur, hasta Verona e Istria; a todo ello se añadía buena parte de Italia y, durante una época, Borgoña. De hecho, nos encontramos aquí con un territorio de dimensiones absolutamente distintas a las de la zona franco-occidental y, en consecuencia, caracterizado también por tensiones y contradicciones de intereses mucho mayores que las que padecía aquella

zona, incluso contando la posterior colonia anglonormanda. La tarea a la que habían de enfrentarse los duques de Francia, los duques de Normandía o de los territorios angevinos en cuanto que reyes en lucha por la hegemonía en ese territorio era muy distinta a la que tenían que superar los gobernantes del Imperio Romano-germánico. En las zonas pequeñas se produjo de modo continuado el proceso de centralización e integración, decidiéndose a favor de un lado o de otro y con fortuna diversa. En el Imperio, por el contrario, en un territorio incomparablemente mayor, cada casa de señores territoriales intentaba inútilmente valerse de la corona imperial para conseguir una hegemonía verdadera y estable sobre la totalidad del Imperio. En la lucha por dar cumplimiento a tamaña tarea, todas las familias acabaron consumiendo lo que, pese a todo, seguía siendo la fuente principal de sus ingresos y, por lo tanto, de su posición de poder, esto es, sus propiedades de familia y patrimoniales. Y, a medida que iban fracasando los diversos intentos avanzaba un paso más la descentralización, la consolidación de las fuerzas centrífugas.

Poco antes de la época en que la casa real francesa comienza a reorganizar lentamente sus fuerzas, en que Luis VI comienza a consolidar sus posesiones territoriales y patrimoniales, se hunde el Imperio Romano-germánico de Enrique IV ante el ataque conjunto de los grandes señores territoriales alemanes, de la Iglesia, de las ciudades de Italia del norte y del primogénito del emperador; es decir, el Imperio se hunde bajo el asalto de las fuerzas centrífugas más diversas. Esta coincidencia nos ofrece un cierto punto de referencia comparativa para estudiar la época primera de la monarquía francesa. Más tarde, en el monento en que Francisco I domina de tal modo la totalidad de su territorio que no tiene por qué convocar a los Estados Generales y que puede decretar impuestos sin consultar previamente a los contribuyentes, el Emperador Carlos V y su administración tienen que negociar con una multiplicidad de asambleas estamentales, incluso en las tierras de su propiedad de origen, hasta conseguir recaudar los fondos necesarios para el financiamiento de las Cortes, del ejército y de la administración del Estado; todo ello, sumado a los ingresos procedentes de las colonias ultramarinas, no alcanza para cubrir los gastos necesarios en el cumplimiento de sus amplias tareas de gobierno. En el momento de la abdicación de Carlos V, la administración imperial está en bancarrota. También él ha consumido su patrimonio y se ha arruinado en el intento de dar cima a la ambición de dominar un imperio tan inmenso, con unas fuerzas centrífugas tan consolidadas. El hecho de que, a pesar de todo, los Habsburgo se mantuvieran en el poder es una manifestación de la transformación de la sociedad en general y de la función real en particular.

3. El mecanismo de la constitución del Estado —en el sentido nuevo del término «Estado»— es, como se ha dicho, siempre igual en el ámbito europeo, en el que la economía va cambiando de modo continuo su base predominantemente natural en otra monetaria. Esta igualdad a grandes rasgos puede demostrarse del modo más exacto tomando el caso de Francia. En la historia antigua de todos los grandes estados europeos se encuentra siempre una primera fase en la que, en el ámbito de lo que posteriormente será

el Estado, hay unas unidades políticas territoriales que cumplen una función determinante; esto es, unidades políticas pequeñas y flexibles como suelen aparecer en otros puntos del planeta en los que se dan una división del trabajo y un entramado económico menores, en correspondencia con los límites impuestos a la organización del poder por el carácter predominantemente natural de la economía. Un ejemplo de lo anterior son los señoríos territoriales feudales dentro del Imperio Romano-germánico que, con la implantación de la economía monetaria, se consolidan bajo la forma de pequeños reinos, ducados, condados; otro ejemplo son territorios como el principado de Gales o el reino de Escocia que luego se funden en el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte; finalmente, otro ejemplo es el de aquel ducado de Francia de cuya evolución para convertirse en una unidad política feudal sólida acabamos de hablar.

Visto de un modo esquemático, el proceso de los diversos señoríos territoriales, más o menos vecinos, discurre por un cauce igual a aquel otro que se ha dado previamente dentro de un territorio concreto entre los señores y caballeros aislados, hasta la consecución de la posición hegemónica por parte de uno de ellos, y, de este modo, hasta la constitución de un señorío territorial algo más consolidado. Al igual que en una fase determinada comienzan por enfrentarse diversos señoríos, en la fase siguiente se encuentran en una situación de competencia una serie de unidades políticas de dimensiones mayores, de ducados o de condados, sometidos a la necesidad de expandirse, si no quieren verse vencidos antes o después por unos vecinos conquistadores o sometidos a dependencia.

Más arriba hemos explicado de modo detallado cómo en esta sociedad se acentúa la competencia por el suelo a causa del crecimiento de la población, de la consolidación de la propiedad territorial, y de las dificultades que plantea la expansión exterior. También hemos mostrado cómo esta presión para conseguir más tierras opera entre los caballeros más pobres simplemente como el deseo de conseguir una forma de mantenimiento acorde con su condición y, entre los caballeros superiores y más ricos, como una incitación a exigir todavía «más» tierra; puesto que, quien en una sociedad sometida a esta presión competitiva, no consigue nada «más», se hace «menos» automáticamente, si es que consigue mantener lo que posee. Podemos ver aquí, de nuevo, el efecto de la presión que opera en toda esta sociedad de arriba abajo. Es una presión que obliga a los señores territoriales a enfrentarse y, que de esta manera, pone en marcha el mecanismo del monopolio. En un primer momento la diferenciación de los medios de poder se mantiene dentro de unas coordenadas que todavía permiten a muchos señores territoriales feudales medir sus fuerzas; luego, tras una serie de victorias y de derrotas, algunos se hacen más poderosos gracias a la acumulación de poder, mientras que otros son excluidos de la competencia por la hegemonía; estos últimos dejan de ser figuras de primera magnitud en lucha. Los primeros, los pocos, siguen compitiendo unos con otros, y el proceso de exclusión se repite hasta que, finalmente, la lucha ha de decidirse únicamente entre los señores territoriales que han alcanzado el poder gracias a las victorias que han conseguido o a la sumisión voluntaria o forzosa

de los otros. Merced al crecimiento y poderío de aquellos, los demás, tanto si siguen participando en la lucha, como si se mantienen neutrales, sólo alcanzan el carácter de figuras de segundo o tercer orden aunque, por lo demás, siguen teniendo un cierto peso social específico cumpliendo esta función. Los dos primeros, sin embargo, se aproximan a una posición monopólica; han alcanzado su condición gracias a los resultados de la lucha de competencia y la decisión final será el resultado del combate que entablen.

En estas «luchas de exclusión», en este proceso de selección social, son determinantes a la hora de ver qué territorio triunfa, disminuye o aumenta, las cualidades personales de los individuos, y otras «contingencias» del más diverso tipo, como la muerte tardía de un hombre o la falta de herederos masculinos de una familia señorial.

Por supuesto, el proceso social, el hecho de que una sociedad con muchos centros de poder y de propiedad relativamente similares, al estar sometida a la presión de la competencia tienda al engrandecimiento de unos pocos, y por fin, a la constitución del monopolio, es, por regla general, independiente de estas contingencias, las cuales sólo alcanzan a tener una función aceleradora o retardataria del proceso. Pero, con independencia de quién sea el monopolista concreto, el hecho absolutamente probable es que, antes o después, se constituya esta posición de monopolio, al menos mientras la sociedad siga teniendo las mismas condiciones estructurales. En el lenguaje de las ciencias exactas, cabe utilizar el término de «ley» para calificar esta situación. Visto con mayor exactitud, se trata de una formulación relativamente precisa para un mecanismo social bastante simple que, una vez en marcha, continua funcionando como una obra de relojería: un entramado de seres humanos en el que, gracias a sus medios de poder, compiten unas unidades y que tiende a abandonar esa situación de equilibrio (equilibrio garantizado por la presencia de muchas de ellas y por una competencia relativamente libre) para aproximarse a otra en la que puedan competir un número cada vez menor de unidades. En otros términos, se aproxima a una situación en la que por medio de la acumulación, una unidad social acaba alcanzando una posición de monopolio sobre las oportunidades de poder que están en discusión.

4. Más adelante hemos de hablar con mayor detenimiento del carácter general del mecanismo de monopolio. En cualquier caso, ha parecido necesario señalar aquí que también en el proceso de formación de los estados, ha actuado un mecanismo de este tipo, de modo análogo a como lo hizo anteriormente en la constitución de unidades menores de dominación, de señoríos territoriales o con posterioridad en la constitución de señoríos mayores. Solamente cuando se toma en consideración este mecanismo resultan comprensibles los factores que lo modifican o lo obstaculizan en la historia de los diversos países. Solamente de este modo puede verse con exactitud el motivo por el que la tarea que tenía que acometer un posible señor central del Imperio Romano-germánico era incomparablemente más difícil que la de un posible señor central de la zona Franco-Occidental. También en aquel Imperio tenían que haberse producido una serie de luchas de exclusión, una acumulación continua de territorios en las manos del vencedor

que hubiera dado lugar a un centro territorial de poder tan superior a los demás, tan rico en medios materiales y tan sólido que diera ocasión a la familia dominante de someter a su dominio poco a poco a las demás unidades, por medios pacíficos o por medios bélicos, absorbiéndolas finalmente en su aparato de dominación, ya por integración ya por derrota. Únicamente de esta manera se hubiera podido llegar a una centralización de este Imperio disparatado y, de hecho, no faltaron luchas por la hegemonía que tenían este objetivo. Entre ellas deben contarse no solamente las luchas entre los Welfen y los Staufern sino también las luchas entre los papas y los emperadores con todas sus implicaciones. Sin embargo estas luchas no alcanzaron jamás el objetivo propuesto. La probabilidad de que se constituyera un centro de cristalización, un poder indiscutible era mucho menor en una zona de tal magnitud y tan compleja que en zonas menores dado, además, que era una época con un entramado económico mucho menor de lo que había de ser posteriormente, mientras que las distancias eran notablemente superiores. En todo caso, las luchas de exclusión dentro de un territorio tan extenso, tenían que llevar mucho más tiempo que en los países vecinos de tamaño más reducido. Sin embargo, es suficientemente conocido el proceso de constitución del Estado dentro del Imperio Romano-germánico. Entre los señores territoriales alemanes —por no mencionar el proceso análogo que se produjo entre los italianos— acabó constituyéndose un poder territorial que fue expandiéndose en una zona colonial germánica o semigermánica, en competencia con el antiguo poder de los Habsburgos: el poder territorial de los Hohenzollern. Finalmente se produjo una lucha por la hegemonía, que acabó con la victoria de los Hohenzollern, lo que condujo a la constitución de un poder indiscutible entre los señoríos territoriales alemanes y, finalmente, de modo paulatino a la concentración de los territorios alemanes bajo un solo aparato de dominación. Pero esta lucha por el predominio entre las dos zonas más poderosas del Imperio, que supuso una integración mayor y el comienzo del proceso de formación del Estado, implicaba, al mismo tiempo, otro paso en la dirección de la desintegración del antiguo Imperio. Con la derrota de los Habsburgos las posesiones de éstos abandonaron la alianza. De hecho, este era uno de los últimos pasos en el camino de la destrucción paulatina y constante del antiguo Imperio. En el curso de los siglos habían venido separándose de continuo zonas determinadas del Imperio que se convertían en unidades de dominación autónomas. Considerado en su totalidad, el Imperio era demasiado grande, demasiado heterogéneo y constituía un gran obstáculo en el proceso de formación del Estado.

La reflexión sobre este hecho, sobre el hecho de que la formación del Estado en la zona del Imperio Romano-germánico resultara mucho más difícil y se produjera mucho más tarde que en el caso del vecino occidental, continúa teniendo cierta importancia directa para la comprensión del siglo XX. Nuestro siglo está condicionado por tales experiencias, es decir por la diferencia que existe entre los estados occidentales, formados desde hace más tiempo, mejor equilibrados y articulados mediante la expansión, y aquellos otros estados herederos del Imperio, que han llegado demasiado tarde

a la época de la expansión. Desde un punto de vista estructural, esta cuestión no parece extraordinariamente difícil de contestar o, en todo caso, no es más difícil de contestar que la cuestión complementaria que tiene la misma importancia para la comprensión de las estructuras históricas y a la que conviene referirse aquí, esto es, la cuestión de por qué, a pesar de su estructura tan difícil, y a pesar del considerable impulso de sus fuerzas centrífugas, este coloso se mantuvo unido durante tanto tiempo; esto es, por qué el Imperio no se hundió mucho antes.

5. Considerando en su conjunto, el Imperio se hundió relativamente tarde; pero, a lo largo de los siglos, fueron desgajándose zonas periféricas del Imperio Romano-germánico —especialmente en occidente y en el sur—, zonas que siguieron su propio camino, al tiempo que una colonización incansable, una expansión de la zona de asentamiento alemán en dirección al oriente, compesaban, hasta cierto punto, las pérdidas territoriales en occidente; sólo hasta cierto punto: hasta la Baja Edad Media y, en parte, con posterioridad a ésta, el Imperio alcanzaba en occidente hasta el Meuse y el Ródano. Si prescindimos de todas las consideraciones y nos limitamos a observar únicamente la tendencia general del movimiento, obtenemos una imagen de disminución y reducción continuas del Imperio al tiempo que se daba una traslación lenta de la dirección expansiva y del centro de gravedad en el interior desde el occidente al oriente. No disponemos de espacio aquí para reflexionar con mayor detenimiento sobre esta tendencia. En cualquier caso en lo que se refiere a la extensión del territorio, esta tendencia es reconocible en las últimas transformaciones del territorio propiamente alemán:

Confederación Germánica; antes de 1866, 630.098 km^2
Alemania, después de 1870, 540.484 km^2
Alemania, después de 1918, 471.000 km^2

En Inglaterra y Francia la tendencia del movimiento es poco más o menos la inversa. En estos países, las instituciones tradicionales comienzan por desplegarse en zonas relativamente pequeñas y limitadas y van extendiendo paulatinamente su campo de influencia. Si no se toma en consideración este factor simple, este crecimiento lento desde lo pequeño hasta lo grande, no es posible explicar la evolución de las instituciones centrales, la estructura y el desarrollo de todo el aparato de dominación en estos países y tampoco puede justificarse la diferencia que existe entre ellos y las correspondientes formaciones de los estados herederos del antiguo Imperio.

En comparación con el Imperio Romano-germánico, el territorio insular que el duque normando Guillermo conquistó en el año de 1066, era muy reducido. Tenía la extensión aproximada de Prusia bajo sus primeros reyes. Comprendía la Inglaterra actual, con exclusión de algunas pequeñas franjas en la frontera septentrional con Escocia, esto es, el territorio insular sin Escocia y sin Gales, en conjunto unos 131.764 km^2. Solo hacia fines del siglo XIII, se unifica definitivamente Gales con Inglaterra (Inglaterra más Gales son 151.130 km^2). La unión personal con Escocia se da solamente desde el año de 1603. Estas cifras son significativas aunque, en principio

únicamente nos dan una imagen aproximada de las diferencias de estructura; prueban que la constitución de la nación inglesa y, posteriormente, de la británica, se produjo en una superficie que, durante la fase decisiva, era poco mayor que un señorío territorial habitual, al menos en comparación con la formación de las grandes naciones continentales. Lo que Guillermo el Conquistador y sus sucesores inmediatos crearon no era otra cosa que un gran señorío territorial del Imperio Franco-Occidental, similar a los que ya existían en Francia, Aquitania o Anjou. La tarea que emprendieron los señores territoriales de aquella zona en sus luchas por la supremacía —esto es, al encontrarse con la necesidad de expandirse si no querían acatar la hegemonía de otro en expansión—, esta tarea de los posibles señores centrales no es comparable en absoluto con la que imponía el Imperio continental a los señores centrales. Esta conclusión es cierta en la primera fase en la que la isla constituía una especie de colonia franco-occidental y en la que los señores normandos o angevinos seguían teniendo extensos territorios en el continente y, por lo tanto, luchaban por la hegemonía en los territorios hereditarios franco-occidentales. Es cierta, sobre todo, para aquella otra fase en que fueron expulsados del continente y volvieron a la isla, cuando hubieron de unificar a toda Inglaterra bajo su aparato de dominación. Y si la función real, al igual que la relación entre el monarca y los estamentos se configuraba de modo distino a las del Imperio continental, uno de los motivos principales —por supuesto, no solamente el único— reside en la pequeñez relativa y, desde luego, en el carácter aislado de la zona que se trataba de unificar. En esta zona había muchas menos posibilidades de que se manifestaran grandes diferencias territoriales; además, las luchas por la supremacía entre dos rivales eran mucho más sencillas que entre la multiplicidad de rivales del continente. Por lo que se refiere a su constitución y a su estructura, el Parlamento inglés no puede compararse, en modo alguno, con las asambleas estamentales del Imperio, sino, en todo caso, con las asambleas estamentales de los estados alemanes. Lo mismo sucede con todas las otras instituciones que crecen, al igual que la misma Inglaterra, desde unos orígenes modestos hasta alcanzar su plena magnitud; las instituciones feudales se convierten, sin solución de continuidad, en las instituciones de un Estado y de un Imperio.

Pero también aquí, a partir del momento en que la zona unificada adquiere un determinado tamaño, vuelven a fortalecerse las tendencias centrífugas. Incluso teniendo en cuenta el grado más avanzado de las interrelaciones y de las comunicaciones, el Imperio resulta ser amenazadoramente grande. Únicamente gracias a una política de gobierno experimentada y flexible, puede mantenerse dificultosamente este imperio como una unidad política. Bajo ciertas condiciones que, por supuesto, son muy distintas de las del antiguo Imperio alemán, sigue demostrándose aquí cómo un imperio extenso, creado por la conquista y la colonización, tiende finalmente a su disolución en una serie de unidades políticas más o menos autónomas o, cuando menos, a su transformación en una especie de «Estado federal». Examinado con atención, este mecanismo resulta evidente.

6. La posesión originaria de los Capetos, el ducado de Francia, era más

pequeño que la zona inglesa de la que disponía el duque normando. Venia a tener aproximadamente el tamaño de la Marca de Brandenburgo en la época de los Hohenstaufen. Pero en este caso, en el contexto del Imperio, hubieron de pasar cinco o seis siglos hasta que esta pequeña zona colonial llegó a convertise en una potencia que, de algún modo, pudiera competir con los antiguos señoríos territoriales del Imperio. En el contexto más limitado de los territorios hereditarios franco-occidentales, los medios de poder de la zona, conjuntamente con la ayuda material y espiritual que proporcionaban las instancias eclesiásticas a la casa de los Capetos, permitieron a esta familia iniciar una rápida lucha por la supremacía sobre extensiones mayores de Francia.

El dominio hereditario de los francos occidentales, esto es, el proyecto de la Francia posterior, se encontraba, más o menos, por razón de sus tamaños a medio camino entre la Inglaterra posterior y el Imperio Romano-germánico. Las diferencias territoriales y, en consecuencia, la intensidad de las fuerzas centrífugas, eran mucho menores que en el Imperio vecino con lo que también era menor la tarea del posible señor central. Estas diferencias y la intensidad de las fuerzas centrífugas eran, en cambio, mayores que las de la islas Británicas [79]. Pero en ciertas circunstancias y a causa de su tamaño reducido en Inglaterra era más fácil conseguir la unificación de los distintos estamentos y, sobre todo, de los guerreros de la zona en contra del señor central, especialmente debido a que el reparto de tierras hecho por Guillermo el Conquistador posibilitaba los contactos y la cristalización de intereses unitarios de las clases terratenientes en toda Inglaterra, intereses que eran comunes frente al señor central. Todavía hemos de mostrar cómo un cierto grado de desunión y diferenciación de la zona de señorío, no tan grande que acabe provocando la desintegración, pero sí lo suficiente para dificultar una unificación inmediata de los estamentos en todo el país, fortalecen la posición de los señores centrales.

No eran escasas, por lo tanto, las posibilidades de constitución de un monopolio político que el territorio hereditario de los francos-occidentales ofrecía, por razón de su tamaño, al posible señor central.

Nos queda por examinar con mayor detalle cómo la dinastía de los Capetos aprovechó estas oportunidades y por medio de qué mecanismos acabó constituyéndose un monopolio político en esta zona.

3. *EL MECANISMO DEL MONOPOLIO*

1. La sociedad a la que llámanos sociedad de la Edad Moderna, está determinada, al menos en Occidente, por un grado muy elevado de organización monopolista. Se arrebata a los individuos aislados la libre disposición sobre los medios militares que se reserva al poder central[80], cualquiera que sea la configuración de éste, y lo mismo sucede con la facultad de recabar impuestos sobre la propiedad o sobre los ingresos de los individuos, que

se concentra en manos del poder central. Los medios financieros que afluyen así a este poder central, sostienen el monopolio de la violencia; y el monopolio de la violencia sostiene el monopolio fiscal. Ambos son simultáneos; el monopolio financiero no es previo al militar y el militar no es previo al financiero, sino que se trata de dos caras de la misma organización monopolista. Cuando desaparece el uno, desaparece automáticamente el otro, si bien es cierto que, a veces, uno de los lados del monopolio político puede ser más débil que el otro.

Encontramos antecedentes de esta organización monopolista de los ingresos y del ejército en zonas relativamente extensas, en sociedades con una menor división funcional, en especial como consecuencia de las grandes guerras de conquista. Lo primero que se constituye cuando aumenta la división funcional en una sociedad, es un aparato administrativo permanente y especializado en la gestión de estos monopolios. Solamente con la constitución de este aparato de poder político diferenciado alcanza su carácter monopolista la organización de los recursos militares y financieros. Solamente de esta forma se convierte el monopolio militar y fiscal en un fenómeno permanente. A partir de ese momento, las luchas sociales ya no buscan la destrucción del monopolio de dominación, sino la determinación de quiénes dispondrán del aparato monopólico, dónde habrán de reclutarse y cómo habrá que repartir las cargas y beneficios. Sólo con la constitución de este monopolio permanente del poder central y de este aparato especializado de dominación, alcanzan las unidades políticas el carácter de «estados».

En torno a estos dos monopolios mencionados van cristalizando otros posteriormente, pero estos dos siguen siendo los monopolios clave. Si estos monopolios desaparecen, desaparecen todos los otros, desaparece el «Estado».

2. La cuestión es cómo y por qué se llega al proceso de constitución de este monopolio.

Este proceso no se da en las sociedades de los siglos ix, x y xi. A partir del siglo xi, vemos como va empezando a producirse, especialmente en los territorios hereditarios franco-occidentales. En un principio cada guerrero del país que dispone de un trozo de tierra, ejerce todas las funciones de dominación que, posteriormente, administradas con una maquinaria especializada, se convierten en monopolio de un poder central. El guerrero hace la guerra siempre que quiere conquistar tierras o defender las propias. La conquista de tierra así como las funciones de dominación, que aparecen vinculadas a su posesión, al igual que la defensa militar de la propiedad, se confían a la «iniciativa privada», para utilizar la terminología de una época posterior. Como quiera que, debido al aumento demográfico, se intensifica considerablemente la demanda de propiedades, la presión sobre la tierra y el hambre de la misma, se generaliza la lucha competitiva por conseguir nuevo espacio, una lucha competitiva que se libra con los medios de la violencia bélica y económica, a diferencia de las luchas competitivas del siglo xix, por ejemplo, que, gracias al monopolio de la violencia estatal, solamente se libra con los medios de la violencia económica.

La remisión a las luchas de competencia y a la constitución de los monopolios que se llevan a cabo de modo inmediato en nuestra época, es de interés para la comprensión de los mecanismos monopólicos en las fases anteriores de la sociedad y, si pretendemos observar el conjunto de este desarrollo social es bastante razonable pensar en los tiempos posteriores cuando se estudian los anteriores. Los unos son el presupuesto de los otros y el centro de los movimientos está constituido por la acumulación de los medios de producción más importantes en cada momento o, cuando menos, por la acumulación del poder de disposición sobre estos medios de producción en un número cada vez menor de manos; antiguamente, la acumulación de suelo y, modernamente, la acumulación de dinero.

Más arriba hemos examinado brevemente el mecanismo de constitución del monopolio[81]: siempre que en una gran unidad social —cuando menos así podemos expresarlo de modo resumido— muchas de aquellas unidades sociales más pequeñas que dan origen a la mayor, gracias a su interdependencia, poseen una fortaleza relativamente igual y, en consecuencia, pueden competir libremente —sin el impedimento de monopolios preexistentes— para alcanzar mejores oportunidades de fortaleza social, esto es, sobre todo, para conseguir los medios de subsistencia y de producción, se da una gran probabilidad de que algunas de aquellas unidades triunfen, otras sucumban y de que, en consecuencia, cada vez sean menos los que disponen de mayores oportunidades, cada vez se excluya a un número mayor de unidades de la lucha de competencia, unidades que caen en una situación de dependencia directa o indirecta de una cantidad cada vez menor de triunfadores. El entramado de seres humanos que se encuentra inmerso en este movimiento, va acercándose, por tanto —siempre que no se tome ninguna disposición que así lo impida— a una situación en la cual el poder de disposición fáctico sobre aquellas oportunidades que están en juego se concentra en una sola mano. De este modo, de un sistema de oportunidades abierto, hemos pasado a un sistema de oportunidades cerrado[82].

El esquema general según el cual se produce este proceso es muy simple: en un ámbito social tiene que darse una cantidad determinada de seres humanos y una cantidad también determinada de oportunidades que es escasa o, por lo menos, insuficiente en relación con las necesidades de las personas. Si admitimos que en ese ámbito comienzan por luchar estos seres humanos uno a uno para conseguir las oportunidades disponibles, la probabilidad de que todos ellos puedan mantenerse de modo permanente en esta situación de equilibrio, y de que ninguno de los participantes triunfe es extraordinariamente pequeña, siempre que se trate de una lucha de competencia libre no influida por ningún poder monopólico, mientras que la probabilidad de que, antes o después, algunos individuos triunfen sobre sus enemigos es extraordinariamente grande. Los combatientes que triunfan ven aumentar sus oportunidades, mientras que disminuyen las de los vencidos. Cada vez se concentra mayor poder en manos de una parte de los que originariamente comenzaron el combate mientras que la otra parte queda excluida de la lucha de competencia directa. Si suponemos que los triunfadores en la primera lucha, vuelven a luchar unos contra otros individualmen-

te, se repite el proceso: vuelve a vencer una parte de los luchadores y arrebata a los vencidos la disposición sobre las oportunidades de éstos. Una cantidad menor de individuos dispone de una cantidad mayor de oportunidades, mientras que un número superior de individuos queda excluido de la lucha de competencia. Y este proceso se repite hasta que, finalmente un solo individuo dispone de todas las oportunidades, y todos los demás dependen de él.

En la realidad histórica, por supuesto, no sólo se trata de individuos aislados que intervienen en estos mecanismos de interdependencias sino, muy a menudo, de conjuntos sociales completos, por ejemplo, de territorios o de estados. Los procesos son, en realidad, mucho más complicados de lo que se deduce de este esquema y, además, están llenos de variaciones. Por ejemplo, suele suceder que una serie de unidades menores se coaliguen para derrocar conjuntamente a una sola unidad que ha acumulado demasiadas oportunidades y se ha hecho demasiado poderosa. Una vez que lo han conseguido, se apropian de las oportunidades del derrotado o, por lo menos, de una parte de ellas, y prosigue la lucha por la supremacía entre los antiguos aliados. El efecto de la lucha, la trasferencia en las relaciones de fuerza, es siempre el mismo. También en este sentido el sistema tiende a hacer lo mismo: merced a una serie de luchas de exclusión concentra antes o después una cantidad mayor de oportunidades en manos de una cantidad menor de individuos.

El curso y la velocidad de esta traslación del equilibrio en perjuicio de los muchos y en favor de los pocos depende en gran medida de la relación que se establezca entre la demanda y la oferta de oportunidades. Si suponemos invariable el número de participantes y las oportunidades en el curso del movimiento al cambiar el equilibrio aumentará la demanda de oportunidades; aumentará también el número de personas dependientes y el tipo e intensidad de la dependencia variará asimismo. Si en lugar de funciones sociales relativamente independientes, cada vez se imponen más en la sociedad las funciones dependientes —por ejemplo, en lugar de los caballeros libres, caballeros cortesanos y, finalmente cortesanos; en lugar de comerciantes relativamente independientes, mercaderes y empleados dependientes—, cambia necesariamente la modelación de los sentimientos, la estructura de los instintos y del pensamiento, esto es, en pocas palabras, el hábito sociogenico y las actitudes sociales de las personas, y no solamente entre quienes tienen la posición monopólica sino entre aquellos que están excluidos de la libre competencia por conseguir ciertas oportunidades y que, en consecuencia, han incurrido en una situación de dependencia directa o indirecta.

3. Este proceso no puede entenderse en modo alguno como una evolución que produce una cantidad cada vez menor de personas «libres» y otra cada vez mayor de personas «dependientes» por más que, en ciertos momentos, parece admitir esta descripción. Cuando se considera la totalidad de los movimientos podemos reconocer y comprender con facilidad que, al menos en toda sociedad desarrollada y diferenciada, a partir de una cierta fase del proceso, la dependencia puede convertirse en su contrario. Cuanto

mayor es la cantidad de personas que incurren en dependencia debido al juego del mecanismo monopólico, mayor es su fuerza social, no como personas dependientes consideradas aisladamente sino como conjunto de los dependientes en relación con los pocos monopolistas o con el único monopolista y ello debido tanto a la cantidad de aquéllos como al hecho de que los pocos que están en una posición monopólica, a su vez, dependen cada vez más de los dependientes para conservar y administrar las oportunidades monopolizadas. Ya se trate de tierras, de soldados o de dinero, en cualquiera de sus formas a medida que se acumulan en una sola mano, el individuo va perdiendo posibilidades de administrarlos con lo que, debido a su monopolio, es seguro que acabará dependiendo de otros, dependiendo del entramado de las personas que, a su vez, dependen de él. Se trata de transformaciones que, a menudo, precisan de siglos para hacerse visibles, y de más siglos todavía para plasmarse en instituciones permanentes. Ciertas leyes estructurales de la sociedad pueden interponer una cantidad infinita de obstáculos en el curso de este proceso, pero el mecanismo y la orientación general de aquél son inequívocos. A medida que aumentan las oportunidades monopolizadas y que se generaliza la división del trabajo en el entramado de los seres humanos que participan en la administración de las oportunidades monopolizadas en su calidad de funcionarios, o de cuyo trabajo o función depende de algún modo la subsistencia del monopolio, tanto más se evidencian la importancia y las leyes de este dominio del monopolista. El monopolista puede adaptarse a éstas y aceptar las limitaciones que le impone su función como señor central de un aparato tan poderoso; pero también puede olvidarse de todo ello y dar preeminencia a sus inclinaciones a sus sentimientos. En este caso, tarde o temprano, el aparato social en que han acabado convirtiéndose las oportunidades que se han acumulado de modo privado, caerá en el desorden y le hará sentir de modo decisivo su inercia y la necesidad de respetar sus propias leyes. En otras palabras, cuanto mayor es la amplitud y la división del trabajo que se da en una posesión monopólica, de modo tanto más seguro y tanto más decidido trata ésta de alcanzar un punto en el que el señor o los señores monopolistas se conviertan en funcionarios centrales de un aparato caracterizado por la división de funciones; funcionarios centrales que quizá sean más poderosos que otros funcionarios pero que, en todo caso, no son menos dependientes si están menos vinculados que aquellos. Esta transformación puede realizarse casi de modo imperceptible por medio de pequeños pasos y luchas o bien a través de la violencia con la que los grupos de personas dependientes imponen su fuerza social frente a la minoría de señores monopolistas. En todo caso, sea de un modo o de otro, lo cierto es que a partir de un punto óptimo en el tamaño de la propiedad, el poder de disposición sobre las oportunidades acumuladas a través de la iniciativa privada en una serie de luchas de exclusión, tiende a escaparse de manos de los señores monopolistas y transferirse a manos de los dependientes en su conjunto o, por lo menos en principio, de algunos grupos de dependientes; por ejemplo, a convertirse en el poder de disposición de la administración monopolista actual. El monopolio privado de algunos individuos se socializa, y se convierte en un

monopolio de clases sociales enteras, en un monopolio público, en un órgano central del Estado.

El proceso de desarrollo de lo que hoy denominamos «Presupuestos Generales del Estado» ofrece un ejemplo ilustrativo de esta evolución. Los presupuestos del Estado se desarrollan a partir del «presupuesto privado» de las familias feudales; o, dicho con mayor exactitud: en un principio todavía no hay separación alguna entre lo que posteriormente se considerará como ingresos o gastos «públicos» y «privados». En lo esencial, los ingresos de los señores centrales se originaban en sus posesiones personales, hereditarias o domaniales. Estos ingresos servían para financiar, sin distinción alguna, los gastos originados por el mantenimiento de la corte, por la caza, por la vestimenta o por los regalos que hacían los señores, así como la administración relativamente reducida, el mantenimiento de las tropas, en la medida en que existían y, también, la edificación de burgos fortificados. Posteriormente, cada vez se concentra mayor cantidad de tierra en manos de una sola familia de señores, con lo que la contabilidad de ingresos y gastos, la administración y la defensa de sus propiedades supera la capacidad de cualquier individuo. Pero todavía en la época en que la propiedad inmediata de la familia señorial, esto es, sus bienes del señorío, en la época en que, con una comercialización creciente de la sociedad, afluyen los ingresos monetarios procedentes de todo el país al «tesoro» del señor central y el monopolio sobre el suelo junto al monopolio de la violencia se ha convertido en un monopolio financiero o fiscal, todavía en esta época el señor central continúa disponiendo de todos los ingresos como si fueran ingresos personales de su casa. El señor sigue decidiendo qué parte de los ingresos se destinan a la construcción de castillos, qué parte al reparto de regalos, a la provisión de su cocina y del conjunto de la corte, qué parte al mantenimiento de las tropas y a la remuneración de la administración señorial. La distribución de los ingresos procedentes de las oportunidades monopolizadas depende de su capricho. Si observamos el proceso con mayor detalle, podemos reconocer cómo el ámbito de decisión del monopolista va reduciéndose progresivamente a medida que aumentan las dimensiones del entramado humano en el que ha acabado por convertirse su propiedad. Crece su dependencia del personal administrativo y de la influencia que éste ejerce: cada vez son mayores los costos fijos del aparato monopolista; y al final de este proceso, el señor absoluto, con su poder de disposición aparentemente ilimitado, se encuentra a merced de la presión que ejerce la sociedad que domina, de las leyes y de la división de funciones de la misma. Su poder ilimitado no es solamente consecuencia de su capacidad de disposición monopolista sobre las oportunidades, sino función de una peculiaridad estructural de la sociedad en esta fase de la que todavía hemos de hablar. En todo caso, en la elaboración del presupuesto general del absolutismo francés sigue sin haber diferencia alguna entre los gastos «privados» y «públicos» del Rey.

Es suficientemente conocido cómo, finalmente, la socialización del monopolio de dominación acaba encontrando su expresión en el presupuesto. El titular del poder central, cualquiera que sea el título que posea, tiene pre-

vista una cantidad en el presupuesto como cualquier otro funcionario, cantidad de la que dispone el señor central, sea rey o presidente, para sufragar los gastos de su casa o de su corte. Los gastos necesarios para el mantenimiento de la organización política del país quedan estrictamente separados de los gastos que realizan personas particulares para sus propios objetivos; el monopolio político privado se ha convertido en un monopolio político público, incluso en aquella situación en que el monopolista sigue siendo un individuo particular que actúa como un funcionario de la sociedad.

Igual imagen obtenemos cuando estudiamos la constitución del aparato de dominación en su conjunto. Este aparato se desarrolla a partir de la administración cortesana o domanial «privada», si se quiere, de los reyes o príncipes. Prácticamente todos los órganos del aparato estatal de dominación surgen por medio de la diferenciación de funciones de la administración real, así como por medio de la asimilación de órganos de autoadministración local. Cuando finalmente este aparato de dominación se hace estatal o público, el presupuesto del señor central acaba convertido en un órgano entre otros y, por último, ni siquiera alcanza esta condición.

Se trata de uno de los ejemplos más claros de cómo lo que originariamente era una propiedad privada, se convierte en una función pública, y de cómo acaba por socializarse el monopolio de un individuo, monopolio que se conquistó como consecuencia de una serie de luchas victoriosas de competencia o de exclusión, por medio de la acumulación de oportunidades en el curso de varias generaciones.

No disponemos aquí de espacio para mostrar de modo más detallado, cuál es el significado del hecho de que de un poder «privado» sobre oportunidades monopolizadas, surja un poder «público» o «estatal» o «social». Como hemos dicho, todas estas expresiones solamente alcanzan su auténtico significado por referencia a sociedades con una amplia división de funciones. Únicamente en estas sociedades resulta que la actividad y la función de cada individuo son dependientes de modo mediato o inmediato de las de muchos otros, y únicamente en estas sociedades es tal el peso de las acciones e intereses interdependientes de la mayoría que ni siquiera la minoría que dispone de una cantidad gigantesca de oportunidades en régimen de monopolio puede eludir su presión y su poder.

Los procesos sociales en el sentido del mecanismo monopolista se dan en muchas sociedades, incluso en aquellas que tienen una escasa división de funciones y una escasa interdependencia. En estas sociedades, a partir de cierto grado de acumulación, todo monopolio tiende a librarse del poder de un individuo y a someterse a grupos sociales enteros y a menudo, a ponerse a disposición de los anteriores funcionarios políticos, de los primeros servidores del monopolista. El proceso de feudalización es un ejemplo de ello. Más arriba hemos mostrado cómo, en el curso de este proceso, la facultad de disposición sobre una propiedad territorial relativamente extensa y sobre medios militares muy poderosos se escapa al señor monopolista y va poniéndose en oleadas sucesivas a disposición de sus funcionarios de antaño y a la de los herederos de éstos y acaba transferida a la totalidad de la clase guerrera. En sociedades que tienen una interdependencia

menor de las funciones sociales, esta tendencia a la socialización conduce de modo necesario bien a una forma de «anarquía», a una decadencia más o menos completa del monopolio o bien a su apropiación por una oligarquía en vez de por un individuo. Posteriormente estas tendencias se orientan a favor de la mayoría y, en lugar de una división de las oportunidades de monopolio, conducen a una transferencia del poder de disposición sobre el mismo. Únicamente en el curso de la interdependencia social creciente de todas las funciones, resulta posible sustraer los monopolios al aprovechamiento arbitrario de unos pocos sin necesidad de destruirlos: siempre que se da una intensa división de funciones que, además, crece de modo continuo, la minoría, esto es, aquellos que recaban para sí la disposición sobre oportunidades monopolistas, tarde o temprano acaban viéndose en dificultades y en peor situación que la mayoría, debido a que dependen funcionalmente de los servicios que ésta presta. Considerando en su conjunto el entramado humano, cuya división de funciones es cada vez más intensa, obedece a una ley propia de desarrollo que se opone decididamente a toda monopolización privada de oportunidades. La tendencia de los monopolios, por ejemplo, del monopolio de la violencia o del monopolio fiscal, a convertirse en monopolios «públicos» o «estatales», a partir de monopolios «privados», no es otra cosa que una función de la interdependencia social. Todo entramado humano fuerte y en el que hay una división intensa de funciones presenta una tendencia inherente a buscar una situación de equilibrio en la que resulta imposible la apropiación de los beneficios y de los ingresos de las oportunidades monopolizadas a favor de una minoría. Aunque no siempre haya sido así, para nosotros resulta hoy absolutamente evidente que ciertos monopolios, especialmente los monopolios clave de la dominación, son monopolios «estatales» o «públicos», lo cual constituye un paso en la dirección señalada. Es posible que, determinadas condiciones propias de una sociedad, interpongan obstáculos de modo continuo en el curso de estos procesos. Un ejemplo especial de tales obstáculos es el que hemos expuesto más arriba en el desarrollo del antiguo Imperio Romano-germánico; y donde quiera que un entramado social acaba por superar una dimensión óptima, desde el punto de vista de la constitución monopolista, acabarán por manifestarse fenómenos análogos. Pero la tendencia de un tal entramado humano a alcanzar una determinada estructura en la que los monopolios puedan administrarse en beneficio y a favor de toda la sociedad humana resulta evidente, con independencia de qué factores puedan operar como mecanismos contrarios con el fin de mantener el proceso en una situación de conflicto permanente.

Visto en su perspectiva más general el proceso de constitución del monopolio tiene una estructura muy clara. La competencia libre posee en este proceso una posición muy determinada y una función específica: se trata de una lucha y una competición de un número relativamente amplio de personas por conseguir oportunidades que todavía no están sometidas al monopolio de algún individuo o de un grupo. Toda constitución de monopolio social presupone este tipo de lucha de exclusión; toda lucha de exclusión o competencia tiende a la constitución del monopolio.

Frente a esta fase de la competencia libre, la constitución del monopolio implica, de una parte, la imposibilidad de acceso directo a ciertas oportunidades por parte de un número siempre creciente de personas y, de otra parte, una centralización cada vez más intensa de la capacidad de disposición sobre estas oportunidades. Debido a esta centralización, las oportunidades quedan excluidas de la lucha inmediata que lleva a cabo la mayoría de los individuos y, en el mejor de los casos, se encuentran a disposición de una sola unidad social. Sin embargo, esta unidad social, la constituida por el monopolista, no está jamás en situación de consumir por sí sola de los productos de su monopolio y, desde luego, mucho menos dentro de una sociedad con una intensa división de funciones. Todo lo más que puede hacer, cuando dispone de la fuerza necesaria para ello, es apropiarse de una gran parte de los productos del monopolio y retribuir los servicios con el mínimo vital imprescindible. En cualquier caso, como quiera que depende de los servicios y funciones de los demás, se ve obligado a distribuir entre estos la gran parte de las oportunidades de que dispone, una parte que es tanto mayor, cuanto más grande es la propiedad acumulada, cuanto más intensa es la dependencia con relación a las personas dependientes y, en consecuencia, cuanto mayor es la fuerza de éstas. A su vez, la distribución de las oportunidades vuelve a dar origen a una lucha de competencia entre aquellos que dependen de tales oportunidades; pero mientras que en la fase anterior la competencia era «libre», esto es, solamente dependía de que, en un momento determinado uno de los competidores resultara ser más fuerte o más débil, la lucha depende ahora de qué función es capaz de realizar el individuo o para qué finalidad puede utilizarle el monopolista dentro del conjunto de su ámbito de dominación. En lugar de la competencia libre ha aparecido una competencia condicionada, orientada u orientable desde una posición central, por parte de otros seres humanos, y los atributos que prometen el éxito en esta competencia condicionada a la selección que la competencia establece, los tipos humanos que produce, son extraordinariamente distintos de aquellos a los que daba lugar la competencia libre de la fase anterior.

La diferencia entre la nobleza feudal libre y la nobleza cortesana constituye un buen ejemplo. En el caso del feudalismo el reparto de las oportunidades depende de la fuerza social de cada familia en concreto, y es una función, al mismo tiempo, de su capacidad guerrera así como de la fuerza física y de la habilidad de cada individuo; la aplicación inmediata de la fuerza es un medio de lucha imprescindible en esta competencia libre por las oportunidades. En el caso de la nobleza cortesana, en último término, el reparto de las oportunidades depende de aquel cuya familia o cuyos antepasados fueron los triunfadores en la lucha previa y que, por lo tanto, monopoliza la violencia. Merced a este monopolio queda absolutamente excluido el empleo de la violencia en la lucha competitiva de la nobleza por conseguir oportunidades que el príncipe tiene por repartir; la práctica de la competencia se ha refinado o se ha sublimado; ha aumentado la represión de los impulsos que impone al individuo su dependencia del señor monopolista. Los individuos oscilan de ahora en adelante entre la resistencia contra las repre-

siones a que se ven sometidos, al rechazo de su dependencia y de su subordinación, la nostalgia de la antigua competencia caballeresca libre y sin supeditación, de un lado y, de otro, el orgullo por la autocontención impuesta o la alegría que producen las nuevas posibilidades de placer que ésta abre. En pocas palabras, se trata de un avance en el camino de la civilización.

En la etapa siguiente la burguesía se apropia del monopolio de la violencia y del monopolio fiscal, además de los otros monopolios políticos. En esta época, la burguesía es una clase que, en su conjunto, dispone de determinadas oportunidades económicas bajo la forma de un monopolio sin organizar. Pero en un principio, estas oportunidades se encuentran tan homogéneamente repartidas entre sus miembros que son muchos los que pueden competir entre ellos de modo libre. El objetivo de la lucha entre esta clase y los reyes, y el resultado que de ella se obtiene, no es la destrucción del monopolio político. La burguesía no trata de volver a repartir entre sus miembros aislados las oportunidades monopolizadas de los impuestos y de la violencia militar y policiaca; los burgueses no quieren convertirse en señores terratenientes, cada uno con su propio poder militar y sus propios ingresos. Al contrario, el mantenimiento de un monopolio fiscal y de la violencia física, constituyen el fundamento de su propia existencia social, es el presupuesto de que la lucha de libre competencia que libran unos contra otros para conseguir determinadas oportunidades económicas se limita a los medios de la violencia económica.

Lo que la burguesía trata de conseguir con la lucha por el monopolio de dominación y lo que finalmente consigue, es, como se ha dicho, no el reparto de los monopolios preexistentes, sino una redistribución de sus cargas v beneficios. El hecho de que estos monopolios ya no dependan de un rey absoluto sino de toda una clase, es un paso en la dirección mencionada, es un paso en ese camino en el que las oportunidades que proprociona el monopolio ya no se distribuyen según el capricho y los intereses personales de los individuos, sino según un plan impersonal y exacto, en interés de muchos asociados interdependientes y, finalmente, en interés de la totalidad de un entramado de seres humanos interdependientes.

Por medio de la centralización y del monopolio las oportunidades que antaño era preciso arrancar por medio de la violencia militar y económica individuales pueden someterse a la planificación y gestionarse por medio de ella. A partir de un cierto punto del desarrollo, la lucha por los monopolios ya no se orienta hacia la destrucción de éstos, sino hacia la facultad de disponer de sus beneficios, hacia el plan por medio del que se han construido y según el que habrán de repartirse sus cargas y sus beneficios; en una palabra, la lucha se orienta hacia la clave de distribución. En el curso de esta lucha, la propia distribución, es decir, la tarea del señor monopolista y de la administración monopolista, pasa de ser una función privada a ser una función pública; cada vez se manifiesta de un modo más claro, desde el punto de vista organizativo, su dependencia con respecto a las otras funciones del entramado de seres humanos interdependientes. Los funcionarios centrales son tan dependientes como todos los demás del conjunto de este entramado.Se constituyen instituciones sólidas para el control del

monopolio por parte de un sector mayor o menor de las personas que dependen del aparato monopolista; y la gestión del monopolio, la ocupación de sus propias posiciones claves no se decide por medio de una única lucha de competencia «libre», sino por medio de luchas de exclusión recurrentes sin empleo de la violencia, reguladas por el aparato monopolista, esto es, por medio de luchas de competencia «condicionadas» por el monopolio. En otros términos, se constituye lo que acostumbramos a denominar un « régimen democrático». Este tipo de régimen no es incompatible con la presencia de monopolios en general y su existencia no depende de la de unas reglas de juego en el que haya competencia libre, como se piensa hoy día al estudiar determinados procesos monopolistas económicos; antes al contrario, tiene como presupuesto de su existencia la de monopolios muy organizados, si bien es cierto que éstos solamente pueden surgir o funcionar de modo duradero bajo condiciones muy determinadas y dentro de una estructura específica del ámbito social, así como en una fase muy avanzada de la constitución de los monopolios.

Por lo tanto, podemos distinguir dos grandes fases en el proceso de un mecanismo monopolista, de acuerdo con nuestros conocimientos actuales: en primer lugar la fase de la competencia libre o de las luchas de exclusión, con su tendencia a la acumulación de oportunidades en un número cada vez menor de manos, hasta quedar concentradas en una sola mano; esto es la fase de la constitución del monopolio. En segundo lugar, la fase en la que la facultad de gestión de las oportunidades centralizadas y monopolizadas, tiende a escaparse de las manos del individuo para pasar a las de un número cada vez mayor para convertirse finalmente en una función del entramado de seres humanos interdependienfes, considerados como un conjunto; esto es, la fase en que el monopolio pasa de ser relativamente «privado» a ser un monopolio «público».

No faltan ejemplos de la segunda fase incluso en sociedades que tienen una escasa división de funciones. Su desarrollo completo, sin embargo, solamente puede darse en sociedades que presentan una intensa división de funciones y en las que, además, esta división de funciones cada vez se hace más compleja.

Todo este movimiento puede resumirse en una fórmula muy simple. El origen es una situación en la que toda una clase dispone de oportunidades no organizadas de monopolio y en la que, en consecuencia, la distribución de las oportunidades monopolistas entre los miembros de esta clase, se decide en lo esencial por medio de la lucha y de la violencia abierta. A continuación pasa a una situación en la que la disposición de clase sobre las oportunidades monopolizadas —y la situación de todos aquellos que dependen de estas oportunidades, considerados como un conjunto interdependiente— se organiza de un modo centralizado y se asegura por medio de instituciones de control en la que la distribución de los resultados del monopolio sigue un plan que no se orienta en función de los intereses de los individuos sino, más bien, según los procesos de la división del trabajo, según la interacción óptima de todos los individuos que participan en una interdependencia funcional.

Hasta aquí lo que había que decir sobre los mecanismos de competencia y de monopolio en general. Este esquema general alcanza toda su significación únicamente en conexión con los hechos concretos; en relación con éstos tiene que demostrar su verosimilitud.

Cuando hoy día hablamos de «competencia libre» y de «monopolios», estamos pensando, fundamentalmente, en hechos contemporáneos. Estamos pensando, en primer lugar, en la «competencia libre» por las oportunidades «económicas» en que entran los individuos o los grupos de individuos en el contexto de determinadas reglas de juego, por medio de la fuerza económica, y en cuyo proceso unos aumentan su capacidad de disposición sobre las oportunidades económicas por medio de la aniquilación, de la sumisión o de la reducción de la resistencia económica de los otros.

Pero esta competencia económica de nuestros días, no sólo conduce de modo inmediato a una reducción continua de la cantidad de competidores no «monopolistas» y a una lenta formación de estructuras monopolistas, sino que —como se ha señalado más arriba— su presupuesto es la existencia de determinadas construcciones monopolistas con un elevado grado de desarrollo. Sin la existencia de organizaciones monopolistas de la violencia física y de los impuestos dentro de los ámbitos nacionales, no sería posible mantener durante mucho tiempo la limitación de esta lucha por las oportunidades «económicas» dentro de los medios de la violencia «económica» y del mantenimiento de sus reglas fundamentales de juego en los respectivos estados. En otros términos, las luchas económicas y las construcciones monopolistas de la época contemporánea, tienen una función determinada dentro de una conexión histórica más amplia. Y solamente a la vista de esta conexión más amplia alcanza su significado lo que acabamos de decir, en líneas generales, sobre los mecanismos de la competencia y del monopolio. Únicamente cuando se toma en consideración el proceso de formación de estos sólidos institutos monopolistas «estatales» que, en una fase de expansión y diferenciación rápidas abren una «esfera económica» a una competencia ilimitada individual así como a nuevos monopolios privados, únicamente en este caso la vista del observador traspasa la abundancia de hechos históricos aislados para observar el juego de los mecanismos, el orden, la estructura y la regularidad de tales monopolios.

¿Cómo se llegó a la constitución de estas organizaciones monopolistas «estatales»? ¿Cómo fueron las luchas de competencia que llevaron a esta constitución?

Bastará aquí con seguir este proceso en la historia de cualquier país en el que se desarrolló al máximo y que, por lo tanto, durante un largo período, actuó como la potencia que establecía el modelo en Europa, esto es en la historia de Francia. No debemos ahorrarnos la molestia de profundizar en una serie de casos concretos, pues de otra manera jamás podremos completar el esquema general de los procesos con la plenitud de experiencias, sin la cual aquel resulta vacío, al igual que esta plenitud de experiencias es algo caótico para quienes no ven en ella el orden y las estructuras.

4. *LAS PRIMERAS LUCHAS DE COMPETENCIA EN EL MARCO DEL REINO*

1. De acuerdo con el mecanismo de formación de monopolios era muy probable que, dentro del dominio hereditario franco-occidental, una de las familias guerreras rivales había de alcanzar la supremacía tarde o temprano consiguiendo finalmente una posición de monopolio, y también que de esta manera, la multiplicidad de señoríos territoriales pequeños acabaría sumiéndose en una gran unidad política.

Mucho menos probable, en cambio, resultaba el hecho de que esta casa concreta, la de los Capetos, hubiera de resultar vencedora, es decir, vencedora de una larga serie de luchas de exclusión, y de este modo, ejecutora del mecanismo de monopolio, si bien es cierto que, en principio, podemos señalar toda una serie de factores que favorecía a esta casa en su ascenso frente las demás. Cabe decir que solamente en el curso de la Guerra de los Cien Años se decidió por fin si habían de ser los descendientes de los Capetos o los de alguna otra familia quienes constituyeran el monopolio o llegaran a ser señores centrales del Estado que estaba naciendo.

Es importante destacar la distinción entre estos dos aspectos, entre el problema especial de por qué fue precisamente esta familia de guerreros la que consiguió y conservó la hegemonía. La primera cuestión es la que nos ha ocupado hasta ahora y la que seguirá haciéndolo.

Más arriba hemos bosquejado el primer impulso de esta formación del monopolio después de la fuerte nivelación de las relaciones de propiedad que se prolonga hasta el siglo X e, incluso, el siglo XI. Se trata de la constitución del monopolio en el contexto de un territorio. Dentro de estos pequeños señoríos se dan las primeras luchas de exclusión; en un primer momento, se altera el equilibrio a favor de unos pocos señores, y finalmente a favor de uno solo. Una casa —siempre es una casa o una familia la unidad social que se impone y no un individuo— conquista tanto territorio que los demás no pueden compararse con ella en poder guerrero y económico. Mientras subsisten las posibilidades de compararse la relación feudal sigue siendo, por lo menos, una relación nominal. Con el desplazamiento de la fuerza social, esta relación también se transforma. Aparecen nuevas relaciones de dependencia, si bien es cierto que debido a la inexistencia de un fuerte aparato central, la dependencia de las familias guerreras en relación con la que fácticamente se ha convertido en la más poderosa del territorio no tiene ni la fortaleza ni el carácter que alcanza posteriormente en el marco del régimen absoluto.

Resulta característico de la intensidad con que funciona este mecanismo de monopolio que, aproximadamente en la misma época, se produzcan procesos análogos en casi todos los territorios de la zona franco-occidental. Luis VI, duque de Francia y rey nominal de toda la zona es, como se ha dicho, un representante entre otros de esta etapa de la constitución del monopolio.

2. Cuando se observa el mapa de Francia hacia el año de 1032, puede verse un cuadro bastante claro de la división política de la zona en una serie de señoríos territoriales mayores y menores[83]. Lo que vemos no es todavía la

Francia que conocemos ahora. Esta Francia que está naciendo, el dominio hereditario franco-occidental limita al sudeste con el Ródano; Arles y Lyon quedan fuera, en el reino de Borgoña; también fuera de sus fronteras queda al norte de la región de lo que hoy es Toul, Bar-le-Duc y Verdún que, como la zona de Aquisgrán, de Amberes, y más hacia arriba, de Holanda, pertenecen al reino de Lotaringia. La frontera tradicional oriental y septentrional del dominio hereditario occidental carolingio, está muy adentro del actual territorio de Francia. Pero ni esta frontera del reino nominal de los Capetos, ni las fronteras de las unidades políticas más pequeñas dentro de ella, poseen en aquella época la función o la solidez de las fronteras estatales actuales. Los accidentes geográficos, los valles fluviales, las montañas, conjuntamente con las diferencias lingüísticas y las tradiciones locales, conceden a las fronteras una cierta estabilidad. Sin embargo, como quiera que todo territorio, sea grande o pequeño, es, ante todo, propiedad de una familia de guerreros, lo determinante para averiguar el territorio que pertenece a una unidad política son las victorias y las derrotas, los matrimonios, las compras y ventas de estas familias. Los cambios de régimen político que sufren los territorios concretos son relativamente grandes.

Si nos desplazamos desde el sur hacia el norte, comenzamos por ver, al norte del condado de Barcelona, esto es, al norte de los Pirineos, el ducado de Gascona hasta la región de Burdeos y el condado de Toulouse; éste se une aquí, por no mencionar más que a las grandes unidades, con el ducado de Guyenne, es decir, Aquitania, y después, el condado de Anjou, patria de la segunda dinastía real franco-inglesa, los condados de Maine y de Blois, el ducado de Normandía, patria de la primera dinastía real franco-inglesa, los condados de Troyes, de Vernandois, y de Flandes y, finalmente, dentro de la zona de dominación normanda, los condados de Blois, de Troyes y otros, la pequeña zona de dominación de los Capetos, el ducado de Francia. Ya se ha señalado que esta zona de dominación de los Capetos, como sucedía con otros señoríos territoriales, no constituye una unidad completa en un sentido geopolítico o militar, sino que se compone de dos o tres zonas mayores que se complementan: la Isla de Francia, el Berry y la zona de Orleans así como una serie de posesiones desperdigadas y más pequeñas en Poitou en el sur, y en los más diversos puntos de Francia, que habían llegado a los Capetos por los procedimientos más variados[84].

3. En la mayoría de estos territorios, en la época de Luis VI, una familia determinada consiguió una posición de supremacía sobre todas las demás, por medio de la acumulación de propiedades territoriales. Las luchas entre estas casas principescas y las familias nobiliarias más pequeñas dentro de los señoríos territoriales, se prolongaron mucho tiempo y las tensiones entre ellas seguían siendo perceptibles mucho más tarde.

Pero las posibilidades de las casas feudales menores de oponer resistencia victoriosa nunca fueron muy grandes. A lo largo del siglo XI, va manifestándose claramente su dependencia de los respectivos señores feudales o territoriales. Apenas hay posibilidad de debilitar la posición monopolista de las familias principescas dentro de sus territorios. Y lo que da su carácter especial a la sociedad de ahora en adelante, serán las luchas entre estas

familias principescas por conseguir la supremacía dentro de ámbitos territoriales cada vez más extensos. En estas luchas los individuos se ven sometidos a las mismas leyes que en las luchas típicas de la etapa anterior: cuando un vecino se engrandece y se hace más poderoso, el otro vecino se encuentra en peligro de ser invadido y reducido a dependencia. Tiene que conquistar para no sucumbir. En principio, las expediciones de colonización, las guerras de expansión hacia el exterior, tienen como fin descargar en cierta medida la tensión en el interior, tensión que se intensifica cuanto menores son las oportunidades de una expansión exterior. El mecanismo de interrelación de la libre competencia se pone en marcha dentro de un círculo más reducido, esto es, el de aquellas familias de guerreros que se han convertido en familias centrales de un territorio.

4. Como se ha dicho, la expedición del duque de Normandía a Inglaterra fue uno de esos movimientos de expansión característicos de la época. Esta expedición se realizó bajo el signo del hambre generalizada de tierra que acuciaba a toda una población creciente, en especial la población de guerreros, ya fueran pobres o ricos.

Pero el enriquecimiento del duque de Normandía, el engrandecimiento de su poderío militar y financiero, implicaba, al mismo tiempo, una modificación considerable del equilibrio mantenido hasta entonces entre los señores territoriales de Francia. Esta modificación del equilibrio no se evidenció de inmediato en toda su importancia, puesto que el conquistador necesitó tiempo para organizar los medios materiales de su poder, y una vez que lo consiguió, al ser escasa la integración de los territorios franco-occidentales, la amenaza que este aumento de poder de los duques normandos implicaba para los otros señores territoriales, comenzó por manifestarse en las inmediaciones de Normandía, esto es, en la Francia del norte más que en la Francia del sur. No obstante, esta amenaza se materializó y la familia a la que afectaba de modo más directo era la que tradicionalmente aspiraba a ejercer la supremacía en la zona oriental vecina a Normandía, la de los duques de Francia, los Capetos. No es nada improbable que este peligro de un vecino más poderoso supusiera un acicate intenso para que Luis VI actuara en una dirección a la que dedicó toda su vida con energía y astucia, un acicate para consolidar su supremacía y asegurar la derrota de todo posible rival dentro de su propio territorio.

Lo que se manifiesta en cada enfrentamiento entre los dos, es que Luis, el rey nominal y señor feudal de la zona franco-occidental, de hecho y dado lo reducido de su propiedad, era mucho más débil que su propio vasallo y vecino quien, como conquistador de Inglaterra, era, al mismo tiempo, titular de una corona real.

Gracias a la conquista de la isla, Guillermo el Conquistador tuvo la posibilidad de crear una organización señorial centralizada relativamente fuerte para la época. Distribuyó la tierra conquistada de modo que impedía el surgimiento de familias igualmente ricas y poderosas que pudieran rivalizar con la suya propia. La organización administrativa del señor central inglés era la más avanzada de su tiempo; incluso contaba con un departamento especial para la recaudación de ingresos monetarios.

El ejército con el que Guillermo el Conquistador conquistó la isla, sólo parcialmente constaba de sus mesnadas feudales; comprendía también mercenarios a los que impulsaba el deseo de conseguir nuevas tierras. Además gracias a la conquista, el tesoro del señor central normando era suficientemente grande para contratar guerreros a sueldo con lo que, con independencia de la cantidad de sus mesnadas feudales, esto dio al señor insular una superioridad militar sobre su vecino continental.

Al igual que sus antepasados, Luis el Gordo de Francia no podía permitir esta situación. Se le ha acusado de ser avaro, y se ha dicho que trataba de acaparar cuanto dinero podía con todos los medios a su alcance. De hecho, en aquella época, se manifestaba de forma especial el anhelo, incluso el ansia de dinero, como en las otras épocas en que el dinero es relativamente escaso y muy clara la desproporción entre las reservas existentes y la demanda monetaria. Pero Luis VI se encontraba en una situación especialmente menesterosa en comparación con un vecino que también era más rico que él. A este respecto, al igual que sucedía con la organización de la soberanía, de la centralización y de la exclusión de los posibles rivales en el interior, el territorio insular ofrecía un ejemplo que los señores territoriales del continente se veían obligados a seguir, si no querían quedar excluidos de la lucha por la supremacía.

A comienzos del siglo xii, por lo tanto, la dinastía de los Capetos es manifiestamente más débil que la rival, que dispone de tierras y de hombres en abundancia al otro lado del canal. Luis VI es derrotado prácticamente en todas las batallas con sus rivales ingleses, si bien estos no consiguen penetrar en las posesiones de Francia. En estas circunstancias el señor de Francia se limita a agrandar la base de su poder, de sus posesiones familiares, y a quebrar la resistencia que le oponen los señores feudales menores que se encuentran dentro de sus territorios o entre estos. Luis prepara de esta manera a su casa para aquella gran competencia, aquella lucha secular por la supremacía en los dominios hereditarios franco-occidentales, en el curso de la cual una cantidad cada vez mayor de territorios franco-occidentales se concentra en un sólo bloque de soberanía, en manos de una única familia de guerreros, al tiempo que van eliminándose las demás tensiones de esta zona. Prepara a su familia para la lucha por la corona de Francia entre los señores de la Isla de Francia y los señores de la isla inglesa.

5. La familia que recoje el reto de la lucha por la supremacía contra los Capetos, una vez que se ha extinguido la rama de Guillermo el Conquistador, son los Plantagenets. Su señorío de origen es Anjou [85] también una zona vecina al ducado de Francia. Es una familia que asciende en la misma época que los Capetos y también del mismo modo aproximadamente. Al igual que en el ducado de Francia con Felipe I, también en el vecino Anjou con Foulque, el poder real de los condes frente a sus vasallos es muy reducido. Al igual que el hijo de Felipe, Luis VI el Gordo, también el hijo de Foulque, Foulque el Joven y su propio hijo, Geoffroy Plantagenet, luchan contra los señores feudales pequeños y medianos de su zona, echando de este modo los fundamentos de una expansión posterior.

En la propia Inglaterra se produce en esta época un proceso inverso que

muestra los mecanismos de la sociedad guerrera desde la otra perspectiva. A la muerte de Enrique I, sobrino de Guillermo el Conquistador, que no deja herederos masculinos, Etienne de Blois, hijo de una hija de Guillermo hace valer su aspiración al trono inglés. Consigue el reconocimiento de los señores feudales seculares y de la Iglesia; pero, en realidad, no es más que un señor feudal normando medio, y sus propiedades personales y el poder de su familia son reducidos. Es hasta relativamente impotente frente a los otros guerreros y también frente al clero de la región. En el momento en que asciende al trono se inicia un proceso de desintegración del poder político en la isla. Los señores feudales construyen castillos y más castillos, acuñan su propio dinero, recaudan impuestos en sus posesiones; en resumen, reclaman todos los medios de poder que hasta entonces habían constituido el monopolio de los señores normandos centrales, congruentemente con el aumento de su fuerza social. Además, Etienne de Blois comete una serie de equivocaciones que acaban enemistándole especialmente con la Iglesia y que quizá hubiera podido permitirse un gobernante más fuerte que él pero no un hombre que precisa la ayuda de los demás. Estas equivocaciones ayudan a sus rivales.

Los principales rivales son los condes de Anjou. Geoffroy Plantagenet se había casado con la hija del último rey anglo-normando. A los títulos que este matrimonio le concede añade Geoffroy el poder. Poco a poco va poniendo pie en Normandía. Su hijo, Enrique Plantagenet, consigue unificar bajo su dominio Maine, Anjou, Touraine y Normandía. Y apoyándose en este poder consigue volver a conquistar los dominios ingleses de su abuelo, al igual que antaño los conquistó el duque de Normandía. En 1153 cruza el canal. En 1154, con 22 años de edad, se convierte en rey y, gracias a su poderío militar y financiero, así como a su energía y dotes personales se convierte en un rey muy centralizador. Dos años antes, merced a su matrimonio con la heredera de Aquitania, se había convertido además en señor de esta región de Francia meridional. En este momento, además de sus posesiones inglesas tiene extensos territorios en el continente, frente a todo lo cual la familia de los Capetos parece diminuta. Queda abierta, por lo tanto, la cuestión de si los territorios franco-occidentales serán integrados por la Isla de Francia o por Anjou. La propia Inglaterra es tierra conquistada y, en consecuencia, más bien un objeto que un sujeto de la política [86]. Se trata, por decirlo así, de un trozo medio colonial que mantiene un vínculo flexible con los territorios franco-occidentales.

El cuadro de la distribución política de esta época recuerda vagamente al que hoy conocemos en Asia Oriental: una zona insular relativamente pequeña y una zona de dominación mucho mayor en el continente se encuentran en las mismas manos. Se cuenta, asimismo, todo el sur del antiguo reino de los Capetos. En cambio no se cuenta la zona de dominación de los Plantagenets, el condado de Barcelona, cuyos señores centrales se han convertido en reyes de Aragón en el curso de un movimiento de expansión y gracias a su política matrimonial. Estos señores y sus tierras van independizándose lenta e imperceptiblemente de los territorios franco-occidentales.

Con excepción de un pequeño señorío de carácter eclesiástico, tampoco

pertenece al ámbito de dominación anglo-angevino en el sur el condado de Toulouse. Todas estas zonas así como los pequeños señores al norte de la región aquitana, amenazados por el poderío del imperio angevino, comienzan a inclinarse del lado del centro rival de poder, esto es, del lado de los Capetos. Las leyes del equilibrio que orientan los actos en estos sistemas de fuerzas son siempre las mismas en líneas generales. Su dinámica en este caso, en el reducido ámbito territorial franco-occidental, apenas se diferencia de aquella otra que determina la política de los estados de la Europa moderna y, en realidad, en toda la tierra. Mientras no se haya constituido un poder absoluto —esto es, un poder que hava superado claramente la capacidad de competencia de todos los demás, y que, en consecuencia, haya conseguido una posición monopolista en ese sistema de equilibrio—, las unidades de segunda magnitud tratarán de formar un bloque contra las unidades que se hayan acercado más a la supremacía por medio de la integración de muchas zonas territoriales. La formación de un bloque provoca la de otro y, por mucho que dure este juego, el sistema en su totalidad tiende a la consolidación de regiones cada vez mayores en torno a un centro, a la concentración del verdadero poder de decisión en unas pocas unidades y, finalmente, en un solo centro.

La expansión del duque de Normandía creó un bloque que al principio alteró a su favor el equilibrio en el norte de Francia. La expansión de la casa de Anjou fue algo más allá y consiguió que el bloque del imperio angevino amenazara el equilibrio en la totalidad de Francia occidental. Este bloque puede parecer aún muy inestable y el aparato de dominación centralizado, apenas en los inicios, pero el movimiento por el que, con el hambre generalizada de tierras, una casa acaba siempre impulsando a otra a la integración, o a la búsqueda de nuevo suelo, se manifiesta muy claramente en la formación de estos bloques: al margen del sur, el ámbito de dominación de los Plantagenets comprendía una amplia faja de terreno que incluía la totalidad de Francia occidental. Desde el punto de vista formal, el rey de Inglaterra era vasallo de los reyes Capetos por esta zona territorial del continente. Pero el «derecho» tiene escasa vigencia cuando no está respaldado por la fuerza correspondiente.

Cuando, en el año de 1177, el sucesor de Luis VI, Luis VII de Francia, ya un hombre viejo y cansado, se entrevista con el representante de la casa rival, con Enrique II, el joven rey de Inglaterra, le dice:

«Oh Rey, desde antes del comienzo de vuestro reinado me habéis colmado de injurias pisoteando la fidelidad que me debíais y el homenaje que me habíais jurado; y entre estas injurias la más grande, la más evidente es la usurpación injusta de la Aubernia, que poseéis en detrimento de la corona de Francia. Es cierto que la vejez que me asedia me arrebata la fuerza necesaria para recuperar esta y otras tierras; pero ante Dios, ante estos barones del reino y ante nuestros fieles seguidores, afirmo públicamente los derechos de mi corona y, en especial, los referentes a la Aubernia, el Berry, y Châteauroux, Gisors y el Vexin, suplicando al Rey de reyes, que ha tenido a bien darme un heredero, conceda a éste lo que a mi me ha negado» [87].

El Vexin —una especie de Alsacia-Lorena normanda— era una zona fron-

teriza entre las posesiones de los Capetos y las posesiones normandas de los Plantagenets. Más al sur, atravesaba la zona de Berry la frontera entre la región de los Capetos y la de la casa de Anjou. Evidentemente, los Plantagenets eran ya lo suficientemente fuertes como para anexionarse parte de los dominios de los Capetos. La lucha por el predominio entre los Capetos y los Plantagenets estaba en todo su apogeo y las zonas de dominación tradicional angevina eran muy superiores a las del ducado de Francia.

De esta forma las reclamaciones que el Capeto hace a su enemigo resultan muy moderadas en el fondo; en lo esencial no quiere más que recuperar algunas franjas de terreno que cuenta entre sus propios dominios. De momento, no cabe pensar en nada más, ya que ve con claridad que el poderío de la casa angevina es muy superior al suyo.

«Nosotros, los franceses», solía decir al compararse con los rivales, «no tenemos más que pan, vino y alegría.»

6. Pero, como hemos dicho, estas organizaciones de dominación política carecían de solidez. De hecho, eran «empresas privadas». Al igual que estas, estaban sometidas a las leyes sociales de la competencia pero, también al igual que estas dependían de las condiciones personales de sus propietarios, de su edad, de sus herederos, y de otros factores personales similares, de modo más claro que las organizaciones de dominación política de una fase posterior en las cuales la continuidad estaba asegurada no sólo por la persona del propietario, sino también por cierta división del trabajo, por una serie de intereses organizados y un aparato político más estable.

En 1189 encontramos de nuevo a un Capeto enfrentado a un Plantagenet. Entre tanto, casi todos los territorios en litigio han sido reconquistados por los Capetos. En este momento, el Plantagenet es un anciano mientras que el Capeto es un joven, el hijo de Luis VII, Felipe II llamado Augusto. Como hemos dicho, la edad sigue siendo muy importante en una sociedad en la que el propietario del poder no puede delegar la jefatura militar, en la que tanto depende de su iniciativa personal y en la que él mismo tiene que decidirse a atacar o a defenderse. Por otro lado, Enrique II que, personalmente, es un gobernante fuerte, que mantiene bajo control a un gran territorio, se ve sin embargo acosado en su vejez por las sublevaciones y, en especial, por el odio de su hijo primogénito Ricardo llamado Corazón de León quien, ocasionalmente, hace causa común con los Capetos rivales en contra de su propio padre.

Aprovechándose de las debilidades del enemigo, Felipe Augusto consigue recuperar la Auvernia y la parte de Berry a la que se refería su padre. Un mes después de enfrentarse con Felipe Augusto en Tours, muere Enrique II con 56 años de edad.

En 1193 —Ricardo Corazón de León se encuentra preso—, Felipe consigue anexionarse el Vexin, tanto tiempo en litigio. Su aliado es Juan, el hermano menor del rey preso.

En 1199 fallece Ricardo. Tanto él como su hermano y sucesor, Juan, quien pronto será conocido como Juan Sin Tierra, han dilapidado una parte considerable de la base de su soberanía de las posesiones y del tesoro de su padre. Sin embargo, frente a Juan, se encuentra como rival un hombre que

ha padecido en su propia carne toda la humillación y la supeditación a que se han visto sometidos los Capetos con el crecimiento del poder de los anglo-angevinos y que ha orientado toda su energía, aguijoneada por estas experiencias, en una sola dirección: conseguir más tierra, más poder. Más y siempre más. Felipe Augusto —al igual que los primeros Plantagenets antes que él— está poseído por una obsesión. Cuando en cierta ocasión, más tarde, Juan Sin Tierra le pregunta si no puede comprar algo de la tierra que Felipe ha conquistado, éste le contesta que si consigue encontrar a alguien que le venda tierra, que le avise, que él todavía quisiera comprar alguna más. Y en esta época, Felipe es ya un terrateniente poderoso.

Como puede verse, todavía no se trata de una verdadera lucha entre estados o naciones. Toda la historia de la construcción de las posteriores organizaciones monopolistas, de los estados y de las naciones, será incomprensible en tanto no se entienda en toda su peculiaridad esta fase previa de la «iniciativa privada». Se trata de una lucha de familias competidoras o rivales que, coherentemente con el movimiento general de la sociedad, se orientan hacia la expansión, hacia la consecución de unas propiedades cada vez mayores, primero como unidades pequeñas y luego como unidades cada vez mayores.

La batalla de Bouvines, en 1214, acaba por decidir la partida. Juan de Inglaterra y sus aliados son derrotados por Felipe Augusto. Y como suele suceder en la sociedad feudal guerrera, la derrota en la lucha exterior supone también una debilitación en el interior. A su regreso a la patria, Juan encuentra sublevados a los varones y al clero, cuyas reivindicaciones cristalizan en la *Magna carta.* A la inversa, para Felipe Augusto, la victoria en el combate contra el enemigo exterior implica, al mismo tiempo, un fortalecimiento del poder en el interior de su territorio.

Como heredero de su padre, Felipe Augusto había recibido los pequeños territorios en torno a París y a Orleans y parte de Berry. A estos añadió Normandía, por no mencionar más que algunas de las conquistas mayores, entonces uno de los territorios más grandes y más ricos de todo el reino, así como las zonas de Anjou, Maine, Touraine, partes importantes de Poitou y de Saintonge, Artois, Valois, Vermandois, la región de Amiens y una gran parte de la zona en torno a Beauvais. «El señor de París y Orleans ha pasado a ser el mayor señor territorial de Francia del norte»[88]. Este señor ha convertido a la «casa de Capeto en la familia más rica de Francia» [89]. Durante su reinado se consiguen salidas al mar. En otros territorios de Francia del norte, en Flandes, Champagne, Borgoña y Bretaña su influencia crece al hacerlo su poder. Incluso en el sur dispone de algunas posesiones.

No obstante, este dominio de los Capetos sigue sin ser un territorio cerrado. Entre Anjou y la zona de Orleans, se encuentran las posesiones del conde de Blois. En el sur, las zonas costeras en torno a Saintes, y más al oriente, la Auvernia, apenas tienen relaciones con las zonas septentrionales. Pero estas últimas, las viejas posesiones de la familia, junto a la Normandía y a las nuevas regiones conquistadas al norte, hasta Arras, constituyen un bloque relativamente cerrado desde un punto de vista puramente geográfico.

Felipe Augusto aún carecía de una idea de «Francia» en el sentido en que la tenemos nosotros, y su zona de dominación verdadera no era esta Francia que nosotros conocemos. Lo que le preocupaba fundamentalmente era el aumento del poder territorial, militar y económico y la denota de su competidor más peligroso, los Plantagenets, cosas ambas en las que consiguió triunfar. La extensión de las posesiones de los Capetos a la muerte de Felipe era el cuádruple de la que tenían cuando accedió al trono. Por el contrario, los Plantagenets, que hasta aquella época habían vivido más en el continente que en la isla, y cuyo personal administrativo en Inglaterra se componía tanto de normandos continentales y de gentes procedentes de otras zonas del continente como de oriundos de la isla, ya sólo disponían, en tierra firme, de una parte de la antigua Aquitania. de la región al norte de los Pirineos centrales y occidentales a lo largo de la costa hasta la desembocadura del Gironde llamada ducado de Guyenne; a ello había que añadir algunas islas del archipiélago normando. El equilibrio se había modificado en contra suya. Su poder había disminuido pero, gracias a la insularidad, no había desaparecido. Tras algún tiempo, el equilibrio en el continente volvió a modificarse a su favor. El resultado de la lucha por la hegemonía en la zona hereditaria franco-occidental siguió indeciso durante mucho tiempo. Parece que, después de los Plantagenets Felipe Augusto consideraba que los rivales principales eran los condes de Flandes y, en efecto, estos constituían un nuevo centro de poder, como demuestra toda la historia posterior de Francia. Se cuenta que Felipe solía decir: «O Francia se hace flamenca, o Flandes se hace francés.» No hay duda de que Felipe tuvo siempre clara conciencia de que en todas estas luchas de las grandes casas territoriales se jugaba la supremacía o la sumisión. Pero también podría imaginarse que el poder hegemónico de la zona podía recaer por igual en Flandes o en Francia.

7. Los sucesores de Felipe Augusto se aferran a la orientación que él inicia: tratan de consolidar y de ampliar la zona conquistada. Inmediatamente después de la muerte de Felipe Augusto los barones de Poitou vuelven a aliarse a los Plantagenets. Luis VIII, el hijo de Felipe Augusto somete de nuevo esta zona a su gobierno, así como Saintonge, Aunis y el Languedoc, añadiéndoles parte de la Picardía y el condado de Perche. Parcialmente bajo la forma de la guerra de religión, esto es de la lucha contra los herejes albigenses, comienza el avance de la dinastía de los Capetos hacia el sur, hacia las posesiones del único gran señor territorial que todavía puede igualarse en poder con los Capetos, como lo hacen los Plantagenets, esto es, hacia los dominios del conde de Toulouse.

El Capeto siguiente, Luis IX el Santo, tiene que proteger a sus propiedades, en rápido crecimiento, de todos los ataques posibles procedentes del interior y del exterior al tiempo que continúa ampliándolas: añade a sus posesiones hereditarias, parte del Languedoc en el norte de los Pirineos orientales, los condados de Mácon, Clermont, Mortain y algunas zonas más pequeñas. Felipe II el Audaz consigue el condado de Guines entre Calais y St. Omer que, por lo demás, vuelve a posesión de los herederos del conde doce años más tarde. Asimismo se hace, mediante compra o promesas de protec-

cion, con todas las pequeñas propiedades a su alrededor, al tiempo que prepara la anexión de Champagne y del gran territorio de Toulouse a las posesiones hereditarias de su casa.

En toda la zona franco-occidental apenas queda ya un solo señor territorial independiente que pueda comparar su poder con el de los Capetos a excepción de los Plantagenets. A su vez, éstos están tan ocupados en ampliar su ámbito de poder como aquéllos. En el continente sus tierras han comenzado a extenderse de nuevo en el ducado de Guyenne. Al otro lado del canal han conseguido someter a Gales y están a punto de someter a Escocia. De nuevo cuentan con posibilidades de expansión que no conducen de un modo directo al choque con los Capetos. Y estos también tienen ámbito de expansión en otra dirección. En esta época, bajo Felipe el Hermoso, se amplía su zona de dominación hasta las fronteras del Imperio Germánico-Romano, esto es, de un lado hasta el Mas que, por entonces, se consideraba como la frontera natural —en recuerdo de la división del Imperio Carolingio en el año 843— así como la tradicional de la zona franco-occidental; por otro lado —y más al sur— se extiende hasta el Ródano y el Saona, esto es, hasta las zonas de Provenza, el Delfinado y el condado de Borgoña que tampoco se contaban entre los territorios franco-occidentales tradicionales. Felipe consigue mediante matrimonio Champagne y Brie con muchos otros anexos que, parcialmente, ya se encuentran en la zona del Imperio Romano-Germánico. Del conde de Flandes consigue en el norte los señoríos de Lille, Douai y Bethune; arrebata al conde de Blois el condado Chartres y el señorío de Beaugency. A esto añade los condados de Marche y Anguléme, los señoríos eclesiásticos de Cahors, Mende y Puy, así como, más al sur, el condado de Bigorre y el vizcondado de Soule. Sus tres hijos, Luis X, Felipe V y Carlos IV, mueren uno tras otro sin dejar heredero varón. Las posesiones «miliares y la corona de los Capetos recaen sobre el sucesor de un hijo menor de la casa de los Capetos que posee el condado de Valois como bien rental.

Hasta ahora hemos podido seguir una línea continua de esfuerzos a lo largo de generaciones, que se orienta siempre en la misma dirección: la de la acumulación de tierra. Bastará aquí con que resumamos los resultados de este esfuerzo. De todas formas este resumen, así como la mera toponimia de muchos lugares, permite imaginarnos algo de las luchas abiertas o soterradas en las que se enfrentan las diversas casas señoriales y en el curso de las cuales la casa más fuerte va derrotando sucesivamente a las demás, que desaparecen. Podemos entender o no la importancia de sus nombres pero no hay duda de que nos dan una cierta impresión de la intensidad de los esfuerzos realizados por la casa de los Capeto en su situación social y a través de los más distintos individuos, esfuerzos orientados siempre en la misma dirección.

Si observamos el mapa a la muerte de Carlos IV, el último Capeto que asciende al trono como descendiente directo, podemos ver lo siguiente: el territorio francés bajo dominación de los Capetos —esto es el conjunto que se agrupa directamente bajo el ducado de Francia— alcanza desde Normandía en occidente hasta Champagne en oriente y hasta Canche en el norte.

La región del Artois, que se encuentra todavía más al norte, se entrega a un perteneciente a la casa como bien rental. Algo más al sur —separado de la zona de Anjou sujeta a renta— el condado de Poitiers está sometido al poder directo de los reyes de París; todavía más al sur les pertenece el condado de Toulouse y parte de lo que antaño fuera el ducado de Aquitania. La totalidad de estas posesiones constituye ya una gran masa territorial; pero todavía sigue sin ser una zona cohesionada; todavía tiene el aspecto típico de una posesión territorial familiar, cuyas partes están unidas, no por su interdependencia, por alguna forma de división de funciones, sino por medio de la persona del propietario, por la «unión personal» y por un mismo centro administrativo; todavía es perceptible la conciencia local, los intereses particulares y el carácter específico de cada territorio. Pero su inclusión bajo una sola casa señorial y, en parte también, su sumisión al mismo centro administrativo, barre en principio una serie de obstáculos que se oponían a una interdependencia más intensa. Esta inclusión es coherente con la tendencia a la expansión de las relaciones comerciales, con la intensificación de la interdependencia supralocal que ya es visible en pequeñas partes de la población urbana sin que, por lo demás, tenga la misma importancia en cuanto impulso para la expansión de las casas reales que la que tuvo más tarde en el siglo XIX, en un grado muy distinto de desarrollo de las capas urbanas burguesas. En los siglos x, xi y xii, la lucha por conseguir oportunidades territoriales, la rivalidad entre una cantidad cada vez menor de familias guerreras constituye el impulso primario para la unión de territorios cada vez mayores. La iniciativa reside fundamentalmente en las castas guerreras que cada vez son más poderosas, en las casas reales; bajo la protección de éstas florecen las ciudades y las relaciones comerciales; ambas se benefician de la concentración de poder, y, además, sin duda, contribuyen a intensificarla. Volveremos a hablar de esto, pero no hay duda de que una vez que se han unido varios territorios bajo un solo poder-político, las clases urbanas tienen una participación decisiva en la consolidación e intensificación de las uniones territoriales. Sin los medios auxiliares en recursos humanos y económicos que consiguen los príncipes de las clases ciudadanas a causa de la comercialización creciente, serían impensables tanto la expansión como la organización política de estos siglos. Pero las ciudades y la comercialización actúan aún de modo indirecto como instrumentos u órganos de las casas reales para la integración de territorios cada vez más amplios. Esta integración o anexión de territorios implica, en primer término, la derrota de una estirpe guerrera por otra, esto es, la desaparición de la una en la otra o, en el mejor de los casos, su sumisión, su dependencia del vencedor.

Sí observamos la situación a comienzos del siglo xiv en el momento de la extinción de la descendencia directa de los Capetos, vemos con facilidad la dirección del cambio. Por supuesto que no han cesado los combates de las familias guerreras pequeñas o medianas para conseguir tierras o más tierras, pero estas luchas ya no tienen, ni de lejos, la función que tenían en la época de Luis VI y, desde luego, de sus antecesores. En aquella época los terrenos estaban repartidos entre diversos poseedores de un modo bastan-

te igualado. Sin duda que había diferencias de propiedad muy considerables a los ojos de los contemporáneos, pero hasta las propiedades y los medios de poder de las casas reales nominales eran tan escasos que cualquier grupo de familias de caballeros de la vecindad podían medirse con ellas en calidad de rivales o competidores por la tierra o por las oportunidades de poder. Correspondía a la «iniciativa privada» de estas familias decidir en qué medida participaban en la lucha general. No obstante, en el siglo xiv, las familias guerreras carecen de poder; en todo caso aún conservan cierta importancia social consideradas como estamento, es decir, consideradas como un conjunto; pero la verdadera iniciativa reside ahora en algunas familias guerreras que se han revelado como las vencedoras por el momento en las luchas de exclusión habidas hasta la época, y han acumulado tanta tierra que las demás familias no pueden compararse con ellas si no que sólo pueden actuar subordinadas a aquellas. A estas otras familias, esto es, la gran mayoría de los guerreros, les está ya vedada la posibilidad de obtener nuevas tierras de modo directo por medio de su propia fuerza social en el marco de la libre competencia y, con ello, también les está vedada la posibilidad de un ascenso social independiente. Las estirpes de guerreros tienen que mantenerse en el lugar que ocupan en la jerarquía social, a menos que algunos de sus miembros consigan ascender mediante el favor, esto es, mediante la dependencia de un gran señor.

La cantidad de aquellos que todavía pueden competir por la tierra o el poder en las zonas franco-occidentales en condiciones de independencia, es cada vez menor. Han desaparecido las casas ducales independientes de Normandía o de Aquitania. Han desaparecido o se han hundido las casas condales de Campagne, de Anjou y Toulouse, por no mencionar más que a las mayores. Al lado de la casa de Francia sólo quedan otras cuatro en la región que tengan alguna importancia: los duques de Borgoña, los duques de Bretaña, los condes de Flandes y los más poderosos de todos, los reyes de Inglaterra, duques de Guyenne y señores de algunos otros lugares menores. Una sociedad guerrera, caracterizada por una competencia relativamente libre, se ha convertido en una sociedad con una competencia limitada por el monopolio; y entre las cinco grandes casas guerreras, que aún disponen de ciertos medios de poder relativamente competitivos y que, por lo tanto, todavía cuentan con una cierta autonomía, se destacan dos casas más poderosas, los Capetos y sus descendientes, reyes de Francia, y los Plantagenets, reyes de Inglaterra. En el enfrentamiento entre estos acabará por decidirse quién haya de disponer de la totalidad del monopolio de dominación sobre las tierras hereditarias de los francos occidentales y dónde ha de residir el centro y las fronteras del territorio monopolizado.

5. *RESURGIMIENTO DE LAS FUERZAS CENTRÍFUGAS: LA COMPETENCIA DE LOS REYES*

8. El monopolio político, no surge, ni mucho menos, de modo tan rectilíneo como puede parecer en un principio cuando se observa el proceso de acu-

mulación del suelo. Cuanto más extensa es la propiedad territorial que los Capetos van acumulando y centralizando tanto más se manifiesta el movimiento contrario, tanto más evidente resulta otra vez la tendencia a la descentralización; y esta tendencia, al igual que en la fase de acentuada economía natural precedente, por ejemplo en la época carolingia, está representada, en primer lugar, por los parientes y vasallos más próximos del señor monopolista. Pero la forma de manifestarse de las fuerzas sociales descentralizadoras se ha transformado de modo radical. El dinero, la artesanía y el comercio tienen ahora en la sociedad una función más importante que antes; los grupos de individuos que se ocupan de estos aspectos de modo especializado, es decir, la burguesía, han alcanzado una importancia social propia, se han desarrollado los medios de comunicación, todo lo cual ofrece a la organización política de un territorio mayor unas oportunidades que le habían faltado con anterioridad. Los servidores que envía el señor central para la administración y vigilancia de sus posesiones en la periferia ya no pueden independizarse con tanta facilidad; una parte cada vez mayor de estos auxiliares y servidores del señor central proviene ahora de los sectores urbanos; el riesgo de que estos burgueses se conviertan en competidores de los señores feudales es incomparablemente menor que antes, cuando el señor central tenía que extraer una parte de sus ayudantes de la clase guerrera y cuando hasta las personas no libres que empleaba se valían de la propiedad de la tierra con la que eran gratificadas por sus servicios para alcanzar rápidamente una posición de poder y, por lo tanto, el rango social de los guerreros o de los nobles.

Sin embargo todavía subsiste una determinada categoría social de personas que se opone a la concentración de las grandes propiedades en una sola mano, aunque como tal categoría, haya perdido mucho poder e influencia. Estas personas siguen siendo, aun en condiciones sociales distintas, los exponentes principales de la descentralización: son los parientes más próximos del señor central, esto es, su tío, sus hermanos, sus hijos según los casos, y, ocasionalmente, aunque en menor medida, también sus hermanas o hijas.

El ámbito de dominación y el monopolio político, en esta época, no son en realidad propiedad de un solo individuo, sino, más bien, una propiedad familiar, la posesión de una familia guerrera. Todos los parientes próximos de la familia aspiran a conseguir, cuando menos, parte de la propiedad y hacen valer su aspiración. Se trata de una aspiración a la que el jefe respectivo de cada familia no puede o no quiere oponerse sobre todo si la propiedad familiar es extensa. Por supuesto no se trata de un «derecho», en el sentido posterior del término. En esta sociedad apenas si hay algo más que un mero esbozo de un «derecho» general y universal al que también los grandes señores guerreros estén sometidos, puesto que tampoco hay un poder general que esté en situación de imponer el orden jurídico. Sólo cuando se crean los monopolios de fuerza, cuando se centralizan las funciones políticas, se impone un derecho universal, un código legal general vigente en territorios cada vez mayores. Los legados a favor de los hijos son una obligación social que suele encontrarse especificada en las *coutumes* como una

costumbre. Por supuesto únicamente las familias más ricas podían respetar tal costumbre y, precisamente por ello, ésta aparece unida a un valor de prestigio mayor o menor. ¿Cómo hubiera podido sustraerse a esta obligación de prestigio la casa más rica del país, la casa real?

En cierto sentido, la propiedad territorial de una familia es, más que nunca, lo que nosotros llamaríamos hoy propiedad privada. El jefe de la familia dispone de su propiedad de un modo ilimitado o quizá aún más ilimitado que hoy día un gran terrateniente de sus posesiones o el dueño de una gran empresa familiar de su capital, sus ingresos o sus filiales. Así como el terrateniente puede disponer libremente de sus posesiones a favor de su hijo menor o para la dote para su hija, sin preguntar a los habitantes, a los campesinos o a la servidumbre si les place el nuevo señor; así como el capitalista puede destinar parte del capital para la dote de su hija o puede nombrar a su hijo director de una empresa filial sin tener por qué rendir cuentas a sus empleados, de igual modo disponen los príncipes en aquella fase temprana de las aldeas, las ciudades, las posesiones y los territorios de su zona de dominación. Y el impulso que mueve al señor de una gran propiedad a proveer para sus hijos e hijas es, aproximadamente, el mismo que el anterior. Con independencia de la posible preferencia que pueda manifestar el señor por uno u otro de sus hijos menores, la dotación de acuerdo con el rango se cuenta entre las obligaciones de mantenimiento y publicidad del nivel social de su familia —cuando menos de modo aparente, teniendo en cuenta, sobre todo, el futuro próximo—, así como para el aumento de las oportunidades de poder y de permanencia de la familia. El hecho de que la cesión de propiedades y funciones políticas a favor de parientes de la familia resulte ser un riesgo para el poder y duración de la casa, es algo que solamente se abre paso de modo lento en la conciencia de los príncipes tras una larga serie de experiencias muy dolorosas. La conclusión definitiva de estas experiencias la extrajo en Francia Luis XIV, el único que, con un rigor extremo, mantuvo alejados a todos los parientes de su familia —incluso al heredero de la corona en la medida en que era posible— de toda función política y de toda posición autónoma de poder.

9. En los comienzos de esta evolución, en la fase primitiva en que la propiedad familiar de la casa de los Capetos apenas es algo mayor que la de muchas otras familias de guerreros del país, resulta mucho más evidente el riesgo que implica toda dispersión de la propiedad. La amenaza directa que suponen las familias feudales vecinas es permanente, lo cual obliga a mantener una fuerte cohesión tanto de las personas como de las propiedades en cada familia. Por supuesto, dentro de estas familias hay peleas, riñas y combates, como en cualquier otra parte. Pero, al mismo tiempo, toda la familia o una parte de ella, trabaja en la defensa de la propiedad familiar y, si es necesario, en su expansión. La propiedad relativamente pequeña de la familia real, al igual que la de cualquier otra familia guerrera es autárquica en lo esencial; carece de un prestigio social específico y, de hecho, tiene un fuerte carácter de pequeña empresa familiar. Los hermanos, los hijos y también las madres y las esposas de los jefes de las familias, según su personalidad y las circunstancias, poseen cierta importancia a la hora

de decidir cómo se gobierna la familia. Pero a nadie se le ocurre la idea de desgajar una parte de la propiedad familiar para confiársela a un miembro separado de la familia como si fuera una propiedad individual. Los hijos menores del jefe de la familia reciben de vez en cuando un señorío menor u obtienen una pequeña propiedad por vía matrimonial. Y también suele suceder que alguno de los hijos menores de la familia real lleve una vida relativamente pobre.

Esta situación se modifica a medida que va enriqueciéndose la casa real. Una vez que la casa de los Capetos se ha convertido en la familia más rica de todo el territorio o, incluso de todo el país, resulta imposible permitir que los hijos menores de la familia vivan como caballeros pobres. El propio prestigio de la casa real exige que todos sus miembros, incluso los hijos e hijas más jóvenes del rey, tengan unos ingresos adecuados a su rango, esto es, un territorio más o menos extenso sobre el que puedan señorear y de cuyos ingresos puedan vivir. Por lo demás, una vez que los Capetos han superado claramente en propiedad y en poder a la mayoría de las demás familias del país, no resulta tan evidente y manifiesto el peligro que supone una escisión de la propiedad familiar. De este modo con el aumento de la zona de dominación de los Capetos crece, igualmente, la extensión de las tierras que se destinan para renta a los hijos menores del rey. El proceso de desintegración recomienza sobre una base nueva.

Luis VI el Gordo, da a su hijo Roberto el condado no muy extenso de Dreux. Felipe Augusto, el hombre que consiguió elevar a su familia desde la situación originaria de modestia todavía mantiene con mano férrea la propiedad que tanto costó conquistar; lo único de que se desprende es del pequeño señorío de St. Riquier con el que dota a su hermana.

En su testamento, Luis VIII dispone que los condados de Artois, Poitiers, Anjou y Maine, esto es, una parte considerable de la propiedad familiar sino su mayor parte, deben distribuirse entre sus hijos en heredad.

Luis IX regala a sus hijos Alencon, la Perche y Clérmont; Felipe III dota a un hijo menor con el condado de Valois. Pero Poitiers, Alencon y la Perche vuelven de nuevo a manos de la familia Capeto, puesto que sus propietarios mueren sin descendencia masculina.

En 1285, cinco condados, Dreux, Artois, Anjou, Clérmont y Valois, se separan de la propiedad familiar como heredades; en 1328, a la muerte de Carlos el Hermoso, son ya nueve.

Cuando Felipe de Valois hereda la propiedad familiar y la corona de los Capetos, las heredades de su casa Valois, Anjou y Maine, vuelven a unificarse con la gran propiedad de la familia real. El condado de Chartres se reintrega a las posesiones de la corona a la muerte de otro Valois. El propio Felipe consigue algunos otros señoríos pequeños, entre ellos el señorío de Montpellier, que compra al rey de Mallorca. Pero, sobre todo, consigue incorporar el Delfinado a las propiedades de los Capetos y, de esta forma, la expansión de los Capetos supera las fronteras tradicionales del Imperio Franco-Occidental hacia el este, entrando en las tierras lotaringias tradicionales, lo cual constituye un avance considerable, una expansión que ya había sido iniciada por Felipe el Hermoso, al conseguir el señorío arzobispal

de Lyon y al vincular de modo más estrecho a las ciudades obispales de Toul y Verdun.

El hecho de que el Delfinado acabe en posesión de los señores de París, es tan determinante para la relación entre las fuerzas centralizadoras y descentralizadoras de esta época, como para la importancia de las heredades. El Delfinado pertenecía a un imperio borgoñón que había surgido del imperio lotaringio medio, al este del Ródano y del Saona. Su último rey, Huberto II, lega o, mejor dicho, vende su propiedad tras la muerte de su único hijo al heredero de los Capetos, con una serie de condiciones; entre éstas se cuentan, la obligación de saldar una cantidad considerable de deudas y también la provisión de que quien reciba el Delfinado no sea el hijo primogénito de Felipe, sino el segundo de ellos. Es evidente que el poseedor del Delfinado pretende dar su tierra a alguien que sea suficientemente rico para pagar las deudas; además, al legárselo a los señores de Francia consigue que no se convierta en objeto de lucha después de su muerte entre los demás vecinos ya que los reyes de París son fuertes y pueden defender sus posesiones. Y este no es el único ejemplo de la atracción que ejerce el poder de la familia de los Capetos sobre los vecinos más débiles; también la necesidad de protección de los más débiles es uno de los factores que fomenta y hace avanzar el proceso de centralización y monopolización, una vez que ha alcanzado un grado determinado de desarrollo.

Pero, al propio tiempo, el viejo señor, que se ha quedado sin heredero, pretende evitar que su tierra, el Delfinado, pierda toda autonomía al pasar a posesión francesa. Por ello exige que su territorio se entregue como heredad al segundogénito del rey. Se refleja aquí la esperanza de que esta posesión disponga de su casa señorial y de una especie de existencia propia. Esta es la dirección en la que, de hecho, comienzan a evolucionar de forma cada vez más clara los territorios otorgados como heredades.

No obstante, Felipe de Valois no respeta el compromiso; no concede el Delfinado a su hijo menor, sino al primogénito, al heredero de la corona, Juan, «considerando», como dice en decreto[90], «que el Delfinado se encuentra en la frontera del reino y que, por lo tanto, se necesita un gobierno bueno y fuerte en el Delfinado para la defensa y seguridad del propio reino, puesto que, sí sucediera de otra manera, podría originarse un gran peligro para el futuro del reino». En esta época parece reconocerse con bastante claridad el riesgo que lleva aparejada la escisión de tierras que se entregan a los hijos menores; hay toda una serie de manifestaciones que documentan esta suposición. Pero también subsiste la necesidad que tiene el rey de asegurar unos ingresos adecuados para sus hijos menores. Por razones de seguridad, el Rey le niega el Delfinado a su hijo menor pero, a cambio, le da la región de Orleans como ducado y una serie de condados.

Su hijo mayor, Juan el Bueno, precisamente aquel en quien recayó el Delfinado, se convierte en rey de toda la región a la muerte de su padre y le supera gastando a manos llenas. Comienza por regalar dos condados y luego cuatro vicecondados del total de sus dominios. Concede Anjou y Maine a su segundo hijo, Luis, y su hijo menor recibe el condado de Poitiers y después Magon. Y aún hará regalos más fastuosos.

10. Juan el Bueno accede al trono en el año de 1350. Ya bajo sus antecesores había estallado la tensión, latente desde antiguo, entre las dos grandes unidades políticas, las dos familias más poderosas de guerreros de los territorios hereditarios franco-occidentales. En el año de 1337 había comenzado aquella serie de luchas que se conoce bajo el nombre de Guerra de los Cien Años. Los Plantagenets, los señores insulares, carecen ya de posibilidad de expansión en el continente; sus posesiones en tierra firme están amenazadas permanentemente en tanto no consigan aniquilar el dominio Capeto y evitar la constitución de otra potencia en el continente. A la inversa, también los señores de París ven muy reducidas las posibilidades de expansión, e incluso su posición de poderío está amenazada permanentemente en tanto no consigan derrotar a los habitantes de la isla, o cuando menos, expulsarlos del continente. Es la estricta necesidad la que impulsa a una situación de competencia entre las dos familias y entre las personas que de ellas dependen y la que obliga a prolongar la lucha, ya que durante mucho tiempo ninguno de los antagonistas consigue derrotar definitivamente al contrario.

Al principio, por una serie de motivos, los reyes de París se encuentran en una posición de inferioridad. En la batalla de Poitiers, en el año de 1356, el heredero del trono inglés, el príncipe de Gales, consigue apresar a Juan el Bueno y enviarlo a Inglaterra. De inmediato se manifiestan las tensiones latentes en el reino de éste, bajo la regencia del heredero del trono, el delfín Carlos, quien aún no cuenta con veinte años de edad: revolución en París, insurrecciones campesinas y pillajes de los caballeros en los campos. Las tropas inglesas, aliadas a otro descendiente de la familia de los Capetos, el rey de Navarra poseedor de tierras que se le habían entregado como heredades, ocupan grandes porciones de la Francia occidental e incluso llegan hasta la zona de París. Con el fin de obtener su libertad, Juan el Bueno firma un tratado con los Plantagenets y con sus aliados que transfiere a éstos todas las posesiones del continente que habían pertenecido a comienzos del siglo XII a Ricardo Corazón de León. Pero los Estados Generales del territorio francés, que habían llamado al Delfín en el año de 1356, declaran que este tratado no es válido y no es aplicable. La única respuesta digna es una buena guerra. Lo cual, sin duda, constituye una manifestación clara de la fuerza que ha alcanzado en las posesiones de los herederos de los Capetos aquella interdependencia, aquella fisonomía particular y aquellos intereses especiales de los dominados que poco a poco acabarán arrebatando a la función real el carácter de un monopolio privado. Pero, en esta época, la evolución se encuentra todavía en sus comienzos. La guerra vuelve a comenzar y el tratado de Bretigny con el que se suspende provisionalmente, en el año de 1356 es, sin duda, algo más favorable para los Valois que el primero, firmado por el propio Juan en Inglaterra. No obstante sigue siendo necesario transferir a los ingleses un cuarto de lo que antaño fueran las propiedades de Felipe el Hermoso, especialmente al sur de Loire, Poitou, Saintonge, Aunis, Limousin, Perigod, Quercy, Bigorre, y algunas otras zonas que, conjuntamente con la antigua posesión inglesa de Guyenne, constituyen el principado de Aquitania. Algo más al norte, Calais, el condado de Guiñes, y el de

Ponthieu y Montreuil-sur-Mer; además, en lugar de los cuatro millones que se exigían en el tratado de Londres, se piden ahora tres millones de táleros de oro como rescate del Rey. El mismo Rey, un hombre valeroso y caballeresco, regresa del cautiverio sin comprender con claridad el alcance de su derrota. Su comportamiento en esta circunstancia muestra que sigue actuando como propietario legítimo de la totalidad del territorio de lo que andando el tiempo será «Francia», un Estado y una Nación. Piensa el Rey que su casa debe hacer ostentación de toda la gloria de su poder. El sentimiento de inferioridad producido por la derrota estimula la tendencia a acentuar el prestigio propio. Piensa, asimismo, que la dignidad y la gloria de su familia encontrarán su mejor expresión en el hecho de que todos sus hijos aparezcan como duques en la ratificación del tratado de paz. En consecuencia, uno de los primeros actos tras su regreso del cautiverio es la constitución de ducados que se entregan como heredades a sus hijos.

El mayor es ya duque de Normandía y Delfín. El siguiente, Luis, se convierte en duque de Anjou y Maine; al siguiente, a Juan, le concede el ducado de Berry y la Auvernia, y al más joven de todos, a Felipe, Touraine. Estamos en el año de 1360

Un año más tarde, en 1361, muere el duque de Borgoña, a los 15 años de edad. Dos antes se había casado con Margarita, hija y única heredera del conde de Flandes, pero, a su muerte, no tiene descendencia. Con la muerte inesperada del joven duque, queda una gran extensión de terreno sin señor, que no solamente incluye el propio ducado de Borgoña, sino también los condados de Bolonia y de Auvernia y, además, más allá de las fronteras tradicionales del Imperio Franco-Occidental, el condado de Borgoña, el Franco-Condado y otras posesiones. Basándose en relaciones de parentesco algo complicadas, Juan el Bueno reclama todas estas tierras. Como quiera que nadie puede discutir su derecho en el año de 1363 se las entrega como heredad en lugar de Touraine, a su hijo menor, Felipe, al que profesa un cariño especial pues había combatido con verdadero coraje a su lado en la batalla de Poitiers y le había acompañado en el cautiverio, «teniendo en cuenta», dice el propio Rey, «que estamos obligados por razones naturales a dar a nuestros hijos todo lo que sea necesario para que puedan mantener la gloria y la honra de sus orígenes, y tomando en consideración, también, que hemos de ser especialmente generosos en la dote de aquellos que se lo merecen de modo claro»[91].

Estas concesiones así como su justificación muestran de modo inequívoco hasta qué grado el poder territorial francés sigue teniendo en esta época un carácter de propiedad familiar; pero también muestran el impulso que se da así a la desintegración territorial. Sin duda en esta época existen ya tendencias fuertes en la dirección contraria, tendencias que se orientan a la reducción del carácter privado domanial de la dominación. Más adelante hablaremos de los grupos que representan en la Corte estas tendencias contrarias. No hay duda de que, en gran medida, la tendencia a una rica provisión de todos los hijos del Rey a tono con el prestigio familiar, se manifiesta de forma especialmente patente en Juan el Bueno a causa de su carácter y de sus circunstancias personales. Pero esta tendencia se origina también

en la agudización de la situación de competencia cuya expresión es la Guerra de los Cien Años y que, después de la derrota, incita a los herederos de los Capetos a hacer demostraciones especialmente ostentosas de la riqueza de su familia. En todo caso, con Juan el Bueno se fortalece una tendencia peculiar de las grandes propiedades familiares que, a partir de cierta extensión, había afectado a todos los representantes anteriores de la casa de los Capetos. Las consecuencias de esta tendencia son evidentes.

A la muerte de Juan el Bueno nadie pone en tela de juicio la continuidad y la titularidad de la función central, a pesar de su debilidad y a pesar de su derrota. En cierto modo es una expresión de en qué medida, la posición de poderío del señor central se fundamenta en otras funciones sociales además de la función de caudillo guerrero. Bajo el nombre de Carlos V, asciende al trono el Delfín, una persona corporalmente débil pero habilidosa, un hombre experimentado gracias a las necesidades pasadas durante la juventud. Es el señor de todas las propiedades que el tratado de Brétigny ha dejado a los herederos de los Capetos, esto es, también de las zonas concedidas en heredad. Pero si se observa esta división territorial con detenimiento puede reconocerse con toda claridad que bajo la cobertura del señorío del rey, vuelven a ganar en intensidad las tendencias centrífugas. De nuevo aparece en la zona de dominio hereditario de los Capetos una serie de formaciones territoriales que aspiran a la autonomía de un modo más o menos claro y que se encuentran en una situación de competencia entre ellas mismas. Pero lo que da su carácter peculiar a esta situación de competencia dentro de los territorios hereditarios franco-occidentales, es el hecho de que prácticamente todos los que en ella participan son descendientes de la familia de los Capetos. Con muy escasas excepciones se trata de señores que disfrutan la concesión de rentas y de su descendencia, que ahora se enfrentan como competidores o rivales potenciales. Por supuesto también hay otros señores territoriales mayores que no pertenecen a la familia real o, por lo menos, no pertenecen directamente. Pero en la lucha por la supremacía, éstos ya no son actores de primer orden.

Entre estos se cuenta, en la época de Juan el Bueno, Carlos el Malo, rey de Navarra, cuyo padre, Felipe de Evreux, era un nieto de Felipe III, un sobrino de Felipe el Hermoso y de Carlos de Valois, y cuya madre era una nieta de Felipe el Hermoso, una hija de Luis X. El propio Carlos el Malo era yerno de Juan el Bueno. A Carlos el Malo, pertenecen, además del territorio de los Pirineos, Navarra, otros territorios antaño concedidos en renta de la propiedad de los Capetos, especialmente el condado de Evreux y parte del ducado de Normandía. Esto es, sus propiedades avanzan amenazadora-mente casi hasta las cercanías de París.

Carlos el Malo de Navarra, es uno de los primeros protagonistas de esta lucha entre los parientes y los beneficiados de la casa de los Capetos por la supremacía en la región franco-occidental y, finalmente, por la misma corona. Es el aliado principal de los Plantagenets en el continente, en la primera parte de la Guerra de los Cien Años. Durante una etapa de esta guerra llega a ser comandante militar de París (1358). Hasta los habitantes de la ciudad, incluido Etienne Marcel, se ponen transitoriamente a su lado, y no

parece estar muy lejos de realizar su sueño de arrebatar la corona real a los otros herederos de los Capetos. El hecho de pertenecer a la familia del señor central, le da impulsos, medios materiales y aspiraciones en este sentido de los que carecería cualquier otro que no fuera pariente.

El Plantagenet con el que se alia, Eduardo III, es asimismo un pariente muy cercano de los Capetos aunque por línea femenina. También él es un nieto de Felipe III, un sobrino de Felipe el Hermoso y de Carlos de Valois; su madre es una hija de Felipe el Hermoso, una sobrina de Carlos de Valois, estando por tanto, tan emparentado con los Capetos como pueda estarlo el rey francés, Juan el Bueno, el nieto de Carlos de Valois.

Al norte de la parte del continente que pertenece a los Plantagenets, se encuentran los territorios que dio Juan el Bueno a sus hijos menores, los territorios de Luis, duque de Anjou, de Juan, duque de Berry, y de Felipe el Audaz, duque de Borgoña; más lejos aún, la zona de Luis, duque de Borbón; también éste, el duque de Borbón, es un descendiente de los Capetos; procede de un hermano de Felipe III, Roberto, conde de Clermont, quien se había casado con la heredera de Borbón, Beatriz; su madre es una Valois, su hermana, la mujer de Carlos V y él mismo es también tío de Carlos VI por el lado materno, como los duques de Anjou, Borgoña y Berry por el lado paterno. Estos son los protagonistas en las tensiones y las luchas de la época de Juan el Bueno, de Carlos V y de Carlos VI. Al margen de los Plantagenets, y de los Borbones, se trata en su conjunto de beneficiados de la herencia de los Capetos que ahora luchan cada uno por su lado, por el aumento de su poder personal y, en último término, por la supremacía.

Al principio, con Carlos V, la balanza comienza por inclinarse del lado del Valois gobernante. A la muerte de éste, su hijo y sucesor sólo tiene doce años de edad. En esta situación, como siempre, las circunstancias —meras casualidades, vistas desde el punto de vista de la totalidad de la evolución— favorecen ciertas tendencias que ya se encontraban presentes en la propia estructura de la sociedad. La juventud y la debilidad del Valois reinante fortalecen las fuerzas centrífugas en ascenso desde bastante tiempo antes y ponen de manifiesto las tensiones entre ellas.

Carlos V había incorporado definitivamente a la posesión familiar el Delfinado y también se había apoderado de nuevo de las zonas normandas pertenecientes al rey de Navarra, así como de otras regiones otorgadas como heredad como el ducado de Orleans y el condado de Auxerre. Pero a la muerte de éste hay ya en el país siete grandes señores feudales que descienden de Luis el Santo y que, por lo tanto son parientes de la casa de los Capetos; en esta época se les llama los *princes des fleurs de lis.* Solamente quedan ya dos grandes familias, junto a los Plantagenets, cuyos miembros no son descendientes de la familia de los Capetos, por línea directa y masculina, los duques de Bretaña y los condes de Flandes, además de una serie de señores pequeños y medianos que hace tiempo que han cesado de tener función independiente en la lucha por la supremacía [92]. Pero en estos años, el conde de Flandes sólo tiene un descendiente, una hija. Para conseguir su mano y, con ella, la futura posesión de Flandes, tras la muerte del joven duque de Borboña, a quien se había prometido originariamente, estalla de nue-

vo la lucha entre los Plantagenets y los herederos de los Capetos. Finalmente, después de muchos forcejeos, de la mediación del cabeza de los Valois, y con la ayuda de Carlos V, la mano de la heredera de Flandes recae sobre el hermano menor de Felipe que, gracias a la medida que había tomado su padre, ya se ha convertido en duque de Borgoña. Los matrimonios de los grandes señores feudales se realizan exclusivamente en función de lo que hoy llamaríamos «criterios sociales», en función del aumento de las propiedades y de la lucha por la competencia territorial. A la muerte del conde de Flandes, por lo tanto, Felipe el Audaz une las propiedades de éste con Borgoña y de las grandes casas feudales antiguas, solamente queda en el continente la casa ducal de Bretaña. En lugar de estas antiguas casas, las ramificaciones de la familia y de las propiedades de los Capeto, dan origen a un nuevo círculo de posesiones y señores territoriales que se enfrenta mutuamente a través del mecanismo de la competencia y de la lucha por la supremacía territorial. Se han puesto en funcionamiento las leyes que, en correspondencia con la escasa imbricación o división de funciones de una sociedad de economía predominantemente natural, y sobre todo de sociedades guerreras de economía natural ponen en peligro la continuidad de los monopolios de dominación y de posesión sobre grandes territorios e incitan a la desintegración y a la intensificación de las fuerzas centrífugas. Una vez más se produce uno de esos movimientos de desintegración que, siglos antes, condujeron al hundimiento de la monarquía carolingia y luego al orden social feudal del siglo XII; una vez más los individuos que han obtenido tierras de un señor central tratan de hacerse autónomos e independientes y competidores de la casa central debilitada. Pero la posibilidad de participar en la lucha de competencia, queda reducida ahora a los descendientes de la casa central originaria, lo cual es una muestra clara del grado de transformación experimentado por las relaciones humanas de este entramado social, entramado que, al menos en su sector agrario, se ha convertido ya en un sistema de oportunidades cerradas.

11. La rivalidad entre los más poderosos *princes des fleurs de lis* se hace patente tras la muerte de Carlos V, en la lucha por conseguir la regencia y la tutela del heredero menor de edad. Carlos V había nombrado regente a su hermano Luis, duque de Anjou, y tutores a su hermano Felipe, duque de Borboña, y a su cuñado Luis, duque de Borbón. Evidentemente era cuanto cabía hacer para evitar que todo el poder cayera en manos de un solo hombre.

Esto precisamente, es decir, todo el poder, es lo que pretenden Luis de Anjou y, en el fondo, también Felipe. Tratan de unificar la tutela y la regencia. Y los enfrentamientos entre los rivales pertenecientes a la familia real ocupan toda la época del reinado de Carlos VI, quien posee poca capacidad de decisión y, finalmente, cae en una especie de locura.

Los principales personajes en la lucha por la supremacía entre los parientes cercanos al Rey, cambian de vez en cuando. En lugar de Luis de Anjou, en cierto momento de la lucha aparece como rival más fuerte del duque de Borgoña el hermano menor de Carlos VI, Luis, que dispone del ducado de Orleans como heredad. Pero, cualesquiera que sean los cambios de

las personas, las leyes que rigen su comportamiento siguen siendo las mismas: siempre se enfrentan dos o tres personas dentro de este círculo de competencia reducido, ninguna de las cuales permite —o puede permitir sin peligro para su propia existencia— que el otro o los otros se hagan más fuertes de lo que él mismo es. Estas luchas de competencia entre los parientes del Rey, se entrecruzan, al mismo tiempo, con el enfrentamiento mayor de esta época, cuyo resultado aún está por decidir, esto es, con el enfrentamiento con los Plantagenets, cuyas ramas participan en estas luchas en función de mecanismos análogos.

Es preciso hacerse una idea de la situación de estos parientes de la casa real: durante toda su vida son segundones o tercerones. Su intuición les dice con harta frecuencia que podrían ser mejores titulares de la corona que el heredero legítimo de esta corona y de la propiedad principal. Entre ellos y este objetivo no suele haber más que una persona y a menudo dos o solamente tres. Y no faltan ejemplos en la historia que muestran que a veces dos o más de estas personas mueren en un lapso relativamente corto, dejando así expedito el camino hacia el poder al siguiente en la serie. Pero, en la mayoría de los casos, se busca este mismo objetivo a través de combates muy enconados con los rivales. En esta época y en este ámbito el menos poderoso jamás consigue acceder al trono si pertenece a una línea lateral de la casa, aunque su aspiración esté justificada; casi siempre se encuentran otros que niegan la validez de su aspiración. La de éstos puede ser más insostenible pero, si son los más fuertes, vencerán. De este modo, las personas más próximas al trono que, en su condición de poseedores de heredades, son señores sobre un territorio más o menos amplio, se ocupan en esta época de crear nuevos puntos de apoyo y en consolidar los ya existentes, con el fin de aumentar su propiedad, sus ingresos y su poder. Si no pueden acceder al trono de modo directo, en cualquier caso su señorío no ha de ser menos rico, menos poderoso y glorioso que el de los rivales; incluso; cuando es posible, ha de ser más brillante que el del rey que, en último término, no es otra cosa que el mayor de todos los rivales o competidores.

Tal es la situación y la actitud de los parientes más próximos del débil Carlos VI, de sus tíos —no de todos pero sí de algunos de ellos— y también de su hermano. Esta actitud, esta situación y estas tensiones, según los caracteres individuales más diversos se reproducen, con ciertas variaciones y con oportunidades progresivamente menores, para segundones y tercerones, hasta la época en que Enrique de Navarra consigue, finalmente, dejar de ser un señor territorial relativamente modesto para ser rey de Francia. El proceso proseguirá con intensidad menor hasta la época de Luis XIV.

La persona más poderosa en la competencia de los *princes des fleurs de lis,* es Felipe el Astuto, el hijo menor de Juan el Bueno. Al comienzo sólo contaba con el ducado de Borboña como heredad, uniéndole después —sobre todo gracias a su matrimonio— el condado de Flandes, la zona del Artois, el condado de Nevers y la baronía de Doncy. Su segundo hijo, Antón, duque de Brabante y señor de Amberes, se convierte, por matrimonio, en duque de Luxemburgo; el hijo de éste se casa con la heredera de los Heinaut. Se trata de los primeros pasos que dan los señores de Borgoña en el camino

de la expansión, los primeros pasos en la fundación de una dominación firme que, al menos parcialmente, es ajena a la esfera de dominación de los reyes de París en la zona de lo que hoy es Holanda.

De modo análogo se comporta el hermano de Carlos VI, Luis, el competidor más fuerte de Felipe el Astuto en la lucha por la supremacía en Francia. Los dos tratan de consolidar la posición de su casa con una celeridad y una inteligencia notables. Luis recibe al principio, como heredad, el ducado de Orleans, que había vuelto a unirse a la corona bajo Carlos V, tras la muerte de su tío, Felipe V de Orleans.

Más tarde Luis se hace con tres o cuatro condados y con posesiones mayores en Campagne. Posteriormente compra varios condados —con ayuda de la rica dote de su mujer Valentina Visconti—, entre ellos el condado de Blois. Finalmente, por intermedio de su mujer, recibe el condado de Asti, en la península italiana, así como derecho sobre algunos otros territorios italianos. Los borgoñones se extienden hacia Holanda mientras el Orleans lo hace hacia Italia. Dentro de lo que antaño fuera la zona franco-occidental, se han consolidado considerablemente las relaciones de propiedad; las zonas mayores de esta región pertenecen en parte a los reyes de Londres y en parte a los de París.

Un *prince des fleurs de lis,* sólo podrá afirmarse entre otros y sólo podrá competir con ellos en la lucha por la supremacía cuando haya constituido de algún modo un gran poderío. Al igual que ocurría antaño con las luchas de exclusión o de supremacía en la extensa feudalidad postcarolingia, tensiones análogas obligan a los individuos que participan en la competencia más estricta de los grandes señores territoriales Capetos, a extender sus propiedades, y a ampliarlas de continuo. Pero entre los medios de la expansión, el matrimonio, la herencia y la compraventa, tienen ahora por lo menos tanta importancia como la guerra y los combates. No son solamente los Habsburgo los que se enriquecen mediante el matrimonio. Como quiera que, en esta sociedad, las propiedades relativamente grandes se han constituido merced a un potencial guerrero correspondientemente grande también, los individuos o las familias aisladas de guerreros que en esta época todavía quieren ascender, solamente pueden aspirar al triunfo militar cuando disponen de antemano de una posesión territorial que tiene, en cierto modo, un potencial bélico capaz de competir. Ello muestra, asimismo, que, en esta fase, ya se han reducido considerablemente las posibilidades de competencia en la esfera de las grandes posesiones territoriales y que la existencia de tensiones entre los seres humanos ha impulsado a la constitución de monopolios políticos en zonas de gran extensión territorial.

La zona anglo-francesa en esta época continúa siendo un sistema territorial interdependiente. Cualquier cambio de la fuerza social a favor o en contra de una de las casas rivales afecta tarde o temprano a la otra y, con ello, al equilibrio de todo el sistema. En cada momento puede decirse con exactitud dónde residen las tensiones fundamentales y dónde las menos fundamentales. La distribución de centros de gravedad, así como su dinámica y su curva de transformación, son fáciles de entender. De este modo es como debe considerarse la Guerra de los Cien Años, no solamente como una

aventura militar de algunos príncipes ambiciosos —aunque también lo es—, sino como una descarga inevitable dentro de una sociedad de propiedades territoriales llena de tensión, como luchas de competencia por la supremacía de casas rivales dentro de un sistema de interdependencia de unidades políticas en equilibrio inestable. Las casas de París y de Londres, representadas en sus dos líneas laterales por los Valois y los Lancaster, son los dos rivales principales por la extensión de sus propiedades y por su potencial bélico. La aspiración, por lo menos de los señores de Londres (y ocasionalmente también de los de París), sigue siendo la de unificar bajo su dominación la totalidad de las tierras hereditarias franco-occidentales, los territorios de tierra firme y el imperio insular ampliado. En el curso de estas luchas resulta inequívocamente claro que, en este nivel de desarrollo social, son demasiadas las dificultades con que tropieza la conquista militar y, sobre todo, el mantenimiento de una zona tan grande y variada bajo una sola dominación y un mismo aparato político. No es posible ignorar la pregunta de si, en aquel grado de desarrollo social, una derrota completa de los Valois por parte de los reyes insulares y de sus aliados hubiera permitido la creación de un monopolio político y la integración duradera de la zona territorial del continente y de la isla regentada desde Londres. Pero sea como sea, en un principio compiten las casas de París y de Londres por la supremacía en la misma región y todas las demás tensiones competitivas dentro de esta región, esto es, especialmente las tensiones entre las diversas ramas de la casa de París, cristalizan en torno a esta tensión principal de la totalidad del sistema territorial. Así, por ejemplo, los Valois borgoñones a veces se inclinaban de un lado y a veces de otro en la lucha principal.

Pero el crecimiento de la división de funciones y de la interdependencia supralocal no se limita a establecer relaciones de amigo-enemigo entre las diversas unidades políticas de la sociedad territorial franco-occidental; con menos intensidad pero de modo inconfundible comienzan a manifestarse en esta época interdependencias y modificaciones del equilibrio territorial en la totalidad de Europa Occidental. En el curso de esta interdependencia creciente, la sociedad anglo-francesa va convirtiéndose paulatinamente en un sistema parcial dentro del sistema territorial más amplio de Europa. Durante la Guerra de los Cien Años, esta interdependencia creciente que, por supuesto, jamás faltó por entero, se cumplía de modo patente a grandes extensiones de tierra. Los príncipes alemanes e italianos, aunque suelen tener una función meramente marginal, ponen sus intereses y su peso social en la balanza de la lucha por la supremacía dentro del sector anglo-francés. Aquí comienza a perfilarse ya lo que se manifestará más claramente pocos siglos después, en la Guerra de los Treinta Años: Europa en su totalidad empieza a convertirse en un sistema territorial interdependiente con una dinámica de equilibrio y de centros de gravedad dentro del cual toda modificación en la relación de fuerzas acaba influyendo de modo directo o indirecto en las demás unidades y en los demás países. Todavía algunos siglos después, en la guerra de 1914-1918, la Primera Guerra Mundial, como se la ha llamado, vuelve a mostrar que las tensiones y las transformaciones del equilibrio en el curso del mismo cambio, de una interdependencia cada

vez mayor, afectan a unidades políticas en una extensión mucho mayor, a países en lugares muy alejados del planeta. El tipo y los grados del monopolio a los que se orientan las tensiones de esta interdependencia mundial, al igual que las unidades políticas de mayor magnitud que puedan constituirse en el curso de tales luchas, todavía nos resultan difíciles de comprender sobre todo porque acaban de aparecer en el horizonte de la conciencia. Pero esto es precisamente lo que sucede con las casas señoriales y los grupos humanos que antaño participaban en la Guerra de los Cien Años. También en este caso cada unidad percibía la amenaza directa que implicaba la grandeza o el proceso de engrandecimiento de los otros. Las grandes unidades que van surgiendo lentamente en el curso de estas luchas, Francia e Inglaterra, tal como nosotros las conocemos, representaban, para la conciencia de aquellos que estaban constituyéndolas, apenas algo más tangible de lo que es para nosotros la conciencia de una unidad política de «Europa».

Lo que sucede después es suficientemente conocido: el ajuste a que llegan las tensiones particulares entre los grupos y casas rivales, las oscilaciones pendulares del centro de gravedad en la lucha entre los protagonistas, entre los Lancaster ingleses, los Valois franceses y los Valois borgoñones, el hecho de que los ingleses consigan conquistar una parte aún mayor del suelo francés, e incluso usurpen la corona francesa y, finalmente, la parte que protagoniza la Doncella de Orleans, que consigue unificar todas las fuerzas que dependen del Valois francés para organizar una resistencia victoriosa y conducir al débil Rey primero a Reims, a la coronación y, luego, a París como vencedor.

Lo que se decide de este modo es si el centro de cristalización de los territorios hereditarios franco-occidentales ha de ser Londres y la isla anglonormanda o París y la zona de la posesión de los señores de Francia. El poderío londinense queda reducido a la isla. La Guerra de los Cien Años acelera y consagra finalmente la ruptura entre la zona del continente que pasa a ser *la France,* esto es, la zona de dominación de los señores de Francia, y la zona de ultramar, que antaño no era más que un territorio colonial de los señores territoriales del continente. Esta guerra tiene también como consecuencia un proceso de desintegración. El territorio insular, los herederos de los conquistadores continentales y de los nativos, se convierte en una sociedad aparte, que sigue su propio camino, que crea sus propias instituciones políticas y que desarrolla su propia lengua mixta, como una unidad específica de nuevo tipo. Ninguno de los dos rivales en lucha consigue conquistar y conservar todo el territorio. Los reyes franceses y los habitantes de su territorio renuncian definitivamente a su aspiración de conseguir el dominio de las islas; los reyes ingleses fracasan en su empeño de derrotar al rival parisino y de conseguir la recolonización del continente. Y cuando los habitantes de sus respectivos territorios precisen de nuevas tierras, de nuevas zonas de expansión, de nuevos mercados, tendrán que ir a buscarlos mucho más lejos. Los reyes ingleses acaban excluidos de la lucha en el continente por la supremacía y por la corona francesa. Se trata de un proceso similar a aquel otro que, siglos después, habría de producirse entre

los estados territoriales alemanes con la victoria definitiva de Prusia sobre Austria. Allí como aquí, un proceso de desintegración da lugar a una integración en una zona más pequeña y, además, en un grado superior.

Pero, precisamente porque los ingleses son expulsados del continente, porque son excluidos de la lucha por la supremacía en tierra firme, comienzan a modificarse las tensiones y el equilibrio dentro de esta misma región. Mientras los reyes londinenses y parisinos se mantuvieron mutuamente a raya en la lucha por la supremacía y mientras la situación de competencia entre ellos, por lo tanto, era la causa principal de este sistema de equilibrio, las rivalidades entre los diversos señores territoriales del continente tuvieron una importancia secundaria. Por supuesto que podían coadyuvar de modo sustancial a que la lucha principal se resolviera a favor de los señores de París o de los de Londres, pero no podían decidir definitivamente el resultado a favor de uno u otro de los competidores.

Ahora, sin embargo, con la exclusión de los ingleses, la tensión principal pasa a ser la competencia entre los diversos señores territoriales del continente, esto es, especialmente la rivalidad entre las diversas ramas de la casa de los Capetos. Al finalizar la Guerra de los Cien Años todavía no estaba decidido o, en todo caso, no estaba decidido de un modo definitivo, cuál de estas ramas triunfaría y dentro de qué fronteras habría de producirse la integración de los territorios del continente de la zona hereditaria franco-occidental para constituir una unidad de dominación de magnitud superior. Y esta es la dirección en la que prosiguen las luchas de exclusión.

En los últimos años de Carlos VII, además de la casa de París, hay por lo menos ocho grandes familias cuya influencia puede hacer variar el equilibrio en uno u otro sentido en las luchas decisivas por la supremacía; son las casas de Anjou, Alencon, Armagnac, Borbón, Borgoña, Bretaña, Dreux y Foix. A su vez, cada una de estas casas está representada por varias ramas. La más poderosa de ellas es la casa de Borgoña que, apoyada en Borgoña y Flandes, como núcleo de su poderío, trabaja con gran habilidad y tesón en la constitución de una gran zona de dominación entre el Imperio y Francia, similar a la antigua Lotaringia. La lucha por la supremacía o la rivalidad entre el señor borgoñón y los reyes de París es ahora el fundamento principal de este sistema de equilibrio de territorios feudales del que surge «Francia» con la victoria de los reyes parisinos. Junto a la de Borgoña, en todo caso, también la casa de los Borbones y la de Bretaña constituyen los centros de poder de mayor importancia.

Con exclusión de los últimos citados, de la casa ducal de Bretaña, los miembros de todas las otras casas citadas son descendientes y parientes beneficiados, es decir, están relacionados con la casa de los Capetos. Como se ha dicho, la feudalidad señorial, postcarolingia, se ha «contraído en una feudalidad capeta «principesca» [93]. De las luchas de exclusión de las diversas familias guerreras, grandes y pequeñas, de la región franco-occidental surje una sola casa como vencedora. La posesión monopolista de ésta, la posesión monopolista de los descendientes de los Capetos acaba abarcando todo lo que antaño fuera la zona franco-occidental.

Pero en el curso de las generaciones vuelve a dividirse la familia y, con

ella, la propiedad territorial acumulada; y ahora las distintas ramas discuten entre ellas para conseguir la supremacía. La constitución del monopolio no se produce de un modo tan lineal como puede parecer a primera vista. Lo que nos encontramos ahora —en la época posterior a la Guerra de los Cien Años— no es aún una concentración o centralización completa del poder político en un lado o en una mano sino una etapa en el camino hacia el monopolio absoluto.

Lo que se ha creado es una situación de competencia muy limitada. Todos aquellos que no pertenecen a una familia determinada tienen muy escasas posibilidades, en esta región, de conseguir un señorío mayor o de engrandecer el propio y, por lo tanto, de participar en posteriores luchas de exclusión y de competencia.

6. *LAS ÚLTIMAS LUCHAS DE COMPETENCIA POR LA POSICIÓN MONOPOLISTA FINAL DEL VENCEDOR*

12. Lo que da su carácter peculiar al proceso de formación del monopolio —y lo que los seres humanos posteriores, en principio, los del siglo XX, deben recordar siempre— es el hecho de que las funciones sociales que se diferenciaron en la época moderna, todavía eran relativamente indiferenciadas en esta fase anterior. Ya se ha subrayado más arriba que en la posición social del gran señor feudal, del príncipe, aparecen completamente unidas la función del hombre rico, del poseedor de los mayores medios de producción de su región, con la función del dominador, del poseedor del poder militar y de la facultad jurisdiccional. Funciones que hoy día ejercen individuos y grupos de individuos distintos integrados en la división del trabajo; por ejemplo, la función del terrateniente y la función del Jefe del Gobierno, estaban esta época inseparablemente unidas y constituían una especie de propiedad privada. Este hecho está en relación con el de que en esta sociedad de economía predominantemente natural —aunque en una medida paulatinamente decreciente— la encarnación de la división de funciones y el medio de producción más importante era el suelo en tanto que en la sociedad posterior lo es el dinero. No menor relevancia tiene el hecho de que en la fase posterior la pieza clave de todo el monopolio de dominación, el monopolio de la violencia física y militar, ejercida sobre grandes extensiones, constituye una institución social sólida y estable, que en la fase anterior, en cambio, va desarrollándose lentamente a lo largo de luchas seculares y, en principio, bajo la forma de un monopolio familiar privado.

Estamos acostumbrados a distinguir dos esferas, la «economía» y la «política», y dos tipos de funciones sociales, las funciones «económicas» y las «políticas». Por «economía» entendemos todo el entramado de actividades e instituciones que sirven para la elaboración y consecución de medios de consumo y de producción; pero cuando hablamos de «economía» nos resulta evidente que la elaboración y, sobre todo, la consecución de medios de

consumo y de producción normalmente se producen sin amenaza y sin aplicación de violencia físico-militar. Sin embargo nada es menos evidente. En todas las sociedades guerreras de economía natural —y no solamente en ellas— la espada es un medio habitual e inevitable para la consecución de medios de producción, y la amenaza del ejercicio de la violencia es también un medio imprescindible de producción. Únicamente cuando la división de funciones está muy avanzada, cuando se ha producido como resultado de luchas prolongadas una administración monopolista especializada que gestiona las funciones políticas en cuanto propiedad social, únicamente cuando existe un monopolio de la violencia centralizado y público ejercido en grandes extensiones, únicamente entonces pueden producirse las luchas de competencia por la consecución de medios de consumo y de producción con exclusión de la violencia física, y únicamente entonces existe el tipo de economía que acostumbramos a llamar «economía» en sentido estricto y el tipo de lucha de competencia que solemos llamar «competencia» en sentido estricto.

La propia relación competitiva es un fenómeno mucho más general y amplio de lo que da a entender el concepto de «competencia» aplicado a las estructuras económicas[94], especialmente a las estructuras económicas de los siglos xix y xx. Se produce una situación de competencias dondequiera que distintos individuos tratan de conseguir las mismas oportunidades, dondequiera que haya una demanda mayor que las oportunidades para su satisfacción, tanto si el poder de disposición sobre estas oportunidades reside en manos de monopolistas o no. El tipo especial de competencia del que hablábamos aquí, la llamada «libre competencia», se caracteriza por el hecho de que la demanda de diversos individuos se orienta hacia oportunidades sobre las que no dispone nadie, y que superan el ámbito de acción competitiva de los rivales. En la historia de muchas sociedades, sino en la de todas, se encuentra esta fase de «competencia libre». En consecuencia, surge una «lucha de competencia libre», por ejemplo, cuando las oportunidades están tan equitativamente repartidas entre diversas instancias, de algún modo interdependientes, que ninguna de ellas posee de forma inequívoca mayor cantidad de oportunidades, ninguna es la más poderosa socialmente, esto es, en aquella fase de las relaciones entre las familias guerreras feudales, o en aquella fase de las relaciones entre los estados en la que ninguno puede superar la rivalidad de los otros, y en la que no existe un monopolio de dominación centralizado y organizado para regular tales relaciones. También surge una «lucha de competencia libre» cuando las oportunidades monetarias se distribuyen de modo relativamente equitativo entre diversas personas interdependientes. Y aquí, al igual que en el otro caso, la lucha se hace tanto más intensiva cuanto más crece la población, cuanto más crece la demanda de tales oportunidades, ya que no las oportunidades mismas. Tiene escasa importancia, a la hora de modificar la evolución, de estas luchas de competencia libre, el hecho de que unas veces las luchas impliquen la amenaza y el ejercicio de la violencia física, y otras veces la amenaza del hundimiento social, de la pérdida de la independencia económica, la ruina económica o la miseria material. En las luchas de las fami-

lias guerreras feudales, todavía actúan de modo unificado las dos formas de medios de lucha, las dos formas de la violencia que hemos distinguido como violencia física y violencia económica; estas luchas feudales tienen una analogía funcional con las que se dan en la sociedad posterior en la que hay una mayor división de funciones, tanto en las luchas de libre competencia de carácter económico, por ejemplo, las luchas por la supremacía entre una serie de casas comerciales de la misma rama, con las luchas por la supremacía entre estados dentro de un sistema determinado de equilibrio territorial, que acaban resolviéndose mediante el empleo de la violencia física.

Tanto en un caso como en otro, lo que aparece como luchas en el ámbito no monopolista es solamente un aspecto del combate perpetuo y de la lucha competitiva general por conseguir oportunidades limitadas que caracteriza a la totalidad de la sociedad. Las oportunidades de quienes pueden competir libremente, es decir, al margen de restricciones monopolistas, constituyen también una propiedad monopolizada no organizada frente a quienes no pueden competir con ellos, puesto que disponen de una cantidad de oportunidades mucho menor, y dependen de aquellos directa o indirectamente, llevando a cabo, a su vez, una lucha regulada por el reparto de oportunidades. Y la presión competitiva que ejercen los que son relativamente independientes se encuentra en la más estrecha relación funcional con la presión de los que dependen de las oportunidades ya sometidas a régimen de monopolio.

En uno y otro caso, las luchas de competencia libre, la rivalidad por las oportunidades aún no sometidas a monopolio centralizado y organizado a través de una multiplicidad de situaciones se encaminan hacia la derrota y la exclusión de una cantidad cada vez mayor de rivales, que se hunden en cuanto unidades sociales o que incurren en dependencia; conducen a la acumulación de oportunidades por las que se ha luchado en manos de un número cada vez menor de rivales, a la consolidación de la supremacía, y finalmente del monopolio. A su vez, este fenómeno social de la constitución del monopolio no se limita a aquellos procesos en los que se piensa habitualmente cuando se habla de «monopolios». La acumulación de oportunidades de propiedad, que se transforman en cantidades de dinero, constituye tan sólo un avance histórico, entre otros, en el camino de la constitución de monopolios. Procesos que tienen una similitud funcional, tendencias hacia la constitución de un entramado de relaciones humanas en que los individuos o los grupos de individuos aislados limitan y regulan por medio de la amenaza de violencia directa o indirecta el acceso de otros a ciertas oportunidades determinadas, se manifiestan de modo muy distinto y en muy diversos momentos de la historia de la humanidad.

En uno y otro caso, esta lucha afecta por entero a la existencia social, real, de todos los participantes. Esto es lo que da el carácter de necesidad a estas luchas; esto es lo que hace que tales luchas y su evolución sean inevitables e imprescindibles donde quiera que se dé una situación de libre competencia. Siempre que una sociedad ha iniciado un movimiento de este tipo, toda unidad social en el ámbito no sometido a monopolio, ya se trate

de familias de caballeros o de empresas económicas, de territorios o de estados, se encuentra ante la misma alternativa.

Puede ser vencida —tanto si es combatiente como si no—, lo que implica para las personas que pertenecen a ella, en el peor de los casos, prisión, muerte violenta y también miseria material, muerte por inanición. En el mejor de los casos supone el hundimiento social, la pérdida de la relativa independencia social, el paso a una posición inmediatamente dependiente, la desaparición en el seno de una organización social más amplia así como la destrucción de lo que en principio era constitutivo de su conciencia y daba sentido, valor y permanencia a su vida por más que al resto de los coetáneos o a los que han de venir después pudiera parecer esta situación contraria e incluso absolutamente destructiva desde el punto de vista de su sentido, de su existencia y de su «duración» social.

O bien puede imponerse a sus rivales más próximos y vencer. En este caso, su vida, su existencia social, su esfuerzo, alcanzan su realización: se apropia de las oportunidades por las que ha combatido. El mantenimiento de la existencia social en la situación de la competencia libre exige, al mismo tiempo, su engrandecimiento; quien no asciende, se queda retrasado. La victoria supone, ante todo, la consecución de una posición de supremacía entre los rivales próximos —tanto si se pretendía como si no— y la reducción de éstos a una situación de dependencia mayor o menor; la ganancia del uno es aquí, necesariamente, pérdida del otro, ya se trate del suelo, de medios de poder bélico, de dinero o de cualquier aspecto del poderío social. Pero esta victoria implica antes o después la contraposición y el enfrentamiento con un rival más importante: de nuevo se produce el engrandecimiento de uno, el hundimiento, la sumisión, el rebajamiento, o la destrucción del otro. La modificación de las relaciones de poder, la constitución y mantenimiento de la supremacía, pueden hacerse por medio de la violencia manifiesta, bélica o económica, o bien por medio de los acuerdos pacíficos. Las rivalidades evolucionan de modo más lento o más rápido a través de una serie de hundimientos y de engrandecimientos, de ascensos y de descensos, de aciertos o desaciertos hacia un nuevo orden social, un nuevo orden monopolista que ninguno de los participantes pretendía o predecía conscientemente y que, en lugar de las luchas de libre competencia impone luchas de competencia reguladas monopólicamente. Y sólo con la constitución de tales monopolios se da finalmente la posibilidad de orientar el reparto de oportunidades —y por lo tanto de las propias luchas— en el sentido de un funcionamiento regular de la cooperación entre seres humanos unidos para lo mejor y para lo peor.

También las familias de guerreros de la sociedad feudal se encuentran ante alternativas de este tipo. Este es el sentido en que debe entenderse la resistencia que oponen los grandes señores feudales, especialmente los parientes de los Capetos o los otros príncipes feudales al fortalecimiento del poder real. De hecho, para los otros señores territoriales, el Rey de París no es más que uno de ellos. Le consideran como un rival, especialmente a partir de cierta época: como el rival más poderoso, el más amenazador. De triunfar este rival pondría fin, si no a su existencia física, sí a su existencia

social, esto es, a lo que a sus ojos da sentido y brillantez a su vida, a su autonomía, a su facultad de disponer sin trabas de su propiedad. En el peor de los casos perderán honra, rango y prestigio social; y en el mejor éstos sufrirán una merma considerable. Si triunfan los señores, se habrá evitado en principio la centralización, la institucionalización de la supremacía y del monopolio, la constitución del Estado, manteniéndose una autonomía mayor o menor de los señoríos como Borgoña, Anjou, Bretaña y los otros. Es posible que este proceso parezca irracional a algunos contemporáneos, especialmente a los funcionarios del Rey, e incluso a nosotros mismos al considerarlo retrospectivamente, puesto que, de acuerdo con el nuevo grado de entramado social, ya no nos identificamos de modo tan intenso con unidades tan limitadas territorialmente. Sin embargo, para los señores de Borgoña o de Bretaña, y para una gran parte de las personas que de ellos dependen, resulta absolutamente razonable impedir que se constituyan unos poderes supremos y unos aparatos centrales en París, puesto que la constitución de esta supremacía implica, de hecho, su hundimiento social en cuanto que unidades sociales independientes.

Pero si los señores triunfan tarde o temprano se enfrentarán mutuamente como rivales y estas tensiones, y las luchas que de ellas surgen, no terminarán mientras no se constituya un nuevo poder supremo. Al igual que en la sociedad capitalista del siglo XIX y, sobre todo, del siglo XX, donde la tendencia general se orienta hacia la constitución económica de monopolios tanto si vence una casa u otra, y al igual que en la competencia entre los «estados», especialmente entre los estados europeos, se manifiesta una tendencia análoga en la constitución de la supremacía que precede a toda institucionalización del monopolio y de la integración, también las luchas de las casas guerreras medievales, y posteriormente de los grandes señores territoriales feudales, muestran una tendencia general a la constitución de monopolios. La diferencia es que este proceso se realiza en el ámbito de la propiedad territorial y de las funciones de dominación en cuanto unidad inseparable, mientras que después —con la penetración paulatina del dinero— se lleva a cabo de una forma algo distinta, esto es, bajo la forma de la centralización de los ingresos y de la disposición sobre todos los instrumentos que se aplican a la violencia física.

13. En la segunda mitad del siglo xv, tras la muerte de Carlos VII, estalla la rivalidad entre la rama francesa de los Valois de un lado, la rama borgoñona, junto con el resto de la gran feudalidad de los Capetos del otro y el último representante de los grandes señores precapetos, el duque de Bretaña. Una vez más se aunan las fuerzas centrífugas para hacer frente al Valois de París, a Luis XI, cuya riqueza y poder son especialmente amenazadores tras la exclusión del enemigo principal hasta entonces, el Rey inglés. A medida que el centro de gravedad se iba inclinando cada vez más del lado del centro de dominación francés, el Valois borgoñón, Carlos el Temerario, expresaba con toda claridad lo que deseaba y sentía la mayoría de los competidores del Rey en relación con el peligro que amenazaba su existencia: «En lugar de un rey, quisiera seis» [95].

En principio el propio Luis XI no se identifica en absoluto con la tarea

de Rey. Por el contrario, en su calidad de Delfín, actúa con el mismo espíritu de los otros grandes señores feudales de la época de los Capetos, interesados en la desintegración del complejo territorial francés y, durante una época, vive en la Corte del mayor rival de la realeza de París, el duque de Borgoña. Esta situación pertenece a ese tipo de hechos que pueden llamarse de carácter personal, especialmente la peculiar relación de odio entre Luis y su padre; pero, al mismo tiempo, es un testimonio más de esa individualización específica de la casa más poderosa del país producida, a su vez, por la política de concesión de heredades a cada príncipe concreto. Cualesquiera que fueran las razones primeras del odio de Luis contra su padre, el hecho de que aquél pudiera disponer de un territorio propio hace que, por sus ideas y por sus actos, se alinee en un frente con los otros rivales de su padre. Incluso después de haber ascendido al trono, lo primero que piensa es, ante todo, en vengarse de quienes se habían mostrado enemigos suyos, cuando fue Delfín, entre los cuales se encuentran muchos servidores fieles de la realeza y en recompensar, en cambio, a quienes le habían mostrado su amistad, entre los cuales hay muchos enemigos de la realeza de París. El poder político sigue siendo en gran medida una propiedad privada dependiente de las inclinaciones personales del señor. Pero, al igual que cualquier otra gran propiedad, está sometido a unas leyes propias muy estrictas, que el señor no puede contravenir sin peligro de perderlo. Al poco tiempo, los enemigos de la realeza se convierten en enemigos de Luis, y los que sirven a la monarquía, en sus amigos y servidores; sus ambiciones personales se identifican con las ambiciones tradicionales de los señores centrales de París, y sus rasgos de carácter —su curiosidad, su necesidad casi enfermiza de desvelar todos los secretos, su astucia, la fuerza impulsiva de su odio y de sus preferencias, incluso su piedad ingenua y poderosa, que le impulsa a llenar de regalos a los santos y especialmente a los patronos de sus enemigos como si fueran hombres venales— se desarrollan precisamente en el sentido a que le obliga su posición social en su calidad de señor de las posesiones territoriales francesas: la lucha contra las fuerzas centrífugas, contra los señores feudales rivales, se convierte en la tarea fundamental de su vida. Y la casa de Borgoña, los amigos de su época de delfinado, pasan a ser sus enemigos principales de acuerdo con la lógica inherente a su función real.

La lucha que emprende Luis XI no es fácil en absoluto. En ocasiones parece como si el poder político de París estuviera al borde del hundimiento. No obstante, al final de su reinado derrota definitivamente a sus rivales, en parte gracias a la superioridad de medios que su mayor riqueza permite al Rey, en parte debido a su habilidad, de la que sabe aprovecharse, y en parte, también, gracias a una serie de casualidades que vienen en su ayuda. En 1476, los suizos, cuya sublevación había alentado Luis XI, derrotan a Carlos de Borgoña en Granson y Murten; en 1477 muere el borgoñón en el intento de conquistar Nancy. De esta manera desaparece definitivamente del círculo de competidores de los herederos Capetos el rival principal de los Valois franceses en la lucha entre los señores territoriales franco-occidentales, rival que había llegado a ser el más importante tras la exclu-

sión de los ingleses. Carlos el Temerario deja una sola hija, María, a cuya mano y herencia aspira Luis XI, en competencia con el único poder que, poco a poco, va revelándose como el rival principal de la casa real de París en el ámbito europeo, la casa de los Habsburgo. A medida que se terminan las luchas de exclusión dentro de la zona hereditaria tranco-occidental gracias a la posición de supremacía y de monopolio de una sola de entre todas las familias rivales, adquiere mayor importancia la rivalidad de esta casa victoriosa, que ahora se convierte en el centro de toda una región, con los poderosos de magnitud similar fuera de esa región. En un principio, en la lucha por Borgoña, los Habsburgos obtienen la victoria; con la mano de María, Maximiliano consigue una gran parte de la herencia borgoñona. Se crea así una situación que alimentará durante más de dos siglos la rivalidad entre los Habsburgos y los reyes de París. Con todo, tanto el mismo ducado de Borgoña como dos posesiones inmediatas pasan de las tierras hereditarias borgoñonas al dominio hereditario de los Valois. Esto es, aquellas partes de la herencia borgoñona que son necesarias para redondear la zona de dominación francesa acaban uniéndose a ésta.

Dentro de las posesiones hereditarias franco-occidentales, solamente quedan ya cuatro casas que disponen de tierras de cierta significación. Entre estas, la más fuerte o, mejor dicho, la más importante y, debido a su antigüedad, la más independiente es la casa de Bretaña. Pero ninguna de estas casas puede ya compararse con la de París en fuerza social. El poder del rey francés ha acabado superando al de los señores territoriales vecinos, lo cual le da una posición de monopolio entre ellos. Tarde o temprano, estos señores acabarán perdiendo su autonomía y dependiendo del Rey de París bien bajo contrato, la fuerza o cualquiera otra forma.

Asi, por ejemplo, puede ser una casualidad que, a fines del siglo xv un duque de Bretaña sólo deje como heredera a una hija, al igual que hiciera antes el duque de Borgoña. La lucha que esta casualidad desata, muestra con exactitud la nueva constelación de fuerzas. De entre los restantes señores territoriales del antiguo reino franco-occidental, ninguno tiene ya la fuerza suficiente para disputarle al señor de París la herencia bretona. Al igual que en el caso de la herencia borgoñona, el rival vuelve a venir de fuera; también aquí se plantea la cuestión de quién se casa con la heredera de Bretaña, si el Habsburgo o el Valois, si Carlos VIII, el joven hijo de Luis XI, o Maximiliano de Habsburgo, emperador romano y señor de Borgoña, cuya mano queda libre a causa de la muerte de la heredera borgoñona. Al igual que en el caso de Borgoña, el Habsburgo consigue, en principio, comprometerse con la joven Ana de Bretaña, y la última palabra la pronuncian finalmente los Estados Generales bretones: la mano de la heredera recae sobre Carlos de Francia. Los Habsburgos protestan; se declara la guerra entre los rivales y, por último, se llega a un acuerdo y a un pacto: el condado de Borgoña que no pertenece al conjunto tradicional de tierras franco-occidentales y que, además, no se encuentra comprendido dentro de las fronteras del reino francés en sentido estricto, queda en manos de los Habsburgos. A cambio, Maximiliano reconoce la adquisición de Bretaña por Carlos VIII. Y, cuando muere Carlos VIII sin dejar herederos, su sucesor, el Valois

de la rama de los Orleans, no vacila en hacer que el Papa anule su matrimonio y en casarse con la viuda de su predecesor, entonces de 21 años, para mantener su herencia, la Bretaña, dentro de los bienes de la corona francesa. Como quiera que de este matrimonio sólo hay hijas, el rey casa a la mayor de ellas, a la que, en su condición de heredera de su madre, pertenece el señorío de Bretaña, con el pretendiente del trono, el pariente más próximo de la familia, el conde Francisco de Angulema. El riesgo de que este territorio tan importante acabe en manos de un rival, fundamentalmente en las de los Habsburgos, obliga a actuar siempre en la misma dirección. De esta manera, a causa de la presión que ejercen los mecanismos de competencia, el último territorio de la zona franco-occidental, que había venido manteniendo su autonomía a lo largo de todas las luchas de exclusión, acaba siendo integrado en la zona de dominación de los reyes de París. En principio, cuando el heredero de Angulema se convierte en rey con el nombre de Francisco I, Bretaña continúa conservando una cierta autonomía. El anhelo de independencia de sus estamentos es y sigue siendo muy intenso, pero el poderío militar de un solo territorio es ya demasiado pequeño para ofrecer una resistencia triunfante contra las grandes unidades políticas de dominación que van constituyéndose en torno suyo. En 1532, la pertenencia fáctica de Bretaña a la zona de dominación francesa acaba consolidándose constitucionalmente.

Como territorios autónomos, esto es, como zonas que no pertenecen al ámbito de dominación de los reyes de París o —como es el caso de Flandes y del Artois— a la región de los Habsburgos, sólo quedan en la Francia occidental de antaño, el ducado de Alençon, los condados de Nevers y Vendóme, los señoríos de Borbón y Albret[96]. Aunque algunos señores aislados, por ejemplo el señor de Albret o la casa de Borbón, sigan esforzándose por engrandecer su dominio y continúen soñando con la corona real[97], sus zonas territoriales no son otra cosa que meros enclaves en el ámbito de dominación de los reyes franceses. Los titulares de la corona han superado ya con mucho la competencia de estos señores territoriales. Las casas antaño existentes han caído en dependencia o han desaparecido. Dentro de lo que antes fuera la zona franco-occidental, los reyes de París carecen ya de rivales; su posición adquiere cada vez más claramente el carácter de una posición de monopolio absoluto. Pero fuera de la zona franco-occidental, han venido produciéndose procesos análogos, aunque, en principio, en ninguna parte se hayan llevado tan lejos el proceso de constitución del monopolio y las luchas de exclusión como en Francia. En todo caso, también los Habsburgos han conseguido unificar un territorio propio que supera considerablemente a la mayoría de los otros señores del continente europeo en potencia militar y económica. La situación creada con motivo de las herencias borgoñona y bretona, vuelve a aparecer de modo muy claro a comienzos del siglo xvi. La casa de los emperadores de Habsburgo y la casa de los reyes franceses, representadas por Carlos V y Francisco I, se enfrentan como rivales en un orden superior de magnitud. Los dos disponen de un monopolio de dominación más o menos acabado en un territorio muy extenso y luchan por conseguir las oportunidades de supremacía dentro de una zona de do-

minación todavía más amplia para la cual aún no existe un monopolio de dominación, esto es, actúan como «competidores libres». La rivalidad entre los dos monarcas, en consecuencia, se convierte en el tema principal del sistema europeo de tensión durante bastante tiempo.

14. La zona de dominación política francesa es considerablemente menor que las posesiones de los Habsburgos. Pero, en cambio, está mucho más centralizada y, sobre todo, es mucho más cerrada, esto es, mejor protegida desde un punto de vista militar por «fronteras naturales». Sus fronteras occidentales se encuentran en el canal de la Mancha y en el mar Atlántico; toda la zona costera hasta Navarra está bajo firme dominio de los reyes franceses. La frontera meridional está constituida por el mar Mediterráneo; también aquí toda la zona costera está sometida a dominación francesa con excepción del Rosellón y de la Cerdaña. En el este, el Ródano constituye la frontera frente al condado de Niza y al ducado de Saboya; a causa del Delfinado y de la Provenza, la frontera cruza el Ródano llegando hasta los Alpes. Al norte, frente al condado de Borgoña, el Ródano y el Saona vuelven a constituir el límite del reino; en algunas partes del curso medio y bajo del Saona, le cruza la frontera. En el norte y en el noroeste aún no se han alcanzado las fronteras de lo que hoy es Francia; solamente gracias a la conquista de los arzobispados de Metz, Toul y Verdún, se acerca el Reino al Rin; pero estos no son, en principio, mas que enclaves, puestos adelantados en el Imperio Alemán: la frontera con éste se encuentra más o menos al oeste de Verdún, en torno a la región de Sedán; al igual que el condado libre de Borgoña, también Flandes y el Artois pertenecen a las tierras de los Habsburgos. Esta es precisamente una de las cuestiones que está por decidirse en las luchas de supremacía: el desplazamiento de las fronteras. Durante bastante tiempo, la dominación francesa se mantiene dentro del ámbito descrito.

En los años de 1610 a 1659, Francia se anexiona en el norte el Artois, y después la comarca entre Francia y los tres arzobispados y —como nuevo enclave en el Imperio— la Alsacia superior e inferior; sólo ahora se acerca Francia al Rin[98]. Una gran parte de las zonas que constituyen la Francia actual, se integran en una única zona de dominación en esta época. Sólo queda abierta la posibilidad de la expansión; esto es, la cuestión de si esta unidad dentro del sistema europeo acabará encontrando fronteras «naturales» dentro del sistema europeo, es decir, fronteras fáciles de defender.

Al observador posterior, acostumbrado a considerar que el ordenamiento del Estado implica siempre un monopolio estable y centralizado del ejercicio de la violencia física, que vive como francés en Francia y como alemán en Alemania, le parece que la existencia de este monopolio de la violencia y del mantenimiento de una zona de tal extensión y características es algo evidente y razonable, y lo considera como resultado de una planificación consciente y no arbitraria; en consecuencia, observa y valora todas las acciones individuales que conducen a esta situación bajo el punto de vista de su finalidad inmediata para la consecución del ordenamiento que le parece razonable y evidente. Este observador siente menor inclinación por analizar los entramados y necesidades reales en función de los cuales actuaron

antaño los grupos y las personas, por analizar sus planes, deseos e intereses inmediatos, que por contestar a la pregunta de si todo esto era bueno o era malo para el objetivo con el cual él mismo se identifica. Y como si los actores del pasado debieran o pudieran tener una visión profética de aquel futuro que para el observador resulta un presente racional y quizá absolutamente evidente, alaba y censura a estos actores de la historia, que llegan hasta él mismo, y les aprueba o desaprueba según que sus acciones hayan conducido de modo rectilíneo al resultado deseado o no.

Pero estas críticas, estas manifestaciones de la satisfacción personal, esta observación subjetivista o partidista del pasado, únicamente consiguen ocultarnos el acceso a las leyes de constitución y a los mecanismos más elementales, a la verdadera estructura de la historia y a la génesis social de las construcciones históricas. Estas construcciones se desarrollan siempre en una lucha de intereses ambivalentes contrapuestos o, mejor dicho, en un enfrentamiento de tales intereses. Lo que en tales luchas acaba hundiéndose o integrándose en el seno de formaciones nuevas, como los señoríos en la dominación real, y la dominación real en el Estado burgués, resulta tan imprescindible para la comprensión de la nueva formación como el estudio del enemigo victorioso. Sin acciones violentas, sin los impulsos de la competencia libre, no habría monopolios de la violencia y, en consecuencia, tampoco habría pacificación, contención y regularización del ejercicio de la violencia en grandes territorios.

Las oscilaciones del movimiento que llevó a la integración de zonas cada vez más amplias en torno al núcleo de cristalización del ducado de Francia, pone de manifiesto en qué medida la integración completa de la zona franco-occidental fue resultado de una serie de luchas de exclusión, de un automatismo de interdependencia y no de una visión profética o de un plan estricto al cual se hubieran atendido los que actuaron en ella.

«Seguramente», ha dicho en cierta ocasión Henri Hauser[99], «siempre hay algo un poco ficticio cuando uno se pone *a posteriori* a mirar la historia a contrapelo, como si la monarquía administrativa y la Francia centralizada de Enrique II, hubieran estado destinadas por toda la eternidad a nacer y a vivir en un tiempo determinado...»

Únicamente cuando se adopta cierta perspectiva es cuando se ven los forcejeos de las muchas casas reales y sus necesidades vitales inmediatas, sus objetivos más próximos; en una palabra, cuando se consideran todos los riesgos de sus luchas y de sus existencias sociales, se comprende que era muy probable la constitución de un poder supremo y monopólico en esta zona, pero que no era nada seguro cuál había de ser su centro, ni cuáles sus fronteras.

Hasta cierto punto, cabe decir de los reyes franceses y de sus representantes lo que en cierta ocasión se dijo del pionero americano: «No quería toda la tierra; solamente quería la tierra que estaba al lado de la suya.»

Esta formulación simple y precisa expresa muy bien cómo del entramado de innúmeras intenciones e intereses —sean éstos coincidentes o no e incluso opuestos— surge algo que ninguno de los participantes había planeado o pretendido y que, sin embargo, es el resultado de las intenciones

y de las acciones de muchos individuos. Y este es, en realidad, todo el secreto del entramado social, de su necesidad, de su regularidad estructural, de su carácter de proceso y de su desarrollo; este es el secreto de la génesis social y de la dinámica de las relaciones.

Gracias a su posición central en las fases posteriores del movimiento, los representantes de la realeza francesa tenían intenciones más amplias y más amplio radio de acción dentro del proceso de la integración que los pioneros americanos. Pero tampoco ellos veían de modo claro y distinto más que los pasos siguientes y el próximo trozo de tierra que querían conseguir, si no caía en manos de otro, si ningún otro vecino o competidor era más fuerte. Y cuando algunos acariciaban la idea de una monarquía más extensa, esta idea, durante mucho tiempo no fue otra cosa que mera reminiscencia de constituciones monopolistas pasadas, el resplandor en su espíritu de la dominación real carolingia y franco-occidentales. Era más el producto del recuerdo que el de una visión profética y el de una intención para el futuro. En este caso, como siempre, del entramado de muchos intereses, planes y acciones individuales surgió una dirección de desarrollo, unas leyes del conjunto de los individuos implicados en la trama general, que ninguno de ellos había pretendido en un principio, y una construcción que ninguno había planificado en realidad: un Estado, Francia. Precisamente por esto, una construcción de este tipo ha de entenderse profundizando en una esfera de la realidad poco conocida, en la esfera de las relaciones que tienen leyes propias, en la esfera de la dinámica relacional.

7. *LA DISTRIBUCIÓN DEL PODER DENTRO DE LA UNIDAD POLÍTICA. SU IMPORTANCIA PARA EL PODER CENTRAL. LA CONSTITUCIÓN DEL «MECANISMO REAL».*

15. Hemos distinguido dos grandes fases en el desarrollo de los monopolios. La fase de la libre competencia con el impulso para la constitución de monopolios más o menos privados, y la transformación paulatina de los monopolios «privados» en «públicos». Pero, visto con exactitud, este movimiento no implica una mera sucesión de tendencias. Aunque la socialización del monopolio político en el curso de esta transformación alcanza su forma definitiva y se convierte en una manifestación dominante relativamente tarde, las estructuras, las manifestaciones del entramado que conducen hasta ella, ya están presentes y son eficaces mucho antes, en aquella fase en la que, en función de las más diversas luchas de competencia, va constituyéndose poco a poco el monopolio político bajo la forma de una propiedad privada.

No hay duda de que la Revolución Francesa significa un paso adelante poderoso y especialmente evidente en el camino de la socialización del monopolio fiscal y de la violencia dentro de Francia. Con la revolución, el monopolio político pasa de hecho a disposición de capas sociales más amplias

o, cuando menos, a su control asegurado institucionalmente. El señor feudal, cualquiera que sea su título, y todos los demás que ejercen el monopolio político se convierten de modo mucho más claro que nunca en funcionarios como los demás dentro de un entramado social caracterizado por la división del trabajo. Su dependencia de los representantes de otras funciones sociales se hace tan grande que se manifiesta de modo evidente en la organización social. Sin embargo, esta dependencia funcional del monopolio político y de sus titulares frente a otras funciones de la sociedad, también se dio en épocas anteriores, aunque no con tanta intensidad; por esta razón no aparece de modo inmediato y claro durante mucho tiempo en la red institucional de la sociedad; por esta razón, también, el poder de disposición del titular del monopolio político comienza por tener el carácter más o menos evidente de «propiedad privada».

16. Las tendencias hacia una especie de «socialización» de la posición monopolista de una sola familia, como hemos dicho, comienzan a mostrarse en circunstancias determinadas, esto es, cuando sus posibilidades o sus propiedades comienzan a ser relativamente grandes, incluso en sociedades que tienen una economía predominantemente natural. Lo que llamamos «feudalismo», lo que hemos descrito más arriba como el efecto de las fuerzas centrífugas, no es otra cosa que la manifestación de tales tendencias; éstas muestran que crece la dependencia funcional con respecto a sus siervos y vasallos, esto es, con respecto a clases cada vez más amplias; al mismo tiempo, muestran el proceso que va desde el poder de disposición sobre el suelo, y los medios de poder militar en manos de una sola familia guerrera y de su jefe, primeramente en el poder de disposición jerarquizado de sus servidores y parientes más próximos, y luego, en ciertas circunstancias en el poder de disposición de toda la sociedad guerrera. Ya se ha hecho observar que, en correspondencia con las formas concretas de propiedad del suelo y de los instrumentos de la violencia física, la «socialización» implica, al mismo tiempo, una disolución del monopolio centralizado aunque sea centralizado de modo muy flexible. Esta conduce a la transformación de una gran propiedad monopolista única en una serie de pequeñas propiedades monopolistas, esto es, en una forma descentralizada y menos organizada del monopolio. Mientras la propiedad del suelo siga siendo la forma predominante de la propiedad, seguirán produciéndose, en ciertas circunstancias, nuevos impulsos en una u otra dirección, así como instituciones hegemónicas en el camino de la competencia libre, integración de grandes superficies territoriales y masas guerreras bajo el dominio de un señor central único, impulsos descentralizadores, nuevas luchas de competencia entre diversas capas de sus servidores, sus parientes o sus subditos de los más diversos grados, nuevos intentos de constitución de una potencia hegemónica. Y todos estos impulsos de centralización y descentralización acabarán conduciendo a una imbricación compleja de fenómenos sociales de la más diversa índole según las condiciones geográficas o climatológicas, según las formas económicas peculiares, según el tipo de animales y de plantas de que depende la vida de los hombres, y también en conexión con la estructura de la organización religiosa. Pero a pesar del desarrollo de Francia, com-

parado con la mayoría de las otras sociedades de este tipo, el movimiento se realiza de un modo relativamente lineal.

Este ritmo, que siempre amenaza con ocasionar la disolución de la gran posesión señorial monopolista, se modifica y acaba interrumpiéndose en la medida en que, con el incremento de la división de funciones en una sociedad, la forma dominante de propiedad en lugar de ser la del suelo, es la de medios monetarios. Solamente en este caso, la disolución del gran monopolio centralizado, con la transición del poder de las manos de un señor o de una oligarquía al poder de disposición de un gran círculo, no supone la multiplicación de pequeños ámbitos de dominación como sucede en la Edad Media, sino que esta transformación, por ser descentralizada se va convirtiendo en un instrumento del conjunto de la sociedad en la que hay división de funciones, esto es, en un órgano central de lo que llamamos un Estado.

El desarrollo del intercambio y de la circulación monetaria conjuntamente con las formaciones sociales en las que éstos se dan, se encuentra en relación de interdependencia con la forma y el desarrollo del monopolio político dentro de una zona determinada; las dos líneas del desarrollo se influyen continuamente y el avance de la una suscita el de la otra. La forma y la tendencia del desarrollo de los monopolios políticos aparecen condicionados en sus diversas perspectivas por esta diferenciación de la sociedad, por el progreso de la circulación monetaria y el ascenso de clases sociales que poseen dinero y hacen negocios con él. De otro lado, el mismo florecimiento de la división del trabajo, del aseguramiento de los caminos y de los mercados en grandes superficies territoriales, la acuñación de moneda y del conjunto del gráfico monetario, la protección de la producción pacífica frente a la violencia física y otras medidas de coordinación y de regulación dependen en gran parte de la constitución de grandes centros de poder monopolista y centralizado. En otros términos, cuanto más se diferencien en una sociedad los procesos laborales y el conjunto de funciones, cuanto más largas y complicadas sean las cadenas de las acciones individuales que están en interrelación con el fin de que las acciones individuales alcancen sus objetivos sociales, tanto más claramente aparece un rasgo distintivo del órgano central: el carácter del órgano supremo de coordinación y regulación para el conjunto del proceso de división de funciones. Sin los correspondientes órganos especializados con esta función, a partir de un cierto grado de la diferenciación, los procesos derivados de la división de funciones dentro de la sociedad no podrán avanzar, ni siquiera funcionalmente. Esta función no falta ni en los institutos centrales de las sociedades de organización simple y poca diferenciación. Hasta una sociedad tan escasamente integrada como la sociedad de los señores feudales autárquicos de los siglos IX y X, precisaba, en ciertas circunstancias, de un coordinador supremo. Ante la amenaza exterior de un enemigo poderoso, esto es, cuando había que ir a la guerra, también era preciso alguien que garantizara la conexión de los caballeros, que coordinara su actividad y que tomara las decisiones últimas. En esta situación se evidenciaba la interdependencia de la multiplicidad de señores que vivían aislados. Cada señor aislado se veía amenazado si fracasaba la colaboración de todo el ejército. Y como en esta si-

tuación crecía notoriamente la dependencia de todos los señores en relación con un señor central, con el Rey, también crecía la importancia de éste, su poderío y fuerza sociales, siempre que cumpliera su función y no fuera derrotado. Pero cuando disminuían la amenaza exterior o la posibilidad de expansión, y debido a la estructura de la sociedad, perdía intensidad la dependencia de los individuos y de los grupos aislados en relación con un centro superior de regulación y de coordinación. Esta función aparece como algo propio de los órganos centrales, como un ámbito de tareas duradero, especializado y diferenciado cuando la totalidad de la sociedad se diferencia cada vez más intensamente, cuando en su tejido van apareciendo poco a poco nuevas funciones, nuevos grupos profesionales y nuevas clases sociales. Sólo en esta situación se hacen tan indispensables para el mantenimiento de todo el negocio social los órganos centrales reguladores y coordinadores que, en caso de transformación de las fuerzas sociales, pueden estar vacantes e, incluso, desorganizados: pero no se les puede destruir como sucedía antaño en el feudalismo.

17. La constitución de órganos centrales especialmente estables y especializados que dominan grandes extensiones de tierra es una de las manifestaciones más sobresalientes de la historia occidental. Como hemos dicho, en toda sociedad hay órganos centrales de algún tipo. La diferenciación y especialización de las funciones sociales en Occidente es superior a las de cualquier otra sociedad de la tierra —sociedades en las que se está empezando a alcanzar este grado de desarrollo en la medida en que se ha importado—, y también en Occidente, por primera vez, estos órganos centrales especializados alcanzan un grado de estabilidad desconocido hasta entonces. Sin embargo, no siempre los órganos centrales, y los funcionarios centrales, ganan en importancia como coordinadores y reguladores sociales supremos, consiguen mayor poder político.

Parece como si el avance de la centralización, el aumento en el rigor de la regulación y en la vigilancia del conjunto del intercambio social por parte de órganos centrales, agudizara y estabilizara la separación entre dominantes y dominados. Sin embargo, el curso verdadero de la historia ofrece una imagen distinta. Sin duda no faltan épocas en la historia occidental en que el poder y la capacidad de tomar decisiones que tienen los órganos centrales es tan grande que puede hablarse, con bastante razón, de una «dominación» de los señores centrales. Pero en la Edad Moderna de muchas sociedades occidentales hay también fases en las que, a pesar de la centralización, el poder sobre las instituciones centrales está tan dividido y diferenciado que, en realidad, resulta difícil determinar inequívocamente quién sea el dominador y quién el dominado. El alcance de las funciones centrales es variable. A veces se amplía, en cuyo caso, las personas que ejercen estas funciones aumentan su fama de «gobernantes»; a veces se reduce sin que por ello disminuya la centralización, la importancia de los órganos centrales como núcleo superior de coordinación y regulación. En otros términos, los órganos centrales, al igual que cualquier otra formación social, presentan dos aspectos: su función dentro del entramado de los seres humanos al que pertenecen y la fuerza social que lleva aparejada esta función.

Lo que nosotros llamamos «dominación», en una sociedad muy diferenciada, no es más que esa fuerza social especial que ciertas funciones, especialmente las centrales, otorgan a los titulares en comparación con los representantes de otras. No obstante, en el caso de las funciones centrales supremas de una sociedad muy diferenciada la fuerza social se determina de modo exactamente igual que el de todas las demás funciones: esta fuerza refleja el grado de dependencia de las distintas funciones interdependientes, cuando no están sometidas a un poder duradero de una posesión monopolista individual y hereditaria. El hecho de que aumente el poder político de los funcionarios centrales en una sociedad con una intensa división de funciones, es una prueba de que crece la dependencia de otros grupos y clases sociales en relación con un órgano de coordinación y regulación; cuando el poder disminuye, nos encontamos con una limitación de esa dependencia. Contamos con bastantes ejemplos de tales transformaciones en el poder de los funcionarios centrales, no solamente en aquella primera época del proceso de constitución del Estado que aquí situamos en el centro de nuestras observaciones, sino también en la historia actual de las sociedades estatales occidentales. Todos estos ejemplos son muestras ciertas de los cambios específicos en las relaciones de fuerzas internas a la sociedad. Una vez más y, a pesar de todas las diferencias de las estructuras sociales, encontramos aquí ciertos mecanismos de imbricación —al menos en sociedades más diferenciadas— que conducen a una disminución o a un aumento generales del poder social de las fuerzas centrales. Siempre es una ordenación determinada de las fuerzas sociales la que fortalece la posición del poder central, y otra distinta la que lo debilita, con independencia de que sean la nobleza y la burguesía, la burguesía y la clase obrera, o círculos más pequeños en comparación con estos más grandes, es decir grupos competitivos dentro de la corte o de los aparatos de la cúspide militar o del partido, los que constituyen los polos de las relaciones de fuerza en una sociedad concreta.

Aquí hablaremos brevemente de este mecanismo de imbricación que determina la fortaleza del poder central. Tanto el proceso de la centralización social en Occidente, especialmente la fase de la «constitución de los estados», como todo el proceso de civilización, son incomprensibles si no se tienen siempre presentes estas leyes elementales de la mecánica de la interdependencia que cumplen la función de hilo conductor del pensamiento, de esquema general de observación. Esta «centralización», la construcción del Estado, se ha estudiado en los capítulos anteriores desde la perspectiva de la lucha por el poder entre las diversas casas principescas y unidades políticas, esto es, desde la perspectiva de lo que hoy denominaríamos «asuntos externos» de una tal unidad política. Ahora se plantea el problema complementario, el de estudiar aquellos procesos de interdependencia dentro de una de las unidades políticas que procuraron una fortaleza y una solidez especiales al poder central en comparación con la fase anterior y, con ello, le dieron la forma de «Estado absoluto».

En la realidad histórica estos dos procesos se influyen recíprocamente de modo continuo: esto es, el reparto y la transformación de fuerzas de las

distintas clases dentro de una misma unidad política, y los cambios de centro de gravedad del sistema de tensiones de las diversas unidades.

Como ya se ha demostrado, en el curso de las luchas de competencia entre los diversos señoríos territoriales, una casa acaba imponiéndose lentamente sobre las demás. De este modo se apropia la función de regulador supremo de una unidad política de tamaño superior; pero no crea una nueva función, sino que ésta le corresponde en virtud de toda la propiedad que ha acumulado a lo largo de la lucha de competencia y de su poder monopolista sobre los medios bélicos y los ingresos. La función se constituye por sí misma y consigue su configuración especial y su correspondiente fortaleza gracias a la diferenciación creciente de las funciones en la totalidad de la sociedad. Desde este punto de vista parece paradójico en principio que el señor central alcance un poderío social tan considerable en esta fase de la constitución del Estado, ya que, desde el final de la Edad Media y con la creciente división de funciones, el señor incurre en una dependencia funcional más evidente en relación con las otras instancias sociales. Precisamente en esta época alcanzan mayor amplitud y solidez las acciones originadas en la división de funciones.

La peculiaridad de los procesos sociales, el carácter funcional del poder central que sólo tras la Revolución Francesa recibe una clara expresión institucional, se imponen con mayor fuerza que en la Edad Media. Prueba inequívoca es la dependencia de los señores centrales con relación a la totalidad de los ingresos financieros de sus tierras: no hay duda de que Luis XIV, por ejemplo, depende más de acciones interdependientes, que Carlomagno. ¿Cómo es posible, a pesar de todo que, en esta fase, el señor central tenga tan amplio campo de decisión y tal poderío social, que solamos referirnos al carácter «ilimitado» de su poder?

De hecho, no fue solamente el poder monopolista del príncipe sobre los medios militares lo que mantenía a raya a las otras clases de sus territorios y, desde luego, a las poderosas capas superiores de estas clases. Todo lo contrario, debido a una articulación especial de interdependencias, la supeditación de todas las clases a un coordinador y regulador supremo de las tensiones sociales en esta época era tan considerable que, de grado o por fuerza, tales clases tuvieron que abandonar durante una larga época la lucha por el control y la determinación de las decisiones supremas.

No es posible comprender estas constelaciones peculiares de interdependencias sin tomar en consideración un rasgo especial de las relaciones humanas que se muestra cada vez de modo más destacado en la creciente división de funciones en la sociedad: se trata de su ambivalencia abierta o latente. En las relaciones entre las personas individuales en especial, al igual que entre las de las distintas clases funcionales, se muestra una ambigüedad específica o, incluso, una multiplicidad de intereses de modo tanto más claro cuanto más amplia y más compleja es la red de interdependencias en la que se halla imbricada una existencia social individual o toda una clase funcional. En esta situación todos los seres humanos, todos los grupos, todos los estamentos o todas las clases están en una situación de mutua dependencia: son amigos, aliados, o socios potenciales; y, al mismo tiempo,

son emuladores, competidores o enemigos también potenciales. En las sociedades de economía natural suele haber relaciones negativas inequívocas, enemistad pura y, por lo tanto, sin dulcificar. Cuando los nómadas errabundos penetran en una región ya habitada, en las relaciones que establecen con los habitantes no aparece signo alguno de dependencia recíproca y funcional. En realidad, entre los dos grupos no se da mas que una pura enemistad a vida o muerte. Todavía es más grande en estas sociedades de organización simple la oportunidad de establecer una relación de interdependencia mutua más clara, menos complicada, la posibilidad de establecer relaciones inequívocas de amistad, de alianza, de amor o de servicio. En las descripciones habitualmente maniqueas de muchos libros medievales que, a menudo, parecen no saber de otra cosa que de amigos buenos o falsos, se manifiesta de modo muy claro la predisposición de la realidad medieval a establecer relaciones de este tipo. En todo caso, en esta realidad, en consonancia con la mayor libertad funcional de muchos seres humanos, suele haber rápidos saltos de un extremo a otro, una «sucesión», un cambio fácil desde la amistad más profunda a la enemistad también más profunda. A medida que las funciones y los intereses sociales de las personas van ramificándose y haciéndose más contradictorios, encontramos en su comportamiento y en su sensibilidad con mayor frecuencia una división peculiar, una «coincidencia» de elementos positivos y negativos, una mezcla entre afectos suavizados y repugnancias dulcificadas en diversas proporciones y matices. Las posibilidades de establecer una enemistad pura y que no sea ambivalente en absoluto disminuyen. Cada vez es más claro que toda acción contra un enemigo, al propio tiempo, en cierto modo, pone en peligro la existencia social del que la realiza; se trata de una acción que atenta simultáneamente contra todo el mecanismo de la sucesión de acciones de la división funcional, de la que forma parte la existencia social de los dos actores. No tenemos lugar aquí para analizar esta multiplicidad fundamental de los intereses, ni para estudiar más a fondo las consecuencias que tiene en el juego político, o en los hábitos psíquicos; tampoco para considerar su génesis social en relación con la creciente división de funciones. Pero lo poco que llevamos dicho a este respecto, permite reconocer que se trata de una de las peculiaridades estructurales más importantes de las sociedades altamente diferenciadas, y de uno de los procedimientos esenciales de acuñación del comportamiento civilizado.

En este sentido, y a causa de la creciente división de funciones, son ambivalentes las relaciones entre las distintas unidades políticas. La relación entre los estados de nuestros días, especialmente entre los estados europeos, nos ofrecen un buen ejemplo de ello. Si bien es cierto que la interdependencia y la división de funciones entre estos estados todavía no se han desarrollado tanto como la división de funciones dentro de cada uno de ellos, hoy día todo conflicto bélico amenaza de tal modo a esta red altamente diferenciada de naciones en su totalidad que, en último término, el propio vencedor acaba encontrándose en una situación muy comprometida. El vencedor no puede —ni siquiera quiere— despoblar y devastar de tal manera el territorio enemigo que haya que establecer en él aparte de su propia pobla-

ción. Para aprovecharse de su victoria tiene que destruir en la medida de lo posible el aparato muy industrializado del enemigo pero, al mismo tiempo, en función de su interés en la paz, tiene que tratar de mantener este aparato o de recomponerlo dentro de ciertos límites. Puede ganar posesiones coloniales, imponer modificaciones fronterizas, conseguir mercados y ventajas económicas o militares, en una palabra, puede dar un salto hacia adelante en su poderío; pero como en las luchas de las sociedades muy desarrolladas todo rival y enemigo es al mismo tiempo un socio en los engranajes de la maquinaria igual de división del trabajo, toda transformación rápida y radical en un sector de este entramado lleva inexcusablemente a dificultades y transformaciones en el otro. No por ello deja de funcionar el mecanismo de la competencia y del monopolio. Ahora bien, las luchas inevitables por la supremacía son cada vez más peligrosas para este sistema territorial tan hipersensible; y a pesar de tensiones y conflictos tan complejos, este sistema se encamina lentamente hacia la constitución de poderes claramente hegemónicos y hacia una organización federativa de unidades mayores en torno a determinados centros hegemónicos.

Al aumentar la división de funciones se hace más ambivalente también la relación entre las distintas clases sociales dentro de la misma unidad política. También aquí —más claramente— luchan grupos por conseguir ciertas oportunidades, grupos cuya existencia social es interdependiente en virtud de la división de funciones. Estos grupos son también enemigos y socios al mismo tiempo. Hay situaciones límite en las que la organización de una sociedad funciona tan mal y las tensiones dentro de ella son tan considerables, que una gran cantidad de personas y clases «ya no se interesa por nada». En una situación tal, la parte negativa de la relación ambivalente, la oposición de intereses, puede imponerse de tal manera sobre su parte positiva, sobre la comunidad de intereses, basada en la interdependencia de funciones, que se produzcan descargas violentas de la tensión, retrocesos en las fuerzas sociales y una organización nueva de la propiedad sobre una base social modificada. En tanto se produce tal situación revolucionaria, las clases sociales interdependientes, debido a la división de funciones, se verán siempre atraídas por un lado o por el otro y divididas por la multiplicidad de sus intereses contradictorios. Estas clases oscilan entre el anhelo de arrebatar al enemigo privilegios mayores o menores, y el miedo que produce la idea de que en la lucha contra él se hunda todo el aparato social de cuyo funcionamiento depende su existencia social real. Y esta es la constelación, la forma de la relación que contiene la clave para la comprensión de las modificaciones de la fuerza social de los funcionarios centrales: cuando la cooperación de las clases funcionales más poderosas no presenta dificultad especial alguna, cuando el antagonismo de sus intereses no es tan grande que les haga olvidar su interdependencia e ignorar el funcionamiento del aparato social, el ámbito de competencias del órgano central está más o menos limitado. Este aparato tiende a expandirse cuando en el curso de estos procesos crece la tensión entre los grupos principales de la sociedad y alcanza su dimensión óptima cuando la mayor parte de las distintas clases funcionales está tan interesada en el mantenimiento de su actual existencia

social que teme más que nada toda alteración de la totalidad del aparato, así como la influencia que ello tendría en su propia existencia; al mismo tiempo, esta medida óptima coincide con el hecho de que la oposición estructural de intereses entre los grupos funcionales más poderosos es tan fuerte que apenas puede llegarse a soluciones pactadas voluntarias de forma que los choques aislados que no producen vencedores ni vencidos claros se convierten en manifestaciones duraderas. El caso más patente se da en las épocas en que los distintos grupos o clases de una sociedad tienen más o menos la misma fuerza, y que tales clases se mantienen mutuamente a raya aunque, como sucedía en el caso de la nobleza y la burguesía, o de la burguesía y la clase obrera, no tengan ni mucho menos la misma posición institucional. Quien en estas circunstancias, en esta sociedad cansada y sobresaltada por luchas sin resultados definitivos, puede conseguir el poder sobre los órganos supremos de regulación y de control consigue la oportunidad de imponer la solución pactada para mantener la relación de fuerzas sociales entre los intereses divididos. Los distintos grupos de interés no pueden aproximarse ni ignorarse; esto quiere decir que, si quieren conservar su existencia social real están obligados a depender de un órgano central y supremo de coordinación, y de los titulares del mismo en mucha mayor medida que cuando los intereses interdependientes son más parecidos y más fáciles de establecer los acuerdos entre sus respectivos representantes. Cuando a la gran mayoría de las diversas clases funcionales o, por lo menos, a sus grupos dirigentes y activos no les va aún tan mal que se ven obligados a jugarse su existencia social y cuando se sienten todos igualmente amenazados, las fuerzas suelen estar tan equilibradas que cada uno ve con temor el menor beneficio, el menor fortalecimiento que pueda producirse del otro lado con lo que sus respectivas fuerzas se contrarrestan: esta situación concede al poder central una oportunidad mayor que cualquier otra dentro de una sociedad determinada; concede, por lo tanto, a los titulares de este poder central, quienes quiera que sean, un ámbito de competencias de dimensiones óptimas. Las formas históricas de esta interdependencia son muy variadas. Ya se ha mencionado que en su forma más elaborada, únicamente son posibles en las sociedades muy diferenciadas, mientras que en las sociedades menos interdependientes, con una división funcional menor, son, sobre todo, los triunfos militares y la fortaleza bélica los que fundamentan un poder central fuerte sobre grandes extensiones. Sin duda que también en las sociedades diferenciadas tiene gran importancia para la fortaleza de los poderes centrales la afirmación en la guerra y en el enfrentamiento con las otras unidades políticas. Pero si prescindimos por un momento de estas interdependencias externas de una sociedad y de su importancia para el equilibrio interior, cuando nos preguntamos cómo es posible la existencia de un poder central fuerte en una sociedad muy diferenciada a pesar de la interdependencia profusa e igual de todas las funciones, nos encontramos siempre con ese conjunto específico que hemos puesto de relieve en nuestro esquema general: en una sociedad muy diferenciada suena la hora del poder central fuerte en el momento en que la ambivalencia de intereses de los grupos funcionales más importantes es tan grande y la re-

lación de sus fuerzas tan equilibrada que no se puede llegar a una solución de compromiso definitiva ni a una lucha y victoria decisivas.

Un mecanismo de interdependencia de este tipo es lo que llamamos aquí «mecanismo real». De hecho, el poder central alcanza la máxima fuerza social de un rey «absoluto», en conjunción con este tipo de equilibrio de las fuerzas sociales. No obstante, este sistema de equilibrio no aparece tan solo como un mecanismo sociogenético de la dominación poderosa de los reyes, sino que se encuentra en toda sociedad diferenciada en razón del hecho de la existencia de un dominio unipersonal fuerte, cualquiera que sea su nombre. La persona o personas en el centro de una tensión de grupos mayores o menores, mantienen el equilibrio entre los enemigos interdependientes, que son enemigos y socios y que, por lo tanto se contrarrestan recíprocamente. A primera vista este tipo de interdependencia puede parecer un mecanismo muy frágil. La realidad histórica muestra, sin embargo, que al igual que todos los demás aparatos del entramado social, éste consigue vincular a todos los individuos aislados que los componen hasta que, finalmente, la continua transformación de fuerzas que se da con la reproducción de generación en generación, acaba posibilitanto transformaciones más o menos violentas en la forma de la vinculación recíproca, y con ello, nuevas formas de interdependencia social.

18. Las leyes de la mecánica social ponen al señor central y a su aparato en una situación peculiar, tanto más claramente cuanto más especializado es el aparato y sus órganos. El señor central y las personas que componen su equipo pueden haber escalado la cúspide de la administración central como representantes de una determinada formación social, o bien pueden haberse reclutado básicamente dentro de una determinada clase del conjunto de la sociedad; en cualquier caso, quienquiera que llega a una posición del aparato central, y se afirma en ella durante una época, acaba sometiéndose a las leyes propias de dicho aparato. Acaba distanciándose de modo más o menos claro de todos los demás grupos o clases del conjunto de la sociedad, incluido el grupo que le ha elevado, su clase de origen. En una sociedad diferenciada, y a causa de su función específica, el señor central tiene también intereses específicos. Su función consiste en garantizar la cohesión y la seguridad de toda la sociedad, en su forma existente, y, por lo tanto, hasta cierto grado, está interesado en el equilibrio de intereses entre los distintos grupos funcionales. Esta misma tarea que se le impone en virtud de su experiencia cotidiana, en virtud de la posición desde la que estudia el proceso social, esta tarea le distancia más o menos de todos los demás grupos funcionales. Pero, al mismo tiempo está obligado, como los otros, a defender su propia existencia social, tiene que trabajar para conseguir que su fuerza social no sea menor e, incluso, para que sea mayor. Y en este sentido el señor central es parte interesada en el propio juego social. En la medida en que sus intereses, en virtud de la peculiaridad de su función, coinciden con la seguridad y el funcionamiento de toda la red social, está obligado a triunfar dentro de sus propias luchas y a sellar alianzas que favorezcan el fortalecimiento de sú posición personal. Tampoco en este caso los intereses del señor central serán jamás idénticos con los de cualquier

otra clase o grupo de sociedad; pueden coincidir ocasionalmente con los de uno u otro grupo, pero cuando el señor central se identifica excesivamente con uno de ellos, cuando disminuye demasiado la distancia que le separa de otro grupo cualquiera, tarde o temprano pone en peligro su propia posición. Puesto que, como se ha dicho, la fortaleza de ésta depende, de un lado, de que se establezca un cierto equilibrio entre los diversos grupos, así como un grado determinado de cooperación y colaboración entre los diversos intereses de una sociedad; de otro lado, depende de que se den tensiones y contradicciones de intereses fuertes y continuas. El señor central mina su propia posición cuando emplea sus medios de poder y su apoyo en fortalecer y en engrandecer a un grupo concreto a costa de los demás en el marco de un círculo social más o menos amplio. Desaparece la dependencia de un coordinador supremo y, con ello, el carácter de dominación de su función, cuando un grupo o clase concreto de una sociedad obtiene una supremacía clara sobre todos los demás grupos, a no ser que este grupo esté muy dividido y lleno de tensiones. La posición del señor central no es menos débil cuando las tensiones entre los distintos grupos sociales de su sociedad disminuyen de tal manera que regulan ellos mismos su cooperación y llegan a ponerse de acuerdo para realizar acciones conjuntas. Esto es cierto, por lo menos, en tiempos de una paz relativa. En las épocas de guerra, cuando hay que combatir con un enemigo exterior de toda la sociedad, o cuando menos, de sus sectores más importantes, una disminución de las tensiones internas puede ser útil y recomendable también para los señores centrales.

Para decirlo en pocas palabras, el señor central y su aparato constituyen dentro de su propia sociedad un centro de interés de tipo especial. Su posición le obliga muy a menudo a una alianza con el segundo en poderío antes que a una identificación con el grupo más fuerte de su sociedad. Y su interés requiere tanto una cierta cooperación como una cierta tensión entre las partes de tal sociedad. Su posición, por lo tanto, no depende solamente del tipo y de la intensidad de la ambivalencia entre estas diversas formaciones del conjunto de la sociedad; su propia relación con tales formaciones es ambivalente.

El esquema básico del aparato social que surge de esta manera es muy simple. El autócrata, el rey en cuanto individuo, es siempre incomparablemente más débil que el conjunto de la sociedad de la cual es señor, o en todo caso, servidor supremo. Si esta sociedad en su conjunto o, por lo menos, una parte considerable de ella, se enfrentara a él de modo decidido, se vería impotente frente a su presión, al igual que cualquier persona es impotente frente a la presión de todo un entramado de seres humanos interdependientes. La posición peculiar, la plenitud de poderío de un individuo aislado en su condición de señor central de una sociedad, se explica, como hemos dicho, por el hecho de que los intereses de los individuos en esta sociedad coinciden en parte y en parte se oponen, de que sus acciones pueden coincidir y también pueden ser antagónicas. Se explica también en función de la ambivalencia de las funciones sociales dentro de una sociedad diferenciada. Hay circunstancias en las cuales la faceta positiva de estas relaciones se hace dominante o, cuando menos, no predomina su aspecto nega-

tivo. No obstante, en el camino hacia la hegemonía de los aspectos negativos, se dan fases de transición, en las cuales los antagonismos, las oposiciones de interés, se hacen tan grandes que la interdependencia de las acciones y de los intereses que se mantienen pasa a segundo plano en la conciencia de los participantes sin perder del todo su importancia. La forma de interdependencia que así surge se ha expuesto más arriba: las distintas partes de la sociedad se mantienen mutuamente a raya en cuanto a su poderío social; las tensiones que se dan entre ellas se expresan en una serie de luchas mayores y menores; pero ninguna de las dos partes puede vencer o aniquilar a la otra: no pueden ponerse de acuerdo porque todo fortalecimiento de los intereses de una parte, amenaza la existencia social de la otra; tampoco pueden separarse porque su existencia social es interdependiente. Esta es la mejor situación desde el punto de vista del poder del rey, del hombre en la cúspide, del señor central; situación que muestra de modo inequívoco dónde residen los intereses de aquél. Gracias a este entramado de interdependencias intensas y de fuertes antagonismos surge un mecanismo social que de haber sido obra de un ingeniero social aislado, hubiera constituido un invento peligroso y, al mismo tiempo, importante y cruel. Al igual que todas las construcciones sociales en esta fase de la historia, esta otra, este «aparato real», que da una especial amplitud de poder a un solo ser umano, en su condición de coordinador supremo, surge de modo paulatino y sin planificar en el curso de los procesos sociales.

La mejor manera de hacerse una idea de este aparato es utilizar la imagen del juego de la cuerda. Los grupos, las fuerzas sociales, que casi están en equilibrio, tienden una cuerda. Los dos lados tiran con todas sus fueras, pero ninguno de ellos consigue mover al otro de su posición. Si en esta ituación de tensión extrema entre grupos que tiran en dirección contraria de la misma cuerda, apareciera un individuo que no perteneciera a ninguno de los dos, que tuviera la posibilidad de aplicar su fuerza social ya en dirección de uno de los grupos, ya en la del otro y que, además, procurara con sumo cuidado que no disminuya la tensión, y que ninguno de los dos contendientes consiga una supremacía decisiva, este individuo será el que, de hecho, oriente todo el entramado de tensiones. El empleo de una cantidad mínima de esfuerzo por parte de una persona aislada que, por sí misma no conseguiría poner en movimiento a un grupo, y por supuesto, mucho menos a varios grupos unidos, es suficiente en esta organización de las fueras sociales para movilizar a la totalidad; y también es claro por qué es suficiente: dentro de este mecanismo de equilibrio, laten fuerzas enormes que o pueden llegar a ser eficaces si no se liberan. La mera presión del dedo de una persona desata las fuerzas contenidas en la parte opuesta, se une a las fuerzas latentes que actúan en la misma dirección y, de esta manera, consigue una pequeña ventaja, que se pone de manifiesto.

En este ordenamiento, en cierto modo, el aparato social supone un grado de fuerza que multiplica automáticamente el efecto del acto, por mínimo que sea, de la persona que dirige la totalidad. Pero, al propio tiempo, es preciso manejar con sumo cuidado este aparato de forma que pueda funcionar sin perturbaciones durante bastante tiempo. El que la dirige está tan

sometido a su ley y a su necesidad como todos los demás. Su ámbito de decisión es mayor que el de los otros, pero, en gran medida, depende de la estructura del aparato, no tiene un poder ilimitado.

En principio, todo esto no es más que un bosquejo esquemático de la ordenación de las fuerzas sociales que proporciona el máximo de poder al señor central. Pero este bosquejo muestra de modo claro e inequívoco los caracteres básicos de su posición social. No es casualidad que el órgano central ejerza el máximo poder que, generalmente, se manifiesta bajo la forma de una poderosa autocracia, no cuando nace una fuerte personalidad dominadora, sino cuando una cierta estructura social proporciona la oportunidad necesaria. El ámbito relativamente extenso de competencias sobre una sociedad diferenciada que, de esta forma, queda reservado al señor central, se debe a que se encuentra en el punto de cruce de las tensiones sociales, y a que puede jugar con los intereses y ambiciones que se orientan en rumbos distintos y que se mantienen mutuamente en equilibrio dentro de su zona de dominación.

No hay duda de que, hasta cierto grado este esquema simplifica las relaciones objetivas. El equilibrio de tensión que implica toda sociedad, se manifiesta en los entramados humanos relativamente diferenciados casi siempre a través de la cooperación y del enfrentamiento de toda una serie de grupos y de clases sociales. Pero la importancia que tiene esta tensión multipolar para la posición del señor central, es la misma que la de la tensión bipolar que se manifiesta en el esquema.

Sin duda, el antagonismo entre las diversas partes de la sociedad, no solamente tiene la forma de una lucha consciente. Lo que pone en marcha el proceso, lo que produce las tensiones, no son tanto los planes, y los objetivos de lucha conscientemente determinados, como los mecanismos anónimos del entramado. Para mencionar un ejemplo: lo que acaba sellando, al final de la Edad Media, el destino de los señores feudales caballerescos, no son los ataques conscientes de los círculos ciudadanos burgueses, sino, más bien, los mecanismos de la monetarización y la comercialización progresivas. Pero cualquiera que sea la forma en que los planes y objetivos de lucha de los individuos aislados o de los grupos reflejen los antagonismos que surgen con el avance del entramado monetario, siempre crece la tensión entre las clases ciudadanas, que cada vez son más fuertes, y los señores de la tierra que cada vez son más débiles. Con el crecimiento de este entramado y de esta tensión, sin embargo, se expande también el ámbito de decisión de aquellos que, en función del mecanismo de la competencia, se han convertido en señores centrales de la totalidad, es decir, de los reyes, hasta que, convertidos en arbitros entre la burguesía y la nobleza, acaban alcanzando su máxima fuerza bajo la forma de la monarquía absoluta.

19. Más arriba hemos planteado la cuestión de cómo es posible que en una sociedad diferenciada pueda constituirse y mantenerse un poder central como el absolutismo, a pesar de que los señores centrales no son menos dependientes de la división de funciones que los titulares de otros ámbitos. La respuesta la da el esquema del mecanismo real. Ya no son la fortaleza militar ni la magnitud de las propiedades o de los ingresos, por sí so-

las, las que pueden explicar la fortaleza social de los señores centrales en esta fase, si bien es cierto que sin estos dos componentes no podría funcionar posición central alguna en una sociedad. Para que los señores centrales en una sociedad diferenciada consigan un poder tan extenso como en la época del absolutismo, se precisa también una distribución peculiar de fuerzas dentro de la propia sociedad.

De hecho, la institución social de la monarquía adquiere su máximo poderío social en aquella época de la historia social en la que una nobleza cada vez más débil se ve obligada a rivalizar en todos los aspectos con grupos burgueses en ascenso, sin que ninguno de los dos sea capaz de acabar definitivamente con el otro. El rápido avance de la monetarización y comercialización del siglo XVI, da un impulso considerable a los grupos burgueses y obliga a retroceder, en gran medida, a la mayor parte de la casta guerrera, a la vieja nobleza. Al final de aquellas luchas sociales en el curso de las que se manifiesta esta accidentada transformación de la sociedad, se hace más evidente la interdependencia entre partes de la nobleza y partes de la burguesía. La nobleza, cuya función social y cuya misma configuración, están sometidas a un cambio decisivo, tiene que habérselas ahora con una tercera clase cuyos miembros, parcialmente, son ahora más fuertes y más deseosos que antaño de ascender socialmente.

Muchas familias de la antigua nobleza guerrera se extinguen, mientras que muchas familias burguesas se ennoblecen y, al cabo de pocas generaciones, sus descendientes acaban representando los intereses de la nobleza transformada frente a los del estamento burgués, intereses que, al aumentar la interdependencia social, son irremediablemente contradictorios.

Pero el objetivo de este estamento burgués o, cuando menos, de sus grupos dominantes no es la destrucción de la nobleza en cuanto que institución social. El objetivo supremo de los burgueses aislados, como se ha dicho, es conseguir para sí mismos, y para su familia, un título nobiliario con sus correspondientes privilegios. Lo que importa a los grupos dominantes representativos de esta burguesía en su conjunto es incorporarse los privilegios y el prestigio de la nobleza de espada. Ya no quieren acabar con la nobleza como tal, sino, en el mejor de los casos, convertirse en una nueva nobleza para sustituir a la antigua o, por lo menos, obtener una posición análoga a ella. Este grupo dirigente del Tercer Estado, de la *noblesse de robe,* insiste incansablemente durante el siglo xvii y esencialmente durante el siglo xviii, en que su nobleza es tan buena, tan importante y tan auténtica como la de la nobleza de espada. Y la rivalidad que aquí se manifiesta, no solamente se expresa en el terreno de las palabras y de las ideologías, ya que en segundo plano se produce una lucha continua, aunque a veces esté más o menos oculta e indecisa, por las posiciones de poder entre los representantes de los dos estamentos.

Ya hemos señalado en algunas ocasiones que, si partimos del supuesto de que la burguesía de esta época es una formación análoga a la de hoy o, por lo menos, a la de ayer, esto es, si partimos del supuesto de que los representantes típicos y socialmente más importantes de la burguesía son los «comerciantes autónomos», no conseguiremos una comprensión adecuada

de este régimen absoluto. El representante socialmente más influyente y más característico de la burguesía en los siglos XVI y XVII, al menos en los países más grandes del continente, es el servidor burgués del Príncipe y del Rey, es decir, una persona cuyos antecesores más o menos inmediatos son artesanos o comerciantes y que, no obstante, ha conseguido hacerse con un puesto oficial dentro del aparato de dominación. Antes de que las capas comerciantes lleguen a constituir el grupo directivo de la burguesía, nos encontramos con que la cúspide del Tercer Estado está ocupada por funcionarios, para utilizar un término que nos es familiar.

La estructura y el carácter de estos cargos oficiales, es muy distinta en los diversos países. En la antigua Francia, el representante más importante de la burguesía es una mezcla peculiar de rentista y de funcionario; es una persona que se ha comprado con su dinero una posición en el aparato del Estado a la que considera como una propiedad personal y privada o, lo cual viene a ser lo mismo, que consigue esta posición como herencia paterna. En razón de su cargo oficial, esta persona goza de una serie de privilegios muy concretos; uno de estos privilegios suele ser la exención fiscal. Por otro lado, el capital que invierte le produce beneficios bajo la forma de ingresos ocasionales, de salario o de cualquier otra forma de ingresos que le produce su posición.

Personas de este tipo, personas de la *robe* que durante el *ancien régime* representan a la burguesía en los Estados Generales, son los portavoces de la clase, son los representantes de sus intereses frente a los otros estamentos y frente a los reyes. Y el peso social y la fortaleza de este tercer estamento, se expresa en las exigencias, en la actividad y en la táctica política de sus grupos dominantes. Ciertamente, los intereses de esta capa suprema de la burguesía no son siempre idénticos a los de los demás grupos burgueses. Común a todos ellos, entre otros, es el interés por el mantenimiento de sus diversos privilegios. Puesto que no solamente son la nobleza y los titulares de los cargos los que se caracterizan por la existencia de derechos especiales y privilegios; el estamento de comerciantes en esta época descansa sobre los privilegios: de los privilegios depende la existencia social del artesanado gremial. Sea cual sea la forma concreta de estos privilegios aislados, la burguesía, que tiene cierta importancia social, es una clase que, como sucede con la nobleza, hasta la segunda mitad del siglo xviii se configura como una formación estamental, caracterizada y mantenida por unos derechos especiales. Desde cierta perspectiva, nos encontramos aquí con una maquinaria de entramados en función de la cual esta burguesía nunca puede vencer definitivamente con un golpe decisivo a sus contrincantes, a los nobles. La burguesía consigue arrebatar a la nobleza uno u otro derecho especial; pero, al mismo tiempo, no puede, y tampoco quiere, destruir la institución social de los privilegios, que convierte a la nobleza en un estamento especial; puesto que su propia existencia social, en cuyo mantenimiento está tan interesada, se mantiene y se protege precisamente por medio de privilegios.

Únicamente cuando el tejido de la sociedad va poblándose de burgueses, cuya base social ya no son los privilegios estamentales, cuando un sec-

tor cada vez más importante de la sociedad acaba considerando que los derechos especiales garantizados o establecidos por el Gobierno suponen una alteración notable para la marcha de los procesos de división de funciones, nos encontramos con las fuerzas sociales capaces de combatir decisivamente contra la nobleza y que no solamente quieren eliminar los privilegios nobiliarios aislados, sino la institución social de los privilegios nobiliarios en general.

Pero los grupos burgueses de formación reciente, que combaten contra la institucionalización de estos privilegios, atacan al propio tiempo, sabiéndolo o sin saberlo, el fundamento mismo de las formaciones burguesas más tradicionales, es decir de la burguesía estamental. Estos privilegios, esta organización estamental en su conjunto tiene solamente una función social concreta en la medida en que se contrapone a un estamento nobiliario privilegiado. Los estamentos son hermanos enemistados o, dicho con mayor exactitud, que mantienen relaciones ambivalentes, células interdependientes del mismo ordenamiento social. Cuando quiebra la institución de uno de ellos, se hunde automáticamente la del otro, cae el ordenamiento en su conjunto.

De hecho, la revolución de 1789 no es solamente una lucha de la burguesía contra la nobleza. Esta revolución aniquila la existencia social de la burguesía estamental, especialmente de la burguesía *de robe,* de los titulares privilegiados de los cargos públicos del Tercer Estado y también del antiguo artesanado gremial y estamental y la aniquila en no menor medida que la existencia del estamento nobiliario. Este final común muestra con claridad meridiana todo el entramado social, la constelación específica de fuerzas de la fase precedente; explica lo que hemos dicho más arriba, con carácter muy general, acerca de la interdependencia y la ambivalencia de intereses de ciertas clases sociales, sobre el mecanismo de equilibrio que surge con ellas y sobre la fuerza social del poder central. En tanto no surje una burguesía no estamental, que va diferenciándose lentamente de la precedente, la parte políticamente más importante de la burguesía durante el absolutismo depende del equilibrio específico de orden estamental, tanto por sus intereses como por sus actos y sus ideas.

A causa de este motivo, en sus enfrentamientos con la nobleza y, por supuesto, también con el Primer Estado, con el clero, la burguesía se ve siempre atrapada en las tenazas de sus intereses ambivalentes. En su lucha contra la nobleza, la burguesía no puede ir nunca demasiado lejos sin acabar perjudicándose a sí misma. Todo golpe decisivo asestado a la nobleza como institución haría vacilar la totalidad del aparato estatal y social y, como si fuera un *boomerang,* amenazaría la existencia social de esa misma burguesía privilegiada. Todas las clases privilegiadas están igualmente interesadas en no llevar demasiado lejos la lucha ya que nada les resulta más peligroso que una perturbación profunda y un cambio en el equilibrio de fuerzas del conjunto del aparato social.

Pero, al propio tiempo, tampoco puede evitar enfrentarse en una lucha recíproca, puesto que sus intereses que, por un lado, tienen la misma orientación, en muchos aspectos se encuentran en contradicción absoluta. Las

fuerzas sociales están repartidas de tal modo entre ellas y la rivalidad que las enfrenta es tan aguda que cada parte se siente amenazada por la más pequeña ventaja de la otra, por lo que pudiera suponer el más nimio incremento de poder de la otra. En consecuencia, por un lado, no faltan relaciones corteses e, incluso amistosas entre los pertenecientes a los dos grupos, pero, por otro lado, a lo largo de todo el *ancien régime,* la relación entre los representantes de los dos estamentos, especialmente de sus grupos dominantes, es muy tensa. Cada uno de ellos teme al otro; cada uno de ellos vigila los pasos del otro con desconfianza creciente. Además, este eje básico de tensión entre la nobleza y la burguesía aparece incrustado en un conjunto de otros no menos ambivalentes. La jerarquía de la administración civil del aparato político secular se encuentra en una lucha continua, latente o manifiesta, por competencias y prestigio, con la jerarquía eclesiástica. En determinados puntos, el clero choca de continuo con uno u otro círculo nobiliario. De este modo, en este sistema de equilibrio multipolar se producen continuamente pequeñas explosiones y escaramuzas, así como pruebas de fuerza social con los más diversos disfraces sociales y con los motivos más variados, a menudo de carácter secundario.

Sin embargo, el Rey o su representante dirige y orienta toda esta actividad en la medida en que a veces favorece a un lado y, a veces, a otro. Su fuerza social es tan grande debido a que la tensión estructural entre los dos grupos principales de este entramado social es demasiado fuerte y no les permite llegar a ningún acuerdo sobre los asuntos de interés común v tampoco a una actitud compartida en contra del Rey.

Es sabido que, en esta época sólo en Inglaterra se consiguió llegar a un entendimiento que permitió un frente común de la burguesía y de la nobleza en contra del Rey. Cualesquiera que sean las peculiaridades estructurales de la sociedad inglesa, que permitieron aminorar las tensiones entre los estamentos y posibilitaron el establecimiento de contactos estables entre los dos bandos, lo cierto es que el mecanismo social que, tras muchas oscilaciones, permitió reducir el ámbito de decisión del señor central pone una vez más de manifiesto cuál fue el entramado social que, en otros países, dio origen a la gran fuerza social del poder central absoluto.

Cierto que durante el siglo xvi y comienzos del siglo XVII no Faltaron en Francia intentos de conseguir una alianza de personas procedentes de los orígenes sociales más diversos, así como de establecer una actitud única de las más distintas formaciones sociales en contra de la amenaza que suponía el creciente poder del Rey; pero todos estos intentos fracasaron. A lo largo de estas revueltas y guerras civiles resulta absolutamente claro el anhelo de los distintos grupos estamentales franceses de limitar el poder de los reyes y de sus representantes. Pero también se manifiesta con toda claridad la intensidad de las rivalidades y de las contradicciones de intereses entre estos grupos, que impiden la adopción de una posición común. Cada uno de los grupos quisiera limitar el poder del Rey a su favor y cada uno de ellos tiene la fuerza suficiente para impedir que el otro lo consiga. Los grupos se mantienen recíprocamente a raya y, por último, vuelven a encontrarse, resignados, bajo la dependencia común de un Rey más fuerte.

En otros términos, dentro de aquella gran transformación social que, es conjunto, hace que los grupos burgueses sean cada vez más fuertes desde un punto de vista funcional y los grupos nobiliarios cada vez más débiles, se da una fase en la que ambos grupos funcionales, en general, se equilibran, sin olvidar las tensiones en relación con terceros y dentro de ellos mismos. De esta forma, en un plazo mayor o menor, surge el entramado que más arriba hemos llamado «mecanismo real»: las contradicciones entre los dos grupos principales son demasiado grandes y no permiten que se llegue a un acuerdo definitivo. Además, debido al equilibrio de fuerzas, y a su estrecha interdependencia tampoco puede llegarse a una lucha definitiva y a la conquista de una posición de supremacía de uno de los grupos. De este modo, incapaces de unificarse, incapaces de combatirse con todas sus energías y de vencer de una vez por todas, tienen que confiar a un señor central todas las decisiones que los propios grupos no pueden tomar por sí mismos.

Como hemos dicho, este aparato surge de modo ciego e impremeditado en el curso de los procesos sociales. Que esté bien o mal orientado, a su vez, depende, en todo caso, de aquella persona sobre la que recae la función de señor central. Algunas referencias a hechos históricos aislados, serán suficientes para mostrar cómo se construye este proceso y para ilustrar lo que se ha dicho aquí con carácter general sobre el mecanismo real absolutista.

20. En la sociedad de los siglos IX y X hay dos grupos de personas libres: los clérigos y los guerreros. Por debajo de ellos, la mayoría de personas más o menos sometidas a servidumbre, sin derecho a poseer armas, que no tienen parte activa en la vida social, a pesar de que la misma subsistencia de la sociedad depende de su actividad. Como hemos dicho, en las condiciones franco-occidentales los guerreros, los señores feudales más o menos autárquicos tienen una dependencia reducida frente a la actividad coordinadora del señor central. Por diversos motivos, en cambio, la dependencia de los clérigos en relación con el Rey es mucho mayor. A diferencia de la del Imperio, la Iglesia franco-occidental jamás consiguió un gran poder secular. Los arzobispos no se convirtieron en duques. Los pares eclesiásticos se mantuvieron siempre al margen del sistema de los señores territoriales en competencia; por lo tanto, tampoco tenían intereses centrífugos fuertes, orientados a una debilitación del poder central. Las propiedades del clero se encontraban más o menos diseminadas en medio de las zonas territoriales de los señores seculares permanentemente sometidos al peligro de los ataques y las devastaciones de éstos. La Iglesia, por lo tanto, deseaba un poder central, un Rey, que tuviera la fuerza necesaria para protegerla contra la violencia de los señores feudales. Las luchas, las guerras grandes y pequeñas que estallan de continuo en todo el país son siempre muy mal recibidas por los monjes y los otros clérigos que, sin duda, eran entonces más belicosos y más aficionados a las guerras que en épocas posteriores. Estas luchas y guerras se libran a costa del clero. Continuamente recurren al Rey como arbitro parroquias y abadías maltratadas, ofendidas, menoscabadas en sus derechos.

La estrecha relación que hay entre los primeros Capetos y la Iglesia y que sólo sufre perturbaciones ocasionales, no se debe a la casualidad; su

origen no se encuentra solamente en la robustez de la fe de estos primeros Capetos sino que, al mismo tiempo, es manifestación de una constelación de intereses existente en aquella época. En esta fase, la dignidad real, cualesquiera sean sus otras manifestaciones, es siempre un instrumento del clero en su enfrentamiento con los hombres de la casta guerrera. La consagración, la unción y la coronación aparecen cada vez más determinadas por el ceremonial religioso de la investidura. La monarquía recibe carácter sacro y, en cierto modo, se convierte en una función eclesiástica. El hecho de que, a diferencia de manifestaciones similares en otras sociedades, aquí solamente se den los esbozos de una confusión entre el poder central secular y el espiritual y de que, poco tiempo después, se interrumpa esta dirección de desarrollo, no tiene nada que ver con la propia estructura de la Iglesia cristiana. Esta Iglesia es más antigua y está más sólidamente organizada que la mayoría de los centros de dominación política de la época; tiene, además, su propia cabeza que siempre manifestó de modo inequívoco su aspiración a unificar la supremacía y el poder central espiritual con el temporal. En consecuencia, tarde o temprano había de surgir una situación de competencia y una lucha por la hegemonía entre el Papa y el señor central secular de un territorio concreto; lucha que, generalmente, terminaba obligando al Papa a limitarse a su posición de supremacía en lo puramente espiritual, recalcando el carácter secular del Emperador y de los reyes, y reduciendo las implicaciones seculares en la jerarquía y el ritual eclesiásticos, aunque sin eliminarlas por completo. No obstante, el hecho de que se produjeran tales intentos en el mundo occidental, requiere una cierta consideración por la importancia que tiene, especialmente para la comparación de las estructuras sociales y para la determinación de las diferencias entre los distintos procesos sociales.

Los reyes franco-occidentales de la época se relacionan estrechamente con la Iglesia, en función de las leyes estructurales que rigen su comportamiento, que hemos considerado más arriba. Los reyes se apoyan en el segundo grupo en orden de importancia, en el más débil en el enfrentamiento con otro grupo más fuerte y más peligroso. Nominalmente son los señores feudales de todos los demás guerreros. Sin embargo, en las zonas de dominación de los otros grandes señores, prácticamente carecen de poder, e incluso en su propio territorio, su poder es muy limitado. La estrecha relación de la casa real con la Iglesia convierte a los conventos, abadías y obispados dentro de las zonas de dominación de los otros señores territoriales en bastiones de la realeza y pone a disposición del monarca la influencia espiritual que tiene la organización eclesiástica en todo el país. Los reyes se benefician de muy diversas formas de la cultura de los clérigos, del tesoro de experiencia política y organizativa de la burocracia eclesiástica y, también, de su capacidad financiera. Aún está por resolver la cuestión de si los reyes de la primera época de los Capetos, además de los ingresos procedentes de sus propias tierras, contaban con algunos «ingresos reales», rentas de las tierras franco-occidentales. Parece que, de haber contado con esta forma de ingreso, éste jamás pudo ser algo más que un complemento de los ingresos que percibían por sus tierras propias. Sin embargo, hay algo que

está claro: perciben ingresos procedentes de instituciones eclesiásticas que no se encuentran en sus propios territorios, por ejemplo, rentas de obispados vacantes o ayudas en ocasiones extraordinarias. Y si hay algo que concedió una superioridad de poder a la casa real tradicional frente a las casas competidoras, si algo coadyuvó a que, en el curso de aquellas primeras luchas de exclusión, fueran precisamente los Capetos quienes alcanzaran el triunfo, empezando por sus propias tierras, fue esta alianza de los señores centrales nominales con la Iglesia. En la Iglesia se originan, en esta fase de tendencias centrífugas tan intensas, aquellas fuerzas sociales que a lo largo de la dinastía trabajan a favor de la continuidad de la Monarquía y en favor de la centralización. La importancia que tiene el clero en cuanto que fuerza social impulsora de la centralización, vuelve a retraerse, sin desaparecer por completo, precisamente en la medida en que aumenta la del Tercer Estado. Pero ya en esta fase se muestra cómo las tensiones entre los diversos grupos de la sociedad, fundamentalmente entre la clase sacerdotal y la clase guerrera, benefician al señor central y, al mismo tiempo, también se pone de manifiesto que el señor central depende de estas tensiones. El poderío de la masa de señores guerreros obliga al Rey y a la Iglesia a sellar una alianza, aunque tampoco falten los pequeños conflictos entre los dos. El primer enfrentamiento grande entre el Rey y la Iglesia, la primera lucha verdadera por el poder entre los dos tiene lugar en la época en que el Rey comienza a recibir mayor cantidad de recursos humanos y financieros procedentes de la burguesía, esto es, en la época de Felipe-Augusto.

21. Con la aparición de un tercer estamento se complica el entramado de tensiones y cambia de dirección el eje de tensiones en el interior de la sociedad. En un sistema interdependiente de países o de señores territoriales competidores, se perfilan determinadas tensiones especiales y fundamentales a las que se unen los demás antagonismos en cuanto que tensiones secundarias hasta que, finalmente, acaba por crecer y consolidarse la supremacía de uno de los grandes centros de poder; de igual modo, dentro de cada zona de dominación se producen ciertas tensiones centrales en torno a las cuales cristalizan muchas otras más pequeñas que, finalmente, acaban resolviéndose a favor de unos u otros. Hasta los siglos XI y XII se contaba entre estas tensiones centrales la relación ambivalente entre los guerreros y los clérigos, a partir de cuyo momento pasa a primer plano, lentamente, el antagonismo entre los guerreros y los grupos burgueses urbanos. Con esta tensión y con la diferenciación social, de la que es manifestación, crece la importancia del poder central: crece la dependencia de todas las partes de la sociedad en relación con un coordinador supremo. Los reyes, que habían ido ascendiendo progresivamente gracias al aumento de sus posesiones territoriales en el curso de las luchas por la supremacía, se distanciaban, al mismo tiempo, de los demás guerreros por la posición que adoptaban en las tensiones entre éstos y los habitantes de las ciudades. En ningún caso toman partido inequívocamente por los guerreros, a cuyo grupo pertenecen por razón de su origen, sino que echan todo el peso de su influencia a veces en un platillo de la balanza y, a veces, en el otro.

El primer hito en este camino es la consecución de derechos comunales

por parte de las ciudades. Los reyes de esta época, especialmente Luis VI y Luis VII, así como sus representantes y los demás señores feudales, adoptan en principio una actitud desconfiada frente a las futuras comunas, mostrándoles una «clara enemistad» [101], en especial dentro de sus propios territorios. Sólo poco a poco comprenden los reyes las ventajas de estas construcciones insólitas. Como siempre, ha de pasar un cierto tiempo hasta que toman conciencia de que la constitución de un Tercer Estado en el tejido social supone un incremento importante de sus propias oportunidades. A partir de ese momento, comienzan a fomentar consecuentemente los intereses del Tercer Estado, en la medida en que se corresponden con los propios; en especial fomentan la capacidad fiscal y financiera de la burguesía. Pero, por otro lado, combaten con toda intensidad, en la medida de sus fuerzas, la pretensión de los estados de ejercer funciones políticas, pretensión que suele acompañar al aumento del poder social y económico de las clases urbanas. El ascenso de la Monarquía y el de la burguesía se encuentran en la más estrecha interdependencia funcional; consciente o inconscientemente se apoyan recíprocamente en el proceso de ascenso de sus respectivas posiciones sociales. Pero también aquí nos encontramos con relaciones ambivalentes. No escasearon los enfrentamientos entre los dos y tampoco han faltado ocasiones en las que la burguesía y la nobleza han tratado de limitar de común acuerdo el poder de los reyes. A lo largo de toda la Edad Media los reyes están en una situación en la que tienen que recabar la autorización de los representantes estamentales antes de tomar determinadas medidas, y las actitudes que toman las asambleas estamentales, tanto de las regiones pequeñas como de las mayores, en las que están representadas partes más amplias de los reinos, muestran claramente la gran diferencia que se da entre las tensiones estructurales de esta sociedad y las del período absolutista, a pesar de todas las oscilaciones que se producen [102]. Los parlamentos estamentales —para utilizar aquí su nombre inglés—, al igual que los parlamentos partidistas de la sociedad industrial burguesa, funcionan en la medida en que es posible llegar a un acuerdo inmediato entre los representantes de las distintas clases, acerca de objetivos concretos; funcionan mal, en cambio, cuanto más difíciles son los acuerdos inmediatos y cuanto más intensas son las tensiones dentro de la sociedad y, en esta misma medida, precisamente, crecen las oportunidades de poder del señor central. De hecho, dada la escasa interdependencia monetaria y comercial en el mundo medieval, las relaciones entre las clases de guerreros terratenientes y las clases burguesas urbanas son de tal tipo que éstos se ven obligados a delegar en un señor central la regulación de sus conflictos. Cada estamento, ya sea de caballeros, de ciudadanos o, incluso, de clérigos, a pesar de todos los contactos que pueden mantener entre ellos, vive encerrado en su propio ámbito, más reducido, incluso, que en épocas posteriores. Los distintos estamentos no compiten de modo frecuente e inmediato por conseguir las mismas oportunidades sociales. Y los grupos dominantes burgueses no son suficientemente fuertes para discutir a la nobleza y a los guerreros su primacía social. Únicamente en un ámbito social acaban penetrando los elementos burgueses ascendentes y superando a los caballeros y a los

clérigos, con la ayuda de los reyes: dentro del aparato de dominación política o, para decirlo con el lenguaje de nuestros días, como funcionarios.

22. La dependencia funcional de la Monarquía en relación con los acontecimientos de toda la sociedad se observaron con especial claridad en el desarrollo del aparato de dominación, en la diferenciación de todas aquellas instituciones que, en un principio, no eran mucho más que partes componentes de la administración doméstica y domanial del señor. Si la sociedad de las personas libres consiste, en lo esencial, en caballeros y clérigos (siendo los clérigos, los *clercs,* como se ha dicho, casi siempre servidores y representantes fieles de los intereses de los reyes), los señores feudales, por el contrario, cuando están en la corte o empleados en la administración real, suelen ser a menudo rivales del Rey, más interesados en la consolidación de la posición propia de poder que en la del Rey. Igualmente, cuando la clase de los guerreros consigue diferenciarse claramente del aparato de dominación política y, cuando en el curso de las luchas por la exclusión, los señores feudales grandes y pequeños consiguen diferenciarse claramente, también esta constelación se refleja en la estructura del aparato creciente de dominación política: su personal está compuesto por clérigos y por miembros de las casas guerreras menores; los grandes señores feudales ya sólo se encuentran en muy pocas posiciones, como miembros del Gran Consejo, por ejemplo, o del consejo privado.

Por supuesto, en esta fase no faltan en la administración real personas de condición inferior a la de los guerreros y clérigos, si bien es cierto que los individuos que no son de origen libre no tienen la misma importancia en el desarrollo del aparato del Estado francés que en el del alemán. Ello se debe quizá al hecho de que en Francia se desarrollaron antes que en Alemania las comunas urbanas y, con éstas, una tercera clase de personas libres. En todo caso, con el crecimiento de las ciudades francesas, aumenta también la proporción de elementos urbanos que ocupan cargos en la administración real y estos elementos van penetrando paulatinamente durante la Edad Media el aparato de dominación política en una proporción que no se alcanza hasta bien entrada la Edad Moderna en la mayoría de los territorios alemanes.

Estos elementos copan el aparato de dominación política por una vía doble[103] : por un lado a través de la participación creciente en los puestos secula-res, esto es, en puestos que antes había ocupado la nobleza y, por otro lado, por su participación en los puestos eclesiásticos, esto es, como *clercs.* La expresión *clerc* cambia lentamente de significado desde fines del siglo XII: va dejando de significar «clérigo» para referirse cada vez más a la persona que ha estudiado, que sabe leer y escribir latín para lo cual suele ser preciso estar en posesión de las órdenes menores. Poco a poco y a causa de la expansión del aparato administrativo se va secularizando tanto la designación de *clerc* como determinados tipos de estudios universitarios. Ya no se aprende latín con el fin exclusivo de convertirse en clérigo, sino con el más inmediato de hacerse funcionario. Por supuesto que sigue habiendo burgueses que llegan a pertenecer al Consejo Real gracias solamente a sus actividades comerciales u organizativas. No obstante, la mayoría de los bur-

gueses llega hasta los círculos más elevados del aparato de dominación merced al estudio y a su conocimiento del derecho canónico y del romano. Los estudios se convierten en la vía habitual de ascenso para los hijos de las clases superiores urbanas. Los elementos burgueses van desplazando lentamente a los nobles y eclesiásticos de sus posiciones en el aparato de dominación. A diferencia de lo que sucede en Alemania, la clase de los servidores del Rey, de los «funcionarios», se convierte en una formación exclusivamente burguesa.

«A partir de Felipe Augusto, como muy tarde... aparecen los legistas, verdaderos *chevaliers es lois* quienes, para elaborar el derecho real, van a encargarse de refundir el derecho feudal con el canónico y con el romano... Pequeño ejército de treinta escribas en 1316, de 104 ó 105 en 1359, de una sesentena en 1361, estos *clercs* de la cancillería, obtuvieron grandes ventajas trabajando constantemente con el monarca. La gran mayoría se convierte en notarios privilegiados. La élite (3 bajo Felipe el Hermoso, 12 antes de 1388, 16 en 1406, 8 en 1413) daría lugar a los *clercs* de la secretaría o a los secretarios de Hacienda... El porvenir les pertenecía. A diferencia de los grandes cargos palatinos, carecían de antepasados; pero ellos mismos habían de convertirse en antepasados» [104].

Con el aumento de las propiedades reales se origina una clase de especialistas cuya posición social depende, en primer lugar, de su posición de servicio y cuyo prestigio estamental, cuyos intereses personales son idénticos a los intereses del Rey y del aparato de dominación política. Al igual que antes fueron los miembros de la Iglesia (y, parcialmente, seguían siéndolo, aunque en menor medida), son ahora los miembros del Tercer Estado quienes realizan las funciones más diversas como escribas y consejeros del monarca, como inspectores fiscales y miembros de los tribunales más elevados y quienes, en consecuencia, defienden los intereses de la función central así como la continuidad de la política real por encima de la vida de cada Rey concreto y, a menudo, incluso, contra las inclinaciones personales de los titulares concretos de la Corona. También aquí la realeza se apoya en las clases burguesas y, las clases burguesas, en la realeza.

23. Gracias a este desplazamiento casi total de la nobleza del aparato de dominación política, la burguesía adquiere con el paso del tiempo una posición de poder de suma importancia para las relaciones de equilibrio en el interior de la sociedad. Como ya se ha mencionado, quienes representan a la burguesía en Francia casi hasta finales del *ancien régime* no son los comerciantes ricos ni tampoco los gremios en su lucha contra la nobleza, sino el funcionariado en sus diversas formas. La debilidad de la posición social de la nobleza y la fortaleza de la de la burguesía se manifiestan del modo más claro en el hecho de que, cuando menos desde comienzos del siglo xvii, el alto funcionariado comienza a expresar el deseo de equipararse socialmente a la nobleza. De hecho, en esta época, la interdependencia y la tensión entre la nobleza y la burguesía han alcanzado ya un grado tal que asegura un poder especialmente grande al señor central.

Este proceso de ocupación del aparato central por parte de los descendientes de la burguesía urbana es una de las formas de la interdependencia

social que muestra con la mayor claridad la estrecha interacción funcional entre el ascenso de la monarquía y el de la burguesía. La clase superior burguesa en la que acaban confluyendo las familias de los altos «servidores reales» alcanza tal poderío social posteriormente, en los siglos xvi y xvii, que el señor central estaría a su merced, de no encontrar aquella un contrapeso social en la nobleza y en el clero, cuya resistencia reduce la fuerza de la burguesía. No es difícil observar luego cómo los reyes, esencialmente Luis XIV, juegan de continuo con este equilibrio de tensiones. No obstante, en la fase previa, la nobleza y el clero —a pesar de la ambivalencia que caracteriza a esta relación— son contrapesos más fuertes al poder central que la burguesía urbana. Precisamente por ello son bien recibidos unos burgueses anhelantes de ascenso social en cuanto que ayudantes prestos de la realeza. Los reyes permiten que la red del aparato central se convierta en una posición monopolista de las gentes del Tercer Estado, porque este estado es aún más débil socialmente que el primero y el segundo.

Aún puede adoptarse otra perspectiva para considerar esta interdependencia entre el crecimiento de la fortaleza social del Rey y de la burguesía, la debilidad de la nobleza y también del clero, cuando se consideran los entramados financieros de la existencia social de todos ellos. Ya se ha resaltado que esta traslación del centro social de gravedad en perjuicio de la nobleza sólo en muy pequeña medida se fundamenta en actos conscientes y planificados de los medios burgueses. Esta traslación es, en realidad, una consecuencia del mecanismo competitivo por medio del cual la gran mayoría de la nobleza incurre en dependencia frente a una casa nobiliaria, la casa real y, con ello, en cierto modo, queda reducida a la misma posición social que la burguesía. Por otro lado resulta ser una consecuencia de la creciente condensación del entramado monetario. Paralelamente a las oscilaciones de la curva del aumento de la masa monetaria, se produce una desvalorización paulatina de la moneda. Este aumento de la masa monetaria y esta devaluación son procesos que se aceleran extraordinariamente en el siglo xvi, lo cual contribuye al empobrecimiento de la nobleza, que vive de los ingresos de sus posesiones y que no puede aumentar estos en relación proporcional a la devaluación del dinero.

Las guerras de religión —por no mencionar aquí más que este último acto— tienen el mismo resultado para una nobleza, progresivamente debilitada, que tan a menudo tienen las guerras sociales para las clases en decadencia: en principio les ocultan la inexorabilidad de su destino. Los trastornos y los disturbios, la preservación en la lucha, la posibilidad de los botines y la facilidad con que puede obtener beneficios, hacen creer a la nobleza que es posible conservar su posición social amenazada y salvarse del hundimiento y del empobrecimiento. Los afectados apenas comprenden nada de las grandes sacudidas económicas en cuyos remolinos están atrapados: observan que el dinero aumenta, que los precios suben, pero no comprenden por qué. Brantóme, uno de los guerreros cortesanos de la época ha reflejado este estado de ánimo:

«... aunque parezca», dice [105] «que esta guerra (civil) haya empobrecido a Francia, la ha enriquecido, puesto que descubrió y puso en evidencia una

infinidad de tesoros escondidos bajo tierra que no servían para nada... y los sacó a la luz del sol, convirtiéndolos en monedas hermosas y buenas en tan gran cantidad que se vio relucir en Francia más millones de oro que antes millones de libras y de plata y aparecieron más festones nuevos, bellos, buenos y finos, forjados con estos bellos tesoros escondidos que docenas había antes... Y esto no es todo: los ricos mercaderes, los usureros, los banqueros y otros prestamistas y hasta los prebostes, que tenían sus escudos escondidos y guardados en sus cofres no hubieran hecho negocio, ni prestado el dinero por el doble, sin gran interés y usura excesiva o a cambio de hipotecas de tierras, bienes o inmuebles a precios ridículos; de forma que el gentilhombre que, durante las guerras extranjeras, se hubiera empobrecido y comprometido o vendido sus bienes, no podía ni sabía con qué leña calentarse pues estos picaros usureros se lo habían arrebatado todo: pero esta buena guerra civil les restableció, dándoles su lugar en el mundo. Si antes podía verse a estos gentilhombres de buena cuna andando por el campo con dos caballos y un lacayo, su recuperación fue tal que, después de la guerra civil, podía vérseles andar por el campo con seis o siete buenos caballos... Tal es la forma en que la valiente nobleza francesa consiguió restablecerse por la gracia o por la grasa de esta buena guerra civil»

En realidad, la gran mayoría de la nobleza francesa se encuentra más o menos acosada por las deudas y arruinada a su regreso de aquella «buena» guerra civil gracias a cuya «grasa» creyó poder restablecerse. La vida se hace más cara. Los acreedores, junto con los comerciantes ricos, los usureros, los banqueros y, especialmente, los altos funcionarios, los hombres de *robe,* exigen el pago de las sumas adeudadas y, allí donde pueden, embargan las posesiones nobiliarias y, con ellas, frecuentemente, los títulos nobiliarios.

Los nobles que han conseguido conservar sus bienes, sin embargo, se dan cuenta rápidamente de que sus ingresos ya no son suficientes para sufragar el alto costo de vida:

«Los señores que habían cedido tierras a los campesinos a cambio del pago de la renta en especie, seguían recibiendo el mismo ingreso, pero que ya no tenía el mismo valor. Lo que antaño costaba cinco sueldos, costaba veinte en tiempos de Enrique III. Los nobles se empobrecían sin saberlo»[106].

24. La imagen de la traslación del centro social de gravedad que se nos ofrece aquí es bastante inequívoca. El cambio de la estructura social que viene produciéndose desde bastante antes en perjuicio de la antigua nobleza guerrera y a favor de las clases burguesas, se acelera en el siglo XVI. Las últimas ganan en importancia social lo que la otra pierde. Se intensifican los antagonismos sociales. La nobleza guerrera no comprende la fatalidad del proceso que la excluye de su posición social heredada, pero lo identifica con los individuos del Tercer Estado con los que tiene que competir de modo inmediato por la igualdad de oportunidades, especialmente por el dinero y, a través del dinero, por sus propias tierras e, incluso, por la supremacía social. De este modo va estableciéndose lentamente esa situación de equilibrio que proporciona el máximo poder al señor central.

En las luchas de los siglos XVI y XVII podemos ver corporaciones burguesas suficientemente ricas, numerosas y fuertes para oponer la más tenaz resistencia a las aspiraciones de dominación y de poder de la nobleza guerrera, pero que no son capaces, ni tienen la fuerza precisa para someter a los guerreros o los jefes militares. Vemos igualmente una nobleza que todavía es lo suficientemente fuerte y belicosa para constituir una amenaza a las clases burguesas ascendentes, pero que ya es demasiado débil, sobre todo económicamente para poder disponer a su antojo de los ciudadanos y de los ingresos urbanos. Factor importante en su debilitación es el hecho de que, es esta época, la nobleza haya perdido por entero las funciones administrativas y jurisdiccionales, que han pasado a manos de las corporaciones burguesas. Pero ningún sector de la sociedad puede aún asegurarse una supremacía decisiva y duradera sobre las demás. En esta situación, el rey sigue apareciendo a los ojos de cada clase o corporación como un aliado y un auxiliar frente a las amenazas procedentes de otros grupos y corporaciones a las que no pueden hacer frente por sí solos.

Por supuesto, tanto la nobleza como la burguesía, a su vez, se componen de diversos grupos y capas cuyos intereses no siempre coinciden. En el interior de la tensión primaria entre los dos estamentos se dan otras tensiones, ya dentro de las mismas clases ya entre estos grupos y el clero. Pero la subsistencia de estos grupos y capas depende, al mismo tiempo, en mayor o menor medida, de los otros. Ninguno de ellos es suficientemente fuerte para derribar la totalidad del orden constituido. Los grupos dominantes, los únicos que tienen una cierta influencia política en el contexto de las instituciones existentes son los que están menos interesados en una transforación radical. Esta multiplicidad de tensiones es precisamente la que fortalece las oportunidades de dominación política de los reyes.

Ciertamente, cada uno de estos grupos dominantes, tanto la cúspide de la nobleza, esto es, los «grandes» cortesanos, como la de la burguesía, esto es, los parlamentos, hubiera querido limitar a su favor el poder del monarca. Los esfuerzos o, cuando menos, las ideas en este sentido aparecen de vez en cuando a lo largo de todo el *ancien régime.* También en lo que se refiere a su actitud frente al Rey son ambivalentes los grupos sociales con intereses contrapuestos. No escasean los momentos en que esto resulta patente: abundan las alianzas pasajeras de grupos nobiliarios con capas burguesas urbanas, especialmente con los parlamentos y en contra de los representantes del Rey. Pero si estas alianzas pasajeras tienen algún significado es el de mostrar la dificultad de un acuerdo directo, la intensidad de las tensiones y la rivalidad que se da entre las clases antagónicas.

Piénsese, por ejemplo, en la sublevación de la *Fronde:* Luis XIV es aún menor de edad; Mazarino gobierna. De nuevo y por última vez, se alian los estratos sociales más diversos para dar el asalto a la omnipotencia del Monarca, representada por su ministro. Los parlamentos y la nobleza estamental, las corporaciones urbanas y los hombres de la alta nobleza, todos tratan de aprovecharse de la debilidad momentánea de la Monarquía, de la regencia de la Reina, ejercida por el Cardenal. Pero la imagen de esta sublevación muestra bien a las claras la tensión que reina en las relaciones entre

estos grupos. La *Fronde* es una especie de experimento social, que pone de manifiesto, una vez más, la estructura de ese aparato de tensión que ofrece sus oportunidades a un poder central fuerte y que, por regla general, no resulta tan evidente cuando este poder central se ha estabilizado: en la medida en que uno de los aliados parece obtener el más mínimo beneficio para sí, los otros se sienten amenazados, abandonan la alianza, se unen a Mazarino para luchar contra sus antiguos aliados, vuelven de nuevo, parcialmente, a sellar viejas alianzas. Cada uno de los participantes y de los grupos trata de debilitar el poder real; pero cada cual quiere hacerlo en su provecho propio, cada cual teme, al mismo tiempo, que el poder del otro pueda aumentar. Finalmente acaba por establecerse el viejo equilibrio a favor de la casa real existente y, en gran medida, gracias a la habilidad con que Mazarino aprovecha las oportunidades que ofrece el entramado de tensiones. Luis XIV no olvidó nunca las enseñanzas de aquellos tiempos: mucho más consciente y cuidadoso que todos sus predecesores, vigiló siempre para conservar este equilibrio, para mantener las diferencias y tensiones sociales existentes.

25. Durante gran parte de la Edad Media, las clases urbanas fueron mucho más débiles que la nobleza guerrera debido a su posición social. En esta época es ya considerable la comunidad de intereses que se da entre los reyes y los sectores burgueses de la sociedad, aunque tampoco sea una comunidad tan intensa que evite las fricciones o, incluso, las luchas entre las ciudades y los señores centrales. Y una de las consecuencias más evidentes de esta comunidad de intereses es, como se ha dicho, la exclusión de la nobleza del poder político y el acceso a ella de personas de procedencia burguesa.

Posteriormente, al disminuir el peso social de la nobleza en relación con el de la burguesía con el aumento del intercambio monetario y de la constitución del monopolio, los reyes apoyan algo más a la nobleza. De esta manera, aseguran la existencia de la nobleza como sector social superior a la burguesía ascendente, lo cual es necesario para conservar las diferencias sociales entre las dos clases y, con ello, el equilibrio de la tensión entre las mismas en los territorios bajo su soberanía. Así, por ejemplo, aseguran a la mayoría de la nobleza la exención fiscal, que la burguesía quisiera abolir o, cuando menos, reducir. Pero, desde luego, todo ello no es suficiente para dar una base económica suficiente a los quebrantados propietarios de tierras, que esté a tono con sus aspiraciones como clase superior y que les permita sostener su forma de vida ostentosa. A pesar de la exención fiscal, la masa de la nobleza rural lleva una vida muy modesta durante todo el *ancien régime.* Apenas puede compararse en bienestar material con los grupos superiores de la burguesía. No se encuentra en buena posición frente a las autoridades, especialmente a las judiciales, puesto que estos cargos están ocupados con personas de procedencia burguesa. A ello hay que añadir que los reyes, apoyados aquí en parte de la opinión generalizada en los círculos aristocráticos, se aferran al criterio de que un noble que se emplea directamente en el comercio, como comerciante, debe renunciar a sus títulos y a sus prerrogativas, al menos durante la época en que practique esta

cupación. Este criterio sirve también, por supuesto, para mantener las diferencias existentes entre la burguesía y la nobleza, en cuyas diferencias el Rey está tan interesado cuando menos como la propia nobleza. Pero con ello se cierra a la nobleza el único acceso directo a un bienestar mayor. Únicamente de modo indirecto, por vía matrimonial, puede la nobleza obtener ocasionalmente partido de la riqueza que produce el comercio y la posesión de los cargos públicos. La nobleza hubiera perdido todo el esplendor y la importancia social que todavía tenía en los siglos XVII y XVIII y hubiera sucumbido definitivamente ante una burguesía cada vez más poderosa desde un punto de vista económico o, incluso, ante una nueva nobleza burguesa, si no hubiera conseguido (por lo menos un sector de ella) una posición de monopolio en la Corte, gracias a la ayuda del Rey; posición que le permitiría llevar una vida acorde con su estamento y su necesidad de ostentación y que, al mismo tiempo, la protegía frente a la posible mezcla con las actividades burguesas: los puestos cortesanos, la multiplicidad de cargos al servicio del Rey se reservan a los nobles. De esta manera, cientos e, incluso, miles de nobles consiguen una posición bien remunerada. El favor del Rey, que se manifiesta con regalos ocasionales, hace el resto. La cercanía al monarca concede un gran prestigio a estos cargos. De este modo, del conjunto de la nobleza agraria surge ahora una capa nobiliaria que puede competir con la burguesía en brillo y en influencia sociales: la nobleza cortesana. Así como, antaño, cuando la burguesía era más débil que la nobleza con la ayuda del Rey los puestos de la administración del Estado se convirtieron en un monopolio de las clases burguesas, ahora que la débil es la nobleza, también con la ayuda del Rey, los cargos de la corte se convierten en monopolio nobiliario.

La ocupación exclusiva de los cargos cortesanos con nobles, al igual que sucedía antaño con la ocupación exclusiva de puestos de la administración con burgueses, no es una medida política premeditada ni sigue un plan trajinado por un Rey particular.

En tiempos de Enrique IV y de Luis XIII, los cargos cortesanos, al igual que la mayoría de los puestos militares y, desde luego, los cargos administrativos y judiciales son puestos venales y, en consecuencia, propiedad de quien los haya comprado; esta situación es aplicable incluso a los cargos de Gobernador y de Comandante en Jefe de las distintas regiones del Reino. Por supuesto, en ciertos casos, el propietario de uno de estos puestos sólo puede ejercer su cargo con la aquiescencia del Monarca y frecuentemente los cargos se otorgan por voluntad real. Pero, por regla general, en esta época la ocupación de cargos mediante compra es mucho más frecuente que la ocupación por concesión real. Y como quiera que la gran mayoría de la nobleza no puede compararse en riqueza con las capas superiores de la burguesía, va ascendiendo lentamente a los cargos cortesanos y a los puestos militares el Tercer Estado o, cuando menos, algunas familias que proceden de él recientemente ennoblecidas. Únicamente las grandes familias aristocráticas del país pueden seguir manteniendo sus posiciones en competencia con la burguesía en parte gracias a la extensión de sus posesiones territoriales y, en parte, merced a las pensiones que el Rey les paga.

La tendencia a ayudar a la nobleza que se encuentra en esta situación es perfectamente observable en tiempos de Enrique IV, de Luis XIII y con Richelieu. Ninguno olvida por un sólo momento su pertenencia a la nobleza. Además el propio Enrique IV consiguió ascender al trono gracias a que se puso a la cabeza de un ejército aristocrático. Pero, además de que también ellos son relativamente impotentes frente a los procesos sociales que van en perjuicio de la nobleza, la propia función real está sujeta a determinadas leyes y la relación entre esta función y la nobleza es ambivalente. A efectos de garantizar su propia seguridad, tanto Enrique IV como Richelieu y todos sus seguidores quieren y están obligados a alejar, en la medida de lo posible, a la nobleza de todos aquellos puestos que conllevan influencia política al tiempo que quieren mantener, y están obligados a ello, a la nobleza como un elemento social autónomo dentro del equilibrio de la sociedad.

El doble rostro de la corte absolutista se corresponde exactamente con esta relación dual entre el Rey y la nobleza: la corte es un instrumento para la sujeción de la nobleza y, también, para su mantenimiento y esta es la dirección en la que va desarrollándose poco a poco.

Vivir rodeado de nobles acaba por ser una costumbre de Enrique IV. Pero no es todavía política suya exigir la residencia continua en la corte a aquella parte de la nobleza que pretende conseguir el favor real, puesto que aún no cuenta con los medios financieros necesarios para sostener un Estado cortesano de estas dimensiones ni para otorgar cargos cortesanos, gracias o pensiones como lo haría posteriormente Luis XIV. Además, en su época, la sociedad está sometida a alteraciones intensas. Las familias nobles se hunden mientras que las burguesas ascienden. Los estamentos se conservan, pero su composición humana cambia considerablemente. El muro que divide a unos estamentos de otros está lleno de grietas. La aptitud o ineptitud personales, la suerte o el infortunio, suelen determinar en esta época las oportunidades de una familia en igual medida que su pertenencia originaria a uno u otro estamentos. Asimismo, las puertas de entrada a la corte y a los cargos palaciegos están todavía relativamente abiertas a las personas de procedencia burguesa.

La nobleza se queja de esta situación; desea y pide que se le reseñen estos puestos. Y no solamente estos puestos; también desea participar en muchos otros y pretende reconquistar la posición perdida en el aparato de dominación política. En el año de 1627, la nobleza remite a Luis XIII una petición con recomendaciones exactas en este sentido y que lleva por título *Requestes et articles pour le rétablissement de la Noblesse* [107].

En esta petición comienza por decirse que, junto a la gracia de Dios y a la espada de Enrique IV, éste debe la conservación de la corona a la nobleza, en una época en que la mayoría de las demás clases se habían dejado arrastrar a la insurrección. A pesar de todo, la nobleza está «en la situación más lamentable en que se haya visto jamás... la pobreza la agobia... la ociosidad la pervierte... la opresión casi la ha reducido a la desesperación».

En pocas palabras se refleja aquí la imagen de una clase en hundimiento. Imagen que se corresponde ampliamente con la realidad. La mayoría de

las grandes propiedades agrarias están endeudadas. Muchas familias nobles han perdido todas sus posesiones. La juventud aristocrática está desesperada; el descontento y la presión social que producen los antiguos siervos liberados es perceptible por doquier en la sociedad. ¿Qué puede hacerse?

Entre las razones que se aducen para explicar tal estado de cosas se menciona expresamente la desconfianza que algunos nobles han inspirado al Rey a causa de su arrogancia y de su orgullo. Por esta razón, los reyes han acabado llegando a la conclusión de que lo mejor es reducir el poder de la nobleza excluyendo a los nobles de los cargos y de las dignidades de los que tienen tendencia a abusar y concediéndoselos al Tercer Estado, de modo tal que, en esta época se ha arrebatado a los nobles la administración judicial y la fiscal y se les ha excluido del Consejo Real.

Finalmente, para conseguir la mejora de su situación, la nobleza presenta 22 propuestas, entre ellas la de que, junto a los puestos de comandante en jefe de las guarniciones de los distintos gobiernos del Estado, dejen de ser venales y se reserven a la nobleza sobre todo los cargos civiles y militares de la Casa del Rey; esto es, básicamente el esqueleto de lo que más tarde convertirá a la corte en un centro de mantenimiento de la nobleza.

Además, la nobleza pretende ejercer una cierta influencia sobre la administración provincial, requiere también que algunos nobles especialmente señalados participen en los tribunales más elevados, esto es, en los parlamentos, al menos como consejeros honoríficos. Finalmente exige que se escoja de su seno a un tercio de los miembros del Consejo de Hacienda, del Consejo de Guerra y de otros órganos de la organización política del Reino.

Al margen de algunas otras exigencias de poca monta, de todas estas reclamaciones sólo se materializa una: se cierra a la burguesía el acceso a los cargos palaciegos, reservados a la nobleza. No se acepta, en cambio, ninguna otra reclamación, al menos en la medida en que se orientan a conseguir una participación de la nobleza, por pequeña que sea, en la organización política del país o una participación en su administración.

En muchos estados alemanes, la nobleza trata de conseguir, y los consigue, puestos administrativos y judiciales, además de los cargos militares y, por lo menos desde la Reforma, también acceso a las universidades [108]. La mayoría de los altos cargos del Estado en Alemania siguen siendo un monopolio de la nobleza siendo frecuente que, dentro de muchos cargos públicos, la nobleza y la burguesía estén igualadas, según una clave de distribución exacta.

En la administración central francesa, como se ha dicho, la tensión y el forcejeo continuo, latente o manifiesto, entre los dos estamentos, se evidencia en el hecho de que el conjunto del aparato administrativo se convierte en un monopolio de la burguesía, mientras que el conjunto del aparato de la corte en el sentido estricto del término, que siempre estuvo ocupado en gran parte por la nobleza y que corría peligro de aburguesarse con la venalidad de los cargos, en el siglo xvii queda convertido definitivamente en un monopolio de la nobleza.

Ya Richelieu había recomendado en su testamento cerrar el acceso a la

corte a aquellos que «no tienen la fortuna de un origen noble»[109]. Luis XIV restringió extraordinariamente las posibilidades de acceso de los burgueses a los cargos palaciegos, si bien no las cerró por entero. Tras muchos movimientos preparatorios en los que, en cierto modo, se midieron y enfrentaron los intereses sociales de la nobleza y de la realeza, la corte acabó por adquirir su configuración específica como órgano de mantenimiento de los nobles, de un lado, y centro de dominación y domesticación de la antigua nobleza guerrera, del otro. La vida caballeresca libre había pasado definitivamente a la historia.

La gran mayoría de la nobleza ve cómo se reduce y cómo se estrecha su campo de acción y su horizonte vital, ya que, al disminuir sus ingresos, se ve obligada a recluirse en sus posesiones territoriales. Tampoco es posible ya poner remedio a tales estrecheces, como antes, por medio de la guerra, con los cambios de fortuna que las guerras conllevaban. El noble ya no participa en el combate como un caballero libre, sino como oficial sometido a un orden muy estricto. Se necesita mucha suerte o muy buenas relaciones para salir del círculo de esta nobleza rural y alcanzar el otro con horizontes más amplios, mayores posibilidades de realización y superior prestigio, esto es, el círculo de la nobleza cortesana.

Este otro sector reducido de la nobleza encuentra un nuevo hogar más dinámico en la corte y en París. Hasta la época de Enrique IV y de Luis XIII no resulta difícil para el noble que pertenece a los círculos cortesanos alternar su residencia en París con largas estancias en sus propiedades o en las de algún otro aristócrata. Hasta esta época hay una nobleza cortesana que destaca sobre la nobleza rural, más numerosa; pero esta sociedad todavía está muy descentralizada. Luis XIV, aleccionado tempranamente con la experiencia de la insurrección de la *Fronde,* aprovecha eficaz y consecuentemente la situación de dependencia en que se encuentra la nobleza. Quiere «tener vigilados continuamente a todos los que pueden encabezar una sublevación y sus castillos servir como centros de conspiración...» [110].

La construcción de Versalles cumple a la perfección las dos intenciones complementarias de la realeza: la de mantener y exaltar visiblemente a una parte de la nobleza y la de dominarla y domesticarla. El Rey es dadivoso y magnánimo con sus favoritos, pero exige obediencia y hace que la nobleza no olvide su dependencia del dinero y de las otras oportunidades que él reparte.

«El Rey», cuenta Saint-Simón en sus memorias[111], «no solamente se perocupaba porque la gran nobleza estuviera en su corte; también quería que estuviera la pequeña. Al levantarse y al acostarse, durante las comidas y en sus paseos por el parque en Versalles, solía mirar alrededor y vigilaba a todos. Tomaba a mal que los elegantes no fijaran su residencia en palacio e, igualmente, que los otros fueran pocas veces, y su desfavor recaía plenamente sobre aquellos que no iban nunca o casi nunca. Cuando uno de estos deseaba algo decía el Rey con altanería: "No les conozco". Y este juicio era inapelable. No tomaba a mal que los nobles gustaran de las estancias en el campo, pero aquí convenía ser prudente y adoptar medidas precautorias para el caso de que la estancia se prolongara. Con ocasión de un viaje que

hube de hacer en mi juventud a Rouen a causa de un proceso, el Rey hizo que me escribiera el ministro para enterarse del motivo del desplazamiento.»

Este deseo de vigilar en detalle todo lo que sucedía era característico de la estructura de esta monarquía y pone de manifiesto la intensidad de las tensiones que el Rey tenía que observar y vencer con el fin de mantener su poder y no solamente dentro de su propio país sino también fuera de él. «El arte del gobierno no es difícil y nada incómodo», decía en cierta ocasión Luis XIV en las instrucciones a su sucesor, «consiste simplemente en penetrar el verdadero pensamiento de todos los reyes de Europa, en conocer todo lo que los demás quieren ocultarnos, sus secretos, y en vigilarles atentamente» [112].

«La curiosidad del Rey por saber todo cuanto pasaba en torno suyo», cuenta Saint-Simón en otro lugar[113], «crecía de continuo. Ordenó a su camarero mayor y al gobernador de Versalles que contrataran a una cierta cantidad de suizos. Estos recibieron la librea real a las órdenes de las personas mencionadas con la misión secreta de caminar día y noche por pasillos y corredores, de esconderse, de vigilar a la gente, perseguirla y ver a dónde iba y cuándo volvía, de escuchar conversaciones y de hacer informes detallados de todo ello.»

Nada es tan característico de la estructura peculiar de la sociedad que posibilita un poder autocrático de estas características que esta necesidad de vigilar exactamente todo cuanto se pueda en la esfera de poder del governante. Esta necesidad es una manifestación de las tensiones intensas y la gran inseguridad del aparato social, sin las cuales la función de coordinación del señor central carecería de todo poder.

El sólido equilibrio de tensiones entre los diversos grupos sociales, que vienen a tener la misma fuerza social, así como la posición claramente ambivalente de cada uno de ellos en relación con el poderoso señor central, no son la obra consciente de rey alguno. Pero una vez que se ha establecido esta constelación con su enorme riqueza de tensiones en el juego de los procesos de entramado social, resulta vital para el señor central mantener toda la dinámica de este equilibrio. Esta tarea, sin embargo, requiere la vigilancia más completa posible de los vasallos.

Por razones evidentes, Luis XIV sometía a vigilancia especial a las personas más próximas a él en cuanto a poder. La división existente del trabajo, la dependencia equilibrada de todos frente a todos, así como la dependencia del señor central en relación con las capas amplias de la población todavía no se habían desarrollado tanto que la presión que ejercían los sectores populares constituyeran una gran amenaza para el Rey, si bien es cierto que los disturbios, entre las masas de París, no dejaban de encerrar peligros para la Monarquía y esta es una de las razones, sin duda, por las que el Rey hizo trasladar su Corte desde París a Versalles. Bajo los antecesores de Luis XIV, siempre que crecía el descontento entre las amplias masas populares, desembocando en disturbios, los miembros de la familia real y de la más alta nobleza se ponían a la cabeza de los movimientos para canalizar los descontentos a favor de sus propias ambiciones. Los rivales más peli-

grosos del monarca se encontraban siempre entre las gentes que componían su círculo más íntimo.

Más arriba se ha mostrado cómo en el proceso de formación del monopolio, iba reduciéndose el círculo de personas que podían competir por conseguir las oportunidades de dominación, hasta quedar reducido a los miembros de la casa real. Luis XI consiguió vencer definitivamente a los grandes señores feudales y recuperar sus tierras para la Corona; pero todavía durante las guerras de religión aparecen miembros de la familia real al frente de los distintos partidos. Con Enrique IV, tras la extinción de la rama principal de la dinastía, vuelve a ocupar el trono una rama secundaria. Y todavía conservan un poder considerable los príncipes de la sangre, los «grandes», los duques y los pares de Francia. El fundamento de este poder está bastante claro: descansa fundamentalmente en sus cargos de gobernadores, de comandantes en jefe de las provincias y de sus plazas fuertes. Poco a poco, con la consolidación del monopolio del poder, también estos rivales posibles del Rey alcanzan la condición de funcionarios de un poderoso aparato de dominación política. Pero se resisten a este cambio. El hermano natural de Luis XIII, el duque de Vendóme, hijo bastardo de Enrique IV se subleva contra el poder central a la cabeza de una facción; es gobernador de Bretaña y, por razón de su matrimonio cree tener un derecho hereditario sobre la provincia. Luego, la resistencia proviene del gobernador de la Provenza; después, del gobernador del Languedoc, el duque de Montmorency y, por último, la base de los intentos de resistencia de la nobleza hugonote está constituida por una posición de poder análoga. El ejército del Estado aún no está definitivamente centralizado; los comandantes de las fortalezas y capitanes generales de las plazas fuertes aún poseen un amplio grado de autonomía; los gobernadores de las provincias consideran que sus plazas compradas y pagadas son de su propiedad. De este modo, vuelven a surgir en el país las tendencias centrífugas, que todavía se manifiestan con Luis XIII. El hermano del Rey, Gastón, duque de Orleans, se subleva, como muchos otros hermanos de reyes con anterioridad, en lucha contra el poder central. Rompe todas las relaciones con Richelieu, una vez que se pone a la cabeza de la facción contraria al cardenal y se dirige a Orleans con el fin de comenzar la guerra en contra del Rey y de Richelieu desde una sólida posición militar.

Richelieu sale triunfante de todos estos combates, en gran medida gracias a la ayuda de la burguesía y a la superioridad de medios financieros que ésta le permite. Los grandes que osan resistirse acaban sus días unos en prisión, otros en el exilio y otros en combate. Richelieu permite que hasta la madre del Rey muera en el exilio.

«Si creen que, por ser hijos o hermanos del Rey, o príncipes de su misma sangre, pueden perturbar impunemente el reino, se equivocan. Es mucho más razonable asegurar el reino y la realeza que respetar unas categorías que garanticen la impunidad.» Dice el Cardenal en sus memorias. Luis XIV heredó los frutos de estas victorias; y también heredó un sentido muy agudo de la amenaza que suponía para él la nobleza, especialmente la alta nobleza, que era la que tenía más cercana. Permite a la pequeña nobleza que se manten-

ga alejada de la corte por razones justificadas, pero es despiadado con los «grandes» y en relación con ellos se evidencia especialmente la tarea que cumple la corte en cuanto lugar de vigilancia. «La mejor plaza de seguridad para un hijo de Francia es el corazón del Rey» contesta a su hermano, cuando éste le pide un Gobierno, una plaza fuerte, una «plaza de seguridad». El Rey ve con sumo desagrado que su hijo mayor tenga su propia corte en Meudon. Y cuando muere el heredero, el Rey hace que se venda rápidamente el mobiliario del palacio ante el temor de que el nieto en quien recaiga Meudon pueda destinar el lugar a los mismos fines y abrir también en él una corte propia [114].

Esta inquietud, como dice Saint-Simón, era completamente injustificada, puesto que ninguno de los nietos se hubiera atrevido a disgustar al Rey. Pero, cuando se trata de su prestigio y de la solidez de su poder, el Rey no hace distinción alguna entre sus parientes y cualesquiera otras personas en cuanto al rigor de sus procedimientos.

En un momento de su evolución, pues, los monopolios de la dominación, basados en los monopolios de la hacienda y de la violencia física, alcanzan su perfección como monopolios personales de un individuo. Una organización de vigilancia relativamente bien organizada los protege. El Rey, que poseía tierras y daba tierras o rentas de carácter natural ha pasado a ser un rey que posee dinero y otorga rentas en forma monetaria, lo cual concede a la centralización una fortaleza y una solidez hasta entonces desconocidas. Se ha quebrantado definitivamente el poder de las fuerzas sociales centrífugas. Todos los posibles competidores del señor monopolista han quedado reducidos a una situación de dependencia institucional. Resta un sector de la nobleza, que ya no lucha de modo libre, sino en situación de dependencia monopolista compitiendo por las oportunidades que reparte el señor central y, además, está sometida a la amenaza permanente de un ejército de reserva de nobles rurales y de elementos burgueses ascensionales. La corte es la forma de organización de esa lucha de competencia limitada. Pero si bien el poder de disposición del Rey sobre las oportunidades monopolizadas en esta época es grande, no es, ni mucho menos, ilimitado. En la estructura de este poder monopolista relativamente privado se bosquejan ya claramente los elementos estructurales que acaban consiguiendo que, lo que originariamente era la disposición personal de un individuo sobre los monopolios, vaya convirtiéndose en una competencia pública, en una disposición bajo la fiscalización de partes cada vez más amplias del conjunto de la división del trabajo. De hecho, hasta cierto grado es lógico que Luis XIV dijera *«L'Etát c'est moi»,* tanto si ello es cierto como si no: desde un punto de vista institucional, la organización monopolista en relación con los demás sectores de la totalidad de la división del trabajo es extraordinariamente intensa y aumenta de continuo a medida que avanza el desarrollo comercial y monetario de la sociedad. Sólo la situación especial de la sociedad, esto es el peculiar equilibrio de tensiones entre los grupos burgueses ascendentes y los grupos nobiliarios, cada vez más débiles y, luego, entre los grupos mayores o menores de la nobleza rural, permite al señor central tan amplio campo de maniobra en cuanto a posibilidades de disposición y

de decisión. Desaparece, en cambio, aquella mayor independencia con que antaño disponían los reyes de sus bienes familiares y domaniales, lo cual era una expresión del menor desarrollo del entramado social. La tupida red de relaciones humanas sobre la que reina Luis XIV está sometida a sus propias leyes y tiene su propio centro de gravedad a los cuales ha de ajustarse el monarca. Hay que dar pruebas de una gran capacidad y de un gran dominio de sí mismo para mantener el equilibrio entre los individuos y entre los grupos en este entramado y para orientar el conjunto administrando las tensiones.

Esta posibilidad que se abre al funcionario central de orientar en beneficio propio la totalidad del entramado humano, comienza a verse limitada en mayor medida cuando el equilibrio entre las tensiones, con el que juega, comienza a vencerse del lado de la burguesía y se establece un nuevo equilibrio social con nuevos ejes de tensiones. Solamente en este momento comienzan a surgir por vía institucional monopolios públicos que nacen de los privados. En el curso de una larga serie de luchas de exclusión, de una centralización paulatina de los medios de violencia física y de las cargas fiscales, en conexión con una división de funciones cada vez más intensa y con el ascenso de las capas sociales profesionales, va organizándose poco a poco la sociedad francesa bajo la forma del Estado.

8. *LA GÉNESIS SOCIAL DEL MONOPOLIO FISCAL*.

26. El observador posterior pierde fácilmente de vista algunos aspectos importantes de esta constitución del monopolio así como de la constitución del Estado, porque, por lo general, suele tener una idea más clara de los estadios posteriores y de los resultados de estos procesos, que de los momentos anteriores del mismo. El observador apenas puede imaginarse que esta monarquía absoluta y este aparato de dominación política centralizado hayan surgido en cierto momento a partir del mundo medieval como algo totalmente asombroso y nuevo a los ojos de los coetáneos. Sin embargo, tan solo el intento de recuperar este punto de vista puede permitirnos comprender lo que sucedió en aquel proceso.

En líneas generales, esta transformación es clara y puede reproducirse sucintamente a partir de un momento concreto: las posesiones territoriales de una familia de guerreros, su poder de disposición sobre determinadas tierras y su deseo de percibir los bienes naturales o los servicios de diversos tipos de personas que viven en estas tierras va transformándose con el aumento en la división de funciones y a lo largo de innumerables luchas de exclusión y de competencia en una disposición centralizada sobre los medios de poder militar y sobre las cargas monetarias o los impuestos de un territorio mucho más amplio. Dentro de esta zona nadie puede ya utilizar armas u obras de fortificación o aplicar violencia física del tipo que sea sin obtener antes el permiso del señor central; lo cual es algo muy nuevo en

una sociedad en la que originariamente, toda una clase podía utilizar armas y aplicar la violencia física, según fueran sus ingresos y su capricho. Y, además, todo aquel a quien el señor central se lo exija, está ahora obligado a entregarle regularmente una parte determinada de sus ingresos o de su patrimonio monetario. Esta situación es completamente nueva, en comparación con lo que anteriormente fue costumbre en la sociedad medieval. En esta sociedad medieval, de economía predominantemente natural, en la cual los recursos monetarios son relativamente escasos, los ingresos monetarios de los príncipes y de los reyes —al margen de algunos determinados y fijados por la tradición— se consideran en principio como algo completamente inaudito y la actitud que suscitan no es muy distinta a la que suscita el bandidaje o el cobro de intereses.

«Constituti sunt reditus terrarum, ut ex illis viventes a spoliatione subditorum abstineant»[115]. Las rentas de la tierra están destinadas a impedir que quienes vivan de ellas roben a sus vasallos, dice en cierta ocasión Tomás de Aquino, sin que esto sea, por supuesto, exclusivamente la opinión de los círculos eclesiásticos, si bien es cierto que, a causa de sus grandes posesiones territoriales, los institutos eclesiásticos son los primeros afectados por éstas medidas. Los propios reyes no piensan de modo muy distinto cuando, a causa de la escasez generalizada de dinero, no pueden dejar de solicitar de continuo estas aportaciones forzosas de dinero. Felipe Augusto, por ejemplo, llega a suscitar tal indignación y tal resistencia a causa de una serie de contribuciones y, especialmente, a causa de la contribución para la cruzada del año de 1188, de la famosa *dime saladine,* que finalmente en el año de 1189, declara expresamente que ha dado orden de que jamás vuelvan a imponerse estas exacciones. Y para que ni él ni sus sucesores —explica la ordenanza— vuelvan a incurrir en el mismo error prohibe esta osadía condenable con toda su autoridad regia y con la de todas las iglesias y barones del reino. Y si el Rey o cualquier otro trataran de volver a hacerlo *par une audace téméraire,* pide que no se tome en consideración [116]. Es posible que, a la hora de redactar este decreto, el Rey se haya dejado aconsejar por los nobles irritados; pero, cuando se prepara para la cruzada en el año de 1190, ordena expresamente que, en caso de morir durante la expedición, se reparta una parte del botín de guerra entre quienes se han empobrecido a causa de la contribución. Ciertamente, las cargas monetarias que imponen los reyes en esta sociedad relativamente pobre desde el punto de vista monetario, tienen una función muy distinta de la de los impuestos en una sociedad muy comercializada: nadie cuenta con ellas, pues no son una institución permanente; el mercado y el nivel de los precios no dependen de ellas tampoco, sino que, por así decirlo, caen directamente del cielo como si fueran algo extraordinario e inesperado y, en consecuencia, condenan a la ruina a toda una serie de individuos. Como puede verse, tanto los reyes como sus representantes tienen una idea clara de la situación hasta cierto punto; pero, a causa de la escasez de los ingresos monetarios que pueden obtener de modo inmediato de sus posesiones domaniales, se encuentran siempre ante la alternativa de valerse de la amenaza y de la violencia para conseguir ingresos monetarios por medio de las contribuciones o bien de sucumbir de

una u otra forma ante las fuerzas rivales. En cualquier caso, la indignación y la resistencia suscitadas por la contribución del décimo saladino parecen haberse mantenido durante bastante tiempo en la memoria de las gentes. Sólo setenta y nueve años más tarde solicita de nuevo un rey una contribución monetaria, una *aide féodale* para una cruzada.

La opinión general, incluida la de los propios reyes es que los señores de un territorio deben mantenerse a sí mismos y a sus aparatos políticos con los ingresos de su posesión domanial en sentido estricto, esto es, esencialmente con los ingresos de sus propios bienes. Sin duda, los titulares de la corona y algunos otros grandes señores feudales sobrepasan considerablemente a la gran masa de señores feudales en el curso de la formación del mecanismo monopolista y, considerándolo *a posteriori,* podemos ver que, en aquella situación, estaban surgiendo nuevas funciones. Pero estas nuevas funciones van creciendo lentamente, paso a paso y a lo largo de una lucha continua con los representantes de las otras, hasta llegar a configurar instituciones sólidas. En un principio, el rey es un gran guerrero entre muchos otros, grandes y pequeños. Como se ha dicho, al igual que estos guerreros, el rey vive del producto de sus posesiones y, también al igual que éstos, cuenta entre sus derechos tradicionales el de recabar ayudas monetarias suplementarias de los habitantes de sus tierras en ciertas ocasiones extraordinarias. Todo señor feudal exige y recibe ciertas prestaciones monetarias cuando se casa su hija, cuando arma caballero a su hijo o bien cuando libera a algún prisionero de guerra, bajo la forma de rescate. Se trata de las prestaciones monetarias feudales originarias, las *aides féodales;* y los reyes exigen estas *aides* exactamente igual que los demás señores feudales. Por lo demás, las exigencias monetarias no tienen fundamento alguno en la costumbre y precisamente por este motivo se consideran en esta sociedad como algo similar al robo y al chantaje.

Posteriormente, a lo largo de los siglos XII y XIII, comienza a imponerse paulatinamente otra forma de recaudación de recursos monetarios por parte de los reyes. En el siglo xii crecen lentamente las ciudades. Según la antigua costumbre feudal, sólo los hombres del estamento guerrero, es decir, los hidalgos y los nobles son llamados a la guerra y están obligados a acudir a ella. Pero los burgueses han conseguido conquistar sus libertades ciudadanas con las armas en la mano, o están a punto de hacerlo y aproximadamente desde la época de Luis VI comienza a extenderse la costumbre de incorporar al servicio militar a los habitantes de las ciudades, a los «burgueses». Pero en poco tiempo, los ciudadanos acaban prefiriendo ofrecer dinero a los señores territoriales a cambio del servicio militar, con cuyo dinero pueden aquellos alquilar soldados. Los ciudadanos comercializan el servicio militar, lo que no viene nada mal a los reyes y a los demás grandes señores feudales. La oferta de servicios militares por parte de guerreros sin medios o con escasos medios suele ser mayor que la capacidad adquisitiva de los señores territoriales rivales. De tal modo, estos pagos monetarios urbanos para redimir los servicios militares acaban convirtiéndose con relativa rapidez en una costumbre fija o en una institución. Para cada campaña, los representantes del rey requieren de cada ciudad un número deter-

minado de hombres armados o bien el pago de la cantidad correspondiente y el concejo ciudadano aprueba el pago de la cantidad solicitada o regatea algo para conseguir una rebaja. Pero estas ayudas suplementarias siguen considerándose como una forma nueva de los «suplementos» feudales en ciertos casos extraordinarios; se les llama *side de l'ost* y se suma a lo que se llama los «suplementos de las cuatro estaciones».

Nos llevaría muy lejos tratar de mostrar aquí cómo las comunas urbanas comienzan a desarrollar una especie de sistema fiscal e impositivo interno para atender a los gastos de la comunidad. Bastará con decir que las exigencias de los reyes sirven para su desarrollo así como, por otro lado, las instituciones tributarias urbanas, que comienzan a consolidarse a fines del siglo XII tienen una importancia considerable para la organización del propio sistema fiscal real. También aquí se ayudan mutuamente la burguesía y la realeza, en la mayoría de los casos involuntariamente. No se quiere decir con ello, sin embargo, que la burguesía o cualquiera otra clase social pague con gusto y sin resistencia. Al igual que sucederá con las cargas monetarias regulares posteriores, esto es, con los impuestos, nadie que no se sienta mediata o inmediatamente obligado a ello paga estas exacciones monetarias por razones extraordinarias. Tanto las unas como las otras son una expresión muy exacta del tipo de interdependencia de los grupos en una sociedad, así como de sus relaciones recíprocas de fuerzas.

Los reyes no quieren y no pueden suscitar una resistencia muy intensa, puesto que, evidentemente, la función social de la realeza aún no tiene la fuerza necesaria para hacerle frente. Por otro lado, para realizar su función, para afirmarse, especialmente para financiar las luchas continuas de competencia, necesitan aportaciones monetarias cada vez mayores que solamente les son accesibles por medio de estas «ayudas». Y, para conseguirlas, adoptan medidas nuevas. Vemos cómo, presionados por los acontecimientos, los representantes de los reyes tantean posibilidades nuevas, buscan de continuo medios de suministro y tan pronto echan la carga más pesada sobre una clase de la ciudad, tan pronto sobre otra. Pero, a pesar de todos estos vaivenes se observa un aumento continuo de la fuerza social de la realeza y gracias a este aumento y, en parte fomentándolo un cambio en el carácter de los gravámenes monetarios.

En 1292 el Rey reclama un denario por cada libra en la venta de todas las mercancías, tributo que han de pagar tanto el comprador como el vendedor. Un cronista de la época lo describe como una *exactio quaedam in regno Franciae non audita.* En Rouen la gente asalta la caja del funcionario real encargado de recaudar el dinero. Finalmente, Rouen y París, las dos ciudades más importantes del reino, compran su dispensa mediante una suma fija de dinero [117]. Pero este tributo se mantendrá largo tiempo en la memoria del pueblo bajo el ominoso nombre de *mal-tôte* y los funcionarios reales también recordarán mucho después la resistencia que suscitó. Consecuentemente, el Rey prueba fortuna al año siguiente mediante un préstamo forzoso que pide a los burgueses ricos. Como ello suscita también una resistencia muy fuerte, en 1295 se vuelve a la *aide* en su forma originaria y se exige el tributo a todos los estamentos y no sólo al tercero. Hay que pa-

gar una centésima parte del valor de todas las mercancías. Pero como quiera que la recaudación no es suficiente, al año siguiente se eleva la cantidad de uno a dos centesimos. Con ello se suscita lógicamente la ira de los señores feudales afectados. El Rey se declara dispuesto a transferir a los señores feudales seculares y eclesiásticos una parte de lo que recauda en sus señoríos. En cierto modo, les hace partícipes en el botín; pero esta medida ya no les tranquiliza. Especialmente los señores feudales seculares, los guerreros, se sienten cada vez más amenazados en sus derechos tradicionales, en su poder autónomo y hasta en su misma existencia social. Las gentes del Rey lo invaden todo : arrebatan derechos y prestaciones que antaño correspondían exclusivamente a los señores feudales. Y, como suele suceder, son las exacciones monetarias las que representan la gota que colma el vaso. Cuando en el año de 1314, poco antes de la muerte de Felipe el Hermoso, vuelven a recabarse tributos elevados para una nueva campaña en Flandes, el descontento y el malestar crecen hasta convertirse en resistencia abierta, alimentada por la mala conducción de la guerra. «No podemos tolerar la recaucación de estas *aides»,* dice uno de los afectados [118], «no podemos contemplarla sin hacer nada, pues con ello perdemos nuestro honor, nuestros privilegios y nuestras libertades.» «Se ha empleado una nueva forma de la explotación ilegal, de confiscación ilícita, desconocida en Francia y, sobre todo, en París», informa otro en esta misma época, «con el fin de encubrir los gastos; se dice que están destinados a la guerra de Flandes. Los consejeros y ministros aduladores del Rey querían que tanto los compradores como los vendedores pagaran seis denarios por cada libra del precio de venta. Tanto los nobles como los que no lo son... se juntaron en un juramento para defender sus libertades y la patria.»

De hecho, la indignación es tan grande que las ciudades y los señores feudales se alian contra el Rey. Se trata de uno de esos experimentos en que es posible estudiar con detenimiento la diversidad de sus intereses, la fuerza de las tensiones que existen entre ellos. Debido a la amenaza común de las exacciones monetarias de los representantes del Rey y con la gran indignación que ello produce por doquier, se hace posible una alianza entre la burguesía y la nobleza. ¿Será duradera? ¿Será eficaz? Ya se ha señalado que en otros países, especialmente en Inglaterra, a causa de las diferencias en la estructura social, va produciéndose lentamente un acercamiento y una acción conjunta de las capas urbanas y rurales que, finalmente —a pesar de las tensiones y enemistades que se producen— contribuye notablemente a la limitación del poder del monarca. Debido a la interdependencia superior de los estamentos en Francia, la evolución de estas alianzas es muy distinta. La unidad de los estamentos no es muy duradera : «La ira y el descontento hacen posible el acercamiento; pero la diferencia de intereses no permite la unidad»[119].

«II sont lignée deslignée
contrefaite et mal alignée»

dice de los aliados una canción de la época. En cualquier caso, esta reacción violenta contra la arbitrariedad en la imposición de tributos deja tras

de sí una fuerte impresión y no solamente entre los funcionarios reales. Tales sobresaltos dentro del ámbito de soberanía no dejan de ser alarmantes por los efectos que puedan tener sobre la lucha de competencia con los rivales exteriores. La posición social del señor central todavía no es suficientemente fuerte para determinar por sí mismo los tributos y su cuantía. Aun están de tal modo repartidas las fuerzas que el Rey tiene que negociar con los estamentos de los que quiera obtener algo, caso por caso, hasta obtener su aprobación. Las *aides* aún no son otra cosa que tributos ocasionales y extraordinarios, suplementos monetarios para un objetivo concreto y determinado. Esta situación cambia paulatinamente en el curso de la Guerra de los Cien Años pues con ésta, la guerra se convierte en un fenoméneno permanente al igual que los ingresos monetarios que precisa el Rey para llevarla a cabo.

27. «No es posible comprender y apreciar la lucha que la realeza hubo de sostener, cuando quiso fundamentar y desarrollar su poder fiscal, si no se toman en consideración las fuerzas sociales y los intereses con que tropieza como obstáculos a sus designios» [120]. Esta frase señala el rasgo fundamental de la génesis social del monopolio fiscal. No hay duda de que, en el curso de estas luchas, ni el Rey ni sus colaboradores tenían una idea clara de la institución nueva que estaba formándose. Ni los unos ni los otros pretendían «aumentar su capacidad fiscal», sino que lo que quieren en principio los reyes y sus representantes es conseguir tanto dinero como puedan de sus respectivos ámbitos de dominación con el fin de atender a tareas y gastos muy concretos. Nadie ha inventado los impuestos o el monopolio fiscal. Ningún individuo concreto, o una serie de ellos, ha trabajado con un plan fijo con este objetivo a lo largo de los siglos en los cuales se fue constituyendo lentamente esta institución. Los impuestos, como cualquier otra institución social, son un producto de la interacción social. Como si se tratara de un paralelogramo de fuerzas, los impuestos nacen de la lucha de los diversos grupos e intereses sociales, hasta que, por último, tarde o temprano aquel instrumento que se había desarrollado en un forcejeo continuo de las relaciones sociales de fuerza, se van convirtiendo en una organización o institución consolidada, admitida por los interesados de modo consciente y hasta, si se quiere, planificado. De este modo, y en relación con una transformación paulatina de la sociedad y con una traslación de las relaciones de fuerza, va cambiando también los suplementos ocasionales que recaudan los señores territoriales para una determinada campaña, o como dinero de rescate de los prisioneros o para la dote de los hijos convirtiéndose en tributos monetarios permanentes. A medida que va aumentando lentamente el sector monetario y mercantil en la sociedad de economía natural, al paso que, de una casa concreta de señores feudales surge lentamente una casa real que domina sobre un territorio más amplio, la *aide aux quatre cas* feudal va convirtiéndose también en impuestos.

A partir de 1328 y, más claramente, de 1337, se acelera esta transformación de los suplementos extraordinarios en impuestos regulares. En 1328 vuelve a imponerse un tributo directo en ciertas partes del reino, para financiarse la guerra de Flandes; en 1335 se impone en una serie de ciudades

occidentales un tributo indirecto, un tributo por cada venta para armar una flota; en 1338 se retiene una cierta cantidad de su salario a todos los funcionarios reales; en 1340 vuelve a imponerse y se generaliza el tributo por la venta de mercancías; a esto se añade en 1341 un tributo especial por la venta de la sal, la *gabelle du sel.* En 1344, 1345, 1346 siguen aumentando estos impuestos indirectos. Tras la batalla de Crécy, los funcionarios reales tratan de restablecer el impuesto personal directo; en 1347 y 1348 se vuelve a la forma indirecta, al impuesto sobre las ventas. En cierto modo, estas medidas son experimentos. Todas las subidas, como se ha dicho, sirven como ayudas ocasionales de la sociedad para que el Rey pueda hacer la guerra, son las *aides sur le fait de la guerre.* El Rey y sus funcionarios declaran siempre que, con el fin de las hostilidades, también cesarán sus exacciones monetarias [121]. Y siempre que los representantes de los estamentos tienen ocasión de hacerlo, subrayan este punto; tratan de conseguir, en la medida de lo posible, un cierto poder de fiscalización a fin de garantizar que las recaudaciones que producen las *aides* se empleen verdaderamente en fines militares. Por su parte, los reyes (al menos, desde Carlos V) no suelen ser celosos cumplidores de esta exigencia. Los reyes disponen libremente de la caja de las *aides* y, cuando les parece necesario, detraen dineros para el mantenimiento de su casa o para recompensar a algún favorito. Todo este proceso, la afluencia del dinero a la caja del Rey, así como el despliegue de un poderío militar que se paga con ese dinero, va conduciendo lenta pero inexorablemente a un fortalecimiento extraordinario de la función central. Cada estamento, especialmente el nobiliario, se opone, en la medida en que puede, a este incremento del poder central. Pero también aquí la multiplicidad de sus intereses debilita su resistencia. Los estamentos, muy afectados por la guerra, están directamente interesados en una derrota total de los ingleses y, por lo tanto, no pueden negar al Rey los recursos necesarios para la guerra. La intensidad de los antagonismos entre ellos, así como la fuerza de los particularismos locales impiden no solamente una posición común para limitar las exacciones reales o para controlar los ingresos dinerarios, sino que impide asimismo toda organización estamental inmediata de las operaciones militares. La amenaza exterior hace que los hombres de esta sociedad aún poco unificada y escasamente interrelacionada dependan especialmente del Rey en su condición de coordinador supremo, así como de su aparato político. De este modo, se ven obligados a permitir que, año tras año se recauden «ayudas extraordinarias» para una guerra que no acaba nunca.

Por último, tras la captura del Rey Juan en la batalla de Poitiers, se impone una carga tributaria que, por primera vez, dura seis años en vez de uno, a fin de recaudar el dinero necesario para el enorme rescate que exigen los ingleses. Como sucede a menudo, este gran acontecimiento accidental hace avanzar a mayor velocidad un proceso que viene preparándose de antiguo en la propia estructura de la sociedad. En realidad, el tributo no se recauda solamente durante los seis años siguientes, sino durante veinte, y cabe pensar que, en esta época, se produce una cierta adaptación del mercado a tal tipo de tributos. Además de este impuesto sobre las ventas, desti-

nado a recaudar el dinero del rescate del Rey, se imponen cargas tributarias con otros fines: en 1366, un impuesto directo para cubrir los gastos inmediatos de la guerra; en 1367, otro impuesto para luchar contra la soldadesca expoliadora; en 1369, nuevos impuestos directos e indirectos para financiar la reanudación de la guerra, entre ellos el impuesto sobre los hogares, especialmente odiado, los *fouages.*

«No hay duda de que todo esto siguen siendo las *aides* feudales, pero generalizadas, uniformadas y recaudadas no solamente en los dominios directos del Rey, sino en el conjunto del reino, bajo la fiscalización de un aparato administrativo especial y centralizado» [122]. De hecho, en esta fase de la Guerra de los Cien Años, en la que las *aides* se convierten lentamente en una manifestación permanente, van estableciéndose paso a paso oficiales especializados dedicados a la recaudación de estos «impuestos extraordinarios» —como se los sigue llamando— y los problemas jurídicos que originan. Al principio, estas funciones están encomendadas simplemente a algunos *Généraux sur le fait des finances* que vigilan en todo el país al ejército de funcionarios encargados de recaudar las *aides.* Posteriormente, en el año 1370 hay ya dos administradores superiores, de los cuales el uno se ocupa de los aspectos financieros y el otro de los judiciales que se derivan de la recaudación de las *aides.* Esta es una de las primeras formas en que se manifiesta lo que, posteriormente, será uno de los órganos más importantes de la Hacienda del *ancien régime,* la *Chambre* o *Cour des Aides.* Pero, en estos años de 1370 a 1380, la institución se encuentra aún, en cierto modo, en proceso de constitución; todavía carece de consistencia, es un mero intento en esa lucha abierta o latente en que los distintos centros sociales de poder ponen a prueba continuamente sus fuerzas. Su existencia, como sucede con la de muchas otras instituciones más sólidas y estables, no nos permite aún olvidarnos de los juegos de fuerzas sociales de los que, en realidad, son un mero resultado. Cada vez que la Monarquía se ve obligada a reducir sus exigencias impositivas a causa de la resistencia de los diversos sectores de la población, también se reducen estos órganos oficiales. Su existencia y la curva de su crecimiento constituyen un indicador bastante exacto de la fuerza social de la función central y del aparato central en comparación con la nobleza, el clero y los sectores urbanos.

Con Carlos V, como hemos dicho, las *aides sur le fait de la guerre* se convierten en algo tan permanente como la misma guerra. Estas cargas recaen sobre un pueblo empobrecido por los combates, por las devastaciones, los incendios, las dificultades del comercio y, en gran medida, también por los movimientos de tropas que tratan de abastecerse y que, generalmente, lo hacen de modo violento. Por estos motivos son más opresivas las exacciones monetarias que impone el Rey y se considera contrario a la tradición que se conviertan en regla. Estos sentimientos no alcanzan a manifestarse durante la vida de Carlos V. La miseria crece en silencio y, con ella, el descontento. Pero parece que el Rey tiene una idea clara acerca de esta tensión creciente en el país, acerca de la indignación reprimida que provocan los impuestos.Y probablemente tomaba en consideración el peligro que suponía que, a su muerte, a la desaparición de un rey experimentado, subiera

al trono su hijo, un rey menor de edad bajo la tutela de las facciones rivales de su familia. Y quizá se una a este temor ante el futuro una especie de remordimiento de conciencia. Sin duda el Rey considera que son inevitables e imprescindibles los ingresos que su aparato de dominación política tiene que recaudar cada año. Pero hasta en su opinión, beneficiándose él personalmente de ellos, estos ingresos tienen aún algo de injusto. En cualquier caso, pocas horas antes de su muerte, el 16 de septiembre de 1380, firma un decreto por el que queda abolido de una vez por todas el impuesto más opresivo y odiado, el impuesto sobre los hogares, que grava por igual a los ricos y a los pobres. Al instante puede verse en qué medida coincide este decreto con la situación creada con la muerte del Rey. Se debilita la función central y se manifiestan las tensiones reprimidas hasta entonces en el país. Los parientes rivales del Rey muerto, especialmente Luis de Anjou y Felipe el Audaz de Borgoña combaten por la supremacía y también por apoderarse del tesoro real. Las ciudades comienzan a sublevarse en contra de los impuestos. El pueblo expulsa a los funcionarios reales encargados de recaudar las *aides.* Y el gran descontento de las capas sociales urbanas más bajas no es mal visto por los burgueses ricos. Las aspiraciones de ambos sectores son coincidentes. Los patricios urbanos, que se reúnen con los representantes de los otros estamentos en París, en noviembre de 1380, exigen la abolición de los impuestos reales. Probablemente debido a esta presión directa el duque de Anjou, canciller del Rey, promete satisfacer sus reivindicaciones. Y el 16 de noviembre de 1380 se promulga un decreto en nombre del Rey por el que de ahora en adelante y para siempre quedan abolidos todos los *«fouaiges,* imposiciones, gabelas, con los que ellos (esto es, los vasallos) han estado excesivamente gravados, todas las *aides* y subsidios cualesquiera que se han impuesto por el hecho de dichas guerras».

«Todo el sistema financiero de los últimos 10 años, todas las conquistas que se hicieron de 1358 a 1359 y de 1367 a 1368, todo se ha sacrificado. La monarquía sufre un retroceso de casi un siglo. Se encuentra casi en el mismo punto que al comienzo de la Guerra de los Cien Años» [123].

Al igual que un sistema de fuerzas que aún no ha encontrado su punto de equilibrio, la sociedad oscila de un extremo al otro en la lucha por el reparto de fuerzas. El hecho de que en esta época el aparato central y la función real recuperen con relativa rapidez la posición perdida, a pesar de que el propio Rey es un niño completamente dependiente de los administradores y servidores de la función real, dice mucho a favor de la fuerza social que aquellos poseen. Algo que después volverá a ponerse de manifiesto con mayor nitidez en la época de Carlos VII, se manifiesta aquí ya: las oportunidades que conlleva la función real dentro de esta estructura y en las condiciones de la sociedad francesa son tan grandes que la monarquía sigue ganando en poderío social incluso cuando el Rey es personalmente débil o carece de toda importancia. La dependencia de los grupos o sectores de esta sociedad en relación con un coordinador supremo, que mantiene el intercambio y la cooperación de las diversas funciones y sectores sociales se incrementa con su interdependencia y crece, además, con la presión que supone el peligro de guerra. De este modo, acaban procurando voluntaria o

involuntariamente los medios necesarios para las operaciones militares a aquel que defiende los intereses comunes, especialmente en la guerra contra los enemigos exteriores, y también suministran a la monarquía los medios para su propia supeditación.

En el año de 1382/1383, la Monarquía, esto es, el Rey con todos sus parientes, consejeros y servidores que forman parte en uno u otro sentido del aparato de dominación, vuelve a estar en situación de imponer a los estamentos, los centros principales de la resistencia, las cargas fiscales que juzga convenientes.

La cuestión de los impuestos constituye el meollo del movimiento insurreccional del año de 1382. Pero, como suele suceder, en la lucha por los impuestos y por el reparto de las cargas que implica el aparato central, también se riñe y se decide la cuestión del reparto del poder y de la dominación. El objetivo de asegurarse cierta influencia en la recaudación y reparto de los ingresos fiscales, esto es —visto desde una perspectiva central— de asegurarse el control del aparato político es algo que los patricios urbanos tienen relativamente claro en la época. Y no solamente ellos, los representantes de los otros estamentos tienen el mismo objetivo. El horizonte de los sectores sociales urbanos inferiores y medios es generalmente más limitado: lo que desean, ante todo, es liberarse de las cargas fiscales opresivas; nada más. En este sentido, los objetivos de los diversos grupos urbanos no son exactamente los mismos, aunque no sean enteramente antagónicos en relación con el aparato central del país. Otra es la situación en el interior de las ciudades; en este ámbito y a pesar de la interdependencia que les caracteriza, o precisamente a causa de ella, los intereses de los diversos sectores sociales se encuentran claramente contrapuestos.

En esta época, las comunas urbanas están ya muy desarrolladas. En ellas aparece una capa superior privilegiada, la burguesía propiamente dicha, cuya posición excepcional de monopolio se manifiesta en su posibilidad de disponer de los cargos urbanos y, con ellos, de la hacienda urbana. Aparece, asimismo, una clase media, una especie de pequeña burguesía, compuesta por artesanos y comerciantes menos ricos y, finalmente, la masa de trabajadores y de oficiales, el «pueblo». Y también aquí constituyen los impuestos el punto crucial en el que se manifiestan con particular claridad tanto la interdependencia como la contraposición de intereses entre los distintos sectores sociales. Cuando las reivindicaciones que se formulan son claras, los grupos medios o inferiores reclaman impuestos directos más reducidos, proporcionales al patrimonio, mientras que la clase superior urbana prefiere impuestos indirectos o impuestos iguales. El descontento popular con los impuestos y la primera oleada de disturbios, como es habitual, no son mal vistos por la clase superior urbana, que favorece el movimiento en la medida en que viene a fortalecer su posición contra la monarquía o contra los señores feudales locales. Pero en poco tiempo el descontento se vuelve contra los ricos en las ciudades. Se entabla así una lucha por dominar la administración urbana entre el patriciado burgués dominante y las clases medias, que reclaman, por lo menos, su parte en los cargos urbanos, al igual que los patricios de las ciudades lo hacen a escala mayor con los cargos en

el reino. La clase superior urbana se ve obligada a huir o a defenderse y, en última instancia, la intervención de las tropas reales, en este momento de la lucha, acaba significando su salvación.

No es este el lugar apropiado para analizar con detalle las luchas y movimientos insurreccionales de las distintas ciudades. Estas luchas terminan con un desplazamiento del centro de gravedad a favor del aparato central y de la Monarquía. Los cabecillas de las insurrecciones, especialmente los que reclamaron la abolición de los impuestos, son condenados a muerte y, los otros, a elevadas multas. Las ciudades en su conjunto se ven obligadas a pagar fuertes cargas impositivas. En París se refuerzan las fortalezas reales o bastillas y se construyen otras nuevas, ocupadas por *gens d'armes* reales. Se limitan las libertades ciudadanas. Cada vez se subordinan más las administraciones urbanas locales a los funcionarios reales, hasta que acaban convirtiéndose en órganos esenciales del aparato real de dominación. Así pues, la jerarquía de este aparato real de dominación, ocupado fundamentalmente por el grupo de la cúspide de la burguesía, alcanza los puestos de alcaldes y maestros gremiales. De este modo, también, queda decidida con carácter general la cuestión de los impuestos: los impuestos los determina el poder central.

Si se trata de averiguar las razones por las que esta prueba de fuerza se ha decidido de modo tan rápido y neto a favor del poder central, se tropieza con la imagen de la que ya hemos hablado en repetidas ocasiones: lo que presta su fortaleza a la función central es la intensidad de los antagonismos entre los distintos grupos de esta sociedad. La clase alta burguesa no sólo mantiene una relación tensa con los señores feudales seculares y eclesiásticos, sino también con los sectores sociales urbanos inferiores. Lo que beneficia aquí a los señores centrales es, sobre todo, la desunión de las capas sociales urbanas. No menos importante es el hecho de que apenas exista contacto alguno entre las diversas ciudades que componen el Reino. Se dan algunas débiles tentativas de aunar esfuerzos entre varias ciudades, pero las interrelaciones entre ellas no son suficientemente intensas para realizar acción común alguna. En cierto sentido, las distintas ciudades se consideran recíprocamente como unidades políticas extrañas y, además, entre ellas se da una lucha de competencia más o menos aguda. Por esta razón los representantes del Rey comienzan por firmar una paz provisional con París para tener las manos libres en las ciudades flamencas. Contando con esta seguridad comienzan por quebrar la resistencia urbana en Flandes; después vencen la resistencia de Rouen y, finalmente, la de París. Derrotan a cada ciudad por separado. Lo que favorece al poder central no es sólo la división social, sino también la regional que se mantiene dentro de ciertos límites y, además, acompaña a cierta interdependencia. La Monarquía hubiera sucumbido de haber tenido que enfrentarse con la resistencia conjunta de todos los sectores de la población. El órgano central, al cual afluyen medios y recursos procedentes de todo el país, es siempre más poderoso que cualquier clase o región por separado.

A pesar de todo, determinados sectores de la sociedad tratan continuamente de limitar o de quebrantar el poderío creciente de la función central.

Cada vez que ello sucede, debido a las leyes de la estructura social, el equilibrio de fuerzas de esta sociedad se recompone a favor de la Monarquía tras un tiempo de vacilación y toda prueba de fuerza de este tipo hace avanzar un paso más el poder de disposición de los señores centrales. Las cargas fiscales a favor del Rey, los impuestos, desaparecen de vez. en cuando durante breves períodos o bien se reducen, también por poco tiempo; pero resucitan rápidamente. Asimismo desaparecen y vuelven a surgir los órganos que se ocupan de la administración y de la recaudación de estas cargas fiscales. La historia de la constitución de la *Chambre des Aides,* por ejemplo, está repleta de tales sobresaltos y cambios repentinos. De 1370 hasta 1390 se da una serie de resurrecciones sucesivas. Posteriormente, de nuevo en 1413, 1418, 1425, 1462, 1464, 1474, vuelve a experimentar, como dice un historiador, «los excesos de la vida y de la muerte, toda la imprevisibilidad de las resurrecciones» [124], hasta que, finalmente, surge de ella una sólida institución del aparato real de dominación política. Y, aunque tales oscilaciones no solamente reflejan las grandes pruebas sociales de fuerza, esta inseguridad en el proceso de formación de las instituciones aisladas revela una imagen determinada de la génesis social de la función real, del proceso de organización del monopolio en general. Al propio tiempo, resulta comprensible que estas funciones e instituciones, en realidad, no sean producto de planes a largo plazo y de intenciones conscientes de los individuos aislados, sino que, como manifestaciones del entramado social, surgen en las luchas continuas de las fuerzas sociales, en miles de pequeños avances e intentos de todo tipo.

28. Los propios reyes dependen por completo del estado en que se encuentra la función real a la hora de realizar sus actos y de desarrollar sus capacidades personales. Raramente puede verse esto tan claramente como en el reinado de Carlos VII. Considerado como individuo, Carlos VII no es especialmente fuerte; no es una personalidad grande o poderosa. Sin embargo, durante su reinado, la Monarquía se consolida progresivamente, una vez que se ha expulsado a los ingleses del país, merced a circunstancias que no hacen ahora al caso. El Rey se encuentra así a la cabeza de su pueblo como caudillo victorioso, a pesar de no serlo personalmente. Durante la guerra, todos los recursos financieros y humanos del país han afluido al poder central. De esta manera avanza considerablemente la centralización de la jefatura del ejército y la disposición monopolista sobre los ingresos fiscales. Se ha expulsado al enemigo exterior, pero todavía se dispone del ejército o, cuando menos, de una gran parte del mismo, lo cual da al Rey tal superioridad en el interior que cualquier resistencia de los estamentos en contra de sus deseos carece de perspectivas, en especial debido a que la población agotada solamente desea y necesita una cosa; paz. En esta situación, el Rey declara en 1436 que la nación le ha concedido el derecho a recaudar las *aides* por un plazo ilimitado y que se le ha pedido que no vuelva a convocar los Estados Generales con el fin de recabar su asentimiento a los impuestos ya que, como él mismo asegura, los costes de los desplazamientos a las reuniones de los Estados Generales son una carga excesiva para el pueblo.

Por supuesto, esta justificación es una patraña. La propia medida, la eliminación de los Estados Generales, no es más que una expresión de la fuerza social de la monarquía. Esta fuerza se ha hecho ya tan grande que las *aides,* prestaciones habituales durante la guerra, se declaran ahora perpetuas sin tapujo alguno. Esta fuerza social es tan evidente que el Rey ya no considera necesario ponerse de acuerdo con los contribuyentes sobre el tipo y la cuantía de las cargas fiscales. No obstante, como se ha dicho, vuelven a producirse más batallas e intentos de resistencia de los estamentos. La propia exclusión del Parlamento estamental y el poder dictatorial de disposición que se autoatribuyen los reyes, no se consolidan sin provocar al propio tiempo una serie de pruebas de fuerza. Pero estas pruebas de fuerza ponen siempre de manifiesto y de modo cada vez más claro que, en esta fase de diferenciación e interdependencia creciente de la sociedad, también aumenta inevitablemente la fuerza de la función central. El poder militar, concentrado en manos del órgano central, es el que asegura el poder de disposición de éste sobre los impuestos y, al propio tiempo, la disposición concentrada sobre los impuestos posibilita una monopolización cada vez más intensa del ejercicio de la violencia física, del poder militar. Un medio de poder va impulsando al otro hasta que, finalmente, la fuerza superior que alcanza la función central en este proceso se muestra descarnadamente a los ojos de los coetáneos asombrados e irritados. También aquí la voz de los contemporáneos es mejor que cualquier descripción para hacer comprender a los observadores posteriores que todo esto se experimenta como algo nuevo, sin que los que lo viven sepan cómo o por qué.

En tiempos de Carlos VII, el aparato central comenzó a imponer y recaudar cargas fiscales de modo permanente y sin la autorización de los estamentos; Juvenal des Ursines, Arzobispo de Reims, escribe sobre ello una carta al Rey en la que se dice lo siguiente, en una traducción libre [125]:

«Cuando Vuestros antecesores preparaban una guerra, una de sus preocupaciones era juntar a los tres brazos: reunían a los representantes de la Iglesia, de la nobleza y del pueblo común en una de sus buenas ciudades. Allí se reunían y consideraban la situación; cómo se podría resistir al enemigo y exigían que se examinase el mejor modo de hacerle la guerra, a efectos de proporcionar los medios financieros adecuados a tal fin. Vos mismo lo habéis hecho siempre así, hasta que habéis visto y reconocido que Dios y Fortuna —que es caprichosa— tanto Os han ayudado que ahora Os sentís eximido de tal obligación. Vos imponéis las *aides y* otras cargas fiscales y toleráis que se impongan como cargas fiscales de Vuestras posesiones, sin el acuerdo de Vuestros tres brazos.

»Antes...se acostumbraba a llamar a este Reino con razón *Royaume France,* porque sus habitantes acostumbraban a ser libres *(francs)* y tenían todas las libertades *(franchises et libertes).* Hoy no son más que esclavos, gravados arbitrariamente *(taillables a voulenté).* Si se observa la población de este Reino, puede verse que sólo queda una décima parte de lo que antaño fue. Yo no quisiera disminuir Vuestro poder, sino aumentarlo con mi pequeña fortuna. No hay duda alguna de que un príncipe, y Vos en especial, puede recabar algo *(tailler)* e imponer algunas *aides* a sus vasallos en casos

concretos, especialmente con objeto de defender el Reino y la cosa pública *(chose publique).* Pero tiene que hacerlo de un modo razonable. Lo que es mío no es suyo. Es posible que seáis soberano en cuestiones de la administración de la justicia y que éste sea Vuestro terreno. Pero, por lo que se refiere a los ingresos domaniales, Vos tenéis Vuestros dominios y cada persona privada los suyos. (N.B. Lo que quiere decir, en otros términos, que el Rey debe alimentarse de sus bienes, de sus ingresos domaniales y no pretender disponer de modo soberano de los ingresos de todo el país). Y hoy día no solamente se grava a los vasallos, no solamente se les quita la lana, sino también la piel, la carne, la sangre y hasta los huesos.»

Y en otro lugar, el Arzobispo manifiesta de forma aún más inequívoca su indignación:

«Quien quiera que hace uso de su poder de modo arbitrario y no en beneficio de sus subditos, merece que se le arrebate... Cuidaos, por tanto, de que la gran afluencia de dinero (literal: el gran tocino) que os llega de las a*ides* y que sale del cuerpo, no os estropee el alma. Aún sois el jefe de este cuerpo. ¿Acaso no sería una gran injusticia que el jefe de una criatura humana le destrozara el corazón, las manos y los pies?» (N.B. Alusión simbólica al clero, a los guerreros y al pueblo llano).

De ahora en adelante y durante bastante tiempo, serán los subditos los que subrayen el carácter público de la función real. En la mayoría de los casos, expresiones como «cosa pública», «patria» e, incluso, «Estado» se utilizarán por oposición a los príncipes y a los reyes. En esta época, los señores centrales disponen de las oportunidades monopolizadas, especialmente de los ingresos fiscales de su ámbito de soberanía —así lo dice Juvenal des Ursines— como de una propiedad privada. Y también hay que entender en este sentido (como respuesta al empleo por la oposición de palabras tales como Patria o Estado) la frase que se atribuye a un Rey de «El Estado soy yo».

El asombro que produce esta evolución, sin embargo, no se limita solamente a los franceses. El régimen que surge en Francia en esta época, la fuerza y la solidez del aparato y de la función centrales y que, más pronto o más tarde, aparece en casi todos los países de Europa a causa de la existencia de estructuras análogas es algo completamente nuevo y asombroso en el siglo XV también para los observadores no franceses. Basta con leer los informes de los embajadores venecianos contemporáneos para hacerse una idea de cómo va dándose en Francia la imagen de una forma de gobierno desconocida para los observadores extranjeros y especialmente para los observadores que tienen amplios horizontes y amplia experiencia en este tipo de asuntos.

En 1492, Venecia envía dos embajadores a París, oficialmente para felicitar a Carlos VIII por su matrimonio con Ana de Bretaña y en realidad, sin duda alguna, para enterarse de cómo y dónde piensa Francia hacer sentir su poderío en Italia y, en general, qué aspecto presenta Francia, cómo está su hacienda, qué tipo de gente son el Rey y los gobernantes, qué productos se importan y exportan, qué partidos hay. En una palabra, los embajadores han de informar sobre todo aquello que es importante conocer

para que Venecia pueda tener una actuación política correcta. Estos embajadores que, andando el tiempo, acabarán convirtiéndose en instituciones permanentes, son asimismo un símbolo de la mayor interrelación que va dándose en la Europa de la época.

En consecuencia, en el informe de los embajadores puede encontrarse, entre otras cosas, una exposición detallada de la hacienda francesa y de la política financiera del país. El embajador calcula que el Rey tiene unos ingresos anuales de unos 3.600.000 francos y de ellos «1.400.000 francos de impuestos que solían ser extraordinarios y que se han proseguido de modo tal que han acabado por ser ordinarios». El embajador calcula que los gastos del Rey son de unos 6.600.000 ó 7.000.000 de francos. El déficit que surge aquí se enjuga, según el embajador, del modo siguiente:

«Cada año, en el mes de enero, se reúnen los directores de la administración fiscal de cada región —esto es, los directores de las zonas reales en sentido estricto, del Delfinado, del Languedoc, de Bretaña y de Borgoña— y hacen el cálculo *(fanno il calcólo)* de los ingresos y gastos para subvenir a las necesidades del año en curso. En primer lugar consideran los gastos *(prima mettono tutta la spesa)* y luego aprueban un nuevo impuesto general para todas las provincias del Rey por la cantidad del déficit entre los gastos y los ingresos que se espera recaudar. Este impuesto no grava a los prelados ni a los nobles, sino solamente al pueblo. De esta manera, los ingresos ordinarios y este gravamen equivalen al monto aproximado de los gastos del año.

Si durante ese año estalla una guerra o cualquiera otra circunstancia inesperada obliga a realizar gastos imprevistos, de forma que la recaudación anteriormente expuesta no es suficiente, se impone un nuevo gravamen de cualquier tipo o bien se recortan o disminuyen las pensiones, y siempre se recauda la suma necesaria» [126].

Hasta ahora hemos hablado a menudo de la constitución del monopolio fiscal. En la descripción del embajador veneciano podemos obtener una imagen clara de este monopolio y de su forma de funcionar en esta etapa del desarrollo. Asimismo tropezamos en ella con una de las peculiaridades estructurales, una de las claves de la estructura del absolutismo y, hasta cierto punto, también del «Estado» en general: los gastos tienen primacía sobre los ingresos. El hombre aislado en la sociedad, especialmente el hombre burgués aislado, en el curso del desarrollo, se ve obligado a aceptar como costumbre y como necesidad el criterio de que tiene que ajustar estrictamente sus gastos a sus ingresos. En el presupuesto de la sociedad, en cambio, los gastos constituyen el punto de referencia y de ellos dependen los ingresos, especialmente los ingresos que se obtienen de los miembros aislados de la sociedad en razón del monopolio fiscal. Ello constituye igualmente un ejemplo de cómo la totalidad, que surge de la interrelación de los individuos, posee peculiaridades estructurales y regularidades que son distintas de las de las personas aisladas y no son comprensibles en función de éstas. Los únicos límites que conoce la necesidad de dinero de este poder central están impuestos por la capacidad fiscal del conjunto de la sociedad y por la fuerza social de los grupos aislados en relación con el señor legiti-

mado para disponer del monopolio fiscal. Posteriormente, cuando este monopolio cae bajo control de sectores burgueses más amplios, el presupuesto del conjunto de la sociedad se separa decididamente del presupuesto de los individuos aislados que administran el monopolio central en su condición de funcionarios. La sociedad en su conjunto, el Estado, puede —y debe, más que nunca— hacer que sus exigencias fiscales, sus ingresos, se correspondan con sus gastos. Los reyes, los señores centrales aislados, en cambio, tienen que comportarse como cualquier otra persona: tienen unas rentas claramente determinadas y orientan sus gastos en función de sus ingresos.

En la primera fase del monopolio, la situación es algo distinta. El presupuesto del Rey y el presupuesto público aún están unidos. Los reyes hacen que las cargas fiscales que imponen dependan de los gastos que consideran necesarios, tanto si se trata de gastos de guerras, de construcción de palacios o de regalos para los favoritos. De hecho, la clave del monopolio del poder tiene el carácter de un monopolio personal. Pero lo que visto desde nuestra perspectiva son los primeros pasos en el camino de la constitución de monopolios, a los ojos de los venecianos de los años de 1500 aparece como una novedad que observan no sin curiosidad, como se acostumbra a observar las costumbres y usos desconocidos de los pueblos extraños. En Venecia, las cosas se organizan de forma distinta. El poder de disposición de las autoridades venecianas superiores, al igual que el de los príncipes medievales, está limitado en gran medida a causa de los derechos de administración autónoma y de las corporaciones de las diversas regiones y estamentos. Venecia es también el centro de una amplia zona de soberanía a la que se han sometido voluntaria o involuntariamente otros municipios. Pero, incluso en el caso de las comunas sometidas, casi siempre, una de las condiciones que impusieron al someterse a Venecia era que «no se podía imponer ningún nuevo gravamen sin la aceptación de la mayoría del consejo» [127]. En los informes desapasionados de los extranjeros, de los embajadores venecianos, puede verse con más claridad que en las palabras del irritado Arzobispo de Reims el cambio que estaba sufriendo Francia.

En el año de 1535 se encuentra lo siguiente en el informe del enviado veneciano:

«Con independencia del hecho de que el Rey es poderoso gracias a la fuerza de sus armas, también es rico a causa de la obediencia de su pueblo. Su Majestad suele tener ingresos de dos millones y medio. Digo "suele" porque, cuando quiere, puede aumentar las cargas fiscales de su pueblo. No hay límite: el pueblo paga las cantidades que el Rey quiera obtener. A este respecto también debo decir que la población campesina, la que tiene que pechar con la mayor parte de estos gravámenes, es muy pobre, de forma que cualquier aumento de estos gravámenes, por pequeño que sea, sería intolerable.»

En 1546, el embajador veneciano, Marino Cavalli, escribe un informe completo y exacto sobre Francia en el que se pone especialmente de relieve lo que es peculiar en la forma de gobierno de este país a los ojos de una persona neutral con amplios horizontes culturales.

«Muchos otros reinos», dice el informe [128], «son más fértiles y ricos que Francia, por ejemplo, Hungría e Italia; muchos otros son mayores y más poderosos, por ejemplo, Alemania y España. Pero ninguno está tan unido y es tan obediente como Francia. En mi opinión no otras son las causas de su prestigio: la unidad y la obediencia *(unione e obbedienza).* Ciertamente, la libertad es el don más preciado del mundo; pero no todos son dignos de ella. Por este motivo, unos pueblos han nacido para obedecer y otros para mandar. Si se hace al revés, sucede lo que está sucediendo ahora en Alemania y antes en España. Por esta razón, los franceses, que seguramente se consideran inadecuados para ella, han traspasado por entero su libertad y su voluntad a su Rey. Basta con que éste diga; quiero esto y aquello, apruebo esto y aquello, decido esto y aquello; y todo se ejecuta y se hace con prontitud, como si todos lo hubieran decidido. La cosa ha llegado ya tan lejos que uno de ellos, que tiene más espíritu que los demás, ha dicho: antes sus reyes se llamaban "reges *francorum* ", hoy podrían llamarse *"reges servorum ".* No solamente se paga al Rey todo lo que éste pide, sino que cualquier otro capital se encuentra a disposición del monarca.

«Esta obediencia ha engrandecido a Carlos VII, una vez que hubo liberado al país del yugo de los ingleses y, después de él, a Luis XI y a Carlos VIII, que conquistó Ñapóles. Luis XII también aportó su obra. Pero el Monarca reinante (Francisco I) puede glorificarse de haber sobrepasado con mucho a todos sus antecesores. Hace que sus vasallos paguen cantidades extraordinarias tanto como se le antoja, anexiona nuevas propiedades a las de la Corona, sin ceder nada; y cuando regala algo, sólo tiene validez en vida de quien hace o de quien recibe el regalo. Y cuando uno de los dos vive demasiado tiempo, se recupera el regalo asegurando que constituye un perjuicio para la Corona. Es cierto que algunas donaciones reciben confirmación, lo cual afecta también a los jefes y a los diversos oficiales del ejército. De forma que si alguno entra a serviros y dice que, con los franceses, tenía tal y tal salario, tantos títulos y tantas rentas, ya sabe Vuestra Alteza Serenísima de qué tipo de rentas, títulos y dineros se trata. Hay muchos que pasan toda su vida sin recibir salario alguno *(che non toccano un soldo),* mientras que otros sólo lo consiguen en una ocasión y la mayoría pasa dos y tres años sin la soldada. Vuestra Alteza Serenísima que, sin duda alguna, regala no solamente cosas concretas, sino también otras hereditarias, no debe dejarse influir por el ejemplo de lo que se hace en otras partes. A mi juicio, la costumbre de regalar solamente mientras esté en vida el que recibe el regalo es extraordinaria. Da al Rey siempre la posibilidad de hacer un regalo a quien realmente se lo merece y, además siempre le queda algo por donar. Si las donaciones fueran hereditarias nos encontraríamos con una Francia empobrecida y los reyes actuales no tendrían ya nada que donar. De este modo, en cambio, se ven hoy servidos por personas que tienen más méritos que los herederos de otros que hubieran podido recibir regalos hereditarios. Vuestra Alteza Serenísima debe pensar que, si tal es lo que hace Francia qué deberán hacer otros príncipes que no poseen países tan extensos. Cuando se reflexiona suficientemente acerca de a dónde conducen estas donaciones hereditarias —a la conservación de la familia, según se dice—, acá-

bará sucediendo que se agoten las recompensas aceptables para quienes realmente las merecen o bien que sea preciso imponer nuevas cargas fiscales al pueblo. Tanto lo uno como lo otro es injusto y perjudicial. Si se regala solamente para mientras viva el recompensado, se recompensa únicamente a los que de verdad lo merecen. Los bienes circulan y, luego de una época, vuelven al fisco... Desde hace 80 años han estado anexionándose tierras a la Corona, ya sea por confiscación, por participación en la herencia o por compra sin ceder nada. De este modo, la Corona lo ha absorbido todo, de forma que no hay un solo príncipe en el Reino que tenga un patrimonio de 20.000 escudos. Y, además, aquellos que poseen ingresos y tierras, no son propietarios ordinarios: el Rey dispone de un señorío superior, gracias a las peticiones de créditos; en las contribuciones, las guarniciones de soldados y todos los demás gravámenes nuevos y extraordinarios. La Corona se hace cada vez más rica, más sólida y goza de mayor prestigio, lo cual la protege de las guerras civiles. Puesto que como sólo quedan príncipes pobres, no tienen ánimo ni posibilidad de emprender algo contra el Rey, como hicieron antaño los duques de Bretaña, de Normandía, de Borgoña y muchos otros grandes señores de Gascuña. Y, si por casualidad, hubiere alguien suficientemente irreflexivo que hiciera algo por conseguir algún cambio, como, por ejemplo, el duque de Borbón, ello da al Rey una posibilidad de enriquecerse de modo más rápido a través de la ruina que le causa.»

Se obtiene aquí, resumida en una descripción, una panorámica de las peculiaridades estructurales decisivas del absolutismo en proceso de formación. *Un* señor feudal ha acabado ganando el predominio sobre todos sus competidores y el señorío sobre todas las tierras. Y esta disposición sobre las tierras se monetariza o se comercializa cada vez más. Este cambio se manifiesta en el hecho de que el Rey posee un monopolio de imposición y recaudación de gravámenes sobre todo el país, de forma que acaba disponiendo del ingreso mayor de todo el reino. Un Rey poseedor y donante de tierras se ha convertido en un Rey poseedor y donante de rentas monetarias. Por esta razón, el Rey consigue siempre quebrar el círculo fatal del señor que domina sobre una economía natural. El Rey paga los servicios que precisa, tanto los militares como los cortesanos o los administrativos, pero ya no lo hace con donación de tierras de su propiedad a los servidores en cuanto que posesiones hereditarias, como sigue sucediendo, parcialmente, en Venecia, sino que, en el mejor de los casos, dona tierras y rentas monetarias vitalicias y las recupera, de forma que las posesiones de la Corona *no* disminuyen. Y en un número mayor de casos, recompensa los servicios únicamente con donativos monetarios, con salarios. El Rey centraliza los ingresos de todo el país y reparte a su antojo y en interés de su poder este flujo de dineros, de forma tal que en todo el reino hay una enorme cantidad de gente, cada vez mayor, además, que depende directa o indirectamente del capricho del Rey y de los pagos monetarios de la administración de la Hacienda real. Los que se benefician de las oportunidades sociales en este sentido son los intereses más o menos privados del Rey y de sus servidores más inmediatos, pero lo que acaba constituyéndose en la lucha de intereses de las diversas funciones sociales es aquella forma de organización a la que

llamamos «Estado». El monopolio fiscal, conjuntamente con el monopolio de la violencia física, constituyen la espina dorsal de esta forma de organización. No es posible entender la génesis y la existencia de los «estados» mientras no se comprenda —aunque sea tomando como ejemplo un solo país— cómo va constituyéndose lentamente uno de los institutos centrales del «Estado» en el curso de la dinámica de las relaciones, esto es, en razón de una necesidad determinada de las estructuras de relaciones, de los intereses y acciones en un denso entramado. Como puede verse en el informe del embajador veneciano, el órgano central de la sociedad alcanza una estabilidad y una fuerza desconocidas por el hecho de que, gracias a la monetarización del conjunto de la sociedad, el señor que tiene el poder de disposición no tiene por qué entregar tierras de sus propiedades para el pago de los servicios (lo cual le hubiera agotado antes o después, caso de no producirse una expansión territorial), sino que se limita a pagar cantidades de dinero procedentes de un flujo fiscal permanente. La peculiaridad del dinero, sin embargo, acaba liberándole de aquella necesidad propia de los tiempos en que las recompensas se hacían con tierras y que aún se hace sentir en la época de las recompensas monetarias: le libera de la necesidad de recompensar los servicios por medio de una posesión vitalicia y hereditaria. El dinero permite pagar de una vez un servicio o una serie de servicios por medio de una suma correspondientemente cuantiosa, por medio de un sueldo o de un salario. No podemos considerar aquí las múltiples consecuencias de esta transformación. El asombro de los enviados venecianos muestra bien a las claras que esta costumbre que hoy nos parece normal y cotidiana, aparecía como una novedad a los ojos de los contemporáneos. Además, las explicaciones que da el embajador ponen de manifiesto por qué la monetarización de la sociedad posibilita la existencia de órganos centrales estables: el pago en dinero mantiene a quienes han de vivir de él en permanente dependencia del poder central. Solamente ahora pueden contrarrestarse definitivamente las tendencias centrífugas.

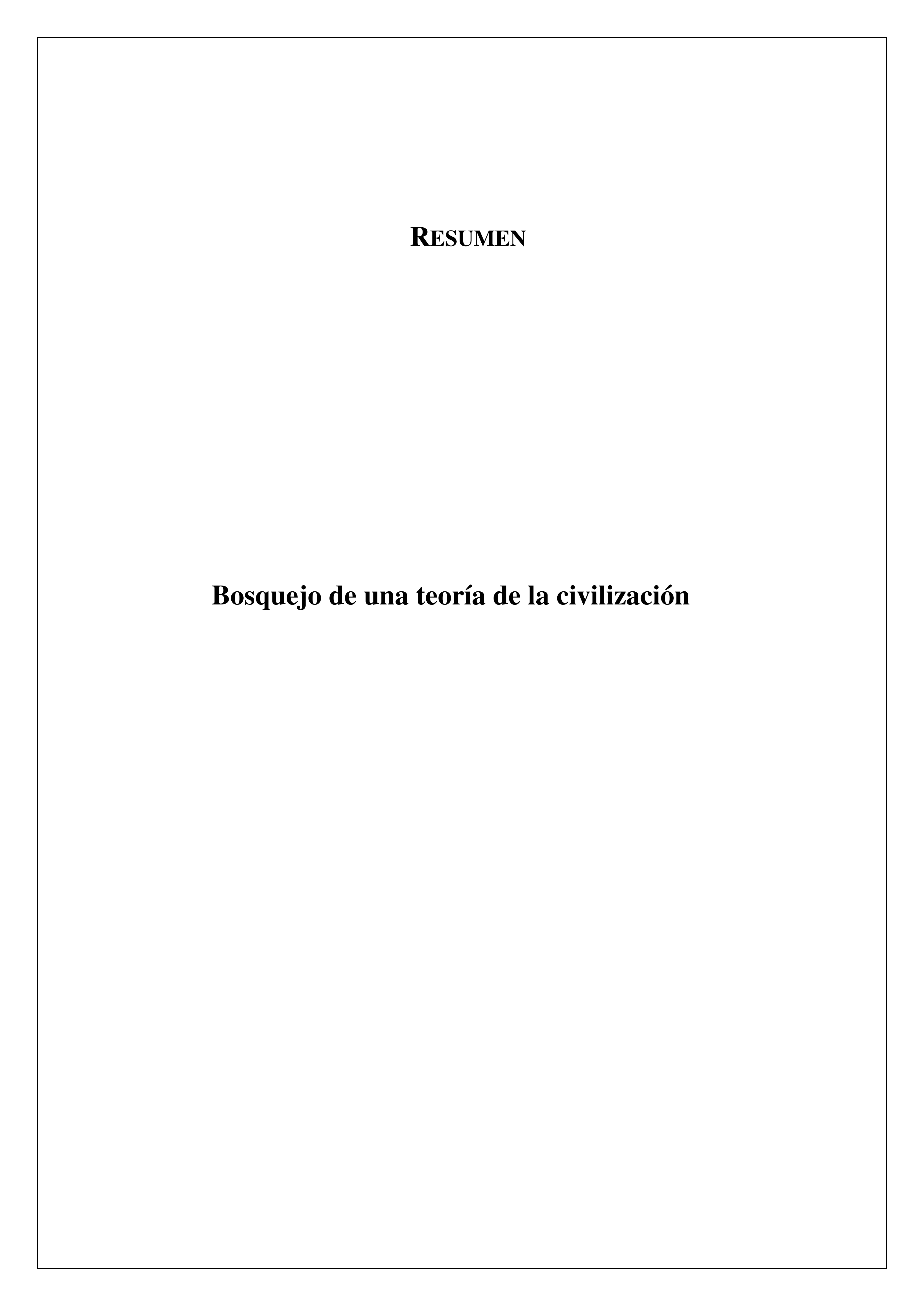
Dentro de este contexto muy general hay que entender qué sucede con la nobleza en esta época. En la época anterior, cuando los restos de la nobleza todavía eran poderosos, el Rey estaba obligado a emplear su fuerza, dentro de ciertos límites, y su poder como señor central a favor de la burguesía; de este modo, el aparato de dominación se convirtió en un bastión de la burguesía. Posteriormente, al intensificarse la interdependencia monetaria y la centralización militar, con la decadencia de los guerreros, de los señores terratenientes y de la nobleza, el Rey vuelve a emplear su poder, así como las oportunidades que puede repartir, dentro de ciertos límites, en favor de la nobleza. El Rey ofrece a la nobleza la posibilidad de subsistir como una clase social superior a la burguesía. Poco a poco, tras los primeros intentos infructuosos de resistencia de los elementos estamentales, las guerras de religión, al principio, y de la Fronda después, los cargos palaciegos se convierten en un privilegio y en un bastión de la nobleza. De esta forma los reyes protegen la primacía aristocrática: reparten sus favores, así como las oportunidades monetarias de que disponen de tal manera que se establece el equilibrio amenazado por la decadencia de la nobleza.

Pero, con ello, la nobleza guerrera relativamente libre de antaño se convierte en una nobleza en situación de dependencia y servicio vitalicio al señor central. Los caballeros se convierten en cortesanos. Y, cuando se pregunta qué función social cumplen estos cortesanos, la respuesta se encuentra en este proceso. Nos hemos acostumbrado a considerar a la nobleza cortesana del a*ncien régime* como una clase social «sin funciones». De hecho, esta nobleza no ha tenido función alguna en el sentido de la división del trabajo en el sentido de las naciones que participaban en la división del trabajo en los siglos XIX y XX. El círculo funcional del *ancien régime* es distinto: en lo esencial está determinado por el hecho de que el señor central es, en gran medida, propietario personal de los monopolios de dominación, de que no se da ninguna separación entre el señor central como persona privada y el señor central como funcionario de la sociedad. La nobleza cortesana no tiene cometido directo alguno en el proceso de la división del trabajo, pero cumple una función con respecto al Rey pues se cuenta entre los fundamentos imprescindibles de la dominación política de éste. La nobleza posibilita al Rey el distanciamiento frente a la burguesía, al igual que ésta le permite distanciarse de la nobleza a su vez. La nobleza supone el contrapeso de la burguesía en la sociedad. Junto a muchas otras, ésta es la función más importante que cumple la nobleza para el Rey. Si no hubiera esa tensión entre la nobleza y la burguesía, si no hubiera esa diferencia acentuada entre los estamentos, el Rey perdería la mayor parte de su poder. De hecho, la existencia de la nobleza cortesana muestra que el monopolio de dominación política es todavía posesión personal del señor central, que los ingresos del país aún se distribuyen de acuerdo con los intereses específicos de la función central. Con el establecimiento del monopolio de los ingresos del país se da la posibilidad de una planificación en su distribución. Pero esta posibilidad de la planificación todavía se utiliza para mantener a flote a las clases o funciones en decadencia.

De todo lo anterior surge una imagen clara de la estructura de la sociedad absolutista. La sociedad secular del *ancien régime* francés se compone de dos sectores de forma mucho más clara que en el siglo xix: un importante sector agrario y uno más pequeño burgués-urbano, que va fortaleciéndose poco a poco. En cada uno de ellos, a su vez, se dan diferencias: en el segúndo, la masa de los pobres urbanos, de los oficiales y de los trabajadores; en el primero, los campesinos. En los dos existe una clase media baja: en el segundo, los pequeños artesanos así como los funcionarios inferiores; en el primero, los hidalgos rurales más pobres en los últimos rincones de las provincias. En los dos se da, también, una clase media alta: en el segundo, los comerciantes ricos y acomodados y los funcionarios urbanos superiores que, en las provincias son los funcionarios judiciales y administrativos más elevados, en el primero la nobleza rural y provincial acomodada. Y en ambos sectores, por último, se da un grupo en la cúspide, que alcanza hasta la Corte: en un caso son los funcionarios más elevados, la *noblesse de robe* y, en el otro, la nobleza cortesana, la cubre de la *noblesse d'épée.* Entre ambas, el Rey mantiene el equilibrio de las tensiones con sumo cuidado dentro de cada sector y entre ellos, en un esfuerzo complicado, a su

vez, por las tensiones y las alianzas de los dos sectores con el clero, no menos dividido. El Rey asegura el mantenimiento de los privilegios y del prestigio social de la nobleza frente a la creciente fortaleza económica de los grupos burgueses. Y, como ya se ha dicho, emplea parte del producto social, de cuyo reparto puede disponer merced a su dominio del monopolio fiscal, en apoyar económicamente al sector nobiliario más encumbrado. Finalmente, cuando, poco antes de la revolución, una vez fracasados todos los intentos de reforma, aparezca entre las consignas de los grupos burgueses de la oposición la exigencia de abolir los privilegios nobiliarios, esta consigna comprende también la reivindicación de que se gestione de modo distinto el monopolio fiscal y la recaudación impositiva. La abolición de los privilegios nobiliarios implica, de un lado, eliminación de la exención tributaria de la nobleza, es decir, otro tipo de reparto de las cargas fiscales; de otro, eliminación o disminución de la multiplicidad de cargos palaciegos, supresión de la que —desde el punto de vista de la nueva burguesía y de la burguesía profesional— es una nobleza inútil y sin funciones y, con ello, al mismo tiempo, un reparto diferente de los ingresos fiscales, que ya no se haría según el criterio del Rey, sino más bien, en función de la división de funciones de la totalidad de la sociedad o en función de los criterios de la alta burguesía, cuando menos. Por último, la abolición de los privilegios de la nobleza significa, también, la desaparición de la posición del señor central en cuanto poder de equilibrio entre los dos estamentos en su orden jerárquico. De hecho, en la época siguiente, los señores centrales se ven obligados a mantener el equilibrio en un campo de fuerzas muy distinto. Tanto ellos como la función que realizan cambian de carácter. Únicamente un aspecto sigue siendo el mismo: con la nueva estructura de los ejes de tensiones se limita el poder de las instancias centrales cuando las tensiones no son muy fuertes, es decir, siempre que sea posible un entendimiento directo y permanente entre los representantes de los dos polos de la tensión; crece este poder, en cambio, cuando aumentan las tensiones, siempre y cuando ninguno de los grupos enfrentados consiga una supremacía decisiva.





RESUMEN

Bosquejo de una teoría de la civilización



I. La coacción social y la autocoacción

1. ¿Qué tiene que ver con la civilización la organización de la sociedad en «estados», la monopolización y centralización de los ingresos y de la violencia física dentro de grandes territorios?

El observador del proceso civilizatorio se encuentra ante un conjunto de problemas. Por no mencionar más que algunos importantes, en primer lugar, la cuestión más general: vemos que el proceso civilizatorio supone una transformación del comportamiento y de la sensibilidad humanos en una dirección determinada, como se ha tratado de demostrar en los análisis del primer volumen de este trabajo, realizados sobre un material empírico concreto. Pero es evidente que en ningún momento ha habido seres humanos individuales que hayan tratado de realizar esta transformación, esta «civilización», de modo consciente y «racional» por medio de una serie de medidas que persigan tal objetivo. Es evidente que la «civilización», como la racionalización, no es un producto de la *ratio* humana, no es el resultado de una planificación que prevea a largo término. Sería impensable que en la base de la paulatina «racionalización» se encontrara ya un comportamiento y una planificación «racionales» que actuaran a lo largo de los siglos. Es impensable que el proceso civilizatorio haya sido iniciado por seres humanos capaces de planificar a largo plazo y de dominar ordenadamente todos los efectos a corto plazo, ya que estas capacidades, precisamente, presuponen un largo proceso civilizatorio.

De hecho, nada en la historia demuestra que esta transformación se haya llevado a cabo de modo «racional», por ejemplo, por medio de la educación adecuada de personas concretas o de grupos de personas. En su conjunto, la transformación se produce sin un plan previo, aunque sin embargo, sigue un orden peculiar. En la primera parte de este trabajo se ha mostrado detalladamente cómo las coacciones sociales externas van convirtiéndose de diversos modos en coacciones internas, cómo la satisfacción de las necesidades humanas pasa poco a poco a realizarse entre los bastidores de la vida social y se carga de sentimientos de vergüenza y cómo la regulación del conjunto de la vida impulsiva y afectiva va haciéndose más y más universal, igual y estable a través de una autodominación continua. Ciertamente que todo esto no se remite a una idea racional que hubieran concebido siglos antes individuos aislados y que luego se fuera implantando a las generaciones sucesivas como finalidad de la acción y objetivo de los deseos, hasta que, finalmente, se convierte en realidad completa en los «siglos del progreso». No obstante, esta transformación tampoco es un cambio caótico y sin estructura alguna.

Lo que se plantea aquí desde el punto de vista del proceso civilizatorio es simplemente el problema general del cambio histórico: este cambio en su totalidad no está planificado «racionalmente», pero tampoco es un ir y

venir arbitrario de figuras desordenadas. ¿Cómo es esto posible? ¿Cómo puede haber formas en el mundo humano que nadie ha imaginado y que, sin embargo, no son, ni mucho menos, figuras nebulosas, sin consistencia y sin estructura?

Las investigaciones de los primeros capítulos, especialmente las dedicadas a los problemas de la mecánica social, intentan dar una respuesta a estas preguntas, respuesta que es bastante simple: los planes y las acciones, los movimientos emocionales o racionales de los hombres aislados se entrecruzan de modo continuo en relaciones de amistad o enemistad. Esta interrelación fundamental de los planes y acciones de los hombres aislados puede ocasionar cambios y configuraciones que nadie ha planeado o creado. De esta interdependencia de los seres humanos se deriva un orden de un tipo muy concreto, un orden que es más fuerte y más coactivo que la voluntad y la razón de los individuos aislados que lo constituyen[129]. Este orden de interdependencia es el que determina la marcha del cambio histórico, es el que se encuentra en el fundamento del proceso civilizatorio.

Este orden no es «racional» (si por «racional» entendemos algo que surge, al modo de las máquinas, de la reflexión intencional de los hombres aislados) ni «irracional» (si por «irracional» entendemos algo que ha surgido de modo incomprensible). A veces se le ha identificado con el orden de la «naturaleza». Hegel y muchos otros lo han interpretado como una especie de «espíritu» supraindividual y su idea de una «astucia de la razón» muestra, en realidad, que Hegel se preocupaba por el hecho de que de los planes y de las acciones de los hombres surjan muchas cosas que ninguno de ellos había pretendido en sus acciones. Pero los hábitos mentales que pretenden someternos a alternativas como «racional» o «irracional», como «espíritu» o «naturaleza», son inadecuados. Tampoco en este aspecto está la realidad construida del modo que pretende hacernos creer un aparato conceptual de este tipo que, sin duda ninguna, prestó grandes servicios en su tiempo como brújula en un mundo desconocido. Las leyes peculiares de las manifestaciones de la interdependencia social no son idénticas a las leyes del «espíritu» del pensamiento o la planificación individuales ni a las leyes de eso que llamamos «naturaleza», si bien es cierto que todas estas dimensiones de la realidad están unidas entre sí y no son funcionalmente separables. Pero la referencia general a las leyes peculiares de las interrelaciones sirven poco para incrementar la comprensión de tales manifestaciones, es una referencia vacía si, al propio tiempo, no se muestran los mecanismos concretos en la interrelación y, así, la eficacia de las leyes, tomando como ejemplos cambios históricos determinados. Tal es la tarea a la que hemos consagrado el capítulo III de esta obra. Lo que en él se intenta es mostrar el tipo de entramado y la dependencia mutua o interdependencia de individuos que, por ejemplo, puso en marcha el proceso de feudalización. Se ha intentado mostrar igualmente el proceso por el que la coacción emanada de situaciones competitivas obliga a enfrentarse a una serie de señores feudales y el círculo de los competidores va reduciéndose lentamente, hasta que se crea la posición de monopolio de uno de ellos y, finalmente —junto con otros mecanismos productores de interacción social— se llega a la constitución

de un Estado absoluto. No hay duda de que toda esta reorganización de las relaciones humanas tiene una influencia directa en la consecución de ese cambio de las costumbres humanas cuyo resultado provisional es nuestra forma «civilizada» de comportamiento y de sensibilidad. Todavía habremos de hablar de la correspondencia entre este cambio específico en la estructura de las relaciones humanas y el cambio correspondiente en la estructura de los psíquicos. La consideración de estos mecanismos de interrelacion sigue teniendo importancia en un sentido general para la comprensión del proceso civilizatorio: sólo una vez que se ha observado el grado de necesidad con el que una determinada estructura social, una forma concreta de entramado social, a causa de sus tensiones internas, acaba por transformarse y por convertirse en otra forma de entramado [130], puede llegar a comprenderse como se produjeron aquellas transformaciones de las costumbres humanas, aquellos cambios en la modelación de los aparatos psíquicos que se observan siempre en la historia de la humanidad, desde los tiempos mas primitivos hasta los actuales. Y solamente entonces puede comprenderse también que, en la base del cambio de las costumbres psíquicas en el sentido de una civilización, hay una dirección v un orden determinados, aunque no hayan sido planificados por seres humanos aislados y establecidos por medios de medidas «racionales», esto es, intencionales. La civilizacion no es «racional»[131], y tampoco es «irracional», sino que se pone y se mantiene ciegamente en marcha por medio de la dinámica propia de una red de relaciones, por medio de cambios especilicos en la forma en que los hombres están acostumbrados a vivir. Pero no es imposible en absoluto que podamos hacer de ella algo «mas racional», algo que funcione mejor en el sentido de nuestras necesidades y de nuestros objetivos. Puesto que precisamente en correspondencia con el proceso civilizatorio, el juego ciego de los mecanismos de interrelacion va abriendo poco a poco un campo mayor de maniobras para las intervenciones planificadas en la red de interrelaciones y en las costumbres psíquicas, intervenciones que se hacen en función del conocimiento de estas leyes no planilficadas.

Pero ¿qué transformacion específica en su forma de vivir modela el apárato psíquico de los seres humanos en el sentido de una «civilización»? También la contestación a esta pregunta es sencilla, en función de lo que mas arriba se ha dicho acerca de las translormaciones de la sociedad occidental: desde los tiempos mas primitivos de la historia occidental hasta la actualidad han venido diferenciándose progresivamente las funciones sociales como consecuencia del aumento de la presión de la competencia social. Cuanto mas se diferencian las funciones, mayor es su cantidad asi como la de los individuos de los que dependen continuamente los demás para la realización de los actos mas simples y mas cotidianos. Es preciso ajustar el comportamiento de un número creciente de individuos; hay que organizar mejor y mas rígidamente la red de acciones de modo que la acción individual llegue a cumplir asi su función social. El individuo se ve obligado a organizar su comportamiento de modo cada vez mas diferencíado, mas regular y más estable, Ya se ha señalado que no se trata solamente de una regulación consciente. Precisamente lo característico de esta transforma-

ción del aparato psíquico en el proceso civilizatorio es que desde pequeños se va inculcando a los individuos esta regulación cada vez más diferenciada y estable del comportamiento, como si fuera algo automático, como si fuera una autocoacción de la que no pueden liberarse aunque lo quieran conscientemente. La red de las acciones se hace tan complicada y extensa y la tensión que supone ese comportamiento «correcto» en el interior de cada cual alcanza tal intensidad que, junto a los autocontroles conscientes que se consolidan en el individuo, aparece también un aparato de autocontrol automático y ciego que por medio de una barrera de miedos, trata de evitar las infracciones del comportamiento socialmente aceptado pero que, precisamente por funcionar de este modo mecánico y ciego, suele provocar infracciones contra la realidad social de modo indirecto. Pero, ya sea consciente o inconscientemente, la orientación de esta transformación del comportamiento en el sentido de una regulación cada vez más diferenciada del conjunto del aparato psíquico, esta determinada por la orientación de la diferenciación social, por la progresiva división de funciones y la ampliación de las cadenas de interdependencias en las que está imbricado directa o indirectamente todo movimiento, por tanto toda manifestación del hombre aislado.

Si se quiere obtener una idea simple que refleje esta diferencia entre la imbricación del individuo en una sociedad poco diferenciada y la imbricación en una sociedad mas diferenciada, puede recurrírse al ejemplo de los caminos y las carreteras en una y otra sociedad. Estas vías son, en cierto modo, funciones espaciales del entramado social que, en su conjunto, no se pueden expresar solamente en el *continuum* de cuatro dimensiones establecido por el aparato conceptual. Piénsese en los caminos escabrosos, sin asfaltar, batidos por el viento y por la lluvia de una sociedad de guerreros con una economía simple de carácter natural. Con excepción de algunos casos, el tránsito es muy escaso y el peligro principal que, en este caso, es el que representa el hombre para el hombre, toma la forma de los asaltos de guerreros o de bandoleros. Si los hombres miran en torno suyo, si buscan a lo largo de su camino árboles y colinas, se debe, en primer lugar, a que han de estar siempre precavidos para no ser asaltados y, en segundo o tercer lugar, porque tienen que ocultarse de alguien. La vida en las grandes vías de comunicación de esta sociedad exige estar permanentemente dispuesto a luchar y a dar rienda suelta a las pasiones en la defensa de la propia vida o de las posesiones contra un ataque armado. El tránsito en las calles principales de una gran ciudad de una sociedad diferenciada de nuestro tiempo requiere una modelación muy distinta del aparato psíquico. Aquí queda reducido al mínimo el peligro de un asalto de bandoleros o de guerreros. Los automóviles circulan a velocidad de un lado para otro; los peatones y los ciclistas tratan de escabullirse entre la multitud de coches; hay guardias de la circulación en cada cruce importante con el fin de regularla con mejor o peor fortuna. Pero esta regulación externa está orientada fundamentalmente a conseguir que cada cual tenga que adecuar del modo más exacto su propio comportamiento, en correspondencia con las necesidades de este entramado. El peligro principal que supone aquí el hombre para el

hombre es que, en medio de esta actividad, alguien pierda su autocontrol. Es necesaria una autovigilancia constante, una autorregulación del comportamiento muy diferenciada para que el hombre aislado consiga orientarse entre esa multitud de actividades. Basta con que la tensión que requiere esta autorregulación permanente supere a un individuo para ponerle a él y a otros en peligro de muerte.

Por supuesto, sólo se trata de una imagen. La red de interacciones en que se imbrica cada acto individual dentro de esta sociedad diferenciada es mucho más complicada de lo que se deduce en este ejemplo, como también está más arraigado el autocontrol que se inculca a los individuos desde pequeños. Pero esta imagen da una idea, cuando menos, de cómo el hábito psíquico del hombre «civilizado», que da a este su carácter especial, y la constancia y diferenciación de las autocoacciones están en perfecta correspondencia con la diferenciación de las funciones sociales y con la multiplicidad de los actos, que han de adaptarse mutuamente de un modo permanente.

El esquema de las autocoacciones, los modelos de la configuración impulsiva son muy distintos, según la función y la posición de los individuos dentro de este entramado y, aún hoy día, en diversos sectores del mundo occidental, se dan diferencias en la intensidad y estabilidad del aparato de autocoacción que, si se examinan más de cerca, resultan ser muy considerables. Aquí se plantea una serie de problemas aislados en cuya resolución puede ser de utilidad el método sociogenético. Al compararlas con las costumbres de los hombres en sociedades menos diferenciadas y la gran línea de transformación, que aquí se trata de subrayar, aparece de modo claro y distinto: con la diferenciación del entramado social también se hace más diferenciado, generalizado y estable el aparato sociogenético de autocontrol psíquico.

Pero la diferenciación progresiva de las funciones sociales no es más que la primera y más general de las transformaciones sociales que se ofrecen a la consideración del observador cuando éste investiga las causas de los cambios de los hábitos psíquicos que impone una «civilización». Paralelamente a la diferenciación, a la progresiva división de funciones, se produce una reorganización total del entramado social. Más arriba se ha mostrado cómo y por qué cuando hay una baja división de funciones, los órganos centrales de sociedades de cierta magnitud son relativamente inestables y carecen de seguridad. También se ha mostrado cómo, mediante la imposición de un mecanismo de relaciones coactivas, se anulan las tendencias centrífugas, los mecanismos de feudalización y cómo, poco a poco, van constituyéndose órganos centrales más estables e institutos monopólicos más fuertes que administran la violencia física. La estabilidad peculiar del aparato de autocoacción psíquica, que aparece como un rasgo decisivo en el hábito de todo individuo «civilizado», se encuentra en íntima relación con la constitución de institutos de monopolio de la violencia física y con la estabilidad creciente de los órganos sociales centrales. Solamente con la constitución de tales institutos monopólicos estables se crea ese aparato formativo que sirve para inculcar al individuo desde pequeño la costumbre permanente

de dominarse; sólo gracias a dicho instituto se constituye en el individuo un aparato de autocontrol más estable que, en gran medida, lunciona de modo automático.

Cuando se constituye un monopolio de la violencia surgen espacios pacificados, ámbitos sociales que normalmente están libres de violencia. En ellos, las coacciones que pesan sobre los individuos aislados son distintas a las anteriores. Ciertas formas de violencia, que siempre han existido pero que, hasta entonces, solamente se daban conjuntamente con la violencia física, se separan de ésta y quedan aisladas en los espacios pacificados. Las más visibles para la conciencia habitual de la época presente son la violencia y la coacción económicas. En realidad, lo que queda en los ámbitos humanos una vez que la violencia física inmediata se retira lentamente de la escena de la vida social cotidiana y solo lunciona de forma mediatizada en la creación de costumbres, es un conjunto de diversos tipos de violencia y de coacción.

En términos generales, la dirección en la que se cambian el comportamiento y la economía afectiva de los hombres cuando se transforma la estructura de las relaciones humanas del modo indicado es la siguiente: las sociedades que carecen de un monopolio estable de la violencia física son, al propio tiempo, sociedades en las que la división de funciones es relativamente escasa y las secuencias de acciones que vinculan a los individuos, relativamente breves. A la inversa; sociedades con monopolios estables de violencia física, representados, en un principio, por una gran corte principesca o real, son sociedades en las que la división de funciones es más o menos complicada y en las que las secuencias de acciones que vinculan a los individuos, son mas prolongadas, mientras que también son mayores las dependencias funcionales de unas personas con relación a otras. En estas sociedades, el individuo esta protegido frente al asalto repentino, frente a la intromisión brutal de la violencia física en su vida; pero, al mismo tiempo, también esta obligado a reprimir las propias pasiones, la efervescencia que le impulsa a atacar físicamente a otro. Y las otras formas de la coacción, que dominan en los ámbitos pacificados, modelan el comportamiento y la manifestación de los afectos del individuo en el mismo sentido. Cuanto más densa es la red de interdependencias en que está imbricado el individuo con el aumento en la división de funciones, cuanto más extensos son los ámbitos humanos sobre los que se extiende esa red y que se constituyen en una unidad funcional o institucional con dicha red, tanto más amenazado socialmente está quien cede a sus emociones y pasiones espontáneas, mayor ventaja social tiene quien consigue dominar sus afectos y tanto más intensamente se educa a los individuos desde pequeños para que reflexionen sobre los resultados de sus acciones o de las acciones ajenas al final de una larga serie sucesiva de pasos. El dominio de las emociones espontáneas, la contención de los afectos, la ampliación de la reflexión más allá del estricto presente para alcanzar a la lejana cadena causal y a las consecuencias futuras, son aspectos distintos del mismo tipo de cambio del comportamiento que se produce necesariamente al mismo tiempo que la monopolización de la violencia física y la ampliación de las secuencias de acción y de las inter-

dependencias en el ámbito social. Se trata de una modilicacion del comportamiento en el sentido de la «civilización».

La transformación de la nobleza, que pasa de ser una clase de Caballeros a ser una clase de cortesanos es un ejemplo de lo anterior. En aquellos ámbitos en que los actos de violencia física constituyen un acontecimiento inevitable y cotidiano y en que las secuencias de dependencia del individuo son relativamente breves ya que, en gran medida, vive inmediatamente del producto de su propiedad, no es necesario, posible o útil un dominio permanente e intenso de los impulsos o de los afectos. La vida de los guerreros —y también la vida de los demás, que habitan en una sociedad dominada por una clase de guerreros— está amenazada de modo constante e inmediato por actos de violencia y, en consecuencia, se mueve entre dos extremos por comparación con la vida en los ámbitos pacificados. Esta vida ofrece a los guerreros un margen extraordinariamente amplio —en comparación con cualquier otra sociedad— en la manifestación de sus sentimientos y pasiones, la posibilidad de diversiones salvajes, de satisfacer sus apetitos carnales o de dar rienda suelta a su odio en la destrucción y el martirio de todo lo enemigo o que pertenece al enemigo. Pero, por otro lado, también amenaza al guerrero vencido con una entrega absoluta al poder y a las pasiones de otro, con una esclavización completa, con formas extremas de torturas físicas, los encarcelamientos y la humillación radical de las personas que hayan pasado a ser monopolio de un poder central. Gracias a este monopolio, la amenaza física del individuo va haciéndose cada vez más impersonal y no depende de modo tan directo de los afectos y los impulsos momentáneos, sino que va sometiéndose progresivamente a normas y leyes exactas y, finalmente, acaba suavizándose dentro de ciertos limites y con ciertas variaciones, incluso en el caso del quebrantamiento de la ley.

Como puede verse, la falta de represión de los instintos y la mavor intensidad de la amenaza física con que nos encontramos allí donde aun no se han establecido monopolios centrales sólidos y fuertes, son manifestaciones complementarias. En esta estructura social es mavor la posibilidad de dar rienda suelta a los instintos y a los impulsos en el caso de los vencedores y de los hombres libres, pero también es mavor el peligro a que cada cual está sometido a causa de los impulsos ajenos y también esta mas generalizada la posibilidad de la esclavitud y de la humillacion sin limites en el caso de que una persona caiga en poder de otra. Esto no solamente reza en las relaciones entre los guerreros, entre quienes se establece poco a poco un código de dulcificación de las costumbres en el curso de la monetarización y de la reducción del ámbito de la competencia; en el conjunto de la sociedad, la libertad de la condición masculina es mucho mayor de lo que será después si se compara con la sumisión de la condición femenina y la entrega absoluta de los dominados, los vencidos o los siervos.

La vida entre estos extremos, la inseguridad permanente en que esta estructura social de entramado humano sitúa al individuo, se corresponde con la estructura del comportamiento individual y el espíritu del hombre aislado. En las relaciones entre los hombres es más evidente el peligro y mas repentina e incalculable la posibilidad de la victoria o de la liberación del

individuo quien, a su vez, también oscila de modo mas pronunciado e inmediato entro el placer y el sufrimiento. La función social del guerrero libre no implica que haya que prever los peligros a largo plazo o que se puedan pensar por adelantado hasta el tercer o cuarto paso las consecuencias de las acciones individuales, si bien es cierto que, con la centralización creciente del ejército en la Edad Media, todo va cambiando en esa dirección. En principio, es el presente inmediato el que da el primer impulso; cada vez que cambia el momento presente, cambian las manifestaciones afectivas. Si el presente acarrea placer, se goza de este por entero, sin ningún tipo de calculo, sin pensar en las consecuencias posibles que pueda tener en un futuro cualquiera. Si el presente acarrea miseria, prisión, derrota, éstas han de sufrirse sin paliativos. Y la intranquilidad continua, la cercanía constante del peligro, toda la atmósfera de esta vida insegura y escasamente calculable en la que sólo ocasionalmente aparecen islotes en los que se cuenta con una efímera protección de la existencia, suele producir, muchas veces sin causa externa alguna, cambios rápidos desde la alegría más desenfrenada hasta el abatimiento mas profundo y la penitencia. El espíritu, por decirlo asi, esta aquí mucho más dispuesto y acostumbrado a saltar con igual intensidad de un extremo al otro y a menudo es suficiente con pequeñas impresiones v asociaciones incontroladas para desatar el miedo y la transformación repentina[132].

La manifestación de los afectos se canaliza por una línea media de estabilidad, una vez cambiada la estructura de las relaciones humanas, una vez constituidas las organizaciones monopolizadoras de la violencia física y, en lugar de la coacción de las batallas y las guerras continuas, se mantiene el control del individuo por medio de las coacciones permanentes de funciones pacíficas, orientadas en función del dinero y del prestigio social. No es que desaparezcan las oscilaciones en el comportamiento y en las manifestaciones de los sentimientos, pero sí se modelan. Las oscilaciones hacia arriba y hacia abajo ya no son tan pronunciadas ni los saltos tan inmediatos.

Con esta imagen puede verse claramente qué es lo que ha cambiado. La amenaza que supone el hombre para el hombre se somete a una regulación estricta y se hace más calculable gracias a la constitución de monopolios de la violencia física. La vida cotidiana se libera de sobresaltos que se manifiestan de modo repentino. La violencia física se recluye en los cuarteles y no afecta al individuo más que en los casos extremos, en épocas de guerra o de subversión social. Por regla general, esta violencia queda reducida a un monopolio de un grupo de especialistas y desaparece de la vida de los demás. Estos especialistas, es decir, toda la organización monopolista de la violencia, ejercen su vigilancia al margen de la vida social cotidiana, como una organización de control del comportamiento del individuo.

Incluso bajo esa forma de organización de control, la violencia física y la amenaza que de ella emana, ejercen una influencia determinante sobre el individuo en la sociedad, tanto si éste la percibe como si no la percibe. Pero lo que proyecta en la vida del individuo ya no es una inseguridad permanente, sino una forma peculiar de seguridad. Ya no le zarandea de un extremo a otro, tan pronto agresor como agredido, vencedor o vencido, en-

tre poderosas explosiones de alegría y terrores cervales, sino que, de esa violencia acumulada entre los bastidores de la vida social cotidiana, emana una presión continua, homogénea, sobre la vida del individuo que éste apenas percibe porque se ha acostumbrado a ella y porque tanto su comportamiento como sus sentimientos han venido ajustándose desde la niñez, a esta estructura de la sociedad. De hecho, lo que cambia es el conjunto del aparato condicionante del comportamiento y, en consecuencia, como ya hemos señalado, no solamente se modifican las formas individuales de comportamiento, sino toda la determinación del comportamiento humano, toda la estructura del aparato de autocontrol psíquico. La organización monopolista de la violencia física no solamente coacciona al individuo mediante una amenaza inmediata, sino que ejerce una coacción o presión permanentes mediatizadas de muchas maneras y, en gran medida, calculables. En muchos casos, esta organización actúa a través de su propia superioridad. Su presencia en la sociedad es, habitualmente, una mera posibilidad, una instancia de control. La coacción real es una coacción que ejerce el individuo sobre sí mismo en razón de su preconocimiento de las consecuencias que puede tener su acción al final de una larga serie de pasos en una secuencia, o bien en razón de las reacciones de los adultos que han modelado su aparato psíquico infantil. El monopolio de la violencia física, la concentración de las armas y de las personas armadas en un solo lugar hace que el ejercicio de la violencia sea más o menos calculable y obliga a los hombres desarmados en los ámbitos pacificados a contenerse por medio de la previsión y de la reflexión. En una palabra, esta organización monopolista obliga a los seres humanos a aceptar una forma más o menos intensa de autodominio. No es que siempre falte toda clase de autodominio en la sociedad guerrera de la Edad Media o en cualesquiera otras sociedades sin una administración monopolizada de la violencia física. El aparato psíquico de autocontrol, el super-yo, la conciencia, o como se le quiera llamar, en esta sociedad guerrera depende directamente de los actos de violencia física y su configuración es coherente con este tipo de vida con sus contrastes mayores y alteraciones repentinas. En comparación con el de sociedades más pacificadas, este aparato de autocoacción es difuso, inestable y con numerosas grietas, que permiten descargas repentinas y emocionales. Los temores que aseguran el comportamiento socialmente «correcto» no han sido transferidos de la conciencia del individuo a la llamada «interioridad». El peligro principal no es aún el fracaso de la autorregulación, la reducción de los autocontroles, sino que es la amenaza física e inmediata del exterior y, de igual manera, el temor que consolida las costumbres, toma claramente la forma de un miedo inducido del exterior. Y, al ser menos estable, este aparato es también menos amplio, más unilateral y parcial. En una sociedad de este tipo puede haber una gran autodominación en el sufrimiento de los dolores, pero se complementa, por otro lado, con un rasgo que se evidencia como una libertad extrema en la manifestación del placer producido por la tortura de los demás. En lógica correspondencia, podemos encontrar en determinados sectores de la sociedad medieval formas relativamente extremas de ascetismo, autocoacción y autorrenuncia, que se contraponen a ma-

nifestaciones de placer no menos extremas en otros sectores de la sociedad y, con mucha frecuencia tropezamos con cambios repentinos de una actitud en la otra en la vida de una sola persona. La autocoacción a que se somete aquí el individuo, la lucha contra el propio cuerpo, no es menos intensa y unilateral, menos radical y apasionada que su contrapartida, esto es, la lucha contra los demás, o el disfrute de los placeres.

Lo que se establece con el monopolio de la violencia en los ámbitos pacificados es otro tipo de autodominación o de autocoacción. Es un autodominio desapasionado. El aparato de control y de vigilancia en la sociedad se corresponde con el aparato de control que se constituye en el espíritu del individuo. El segundo, al igual que el primero, trata de someter a una regulación estricta la totalidad del comportamiento y el conjunto de las pasiones. Los dos —el uno, en buena parte, por intermedio del otro— ejercen una presión continua y regular para conseguir la represión de las manifestaciones afectivas y tratan de paliar las oscilaciones extremas en el comportamiento y en las manifestaciones afectivas. La monopolización de la violencia física disminuye el miedo y el terror que el hombre inspira al hombre y, al mismo tiempo, la posibilidad de aterrorizar, atemorizar o torturar a los demás, esto es, la posibilidad de que se den ciertas manifestaciones de alegría o de afectos; igualmente, el autocontrol permanente a que cada vez se acostumbra más el individuo, trata de disminuir los contrastes y las alteraciones repentinas en el comportamiento, así como la carga afectiva de todas las manifestaciones. El individuo se ve ahora obligado a reformar toda su estructura espiritual en el sentido de una regulación continuada e igual de su vida instintiva y de su comportamiento en todos los aspectos.

En esta misma dirección operan también las coacciones y fuerzas no armadas a las que se somete directamente el individuo en los ámbitos pacificados, esto es, las coacciones económicas. También éstas son menos efectivas, más moderadas, más estables y menos repentinas que las coacciones que ejercen unos sobre otros los hombres en una sociedad de guerreros sin monopolio. Estas coacciones, incorporadas al conjunto de las posibilidades que se abren a los individuos en la sociedad, obligan a una actitud previsora v reflexiva del pasado, más allá del momento presente y en correspondencia con las secuencias más largas y diferenciadas en que se imbrica ahora de modo automático toda acción. Exigen del individuo un dominio permanente de sus movimientos afectivos e instintivos momentáneos a causa de la necesidad de tomar en consideración las consecuencias más lejanas de sus acciones. Inculcan en este mismo individuo una autodominación regular (por comparación con la situación anterior) que rodea todo su comportamiento como un aro firme, así como una regulación continuada de sus instintos en el sentido de las pautas sociales. En este caso no son las funciones de los adultos las que inculcan directamente esta represión y esta regulación constante de los impulsos y de los afectos en los individuos, sino que los adultos enseñan los modos de comportamiento adecuado a los niños parcialmente de modo automático y parcialmente de modo consciente, por medio de sus propias formas de comportamiento. Desde su primera infancia se acostumbra al individuo a observar esa contención y previsión sistema-

ticas que precisara para su funcion de adulto. Esta contencion, esta regulacion de su comporlamiento y de su vida instintiva se le convierte en costumbre desde tan corta edad que se constituyo en el en una estación de *relais* de las pautas sociales, en una autovigilancia automática de los instintos en el sentido de los esquemas y modelos aceptables para cada sociedad, en una «razón», en un «super-vo» mas diferenciado y mas estable; y una parle de los movimientos e inclinaciones instintivos contenidos no le resultan conscientes en modo alguno.

Anteriormente, en la sociedad guerrera, el individuo podía ejercitar la violencia siempre que tuviera el poder y la fuerza necesarios para ello; podía dar rienda suelta a sus inclinaciones en muchas direcciones que después se han hecho impracticables a causa de las prohibiciones sociales. Pero el individuo medieval pagaba sus oportunidades mayores de placer inmediato con la posibilidad también mayor de padecer un miedo directo y crudo. Las representaciones medievales del infierno nos dan una idea de la fuerza y la intensidad de este tipo de miedo en el individuo inmerso en esta estructura de relaciones inter-humanas. Tanto el placer como el dolor tenian aquí vía libre al exterior. Pero el individuo era su prisionero. Muy a menudo el individuo era zarandeado por sus propios sentimientos como si fueran fuerzas naturales. Como no dominaba sus pasiones, era dominado por ellas.

En la época posterior, al prolongarse las secuencias que discurren a lo largo de la vida de las personas, el individuo aprende asimismo a dominarse. El hombre aislado ya no es el prisionero de sus pasiones. Pero ahora, debido a la dependencia funcional, esta mas vinculado que antes a una cantidad mayor de personas y en lo relativo a su comportamiento, a la oportunidad de satisfacer directamente sus inclinaciones e impulsos, esta mas limitado que antes. En cierto sentido, la vida encierra muchos menos peligros, pero también proporciona menos alegrías, por lo menos en lo relativo a la manifestación inmediata del placer. Y para lo que falta en la realidad se busca substituto en los sueños, en los libros, en los cuadros; de este modo, en el proceso de acortesanamiento, la nobleza comienza a leer novelas caballerescas y el burgués va a buscar violencia y pasión a las películas. Los enfrentamientos físicos, las guerras y las luchas disminuyen y cualquier cosa que los recuerde, hasta el descuartizamiento de animales muertos y la utilización del cuchillo en la mesa, tiende a reprimirse o, por lo menos, a someterse a una regulación social cada vez más estricta. En cierto sentido, lo que sucede es que el campo de batalla se traslada al interior. El hombre tiene que resolver dentro de sí mismo una parte de las tensiones y de las pasiones que antiguamente se resolvían directamente en la lucha entre individuos. Las coacciones pacíficas que ejercen sobre el sus relaciones con los demás van incrustándose en su personalidad. Se consolida un aparato de costumbre peculiar, un «super-yo» especifico que pretende regular, reformar o reprimir continuamente sus afectos de acuerdo con la estructura social. Pero los impulsos, los afectos pasionales, que ya no pueden manifestarse de modo inmediato en las relaciones entre los hombres, suelen combatir de modo igualmente intenso en el interior del individuo contra la par-

te vigilante de este. Y no siempre encuentra una solución feliz este combate casi automático del hombre consigo mismo; no siempre la autorreforma que exige la vida en esta sociedad conduce a un equilibrio nuevo de la estructura instintiva. Muy a menudo se producen rebeliones de una parte de la persona contra la otra, o bien deformaciones que dificultan o impiden el desarrollo de las funciones sociales. Las oscilaciones verticales, por expresarlo de este modo, los saltos del temor a la alegría, del placer a la penitencia, se hacen menores, mientras que el salto horizontal, que atraviesa a todos los seres humanos, la tensión entre el «super-yo», el «inconsciente» y el «subconsciente» se hace mayor.

Cuando no se consideran las estructuras de modo estático, sino su génesis social, se muestra aquí el rasgo general de estas manifestaciones de entramado como algo muy simple: al aumentar los grupos de personas en relaciones de interdependencia y al excluirse de estas los actos de violencia física, surge un aparato social en el que las coacciones que los hombres ejercen unos sobre otros se transforman en autocoacciones; estas autocoacciones, que son funciones de una previsión y reflexión permanentes que se inculcan en el individuo desde pequeño en correspondencia con su imbricación en secuencias más largas de acciones, tienen parcialmente la forma de un autodominio consciente, parcialmente también la forma de costumbres, y funcionan de modo automático. Su resultado es una contención regular de las manifestaciones instintivas y emocionales, según un esquema diferenciado peculiar a cada situación social. Pero, según sea la presión interna y la situación de la sociedad y del individuo en ella, también producen tensiones y perturbaciones determinadas en el comportamiento y en la vida instintiva individual. En ciertas condiciones pueden conducir a una intranquilidad e insatisfacción continuas del individuo precisamente porque una parte de sus inclinaciones e impulsos sólo encuentra satisfacción de una forma insólita, por ejemplo, en la fantasía, en la contemplación o en la audición, en el sueño o en el ensueño. A veces, la costumbre en la contención de las emociones llega tan lejos —los sentimientos permanentes de aburrimiento o de soledad son buena muestra de ello—, que el individuo ya no tiene posibilidad de manifestar sin temor sus afectos reprimidos, de satisfacer directamente sus instintos sofocados. En estos casos se anestesia a los impulsos concretos por medio de una estructura específica de la red de relaciones en la que crece el individuo desde niño. Bajo la presión de los peligros que su manifestación acarrea en los ámbitos infantiles, aquellos impulsos concretos se acorazan de tal modo con miedos de carácter automático que, en ciertas condiciones, pasan toda la vida sordos y mudos. En otros casos, el carácter tosco, afectivo y pasional de estos impulsos concretos ocasiona conflictos inevitables a los niños en el curso de su modelación para convertirse en seres «civilizados», de tal forma que sus energías sólo encuentran salida por vías laterales a través de acciones compulsivas y de otras manifestaciones neuróticas. En otros casos, estas energías, así transformadas, se canalizan a través de fobias y filias incontroladas y unilaterales y en la inclinación por cualesquiera curiosas manías. En este caso, como en el otro, una intranquilidad interior y aparentemente injustificada

muestra cuántas energías instintivas se orientan de este modo hacia una configuración que no permite ninguna gratificación auténtica.

En la actualidad, el proceso civilizatorio individual, así como el social, se lleva a cabo en gran medida de un modo ciego. Bajo la cobertura de lo que los adultos piensan y planean, la relación que establecen con los adolescentes suscita funciones y efectos en el espíritu de éstos que aquellos no habían previsto y de los que apenas saben nada. Espontáneas en este sentido son las manifestaciones más irregulares y socialmente anormales de la modelación, como lo muestran estos ejemplos. No consideramos aquí aquellas anormalidades psíquicas que, en realidad, no son manifestaciones del proceso de formación sino que son consecuencia de cualidades hereditarias inmutables. Pero el hábito que se mantiene en el marco de la correspondiente norma social y, al propio tiempo, es satisfactorio desde el punto de vista subjetivo, no es menos espontáneo. El mismo aparato de modelación produce resultados humanos más o menos adecuados a lo largo de una curva de adaptación. Los miedos que se reproducen de modo mecánico y que, en el curso de los conflictos civilizatorios, se vinculan a determinadas manifestaciones impulsivas, en ciertas circunstancias pueden no originar un aturdimiento duradero o total de los impulsos concretos, sino solamente su sofocación y regulación en el marco de lo que pasa por ser normal. A su vez, la desviación y la transformación de las energías impulsivas concretas, en lugar de manifestarse como actos compulsivos socialmente inútiles, como preferencias y costumbres aberrantes, pueden cristalizar en una actividad o vocación muy satisfactorias personalmente y muy fructíferas desde un punto de vista social. En un caso y en el otro, la red de relaciones que se establece en la etapa más influible del hombre, en la infancia y la adolescencia, constituye su estructura individual, el aparato psíquico de cada individuo como relación entre su super-yo y su centro instintivo. En un caso y en el otro, esta estructura individual se consolida como un aparato de costumbre que se manifiesta y se desarrolla en todas las demás relaciones con los otros individuos. En los casos más favorables —por expresarlo en términos plásticos— puede que las heridas que los conflictos civilizatorios ocasionan al psiquismo de los individuos cicatricen lentamente; en los casos más desfavorables estas heridas no cicatrizan nunca o vuelven a abrirse fácilmente con los nuevos conflictos. Los conflictos humanos de la infancia, anclados en el aparato psíquico, interfieren en las relaciones interhumanas posteriores ya bajo la forma de contradicciones entre las costumbres compulsivas concretas que se originan en las diversas relaciones y la multiplicidad de dependencias del niño, ya bajo la forma de conflictos que se repiten continuamente entre este aparato compulsivo y el centro originador de los impulsos. En los casos especialmente favorables se igualan lentamente estas contradicciones entre las diversas partes del aparato del super-yo; los conflictos más patógenos entre este aparato y el centro generador de los impulsos terminan por enquistarse y no solamente desaparecen del horizonte de la conciencia, sino que llega a superárseles de tal manera que ya no interfieren inconscientemente en las relaciones interhumanas posteriores, sin que esto tampoco suponga unos costos excesivos desde el punto de

vista de la gratificación subjetiva. En un caso, el autocontrol consciente e inconsciente sigue siendo, en algunos lugares, difuso y abierto a la penetración de energías impulsivas sin intencionalidad social; en otro caso, este autocontrol que aún hoy, en las fases juveniles, suele parecerse más a una confusión de témpanos de hielo que chocan entre sí por encima o por debajo del agua que a una pista helada lisa, se hace cada vez más unitario y estable en justa correspondencia con la estructura de la sociedad. Pero como quiera que, en nuestra época, esta estructura es muy cambiante, exige al mismo tiempo una elasticidad de las costumbres que, en la mayoría de los casos, se paga con una pérdida de la estabilidad.

Desde el punto de vista teórico no es difícil diferenciar un proceso civilizatorio individual coronado por el éxito de otro que ha fracasado: en el primer caso, tras todos los esfuerzos y conflictos de este proceso, en el marco de un modo de comportamiento bien adaptado a la función social del adulto, acaba por constituirse un conjunto de costumbres que funciona adecuadamente y, al propio tiempo —aunque lo uno no va necesariamente con lo otro— un equilibrio positivo desde el punto de vista del placer; en el otro caso la autorregulación social necesaria ha de comprarse al precio de una tensión extrema para conseguir vencer las energías impulsivas contradictorias, con grandes costos para la satisfacción personal, o bien jamás se consigue el triunfo sobre estas energías y la renuncia a su satisfacción, con lo que tampoco se obtiene un equilibrio positivo del placer ya que los mandatos y prohibiciones sociales no solamente están representadas por los otros seres humanos, sino también por quien sufre todos estos males, pues hay en él una instancia que prohibe y castiga precisamente aquello que la otra instancia desea.

En realidad, el resultado del proceso civilizatorio individual sólo es claramente desfavorable o favorable en un número relativamente bajo de casos, en los extremos de la curva de adaptación. La mayoría de las personas civilizadas vive en un punto medio entre estos dos extremos. Los rasgos socialmente favorables y desfavorables, las tendencias satisfactorias e insatisfactorias se mezclan en ellos en proporciones diversas.

El proceso de modelación social en el sentido de la civilización occidental es especialmente difícil. Para conseguir al menos un éxito relativo tiene que producir una diferenciación muy intensa, una regulación muy fuerte y estable del aparato psíquico de los individuos, en consonancia con la estructura de la sociedad occidental. En líneas generales, especialmente en las clases medias y bajas, este proceso suele ser más lento que el proceso de modelación de las sociedades menos diferenciadas. La resistencia que se ofrece a la adaptación a las pautas civilizatorias dadas de antemano, las tensiones que cuesta al individuo esta adaptación, la profunda transformación de todo el aparato psíquico, son siempre muy considerables. Y, además, a diferencia de las sociedades menos diferenciadas, el individuo de la sociedad occidental alcanza muy tarde la condición adulta y, con ella, los hábitos de adulto, cuya aparición, por lo general, supone el fin del proceso civilizatorio individual.

Pero, aunque en la sociedad occidental la elaboración del aparato psí-

quico es muy intensa y laboriosa, no hay duda de que en las demás sociedades también se producen procesos en esta misma dirección, esto es, procesos civilizatorios individuales y sociales. Estos procesos se dan siempre allí donde, bajo la presión de la competencia, la división de funciones hace posible y necesaria la dependencia mutua de grandes concentraciones humanas, donde un monopolio de la violencia física hace posible y necesaria una cooperación desapasionada entre los hombres; se producen, por lo tanto, donde se establecen funciones que requieren una previsión y reflexión continuas sobre las acciones y las intenciones de los demás, a lo largo de prolongadas cadenas intencionales. Lo determinante del tipo y el grado de tales avances civilizatorios sigue siendo la amplitud de las interdependencias, el grado de la división de funciones y también, la estructura de estas mismas funciones.

II. Difusión de la previsión y de la autocoacción

Lo que da su carácter especial y único al proceso civilizatorio de Occidente es el hecho de que, por primera vez en la historia, se haya llegado a tal complejidad en la división de funciones, a tal estabilidad en los monopolios de la violencia física y de los impuestos y a unas interdependencias y competencias de tales masas humanas en espacios territoriales tan amplios.

Con anterioridad a esto sólo se dieron redes monetarias y comerciales amplias, con algunas organizaciones monopolistas de la violencia física en su interior, en los valles fluviales y en las riberas marítimas. Las grandes extensiones de tierra firme del interior seguían encontrándose más o menos claramente en el estadio de la economía natural, esto es, con escasas redes comerciales y con bastante autarquía, aun cuando contaran con algunas arterias comerciales y con algunos grandes mercados. La sociedad occidental dio lugar a una red de interdependencias que no solamente abrió nuevos mares, sino que también penetro hasta el último rincón de tierra firme. A esto corresponde la necesidad de una compenetración del comportamiento de los individuos sobre extensiones territoriales tan amplias, así como una previsión de las cadenas de acción sin precedentes hasta la época. Igualmente fuerte es el autodominio, igualmente constantes la coacción, la contención de los afectos y la regulación de los impulsos que impone la vida en los centros de esta red tan compleja. Una de las expresiones que pone especialmente de manifiesto esta correspondencia entre la presión mayor y menor de la red de interdependencias por un lado y la situación psíquica del individuo por el otro es lo que llamamos «el ritmo» de nuestro tiempo[133]. De hecho, este «ritmo» no es otra cosa que una expresión de la gran cantidad de imbricaciones de la red en que se anuda cada función social, así como de la presión competitiva que impulsa a cada acción dentro de esta red amplia y tupida. Este ritmo puede observarse, en el caso del funcionario o del empresario, en la cantidad de sus entrevistas o negociaciones o, en el caso de un trabajador, en la determinación exacta de cada acto

manual en cada minuto; en uno y otro caso, el ritmo es la expresión del conjunto de acciones que están en interdependencia, de la longitud y densidad de las cadenas en las que se materializan las acciones individuales como las partes de un todo, asi como de la fuerza de las luchas de competencia y exclusión que mantienen en movimiento toda esta red de interdependencias. En uno y otro caso, la función que se realiza en el punto de cruce de tantos eslabones de la cadena de actos requiere una división muy exacta del tiempo vital. Esta división del tiempo vital crea la costumbre de subordinar las inclinaciones momentáneas a las necesidades de una interdependencia mas amplia y capacitada para excluir todas las oscilaciones en el comportamiento y para someterse a una autocoaccion continuada. Esta es la razón que explica que se den tan a menudo en el individuo tendencias que se orientan contra su propia época, representadas por su super-yo y explica, asimismo, que haya tantas personas en lucha consigo mismas cuando pretenden ser auténticas. Tomando en cuenta el desarrollo de los aparatos de medir el tiempo y la propia conciencia del tiempo, puede determinarse con relativa exactitud —al igual que puede hacerse tomando en cuenta el desarrollo del dinero y de los otros instrumentos que fomentan el entramado social— cómo avanza la división de funciones y, al propio tiempo, la autorregulación a que está sometido el individuo.

Es cierto que queda por responder la pregunta de por qué, dentro de estos entramados, los esquemas de la regulación afectiva son distintos en muchos respectos, por qué la sexualidad, por ejemplo, está más rodeada de restricciones en un país que en otro. Pero cualesquiera qué sean las diferencias concretas, la orientación general del cambio de comportamiento, el *trend* del movimiento civilizatorio es por doquier el mismo. La transformación impulsa siempre a una autovigilancia más o menos automática, a la subordinación de los impulsos momentáneos bajo una previsión a largo plazo para la constitución de un «super-yo» más diferenciado y más sólido. Y, visto en líneas generales, también es igual el modo en que se difunde esa necesidad de supeditar los afectos momentáneos a objetivos a largo plazo: en todas partes comienzan aceptándola las cúspides de las clases dominantes y luego se extiende a las restantes clases de la sociedad.

Hay una diferencia muv considerable entre el hecho de que una persona en un mundo con vínculos de dependencia densos y complejos, viva solamente como un objeto pasivo de la interdependencia, siendo afectado por los acontecimientos lejanos, sin llegar a influir, ni siquiera a comprender estos entramados a largo plazo y el hecho de que alguien tenga un lugar y una posición en la sociedad que, para su realización inmediata, requiere una prolongación continua de la previsión a largo plazo y una regulación permanente de su propio comportamiento en este sentido. En los comienzos del desarrollo occidental son ciertas funciones realizadas por las clases superiores y medias las que requieren de sus miembros una autodisciplina activa, permanente, orientada a la previsión a largo plazo; las funciones cortesanas en los centros de dominación política de las grandes sociedades y las funciones comerciales en los centros de los entramados mercantiles que se encuentran bajo la protección de algún monopolio relativamente estable

de la violencia física. Pero, entre las peculiaridades de los procesos sociales en Occidente se cuenta el hecho de que, con la ampliación de las interdependencias la necesidad de tal previsión a largo plazo y de tal determinación activa del comportamiento individual, se extiende también a ámbitos territoriales y temporales más amplios, así como a otras clases de la sociedad. Igualmente, las funciones y la situación social de conjunto de las correspondientes clases sociales inferiores posibilita cada vez más una previsión a largo plazo y conlleva una transformación o contención correspondientes de todas aquellas inclinaciones que implican una satisfacción momentánea o a corto plazo a costa de las satisfacciones a más largo plazo. En el pasado, las funciones de las clases trabajadoras inferiores sólo estaban imbricadas de tal modo en la red de interdependencias que sus miembros se limitaban a intuir las consecuencias a largo plazo y —cuando eran desfavorables— contestaban con la agitación y la sublevación, esto es, con descargas afectivas a corto plazo. Pero sus funciones no estaban constituidas de modo tal que pudieran convertir siempre de modo automático las coacciones externas en autocoacciones; sus tareas cotidianas no daban posibilidad para contener sus deseos y afectos más inmediatos en beneficio de algo que no parecía directamente accesible, razón por la cual sus sublevaciones casi nunca conseguían un éxito duradero.

Actúan aquí diversos tipos de concatenaciones. Dentro de cada gran entramado humano hay una gradación con sectores centrales y sectores menos centrales. Las funciones en los sectores centrales, por ejemplo, las funciones supremas de coordinación obligan a una contención personal continuada y rigurosa no solamente a causa de su posición más central o de la multiplicidad de acciones concatenadas. En correspondencia con la diversidad de acciones, que dependen de las de sus titulares, aquellas implican una mayor fuerza social. Lo que da su aspecto peculiar al desarrollo occidental es el hecho de que, en el curso del mismo, va haciéndose más regular la interdependencia generalizada. El engranaje muy diferenciado y la compleja división del trabajo de las sociedades occidentales dependen cada vez en mayor medida del hecho de que también las clases bajas, agrarias o urbanas, regulen su comportamiento y su actividad en función de interrelaciones a más largo plazo. Estas clases dejan de ser las clases «bajas» por excelencia. La división del trabajo se hace tan sensible y complicada y las perturbaciones en cualesquiera lugares de las cadenas de montaje que la atraviesan afectan en tal grado a la totalidad social que, bajo la presión de las luchas de exclusión, las clases dirigentes, las poseedoras del poder, se ven obligadas a tomar crecientemente en consideración a las amplias clases populares. Pero, al tiempo que sus funciones van haciéndose cada vez más centrales en el curso de esta transformación y alcanzando un peso mayor en el conjunto del gran entramado humano de división del trabeijo, estas clases precisan y posibilitan una capacidad de previsión mayor para la realización de tales funciones. Con el incremento de la presión social estas clases se acostumbran a contener sus afectos momentáneos, a disciplinar su conducta y a prever a más largo plazo en el entramado social general. De esta manera también se obliga a las clases que antaño fueron bajas a

adaptar su comportamiento en una dirección que, al principio, estaba reservada a las clases altas occidentales. Crece la fuerza social de aquéllas en relación con estas, pero también crece la capacidad para una previsión a largo plazo, sea quien sea quien orienta en un principio y quien proporciona los modelos ideales para ello. También sobre estas clases actúa cada vez mas aquel tipo de coacciones que se transforman en autocoacciones en el individuo; también en ellas crece la tensión horizontal entre un aparato de autocontrol, un «super-vo» y unas energías impulsivas inevitables, que se han transformado, regulado o reprimido con mayor o menor éxito. Así es como se amplían de modo continuo las estructuras civilizatorias dentro de la sociedad occidental y así es, también, como el conjunto de Occidente, clases bajas y altas al mismo tiempo, tiende a convertirse en una especie de clase alta y centro de una red de relaciones desde el que se expanden las estructuras civilizatorias sobre zonas pobladas y despobladas cada vez más extensas del planeta. Solamente esta visión de un movimiento tan amplio, esta expansión a saltos de ciertas estructuras funcionales y de comportamiento a nuevas clases y zonas del planeta, solamente la convicción de que todavía nos encontramos en la cresta de la ola y no al final de ella, nos permiten considerar correctamente el problema de la «civilización». Y cuando cambiamos el presente por el pasado, la pregunta es: ¿qué carácter tiene el movimiento de esta ola?

III. Disminución de los contrastes, aumento de la variedad

La civilización se impone en un lento proceso de movimientos de ascenso y descenso. Una clase social o sociedad inferior en proceso ascensional se apropia la función y la actitud de una superior frente a las demás clases o sociedades que también aspiran a ascender. Y siempre encontramos una clase o grupo más numeroso pisando los talones al que ha subido y se ha convertido en clase superior.

La multiplicidad de cuestiones que plantean las diferencias y las gradaciones en el comportamiento de las clases altas, medias y bajas constituye un campo de estudio en sí mismo. En términos generales, cabe decir que las clases inferiores dan rienda suelta más directamente a sus afectos e instintos y que su comportamiento está regulado de modo mucho menos estricto que el de las clases superiores. A lo largo de grandes períodos de la historia, las coacciones que se imponen a las clases inferiores son la violencia corporal, directa, la amenaza del dolor físico y de la muerte por la espada, de la miseria y del hambre. Esta violencia, estas situaciones no conducen a una transformación estable de las coacciones externas en autocoacciones. Un campesino medieval, que renuncia a la carne porque es demasiado pobre, porque la carne pertenece a la mesa del señor, es decir, que renuncia a la carne a causa de una coacción externa, cederá siempre a su anhelo de comerla cuando pueda hacerlo sin correr riesgo externo alguno; a diferencia del fundador de la orden monacal, procedente de las clases su-

periores, que se prohibe el consumo de carne debido a su preocupación por el más allá y al sentimiento de pecado que suscita ese consumo. El pobre de solemnidad, que se ve obligado a trabajar para otro bajo la amenaza permanente del hambre o del presidio, dejará de trabajar en cuanto desaparezca la amenaza externa; a diferencia del comerciante enriquecido que continúa trabajando para si mismo, aunque tenga suficiente para vivir y que no está sometido a la amenaza de la miseria, sino a la presión de la lucha de competencia por el poder o el prestigio en la sociedad, ya que el sentido y la justificación de su vida es su profesión y su elevada posición social, de forma que la autocoaccción permanente ha acabado por convertir el trabajo en una costumbre necesaria para su equilibrio espiritual.

Una de las peculiaridades de la sociedad occidental es que, en el curso de su desarrollo, va reduciéndose este contraste entre la situación y el código de conducta de las clases dominantes y de las clases dominadas. A lo largo de esta evolución van difundiéndose entre todas las clases los rasgos de las clases dominadas. El hecho de que la sociedad occidental haya acabado convertida en una sociedad regulada por el trabajo, es un rasgo característico de lo anterior: con anterioridad, el trabajo era un distintivo peculiar de las clases inferiores. Al propio tiempo, se difunden por toda la sociedad caracteres que antes eran privativos de las clases superiores. La transformación de las coacciones sociales externas en autocoacciones, en una costumbre automática, perfectamente natural, de regulación de instintos y contención de afectos —sólo entre personas que normalmente están a salvo de la amenaza física externa por la espada o de la muerte por hambre— que cada vez se generaliza más en Occidente.

Observando con mayor detenimiento una pequeña porción de este movimiento puede parecer que la diferencia entre la modelación emocional y el comportamiento de las clases superiores e inferiores del mundo civilizado es muy grande. En cambio, si se considera todo el movimiento a lo largo de los siglos, puede observarse una reducción continua de los contrastes agudos en el comportamiento de los diversos grupos sociales, al igual que en los contrastes y variaciones en el de los individuos aislados. La modelación de los instintos, las formas de comportamiento, el conjunto de los hábitos de las clases inferiores en la sociedad civilizada se aproximan paulatinamente a los de los otros grupos, especialmente a los de las clases medias, al ir aumentando la importancia de sus funciones en el conjunto de la división social del trabajo. Es posible que, en un principio, falte a las clases inferiores una parte de las autocoacciones y tabús que se originan en las clases medias por su necesidad de «distinguirse», de alcanzar cierto prestigio superior y también es posible que, a causa de su mayor dependencia social, las clases sociales inferiores no estén obligadas a alcanzar el mismo grado de contención emocional y previsión permanente que ha de poseer la clase superior.

También es característico de la evolución en la sociedad occidental esta reducción de los contrastes sociales e individuales, esta interpenetración y mezcolanza peculiares de los modos de comportamiento que originariamente se corresponden con situaciones sociales extremadamente distintas.

Se trata de una de las peculiaridades mas importantes del proceso de la «civilización». Pero el movimiento de la sociedad y de la civilización no es rectilíneo. Dentro del movimiento general se producen de continuo nuevas oleadas mayores y menores en las cuales vuelven a acentuarse los contrastes sociales, las oscilaciones en el comportamiento de los individuos y las manifestaciones emocionales repentinas.

Lo que vemos evolucionar aquí a simple vista, lo que acostumbramos a llamar «expansión de la civilización» en sentido estricto, el proceso de difusión de nuestras instituciones y pautas de comportamiento por todo el Occidente constituye, como hemos dicho, las últimas oleadas de un movimiento que se ha producido en Occidente a lo largo de los siglos y cuya orientación y formas características se materializaron mucho antes de que existiera el concepto de «civilización». La sociedad occidental —a la que podemos considerar aquí como una especie de clase superior— difunde hoy modos de comportamiento occidentales «civilizados», por medio del asentamiento de occidentales, o por medio de la asimilación de las clases superiores de otros pueblos, en espacios territoriales no occidentales, al igual que antaño se generalizaban en todo Occidente modelos de comportamiento impuestos por unas u otras clases superiores o por determinados centros cortesanos o comerciales. Sólo en pequeña medida está determinado el curso de estas expansiones por los planes y los deseos de quienes imponen sus modos de comportamiento. Ni siquiera hoy las clases que imponen los modelos son las creadoras u originadoras voluntarias del movimiento de expansión. Esta difusión de los modos de comportamiento análogos de «las patrias o metrópolis blancas» es consecuencia de la integración de estos otros ámbitos humanos en el mismo entramado de interdependencias políticas Y económicas, en la esfera de las luchas de exclusión entre las naciones de Occidente y dentro de ellas. No es la «técnica» la causa de esta transformación de los comportamientos. Lo que nosotros llamamos «técnica» no es más que uno de los símbolos de las últimas formas de consolidación de aquella previsión permanente a la que obliga la constitución de secuencias cada vez más prolongadas de acciones y la competencia entre unidades vinculadas de este modo. Las formas de comportamiento «civilizado» se difunden en estos otros ámbitos porque, y en la medida en que, merced a su integración en la nueva red de interdependencias, su centro pasa a los países occidentales y, al propio tiempo, se transforman la estructura de la sociedad y de las relaciones humanas en su conjunto. La técnica, la enseñanza escolar, son manifestaciones parciales. También aquí, en las zonas de expansión del antiguo Occidente se van transformando cada vez más las funciones sociales en las que ha de integrarse el individuo, de forma tal que posibilitan y hacen obligatoria una formación continua de previsión y una regulación tan estricta de las emociones como en el propio Occidente. Esta transformación del conjunto de la existencia social es igualmente el fundamento de la civilización del comportamiento. Precisamente por esto también va abriéndose paso aquí, en la relación de Occidente con las otras zonas del planeta, esa disminución de los contrastes que es peculiar a todas las oleadas del movimiento civilizatorio.

Esta imbricación recurrente de las normas de comportamiento de las clases funcionalmente superiores en las inferiores, que están en proceso ascensional, no es menos característica de la posición dual de estas clases superiores en el curso de este proceso. La habituación a una previsión a más largo plazo, la regulación más estricta del comportamiento y de las emociones que sus funciones y su posición convierten en costumbre de las respectivas clases superiores, constituyen instrumentos importantes de superioridad sobre los demás, como en el caso, por ejemplo, de los europeos colonizadores: les sirven como rasgos distintivos y se cuentan entre los propios de su posición como clase superior, que les proporcionan prestigio. Precisamente por tal razón, esta clase condena con mucha dureza el atentado contra el esquema heredado de la regulación de instintos y afectos, esto es, el «abandono» de alguno de sus miembros; castiga las infracciones tamo más contundentemente cuanto mayor es la fuerza social de las clases inferiores, cuanto más numerosas son éstas y más intensa la competencia, es decir, la lucha por las oportunidades iguales entre las clases altas y las bajas. El esfuerzo y la previsión que suponen el mantenimiento de la superior posición social de la clase alta se manifiesta claramente en las relaciones internas de la sociedad, en el carácter estricto de la vigilancia social que ejercen unos miembros sobre otros. El temor que se origina en la situación del conjunto del grupo, en su lucha por mantener su posición superior y en su mayor o menor amenaza actúa de este modo inmediatamente como una fuerza instintiva para el mantenimiento del código de comportamiento, para el cultivo del super-yo en cada uno de sus miembros aislados. Este temor cristaliza en el miedo individual, en el temor de cada persona a la degradación personal o, incluso, a la disminución de su prestigio en la propia sociedad. Y precisamente este miedo (inducido como autocoacción) frente a la disminución del prestigio a los ojos de los demás —tanto si toma la forma de la vergüenza como la del orgullo— es el que asegura la reproducción continua y habitual de los comportamientos diferenciadores y la estricta regulación de los instintos en cada individuo.

Pero si, por un lado, estas clases altas —y, como hemos dicho, funciones de clases altas cumplen en muchos aspectos las naciones occidentales en su totalidad— pretenden y se ven obligadas al mismo tiempo a mantener con todas sus fuerzas sus comportamientos especiales y su regulación instintiva específica como rasgos característicos, por otro lado, tanto su posición social como el conjunto del movimiento en el que se encuentran tiende a establecer, a largo plazo, una reducción en las diferencias de comportamiento. El movimiento de expansión de la civilización occidental muestra con bastante claridad este carácter dual. Esta civilización es el rasgo diferenciador y que da superioridad a los occidentales. Pero bajo la presión de su propia lucha competitiva, los habitantes de Occidente originan e imponen en amplias zonas del planeta un cambio de las relaciones y funciones humanas en relación con sus propias pautas de comportamiento. Convierten en dependientes a amplias zonas de la tierra pero, al mismo tiempo, en consonancia con las leyes objetivas de la progresiva división del trabajo, ellos mismos dependen de sus dependencias. De un lado, los occidentales

se valen de una serie de instituciones o de la vigilancia estricta de su propio comportamiento para trazar una línea divisoria entre sí mismos y los grupos a los que colonizan y consideran sometidos en virtud del «derecho del mas fuerte»; por otro lado, conjuntamente con sus formas sociales también imponen en estas zonas sus pautas de comportamiento y sus instituciones. Los occidentales trabajan, en gran parte sin quererlo, en un sentido que, tarde o temprano, conduce a una disminución de las diferencias en la fuerza social así como en el comportamiento de los colonizadores y los colonizados. En nuestra época comienzan a reducirse perceptiblemente los contrastes. Según la forma de la colonización, la situación de cada zona dentro de la gran red de división de funciones y, finalmente, según las propias historia y estructura en cada caso comienzan a darse en ellas procesos de interpenetración y de mezcolanza parecidos a los que se han bosquejado más arriba en relación con los comportamientos cortesano y burgués en los diversos países de Occidente. También en los territorios coloniales, según sea la situación y el poder social de los diversos grupos, penetran formas occidentales de comportamiento de arriba abajo y, ocasionalmente, de abajo arriba si mantenemos estas imágenes especiales, y se mezclan en nuevas unidades peculiares, nuevas variaciones del comportamiento civilizado. Los contrastes de comportamiento entre los respectivos grupos superiores e inferiores disminuyen con la expansión de la civilización, al tiempo que aumentan las variaciones o los matices del comportamiento civilizado. Esta transformación incipiente de los orientales o de los africanos en el sentido de las pautas de comportamiento occidentales representa hasta ahora la última oleada del movimiento civilizatorio. Pero, al tiempo que se levanta esta ola, se producen ya los indicios de otras nuevas en la misma dirección, puesto que la clase inferior en ascenso que en las colonias se aproxima a la clase superior occidental, suele ser, a su vez, la clase alta de cada lugar.

Dando un paso atrás podemos observar la última oleada del movimiento de Occidente, de que antes hablábamos: la integración de las clases inferiores, urbanas y rurales, en las pautas del comportamiento civilizado, la continua habituación de esas clases a una previsión a más largo plazo, a una contención homogénea y a una regulación más estricta de las emociones: la solidificación cada vez mayor de un aparato de autocoacción. También aquí, según cuál haya sido la estructura de la historia de un país, se constituyen modelaciones o variaciones de la configuración emocional dentro del marco del comportamiento civilizado. Por ejemplo, en Inglaterra, en el comportamiento de los obreros se transparenta algo del de los nobles rurales y de los mercaderes de una gran red comercial; en Francia se transparenta algo del comportamiento del cortesano y del de una burguesía que llegó al poder por medio de la revolución. También es posible encontrar una regulación más estricta de las formas de comportamiento, una cortesía más intensamente teñida de tradicionalismos en naciones que, por haber sido potencias coloniales durante mayor tiempo, han ejercido la función de una clase superior en el contexto de una amplia red de interdependencias; en cambio, se observa una regulación emocional menos estricta, menos igualada, en naciones que llegaron más tarde a la expansión colonial o que in-

cluso no llegaron a alcanzarla en absoluto ya que tardaron mas que las otras naciones competitivas en constituir un fuerte monopolio de la violencia y de la hacienda y una centralización de los medios materiales de poder, todo lo cual constituye el presupuesto de una expansión colonial duradera.

Y todavía más atrás, en los siglos xix, xviii o xvii —según la estructura de los respectivos países en unos casos antes, en otros después— encontramos el mismo fenómeno en un ámbito más reducido: la interpenetración de las formas de comportamiento de la nobleza y de la burguesía. Coherentemente con las relaciones de fuerzas también los procesos de interpenetración aparecen dominados en principio por los modelos que se corresponden con la situación de las clases superiores y, después, con las formas de comportamiento de las clases inferiores, hasta que, por último, como cristalización de todo el proceso transcurrido, se da una amalgama, una nueva unidad de carácter peculiar. Y también aquí tropezamos con esa situación dual de la clase superior en la cual se encuentran hoy los abanderados de la «civilización»: la nobleza cortesana, la abanderada de la *civilité* se ve obligada a practicar una contención más intensa de las emociones y a transformar más profundamente su comportamiento a medida que va integrándose en una red de interdependencias. Este proceso se acentúa con la tenaza en que la monarquía y la burguesía atrapan a aquella clase. También la nobleza cortesana utiliza esta reserva a la que le obligan su situación y su función como una forma de prestigio, como un medio de distinguirse de las clases inferiores en ascenso y, por este motivo, hace todo cuanto puede para que no se difuminen las diferencias. Únicamente el iniciado, el que pertenece a la clase, debe conocer el secreto de la buena educación; solo en el trato con la buena sociedad cabe aprender esta forma de educación. Según decía una princesa cortesana en cierta ocasión [134], Gracián mantuvo siempre oculto su escrito sobre el *savoir vivre,* el famoso *Oráculo manual* para que nadie pudiera comprar por unos céntimos este tipo de conocimiento y, en la introducción de su *Civilité,* Courtin no olvida señalar que escribió su obra para uso privado de algunos amigos y que, en la forma impresa, se destina únicamente a las personas de buena sociedad. Pero ya *no* aparece aquí la dualidad de esta situación. En razón del entramado peculiar en el que vivía, la nobleza cortesana no podía impedír que sus maneras, sus costumbres, su gusto y su lenguaje se difundieran entre las demás clases; es más, incluso contribuía directamente a esta difusión con sus contactos con sectores burgueses ricos a los que necesitaba por diversas razones. Esta expansión comenzó en el siglo xvii con algunos grupos reducidos de la cúspide de la burguesía —la digresión «sobre la modelación cortesana del lenguaje» [135] nos ofrece un ejemplo bastante plástico de ello—, luego se amplió a otras capas de la burguesía en el siglo xviii, como lo muestra la gran cantidad de escritos de *civilité* que aparecen en esta época. También aquí la fuerza del conjunto de la interdependencia, las tensiones y luchas de competencia que favorecen en su seno una diferenciación y división de funciones progresivamente crecientes y un aumento de la dependencia del individuo en relación con un número cada vez mayor de sus semejantes, son mas poderosas que el muro que la nobleza trata de levantar en torno suyo.

La coacción que ejerce el entramado creciente de funciones para imponer una previsión mayor, una autodisciplina más estricta y una constitución más sólida del super-yo se hace visible, primeramente, en pequeños centros funcionales. Después va integrándose una cantidad superior de círculos funcionales dentro de Occidente. Finalmente, comienza en los países no europeos la misma transformación de las funciones sociales y, con ello, del comportamiento y del conjunto del aparato psíquico aunque todavía anclados en formas civilizatorias anteriores. Esta es la imagen que se obtiene cuando se trata de observar el curso del movimiento civilizatorio occidental en la sociedad considerada en su conjunto.

IV. EL ACORTESANAMIENTO DE LOS GUERREROS

La sociedad cortesana de los siglos XVII y xviii y, especialmente, la nobleza cortesana de Francia, que constituye su centro, tienen una posición peculiar en el conjunto de este movimiento de oleadas, de este descenso de las formas de comportamiento elevadas y ascenso de las inferiores y de su imbricación definitiva en círculos cada vez más amplios. Como hemos dicho, los cortesanos no son los inventores o creadores de la contención emocional o de la modificación regular del conjunto del comportamiento. Esta clase, como las demás personas dentro del movimiento siguen las coacciones impuestas por el entramado de las relaciones que no han sido planeadas por individuos o grupos ningunos. Pero es en esta sociedad cortesana donde se acumula el capital de muchas formas de comportamiento y de trato social que, luego, se mezclan con otras, se transforman según la situación de las respectivas clases y se difunden en círculos funcionales cada vez más amplios caracterizados por la obligación de la previsión a más largo plazo. Su situación especial hace que los hombres de la buena sociedad cortesana sean mejores especialistas en la configuración y modelación del comportamiento en el trato social que cualquier otro grupo occidental. Ello se debe a que, a diferencia de todos los demás grupos que ocuparon luego la posición de clase alta, estos cortesanos tienen una función social, por supuesto, pero carecen de profesión.

Y no solamente en el proceso de la civilización occidental, sino en otros procesos civilizatorios, por ejemplo, los de Asia Central, tiene la misma importancia la modelación del comportamiento en las grandes cortes, en los centros administrativos de los monopolios clave de los ingresos y la violencia física. En efecto, en la sede del señor monopolista concurren todos los hilos de una red de interdependencias de cierta extensión. Aquí es donde se cruza un mayor número de cadenas de acciones más prolongadas que en cualquier otra parte del entramado. Ni siquiera los hilos del comercio de larga distancia en los que se encuentran implicados centros funcionales de comercios urbanos resultan ser duraderos y estables si no están protegidos durante una época considerable por un poder central fuerte. En consecuencia, la previsión a largo plazo, la regulación estricta del comportamiento

que exige este órgano central a los funcionarios y a los propios príncipes o a sus representantes y servidores, es mayor que en cualquier otro punto. El ceremonial de las normas de etiqueta pone de relieve esta situación. Hay una enorme cantidad de asuntos procedentes de todo el ámbito de soberanía que convergen de modo directo o indirecto sobre el señor central y su entorno más inmediato; cada gesto, cada paso que da este señor central en ciertas circunstancias, provoca consecuencias insospechadas y de largo alcance precisamente porque el monopolio aún tiene un carácter intenso de monopolio privado o personal. Sin esta división exacta, sin esta contención y distanciamiento diferenciados, se produciría el desconcierto en el equilibrio de fuerzas de la sociedad que constituye la base del trabajo pacífico de la administración monopolista. De este modo todo movimiento y todo trastorno de alguna importancia en el ámbito de soberanía del príncipe afecta a los cortesanos y al entorno del señor en sentido estricto y amplio por intermedio, si no directo, cuando menos indirecto, de la persona del señor central y de sus ministros. De modo mediato e inmediato, el entramado en el que inevitablemente está inclusa toda persona en la sociedad, obliga a una precaución permanente, a una vigilancia estricta de todo cuanto se dice y todo cuanto se hace.

La constitución de monopolios de la violencia y de la hacienda, así como la de grandes cortes en torno a estos monopolios no es más que una manifestación parcial en el curso de procesos civilizatorios generales. Pero, al mismo tiempo, es una manifestación clave, que nos da acceso sin grandes dificultades al mecanismo de este proceso. Durante una temporada, la gran corte real se encuentra en el centro de aquellos entramados sociales que instituyen y mantienen una civilización del comportamiento. Cuando se investiga la génesis social de la Corte, se descubre una de esas transformaciones civilizatorias que tiene una importancia especial y que, al mismo tiempo, presupone un requisito para todos los demás cambios en la dirección de la civilización: se descubre que, poco a poco, en lugar de una nobleza guerrera, aparece una nobleza domesticada, con sentimientos contenidos, una nobleza cortesana. El acortesanamiento de los guerreros es uno de los factores decisivos no solamente del proceso civilizatorio occidental sino de todo gran proceso civilizatorio en la medida que se nos alcanza. No es necesario decir, sin embargo, que dentro de este acortesanamiento, de esta pacificación interna de la sociedad, se dan grados y escalones muy diversos. En Occidente se produce el acortesanamiento de los guerreros de modo paulatino a partir de los siglos XI y XII y alcanza su culminación en los siglos XVII y XVIII.

Más arriba hemos expuesto en detalle el mecanismo de este proceso: en principio encontramos el campo libre con sus castillos y señoríos; la interrelación de los seres humanos es escasa; la interdependencia cotidiana de los otros individuos y, en consecuencia, el horizonte de la mayor parte de los guerreros y de los campesinos no supera el círculo más inmediato:

«El localismo era la característica más acusada de la Europa de la Alta Edad Media, el localismo primeramente de la tribu y de la propiedad territorial, que luego toma la forma de aquellas unidades feudales y señoriales

sobre las cuales descansaba la sociedad medieval. Estas unidades eran casi independientes tanto política como socialmente y el intercambio de productos e ideas estaba reducido al mínimo» [136].

Poco a poco vemos surgir del conjunto de castillos y señoríos en aquel territorio algunos cuyos señores han conseguido una posición de supremacía en un ámbito mayor o menor a través de intensas luchas y del aumento conlinuo de su propiedad territorial, así como de su poder bélico. A las residencias de estos señores, en consecuencia, afluye una cantidad mayor de bienes, por lo que también se convierten en refugio para una cantidad también mayor de individuos, en «cortes» en un sentido nuevo del término. Las personas que acuden a buscar oportunidades, entre ellas una cantidad cada vez mayor de guerreros pobres, ya no son tan independientes como los guerreros libres que residían en sus señoríos más o menos autárquicos. Todos ellos se enfrentan en una especie de competencia monopolista. Así pues, en este círculo, todavía reducido en comparación con las cortes absolutistas, la convivencia de los seres humanos cuyas acciones se influyen mutuamente, obliga a éstos, e incluso a los guerreros que están inmersos en el entramado, a un cierto grado de consideración, de previsión a largo plazo, a una revisión más estricta del comportamiento y, en especial en el trato con la señora de la corte de la que dependen, a una mayor contención de las emociones y a una transformación de la estructura afectiva. El código de comportamiento cortesano nos da una idea de la regulación de la conducta; las canciones de los trovadores[137] nos dan una impresión de la contención de las pasiones que se hace ahora necesaria y común en estas cortes mayores y menores. Son los testimonios de los primeros impulsos en aquella dirección que, finalmente, habían de llevar a un acortesanamiento completo de la nobleza y a una modificación duradera de su comportamiento en el sentido de la «civilización». Pero la red de interdependencias en que está inmerso el guerrero todavía no es muy amplia ni muy tupida. Si en la Corte es necesario someterse a cierta contención, todavía hay un sinnúmero de personas y de situaciones frente a las cuales no es necesario aceptar coacción alguna. Todavía cabe abandonar al señor y a la señora de una Corte con la esperanza de encontrar alojamiento y empleo en otro lugar. Los caminos están llenos de encuentros deseados e indeseados que no precisan una regulación especialmente estricta del comportamiento. En la Corte, en el trato con la señora, es posible que haya que reprimir los actos violentos y la manifestación de las pasiones, pero el caballero cortesano es aún, principalmente, un guerrero y su vida una sucesión casi ininterrumpida de guerras, de combates y de actos violentos. Las coacciones del entramado social pacificado, que tratan de conseguir una transformación profunda de la estructura afectiva, todavía no actúan de modo permanente e igual en su vida, sino que solamente aparecen de modo parcial y se quiebran de continuo sustituidos por coacciones bélicas que no permiten ni exigen una contención de los afectos. En consecuencia, las pautas que se impone el caballero cortesano en la Corte, sólo en escasa medida se transforman en costumbres inconscientes, en mecanismos más o menos automáticos que le forman y le reprimen. Durante la época de florecimiento de la sociedad caballeresco-

cortesana, los preceptos de educación —a los cuales ya nos hemos referido- se orientan, en buena medida, tanto a los adultos como a los niños. El respeto a estos preceptos de cortesía, no es tan evidente en el caso de los adultos que pueda dejar de hablarse de ello. Las incitaciones contrarias no desaparecen jamás de la conciencia. Todavía no es muy fuerte ni esta desarrollado el aparato de autocoacción, el «super-yo».

Falta aquí, ademas, uno de los motores principales que posteriormente en la sociedad absolutista-cortesana, contribuirán en gran medida a la consolidación de los buenos modales en los individuos y a un refinamiento progresivo de estas formas: el empuje de las clases burguesas urbanas frente a la nobleza es todavía comparativamente pequeño por lo que también es pequeña la competencia entre los dos estamentos. Sin duda, en las cortes señoriales compiten ya los guerreros y los ciudadanos para conseguir iguales oportunidades. Hay trovadores burgueses y trovadores aristocráticos porque, también a este respecto, la corte caballeresca muestra una estructura parecida a la que habremos de encontrar más larde completamente desarrollada en la corte absolutista: asegura la convivencia permanente de personas de origen burgués y de origen aristocrático. Posteriormente, en la época del monopolio de la violencia ya enteramente constituido, la interdependencia funcional de la nobleza y de la burguesía, así como la posibilidad de su contacto permanente y de sus tensiones duraderas, serán muy intensas incluso fuera de la Corte. En cambio, los contactos entre los burgueses y los guerreros en las cortes caballerescas siguen siendo todavía una manifestación relativamente insólita. En los ámbitos no cortesanos de esta sociedad la interdependencia y las interrelaciones entre la burguesía y la nobleza, son todavía muy escasas en comparación con las épocas anteriores. Las ciudades y los señores feudales de su entorno más inmediato se consideran mutuamente como unidades políticas y sociales extrañas. Una manifestación clara de esta escasa división funcional, una prueba visible de esta falta de relación entre los distintos estamentos, es el hecho de que la relación y la difusión de usos o ideas es mayor entre ciudades, entre cortes, entre monasterios (por tratarse de relaciones dentro de la misma clase en la sociedad), que entre los castillos y las ciudades de la misma zona [138]. Y esta es la estructura social, podríamos decir la contraseña que es necesario tener siempre a la vista para comprender, esa otra estructura, esos otros procesos sociales que abocan paulatinamente a una «civilización» cada vez más intensa de la autorregulación psíquica.

En este caso, como en toda sociedad de economía predominantemente natural, siguen siendo muy bajos el intercambio, el entramado, la interdependencia entre las distintas clases sociales, en comparación con las épocas posteriores. Igualmente, resulta menos equilibrado el estilo de vida en general. El poder de las armas, el potencial bélico y la propiedad mantienen una relación estrecha.

El campesino desarmado por lo tanto vive en una situación de supeditación, y se encuentra a merced del caballero armado en una medida superior a cualquier otro ser humano en la vida cotidiana en las épocas posteriores, en las que ya se han constituido monopolios de la violencia públicos

y estatales. Por otro lado, el caballero armado, el guerrero, es mucho más libre y su dependencia funcional de los individuos de la clase baja —dependencia que, por supuesto, nunca falta—, está mucho más limitada, gracias a la amenaza inmediata y física que él mismo supone, de lo que estará en las épocas posteriores cualquier vínculo de dependencia de las clases superiores en relación con las inferiores. Y algo similar sucede con el nivel de vida; también aquí es extraordinariamente grande el contraste entre la clase alta y la baja en esta sociedad, especialmente, desde luego, en la fase en que, entre la masa de guerreros, surge un número cada vez menor de señores especialmente poderosos y enriquecidos. También hoy encontramos grandes contrastes análogos en ámbitos humanos que, por su estructura social, se encuentran más cerca de la sociedad medieval occidental que del Occidente actual; por ejemplo, en la India o en Abisinia los pertenecientes a los grupos en la cúspide social disponen de un ingreso muy elevado que emplean en proporción mayor a la que se aplica en Occidente en el uso personal, en el consumo de lujo de lo que nosotros llamaríamos su «vida privada», esto es, en vestimentas y joyas, residencias y caballos, en vajillas y en comidas, en fiestas y en otras diversiones. En cambio, los miembros de la clase baja, los campesinos, viven en la miseria y bajo la amenaza perpetua de una mala cosecha o de un período de hambre; por regla general el producto de su trabajo apenas alcanza para protegerlos de la inanición; su nivel de vida es considerablemente inferior al de las demás clases en las sociedades civilizadas. «Solamente cuando disminuyen estos contrastes, cuando, bajo la presión de la competencia, que afecta a toda la sociedad, va fortaleciéndose poco a poco la división de funciones, la interdependencia y el entramado de las diversas funciones sobre ámbitos cada vez más amplios, cuando también aumenta la dependencia funcional de las clases altas y crece el poder social de las inferiores así como su nivel de vida, solamente entonces llega a establecerse esa previsión permanente a largo plazo y esa contención» de las clases altas, ese impulso permanente de las clases bajas y todas las otras modificaciones que confluyen en la difusión del movimiento civilizatorio.

Al principio, en el comienzo de este movimiento, los guerreros viven una vida más o menos propia, al igual que viven la suya los ciudadanos o los campesinos. La distancia entre los diversos estamentos, incluso cuando viven en contacto, sigue siendo muy grande; unos y otros tienen distintas costumbres, distintos hábitos, vestimentas o modos de divertirse, si bien es cierto que ya se notan bastantes influencias mutuas. Los contrastes sociales o, como gustan decir las personas de un mundo más homogéneo, la variedad de la vida es muy grande. La clase superior, la nobleza, todavía no está sometida a ninguna presión social notable de abajo, y la propia burguesía apenas le discute su función o su prestigio social. La nobleza no se ve necesitada de contener sus impulsos o de reflexionar de continuo para mantener su posición de clase superior intacta. El noble tiene su propiedad y su espada; el peligro fundamental para el guerrero, son los otros guerreros. En consecuencia, también es menor el control que los nobles ejercitan entre ellos sobre su comportamiento diferenciado y menor, también, en este punto de

vista, es el autocontrol a que se ve obligado cada caballero. El guerrero se siente mucho más seguro y mucho más cómodo en su condición social que el noble cortesano. No tiene por qué excluir de su vida los aspectos rudos y vulgares. El recuerdo de las clases inferiores no tiene nada de preocupante para él, puesto que no implica ningún miedo concreto y tampoco existe prohibición social alguna en la conducta de la clase superior en relación con todo lo que pueda recordar a las clases bajas. La visión de los miembros de las clases inferiores o de los gestos de estas clases no produce ningún sentimiento de escrúpulo, sino de desprecio, que se manifiesta de forma patente, sin ningún tipo de contención y sin ninguna consideración. La breve «ojeada a la vida de un caballero» [139] que echamos en el transcurso de este trabajo, nos da cierta impresión de esta actitud, por más que el material documental que allí empleamos procedía del período posterior de la caballería cortesana.

Más arriba hemos examinado con detalle y desde diversos puntos de vista el proceso por el que los guerreros se ven inmersos poco a poco en una red de interrelaciones más tupidas y más amplias con otras clases y grupos sociales, el proceso por el que una cantidad cada vez mayor de aquellos incurre en dependencia funcional y, finalmente, institucional. Se trata de procesos que duran siglos, que transcurren en una dirección similar: la pérdida de la autarquía militar y económica de los guerreros y el acortesanamiento por parte de estos.

Ya en los siglos XI y XII se observan los efectos de estos mecanismos de interrelación, al consolidarse los grandes poderes territoriales y al concentrarse grandes cantidades de personas en las cortes principescas mayores y menores, entre ellas una serie de guerreros menos favorecidos que buscan empleo.

Poco a poco las grandes cortes de los príncipes feudales acaban superando a las demás, únicamente los pertenecientes a la casa real tienen ahora la posibilidad de medir sus fuerzas con los otros. La más rica y brillante de las cortes de este grupo en competencia, la corte borgoñona, nos permite hacernos una idea del carácter lento y paulatino de este proceso de acortesanamiento de los guerreros.

Finalmente, en el siglo XV, y especialmente en el XVI, se acelera todo el movimiento que da el impulso a este acortesanamiento de los guerreros, y también se acelera la división de funciones, la integración, la interrelación de ámbitos y clases sociales cada vez más amplias. Esto puede verse con toda claridad en el movimiento de aquel instrumento social cuyo uso y cuyas modificaciones muestran con exactitud la división de funciones, la amplitud y el tipo de las interdependencias sociales, esto es, en el movimiento del dinero: la masa monetaria crece rápidamente y con igual rapidez disminuye la capacidad adquisitiva o el valor del dinero. Este movimiento, es decir, la tendencia a la desvaloralización del dinero acuñado, comienza en la Edad Media temprana a la par con el acortesanamiento de los guerreros. Lo nuevo en la transición de la Edad Media a la Edad Moderna no es la monetarización, la disminución de la capacidad adquisitiva del metal acuñado como tal, sino la velocidad y la magnitud del movimiento. Como sucede con

frecuencia, lo que en un principio se nos presenta como una transformación cuantitativa, si lo consideramos con mayor detenimiento es expresión de un cambio cualitativo, expresión de modificaciones en la estructura de las relaciones humanas, de alteraciones en la estructura social.

Sin duda la desvalorización acelerada del dinero no constituye por sí sola la causa de las transformaciones sociales que son cada vez más evidentes en esta época: es una manifestación parcial, una tuerca en un mecanismo complejo de interrelaciones sociales. En esta época crece la necesidad de dinero bajo la presión de las luchas competitivas en un momento y estructura determinados; los seres humanos buscan y encuentran nuevos modos y nuevos medios para satisfacer la necesidad dineraria. Pero este movimiento tiene un significado muy distinto en los diversos grupos de la sociedad, como se ha señalado más arriba [140]; se muestra en esto el aumento en la dependencia recíproca y funcional de las diversas clases: en el curso de toda esta transformación resultan favorecidos los grupos que, por la función que cumplen, compensan la disminución del poder adquisitivo del dinero consiguiendo más dinero o un aumento correspondiente de sus ingresos, esto es, especialmente las clases burguesas y los titulares del monopolio real como los reyes; en cambio, resultan perjudicados los grupos aristocráticos o guerreros que conservan el mismo ingreso nominal, pero disponen de un ingreso real menor en cuanto a la capacidad adquisitiva, a medida que va desvalorizándose el dinero. Las consecuencias de este movimiento son las que en los siglos xvi y xvii fomentan el crecimiento de las cortes y, por lo tanto, el aumento de la dependencia inmediata de los monarcas mientras que, por otro lado, los ingresos fiscales de los reyes crecen de tal modo que cada vez pueden mantener a una cantidad mayor de personas en sus respectivas cortes.

Cuando consideramos la herencia del pasado como una especie de álbum de imágenes y, sobre todo cuando concentramos la atención sobre el cambio de los «estilos», nos da la impresión de que de vez en cuando hubiera variado repentinamente el gusto o el espíritu de los seres humanos mediante una mutación interna: vemos «hombres góticos», «hombres del Renacimiento», «hombres del Barroco». Sin embargo, cuando tomamos en consideración la estructura de la red de interrelaciones en que se encuentran inmersos todos los individuos de una época concreta, cuando estudiamos con detenimiento los cambios de las instituciones en las que estos hombres viven, o las funciones que fundamentan su existencia social, desaparece la primera impresión de que la misma mutación se hubiera producido en un momento dado, repentinamente, de modo ciego, en muchas almas individuales. Estas transformaciones precisan de mucho tiempo y se van produciendo paulatinamente, paso a paso, y en gran parte con todo sigilo, al menos para sensibilidades que solamente pueden registrar los grandes acontecimientos muy visibles. Las grandes explosiones en las que se transforman de modo retroactivo y, precisamente por ello, con mucha claridad, la existencia y la actitud de los individuos, no son más que manifestaciones parciales dentro de cambios sociales lentos y a menudo inadvertidos, cuyos efectos solamente son comprensibles estableciendo una comparación

entre distintas generaciones y considerando las diferencias entre el destino social de los padres y el de los hijos por un lado y el de los padres y el de los nietos por otro. Esto es lo que sucede con el acortesanamiento de los guerreros, con aquella transformación en cuyo decurso una clase alta de cortesanos viene a sustituir a una clase alta de guerreros libres. Incluso en las últimas épocas de este proceso, todavía muchos individuos consideran que la realización de sus deseos, de su existencia, de sus afectos y de sus inclinaciones se consigue llevando una vida de guerreros libres; pero todas estas apetencias y afectos resultan cada vez más difíciles de realizar a medida que van transformándose lentamente las relaciones humanas. Las funciones que habían de constituir el ámbito de afectos desaparecen del entramado de las relaciones humanas. Y lo mismo sucede, por último, con la corte absoluta, que no es la invención o creación de algún individuo concreto en algún momento dado, sino que se constituye sobre la base de un desplazamiento paulatino de las relaciones sociales de fuerza. En esta Corte, todos los individuos se ven obligados a integrarse en una forma específica de relaciones por medio de una interdependencia concreta con los demás. Esta interdependencia es la que mantiene a los individuos en tal situación. De este modo, este entramado de interdependencia produce la corte que, a su vez, se reproduce en cuanto que institución consolidada, conjunto de relaciones humanas superadoras de los propios individuos, en tanto esta forma concreta de dependencia recíproca va ampliándose a círculos cada vez más amplios de individuos en virtud de una estructura determinada del conjunto de la sociedad. Así como la institución social de una fábrica no es comprensible si no se trata de entender sobre el trasfondo de la totalidad del ámbito social que produce fábricas, la causa por la cual unos individuos que están obligados a prestar sus servicios como empleados o trabajadores a un empresario y la causa por la cual el empresario, a su vez, depende de tales servicios y prestaciones tampoco es comprensible la institución social de la corte absoluta mientras se desconozca la fórmula de necesidades, esto es, el tipo y la medida de la dependencia reciproca por medio de la cual aparecen conjugados e integrados individuos de distinto tipo. Solamente así se nos aparece la Corte como lo que era realmente; solamente así deja de parecemos una aglomeración casual o arbitraria cuya razón de ser no es posible ni necesario averiguar, y adquiere el sentido de un entramado de relaciones humanas que, durante una época, se reproducen de esta manera porque ofrecía a muchos individuos oportunidades para la satislacción de ciertas necesidades, o dependencias socialmente establecidas.

Más arriba hemos mostrado la constelación de necesidades gracias a la cual se reproduce continuamente la «corte» como institución a lo largo de las sucesivas generaciones: la nobleza o, por lo menos, parte de la nobleza necesitaba al rey porque con la constitución progresiva del monopolio, había desaparecido la función del guerrero libre en la sociedad y porque, al aumentar la interdependencia monetaria, los productos de los señoríos sólo le permitía llevar una existencia modesta en comparación con el nivel de la burguesía ascendente y a menudo ni eso y, desde luego no le garantizaba una existencia social que mantuviera su prestigio como clase superior

frente a la fortaleza creciente de las clases burguesas. Presionada por la necesidad, una parte de la nobleza —que tenía esperanzas de encontrar algún tipo de acomodo—, se integraba en la Corte y, con ello, en la dependencia inmediata del rey. Sólo la vida cortesana abría a los nobles un ámbito social en el que pudieran encontrar acceso a las oportunidades económicas y de prestigio social que pudieran satisfacer la aspiración de una existencia representativa de clase alta. Si los aristócratas se hubieran interesado única o principalmente en las oportunidades económicas, no hubieran tenido que integrarse en la Corte; muchos de ellos hubieran podido enriquecerse por vía del matrimonio mejor y con más eficacia que viviendo en la Corte. Sin embargo, para enriquecerse mediante el comercio, hubieran tenido que renunciar a su título de nobleza, se hubieran degradado a sus propios ojos y a los de los restantes aristócratas. Pero precisamente lo que daba sentido y meta a su vida desde su propia sensibilidad, era la conservación de las distancias frente a la burguesía, su carácter nobiliario, su pertenencia a la clase superior del país. El deseo de conservación de su prestigio estamental, la exigencia de «distinguirse» como motivación de sus actos tenía primacía sobre la necesidad de riqueza o la acumulación de dinero. Los nobles no iban a la Corte y permanecían en ella sólo porque fueran dependientes del Rey desde un punto de vista económico, sino que eran dependientes del Rey porque sólo viviendo en la Corte, en medio de la sociedad cortesana, podían mantener las distancias frente a todos los demás así como el prestigio sobre los que descansaba su tranquilidad de espíritu, su existencia como miembros de una clase superior, la *Society* del país. Por supuesto, una parte de la nobleza cortesana al menos no hubiera podido vivir en la Corte si no se le hubiera ofrecido una multiplicidad de oportunidades económicas del mas diverso tipo; pero lo que esta clase buscaba no eran posibilidades de existencia económica en cuanto tales —puesto que, como hemos dicho, hubieran podido encontrarlas y no solamente en la Corte—, sino posibilidades de existencia que fueran compatibles con la conservación de su prestigio y de su carácter aristocrático. Este vínculo doble, este vínculo a través de las necesidades económicas y de prestigio, es característico en mayor o menor grado de todas las clases superiores, no solamente de los representantes de la *civilité,* sino también de los de la «civilización». La coacción que ejerce sobre el individuo el hecho de ser miembro de una clase «acomodada», y la necesidad de seguir perteneciendo a ella, es tan fuerte y tan modificadora como la coacción que se deriva de la simple necesidad de buscarse el sustento. Las dos motivaciones constituyen una especie de cadena doble e irrompible que aprisiona a los pertenecientes a estas clases; el primero de los vínculos, la necesidad de prestigio, el miedo a la pérdida del mismo, la lucha contra la desaparición de las diferencias sociales, no puede explicarse únicamente en función del otro vínculo, como si fuera una exigencia oculta de más dinero, de mayores ventajas económicas, puesto que lo hallamos también en clases o familias que, a causa de una gran presión externa, se encuentran al borde del hambre y de la miseria. La exigencia de mayor prestigio social en cuanto motivo primario de la acción, únicamente aparece entre miembros de clases sociales que, en circunstancias nor-

males, disponen de un ingreso no excesivamente bajo, o en crecimiento permanente y que se encuentran muy por encima del mínimo vital. Lo que impulsa a estas clases sociales a la actividad económica ya no es simplemente la necesidad de satisfacer el hambre, sino la necesidad de conservar cierto nivel de vida y prestigio social. Esto es precisamente lo que explica por qué en tales clases altas la regulación emocional y, ante todo, el establecimiento de autocoacciones es, por lo general, mayor que en las clases bajas correspondientes. El miedo a la pérdida o, incluso, a la disminución del prestigio social es uno de los motores más poderosos del cambio de las coacciones externas en autocoacciones. Al igual que en otras ocasiones, en estas los caracteres de la clase alta, los caracteres de la «buena sociedad», de la aristocracia cortesana de los siglos xvii y xviii, son evidentes precisamente porque en este contexto el dinero es un instrumento imprescindible de la vida, y la riqueza, un instrumento deseado para la misma, pero todavía no es el centro del prestigio como sucede en el mundo burgués. A los ojos de quienes pertenecen a la sociedad cortesana, esta pertenencia significa algo más que la mera riqueza; precisamente por ello están completamente vinculados a la Corte y no tienen posibilidad de escapatoria; precisamente por ello, también, es tan intensa la coacción de la vida cortesana que configura su comportamiento; no hay ningún otro lugar en el que pudieran vivir sin degradarse; de aquí que dependan tan estrechamente del Rey.

A su vez, el Rey depende de la nobleza por una serie de razones. Necesita la compañía de una sociedad cuyos puntos de vista comparte. El hecho de que las personas que le atienden en todo momento, ya sea a la hora de comer, de dormir o de cazar, sea la más alta nobleza del país, satisface su necesidad de situarse por encima de todos los demás grupos sociales. En especial necesita a la nobleza como contrapeso frente a la burguesía, al igual que utiliza a la burguesía como contrapeso frente a la nobleza, sino quiere ver reducido su ámbito de dominación en cuanto a su disposición de los monopolios esenciales. Sobre todo, lo que hace que el señor absoluto dependa de la nobleza, son las leyes del «mecanismo real». El fundamento de la política real es conservar a la nobleza como una clase diferenciada para mantener el equilibrio de tensiones entre la nobleza y la burguesía, sin permitir que uno de los dos estamentos prevalezca sobre el otro.

Tanto la nobleza como la burguesía dependen, pues, del Rey, y también el Rey depende de la nobleza. Pero, por supuesto, la dependencia de los nobles frente al Rey es incomparablemente mayor que la dependencia del Rey frente a cualesquiera nobles, lo cual se pone de manifiesto en la relación entre el Rey y la nobleza en la vida que ésta lleva en la Corte.

El Rey no es solamente el opresor de la nobleza, como cree un sector de la aristocracia cortesana, y tampoco es exclusivamente el apoyo de la nobleza, como creen amplias capas de la burguesía: es ambas cosas y también la Corte tiene este carácter dual. La Corte es un lugar de domesticación y de mantenimiento de la nobleza. «Un noble», dice La Bruyére en su capítulo sobre la Corte, «si reside en sus dominios en la provincia, vive libre, pero sin apoyos; si reside en la Corte está protegido, pero es esclavo.» En muchos aspectos esta relación es análoga a la que se da entre un peque-

ño comerciante autónomo y el alto empleado de una poderosa empresa familiar. En la Corte, una parte de la nobleza tiene posibilidades de conseguir un nivel de vida acorde con su posición social; pero los nobles no se encuentran ya en una competencia libre y belicosa, como antaño lo estaban los caballeros, sino en una competencia condicionada por las oportunidades que reparte el señor monopolista. La nobleza no solamente vive bajo la presión de este señor central, ni tampoco está sometida solamente a la presión de la competencia que ejercen tanto ella como un ejército de reserva de nobles rurales, sino que, sobre todo, se encuentra sometida a la presión de las clases burguesas ascendentes. La nobleza cortesana se ve obligada a enfrentarse a la fortaleza social creciente de esta clase. La nobleza vive de los ingresos fiscales y de los impuestos que proceden esencialmente del tercer estado. La interdependencia, el entramado de las distintas funciones sociales y, sobre todo, la interrelación entre la nobleza y la burguesía se han hecho mucho más estrechos que las tensiones entre ellas. Y al tiempo que se transforma la estructura de las relaciones humanas, que el individuo se integra en el conjunto de interrelaciones humanas, siendo modelado por éstas, también se cambia la estructura de la conciencia y la estructura emocional individuales. Una interdependencia más estrecha entre las más diversas partes, así como la presión intensa y continuada de estas partes, exige y fomenta un autocontrol mantenido, un super-yo más estable y nuevas formas de comportamiento: los guerreros se convierten en cortesanos.

Dondequiera que encontremos procesos civilizatorios relativamente amplios, observaremos también que en la maquinaria histórico-social que pone en marcha la transformación de los hábitos, los procesos son de carácter análogo. Estos procesos pueden ser más lentos o más rápidos, pueden darse de modo ininterrumpido, como en el caso que nos ocupa, o bien a través de diversos impulsos y fuertes reacciones; en cualquier caso, un acortesanamiento estable o pasajero, más o menos profundo, de los guerreros se cuenta entre los presupuestos sociales más elementales de cualquier movimiento civilizatorio importante al menos por lo que hoy sabemos. Y aunque la institución social de la Corte tenga escasa significación real a primera vista para nuestra vida contemporánea, cierta comprensión de la estructura de la Corte resulta imprescindible con el fin de entender el proceso civilizatorio. Sus diversas peculiaridades estructurales nos permitirán comprender mejor la vida en los centros de dominación más poderosos.

V. LA CONTENCIÓN DE LOS INSTINTOS, LA PSICOLOGIZACIÓN Y LA RACIONALIZACIÓN

«La vida de la Corte», dice La Bruyére[141], «es un juego grave y melancólico, que se juega del modo siguiente: es necesario ordenar las piezas y las baterías, tener un objetivo, inutilizar el del adversario, a veces, arries-

garse y tentar la suerte. Y después de todas estas cavilaciones y medidas, uno se encuentra con un jaque que a veces es mate.»

En la Corte, especialmente en la gran corte absolutista, se constituye por primera vez un tipo de sociedad y de relaciones humanas con peculiaridades estructurales que, de ahora en adelante a pesar de todas sus modificaciones tendrán una importancia capital en muchos momentos de la historia occidental. En el centro de una gran extensión humana libre de violencia física en líneas generales, se constituye una «buena sociedad»; pero a pesar de que desaparece la violencia física en el trato entre las personas y de que se prohiben los duelos, los hombres ejercen diversas formas de coacción y de violencia sobre los demás. Lo cierto es que, en este medio, la vida no es una vida pacífica; muchas personas dependen de otras de modo permanente.

La presión de la competencia por el prestigio y el favor del Rey es muy intensa. Tampoco desaparecen los *affaires* o las polémicas sobre temas de jerarquía o sobre el favor del Rey. Aunque la espada ya no tiene la importancia que tuvo antaño en la solución de los conflictos, aparecen ahora en su lugar las intrigas, las luchas que se libran con palabras y en las que se deciden asuntos de carrera y de éxito social. Estas exigen y fomentan propiedades distintas de las de los combates que se libraban con las armas en la mano: reflexión, cálculo a más largo plazo, autodominio, regulación exacta de las propias emociones, conocimiento de los seres humanos, y del medio en general, se convierten en presupuestos inexcusables del éxito social.

Cada individuo pertenece a un «grupo», a un círculo que le apoya cuando es necesario; pero los grupos cambian. El individuo sella alianzas y, a ser posible, alianzas con personas situadas en la cúspide de la jerarquía cortesana; pero también el lugar de las personas en la jerarquía cambia, y a menudo con gran rapidez. El individuo tiene competidores; tiene enemigos declarados u ocultos, y la táctica de lucha, al igual que la de alianza, necesita una reflexión cuidadosa. Es preciso dosificar con exactitud las actitudes de distanciamiento y de acercamiento en relación con los demás; todo saludo, toda conversación tiene consecuencias que trascienden lo que se ha dicho y lo que se ha hecho, y que revelan la cotización de cada ser humano. Además, cuadyuvan a la formación de la opinión cortesana sobre este valor.

«Que el favorito se cuide puesto que si me hace esperar menos que de ordinario en su antecámara, si muestra una expresión más abierta, si frunce menos el entrecejo, si me escucha con mayor atención y si me acompaña un trecho mayor, pensaré que comienza a descender y estaré en lo cierto» [142].

La Corte es una especia de bolsa; al igual que cualquier «buena sociedad», en el intercambio entre las personas que se da en ella se forma una «opinión» sobre el valor de cada individuo. Pero este valor tiene su fundamento real, no en la riqueza de cada uno, ni tampoco en las realizaciones o en las posibilidades del individuo, sino en el favor real de que goza, en la influencia que ejerce sobre otras personas poderosas y en su importancia en relación con las actividades de los grupos cortesanos. El favor, la in-

fluencia, la importancia y todo lo que constituye este juego complejo y peligroso del que están excluidos la violencia física y las explosiones emotivas inmediatas, requiere una previsión continua en todos los participantes, un conocimiento exacto de todos los demás, así como de su valor en la interrelación de las opiniones cortesanas; requiere asimismo una diferenciación del comportamiento propio en correspondencia con este valor de la interpelación. Todo error de cálculo, todo paso en falso, disminuye el valor de quien los ha realizado a los ojos de la opinión cortesana; y en ciertas circunstancias, rebaja su posición en la Corte.

«Un hombre que conoce la Corte es dueño de sus gestos, de sus ojos y de su expresión; es profundo e impenetrable; disimula sus malas intenciones, sonríe a sus enemigos, reprime su estado de ánimo, oculta sus pasiones, desmiente a su corazón y actúa contra sus sentimientos» [143]

Se manifiesta aquí de forma incontrovertible la transformación de la nobleza en el sentido del comportamiento «civilizado». Esta transformación no es todavía en sus comienzos tan profunda y general como lo será después en la sociedad burguesa. Solamente en relación con sus compañeros de estamento, necesitan el cortesano y la cortesana imponerse una coacción intensa que, en cambio, no es necesaria frente a los socialmente inferiores. El esquema de la regulación impulsiva y emocional en la sociedad cortesana es distinto al de la sociedad burguesa y, además, el conocimiento de que se trata de una regulación debida a razones sociales es también menor; en parte, las inclinaciones contrarias no han desaparecido de la conciencia cotidiana; las autocoacciones no se han convertido del todo en un aparato de costumbres que funcione de modo completamente automático y comprenda a todas las relaciones humanas. Lo que sí se manifiesta con claridad absoluta es el hecho específico de la mayor diferenciación y división del ser humano. En cierto modo, el ser humano parece enfrentarse a sí mismo. «Oculta sus pasiones», «desmiente a su corazón» y «actúa contra sus sentimientos». Se reprimen la alegría o la inclinación momentáneas en consideración del perjuicio que se puede sufrir si se cede a aquéllas. Tal es, por tanto, el mecanismo por el que los adultos —ya se trate de los padres o de otras personas— crean un «super-yo» estable en los niños desde pequeños. La incitación momentánea de carácter instintivo o emotivo, aparece reprimida en cierto modo a causa del miedo que produce el perjuicio que ha de producirse hasta que, finalmente, este miedo se convierte en una costumbre contrapuesta a los modos de comportamiento e inclinaciones, incluso cuando no hay nadie presente que los suscite, al tiempo que las energías de estas inclinaciones se orientan en un sentido inocuo que no esté amenazado por ningún tipo de perjuicio.

El sistema emotivo del individuo se transforma de acuerdo con los cambios de la sociedad y la transformación de las relaciones interhumanas: en la sociedad aumenta la cantidad de acciones y de individuos de los que dependen permanentemente las personas y sus actos; en el individuo se convierte en costumbre la capacidad de prever las consecuencias de prolongadas cadenas de acciones. Y al igual que se transforman el comportamiento y el sistema emotivo del individuo, también cambian consecuentemente la

consideración recíproca que las personas se profesan: la imagen que el individuo tiene del individuo se hace más matizada, más libre de emociones momentáneas, es decir, se «psicologiza».

Cuando la estructura de las funciones sociales permite que el individuo actúe bajo la influencia de impulsos momentáneos en mayor medida que en la Corte, no es necesario ni posible ocuparse de modo detallado de la estructura de la conciencia y de las emociones personales de los otros ni de los motivos ocultos o de los cálculos que subyacen en su comportamiento. En la sociedad civilizada se responde al cálculo con el cálculo; en la no civilizada se responde al sentimiento con sentimiento. Este vigor de las emociones inmediatas, sin embargo, vincula al individuó a un número limitado de comportamientos posibles: los demás son amigos o enemigos, buenos o malos. El comportamiento de los individuos se rige por las imágenes que produce esta clasificación simplista. Todo parece depender de modo directo de las sensaciones que percibe el individuo. Ya luzca el sol o esté nublado, ya ría el otro o frunza el entrecejo, dada esta estructura emotiva todo se limita al sentimiento directo del sujeto. Y si estas sensaciones producen en él una sensación de alegría o tristeza, piensa que los fenómenos tienen relaciones de amistad o enemistad hacia su propia persona. No se le ocurre que todo ello, tanto el rayo que está a punto de alcanzarle como el ceño que le ofende, puedan explicarse en función de conexiones muy lejanas que no guardan relación directa con él. Esta capacidad para entender a largo plazo las cosas de la naturaleza y de los seres humanos, solamente es accesible a los individuos en la medida en que la división creciente de funciones y el entramado cotidiano en cadenas humanas cada vez más largas, acaban acostumbrándoles a esta previsión a largo plazo, a una mayor contención de las emociones. Solamente en este caso se alza poco a poco el velo que las pasiones pone ante los ojos de las personas y se abre a su vista un nuevo mundo, un mundo que puede ser favorable o desfavorable para los individuos, sin que implique amistad o enemistad directa para ellos, un encadenamiento de fenómenos cuyas conexiones precisan de una observación desapasionada en su discurrir, con el fin de que resulten comprensibles.

Al igual que el comportamiento en su conjunto, la observación de las cosas y de las personas en el curso de la civilización va haciéndose más neutral desde el punto de vista afectivo. También la «imagen del mundo» se independiza progresivamente de los deseos y de los miedos humanos y se orienta cada vez más a lo que acostumbramos a llamar «experiencias» o «empirismo», a cadenas de causalidad que tienen sus propias leyes. A consecuencia de un movimiento de este tipo, el decurso histórico y social surge hoy paulatinamente de la niebla de las pasiones y consideraciones personales, de las brumas, de los anhelos y miedos de los grupos, ofreciéndose a la contemplación como una cadena de interdependencias autónomas. Algo similar había sucedido antes con la naturaleza y, en menor grado, con los seres humanos. Especialmente en los círculos más o menos cercanos de la Corte, se desarrolló lo que hoy llamaríamos una observación «psicológica» del ser humano, una observación exacta del otro y de su yo, en series prolongadas de motivaciones y en secuencias de conexiones, precisamente porque la vi-

gilancia de uno mismo y la observación permanente de los demás se contaban entre los presupuestos elementales de conservación de la posición social. De hecho es este uno de los ejemplos del comienzo del desarrollo de lo que llamamos «orientación a la experiencia», es decir, la observación de interdependencias más prolongadas, cuando la estructura de la sociedad misma obliga a sus individuos a contener sus afectos momentáneos y a transformar sus energías impulsivas.

En cierta ocasión, Saint-Simón observaba a alguien cuyas intenciones con respecto a él mismo desconocía. Y describe así su propio comportamiento:

«Pronto advertí que se calmaba. Mantuve la vigilancia sobre su conducta a mi respecto, para no equivocarme entre lo que podía ser accidental en un hombre lleno de asuntos espinosos y lo que yo le suponía. Mis sospechas se convirtieron en una evidencia que me obligaron a alejarme de él sin darle la impresión de que estaba haciéndolo» [144].

Esta habilidad cortesana de observar a los seres humanos —a diferencia de lo que hoy solemos llamar «psicología»—, no trata nunca de observar a los individuos concretos en sí mismos, como si fueran portadores de los rasgos esenciales de conducta independientemente de sus relaciones con los demás, y sólo posteriormente entraran en relaciones con los otros. El enfoque es más realista por cuanto que se considera al individuo siempre en su imbricación social, como un ser humano en sus relaciones con los demás, como un individuo en una situación social.

Más arriba se ha señalado[145] que los preceptos sobre buenas maneras del siglo xvi no se distinguen tanto de los del siglo anterior o, desde luego, no se distinguen por su contenido, sino, sobre todo por el tono, por el cambio en la atmósfera emotiva. Las conexiones psicológicas, las observaciones personales comienzan a tener gran importancia. Así lo demuestra una comparación de los escritos sobre buenos modales de Erasmo, o de De La Casa, con las correspondientes normas medievales. La explicación se encuentra en la investigación sobre los cambios sociales de esta época, sobre la transformación que experimentan en esta fase las relaciones humanas. Esta «psicologización» de los preceptos de comportamiento o, dicho con mayor exactitud, su mayor impregnación con observaciones y experiencias, es una expresión del acortesanamiento creciente de la clase superior y de la estrecha imbricación de todas las partes de la sociedad en esta época. Podemos encontrar huellas de esta transformación no solamente en los escritos que determinan las pautas de los «buenos modales», sino también en las obras que sirven para la distracción de estas clases. La observación humana que requiere la vida en los círculos cortesanos, encuentra su expresión literaria en el arte de la descripción de los tipos humanos.

El aumento de demanda de libros dentro de determinada sociedad es, en sí mismo, un signo seguro de un movimiento civilizatorio más intenso. Es notable la transformación y regulación de los impulsos que requiere tanto el hecho de escribir los libros como el de leerlos. No obstante, el libro no cumple la misma función en la sociedad cortesana que en la burguesa. En la Corte el trato social, el mercado de los valores de prestigio, constituye

el punto central de la vida de cada uno, y los libros están destinados menos a la lectura en las salas de estudio, o en la soledad de las horas libres arrebatadas al ejercicio de la profesión, que para la convivencia social. O bien son parte y prosecución de las conversaciones y de los juegos sociales o, como sucede con la mayoría de las memorias de cortesanos, conversaciones en las que, por una u otra razón, falta uno de los interlocutores. El elaborado arte de la descripción de tipos humanos en las memorias, epístolas o aforismos cortesanos, nos da una buena idea de la observación humana diferenciada a la que acostumbra la propia vida en la Corte. Y también aquí, al igual que en muchos otros aspectos, la sociedad burguesa de Francia prosigue con especial ahínco la herencia cortesana. A ello puede haber contribuido la permanencia de una «buena sociedad» parisina beneficiaria y continuadora de los instrumentos de prestigio que se elaboraban en los círculos cortesanos después de la Revolución y hasta la actualidad. En todo caso, cabe decir que hay una línea de tradición directa desde la descripción cortesana de individuos realizada por Saint-Simón y sus contemporáneos, hasta la descripción de la «buena sociedad» del siglo xix de Proust, pasando por Balzac, Flaubert, Maupassant y muchos otros, hasta acabar por último en la descripción de la vida de amplias clases realizada por escritores como Jules Romains o André Malraux, así como en una serie de películas francesas; los datos característicos de estas descripciones son la claridad de la observación de los seres humanos así como la capacidad de verles dentro del conjunto de los entramados sociales y de hacerles comprensibles en sus relaciones recíprocas. La descripción de los tipos individuales *no* se desprende nunca de modo artificial del conjunto de su existencia social, de sus dependencias simples y sus relaciones con los demás. Precisamente por esto, esta tradición mantiene el clima y la plasticidad de lo que se ha experimentado realmente.

Lo mismo que sucede con esa «psicologización», ocurre con la «racionalización» que va haciéndose notar lentamente a partir del siglo xvi en las diversas manifestaciones de la sociedad. Esto no es un hecho válido por sí mismo, sino que es únicamente una expresión del cambio de la organización espiritual en general que se hace más patente en esta época, así como del aumento de la previsión que a partir de ahora requiere y fomenta una parte cada vez mayor de las funciones sociales.

En este, como en otros muchos aspectos, la comprensión del proceso histórico-social requiere flexibilizar los hábitos mentales con los que hemos crecido. Por supuesto, en el caso de esta racionalización histórica tantas veces citada no se trata de que a lo largo de la historia muchos individuos aislados, en actividad armónica preestablecida, hayan elaborado un nuevo órgano o una nueva sustancia emanados en su «interior», una «razón» o una *«ratio»,* que hasta ahora no existiera. Cambia la forma en que los hombres acostumbran a convivir y, por lo tanto, cambia su comportamiento, se modifica su conciencia y el conjunto de su estructura impulsiva. Las «circunstancias» que se modifican no son algo procedente del «exterior» de los seres humanos: son las relaciones entre los propios seres humanos.

El ser humano es extraordinariamente maleable y variable; las transfor-

maciones de las actitudes humanas, de que hemos hablado aquí, son ejemplos de esta maleabilidad que no se limita solamente a lo que solemos llamar «psicológico» a diferencia de lo «fisiológico». A lo largo de la historia, y consecuentemente con el entramado de dependencias en que transcurre toda una vida humana, también se moldea de modo distinto la *«physis»* del individuo en conexión inseparable con lo que llamamos su «psique». Piénsese, por ejemplo, en la modelación de los músculos faciales y, por lo tanto, de la expresión del rostro a lo largo de la vida de un ser humano; piénsese también en la constitución de los centros de lectura y de escritura en el cerebro. Algo similar sucede con todo aquello a lo que sustancializamos y llamamos *«ratio»* o «comprensión» y «razón». Estos conceptos no son independientes del cambio histórico social —aunque los términos parezcan sugerir lo contrario— del mismo modo en que lo son el corazón o el estómago por ejemplo, son expresiones de determinada modelación del conjunto de organización espiritual; son aspectos de una modelación que se produce paulatinamente a lo largo de una serie de acciones y reacciones, y que se manifiesta en forma tanto más intensa cuanto que, en relación con la estructura de las dependencias humanas, sobre las descargas impulsivas y emotivas del individuo gravita la amenaza del dolor, el descenso y lá supeditación a los demás, o incluso el hundimiento de la propia existencia social. Se trata de aspectos de aquella modelación con la cual cada vez se separan más claramente en la organización psíquica el centro impulsivo y el centro del yo, hasta que, finalmente, se constituye un aparato autocoactivo completo, estable y muy diferenciado. En realidad no existe una *«ratio»,* sino que, en todo caso, hay una «racionalización».

Nuestros hábitos mentales nos inclinan fácilmente a buscar los «comienzos» de las cosas. Pero en la evolución de los seres humanos no hay «punto» alguno a partir del cual pueda decirse: hasta ahora no existía *«ratio»* y a partir de ahora «ha surgido» una; hasta ahora no había autocoacción o «super-yo» habiendo surgido repentinamente a partir de tal siglo. No existe un punto cero en todas estas manifestaciones y tampoco se incurre en contradicción manifiesta con los hechos si se piensa que todo lo que es ahora ha sido siempre. El aparato de autocoacción, la organización de la conciencia y de las emociones de los seres humanos «civilizados», se diferencia en la totalidad de su estructura de modo claro y nítido de los llamados «primitivos», aunque atendiendo a su estructura, los dos son modelaciones claramente observables de funciones naturales aproximadamente iguales.

Los hábitos mentales heredados nos obligan a enfrentarnos continuamente con alternativas estáticas; en cierto modo estos hábitos están moldeados sobre la base de pautas eleáticas: sólo podemos imaginar momentos concretos, cambios específicos separados pero no transformaciones. En principio es muy difícil verse inmerso en una transformación paulatina y concreta con un orden y unas leyes determinadas, transformación que se pierde de vista en la oscuridad, movimiento que, en la medida de lo posible, ha de ser considerado en su totalidad, como la curva del movimiento de una flecha o de una corriente, y no como retorno de lo igual en diversos puntos o como los saltos de un punto a otro punto. Lo que se transforma en ese

proceso que llamamos historia es, por decirlo una vez más, las relaciones recíprocas de los seres humanos y la modelación de los individuos en ellas. Precisamente cuando nos hacemos a la idea de la historicidad fundamental de los seres humanos, observamos con toda claridad la regularidad y la peculiaridad estructural de la existencia humana, siempre igual a sí misma. Las manifestaciones humanas concretas sólo son comprensibles cuando se observan dentro del contexto general de este movimiento continuo. La individualidad no es separable, sino que se constituye dentro de esta correspondencia de movimiento —el movimiento puede parecemos lento, como sucede en el caso de muchos primitivos, o rápido, como sucede en el nuestro— y ha de comprenderse en su propio curso, como parte de una escala o de una oleada concreta. Ciertamente los seres humanos nunca han estado desprovistos de regulaciones y restricciones sociales de los impulsos o de cierta previsión; pero esta previsión, la dominación de las emociones, tiene un carácter muy distinto según se trate de pueblos de ganaderos simples o de una casta guerrera, o bien de cortesanos, funcionarios del Estado o partes de un ejército mecanizado, por citar algunos ejemplos. La dominación se hace tanto más intensa y completa cuanto más amplia es la división de funciones así como la cantidad de individuos de los que depende la acción de cada persona concreta. El tipo de «comprensión» o de «pensamiento» al que se acostumbra el individuo es tan parecido o distinto en relación con los seres humanos de su propia sociedad, como la situación social y la posición en el entramado humano en el que ha crecido; tan parecido o distinto de los demás como sus funciones y las de sus padres o las de las personas que han contribuido a moldear su carácter. La previsión del impresor o del mecánico es distinta de la del contable, la del ingeniero es distinta de la del director de ventas, la del ministro de Hacienda es distinta de la del Comandante en Jefe del ejército, si bien es cierto que todas estas modelaciones superficialmente distintas tienden a igualarse y a homologarse permanentemente hasta cierto punto, gracias a la interdependencia de las funciones. Desde el punto de vista de las estructuras más profundas, también es distinta la modelación de la racionalidad y de las emociones de quien ha crecido en un hogar proletario, frente a quien ha crecido en medio de la riqueza y de la abundancia; por último, en correspondencia con las diferencias de su historia de interrelaciones, también son distintas la racionalidad y la organización emocional, la conciencia y la estructura de los impulsos de los alemanes y de los ingleses, de los franceses y de los italianos. Distintas son las modelaciones sociales de los occidentales en su conjunto frente a los orientales. Pero todas estas diferencias son comprensibles precisamente porque en ellas subyace la misma regularidad humana. Las diferencias individuales dentro de todos estos grupos, por ejemplo las diferencias de «inteligencia», no son otra cosa que distinciones en el marco de formas de modelación históricas completamente determinadas, diferencias a las que la sociedad, el entramado humano dentro del cual crece el individuo, da mayor o menor espacio según sea su estructura. Piénsese, por ejemplo, en el fenómeno de la llamada «inteligencia creadora» fuertemente individualizada. La audacia del pensamiento individual autónomo y libre, la actitud por me-

dio de la cual alguien demuestra ser una persona de «inteligencia creadora», no solamente presupone una determinada estructura impulsiva individual. Esta audacia, además, sólo puede darse en función de determinada estructura del aparato del poder; su presupuesto es una estructura social específica; y además depende del hecho de que, dentro de una sociedad con esta estructura, el individuo tenga acceso a la formación y funciones sociales bastante escasas que permitan la expansión de esta visión profunda y a largo plazo, autónoma e individual.

En este sentido también son distintos la previsión o el «pensamiento» del caballero en relación con los del cortesano. Una escena que recuerda en cierta ocasión Ranke[146], nos da una idea correcta de la desaparición de la condición propiamente caballeresca de sus costumbres y emociones al imponerse el monopolio de los medios del poder. Desde un punto de vista general, además, es un ejemplo de la forma en que un cambio de la estructura de las funciones sociales origina asimismo un cambio del comportamiento.

«El duque de Montmorency, cuyo padre había contribuido decisivamente a la victoria de Enrique IV, se había sublevado. Era un hombre caballeresco y principesco, liberal y brillante, bravo y denodado; además estaba al servicio del Rey; pero no comprendía y no aprobaba que el derecho de gobernar recayera sobre este solo, o por mejor decirlo, sobre Richelieu.

»Por esta razón, comenzó a luchar contra el Rey acompañado de sus seguidores, a la manera de las épocas antiguas, cuando a menudo los caballeros y los señores feudales luchaban unos contra otros. Por último, se produjo la batalla decisiva. El general del Rey, Schomberg, su enemigo, no tenía una posición muy favorable. Esto, sin embargo, era una ventaja que el duque de Montmorency no quiso aprovechar; en cuanto tuvo a la vista el campo enemigo, hizo a sus compañeros la propuesta de pasar directamente al ataque ya que consideraba que la guerra consistía sobre todo en un rápido avance de la caballería. Un compañero experimentado, el conde de Rieux, le aconsejó esperar hasta que, con algunos cañones, que estaban a punto de llegar, se hubiera destruido el orden de batalla del enemigo. Pero ya se había apoderado de Montmorency un verdadero furor guerrero; sostuvo que no había tiempo que perder y el consejero, aunque preveía la desgracia, no se atrevía a oponerse a la decidida voluntad del caudillo caballeresco. "Señor", dijo, "moriré a vuestros pies".

«Montmorency era reconocible por su montura adornada con espléndidas plumas rojas, azules y blancas. Consiguió atravesar el foso acompañado tan solo por un puñado de compañeros, que derribaron cuanto encontraron a su paso. Avanzaron destruyéndolo todo hasta que llegaron a la verdadera línea de combate del enemigo. Allí les recibió un graneado fuego de mosquete que hirió y mató a caballos y caballeros. El conde Rieux y la mayoría de los otros cayeron; el duque de Montmorency, herido, cayó de su caballo y fue hecho prisionero.

»Richelieu le hizo comparecer ante un tribunal de cuya sentencia estaba seguro y poco después el último Montmorency fue decapitado en el patio del ayuntamiento de Toulouse.»

La costumbre de ceder sin más a los impulsos, y de no calcular a largo plazo, pertenecía a las épocas anteriores en las cuales los guerreros todavía podían competir libremente unos con otros, a las formas de comportamiento que —aunque llevaran al hundimiento del individuo—, se correspondían con la estructura social en su totalidad y, en consecuencia, eran acordes con la realidad. El furor guerrero era aquí un presupuesto necesario para el éxito y el prestigio del aristócrata. Todo esto cambia con la consolidación progresiva de los monopolios y con la centralización.

La distinta estructura de la sociedad castiga ahora con el hundimiento seguro toda manifestación afectiva y todas las acciones que no se realicen con la suficiente previsión. Y quien ahora no esté de acuerdo con las circunstancias dominantes, con el poderío del rey, tiene que proceder de modo distinto. Escúchese por ejemplo lo que dice Saint-Simón. Apenas una generación después de Montmorency, también él pasa su vida en la oposición. Pero todo lo que puede hacer es crear una especie de facción en la corte y, a lo más a que puede aspirar siendo habilidoso es a ganar para sus ideas al sucesor del rey, al delfín. Pero se trata de un juego sumamente peligroso en la corte de Luis XIV, donde es precisa la mayor precaución. Primeramente es necesario sondear con extrema cautela al príncipe, y después ir orientándole en la dirección deseada:

«Yo me había propuesto principalmente», así expone Saint-Simón[147] su proceder en una conversación con el delfín, «sondearle sobre todo lo que interesa a nuestra dignidad; me esforcé, pues, por contrarrestar con elegancia todas las observaciones que se apartaban de ese objetivo, y por llevar la conversación y orientarla hacia los diferentes capítulos... El delfín, muy atento, gustaba de todos mis razonamientos... Se enardeció... y se lamentó de la ignorancia y falta de reflexión del Rey. Todas estas materias, yo me limitaba a enunciarlas y a presentarlas sucesivamente al delfín siguiéndole después con el fin de dejarle el placer de hablar y de hacerme ver que estaba instruido, y de dar lugar a que se persuadiera por sí mismo, a que se exaltara y a que se indignara, al tiempo que yo podía ver sus sentimientos, su modo de concebir y de tomar las impresiones para beneficiarme de este conocimiento... Mi intención no era tanto impulsar los razonamientos y los paréntesis... como impregnarle dulce y sólidamente de mis sentimientos y de mis puntos de vista sobre cada uno de estos temas...»

La breve ojeada a la actitud de estos dos hombres, al comportamiento del duque de Montmorency, y del de Saint-Simón, cuando tratan de expresar su oposición a la omnipotencia del Rey, puede ayudarnos a redondear la imagen. Aquél, uno de los últimos caballeros, trata de alcanzar su objetivo por la lucha corporal, éste, el cortesano, por medio de la conversación. Aquél actúa en función de su impulso, sin reflexionar más en los otros, éste domina su comportamiento de modo ininterrumpido en relación con los demás. Los dos, tanto Montmorency como Saint-Simón, se encuentran en una situación extraordinariamente peligrosa. El delfín puede romper las reglas del juego de la conversación cortés cuando le venga en gana; puede, si así le conviene, terminar la conversación y la relación en el momento que decida sin perder prácticamente nada; y si Saint-Simón no es suficientemente

precavido, puede percatarse de las ideas de oposición del duque y comunicárselas al Rey. Montmorency apenas toma en consideración el peligro; está obligado por un comportamiento rectilíneo que le impone su propia pasión, y trata de dominar el peligro precisamente por medio del furor de esta pasión. Saint-Simón ve y conoce exactamente el alcance del peligro, y se pone a la tarea con una cautela y una circunspección extraordinarias. No quiere conseguir nada por la violencia; trabaja a largo plazo. Se contiene con el fin de «impregnar» al otro de modo imperceptible pero seguro.

Lo que encontramos en esta autodescripción es una muestra característica de racionalidad cortesana poco conocida, que ha tenido una importancia mayor en el desarrollo de lo que llamamos la «Ilustración» que la racionalidad urbana comercial por ejemplo, que la previsión que imponen a los hombres las funciones comerciales. No obstante no hay duda de que ambas formas de la previsión a largo plazo, la racionalización y la psicologización de los grupos superiores de la nobleza cortesana y la de los grupos superiores de las clases medias, a pesar de tener rasgos distintos, se encuentran en la más estrecha relación mutua y remiten a un intenso entramado entre la nobleza y la burguesía. Estas formas de la previsión se remiten a la transformación de las relaciones humanas en la totalidad de la sociedad, y dependen de aquel cambio en cuyo curso los grupos estamentales relativamente flexibles de la sociedad medieval van convirtiéndose paulatinamente en las formaciones parciales de una sociedad intensamente centralizada de un Estado absoluto.

El proceso histórico de la racionalización es un típico ejemplo de ese tipo de procesos que el pensamiento científico apenas ha estudiado hasta ahora o sólo lo ha hecho de forma aproximada. Si respetamos el esquema tradicional de las ciencias, hay que decir que este proceso pertenece al ámbito de una ciencia que todavía no existe, al ámbito de una psicología histórica. En el estado actual de los conocimientos científicos, suele trazarse una línea nítida entre el trabajo del historiador y el del psicólogo. Únicamente los contemporáneos occidentales o, en todo caso, los llamados primitivos parecen ser accesibles a una investigación psicológica y estar necesitados de ella. El camino de la historia occidental que conduce desde la estructura espiritual simple y primitiva a la más diferenciada de nuestros días, sigue siendo oscuro. Precisamente porque el psicólogo piensa de un modo absolutamente ahistórico, porque enfoca las estructuras psíquicas del hombre contemporáneo como si se tratara de algo incambiable y que no ha sufrido proceso alguno, el historiador apenas puede utilizar para algo los resultados de su investigación. Y precisamente porque el historiador, preocupado por lo que él llama los hechos, trata en la medida de lo posible de evitar los problemas psicológicos, apenas tiene algo que decir a los psicólogos.

Tampoco es mejor la situación de la sociología. En la medida en que esta ciencia se ocupa de problemas históricos, acepta enteramente la línea de separación que traza el historiador entre la actividad psíquica de los seres humanos y sus distintas formas de manifestación, artes, ideas o cualesquiera otras. No se reconoce, pues, que es precisa una psicología socio-histórica, unas investigaciones psico-genéticas y socio-genéticas, con el fin de trazar

la línea de unión entre todas estas manifestaciones de los seres humanos y su existencia social. Quien se ocupa de la historia de la sociedad, así como quien se ocupa de la historia del espíritu, considera que «la sociedad» por un lado y el mundo ideal de los hombres, sus «ideas», por el otro, son dos configuraciones distintas que, de algún modo, deben separarse. Los dos parecen creer que o bien existe una sociedad con independencia de las ideas y los pensamientos, o bien existen ideas con independencia de la sociedad. Y ambos se limitan a discutir cuál de ambas manifestaciones es más «importante»: los unos dicen que son las ideas sin fundamento social las que impulsan a la sociedad, y los otros dicen que es la sociedad, sin fundamento ideal, la que impulsa a las «ideas».

El proceso civilizatorio y, dentro de él, ciertas manifiestaciones como la psicologización y racionalización paulatinas, no se adaptan en este esquema. Tampoco pueden separarse, aunque sea imaginariamente, del cambio histórico de las estructuras de las relaciones interhumanas. Carece de sentido preguntarse si la transición paulatina desde las formas de pensamiento y de comportamiento menos racionales a las más racionales cambia a la sociedad, puesto que este proceso de racionalización, al igual que el más amplio de civilización, es al mismo tiempo un fenómeno psíquico y social. Pero tampoco tiene sentido considerar el proceso civilizatorio como una simple «superestructura» o como una «ideología», esto es, explicarlo por su función como arma en la lucha entre los diversos grupos e intereses sociales.

No hay duda de que la racionalización paulatina y, además, la transformación civilizatoria general, se produce en correspondencia permanente con enfrentamientos entre las diversas clases y asociaciones. El conjunto del entramado relacional de Occidente, el substrato del movimiento civilizatorio hasta ahora más fuerte y avanzado, no es sin duda esa unidad pacífica que pretenden demostrarnos las construcciones armonizadoras. No se trata de una totalidad originariamente armónica en la que —ya por mala voluntad ya por falta de capacidad de algunos— hubieran aparecido los conflictos. Las tensiones y las luchas —al igual que la dependencia recíproca de los seres humanos— constituyen un elemento integral de la estructura de esta sociedad; y son de una importancia decisiva para la orientación de sus transformaciones. No hay duda de que un movimiento civilizatorio puede alcanzar una gran importancia en estos enfrentamientos. Puesto que la habituación a una medida mayor de previsión y a una más intensa contención de los efectos momentáneos —por no mencionar más que estas manifestaciones civilizatorias— en ciertas circunstancias da a los pertenecientes a un grupo una superioridad considerable sobre los demás. Pero en ciertas situaciones, un grado mayor de racionalidad y de contención de los impulsos puede resultar una debilidad, y con ello, un perjuicio a quien las posee. En ciertas circunstancias la «civilización» es un arma de dos filos. Y al igual que sucede en el caso de los individuos, estos movimientos civilizatorios se producen con independencia de si resultan cómodos o útiles para los grupos o las agrupaciones en cuyo seno tienen lugar. Se producen en razón de mecanismos poderosos de entramados sociales, cuya orientación general no pueden transformar los grupos aislados. A diferencia de los contenidos

mentales, estos movimientos civilizatorios escapan a toda manipulación consciente o inconsciente y a toda utilización como armas en las luchas sociales. Igual que la figura del hábito psíquico total, las estructuras civilizatorias específicas se constituyen al mismo tiempo como un producto y un engranaje en el mecanismo de procesos sociales generales en los que se hacen y deshacen permanentemente formas nuevas de clases e intereses sociales. La transformación civilizatoria y, subsiguientemente la racionalización, no es un proceso que afecte exclusivamente a una esfera especial de las «ideas» o de los «pensamientos». Aquí ya no se trata solamente de las transformaciones de los «conocimientos», de los cambios en las «ideologías», en una palabra, de las alteraciones en los contenidos de la conciencia, sino que se trata de los cambios de todos los hábitos humanos, dentro de los cuales los contenidos de la conciencia, sobre todo los hábitos mentales, sólo constituyen una manifestación parcial, un sector aislado. Aquí se trata de las modificaciones de toda la organización espiritual en la totalidad de sus ámbitos desde la orientación consciente del yo, hasta la orientación completamente inconsciente de los instintos. Y para la comprensión de los cambios de este tipo, ya no es suficiente el esquema mental que parte de la distinción entre «superestructura» e «ideología».

Hace mucho tiempo que está arraigada en la conciencia de los hombres la idea de que la «psique», la estructura espiritual humana, se compone de diversos aspectos, que funcionan y se manifiestan independientemente unos de otros. Lo habitual suele ser separar en el examen uno de los aspectos funcionales de la organización espiritual diferenciada como si fuera el «esencial» en la autoorientación psíquica de las personas. De esta manera se enfrenta la historia de las ideas y la sociología del conocimiento con los fenómenos cognoscitivos y mentales propios del ser humano. A la luz de estas investigaciones, en cierto modo, los pensamientos y las ideas aparecen como lo más importante en la regulación psíquica de los seres humanos. Los impulsos inconscientes, el conjunto de las estructuras impulsivas o emotivas, en cambio, sigue siendo algo más o menos oscuro.

Pero toda investigación que quiera entender la conciencia de los hombres, su *«ratio»* o sus «ideas» sin considerar al mismo tiempo la estructura de los impulsos, la orientación y la configuración de los sentimientos y de las pasiones sólo conseguirá resultados limitados, puesto que ignorará necesariamente gran parte de lo que es imprescindible para la comprensión de los seres humanos. La racionalización de los contenidos de la propia conciencia, así como los cambios estructurales de las funciones del yo y del super-yo, resultarán difícilmente comprensibles para la reflexión posterior en tanto (como se ha dicho más arriba y aún ha de mostrarse con mayor detalle) la investigación se limite a los contenidos de la conciencia y a las formas del yo y del super-yo con ignorancia del cambio correspondiente de las estructuras afectivas e impulsivas. Solamente se alcanza una comprensión verdadera de la historia de las ideas y de los pensamientos cuando, además del cambio de las relaciones ínterhumanas, se estudia la estructura del comportamiento, el entramado de la estructura espiritual en su conjunto.

Un enfoque inverso, acompañado de la correspondiente limitación del

objeto de estudio, suele encontrarse hoy en la investigación psicoanalítica: A la hora de estudiar al ser humano, el psicoanálisis tiende a destacar el «inconsciente», considerado como un «ello» ahistórico, como la parte fundamental de la estructura espiritual.

Las correcciones que se han introducido a este respecto en los últimos tiempos quizá hayan mejorado la praxis terapéutica, pero aún no se ha suscitado una elaboración teórica del material experiental obtenido en esa praxis, con lo que no se han refinado los instrumentos conceptuales a que la praxis hubiera debido conducir en último extremo. En esta elaboración teórica es donde suele parecer como si la orientación de los seres humanos por medio de los impulsos inconscientes tuviera forma y estructura propias, con independencia de la situación relacional del individuo concreto, con independencia también de la forma y estructura de las demás funciones de orientación de la organización espiritual y como si tuviera asimismo mayor importancia que éstas para la existencia humana. No se distingue entre la base instintiva, ruda y natural, que quizá no cambie mucho a lo largo de la historia de los hombres, y las estructuras y los canales cada vez más sólidos que orientan las energías psíquicas de cada individuo en sus relaciones con los demás desde el primer día de su vida.

Sin embargo estas energías instintivas ya elaboradas que aparecen en todo ser humano vivo —pues, en las relaciones con los demás, el hombre nunca ha de habérselas con funciones psíquicas sin elaborar, a no ser que se trate de locos—, estas orientaciones y estructuras de los instintos socialmente determinadas son inseparables de las estructuras correspondientes del yo y del super-yo. Las unas son tan esenciales como las otras para el comportamiento del ser humano y, a diferencia de lo que sostiene el psicoanálisis, son tan sociales e históricamente cambiantes como la estructura de las funciones del yo y del super-yo.

Lo determinante de cada ser humano no es el «ello», ni el «yo» o «super-yo», sino la relación fundamental entre estas funciones de autoorientación psíquica que parcialmente son antagónicas y parcialmente complementarias. Sin embargo, estas relaciones de cada individuo concreto, es decir, la configuración de su orientación impulsiva, y la de su orientación del yo y del super-yo, se modifican en su conjunto en el curso del proceso civilizatorio en correspondencia con una transformación específica de las relaciones entre los seres humanos, de las relaciones humanas. A lo largo de este proceso, para decirlo en pocas palabras, la conciencia se hace menos permeable a los instintos y los instintos menos permeables a la conciencia.

De acuerdo con esta ley fundamental de carácter sociogenético, podemos observar hoy procesos de análoga orientación en los niños: los automatismos instintivos adquieren ese carácter que hoy solemos atribuirles como si fuera una propiedad ahistórica y puramente «natural», esto es, el carácter de lo «inconsciente», únicamente en el curso de la historia de la humanidad o del proceso civilizatorio individual, cuando el yo y el super-yo, por un lado, y los instintos por el otro, se diferencian cada vez más claramente, es decir, únicamente con la constitución de funciones de la conciencia menos permeables a los instintos.

En el curso de la transformación cambia asimismo la propia conciencia en el sentido de una «racionalización» creciente: solamente con esta diferenciación mayor y más estable de la organización espiritual alcanzan las funciones psíquicas directamente orientadas hacia el exterior el carácter de una conciencia que funciona racionalmente, con independencia relativa frente a los instintos y a los sentimientos.

Nunca podremos comprender u observar la forma y la estructura de la autoorientación psíquica consciente o inconsciente, si nos las imaginamos como cosas que existen y funcionan por separado. Las dos son igualmente esenciales para la existencia del ser humano; conjuntamente constituyen una gran conexión funcional, y tampoco podremos comprender su estructura y sus transformaciones mientras nos limitemos a la observación de los seres humanos aislados. Solamente resultan comprensibles en conexión con la estructura de las relaciones interhumanas y con la red de interacciones en que cambian estas estructuras sociales.

En consecuencia, para hacer inteligible el proceso civilizatorio es preciso investigar al mismo tiempo la totalidad de los cambios morfológicos, psíquicos y sociales, que es el camino que hemos querido seguir aqui. Desde un punto de vista más estricto, es precisa también una investigación psicogenética orientada a la comprensión del ámbito de conflicto y de aplicación de las energías psíquicas individuales; esto es, a la estructura y morfología del autocontrol instintivo y del consciente. Desde un punto de vista más amplio, para ser inteligible, el proceso civilizatorio requiere una investigación sociogenética, una investigación de la estructura general tanto de un ámbito social concreto como del orden histórico en el que aquel se transforma.

Sin embargo, para poder estudiar adecuadamente tales procesos sociales, se precisa una corrección de los hábitos mentales análoga a la que admitíamos como necesaria más arriba cuando se trataba de aplicar un criterio psicogenético correcto. Tampoco se alcanza a entender las estructuras y los procesos sociales investigando exclusivamente una clase funcional dentro del ámbito social. Para hacerse inteligibles estos procesos y estructuras requieren una investigación de las relaciones entre las diversas clases funcionales que aparecen vinculadas dentro de un mismo campo social, y que se reproducen continuamente mediante una transformación más o menos rápida de las relaciones de fuerza en función de la estructura específica de este ámbito. Sí en toda investigación psicogenética es necesario considerar no solamente el orden funcional de lo «inconsciente» o el de lo «consciente», sino todo el movimiento de las funciones psíquicas, lo mismo sucede con la investigación sociogenética en la que, desde el principio, es necesario considerar la totalidad de un ámbito social más o menos diferenciado y rico en tensiones. Esta empresa sólo es posible gracias a que el entramado social y su cambio histórico morfológico no es un caos, sino que hasta en las fases de mayores trastornos y desórdenes sociales hay un orden y una estructura claros. Investigar la totalidad de un ámbito social no implica que sea necesario estudiar todos los procesos individuales dentro de esa totalidad, sino que implica, sobre todo, descubrir las estructuras fundamen-

tales que señalan la orientación y la configuración específica a todos los procesos individualizados dentro de dicho ámbito. Implica, asimismo, plantearse la cuestión de la diferencia entre los ejes de tensión y las cadenas funcionales e instituciones de una sociedad del siglo XV, y otra del siglo XVI o del siglo xvii, y por qué aquella evolución hasta convertirse en estas otras. No hay duda de que para esto se precisa una abundancia de conocimientos sobre hechos concretos. Pero, a partir de una etapa en el conocimiento de la realidad material la historiografía alcanza una fase en la que ya no puede contentarse con la mera recopilación de detalles y con la descripción de lo que ya se ha recopilado, sino que tiene que penetrar en las leyes que hacen que los seres humanos de una determinada sociedad se relacionen, se encuentren inmersos en determinada morfología, y en cadenas funcionales absolutamente específicas, en su condición de caballeros y siervos, de reyes y funcionarios, de ciudadanos y de nobles por ejemplo, leyes que también orientan la transformación de estas formas relacionales y estas instituciones. En una palabra, a partir de determinado conocimiento de la realidad, es posible reconocer un armazón sólida, una conexión estructural dentro del montón de innumerables hechos históricos individualizados. Y con independencia del enriquecimiento del panorama histórico que puedan ofrecernos, todos los demás datos que sea posible encontrar sirven para revisar la opinión que estas estructuras merecen o bien para ampliarla y profundizarla. Cuando dijimos más arriba que toda investigación sociogenética tiene que orientarse a la totalidad del ámbito social por encima de las clases funcionales individualizadas, ello no supone que haya de orientarse a la suma de todas las particularidades, sino a la totalidad de su estructura. En este sentido cabe entender también lo que se dijo más arriba sobre la racionalización. Hoy día se admite generalmente la correspondencia que hay entre las funciones burguesas y la transición paulatina a un comportamiento y un pensamiento más «racional», así como a un autocontrol más intenso. Entre nuestros contemporáneos suele darse la sólida convicción de que la burguesía ha «producido» o «inventado» el pensamiento racional. A título de contraste hemos expuesto aquí algunos procesos de racionalización en la aristocracia. Pero no debe deducirse de ello que la aristocracia cortesana sea la «productora» social de este movimiento de racionalización. Si nadie ha «producido» a la aristocracia cortesana o a la burguesía manufacturera, nadie ha dado origen a este movimiento de racionalización. El propio cambio del conjunto de las estructuras sociales en cuyo curso se constituyen estas formaciones burguesas y aristocráticas, constituye por sí mismo, desde cierto punto de vista, una racionalización. Lo que se hace más racional no son solamente los productos aislados de los hombres y tampoco los sistemas conceptuales expuestos en los libros. Lo que se racionaliza muy en primer lugar son las formas de comportamiento de ciertos grupos humanos. La «racionalización» no es otra cosa —piénsese en el acortesanamiento de los guerreros— que una expresión del sentido en que se transforma la modelación de los seres humanos en ciertas formaciones sociales incluso durante aquel período. Los cambios de este tipo no tienen su «origen» en uno u otro orden social, sino que surgen en correspondencia con las ten-

siones entre los diversos grupos funcionales de un ámbito social, y entre los seres humanos que compiten dentro de ellos. Bajo la presión de las tensiones de este tipo que penetran en todo el entramado social, se transforma la estructura de éste durante una determinada fase en el sentido de una centralización creciente de los ámbitos de dominación y de una especialización más rica, así como de una integración más sólida de las personas. Y con esta transformación de la totalidad del ámbito social va transformándose también —primero en sectores pequeños y luego en sectores más amplios— la estructura de las funciones sociales y psíquicas hacia una mayor racionalización.

No es posible entender por separado la lenta desposesión del primer Estado, la pacificación del segundo y el ascenso paulatino del tercero, como tampoco es posible aislar el desarrollo del comercio de esta época de la constitución de monopolios fuertes de la violencia y de cortes poderosas. Se trata de piezas de un proceso general de diferenciación y prolongación creciente de todas las cadenas de acción que han tenido una importancia decisiva hasta hoy en la totalidad de la historia occidental. A lo largo de ésta, como se ha mostrado desde diversas perspectivas, se transforman las funciones de la nobleza y, en correspondencia continua con ellas, se transforman también las funciones de la burguesía y la morfología de los órganos centrales. Simultáneamente a este cambio paulatino del conjunto de las funciones e instituciones sociales se produce (primeramente en las capas superiores de la nobleza y de la burguesía) un cambio del autocontrol psíquico hacia una previsión mayor y una regulación más estricta de los impulsos momentáneos de carácter instintivo.

Cuando se hojean los estudios al uso que exponen el desarrollo del espíritu occidental, suele obtenerse la impresión de que sus autores atribuyen más o menos claramente a una serie de personalidades geniales el proceso de racionalización de la conciencia, el cambio de las formas mentales mágico-tradicionales a las racionales a lo largo de la historia de Occidente. Según estas exposiciones, tales individuos ilustrados, valiéndose de su inteligencia superior habrían enseñado al hombre occidental cómo utilizar su razón innata.

Nuestro criterio es distinto. No hay duda de que la aportación de los grandes pensadores de Occidente ha sido considerable; consiguieron resumir y expresar con elegancia lo que sus contemporáneos experimentaban en el quehacer cotidiano sin poder expresarlo con claridad y precisión mediante la reflexión; intentaron purificar las formas mentales racionales que surgían del amplio cambio estructural del entramado social y, valiéndose de ellas, trataron de llegar a los fundamentos de la existencia humana; ilustraron a los otros hombres sobre su mundo y sobre ellos mismos; gracias a su posición en medio de un poderoso mecanismo social consiguieron influir en éste; actuaron como intérpretes y portavoces de un coro social en mayor o menor medida, según su respectiva grandeza y posición personal: pero no fueron los creadores del hábito mental predominante en su sociedad; no fueron los creadores de lo que solemos llamar «pensamiento racional».

Como puede verse, esta expresión es algo estática y escasamente dife-

renciada en relación con lo que se supone que ha de expresar. Demasiado estática puesto que la estructura de la economía espiritual cambia de hecho tan lenta o tan rápidamente como la propia estructura de las relaciones sociales. Escasamente diferenciada puesto que el esquema de la racionalización era y es muy distinto en las diversas clases sociales (por ejemplo en la nobleza cortesana o en las capas superiores de la burguesía) en conexión con las diferencias en sus funciones sociales y con el conjunto de su situación histórica. Por último, puede decirse de la racionalización lo que decíamos más arriba acerca de los cambios de la conciencia: en ella se manifiesta tan solo un cambio general del conjunto de la economía espiritual. Este cambio coincide con una transformación correspondiente de las estructuras de los instintos. En pocas palabras, se trata de una manifestación civilizatoria entre otras.

VI. Vergüenza y desagrado

Para el proceso de la civilización, la «racionalización» del comportamiento es tan importante como esa modelación peculiar de la economía instintiva que acostumbramos a llamar «vergüenza» o «escrúpulos». Se trata de los dos aspectos de la misma transformación psíquica: el intenso movimiento de racionalización, y el no menos intenso avance del umbral de la vergüenza y de los escrúpulos que se hace especialmente manifiesto a partir del siglo XVI en los hábitos de los hombres occidentales.

El sentimiento de vergüenza es una excitación específica, una especie de miedo que se manifiesta de modo automático y habitual en el individuo por razones concretas. Visto superficialmente es un miedo a la degradación social o, dicho en términos más generales, a los gestos de superioridad de los otros. Pero también es una forma de disgusto y de miedo que se produce y se manifiesta cuando el individuo que teme la supeditación no puede defenderse de este peligro mediante un ataque físico directo u otra forma de agresión. Esta indefensión frente a la superioridad de los otros, esta entrega completa a su merced no surge directamente de la amenaza que supone la superioridad física de los demás, si bien es cierto que se explica en función de las coacciones materiales, de la subordinación física del niño en relación con las personas que modelan su carácter. En el caso de los adultos, sin embargo, esta indefensión se produce por el hecho de que los seres humanos cuya superioridad se teme, se relacionan con el super-yo de la persona indefensa y atemorizada, con el aparato de autocoacción modelado en el individuo gracias a la acción de aquellos de quienes él dependía y que ejercían sobre él cierto grado de poder y de superioridad. Esto explica por qué este miedo al que llamamos «vergüenza» aparece muy atenuado a la vista de los demás: porque por muy fuerte que sea no se expresa directamente en gestos externos. La vergüenza alcanza su configuración específica en el hecho de que quien la padece está haciendo o piensa hacer algo que le obliga a incurrir en contradicción con las personas a las que se encuen-

tra unido de una u otra forma y consigo mismo, con el sector de su conciencia mediante el que se autocontrola. El conflicto que se manifiesta en la vergüenza no es solamente un conflicto del individuo con la opinión social predominante, sino un conflicto del comportamiento del individuo con aquella parte de su yo que representa a la opinión social; es un conflicto en su espíritu; es un conflicto en el que el propio individuo se reconoce como inferior. El individuo teme perder el aprecio o la consideración de otros cuyo aprecio y consideración le importa o le ha importado. La actitud de aquellos frente al individuo se ha consolidado en su interior en una actitud que él mismo adopta de modo automático. Esto es lo que le hace encontrarse indefenso frente a los gestos de superioridad de los demás que, de algún modo, actualizan en él este automatismo.

Así se explica también que el miedo a la infracción de las prohibiciones sociales se convierta en vergüenza con tanta mayor intensidad y nitidez cuanto más claramente se han transformado en autocoacciones las coacciones externas y cuanto más amplia y diferenciada es la gama de autocoacciones que se impone al comportamiento del individuo. La tensión interna y la excitación que se dan cuando el individuo se siente obligado a quebrantar estas prohibiciones en algún lugar o cuando las ha quebrantado tienen distinta intensidad según sea la gravedad de la prohibición y de la autocoacción sociales. En la vida cotidiana solamente se hablará de vergüenza cuando se den determinadas referencias y cierta intensidad; pero, si atendemos a su estructura, se trata siempre de la misma manifestación a pesar de los diferentes matices y grados de intensidad. A semejanza de las autocoacciones, encontramos la vergüenza en forma más desigual, menos completa y menos estable, en grados inferiores del desarrollo social. También a semejanza de las autocoacciones esta tensión y este miedo se intensifican con cada nuevo movimiento civilizatorio hasta que los miedos de este tipo se hacen tanto más dominantes frente a otros —especialmente frente al miedo a la amenaza y a la supremacía física de los demás—, cuanto más se amplían los ámbitos humanos pacificados, cuanta mayor importancia tienen las coacciones homogéneas para la modelación de los hombres, al tiempo que la violencia física mantiene la guardia al margen; en una palabra, cuanto mayor es la civilización del comportamiento. Si sólo cabe hablar de *«ratio»* en conexión con los movimientos de racionalización y con la constitución de funciones que exigen la previsión y la contención, sólo es posible también hablar de sentimientos de vergüenza en conexión con su génesis social, con los movimientos en los que avanza el umbral de la vergüenza o, en todo caso, cambia, y en los que se transforma la estructura y el esquema de las coacciones exteriores en cierta dirección, para reproducirse quizá en un plazo más o menos largo en la misma forma. Ambos fenómenos, la racionalización al igual que el avance del umbral de la vergüenza y de los escrúpulos, son manifestaciones de una disminución de los miedos directos ante la amenaza o el ataque por parte de los demás, y un fortalecimiento de los.miedos internos automáticos, de las coacciones que se imponen ahora los propios individuos. En ambos fenómenos, tanto en el avance del umbral de la vergüenza como en el progreso de la racionalización, se

manifiesta el incremento y la diferenciación de la prudencia y la previsión que ahora resultan necesarias al aumentar la diferenciación social con el fin de asegurar la existencia social de grupos humanos más numerosos. No es difícil explicar la correlación que existe entre estas transformaciones psíquico-morfológicas aparentemente tan distintas. Ambos fenómenos, el fortalecimiento de los sentimientos de vergüenza y el aumento en la racionalización sólo son aspectos diferentes de la creciente división en la economía espiritual de los individuos que aparecen con el aumento en la división de funciones, esto es, aspectos distintos de la diferenciación creciente entre funciones instintivas y funciones de vigilancia de los instintos, entre «ello» y «yo» o «super-yo». A medida que se perfila esta diferenciación del autocontrol psíquico, más claramente incumbe una función doble a ese sector del control psíquico al que llamamos «yo» en sentido amplio, y «super-yo» en sentido estricto: de un lado este sector constituye el centro desde el que cada individuo orienta sus relaciones frente a las otras cosas y personas y, de otro, es también un centro desde el que cada individuo orienta y regula su «interioridad», sus instintos parcialmente de modo consciente y parcialmente de modo automático o inconsciente. En otras palabras, el orden de las funciones psíquicas que va diferenciándose lentamente de los instintos a lo largo de los cambios sociales descritos, esto es, las funciones del yo o del super-yo, tienen un cometido doble en la organización espiritual: suelen llevar a cabo, al mismo tiempo, una política interior y una política exterior que no siempre coinciden y que muy a menudo son contradictorias. De este modo se explica que en el mismo período histórico-social en que progresa de forma evidente la racionalización se observe un avance de los límites del pudor y de los escrúpulos. También se explica así que, de conformidad con la ley sociogenética fundamental, todavía hoy se produzca un proceso análogo en la vida de cada niño concreto: la racionalización del comportamiento es una expresión de la política exterior de la misma constitución del super-yo, cuya política interior se expresa en un avance de los límites de la vergüenza.

Cabe desarrollar estas ideas en múltiples direcciones. Habría que demostrar cómo esta mayor diferenciación de la organización espiritual se expresa en un cambio morfológico de los impulsos individuales. Y sobre todo, cómo conduce a una transformación de los impulsos sexuales y a un desarrollo acelerado del pudor en las relaciones entre hombres y mujeres *. Aquí

* A pesar de su importancia, ha sido preciso dejar de lado este problema especial. Su solución requiere una descripción y un análisis detallado de los cambios a que ha estado sometida la estructura de la familia y el conjunto de las relaciones sexuales a lo largo de la historia occidental. Requiere, además, una investigación de los cambios en la forma de educar a los niños, y en el tratamiento de los adolescentes. Los materiales que hemos reunido con el fin de aclarar el proceso civilizatorio en este campo y los análisis que de ello se han derivado, han resultado excesivamente amplios, excesivos para los límites que tiene marcados este trabajo, por lo que se incluirán en otro volumen.

Lo mismo cabe decir del proceso civilizatorio en las clases medias, de la transfor-

habremos de contentarnos con mostrar algo de las líneas de unión entre los procesos sociales descritos más arriba y estos avances de la línea de pudor y de escrúpulos.

En la historia moderna de Occidente, los sentimientos de vergüenza no ocupan siempre el mismo lugar en la economía espiritual. El lugar que ocupan —por no mencionar más que esta diferencia— en el caso de un orden social estamental y jerárquico no es exactamente el mismo que el que tienen en el ordenamiento industrial burgués posterior.

Los ejemplos que hemos citado más arriba, y especialmente los relativos a las diferencias en el desarrollo del pudor cuando se trata de descubrir diferentes partes del cuerpo [148], nos permiten hacernos una idea de las transformaciones producidas.

Por razón de la estructura peculiar de la sociedad cortesana el pudor que se origina en determinados desnudos está limitado estamental o jerárquicamente a desnudez de los miembros de las clases altas en presencia de los de las bajas, por ejemplo la desnudez del Rey ante sus ministros, no está sometida a ningún tipo de prohibición social estricta, como tampoco lo está, en una fase anterior, la desnudez del hombre ante la mujer que, por ser socialmente más débil, se encuentra también en una posición social inferior. En consecuencia con la menor dependencia funcional frente a los inferiores, aquella desnudez no suscita ningún sentimiento de rebajamiento o de vergüenza; es más, como lo expresa De La Casa, hasta puede entenderse como un signo de benevolencia frente a los inferiores. En cambio, la desnudez de las personas de rango inferior ante las de rango superior o, ante personas de igual rango, cada vez está más proscrita del trato social, como un síntoma de falta de respeto; llega a caracterizarse como una infracción y,

mación civilizatoria de las clases burguesas ciudadanas y de la nobleza agraria no cortesana. Ciertamente, en estas clases la transformación del comportamiento y de la estructura de las funciones psíquicas es paralela a una transformación histórica en la estructura general del entramado social occidental, y de igual manera, cabe distinguir el esquema de la línea civilizatoria de la clase media no cortesana de la cortesana, distinción a la que nos hemos referido en repetidas ocasiones más arriba. En especial no es coincidente la actitud frente a la sexualidad en los dos casos, parcialmente debido a la diferente estructura familiar, y parcialmente a otro tipo de previsiones que son específicas de las funciones profesionales de las clases medias. Algo análogo se muestra cuando se investiga la transformación civilizatoria de la religión occidental. La transformación civilizatoria de la sensibilidad religiosa a la que han dedicado mayor atención los sociólogos, la tendencia a la interiorización y racionalización que se expresa en los distintos movimientos puritanos y protestantes, se encuentra con algunas variantes en estrecha relación con la situación y la estructura de las clases medias. La transformación civilizatoria correspondiente al catolicismo, manifiesta en la constitución y posición de poder de la orden de Jesús, favorecida por la estructura jerárquico-centralista de la Iglesia Católica, encuentra su culminación en la colaboración estrecha con los órganos centrales del absolutismo. Estos problemas también podrían resolverse cuando se tenga una idea clara de las interacciones y oposiciones entre las líneas civilizatorias de las clases medias no cortesanas y las de las cortesanas, por no mencionar el movimiento civílizatorio mucho más lento que había de aparecer más tarde en las clases campesinas y trabajadoras.

en consecuencia, genera miedo. El descubrimiento del cuerpo ante los demás fuera de ciertos enclaves estrictos se convierte en una infracción sólo cuando desaparecen las diferencias estamentales, cuando la dependencia funcional de todos en relación con todos se hace más intensa y los hombres alcanzan un valor aproximadamente igual en la sociedad.

En tal caso, este comportamiento del individuo se relaciona de modo tan claro con el miedo desde pequeño que desaparece de su conciencia el carácter social de la prohibición y da la impresión de que el pudor surge como mandato de la propia interioridad de la persona.

Lo mismo puede decirse del desagrado que constituye la contrapartida inseparable de los sentimientos de vergüenza. Si los sentimientos de pudor se originan cuando una persona atenta contra los mandatos del yo y de la sociedad, el desagrado se produce cuando algo ajeno al individuo afecta a sus zonas de peligro, a formas de comportamiento, a objetos, inclinaciones que previamente su medio ha revestido de temor, hasta que este temor —de acuerdo con el modelo de un reflejo condicionado— vuelve a producirse de modo automático en ocasiones análogas. El desagrado es una excitación de disgusto o miedo que surge cuando otra persona quiebra o amenaza con quebrar la escala de prohibiciones de la sociedad representada por el superyo. A su vez estos sentimientos son tanto más variados y amplios cuanto más extensa y diferenciada la zona de peligro, dentro de la cual está regulado y modelado el comportamiento de los individuos, esto es, cuanto más ha avanzado la civilización del comportamiento.

Más arriba se ha mostrado a través de una serie de ejemplos, cómo va avanzando lentamente a partir del siglo xvi el umbral de la vergüenza y del desagrado. También aquí comienzan a coincidir las conexiones conceptuales. Este avance acompaña al acortesanamiento acelerado de la clase alta. Es una época en la que los entramados de dependencia que se entrecruzan en el individuo, se hacen más densos y más prolongados, una época en la que un número cada vez mayor de personas aparece más estrechamente unido y en la que aumenta la coacción del autocontrol. Al igual que la interdependencia, también se hace más intensa la observación recíproca de los hombres; la sensibilidad y, consecuentemente, las prohibiciones, se hacen cada vez más diferenciadas y también más diferenciado, más amplio y más variable a tenor de un tipo superior de convivencia se hace aquello de lo que las personas se avergüenzan y que suscita el desagrado en los actos de los demás.

Ya se ha advertido que, con la división creciente de funciones y la integración mayor de los individuos disminuyen los grandes contrastes entre diversas clases y países, mientras que la modelación en el marco de la civilización aumenta en matices y en posibilidades diversas. Aquí nos encontramos con una manifestación muy típica en el desarrollo del comportamiento y de la sensibilidad individuales. Cuanto más se debilitan los fuertes contrastes del comportamiento individual, cuanto más se comprimen, contienen o transforman por medio de autocoacciones las grandes manifestaciones de alegría o de dolor, tanto mayor es la sensibilidad para los matices o detalles del comportamiento, tanto más sensibles se hacen las personas

para percibir los pequeños gestos y formas, y de modo tanto más diferenciado se experimentan a sí mismos los seres humanos así como a su mundo en estratos que no conseguían penetrar en su conciencia a través del velo de las emociones reprimidas.

Para recordar un ejemplo que nos es cercano, los hombres «primitivos» experimentan el ámbito humano y natural en la zona relativamente restringida que les es vital —restringida porque sus conexiones de dependencia son relativamente breves— en cierto modo de forma más diferenciada que los «civilizados». La diferenciación es distinta según que se trate de agricultores, cazadores o ganaderos. Pero, en cualquier caso, en términos generales podemos decir que cuando resulta de interés vital para el grupo, los hombres primitivos poseen una capacidad superior a la de los «civilizados» para diferenciar cosas en el bosque y en el campo, ya se trate de distinguir un árbol de otro o de identificar ruidos, olores o movimientos. Pero entre los primitivos, el ámbito natural sigue siendo en gran medida una zona de peligros, llena de miedos que el hombre civilizado ya no padece. En relación directa con ello encontramos lo diferenciado y lo no diferenciado. La forma en que se experimenta la «naturaleza» al acabar la Edad Media y, de modo más acelerado a partir del siglo xvi, se caracteriza por el hecho de que van pacificándose ámbitos humanos cada vez mayores; así, dejan de ser zona de peligro de primer orden los bosques, las praderas y los montes, en cuyas profundidades se escondían siempre sobresaltos y temores para la vida del individuo. Ahora, cuando al hacerse más densa la red de caminos y las interrelaciones humanas, al desaparecer poco a poco los salteadores de caminos y los animales de rapiña, al dejar de ser el bosque y el campo escenario de pasiones reprimidas, de caza salvaje de hombres y animales, de alegrías y de miedos brutales, al modelarse todo ello por medio de actividades pacíficas, de la producción de bienes, del comercio y del tráfico, los seres humanos comprenden de modo nuevo también a la naturaleza pacificada. Y en conexión con la importancia creciente que adquiere la mirada como generadora de placer al aumentar la contención de las emociones, la naturaleza se convierte en objeto de contemplación, mientras que los hombres, sobre todo los ciudadanos para quienes el campo y el bosque no son ya vida cotidiana, sino un ámbito de recreo, se hacen más sensibles, y ven el campo abierto como algo más diferenciado, como algo que antes estaba oculto debajo de los peligros y de la actividad de las pasiones irreprimidas. Los hombres disfrutan ahora de la armonía de los colores y las formas, se hacen más sensibles a lo que solemos denominar la belleza de la naturaleza, y se abren a la contemplación del cambio de tonalidades y formas en las nubes así como a los reflejos de la luz en las hojas de un árbol.

En el curso de esta pacificación también se transforma la sensibilidad de los hombres en el trato recíproco. Los miedos exteriores disminuyen en relación directamente proporcional al aumento de los miedos interiores, los miedos que se profesan mutuamente los hombres. En razón de estas tensiones internas, los hombres comienzan a experimentarse unos a otros en su trato recíproco de una forma diferenciada que no existe en aquellos ambientes en que los seres humanos sólo pueden esperar amenazas terribles pro-

cedentes del exterior. En este momento, toda una serie de tensiones que antaño se manifestaban directamente en la lucha entre los individuos, se convierten en tensión interna en la lucha del individuo consigo mismo. El trato social deja de ser una zona de peligro en la medida en que los banquetes y los bailes ya no degeneran en enfrentamientos, peleas y asesinatos y, en cambio, se convierten en una zona de peligro siempre que el individuo no consiga contenerse y su comportamiento afecte en lo más sensible a los límites del pudor o del desagrado de los demás. En cierto sentido la zona de peligro atraviesa ahora el alma de todos los individuos. Precisamente por esto, los hombres se hacen sensibles en esta esfera a diferencias que antes apenas se manifestaban a la conciencia. Si la naturaleza se convierte en grado mayor que antes en fuente de alegría originada en la mirada, también los individuos se convierten en fuente recíproca de un placer de contemplación a la inversa, en fuente de un disgusto originado en esa contemplación, en excitantes desagrados de diverso origen. Disminuye el miedo inmediato que el hombre causa al hombre y en cambio aumenta el miedo interior en relación con aquél, miedo producido por la mirada y por el super-yo.

Cuando la utilización de las armas en la lucha es algo común, los gestos menudos, por ejemplo, el hecho de alcanzar a otro el cuchillo en la mesa —por recordar uno de los casos de que hablábamos más arriba— carecen de importancia. Pero al reprimirse el empleo de las armas, al aumentar las coacciones externas e internas que dificultan al individuo la manifestación de su indignación y su ira por medio de ataques corporales, los hombres van haciéndose más sensibles a todo aquello que recuerda a un ataque. Ahora, hasta el gesto del ataque afecta a la zona de peligro; y resulta desagradable ver cómo un hombre alcanza a otro el cuchillo en la mesa con la punta vuelta hacía él[149] Esta prohibición se origina en los círculos restringidos, sumamente sensibles, de la buena sociedad cortesana, para la que la sensibilidad es un valor de prestigio, al tiempo que un medio para diferenciarse y que la cultivan precisamente por esta razón, y luego se extiende paulatinamente a toda la sociedad civilizada. En esta prohibición resuena la asociación guerrera así como otras reminiscencias en relación con los instintos reprimidos por el miedo.

Hemos ilustrado con una serie de ejemplos cómo va reduciéndose poco a poco la utilización del cuchillo sobre el que pesa todo un conjunto de prohibiciones mayores y menores. Queda por averiguar en qué medida la renuncia a la violencia física por parte de la aristocracia cortesana constituye una coacción de origen externo y hasta qué punto se transforma en otra de origen interno. Puesto que, a pesar de todas las limitaciones, sigue utilizándose en gran medida el cuchillo de mesa, al igual que la espada. Y si la caza y la muerte de los animales continua siendo una diversión señorial permitida y cotidiana, también el descuartizamiento de los animales muertos en la mesa es una práctica permitida que no produce desagrados. Posteriormente con el paulatino ascenso de las clases burguesas, en las que culmina la pacificación y la transformación en autocoacciones por medio de toda la estructura de sus funciones sociales el descuartizamiento de los animales se relega a la parte recóndita de la vida social, por más que, como suele

suceder, en algunos países concretos, especialmente en Inglaterra, se mantengan algunas de las antiguas costumbres en las nuevas; aunque generalmente se evita el uso del cuchillo o incluso su mera presencia, si no se prohibe por entero, crece la sensibilidad a este respecto.

Es este un ejemplo entre otros muchos de las transformaciones estructurales de la organización espiritual a las que hemos designado de modo conciso como «civilización»: en la sociedad humana no hay punto cero de los miedos frente a las fuerzas externas y tampoco hay punto cero frente a las fuerzas automáticas internas. Ambas tienen distinto significado para los seres humanos pero también son inseparables en último término. Lo que se da en el curso de un proceso civilizatorio no es la desaparición de una y la aparición de otra; lo que cambia en último término es la proporción entre miedos externos e internos y su estructura general; los miedos del ser humano frente a las fuerzas externas disminuyen sin desaparecer por completo; los miedos latentes o reales (pero jamás inexistentes) que surgen de la tensión entre el instinto y el yo, se fortalecen, se hacen más generales y permanentes en relación con aquellos. Los testimonios del avance de los límites de la vergüenza y del desagrado que se encuentran en el primer volumen de esta obra no son nada más que pruebas simples y visibles de la orientación y de la estructura del cambio en la organización del espíritu humano, que también puede mostrarse en otras perspectivas. Una estructura muy similar aparece, por ejemplo, en la transición de la constitución católico-medieval del super-yo a la protestante. También aquí se muestra un movimiento decisivo hacia la interiorización de los miedos. Sólo hay un aspecto del que no cabe olvidarse: que hoy, como antaño, todas las formas de los miedos internos de un adulto se corresponden con los miedos de los niños en relación con los otros, con los miedos ante las fuerzas externas.

VII Mayor dependencia de la clase alta. Mayor ascenso de la baja

Más arriba hemos podido comprobar que en ciertas imágenes [150] destinadas a la clase alta caballeresco-cortesana de la Edad Media tardía, la representación de personas de las clases bajas así como de sus gestos todavía no se consideran desagradables mientras que la selección estricta que corresponde al límite de desagrado de la clase alta cortesano-absolutista, solamente permite ya la representación de gestos grandiosos, moderados o, en todo caso, refinados, al tiempo que excluye de la representación cuanto pueda recordar a las clases bajas, es decir, todo lo vulgar.

Este rechazo de lo vulgar, esta sensibilidad superior frente a todo lo que recuerda los gustos inferiores de las clases bajas impregna todas las esferas del comportamiento social de los cortesanos. Ya hemos mostrado con mayor detalle [151] cómo todo esto se manifiesta en la modelación cortesana del lenguaje. Como explica la dama de la corte, no se dice *un míen ami, o le pauvre deffunct,* puesto que todo esto «huele a burgués». Y cuando el

burgués se defiende y contesta que, a pesar de todo, hay muchas personas de la buena sociedad que se sirven de estas expresiones, se le responde: «Es muy posible que haya personas elegantes que no captan suficientemente las delicadezas de nuestra lengua.» Esta «delicadeza»... está confiada exclusivamente a un pequeño número de personas.

Se trata de una actitud categórica, como las exigencias de esa misma sensibilidad. Las personas que ejercen este tipo de selección de comportamientos, no pueden ni quieren justificar detalladamente la razón por la que en determinados casos utilizan unas expresiones que les resultan más cómodas mientras que otras les desagradan. Su sensibilidad especial depende estrechamente de la regulación y transformación específicas y crecientes de los impulsos a las que se ven obligados en función de su posición social también específica. La contundencia con la que acostumbran a decir: «Esa expresión es agradable; esa combinación de colores está mal elegida», la seguridad de su gusto, por decirlo en una sola palabra, descansa en la inconsciencia de su autocontrol psíquico antes que en reflexiones conscientes. Aquí queda patente, sin embargo, cómo en un principio son pequeños círculos de la buena sociedad cortesana los que entienden de «delicadeza», los que prestan atención a la sensibilidad creciente para las formas, los matices, los ritmos, los tonos y los significados de las palabras habladas y escritas, y los que consideran que esta sensibilidad, este «buen gusto» es al mismo tiempo un valor de prestigio: todo lo que linda con el umbral de su desagrado huele a burgués, es socialmente inferior y, al contrario, todo lo que es burgués linda con el umbral de su desagrado, lo que agudiza esta sensibilidad es la necesidad de distinguirse de todo lo burgués; y la posibilidad de hacerlo viene dada por la peculiar estructura de la vida de la Corte en la que el instrumento principal de la competencia por el prestigio y el favor del Rey no es la actividad profesional ni la acumulación de dinero, sino la capacidad de saber comportarse en el trato social.

A lo largo de esta investigación y a propósito de una serie de ejemplos hemos visto que, a partir del siglo XVI, se inicia un rápido movimiento de las pautas del comportamiento social que se mantiene durante los siglos xvii y xviii, y que algo transformado se difunde en toda la sociedad occidental a partir de los siglos xviii y xix. Este movimiento de restricciones y transformaciones de los impulsos se inicia con el cambio de la aristocracia caballeresca en una aristocracia cortesana. Depende estrechamente del cambio en la relación de la clase alta con los otros grupos funcionales, del cual hemos hablado más arriba. La sociedad cortesana-guerrera todavía está sometida a presión y aún teme las interrelaciones de la burguesía que convienen a la aristocracia cortesana. Esta clase alta cortesana es una formación en un denso entramado de interdependencias. Es una clase que, en cierto modo, vive entre la tenaza del señor feudal de la Corte, de cuyo favor depende, y de los grupos superiores burgueses, económicamente acomodados, que aspiran a ascender y que tratan de arrebatarle la preeminencia. La tensión entre las dos clases no data solamente de fines del siglo XVIII y comienzos del siglo xix, sino que la nobleza se ve amenazada desde un principio de modo intenso y permanente en su existencia social por las clases bur-

guesas que tratan de ascender. El acortesanamiento de la nobleza se produce en conexión con una intensificación del ascenso de las clases burguesas. La existencia de una interdependencia más intensa y de una tensión más fuerte entre las clases nobles y las burguesas es definitoria en sí misma del carácter aristocrático-cortesano de los grupos superiores de la nobleza.

No hay que dejarse engañar por el hecho de que hubieran de pasar siglos para que el continuo tira y afloja entre los grupos nobles y los burgueses acabara resolviéndose a favor de uno de ellos. Tampoco hay que dejarse engañar por el hecho de que la dependencia de la clase alta, la interdependencia funcional y las tensiones latentes entre las diversas clases en la sociedad estamental absolutista de los siglos xvii y xviii, fuera menor que en las diversas sociedades nacionales de los siglos XIX y XX. En comparación con la dependencia funcional de la nobleza guerrera libre medieval, la dependencia de la aristocracia cortesana es ya muy grande. Las tensiones sociales, especialmente las tensiones entre la nobleza y la burguesía, toman un carácter distinto con el incremento de la pacificación social.

Mientras la disposición sobre los instrumentos de la violencia física, sobre las armas y las tropas, sigue sin estar muy centralizada, se da una serie de tensiones sociales que conducen de continuo a acciones regulares de carácter bélico.

Los diversos grupos sociales, por ejemplo, los asentamientos de artesanos y sus señores feudales, las ligas urbanas y las ligas caballerescas, se enfrentan como unidades independientes que, al igual que harán posteriormente los estados, han de estar permanentemente dispuestos a resolver con las armas sus conflictos de intereses. Dada esta estructura de las tensiones sociales, los miedos pueden descargarse con mayor facilidad y frecuencia en acciones guerreras, en una aplicación inmediata de la violencia física.

La estabilización paulatina del monopolio de la violencia y la interdependencia funcional creciente entre la nobleza y la burguesía suponen un cambio de la situación. Las tensiones se hacen permanentes y solamente pueden resolverse ahora por la violencia física, en momentos de crisis o de alteración revolucionaria; se manifiestan por medio de una presión continuada que todo miembro de la nobleza se ve obligado a aceptar. Con esta transformación de las relaciones sociales los miedos sociales pierden poco a poco el carácter de súbitas llamaradas que se expanden bruscamente invadiéndolo todo y vuelven a consumirse en sí mismas para reanimarse inmediatamente quizá; acaban convertidos en un fuego permanente cuya llama está escondida y sólo se expande en raras ocasiones.

Vista en esta perspectiva la aristocracia cortesana supone un tipo de clase alta distinto al de los guerreros libres de la Edad Media. Es la primera de las clases altas muy condicionada a la que, en el curso de la Edad Moderna, seguirán otras clases altas también intensamente condicionadas. Está amenazada por las clases burguesas en el conjunto de su existencia social y en sus privilegios más directa e intensamente de lo que lo estaban los guerreros libres. Ya en los siglos xvi y xvii, por lo menos en Francia, en ciertos grupos superiores burgueses, especialmente entre los miembros de los altos tribunales y órganos judiciales administrativos, se da una clara insis-

tencia en la pretensión de sustituir a la nobleza de espada o, cuando menos, de establecerse como clase dominante del país, junto a esta nobleza de espada. La política de estas clases burguesas se orienta, en gran medida, a aumentar sus privilegios a costa de la antigua nobleza, si bien está vinculada a ella en una serie de frentes sociales comunes, lo cual da a la relación entre las dos clases su carácter peculiarmente ambivalente. Precisamente por ello, los miedos que generan estas tensiones permanentes se mantienen ocultos en estas clases burguesas superiores en forma controlable mediante la decisiva imposición del super-yo. Tal es también la situación de la auténtica nobleza que, muy a menudo, se encuentra a la defensiva y que, además, aún muestra las consecuencias del choque producido por la derrota y la pérdida que sufrió con la pacificación y el acortesanamiento. Los aristócratas cortesanos están obligados a ocultar la inquietud que les produce el continuo tira y afloja con los grupos burgueses. Dada la estructura de las interdependencias, la tensión social suscita, a su vez, una tensión interna entre los miembros de la clase superior amenazada. Los miedos que producen estas tensiones sociales en los individuos de la clase alta cortesana se hunden parcialmente, aunque nunca por completo, en las zonas inconscientes de la economía espiritual, y surgen de nuevo modificados como automatismos específicos de autocontrol. Estos miedos se expresan especialmente en la extraordinaria sensibilidad que muestra la aristocracia cortesana frente a todo lo que puede afectar, aunque sea de lejos, sus privilegios hereditarios, fundamento de su existencia. Se evidencia con claridad en los gestos de rechazo fuertemente emocionales conque los cortesanos desprecian cuanto «huele a burgués». Estos miedos son también responsables de que la aristocracia cortesana sea mucho más sensible frente a los hábitos de las clases inferiores que la nobleza guerrera de la Edad Media, y que haya desterrado decisivamente de su ámbito vital todo lo que es «vulgar». Este miedo social permanentemente subyacente constituye por último el impulso más poderoso para el rígido control que ejerce todo miembro de tal clase superior cortesana sobre sí mismo y sobre el comportamiento de las otras personas de su círculo; se manifiesta asimismo en la tensa atención con que las personas de la *Society* aristocrático-cortesana vigilan y censuran lo que les diferencia de los inferiores: no solamente los signos distintivos de su rango, sino también el lenguaje, los movimientos, las diversiones y las formas sociales de trato, en una palabra, el impulso permanente desde abajo y el miedo que suscita arriba no son la única fuerza impulsiva, pero sí la más fuerte en ese refinamiento civilizatorio específico que permite a las personas de clase superior destacar sobre las demás y que acaba convertido en su segunda naturaleza.

La función principal de la aristocracia cortesana —su función en lo que afecta al poderoso señor central— es precisamente la de distinguirse, la de ser un grupo distinto y actuar como un contrapeso social frente a la burguesía. Su cometido no es otro que el de imponer el comportamiento social distintivo de los buenos modales y del buen gusto. Las clases burguesas ascendentes la siguen de cerca. Estas clases no tienen tanto tiempo libre para establecer las pautas de comportamiento y de gusto ya que han de ejercer

una profesión; pero su ideal, en principio, es el de la aristocracia: vivir exclusivamente de las rentas y, si es posible, acceder al círculo de la Corte. La Corte constituye un paradigma para buena parte de los burgueses que se tienen en algo. Se convierten en *Bourgeois Gentilhommes.* Imitan a la nobleza y sus modales; pero por esta razón, resulta que las formas de comportamiento que han establecido los círculos cortesanos se hacen inservibles como medios de diferenciación y los grupos nobiliarios que marcan la pauta están obligados a imponer nuevas formas de comportamiento. Usos y costumbres que antes eran «finos», se convierten en «vulgares» con el paso del tiempo. Los modales se refinan continuamente y se desplaza el umbral del desagrado hasta que, con el hundimiento de la sociedad absolutista cortesana en la Revolución Francesa, cesa este movimiento pendular o, por lo menos, pierde intensidad. El motor que en la fase cortesana impulsó con cierta rapidez la transformación civilizatoria de la nobleza y, con ella, del umbral de la vergüenza y del desagrado —como lo demuestran los ejemplos citados en el primer volumen— estaba constituido por la competencia agudizada para conseguir el favor de los poderosos dentro de la clase cortesana misma. Y por el impulso permanente de los de abajo. A consecuencia de la mayor interdependencia entre las diversas clases, que produce contactos más estrechos y tensiones continuas entre ellos, la circulación de los modelos es más rápida que en la Edad Media. Las «buenas sociedades» que vienen detrás de la cortesana, dependen de modo más o menos directo del entramado profesional y, aunque no faltan pautas de este tipo, no tienen ni de lejos la misma fuerza modeladora del trato social puesto que, de ahora en adelante, las fuentes primarias del prestigio serán la profesión y el dinero. Y el arte de refinar el comportamiento en el trato social deja de tener la importancia decisiva que tuvo en la sociedad cortesana para el prestigio y el éxito sociales del individuo.

En cada clase social se modela con el mayor cuidado y rigor el ámbito del comportamiento, de importancia vital para los hombres de esta clase, a tenor de la función que cumplen. La exactitud con que se determina el comportamiento en la mesa, todo acto de etiqueta o la forma de hablar en la sociedad cortesana se corresponden con la importancia que se atribuye a todas estas acciones, tanto como medios de distinción, frente a los de abajo, como en la competencia por el favor del Rey. El gusto que se despliega en la casa o el jardín, la ornamentación ostentosa o íntima de las habitaciones —según sea la moda—, la espiritualidad que domina las conversaciones o las relaciones amorosas en la fase cortesana, no son solamente placeres personales de individuos aislados, sino exigencias vitales de la posición social. Estas exigencias se cuentan entre los presupuestos necesarios para conseguir el respeto de los demás y el éxito social, que tiene aquí la misma importancia que el éxito profesional en la sociedad burguesa.

En el siglo xix, con el ascenso de las clases burguesas profesionales a la condición de clase dominante, todo esto desaparece del núcleo de las tendencias de la modelación social. Los terrenos principales de influencia de las coacciones sociales que modelan al individuo pasan a ser la acumulación de dinero y la profesión, mientras que la mayor parte de lo que en la

sociedad cortesana era fundamental para la existencia, y por lo tanto se modelaba con particular atención, entra ahora en una esfera que sólo medianamente y en segundo lugar es determinante de la posición social de las personas. Las formas de la sociabilidad, la ornamentación de una casa, la etiqueta de las visitas o el ritual de las comidas son actos pertenecientes ahora a la esfera de la vida privada; sólo mantienen ya su función fundamentadora de la existencia en aquella sociedad en la que, a pesar del ascenso de los elementos burgueses, hasta ahora se han conservado con mayor fuerza las formaciones sociales aristocráticas, esto es, en Inglaterra. Pero también en esa peculiar amalgana de comportamiento propia de este país en virtud de una secular imbricación recíproca de modelos de comportamiento aristocráticos y burgueses, dominan el primer plano de la escena poco a poco los rasgos burgueses de clase media. En cualquier caso, con el hundimiento de la aristocracia pura, como quiera que se haya producido en todas las sociedades occidentales, acaban imponiéndose de modo claro y directo las formas de comportamiento y las modelaciones emotivas necesarias para desempeñar funciones profesionales y para realizar un trabajo más o menos regular. Este es el motivo por el que la sociedad burguesa profesional recogió el ritual de la cortesana en todo lo relativo a la convivencia social, sin proseguirlo con especial intensidad; este es el motivo, también, por el que, con el ascenso de la burguesía profesional, no ha avanzado apreciablemente en esta esfera la pauta de la regulación emotiva. En la sociedad cortesana y, en parte también, en la *Society* inglesa, no se da la división de la existencia humana en una esfera profesional y una esfera privada. Al generalizarse esta dualidad comienza una nueva fase del proceso civilizatorio: el esquema de la regulación instintiva propio del trabajo profesional se diferencia en muchos aspectos del esquema impuesto al individuo en su función de cortesano y en el juego de la vida cortesana. La tensión que exige el mantenimiento de la existencia social burguesa, la estabilidad del super yo, la intensidad de la regulación y la transformación de los impulsos que requieren las funciones profesionales burguesas son mucho mayores —aunque haya cierta flexibilidad en las formas del trato en general—, que los rasgos psíquicos que impone una vida de aristócrata cortesano. Lo más llamativo es la diferencia en la regulación de la educación sexual. Pero la modelación humana aristocrático-cortesana desemboca de un modo u otro en la burguesa-profesional y se prosigue en ella. Encontramos esta impregnación intensa de clases más amplias con formas de comportamiento y modelaciones instintivas que originariamente eran peculiares de la sociedad cortesana en regiones en que las cortes fueron grandes y ricas y los modelos que imponían tenían mucha fuerza. Los ejemplos son París y Viena. Se trata de los centros de las grandes cortes absolutistas y rivales del siglo xviii. Todavía nos llega un eco de ello, no solamente en su fama como centros del «buen gusto» o como lugar de industrias de lujo, cuyos productos estaban destinados a las «damas», sino también en la modelación de las relaciones sexuales y en los caracteres eróticos de la población, si bien a este respecto puede que la realidad no se corresponda ya con una fama de la que suele beneficiarse la industria cinematográfica.

Sin embargo, de una u otra forma los modelos de comportamiento de la *bonne compagnie* aristocrático-cortesana también han penetrado en las pautas de comportamiento de la más amplia sociedad industrial, allí donde las cortes fueron más pobres y menos poderosas y menos intensa, pues, su fuerza de impregnación. El hecho de que las formas de comportamiento de las unidades de dominación occidentales, así como los grados y el tipo de la regulación emotiva, tengan una vanidad evidente a pesar de todas las diferencias en los esquemas nacionales es una consecuencia evidente del entramado recíproco de estos grupos, de la interdependencia permanente de todos los procesos funcionales en las diversas naciones.

Dentro de este contexto general, sin embargo, tiene importancia especial para la esencia del comportamiento civilizado occidental la fase de los monopolios semiprivados de la violencia y de la sociedad aristocrática cortesana con su intensa interdependencia en toda Europa. Esta sociedad cortesana fue la primera que cumplió una función en forma especialmente pura, posteriormente ampliada a clases cada vez más numerosas de la sociedad occidental en diversos escalones y modificaciones, la función de ser una «buena sociedad», una clase superior, que se encontraba bajo la presión de un entramado intenso y amplio, bajo la presión de los monopolios de la violencia y de la hacienda por un lado, y de las capas bajas ascendentes por el otro. La sociedad cortesana, de hecho, fue la primera representante de esa forma peculiar de clase alta tanto más manifiesta cuanto más estrechamente dependían unas de otras las diversas clases sociales en virtud de la creciente división de funciones, cuanto mayor era el número de personas y más extensos los ámbitos humanos que se encontraban dentro de aquella interdependencia. Era una clase superior muy condicionada, una clase superior cuya situación requería una reserva continua y una regulación intensa de los impulsos. Este tipo de clases altas es el que, de entonces en adelante, dominó en los ámbitos occidentales. Y el modelo de esta reserva, elaborado en la sociedad aristocrático-cortesana en un principio para la esfera del trato social, de la «vida privada», se transmitió, modificado y escalonado, de clase en clase, al igual que la situación y la función misma de la clase alta. La herencia de la sociedad aristocrática tenía mayor o menor importancia según que en cada clase o en cada pueblo tuviera a su vez mayor o menor importancia la «buena sociedad». Dondequiera que este fue el caso —y, como se ha dicho, lo fue en mayor o menor grado en clases cada vez más amplias y, por último, en todos los pueblos de Occidente, especialmente en aquellos que pronto tuvieron órganos centrales fuertes y que también se convirtieron en grandes potencias coloniales tempranamente— se intensificó la fortaleza de los controles sociales de un esquema determinado, la sensibilidad frente al comportamiento de los otros miembros de la sociedad, el autocontrol del individuo y la fuerza del super-yo, bajo la presión de un entramado amplio, materializado en la fuerza de la competencia dentro de la propia clase, y en la necesidad de mantener la elevada pauta de vida y el prestigio de una clase superior y diferente frente a las clases inferiores. De este modo se conjugaban las formas de comportamiento de una clase alta cortesana aristocrática con las formas de comportamiento de las diversas clases

burguesas, una vez que éstas hubieron ascendido y accedido a la condición de clases dominantes. Lo que en principio se impuso bajo la forma de la *civilité,* encontró su superación y su prosecución —según la situación especial de los afectados— en lo que pasó a denominarse «civilización», o, dicho con exactitud, «comportamiento civilizado». De este modo, en el siglo xix se difunden estas formas de comportamiento civilizado entre todas las clases inferiores ascendentes de la sociedad occidental, entre las diversas clases de los países coloniales y se conjugan con las formas de comportamiento correspondientes a su función y posición sociales. En cada uno de estos movimientos de ascenso, formas de comportamiento de las clases altas penetran en las clases o asociaciones inferiores en auge. La pauta de comportamiento de las clases ascendentes, el esquema de sus prohibiciones y prescripciones, se corresponde con la estructura de la historia de este proceso ascensional. Y así sucede que en el esquema de la organización impulsiva y de comportamiento de las diversas naciones burguesas, en su «carácter nacional», se reflejan con exactitud los rasgos de las relaciones primitivas entre las clases nobles y las burguesas y la estructura del enfrentamiento social por medio del cual alguna de estas ha alcanzado finalmente el poder. Así, por no citar más que un caso, el esquema del comportamiento y de la regulación impulsiva en Norteamérica tiene un carácter de clase media mucho más puro y claro que en Inglaterra, a pesar de que entre las dos hay muchos rasgos comunes, porque en Norteamérica la aristocracia desapareció en una época relativamente temprana, mientras que en Inglaterra el prolongado enfrentamiento entre las clases altas nobles y las clases medias burguesas condujo en diversos momentos a una amalgama peculiar y gradual entre las dos y, con ello, a una conjugación no menos gradual de sus comportamientos. En el primer capítulo de esta obra se han señalado procesos análogos en relación con las diferencias que se dan entre el carácter nacional de los alemanes y el de los franceses. Tampoco sería difícil demostrar lo anterior en lo relativo al carácter nacional de los demás países de Europa.

Cada una de estas olas de difusión de la pauta civilizatoria en una nueva clase, sin embargo, corre paralela con un aumento de la fortaleza social de ésta, con una asimilación de su nivel de vida al de la clase inmediatamente superior o por lo menos con un aumento de su nivel de vida sin más. Las clases que se encuentran perpetuamente bajo la amenaza del hambre o que viven reducidas a la miseria y a la necesidad, no pueden comportarse de modo civilizado; para crear y poner en funcionamiento un super-yo estable era preciso, y sigue siéndolo, un nivel de vida relativamente elevado y un grado razonable de seguridad.

Aunque a primera vista parece muy complicado el mecanismo de las interrelaciones dentro de las cuales se desarrolla la civilización del comportamiento en Occidente, el esquema elemental de estas conexiones es muy simple: todo lo que hasta ahora hemos mencionado como fenómenos aislados, esto es, la paulatina elevación del nivel de vida de capas más amplias de la población, la creciente dependencia funcional de las clases altas o la estabilidad de los monopolios centrales, son manifestaciones parciales y con-

secuencias de una división funcional creciente que unas veces es más rápida y otras más lenta. Paralelamente a esta división funcional aumentó y sigue aumentando la productividad del trabajo; una mayor productividad del trabajo es requisito de la elevación del nivel de vida de capas de la población cada vez más amplias; con la especialización crece también la dependencia funcional de las respectivas clases altas; y únicamente con un grado muy elevado de división funcional es posible constituir monopolios fiscales y políticos estables dotados de administraciones monopolistas muy especializadas, esto es, constituir estados en el sentido occidental de la palabra, con lo que la vida del individuo adquiere poco a poco mayor «seguridad». Pero la creciente división de funciones también hace incurrir en dependencia a una cantidad cada vez mayor de personas dentro de ámbitos humanos más extensos; requiere y fomenta una reserva más intensa por parte del individuo, una regulación más estricta de su comportamiento y de sus emociones; exige una contención mayor de los impulsos y, a partir de cierto momento, una autocoacción permanente. Se trata aquí, por así decirlo, del precio que hemos de pagar por el aumento de la seguridad y por todo lo que ésta nos aporta.

Por lo demás, resulta de importancia decisiva para las pautas civilizatorias de nuestra época el hecho de que la contención y la autocoacción, en la fase actual del movimiento civilizatorio, no obtengan su forma solamente de la necesidad de una cooperación permanente de cada individuo con todos los demás, sino que están determinados en su esquema por la división peculiar de la sociedad en clases altas y bajas. El tipo de contención y de modelación de los impulsos que se impone a las personas de las respectivas clases altas alcanza su configuración específica, en principio, en las tensiones permanentes que caracterizan a la sociedad. La constitución del yo y del super-yo de estas personas está tan determinada por la presión de la competencia y por las luchas de exclusión dentro de la propia clase, como por la presión permanente desde abajo, producida por la creciente división de funciones en formas siempre nuevas. La fuerza y la riqueza de matices del control social al que está sometido el comportamiento del individuo en las respectivas clases altas, representado por su super-yo, no depende solamente del hecho de que surja del control de existencias competitivas y, en parte, de existencias en competencia libre, sino del hecho de que los competidores tienen que defender su común prestigio diferenciador, su posición más elevada, adoptando una precaución y una previsión especialmente cargadas de temores frente a las clases que tratan de ascender.

Cuando se observan estos procesos a lo largo de los siglos, puede verse una tendencia clara a la igualación de las pautas de vida y de comportamiento, a la nivelación de los grandes contrastes. Pero no es éste un proceso de trayectoria rectilínea. En cada una de estas oleadas de difusión de las formas de comportamiento desde un círculo reducido a otro más amplio y ascendente cabe distinguir con claridad dos fases: una primera de colonización o de asimilación, en la que la correspondiente clase baja más numerosa se encuentra en ascenso, pero todavía está supeditada a la clase alta, fase en la que esta clase se orienta claramente por el ejemplo de la alta y en

la que ésta impone sus formas de comportamiento consciente o inconscientemente; una segunda fase de rechazo, de diferenciación o de emancipación, en la que el grupo ascendente aumenta evidentemente su fuerza social y su autoconciencia, en la que, en consecuencia, la clase alta se ve obligada a una mayor reserva, a un aislamiento más intenso y en la que se fortalecen los contrastes y las tensiones en la sociedad.

Como siempre sucede, en cada una de estas fases se dan las dos tendencias, la de la igualación y la de la distinción, la de la atracción y la del rechazo. Estas relaciones son fundamentalmente ambivalentes. Pero en la primera fase, que en la mayoría de los casos es análoga a la del ascenso individual de la clase inferior a la superior, se pone de manifiesto con mayor claridad la tendencia a influir de arriba abajo y a igualarse de abajo arriba. En la segúnda fase, en la que crece la fortaleza social de las correspondientes clases bajas en su conjunto y disminuye en cambio la de las altas, al aumentar la rivalidad y las tendencias al rechazo, se fortalece también la autoconciencia, la inclinación a destacar y a consolidar lo diferencial, al menos por lo que hace a la clase alta. Los contrastes entre las clases se hacen mayores y los muros que las separan, más elevados.

En las fases del primer tipo, de asimilación, muchos individuos aislados de la clase ascendente, no sólo dependen en gran medida de la clase alta en cuanto a su existencia social, sino también en cuanto a su comportamiento, a sus ideas e ideales, incluso en contra de su voluntad. En este proceso sucede a menudo, si no siempre, que estas clases se transforman por el hecho de que las personas de la clase alta poseen una educación superior, por lo que aquellas se sienten impresionadas por su inferioridad social, por el conjunto de prohibiciones, la regulación de los afectos y el código de comportamiento de la clase alta, de modo que tratan de orientar su propia regulación emotiva según el esquema de ésta. Estamos aquí ante una de las manifestaciones más peculiares del proceso civilizatorio: los miembros de la clase ascendente elaboran un «super-yo» según el modelo del de la clase alta dominante y colonizadora. Pero, considerado con detenimiento, este super-yo, aparentemente modelado según la pauta de la clase dominante, en muchos aspectos es muy distinto de su modelo. Es desigual y con frecuencia extraordinariamente estricto y riguroso. No ignora nunca la fuerte tensión que acompaña al ascenso individual; tampoco ignora la amenaza permanente de abajo y de arriba, en fuego cruzado, de todos los lados, a que se encuentra expuesto quien asciende individualmente. La asimilación completa de abajo arriba sólo la consiguen algunos pocos, a título excepcional, en cada generación. En el caso de la mayoría de las personas de las clases que tratan de ascender, el esfuerzo que realizan conduce, inevitablemente, a deformaciones específicas de su conciencia y actitud. Es lo que se conoce como «levantinismo», propio de Oriente y de los países coloniales. También lo encontramos en los círculos pequeño-burgueses de la sociedad occidental como un «barniz cultural», es decir, como el anhelo de ser algo que no se es, con la correspondiente inseguridad del comportamiento y del gusto, con la «cursilería» no solamente en muebles y atavíos, sino también en el espíritu; todo esto pone de manifiesto una situación social que incita a la

imitación de los modelos de otro grupo social de posición superior, pero, al no conseguirse, la asimilación sigue siendo reconocible como un intento de imitación de modelos extraños. La educación, el nivel de vida y el horizonte vital de la clase baja en ascenso y de la clase alta, son aún tan distintos en esta fase que el intento de alcanzar la seguridad del comportamiento y la confianza según el esquema de la clase alta, conduce a la mayoría de los seres humanos de la clase ascendente a una posición falsa y a una deformación de la actitud tras de la cual, sin embargo, se encuentra una situación auténtica de necesidad en su existencia social: el anhelo de evitar tanto la presión que viene de arriba como la subordinación. Esta influencia en el super-yo por parte de la clase alta hace que surja una forma muy específica de sentimientos de vergüenza y de supeditación entre la clase ascendente, muy distintos de los sentimientos que tienen las clases bajas sin posibilidades de ascenso individual. El comportamiento de estas últimas puede ser más rudo, pero es más cerrado, más unitario, más íntimo y, por lo tanto, mejor configurado; viven más en su propio mundo, sin esperanza de alcanzar un prestigio igual al de la clase alta, con lo que disfrutan de un espacio mayor para las descargas afectivas. Estas clases viven de acuerdo con sus propios usos y costumbres. Su supeditación frente a la clase alta, sus gestos de subordinación, al igual que los de resistencia, son claros, relativamente evidentes, al igual que sus emociones, y contenidos en formas determinadas y simples. En su conciencia se asignan a sí mismas, y a las otras clases, una posición muy diferenciada.

Por el contrario, los sentimientos y gestos de inferioridad de las personas que pretenden ascender individualmente reciben una tonalidad especial que las identifica, hasta cierto punto, con la clase alta. Tienen esa estructura que hemos descrito más arriba con relación a los sentimientos de vergüenza: las personas de esta condición reconocen, con una parte de su conciencia, los códigos de prohibiciones y mandatos, las normas y formas de comportamiento de la clase alta como si fueran vinculantes para ellas mismas, sin poder darles cumplimiento con la misma naturalidad y la misma voluntad que esa clase alta. Lo que da a su vida afectiva y a su comportamiento su carácter especial es esta contradicción peculiar, esta tensión interna permanente entre la clase alta en ellos mismos, representada por su super-yo, y su incapacidad para dar cumplimiento por su parte a esta exigencia.

Al propio tiempo vemos aquí la importancia que para la clase alta tiene una regulación estricta del comportamiento: se trata de un instrumento de prestigio; pero al mismo tiempo —en una fase determinada— es un medio de dominación. Resulta característico de la estructura de la sociedad occidental el hecho de que la consigna de sus movimientos de colonización sea la de «civilización». Para los hombres de una sociedad con una intensa división de funciones, ya no basta dominar con las armas en la mano, como si se tratara de una casta guerrera, sobre pueblos y tierras sojuzgados; aunque, sin duda en todo el movimiento de expansión occidental también ha tenido gran importancia el antiguo objetivo de la mayoría de las primitivas expansiones, esto es, la expulsión de otros pueblos de su suelo para conse-

guir nueva tierra de cultivo y asentamiento. Pero no solamente se necesita el suelo, también son necesarios los hombres; es deseable incluir a otros pueblos en el entramado propio de la división del trabajo, el del país de clase alta, ya como fuerza de trabajo, ya como consumidores. Ello, sin embargo, obliga a una cierta elevación del nivel de vida, al igual que a un fomento de los mecanismos de autocoacción y del super-yo entre los sometidos al modelo de los occidentales; se fomenta realmente una civilización de los pueblos dominados. Si en Occidente, a partir de cierto grado de interdependencias ya no fue posible seguir dominando a los hombres por medio de las armas y de las amenazas físicas para la conservación de los imperios, de los que no sólo se quería obtener más tierra de cultivo y más esclavos de plantaciones, fue necesario dominar a los hombres parcialmente a través de sí mismos, por medio de la modelación de su super-yo. Precisamente por ello se produjeron en una parte de los dominados todas esas manifestaciones características de la primera fase del ascenso y de las cuales ya hemos hablado: ascenso individual, asimilación del ascendente a la regulación emocional y a los códigos de la clase alta, identificación parcial con ella y constitución o transformación del mecanismo del super-yo según su esquema, amalgama más o menos eficaz de las costumbres y autocoacciones existentes con las otras, del ritual social civilizado occidental con todas las consecuencias que ya hemos descrito.

Pero, para observar estos fenómenos, no es necesario ir muy lejos. Encontramos una fase análoga —por no mencionar más que una—, por ejemplo, en el movimiento ascensional de la burguesía occidental: la fase cortesana. En un principio, el mayor anhelo de muchos individuos procedentes de las capas superiores de la burguesía era comportarse y vivir como personas de la clase alta, como nobles. Estos individuos reconocían en su interior la superioridad del comportamiento cortesano-aristocrático y trataban de modelarse y controlarse a si mismos según tal modelo. Buena prueba de ello es la conversación del burgués en los círculos cortesanos acerca del bien hablar, que se ha mencionado más arriba. Y en la historia de la lengua alemana esta fase cortesana de la burguesía aparece claramente delimitada por la conocida costumbre de quienes hablaban o escribían en la época de intercalar una palabra francesa cada tres o cuatro alemanas, si es que no decidían servirse exclusivamente del francés, que era el idioma cortesano de Europa. Los nobles y hasta los burgueses de la Corte de la época se han burlado en muchas ocasiones de otros burgueses que trataban de comportarse de modo «fino» o cortesano, sin poder hacerlo.

A medida que aumenta la fuerza social de la burguesía, se abandona la burla. Más pronto o más tarde aparecen en primer plano esos fenómenos que dan su carácter peculiar a la segunda fase del ascenso. Los grupos burgueses dan prueba de una conciencia propia cada vez más fuerte y acentuada como algo peculiar y específicamente burgués. Imponen de modo cada vez más decidido y consciente sus códigos de prescripciones y prohibiciones frente al de los cortesanos aristócratas. Y, según sea su situación, contraponen el trabajo al ocio aristocrático, la «naturaleza» a la etiqueta, el cultivo del conocimiento al de los buenos modales, por no mencionr aquí

la exigencia específicamente burguesa de participar en el control de los monopolios centrales clave, y de que cambie la estructura de la administración fiscal y militar. Sobre todo, contraponen la «virtud» a la «frivolidad» cortesana; la regulación de las relaciones sexuales, la barrera con que se rodea la esfera sexual de la organización instintiva es mucho más estricta entre las clases burguesas medias ascendentes, en consecuencia con su posición profesional, que entre la clase alta cortesano-aristocrática y, posteriormente, también será más estricta que entre los grupos de la gran burguesía que ya han ascendido, han alcanzado la cúspide y tienen el carácter social de una clase dominante. Pero por muy aguda que sea esta contraposición durante la lucha, por completa que sea la emancipación de la burguesía frente a los paradigmas y al predominio de la aristocracia el esquema de comportamiento que los grupos superiores burgueses observan una vez que se apoderan de la función antaño reservada a la nobleza, una vez se encuentran en posición de clase dominante, es una mezcla de los códigos de la antigua y la nueva clase alta debido a que, en cada uno de estos movimientos de ascenso, se ha dado también una fase de asimilación.

La línea principal de este movimiento civilizatorio, el ascenso progresivo de capas cada vez más amplias, es el mismo en todos los países de Occidente, y análogo en ámbitos no occidentales, siendo también las mismas las leyes estructurales que subyacen al movimiento, esto es la creciente especialización funcional bajo la presión de la competencia, la tendencia a una interdependencia homogénea que iguala a largo plazo la fuerza de todos los grupos funcionales al tiempo que aniquila los privilegios hereditarios. Idéntico es asimismo el curso de las luchas de competencia libre: éstas conducen a la constitución de monopolios concentrados en pocas manos y por último a la transferencia del poder de disposición sobre los monopolios a manos de capas más amplias de población. Todo ello se manifiesta en esta etapa de la lucha de la burguesía contra los privilegios de la nobleza, en primer lugar en el hecho de que los monopolios fiscales y políticos, antaño administrados en interés de minorías, se «hacen públicos», se aburguesan, se estatizan. Tarde o temprano, por una vía o por otra, esta evolución es igual en todos los países que tienen un sistema occidental de interdependencia. Diferentes, en cambio, según los países concretos y sus estructuras y situaciones, son los rasgos característicos del comportamiento, el esquema de la regulación emotiva, la organización de los instintos y del «super-yo» que se imponen definitivamente en cada nación.

Son diferentes, cabe recordar, en países como Inglaterra, donde la fase cortesana absolutista fue relativamente breve, donde hubo alianzas y contactos tempranos entre los círculos burgueses urbanos y las capas de la nobleza rural, y donde, en un largo proceso de flujos y reflujos se produjo amalgama de formas de comportamiento de las clases altas y de las clases medias ascendentes. También son distintos en Alemania que, a causa de la falta de centralización y de la Guerra de los Treinta Años, fue un país pobre con un bajo nivel de vida por un período mayor que sus vecinos occidentales, que vivió una etapa extraordinariamente larga de absolutismo con muchas cortes pequeñas ni siquiera medianamente poderosas y que, también

a causa de la falta de centralización, llegó relativamente tarde y mal a la etapa de expansión exterior, a la expansión colonial. Por todas estas razones, las tensiones sociales fueron mayores, la nobleza mantuvo un poderoso frente cerrado contra la burguesía, lo que dificultó el acceso de las clases burguesas al control de los monopolios centrales. Durante la Edad Media, las clases burguesas urbanas en Alemania fueron poderosas en algunos momentos desde el punto de vista político y económico: eran más autónomas y tenían más consciencia que en cualquier otro país de Europa. Por ello fue tanto más chocante su hundimiento político y económico. Si antaño habían surgido en muchas zonas alemanas tradiciones de clase media pura y específicamente burguesas debido a que las formaciones urbanas eran tan ricas y autónomas, luego se perpetuaron como tradiciones también específicamente burguesas porque sus miembros se habían empobrecido y habían perdido su poder social. Sólo mucho más tarde se produjo una mayor interpenetración de medios burgueses y nobiliarios, una amalgama de formas de comportamiento de ambos; durante largo tiempo coexistieron sin relacionarse los códigos morales de las dos clases y como durante toda esta época las posiciones clave del monopolio fiscal de la administración de policía y del ejército eran competencia exclusiva más o menos evidente de la nobleza, la burguesía se hizo a la costumbre de admitir una autoridad estatal externa y fuerte. Mientras en Inglaterra, por ejemplo a causa de su insularidad [152], la flota ejerció cierta influencia pero carecieron de ella durante largo tiempo tanto el ejército de tierra como una policía centralizada en cuanto instrumentos de socialización de los habitantes, en la Alemania prusiana, en cambio, con sus fronteras territoriales tan extensas y vulnerables los elementos esenciales en la socialización de sus habitantes fueron el ejército de tierra dirigido por la nobleza y por las clases privilegiadas, así como una poderosa policía.

Esta estructura del monopolio de la violencia no obligaba a los individuos a aceptar el mismo tipo de autocontrol que tenían los ingleses por ejemplo; no les obligaba a una integración autónoma y casi automática en un *team-work* vitalicio, sino que les acostumbraba desde pequeños a la sumisión jerárquica y a recibir órdenes de arriba. En la esfera de la convivencia estatal, y a causa de esta estructura de los instrumentos de violencia, hubo una menor transformación de coacciones exteriores en autocoacciones. Además de esto, durante largo tiempo falto en Alemania la función que en muchos otros países, especialmente en Inglaterra, obligó a las clases nobiliarias y burguesas a adoptar un criterio común de previsión, a aceptar un autocontrol intenso en función del mismo esquema: faltó la función del centro de un entramado de interdependencias muy difundidas, la función de la clase alta de un imperio colonial. De esta manera, la regulación de los impulsos individuales dependió en gran medida de la existencia de un poder estatal fuerte y externo. Cuando éste faltaba, peligraba el equilibrio emotivo, el autocontrol de los individuos. Con el paso de las generaciones acabó constituyéndose un super-yo en las masas burguesas acostumbrado a delegar la previsión específica necesaria para el dominio y la organización de toda la sociedad en un círculo especialmente selecto y socialmente elevado. Al comien-

zo de este trabajo se mostró ya que esta situación, en una fase primera del ascenso burgués, condujo a una forma específica de la conciencia burguesa propia, a un alejamiento [153] de todo lo relacionado con la administración del monopolio de la dominación política a una profundización hacia el interior, y a una reverencia especial por lo espiritual y lo cultural dentro del código de valores.

Asimismo hemos mostrado el curso distinto que este movimiento siguió en Francia. Antes que en cualquier otro país de Europa, en Francia se constituyeron círculos cortesanos desde la Alta Edad Media; primeramente cortes pequeñas, después cortes mayores, hasta que, por último las luchas de exclusión de los diversos señores culminaron el proceso de formación de una corte real poderosa y rica, a la que afluían los ingresos fiscales de todo el territorio. En consecuencia, en Francia se implantó bastante pronto una política de protección económica dirigida desde el centro que, por supuesto, en principio respondía al interés del señor monopolista, y a su necesidad de asegurarse el mayor ingreso fiscal posible, pero que, al mismo tiempo, servía a la expansión del comercio y condujo al florecimiento de unas clases burguesas enriquecidas. También se establecieron contactos muy pronto entre los burgueses en ascenso y la aristocracia cortesana, siempre necesitada de dinero. A diferencia de los señoríos absolutistas alemanes, relativamente pequeños y pobres, el régimen absolutista francés, centralizado y rico, fomentaba la transformación general de las coacciones externas en autocoacciones, y la amalgama de las formas de comportamiento cortesano-aristocráticas con las burguesas. Y cuando, por último, se culminó en esta etapa el ascenso desde abajo y, con él, la nivelación e igualación de las pautas sociales características de todo el proceso civilizatorio, cuando la nobleza perdió sus privilegios hereditarios y su existencia como clase superior especial, y los grupos burgueses pasaron a cumplir la función de clase dominante, pudieron perpetuarse los modelos, la configuración impulsiva y las formas de comportamiento de la fase cortesana de modo más directo e ininterrumpido que en las demás clases burguesas de Europa, gracias a aquella prolongada interpenetración anterior.

VIII. Conclusión

Cuando se repasa la totalidad de los movimientos del pasado se observa que se trata de una transformación en una dirección muy determinada. A medida que avanzamos entre la multiplicidad de los datos aislados hasta encontrarnos con las estructuras y las coacciones de la interdependencia del pasado, se va dibujando claramente una armazón sólida de procesos en la que se integran los datos desperdigados. Al igual que antaño los observadores transitaron por muchos caminos falsos y callejones conceptuales sin salida antes de conjugar todas las observaciones sobre la naturaleza en una visión armónica de las leyes naturales, en nuestra época comienza a perfilarse una imagen armónica de las leyes históricas y del cosmos humano con

todos los fragmentos del pasado humano que se amontonaban en nuestras cabezas y en nuestros libros, merced al trabajo de muchas generaciones. Permítasenos resumir una vez más con algunos trazos, y desde un punto de vista determinado, las aportaciones de nuestro estudio a este cuadro armónico desde la perspectiva de lo que nos sucede a nosotros mismos: las modificaciones anteriores del entramado social adquieren rasgos nítidos para el observador cuando éste las compara con los acontecimientos de su propio tiempo. En este caso, como sucede a menudo, la observación de los sucesos actuales ilustra la comprensión de los pasados y la profundización en lo que ha sucedido aclara lo que está sucediendo: muchos de los mecanismos de interdependencia de nuestros días prosiguen los cambios del pasado en el sentido de consolidar la estructura de la sociedad occidental.

Como hemos mostrado [154], en las circunstancias de la más extrema desintegración feudal en Occidente comienzan a actuar determinados mecanismos de interdependencia que conducen a la integración de territorios cada vez más extensos. De las luchas de competencia y de exclusión de los pequeños señoríos, de los pequeños centros de dominación política, que, a su vez, surgieron de luchas de exclusión entre unidades aún menores, surgen paulatinamente algunos vencedores y, por último, resulta vencedora absoluta una de las unidades en lucha. El vencedor se convierte en centro de integración de una unidad de dominación mayor; constituye el núcleo monopolista de una organización estatal en cuyo marco muchas de las zonas o grupos humanos que antaño se hallaban en competencia libre se integran en un entramado más o menos unitario, más o menos denso y de mayor extensión.

Hoy día, estos estados constituyen también sistemas de equilibrio de asociaciones humanas en competencia libre, como antaño lo estaban las pequeñas unidades que hoy forman parte de sus territorios. Estos estados se enfrentan unos a otros con intensidad creciente bajo la presión de las tensiones, bajo la coacción de los mecanismos competitivos que mantienen a nuestra sociedad en un movimiento permanente de lucha y de crisis. Por lo demás, las diversas asociaciones de dominación rivales son interdependientes, y cuando una de ellas deja de progresar, no incrementa su poderío, corre el riesgo de debilitarse y de caer en una situación de dependencia frente a los otros estados. Como siempre que hay una situación de equilibrio con una tensión competitiva creciente y sin un monopolio central, los estados poderosos, los ejes principales de este sistema de equilibrio, están inmersos en un movimiento infinito de espiral que les fuerza a un proceso imparable de expansión y de engrandecimiento de su poder. El forcejeo para asegurarse la supremacía y, en consecuencia, para constituir consciente o inconscientemente centros monopolistas en territorios más extensos no puede detenerse. Y si por ahora sólo se trata de averiguar quién ejercerá la hegemonía sobre algunas partes del mundo, el aumento de interdependencias en zonas más y más extensas hace que ya se perfilen en el horizonte las luchas por la hegemonía en un sistema de interdependencia que abarcará a toda la tierra habitada.

En la actualidad, al igual que en el pasado, ese mecanismo de interde-

pendencia del cual hemos hablado tan a menudo en estas investigaciones afecta al destino de los hombres y les obliga a modificar sus instituciones y el conjunto de las relaciones humanas. Estas experiencias de nuestra propia época contradicen la idea dominante hace ya más de un siglo en el pensamiento occidental, la idea de que un sistema de equilibrio de unidades en competencia libre —estados, empresas, artesanos o cualquier otra cosa— puede mantenerse indefinidamente en esta situación de equilibrio inestable. Hoy, como en el pasado, esta situación de equilibrio de una competencia monopolista tiende a constituir monopolios. La razón de que esta situación de equilibrio sea tan profundamente inestable y tan probable que se transforme en otra cosa, puede deducirse de la explicación general ofrecida más arriba sobre los mecanismos de competencia y de monopolio [155].

Y hoy, al igual que antaño, el impulso originario de estas transformaciones no parte sólo de los objetivos y coacciones «económicas» ni tampoco de los motivos y agentes políticos también aislados. Dentro de esta competencia estatal la consecución de «más» dinero, o de «más» medios de poder económico, no son el verdadero y último objetivo de la acción cuya máscara o excusa sería la expansión del ámbito de dominación estatal, la consecución de un mayor poder político y militar. Los monopolios regulares o irregulares del poder político y los de los medios de consumo y de producción económicos están inseparablemente unidos sin que uno de ellos constituya exclusivamente la base real y el otro exclusivamente una «superestructura». Los dos conjuntamente, de acuerdo con su respectiva posición, producen tensiones concretas en el entramado social que llevan a un cambio del mismo. Los dos conjuntamente son la cerradura de las cadenas con las que los seres humanos se maniatan. Las mismas coacciones de interrelación actúan en las dos esferas de interdependencia, en la política y en la económica. Así como la tendencia del gran comerciante a engrandecer su empresa se origina en último término en la presión de las tensiones del entramado humano que le rodea, y en primer término en el riesgo de disminución de su ámbito de posibilidades y en la pérdida de autonomía que sufrirá si tolera que las empresas rivales se hagan mayores que la suya; de igual modo, bajo la presión de las tensiones de su entramado, los estados rivales se empujan mutua e inevitablemente en el torbellino de la espiral de la competencia. Algunos desean poner fin a este movimiento vertiginoso, a esta traslación del equilibrio entre competidores «libres», así como a las luchas y a los cambios que estas traslaciones provocan; a lo largo de la historia la fatalidad de las interdependencias de este tipo ha sido siempre más fuerte que tales deseos. Y hoy día, las relaciones interestatales, que no están reguladas por un monopolio internacional de la fuerza, tienden de nuevo a la creación de monopolios particulares de violencia y, en consecuencia, a la constitución de unidades de dominación de magnitud superior.

En nuestros días encontramos ya las formas previas de tales unidades de dominación mayores: los estados unidos, los imperios o las federaciones. Todos son relativamente inestables. Si antaño nunca pudo predecirse el resultado de la lucha secular de los señoríos territoriales, tampoco hoy puede decidirse ni es claro que se decida dónde estará el centro y dónde

las fronteras de las nuevas unidades de dominación que han de surgir del actual enfrentamiento entre los estados. Al igual que antaño, tampoco ahora podemos prever cuánto tiempo pasará antes de que esta lucha, con sus acciones y reacciones, haya alcanzado su término. Y como los habitantes de aquellas pequeñas asociaciones en el curso de cuyas luchas fueron creándose paulatinamente los estados, tampoco tenemos hoy [156] mas que una vaga idea de la estructura, la organización y las instituciones que caracterizaron a esas unidades mayores de dominación, a cuya constitución tienden las acciones de hoy, tanto si los actores lo saben como si no lo saben. Solamente una cosa es cierta: la dirección en que avanza nuestra interdependencia. Las tensiones competitivas interestatales no pueden suavizarse dada la intensidad de las tensiones que caracterizan a nuestras estructuras sociales y en tanto no se estabilicen monopolios de violencia física y organizaciones centrales para unidades de dominación mayores, a través de combates cruentos o incruentos, en el marco de los cuales muchos de los «estados» más pequeños consigan integrarse en una unidad de carácter superior. Así pues, la maquinaria del proceso de interdependencias no presenta solución de continuidad alguna en el cambio del entramado humano occidental desde la época de la más absoluta desintegración feudal hasta la actualidad.

Algo análogo sucede con los otros movimientos de la «actualidad». Todos ellos ofrecen un aspecto distinto cuando se les considera como momentos dentro de esa corriente a la que, según los casos, llamamos «pasado» o «historia». Dentro de las diversas unidades de dominación, se observan hoy luchas de competencia libre no monopolistas. Pero en numerosas ocasiones las luchas de competencia libre están llegando a su fin. Por doquier observamos que el resultado de estas luchas, en las que se emplean armas económicas, es la constitución de organizaciones monopolistas privadas. Pero si antaño, en la creación de monopolios fiscales y políticos en provecho de dinastías principescas concretas, se hacían visibles las fuerzas que habían de llevar a una ampliación del poder de disposición, ya mediante la subordinación del ejecutivo monopolista a un poder legislativo de elección popular, ya mediante alguna otra forma de «estatización», también en nuestros días son inequívocos los síntomas de que las fuerzas de la interdependencia están trabajando para limitar el poder privado sobre las más jóvenes organizaciones monopolistas —las organizaciones «económicas»— y de que además están acercando su estructura a la de las antiguas organizaciones monopolistas pudiendo alcanzarse así, quizá, una conjunción organizativa.

Lo mismo cabe decir de las otras tensiones que provocan cambios dentro de las diversas unidades de dominación, así como de las tensiones entre quienes disponen de determinados instrumentos monopolistas como si fueran una propiedad hereditaria y quienes no disponen de tales instrumentos, dependiendo en tal caso de las oportunidades que el señor monopolista otorga, y no en una competencia libre sino en una competencia regulada. También aquí nos encotramos ante un movimiento histórico que absorbe todos los movimientos ascendentes anteriores, al igual que una gran ola de

la pleamar absorbe todas las olas menores y las arrastra en la misma dirección. Más arriba, en la exposición del mecanismo del monopolio, hemos mostrado con carácter general[157], que, dada una cierta fuerza en la presión de las tensiones, el equilibrio que preside las tensiones entre señores monopolistas y servidores del monopolio tiende a invertirse con mayor o menor rapidez. También hemos mostrado que en los tiempos primitivos de la sociedad occidental se daban ya movimientos en esta dirección. Los encontramos en el proceso de la feudalización, por ejemplo, si bien aquí, al principio, solamente se trataba de una inversión del tipo citado dentro de la clase alta; por lo demás esta inversión, en perjuicio de la minoría y en beneficio de la mayoría, coherente con el bajo grado de división funcional, lleva a la desintegración del poder sobre las oportunidades monopolistas, a la disolución de los centros monopolistas.

Cuando avanza la división de funciones y, con ella, la interdependencia de todas las funciones, la traslación del centro de gravedad no se concreta ya en la tendencia al reparto de las oportunidades monopolistas, antes centralizadas, entre muchos individuos aislados, sino en la tendencia a organizar de distinto modo el poder sobre los centros de monopolio y las oportunidades monopolistas. Este cambio puede observarse con toda claridad en la primera fase de esta transformación, en la lucha de las clases burguesas por disponer de los antiguos centros monopolistas, los primeros que se establecieron en la Edad Moderna, que hasta entonces se habían considerado casi como una propiedad personal fundamentalmente de los reyes y parcialmente de la nobleza. Las oleadas ascendentes de nuestra época son más complicadas por una serie de razones. Lo son primeramente porque hoy no solamente se da una lucha por conseguir los antiguos centros de monopolio fiscal y político, por un lado, y por otro controlar los modernos centros de monopolio económico que están constituyéndose, sino porque hay una lucha simultánea para hacerse con los dos tipos de monopolio. No obstante, el esquema básico de las fuerzas de interdependencia que actúan en este sentido es también muy simple: toda monopolización hereditaria de oportunidades que se de en una familia concreta provoca tensiones y desproporciones específicas dentro de las organizaciones correspondientes. No hay duda de que en todas las organizaciones sociales este tipo de tensiones modifica el entramado relacional y, por lo tanto, también las instituciones, aunque si la diferenciación es escasa y si la clase alta está compuesta por guerreros, tales modificaciones no serán muy importantes. Las organizaciones sociales con una diferenciación social más rica son infinitamente más sensibles a las desproporciones y a los trastornos funcionales que siempre acarrean estas tensiones, pues les afectan antes en su totalidad y las desequilibran más duraderamente que a las organizaciones menos diferenciadas. En algunos casos estas organizaciones presentan no una sino varias vías para resolver las tensiones y la dirección de esta superación está inevitablemente predeterminada por la causa que originó las tensiones, por su génesis: no es posible resolver las tensiones, las desproporciones y los trastornos funcionales que se derivan del poder sobre las oportunidades monopolistas en interés de las minorías mientras no se haya superado esta organiza-

ción del poder. Ciertamente, lo que no cabe decidir en este caso es cuánto tiempo será necesario para llegar a esta superación, ni cuánto tiempo se estará luchando por conseguirla.

Por último algo muy parecido sucede en nuestra época, con el comportamiento de los individuos y con toda la red de sus funciones psíquicas. A lo largo de este trabajo, hemos pretendido demostrar que la estructura de las funciones psíquicas, los modos habituales de orientar el comportamiento, están relacionados con la estructura de las funciones sociales, con el cambio en las relaciones interhumanas. Tarea distinta es la de estudiar estas correspondencias en nuestra propia época. Resulta bastante fácil enunciar algunos principios generales. Las coacciones de interdependencia que hoy están provocando evidentemente una modificación más o menos rápida de las instituciones y una transformación de las relaciones interhumanas, se hacen sentir con igual fuerza en las correspondientes modificaciones del carácter y de la estructura espiritual de los hombres. También en este campo obtenemos una imagen más clara de lo que nos sucede cuando lo consideramos como un avance en una dirección determinada en relación con los movimientos del pasado en los cuales se origina el presente. Las conmociones provocadas por otros movimientos de ascenso también obligaron a flexibilizar las pautas de comportamiento de las clases altas. Con anterioridad a la consolidación de cada nueva pauta se da siempre una época de revolución. Las formas de comportamiento no solamente se transfieren de arriba abajo, sino también de abajo arriba en consonancia con el cambio en el centro de gravedad social. Así, por ejemplo, en los movimientos de ascenso de la burguesía, el código de comportamiento cortesano-aristocrático perdió mucha rigidez. Las formas de trato y de convivencia social se hicieron más flexibles y, en parte, se vulgarizaron. Los tabúes estrictos que los círculos de clase media habían impuesto a ciertas esferas de comportamiento, especialmente al comportamiento en relación con el dinero y con la sexualidad, se generalizaron, con diversas graduaciones, a círculos más amplios, hasta que, con la desaparición del equilibrio de las tensiones, con las oscilaciones entre flexibilidad y rigidez y con los altibajos de la lucha, los elementos de los esquemas de comportamiento de las dos clases acabaron en un código único de comportamiento.

Las olas ascendentes en medio de las cuales vivimos son distintas de todas las pasadas por razón de su estructura, por más que prosiguen los movimientos anteriores y arrancan de ellos. No obstante, en nuestro propio tiempo también encontramos manifestaciones concretas con estructuras similares a las anteriores. También hoy encontramos cierta flexibilización de los esquemas de comportamiento heredados, un ascenso de ciertas formas de comportamiento desde abajo, y una mayor interpenetración de formas de comportamiento de diversas clases sociales; observamos asimismo una mayor rigidez en amplias esferas de comportamiento y cierta vulgarización en otras.

Períodos de este tipo, períodos de transición, ofrecen una ocasión especial para la reflexión: las antiguas pautas son parcialmente inadecuadas y todavía no existen pautas sólidas nuevas. Los hombres se sienten inseguros

a la hora de orientar su comportamiento. La propia situación social hace que el «comportamiento» sea un problema agudo. En estas fases —y quizá solamente en estas fases— los hombres ponen en cuestión gran parte del comportamiento de generaciones anteriores que éstas consideraban absolutamente natural. Los hijos inician su reflexión en el punto en que los padres la abandonaron; comienzan a preguntar por las razones allí donde los padres no veían razón alguna para preguntar: ¿por qué hay que «comportarse» de una forma determinada aquí y de otra allí? ¿Por qué está permitido esto y prohibido aquello? ¿Qué sentido tiene este precepto de buenos modales y aquel otro moral? Las convenciones que varían transmitiéndose de antiguo de generación en generación, sin comprobación alguna, se convierten en problemas. Y gracias a la movilidad social, gracias al trato más frecuente con personas de otras convicciones, aprendemos hoy a considerar las cosas con mayor distanciamiento: ¿por qué el esquema de comportamiento alemán es distinto del inglés? ¿Por qué el inglés es distinto del americano? ¿Por qué la estructura de comportamiento de todos estos países es distinta a la del Oriente o a la de los pueblos primitivos?

Las investigaciones precedentes tratan de dar algún tipo de respuesta a estas preguntas. En realidad solamente se ocupan de problemas que «se encuentran en el ambiente». Pretenden aclarar estas preguntas en la medida de las fuerzas del autor y abrir un camino que, con la colaboración de otros, pueda hacerlas avanzar en el fuego cruzado de los debates. Por lo que hemos visto, los esquemas de comportamiento de nuestra sociedad, que se inculcan al individuo a través de la modelación desde pequeño como una especie de segunda naturaleza y se mantienen vivos en él por medio de un control social poderoso y muy estrictamente organizado, no pueden entenderse en virtud de fines humanos generales y ahistóricos, sino como resultado de un proceso histórico, derivado del sentido general de la historia occidental, de las formas específicas de relación que se producen en tal proceso, y de la fuerza de las interdependencias que en él se transforman y se constituyen. Al igual que el conjunto de la orientación de nuestro comportamiento y del entramado general de nuestras funciones espirituales, estos esquemas son polifacéticos: en su constitución y en su reproducción participan los impulsos emocionales tanto como las funciones racionales, instintivas y relacionadas con el yo. Hace tiempo que se ha convertido en costumbre explicar la regulación a que está sometido el comportamiento de los individuos en nuestra sociedad como algo racional, algo fundamentado en la reflexión racional. El resultado de nuestras investigaciones indica que esto no es correcto.

Hemos comprobado [158] que la racionalización así como la configuración racional y la justificación de los tabúes sociales, sólo es un aspecto de un cambio que abarca el conjunto de la organización espiritual, tanto los aspectos impulsivos como los del yo y los del super yo. También se ha demostrado que el motor de este cambio de la autoorientación psíquica son las fuerzas de interdependencia en una orientación determinada, las transformaciones de las formas racionales y del conjunto de la red social. Esta racionalización es coincidente con una diferenciación considerable de las ca-

denas funcionales y de la transformación correspondiente en la organización de la violencia física. El presupuesto de la racionalización es un aumento del nivel de vida y de la seguridad, una mayor protección frente a la supeditación o aniquilación físicas y frente a la irrupción de los miedos incontrolables que caracterizan más clara y frecuentemente la existencia del individuo en sociedades con monopolios menos estables de violencia y con una menor división de funciones. En la actualidad estamos tan acostumbrados a la existencia de estos monopolios de violencia, así como a la mayor calculabilidad del ejercicio de la violencia, que apenas somos conscientes de la importancia que tienen para la estructura de nuestro comportamiento y de nuestro espíritu. Apenas somos conscientes de la rapidez con que se vendría abajo y se destruiría lo que llamamos nuestra «razón», así como esa orientación previsora, desapasionada y diferenciada de nuestro comportamiento, si se transformara el equilibrio de temores dentro de nosotros y en torno a nosotros, si los miedos que cumplen una función en nuestra vida aumentaran o disminuyeran notablemente de pronto o, como sucede en muchas sociedades más simples, hicieran ambas cosas al mismo tiempo, es decir, aumentar y disminuir simultáneamente.

Una vez que hemos establecido estas correspondencias abrimos el camino para considerar el problema del comportamiento y de su regulación a través de los mandatos y prohibiciones vigentes en la sociedad. El equilibrio de temores, como el conjunto de la economía del placer, es diferente en cada organización humana, en cada clase y en cada fase histórica. Para comprender la regulación del comportamiento que una sociedad prescribe e inculca a sus miembros, no es suficiente conocer los objetivos racionales que se aducen para justificar los mandatos y las prohibiciones, sino que es preciso retrotraernos mentalmente a los fundamentos del miedo que moviliza a los miembros de esta sociedad y, sobre todo, a los guardianes de las prohibiciones, obligándoles a regular su comportamiento. En consecuencia, se consigue una comprensión mayor para las transformaciones del comportamiento en el sentido de una civilización cuando se es consciente de en qué medida dependen estas transformaciones de los cambios en la estructura y la organización de los miedos sociales. Más arriba hemos bosquejado la orientación que toma esta transformación [159]: disminuye el temor, los miedos inmediatos que sienten unos individuos frente a otros; en cambio, aumentan comparativamente los miedos mediados o interiorizados. Y tanto los unos como los otros se hacen más permanentes. Las oleadas de miedo y de temor ya no ascienden de forma tan marcada para volver a descender quizá pronunciadamente sino que, con oscilaciones pequeñas en comparación con las fases anteriores, suelen mantenerse a una altura media. Y, como hemos demostrado cuando éste es el caso, el comportamiento toma un carácter «civilizado» con muchos escalones y grados. Aquí, como en cualquier parte, la estructura de los miedos no es más que la respuesta psíquica a las coacciones que los hombres ejercen sobre los demás dentro de la interdependencia social. Los miedos constituyen una de las vías de unión —y de las más importantes— a través de las cuales fluye la estructura de la sociedad sobre las funciones psíquicas individuales. El motor de esa transformación

civilizatoria del comportamiento, como el de los miedos, está constituido por una modificación completa de las coacciones sociales que operan sobre el individuo, por un cambio específico de toda la red relacional y, sobre todo, un cambio de la organización de la violencia.

Con harta frecuencia han creído y creen los seres humanos que los mandatos y prohibiciones que regulan su comportamiento recíproco, al igual que los miedos correspondientes, son algo superhumano. A medida que se profundiza en las conexiones históricas en cuyo curso se han constituido y transformado las prescripciones y los miedos, va imponiéndose al observador una idea que es de gran importancia para la comprensión de nuestra acción, así como de nosotros mismos; va imponiéndose la idea de que los miedos que movilizan a los hombres son creación de los hombres. Sin duda que la posibilidad de sentir miedo, al igual que la posibilidad de sentir alegría son un rasgo invariable de la naturaleza humana. Pero la intensidad, el tipo y la estructura de los miedos que laten o arden en el individuo, jamás dependen de su naturaleza y, por lo menos en las sociedades diferenciadas, tampoco dependen jamás de la naturaleza en la que vive, sino que, en último término, aparecen determinados siempre por la historia y la estructura real de sus relaciones con otros humanos, por la estructura de su sociedad y se transforman con ésta.

Nos encontramos aquí, de hecho, con una de las claves imprescindibles de todos aquellos problemas que nos planteaban la regulación del comportamiento y los códigos sociales de los mandatos y de los tabúes. No se consigue que el adolescente regule su comportamiento si no es por el miedo que le inculcan los demás. Sin el mecanismo de estos miedos inculcados por los adultos, la cría humana jamás se convertirá en un ser maduro que merezca el nombre de ser humano y su humanidad será tan imcompleta que su vida no le producirá suficientes alegrías y placeres. Los miedos que los adultos suscitan en los niños pequeños consciente o inconscientemente enraizan en éstos y, en parte, se reproducen de modo más o menos automático. A través de los miedos se modela el alma impresionable del niño, de forma que, al crecer, aprende a comportarse de acuerdo con las pautas correspondientes, tanto si esto se consigue aplicando los castigos corporales directos, como mediante la renuncia o las restricciones de alimento y de placer. Los miedos de origen humano, los internos y los externos, tienen también a raya a los adultos. Todos los miedos son suscitados directa o indirectamente en el alma del hombre por otros hombres; tanto los sentimientos de pudor, como el miedo a la guerra, el temor de Dios, los sentimientos de culpabilidad, el miedo a la pena o a la pérdida del prestigio social, el temor del hombre a sí mismo y el miedo a ser víctima de las propias pasiones. Su intensidad, su forma y la función que cumplen en la organización espiritual del individuo, dependen de la estructura de su sociedad y del destino que éste tenga en ella.

Ninguna sociedad puede subsistir sin canalizar los impulsos y las emociones individuales, sin una regulación muy concreta del comportamiento individual. Ninguna de estas regulaciones es posible sin que los seres humanos ejerzan coacciones recíprocas y cada una de estas coacciones se trans-

forma en miedo de uno u otro tipo en el espíritu del hombre coaccionado. No hay que hacerse ilusiones, la producción y reproducción continua de los miedos humanos por medio de los hombres es algo inevitable e inexcusable siempre que los hombres traten de convivir de una u otra forma, siempre que sus anhelos y sus acciones se interrelacionen, ya sea en el trabajo, en la convivencia o en el amor. Pero tampoco debemos creer o imaginarnos que los mandatos y los miedos que hoy dan su carácter al comportamiento de los hombres tengan como «objetivo», en lo esencial, estas necesidades elementales de la convivencia humana, y que, en nuestro mundo, se limitan a las coacciones y a los miedos imprescindibles para un equilibrio de los anhelos de muchos y para el mantenimiento de la convivencia social. Nuestros códigos de comportamiento son tan contradictorios y tan llenos de desproporciones como las formas de nuestra convivencia, y la estructura de nuestra sociedad. Las coacciones a las que hoy está sometido el individuo, así como los miedos correspondientes están determinados, en su carácter, en su intensidad y en su estructura, por las coacciones específicas de interdependencia de nuestro edificio social de las que hablábamos más arriba: por las diferencias de nivel y las poderosas tensiones que las caracterizan.

Conocemos los movimientos y los peligros en los que vivimos, y más arriba hemos hablado de las coacciones de interdependencia que determinan su orientación. Las coacciones, tensiones e interdependencias de este tipo, son las que suscitan los miedos en la vida de los individuos en mayor medida que la coacción simple de la colaboración social. Las tensiones entre los estados que luchan entre si por conseguir la supremacía sobre zonas de dominación cada vez más amplias dentro del mecanismo de competencia se manifiestan en renuncias y restricciones muy concretas por parte del ciudadano; implican una mayor presión laboral y una inseguridad profunda para el individuo. Y todo ello, las renuncias, la intranquilidad, la mayor carga laboral, suscitan miedo, tanto miedo como la amenaza directa a la vida. Y lo mismo sucede con las tensiones dentro de las diversas unidades políticas de dominación. Las luchas imprevisibles de competencia libre entre los hombres de la misma clase social, por un lado, y las tensiones entre las distintas clases y grupos por otro, dan lugar a una situación de intranquilidad continua para los individuos, asi como prohibiciones y limitaciones determinadas. Todo lo cual suscita unos miedos específicos: miedo al despido, miedo a la posibilidad de estar a merced de los poderosos, miedo a padecer hambre y miseria, como sucede con las clases más bajas, miedo a la decadencia, a la disminución de la propiedad y de la autonomía, a la pérdida del elevado prestigio y de la alta posición, todo lo cual tiene una gran importancia para las clases medias y altas de la sociedad. Precisamente los miedos de este tipo, los miedos a la pérdida de lo diferenciador, del prestigio heredado o heredable, como se ha demostrado más arriba [160], son los que han tenido hasta hoy una importancia decisiva en la configuración del código dominante de comportamiento. También se ha comprobado que estos miedos son los más propensos a la interiorización. Son estos miedos y no el miedo a la miseria, al hambre o al riesgo físico inmediato, los

que echan raíces en los pertenecientes a estas clases, en consonancia con el tipo de educación que tuvieron, bajo la forma de miedos interiorizados que les condicionan automáticamente bajo la presión de un fuerte super-yo, y con independencia de todo control por parte de los demás. La preocupación permanente del padre y de la madre sobre si su hijo asimilará o no las pautas de comportamiento de la clase propia o de una superior, sobre si podrá mantener o aumentar el prestigio de la familia, sobre si podrá sostenerse en las luchas de exclusión de la propia clase, sucitan unos miedos que rodean al niño desde pequeño, especialmente en las clases medias con voluntad de ascenso en grado mayor que en las clases altas. Los miedos de este tipo tienen una importancia decisiva en la regulación a que se somete al niño desde pequeño y en las prohibiciones que se le imponen. Estos miedos, que quizá sólo parcialmente sean conscientes en los padres y en gran parte actúan de modo automático, se transmiten al niño a través de los gestos al igual que de las palabras; contribuyen decisivamente a la constitución de ese círculo de miedos internos que limitan el comportamiento y la sensibilidad del adolescente, y que le obligan a aceptar una determinada pauta de sentimientos de vergüenza y de desagrado, una determinada forma de hablar y unos modales específicos, tanto si lo quiere como si no lo quiere; incluso las prescripciones que se imponen a la vida sexual y los miedos automáticos que suscitan no nacen hoy sólo de la necesidad elemental de regular y equilibrar las necesidades de muchas personas que conviven, sino que tienen su origen, en parte muy considerable, en la elevada presión de tensiones en que viven las clases altas y, especialmente, las medias de nuestras sociedades. Estos miedos se encuentran en estrecha correspondencia con el miedo a la pérdida de las oportunidades de la propiedad y del prestigio elevado, a la degradación social, a la disminución de las oportunidades en la dura lucha de competencias que influyen de modo decisivo en el niño a través del comportamiento de los padres y de los educadores. Incluso cuando, en ciertas ocasiones, las coacciones y los miedos inculcados por los padres acaban consiguiendo precisamente lo que trataban de evitar, esto es, cuando el adolescente resulta ser incapaz de triunfar en las luchas de competencia, debido a los miedos automáticos que le han inculcado ciegamente, cuando no consigue aumentar o mantener su prestigio social elevado, incluso en estos casos los gestos, las prohibiciones y los miedos paternos proyectados en los niños transfieren siempre tensiones de carácter social. El carácter hereditario del monopolio y del prestigio social se manifiesta directamente en la actitud de los padres en relación con sus hijos y el niño experimenta los riesgos que amenazan a este carácter y a este prestigio, así como el conjunto de tensiones propio del entramado humano en que vive, antes de saber nada de todo ello.

Esta conexión entre los miedos externos, condicionados directamente por la posición social de los padres y los miedos internos, los miedos automáticos del adolescente, es un fenómenos de un alcance mucho mayor que el que hemos expuesto aqui. No hay duda de que se conseguirá una comprensión mayor de la organización espiritual del individuo, así como del cambio histórico en los caracteres de las sucesivas generaciones, cuando este-

mos en una posición mejor que la actual para observar y reflexionar sobre la sucesión de las generaciones. Pero algo está ya claro: la profundidad que alcanzan en el espíritu del individuo los diferentes niveles, las relaciones y tensiones de la propia época.

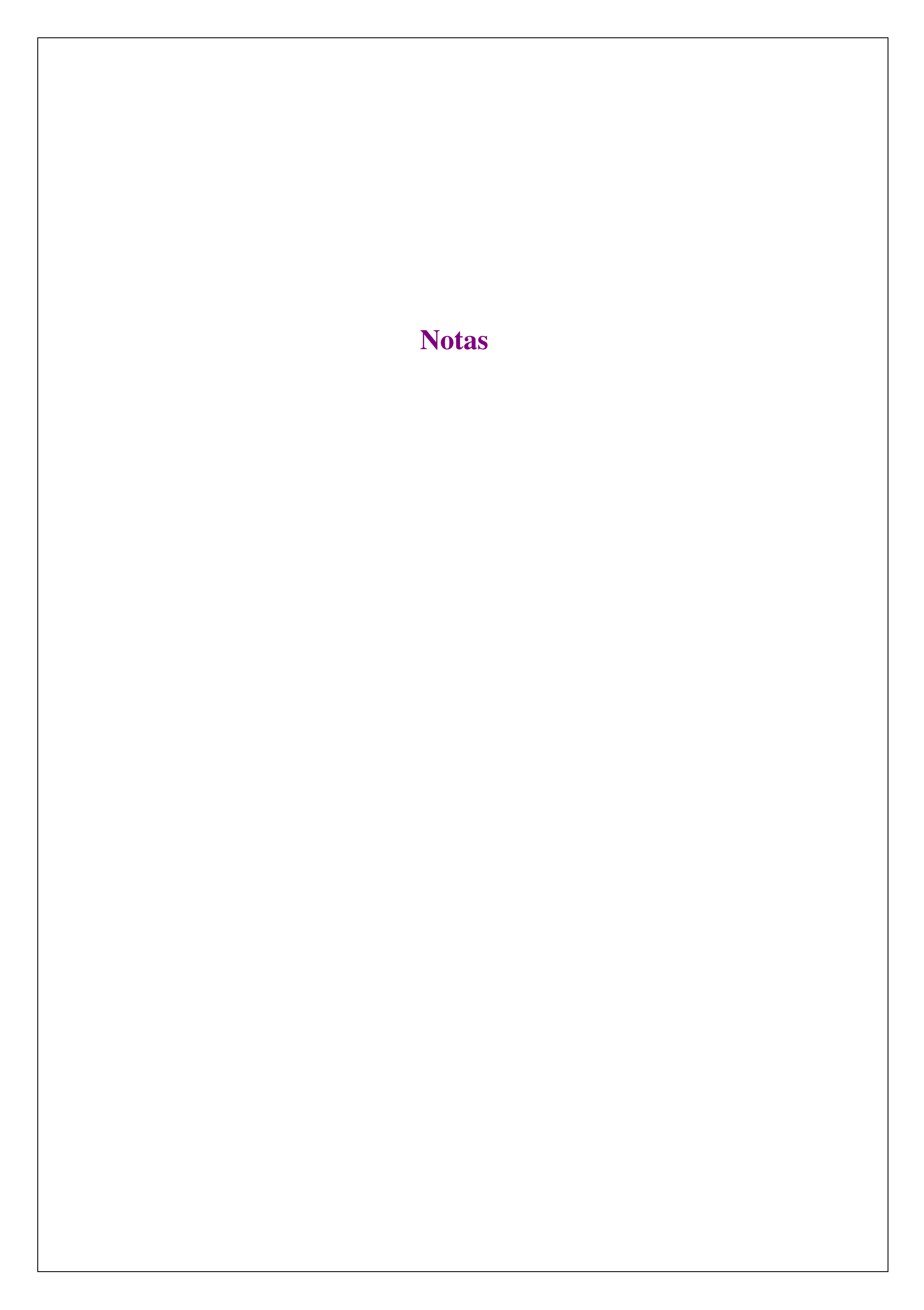
No es posible esperar de personas que viven en medio de estas tensiones y que oscilan inocentemente de culpa en culpa, que se comporten de un modo que —como parece creerse hoy tan a menudo— suponga el punto culminante de la civilización. Se trata de un mecanismo complejo de coacciones de interdependencia que, a lo largo de muchos siglos, produce una transformación paulatina del comportamiento hasta alcanzar nuestra pauta actual. Estas coacciones son las que operan en el sentido de seguir modificando los comportamientos para trascender a nuestra pauta civilizatoria. Nuestro entramado social no es definitivo y mucho menos un punto culminante de una civilización, como tampoco lo es nuestra forma de comportamiento, nuestro nivel de coacciones, mandatos y miedos.

Se da además el peligro permanente de guerra. Las guerras no son solamente, por decirlo una vez más con otras palabras, lo contrario de la paz. Como hemos demostrado más arriba, las guerras entre pequeñas sociedades pertenecen a los instrumentos, hasta ahora imprescindibles en el curso de la historia, de la pacificación de las grandes sociedades. Por supuesto, la sensibilidad del edificio social, así como el riesgo y los trastornos que implican los conflictos bélicos para todos los participantes crecen a medida que se hace más intensa la división funcional y mayor la dependencia recíproca de los rivales. En consecuencia, en nuestra época sentimos una inclinación creciente a realizar las luchas interestatales de exclusión con medios de violencia distintos, menos peligrosos. Pero es suficientemente claro el hecho de que, en nuestro tiempo, al igual que antes, las coacciones de interdependencia desembocan en estos enfrentamientos, en la constitución de monopolios de violencia sobre zonas cada vez más amplias del planeta con lo que, a pesar de todos los sobresaltos y luchas, contribuyen a su pacificación. Y, como hemos dicho, tras las tensiones que se dan en distintas partes de la tierra, y en buena parte sepultadas en ellas, se perfilan las tensiones del escalón siguiente en el proceso. Pueden verse ya los primeros trazos de un sistema planetario de tensiones compuesto por ligas de estados, por unidades superestatales del tipo más diverso, como preludio de las luchas de exclusión y de supremacía sobre toda la tierra, presupuesto para la constitución de un monopolio planetario de la violencia, un instituto político central y de pacificación.

Lo mismo sucede con las luchas económicas. Como vimos, la competencia económica libre no es lo contrario de un orden monopolista. En todo caso, esta competencia trasciende sus propios límites y se convierte en su contrario. Vista también en esta perspectiva, nuestra época no es, ni mucho menos, un punto final o culminante por cuanto que en ella se producen procesos parciales como en los períodos de transición de estructura similar. También en este aspecto nuestra época está llena de tensiones sin resolver, de procesos de interdependencia sin decidir, cuya duración apenas es previsible, y cuyo proceso particular no es predecible, puesto que sólo

su dirección está decidida: la tendencia a la limitación y superación de la competencia libre o, lo que es lo mismo, de la propiedad monopolista sin organizar, la transformación de las relaciones humanas con la que el poder sobre las oportunidades deja de ser tarea hereditaria y privada de una clase alta para convertirse en una función social y públicamente controlable. Y también en este aspecto se anuncian en la actualidad las tensiones del próximo escalón, las tensiones entre los funcionarios altos y los medios de la administración monopolista, entre la «burocracia» de un lado, y el resto de la sociedad del otro.

Únicamente cuando se hayan solucionado y superado estas tensiones interestatales e intraestatales podremos decir con mayor razón de nosotros mismos que somos civilizados. Únicamente entonces puede hacerse desaparecer del código de comportamiento que se inculca al individuo corno superyo, todo aquello cuya función no solamente es destacar su superioridad personal, sino su superioridad hereditaria; pueden hacerse desaparecer las coacciones que determinan en su comportamiento la necesidad de distinguirse de los otros individuos, no por sus realizaciones personales, sino por las posibilidades de propiedad y de prestigio que le diferencian de los grupos inferiores. Únicamente entonces podrá limitarse la regulación de las relaciones interhumanas exclusivamente a aquellos mandatos y prescripciones necesarios para conservar la elevada diferenciación de las funciones sociales, así como el alto nivel de vida y la gran productividad del trabajo que tienen como presupuesto una división creciente de las funciones, y limitar, asimismo, las autocoacciones a aquellas restricciones que son necesarias para que los hombres puedan convivir, trabajar, y gozar sin trastornos y sin temores. Solamente una vez que se hayan dulcificado las tensiones entre los seres humanos, las contradicciones que se dan en la estructura de las interrelaciones humanas dulcificarán las tensiones y contradicciones en el interior de los hombres. Solamente entonces podremos asegurar que, en vez de ser una excepción, es una regla el hecho de que el ser humano encuentra ese equilibrio de su espíritu que solemos definir, con grandes palabras, como «felicidad» y «libertad»; un equilibrio duradero o, más bien, la congruencia entre su quehacer social, entre las exigencias de su existencia social de un lado, y sus inclinaciones y necesidades personales del otro. Únicamente cuando la estructura de las interrelaciones humanas tenga este carácter, cuando la colaboración entre los hombres, fundamento de la existencia de cada individuo, funcione de tal modo que todos los que trabajan en la larga cadena de tareas comunes puedan alcanzar aquel equilibrio, los hombres podrán decir de sí mismos con razón que son civilizados. Mientras no llegue ese momento se encuentran en el proceso civilizatorio, obligados a seguir diciendo: «La civilización no se ha terminado. Constituye un proceso».



Notas

Introducción

1. Talcott Parsons, *Essays in Sociological Theory,* Glencoe, 1963, pp. 359s.
2. T. Parsons, *op. cit.,* p. 359.
3. T. Parsons, *Social Structure and Personality,* Glencoe, 1963, p. 82 y pp. 258s.
4. La idea de que el cambio social en el sentido de un cambio estructural se ha de entender como la deformación de un estado social de equilibrio normalmente estable se encuentra en Parsons en muchos pasajes *(vid,* por ejemplo, T.Parsons, N.J. Smelser, *Economy and Society,* Londres, 1957, pp. 247 s). Igualmente en el caso de Robert K. Merton, *Social Theory and Social Structure,* Glencoe, 1959, p.122. Merton contrapone una situación ideal (aunque, al parecer, la considera real) en la que no hay contradicciones ni tensiones a unos fenómenos sociales calificados de «manifestaciones de distorsión», «disfuncionales» *(dysfunctional)* que son los que ejercen presión en el sentido del cambio sobre el entramado social normalmente distendido e incambiable.

Como se ve, el problema que examinamos aquí no es idéntico con el que, habitualmente se califica bajo los términos de «estática» y «dinámica». En las discusiones tradicionales se trata, frecuentemente, de tomar una decisión en cuanto al método, al procedimiento que se adopta para las investigaciones sociales, un método que se limita a un período determinado o que se ocupa de procesos más largos. Lo que nos ocupa a nosotros, en cambio, no es el método sociológico ni la problemática sociológica, sino las ideas de la sociedad y de las composiciones de los seres humanos que subyacen en la base de la elección del método y de la problemática. Lo que hemos señalado aquí no se opone a la posibilidad de someter a análisis sociológico a situaciones sociales a corto plazo. Esta forma de selección de los problemas constituye un tipo de análisis sociológico absolutamente legítimo e imprescindible. Lo que aquí se ha dicho se orienta en contra de ciertas concepciones teóricas que a menudo —aunque no necesariamente— dependen de investigaciones empíricas de situaciones, y cuyos contextos teóricos son modelos de cambios, procesos, desarrollos sociales de uno u otro tipo. El debate sobre la relación entre la «estática social» y la «dinámica social» se ve afectado negativamente por la indiferenciación entre la investigación empírica de problemas sociológicos a corto plazo (y los métodos de análisis adecuados) por un lado y los modelos teóricos que sirven de orientación —expresa o no— en el planteamiento de los problemas y la exposición de los resultados de otro lado. La utilización de los conceptos de «estática» y «dinámica», que hace Merton en el pasaje más arriba citado, muestra claramente esta carencia de fuerza diferenciadora cuando el autor explica que, en el marco de una teoría funcionalista de la sociedad, cabe superar la separación entre estática y dinámica considerando que las discrepancias, las tensiones, las contradicciones son «disfuncionales», suponen un mal funcionamiento, pero, en cambio, son «instrumentales» en el sentido del cambio.

5. Las tendencias comunitarias de las naciones europeas obtienen, seguramente, parte de su fuerza impulsora de la condensación y prolongación de los entramados de interdependencia, especialmente de los entramados militares y económicos de interdependencia, aunque también la conmoción de la imagen tradicional nacional de los países europeos suscitó en ellos una cierta predisposición (aun a pesar de su tra-

dición naciocéntrica) a adecuar algo, aunque fuera de modo dubitativo y tentativo, su desarrollo real al proceso de la mayor interdependencia funcional. La dificultad de esta empresa reside en el hecho de que, a causa de una socialización infantil y de adultos de carácter naciocéntrico, en la población de todos estos países, la nación ocupa el lugar dominante, mientras que la formación supranacional que se encuentra en proceso de constitución, sólo tiene un significado «racional» para ellos, pero escasamente afectivo.

6. Esta distinción precisa de un análisis comparativo más detallado del que puede hacerse aquí. No obstante, cabe exponerlo a grandes rasgos. La distinción depende de la calidad y la cantidad de actitudes valorativas de las élites preindustriales del poder que se incorporan a las actitudes valorativas de las clases industriales que acceden al poder, así como de sus representantes.

En países como Alemania y, también, en otros del continente europeo, cabe observar un tipo de conservadurismo burgués que está determinado, en gran medida, por las actitudes valorativas de las élites preindustriales del poder, de carácter dinástico-agrario-militar. Entre estas actitudes valorativas encontramos una concepción muy peyorativa de lo que en Alemania se llama «mundo de los negocios», es decir, del comercio y de la industria, así como una decidida admiración por el Estado, por la «totalidad social» frente al «individuo». Siempre que encontremos tales actitudes valorativas en el conservadurismo de las clases industriales, éste presentará una tendencia antiliberal manifiesta. A causa de esta tradición, los postulados clásicos del liberalismo, esto es, la alta valoración del individuo aislado, de la iniciativa individual y el menosprecio de la «totalidad social», así como los valores de un mundo de los negocios decidido partidario de la libre competencia, se vinculan a sentimientos negativos.

En los países en los que las élites agrarias preindustriales se distinguían de modo menos claro —tanto en la praxis de sus vidas como en sus actividades valorativas— de las operaciones comerciales y de todos aquellos que se ganaban la vida con tales operaciones (países en los que, además, el poder de los príncipes y de las sociedades cortesanas como centros del Estado, estaba muy limitado, cual había sucedió en Inglaterra o no había existido, como en Norteamérica), los grupos burgueses que fueron ascendiendo lentamente hasta convertirse en clase dominante, desarrollaron un tipo de conservadurismo que, al parecer, era perfectamente compatible con los ideales de la competencia individual, la no intervención del Estado, la libertad del individuo, esto es, perfectamente compatible con las actitudes valorativas específicamente liberales. Todavía hemos de seguir considerando en estas investigaciones algunas de las dificultades concretas de este nacionalismo liberal-conservador, esta supravaloración aparentemente indiscutible del «individuo» y de la nación, de la «totalidad social» como valor supremo, y ambas al mismo tiempo.

7. Esta separación de una ideología orientada hacia el futuro y otra orientada hacia el presente se oculta mediante un truco intelectual que a cualquier sociólogo interesado en el estudio de las ideologías tiene que parecerle un ejemplo modélico de la forma más sutil de constitución de ideologías. El hecho de que las diversas ideologías naciocéntricas se orienten hacia lo existente, esto es, hacia lo que es como el ideal superior explica por qué los representantes de tales actitudes valorativas, y en especial sus sectores conservadores-liberales (aunque no solamente ellos), pueden presentar sus concepciones como si fueran determinaciones de hecho, no ideológicas, mientras que reservan el concepto de ideología a aquellas concepciones orientadas al cambio de lo existente, especialmente el cambio de las circunstancias intraestatales. Un ejemplo de este enmascaramiento de la ideología propia en el desarrollo de la sociedad alemana es la conocida ideología de la *Realpolitik.* Su línea argumental partía de la proposición —presentada como una pura constatación de hecho— de que,

en la política internacional, cada nación utiliza realmente la fuerza que tiene, sin ninguna consideración y sin limitación alguna, al servicio de los intereses propios. Esta constatación aparente de un hecho servía para justificar un ideal naciocéntrico determinado, esto es, el ideal maquiavélico en versión moderna, según el cual, en la realización de la política nacional en la esfera internacional solamente deben tomarse en consideración los intereses propios y no los de los demás. Este ideal «político-real» es tanto más irreal cuanto que, de hecho, toda nación depende de los demás.

En la época actual encontramos una orientación teórica similar (si bien más moderada, como corresponde a la tradición americana) en el libro de un sociólogo americano, Daniel Bell, que lleva el título, muy significativo, de *The End of Ideology* (Nueva York, 1961, p. 279). También Bell parte de la afirmación de que la lucha por el poder entre grupos distintos en busca de sus intereses respectivos constituye un hecho. Al igual que los representantes de la *Realpolitik* alemana, Bell concluye que el político tiene que olvidarse de todo compromiso ético y orientarse fundamentalmente en función de los objetivos de poder de su propio grupo, a la hora de intervenir en las luchas de poder de los diversos grupos sociales. Al propio tiempo, afirma que este programa no tiene el carácter de un catecismo político, de un sistema axiológico predeterminado, esto es, de una ideología. Como se ha dicho más arriba, Bell trata de atribuir tal carácter ideológico tan sólo a los credos políticos que se orientan al cambio de lo existente; olvida, con ello, que también es posible considerar lo existente no solamente como un hecho, sino, al propio tiempo, como un valor emocional subyacente, como un ideal, como algo que debe ser. Bell no distingue entre un análisis científico de lo que es y una defensa ideológica de lo que es en cuanto que materialización de un ideal supremo. Es evidente que el ideal de Bell es el de la situación, que él describe como una cuestión de hecho. «La democracia», escribe otro sociólogo americano, Seymour Martin Lipset *(Polítical Man,* Nueva York, 1960, p. 403), «no es tan sólo un medio por el cual grupos distintos pueden alcanzar sus objetivos o tratar de implantar la sociedad justa; es esa misma sociedad justa en acción.» Posteriormente, Lipset ha modificado algo este enunciado. Pero éstas y similares afirmaciones de los principales sociólogos americanos constituyen ejemplos de en qué escasa medida los representantes más inteligentes de la sociología americana están en situación de substraerse a las fuertes presiones que ejerce la sociedad americana en favor del conformismo mental y de cuánto afecta esta situación a su capacidad crítica. Mientras las cosas sigan así, mientras las actitudes axiológicas y los ideales naciocéntricos sigan dominando el pensamiento teórico de los principales sociólogos americanos y mientras falte a éstos la convicción de que la sociología, al igual que la física, no puede progresar desde un punto de vista fundamentalmente nacional, la influencia dominante de las corrientes americanas seguirán constituyendo un peligro nada desdeñable para el progreso mundial de la sociología. Como puede verse, por tanto, el «fin de la ideología» no parece próximo entre los sociólogos.

Por lo demás, es probable que hubiera que decir lo mismo de la sociología rusa si ésta tuviera la misma influencia dominante. Por lo que yo sé, en la URSS hay un número creciente de trabajos sociológicos empíricos, pero aún no se ha desarrollado una sociología teórica; lo cual es comprensible, puesto que su lugar lo ha ocupado en la URSS no tanto el sistema de Marx y Engels como todo el edificio conceptual marxista, elevado a la condición de credo. Al igual que la teoría americana de la sociedad, la rusa es una construcción conceptual centrada en la propia nación. Tampoco desde esta perspectiva cabe hablar de un «fin de la ideología» en la sociología teórica. Pero ello no debe ser motivo para no emplear todas nuestras fuerzas en conseguir el fin de ese autoengaño permanente, de ese disfraz continuo de ideales sociales a corto plazo, convertidos en teorías sociológicas con validez eterna.

8. T.Parsons, *Societies, Evollutionary and Comparative Perspectives,* Englewood

Cliffs, 1966, p. 20: «Este proceso se da en el interior de esa *black box* que es la personalidad del actor».
9. Gilbert Ryle, *The Concept of Mind,* Londres, 1949.

Capítulo Primero

1. Oswald Spengler, *Untergang des Abendlandes,* Munich, 1920,1, p. 28. «Toda cultura tiene unas posibilidades de expresión que se manifiestan, maduran, se marchitan y jamás se repiten... Estas culturas, seres vivos del mayor rango, se producen dentro de una noble indiferencia, como las flores en los campos; y, al igual que las floresen los campos, pertenecen a la naturaleza viva de Goethe y no a la naturaleza muerta de Newton.»
2. Nota sobre el cambio de significado de «civilización» y de «cultura» en alemán. La compleja cuestión del proceso de desarrollo de los conceptos de civilización y cultura precisa un tratamiento más detallado del que podemos darle aquí, donde sólo lo tratamos a modo introductorio. En todo caso, algunas notas pueden servir de apoyo al texto.

Puede demostrarse que, durante el siglo XIX, especialmente después de 1870, una vez que Alemania se convirtió en una potencia europea y empezaba a serlo colonial también, se debilitó considerablemente la contradicción entre los términos de «civilización» y «cultura», de modo tal que «cultura», al igual que en Inglaterra y, parcialmente, en Francia, designaba tan sólo una zona especial o superior de la civilización. Así sucede, por ejemplo, en Friedrich Jodl, *Die Kulturgeschichtsschreibung,* Halle, 1878, donde (p. 3) se considera a la «historia general de la cultura» como una «historia de la civilización» *(vid.* sobre esto también Jodl, *op. cit.,* p. 25).

G.F. Kolb, en su *Geschichte der Menschheit un der Cultur* 1843; hay una edición posterior bajo el título de *Cultur-Geschichte der Menschheit)* incorpora a su concepto de cultura la idea de progreso, hoy prácticamente excluida de éste. En lo relativo a su concepción de «cultura» se remite expresamente al concepto de Buckle de «civilización». Pero, como dice Jodl *(op. cit.,* p. 36), «el ideal de Buckle extrae sus rasgos esenciales de las concepciones y exigencias modernas en lo relativo a la libertad política, social y confesional y podría formularse como si fuera un programa político».

En otros términos, Kolb es un «progresista», un liberal de la época anterior a 1848. En esta situación, el concepto de cultura se aproxima al occidental de «civilización».

En cualquier caso, todavía la edición de 1897 del léxico coloquial de Meyer dice: «La civilización es una etapa que un pueblo bárbaro ha de recorrer necesariamente para alcanzar un grado superior de Cultura en la Industria, el Arte, la Ciencia y la Moral».

A pesar de que tales afirmaciones parecen aproximar el concepto alemán de «cultura» a la concepción francesa e inglesa de «civilización», no ha desaparecido por entero el sentimiento de que, en comparación con la «cultura», la civilización es, en realidad, un valor de segundo orden. Este sentimiento es expresión de la autoafirmación de Alemania frente a los otros países occidentales, que se creen abanderados de la «civilización»; al propio tiempo, trasluce la tensión frente a estos países. La fuerza del sentimiento, a su vez, depende del tipo y del grado de esta tensión. La historia de la dualidad conceptual alemana de «civilización» y «cultura» está íntimamente relacionada con la historia de las relaciones entre Inglaterra, Francia y Alemania y, tras éstas, encontramos ciertos factores políticos constitutivos, que se prolongan a lo largo de muchos ciclos de desarrollo y que se manifiestan en las costumbres espirituales de los alemanes, así como en sus conceptos; especialmente en los conceptos que expresan la conciencia que los alemanes tienen de sí mismos.

Vid. igualmente la *Philosophie der Geschichte,* de Conrad Hermann, publicada en 1870 y en la cual se describe a Francia como el país de la «civilización», Inglaterra como el país de la «cultura material» y Alemania como el de la «educación ideal». La expresión, frecuentemente empleada en Inglaterra y en Francia, de «cultura material», ha desaparecido prácticamente del lenguaje coloquial alemán, cuando no del lenguaje científico. En el lenguaje coloquial, el concepto de «cultura» está fundido por entero con lo que aquí se denomina «educación ideal». Los ideales de «cultura» y de «educación» han sigo gemelos desde siempre, si bien es cierto, como hemos dicho más arriba, que en el concepto de cultura se manifiesta de modo más evidente y lentamente la función de designar las objetivaciones y realizaciones humanas.

3. Sobre el problema de la intelectualidad, *vid.,* sobre todo, K. Mannheim *Ideologie und Utopie,* Bonn, 1924 (edición actual en Frankfurt, Schulte-Bulmke), pp. 121-134. El autor estudia con mayor detalle el problema en la edición inglesa, *Ideology and Utopia, An Introduction to the Sociology of Knowledge* (International Library of Psycology, Philsophy and Scientific Method), Londres, 1936 Trad. esp.: *Ideología y utopía,* F.C.E., México, 1.ª ed. 1941.) Sobre el mismo tema *vid.,* también, K.Mannheim, *Mensch und Gesellschaft im Zeitalter des Umbruchs,* Leiden, 1935 y H. Weil, *Die Entstehungdes Deutschen Bildungsprinzips,* Bonn, 1930 (Cap. V, «La élite educada»).

4.*Grosses vollständiges Universal-Lexikon aller Wissenschaften und Künste,* Leipzig und Halle, 1736 (editado por Joh. H. Zedler). Los subrayados, del autor. *Vid.* igualmente, la voz «Cortesano»: alguien que realiza un servicio destacado en la cortede un príncipe. Por un lado, la vida de la corte suele describirse como peligrosa acausa de la volubilidad de los señores, de las muchas envidias, de los difamadores ocultos y de los enemigos declarados; de otro lado, como algo pecaminoso a causa del ocio, de la voluptuosidad y de la abundancia que en ella suele reinar.

No obstante, en todos los tiempos ha habido gente entre los cortesanos que, gracias a su inteligencia, ha sabido evitar los inconvenientes más peligrosos y, gracias a su vigilancia, han conseguido eliminar las incitaciones al mal, convirtiéndose así en ejemplos dignos de cortesanos felices y virtuosos. En cualquier caso no es casual que se diga «estar cerca de la corte es vivir cerca del infierno».

Vid. también la voz «Corte»: «Si todos los vasallos estuvieran penetrados de la profunda convicción de que honran al príncipe a causa de sus buenas cualidades, no sería necesaria la pompa externa; sin embargo, la inmensa mayoría de los vasallos obedece a lo meramente exterior. Un príncipe es un príncipe tanto si se encuentra solo como si va acompañado de una gran comitiva; aunque no faltan ejemplos de príncipes que no gozaban de consideración ninguna cuando se encontraban solos entre sus subditos y sí, en cambio, cuando se rodeaban del correspondiente boato. En consecuencia, no es suficiente con que el príncipe tenga servidores para administrar el país, sino que también ha de tenerlos para asegurar la solemnidad de su cargo y su servicio personal».

Ideas similares se formulaban ya en el siglo xvii, por ejemplo en el *Discurs v.d. Höfflichkeit* (1665); *vid.* sobre esto, E. Cohn, *Gesellschaftsideale u. Gesellschaftsroman d. 17. Jahrhundert,* Berlín, 1921, p. 12. La contraposición alemana entre la «cortesía exterior» y los «méritos internos» es tan antigua como el absolutismo alemán, como la debilidad social de la burguesía alemana frente a los círculos cortesanos de la época que debe entenderse, además, en relación con la fortaleza especial de la burguesía alemana en la fase anterior.

5.*Cit.* por Aronson, *Lessing el les classics français,* Montpellier, 1935, p. 18.

6. E.d. Mauvillon, *Lettres Françoises et Germaniques,* Londres, 1740, p. 430.

7. *Ibid.,* p. 427.

8. *Ibid.,* pp. 461-462.

9. Reimpreso en los *Deutschen Literaturdenkmalen,* XVI, Heilbronn, 1883.

10. Vid. sobre esto, Arnold Berney, *Friedrich der Grosse,* Tubinga, 1934, p. 71.
11. Vid. Hettner, *Geschichte der Literatur im 18. Jahrhundert,* 10. «Es innegable que el drama francés, en sus rasgos más esenciales, es un drama cortesano, el drama de la etiqueta. El privilegio de ser un héroe de tragedia depende de las reglas más estrictas de la etiqueta cortesana.»
12. Lessing, *Briefe,* segunda parte de sus escritos, Göschen, 1753; *cit.* por Aronson, *op. cit.,* p. 161.
13. Mauvillon, *op. cit.,* pp. 398s.
14. Mauvillon, op. Cit.
15. Geschichte des Fräulein von Sternheim, de Sophie de la Roche, 1771, editado por Kuno Ridderhof, Berlín, 1907.
16. De los escritos postumos de Herder, tomo III, pp. 67-68.
17 .Sophie de la Roche, *op. cit.,* p. 99.
18. Ibid., p. 25.
19. Ibid., p. 90.
20. Caroline von Wolzogen, *Agnes von Lilien* (1796, en las *Horen* de Schiller; en 1798, como libro); se reprodujo un fragmento en la *Deutsche Nationalliteratur,* Ber lín y Stuttgart, tomo 137/II. La cita es de la p. 375.
21. Caroline von Wolzogen, *op. cit.,* p. 363.
22. Ibid., p. 364.
23. Diccionario de Grimm. Voz «Cortesanos».
24. Ibid.
25. En su *Histoire de la langue française,* Brunot sostiene que Turgot fue quien introdujo el término *civilisation;* no parece muy seguro, sin embargo, que Turgot haya empleado el término. Al repasar la totalidad de su obra, no fue posible encontrarla, con una sola excepción: el índice de la edición de Dupont de Nemour y de la edición de Schelle. Este índice, por lo demás, no era obra del propio Turgot, sino de Dupont de Nemour, sin embargo, si lo que buscamos es la idea y no solamente la palabra, encontramos en él material suficiente ya en 1751. Es interesante esta observación para ver cómo va construyéndose una sola idea a partir de experiencias distintas y cómo esta idea, esta concepción general, acaba cristalizando lentamente en una palabra.

No es casual que, en su edición de Turgot, Dupont de Nemour incluya el pasaje citado bajo la denominación de *«la civilisation et la nature».* Realmente, tal pasaje contenía ya la idea primitiva de la civilización, para la que acabó encontrándose la palabra adecuada.

Una carta introductoria para la editora de las *Lettres d'une Péruvienne,* Madame de Graffigny, ofrece la oportunidad a Turgot para exponer su concepción sobre las relaciones entre el «salvaje» y el «hombre educado» *(Ouvres* de Turgot, ed. Schelle, tomo I, París, 1913, p. 243): la peruana puede contrapesar «las ventajas recíprocas de los salvajes y del hombre educado. Preferir a los salvajes es una pretensión ridícula; que la refute, que muestre que los vicios que nosotros consideramos difundidos por la educación son, en realidad, patrimonio del corazón humano».

Pocos años después Mirabeau utilizará el concepto de «civilización», más amplio y más dinámico, en lugar del de «educación» en Turgot y, además, con una valoración inversa.

26. Sobre esto y lo siguiente, *vid.* J. Moras, *Ursprung und Entwicklung des Begriffs Zivilisation in Frankreich* (1756-1830), Hamburger Studien zu Volkstum und Kultur der Romanen, 6, Hamburgo, 1930, p. 38.
27. Ibid., p. 37.
28. Ibid., p. 36.
29. Vid. Lavisse, *Histoire de France,* París, 1910, IX, 1, p. 23.
30. Vid. Moras, *op. cit.,* p. 50.

31. D'Holbach, *Systéme sociale ou principes naturels de la morale el de la politique,* Londres, 1774, tomo III, p. 113, cit. por Moras, *op. cit.,* p. 50.
32. D'Holbach, tomo III, p. 162.
33. Voltaire, *Siécle de Louis XIV,* Oeuvres Completes, París (Garnier Fréres), 1878, tomo 14, 1, p. 516. [trad. esp.: *El siglo de Luis XIV,* F.C.E., México. 1.ª ed. 1954.]

Capítulo Segundo

1. S.R. Wallach, «Das abendländische Gemeinschaftsbewusstsein im Mittelalter», Leipzig y Berlín, 1928, *Beitr. z. Kulturgesch. d. Mittelalters u. d. Renaissance,* editados por W. Goetz, tomo 34, pp. 25-29. Aquí se encuentran expresiones como «pueblo latino», «los latinos, de cualquiera de sus países», para designar a la cristiandad latina, esto es, al conjunto de Occidente.
2. La *Bibliotheca Erasmiana,* Gante, 1893 reseña 130 ediciones o, con mayor exactitud, 131, si se incluye el trabajo de 1526 del que, por desgracia, no pude disponer y que, en consecuencia, no sé si coincide por entero con las citas.
El *De Civilitate* es el escrito de Erasmo que más se ha reeditado, con excepción de los *Coloquios,* el *Moriae Encomium,* los *Adagia* y los *De duplici copia verborum ac rerum commentarii.* (Encontramos un cuadro de la cantidad de ediciones de las obras de Erasmo en Mangan, *Life, Character and Influence of Desiderius Erasmus of Rotterdam,* Londres, 1927, tomo 2, p. 396s.) Si se considera, además, la enorme cantidad de escritos en mayor o menor conexión con el escrito de civilidad de Erasmo, es decir, si se considera el ámbito de influencia de éste podrá valorarse más su importancia en el conjunto de su obra. No menos importante para valorar la influencia inmediata que haya podido tener es averiguar cuál de sus obras se ha traducido más veces al lenguaje vulgar. Aún no disponemos de un análisis detallado de esta cuestión. Según M. Mann, *Erasme et les debuts de la Reforme française,* París, 1934, p. 181, lo más asombroso a este respecto, al menos en lo relativo a Francia, es «la preponderancia de las obras educativas o piadosas sobre las cómicas o satíricas. El *Elogio de la locura* y los *Coloquios* prácticamente no ocupan lugar alguno en la lista. Lo que exigía el público y atraía a los traductores, eran los *Apotegmas,* la *Preparación para la muerte,* la *Civilidad pueril».* El análisis del éxtio correspondiente para las zonas alemanas y holandesas seguramente mostraría un cuadro algo distinto, pues es de suponer que los escritos satíricos tuvieran aquí mayor aceptación (sobre esto, cf. más abajo, nota 30).
Sin duda, fue grande el éxito de la versión latina de *De Civilitate* en la zona germanoparlante. Kirchoff, en *Leipziger Sortimentshändler im 16. Jahrhundert, cit.* en W.H. Woodward, *Desiderius Erasmus,* Cambridge, 1904, p. 156, nota 3, declara que, en los años de 1547, 1551 y 1558 no había menos de 654 ejemplares de la *De Civilitate* en los almacenes de Leipzig y que ningún otro libro de Erasmo alcanzaba tales cifras.
3. *Cf.* la «Nota sobre los escritos de urbanidad», de A. Bonneau, en su edición de la *Civilité puérile. Vid.* más abajo, nota, 35.
4. A pesar del éxito que alcanzó en la época del propio Erasmo, este escrito consiguió escasa atención por parte de los erasmistas modernos, lo cual es bastante comprensible a la vista del tema de que se ocupa. Es posible que, desde el punto de vista de la historia de las ideas, este tema (modales, formas de trato, modos de comportamiento), a pesar de su gran importancia a la hora de configurar a los seres humanos y a sus relaciones, no tenga un interés excesivo. La opinión expuesta por Ehrismann en su *Geschichte der deutschen Literatur bis zum Ausgang des Mittelalters,* tomo 6,parte 2ª, p. 330, según la cual la «educación cortesana» es la «educación para los hi-

jos de los señores y no supone una formación virtuosa», probablemente designa una forma típica de valoración científica frecuente ante este tipo de obras.

En Francia hace ya tiempo que los escritos de cortesía de una época determinada —el siglo XVII— vienen gozando de una atención creciente, suscitada, sin duda, por la obra de D. Parodie, citada en la nota 93 y, sobre todo, gracias al profundo estudio de M. Magendie, *La Politesse Mondaine,* París, 1925 (Alcan).

Lo mismo cabe decir del estudio de B. Groethuysen, *Origines de l'esprit bourgeois en France,* París, 1927 [trad. esp. de José Gaos, F.C.E., México, 1.ª ed. 1943. Reimpreso] que también toma como punto de arranque los productos literarios de tipo más o menos mediano con el fin de hacer comprensible una cierta línea de cambio de los seres humanos y de transformación de las pautas sociales *(vid.* p.e.p. 455).

Los materiales del segundo capítulo de esta investigación se encuentran en un grado inferior de desarrollo al de los trabajos citados. Pero probablemente tengan la misma importancia que esta obrita para la comprensión de los grandes cambios en la modelación de los seres humanos y de sus relaciones.

5. Parcialmente reeditado por A. Franklin. *Le Repas,* pp. 164/66. Aquí se encuentra asimismo toda una serie de citas sobre este tema.

6. Reimpreso en *The Babees Book,* editado por Frederich Furnival *Early English Text Society, Original Series,* 1, 32, Londres, 1868, parte 2). Para otros escritos ingleses, italianos, franceses y alemanes de este género, *vid. Early English Text Society Extra Series N. VIII,* editadas por F.J. Furnival, Londres, 1869 *(A Booke of Precedence,* etc.). La integración del joven noble a través de los servicios prestados en casa de un «Gran Señor» de su país se manifiesta de modo especialmente claro en los escritos ingleses de condicionamiento social. Un observador italiano de los usos ingleses, que escribe hacia el año de 1500, comenta que los ingleses tienen esta costumbre porque piensan que el servicio de los extraños es mejor que el de los propios hijos.«Si tuvieran en su casa a sus propios hijos, se verían obligados a darles de comer la misma comida que hubieran hecho preparar para ellos» *(vid.* Introducción a *Fifteenth Century Courtesy Book,* Londres 1914, p. 6, editado por R.W.Chambers).Tampoco carece de interés que el observador italiano señale, siempre hacia el año de1500,«los ingleses son unos grandes epicúreos».

Vid. más datos en M. y C.H.B. Quennel, *A History of Everyday Things in England,* Londres, 1931, Tomo I, p. 144.

7. Editado por F. Furnivall, *op. cit.* Datos sobre la literatura alemana de este género, con observaciones sobre la documentación en otros idiomas se encuentran en G. Ehrismann. *Gesch. d. deutschen Literatur, cit.* («Facetus», p. 326; *Tischzuchlen,* p.328). También en P. Merker y W. Stammler, *Reallexikon der deutschen Literaturgeschichte,* Tomo III, voz «Modales en la mesa» *(Tischzuchlen)* (P. Merker) y H. Teske,*Thomasin v. Zerclaere,* Heidelberg, 1933, pp. 122s.

8. Para la versión alemana que hemos utilizado aquí, *vid.* Zarncke, *Der deutsche Cato,* Leipzig, 1852.

9. *Ibid.,* p. 39, verso, 223.

10. Joh. Siebert, *Der Dichter Tannhäuser,* Halle 1934, p. 196. *Die Hofzucht,* versos 33s.

11. *Die Hofzucht,* versos 45s.

12. *Ibid.,* 49s.

13. *Ibid.,*57s.

14. *Ibid.,* 129s.

15. *Ibid.,* 61s.

16. *Ibid.,*109s.

17. *Ibid.,*157s.

18. *Ibid.,* 141s.

19. Zarncke, *op. cit.,* p. 136.
20. *Ibid.,* p. 137, versos 287s.
21. *Ibid.,* p. 136, versos 258s.
22. *Ibid.,* p. 136, versos 263s.
23. *Die Hofzucht, cit.,* versos 125s.
24. Glixeli, *Les Contenances de table, vid.* nota 32.
25. *The Babees Book* y *A Booke of Precedence, vid.* nota 6.
26. Sobre esto, cf. :A.v. Gleichen Russwurm, *Die gothische Weit,* Stuttgart, 1922, pp. 320s.
27. S.A. Cabanès, *Moeurs intimes du temps passé,* París, s.d., 1 [a] serie, p. 248.
28. *Ibid.,* p. 252.
29. A. Bömer, «Anstand und Etikete in den Theorien der Humanisten», *Neue Jahrbiicher für das klassische Altertum,* 14, Leipzig, 1904.
30. Lo característico de las prescripciones burguesas alemanas de buenos modales a fines de la Edad Media y durante el Renacimiento es lo que se conoce con el nombre de la «sátira grobiana», que consiste en criticar el «mal» comportamiento haciendo como que se le recomienda. El humor y la sátira que, luego, irán desapareciendo lentamente de la tradición alemana o, todo lo más, reduciéndose a valores de segundo orden, son totalmente dominantes en esta fase de la formación de la sociedad burguesa.
La inversión irónica de las prescripciones en cuanto que forma específicamente burguesa-urbana de inculcar buenos modales puede documentarse hasta el siglo xv, por lo menos. La prescripción que encontramos frecuentemente, de no abalanzarse de inmediato sobre la comida se formula del modo siguiente en una pequeña poesía de la época, «De cómo el maestro enseña a su hijo» (v. Zarncke, *Der deutsche Cato, cit.,* p. 148):

Gedenk und merk waz ich dir sag:	Piensa y recuerda lo que te digo:
wan man dir die kost her tragt	cuanto te pongan la comida
so bis der erst in der schizzel;	llégate el primero a la fuente;
gedenk und scheub in deinen drizzel	piensa y coje con tu cuchara
ais groz klampen ais ain saw.	el trozo más grande que haya.

La prescripción de no estar rebuscando demasiado en la fuente común aparece aquí de la forma siguiente:

Bei allem dem daz ich dich 1er	Sigue todas mis enseñanzas:
grab in der schizzel hin und her	hurga cuanto quieras en la fuente
nach dem aller besten stuck;	buscando el trozo mejor de todos;
daz dir gefall, daz sel daz zuck,	el que más te guste, cójelo
und leg ez auf dein teller drat;	y depósitalo sobre tu plato,
acht nicht wer daz für ubel hat.	No te preocupe que esto desagrade a alguien

En la traducción alemana del *Grobianus,* de Kaspar Scheidt (Worms, 1551, reeditado en *Neudruck deutscher Literaturwerke d. 16 und 17. Jahrhunderts,* números 34 y 35, Halle, 1882; la cita corresponde a la p. 17, versos 223s.) aparece de la forma siguiente la recomendación de limpiarse decentemente la nariz:

Es ist der brauch in frembden landen	Es costumbre en países extranjeros,
Ais India, wo golt verhanden	como la India, donde hay oro
Auch edel gstein und perlin gíit	y también piedras preciosas y perlas
Dass mans and d'nasen hencken thut.	que lagente se ponga aros en la nariz.

Solch gut hat dir das gluck nit bschert
Drum hor was zu deinr nasen hort;
Ein wuster kengel rechter leng
Auss beiden lochern aussher heng,
Wie lang eisz zapffen aussher hauss
Das ziert dein nasen uberausz

La fortuna no te ha concedido tal alegría.
por ello, escucha que harás con tu nariz:
que una vela bien larga
penda de cada uno de los agujeros
Esto sentará perfectamente a tu nariz.

Doch halt in alien dingen moss,
Dass nit der kengel werd zu gross:
Darumb hab dir ein solches mess,
Wenn er dir fleusst biss in das gfress
Und dir auff beiden lefftzen leit,
Dann ist die nass zu butzen zeit
Auff beide ermel wüsch den roth,
Dasz vver es seh vor unlust kotz.

No obstante, conviene ser mesurado,
que la vela no sea demasiado larga:
Por tanto ajústate a la medida,
cuando haya alcanzado la boca
y discurra por los labios
ha llegado el momento de que te limpies
la nariz.
Sécate los mocos con las dos mangas
para que vomite de repugnancia quien
lo vea.

Por supuesto, estas imágenes buscan exactamente el efecto contrario en cuanto a inculcar los buenos modales:

Lisz wol disz buchlin offt und vil
Und thu allzeit das widerspil.

Lee este librito mucho y a menudo
y haz siempre lo contrario.

Leemos en la portada de la edición de Worms, de 1551.

Para ilustración del carácter específicamente burgués de este escrito considérese la dedicatoria de la edición de Helbach, de 1567:

«Dedicado por Wendelin Helbach, indigno párroco de Eckhardtshausen al respetable, noble y sabio señor Adam Lonicerus, doctor en medicina, médico de la ciudad de Frankfurt del Main y a Johann Cnipius Andronicus en segundo lugar, ambos ciudadanos de Frankfurt, mis generosos señores y buenos amigos.»

El largo título del propio *Grobianus* en latín nos marca un punto de referencia para saber en qué momento comienza a difundirse entre la intelectualidad alemana, que escribía en latín, el concepto de *civilitas* en el sentido y, probablemente, en conexión con el escrito de Erasmo. En el título de *Grobianus* de 1549 no aparece la palabra. Entre otras cosas, allí se dice: *«Iron... Chlevastes Studiosae juventuti...»*- En la edición de 1552 y en el mismo pasaje, ya aparece el concepto de *civilitas: «Iron espiscoptes studiosae iuventuti civililatem optat»,* Y así se conserva hasta la edición de 1584.

En una edición del *Grobianus,* de 1661, se ha añadido una selección de la *civilitas* de Erasmo.

Finalmente, en una nueva traducción del *Grobianus,* del año de 1708, se lee: «Escrito por el descortés Monsieur Grosero con su pluma poética, para diversión de todos los espíritus educados y *civilizados».* En esta edición se han dulcificado y omitido muchos pasajes de las anteriores. Al avanzar la «civilización», las prescripciones serias, que se apoyaban en la sátira de épocas anteriores, no son otra cosa que objeto de irrisión y un símbolo de la propia superioridad y de la leve transgresión de los tabúes sociales de la época.

31. The Babees Book, p. 344.

32. Glixeli, *Les Contenances de Table,* Romanía, Tomo XLVII, París, 1921, p. 31,versos 133s.

33. François de Calliéres, *De la science du monde et des Connoissances utiles a la conduite de la vie,* Bruselas, 1717, p. 6.

34. Arthur Denecke, «Beiträge zur Entwicklungsgeschichte des gesellschaftlichen Anstandsgefühls», *Zeitschrift für Deutsche Kulturgeschichte,* editados por Chr. Me yer, Nueva Serie, tomo II, Cuaderno 2, Berlín, 1892, p. 145 (*vid.,* asimismo, el programa del Instituto de la Santa Cruz, Dresde, 1891), incluye las siguientes prescripciones de Erasmo como si fueran nuevas (p. 175): «Si hasta ahora hemos estudiado los conceptos dominantes de educación durante la comida entre los estamentos superiores de la población, también encontramos los preceptos de buena educación en la mesa en el famoso libro de Erasmo *De civilitate morum puerilium.* El libro de Erasmo contiene los siguientes preceptos nuevos: si se nos da una servilleta cuando estamos sentados a la mesa, hemos de ponerla sobre el hombro o el brazo izquierdos...Igualmente añade Erasmo: en la mesa debemos sentarnos sin cubrirnos la cabeza, siempre que lo permitan las normas del país. A la derecha del plato debe estar la copa y el cuchillo; a la izquierda, el pan. No se debe partir el pan; hay que cortarlo con un cuchillo. Es inconveniente y también poco saludable comenzar las comidas bebiendo. Meter los dedos en la salsa es una grosería. Cuando nos ofrecen un trozo muy bueno, sólo debemos tomar una parte de él, dejando el resto al que nos lo ofrece o al vecino más próximo. Los manjares sólidos que se nos ofrezcan debemos tomarlos con tres dedos o con el plato. Cuando se nos ofrece algo líquido en una cuchara, debemos tomarlo en la boca y limpiar bien la cuchara antes de devolverla.Si no está bueno un bocado que se nos ofrece, no hay que decir: no puedo comerlo,sino que hay que agradecer con cortesía. Toda persona educada ha de saber trinchar cualquier tipo de asados. No está bien tirar al suelo los huesos y los restos de la comida. Es bueno comer la carne con pan... Algunas personas engullen en lugar de comer...Los jóvenes sólo hablan en la mesa cuando es necesario. Cuando es uno mismo el que invita a comer, hay que disculparse de la pobreza de los manjares, pero no hay que contar a los huéspedes el precio de los distintos platos. Todas las cosas deben alcanzarse con la mano derecha.

«Como puede verse, a pesar de las precauciones que toma el preceptor de príncipes y a pesar del refinamiento en algunas menudencias, en estos preceptos asoma el mismo espíritu que domina en las costumbres burguesas de la mesa. Por lo demás, las enseñanzas de Erasmo se distinguen de las otras formas de trato social, destinadas a otros sectores sociales, solamente en la extensión, habida cuenta de que trata de ser un estudio completo para la época.»

En cierto modo, esta cita nos permite completar las observaciones que hemos hecho más arriba. Por desgracia, Denecke redujo el ámbito de su comparación a la serie de las costumbres alemanas de mesa. Con el fin de profundizar en los resultados hubiera sido conveniente un estudio comparativo de los escritos corteses en francés e inglés y, sobre todo, de las recomendaciones sobre formas de comportamiento en los humanistas.

35. *Vid. La civilité puérile,* por Erasmo de Rotterdam, precedido de una nota sobre los libros de civilidad después del siglo XVI, por Alcine de Bonneau, París, 1877.

«¿Tuvo Erasmo otros modelos? Evidentemente, no inventó la urbanidad, cuyas reglas generales se habían formulado mucho antes de él...No por eso deja de ser Erasmo el primero que ha tratado el tema de modo específico y completo. Ninguno de los autores que acabamos de citar había considerado la civilidad o, si se quiere, las reglas de corrección como un objeto especial de estudio, sino que se habían limitado a formular ocasionalmente algunos preceptos, generalmente relacionados con la educación, la moral, la moda o la higiene...»

Algo similar se ha dicho en relación con el *Galateo* de Giovani della Casa (primera edición, conjuntamente con otras piezas del autor, año de 1558), especialmente en la introducción de I.E. Spingarn (siglo xvi) a su edición de *Galateo of Manners and Behaviours,* por Giovani della Casa, Londres, 1914.

Probablemente resultará útil para nuestro estudio recordar que en la literatura inglesa del siglo xv ya se encuentran poesías, editadas por la Early Text Society, que trataban detalladamente del comportamiento al vestirse, en la iglesia, al comer, etc., casi con la misma minuciosidad que Erasmo. Es posible que Erasmo conociera algunas de estas poesías de buenas maneras.

No hay duda de que ya en los años anteriores a la aparición de la obrita de Erasmo estaba muy de actualidad el tema de la educación de los adolescentes en los círculos humanistas. Ademas de las poesías *De moribus in mensa servandis,* de Johannnes Sulpicius, encontramos, por no citar más que algunos ejemplos, *Disciplina et puerorum institutio,* de Brunfel (1525), *De instituenda vita,* de Hegendorf (1528) y *Formulae puerilium colloquiorum,* de Sebastian Heyden (1528). (Merker-Stammler, *Reallexikon, cit., loc. cil.).*

36. Libro de buenos modales en la mesa en latín, *Quisquis es in mensa,* verso 18; *vid.* Glixeli, *op. cit.,* p. 29.

37. Caxton, *Book of Curtesve* (Early English Text Society Extra Series, Número III). Editado por Furnivall, Londres, 1868, p. 22.

38. *Vid.* Della Casa, G*alateo,* Parte I, Capítulo 1, 5.

39. Caxton, *Book of Curtesye, cit.,* p. 45. verso 64.

40. En las obras del conductismo americano se ha delimitado una serie de expresiones que, con ciertas modificaciones también son útiles —incluso imprescindibles—para el estudio del pasado pero que, sin embargo, sólo muy difícilmente son traducibles al alemán. Así, por ejemplo, el concepto de *«socialising the child» (vid.* p.e.,JohnWatson *Psvchological Care of Infant and Child,* p. 1 12) o *«habit formation»* la inculcación de costumbres; o *«conditioning»,* el condicionamiento, la educación, la «modelación» de los seres humanos para y a través de unas ciertas circunstancias sociales (sobre esto, *vid.,* por ejemplo, John Watson, *Psychology from the Standpoint of a Behaviorist,* p. 312)

41. *Cit.* según Johann Siebert, *Der Dichter Tannhäuser,* Halle, 1934, p. 195.

42. *Cit.* según Zarncke, *Der deutsche Cato, op. cit.,* pp. 138,s.

43. *Vid. The Babees Book. cit.* p. 76.

44. *Ibid..* p. 302.

45. *Ibid..* parte II, p. 32.

48. *Ibid,* p. 32.

49 .*Ibid,* p. 8.

50. *Vid.* A. Franklin *La vie privée d'autrefois,* Les Repas, París, 1889, pp. 194s.

51. *Ibid.,* p. 42.

52. *Ibid.,* p. 283.

53. Dom. Bouhours, *Remarques nouvelles sur la langue française,* París, 1676, I, 51.

54. François de Calliéres, *Du bou el du mauvais usage dans les manieres de s'exprimer. Des façons de parler bourgeoises; en quoy elles sout differentes de celles de la cour,* París, 1694, p. 12.

Un lacayo vino a advertir a la señora que Monsieur Thibault hijo solicitaba verla. Bien, dijo la Señora; pero antes de hacerle entrar es preciso que os informe de quién es este Monsieur Thibault; se trata del hijo de uno de mis amigos burgueses de París, de esas gentes ricas cuya amistad es a veces muy útil a las gentes de calidad para conseguir dinero prestado. El hijo es un joven que ha estudiado con objeto de ingresar en la administración, pero todavía tendrá que liberarse de su aspecto y de su lenguaje burgueses.

55. Adressen und Stephan: *Beiträge zur Geschichte der Gottdorffer Hofund Staatswervaltung de 1594-1659,* tomo I, Riel, 1928, 1928, p. 26, nota 1.

56. *Vid.* León Sahler, *Montbéliard a table. Mémoires de la société d'Emulation de Montbéliard,* tomo 34, Montbéliard, 1907, p. 156.
57. *Vid.* Adressen und Stephan, *cit.,* tomo 1, p. 12.
58. Sobre esto, *vid.,* entre otras cosas, Platina, *De honesta voluptate et valetudine,* 1475-libro 6, 14. Toda esta «curva civilizatoria» se dibuja claramente en una «carta al director» que publicaba el *Times* el 8 de mayo de 1937, poco antes de la fiesta de la coronación, bajo el título de «Las tinieblas del asado de buey». La carta, evidente mente arrancaba del recuerdo de festividades similares en el pasado: «Deseando co nocer», se dice en la carta, «el mejor método de asar un buey entero, como cualquier otra persona podría desearlo en una época como ésta, hice algunas averiguaciones en el Mercado Smithfield. Lo único que conseguí fue cerciorarme de que nadie en Smithfield tenía la menor idea de cómo podría hacerme con un buey entero y,mucho menos, cómo podría ensartarlo, asarlo, trincharlo y comerlo... Este punto es muy decepcionante». El 14 de mayo, en el mismo espacio del *Times,* el jefe de cocina de Simpson in the Strand proporciona un procedimiento para asar bueyes enteros y,el mismo día, una foto muestra a un buey en el asador. El debate, que todavía se prolongó durante algún tiempo en las columnas del *Times,* nos da una cierta idea de la paulatina desaparición de la costumbre de asar animales enteros, incluso en ocasiones en las que la gente se esfuerza por conservar todos los usos tradicionales en la medida de lo posible.
59. Gred Freudenthal, *Gestaltwandel der bürgerlichen und proletarischen Hauswirschafl mit besonderer Berücksichtigung des Typenwandels von Frau und Familie von 1760 bis zur Gegenwarat* (Tesis doctoral, Frankfurt/Main), Würzburg, 1934.
60. *Vid.* Adresse y Stephan, *cit.,* tomo 1, p. 10. Aquí también se encuentra la afirmación de que el uso del tenedor comenzó a aparecer a comienzos del siglo xvii en tre las clases altas en el Norte de Europa.
61. *Vid.* Zarncke, *op. cit.,* p. 138.
62. *Vid.* Kurt Treusch v. Butlar, «Das tägliche Leben an den deutschen Fürstenhöfen des 16 Jahrhunderts». *Zeitschrift für Kulturgeschichte,* Weimar, 1897, tomo 4, p. 13 y notas.
63. *Vid. The Babees Book, cit.,* p. 295.
64. *Cit.* según Cabanés,*Moeurs intimes du temps passé, cit.* primera serie, p. 292.
65.La orientación mejor y más breve se encuentra en A. Franklin, *Les soins de la toilette,* París, 1877 y, en especial, del mismo autor, *La civilité,* París, 1908, tomo II, Apéndice, donde se recopila una serie de citas instructivas. En todo caso, mucho de lo que el autor comenta debe leerse con espíritu crítico, ya que no distingue suficientemente entre lo que es típico de una época y lo que, en cambio, es meramente excepcional.
66. Mathurin Cordier, *Colloquiorum Scholasticorum Libri Quatour,* París, 1568, libro 2. Coloquio 54 *(Exemplum ad pueros in simplici narratione exercendos).*
67. Hay mucho material que no es de fácil acceso en De Laborde, *Le Palais Mazarin,* París, 1846.

Por ejemplo, la nota 337: «¿Será preciso entrar en detalle? La función cuasi política que ha cumplido la silla retrete nos permite hablar de ella sin falsa vergüenza y nos autoriza a afirmar que, por entonces, no había más muebles que tal silla y el *passarés* provenzal. Una de las amantes de Enrique IV, Madame de Verneuil, quería guardar su orinal en la habitación, lo cual sería una suciedad desde nuestro punto de vista pero entonces no pasaba de ser un signo de confianza quizá algo excesiva».

Las referencias más importantes en esas notas requieren una comprobación muy cuidadosa, si se pretende observar las diferentes costumbres de los distintos estamentos.

Un buen procedimiento para estudiar estas pautas de costumbres es la investiga-

ción exacta de los inventarios de testamentarías. En lo relativo al capítulo sobre el modo de sonarse puede añadirse aquí que, entre las pertenencias de Erasmo se encontraba un número asombrosamente alto (por lo que hoy sabemos) de pañuelos, 39 en total *(fatzyletlin)* y, en cambio, solamente un tenedor dorado y otro plateado *(gebelin). Vid. Inventarium über die Hinterlassenschaft des Erasmus, edit,* por L. Sieber, Basilea 1889, impreso de nuevo en *Zeitschrift für Kulturgerchichte,* Weimar, 1897, tomo IV, pp. 434s.

También hay una serie de observaciones interesantes en *Gargantua y Pantagruel,* de Rabelais. Por ejemplo, sobre el tema de las «necesidades naturales», *vid.* el libro 1, capítulo 13.

68. Georg Brandes, quien cita este pasaje de las memorias en su libro *Voltaire,* traducción alemana, Berlín s.d., tomo I, pp. 340/341, dice sobre ello: «No le molestaba dejarse ver desvestida por un lacayo, puesto que no le consideraba como un hombre en relación con ella misma como mujer».

69. *Vid.* Ruddeck, *Geschichte der öffetlichen Sittlichkeit,* Jena, 1887, p. 397.

70. Th. Wright, *The Home of Other Days,* Londres, 1871, p. 269.

71. Otto Zöckler, *Askese und Mönchstum,* Frankfurt, 1897, p. 364.

72. Th. Wright, *op. cit.,* p. 269 o bien Cabanés, *Moeurs intimes du temps passé, cit.* 2ª serie, p. 166. Cf. también G. Zappert,«Uber das Badewesen in mittelalterlicher und späterer Zeit», *Archiv f. Kunde österr. Geschichtsquellen,* tomo 21, Viena, 1859.Sobre la función de las camas en los hogares, cf. también, G.G. Coulton, *Social Life in Britain,* Cambridge, 1919, p. 386, donde se expone de modo conciso y claro la escasez de camas y la naturalidad conque se atribuía una sola cama a varias personas.

73. Bauer, *Das Liebesleben in der deutschen Vergangenheit,* Berlín, 1924, p. 208.

74. Rudeck, *op. cit.,* p. 399.

75. Dr. Hopton y A. Balliol, *Bed Manners,* Londres, 1936, p. 93.

76. Ciertamente que no faltan movimientos en contra de esta tendencia hacia el pijama. Expresión americana de los mismos (que resulta interesante, sobre todo, por su argumentación) se encuentra en la información siguiente (procedente de *The People* del 26 de julio de 1936):

«Los hombres fuertes no se ponen pijamas. Se ponen camisas de noche y desprecian a quienes se ponen cosas tan afeminadas como los pijamas. Theodore Roosevelt se ponía camisa de noche. Lo mismo hacían Washington, Lincoln, Napoleón, Nerón y otros muchos hombres famosos.

«Estos argumentos a favor de las camisas de noche en contra de los pijamas son los que sostiene el Dr. Davis, de Ottawa, quien ha fundado un club de partidarios de la camisa de noche. El club tiene una sección en Montreal y un grupo poderoso en Nueva York. Su objetivo es volver a popularizar la camisa de noche como un símbolo de auténtica hombría. Esto explica bastante la difusión relativamente rápida que ha tenido el pijama en el breve lapso desde la guerra.

«Aún es más evidente el hecho de que está disminuyendo el uso que las mujeres hacen del pijama. En su lugar está apareciendo, cada vez más, una especie de prolongación del vestido largo de noche, expresión, también como este vestido, de ciertas tendencias; entre otras, la reacción en contra de la «masculinización de la mujer, una mayor inclinación hacia las diferencias sociales y, finalmente, la simple necesidad de una cierta armonía entre el vestido de noche y el camisón. Precisamente, una comparación entre el nuevo camisón y el de los tiempos pasados, muestra de modo especialmente claro lo que aquí se ha llamado la "deformación de la intimidad". Este camisón de nuestros días está mucho mejor hecho y se parece bastante a un vestido.»

77. M. Ginsberg, *Sociology,* Londres, 1934, p. 118.

«El hecho de que las tendencias innatas se repriman, queden en estado sublimi-

nal o tengan rienda libre, depende del tipo de vida de familia que se realice y de las tradiciones de la sociedad en sentido amplio... Considérese, por ejemplo, la cuestión de si la aversión a las relaciones incestuosas tiene o no una base instintiva o la de si se pueden separar los factores genéticos que intervienen en los celos sexuales. En resumen, las tendencias innatas poseen una cierta flexibilidad y su forma de expresión, represión o sublimación está condicionada socialmente en diversos grados.»

Esta investigación conduce a conclusiones muy similares. En especial, en el resumen al final del segundo volumen, se trata de mostrar que la modelación de la vida instintiva, incluso de las figuras coactivas que hay en ella, es una función de las interrelaciones e interdependencias sociales que caracterizan a la vida de los seres humanos. Tales interrelaciones e interdependencias de los individuos tienen una u otra estructura, según cual sea la de las relaciones humanas. La diversidad de la estructura instintiva que podemos constatar a lo largo de la historia, se corresponde con la diversidad de estas estructuras.

Digamos incidentalmente que es posible encontrar observaciones muy parecidas a éstas ya en los *Essais* de Montaigne (Libro I, Capítulo XXIII).

«Las leyes de la conciencia que, decimos, nacen de la naturaleza, nacen en realidad de la costumbre: como quiera que cada cual venera en su fuero interno las opiniones y los usos aprobados y admitidos en su ambiente, nadie puede desprenderse de ellos sin remordimientos ni obedecerlos sin aplauso. Creo que el primero en inventarse el cuento siguiente era un gran conocedor de la costumbre: una aldeana que había cogido la costumbre de acariciar y llevar en brazos un ternero desde el momento de su nacimiento, tomó esto por hábito de forma que, aunque el ternero se había convertido ya en un gran buey, seguía llevándolo en brazos... *Usus efficacissimus rerum ommum magister...* Según Aristóteles, las mujeres se arrancan el cabello, se muerden las uñas y comen carbones y tierra tanto por constumbre como por enfermedad e, igualmente, tanto por costumbre como por naturaleza, el macho se pelea con el macho.»

Lo que coincide por completo con los resultados de esta investigación es la idea de que los *«remors»,* es decir, la estructura psíquica que, parcialmente de acuerdo con Freud, se conoce con el nombre de «Super-Yo» en el individuo aislado está determinado por la interdependencia de los hombres, por la sociedad en la que crece, es decir, que tal «Super-Yo» es de carácter sociogenético.

No es preciso decir aquí, aunque no estará de más señalarlo, cuando menos una vez, en qué medida estas investigaciones son deudoras de los estudios de Freud y de la escuela psicoanalítica. Para cualquiera que conozca la teoría psicoanalítica, las conexiones son claras y, por lo tanto, no parece necesario explicitarlas en cada punto concreto, sobre todo porque esto no sería posible sin entrar en debates muy minuciosos. Las diferencias considerables que existen entre la concepción general de Freud y la presente investigación tampoco se han subrayado sobre todo porque, sin duda, tras alguna discusión, hubiera podido alcanzarse un punto de acuerdo mutuo. Me ha parecido más importante mostrar de modo claro y sucinto toda una armazón conceptual que presentar alguna polémica ocasional.

78. Para todo esto, *vid.* Huizinga, *Erasmus,* Nueva York, Londres, 1924, p. 200. «En ninguna otra de sus obras, excepto en los *Colloquia,* podemos encontrar tan bien y claramente expresada la concepción de Erasmo: lo que éste exigía realmente del mundo y de la humanidad, la imagen que tenía de aquella sociedad cristiana purificada, cuyo advenimiento deseaba tan intensamente y que se caracterizaba por la moralidad, la fe ferviente, la simplicidad, la moderación, la afabilidad, la tolerancia v la paz.»

79. En la edición de 1665 se dice: *«museion pro secretiore cubiculu dictum est».*

80. No es menor la perplejidad del observador cuando se encuentra enfrente de

los usos y las costumbres de una época anterior, que expresan otra pauta distinta del sentimiento de pudor. Esto es válido, por ejemplo, para las costumbres medievales en el baño. Al principio, en el siglo XIX, tenía que resultar absolutamente incomprensible que las personas de la Edad Media no se avergonzaran de bañarse desnudos en grandes cantidades y, además, frecuentemente, personas de distinto sexo juntas.

Alwin Schultz, *Deutschen Leben im XIV und XVI Jahrhundert,* Viena, 1892, pp. 68s., dice lo siguiente sobre este tema: «Tenemos dos interesantes representaciones de estas salas de baños. No obstante, quisiera decir de antemano que las imágenes me parecen exageradas y que, en mi opinión, en ellas sólo se manifiesta la afición de la Edad Media por los chistes groseros y fáciles.

»La miniatura de Breslau nos muestra una serie de bañeras en las que siempre encontramos a un hombre frente a una mujer. Hay una plancha de madera de lado a lado de la bañera, que sirve como mesa; está cubierta con un bonito mantel y sobre un taparrabos; las mujeres se adornan con tocados, collares, etc.; por lo demás, están completamente desnudas. La miniatura de Leipzig es similar, sólo que las bañeras están ahora separadas y sobre cada una de ellas hay como una especie de bastidor de material, provisto de cortinas que pueden cerrarse. Probablemente, estas casas de baños no eran muy recatadas y sin duda las mujeres decentes no las frecuentaban. Habitualmente, los sexos han tenido que estar separados, puesto que los patricios de las ciudades jamás habrían tolerado un escarnio tan manifiesto de todas las normas de la decencia.»

Es muy interesante observar cómo es la situación afectiva y la pauta de vergüenza dominante en su época, la que obliga al autor a sostener que «habitualmente, los sexos han tenido que estar separados», por más que las pruebas y materiales históricos que él mismo aporta señalan lo contrario. Cf. en relación con esto la actitud objetiva y meramente testimonial frente a las diferencias en las pautas en P.S. Allen, *The Age of Erasmus,* Oxford, 1914, p. 204s.

81. Sobre esto, *vid.* A. Bömer, «Aus dem Kampf gegen die Colloquia familiaria des Erasmus», *Arch. f. Kulturgeschichte,* Leipzig y Berlín, Tomo IX, 1, 2, p. 32.

82. A. Bömer escribe en relación con esto: «En los dos últimos libros, orientados hacia los hombres y los ancianos». Pero Morisotus dedica todo el libro a su hijo más pequeño; todo el libro estaba pensado como un libro escolar. En él trata Morisotus de todas las edades de la vida; muestra al niño cómo son los adultos, tanto las mujeres como los hombres jóvenes y maduros, con el fin de que aquél los conozca y comprenda y aprenda a distinguir el comportamiento bueno del malo en este mundo.La idea de que algunos libros de esta obra estuvieran destinados exclusivamente a las mujeres o a los ancianos, evidentemente, ha asaltado al autor solamente a causa de la comprensible perplejidad que le asaltó al pensar en que todo ello pudiera estar destinado a una lectura directa por parte de los niños.

83. Para comprender esta cuestión es importante recordar que la edad nubil en esta época era inferior a la de las siguientes.

«En esta época», dice R. Köbner en relación con la Baja Edad Media, «el hombre y la mujer acceden muy jóvenes al matrimonio. La Iglesia les concede el derecho a contraer matrimonio apenas hayan alcanzado la pubertad, derecho del que se hace utilización frecuente. Los muchachos se casan en edades comprendidas entre los 15 y los 19 años; las muchachas, entre los 13 y los 15. Esta costumbre ha pasado por ser siempre una de las peculiaridades características de la sociedad de la época.» R. Köbner, «Die Eheauffassung des ausgehenden Mittelalters», *Arch. f. Kulturgeschichte,* tomo IX, Cuaderno 2, Leipzig y Berlín, 1911. Para ampliar información y materiales sobre los matrimonios infantiles, *vid. Early English Text Society,* Series originales, 108 ed. por J. Furnivall, Londres, 1897*(Childmarriages, Divorces, and Ratifi-*

cations, etc.): aquí encontramos como edades posibles para contraer matrimonio: 14 años para los muchachos y 12 años para las muchachas (p. XIX).

84. F. Zarncke, *Die deutsche Universität im Mittelalter,* Leipzig, 1857, Cuaderno I, pp. 49s.

85. M. Bauer, *Liebesleben in der deutschen Vergangenheit,* Berlín, 1924, p. 136.

86. W. Rudeck, *Geschichte der öffentlichen Sittlichkeit in Deutschland,* Jena, 1897, p. 33.

87. Ibid., p. 33.

88. K.Schäfer, «Wie man früher heiratete», en *Zeitschr. f. deutsche Kulturgeschichte,* Berlín, 1891, tomo 2, cuaderno 1, p. 31.

89. W. Rudeck, *op. cit.,* p. 319.

90. Brienne, *Mémoires,* tomo II, p. 11, *cit.* según Laborde, *Le Palais Mazarin,* París, 1816, nota 522.

91. Fr. v. Bezold, «Ein Kölner Gedenkbuch des XVI Jahrhunderts», en *Aus Mittelalter und Renaissance,* Munich y Berlín, 1918, p. 159.

92. W. Rudeck, *op. cit.,* p. 171. P.S. Allen, *The Age of Erasmus,* Oxford, 1914, p. 205. A. Hyma, *The Youth of Erasmus,* University of Michigan Press, 1930, pp. 56/57.Cf. también Regnault, *La condition juridique du bâtard au moyen age,* Pont Audemer,1922, aunque aquí se estudia más la situación jurídico-formal del bastardo que la social-real. Las *«coutumes»* suelen tener una actitud escasamente benevolente en relación con el bastardo. Queda todavía por averiguar si éstas, además,expresan la opinión social real de diversas clases o solamente la opinión de una de ellas en concreto.

Sabemos de sobra que, en el siglo XVII, en la corte real francesa los hijos legítimos se educan junto a los ilegítimos. Luis XIII, por ejemplo, odia a sus hermanastros. Siendo todavía un niño se expresa del modo siguiente sobre su hermanastro: «Quiero más a mi hermanita que al caballerito Fefé, porque éste no estuvo en el vientre de mamá conmigo, como ella.»

93. D. Parodi, «L'honnête homme et l'idéal moral du xvii$_{e}$ et du xvii$_{e}$ siecle», *Révue Pédagogique,* 1921**,** tomo 78, 2, pp. 94s.

94. Vid., por ejemplo, B. Peters, «The Institutionalized Sex-Taboo», Knight, Peters, Blanchard, *Taboo and Genetics,* p. 181.

«Un estudio que hizo el autor en 1916/1917 con una muestra de 150 muchachas, mostró la existencia de un tabú de pensamiento y discusión entre muchachas bien educadas bloqueando los temas siguientes, que ellas calificaron como "indelicados", "sucios" y "cosas absolutamente fuera del conocimiento de una señorita".

1.- Cosas contrarias a la costumbre, llamadas a menudo "malas" o "inmorales".

2.- Cosas "desagradables", como las funciones corporales, tanto las normales como las patológicas, así como todas las consecuencias que puede acarrear la suciedad.

3.- Cosas extrañas que te ponen "carne de gallina" y cosas sospechosas.

4.- Muchas tormas de la vida animal que, como todo el mundo sabe, produce temor en las muchachas, que la considerarán impura.

5.- Las diferencias entre los sexos.

6.- Las diferencias entre las edades.

7.- Todos los asuntos relacionados con la pauta de doble moralidad.

8.- Todos los asuntos relacionados con el matrimonio, el embarazo y el parto.

9.- Las alusiones a cualquier parte del cuerpo, excepto cabeza y manos.

10.- La política.

11.- La religión.»

95. A. Luchaire, *La société française au temps de Philippe-Auguste,* París 1909, p. 273.

96. Ibid., p. 275.

97. *Ibid.,* p. 272.
98. *Ibid.,* p. 278.
99. I. Huizinga, *Herbst des Mittelalters. Studien über Lebens und Geistesform des 14. und 15. Jahrhunderts in Frankreich und in den Niederlanden,* Munich, 1924, p. 32.
100. De *«Le Jouvencel» Lebensgeschichte des Ritters Jean de Bueil, ed.* por Kervyn de Lettenhove, Chastellain, Oeuvres VIII, *cit.* por Huizinga, *cit.,* p. 94.
101. *Vid.* pp. 231-32.
102. H. Dupin, *La courtoisie an moyen âge,* París, 1931, p. 79.
103. *Ibid.,* p. 77.
104. Zarncke, *Der deutsche Cato, cit.,* pp. 36s. versos 167/168 y versos 178/180.
105. *Ibid.,* p. 48, versos 295s.
106. I. Huizinga, *op. cit.,* p. 32s.
107. L. Mirot, *Les d'Orgemont, leur origine, leur fortune,* etc., París, 1913. P. Champio, *François Villon. Sa vie et son temps,* París, 1913, II, pp. 230s. *cit.* según Huizinga,*cit.,* p. 32.
108. P. Durrieu, *Les très belles Heures de Nôtre Dame du Duc Jean de Berry,* París, 1922, p. 68.
109. Ch. Petit-Dutaillis, *Documents nouveaux sur les moeurs populaires et le droit de vengeance dans les Pays-Bas au xv siécle,* París, 1908, p. 47.
110. *Ibid.,* p. 162.
111. *Ibid.,* p. 5.
112. A. Luchaire, *op. cit.,* pp. 278s.
113. Para más detalles, *vid.* A. Franklin, *París et les Parisiens au seizieme siécle,* París, 1921, pp. 508s.
114. En su introducción al *Hausbuch,* p. 20, Th. Bossert menciona un grabado del cabeza de familia en el que satiriza a la «nobleza recién sacada del horno, el ansia burguesa de escudos nobiliarios y de ejercicios caballerescos». Esto puede apuntar en la misma dirección.
115. *Das Mittelalterliche Hausbuch,* compuesto por Helmuth Th. Bossert y Willy Storck, Leipzig, 1912. Introducción, pp. 27s.
116. Berthold v. Regensburg, *Deutsche Predigten,* compilado por Pfeiffer y Strobl, Viena, 1862-1880, tomo I, 14, 7.
117. *Ibid.,* tomo I, 141, pp. 24s.
118. Max Lehrs, *Der Meister mit den Bandrollen,* Dresde, 1886, pp. 26s.
119. De entre los materiales sobre la civilización del comportamiento que ha sido preciso dejar de lado (parcialmente a causa de las limitaciones de espacio y, parcial mente, porque no dicen nada esencialmente nuevo sobre las grandes líneas de la civilización) puede mencionarse todavía un problema adicional que merece cierta atención. La relación del hombre occidental con la limpieza, con el lavado y el baño, muestra la misma curva de transformación que en el texto hemos visto con respecto a otras costumbres. La tendencia a mantener la limpieza corporal de modo regular y continuo no se impone en un principio por razones higiénicas o, como hemos dicho, claramente «racionales» que muestren los peligros que tiene la suciedad para la salud. Igualmente, la actitud frente al lavado cambia también en correspondencia con las transformaciones de las otras relaciones humanas, de las que se hablaba en el texto y que examinaremos con más detalle en el capítulo siguiente.
Al principio parece claro que las personas deben mantener una limpieza regular por respeto a los demás, especialmente por respeto a los superiores sociales. Esto es, se trata de una razón social y de una coacción exterior. Cuando falta esta coacción exterior, cuando la propia posición social no lo exige, la gente deja de lavarse regularmente y limita la limpieza al mínimo necesario que requiere el bienestar corporal. Hoy día se inculca al individuo desde pequeño la costumbre de lavarse y asearse

de modo automático; es decir, se ha conseguido que desaparezca de la conciencia del individuo la idea de que se lava y de estar disciplinado para mantener una cierta limpieza por respeto a los demás y, al menos originariamente, forzado por ellos a través de una coacción exterior. En razón de la coacción interior el individuo se lava aunque no haya nadie presente que pudiera censurarle por su negligencia o, incluso, castigarle por ello. Cuando el individuo deja de lavarse, ello se interpreta, a diferencia de lo que sucedía en épocas anteriores, como una forma de condicionamiento defectuoso de la pauta social dominante. Aparece aquí, por tanto, el mismo cambio del comportamiento y de la estructura afectiva que se manifestaba en el estudio de las otras curvas civilizatorias: las relaciones sociales de los seres humanos se transforman de forma tal que las coacciones que los individuos ejercen sobre los demás van convirtiéndose claramente en coacciones interiores. La constitución del «super-yo» va consolidándose. En una palabra, lo que obliga al individuo a lavarse y a asearse regularmente es aquel sector de personas que representa el código social de comportamiento, es el propio «super-yo». El mecanismo resulta mucho más claro cuando recordamos que hoy hay muchas personas que se afeitan aunque el afeitado no es un deber social, simplemente por costumbre, porque se sienten incómodos a causa de su «super-yo» cuando olvidan afeitarse, por más que tal olvido no es perjudicial para la salud ni antihigiénico. El aseo regular con agua y con jabón en nuestra sociedad es una «acción compulsiva», que nos es impuesta por la forma de nuestro condicionamiento y consolidada por razones higiénicas, «racionales», en nuestra conciencia.

En este contexto, bastará con demostrar esta transformación por medio del testimonio de otro observador. I.E. Spingarn dice lo siguiente en su introducción a una traducción inglesa del *Galateo* de Della Casa (The Humanist Library, comp. por L. Einstein, tomo VIII, Londres, 1914, p. XXV): «...Únicamente nos importa la sociedad secular en la cual la limpieza era considerada, todo lo más, como una necesidad social y, en cambio, no aparecía como una necesidad o un hábito individuales. Las pautas de modales sociales de Della Casa también se refieren a esto: la limpieza era requerida con el fin de no disgustar a los demás y no porque hubiera una exigencia interior del instinto individual. Todo esto ha cambiado. Al haberse aceptado por entero como una necesidad individual, la limpieza personal ha dejado de afectar en absoluto el problema de los modales sociales». La curva de la transformación se manifiesta aquí tanto más claramente cuanto que el observador acepta como un hecho dado la pauta de la propia sociedad —la exigencia interior de limpieza— sin preguntarse cómo se pasó de la pauta social anterior a la actual. De hecho, hoy día, los seres humanos sólo se lavan y se asean bajo presión exterior, bajo coacción exterior directa y en presencia de otros de los que dependen, cuando son niños. Entre los adultos, como hemos dicho, esta forma de comportamiento ha acabado convirtiéndose lentamente en una coacción interior, en una costumbre personal. Antiguamente, también había que emplear la coacción exterior con los adultos. Volvemos a ver aquí lo que más arriba hemos llamado la «ley sociogenética fundamental». La historia de la sociedad se refleja en la historia de cada individuo: el proceso civilizatorio que ha recorrido a lo largo de los siglos la sociedad considerada como un todo, es el que ha de recorrer abreviadamente el individuo, puesto que éste no llega «civilizado» al mundo.

Hay otro punto en esta curva civilizatoria que requiere cierta atención. Por las noticias dejadas por varios observadores parece como si los seres humanos de los siglos xvi y xvii hubieran sido más «sucios» que los de épocas anteriores. Si se examinan detalladamente tales observaciones, se encuentra que hay algo correcto en ellas: parece que el empleo del agua como medio de baño y de aseo sufrió un cierto descenso en la época de transición a la Edad Moderna, al menos por lo que se refiere a las

clases altas. Si se considera la transformación desde este punto de vista, encontramos una explicación muy simple que, por supuesto, está necesitada de comprobación minuciosa. En la Baja Edad Media era conocimiento generalizado el hecho de que en los baños y en las casas de baños podían cogerse enfermedades e, incluso, la muerte. Para comprender la importancia de esta experiencia es preciso ponerse en el lugar de esta sociedad, en la que no estaban claras las conexiones causales de sentido, esto es, la forma del contagio y de transmisión de enfermedades. Lo que más impresionaba aquí a la conciencia de los hombres de la época era el hecho simple de que las aguas de los baños son peligrosas; uno puede envenenarse con ellas. El envenenamiento era la forma en que la mentalidad de la época solía interpretar las enfermedades masivas, las epidemias que se transmitían en oleadas a lo largo de toda la sociedad. Sabemos, y comprendemos, el miedo que atenazaba a los hombres de la época a la vista de tales epidemias. No era un miedo que pudiera limitarse y canalizarse merced a un conocimiento exacto de las conexiones causales y del alcance real del peligro, como sucede hoy, en nuestro estadio de la experiencia social. Resulta, pues, muy posible que, en aquella época, el empleo del agua, especialmente del agua caliente con fines de baño apareciera vinculado con un miedo relativamente indeterminado, producto del desconocimiento de las verdaderas causas del contagio. Y si, en una sociedad con este nivel de experiencia, aparece algún objeto o comportamiento vinculado al miedo, éste puede prolongarse durante una temporada, antes de que vuelva a desaparecer junto con sus símbolos, esto es, las prohibiciones y resistencias correspondientes. Es posible, también, que desaparezca de la memoria de las generaciones el recuerdo del motivo de aquel miedo. Lo que se mantiene vivo en la memoria de los individuos es el sentimiento, trasmitido de generación en generación, de que el uso del agua genera riesgos y el malestar producido por tal uso. Encontramos así manifestaciones como la siguiente en el siglo xvi:

Estuves et bains, je vous en prie	Estufas y baños, os ruego
Fuyes-les, ou vous en mourrés	huid de ellas o moriréis de ellas.

Esto es lo que dice un médico, Guillaume Bunel, 1513, entre otros consejos para combatir la peste *(Oeuvre excellente et a chascun désirant soy de peste préserver,* comp. de nuevo por Ch. J. Richelet, Le Mans, 1836). Basta con considerar estos consejos desde nuestro punto de vista (la mezcla de lo correcto y de lo fantástico) para ver que en ellos opera un miedo difícilmente combatible. Todavía en los siglos xvii y xviii seguimos oyendo advertencias contra el empleo del agua, bajo la justificación de que es perjudicial para la piel o de que produce catarros. Da la impresión de que va produciéndose un descenso lento de la curva. Pero, en el estadio actual de nuestros conocimientos, todo esto no pasa de ser una hipótesis.

Tal hipótesis, en cualquier caso, nos muestra algo con claridad: el modo en que podemos explicar ciertos fenómenos. Además, demuestra un hecho que es peculiar de toda la curva civilizatoria: el proceso civilizatorio se lleva a cabo en conexión con una limitación continua de los peligros externos y, en consecuencia, con una limitación y canalización de los miedos producidos por tales peligros. Los peligros externos para la existencia humana van haciéndose más calculables, mientras que las vías y los ámbitos de los temores van regulándose. Hoy nos parece bastante grande la inseguridad del individuo pero es tolerable comparada con la que reinaba en la Edad Media. De hecho, una más estricta regulación del origen de los miedos, establecida con motivo de la transición a nuestra época es uno de los presupuestos más elementales de esa pauta de comportamiento a la que llamamos «civilización». El acorazado de la civilización reventaría rápidamente si, a causa de una repentina mutación de la sociedad, se abatiera sobre nosotros un nivel de inseguridad y de incalculabili-

dad de los peligros como antaño. Poco tiempo tardarían entonces los miedos en superar las barreras que les hemos impuesto.

Hay una forma específica de temor que aumenta con el avance de la civilización. Se trata de los miedos «internos», semi-inconscientes; los miedos producidos por la posibilidad de que se quebranten las restricciones impuestas a los hombres civilizados.

Aún hemos de formular algunas reflexiones relacionadas con éstas en el Resumen, «Bosquejo de una teoría de la civilización».

Capítulo Tercero

1. James Westfall Thompson, *Economic and Social History of Europe in the later Middle Ages (1300-1530),* Nueva York y Londres, 1931, pp. 506-7.

2. Un ejemplo de ello lo constituyen las consecuencias que se derivan de la situación de la propiedad familiar carolingia, del fisco. Estas consecuencias quizá no eran tan graves como puede parecer según la cita siguiente, pero no hay duda de que la situación de la propiedad familiar carolingia ha tenido bastante importancia en lo relativo a la constitución de las fronteras nacionales:

«La amplitud del fisco carolingio... hizo que el fisco fuera como una red que comprendia a la totalidad del imperio. La división y extensión del disco fue un factor más importante para la disolución del imperio franco que la ambición política local de los nobles propietarios...

»El hecho histórico de que el corazón del fisco situado en el centro de Europa explica la participación europea en el siglo ix haciendo de estas regiones campo de batalla de las naciones.

»La línea fronteriza entre la futura Francia y la futura Alemania se trazó en el siglo IX porque la mayor parte del fisco descansaba sobre ellas.»

James Westfall Thompson, *Economic and Social History of the Middle Ages (300-1300),* Nueva York, Londres, 1928, pp. 241/242. *Vid.* también del mismo autor, *The dissolution of the Carolingian Fisc,* Berkeley, University of California Press, 1935.

3. A. Luchaire, *Les premiers Capétiens,* París, 1901, p. 180.

4. Ch. Petit-Dutallis, *La Monarchie féodale en France et en Angleterre* París, 1933,p. 8, con el mapa correspondiente. Para detalles sobre la frontera oriental del reino franco-occidental y su traslación, vid. Fritz Kern, *Die Anfange der franzósischen Ausdehnungspolitik,* Tubinga, 1910, p. 16.

5. Paul Kirn, *Das Abendland vom Ausgang der Antike bis zum Zerfall des Karolin gischen Reiches,* Propylán-Weltgeschichte, tomo III, Berlín, 1932, p. 118.

6. Brunner, *Deutsche Rechtsgeschichte,* cit. por Dopsch, *Wirtschaftliche und soziale Grundlagen der europäischen Kulturentwicklung,* Viena, 1924, parte II, pp. 100/101.

7. Alfred Dopsch, *Wirtschaftliche und soziale Grundlagen der europäischen Kul turentwicklung aus der Zeit von Casar bis auf Karl den Grossen,* Viena, 1918, 1924,parte **II,** p. 115. [Trad. esp. F.C.E., México, 1.ª ed. 1951, Reimpr. Madrid 1982.]

8. P. Kirn, *Das Abendland vom Ausgang der Antike,* cit., p. 118.

9. A. von Hofmann, *Politische Geschichte der Deutschen,* Stuttgart y Berlín, 1921-1928, tomo I., p. **405.**

10. Ernst Dümmler, *Geschichte des ostfrankischen Reiches,* Berlín, 1862-1888, to mo **III,** p. 306.

11. aul Kirn, *Politische Geschichte der deutschen Grenzen,* Leipzig, 1934, p. 24.

12. Ferdinand Lot, *Les derniers Carolingiens,* París, 1981, p. 4 y otras; Jos Calmette. *Le monde féodal,* París, 1934, p. 119.

13. Beaudoin, cit. por Calmette, *Le monde féodal,* París, 1934, p. 27.

14. A. Luchaire, *Les premiers Capétiens,* París, 1901, p. 177. Un bosquejo del re parto de la dominación en la época de Hugo Capeto se encuentra también en M. Mignet, *Essai sur la formation territoriale et politique de la France. Notices et Mémoires historiques,* París, 1845, tomo II, pp. 154s.
15. A. Luchaire, *Histoire des lnstitutions Monarchiques de la France sous les pre miers Capétiens (987-1180).* París, 1883, tomo II, notas y apéndices, p. 329.
16. Karl Hampe, *Abendländisches Hochmittelalter*(Prop. Weltgesch., tomo III), Berlín, 1932, p. 306.
17. Paul Kirn, op. Cit., p. 119.
18. Alfred Dopsch, *Die Wirtschaftsentwicklung der Karolingerzeit vornehmlich in Deutschland,* Weimar, 1912, tomo I, pág. 162; vid. también la exposición general sobre señorío y aldea hecha por Knight Barnes y Flügel, *Economic History of Europe,*Londres, 1930, *The Manor,* pp. 163s.
19. Marc Bloch, *Les caracteres originaux de l'histoire rurale francaise,* Oslo, 1931, p. 23.
20. Alfred Dopsch, *Wirtschaftliche und soziale...,* cit., parte II, 1924, p. 309.
«Cuanto mayor era el poder de hecho, el apoyo social y económico de los titulares de estos puertos, menos podía pensar el reino en ofrecer la Corona a alguien ajeno a la familia del Rey cuando éste hubiera muerto.»
21. Jos. Calmette, *cit.,* París, 1932, p. 3.
22. *Ibid.,* p. 4. *Cf.* Sobre este problema la contraposición entre el feudalismo euro peo y el japonés en W. Ch. Macleod, *The Origin and History of Politics,* Nueva York, 1931, pp. 160. También aquí se busca la explicación de la feudalización de Occidente más en las anteriores instituciones romanas tardías que en las coacciones reales de entramado: «Muchos autores creen que el feudalismo de Europa occidental tiene sus orígenes en las instituciones teutónicas prerromanas. Permítasenos aclarar que el hecho es que el invasor germánico se limitó a apropiarse aquellas instituciones contractuales del Imperio romano tardío…», p. 162. El hecho de que se constituyan relaciones e instituciones feudales análogas en las más diversas partes de la tierra se explica enteramente por una comprensión clara de la fuerza de las coacciones relaciones reales y de los mecanismos de entramado. Y solamente su análisis puede explicar, al propio tiempo, por qué los procesos de feudalización y las instituciones feudales de las diversas sociedades son, a su vez, distintas.
Otra comparación de las diversas sociedades feudales se encuentra en Otto Hintze, *Wesen und Verbreitung des Feudalismus,* Actas de la Academia Prusiana de Ciencias, Sala de Filosofía de la Historia, Berlín, 1929, pp. 321ss. Influido por el pensamiento de Max Weber sobre el método de la investigación histórica y social, de «describir el tipo ideal que subyace en el concepto de feudalismo». Pero, a pesar de que el antiguo método de la investigación histórica se transforme orientándose más hacia las estructuras sociales reales y a pesar de que, de este modo, se manifiestan puntos de vista muy fértiles, esta comparación de las diversas sociedades feudales es uno de los múltiples ejemplos de las dificultades que surgen cuando el historiador recoge las concepciones metodológicas fundamentales de Max Weber y cuando, con palabras de Otto Hintze, se esfuerza por conseguir «abstracciones y construcciones visibles de tipos ideales».

Cuando lo que el observador encuentra en diversas personas y sociedades es análogo, no se trata de otros ideales, de «tipos» que solamente se crean, en cierto modo, por medio de una operación conceptual del observador, sino que se trata de un parentesco real de las diversas estructuras sociales. Si falta este parentesco, también fracasa la construcción conceptual de tipos del historiador. Si queremos contraponer otra construcción a la del tipo ideal, se trata de tipos reales. La analogía de las diver-

sas sociedades feudales no es un producto artificial del pensamiento sino, por decirlo una vez más, el resultado de coacciones de interdependencia de carácter análogo que, de hecho, y no solamente en «la idea», producen relaciones e instituciones similares en distintas épocas y en distintas partes de la tierra. (La justificación cognitiva va de las sociedades feudales existentes, antes de que sea demasiado tarde. Hay toda una serie de pequeños rasgos, de conexiones estructurales y de mediaciones, que son imprescindibles para la comprensión de toda sociedad pero para cuyo descubrimiento, sin embargo, no son suficientes los documentos fragmentarios del pasado. Tales ras de estas ideas no corresponde aquí. Se encuentran indicaciones acerca de este aspecto del problema en el trabajo citado más abajo, en la nota 129, *Die Geseüschaft der Individuen.)*

Algunos ejemplos, que agradezco a Ralf Bonwitz, muestran que, de hecho, las coacciones de interdependencia que en Japón condujeron a relaciones e instituciones feudales son asombrosamente similares a las estructuras y coacciones de interdependencia que hemos estudiado aquí en relación con la época feudal occidental. Y este tipo de análisis estructural comparativo porporciona, por lo que pudo verse, una base mejor para explicar las peculiaridades por medio de las cuales conseguimos diferenciar las instituciones feudales de Japón y su cambio histórico de los de Occidente.

Algo similar se deduce de la investigación experimental de la sociedad guerrera homérica. El surgimiento de los grandes ciclos homéricos —por no recordar más que esta manifestación— en la antigua sociedad caballeresca, así como en la occidental, y en otras muchas sociedades de estructura similar no puede explicarse solamente por medio de una hipótesis biológica-especulativa o por el supuesto de una «edad juvenil» de los «organismos» sociales; para su explicación basta con una investigación de las formas específicas de sociabilidad que se constituyen en las cortes feudales medias y ricas o bien de los rasgos caballerescos o migratorios de estas sociedades. Los trovadores y los juglares y, con ellos, los poemas que narran el destino y las hazañas de los grandes guerreros, transmitidos por vía oral, tienen un lugar y una función determinados en estas sociedades guerreras feudales, distintas de la posición y la función que los poetas y los poemas tienen en comunidades de convivencia más estrecha.

Por otro lado, obtenemos cierta posibilidad de observar las transformaciones estructurales de la antigua sociedad guerrera por medio de la investigación de los cambios de estilo de los jarrones y de las decoraciones de éstos. Así, por ejemplo, cuando en la decoración de jarrones de determinada procedencia y en determinados períodos aparezcan elementos estilísticos «barrocos» y gestos afectados o —por expresarlo de modo más favorable— refinados, así como vestimentas con estos caracteres, parece lógico pensar no que se haya producido un «envejecimiento» de la sociedad en cuestión, sino, más bien, que se han producido unos procesos de diferenciación, un surgimiento de casas de guerreros o de príncipes más ricas a partir de la sociedad guerrera, así como un «acortesanamiento de los guerreros» en mayor o menor medida; también cabe pensar en una influencia colonizadora de otras cortes más poderosas. En una palabra, la visión que la abundancia de documentación sobre la antigüedad europea permite acerca de las tensiones y los procesos específicos de una sociedad feudal contribuye a agudizar y orientar en cierto sentido la observación de los documentos antiguos. Pero no hay duda de que esta presunción precisa una comprobación histórico-estructural paso a paso a la vista de otros documentos de la Antigüedad.

Los estudios comparativos sociogenéticos e histórico-estructurales de este tipo constituyen una tarea que apenas ha comenzado y que aún ha de realizarse en el futuro. Para su realización es imprescindible una tarea que aparece dificultada por la

división excesiva entre las disciplinas científicas y por la falta de colaboración entre las distintas ramas académicas, rasgos ambos que caracterizan hoy por hoy el trabajo de investigación. Por ejemplo, para la comprensión de las sociedades feudales primitivas, así como de sus estructuras es imprescindible una investigación comparati gos, conexiones y mediaciones estructurales serán accesibles a la comprensión solamente cuando la etnología no concentre todos sus esfuerzos, como hace hoy, en el estudio de las sociedades simples, de las «tribus» y cuando la historiografía no limite su tarea a la investigación de los muertos, de las formas sociales y de los procesos pasados, sino que ambas disciplinas se dediquen conjuntamente al estudio de aquellas sociedades vivas que, por razón de su estructura, están próximas a las sociedades medievales de Occidente y, sobre todo, cuando las dos en el sentido estricto del término, se esfuercen por descubrir las dependencias funcionales que vinculan mutuamente a los hombres de estas sociedades de una forma determinada, así como las coacciones de interdependencia que, en determinadas circunstancias, producen una modificación de estas dependencias y relaciones en un sentido determinado.

23. En relación con esto y con la observación subsiguiente, *cf.* E. Kulischer, *Kriegs und Wanderzüge,* Berlín y Leipzig, 1932, pp. 50s.

24. I.B. Bury, *History of the Eastern Román Empire,* 1912, p. 373, *cit.* por Kulis cher, *cit.,* p. 62.

25. Henn Pirenne, *Les vílles áu Moyen Age,* Bruselas, 1927.

26. Paul Kirn, *Politische Geschichte der deutschen Grenzen, cit.,* p. 5. Para mayor exactitud en las diferencias en cuanto al ritmo y a la estructura del proceso de feudalización francés y alemán, *vid.* J. W. Thompson, «Germán Feudalism», en *Ameri can Historical Review,* tomo XXVIII, 1923, pp. 440s. «Lo que el siglo ix hizo en Francia, transformándola en un país feudal, no se hizo en Alemania hasta las guerras civiles del reinado de Enrique IV», *cit.,* p. 444.

En todo caso, en este estudio (y, en consecuencia, también en W.O. Ault, *Europe in the Middle Ages,* por ejemplo), se relaciona el hundimiento de la zona del Imperio Franco occidental especialmente con el aumento de la amenaza exterior: «Como Alemania estaba menos expuesta al ataque exterior y, además, tenía una textura interna más sólida que Francia, el feudalismo alemán no llegó a ser un sistema tan consistente y formado como el francés. La "vieja" Francia se deshizo en los siglos ix y x; la "vieja" Alemania, anclada en sus antiguos ducados, que seguían incólumnes, mantuvo su integridad» (Thompson, *cit.,* p. 443). También fue decisivo para determinar el ritmo y la intensidad de la desintegración feudal en el reino franco-occidental el hecho de que, tras el asentamiento de los normandos, las incursiones de las tribus exteriores y, con ello, la presión y la amenaza del exterior fueran menores que en la zona de los francos orientales. Queda por aclarar la cuestión de si las zonas extensas, una vez unificadas, no se deshacen de modo más lento o de si, a la inversa, una vez deshechas, no se integran más lentamente que las pequeñas. En todo caso, simultáneamente al movimiento de desintegración de toda la zona de dominación carolingia se da la debilitación paulatina de la dinastía carolingia, provocada, cuando menos parcialmente, por la disminución de su riqueza en el curso de generaciones, por el empleo de parte de sus propiedades terratenientes para el pago de servicios por la división entre los diversos pertenecientes a su casa (y esto queda aún por demostrar de modo más fehaciente). Es posible que este movimiento de desintegración fuera más allá en el siglo ix en la zona de los francos alemanes de lo que lo había hecho en las zonas alemanas. Sin duda, en esta última se equilibró en primer lugar gracias a la mayor intensidad de la amenaza externa. Durante bastante tiempo esta amenaza proporcionó en diversas ocasiones a algunos príncipes la oportunidad de conseguir victorias militares sobre enemigos comunes y, de este modo, de convertirse en señores centrales fuertes, resucitando y perfeccionando de continuo la organización ten-

tral carolingia. En esta misma dirección, en cuanto fortalecimiento del poder central, actuó todavía en una época la posibilidad de la expansión colonial, de la consecución de nuevas tierras junto a la frontera oriental de la zona alemana. Por el contrario, en la zona franco-occidental, ambas posibilidades fueron menores a partir del siglo ix; la amenaza de invasiones de tribus extranjeras y la posibilidad de una expansión conjunta más allá de las fronteras. Menor también, en consecuencia, fue la oportunidad de constituir un reino fuerte; faltaba la «misión real»; la desintegración feudal se produjo de modo más rápido y más intenso (c/. en relación con esto más arriba, pp.. 265s y 285).

27. Levasseur, *La population francaise,* París, 1889, p. 154, I.

28. Marc Bloch, *op. cit.,* p. 5.

29. W. Cohn, *Das Zeitalter der Normannen in Sicilien,* Bonn y Leipzig, 1920.

30. H. See, *Französische Wirtschaftsgeschichte,* Jena, 1930, p. 7.

31. Kurt Breysig, *Kulturgeschichte der Neuzeit,* Berlín, 1901, tomo II, pp. 937s, esp.,p. 948.

«Si se compara el comportamiento de las tres monarquías... y se investigan las razones de la diversas de su curso, no es posible considerar que los giros aislados carezcan de importancia. El reino anglo-normando supo aprovechar entonces una circunstancia que no dependía de la voluntad de su titular ni de la de ningún poder terrenal, sino que estaba fundamentada por completo en el entramado de la historia interna y externa de Inglaterra. Precisamente por el hecho de que, en cierto modo, en el año de 1060 se había fundado un Estado nuevo en Inglaterra desde sus mismos cimientos, resultaba posible aprovechar las experiencias que habían realizado las otras grandes monarquías, en especial la vecina Francia. En cierto modo, las enseñanzas que el reino normando extrajo de los ejemplos más cercanos fueron la diseminación de los feudos de la alta nobleza y la transmisibilidad hereditaria de los cargos.»

32. Henri Pirenne, *op. cit.,* p. 53. Recientemente ha defendido una opinión contraria D.M.Petrusevski, «Strittige Fragen der mittelalterlichen Verfassungs— und Wirtschaftsgeschichte», en *Zeitschrijt für die gesamte Staatswissenschaft,* tomo 85, 3, Tubinga, 1928 pp. 468s. Este trabajo no carece de interés en la medida en que, debido a su unilateralidad en la dirección opuesta, pone en claro determinadas ambigüedades de la concepción historiográfica tradicional y ciertas insuficiencias de la elaboración conceptual heredada.

Así, por ejemplo, a la idea de que en la Alta Edad Media habían desaparecido las ciudades de la Antigüedad, se contrapone aquí una idea no menos imprecisa. *Cf.* la exposición equilibrada de H. Pirenne en *Economic and Social History of Medieval Europe,* Londres, 1936, p. 40: «Una vez que la invasión islámica hubo estrangulado los puertos del Mar Tirreno... la actividad de los países se estranguló rápidamente, desapareciendo de todas partes, con excepción de Italia meridional y de Venecia, donde se mantuvo gracias al comercio con Bizancio. Las ciudades siguieron existiendo, pero perdieron su población de artesanos y comerciantes y, con ella, todo cuanto había sobrevivido de la organización municipal del Imperio Romano».

De este modo, a la concepción estática, en la cual la «economía natural» y la «economía monetaria» no se conciben como expresiones de la orientación de un proceso histórico, sino como dos substancias corporales separadas e inconciliables de la sociedad *(vid.* más arriba, p. 277 y p. 294) contrapone Petrusevski la otra concepción, según la cual la «economía natural» no existió: «No es preciso que insistamos en que la economía natural, tal como la ha expuesto Max Weber, pertenece a aquellas utopías económicas que no solamente no existen en la realidad de la vida y jamás han existido, sino que, a diferencia de otros... conceptos generales también utópicos en cuanto a su carácter lógico, no encuentran aplicación en ninguna realidad vital» (p. 488). Frente a esto, *cf.* la exposición de Pirenne en *op. cit.,* p. 8: «Desde el punto de

vista económico, la institución más característica y más evidente de esta civilización es la gran propiedad agraria. Por supuesto, el origen de ésta es mucho más antiguo y es fácil determinar sus lazos con un pasado muy lejano... (p. 9). Lo que era nuevo era el modo en que funcionó desde el momento de la desaparición del comercio y de las ciudades. Mientras el comercio pudo transportar sus productos y la ciudad proporcionó un mercado, la gran propiedad agraria pudo contar con una venta regular en el exterior, beneficiándose de ella... Pero ahora todo esto se había acabado debido a que ya no quedaban mercaderes ni habitantes de las ciudades... Corno todo el mundo vivía ahora de los productos de la tierra, nadie se tomaba la molestia de comprar comida de fuera... De este modo, cada gran propiedad se dedicó al tipo de economía que se ha descrito, con cierta inexactitud, como la "economía de la propiedad agraria cerrada" y que es simplemente una economía sin mercados».

Por último, frente a la concepción que ve el «feudalismo» y la «economía natural» como dos esferas distintas de la realidad o como dos escalones de la sociedad en las que la primera es una superestructura y la segunda una infraestructura, Petrusevski contrapone la otra concepción según la cual ambas manifestaciones no tienen nada que ver: «...concepciones que no coinciden en absoluto con los hechos históricos, esto es, la concepción de la determinación del feudalismo por la economía natural o la de su inconciliabilidad con una organización estatal amplia» (p. 488).

En nuestro trabajo hemos tratado de exponer estas relaciones reales. La forma específica de la economía natural, con la que se relaciona la Alta Edad Media, la economía escasamente diferenciada y carente de mercados en los grandes señoríos y la forma específica de la organización político-militar a la que llamamos «feudalismo» no son más que dos aspectos distintos de las mismas relaciones humanas. Pueden diferenciarse mentalmente en cuanto que dos aspectos distintos de las mismas relaciones humanas, pero no es posible separarlas como si fueran dos substancias que tuvieran existencia propia en algún sentido. Las funciones políticas y militares de los señores feudales y su función en cuanto propietarios de tierras y de siervos son interdependientes e inseparables. Ni siquiera las transformaciones en la posición de estos señores, que se producen paulatinamente en la estructura general de esta sociedad pueden explicarse en virtud de un movimiento propio de las relaciones y funciones económicas tan sólo o en virtud de la transformación de las funciones y relaciones político-militares, sino que sólo pueden explicarse por medio de las coacciones de interdependencia que se derivan de los dos ámbitos funcionales y formas de relación que están inseparablemente unidos.

33. Vid. la introducción de Louis Halphen a A. Luchaire, *Les Communes Francaises a l'epoque des Capétiens directs,* París, 1911, p. 8.

34. Halphen, *op. cit.,* p. 9.

35. A. Luchaire, *op. cit.,* p. 18.

36. Hans v. Werveke. «Monnaie, lingots ou marchandises? Les instrumentsd'échan gre au xi$_e$ et xii$_e$ siecles». *Ánnales d'Histoire Economique et Sociale,* n.° 17, septiembre de 1932, p. 468.

37. Hans v. Werveke, *op. cit.* El proceso correspondiente en la dirección contraria, esto es, la disminución de la circulación monetaria, el avance del pago en medios naturales se implanta ya a fines de la Edad Antigua: «A medida que avanzamos en el siglo III, se acelera la caída. Sólo queda en circulación como moneda el antonianus...» (F. Lot, *La fin du monde antique,* París, 1927, p. 63).

«Cada vez se tiende más a pagar en especie el sueldo del ejército» (p. 65)... «Por otro lado, cabe prever fácilmente las consecuencias ineluctables de un sistema que sólo permite recompensar los servicios prestados bajo la forma del pago en especie, de distribución de tierras: estas consecuencias conducen al régimen llamado feudal o a un régimen análogo.» (p. 67).

38. M. Rostovtsev, *The Social and Economic History of the Román Empire,* Ox ford, 1926, pp. 66/67, p. 528 y en muchos otros pasajes.
39. Lefebvre des Noettes, *L'Attelage. Le cheval de selle á travers les ages. Contribution a l'histoire de l'esclavage,* París, 1931.

Los estudios de Lefebvre des Noettes son de una importancia imposible de exagerar a causa tanto de sus resultados como de su planteamiento. A causa de la importancia de estos resultados que, por supuesto, están precisados de comprobación más estricta en algunos puntos, tiene escasa importancia que el autor entienda del revés la conexión causal y que vea el desarrollo ferroviario como causa de la eliminación de la esclavitud.

Encontramos referencias a las correcciones necesarias a estas opiniones en la crítica del libro que hizo Marc Bloch, «Problémes d'histoire des techniques», en *Annales d'histoire économique et sociale,* septiembre de 1932. Hay dos aspectos, ante todo, que Marc Bloch ataca especialmente y sitúa en su justa perspectiva en la obra de Lefebvre des Noettes: 1) la influencia de China y de Bizancio en las invenciones de la Edad Media está necesitada de una investigación más exahustiva; 2) hace ya mucho tiempo que la esclavitud carece de importancia en la estructura del mundo de la Alta Edad Media, cuando aparece el nuevo orden de cosas. «¿Cómo hablar de una relación de causa a efecto en ausencia de toda sucesión claramente definida?» (p. 484). Una exposición sucinta de los resultados esenciales de este trabajo de Lefebvre des Noettes en alemán se encuentra en L. Lówenthal, «Zugtier und Sklaven», en *Zeitschrift für Sozialforschung,* Frankfurt, 1933, p. 2.
40. Lefebvre des Noettes, «La nuit du moyen age et son inventaire», *Mercure de France,* 1932, tomo 235, p. 5.
41. Hans v. Werveke, *op. cit.,* p. 468.
42. A. Zimmern, *Solón and Croesus and other Greek essays,* Oxford, 1928, p. 113. *Cf.* sobre esto también Alfred Zimmern, *The Greek Commonwealth.* Oxford, 1931.

Desde hace algún tiempo viene subrayándose, y con razón, que, en Roma, junto a los esclavos, también los ciudadanos libres realizaban trabajo manual. En especial, las investigaciones de M. Rostovtsev *(vid. The Social and Economic History of the Román Empire, cit.)* así como estudios monográficos como el de R.H. Barrow, *Slavery in the Román Empire,* Londres, 1928 *(vid.,* por ejemplo, pp. 1245) han puesto en claro estas relaciones con exactitud. Pero el hecho de que haya trabajo realizado por ciudadanos libres, por muy elevada que se piense que es su parte en proporción al conjunto de la producción, no se encuentra en contradicción en absoluto con lo que se deriva de la cita de A. Zimmern, con el hecho de que las regularidades y procesos sociales en una sociedad en que la mayor parte del trabajo es realizada por esclavos se diferencia de modo muy específico de los procesos dentro de una sociedad en la cual el trabajo manual, el realizado en las ciudades cuando menos, corre a cargo de la población libre. En cuanto tendencia social, siempre puede observarse esta inclinación de los ciudadanos libres a distanciarse de las funciones que pueden realizar al mismo tiempo esclavos, así como la constitución de una clase de «ociosos pobres» en las antiguas y modernas sociedades con una numerosa proporción de esclavos. Desde luego, no es difícil comprender que, bajo la presión de la pobreza, a pesar de todo, hay una cantidad mayor o menor de ciudadanos libres que se ve obligada a realizar el mismo trabajo que los esclavos. Pero no es menos evidente que su situación, al igual que el conjunto de la situación de los trabajadores manuales en este tipo de sociedad está determinada de modo decisivo por la presencia del trabajo esclavo. Estos ciudadanos libres o, cuando menos, una parte considerable de ellos, están obligados a aceptar las mismas o análogas condiciones que los esclavos. El trabajo de los ciudadanos libres se encuentra sometido a una presión de competencia constante por parte del trabajo esclavo, mayor o menor según sea la cantidad de esclavos de que

dispone esta sociedad y según el grado de interdependencia del trabajo libre con el esclavo. Esto también se cuenta entre las regularidades estructurales de una sociedad de propietarios de esclavos. *Cf.* también F. Lot, *La fin du Monde Antique, cit.,* pp. 695.

43. De acuerdo con las investigaciones de A. Zimmern, la sociedad griega de la época clásica no era una sociedad esclavista en el sentido estricto del término: «La sociedad griega no era una sociedad esclavista, sino que contenía cierta cantidad de esclavos para que realizaran las tareas más degradantes, mientras que la proporción principal de los llamados esclavos consistía en aprendices procedentes del exterior para ayudar a sus amos en pie de igualdad a crear la base material de una civiliza ción de la que posteriormente participarían» *(Solón and Croesus,* p. 161).

44. Henri Pirenne, *Les villes du moyen age, cit.,* pp. \s.

45. *Ibid.,* pp. lOs.

46. *Ibid.,* p. 27. Encontramos una confirmación de esta «vuelta al interior» y de su importancia para la orientación del desarrollo de la sociedad occidental en el he cho de que el progreso de los medios de transporte de tierra por encima del nivel alcanzado en la Antigüedad, en la medida en que podemos verlo hoy, se inicia aproximadamente un siglo antes que el correspondiente progreso de la técnica del transporte marítimo. Aquél comienza entre 1050 y 1100 y éste, evidentemente, sólo hacia el 1200. Sobre ello, *vid.* Lefebvre des Noettes, *De la marine antique a la marine moderne. La révolution du gouvernail,* París, 1935, pp. 105s. *Cf.* también Eug.H.Byrne,*Genoese shipping in the twelfth and thirteenth centuries,* Cambridge (Mass.),1930,pp.5-7.

47. A. Luchaire, *Louis VII, Philippe Auguste, Louis VII,* París, 1901 (Lavisse, Histoire de France, tomo III, 1), p. 80.

48. Jos. Calmette, *La société féodale,* París, 1932, p. 71. *Cf.* también, del mismo autor, *Le monde féodal,* París, 1934.

49. En todo caso, el derecho es escasamente dinámico y mudable debido a la iner cia, a la autonomía del aparato jurídico y a la existencia de cuerpos especiales, inte resados en el mantenimiento de lo existente. La misma «seguridad jurídica» en la que siempre está interesada una parte importante de la sociedad descansa, parcial mente, sobre la inamovilidad del derecho y ésta es consecuencia del interés por aquélla.

Cuanto mayor es el ámbito y la cantidad de personas interrelacionadas o interdepen dientes, tanto más necesario resulta un derecho unitario —igual de necesario que una moneda única— y tanto más se resiste a todo cambio el derecho y el aparato ju rídico (que, al igual que la moneda, a su vez, es un órgano de interrelación, un pro ductor de interdependencias) y tanto más visibles, por último, son los trastornos y las alteraciones de intereses que acarrea todo cambio. Todo ello, a su vez, contribu ye a que la mera amenaza con la imposición física por medio de los órganos «legíti mos» del aparato del poder baste, la mayoría de las veces, para hacer que los indivi duos y también grupos sociales completos acepten las normas jurídicas y de organi zación de la propiedad vigentes en un momento dado en función de la relación de fuerzas sociales. Tan grandes son los intereses orientados a la conservación de las relaciones jurídicas y de propiedad existentes y tan manifiesto el peso que alcanza el derecho a consecuencia del aumento de las interdependencias que, en lugar de proceder a una revisión periódica de las relaciones sociales de fuerza por medio de la lucha física, como suele suceder en las sociedades menos interdependientes, aparece una mayor disposición a adaptarse al derecho vigente. Únicamente cuando los trastornos y las tensiones dentro de una sociedad determinada comienzan a ser excesivamente grandes, cuando el interés por el mantenimiento del derecho vigente comienza a disminuir en amplios sectores de la sociedad, únicamente entonces —a menudo tras una pausa de siglos— comienzan los grupos de una sociedad a comprobar por medio

de la lucha física si el derecho vigente aún se corresponde con las relaciones sociales de fuerza reales.

Por el contrario, en la sociedad de economía predominantemente natural, en la cual las personas son mucho menos interdependientes y en la cual el individuo no siempre se ve confrontado con una red social muy real pero imperceptible e invisible en su totalidad como una fuerza superior a la suya, tras toda pretensión individual de derecho tenía que ser visible de modo inmediato la fuerza social que le sostenía y cuando ésta desaparecía o era dudosa, también desaparecía aquella. Todo poseedor tenía que estar dispuesto a mostrar en combate físico que poseía suficiente poder bélico, suficiente fuerza social para sostener su «pretensión de derecho». A un entramado más estrecho y denso de personas, que abarque zonas más amplias y con buenas comunicaciones, corresponde un derecho que hace abstracción de las diversidades locales e individuales, un llamado derecho general, esto es, un derecho que es igualmente aplicable y vigente para todas las personas del ámbito.

El otro tipo de entramado y de dependencia en la sociedad feudal de economía predominantemente natural hacía recaer sobre grupos pequeños y, a menudo, sobre ciertos individuos, funciones que hoy ejercen los «estados». En consecuencia, el «derecho» estaba mucho más «individualizado» y era mucho más «local». Las relaciones en que entraban los señores feudales y los vasallos, los campesinos y los nobles rurales, los ciudadanos y los señores, las abadías y los ducados, eran relaciones de obediencia y vinculación. Y el estudio de estas «relaciones jurídicas» nos da al propio tiempo una idea muy clara de lo que esto significa: en esta época, el entramado y la interdependencia social de las personas eran menores y, en consecuencia, también eran de otro tipo la integración social y la relación entre los hombres. «Hay que cuidarse», dice H. Pirenne, por ejemplo, «de atribuir demasiada importancia a las cartas de las ciudades. Ni en Flandes ni en ninguna otra región de Europa contienen todo el conjunto del derecho urbano, sino que se limitan a fijar las líneas principales de éste, a formular algunos principios esenciales y a zanjar algunos conflictos especialmente importantes. En la mayoría de los casos son producto de circunstancias especiales y solamente reflejaban las cuestiones que eran polémicas en el momento de su redacción... Si los burgueses han venido cuidándolas a lo largo de los siglos con una solicitud extraordinaria, ello se debe a que constituían el paladín de su libertad puesto que, en caso de violación, les permitían justificar sus sublevaciones, pero, desde luego, no contenían el conjunto de su derecho. Estas cartas no eran más que la armadura de este derecho, por así decirlo. En torno a sus cláusulas existía y se desarrollaba sin cesar una densa vegetación de costumbres, de usos y de privilegios no escritos pero no por ello menos indispensables.

Tan cierto es lo anterior que buena cantidad de cartas prevén y reconocen de antemano el desarrollo del derecho urbano... El conde de Flandes concedió en 1127 a los burgueses de Brujas *«ut de die in diem consuetudinarias leges suas corrigerent»,* esto es, «la facultad de realizar de día en día sus costumbres municipales». (Pirenne, *Les villes du moyen age, cit.,* p. 168).

Volvemos a ver aquí cómo, en correspondencia con otro grado de interdependencia, colectividades de muy diversa magnitud, una ciudad o un señorío feudal, por ejemplo, se encuentran en una relación aproximadamente igual a la que se da entre los «estados» y sus acuerdos jurídicos presentan el mismo tipo de estructura que tienen los que se dan entre éstos: siguen de modo bastante inmediato la formulación de intereses y la relación social de fuerzas.

50. Jos. Calmette, *La société féodale,* p.* /*I.*

51. A. Luchaire, *La société francaise au temps de Philippe Auguste,* París, 1909, p. 265.

52.Ch. H. Haskins, *The Renaissance of the Twelfth Century,* Cambridge, 1927, p. 55.
53 . Ibid., p. 56.
54. Ibid., p. 56.
55. Eduard Wechssler, *Das Kulturproblem des Minnesangs,* Halle, 1909, p. 173.
56. Ibid., p. 174.
57. Ibid., p. 143.
58. Ibid., p. 113.
59. Hennig Brinkmann, *Entstehungsgeschichte des Minnesangs,* Halle, 1926, p. 86.
60. Eduard Wechssler, *op. cit.,* p. 140.
61. A. Luchaire, *La société francaise..., cit.,* p. 374.
62. Ibid., p. 379.
63. Ibid., pp. 379/380.
64. Pierre de Vaissiere, *Gentilshommes Campagnard de l'ancienne France,* París, 1903, p. 145.
65. Hennig Brinkmann, *op. cit.,* p. 35.
66. Eduard Wechssler, *op. cit.,* p. 71.
67. Ibid., p. 74. En el mismo sentido, *vid.* también Marianne Weber, *Ehefrau und Mutter in der Rechtsenwicklung,* Tubinga, 1907, p. 265.
68. P. de Vaissiere, *op. cit.,* p. **145.**
69. Eduard Wechssler, *op. cit.,* p. **214.**
70. Hennig Brinkmann, *op. cit.,* pp. 45s, 61s, 86s. Sobre esto y lo que sigue, *cf.* C.S. Lewis, *The Allegory of Love, a Study in Medieval Tradition,* Oxford, 1936, p. 11.
«No pretendo explicar lo que es nuevo aquí. Los cambios reales en los sentimientos humanos son muy raros, pero creo que se dan y éste es uno de ellos. No estoy seguro de que tengan "causas", si por causas hemos de entender algo que da cuenta por entero de la nueva situación y que explica lo que parece una novedad. En todo caso, es cierto que, hasta ahora, los esfuerzos de los estudiosos no han conseguido encontrar el origen del contenido de la poesía amatoria provenzal.»
71. En Inglaterra encontramos la expresión correspondiente en épocas posteriores limitada ocasionalmente y expresamente a los servidores. El hecho de que en una descripción inglesa de lo que se precisa para una buena comida, que se encuentra en G.C. Coulton, *Social Life in Britain,* Cambridge, 1919, p. 375, se contraponga *cúrtese and honestie of servants* a la *kynde frendeshyp and company of them that sytte at the supper,* es un ejemplo de ello.
72. Zarncke, *Der deutsche Cato, cit.,* p. 130, V. 71 y vs. 141s. Para otros aspectos de este primer gran movimiento de un acortesanamiento de los guerreros (educación y código de las órdenes de caballería en los distintos países), *cf.* E. Prestage, *Chivalry, A series of studies to illustrate its historical significance and civilizing influence,* Londres, 1928 y, entre otros, A.T. Byles, *Medieval courtesy-books and the prose romances of chivalry,* pp. 183s.
73. Achile Luchaire, *Les premiers capétiens,* París, 1901, p. 285. *Vid.,* asimismo, A. Luchaire, *Louis VI, le Gros,* París, 1890, introducción.
74. A. Luchaire, *Histoire des institutions monarchiques de la France sous les pre miers Capétiens (987-1180),* París, 1891, tomo 2, p. 258.
75. Vid. supra, pp. 267ss.; esp., pp. 275-6.
76. Suger, *Vie de Louis le Gros,* editado por Molinier, Cap. 8, pp. 18/19.
77. Vuitry, *Etudes sur le Régime financier,* París, 1878, p. 181.
78. «Desde Northumberland hasta el Canal pudo establecerse la unidad con más facilidad que desde Flandes a los Pirineos.» Petit-Dutaillis, *La Monarchie féodale,* París,1933, p. 37. Sobre la cuestión de la magnitud del territorio, *vid.,* también Rob. H. Lo-

wie, *The Origin of the State,* Nueva **York, 1927,** el tamaño del Estado, p. **17s.**

W.M. Macleod, *The Origin and History of Politics,* Nueva York, 1931, señala el hecho asombroso de que, con la relativa sencillez de sus medios de comunicación subsistieran y tuvieran una estabilidad relativa unidades políticas como el Imperio Inca o China. Tan solo un análisis histórico-estructural del juego entre tendencias e intereses centrífugos y centrípetos en estos imperios pueden hacernos comprensibles el crecimiento de estas extensiones gigantescas y el carácter de su estabilidad.

En comparación con la centralización europea, no hay duda de que la china es muy peculiar. En China un poder central fuerte eliminó muy pronto y de modo radical a la casta guerrera. A esta eliminación —como quiera que se produjese— corresponden dos peculiaridades principales de la estructura social china: el traspaso del derecho de la disposición del suelo a los campesinos (fenómeno que sólo encontramos en casos muy contados en los tiempos antiguos en Occidente, por ejemplo en Suecia) y la ocupación del aparato del Estado con un funcionariado que, en parte, se recluta entre campesinos y que, en todo caso, está enteramente pacificado. Por medio de esta jerarquía de funcionarios, las formas civilizatorias cortesanas penetran hasta lo más profundo de las capas más bajas de la población, donde quedan ancladas, con muchas modificaciones, como si fuera el código de comportamiento de la aldea. Y lo que a menudo se ha llamado el carácter «pacífico» del pueblo chino no es expresión de ninguna «disposición natural», sino que se produce por el hecho de que la clase con la que está en contacto permanente el pueblo y de la que éste recibe los modelos de comportamiento, hacía ya siglos que no era una clase guerrera, una nobleza, sino un funcionariado pacífico e ilustrado. La posición y la función de estos funcionarios se manifiesta en el hecho de que en la escala axiológica tradicional china la capacidad y aptitud para la guerra, a diferencia de lo que sucede en Japón, no ocupa un lugar destacado. A pesar de las diferencias que se dan en los procesos de centralización en China y en Occidente, el fundamento de la conservación de una zona mayor de dominación política fue, en un caso como en el otro, la eliminación de las clases de guerreros y de terratenientes en competencia libre.

80.Sobre la importancia del monopolio de la violencia física para la estructura de los «estados», *vid.* sobre todo Max Weber, *Wirtschaft und Gesellschaft,* Tubinga, 1922.

81. Vid. pp. 339ss.No nos ha parecido necesario seguir la costumbre actual de buscar una fórmula matemática para expresar las leyes de constitución de los me canismos monopolistas, aunque no tendría por qué ser imposible encontrarla. Una vez que se haya encontrado, será posible considerar desde esta perspectiva igual mente una cuestión que hoy apenas se plantea nadie: la cuestión del valor cognoscitivo de la formulación matemática. Así, cabe preguntarse: ¿qué se ha ganado en posibilidades cognoscitivas y en claridad en lo relativo al mecanismo monopolista por medio de la formulación matemática? Esta pregunta sólo puede contestarse en función de la experiencia directa.

Algo, desde luego, sabemos ya: que a la formulación de leyes generales unen hoy muchas personas un valor —al menos por lo que se refiere a las ciencias históricas y sociales— que no tiene nada que ver con su valor cognoscitivo y esta valoración indemostrada suele llevar muy a menudo al trabajo de investigación por senderos equivocados. Muchas personas creen que la tarea esencial de la investigación consiste en reducir a algo inmutable todas las mutaciones. Y el prestigio de las formulaciones matemáticas se debe, en gran medida, a este aprecio de que goza lo inmutable. Pero este ideal, así como la escala axiológica que le es propia no tiene sus raíces en la tarea cognoscitiva de la misma investigación, sino en el anhelo de eternidad del investigador. Las leyes generales, como la del mecanismo monopolista y todas las demás leyes relaciónales, ya se formulen matemáticamente o no, no suponen el obje-

tivo final o la coronación del trabajo de investigación histórico-social, sino que el estudio de estas leyes es fecundo en cuanto que medio para orientar a los seres humanos en la comprensión de sí mismos y de su mundo. Su valor reside exclusivamente en su función en cuanto a la comprensión del cambio histórico.

82. Sobre esto, *vid.* Capítulo III. Sobre la mecánica de desarrollo de la sociedad en la Edad Media, *Vid.* pp. 265s. Sobre el concepto de la «fuerza social», *cf.,* tam bién la «observación sobre el concepto de la fuerza social», p. 308.

83. Auguste Longnon, *Atlas historique de France,* París, 1885.

84. A. Luchaire, *Histoire des institutions monarchiques,* 1891, tomo I, p. 90.

85. Ch. Petit-Dutaillis, *La monarchie féodale en France et en Anglaterre,* París, 1933, pp. 109s.

86. A. Cartellieri, *Philipp II August und der Zusammenbruch des angevinischen Reiches,* Leipzig, 1913, p. 1.

87. Vid. A. Longnon, *La formation de l'unité française,* París, 1922, p. 98.

88. Luchaire, *Louis VII, Philipp Augusts, Louis VIII,* París, 1901 (Lavisse, Hist. d. Fr., III, 1) p. 204.

89. Ch. Petit-Dutaillis, *Etudes sur la vie et le régne de Louis VIII,* París, 1899, p. 220.

90. Vuitry, *Etudes sur le régime financier de la France,* nouvelle serie, París, 1878, p. 345.

91. Ibid., p. 370.

92. Una exposición más detallada de estas casas feudales se encuentra en Long-non, *La formation de l'unité frangaise,* París, 1922, pp. 22455.

93. Vuitry, *op. cit.,* p. 414.

94. Vid., por ejemplo, Karl Mannheim, «Die Bedeutung der Konkurrenz im Ge-biete des Geistigen», *Verhandlungen des siebenten deutschen Soziologentages,* Tubinga, 1929, pp. 35s.

95. G. Dupont-Ferrier, *La formation de l'état français et l'unité française,* París, 1922, pp. 224s.

96. L. Mirot, *Manuel de géographie historique de la France,* París, 1929, mapa 19. Aquí se encuentra también material gráfico que ilustra las reflexiones anteriores.

97. P. Imbert de la Tour, *Les origines de la reforme,* París, 1909, I, 4.

98. L. Mirot, *op. cit.,* mapa 21.

99. Henri Hauser, recensión de G. Dupont-Ferrier, *op. cit., Revue Historique,* 1929, tomo 161, p. 381.

100. L.W. Fowles, Loomis Institute, USA, *cit.* en *News Review, n°* 35, p. 32.

101. A. Luchaire, *Les communes françaises a l'époque des capétiens directs,* Pa rís, 1911, p. 381.

102. Por razones de espacio fue necesario omitir el material documental perti nente a este apartado, como a algunos otros. El autor espera poder reunirlo en un volumen posterior.

103. P. Lehugeur, *Philipp le Long (1316-1322), Le mécanisme du Gouvernement,* París, 1931, p. 209.

104. G. Dupont-Ferrier, *La formation de l'Etat frangais,* París, 1934, p. 93.

105. Brantome, *Oeuvres completes,* publicadas por L. Lalane, tomo IV, pp. 3285.

106. Mariéjol, *Henri IV et Louis XIII,* París, 1905, p. 2.

107. Ibid., p. 390.

108. Vid., entre otros, Ad. Stólzel, *Die Entwicklung des gelehrten Richtertums in deutschen Territorien,* Stuttgart, 1872, p. 600.

109. Richelieu, *Politisches Testament,* Parte I., capítulo 3, 1.

110. Lavisse, *Louis XIV,* París, 1905, p. 128.

111. Saint-Simón, *Memoiren,* tomo II, p. 85.

112. Lavisse, *op. cit.,* p. 130.
113. Saint-Simón, *op. cit.,* tomo I., p. 167.
114. Saint-Simón, *Mémoires* (Nueva edición de A. de Boislisle), París, 1910, tomo 22, 35 (1711).
115. Tomás de Aquino, *De regimine Judaeorum,* edición de Roma, tomo XIX, p. 622.
116 Vuitry, *Etudes sur le régime financier..., cit.,* pp. 392s.
117. Ibid., tomo I., París, 1883, p. 145. Otra forma de monetarización de los dere chos señoriales feudales bajo la presión de las necesidades de dinero crecientes de los reyes fue la liberación de los siervos por parte del Rey y de su administración a cambio del pago de cierta suma de dinero. *Vid.* Marc Bloch, *Rois et Serfs,* París, 1920.
118. P. Viollet, *Histoire des institutions politiques et administratives de la Fran ce,* París, 1898, tomo 2, p. 242.
119. P. Viollet, *op. cit.,* p. 242.
120. Vuitry, *op. cit.,* tomo III, p. 48.
121. G. Dupont-Ferrier, «La chambre ou Cour des Aides de París», *Revue histori-que,* tomo 170, París, 1932, p. 195. A propósito de esto, *vid.* del mismo autor, *Etudes sur les Institutions financiares de la France,* tomo 2, París, 1932.
122. Léon Mirot, *Les insurrections urbaines au debut du régne de Charles VI,* Pa rís, 1905, p. 7.
123. Ibid., p. 37.
124. G. Dupont-Ferrier, *La Chambre ou Cour..., cit.,* p. 202. *Cf.* también Petit-Dutaillis, *Charles VII, Louis XI et les premieres années de Charles VIII.* (Lavisse, Hist.de France, IV, 2), París, 1902.
125. Viollet, *op. cit.,* tomo III, París, 1903, p. 465. *Vid.* también Thomas Basin, *Histoire des régnes de Charles VII et de Louis XI,* editado por Quicherat, París, 1855,tomo I, pp. 1705. Detalles sobre la organización de las finanzas se encuentran en G.Jacqueton, *Documents relatifs a l'administration financiére en France de Charles VII á Francois Ier, (1433-1523),* especialmente el n° XIX, bajo la forma de catecismo,*Le vestige des finances* (que acaso fuera un libro de instrucciones para los futuros funcionarios de Hacienda de la época).
126. Eug. Alberi, *Relazioni degli Ambasciatori Veneti al Senato,* 1 serie, tomo IV, Florencia, 1860, p. 16 («Relazione di Francia di Zaccaría Contarini, 1492).
127. L.V. Ranke, *Zur venezianischen Geschichte,* Leipzig, 1878, p. 59 y H. Krets-chmayr, *Geschichte von Venedig,* Stuttgart, 1934, pp. 159s.
128. Eug. Alberi, *op. cit.,* tomo I, Florencia, 1839, p. 352.
A menudo —y, sin duda, con una cierta razón— se ha señalado que los primeros príncipes absolutos franceses aprendieron de los príncipes de las ciudades-estado italianas. Así, por ejemplo, Gab. Hanotaux, «Le pouvoir royale sous Francois Ier», en *Etudes historiques sur le xvie et le xviie siécle en France,* París, 1886, pp. 7s.:
«La corte romana y la cancillería veneciana se hubiesen bastado para difundir las doctrinas nuevas de la diplomacia y de la política. Pero en realidad, de la multiplicidad de pequeños estados que se repartían la península, cualquiera hubiera podido dar ejemplo... Las monarquías de Europa imitaron a los príncipes y a los tiranos de Ñapóles, de Florencia y de Ferrara.»
Sin duda que, como suele suceder, aquí se dieron procesos de estructura análoga y en dirección similar y los gobernantes de aquellos países mayores se beneficiaron, hasta cierto punto, de las experiencias y de los conocimientos de organización de aquellos otros más pequeños. Pero también en este caso una investigación histórico-estructural comparativa podría proporcionar un conocimiento más seguro de en qué medida los procesos de centralización y la organización política de las ciudades-estado

italianas se parecen a los procesos e instituciones correspondientes a la Francia del primer absolutismo y en qué medida se diferencian por cuanto que las diferencias de tamaño social implican siempre diferencias estructurales cualitativas. En todo caso, la descripción del representante veneciano, así como su tono, no hacen pensar que la posición específica del poder del Rey francés, así como la organización financiera de la que depende le parezcan algo conocido y familiar en Italia.

Resumen

129. Hoy está muy extendida la idea de que las formas de la convivencia social y las instituciones sociales aisladas pueden explicarse por su adecuación para unos seres humanos unidos por tales clases de vínculos. En realidad, de acuerdo con esta teoría, parecería que, al ver la adecuación de estas instituciones, los hombres hubieran decidido alguna vez vivir de este modo y no de otro. Pero esta teoría es una ficción y, a causa de ello, no constituye un buen instrumento para orientar la investigación.

La aceptación por parte del individuo de vivir de una forma determinada, la justificación, en función de ciertos criterios, de que se encuentra vinculado a una organización estatal en cuanto ciudadano, funcionario, trabajador y campesino y no a otra organización en cuanto caballero, sacerdote y siervo o como nómada ganadero, son actos posteriores. A este respecto, el individuo tiene escasa posibilidad de elección, puesto que nace ya dentro de un orden y unas instituciones concretos y es condicionado por estos con mayor o menor fortuna. Y aunque encuentre poco agradables y poco adecuados este orden y estas instituciones, no puede retirar su aceptación y salirse del orden vigente. Puede que trate de escaparse de este orden como aventurero, vagabundo, artista o escritor; y, en último término, es posible que huya a una isla desierta. En cualquier caso, incluso como fugitivo de este orden, es su producto; rechazarlo y huir de él no es muestra menor de condicionamiento que el hecho de alabarlo y de justificarlo.

Entre las tareas que todavía hemos de resolver se cuenta la de hacer comprensible el carácter de la necesidad en función de la cual ciertas formas de la convivencia, especialmente ciertas formas sociales e instituciones, aparecen, se mantienen y cambian. Pero no conseguiremos comprender su génesis cuando la concebimos como la de las obras y hechos de los individuos aislados, esto es, a través de objetivos finales o de reflexiones y planes razonables. La realidad no avala la idea de que los hombres occidentales, a partir de la Edad Media, han venido trabajando en un esfuerzo común y en función de una finalidad clara y de unos planes razonables para constituir aquel orden de convivencia y aquellas instituciones en las cuales vivimos nosotros hoy. Lo que haya sucedido en la realidad solamente puede saberse por medio de un estudio del proceso histórico de estas formas sociales basado en los hechos y fundamentado en material documental. Esto es lo que hemos tratado de hacer más arriba desde el punto de vista de la organización estatal. Pero, de este modo, también obtenemos una u otra idea más profunda acerca del carácter de los procesos histórico-sociales. En el fondo, podemos ver qué poco hemos avanzado cuando tratamos de explicar por medio de motivaciones racionales instituciones como éstas, es decir, instituciones como el «Estado».

La finalidad, los planes y las acciones de personas aisladas se interrelacionan de continuo con las de los demás. A su vez, tampoco este entramado de acciones y de planes de muchos hombres, que avanza a lo largo de las generaciones, está planeado; es decir, no puede comprenderse en función de los planes y motivos de los individuos ni tampoco en función de su modelo. Hemos de habérnoslas aquí con le-

nómenos, con coacciones y leyes de carácter singular. Así, por ejemplo, cuando varias individuos se fijan el mismo objetivo, esto es, quieren el mismo trozo de tierra, el mismo mercado o la misma posición social, se produce algo que ninguno de ellos ha pretendido o planeado, esto es, un fenómeno social específico: una relación de competitividad con sus propias leyes, de la que hemos hablado más arriba. De este modo, el aumento de la división de funciones, la integración de ámbitos humanos cada vez más amplios en la forma de estados y muchos otros procesos histórico-sociales son el resultado, no de la coincidencia de los planes de muchos, sino de algo no planificado, esto es, de la conjunción y confrontación de los planes de muchas personas.

Solamente la comprensión de las leyes peculiares de la interdependencia de planes y acciones individuales, de los vínculos del individuo en su convivencia con los demás, permite que entendamos mejor el fenómeno de la individualidad. Lejos de aniquilar la individualidad de la persona, la convivencia humana, la interdependencia de sus planes e intenciones y los vínculos recíprocos de los hombres, constituyen el medio en el que el ser humano se realiza; imponen límites al ser humano, pero también le conceden un marco más o menos amplio. El entramado social de los hombres constituye el substrato del que surgen los objetivos que luego se tejen y entretejen en el interior del individuo. Pero nadie ha pretendido ni planeado este entramado o su cambio real en cuanto totalidad.

Para una consideración más detallada de esto, *vid.* N. Elias, *Die Gesellschajt der Individúen,* Basilea, 1939 (primeramente publicado en *Jahrbuch der schwedischen Gesellschaft für Philosophie und Sozialforschung,* Uppsala, 1939).

130. Para el debate sobre el problema del proceso social, *vid. Social Problems and Social Processes. Selected Papers from the Proceedings of the American Sociological Society,* 1932, editado por E.S. Bogardus, Chicago, 1933.

Para la crítica de la antigua concepción biologista de los procesos sociales, *vid.* W.F. Ogburn, *Social Change,* Londres, 1923, pp. 565.: «La aparición del *Origen de las especies,* que contenía una teoría de la evolución de las especies en función de la selección natural, la herencia y la variación, hizo una impresión enorme entre los antropólogos y los sociólogos. La concepción de la evolución era tan profunda que los cambios en la sociedad se consideraban como una manifestación de la evolución y, así, se hizo un intento de buscar las causas de estos cambios sociales en razones de variación y de selección... Sin embargo, antes de que comenzara la búsqueda de las causas, se hicieron intentos para determinar el desarrollo de instituciones sociales concretas en sus etapas sucesivas, en series evolutivas, con una etapa sucediendo necesariamente a otra. La búsqueda de leyes condujo a la formulación de muchas hipótesis en relación con factores como localización geográfica, clima, emigración, conflicto de grupo, dotes raciales, evolución de la capacidad mental y principios como variación, selección natural y supervivencia de los mejores. Más de medio siglo de investigaciones en estas teorías ha producido algunos resultados, pero los progresos realizados no han estado a la altura de las esperanzas que se abrigaron poco después de que se publicara la teoría de la selección natural de Darwin.

»La serie necesaria de etapas en el desarrollo de las instituciones sociales no solamente no se ha confirmado en la realidad, sino que ha sido refutada.»

Para las tendencias nuevas en el debate sobre el problema del cambio histórico, *cf.* A. Goldenweiser, "Social Evolution", en *Encyclopedia of Social Sciences,* Nueva York, 1935, tomo 5, pp. 656s. (con una bibliografía detallada). El artículo termina con el pensamiento de que: «Desde la guerra mundial, los estudiosos de las ciencias sociales, sin pretender hallar el orden lógico de los esquemas evolutivos, han renovado su búsqueda de tendencias y regularidades relativamente estables en la historia y en la sociedad. Por otro lado, la discrepancia creciente entre las ideas y los hechos de la historia está conduciendo cada vez más a las ciencias de la sociedad por con-

ductos cada vez más pragmáticos. De existir una evolución social, sea ésta lo que sea, ya no se acepta como un proceso que ha de estudiarse, sino como una tarea que debe acometerse por medio de un esfuerzo concertado y voluntario.»

Esta investigación sobre el proceso civilizatorio se aparta de las concepciones pragmáticas en la medida en que se olvida de todos los deseos y anhelos acerca de lo que debiera ser y trata de determinar lo que era y es, así como por qué razones ha sido así y sigue siéndolo. Parece que lo más correcto no es solamente hacer depender la diagnosis de la terapia, sino la terapia de la diagnosis.

Cf. a este respecto Fr. J. Teggart, *Theory of History,* New Haven, 1925, p. 148, «...la investigación de cómo las cosas han llegado a ser lo que son».

131. *Cf.* E.C. Parsons, *Fear and Conventionality,* Nueva York, Londres, 1914. Una concepción diferente en W.G. Summer, *Folkways,* Boston, 1907, p. 419: «No es nunca correcto considerar los tabús como invenciones arbitrarias o cargas que se echan sobre las sociedades sin que sean necesarias. La experiencia ha venido modelándolos a lo largo de los siglos y aquellos que hemos recibido y aceptado son los que la experiencia ha demostrado que son eficaces».

132. *Vid.* sobre esto la bella exposición de Huizinga, *Der Herbsl des Mittelalters,* Munich, 1924, capítulo 1 y otros ejemplos en las pp. 239s. Lo que se ha dicho más arriba es válido también para sociedades con una estructura similar en el Oriente actual y diversa según el tipo, grado y amplitud de las llamadas sociedades «primiti vas».

A pesar de la penetración de los caracteres de una civilización amplia, en los niños de nuestra sociedad se traslucen los modos de comportamiento correspondientes a otras fases de la evolución, con sus afectos más simples y más directos y con su mayor propensión a las demostraciones repentinas; ello puede observarse, por ejemplo, en la descripción siguiente de lo que les gusta a los niños en el cine *(Daily Telegraph,* 12 de febrero de 1937); «A los niños, especialmente los niños pequeños, les gusta la agresión... Prefieren acción, acción y más acción. No son contrarios a los derramamientos de sangre; pero ha de ser sangre obscura. Se aplaude a la virtud triunfante y se abuchea a la maldad con gran entusiasmo. Cuando las escenas de la una se alternan con la otra, como en las secuencias de una persecución, el aplauso y el abucheo se siguen en fracciones de segundo».

La estructura específica de los tabús en las sociedades simples depende de modo directo de la intensidad de las manifestaciones emocionales, de la fuerza que tengan en sus dos vertientes, la vertiente del miedo y la de la alegría, la de la aversión y la de la atracción. Más arriba hemos señalado (pp. 457s. esp. pp. 453ss *Cf.* también cap. II, pp. 160ss.) que en la Edad Media occidental no solamente eran más intesas, fuertes y rigurosas que en las etapas posteriores del proceso civilizatorio las manifestaciones impulsivas y emotivas en la vertiente del placer, sino también las prohibiciones, por ejemplo, las tendencias a la automortificación y al ascetismo.

Cf. sobre esto también R.H. Lowie, «Food Etiquette», en *Are we civilized?,* Londres, 1929, p. 48: «...las normas de la etiqueta entre los salvajes no son solamente estrictas, sino rígidas y, sin embargo, para nosotros, sus modales a la mesa resultan chocantes».

133. *Cf.* Ch.H. Judd, *The Psychology of Social Institutions,* Nueva York 1926, pp. 105s. *Cf.* también pp. 32s. y 77s.

134. Introducción a la traducción francesa del *Oráculo manual,* de Gracián, es crito por Amelot de la Houssaie, París, 1684. El *Oráculo manual* de Gracián, que apareció en 1647 tuvo 20 ediciones en Francia sólo en los siglos xvii y xviii bajo el título de *L'homme de la cour.* En cierto modo, es el primer manual de psicología cortesana, al igual que *El Príncipe,* de Maquiavelo, es el primer manual clásico de la política cortesano-absolutista. En todo caso, Maquiavelo parece hablar más que Gracián en

nombre de los príncipes y justifica más o menos la «razón de Estado» del absolutismo naciente. Gracián, el jesuita español, desprecia desde el fondo de su corazón la razón de Estado. Pone en claro —tanto para él mismo como para los demás— las reglas de la Corte como algo a lo que hay que someterse porque no hay otro remedio.

No es menos significativo el hecho de que, a pesar de estas diferencias, tanto las formas de comportamiento que describe Maquiavelo como las que describe Gracián aparecen como más o menos «inmorales» a los burgueses de clase media por más que, en el mundo burgués, tampoco faltan formas de comportamiento y de sentimiento análogas a las referidas. También en esta condenación de la psicología y de las formas de comportamiento cortesanas que hacen los burgueses que no pertenecen a la Corte se manifiesta la diferencia específica en la modelación social general, según cuáles sean las respectivas experiencias de las personas. Los mandatos y las prohibiciones sociales integran la organización espiritual de las clases no cortesanas de modo distinto que en la de las cortesanas. En aquellas, el super-yo es mucho más rígido y, en cierto sentido, más fuerte que en éstas. Ciertamente que en el mundo burgués de clase media no desaparece por entero de la praxis el aspecto guerrero del trato cotidiano entre las personas, pero queda excluido de lo que puede articular un escritor y una persona en general, excluido del ámbito de la conciencia.

En las clases cortesano-aristocráticas el «deber ser» no es a menudo mas que un mandato de la sabiduría vital, dictado por la necesidad práctica del trato con los otros seres humanos y, en estos círculos, el adulto no olvida nunca que se trata de mandatos a los que debe someterse porque ha de convivir con otras personas. En las clases burguesas medias es muy frecuente que estos mandatos y prohibiciones estén muy arraigados en los individuos desde pequeños y no como reglas prácticas de la sabiduría vital, sino como impulsos de la conciencia que funcionan de modo automático. Por este motivo, es frecuente que aquí se mezclen el «deber» y el «no deber» de modo más continuo y permanente en la elaboración y observación del ser. Bastará con mencionar uno de entre los innumerables ejemplos que podrían aducirse aquí. Dice Gracián en su recomendación 273, «Comprensión de los genios con quien trata»: «...espere poco bueno del de mal gesto, que suelen vengarse de la naturaleza éstos...». Uno de los escritos ingleses de buenos modales del siglo XVII, que también tuvo mucha difusión y del que se derivan las famosas reglas de George Washington el *Youth's Behaviour* de Francis Hawkins (1646) antepone el «no se debe» y, con ello, da otro giro al comportamiento así como a la observación (nº 31): «No desprecies a nadie a causa de sus defectos físicos, que no tienen remedio alguno y tampoco te diviertas recordándoselos, puesto que muy a menudo suscita la envidia y provoca la malicia, incluso la venganza».

En una palabra, en Gracián, al igual que en La Rochefoucauld y en La Bruyére encontramos bajo la forma de máximas universales todas aquellas formas de comportamiento que se encuentran también en Saint-Simón en la praxis de la vida cortesana. Encontramos de continuo las recomendaciones sobre la necesidad de contener las emociones: nunca obrar apasionado, todo lo errará. O bien (273): «El apasionado siempre habla con otro lenguaje diferente de lo que las cosas son: habla en él la pasión, no la razón». Encontramos aquí la recomendación de una «actitud psicológica», de una observación continua de los caracteres (273): comprensión de los genios con quien trata. O bien la comprobación (201): «Son tontos todos los que lo parecen y la mitad de los que no lo parecen». La necesidad de autoobservación (225): «Conocer su defecto rey». La necesidad de la pura verdad (210): «Saber jugar de la verdad». El criterio de que la verdadera verdad reside en la veracidad de la existencia, en la substancialidad de las personas y no en las palabras (175) «Hombre sustancial». «Solo la verdad puede dar reputación verdadera y la sustancia entra en provecho». La necesidad de la previsión (151): «Pensar anticipado. Hoy para mañana, y aun para

muchos días». Moderación en todo (82): «A la moderación en todo redujo la sabiduría toda un sabio». La forma específicamente cortesano-aristocrática de la realización, el redondeo completo de la naturaleza moderada y transformada, la ligereza, el encanto, la nueva belleza del animal que se ha convertido en hombre (127): «El despejo en todo... Sin él, toda la belleza es muerta, toda gracia, desgracia... Las demás perfecciones son ornato de la naturaleza, pero el despejo lo es de las mismas perfecciones; hasta en el discurrir se celebra». O bien, en otra perspectiva, el hombre desafectado (123): «El hombre desafectado. A más prendas menos afectación... Pierden su mérito las mismas eminencias con ella, porque se juzgan nacidas antes de la artificiosa violencia que de la libre naturaleza». La guerra entre los hombres es inevitable; hazla con decencia (165): «Hacer buena guerra... Vencer a lo ruin no es gloria, sino rendimiento... todo lo que huele a traición inficiona el buen nombre». En estos preceptos de comportamiento aparece de continuo la justificación que supone el hecho de tener en cuenta a los demás, la necesidad de la buena reputación, de tener un buen «nombre», esto es, la justificación por medio de necesidades sociales y seculares. La religión tiene aquí escasa importancia. Dios aparece sólo al margen y al final, como algo ajeno al ámbito de los humanos. Todo lo bueno le viene a los hombres de otros hombres (111): «Tener amigos. Es el segundo ser... Tanto valdrá uno cuanto quisieren los demás».

Esta justificación de los mandatos y de los preceptos, no por una ley moral eterna, sino a través de necesidades «externas», de la referencia a otras personas hace que estas máximas, así como el conjunto de las enseñanzas cortesanas sobre buenos modales, parecieran a los observadores burgueses de clase media como más o menos «amorales» o, por lo menos, como «penosamente realistas». Así, por ejemplo, en el mundo burgués se piensa que se debe prohibir que el hombre traicione, pero no por motivos prácticos, no por consideración al «buen nombre» entre los demás, sino por una voz interior, por medio de la conciencia, en una palabra, como un mandato moral. Se manifiesta aquí también el mismo cambio en la estructura de los mandatos y prohibiciones que habíamos visto más arriba en la investigación de las costumbres a la mesa, del aseo y de otras necesidades elementales. Las regulaciones de comportamiento que en los círculos cortesano-aristocráticos respetan los adultos en función de la consideración y del temor a los demás, en el mundo burgués son inculcados en el individuo más bien como una autocoacción. Estas prescripciones no se reproducen y se mantienen en vigor solamente debido al temor que inspiran los demás, sino a causa de una voz «interior», a causa de un miedo reproducido de modo automático por el propio super-yo, esto es, a causa de un mandato moral que no requiere justificación.

135. *Vid. supra,* pp. 15255.

136. Ch.H. Haskins, *The Spread of ideas in the Middle Ages,* en *Studies in Mediae val Culture,* Oxford, 1929, pp. 925.

137. *Vid. supra,* pp. 331. Además de la poesía trovadoresca hay otros materiales que aún muestran más claramente esta pauta, por ejemplo, el pequeño escrito en prosa de Andreas Capellanus, del círculo de Marie de Champagne, *«De Amore»,* así como el conjunto de obras de la polémica femenina en la Edad Media.

138. *Ch. H. Haskins, op. cit.,* p. 94.

139. *Vid. supra,* pp. 242ss.

140. *Vid. supra,* pp. 261ss.

141. La Bruyére, *Caracteres,* París, De la Cour, 1922 (Hachette), Oeuvres, tomo II, p. 237, n° 64. *Vid.* asimismo p. 248, n° 99: «Dentro de cien años, el mundo seguirá existiendo: será el mismo teatro y los mismos decorados, pero no serán los mismos actores. Tanto quien se regocija por alguna gracia recibida, como quien se entristece o desespera por un defecto, habrán desaparecido de la escena. Se acercan, en cam-

bio, personas nuevas que representarán los mismos papeles en la misma obra... ¡Qué puede hacerse con un personaje de comedia!». Vemos que es aquí muy fuerte el sentimiento de la inmutabilidad y también de la inevitabilidad del orden vigente, mucho más fuerte que en aquella otra fase posterior en la que el concepto de «civilización» comienza a aparecer en lugar del de *civilité.* A este respecto, compárese también en el capítulo «de los juicios»: «No todos los extranjeros son bárbaros ni todos los compatriotas civilizados».

142. La Bruyére, *op. cit.,* p. 297, n° 94.

143. La Bruyére, *op. cit.,* p. 211, n° 2; *vid.* también p. 211, n° 10: «La Corte es como un edificio construido con mármol; quiero decir que está compuesta por personas muy duras, pero muy pulidas». *Cf.* también la nota 134.

144. Saint-Simón, *op. cit.,* p. 63.

145. Vid. supra, pp. 115ss, esp., pp. 122-3.

146. Ranke, *Französische Geschichte,* libro 10, cap. 3.

147. Saint-Simón, *op. cit.,* tomo 22, pp. 20 y 225. (1711). En estas conversaciones se trata nada menos que del intento de ganar al sucesor del trono para otra forma de gobierno en la cual el equilibrio existente en la corte entre los pertenecientes a los grupos superiores de la burguesía y los pertenecientes a los grupos superiores de la nobleza se inclinara a favor de estos últimos.El objeto de Saint-Simón y de sus amigos es restaurar el poder de los *«pairs».* Especialmente los puestos públicos más importantes, los cargos de ministros, deben pasar de manos de la burguesía a manos de la aristocracia. De hecho, inmediatamente después de la muerte de Luis XIV, el regente, a incitación directa de Saint-Simón, hace un intento en este sentido, que fracasa. La nobleza francesa no consigue lo que ya había conseguido la inglesa, esto es, la estabilización del poder nobiliario en el que los grupos y pandillas de la nobleza compiten entre ellos por conseguir las posiciones políticas decisivas, según reglas del juego más o menos estrictas. Las tensiones y contradicciones de intereses entre los grupos superiores de la nobleza y los de la burguesía eran mucho más intensas en Francia que en Inglaterra, y se manifiestan bajo el manto del absolutismo.Pero,como sucede con toda monocracia fuerte, la lucha se lleva a cabo en el entorno del gobernante, en los círculos superiores, a puerta cerrada. Saint-Simón es uno de los exponentes principales de esta lucha secreta.

148. Véase, especialmente, *supra,* pp. 244ss. Sobre el problema general del sen timiento del pudor, *cf.,* también *The Spectator,* 1807, tomo 5, n° 373: «Si yo tuviera que definir el pudor, diría que es la reflexión de una mente ingeniosa, bien cuando una persona ha realizado una acción por la que se censura a sí misma o cree que está expuesto a la censura por parte de los demás». *Vid.* también la observación sobre la diferencia del sentimiento de pudor entre hombres y mujeres.

149. Vid. supra, pp. 164ss.

150. supra, pp. 242ss.

151. supra, pp. 152ss.

152. A menudo se ha intentado explicar el carácter nacional de los ingleses, o algunos rasgos aislados de su carácter en función de la situación geográfica del país, de su insularidad. Pero si la insularidad fuera una especie de característica natural, responsable del carácter nacional de los habitantes de la isla, todas las demás nacio nes insulares tendrían que tener los mismos rasgos y, en tal caso, ningún pueblo ha bría de estar tan próximo al inglés por su comportamiento y sus costumbres que el japonés.

No es la insularidad como tal la que determina el carácter nacional de los isleños, sino la importancia que tiene esta situación en el conjunto de la estructura de la isla y en el contexto general de su historia. Por ejemplo, la ausencia de fronteras territoriales en Inglaterra, a diferencia de lo que ha sucedido en Japón y debido a

un curso peculiar de desarrollo, ha hecho que la capacidad bélica y, en concreto, la actividad militar no tenga mucho prestigio en Gran Bretaña y, en consecuencia, no esté en un puesto muy elevado en la escala de las funciones sociales.

En Inglaterra, la nobleza relativamente pacificada, conjuntamente con los sectores más elevados de la burguesía consiguen desde muy pronto limitar y someter a vigilancia la facultad de disposición real sobre las armas y el ejército, así como, especialmente, la utilización de los medios de violencia. Esta estructura del monopolio de la violencia, posibilitado de hecho gracias al carácter insular del país, ha contribuido en gran medida a la configuración del carácter nacional británico. Ciertos rasgos de la configuración inglesa del super-yo o, si se quiere de la configuración de su conciencia dependen estrechamente de esta estructura del monopolio de la violencia física, como lo demuestra aún hoy la importancia que se concede en Inglaterra al *conscientious objector,* esto es, el que se niega a hacer el servicio militar por razones de conciencia o bien por la convicción, muy extendida, de que el servicio militar obligatorio supone una limitación decisiva y peligrosa de la libertad del individuo. Probablemente no es equivocado suponer que los movimientos y organizaciones no conformistas en Inglaterra han conseguido mantenerse con tanta fortaleza y vivacidad porque la Iglesia de Inglaterra no disponía de un aparato policial y militar de las dimensiones del que estaba a disposición de las iglesias nacionales en los estados protestantes de Alemania. En todo caso, el hecho de que en Inglaterra la coacción externa por medio de las armas presionara de modo menos directo sobre el individuo que en los países del continente, se encuentra en relación estrecha con el otro hecho de que la coacción que el individuo estaba acostumbrado a ejercer sobre sí mismo, especialmente en todo lo relativo a la vida del Estado en Inglaterra era más fuerte y más general que en las grandes naciones del continente. De este modo, en cuanto elemento de la historia social, de hecho el carácter insular y la naturaleza general del país influyen de las formas más diversas en la configuración del carácter nacional.

153. *Vid. supra,* pp. 67ss, 120ss. *Cf.* también, A.Loewe, *The Price of Liberty,* Londres, 1937, p. 31:

«El alemán culto del período clásico y post-clásico es un ser dividido. En la vida pública se encuentra en el lugar que la autoridad le ha adjudicado y cumple su función con dedicación y entrega en su doble condición de superior y subordinado. En la vida privada puede ser un intelectual crítico o un romántico emotivo... Este sistema educativo ha hecho quiebra en el intento de conjugar los ideales burocráticos y los humanitarios. En realidad, ha dado lugar al especialista introvertido, insuperable en cuanto a la capacidad de especulación abstracta y de organización formal, pero incapaz de configurar un mundo real en función de sus ideas teóricas. El ideal educativo británico desconoce este hiato entre el mundo de fuera y el mundo de dentro..».

154. Vid. supra, pp. *311ss.*

155. Vid. supra, pp. 304s y pp. 344ss. Más arriba hemos subrayado en repetidas ocasiones que la fuerza de las tensiones entre las diversas unidades políticas está inseparablemente unida a la fuerza de las tensiones dentro del conjunto de la organización social. También se ha señalado que las conexiones de este tipo se han dado, fundamentalmente, en la sociedad feudal occidental, de economía predominantemente natural. La presión demográfica que condujo en esta sociedad a luchas de expansión y de competencia de diverso tipo provocó también la exigencia de más tierra, de expansión de la propiedad a costa de los demás en el caso de los guerreros ricos, de los condes, príncipes y reyes. Y esta presión demográfica no es solamente una consecuencia del crecimiento de la población, sino una consecuencia del crecimiento de la población en conexión con las relaciones de propiedad entonces existentes, con la monopolización de los medios de producción más importantes de esta sociedad

por una parte de los guerreros. A partir de cierto momento, el suelo está ya sujeto a propiedad y el acceso a ésta resultaba cada vez más difícil para familias e individuos que no poseían aún nada; las relaciones de propiedad se endurecían cada vez más. En esta relación social de fuerzas, el posterior crecimiento de la población en la clase de los campesinos y de los guerreros, así como el descenso en el nivel de vida en muchos casos, ejercían una presión que mantenía en funcionamiento los mecanismos de competencia y agudizaba las tensiones y las luchas competitivas, en la totalidad de la sociedad de arriba abajo, así como entre los respectivos países (vid. *supra,* pp. 286, 292 y 303ss.. Así, en la sociedad industrial, el responsable de la presión dentro de las respectivas unidades de dominación política no es la cifra absoluta de crecimiento demográfico y, por supuesto, tampoco el aumento de población en sí, sino la densidad de población en relación con las relaciones de propiedad existente, con la proporción que se establece entre los que disponen de oportunidades de propiedad bajo la forma de un monopolio sin regular y aquellos otros que no disponen de tales oportunidades.

La observación más superficial nos muestra, asimismo, que la presión social en las diversas unidades políticas de Occidente también es distinta. Pero aún no disponemos de ningún instrumento conceptual útil para analizar cuidadosamente estas relaciones de presión ni de ningún esquema preciso de observación para medir la intensidad de la presión por medio, por ejemplo, de una comparación de las distintas unidades políticas. A su vez, también está claro que esta «presión interna» es accesible a la observación y al análisis con mayor facilidad desde el lado del nivel de vida en la medida en que no solamente se toma en consideración la correspondiente fuerza adquisitiva de los ingresos sino también el tiempo de trabajo y la intensidad del mismo que son necesarios para alcanzar ese ingreso. Y a pesar de todo, no se obtiene un acceso adecuado a la comprensión de las relaciones de presión y de tensión de una organización social si solamente se comparan de modo estático los niveles de vida de sus distintas clases, esto es, referidos a un momento concreto; es precisa una comparación a lo largo de plazos más prolongados. La intensidad de las tensiones y de la presión demográfica en una sociedad no suelen explicarse solamente en función de la cifra absoluta del nivel correspondiente, sino también en función de la magnitud y rapidez de las oscilaciones de los respectivos niveles. Para comprender las relaciones de tensión y de presión dentro de una organización social es preciso tener siempre presente la curva, el movimiento histórico del nivel de vida de las distintas clases de una sociedad.

Este es el motivo por el que no se debe considerar una de las naciones industriales aisladamente cuando se pretende obtener una imagen clara del tipo y de la fuerza de las relaciones de presión y de intensidad en su interior, puesto que a pesar de que el nivel de vida es distinto según las diversas clases dentro de la organización social, vendrán siempre determinados por la posición que tiene esta organización social dentro del entramado de división de funciones de las diversas naciones y organizaciones políticas del mundo. En la mayoría de las organizaciones políticas europeas (si no en todas), solamente cabe mantener el nivel de vida que se alcanzó en conexión con el proceso de industrialización mediante una introducción permanente de productos agrícolas y de materias primas. Estas importaciones sólo pueden pagarse con los ingresos de unas exportaciones todavía mayores, con los intereses de capitales invertidos en el extranjero o con reservas de oro. Y así resulta que la presión interna, el hundimiento probable o real del nivel de vida de clases amplias mantiene la tensión de competencia entre las diversas unidades políticas industriales y la agudiza y, por otro lado, esta tensión de competencia interestatal también contribuye en gran medida a una intensificación de la presión social en el interior de unos u otros partícipes del círculo de competencia.

Hasta cierto grado lo anterior es válido también para los países que exportan fundamentalmente materias primas de cualquier tipo, productos agrarios o productos sin elaborar. De hecho, es válido para todos los países que han venido realizando una función determinada dentro del entramado de división de funciones de las diversas organizaciones políticas cuyo nivel de vida, en consecuencia, solamente puede mantenerse cuando disponen del margen necesario para realizar suficientes importaciones y exportaciones. Pero también es muy distinta la sensibilidad de las diversas naciones a las oscilaciones del intercambio internacional, a los agotamientos más o menos rápidos de la lucha de competencia entre las naciones. Esta sensibilidad es particularmente aguda en aquellos países que tienen un nivel de vida relativamente elevado, en los cuales el equilibrio entre la producción industrial y la agraria propias está vencido en perjuicio de la última, siendo ambos sectores muy dependientes de una importación considerable de productos sin elaborar, en especial cuando no cabe compensar las pérdidas con el producto de los intereses de inversiones en el extranjero o de las reservas de oro y cuando además se hace imposible la exportación de personas bajo la forma de la emigración, por ejemplo. Constituye ello, sin embargo, un problema distinto cuya solución requeriría un espacio superior al que aquí podemos concederle. Solamente por medio de una investigación más exacta en este sentido podría obtenerse una idea más clara de por qué las tensiones en el sistema de equilibrio de los estados europeos es mucho más fuerte que las tensiones entre los estados centroamericanos o sudamericanos, por ejemplo.

Sea como sea, suele concebirse la idea de que es necesario abandonar al libre juego de las fuerzas la lucha de competencia económica de estos estados muy industrializados, con el fin de que vaya bien a todos los participantes en el juego. Pero, de hecho, este libre juego de las fuerzas es una lucha de competencia más intensa que está sometida a las mismas leyes que cualquier lucha de competencia en cualquier otra esfera. El equilibrio entre los estados competitivos es muy inestable y tiende a variaciones específicas cuya orientación, en todo caso, solamente es comprensible tras una observación a largo plazo. En el curso de estas luchas de competencia económica entre las naciones muy industrializadas, oscila el centro de gravedad a favor de unos y en perjuicio de las otras. Las posibilidades de exportación e importación de las naciones que han sucumbido se reducen. En esta situación, todo país que, como se ha dicho, no puede hacer frente a las pérdidas con los intereses del capital o con las reservas de oro, sólo tiene dos posibilidades: tiene que fomentar la exportación mediante una baja de los precios de los productos exportados, o tiene que reducir la importación. Ambas cosas acarrean, directa o indirectamente, un descenso en el nivel de vida de sus habitantes. A su vez, dentro del país, aquellos que disponen de las oportunidades monopolistas o económicas, tratan de descargar este descenso sobre aquellos que no disponen de tales oportunidades. Estos últimos, excluidos de la disposición sobre las oportunidades monopolistas, se ven enfrentados a dos series de monopolistas: los monopolistas en el propio país y los monopolistas que pertenecen a un país extranjero. La presión que estos perjudicados ejercen contribuye, por medio de sus representantes, a que la totalidad de la organización social oriente sus esfuerzos a la competencia con las otras organizaciones. De esta manera va produciéndose una escalada alternativa de tensiones dentro de las distintas naciones, así como de tensiones entre estas naciones. Por supuesto, conviene subrayar que aquí se trata solamente de una serie de interdependencias dentro de muchas otras. Pero bastará el recuerdo de esta serie de interdependencias, aunque sea fragmentario, para dar una impresión de la fuerza de las coacciones que hoy mantienen en funcionamiento las luchas de competencia y los mecanismos de monopolio interestatales.

156. *Vid. supra,* pp. 390-2. Un resumen de las teorías actuales sobre el origen del Estado se encuentra en *The Origin and History of Politics, cit,* pp. 139s.

157. *Vid. supra,* pp. 348ss.
158. *Vid. supra,* pp. 482s y 487ss.
159. *Vid. supra,* pp. 353ss, 470 y 504s.
160. *Vid. supra,* pp. 469ss, 476s, 479s y 499ss. *Cf.* sobre esto E.C. Parsons, *Fear and Conventionality, cit.,* p. XVIII:

«La convención descansa sobre un estado de ánimo aprensivo..», y, en la p. 73: «Supongo que los modales en la mesa constituyen una de nuestras más características diferencias de clase». También se cita a W. James, *Principles of Psychology,* Nueva York, 1890, p. 121: «Así, el hábito es el gran mecanismo de funcionamiento de la sociedad y su agente conservador más importante. Sólo el hábito nos mantiene a todos dentro de los límites del orden y salva a los niños ricos de las sublevaciones envidiosas de los pobres. Sólo el hábito impide que quienes están condenados a llevar las vidas más duras y más repulsivas las abandonen».

La cuestión general, a cuya solución trata de contribuir el presente estudio hace mucho que se ha planteado en la ciencia social americana. Así, por ejemplo, W.G. Sumner, *Folkways,* Boston, 1907, p. 418:

«En consecuencia, cuando los etnógrafos aplican adjetivos condenatorios o despreciativos a los pueblos a los que estudian, plantean la cuestión más importante que nosotros pretendemos investigar, esto es, ¿qué son las pautas, los códigos y las ideas de castidad, decencia, propiedad, modestia, etc., y de dónde proceden? Los hechos etnográficos contienen la respuesta a esta cuestión pero, para alcanzarla precisamos un informe neutral sobre estos hechos». No es preciso señalar que este criterio no solamente es aplicable a la investigación de las sociedades extrañas y más simples, sino también a nuestra propia sociedad y a su historia.

De modo especialmente claro ha formulado Ch.H.Judd *(The Social Institutions,* Nueva York, 1926) el problema al que este trabajo trata de encontrar respuesta, si bien Judd trata de encontrarla por caminos distintos a los que aquí se han ensayado: «Este capítulo trata de probar que los tipos de emociones personales conocidos a los hombres civilizados, son productos de una evolución en la que las emociones han tomado una dirección nueva... Los instrumentos y medios de esta adaptación son las instituciones algunas de las cuales se han descrito en los capítulos anteriores. Toda institución, al haberse establecido ha producido en todos los individuos sometidos a su influencia una forma de comportamiento y una actitud emocional que se adaptan a la institución. La nueva forma de comportamiento y la nueva actitud emocional no pudieron haberse perfeccionado en tanto no se hubo creado a la propia institución.

»E1 esfuerzo que realizan los individuos para adaptarse a las demandas institucionales cristaliza en lo que podemos llamar con razón un grupo completamente nuevo de placeres y disgustos.»



ÍNDICE GENERAL

Las transformaciones de la sociedad

CAPÍTULO TERCERO

Sociogénesis de la Civilización Occidental

RESUMEN Bosquejo de una teoría de la civilización

ESTE LIBRO, *EL PROCESO DE LA CIVILIZACIÓN,* SE TERMINO DE IMPRIMIR EL DÍA 7 DE DICIEMBRE DE 1987 EN LOS TALLERES GRÁFICOS TAVE/82, LEGANÉS. LA EDICIÓN HA SIDO PREPARADA POR EL DEPARTAMENTO DE PRODUCCIÓN DEL F.C.E., MADRID.

